The Works of Cervantes: Other texts <http://users.ipfw.edu/jehle/wcotexts.htm>
URL: http://users.ipfw.edu/jehle/CERVANTE/othertxts/Suarez_Figaredo_PlazaUniversal.pdf

PLAZA UNIVERSAL DE TODAS CIENCIAS Y ARTES

Parte traducida de Toscano, y parte compuesta por el Doctor

CRISTÓBAL SUÁREZ DE FIGUEROA

Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

ADVERTENCIA

EL libro *La piazza universale di tutte le professioni del mondo* (Venecia, 1585), de Tomaso Garzoni Bagnacavallo (1549-1589), se publicó por primera vez en castellano en 1615 en Madrid, impreso por Luis Sánchez. Corregidas las pruebas (según leeremos aquí) por *Gonzalo de Ayala, sujeto no menos culto que ingenioso,* el libro debió quedar impreso en julio y salir a la venta en agosto (según la fecha de la Tasa), aunque Cristóbal Suárez de Figueroa (h. 1571 - h. 1645), Doctor en Derecho Civil y Canónico, disponía desde 1612 de la preceptiva Licencia de impresión y Privilegio por diez años a su favor.

Por determinadas erratas que copió, presumimos que Figueroa tradujo un ejemplar de la edición de 1589, que apareció durante su primera estancia en Italia. Regresó a Valladolid (h. 1604) *doctoratus in utroque* (Universidad de Pavía), con una buena hoja de servicios a la Corona y su traducción del *Pastor fido* (Nápoles, 1602) bajo el brazo: equipaje que de bien poco le sirvió para encontrar colocación en la Corte. Hacia 1622-23 ya había regresado definitivamente a Italia acompañando al Duque de Alba, nombrado Virrey de Nápoles.

De la erudición pedantesca y de dudosa utilidad contenida en libros como éste pudo burlarse incluso el rústico Sancho Panza: *Para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos* (*Quijote*, II-XXII). Contiene información diversa acerca de infinidad de oficios y actividades del hombre, desde el príncipe al mendigo, pasando por tiranos, cortesanos, alcahuetes, maldicientes, rameras, sepultureros y soplones, trayendo a colación multitud de citas de autores clásicos que *autorizan* el comentario, con sentencias a veces tan elevadas como: *Qui non laborat, non manducat*. Se trata, pues, de un libro para lectores particularmente curiosos, que encontrarán en él muchos de los tópicos manejados por nuestros *Clásicos Castellanos*.

Figueroa tuvo mucho valor para acometer la traducción de la *Piazza*. No es precisamente un libro fácil; en particular en lo que respecta a nombres de las especialidades y de sus instrumentos, de personas y sus gentilicios, de los pueblos y provincias. Garzoni ya hubo de *toscanizar* muchos de ellos, a los que Figueroa aplicaría una *castellanización* adicional (*Vuequero = Wecker*): el resultado es cierta dispersión en la grafía, y no habremos corregido y/o regularizado todo lo necesario. Intentando hacerlo lo mejor posible, hemos tenido a la vista una reciente edición de la *Piazza* (*a cura di Giovanni Battista Bronzini; L. S. Olschki*

Editore, Firenze, 1996) que hemos consultado cuando el pasaje en castellano nos pareció suspecto.

Figueroa suplió nombres de españoles; y no sólo de personajes insignes: también de espaderos, de representantes y actores teatrales, de aprensadores…, y entre los bordadores, cita a Felices de Vega, padre de Lope de Vega. La pluma de Figueroa corre fácil por sus páginas, dejando alguna *perla* de las suyas en el Prólogo y en los finales de varios de los más de cien Discursos en que está dividido el libro. Y en el que trata de Geografía, llegando a España, se explaya, emocionado:

¿Es posible ose pasar por la jurisdición de tan noble señora, por los límites de tan ilustre reina, sin algún aparato de salva, o tributo de cortesía? ¡Salve pues emperatriz de poderosos reinos, en cuyo dilatado y remoto dominio nace y muere el sol! ¡Salve España, patria felicísima, región dichosa, y grandemente favorecida del cielo; envidiada siempre, y jamás envidiosa de otras naciones! ¡Oh, quién pudiera evitar la excepción, en que de ser tu hijo puedo incurrir, para celebrar de propósito tus soberanas excelencias! Tu fértil sitio, como participante de templado y alegre clima, goza de todo lo mejor y más estimado en el mundo. Son sabrosísimos y sanos tus ganados y frutos, delgadas tus aguas, preciosas tus sedas, linos y lanas; ricas tus minas de plata, oro, hierro y azogue, y fecundísimos tus mares de regalados peces. Sobre todo perfeta tu piedad, fe y religión, de quien eres sin cesar acérrima defensora contra la pravedad herética y fuerzas infieles; y así tan temida por tus armas, como buscada y servida por tus riquezas. Abundaste en todos tiempos de santísimos varones, de constantes mártires, de admirables vírgenes, de heroicos capitanes, de valientes soldados, y de sujetos insignes en varias ciencias y artes. En ti parece animan las almas superiormente. ¡Qué ingeniosos, gallardos y fuertes son tus hombres! ¡Qué briosas, gentiles y bizarras tus mujeres! ¡Qué prontas en agudezas; qué singulares en hermosuras; qué atractivas; qué amorosas y suaves en movimientos y acciones! Mas perdona madre querida, si corto aquí el hilo de tus debidas alabanzas, que me aguarda la forzosa descripción de las demás provincias. Tiempo vendrá en que mis deseos casi infinitos, se vuelvan lenguas, para celebrar con todas tus triunfos, tus glorias y trofeos.

¡Qué bien escribía Figueroa cuando soltaba la mano! No menos sentimiento rezuma el *Encomio al arte del ilustrado Doctor Raimundo Lull*, que sigue al *Prólogo*, que da la réplica a lo comentado por Garzoni en el *Discorso XXI: Dell'arte di Raimondo Lullio* (la versión de Figueroa salta del XX al XXII).

En vida de Figueroa reimprimió la *Plaza* por segunda vez el librero Luis Roure, *a su costa* y a sugerencia de *Hierónimo Perarnau Cavallero Catalán*, a quien va dedicada la edición, *En la Fidelíssima Villa de Perpiñán, Año 1630* (*MDCXXIX* en el colofón), revalidando la licencia primitiva *R. Llobet, Vicarius Generalis & Officialis – D. Michael Sala Regens*. Es un volumen en 4º, de 8 + 379 folios, cada página de unas 36 líneas, con pocas erratas malignas y buena puntuación.

Por tener un ejemplar propio, nuestro texto sigue esta segunda edición, retocando la puntuación sólo en aquellos casos en que conducía a confusión. Todas las imperfecciones gráficas que creímos advertir, incluso las más claras erratas, las consultamos en la *princeps* (Biblioteca Nacional: signaturas R-6815 y U-6162). En la Tabla al final de este preámbulo reflejamos aquellos pasajes en que, por parecernos corruptos, nos separamos de la lectura de la *princeps;* pero ignoramos las erratas de ésta que quedarían corregidas en la siguiente edición.

Para obtener nuestro texto hemos empleado un programa de reconocimiento de voz. A lo largo del proceso hemos aprendido muchísimo sobre erratas de dictado: el programa se inventaba vocablos que no habíamos leído; a veces, no entendiendo un sustantivo, *editaba* un nombre de persona o lugar; no entendidos dos o tres vocablos consecutivos, los cambiaba por otros parecidos; aparecían en el texto conjunciones, preposiciones y artículos monosilábicos que no habíamos pronunciado… Pese a que leíamos con particular cuidado, nuestro *cajista electrónico* incurría en las erratas comunes en libros de nuestro Siglo de Oro, incluso las *impensables*: aquellas que los especialistas rechazan pudiera cometer un cajista de imprenta. Lamentablemente, no caímos en la cuenta de registrar y tipificar esas erratas. Quizá en otra ocasión…

Nuestro ejemplar de 1630 contiene ocasionales anotaciones marginales con caligrafía contemporánea del libro (o no muy posterior), algunas muy originales, como cuando se lee que (fol. 94r) *...ningun geometra hallo hasta aora la verdadera quadratura del circulo,* diciendo en el margen:

Quadróle despues | el comendador | Falcon, Poeta | valenciano,

que debe referirse a Jaume Joan Falcó, 1522-94, caballero de la Orden de Montesa, quizá el poeta *Falcón* alabado por Miguel de Cervantes en el *Canto de Calíope* contenido en la *Galatea* (fol. 338r):

> *Alzas, doctor Falcón, tan alto el vuelo,*
> *que al águila caudal atrás te dejas,*
> *pues te remontas con tu ingenio al cielo*
> *y deste valle mísero te alejas.*

Por esto temo y con razón recelo
que, aunque te alabe, formarás mil quejas
de mí, porque en tu loa noche y día
no se ocupa la voz y lengua mía.

Y al dorso del último folio se encuentra la que parece nota de un médico o boticario:

Para extrabasacion de Sangre interior|por cay da, Golpe. & es es pecifico, singu|lar y no ay otro tan poderoso, como la|agua del cocimiento dela oja, oraiz de|la Calaguala pronto dadoy desp ues,|continuado aprobado muchissimas vezes y|si empre aprobado dibina mente.

Ni el hispanista J. P. Wickersham Crawford, autor del libro *Life and works of… Figueroa* (Filadelfia, 1907), ni el erudito Narciso Alonso Cortés, que lo tradujo al castellano (*Vida y obras*…, Valladolid, 1911), mencionaron a quién dedicó Figueroa la *Plaza universal*, ni especificaron ese detalle de la portada en la *Bibliografía*. Cuando, completado nuestro borrador, acudimos a la Biblioteca Nacional y conocimos la portada de la *princeps* del libro, inmediatamente recordamos ciertos versos de una rabiosa sátira que Joaquín de Entrambasaguas (*Una guerra literaria del siglo de oro: Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos*, Madrid, 1932) atribuyó al *Fénix de los ingenios*, en venganza de los ataques recibidos en la *Spongia* (1617), libro que el ingenuo y pedante Pedro de Torres Rámila habría escrito inducido por Figueroa:

¡Oh tú, Doctor que en tu papel te quemas!
…
acuérdate que a toda diligencia
ibas en una mula coja un día
no lejos de la Vera de Plasencia
para llevar a cierta señoría
la ditinción de un libro. ¡Oh buen Petrarca,
'povera e nuda vai Philosophia'!
¡A fe que era el librazo de la marca
y que se han hecho dél hartos cartones!

J. Entrambasaguas conjeturó que el libro aludido en los versos sería *una traducción de Petrarca* (pág. 154) y anotó (pág. 405):

Ditición: distinción; esto es, dedicatoria. La Vera… es un territorio… de la provincia de Cáceres, donde debía habitar la 'señoría' a que se alude. Con tan escasos datos… es imposible determinar quién fuera este personaje.

Es evidente que aquel 'librazo de la marca' y aquella 'señoría' aludían a esta *Plaza universal* y a don Duarte de Portugal, primer Marqués de Frechilla (1569 - 1627, hijo de don Juan, sexto Duque de Braganza, y de la infanta dona Catarina de Portugal), cuyos dominios se ubicaban: Villanueva de la Serena en Badajoz, Frechilla y Villarramiel en Palencia, Malagón y Fernán Caballero en Ciudad Real, y Paracuellos del Jarama en Madrid. Antes que con doña Guiomar Pardo y Tabera, Señora de Malagón, don Duarte estuvo casado (1596) con doña Beatriz Álvarez de Toledo y Pimentel, Marquesa de… Jarandilla de la Vera.

Que Figueroa se llevase a matar con varios de los literatos de su tiempo, que le acusasen de poco inventivo, envidioso y murmurador, y aun que participase en alguna de aquellas luchas soterradas en que, escondiendo la mano, todos (¡ay, los artistas, tan modestos, tan buena gente!) repartían a diestro y siniestro, no le hace necesariamente *una monstruosidad moral*, como le calificó M. Menéndez Pelayo. Hay mucho que decir sobre ello.

Como lo hay acerca de aquel escritor humanista (¡en el corazón de la Mancha!) que guía a don Quijote a la cueva de Montesinos, y como lo hay acerca de la visita de don Quijote a una imprenta barcelonesa donde ve imprimirse el *Quijote* de Avellaneda, donde (pese a no haber visitado nunca una) denuncia las argucias de impresores y libreros, donde se burla de aquel traductor (y editor de sus libros, atento a la ganancia) que está corrigiendo su *Le bagatele* (angelicalmente traducido como *Los juguetes*) y donde de su boca sale un nombre: Figueroa. ¿Por qué será que aquel humanista y este traductor se tragan sin rechistar las burlas y censuras de don Quijote y de Sancho? ¿Quien calla otorga? Nos permitimos dirigir al lector a nuestro libro *Cervantes, Figueroa y el crimen de Avellaneda*.

E. S. F.
Barcelona, octubre 2004

DISCURSOS DE LA VERSIÓN DE FIGUEROA Y DEL ORIGINAL DE GARZONI

De los príncipes y tiranos	1	1	De'Signori, o Prencipi, et de'Tiranni
De los gobernadores	2	2	De'Governatori
De los religiosos en general, y en particular de los prelados, y subditos: maestros de ceremonias. De los canónigos, de los monjes y frailes; de los caballeros. Y finalmente de los predicadores	3	3	De'Religiosi in genere, et in particolare de'Prelati, et Sudditi, de'Ceremonieri, de'Superstitiosi, de'Canonici, Monaci, e Frati, de'Cavalieri, et finalmente de'Predicatori
De los gramáticos, y maestros de muchas obras	4	4	De'Grammatici, et Pedanti
De los doctores de leyes, o jurisconsultos	5	5	De'Dottori di legge civile, o Giurisconsulti, o Leggisti
De los formadores de calendarios	6	6	De'Formatori de'klendarii
De los cirujanos	7	7	De'Cirugici
De los formadores de pronósticos, almanaques, reportorios y lunarios	8	8	De'Formatori de'pronostichi, tacuini, lunarii, et almanachi
De los profesores de empresas y emblemas	9	9	De'Professori d'imprese, et d'emblemi ancora
De los escribanos y notarios	10	10	De'Nodari
De los matemáticos en general	11	11	De'Mathematici in genere
De los abogados, procuradores, protectores, solicitadores, y pleiteantes	12	12	De'Procuratori, o Avocati, e de' Protettori. e Sollicitatori, e Ligitanti
De los alquimistas	13	13	Degli Alchimisti
De los académicos	14	14	Degli Academici
De los arisméticos, o computistas, o maestros de contar	15	15	Degli Arithmetici, o Computisti, o Contisti, o Maestri d'Abaco
		16	De'Beccari, o Macellari
De los médicos	16	17	De'Medici Fisici
De los canonistas, intérpretes de concilios, y sumistas	17	18	De'Canonisti, Professori di Concilii, et Sommisti
De los nobles	18	19	De'Nobilisti, overo Gentilhuomini
De las bulas	19	20	De'Bollari, overo delle bolle
		21	Dell'arte di Raimondo Lullio (v. 'Encomio… Raimundo Lull' en Prels. de Figueroa)
De los profesores de secretos	20	22	De'Professori de'secreti
De los simplicistas y herbolarios	22	23	De'Semplicisti, et Herbolarii
De los geómetras, medidores, o alarifes, y pesadores	23	24	De'Geometri, Misuratori, o Perticatori, et Pesatori

De los teólogos en universal, y en particular de escolásticos, y escritutarios, de intérpretes, expositores, comentadores, o glosadores de la Sagrada Escritura, y otros libros	24	25	De'Theologi in universale, et in particolare de'Theologi Scolastici, et de'Scritturali, et così degli Interpreti, o Ispositori, o Commentatori, o Ghiosatori della Scrittura Sacra, et d'altri libri
De los filósofos en general, y en particular de los físicos, éticos, o morales, económicos, políticos, consejeros, secretarios, y metafísicos	25	26	De'Filosofi in genere, et in particolare de'Fisici, Ethici, o Morali, Economici, Politici, Consiglieri, o Secretari, e Metafisici
De los oradores	26	27	Degli Oratori
Del arte de escribir de las cifras, jeroglíficos, ortografía, y correctores (v. 30 de Garzoni)	27	28	De'Scrittori, o Scrivani, e Cartari, e Temperatori di penne, e Cifranti, e Professori di hierogriflici, et Ortografi
		29	De'Cabalisti
		30	De'Correttori, o Censori (v. 27 de Figueroa)
De los lógicos y sofistas	29	31	De'Logici, et Sofisti
De los retóricos	30	32	De'Rethori
De los que componen libros; y sus mecenas o protectores	32	33	De' Compositori de'libri
De los exorcistas o conjuradores	33	34	De'Scongiuratori
De las perspectivas	34	35	De'Perspettivi, overo Optici
De los anatomistas	35	36	Degli Anatomisti
De los cosmografos, geógrafos, corógrafos, y topógrafos [incluye Australia]	36	37	De'Cosmografi, e Geografi, e Dissegnanti, o Corografi, e Topografi
De los históricos	38	38	Degli Historici
De los astrónomos y astrólogos	39	39	Degli Astronomi, et Astrologi
		40	Degli Indovini in specie, cioè Profeti, Sibille, Vati, Aruspici, Auspici, Auguri, con le specie de'Tripudii, omini, et osservationi superstitiose, Professori dell'arte speculatoria, che consiste in monstri, portenti, ostenti, prodigii, e cose tali, pronosticanti, o presagienti naturali, Professori di oracoli, sortilegi, et massime Lottatori, Interpreti di sogni, Fisionomisti, Metoposcopi, Piromanti, Hidromanti, Aeromanti, Geomanti, Chiromanti, et altri simili
		41	De'Maghi incantatori, o venefici, o malefici, o Negromanti largamente presi, et Prestigiatori, e Superstitiosi, e Strie
De los músicos, así cantores, como tañedores, y en particular de los pífaros	40	42	De'Musici così cantori, come suonatori, et in particolare de'Pifferi

De los sepultureros, funerales y colgadores de iglesias	41	43	De'Beccamorti, o Pizzigamorti, o Monatti, o Sotterratori, et de'Funerali, et de'Conzieri
De los mensajeros, nuncios, correos, postillones, y estafetas	42	44	De'Messi, o Noncii, o Corrieri, o Postiglioni, o Portalettere
De los danzantes, bailarines, y todas suertes de tripudiantes y corredores	43	45	De'Saltatori, e Ballarini, e di tutte le sorti di Tripudianti et de'Cursori
De los herreros en general; y en particular de cerrajeros, caldereros, cuchilleros, armeros, freneros; de oficiales de estaño, hoja de lata, peltre, linternas, candiles, fuelles, agujas, y herradores	44	46	De'fabri in generale, et in particolare de'Magnani, Calderari, Cortellari, Spadari, Armaruoli, Chiavari, Forbicciari, Arruotatori, Stagnarini, o Peltrari, Lanternari, Lucernari, Manticciari, Agucchiaruoli, Conzalavezi, Morsari, Rigattinieri, Strengari, o Ferrastrenghe, Ferrari, o Marescalchi
De los olleros	45	47	De'Figuli o Vasari, o Pignattari, o Boccalari
De los profesores de lenguas; y en particular de intérpretes, traductores, y comentadores de toda suerte	46	48	De'Professori delle lingue, overo Linguaggi, et in particolare degli Interpreti di lingue, e Tradottori, et Commentatori d'ogni sorte
De los destiladores	47	49	De'Distillatori
De las fábulas, y de los que hacen burlas, y contrahacen a otros	48	50	De'Burlieri, Fabulanti, et Contrafattori
De los plateros, orífices y lapidarios en común	49	51	Degli Orefici
De los que tratan en lino, o cáñamo, de los que hacen cuerdas, rastrilladores, urdidores, tejedores, algodoneros, y toqueros	50	52	De'Linaruoli, e Canapari, Cordari, Tessari, o Telaruoli, Pettinari, Orditori, Bombagiari, Bombaginari, Velettari, e Manganari
De los bordadores	51	53	De'Riccamatori, o Fregiatori, et Lavoranti a gucchia, e massime Bottonanti, o Bottonieri
De los pastores de diversos ganados	52	54	De'Pastori, cioè Pegorari, Caprari, Boari, Buffalari, Porcari, e Casiaruoli, o Formaggiari
De los arrieros de varias bestias, y mozos de caballos	53	55	De'Cavallari, Asinari, Mulattieri, overo Somieri, o Somegini, e Stabulari, e Servitori, o Famegli da stalla, e Fabricatori di scove
De los sastres (v. 120 de Garzoni)	54		
De los labradores, y en particular del ejercicio de atender a las abejas	55	56	Degli Agricoli, o Contadini, o Villani, et del mestiero dell'attendere all'api in particolare et de'Ceraiuoli, e Travasatori, e Folatori, e Ogliari
De los tutores	56	57	De'Tutori
		58	De'Giolieri
De los cazadores de fieras, cetrería, y pescadores	57	59	De'Cacciatori da fiere, Uccellatori, e Pescatori

De los profesores de memoria	58	60	De'Professori di memoria
		61	De'Tintori
De los cortesanos y damas de corte	59	62	De'Cortigiani, et delle Donne di Corte insieme
De los herejes, y del santo Tribunal de la Inquisición	60	63	Degli Heretici, et degli Inquisitori
De los vidrieros, y de los que hacen antojos, y vidrieras	61	64	De'Vetrari, o Biccherari, Occhialari, et Finestrari
De los mercaderes, cambios, usureros, buhoneros, y almacenes	62	65	De'Mercanti, Banchieri, Usurari, Fondaghieri, et Merciari
De los molineros, panaderos, ahechadores, y maestros de harneros, de cribas, y cedazos	63	66	De'Molinari, e Pistrinari, e Crivelari, e Maestri di vagli, Burati, e Sedacci, overo Tamisi
De los mayordomos, o fatores	64	67	De'Fattori, overo Negociatori d'altri
De los corredores de toda suerte: y en particular de los casamenteros, y padres de mozos, y mozas	65	68	De'Sensari d'ogni sorte, et massime de'Maritaggi, et de'metti massare, et garzoni
De los jugadores en universal, y particular	66	69	De'Giocatori in universale, et in particolare
De los mineristas, metaleros, fundidores en universal; y en particular de los fundidores de artillería, y campanas	67	70	De'Minerarii, Metallarii, Gettatori in universale, et in particolare de'Fusori d'artelarie, o Bombardieri, et Campanari
De los hornos de cal, ladrillo, y yeso	68	71	De'Fornasari
De los pobres mendigantes	69	72	De'Guidoni, o Furfanti, o Calchi
De los duelos y desafíos por carteles y padrinos de campo	70	73	De'Duellanti, o Cartellanti, e Padrini di campo
De las rameras, y de sus secuaces en parte	71	74	Delle Meretrici, et de'loro seguaci in parte
De los alcahuetes	72	75	De'Ruffiani, et delle Ruffiane
De los abridores de sellos, y de los signáculos, o registros	73	76	De'Sigillarii, overo Maestri di sigilli, et dei Signacoli
De los reyes de armas, o araldos	74	77	Degli Araldi
De los mozos de silla	75	78	De'Portaseggiette
De los perfumadores	76	79	De'Profumieri, overo Unguentarii
De los relojeros	77	80	De'Maestri d'horologi
De los picadores, domadores de caballos, caballerizos, silleros, y corredores de palio a caballo	78	81	De'Cozzoni, overo Cavalcatori, o Cavallerizzi, e de'Sellari, et de'Corridori da pallio a cavallo
De la destreza de las armas, y luchadores, antiguamente atletas (v. 95 de Garzoni)	79		
De la milicia en universal, y de los capitanes, y soldados en particular, y de los minadores	80	82	Della Militia in universale, et de'Capitani, e Soldati in particolare, et de'Minatori
De los legados, embajadores, y mensajeros	81	83	De'Legati, o Ambasciatori, o Messaggieri
		84	De'Mascherari, et delle maschere

		85	De'Maestri di Corami, overo de'Cuoiai
		86	De'Guantari, et Ballonari, e Ballieri
		87	De'Pellegrini, o Viandanti, o Passaggieri
De los maldicientes	82	88	De'Maldicenti, Detrattori, e Murmuratori
De los boticarios	83	89	De'Speciari, overo Aromatarii
De los pintores y illuminadores	84	90	De'Pittori, e Miniatori, et Lavoratori di mosaico
De los criados, pajes, y esclavos	85	91	De'Servitori, Paggi, et Schiavi
De los escultores, o entalladores en piedra, madera, bronce, cobre, marfil, plata, y oro, y de los estatuarios, sinceladores, o cortapiedras, aserradores de mármol, formadores de imágines de yeso, cera y tierra	86	92	De'Scultori, o Intagliatori in pietra, in legno, in rame, in avorio, in argento, et oro, e Statuarii, Scarpellini, o Tagliapietre, Segatori di marmi, Formatori d'imagini di cera, e gesso, e terra, et Lavoratori di stucco
		93	De'Cuochi, et altri ministri simili, come Scalchi, Guatari, Credenzieri, Trincianti, Canevari, o Bottiglieri, Servitori da tavola, Convivanti, etcaet
De los albañiles, de los que enyesan, o blanquean	87	94	De'Muratori, o fabricatori, et de'Biancheggiatori
		95	De'Scrimiatori, et de'Lottatori, overo Athleti (v. 79 de Figueroa)
		96	De'Galanti, o Innamorati, o Pennacchini, et de'Puttanieri
De las centinelas, espías, y soplones	88	97	Delle Sentinelle, et Spie, o Referendari
		98	Degli Hosti, e Bettolieri
De los justadores, y torneantes de a pie	89	99	De'Giostratori
		100	De'Vetturini, o Nolesini, overo Noleggianti
De los maestros de ciencias, y costumbres de niños. De los catredáticos de escuelas: y sus estudiantes	90	101	De' Maestri delle Scienze, et costumi, et de'putti che vanno a scuola, et de'Dottori di estudio, et Scolari di studio
		102	De'Lanaruoli, o Lanefici, e Mercanti da lana, Battilani o Verghezini, Scardassini, Tonditori da lana, Cernitori, Pettinatori, Tiratori, Purgadori, Cimadori, Emendatori, Filiere, Orditori, Tessari, Cardatori, Folatori, Tintori di lana, Chiodaruoli, Drappieri, Sargieri, Rascieri, Tapezzieri, Berettari, Capellari, e Materassari

De los comediantes, y autores de comedias	91	103	De'Comici, e Tragedi, così Auttori, come Recitatori, cioè degli Histrioni
De los formadores de espectáculos general, y en especial de los charlatanes, y ciegos	92	104	De'Formatori di spettacoli in genere, et de'Ceretani, o Ciurmatori massime
De los carpinteros, torneros, entalladores de madera, aserradores, cortadores, partidores de leña, cesteros, cajeros; y de los que labran en hueso, marfil, y nácar	93	105	De'Lignaiuoli, o Marangoni, Tornidori, Bottari, Cadregari, Intagliatori di legno, Intersiatori, Sboscadori, Spezzazochi, Segarini, Zoccolai, Cestari, o Canestrari, Cassieri, Scatolieri, Lavoratori in osso, in madri di perle, et simili
		106	De'Carnefici, et Boii
De los arquitectos en universal, fortificadores de fuerzas, y maestros de máquinas, o ingenieros	94	107	Degli Architetti in universale, overo maestri d'edificii, e Fortificatori di fortezze, e maestri di machine, et Mecanici in commune, overo Ingegnieri
		108	De'Tavernieri, e Golosi, et Ubbriachi
		109	De'Moteggiatori, et Enigmatici
De las coronas	95	110	De'Coronieri
De los espaderos	96		
Del uso de cuellos, y de sus abridores	97		
		111	De'Bulli, o Bravazzi, o Spadacini, o Taglianti, o Sgherri di piazza
		112	De'Notatori
		113	De'Piazzari, o Commandatori, o Trombetti
		114	De'Fachini, o Bastagi in genere, et in specie de'Brentadori, e Carbonari, Carriolari, et Cestaruoli
		115	De'Ladri, o Rubbatori, et Furbi, o Marioli di Piazza, o Tagliaborse, e degli Assassini
		116	De'Questori, o Tesorieri
		117	Degli Otiosi di piazza, overo del Mestiero Michelazzo
		118	De'Banditi, et Fuorusciti
		119	De'Buffoni, o Mimi, o Histrioni
		120	De'Sartori (v. 54 de Figueroa)
		121	De'Tamburini, e Tamburieri, o Valigiari
		122	De'Lardaruoli, overo Pizzigaruoli, et Salsicciari, e Pollaruoli
		123	De'Saponari, o Lavandiere, e Bugandiere
		124	De'Stufaruoli
		125	Delle Filiere

		126	De'Maestri de'dadi
		127	De'Pelliciari, et Cuoiai (v. 109 de Figueroa)
		128	De'Librari (v. 110 de Figueroa)
		129	De'Stampatori (v. 111 de Figueroa)
		130	Delle Comari, et delle Balie, o Balii, o Nutrici
De los zapateros	98	131	De'Calzolari, o Caligari, et Ciavattini
		132	De'Castradori, et de'Bracherari
		133	De'Fornari, o Panattieri, et Confertinari, et Zambellari, e Offelari, e Cialdonari
		134	De'Spazzacamini, e conza tetti
		135	De'Cavatori da pozzi, o Purgatori, et de'Curadestri
		136	De'Fabricatori d'instromenti da suonare
		137	De'Domesticatori d'animali selvatici
		138	De'Daciari, o Gabellieri, o Doganieri, et de'Portonari, o Passaporti, et de'Contrabandieri, o Sfrosatori di dacii
		139	De'Tricoli, overo Rivendroli
De los barberos	99	140	De'Barbieri
		141	Degli Archari, et Ballestrari, e Maestri da cazzafrusti, e Sagittarii
De la casa de la moneda, y de sus artífices	100	142	De'Maestri di Cecca, et de'Monetarii
		143	De'Carrattieri, o Cocchieri, o Carrocchieri, e Carrari, et Lettigarii
De los maestros de navíos, navegantes, marineros, pilotos, banqueros, galeotes, y cosarios	101	144	De'Maestri da Navigii, de'Naviganti, o Marinari, o Nocchieri, Barcaruoli, e Gondolieri, Passaporti, o Portonari, e Zatteri, e Galiotti, e Pirati, o Corsari
De los espejos, y sus artífices	102	145	De'Speculari, et Specchiari
De los jueces, y procuradores generales que llaman de cortes	103	146	De'Giudici, et de'Sindici
		147	Degli Hortolani, et Giardinieri
		148	De'Professori di Medaglie, et d'altre anticaglie, Antiquarii detti
		149	De'Tiratori da oro, argento, ferro, rame, e ottone, e Battilori, e Filatori da oro, et argento, e Macinatori da oro, e Indoratori, et Inargentatori
De la seda, y sus artífices	104	150	De'Setaiuoli, ove si comprendono gli Accavigliatori, Bavellari, Aggiundilatori, Filatori, le Maestre, i Tessitori e i Mercanti da seta
		151	De'Sbirri, o Zaffi, o Agozini

		152	De'Salinatori
		153	De'Stracciaroli, overo Barattieri
De los poetas y humanistas (v. 155 de Garzoni)	105	154	De'Poeti in generale, et de'Formatori d'epitaffi, e pasquinate in particolare
		155	Degli Humanisti (v. 105 de Figueroa)
De los aprensadores	106		
De los roperos	107		
De los tundidores	108		
De los pellejeros (v. 127 de Garzoni)	109		
De los libreros (v. 128 de Garzoni)	110		
De los impresores (v. 129 de Garzoni)	111		

POSIBLES ERRATAS Y PASAJES CONFLICTIVOS.

Pag.	Dcso.	En nuestra ed.	Eds. consultadas
30	Dedic.	puse la mira	puso …
48	D.U.	Hestieo Póntico	Hestico …
57	1	ejemplo de Torcuato	… Torcato
58	1	Est specimen	Et …
61	1	Finalmente la belleza	Einalmente …
61	1	Próculo Licio	… Licis
62	1	Graechorum	Gracchorum
66	1	Zopiro Asirio	Copiro …
85	3	la pretina de quien	la pretina quien
91	3	Cosme de Médicis	… Medices
92	3	Jarretera	Xaratiera
108	4	Dionisio Licinio	… Licionio
108	4	Ludovico Dolce	Lucovico …
109	4	Volcacio	Vorcacio
109	4	Nicanor Alejandrino	Micanor …
109	4	Lucio Cicilio Epirota	… Epirata
112	4	Panepistemón	Panepistmon
115	5	las leyes la vida y alma	el alma la vida y alma
116	5	tan celebrado Avicena	… Avicenas
122	5	un Odofredo	… Ofredo
130	6	hallar en Breviarios	hablar …
132	6	año de la confusión	… confesion
132	6	Juan Lucido	… Lucio
134	7	dentadas y serradas	… cerradas
134	7	en forma sólida, el …	en forma, el …
137	8	descritas por Juan Damasceno	escrita …
140	8	bueno para purgarse, y dañoso	buena …
140	8	es bueno hacer cualquiera de las cosas dichas	… hacer todo lo que se dijo arriba en la 1
141	8	signo de Capricornio	… do Capricornio
147	10	León Espeloneo	… Espolaneo
150	11	aplica Aristóteles	… Aristoles
154	12	obrasen con diligencia	orasen …
160	13	contra Algacel	. Algazele
163	13	bacías, alambiques	bocias …
167	15	en su Algoritmo	… Algoridmo
168	15	fue llamado … el dos Hera	… al dos …
170	15	los Cabalistas	… Cabilistas
170	15	Pselo, … , Isidoro	Piselo, … , Ioidero
171	15	el doblado, el Triplo	… Tripo

172	15	los seis Binomios	… Binemios
176	16	está obligado a traer	está obligado traer
176	16	Y así Galeno	… Galessio
176	16	Heresistrato Quioda	. Choda
185	17	del Hostiense	de …
192	18	Ángelo de Perusia	… de Perusio
199	20	para que no vuelva	para que no vuelvan
200	20	Jacobo Vuequero	… Vbequero / … Vequero
205	22	Temisón Médico	Temision …
205	22	Icesio Médico	y Cessio …
206	22	Leonardo Fucsio	Leonarto …
208	23	que tan bien delineó	… tambien …
209	23	Scilace Cariandeno	Seilace …
209	23	Teodoro Cireneo	… Cirerao
210	23	paralelogramos, y trapecios	… trapecias
211	23	Carlo Bobilio	Cardo …
211	23	llamada Altimetría	… Altrimetria
211	23	Hermolao Bárbaro	… Barbaso
213	23	Vuequero (v. 189)	Vbequero / Vequero
227	24	tetraple … exaple … octaple	terraple …
227	24	Melitón Sardo, Metodio	Meliton, Metodio
229	25	cosas elementales	… elementares
231	25	tanta autoridad … su opinión	tanta antiguedad …
231	25	si bien se dice	si bien dice
233	25	Avicena, Algacel	… , Algazael
233	25	Metrodoro su discípulo	Metrodo …
233	25	Cicerón, Averroes	… , Averros
234	25	Heráclito Póntico	… Pontifico
236	25	la Haecceidad	el Echeita …
237	25	son las intelectuales y las morales	son intelectuales …
240	25	el espectáculo	… expectaculo
241	25	Claudiano Emperador	Gaudiano .
243	25	se muda … en Oligarquía	… Olixarquia
244	25	Aristóteles dice: Mejores …	Mejores …
244	25	la llamaron Isonomía	… Isanomia
245	25	Otán Persa	Otuhan Persion
246	25	dice Angelgono	… Anguelgono
253	26	Licinio Calvo	Isicinio …
254	26	Carisio, … , Cinea,	Carsia, … , Cenea,
254	26	Nicóstrates Macedón, Ferécides Siro,	Nicostrates Macedón Siro,
254	26	Teopompo Gnidio	… Guidio
254	26	Dexipo	Dexipa
254	26	Cayo Cota	… Iota
254	26	a Gorgias, que fue	a Gorgia, …
255	26	Ésta fue (en la Cantiga)	Esta fue
255	26	llamar San Gerónimo a Tito	llamar a Tito

255	26	en el Areópago	en Areopago
260	27	rapándole la cabeza	rapanle …
260	27	desde la Z	… C
262	27	Heraisco, gran maestro	Herdisco …
263	27	Cinocéfalo	Sinozefalo
264	27	a quien dilatadamente	… dilatamente
264	27	Graphia	Graphios
268	27	fatigamus	faticamus
269	27	caussa … cassus … divissio	causa … casus … divisio
272	29	Filargo	Pitargo
273	29	particularizaciones	particulares acciones
274	29	Fosambruno	Frosambuno
275	30	Evatio	Evathlo
277	30	de … en … corderos	de … de … corderos
278	30	erudiet … addet	erudies …
280	31	Catón Censorino	… Censerino
280	31	Marciano Capela	Marino Capelo
281	31	Ramo … Denores … Valerio	Roma … de Noris … Valiero
284	32	haber comprado Aristóteles en	haber comprado en
292	34	no se reflejan, ni quiebran	no se quedan, ni quiebran
292	34	proyección de ambos ojos	proteccion …
293	34	difundiéndose en ellos	defendiendose …
294	34	va a terminar al centro	… el centro
294	34	va … en perpendicular	va … y perpendicular
294	34	ángulos cercanos al recto	algunos …
294	34	esta …fue llamada	… llamado
295	34	estar quietas	… inquietas
295	34	engaños por la enfermedad	… infinidad
297	35	nota bien Albucasís	… Albucasi
297	35	recta … división	recta … divisio
202	35	gargueros	guargueros
303	35	dicho por los Bárbaros	… Barberos
305	35	arteria magna, o aorta	… o arcta
307	35	pénulas o fibras	… fisoras
311	35	adiutorios … adiutorio	auditorios … auditorio
313	36	Belarmato	Berlamato
314	36	Jasón Denores	… de Mores
314	36	la palabra … significa	las palabras …
315	36	Siene	Sien
315	36	Boríst enes	Boristen
316	36	Ponto Euxino	… Eugino
316	36	hasta el Ponto	… Porto
317	36	Sacios	Sacos
318	36	Helesponto	el Esponto
318	36	metrópoli de Caria	Metropolidi, Caria
318	36	Antioquía	Antioca
318	36	Halicarnaso	Alicarnaseo

319	36	y Quilidonia	Equilidonia
319	36	Rodiópoli	Rodipoli
320	36	Trípoli	Tripol
320	36	Seleucia Áspera	Seleucia Assiria
321	36	Sebastópoli	Sebastapoli
321	36	Albano	Abano
322	36	Osarena	o Sarena
322	36	Eufratisia	Eufrulisia
323	36	Damasco	Damasa
323	36	Stratónica	Stratonea
323	36	lago Tiberiades	… Tiberiadis
324	36	Doatim	Dotaim
325	36	ciudad. Sus regiones	ciudad, cuyas naciones
325	36	río Baarsares	… Baasere
325	36	Tigris, Leuco	… Leneo
326	36	ciudades de Susiana	… Susania
326	36	Ecbatana	Ecatana
326	36	Euleo, Moseo	Mosia, Euleo, Moseo
326	36	Era, con muchas	Eracon y muchas
326	36	o Califa, o Calife	… Calise
326	36	por Mediodía	con …
328	36	las siete islas de	siete, y las de
328	36	hoy Turquestán	… Turquesta
328	36	Margiana	Maga
329	36	Iasartes … Iasartes	Isartes … Isaartes
329	36	termina por Occidente	… con …
330	36	al gran Can	… Cam
330	36	Tienen Asabota	Tienen a Sabota
330	36	Asmireicos	Asmiericos
330	36	la Gedrosia	… Godrosia
331	36	Biamba	Biaba
331	36	Omiza	Omica
331	36	Con los ríos	… los Irios
332	36	Pego	Pegu
332	36	trabas de madera	trabes …
334	36	llamada la Cesárea	… Gesarea
336	36	Ciniso, Rionegro	Siniso …
337	36	comienza en aquel punto	comienza aquel punto
337	36	Yacigos Metanastos	Iazijos
338	36	Océano Vergivio	… Vergiuo
338	36	Ambostrom … Ragrin	Ambrestoni … Ragtin
338	36	Hibernia, o Irlanda, y islas Orcadas	Hibernia, de Irlanda, o islas Orcadas
339	36	Nortvualia … Hilchestre	Nostubalia … Hilehestre
340	36	Carpetanos	Carpentanos
340	36	Calatayud	Galatayud
341	36	Celtogalia	Celsogalia
341	36	Loere, Sena	Leore, Sena

342	36	Saéz y Baieus	… Baxaux
343	36	Fosas Marianas	Sofas …
343	36	Yacigos Metanastos	Iazigios …
343	36	Retia, Nórica	Retia, Norico
344	36	Pomerania	Pomeriana
344	36	Suecia, Slesia (a Polonia vicina), Vratislavia	Suecia, Apolonia, Licina, Vratislavia
344	36	y Polonia	… Fiolonia
344	36	En Frisia	… Frisa
344	36	Vuitemberg	Vitemberg
344	36	Címbrica Quersoneso	Cimbria …
345	36	Sardónicos	Hardonicos
345	36	y Drilón	Idrilon
345	36	Cemineo	Ceminco
346	36	Grecia Magna	Recia …
346	36	Livorno	Liorno
346	36	está Norcia	estan Norcia
346	36	Trepérgole y Tiano	Trepergo, Retiano
346	36	Laorina	la Urina
346	36	río Aufidio	… Ausidio
346	36	Manfredonia, Siponto	… Lipento
347	36	de Garda, o de Becano	de Garda el de Becano
347	36	Hebio	Hebreo
347	36	Colcio	Coleyo
347	36	Geraco	Xercao
348	36	Paquino, o Cabo Pasaro	Paquino, Cabo Pasaro
348	36	Alícuo, Vulcano… Vulcaneto	Alieuo, Vlcano… Vlcaneto
348	36	Rusia, Prusia	Rosia …
348	36	Boristenes	Baristenes
348	36	y Denuberg ciudad	Idenuberg ciudad
348	36	Yacigos Metanastos	Xauios …
349	36	Yacigos Metanastos	Xacigos … (2 veces)
351	36	Ática	Atic
351	36	puerto, y Pireo	puerto Ispireo
351	36	Antogonia	Antogenia
351	36	Etolio	Etorio
351	36	Cabo de Modón	… Modo
352	36	Palocastro	Palocraste / Palocrasto
352	36	Badoro	Badro
353	36	Glareano	Galdeano
354	36	Polemón Eládico	Polemon, el Adico
354	36	Scilace Cariandeno	Silace Cariansdeno
354	36	Cosmografía	Gosmografia
354	36	Francisco Mauro Licio	Francisco Maurolico
354	36	Balbasar	Baltasar
354	36	Francisco Balduino	… Valdiuno
360	38	Zosimo Gazeo	Socimo …

360	38	Volcacio Galicano	Volgacio, y Galicano
361	38	Lampridio, Elio Spartiano	Lampridio, Spartiano
361	38	Tracanota	Tarcanota
361	38	Rafael Volaterrano	… Volaterano
362	38	hijo de Gorión	… Corion
362	38	Juan Baptista Ronacosa	… Ranacosa
362	38	Roberto Fosardo	… Osardo
363	38	Juan Tucotio	… Tucoito
363	38	Gilde Britano	Gil de Britano
363	38	Leónico Calcondila	… Calcocondila
363	38	Haytono Armenio	… Armento
363	38	Aloisio Cadamusto	Gloisio …
363	38	Rafael Volaterrano	… Volaterano
363	38	Carón cartaginés	Coron …
363	38	Sozomeno	Sazomeno
363	38	Julio Cordo, Elio Espartiano	Julio Cordo Espartiano
364	38	Beda, Helmando	… Mando
366	38	Fosambruno	Fosembruno
370	38	Metástenes Persiano, y Manetón	Metástenes, Perusiano, y Maneron
370	38	Cetesia	Ceptesia
370	38	Argivos	Archivos
371	38	Metodoro, y Patrocles	Metadoro, y Patocles
371	38	reprehendido … por Diódoro	reprehendido …, Diódoro
371	38	Danudes	Damides
371	38	Celtas … Alanos … Getas	Cletos … Alacos … Gepidas
371	38	Argesilao … Éforo	Agesilao … Eporo
375	39	Nigidio	Nigido
375	39	Cleostrato	Cleotrasto
375	39	Justísimo Emperador y Máximo Astrólogo, Arato,	Justísimo Emperador, Máximo, Arato,
375	39	Francisco Soizosio	… Ceotosio
375	39	Juan Garceo	… Carce
378	39	Juan Marliano	… Morliano
379	39	Pleiados est	Plaetados …
379	39	llamado Bazán	… Bacan
380	39	Ben Rodoam	Bernrodam
381	39	Galeoto Marcio	… Maria
391	39	Non cogitemus	… cogitemur
394	39	Pedro Atendolo	… Atendulo
397	40	atque haec	… hae
400	40	memoratur	memoratu
403	40	Rafael Volterrano	… Volterano
403	40	tenet pretiumque	… pretioque
405	40	haeque canebat	aeque …
405	40	flexanimun	flaxanimum
407	40	Lamprocles	Lampocres
408	40	el Hiastio y el Eolio	… Hiartio … Elio

417	43	la llamaba Aristófanes	llamaba …
420	43	Iuntino y Grillo Sicilianos	… Siciliano
420	43	Reina de los Voscos	… Volscos
420	43	Ificlo	Hiplicon
422	44	Esteropes	Estoropes
424	44	bruñidor, rascador	bruñidos …
427	44	Pelagonio … Tiberio	Telagonio … Timberio
432	46	Con Eupolemo	… Eupolomo
433	46	Epígenes	Epiguenes
434	46	Obispo Nebiense	… Nebriense
434	46	Juan Dietembergio	… de Itembergio
434	46	Scitopolitano	Scitolitano
438	46	Vándalos	Vuandalos
439	46	Daniel Bombergo	… Bambergo
439	46	Juan Potken	… Porkem
443	48	ad id quo	ad id de quo
446	49	Bitinia, llamada antes Tinea	… llamado …
447	49	cinceles…, buriles	cizeles…
449	49	Juan de Mandevil	… Mendevil
457	52	Discurso LII	… LI
459	52	Titorno	Titerno
462	53	Mefiboset	Misboseft
464	54	moza cuanto a … vestido	… vertido
465	54	¿Tan bien proceden	Tambien proceden
474	55	a Aglao Sofidio	a Glauro Sofierio
475	55	Tremelio Scrofa	Termelio Serosa
478	55	como mala cosa	… casa
480	56	con las dichas palabras. No …	con estas palabras: No …
484	57	cercetas, cortezas, asisones	carcetas, corteças, …
491	59	el Volterrano	… Bolterano
495	59	la arte familiar	al …
499	60	Carlos Tadio	Carlostadio
499	60	opúsculo de Bucero	… Rucero
501	60	Eunomio	Enonio
502	60	Aerio	Ereo
502	60	Concilio Gangrense	Grangrense
502	60	Conrado	Corando
503	60	Filastro	Filostrato
507	61	Eae partes quasi	Hae …
509	62	Soria	Suria
509	62	nuez moscada	… noscada
513	62	Salaminos	Salaminas
513	62	accipias	accipies
515	62	quas qui … quicquid	quasque … quidquid
518	63	Cedaceros	Sedaceros
534	67	Pirotecnia	Pirotegnia
534	67	copelas, crisoles	compelas …

535	67	según Cornazano	… Cornacani
540	68	se pasa por cedazo	… sedazo
542	69	Damauderio	Danauderio
547	70	Frotón	Floton
548	70	Emilio General	Embio …
548	70	y Tampra	… Trampa
550	70	Ferreto	Ferreo / Ferrao
553	70	entraban en el estacado	entraban el …
553	70	2.2, q. 95	… 93
555	71	Posidipo	Posidico
556	71	Stratocles por Lamenes	Stato …
556	71	Melisa	Melesia
557	71	Cástor a Febe	… Febo
561	71	Heráclides Lembo	… Lambo
566	72	Deilamia	Filamia
568	72	Canidia … y Folia	Cadinia … Hipholia
569	72	le haga mensajes	les …
52	74	los Cilicios	… Silicios
579	76	Persicos odi	Persidos …
582	77	aqua contemplare	… contemplarer
583	77	Tesibio	Hesibio
588	78	Esta arte enseña	Esta enseña
588	78	sobrerrienda	sobrerienda
589	78	lib. 5 … y lib. 11	lib. 5 … lib. 11
590	79	Ersenio y Pacidiano	Hercenio y Badiconio
591	79	Los ángulos … y los que	… y lo que
594	79	Clitomedes … Ificlo	Clitomenes … Ifilico
594	79	a Filea y a Polidoro	a Filia y Apolodora
599	80	darle batería	dar la …
603	80	Jenócrates	Socrates
603	80	fol. 634	fol. 364
605	81	ut iis subsidio	vicis subsidio
607	81	Cinea tan valeroso	Cineas …
609	82	Teofrasto Eresio	… Elesio
610	82	felle vivent	… livent
613	83	murria … salmia	muria … salnia
618	84	escorzos, y perspectivas de	escorzos, y de
619	84	raro en la disposición	Zaro …
619	84	Timágoras	Pitagoras
620	84	Arístides Tebano	Aristido …
620	84	Rafael de Urbino	… Urbina
623	85	las siervas … las amas	… las mas
623	85	era además bajo un cabrahigo, por	era mas, por
623	85	Tutela, o Titula	… Titulo
624	85	Neera y Carmones	… Carbones
627	85	guardarropas	guardaropas
629	86	Lisistrato … Lisipo	Liscio … Lipsio

629	86	arte Plástica	… Plasica
629	86	Preto y Alcón	Bheto …
630	86	Mariano Francés	Marian …
632	86	el Sieno	… Sineo / Sinoe
633	86	Policleto	Policreto
633	86	hubo tan gloriosos	tuvo …
633	86	Zenodoro	Zenodo
634	87	Hiperbio … Hestia	Hiparbio … Hiesta
636	88	deducebantur	ducebantur
642	89	condiciones del cartel	… quartel
650	90	Francisco Zavarela	… Zaravela / Zarvela
654	91	en las cenas	… scenas
654	91	Pilades	Piladres
654	91	Publio Siro	… Ciro
657	91	del evento	de las ventas
662	93	de un cuadrado un redondo	de cuadrado …
664	93	Pseusipo	Bseusipo
664	93	torno facilis	torna …
667	94	Pireo	Pirteo
667	94	óvalo	obolo / abolo
668	94	las interiores	los interiores
671	94	Juan Zonara	… Zonaros
672	95	bebiendo vino con exceso	bebiendo con …
674	95	Fileta … Siciones … Helótide	Filete … Sicion … Metolide
676	95	Volgango Lacio	… Sacio
676	95	Sexto Degicio	Sexo …
684	98	atildada … apariencia	atilada …
687	100	Petronio	Pretonio
688	100	Foceses	Foseces
691	101	Ptolomeo Sóter	… Scter / Seter
691	101	Diódoro Siculo	… Sciatro
691	101	se dijo cimba	… cimbra
691	101	Ilíricos … Samotraces	Hiricos … Somatraces
692	101	Pompilo … Nautilo	Pampilo … Nantilo
692	101	Tirrenos	Tireni / Tereni
694	101	el Cafáreo	… Cefareo
695	101	Arturo y Osas	… y cosas
697	101	Levinio	Levino
700	102	se reflecta, o se quiebra	se reflecte …
714	104	secar al Sol	sacar …
714	104	palam signis	palma …
715	105	sammis hominibus	summis …
718	105	Licencio	Vincencio
719	105	Lucilo	Mucilo
719	105	Licofrón	Licafron
721	105	regumque Poetae	regnumque …
722	105	Ferécides Siro	Fenices Lidio

722	105	Calpurnio	Calpurino
722	105	Pomponio, Proba	Pomponia Proba
722	105	En los Mimos	… Minos
722	105	Pentámetros	Pentrametos
724	105	Resende	Resendi
725	105	Moreto	Mureto
726	106	buriles, cinceles	boriles …
730	108	se cortaría	le …
733	109	Zona pellícea	… pelicea
733	109	sacrificios de Baco	… Caco
734	109	Suelen estar	Suele estar
734	109	hechas dos palas	echados palases / … palasas
739	111	desencierra	desencentra
740	111	el Volterrano	… Bolterano

PLAZA VNIVERSAL

DE TODAS CIENCIAS
Y ARTES,
PARTE TRADVCIDA DE
Toscano , y parte compuesta
POR EL DOCTOR CHRISTOVAL
Suarez de Figueroa.

A Don Duarte, Marques de Frechilla, y Villarramiel, Marques de Malagon, Señor de las villas de Paracuellos, y Hernancauallero, Comendador de Villanueua de la Serena.

Año 1615.

CON PRIVILEGIO

EN MADRID, Por Luis Sanchez.

T A S A.

YO Juan de Jerez escribano de Cámara del Rey nuestro Señor, y de los que residen en su Consejo, doy fe que habiéndose visto por los Señores del dicho Consejo un libro intitulado, *Plaza Universal de todas las profesiones*, traducido de Toscano en Castellano, y compuesto por el Doctor Cristóbal Suaréz de Figueroa, vecino desta villa de Madrid, que con licencia de los dichos Señores fue impreso, le tasaron a cuatro maravedís el pliego en papel, y a este precio y no a más mandaron se venda, y que esta fe de tasa se ponga al principio de cada un libro de los que ansí fuesen impresos. En verdad de la dicha licencia, y para que dello conste, di esta fe, que es fecha en la villa de Madrid a doce días del mes de Agosto de 1615 años.

Juan de Jerez.

Suma del Privilegio.

TIENE privilegio el Doctor Cristóbal Suárez de Figueroa por diez años para imprimir un libro que compuso, intitulado, *Plaza universal de todas las profesiones*, con prohibición de que otra persona lo pueda hacer. Su data en Aranjuez a 19 de Mayo de 1612, ante Miguel de Ondarza Zabala escribano de Cámara de su Majestad.

Censura del Ordinario.

POR Comisión y mandado de los Señores del Consejo Real, he hecho ver este libro: no hay cosa en él contra la Fe y buenas costumbres, antes muchas muy importantes para todos estados, por la generalidad de lo que se trata en él. Así siendo como es utilísimo, se puede dar al autor licencia para imprimirle. En Madrid a cuatro de Abril 1612.

El D. Gutierre de Cetina.

APROBACIÓN
del padre Juan de Dicastillo de la Compañía de Jesús.

POR orden del Consejo Real he visto este libro, que con más razón se puede decir compuesto todo, que traducido en parte por el Doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, por el modo feliz con que hace tan proprio lo ajeno, realzándolo admirablemente. Hállase lleno de erudición copiosa y esquisitas elegancias. Las materias son utilísimas para todos estados; y así digno su Autor no sólo de la licencia que pide para imprimirle, sino de grandísimo premio, por lo mucho que ha trabajado en él. En nuestro Colegio de la Compañía de Jesús de Madrid a primero de Mayo 1612.

Juan de Dicastillo.

A DON DUARTE

Marqués de Frechilla, etc.

OBRA tan general y digna, sólo a Vuestra Excelencia era justo consagrarla, Príncipe dignísimo, por su Real sangre (tan estendida por los Reyes, y Potentados de Europa) por su grandeza, magnanimidad y esplendor, de mayores reconocimientos. Mi intento fue hacer algún beneficio a mi patria, con representarle en su lengua el más fuerte enemigo de la ignorancia, que es el conocimiento de todas ciencias, y artes. Así, pues puse la mira en acertar, suplico a Vuestra Excelencia le admita y ampare, consiguiendo el precioso premio de su aceptación.

El Doctor Cristóbal Suárez
de Figueroa.

PLAZA VNIVERSAL

DE TODAS CIENCIAS,
Y ARTES,
PARTE TRADVZIDA DE
Toscano , y parte compuesta
POR EL DOCTOR CHRISTO-
ual Suarez de Figueroa.
A HIERONYMO PERARNAV
Cauallero Catalan, Señor del Castillo y Lugar de la Roca de Albera, en el Condado de Rossellon.

Año 1630.

CON LICENCIA

En la Fidelissima Villa de Perpiñan , por Luys Roure Librero. *Y à su costa.*

DE RODRIGO SALDAÑA

Alguacil mayor de la Capitanía General, a Luis Roure Librero.

VUESTRA *Plaza* pasar plaza
puede en todo el orbe entero,
y más que a su Autor primero
debe el mundo a vuestra traza:
lo que el olvido amenaza
en sus aras sepultado
por vos ha resucitado,
pero siendo *Universal*
al mundo estuviera mal
a no ser vuestro cuidado.

Poco importara escribir
si todas las escrituras
se fueran quedando a escuras
sin quererlas imprimir:
fuera nacer y morir
sin tener pena ni gloria,
de nada hubiera memoria,
y así vengo a resolver
que se debe agradecer
resucitar una historia.

A GERÓNIMO PERARNAU
C A B A L L E R O C A T A L Á N,
Señor del Castillo y Lugar de la Roca de Albera*,
en el Condado de Rosellón.

PUES vuestra merced ha sido quien muchas veces me ha persuadido, imprimiese y resucitase este Libro intitulado *Plaza universal de todas ciencias, y artes*, por dar universal, y común provecho, y ser muy importante para desterrar las ignorancias deste siglo, sale otra vez a luz con su abono, y amparo, suplicándole admita mi voluntad, en desempeño de mis obligaciones, mientras procuro con mayores alientos, ocasiones en que acredite lo que deseo servir. Guarde Dios a vuestra merced muchos años, como su mayor servidor desea.

Luis Roure.

* actual Laroque des Albères.

PRÓLOGO.

TRES cosas hallo bien repartidas en el mundo, calidad, hermosura, y entendimiento. ¿Acaso hay quien se tenga por bajo, por feo, o por ignorante? Ninguno por cierto. Vistos pues los efetos de tal ceguera, es lícito afirmar haber sido tan a propósito, carecer de semejante conocimiento, como del continuo imaginar en la muerte; porque sin duda afligiera con tanto exceso, que quitara la vida. Con este engaño tan dulce, son menos graves de sufrir los defetos naturales, siendo el agrado de sí mismo, y lisonja propia, epítima eficaz del más apretado corazón. Mas del sentir las dos cosas primeras diferentes de lo que son, se sigue, si se considera bien, corto, o ningún inconveniente; por resumirse cuando más, en deleite, o consuelo del interesado. La última sola es a mi parecer de daño gravísimo. Presumir el necio ser sabio, y querer ostentar con tal presunción, es intento terrible, de quien brotan no pocos, ni pequeños males, por la opinión del que pasa de falso, y el número de los que se inficionan siguiendole, aplaudiendole, y dándole injustamente crédito. Lo peor es, que por no admitir esta enfermedad pronto remedio de desengaño, viene a ser no menos incurable que contagiosa. Pero ¿de que sirven rodeos y circunloquios? digámoslo de una vez: Mucho se ignora en todos estados. Es el hombre muy soberbio; con poco saber se hincha y desvanece. Deslumbrado con escasas luces, forma en sí un tribunal para engrandecer y ensalzar sus cosas, sintiendo bajamente de las demás. Pues ¿qué si arrima los labios a varias fuentes de ciencias? ¡Dios nos libre! Conviértese en un Lucifer, y por diferentes caminos se hace de todo insufrible. Sale el Jurisconsulto de su centro, y sin ser consumado en su facultad, pasa a las de Filosofía, o Matemáticas, donde *in omnibus nihil*, mofa a pie quedo de todos, y habla de los más sabios con asco y gestos. Mas este error enmiendan los médicos, los que siempre oprimidos de codiciosos deseos, obran tan a ciegas, que por lo menos confiesan de sí, *Non moriturus sanamus*; y esto a bien librar, supuesto callan las ignorancias, excesos, y descuidos con que matan los que por ventura no habían de morir. Los Teólogos solamente como ocupados en materias sólidas, no padecen alguna excepción, salvo si no los hace

despeñar la demasiada sutileza de sus ingenios. Bien es verdad que muchos de los que atienden a la predicación, pasan en flores las más horas del púlpito, olvidados del fruto que debrían hacer en él con la palabra de Dios. No pocos déstos están en perpetuas asechanzas, por desvalijar los sermonarios vulgares que suelen salir dos meses antes de la Cuaresma, granjeo de los más estudiosos para lucir las celdas, y llenar las bolsas de semejantes centones, y juntas de papeles. Llegada pues la ocasión, se valen los noveles no sólo de la sustancia, sino de todo el compuesto, transpalándole *at pedem literae*. Y si se les preguntase, *bonete, o capilla, ¿por qué sois mochuelos, pudiendo ser águilas? ¿por qué dejais los mares por los arroyos? y en fin ¿por qué no estudiáis, y revolvéis los sagrados Dotores, en quien hallaréis tantas riquezas y tesoros?* sé yo responderían, *porque ignoramos mucho, y no alcanzamos talento para recoger, elegir, y disponer. De modo que por nuestra incapacidad podría bien ser sacásemos de aquellas flores y lindezas, antes ponzoña que miel*. Mas esto aparte, los que en sabiduría llevan a todos conocidas ventajas, son los Poetas que se usan hoy, a quien con sólo nombrar se me erizan los cabellos. Son éstos cierta generación (si no canalla) tan presumida como ignorante, tan mordaz contra doctos, como falta de suficiencia y espíritu en toda suerte de operación. Por cuatro coplillas insulsas, intrincadas, y desnudas de arte y erudición que componen, se quieren alzar con las Indias de las buenas letras, y convocando en su favor otros mozuelos de su metal, mueren por solicitar descréditos en los más bien opinados, pareciéndoles consiguen lo que desean y no tienen, siendo clarines de ajenos menoscabos. Mas tal vanagloria y jactancia, me parece oprime y condena por estremo bien Valerio Máximo cuando dice:

> *Expedita est, et compendiaria via ad gloriam talis esse, qualis alteri videli velis*.

Finalmente habiendo yo más lleno de faltas que todos, y menos entendido que el más rudo, pasado los ojos por el Libro en Toscano de Tomás Garzón, título *Plaza universal de todas profesiones*, me aficioné a su variedad, juzgándole digno de comunicación, como careciese de algunas cosas, por ventura no bien corrientes en nuestro vulgar. Éstas no puse elegida la tradución, y añadí otras donde pareció convenía. Publícase pues ahora traducido, cercenado, y añadido. Ojalá fuese antídoto contra el veneno de la crasa ignorancia apuntada arriba. Por lo menos de su título se colegirá su provecho: Si es Plaza, y rica de todo; bien corto será quien aquí dejare de feriar. Trata de todas ciencias y artes, con tanto estudio y generalidad, que

podría adelantar los ingenios más remisos, y hacer filosofar a los de menos elevación. Las gracias deste beneficio se deben a su Autor primero, que gastó años en la fábrica destos discursos, poniendo también yo de mi parte no poco tiempo y cuidado, para que cobrasen la forma que hoy tienen, diferentísima de la antigua, por ser compuesto este volumen de lo ajeno y mío, termino que usó sin otros Anguilara con Ovidio. Ninguno se canse ponderando, si excedí, o falté a la obligación de Intérprete. Porque en lo uno no es tan grande el aumento, que cubra la parte aumentada; y en lo otro fue mi intento, atender más a perficionar, que a traducir, escogiendo lo mejor de lo recogido. Fácil fuera alterar el orden cuanto a la colocación de las materias, mas pareció acertada su diversidad, porque las menores entremetidas, sirviesen tal vez como de alivio y recreación en la gravedad de las mayores.

ENCOMIO AL ARTE
DEL ILUSTRADO
Doctor Raimundo Lull.

RESPETO de suponer tan sólido fundamento en el arte deste glorioso mártir, que con ella se pueden penetrar brevemente los altos secretos de todas las ciencias y artes, he querido sirva la misma de suntuosa portada en la fábrica insigne deste libro. Compuso este señalado varón más de mil y quinientos volúmenes en lengua Catalana, Árabe, y Latina. En todos manifestó erudición tan exquisita, y profunda, y modo de demonstrar tan nuevo y sutil, que solicita admiración en los supuestos más curiosos y capaces. Al paso que creció el cuidado, y consideración, echaron de ver todos se aventajaba y excedía en tales obras a los más graves, Platónicos y Peripatéticos, Griegos, y Latinos, que escribieron de los fundamentos, structura, y teórica de ciencias y artes. Este artificioso método se descubre principalmente en el *Arte general*, que compuso, inventiva de toda verdad, científica, natural, moral, matemática, y divina, por sus verdaderos y legítimos medios, de donde dedujo todos los demás tratados. A los nueve principios transcendentes, con que superiormente discursó sobre todas materias, llamó Bondad, Grandeza, Duración, Potestad, Conocimiento, Voluntad, Virtud, Verdad, y Gloria. Tiénese haya sido el mayor Filósofo de los que se han conocido en el mundo. Manifestolo principalmente en la transmutación de metales bajos en altos y ricos, y en la confección de piedras preciosas de igual y mayor fineza que las naturales. En consecuencia de esta verdad, hay infalible tradición, apoyada con la autoridad de muchos Dotores graves, que hizo seis millones de oro en Inglaterra. Diolos a Eduardo Sexto, sobre haber capitulado, había de emprender con ellos la conquista de Tierra Santa. Déste se hicieron después los escudos, a quien los Ingleses llaman Soberanos, como lo muestran sus caracteres. Asimismo dejó hecho de su mano en Londres un diamante de igual fineza a la de los naturales más finos, siendo el mayor que se ha visto en Europa. Júzgase comúnmente,

sería acertado se entablase su dotrina en todas Universidades, por ser más perfeta, entera, y metódica que la introducida con título de Platónica, y Aristotélica. En esta conformidad afirmaba, sin otros, el doctísimo Fray Luis de León, haberse hallado en el mundo solos tres Sabios, Adán, Salomón, y Raimundo.

Nació este gran Maestro en Mallorca; oriundo del Principado de Cataluña. Fueron sus padres de la ilustre casa y familia de los Lulls, hijo de Ricohombre, título entonces de Grande. Criose en la casa del esclarecido Rey Don Jaime, como Caballero que fue de su Cámara, su Copero, y Senescal, de donde se trasladó a la vida eremítica, profesada con insine santidad, en el hábito de la Tercera Orden del Seráfico Padre San Francisco. Empleó muchos años de su gloriosa vida, en procurar con gran conato la propagación de la Iglesia, la exaltación de la santa Fe y Religión Católica, la extirpación de las herejías y errores, que hasta su tiempo se habían excitado contra ellos. Descubrió ansia crecida por la acquisición de los sagrados lugares donde se obró nuestra redención, y la conversión de infieles y Gentiles. Trató de todo con tan ardiente celo, que movió a muchos Sumos Pontífices a que hiciesen solenes juntas, y a que congregasen Concilios para tratar de los medios enderezados a la ejecución de su santa intención en lo referido, especialmente el Vienense, donde hizo admirables proposiciones sobre estas materias. Hizo tres viajes a la Tierra Santa, y en ellos tres particulares descripciones de tres diferentes caminos por mar y tierra, a fin de mostrar el mejor a los Príncipes Cristianos para emprender su conquista. Pasó muchas veces al África, donde con sus eficaces discursos y razones procuró convencer todo género de idolatras y infieles, persuadiéndoles con notable suavidad y dulzura los misterios de nuestra santa Fe. Tuvo allí reducidos muchos de los más nobles, y de los que profesaban algún género de letras, como Dialéctica, y Filosofía. Por el consiguiente se vio muy inclinada a su devoción la voluntad de los Reyes Moros, hasta que el demonio por medio de los Alfaquíes levantó contra él grandes persecuciones, sintiendo mucho el estrago que iba haciendo en la abominable secta Mahometana. El admirable y copioso fruto del mucho número de almas que traía al verdadero conocimiento y amor divino, ocasionó en la pérfida malicia de los mismos Alfaquíes (junto con el temor de alguna grande caída suya) la aceleración de su martirio, cuya preciosa corona, tras muchas y muy apretadas aflicciones consiguió en Bugia, muriendo apedreado, año mil trecientos y quince, víspera de los Apóstoles san Pedro y san

Pablo, a quien había imitado con celo tan intenso, hasta testificar con la sangre, y dar la vida por la aseveración de la verdad Católica, que con tan vehemente fervor, eficacia, y dulzura, y con tan notable aplauso de los mismos infieles había predicado. Fue singular y admirable la santidad de su vida, favorecida de muchas apariciones, con que en diferentes tiempos le visitó Cristo Nuestro Redentor. Su santo cuerpo tenido en Mallorca con toda veneración y decencia, hace por instantes grandes milagros, queriendo Dios pase apenas día sin honrarle con sus maravillas.

Mas era justo se acrisolara la excelencia de sus acciones, y modo de vivir tan celestial, no sólo en vida con bárbaras persecuciones, sino también en muerte, con hallarse quien esparciese veneno de mala intención contra sus milagrosos libros. Mostrósele entre otros adverso Nicolás Eymeric, hombre de opinión no sé si loable, por lo que se colige de unas letras del Rey Don Juan el Primero de Aragón, despachadas contra él, donde le da títulos y epítetos de menoscabo y deshonor. Deseando pues éste deslustrar tan útiles escritos, intentó calumniar algunos dellos, atribuyéndoles no sanos sentidos, de que al fin vinieron a quedar libres por sentencia difinitiva, dada en su favor por la Santa Sede, con que se manifestó triunfante la verdad de aquel glorioso varón. También procuró morder esta dotrina Tomás Garzón primer autor deste libro, pero arguye en contra tan flojamente, que no merece respuesta, supuesto se cifra todo lo que dice en preguntar, cómo es posible se discurra con ella sobre todas ciencias, y artes: cosa en que no dudara si hubiera estudiado él cómo. Lo que más puede causar admiración, es la ambigüidad con que el erudito y docto Juan de Mariana trató este asumpto en su *Historia general de España*, Tomo I, cap. 4, fol. 779, pág. 2. Allí con palabras menos dignas y graves que se requería, parece quiere hacer juego de su pluma esta materia. Por lo menos descubre en lo que escribe manifiestos indicios de mal informado. Supone cuanto a lo primero, haber sido el ínclito Raimundo mercader como sus padres, deseoso de acumular riquezas con los negocios. Calla los cargos que sirvió en la casa Real. Habla en lo del arte con ironía, y no poca indecencia, hasta decir que parecen sus preceptos más deslumbramientos, y trampantojos, con que la vista se engaña, y deslumbra, burla y escarnio de las ciencias, que verdaderas ciencias y artes. Yerra en el número de los libros. Hácele tan ignorante de letras, que afirma saber apenas la lengua Latina. Toca el martirio aceleradamente con escaseza de loores, y corta magnificencia de palabras. Olvida el afecto y devoción con que cuatro

Reinos, Aragón, Valencia, Cataluña y Mallorca veneran sus reliquias y memoria, procurando todos sin alguna intermisión en las Cortes de Roma y Madrid, sea colocado, y puesto en el Catálogo de los Santos, para que en toda la Iglesia Católica sea venerado, y se le den y concedan los sagrados honores que es costumbre dar a los gloriosos Doctores y Mártires. Semejantes demasías y omisiones, parece provocaron indignación en los devotos y aficionados al Beato cuerpo y obras deste tan santo varón, deste tan insigne y célebre mártir. Mas lo que yo puedo asegurar es, procedieron estos agravios (si es lícito llamarlos así) antes de corta noticia, que de mala intención, supuesto en lo primero fue posible carecer de quien informase, y en lo último no se debe imaginar participasen maliciosamente de alguna hiel pecho y lengua tan eruditos y circunspectos, y que tan bien saben disponer lo que toman entre manos. Confirmen últimamente esta verdad tantos epítetos y títulos, con que varios Reyes y Universidades ensalzaron al Santo mártir Raimundo. Llámanle los Parisienses varón admirable y nuevo: los Reyes Católicos de Aragón, gran Maestro en Filosofía, y Sacra Teología, inventor y autor de maravillosas artes; Filipo Rey de Francia, Doctor ilustrado divinamente. Mas vayan algunos en Latín, porque vulgarizados no pierdan parte de su fuerza.

> *Ab Anglicis appelatus est ille magnus in Philosophia, et omni artium, et scientarum encyclopedia Chatalanus. Ab Italis autor mirandae artis generalis, ad omnia scibilia miro artificio contrahibilis. Ab aliis Radius mundi lucidus, pro Raymundus Lullus. Ab aliis Publicae utilitatis procurator, et Catholicae Fidei acerrimus deffensor, et indefessus propagator. Ab aliis denique dicitur illustrator tenebrarum mundi*,

sin otros muchos títulos con que es celebrado de varones doctísimos, que por brevedad dejo de poner.

DISCURSO UNIVERSAL EN ALABANZA DE LAS ciencias, y artes liberales, y mecánicas en común.

ENTRE todas las partes, y ornamentos que con admiración hacen agradable al elevado pequeño mundo del hombre, por natural inclinación apetecedor de gloria, y lleno de infinitos deseos de grandeza; puede sin duda juzgarse el primero, y más principal, la gloriosa posesión de las ciencias, y artes; tan estimadas de Sabios, por verdadero hábito de ánimo heroico, cuanto abatida, y menospreciada de idiotas. No es menester valerse de sumo trabajo para mostrar esta verdad; ni traer a este propósito más fuertes razones, o más concluyentes argumentos: supuesto, si se pusiese la mira en la perfección, provecho, y honra que produce, se reconocería con singular evidencia, cuánto se engañan los ignorantes, en condenar a las que son verdaderas riquezas; y se descubriría con cuánto saber obran sus estudiosos, ricos siempre de calificado juicio, y prudencia. Desto se infiere, cuán loco, y necio se mostró Valentiniano Emperador, por haber perseguido las letras con tanto exceso, que sufrieron mientras él imperó, más duro destierro, que las virtudes en tiempo de Heliogábalo, y Cómodo, padres de cuantos malvados tenía el mundo. Conócese también, con cuánta razón se juzgó aborrecible aquella ignorante, y temeraria proposición de Tamo Rey de Egipto, que osó llamar superfluos, y dañosos a los Letrados; burlándose de las ciencias, como de cosa inútil, y profana. Mas ¿qué mayor locura, o qué ignorancia más en su punto se puede referir, que la del Emperador Licinio, que usó llamar a las letras, veneno, y peste pública, dignísima de general aborrecimiento? A éste se deben igualar, si no anteponer, los que fundados en el parecer de Platón afirmaron, haber tenido origen las ciencias de cierto demonio llamado

Theuto, y según Eusebio, nombrado por los Egipcios *Toith*, y por los Alejandrinos *Toth*, y por los Griegos *Mercurio*; sin entender sinificaba el divino Filósofo por *demon*, al Sabio, dicho así en Griego; como también el nombre de Mago (odioso en lo aparente) tiene entre los Persas la misma significación. Ignoraron asimismo haber sido las letras (como alega el Beroaldo) halladas, o por Mercurio, o por los Fenices (de quien las tomó Cadmo, y las llevó a Grecia; trasladándolas después los Dardanos desde allí a Italia) o por los Asirios, o por los Hebreos, como tienen muchos de los sagrados escritores. Síguese pues, ser la perfección que ocasionan las ciencias, y las artes, tan manifiesta, y clara, que Aristóteles habiendo comparado el alma del hombre a una tabla rasa, por carecer al principio de inteligencia, dijo, que se volvía por la aprehensión de las ciencias sumamente perfeta. Así el gran comentador Averroes, donde el Filósofo dice, que el entendimiento es en potencia toda cosa; y que no se reduce a acto, sino por medio de la ciencia; expone, ser la propria, la perfección del alma, que antes sin ella se hallaba ignorante, y del todo rústica. Esto quiere sinificar Marco Tulio, comparando nuestro ánimo sin dotrina, y enseñanza, a un campo fértil por naturaleza, que sin la debida cultura produce con esterilidad. Este ejemplo trae también Ovidio en aquellos versos:

Si acaso nuevo ser no recibiere
del solícito arado el campo fértil,
dará por fruto solamente abrojos.

Por eso concluye bien el Sabio, diciendo:

Egestas, et ignominia ei qui deserit diciplinam,

donde enseña, ser el desamparar las ciencias declarada desventura, y público vituperio. Por otra parte es tan notorio el provecho que comunican las mismas, que es menos patente el día, cuando más resplandecen los rayos del sol. Las ciencias hacen al hombre entero y adornado de acciones honestísimas, y de costumbres virtuosas.

En esta conformidad dijo Tulio:

Primus honestatis locus qui in veri cognitione consistit maxime attingit naturam humanam.

Hacen por el consiguiente las ciencias al hombre semejante a Dios su hacedor, lleno de infinita intelligencia, y saber; cosa que conoció también Cicerón, cuando dijo:

Nil est per quod magis Diis immortalibus assimilemur quam per ipsum scire.

Así el demonio, astuto tentador de los primeros padres, propuso la ciencia como verdadera semejanza divina, diciendo a nuestra gran madre:

Eritis sicut Dii scientes bonum et malum.

De aquí es afirmar Aristóteles, que el hombre por el saber, y entender se unía a Dios, y a las sustancias separadas. Demás emana de las ciencias un bien estable, que jamás por cualquier accidente de fortuna, se puede apartar de su profesor. Dícese de Biantes, uno de los siete Sabios de Grecia, que habiendo sido (como refiere Valerio Máximo) ganada de los enemigos su patria, y llevando consigo los ciudadanos, cuando iban huyendo, sus más preciosos despojos, exhortado de muchos a hacer lo mismo respondió con suma gravedad:

Omnia mea mecum porto:

juzgando este Filósofo todo lo que no es ciencia, sujeto a infortunio, y pérdida. Macrobio, amplificando la firmeza de las ciencias, apuntó:

Existima disciplinas multas multis esse pecuniis praestantiores: istae quidem cito desinunt: illae vero per totum tempus permanent; scientiae enim sola possessio est immortalis.

Platón fue también deste parecer, cuando preguntado, qué bienes se han de adquirir para los hijos, respondió:

Los que no temen borrascas, vientos, crecientes de ríos, ni fuerzas de hombres.

Así justamente concluyó Salomón cuando dijo;

Melior est acquisitio eius negotiatione auri, et argenti, et ipsa sola est pretiosior cunctis opibus.

Por cierto singular estima es la de las ciencias; pues (como dice el Angélico Dotor) illustran el entendimiento humano, y purgan el afecto de su natural apetito, a quien se junta con tanta facilidad por su depravada naturaleza. Si Gerónimo escribiendo a Rústico, explicó su valor en esta parte diciendo:

Nunquam de manu et oculis tuis recedat liber, ama scientam scripturarum, et carnis vitia non amabis,

lo mismo afirma Séneca a Lucilo:

Scio (dice) *neminem posse bene vivere sine sapientiae studio.*

Pues ¿qué diré en su alabanza? Las ciencias son las que informan al hombre de un espíritu generoso, y por estremo elevado. Así decían los Estoicos, ser los Sabios de ánimo libre, y resuelto, cuya opinión siguiendo Tulio, escribió,

Nullus vir doctus servus, aut ignobilis esse potest, nisi forte volutrabo vitiorum fuerit infectus.

El Filósofo engrandeció esto mucho más, afirmando tienen las personas sabias dominio sobre las otras. Por manera que no es maravilla apetezcan todos naturalmente la excelencia en el saber, según el dicho de Cicerón,

Omnes trahimur, et ducimur cognitionis scientae cupiditate, in qua excellere pulcrum putamus.

De aquí (según Aulo Gelio) nació la ira del generoso Alejandro contra su preceptor Aristóteles habiendo publicado sin su noticia los ocho libros de la Filosofía natural, dando por razón de su queja aquellas dignas palabras:

Ego non tam cupio, et delector opibus, et potentia alios excellere, quanto literis et doctrina praestare.

No está lejos este parecer de lo que dijo Marcial:

Divitias et opes frequens donavit amicus,
qui velit ingenio cedere, rarus erit.

Tampoco es diferente el sentido de las palabras de Salomón, donde hablando de la ciencia dice:

Praeposui eam regnis, et divitias nil esse dixi in comparatione illius; nec comparavi illi lapidem pretiosum; quoniam omne aurum in comparatione illius arena est exigua, et tanquam lutum aestimabitur argentum in conspectu illius.

Ocúrreme haber leído en las Historias antiguas a este propósito, que Filipo Rey de Macedonia disputó en una cena con muchos Filósofos, sobre cuál era la mayor cosa que tenía el mundo. El gran Filósofo Etna respondió que el agua; por la copia de que se ven llenos los mares ríos, fuentes, lagos, estanques, pozos, y arroyos. Otro dijo que el monte Olimpo, desde cuya cumbre altísima se descubrían casi todas las comarcas de la tierra. Otro declaró ser el famoso Atlante, sobre cuya sepultura estaba fundado un monte de grandeza

maravillosa. Otro propuso al gran poeta Homero, que en vida fue tan insigne, y en muerte llorado con tanto sentimiento, que como apunta Cicerón, los Colofonios, los Quíos, los Salaminos, y Smirneses combatieron unos con otros, por tener, y conservar sus huesos. Al fin el último sin duda más docto, y mucho más intelligente que los demás dijo:

> *Sabrás Filipo, que ninguna cosa de las humanas es mayor, más digna, ni más noble que el hombre Sabio*.

Esto conviene con el dicho de Ptolomeo:

> *Sapiens dominabitur astris*.

Así queriendo referir las obras de las ciencias, y de las artes, hecho de ver, pongo un grande peso sobre mis hombros que me causará suma fatiga: porque habiendo hecho enmudecer siglos atrás infinita turba de hombres elocuentes, con más facilidad lo hará imposible a estilo de sujeto como yo, tan desigual para tal asunto. Sábese ya por lo menos, que

> *Scientia* (como propone el Filósofo) *est de numero bonorum honorabilium*.

Por otra parte, sin ciencia ¿que hay bueno en el hombre? ¿No es como un caballo que carece de entendimiento?

> *Nolite fieri* (dice David) *sicut equus et mulus quibus, non est intellectus*.

Y en otro lugar:

> *Homo cum in honore esset, non intellexit: comparatus est iumentis insipientibus, et similis factus est illis*.

¿No es tronco insensible? ¿No es piedra como dice Diógenes? Este Filósofo viendo un día a un ignorante sentado sobre una piedra, dijo agudamente:

> *Lapis super lapidem*.

Otra vez desde un lugar eminente exclamó:

> *Venite homines ad me*.

Y acercándosele solamente los plebeyos, dijo en vituperio suyo:

> *Non vos sed homines quaero*.

Por esta causa tenía por costumbre ir de día, y de noche por la ciudad de Atenas, con la linterna en la mano, buscando un hombre Sabio,

por haber faltado en todos tiempos copia de personas científicas. Entre los insignes dichos de Sócrates se halla, haber tanta distancia, y diferencia de los doctos a los ignorantes, cuanta naturalmente hay de los hombres a las piedras. Para mostrar más por extenso el honor de las ciencias, y artes, son menester las autoridades de Casiodoro, y el Sabio. El uno dice en sus epístolas:

> *Non potest in mundo aliqua esse fortuna, quam non augeat literarum gloriosa notitia*;

y el otro:

> *Venerunt michi omnia bona cum illa, et innumerabilis honestas per manus illus*.

Demás, los diversos ejemplos que acerca de las honras hechas a varios profesores de letras alegan muchos, confirman, y manifiestan lo mismo. Escribe el Pontano, que Lisandro por algunos versos, colmó de plata el sombrero de Antíloco, juzgándole digno de mayor premio, y de mucha más honra. En Silio se lee, que hacía Octaviano Augusto celebrar todos los años el día del nacimiento de Virgilio (que venía a los primeros de Octubre) con solenes ceremonias, para mostrar en cuánta estimación tenía la virtuosa memoria de semejante hombre. Escribe Ángelo Policiano, haber hecho Cipión Africano donación en vida de ciertos huertos célebres a Enio poeta, y haberle dedicado en muerte una estatua, con doblada demostración del honor debido a su excelsa virtud. Trajano (según Suidas) llevó consigo muchas veces en la carroza a Dión Sofista, participando el hombre prudente con la Filosofía de las grandezas Imperiales. Marco Antonio, según Estrabón, concedió a Anagenor Citaredo, los tributos de cuatro ciudades, premiando sus estudios con don tan rico, y glorioso. Plinio escribe de Apeles, haber sido tan querido de Alejandro, que le hizo presente de una dama suya llamada Campaspe, sólo por honra de la pintura, en que era único. Nota Macrobio, haber dado Lucio Sila a Roscio singular representante (con el consentimiento de los Caballeros) un anillo de oro, en muestra de que honraba el valor de la persona señalada. Ovidio, en el pleito por las armas de Aquiles, attribuye la palma a Ulises, contra el fuerte Ajax, sólo por la facundia del orador. Mas ¿de que sirve cumular ejemplos, si es demasiado manifiesto el honor debido a las ciencias, y diciplinas liberales?

Síguense pues las artes mecánicas, de quien muchas son juzgadas por dignas, y honrosas. Posidonio Filósofo (según Séneca) las dividió

en vulgares, como son los ministerios, y máquinas de fiestas, y pasatiempos, y en pueriles, como los ejercicios que son proprios de muchachos; aunque esta división parece demasiado defetuosa. Y si bien el Budeo llamó a tales profesores, artífices de los excrementos de la ciudad; Casiodoro los intitula su decoro, y ornamento, diciendo:

Ars est decus urbium.

El Sabélico apunta:

Pulcrum est in omni artium genere excellere.

Marco Tulio:

Quid enumerem artium multitudinem, sine quibus vita omnino nulla esse potuisset? Quis enim agris subveniret? Quae esset oblectatio valentium? Quis victus, aut cultus corporis, nisi tam multae nobis artes ministrent?

Platón las tiene por de más primor que las otras. En el Derecho civil se equipara igualmente ser alimentado para vivir, y ser enseñado en alguna profesión.

¿Por ventura menoscaba la honra de Plauto, ilustre poeta cómico, el haber usado (según Varrón) el arte de panadero? ¿Escurecerá la de Cleantes Filósofo, el haber sacado de noche agua de los pozos? ¿Deberase menos a Elio sofista, por haber sido, según Quintiliano, Platero, Sastre, y Alfaharero? Antes dice aquel autor, crecen su gloria estas artes juntas, por haberse mostrado personas universales, y de fácil aprehensión en todas acciones. Pregunto, los inventores de las artes, ¿no eran tenidos por dioses en la Antigüedad? Virgilio ¿no puso en los campos Elisios, a los que ayudaron la vida con las artes que hallaron? Calia Ateniense cómico, ¿no torció cuerdas? Epícteto Filósofo ¿no atendió a servidumbre? Pitágoras ¿no fue mozo de mulas, según Aulo Gelio? Alfonso Duque de Ferrara ¿no fundió por sí mismo artillería? La agricultura acerca de los Utipienses (según Tomás Moro) ¿no estuvo siempre en grande veneración? Entre los Fenicios, ¿no vivía con reputación una infinita muchedumbre de artífices de toda suerte, según Diódoro? Los Tepienses ¿no dejaron de ser loados por Eráclides, por haber sido negligentes, y flojos; juzgando ser cosa fea ejercitarse en las artes? ¿No se alaban Melpómenes, y Talía, inventoras, una de las Tragedias, y otra de las Comedias? ¿No encarece el Eclesiástico los labradores, arquitectos, herreros, alfahareros, y otros así? Óyase la conclusión que hace el Sabio:

Omnes hi in manibus suis speraverunt, et unusquisque in arte sua sapiens est; sine his omnibus non aedificatur civitas.

Síguese pues ser por todas razones cosa honrosa saber ciencias, y artes, así liberales como mecánicas. Y aunque algunas sean en sí viles, vienen con su menoscabo a illustrar las más nobles, como las nubes hacen aparecer más hermosos los rayos solares. De suerte, que infiriéndose de lo alegado, cuán noble sea saber de todo, se concluirá este discurso con exhortar a todos a la propria operación de su entendimiento, que (como dice Quintiliano) procura inquirir de contino nuevas cosas; sacando de su fatiga no poco deleite. Véese asimismo estar puesta en su posesión, no mediocre felicidad; por eso dijo Séneca a Lucilo:

Beatam vitam sapientia perfecta efficit.

Y si los ejemplos han de mover la voluntad, y espíritu del hombre, para esta universal intelligencia, nótese el de Juliano Jurisconsulto, que solía decir, no había de desamparar los estudios, aunque se hallase con ambos pies dentro de la sepultura. Léase el de Hestieo Póntico (en Nicia) que se gloriaba de no haber visto jamás nacer ni tramontar el Sol, ocupado siempre en los libros. Considérese el notable dicho de Demetrio, que arrepentido tarde de no haber empleado todas sus fuerzas en rastrear la sabiduría, vueltos los ojos al Cielo, dijo suspirando:

De sola una cosa me puedo doler, oh inmortales dioses, y es, de que antes deste punto no me haya sido patente el loable camino de las virtudes; que no esperara a ser convidado dél; antes fuera corriendo a encontrarle, y le abrazara.

Así con estos incentivos, con estos estímulos de honor, convido a todos para los siguientes discursos particulares, que serán adornados de varias ciencias, y ordenados para provecho común.

TABLA
DE LOS DISCURSOS DESTE LIBRO

De los príncipes y tiranos 53
De los gobernadores 67
De los religiosos en general, y en particular de los prelados, y subditos: maestros de ceremonias. De los canónigos, de los monjes y frailes; de los caballeros. Y finalmente de los predicadores 80
De los gramáticos, y maestros de muchas obras 107
De los doctores de leyes, o jurisconsultos 114
De los formadores de calendarios 124
De los cirujanos 133
De los formadores de pronósticos, almanaques, reportorios y lunarios 136
De los profesores de empresas y emblemas 143
De los escribanos y notarios 146
De los matemáticos en general 149
De los abogados, procuradores, protectores, solicitadores, y pleiteantes 151
De los alquimistas 158
De los académicos 165
De los arisméticos, o computistas, o maestros de contar 167
De los médicos 174
De los canonistas, intérpretes de concilios, y sumistas 180
De los nobles 187
De las bulas 196
De los profesores de secretos 198
De los simplicistas y herbolarios 201
De los geómetras, medidores, o alarifes, y pesadores 207
De los teólogos en universal, y en particular de escolásticos, y escritutarios, de intérpretes, expositores, comentadores, o glosadores de la Sagrada Escritura, y otros libros 214
De los filósofos en general, y en particular de los físicos, éticos, o morales, económicos, políticos, consejeros, secretarios, y metafísicos 229
De los oradores 252

Del arte de escribir de las cifras, jeroglíficos, ortografía, y correctores 257
De los lógicos y sofistas 271
De los retóricos 275
De los que componen libros; y sus mecenas o protectores 282
De los exorcistas o conjuradores 289
De las perspectivas 292
De los anatomistas 297
De los cosmografos, geógrafos, corógrafos, y topógrafos 312
De Asia 316
De África, o Libia 333
De la Europa 337
De la América 352
De la Australia 353
De los históricos 355
De los astrónomos y astrólogos 374
De los músicos, así cantores, como tañedores, y en particular de los pífaros 397
De los sepultureros, funerales y colgadores de iglesias 410
De los mensajeros, nuncios, correos, postillones, y estafetas 414
De los danzantes, bailarines, y todas suertes de tripudiantes y corredores 416
De los herreros en general; y en particular de cerrajeros, caldereros, cuchilleros, armeros, freneros; de oficiales de estaño, hoja de lata, peltre, linternas, candiles, fuelles, agujas, y herradores 422
De los olleros 429
De los profesores de lenguas; y en particular de intérpretes, traductores, y comentadores de toda suerte 432
De los destiladores 439
De las fábulas, y de los que hacen burlas, y contrahacen a otros 442
De los plateros, orífices y lapidarios en común 445
De los que tratan en lino, o cáñamo, de los que hacen cuerdas, rastrilladores, urdidores, tejedores, algodoneros, y toqueros 451
De los bordadores 455
De los pastores de diversos ganados 457
De los arrieros de varias bestias, y mozos de caballos 460
De los sastres 464
De los labradores, y en particular del ejercicio de atender a las abejas 471

De los tutores 479
De los cazadores de fieras, cetrería, y pescadores 481
De los profesores de memoria 487
De los cortesanos y damas de corte 491
De los herejes, y del santo Tribunal de la Inquisición 497
De los vidrieros, y de los que hacen antojos, y vidrieras 505
De los mercaderes, cambios, usureros, buhoneros, y almacenes 508
De los molineros, panaderos, ahechadores, y maestros de harneros, de cribas, y cedazos 516
De los mayordomos, o fatores 519
De los corredores de toda suerte: y en particular de los casamenteros, y padres de mozos, y mozas 522
De los jugadores en universal, y particular 524
De los mineristas, metaleros, fundidores en universal; y en particular de los fundidores de artillería, y campanas 528
De los hornos de cal, ladrillo, y yeso 539
De los pobres mendigantes 541
De los duelos y desafíos por carteles y padrinos de campo 546
De las rameras, y de sus secuaces en parte 554
De los alcahuetes 563
De los abridores de sellos, y de los signáculos, o registros 570
De los reyes de armas, o araldos 572
De los mozos de silla 576
De los perfumadores 578
De los relojeros 582
De los picadores, domadores de caballos, caballerizos, silleros, y corredores de palio a caballo 584
De la destreza de las armas, y luchadores, antiguamente atletas 590
De la milicia en universal, y de los capitanes, y soldados en particular, y de los minadores 595
De los legados, embajadores, y mensajeros 605
De los maldicientes 608
De los boticarios 612
De los pintores y illuminadores 616
De los criados, pajes, y esclavos 622
De los escultores, o entalladores en piedra, madera, bronce, cobre, marfil, plata, y oro, y de los estatuarios, sinceladores, o cortapiedras, aserradores de mármol, formadores de imágines de yeso, cera y tierra 629

De los albañiles, de los que enyesan, o blanquean 634
De las centinelas, espías, y soplones 636
De los justadores, y torneantes de a pie 639
De los maestros de ciencias, y costumbres de niños. De los catredáticos de escuelas: y sus estudiantes 644
De los comediantes, y autores de comedias 654
De los formadores de espectáculos general, y en especial de los charlatanes, y ciegos 659
De los carpinteros, torneros, entalladores de madera, aserradores, cortadores, partidores de leña, cesteros, cajeros; y de los que labran en hueso, marfil, y nácar 662
De los arquitectos en universal, fortificadores de fuerzas, y maestros de máquinas, o ingenieros 665
De las coronas 672
De los espaderos 678
Del uso de cuellos, y de sus abridores 680
De los zapateros 683
De los barberos 685
De la casa de la moneda, y de sus artífices 687
De los maestros de navíos, navegantes, marineros, pilotos, banqueros, galeotes, y cosarios 690
De los espejos, y sus artífices 699
De los jueces, y procuradores generales que llaman de cortes 704
De la seda, y sus artífices 712
De los poetas y humanistas 715
De los aprensadores 726
De los roperos 728
De los tundidores 730
De los pellejeros 733
De los libreros 735
De los impresores 739

De los Príncipes, y Tiranos. Discurso I.

LOS primeros que adornan el vistoso cerco, y espacio de la gran plaza, son los señores, illustrados con varios títulos, efetos de la virtud, y nobleza adquirida por ellos, o por sus antepasados. Son éstos cuando virtuosos, merecedores de gloria, y honor: mas si acaso tocan por algún camino en tiranos, no sólo se hacen dignos de aborrecimiento, y abominación, sino también de rigurosa muerte, igual a sus delitos, y excesos. Para distinguir unos de otros, es menester considerar por su principio su diferencia. Claro es, no haber tocado jamás a los hombres los señoríos por divina ley. Esto notó San Augustín diciendo:

Iure divino Domini est terra, et plenitudo eius.

Y para confundir la soberbia de los Príncipes, añade:

Dominus de uno limo terrae fecit pauperes, et divites.

Menos se puede decir les pertenezcan por ley natural los dominios, siendo por ella toda cosa común, como en los Sacros Cánones se declara. Sólo pues por ley humana, y positiva, se hallaron los repartimientos de las jurisdiciones que hoy son inumerables. Así dijo bien en el referido lugar el gran padre Agustino:

Tolle iura Imperatorum, quis audet dicere, haec villa est mea, meus est iste servus, mea est haec domus?

Asentada semejante verdad, no hay duda sino que el principado político será legítimo de aquel a quien le habrá concedido inmediatamente Dios, como le fue dado a Moisén sobre el pueblo de Israel, y a Saúl, Rey elegido por el mismo Señor. Será también de aquel, a cuyos virtuosos merecimientos (así notó San Antonino) los pueblos libres por naturaleza se habrán sujetado de común consentimiento, o habrá recibido el dominio de persona tal, que tenga poder para eligirle por cabeza, y superior de los otros; como Josef le recibió de Faraón. Al contrario, aquel se llamará con propiedad tirano, que con medios ilícitos, con violencia de armas, o con otros tratos injustos, habrá ocupado la libertad de algunas gentes. Hablando deste principado el Pontífice León dijo:

Principatus quem metus extorsit, etsi actibus, vel moribus non offendat, ipsius tamen initii sui est pertiniosus exemplo.

Y no sólo consiste en esto la diferencia entre el buen Príncipe, y el tirano; sino que también las excelentes partes del ánimo virtuoso, y el gobierno justo y honesto, constituyen un buen señor: como por otra parte (según el Angélico Dotor) manifiestan un tirano los perversos vicios del ánimo, y el modo de gobernar injusto, y desapiadado. Propias serán de un loable señor, la religión acerca de las cosas divinas, y Ecclesiásticas: la honestidad en las costumbres, la verdad, y la fe en sus dichos, la magnanimidad en sus acciones, la constancia en sus hechos, la observancia en las leyes, el cuidado en los estudios; el agradable, amoroso, cortés, y piadoso proceder con los subditos; la madura prudencia en administrar justicia. Y si la belleza exterior del cuerpo estuviese unida a la del ánimo, harían todas estas partes un superior en todo glorioso, y perfeto. Es necesaria a un verdadero Príncipe la Religión en las cosas divinas, y Ecclesiásticas, como afirma Plutarco, cuando dice:

Princeps caput est Reipublicae, uni subiectus Deo, et his qui ministrant quae Dei sunt in terris.

Por eso el sapientísimo Salomón ordenó el santo templo para Dios, y dispuso los Ministros de los sacrificios, y holocaustos debidos a la Divina Majestad. En el libro de los Reyes se lee, que habiendo Joyadas notado la negligencia de los Sacerdotes, hizo restaurar el templo con sus propias rentas, respeto de haber parecido en el principio de su Reinado, señor de buen proceder, y por estremo Religioso. También el Pontífice Marcelo, en un Decreto dijo:

Boni Principis, ac religiosi est Ecclesias contritas atque concissas restaurare, novasque aedificare, et Dei Sacerdotes honorare, atque tueri.

Posidonio, hablando de los Romanos, los alabó sumamente por su religión, diciendo:

Erant illis, religio deorum admirabilis, iusticia, multumque studium, ne in quempiam iniurias conferrent.

A este propósito dijo Solón, que gobernaba la República, por favor de Minerva, como Pisistrato las guerras. Recita Eusebio Cesariense las crecidas alabanzas que dio Apolo a Licurgo, sumo venerador de los dioses, en aquellos versos:

Chare Iovi magno, qui templa ad nostra Lycurge
venisti chare, et cunctis dilecteque Divis,

te ne hominem appellem, ne Deum? Sed quando sacrarum
cura tibi tanta est, documenta exquirere legum,
te potius natum coelesti ex stirpe putarim.

Dídimo atribuyó a Meliseo Rey de Creta, gran religión, por ocasión de los sacrificios, y pompas que instituyó en honor de los dioses. Plutarco cuenta, que llevaba Sila en las guerras una imagen de Apolo, metida en el seno, a quien en los grandes peligros besaba a menudo, y con devoción la invocaba, como a su protectora. De Lucio Albinio (que fue Cónsul) se lee en Tito Livio, haber mandado una vez a su mujer, y a sus hijos, fuesen a pie, sólo por llevar consigo en la carroza una de las Vírgines Vestales, con otras cosas sagradas.

No es menos propia de un señor la honestidad en las costumbres, siendo la misma, verdadero decoro, y singular ornamento de un pecho señoril. Por eso alaba Vegecio la continencia de Alejandro, que habiéndole sido presentada una doncella hermosa, y adornada de gracias (casada con una persona noble) no sólo dejó de mirarla con lascivia, mas la volvió a enviar al marido con ricos dones. Scipión Africano (esto dice Valerio Máximo) echó una vez fuera del ejército dos mil rameras, limpiando todo el campo de sus inmundicias, y deshonestidades. Trogo refiere de Aníbal Cartaginés, que jamás violó la castidad en inumerables presas de mujeres, dotadas de maravillosa hermosura. San Augustín cuenta, que Claudio Marcelo Cónsul Romano, queriendo dar el asalto a la ciudad de Siracusa, hizo un edicto riguroso, que ningún soldado osase violar los cuerpos libres de las mujeres, siendo señor continente, y virtuoso. A Hipólito hijo de Teseo pinta Séneca tan honesto, que instado con muchos ruegos de su madrasta Fedra, para que consintiese en sus deshonestos placeres, no sólo excluyó su lasciva petición, sino que desde entonces aborreció con tanto estremo a todas las mujeres, que no las podía oír nombrar. Así dice:

Exosus omne foeminae nomen fugit
immitis annos coelibi vitae dicat.

Entre las otras partes illustran con exceso a un señor, la verdad, y la fe en sus dichos, y hechos. Por tanto Francisco Patricio cuenta haber amonestado Isócrates a su Rey, que sobre todo venerase la verdad; diciendo ser cosa conveniente que se haya de dar más crédito a la palabra Real, que a mil juramentos de personas particulares. El sabio afirma:

Non decet Principem labium mendax.

Acerca de la fe, es notable ejemplo el de Atilio Régulo, que quiso más entregarse al suplicio de los Cartagineses, que violar la palabra que les había dado de volver, loándole Silio por este respeto cuando dijo:

Seramus clarum nomen tua Regula proles.
Qui longum semper fama gliscente per aevum
infideles servasse fidem memorabere poenis.

Ensalza Apiano Alejandrino la fe de Sexto Pompeo el Magno, porque habiéndole tocado en la común reconciliación hecha a Puzol, el dar una cena a Octaviano Augusto, y a Marco Antonio, Menodoro Prefecto de su armada, mientras estaban juntos los tres, avisó con secreto a Sexto Pompeo, de que si gustaba, prendería a Marco Antonio, y a Octaviano señores del mundo, a quien respondió, debía hacerlo sin decírselo; supuesto se hallaba ya constreñido de la observancia de su palabra. Léese del Rey Alejandro, que persuadiéndole Parmenón un hecho que era contra el crédito, y reputación Real; respondió:

Si fuese Parmenón, yo lo haría: mas siendo como soy Alejandro, no puedo.

No se puede encarecer cuán necesaria sea en un señor la magnanimidad en las acciones, calidad que engrandece su persona; de modo que la hace siempre ilustre, y célebre. Jamás se dejará de alabar la magnanimidad de Gneo Pompilio, a quien habiendo enviado los Romanos por Embajador, mientras el rey Antíoco (sin resolución) dilataba la respuesta, hizo con una vara un círculo, y le forzó a que respondiese antes de salir dél. No será menos singular la de Fabio Máximo, tan celebrado de Tito Livio, que en un rencuentro contra los Cartagineses habiendo perdido el número de sus quinientos soldados, y recibido una herida mortal, envistió con vehemente ímpetu contra Aníbal, y por fuerza le quitó el diadema de la cabeza antes que cayese muerto. Siempre se derramará la voz del magnánimo hecho de Lucio Albinio, tan encarecido de Plutarco, que habiendo en una batalla contra los Samnites, caído en tierra herido de muerte, la siguiente noche esforzando el espíritu, se levantó del suelo, y con la diestra teñida en sangre, erigió un trofeo de escudos de los enemigos muertos, con este título:

Romani de Samnibus Iovi, in cuius potestate sunt, trophaea.

Asimismo la costancia adorna maravillosamente a un señor. Por tanto es alabado Masinisa, Rey de Numidia, que siendo de noventa años,

traía los pies desnudos; ni por frío, por lluvia, o borrasca, pudo ser jamás inducido a cubrir la cabeza. De Galieno Emperador se escribe, haber sido de tanta constancia, que oyendo la nueva de la rebelión de Egipto, dijo como haciendo burla:

Quid? sine lino Egyptio esse non posumus?

Herodiano en su Historia, alabando de constante a Severo Emperador, apunta era hombre infatigable, y pacientísimo, en el mayor estremo de frío, y calor, caminando muchas veces con semblante alegre, en compañía de su soldados, sobre altísimos montes llenos de escarcha, y nieve. El Beroaldo, en un Panegírico a Ludovico Esforza, dice en su alabanza:

Cognitum in te est, fortissime Princeps, Horatianum illud Eulogium esse verissimum:

Si fractus illabatur orbis,
impavidum ferient ruinae.

Si por otra parte queremos mirar la observancia de las leyes, merecerá suma alabanza, el señor que mantuviere inviolablemente las que hace, y publica. Esta (dice San Augustín) fue la causa de la prosperidad de los Romanos; y de que su Imperio tuviese duración, observando las órdenes de la República, y de la Milicia, con tanta puntualidad, que fue milagro en ellos, y admiración en los demás. Valerio Máximo recita el ejemplo de Torcuato, que habiendo mandado, no saliese alguno de las trincheas en busca del enemigo, peleando contra su orden; su propio hijo quiso que muriese, no obstante fuese vencedor; antes que se pudiese decir jamás, ser permitido a los soldados, el violar las leyes que les daban sus Capitanes. El mismo ejemplo se lee en la Escritura, donde Saúl quiso matar a su hijo Jonatás, por haber contravenido a su Real edito (aunque con ignorancia, y por necesidad, comiendo un panal de miel) si por ruegos no le hubiera librado de sus manos el pueblo de Israel. Escribe el Obispo Macón, en la oración funeral por el Rey de Francia, Francisco I, que solía decir, debían el Rey, y el Magistrado mandar a todos, y las leyes a ellos. De aquí es haberse subordinado el Rey de Esparta (como nota Ateneo) al Magistrado llamado Éforo, queriendo mostrar cuánto cuidaba de la observancia de las leyes del Reino, digna de eterna veneración, y honra. No es menos loado en un señor el cuidado de los estudios, tanto en sí cuanto en sus vasallos. Dice Vegecio:

Nullus est, cui sapientia magis conveniat, quam Principi, cuius doctrina omnibus debet prodesse subiectis.

Así Platón llamó dichosa República, la en que o los Filósofos reinasen, o los Reyes filosofasen: y Séneca dijo, correr el siglo de oro, cuando los Sabios reinan; porque según Cicerón:

Regale opus est sapere, et diiudicare.

Por eso pidió Salomón a Dios, sólo sabiduría para regir el pueblo, cometido a su cuidado, y particular gobierno. Del Mesías está escrito:

Et regnabit Rex, et sapiens erit, et faciet iustitiam et iudicium in terra.

Escribió Polícrates de Trajano Emperador, haber persuadido al Rey de los Francos, amaestrase a sus hijos en las ciencias, diciendo ser un Rey sin letras, un asno coronado. Julio Capitolino refiere haber tenido Gordiano Emperador más cuidado de las letras, que de juntar tesoros; y así tuvo en su librería sesenta y dos mil volúmenes. Hablando Simaco del amor que los Príncipes deben tener a los estudios, trae aquella elegante sentencia:

Est specimen hoc florentis Reipublicae, ut disciplinarum professoribus praemia opulenta pendantur.

César, en Suetonio, es con estremo loado, por haber dado la vecindad a todos los profesores de artes liberales; porque con más voluntad habitasen la ciudad de Roma. El Pontano escribe, haber dado Antonio Pío, no sólo salarios, y premios a Rectores sabios, y Filósofos, sino también supremas dignidades, y honras. Batista Egnacio cuenta de Sigismundo Emperador, que acusaba a los Señores, y Príncipes de Alemaña, en razón de que aborrecía las letras: y que reprehendido un día, de demasiado amor para con las personas humildes, aunque doctas, respondió:

Ego eos amo, quos virtutibus, et doctrina (ex iis nobilitatem metior) caeteros antecellere video.

El Volterrano, loa sumamente al Duque Borsio Estense, por haber sido en sus tiempos amable Mecenas de letrados, y virtuosos.

Mas las acciones amorosas, pías, y corteses con los súbditos, son la vida de un señor. Por este respeto fue tan amado el Emperador Tito, que por su virtud, y blandura, fue llamado deleite del género humano.

De Alejandro Magno (hablo ahora de la liberalidad) afirma Séneca, que pidiéndole uno cierto dinero, le dio una ciudad; y

diciendo el que recebía, no merecer tan gran don; respondió el que daba:

Non quaero quid te accipere oporteat, sed quid me dare.

Decía el hijo del rey Artajerjes, ser cosa más Real el hacer favor, y beneficio, que el recebirle,

Donum hominis (se halla escrito en los Proverbios) *dilatat viam eius, et ante Principes spatium eius facit*.

Así escribe Jenofonte de Ciro, tenía por tesoros los amigos que se adquiría, llamándolos ojos y oídos del Rey, porque le referían cuanto oían, y veían. Cuando Esaías (vuelvo a la bondad) rogaba a Dios envíase a la tierra el Mesías, le llamó cordero por la sinceridad, diciendo,

Emitte agnum Domine dominatorem terrae.

Por tanto está escrito en San Marcos:

Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.

Séneca dice:

Magni certe animi est placidum esse, et tranquillum; ac iniurias oppressionesque semper despicere.

El Beroaldo afirma, ser el primer dote de los Reyes (según Vopisco) la clemencia, y benignidad. Así (según dice Claudiano) manda Teodosio a Honorio su hijo,

Sis pius in primis; nam cum vincamur in omni munere, sola deos aequat clementia nobis.

Julio Camilo en la oración al Rey Francisco, por el Obispo Paravesino, pone aquel gallardo periodo:

Si nosotros creemos, que por gran pecador que haya sido éste, habiendo pedido perdón a Dios, se le habrá concedido su misericordia, pidiéndole a Vuestra Majestad, ¿querrá apartarse de lo que Dios ha hecho? ¡Ea misericordioso Rey! ¡Ea clementísimo Monarca de Reinos Cristianos! No quiera vuestro perfeto juicio hacer a otro en la tierra, lo que para sí no querrá se haga en el Cielo.

La prudencia en el gobernar es también por estremo necesaria a un señor. Así está escrito,

Principatus sensati stabilis erit: Rex autem insipiens perdit populum suum.

Aristóteles dijo,

Nemo iuvenes eligit in duces, quia non constat eos esse prudentes.

De cuya autoridad se colige, cuán al revés son regidas las repúblicas, en quien los principales gobiernos se dan a mozos, siendo la vejez opresa, y miserablemente despreciada. Sobre todo es la justicia, y la equidad conveniente a un Príncipe, y es su proprio oficio, hacer que se administre siempre. Por Salomón está escrito:

Constitui te Regem, ut faceres iudicium, et iustitiam.

Porque como dice Macrobio,

Sine iustitia non solum Respublica, nec exiguus hominum coetus, ne quidem parva domus constabit.

Cipriano dijo de la justicia de los señores,

Iustitia Regis, pax populorum, tutatem patriae, immunitas plebis, nutrimentum gentis, gaudium hominum.

Celebra Helinando a Trajano por tan justo, que habiendo muerto un hijo suyo sin pensar, otro de cierta viuda, atropellándolo con un caballo desbocado, por consolar a la dolorosa, y afligida madre, le concedió el propio hijo con la herencia del Imperio. Por lo cual exclamó el Senado en su loa:

Non alter foelicior Augusto, nec melior Traiano.

Lampridio apunta haber sido Alejandro Severo tan justo, que jamás hizo constitución sin el consejo de veinte Jurisconsultos doctísimos. No sin causa decía Homero, ser los Príncipes discípulos del sumo Júpiter, debiendo aprender del mismo la justicia los gobiernos de su Reinos. El emperador Justiniano dijo en esta conformidad:

Imperatoriam maiestatem, non solum armis decoratam, sed etiam legibus armatam esse oportet, ut utrumque tempus, et bellorum, et pacis recte possit governare.

Tulio por el consiguiente dijo:

Qui veram gloriam adipisci vult, iustitiae fundatur officiis.

Platón la llamó un sumo bien, dado del Cielo a los hombres para su provecho, y ayuda. Aristóteles dijo, cifrarse en la justicia todas las virtudes, según el dicho del Poeta:

Iustitia in sese virtutes contines omnes.

Ateneo en las cenas de su Sabios, la llamó ojo de oro. Alberto Lolio, madre, origen, y fuente, regla, y Reina de todas las otras virtudes.

Finalmente la belleza exterior del cuerpo, unida a estas hermosas partes del ánimo, ilustra a un señor del todo. Refiere Estrabón, acostumbraban los Indios elegir por su Rey, al que en gallardía, y belleza de cuerpo se aventajase a los otros. Bión dice de los Etíopes, tenían costumbre de dar el cetro, a quien tuviese presencia más Real. Esta es la causa porque Homero describió tan hermoso a Agamenón Rey de los Griegos diciendo:

His oculis visus nunquam formosior ullus
aut venerandus item.

Plutarco cuenta de Alcibíades, que mientras vivió, fue sobre todos bellísimo. No es maravilla según esto escriba Ateneo, que Arquidamo Rey de Esparta, habiendo escogido de dos mujeres, una fea y rica, y otra hermosa, y pobre, la rica por esposa, fue condenado en dinero por sus Magistrados, diciendo, había escogido sujeto para engendrar Reyezuelos, en lugar de Reyes grandes. Virgilio alaba a Eurialo, a Lauso, y a Turno, cuando dice:

Eurialus forma insignis…
filius huic iuxta Lausus, quo pulchrior alter
non fuit, excepto Laurentis corpore Turni.

Y de Eneas dice:

Ipse ante alios pulcherrimus omnes
Infert se socium AEneas

El Obispo Macón en la oración por el Rey Francisco dice, que cuanto a los bienes corporales, se puede decir dél, bien diferente que de Sócrates, esto es, que su alma habitaba en un albergue admirable, en un cuerpo hermoso, dispuesto, y bien organizado. Pues no sin fundamento y razón, dijo Máximo Tirio Platónico:

Omne pulchrum est pretiosum.

Así Próculo Licio trabajó en probar, ser bueno por naturaleza todo lo hermoso, y malo todo lo feo. Baldo, famoso Doctor de Leyes, en confirmación de todo esto, dejó escrito:

Decor corporis confert ad foelicitatem in hoc mundo.

De aquí es haber dicho Apuleyo, estar bien dotada una doncella hermosa, aunque pobre. Esto sinificó Ovidio cuando expresó:

Dos est sua forma puellis.

Mas ¿que no dijeron los Escritores en alabanza de la hermosura? Eurípides Poeta Griego:

Prima pulchritudo (dice) *digna est Imperio*.

Afirma Heraclio Lembo, era de grande admiración entre los Lacedemonios, un hombre hermoso, y una bella mujer. Homero llamó por esta causa a la diosa Juno, Albiuna, esto es, de brazos blancos. Virgilio a Venus Áurea, por la belleza, diciendo:

Iupiter haec paucis, at non Venus aurea contra
pauca refert.

Así también Simónides:

Non etenim arciferis volvit Venus aurea Persis
Arcem Graechorum prodere, quam populent.

Honorato Fasitelo:

Forma Lydia munus est deorum.

Y Pacato:

Virtute addit forma suffragium.

Escribe Nicia Historiador Griego, haber en las fiestas de Ceres Eleusina, costumbre de juzgar las varias bellezas, como cosa divina. Dionisio Leutrico refiere, que se ponían acerca de los Eleos, públicos carteles de belleza, y se daban al vencedor las armas que se consagraban en el templo de Palas. Escribe Teofrasto, que observan los Tenedos y Lesbos, semejantes disputas y cuestiones. Quieren algunos en señal de excelencia de la hermosura corporal, sea la misma indicio y argumento de la interior, y del valor del ánimo. Por eso dijo Virgilio:

Non equidem ex isto speravi corpore posse
Tale malum nasci, forma vel sidere fallor.

Por otra parte coligen muchos la torpeza del ánimo, de la fealdad del cuerpo. Alega Planude, ser cual el cuerpo, el alma y en razón desto dijo Marcial:

Crine ruber, niger ore, brevis pede, lumine laesus,
rem magnam praestas, Zoile, si bonus es.

Y en confirmación desto está escrito en los Cánones:

Incompositio corporis inaequalitatem indicat mentis.

Insinuadas las partes debidas, y convenientes a un señor digno deste ilustre nombre, se saca ser por el consiguiente señor tiránico, el que tuviere partes contrarias, siendo dado al robo, al vicio y maldad. San Gregorio dice, ser propiamente tirano quien consigue por medios ilícitos el dominio de la República. Santo Tomás, junto con San Antonino, llama tirano al que tiene legítimo principado, si se vale de injusticia y rigor para con los súbditos. De aquí puede conocer el mundo, qué nombre merece el que hubiere procurado el señorío por medio de tratos ilícitos, de dineros, de amistades, de dádivas, de favores; procediendo tras la injusta posesión con estrañeza; imponiendo a fin de reinar nuevos pechos, comportando latrocinios, disimulando manifestos robos, disipando bienes comunes, quitando los privilegios acostumbrados, anulando las órdenes antiguas, usurpando los títulos a personas beneméritas, sublimando indignos, desterrando virtuosos, persiguiendo letrados, infamando doctos, conservando ignorantes, manteniendo en reputación a los infames, dando libertad a los facinorosos, prendiendo a quien no lo merece, quitado el gobierno a los ancianos, dándosele a los mancebos; y en fin anteponiendo el vicio, la maldad, la ignorancia, la deshonra, la locura, la pasión, al bien, a la honestidad, a la virtud, al honor, y a lo justo. Éste pues en cuanto usurpador del dominio, no sólo por sí es indigno de mandar, sino también según el parecer de San Antonino, se puede libremente desobedecer, y no sólo esto, mas puede ser muerto por cualquier persona, sin cometer pecado. Por eso alaba Tulio, al que desta suerte mata a un tirano, y Santo Tomás defiende al descubierto el parecer deste gentil, con fuertes razones: porque siendo el tirano enemigo de todos, injusto y cruel, todos pueden maquinar contra su vida justamente, y ver si se puede con su muerte quitar tan atroz tiranía. Mas esto se entiende ser verdadero, cuando no se puede recorrer a otro juez superior suyo; y cuando por tal muerte no conste seguirse a la República mayor daño o ruina que antes padecía viviendo el tirano. Por esta razón dice Polícrates haber sido Eglón Rey de Moab, justamente muerto por Aod Israelita, respeto de ser tirano del pueblo de Israel. Así el mismo Aod, es llamado en el libro de los Jueces ínclito, y salvador. También Joyada Sacerdote, despojó justamente del reino, y de la vida, a la injusta Atalia, que con tiranía se había usurpado el Imperio, que legítimamente debía tocar a Joas, hijo de Ococías. Con esta injusticia se lee en las antiguas historias haber sido muertos los tiranos, por sus pueblos, o por personas particulares. Timoleón Corintio (cuenta Téxtor) no pudiendo con

eficacia de sus ruegos inducir a su hermano se despojase de la tiranía, ofreció su favor, y ayuda a los que procuraban darle muerte, y en su compañía le mató. Armodio, y Aristoxitón (dice Ateneo) fueron celebrados en Grecia, por haber muerto con valor a Pisistrato, tirano de Atenas; y así les dedicó el Senado estatuas de bronce. Gloriosas fueron las asechanzas que meditaron Caritón, y Menalipo, mancebos bellísimos, a Falaris, tirano de Agrigento; si bien las descubrió el mismo para su grave daño; por cuyo respeto fueron loados del oráculo de Apolo (según Dionisio Ateniense) con semejantes palabras.

Felix, et Chariton, et Menalipus adest,
doctores hominum divinum dulce ad amorem.

De Filipo Rey de Macedonia escribió Caristio, que entrando en el Reino tras Pérdicas, mató justamente a Eufrasto dicípulo de Platón, porque había persuadido a su antecesor la tiranía. Prudentemente procedieron los Lampedusanos (refiere Eurífilo, y Diceocles) en desterrar a Evagón su tirano, despojado de todo lo que había robado en la tiranía. Timeo Siceno (cuenta Democar orador) habiéndose vuelto tirano de la patria, estuvo algunos años en la injusta posesión; mas al fin fue preso de los ciudadanos, y puesto en juicio, donde convencido de varias querellas, quedó afrentado, y murió con el vituperio que merecía. En suma, pocos tiranos se hallan, haber gozado con alegría, y duración, el usurpado dominio. Dionisio fue echado por Dión Siracusano: hablo de aquel Dionisio que solía decir, ser el temor, la violencia, las armas, y los ejércitos, los fuertes lazos de un señor. Astíages fue despojado del Reino por su nieto Ciro. Busiris, tirano de los Egipcios por Hércules. Milón, tirano de Pisa, fue despeñado en la mar. Alejandro Fereo, fue muerto por las mujeres de Tebas. Nerón, fue obligado a matarse, habiéndole declarado el Senado por publico enemigo. Cayo Calígula quedó muerto en un motín de los suyos. A Domiciano hermano de Tito, mataron en su retrete, sus amigos, y familiares. Antonino Cómodo (excremento del mundo) fue como merecía, ahogado. Macronio homicida de Basiano, usurpador del Imperio, fue muerto por Heliogábalo. Y así llevaron todos el premio, y paga que merecían sus maldades. No es lícito en otra forma desobedecer, ni matar al tirano que justamente posee el título del dominio sobre los otros, porque como dice Santo Tomás, muchas veces los da Dios por superiores, en castigo de muchos pecados. Antes corre obligación de obedecerles en todas las cosas lícitas, según la sentencia de San Pablo,

Obedite praepositis vestris, non tantum bonis, sed etiam discolis:

y en el Concilio Constanciense fue condenada aquella proposición universal que decía, poder todos matar a cualquier tirano. Es bien verdad, que muchas veces son tales sus delitos, que los hacen no sólo dignos de común muerte, sino de un fin atrocísimo; porque en ninguna manera guardan justicia: déjanse corromper de dádivas, y presentes: ciégalos la ira y pasión: obran con suma insolencia, defendiendo los malhechores, por ser sus adherentes, y parciales: usan de agravios, y estrañezas con los libres: oprimen los súbditos: molestan las personas virtuosas: favorecen los escandalosos: solicitan daños públicos: hacen espaldas a los ladrones: rompen los estatutos de la república, y deshacen las órdenes antiguas. En las cosas importantes son inútiles y flojos; en las mínimas, despiertos, y resentidos: aborrecen las leyes: hácense partes y jueces en sus cosas: aman las libertades sólo para sí: tienen los amigos por criados, y los criados por esclavos: carecen de amor y agrado: son soberbios en mandar, imperiosos en prohibir, insolentes en castigar, temerarios en ejecutar; y en fin son enamorados hasta la muerte del vicio y maldad; o la maldad y el vicio mueren de amor por ellos: y con tantas injusticias, y tantas demasías todos callan, todos temen la ira del tirano, que temiendo a todos, que valiéndose de amenazas, no habla sino de cadenas, de prisiones, y muertes. No se halla apenas un Laberio, que ose en hábito Siro formar una palabra contra el tirano, y decir lo que en el Senado dijo el labrador:

Porro, Quirites, libertatem perdidimus.

Mas así como los buenos señores son en la tierra amados, reverenciados, y acariciados de los pueblos, y en el cielo premiados con larga mano del supremo Señor; así estos tiranos, son por sus culpas aborrecidos, y despreciados del mundo, y en el infierno affligidos con durísimas penas.

Anotación sobre el I discurso.

No será cosa fuera de propósito, antes aprovechará mucho, y dará particular contento a los lectores para ver la vida de los tiranos, y para saber las infelicidades que tienen en este mundo, se lea el particular tratado de Jenofonte, intitulado, el Tirano, traducido de Griego en Latín por Leonardo Aretino; donde entre Simónides poeta, y Hierón Siracusano, se discurre de la vida particular, y de la del

tirano. Quien se deleitare en querer saber las astucias de los tiranos, lea a Alejandro de Alejandro, libro 2, de sus *Días geniales*, al cap. 32, en los curiosos ejemplos de Tarquino, de Trasíbulo tirano de Milesias, de Sexto Tarquino, de Zopiro Asirio, de Pisistrato, y de Dionisio. Lea a Pedro Crinito en el lib. 4 de Disciplina, cap. 1. De Platón se saca la verdadera noticia del tirano en los libros de República, diálogo 8 y 9. También Marsilio Ficino en su comento, cuenta con orden y por extenso, cuantas malas condiciones posee un tirano. Y sigue sus pisadas Celio Calcañino, lib. de Iudiciis, o sea de Ratione iudicandi. Qué cosa sea tirano, se aprende en el Speusipo de las difiniciones de Platón, y Besarión Cardenal en el tratado de las calumnias de Platón. El modo con que se mantiene la tiranía se descubre en Aristóteles al 5 de las Políticas cap. 11. Los pensamientos del tirano, ardides y consideraciones que debe tener, se encuentran en el mismo lugar. Las máquinas del tirano, se hallan en el sexto de la Política cap. 10, y en el mismo libro se contienen otras muchas particularidades que tocan al cumplido conocimiento de la tiranía. Mas cuanto al principado, hace Julio Barbarana en su Oficina, una anotación tan estendida, que se pueda sacar della casi todo, que pertenece a la materia de los Príncipes; fuera de que en tal sujeto se hallan escritos libros enteros, como Filón Hebreo de Creatione Principum, Francisco Patricio de Regno, Egidio Romano de Regimine Principum, el Relox de los Príncipes del Obispo don Antonio de Guevara, el padre Pedro de Rivadeneira, y otros muchos que tratan exprofeso la materia del Principado.

De los Gobernadores. Discurso II.

HABIENDO de hablar del gobierno político, mediante quien se rige con virtud, para que se imprima en los ánimos lo bueno, y se deseche lo malo, me valdré de la notable sentencia de León Papa que dice:

Integritas Praesidentium salus est subditorum.

Todas las veces que los Gobernadores son buenos, lo son también en general los súbditos. Así Plutarco escribiendo a Trajano Emperador dice:

Si primo te composueris ad virtutem, recte procedent universa.

Por otra parte constituyen los malos ministros un estado de súbditos perverso, porque como dice Ovidio:

A bove maiori discit arare minor.

Isócrates dio por precepto a su Rey, fuese no menos bueno, que los que estaban a su obediencia. Desta opinión es Dionisio Halicarnaseo diciendo, ser común esta ley de naturaleza, que todos los buenos sean superiores a los no tales. Debiendo pues los regidos aprender ejemplos de bondad, de los principales que gobiernan, a cuyos ojos están sirviendo de espejos, es cosa conveniente, sean los tales amigos de la virtud, necesaria para instruir, y edificar a los que rigen. Deben los Gobernadores sobre todo estar adornados de sabiduría, de justicia, de fidelidad, de caridad, de religión, y de loables costumbres, para dar honrosa muestra de sí, condecente al grado, y dignidad que tienen sobre los otros. Han menester la sabiduría, porque Platón dice, ser ella sola causa de obrar bien en todas las cosas. Cicerón la llama, maestra, y arte de la vida. Apolófanes Estoico la estimó en tanto, que solía decir, ser ella sola la virtud, o la que encerrada en sí todas las virtudes o que todas las virtudes estaban subordinadas a ella. Bión Filósofo la encomendó por estremo diciendo, que excede tanto a las otras virtudes, cuanto la vista a los otros sentidos. Dijo Epicuro, era la sabiduría el mayor de todos los bienes: ella busca las causas, quiere ver por qué se deben hacer las cosas, elige lo bueno, y desecha lo malo.

De aquí es decir los Estoicos, ser el ingenio del sabio un hábito veloz, y desembarazado: esto es, una ligera prática de saber en un

instante lo que se debe hacer. Plotino escribiendo de las virtudes, puso debajo de la sabiduría a la intelligencia, a la consideración, a la providencia, y a la cautela; para mostrar que el sabio es intelligente, considerado, próvido, hábil para aprenderlo todo, y sagaz en el mal, y en los peligros; según el dicho de Hiparco Astrónomo, que el hombre sabio quita la influencia de los Astros. Por esta causa pintando los antiguos a la sabiduría, formaban su efigie de tal idea, que parecía mirar a todas partes, estando inmoble, y fija en los ojos de quien la miraba. Deste modo la pintó una vez Emilio Romano, causando admiración a todos, y no poca loa a su autor. Dice finalmente Salomón en su alabanza:

Concupiscentia sapientae deducet ad Regnum perpetuum,

y añade:

Multitudo sapientum est sanitas orbis terrarum.

Por eso será juzgado un sabio ministro, digno de perpetuo gobierno; y será la salud de los que se hallaren debajo de su jurisdicción.

Y si en alguna cosa se requiere ser sabio, juzgo sea principalmente en saber regir con paz, y unión, la muchedumbre cometida a su prudencia; porque según Casiodoro:

Ad laudem regnantis trahitur, si ab omnibus pax ametur.

Y en otra parte dice lo mismo en esta forma:

Quies suavissima populi, et dispositio tranquilla regionum, praeconium probatur esse regnantium.

Anquises (en Virgilio) encomendó principalmente la paz a su hijo Eneas diciendo:

Hae tibi artes, pacique imponere amorem.

Federico Emperador en el título *de Pace tenenda*, la encomienda con singulares palabras, y Baldo Perusino sobre el título *de Pace, et constantia*, la celebra con amplísimas alabanzas. Gorgias Leontino escribió muchas honras de la misma a las ciudades de Grecia, cuando se hallaban discordes entre sí.

Demetrio Magnesio, compuso un libro en su loor, que envió a Pompeyo Ático estando el pueblo Romano dividido. Son casi inumerables los autores que con elegancia expresan sus excelencias, y alabanzas. Mas entre todos las muestra delgadamente Salustio en aquel Brocárdico:

Concordia parvae res crescunt, discordia autem maximae dilabuntur.

Es loable ejemplo el de cierto Rey de los Partos, que cercano a muerte, hizo que viniesen a su presencia dos hijos que tenía, y habiendo mandado traer una aljaba llega de flechas, ordenó al mayor, que al punto las rompiese todas juntas; y no pudiendo por ningún caso, bien que pusiese toda su fuerza, cometió al menor que las quebrase una a una, como lo hizo. Con esta invención declaró a sus hijos este sapientísimo Rey, ser el fruto de la unión y concordia, de tanto vigor, que ninguna fuerza le puede despedazar. Llenos están los libros de ejemplos, así antiguos como modernos, de los felices sucesos que resultaron de las conformidades: y por el consiguiente, los daños que causaron las disensiones: que por ser los más comunes se dejarán de poner en este lugar, concluyendo con el recuerdo que dio San Augustín a sus Canónigos cuando dijo:

in unum estis congregati unanimes habitetis in domo, et sit vobis anima una, et cor unum.

porque echó de ver agudamente los buenos efetos que producían la paz y unión. Aristóteles difiniendo qué cosa sea ciudad dijo:

Civitas est civium unitas ad bene vivendum ordinata.

Por manera, que si los ciudadanos han de vivir bien, es menester estén unidos, y concordes: y así prueba en su Política, puede el hombre por la unión llegar a la bienaventuranza. Doctamente habló Demócrito cuando dijo,

Actum est de civitate, ubi imperium trahitur discordiae.

No habló menos bien Sócrates, diciendo,

Nulla est tam desidens culpa, quam discordia civium.

Esto viene a confirmar Pisistrato, que dice,

Maiores civium hostes esse nequeunt, quam dissipent cives.

Por eso Marón se queja tanto de la discordia de su patria en aquellos versos:

Impius hoc tam culpa novalia miles habebit?
Barbarus has segetes? heu quo discordia cives
perducit miseros! en quos consuevimus agros!

Lucano la detestó sumamente diciendo:

Sumum, Brute, nefas civilia bella putamus.

Bien notorio es por las historias el daño que causa la discordia en los Gobiernos. ¿No destruyó Ciro a la potente Babilonia por la discordia de sus ciudadanos? ¿No se arruinó la antigua Cartago por las disensiones de los principales? ¿No sojuzgó Alejandro a los Griegos por sus divisiones? ¿No feneció el Reino Judaico por diferencias de los Tribus? Si entre los Indios no nacieran discordias, Semíramis no consiguiera tan fácil vitoria dellos.

Los Lacedemonios no fueran vencidos tantas veces por los Atenienses, si no recibieran los golpes desta bombarda, que deja las ciudades enteras, rotas, y asoladas. Los Númidas no dieran en las manos de los Romanos si no sucediera entre ellos discordia, que fue la última perdición de los hermanos desavenidos. La misma Roma, regida con tanta paz tantos años, no perdiera su grandeza, a no entrar ésta en los furiosos pechos de sus ciudadanos, mal que Catón previno. Por ésta cayó de su silla la República Genovesa. Los Pisanos, que aspiraron al absoluto Imperio del mar, fueron por ésta míseramente sojuzgados de los Florentines. Los proprios Florentines perdieron la libertad al mismo tiempo que comenzaron los plebeyos a tumultuar contra los nobles. La miseria de los Seneses, casi en los mismos tiempos, procedió de la discordia de sus ciudadanos poco sabios en el gobierno de su florida patria, madre de tantos ilustres ingenios. Por tanto Lelio Ptolomeo atribuyó la ruina de Sena a sus bandos, y al mal gobierno de los superiores diciendo:

> *No parezca esto maravilla, porque todas las pérdidas y ruinas a que hemos reducido la ciudad, nacieron de entender sus cosas por medio de facciones, y de vuestra forma de gobierno. Así quedó su dominio en una increíble, y débil pobreza. Hemos llenado de nuestros ciudadanos todas las ciudades de Italia: hemos manchado de sangre todas las calles de nuestra ciudad: hase perdido la publica reputación*.

¿Por qué se arruinó Pistoia, sino por los bandos de Güelfos y Gebelinos? ¿Por qué se destruyó la armígera Emilia, sino por estas parcialidades y divisiones? ¿Por qué la Italia dio tantas veces en manos bárbaras, sino por los íntimos aborrecimientos, y por las universales discordias de sus señores? ¿Por qué las fieras gentes Mahometanas usurparon los Reinos del Oriente, y pusieron las plantas en las partes que señoreaba la Cruz, sino por nuestras infelicísimas disensiones trabadas entre los Cristianos? Síguese pues, ser la concordia causa de todo bien y felicidad. Menenio Agripa, varón sagaz y prudente, viendo la plebe Romana (en desprecio de los Senadores) retirada al Aventino, mostró con la industriosa fábula de

la conjura de los miembros hecha contra el cuerpo, hallarse colocado en la concordia el reposo y salud de la ciudad. Reconociendo los Lacedemonios ser el oro, la semilla de quien nacían las diferencias, le desterraron de la ciudad, en virtud de una ley. Plutarco cuenta haber trabajado Arístides Ateniense, por sosegar las contiendas, que como peste (renaciendo cada día entre los ciudadanos de Atenas) iban cobrando más crecido vigor. Gayo Casio, Censor prudentísimo, amando sobre todo la República, y deseando su quietud, erigió en el palacio la estatua de la Concordia, y se le consagró, para que los que entraban en él, se acordasen no tener allí lugar los odios, y discordias; sino que se debían dejar al umbral de la puerta, por respeto y amor de la patria. Alberto Lolio dijo, ser basas de una República, paz, quietud, tranquillidad, y unión. Y al contrario afirma Platón, no haber veneno más áspero, ni peste más cruel, que la discordia, supuesto, desbarata en un punto las buenas ordenes: huella las leyes: desprecia los Magistrados: fuerza los juicios; y llena toda cosa de furor, de rabia y crueldad. De forma, que las ciudades y Repúblicas, se vuelven horribles selvas de hombres malvados, y de abominables monstruos, cuya desenfrenada arrogancia pierde la vergüenza y temor, a la fe, a la religión y justicia. Destruida Numancia, sitiada en vano tanto tiempo; preguntó Scipión el menor a Tiresia Príncipe de los Celtas, la causa que la hizo tan inexpugnable, y respondió haber sido la concordia, contra quien fueron flacos tan fuertes contrarios. Por eso dijo Cornelio Frangipane, sujeto de raras letras:

> *¡Oh buena, oh dulce paz, hija de Dios bueno, y máximo, madre del reposo y tranquilidad, hermana del amor, ministra de la caridad, ama de las ciencias y artes, dueño de las haciendas, conservadora de las Repúblicas y ciudades!*

¿Quién mantiene los cielos sino la armónica concordia recibida del primer motor? ¿Quién rige esta tan grande máquina de la tierra, sino la paz de su Gobernador eterno? ¿Quién da vida quieta a todos los animales del mundo, sino esta concordia y esta paz? ¿Quién destruye y aniquila cuanto hay sino la discordia? ¿Podrán gobernarse jamás con prudencia las Repúblicas y religiones Cristianas, si en ellas fuere admitido el detestable nombre de la discordia y diferencia? ¿Quién introduce tantas sediciones, tantos escándalos, tantos motines, tantas rebeliones, tantos excesos? ¿Quién ocasiona la pérdida de cualquier República, sino el mal gobierno, la tiranía, y la enemiga de todo bien, pestilencial discordia, no sembrada, sino engendrada en las entrañas de sus principales? ¿Quién guía a la última perdición sino el injusto

regimiento, hallado por la ambición de los sediciosos, nacidos para oprimirla como Sila y Nerón? ¿Quién tiene poder para usurpar su libertad, y ponerla en manos de perpetuos ladrones, sino la ciega discordia de los que apetecen más los favores tiránicos, que la reputación, honra, salud, y vida de la República? Escribiendo Séneca a Lucilo le dijo:

> *No seas amigo de revoltosos, porque serán bastantes para hacerte diferente de lo que eres. No te aficiones de novedades, porque podrían alterarte. Que si tengo de decir verdad, no vi jamás en nuestra República novedad que dejase de engendrar escándalo; o que por lo menos no la inventase algún loco*.

¿De dónde procede la servidumbre que tanto aflige, y tanto molesta el estado de los virtuosos, sino del poco cuidado que se tiene en unirse para el bien, y de no poner los cuerpos, los ánimos, las fuerzas, el ingenio, las amistades, las haciendas, y los favores contra la malicia, infidelidad, injusticia, y desenfrenada ambición de los hombres? Pues todo el daño, todo el destrozo, toda la ruina procede de la discordia. Y así es menester sean los Gobernadores sabios, y advertidos en mantener la concordia y la paz en las ciudades, repúblicas, o religiones que rigieren. Mas porque el fundamento de la paz, es la justicia (según lo escrito en la Sabiduría:

> *En la disposición de la concordia está la ley de la justicia*:

y en el Psalmo 71:

> *Nacerá en sus días la justicia*)

es necesario, sean los Gobernadores justos y rectos, si es que esta paz se ha de introducir, y conservar, entre los que habitan en su juridición. No puede haber unión y conformidad si se nota que los principales ministros usurpan para sí los bienes de la República, defienden a los malos: favorecen a los escandalosos: ayudan a los malhechores: atropellan a los beneméritos: persiguen injustamente a los letrados: encumbran con todas veras a los ignorantes: niegan audiencia a los acusados: no responden a quien pide justicia: son soberbios con quien se les humilla: desabridos con quien pide su favor: altivos con quien los corrige; y sobre todo destinados para oprimir los súbditos, dañarlos, trabajarlos, buscar novedades contra ellos: acetar necias informaciones: acriminar injustas querellas, partes por estremo indignas de su grado, y del buen gobierno. ¿Cómo se puede vivir en paz, cuando los pastores no aman las ovejas cometidas

a su cuidado, y subordinadas a su imperio? ¿Cómo puede un libre ser mndo, viendo sus agravios en la libertad que le quitan, en los privilegios que le niegan, en las dignidades que le usurpan, en los títulos que le confiscan, en las vituallas que cada día se empeoran, en la hacienda que le hurtan, en la honra que le menguan, en la opinión que le escurecen, en la paz que le turban, en el placer que le zozobran, y en la vida cercada de miserias, de ansias, y afanes? ¿Cómo se puede hallar quieto debajo de un yugo de insufrible servidumbre, debajo de un tirano que se rie de su mal, debajo de un desapiadado gobierno, que a un tiempo hace burla de sabios, de locos, de viejos, de mozos, de virtuosos, de discretos, de ignorantes, de grandes, de pequeños, de amigos, y enemigos? Es menester pues que sean los Gobernadores justos, que examinen bien, que sientan bien, que por ningún modo se muevan con pasión: porque como dice Macrobio,

Iustitia est unicuique servare quod suum est.

De aquí procede celebrar tanto Ovidio a Ericteo, justísimo Gobernador en aquellos versos:

Spectra loci, rerumque capit moderamen Erictheus,
iustitia dubium est validis ne potentior armis.

Buquiris Rey de Egipcios (según Suidas) es encarecido de tanta justicia, que en Paulo Manucio pasa por Proverbio, cuando se habla de un justo Gobernador, nombrarle un Buquiris. Herodoto escribe haber sido Glauco Lacedemonio, varón de tanta justicia y equidad, que muchos dejaban sus patrias, sólo por buscarle en su ciudad de Esparta. Deben sobremanera tales Gobernadores abrazar la fidelidad, compañera de la justicia, antes hermana; dando ella infinita gloria a todas sus acciones. Marco Tulio dijo:

Summa, et perfecta gloria constat ex tribus his, si diligit multitudo: si cum admiratione quadam honore nos dignos putet; si fidem habet.

Y al mismo propósito dijo, debía ser venerada la Majestad de la fe sobre todas las cosas, y observada con suma reverencia. Platón nombró al hombre fiel, de mayor valor que todo el oro del mundo. Orfeo, antiguo Teólogo dijo, era la fe quien criaba los hombres que han de ser dichosos. A esto aludió Catón en Tulio diciendo, tenía la fe un templo acerca del gran Júpiter. Lo mismo dio ocasión a Valerio Máximo, para llamar a la fe venerable deidad. Cuenta Servio haber venerado por deidad los antiguos, al perro, por su fidelidad. Así siendo el Gobernador fiel, merecerá cualesquier honras. Mas al

contrario, ¿de qué vituperios no será digno, si infielmente molestare la República, si se apropiare lo universal, si hiciere fraude en el manejo, si escribiere lo falso, si quitare lo verdadero, si añadiere deudas, y disminuyere créditos, si usurpare lo que es de particulares, si dañare los bienes ajenos, si usare para sí de toda cosa, si por su descuido faltare a los súbditos el mantenimiento necesario para la conservación de la vida; y en fin si se enriqueciere, empobreciendo los lugares de su gobierno?

Mas ¿dónde dejó la caridad, que da tanta loa a los que gobiernan? Ésta tiene cuenta de los súbditos; ésta les provee de las cosas necesarias, y les busca las vituallas a buen precio; ésta destierra la carestía de las ciudades; pone abundancia en todo, ayuda a los pobres, soccorre a los afligidos, consuela a los miserables, recrea a los desconsolados; y aplica por la suerte de favor y socorro, a las personas desamparadas. Así con justa causa se alabó el Emperador Justiniano desta virtud diciendo:

Nostra pietas omnia augere, et in meliorem statum revocare desiderat.

Todos los antiguos tuvieron en suma veneración a las personas que la usaron. Hércules (según Varrón) por aprovechar de contino a los hombres, fue llamado destruidor de los males. Y a la verdad, ¿qué cosa puede haber tan loable y digna, como ayudar al hombre, y soccorrerle lo más que fuere posible en sus necesidades? Tenían los Romanos en medio de sus patios, la casa de las Gracias, queriendo sinificar, era necesario a todos, hacer gracia y placer a los menesterosos, acudiéndoles con sus favores y socorros. Licurgo para humanar a los de su ciudad, los enseñó a pensar de sí, no eran particulares, ni que por algún camino habían de vivir como tales; sino que entendiesen habían de imitar a las abejas, que hacen toda cosa para provecho común. Ausonio escribe de Trajano, haber sido tan caritativo, que se humillaba a visitar los amigos enfermos, como persona particular, sin tener en tales necesidades la reputación y Majestad acostumbrada. Es pues cosa Real la caridad, y los Gobernadores humanos adquieren infinitos loores. Mas por otra parte reciben los despegados, mengua, vituperio, deshonra, injurias y ultrajes. ¿Por qué se revelan y alborotan los súbditos sino por las estrañezas? ¿Por qué ponen mano a las armas sino por su causa? ¿Por qué siguen los motines, sino por el injusto y áspero gobierno? ¿De dónde nacen las murmuraciones, las discordias, las contiendas, las amenazas, los procesos, las heridas, las muertes, sino del perverso proceder de inconsiderados ministros? ¿Cuál es la causa de tantas

querellas de súbditos, de tantos gritos, de tantos rumores, de tantas novedades, de tantas máquinas, sino el gobernar sin caridad, sin piedad, y sin amor? Y si algo tienen desto, úsanlo consigo mismos, con sus parientes, con sus confederados, con los compañeros de sus libertades, con los perversos aduladores, y con los relatores de chismes. Déstos se puede decir lo que dijo Solón, eran tales hombres antes salteadores de caminos, que Gobernadores de Repúblicas y ciudades. Asimismo es necesario en ellos la religión interior, y exterior: tanto por el bien de sus almas, cuanto por el buen ejemplo; siendo deudores della en todos los actos públicos, donde importare descubrirla. Decía Quintiliano, obraba bien toda cosa quien tenía el pecho lleno de verdadera religión. Mostró Alejandro Magno, cuán necesaria era la misma a los Gobernadores, cuando injuriado de un siervo, que huyó al Asilo (lugar donde por religión estaba seguro cualquiera delincuente) escribió a Megabiro, se le enviase atado, si le pudiese coger fuera de aquel sagrado; mas si no, le dejase sin hacerle violencia. Lo mismo se observaba en el templo de Diana Efesia, donde no era lícito molestar a ninguno por cualquier delito que hubiese cometido. A Numa Pompilio loa Tito Livio, en razón de haber sido no sólo observador del culto de sus dioses, sino de haber enseñado las ceremonias, y ritos a los Romanos, con que venerasen sus solenes fiestas. Por opuesto, vituperan Apiano y Plutarco a Aníbal, porque entre otros vicios, tuvo en sumo grado el de blasfemar de los dioses, y despreciar la religión, habiendo con esto dado motivo a Hanón para que avisase a los Cartagineses diciendo, no se debía permitir tanta insolencia en un mancebo, ni tan gran temeridad como cada día se descubría en él. Debe pues un perfeto Gobernador, ser amigo de Dios, religioso, y devoto, por ser como espejo que está delante de los ojos del pueblo, y el ejemplar de las acciones de tantos hombres que le miran. Últimamente se requieren en los mismos, buenas y santas costumbres, por quien son amados de los pueblos, y reverenciados de todos. De tales abundaron los Romanos, por quien se halla escrito haberse confederado con ellos de buena gana los Macabeos.

Loan los antiguos Escritores el rostro de Demetrio, hijo del Rey Antígono, por tener cierta templanza, que parecía estuviese en él como en su centro la modestia; y así adquiría con la dulzura de sus costumbres la gracia de las personas. Fue celebrada grandemente la benignidad de Filippo Rey de Macedonia, que hallándose por su prisionero entre otros muchos Diógenes, habiéndole preguntado

quien fuese, y respondido, que era una espía de su insaciable deseo; no sólo no le movió a ira; mas con blandura se río de la respuesta, y mandó fuese libre. Conociose la suavidad de las costumbres de Tiberio Emperador, cuando exhortado de muchos a poner tributos en las provincias, respondió, era el oficio de buen pastor esquilmar las ovejas, y no desollarlas. Notose en Dionisio Siracusano, que habiendo alcanzado el Reino, no comió en otra forma, ni vistió, ni procedió de otra manera, que hacía cuando estaba como particular en la Academia de Platón. Deberase no poca alabanza a los Gobernadores, cuando estuvieren adornados deste realce, deste que es verdadero decoro, y ornamento de ánimos grandes y señoriles. Y por otra parte merecen no poco vituperio, los que son tan ásperos en los gobiernos, que apenas se dejan hablar, cuanto más conversar, teniendo condición tan enfadosa, que sólo el verlos, causa fastidio, hombres con verdad silvestres, y merecedores que tener albergue con Timón Ateniense, llamado Misántropo (que es aborrecedor de hombres) no en las ciudades entre personas adornadas de virtuoso proceder.

Ahora es de advertir, cuando los referidos fuesen tales en virtud como se dijo; si sería acertado el perpetuar su Magistrado. Al principio suele ser esta muestra de bondad, no más que aparente, y así siendo injustos y malos (como sucede) cese la duda: porque no sólo dejan de ser merecedores de perpetuidad, sino dignos de quedar privados del grado y officio que tan mal administran. Mas queriendo fundar esto más en razón, vuelvo a decir, no ser el Magistrado de Gobernadores (aunque buenos) digno en sí, de perpetuidad. Ni vale la consecuencia que se puede hacer en contrario diciendo, que pues es bueno en sí, debe ser ordenado para siempre. Porque muchas cosas son buenas en sí, que no son buenas para todos tiempos; esto es, provechosas: como la verdad que en sí es buena, y si tal vez se publica con falta de prudencia, causa daños a quien la dice. También es buena ~~en~~ la corrección; mas usada con poca cordura, produce mal efeto en lugar de bueno. Lo mismo se dirá de los Gobernadores, que no obstante sea su Magistrado bueno en sí, no es útil para todos tiempos. Una de las razones contrarias a la perpetuidad destos Gobiernos es, que aunque el Magistrado fuese más que bueno, habiendo de durar en la República donde muchos profesan ser iguales en valor, no sufre el deber, reine un bueno, por bueno que sea, hasta morir sobre tantos buenos sus iguales en todo; y se podrá decir, vienen a ser los buenos perpetuamente infelices, no recibiendo jamás las honras debidas a su virtud: porque como dice Beroaldo,

el honor es un suavísimo pasto de la virtud.

Y Tulio:

El buen Príncipe no debe recibir otro alimento que el de la gloria.

Hay otra razón que debiendo concurrir muchos por dignidad y méritos, al mismo grado y oficio, corre peligro de grandísimos daños y discordias la República, si tres, cuatro, diez, o veinte, son elegidos ministros perpetuos, viéndose los otros tratar casi como indignos; y puédese temer que inquiete el estado común, la parte injustamente tratada. Donde para remediar este mal de la discordia (urgente ruina de las Repúblicas, según Boecio, cuando dice,

Nosti ne quod omne quod est, tandiu manere, atque subsistere potest, quandiu sit unum? sed interire pariter, et dissolvi necesse est, quando unum desierit)

es menester consigan todos los beneméritos en algún tiempo sus debidos grados. Esto loa mucho el propio Frangispane con con estas palabras:

Esta prudentísima República comparte a todos sus ciudadanos con justa medida sus bienes, sin dar jamás a alguno entera autoridad, ni hacerle tan poderoso, que pueda caer en algún loco apetito de molestar la dulce libertad de su patria. Aquí, no uno, no pocos, no muchos señorean, sino muchos buenos, y pocos mejores; y juntamente un mejor perfetísimo.

Demás, el magistrado perpetuo, es posible que se convierta (aun en los buenos) con el tiempo en tiranía; porque la seguridad en el reinar ocasiona osadía en los pensamientos de quien gobierna; y a menudo hace la comodidad animoso al hombre para robar lo que es de los particulares, con detrimento de la honra, y peligro de la vida de quien rige, y con riesgo manifiesto del motín de los súbditos, demasiado opresos por la tiranía de los malos. Así se lee de Domiciano Emperador haber hecho buena entrada en el Imperio, mas haber procedido al último con tanta insolencia, que (según Eusebio) quería ser adorado de los Senadores, y del pueblo, echando injustamente pechos sobre los ciudadanos, siempre mal satisfechos de su gobierno. Cuentan Platina, y Corio, de otro que entró en el dominio como cordero, vivió como león, y murió como lobo. En los libros de los Reyes se lee de Joás, hijo de Ococías Rey de Judea, haber sido mucho tiempo buen gobernador del Reino; mas que al fin dio vuelta de tirano, mereciendo ser muerto en la cama por sus propios criados. Otra razón juzga no ser a propósito el gobierno perpetuo; porque si

otro ha de pretender aquel cargo, es menos mal desear su vacante, que la muerte de quien le ocupa, por quien sólo se puede conseguir el fin de su intento. Y porque de ordinario sucede volverse malos los buenos que gobiernan, ofrecen materia a los deseosos, de procurarles daño en la vacante, esperada con alegría; con que muchas veces se impiden designios; y los demás teniendo paciencia, cesan del mal que acaso pondrían por obra, debiendo ser perpetuo el regimiento. Por eso se lee en Plutarco, que haciendo dejación Sila de la Dictadura perpetua, y vacándola espontáneamente, se hizo admirable con los romanos, y aseguró de tal manera su vida, que no obstante tuviese infinitas enemistades en la ciudad, no se halló jamás (salvo un muchacho cuyo padre había muerto) quien osase ultrajarle, ni decirle pesadumbre. Al contrario, mientras César se contentó con los grados acostumbrados de la República, pasó con felicidad el curso de su vida; mas cuando tomó el imperio absoluto de la patria, con aquella molesta perpetuidad, halló un Bruto, y un Casio, que brutamente le desencasaron de la vida. Y no es concluyente la razón que alegan algunos, de que la perpetuidad de los gobiernos enciende los propios Gobernadores a mayor amor para con los lugares que gobiernan; porque se conoce por experiencia, llegan a desvanecerse tanto, que quieren ser, no Gobernadores, sino Príncipes, y se hacen tan fuertes en aquellos lugares, que parecen señores absolutos, y no ministros. Claros ejemplos ponen Corio, Platina, Sabélico, y Blondo, de muchos tiranos de Italia, que mientras estaba en Aviñón la Sede Apostólica, de sólo Gobernadores de las ciudades de la Iglesia, se volvieron (mediante el deseo de reinar) sus absolutos señores, y se hicieron tan fuertes, que para echarlos dellas fueron menester las armas, los ejércitos, y todas las fuerzas del Pontificado. Tal es pues el amor que tienen a los lugares, que se hacen sus dueños, dejándolos tan ciegos el propio interés, que les parece tienen dominio absoluto sobre las vidas y haciendas ajenas, aspirando sólo al supremo principado, Reino, y tiranía. Según esto quien quisiere ser tenido por buen Gobernador, procure estar adornado de las buenas calidades que se apuntaron arriba; porque de otra suerte será juzgado de todos por usurpador en vez de Gobernador, no sólo indigno de perpetuo gobierno, sino merecedor del fin que suelen tener comúnmente los tiranos.

Anotación sobre el II discurso.

Quien quisiere saber por extenso cuantas especies de gobiernos se hallan, no se aparte de Aristóteles en su Política, capítulo cinco y seis.

Cuál sea entre todos los Gobiernos el mejor se saca del tercero de la Política, capítulo treinta y uno. Cuáles sean los más seguros y durables, se muestra en el cuarto de la Política, capítulo once y en el quinto al capítulo primero. De dónde nacen las mudanzas de los Gobiernos, se puede ver en el quinto de la Política, capítulo diez. Marsilio Ficino, sobre Platón de Regno, describiendo cuál sea un recto Gobierno dice así:

Gubernatio recta est, cum sit gratia gubernati, et non Gubernatoris.

Y en el Diálogo séptimo de República Platonis, muestra la causa de las dificultades que intervienen en los Gobiernos. Celio Rodiginio, en el primero capítulo del libro quinto de sus antiguas lecciones, declara, por estremo bien las condiciones que se requieren en todos los que gobiernan. Lo mismo hace en el capítulo treinta del libro trece. Y porque esta materia tiene parentesco con la de los Príncipes, servirán también a este propósito los mismos libros alegados en la primera anotación, con todos los Comentadores de la Política de Aristóteles, y las oraciones de diversos, entre quien hay algunos que discurren con singularidad acerca de los Gobiernos en común. Mas por lo que toca al Gobierno particular del pueblo, léase a Pedro Crinito, libro primero de Disciplina, capítulo cuarto donde dice algunas sentencias notables, y del modo de los mismos Gobiernos, se puede ver a Alejandro ab Alejandro en sus Días geniales, libro cuarto capítulo seis.

De los Religiosos en general, y en particular de los Prelados, y Súbditos: Maestros de Ceremonias. De los Canónigos, de los Monjes y Frailes; de los Caballeros. Y finalmente de los Predicadores.
Discurso III.

PARA difinir lo que es religión, y de dónde este nombre se derive, es de saber, hablaron varios autores con variedad: supuesto, dice Nonio Marcelo, ser la religión un simple culto de los dioses, según Tulio. Plutarco afirma, haberla llamado los antiguos Filósofos, ciencia de las cosas celestiales y divinas. Festo Pompeo certifica, ser particular advertencia de lo que se debe seguir, y evitar. Arnobio, intención recta y sincera, acerca de las cosas divinas. Filón Hebreo, ministerio, y reverencia clara, y expresa para con Dios. Quiere Servio Sulpicio, sea la etimología de religión, *a Religando*, en razón de estar el religioso atado con el lazo de la piedad, y añudado con Dios. Por eso Lucrecio usó este modo de hablar: desatar los ñudos o ligaduras de la religión. Masurio Sabino siente al contrario, esto es, sea dicha *a Relinquendo*: dando a entender, sea religiosa aquella persona que por su santidad se secrestó, y apartó de las otras. Marco Tulio junto con Aristóteles, juzgó, ser por estremo útil y necesaria para todas ciudades, y así dice:

> *Es menester se muestre el Príncipe más devoto que todos para con Dios, porque sufren los súbditos mejor el padecer por tales hombres cosas injustas, maquinando menos contra ellos: por juzgar, tienen en su favor y defensa hasta los dioses.*

Esta religión; como confiesa Aristóteles, se halla por naturaleza mezclada en los hombres: y se ve claramente, en que siempre que incurrimos en algún trabajo, en peligros, o temores improvisos, antes de considerar otra cosa, ni hacer otra eleción, recorremos a llamar a Dios, enseñándonos la naturaleza (sin otro maestro) a pedir el divino socorro. Y desde el principio de la creación del mundo, Caín y Abel

sacrificaron a Dios religiosamente; si bien procedió después el uno tan mal como se sabe. Enos fue el primero que instituyó el modo con que se debiese hacer invocación; y tras el diluvio dieron muchos muchas leyes de religión a diversas naciones. Mercurio, y el Rey Mena, las dieron a los Egipcios; Melise Ayo de Júpiter a los Cretenses. Fano (y antes dél Jano) a los Latinos. Numa Pompilio, a los Romanos. Moisén y Aarón, a los Hebreos. Y Orfeo, a los Griegos. Con todo eso, se halla escrito haber sido Cadmo, hijo de Agenor, el primero que dio a los Griegos (viniendo de Fenicia) los ministerios, solenidades de los dioses, las consagraciones de los simulacros, los himnos, las pompas, y todo lo demás con que se honraban sus falsas deidades. Afirma Eusebio Pánfilo, que jamás hubo nación tan bárbara, ni de costumbres tan perversas y bestiales, que dejase de tener en sí alguna centella de religión; pareciendo (como se dijo arriba) que la enseña, y muestra a todos la misma naturaleza. Cicerón dice:

> *¿Quién habrá que mirando al cielo, niegue dejar de haber Dios? y ¿quién juzgará poder suceder acaso las cosas que se hacen con tanto saber y orden, que apenas hay imaginación que las pueda rastrear, cuanto más percebir?*

Por eso los primeros Egipcios, poniendo los ojos en las alturas, y maravillándose del movimiento, del orden, y calidades de las cosas celestiales, pensaron fuesen dioses el Sol y la Luna; llamando Osiris al uno, y a la otra Isis. Sus ritos en semejante adoración eran puros, sinceros, y libres de todo escrúpulo de crueldad, no derramando la sangre de los animales por víctimas; sino sacrificándose a tales dioses los frutos de la tierra, y sólo las hojas, las raíces, y las yerbas olorosas. Y en esta conformidad cuenta Macrobio, haber dedicado los mismos Egipcios fuera de las ciudades templos sumptuosos a Serapis, donde solamente se sacrificaba sangre de brutos, teniendo por costumbre ofrecer a los otros en las ciudades las cosas referidas. Mas después con el tiempo sucedieron otros modos de sacrificar, que pueden verse en Eusebio, y en Blondo. Síguense tras los Egipcios los Fenicios, que levantando los ojos, reconocieron por dioses a los vientos, a quien hicieron varios sahumerios, como idolatras y supersticiosos. Los pueblos Atlánticos, por no parecer menos sabios que ellos, adoraron al cielo, a quien locamente hicieron parte de cuarenta y cinco hijos, atribuyendo semejante divinidad a Opis su mujer (que fue llamada Tierra) y a Basilia y a Pandora, sus hijas. Los Frigios reverenciaron al celebrado Atlante pareciéndoles resplandecía en él no sé qué de divino, por el conocimiento de la Astrología: y como recita Evemero

Histórico, procuraron con espléndidos sacrificios, y presentes de oro y plata, adquirir la amistad de otros muchos dioses. Da testimonio de la religión de los Romanos Marco Tulio diciendo:

> *Como quiera, oh Pontífices, que nuestros mayores divinamente hayan instituido y ordenado muchas cosas, la más preclara de todas fue querer que vosotros presidiésedes en la religión de los dioses inmortales, y en la República, para que administrando como ilustres ciudadanos la misma, y declarando sus dudas sabiamente, la conservásedes y ampliásedes*.

Virgilio, en lugares diversos atribuye a Eneas la piedad, en especial para con los dioses Penates, habiendo tenido más cuidado dellos, que de su propria vida al salir de la patria. De Alejandro Macedón cuenta Plutarco, hacía cada mañana sacrificio a los dioses antes de entrar en el cuidado de otras cosas. Y de Pericles Ateniense famosísimo orador se halla escrito, que antes de subir a la cátedra a orar, hacía votos a los dioses para alcanzar dellos, el no decir cosa menos que con prudencia y consideración. Por manera que la religión, y el culto de los dioses fue tenido en mucha reputación; supuesto es verdaderísima la sentencia de Marco Tulio que dice:

> *el culto de Dios es santísimo y piísimo para que siempre con la mente, y con la voz le veneremos*.

Así Epícteto (según Arrio Filósofo) dice:

> *Es conveniente, que cada uno sacrifique conforme a la costumbre de su patria, sin afecto, sin negligencia*.

Son necesarias sobre todo, las religiosas ceremonias, de donde adquieren el nombre los maestros dellas; sobre quién Conrado Bruno discurre por extenso en seis libros de las mismas: fuera de que el Durando mezcla doctamente muchas pertenecientes al culto de Jesucristo Nuestro Señor. Descubriose Platón grandemente contrario a las ceremonias de sus tiempos, queriendo con grandes veras se quitasen del todo, en reverencia y decoro del gran Dios, todas las ceremonias exteriores. Hérmetes Asclepio, no admite cuando se hacen ruegos, el quemar enciensos, y cosas tales. Con todo eso no hay duda, en que las pompas, los ritos, y las ceremonias en los vestidos, en los vasos, en las luces, en las campanas, en los órganos, en el canto, en los olores, en los sacrificios, en las acciones, en las pinturas, en la elección de los manjares, y en los ayunos, no sean santamente instituidas, aumentando estas cosas la devoción humana; antes moviendo nuestros ánimos, con nobles estímulos al sacrosancto culto

de nuestro Dios. Y no sin cierta razón instituyó Moisén en la ley antigua un número tan grande. Ni es de admirar estén en el Pontifical Romano, los Misales, y Breviarios, llenos de tanta diversidad de ceremonias; teniendo por cosa clara, haberse instituido y considerado con grandísima sabiduría. El religioso Numa, a quien Cecina attribuye la invención de las ceremonias Romanas, las ordenó a fin de que por su medio se pudiese inducir con más facilidad, a la justicia y religión, un pueblo tan tosco, y feroz como era aquél, y gobernarle con la sabiduría posible, dando larga fe de su institución, los escudos llamados Ancilios, y la estatua de Palas, la de Jano (árbitro de la guerra y de la paz) el fuego de la Dea Vesta (de quien tenía cuidado un sacerdote) el año partido en doce meses, con la variedad de los días, fastos y nefastos, el Magistrado de los Sacerdotes, dividido en Pontífices, y agoreros, sin otros muchos ritos de sacrificios, de ruegos, de espectáculos, de procesiones, y de oficios ordenados por él, y por los que le sucedieron, donde se hallan varias ceremonias en los matrimonios, en los sacrificios Lupercales, y en el Ambarval. Éstas fueron llamadas por Trebacio, sagradas, habiendo (según Livio) librado Lucio Albino en Creta, las vírgenes, los sacerdotes, y todas las cosas sagradas, de donde nació el nombre de Ceremonias, como dice Blondo. Y el mismo Livio afirma haberse concedido la paz por cien años a los de Cereto (si bien habían consentido a los Tarquinos en los robos del territorio Romano) sólo por la memoria de las cosas sagradas que observaban. Festo Pompeo tiene, se dijesen las ceremonias acerca de los Romanos, o sea del referido lugar de Cereto, o sea de la caridad; aunque con más torcida derivación, según mi parecer. Mas séase lo que fuere, basta que las santas ceremonias de los Cristianos se han de guardar inviolablemente, y se han de huir las supersticiosas. No se deben evitar las que pertenecen a la crianza de los nobles; de quien trata Monseñor de las Casas, y con él Don Antonio de Guevara Obispo de Mondoñedo; ni las que consisten en la plática, y comunicación señoril, por quien se constituyen los maestros llamados de Ceremonias; supuesto es lícito usar éstas entre Príncipes en diversas ocasiones, evitando las que participan de afectos superfluos, y prolijos encarecimientos. Los antiguos tenían también ceremonias comunes; mas no con demasía afectadas. Los Idumeos decían cuando se encontraban, el Señor sea con vos. Los verdaderos Hebreos, Dios te sane hermano. Los Tebanos, Dios os de salud. Los Romanos, tengáis salud. Los Sicilianos, Dios os conserve. Mas hoy no se usa otra cosa, sino, beso las manos, y tal vez los pies de

vuestra merced, su servidor, su perpetuo esclavo, con otras mil sumisiones ceremoniosas que hallaron Cortesanos, y en particular los que introducen toda adulación. También usaban los antiguos muchas ceremonias, que hoy platican los modernos; entre otras, quitarse el sombrero a personas dignas, como lo observó Sila con Pompeo según lo refiere Plutarco; encontrando a sus mayores, apearse del caballo: levantarse el último de la mesa, besar a los parientes y amigos, abrazar las rodillas suplicando, besar las manos del Emperador; arrojarse a los pies, como hizo Tigranes a los de Pompeo vencedor; darse las manos en señal de fe, dar el mejor lugar en la calle a los superiores, llevar en medio al más benemérito; tomar de la mano a otro para introducirle, inclinar la cabeza a quien se quiere reverenciar, no estar sentado delante de los padres; saludarse el uno al otro; con otras ceremonias deste género. La superstición es del todo contraria a la religión, y no es otra cosa (tomándola estrechamente) que un vano amor de Dios, ocasionado de cosas en que no se debría tener. Della dice Hugo:

> *Es superstición toda religión falsa, añadida a la verdadera.*

Y describiéndola San Agustín, cuanto a sus partes, apunta:

> *Supersticioso viene a ser todo lo que instituyeron los hombres, a fin de formar, y reverenciar ídolos y criaturas.*

Donde se advierte la primera especie de superstición, que es la idolatría. Después se añade:

> *O toda cosa desordenada, para consultar, y hacer algunos pactos con los demonios.*

Y esta es la segunda. Y al fin se pone:

> *A este género pertenecen los hechizos, y los que dicen ser sus particulares remedios;*

y esta es la tercera especie. De muchas supersticiones hace mención Plinio; mas no es conveniente referirlas aquí, hablándose dellas en el discurso de los Adivinos, y en el de los Magos; si bien se observan algunas en nuestros tiempos, no poco semejantes a aquéllas. Pone pues entre muchas los encantos amatorios de Teócrito, acerca de los Griegos; de Cátulo, y Virgilio acerca de los Latinos. Apunta aquel verso que César, Dictador recitaba tres veces, antes que se pusiese en camino. La invocación de Némesis contra la fascinación, o mal de aojo. Querer alguno que con el retintín de los oídos se acierte lo que otro dice contra él estando ausente. Creer que se aparten los malos

pensamientos del ánimo, poniendo saliva con el dedo detrás de las orejas. Que sea mala señal, cuando se cae la comida de la mano, y también cuando se encuentra alguna mujer hilando. Que las flechas sacadas del cuerpo del herido, si no han tocado en el suelo, tengan vigor de encender los amantes, según Orfeo, y Arquelao. Que con los números impares de Pitágoras, se pueda quitar la ceguera de los ojos, si se acomodan justamente. Que el cabello que se quita al niño sane la gota, poniéndolo en la parte molestada. Que el mal de los ojos, se repare con el encuentro de uno que sea cojo de ambos lados. Que se faciliten los partos, ciñéndose la mujer con la pretina de quien la concibió. Que el ojo derecho del lobo, salado, sane la cuartana. Sin otras hablillas semejantes, y fantasías ridiculosas, de quien junto con Plinio habló el Fernelio bien vana y copiosamente.

De la religión son contrarias, la impiedad y el menosprecio. Es impiedad sentir mal de Dios, o negarle, o no temerle. Désta son notados por Cicerón, Diágoras, Protágoras; y otros muchos. Désta arguye Suetonio a Calígula, porque en el Capitolio hablaba entre dientes con Júpiter diciéndole injurias. Floro culpa a Euno, señor de muchos esclavos, que teniendo escondida en la boca una nuez, en cuya concavidad había azufre y fuego, arrojaba llamas hablando; porque le tuviesen por deidad. Celio escribe, que queriendo cierto Psafo usurparse la divinidad, hizo instruir algunas picazas, que volando decían: *Psafo es un gran Dios*. Demetrio, después de Alejandro Magno, se hizo nombrar hijo de Júpiter. Salmoneo hijo de Eolo, fingió vibrar rayos en el aire, por dar a entender a los de Élide que era un Dios, y por eso Virgilio dice:

Vidi et crudeles dantem Salmonea poevas
dum flammas Iovis, et sonitus imitatur Olympi.

Cuanto al menosprecio, es notado por Lactancio, Dionisio, que con público desacato quitó la barba de oro a Esculapio hijo de Apolo, diciendo ser inconveniente pintar al padre mozo y sin barbas, y al hijo viejo y barbado. Heliogábalo (en Herodoto) hizo burla de la religión de los dioses: por eso juntó en matrimonio a Urania diosa (esto es a la Luna) con su Dios que era el Sol.

Los opuestos déstos han sido y son los profesores de tantas religiones Cristianas, como florecen en la Iglesia de Dios, cuyo catálogo recogieron autores varios, varios también en opiniones. De las primeras, salva la antigüedad de todas, según el Garzón, primer autor deste libro, y Canónigo reglar Lateranense, es la suya, cuyo origen atribuye a los Apóstoles. Afirma decirlo así, Vicencio Obispo

Belvacense, San Antonino, el Volterrano, una Extravagante de Benedicto XII y una bula de Eugenio IV.

La orden de los frailes ermitaños instituida por San Agustín, fue restaurada por San Guilielmo Duque de Aquitania, y por San Juan Bueno. A muchos religiosos déstos, divididos en diversas congregaciones, unió y redujo debajo de una cabeza Alejandro IV, obligándolos a que trujesen hábito, y capilla negra, junto con la correa.

Los monjes, se deviden en Basilios y Benitos. El orden de San Basilio, que hoy se dilata por la Grecia y Armenia, tuvo principio por el mismo santo, el año de Nuestro Señor 360.

La orden de los Carmelitas (derivada de Elías y Eliseo) que milita debajo de la misma regla, tuvo principio en el Pontificado de Alejandro III, año de 1160. Si bien el Papa Honorio III les dio el hábito blanco que ahora traen, y ordenó se llamasen religiosos de la Virgen del Monte Carmelo.

Los monjes llamados de Montecasino, y de Santa Justina, fueron instituidos por San Benito, año de 350.

El orden Camaldulense, que milita debajo de la misma regla, tuvo principio de San Romualdo, año de 904.

El orden de Valumbrosa, militante debajo la misma, tuvo principio por San Juan Gualberto Florentino, año de 1060.

El orden Cisterciense (también debajo la misma) comenzó por el beato Roberto, y fue acrecentada por San Bernardo año de 1198.

Los Humillados (extirpados ya) tuvieron principio debajo la misma por el beato Juan Comasco, año de 1189.

Los Celestinos también con la misma regla, tuvieron principio en tiempo del Pontífice Celestino V, autor de tal orden año de 1296.

Los monjes Blancos de Monte Oliveto de la misma, tuvieron principio del beato Bernardo Senés, año de 1319, o según otros 1370, o según otros 1406.

Debajo la regla de San Augustín, se contienen las órdenes siguientes:

La de los Predicadores que fundó el glorioso Santo Domingo año de 1216.

La de los Canónigos de San Salvador de Venecia, que tuvo principio por Esteban y Diego, ambos Seneses, año de 1376.

La de los Ermitaños de San Gerónimo de España, que tuvo principio y confirmación en el Pontificado de Gregorio IX, año de 1423, reinando don Alonso XI.

La de los Siervos, instituida por Felipe Florentín, año 1285.

La de San Gerónimo de Fiesol, de quien fue autor Carlo, Conde de Granelo, año de 1406.

La de San Ambrosio ad Nemus, que se derivó de Alejandro Crivelo, Alberto Vesozo, y Antonio Piedrasanta, caballeros Milaneses, año de 1431.

La de los Ermitaños del mismo S. Gerónimo en Italia, fundada por Lobo de Olmedo Español año de 1433.

La de los Apóstoles, que tuvo principio el año de 1484 en el Pontificado de Innocencio VIII.

La de San Pablo primer Ermitaño en Hungría, comenzada por Eusebio de Strigonia, año 1215.

La de Nuestra Señora de las Mercedes redención de cautivos, instituida en tiempo de Clemente IV en Barcelona por el Rey don Jaime, año de 1266.

La de los buenos hombres, fundada por el Conde Ricardo en la villa de Vercastedio, distante de Londres veinte y cinco millas, año de 1257.

La de Premostense, que tuvo origen por Nomberto nacido en Colonia, y Clérigo de Lorena, año de 1122.

La de Santa Brígida, que tuvo principio por la misma Santa, año de 1367.

La de los Crucíferos de azul, instituida por el Pontífice Cleto II, según Marco Antonio Boldú, y al fin promovidos a este hábito por Pío II Senés, año de 1460.

La orden de los Jesuatos, observa la profesión de S. Augustín, mas no la regla, porque tienen otra, como refiere Fray Pablo Morigia, escrita por uno de sus frailes Obispo y santo, que les fue confirmada por la Sede Apostólica. El fundador désta fue el beato Juan Colombino Senés año de 1353.

El Seráfico Padre Francisco, fue fundador de su gran República, y tuvo principio año de 1212. Compreháendense en ella Claustrales, Conventuales, Zocolantes, Capuchinos, Descalzos, y Terceros; profesando también la misma regla los Amados, orden a quien dio principio Amadeo Español, año de 1460.

Los Cartujos observan una regla estrechísima compuesta por los mismos. Fue su autor San Bruno de Colonia, y tuvo origen de Francia, año de 1084.

La orden de San Jorge de Alega, vestidos de azul, observaban ciertas ordenanzas que les dieron algunos de sus padres sin hacer

profesión: mas Pío Quinto mandó la hiciesen, sin derogar sus privilegios, y precedencias en las procesiones públicas: y esto fue año de 1570. Tuvieron por fundador al beato Lorenzo Justiniano noble Veneciano, año de 1408.

Tampoco otros Ermitaños de San Gerónimo hacían profesión, ni estaban sujetos a regla particular, sino observaban algunos Estatutos dados por sus padres pasados; mas el mismo Pío quiso la hiciesen. Éstos tuvieron principio en el Ducado de Urbino, por el beato Pedro de Pisa, año de 1380.

La orden de S. Francisco de Paula, fue fundada por el mismo santo en el Reino de Nápoles, instituyéndoles regla, año de 1450.

Los Canónigos de San Marcos de Mantua, que traen bonetes blancos cuadrados, y fuera de casa un herreruelo blanco, en virtud de Bulas de Inocencio III y Honorio IV dicen haber decendido de San Marcos Evangelista.

La congregación de los Armenios llamada de San Bartolomé de Génova, observa las constituciones de Santo Domingo, y posee seis monasterios entre el Ginovesado y Lombardía. Van vestidos como los Padres Dominicos, salvo que traen el escapulario negro.

La religión de la Fuente Avellana, fue fundada por el beato Lodolfo, cincuenta años antes de Nicolao II. Mas ahora se halla disipada, habiéndose entregado la Abadía a los Monjes Camaldulenses, con cierta renta para mantener treinta de sus religiosos.

La congregación de los Ermitaños de nuestra Señora de Gonzaga fue instituida en tiempo de Innocencio VIII, año de 1490.

La congregación de la vida común, fue fundada en tiempo de Gregorio XI por Gerardo Alemán, varón religioso y santo, año de 1376.

Los Canónigos del Espíritu Santo de Venecia, que tienen sólo un monasterio en Padua, llamado San Miguel, hacen congregación, y observan la regla de San Augustín.

La orden de la Santísima Trinidad Redención de captivos, fue instituida por San Félix, y San Juan de Mata, año de 1197.

Los Clérigos del Buen Jesús de Ravena, fueron fundados en aquella ciudad, por una doncella llamada Margarita, natural de Rusci, castillo de la Romaña, año de 1500.

Los clérigos de San Pablo degollado en Milán, fueron fundados por Diego Antonio Morigia, por Francisco María Zacarías, y por

Bartolomé Ferrara. Poseen algunos lugares; mas la cabeza de todos es el convento de Milán, llamado por el título de su Iglesia S. Bernabé.

Los Teatinos, o Clérigos menores, fueron fundados por Pedro Carrafa Obispo de Teati, que fue Cardenal; y después Papa Paulo IV, concurriendo también en su fundación Cayetano Vicentino, Protonotario Apostólico, Bonifacio Cole Alejandrino, y Paulo Romano.

Los Jesuitas, fueron instituidos por el Beato Ignacio de Loyola noble Vizcaíno, año de 1540 en tiempo de Paulo III.

La congregación de los Sacerdotes que recogen huérfanos, fue instituida por Gerónimo Amiano, caballero de Venecia, año de 1528.

La congregación del Espíritu Santo en Sasia de Roma, comenzó año de 1198 en tiempo de Inocencio III.

La congregación de los Blancos, fue instituida año de 1396 y fue extinguida año de 1400.

La orden de la Visión en Etiopía, tiene según se dice, en un monasterio solo llamado de Brisán, vecino a la ciudad de Ercoro (de quien es señor el Barnagáis sujeto al Preste Juan) cerca de tres mil frailes.

Entre el catálogo de tantos religiosos, se hallan también varias órdenes de caballeros; que con milicia Cristiana defienden de infieles nuestras playas y confines. Los Romanos llamaron a los caballeros Equites; y Rómulo fue quien (según Dionisio) instituyó el orden de los mismos. Llamáronse entonces Celeres, según el parecer de Antia, por respeto de un Capitán de Rómulo, nombrado Celer, que fue cabeza de tres centurias, manteniéndolos en paz, y en guerra: y así Livio dijo:

> *Rómulo eligió trecientos armados, a quien llamó Celeres, para guarda de su persona, no sólo en tiempo de guerra sino de paz.*

Éstos quitó después Numa (según Plutarco) mas fueron restituidos por otros Reyes, leyéndose, haber sido Lucio Bruto el Prefecto de los Celeres, después de la muerte del mismo. Y cuenta Festo haber llamado también a los tales, Trosulos, por un lugar de los Toscanos que tomaron sin ayuda de infantería: y Plinio añade otro nombre, que es Flexumenes. Creció después con el tiempo, está orden de manera (como refiere Carolo Sigonio) que en poder y grandeza, no sólo compitió con la plebe y Senadores, sino que tuvo crueles enemistades con todos ellos. Escribe Valerio Máximo, Dionisio y Festo, haber el Rey Prisco añadido a las tres Centurias de Rómulo (esto es a las de los Ranesios, Tacienses, y Luceros) otras tres, aumentando en este modo

la orden ecuestre; entre quien (según Cicerón) presidieron los Censores. No todos los que militaban a caballo se tenían por del orden ecuestre, sino los que con caballo público y militar eran elegidos por los mismos Censores, llevando en señal de división, un clavo angosto (según Veleyo) diferente del de los Senadores, que era ancho: y para distinguirse de la plebe, un anillo en el dedo (según Plinio) señal que les daban los Censores: si bien se lee en la historia de Diógenes, haber llevado también los proprios Senadores anillos de oro en los dedos, siguiéndose desto, gozar los que recibían tales anillos de los Magistrados, no la dignidad de los caballeros Romanos, sino algunos privilegios y esenciones suyas: como Quinto Roscio Comedo, que alcanzó de Sila Dictador un anillo de oro. Y el Secretario de Cayo Verres Pretor, y Laberio, a quien César también Dictador honró con el mismo.

Entre los caballeros Cristianos que con más celo se muestran defensores de la Fe, se cuentan los de Malta, llamados antes Jerosolimitanos, después de S. Juan, de Rodas, y finalmente de Malta. Su orden (según Vicencio Histórico) tuvo principio año de 1120. Traen la Cruz blanca en el pecho: viven debajo de la regla de San Augustín, y siempre andan persiguiendo infieles. Quien quisiere ver la historia de su origen, lea a Polidoro Virgilio: y para entender las hazañas y excelencias, vea el Catálogo del Casaneo, y a Fr. Paulo Morigia Milanés.

Los caballeros Templarios tuvieron su origen en tiempo de Balduino II Rey de Jerusalén; y fueron llamados así, porque en su principio habitaron una parte del templo de la misma ciudad. San Bernardo escribió sus regla, y florecieron en el Pontificado de Gelasio II, año de 1117. Crecieron en grandísimas riquezas: mas al fin por sus muchos vicios (según varios autores) fueron extirpados por Clemente V no sin persuasión y obra de Felipo Rey de Francia. Sus bienes fueron después distribuidos entre los de Malta, Calatrava y Alcántara. Quien deseare saber esto más por extenso, lea a Platina, a Sabélico, a Volterrano, al Arzobispo Florentino, y a Nauclero.

Los caballeros Teutónicos llevan el vestido blanco, con cruz negra en el pecho, y túnica también negra debajo. Residen en Mariomburg. Fueron fundados (según Polidoro) por un Tudesco, que tomada la ciudad de Jerusalén por los Cristianos, se quedó allí con muchos de su pueblo. Y ninguno puede ser caballero desta orden, si no fuere Alemán.

Los caballeros de Santiago comenzaron en España en tiempo del Pontífice Alejandro III, año de 1170, viven debajo de la regla de San Agustín, llevan en el pecho una cruz roja que tiene hechura de espada.

Los caballeros de Christus, tuvieron principio en el Reino de Portugal por el Pontífice Juan XXII, año de 1320, para que defendiesen la Andalucía, entonces ocupada de Moros. Traen cruz roja con perfiles blancos.

La orden de la Merced, fue instituida por Jaime Rey de Aragón. Traían hábito blanco con cruz negra, aunque otros tienen haya sido siempre blanca, no obstante afirme lo contrario Casaneo.

La orden de Montesa que trae cruz roja, fue instituida por el mismo Jaime, año de 1212, y ambas fueron confirmadas por Gregorio IX.

Los caballeros de Calatrava, llamados así por el lugar y parte donde tiene su principal convento, tuvieron principio en España por don Sancho Rey de Toledo. Hacen profesión como los Cistercienses. Traen cruz roja en el pecho, cuyos remates están hechos a manera de flor de Lis. El Papa Alejandro III fue el primero que la confirmó, poniéndola debajo de la orden Cisterciense. Y Benedicto XIII les dio la cruz, año 1390.

Los caballeros de Alcántara también de España, hacen profesión como los antecedentes, y se derivan de un caballero de los de Calatrava. Tienen su mayor convento en Castilla junto a Alcántara. Traen cruz verde de la forma que la de Calatrava.

Los caballeros de S. Mauricio y Lázaro, tienen más antigüedad, por haber sido su origen en tiempo del gran Basilio, como declara Gregorio Nacianceno en la vida de aquel Padre, y como certifican dos Bulas: la una de Pío IV y la otra de Pío V. Esta orden fue ilustrada, y aumentada por el Papa Dámaso I en tiempo de Juliano apóstata, año de 366. Han estado como muertos por la injuria de los años larga edad; mas por obra de Pío IV consiguieron continuación, año de 1565, criando por su gran Maestre a Juan Castellón, y tras éste creó Gregorio XIII al Duque de Saboya. Traen cruz verde con otra blanca en medio, que sale por el hueco de la verde, con una orleta blanca y otra verde. Tienen título de Don, como los de Malta de Frey.

Los caballeros de S. Esteban Papa, tuvieron principio año de 1561 por el gran Duque Cosme de Médicis, con licencia del Pontífice Pío IV. Militan debajo la regla de San Benito, y traen cruz de color rojo.

Los caballeros de la banda de España fueron instituidos por el Rey Alfonso hijo de Fernando, y por la Reina Costanza, año de 1368. Traían encima una banda roja ancha tres dedos, y eran todos nobilísimos.

Los caballeros del orden de S. Miguel traen una cadena de oro al cuello, y fueron instituidos por Luis XI Rey de Francia.

Sin éstos hay otros, como son los del Tusón del Emperador, los de la Anunciada, los de la Estrella, los de la Tabla redonda, los de la Jarretera de Inglaterra, los que se hacen en Bolonia por privilegio; y los de Espuela de oro de diversos Príncipes: concluyendo con afirmar convienen a todos las condiciones y requisitos de personas nobles y bien nacidas.

Los religiosos se dividen en Prelados y súbditos. A los primeros toca aquella sentencia Evangélica:

> *Vosotros sois luz del mundo. No se puede esconder la ciudad puesta sobre un monte. Del modo que se enciende la luz, no para ponerla debajo de alguna medida, sino sobre el candelero, para que resplandezca a todos los que están en la casa; así despida resplandores vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*.

En que se nota haber de ser por estremo buenas sus obras interiores, y exteriores, para corresponder a una buena vida, según la instrución que proponen a los súbditos, denotada por la luz que debe proceder de los mismos. Esto explica San Gregorio diciendo:

> *La luz del rebaño es la llama del Pastor*.

Conviene al Prelado y al Sacerdote, tener vida, y costumbres resplandecientes, porque los súbditos cometidos a su cuidado, puedan ver en ellos como en espejo, lo que deban eligir y evitar. En las Sagradas letras, el Pastor es llamado ojo de la Iglesia; porque con suma vigilancia debe mirar por su rebaño, y tener aquel cuidado dél, que prometen su sabiduría y virtud. En éste se verifican las palabras de Zacarías Profeta:

> *Este es ojo, sol, y luz en toda la tierra*.

Y así como Atenas era llamada el ojo de la Grecia, por su buen gobierno; así el Prelado es llamado ojo del pueblo, debiendo estar siempre atento al cuidado y ministerio de las cosas necesarias. Hesíodo antiguo Teólogo, entendió bien a propósito por el ojo de Júpiter el cuidado pastoral que está en aquel verso:

Cuncta videns ocullus Iovis, et simul omnia versans.

También debió inferir esto Homero cuando dijo:

Sol qui cuncta vides, tu singulo qui auribis audis.

Porque el Prelado debe tener los ojos como los del sol, para ver todas las necesidades de los súbditos, y ser como el Argos poético, que tenía ciento para velar siempre; por eso se escribieron aquellos versos:

Lumina quot quondam Iunonius Argus habebat,
tot vigilans vigilens Pastor servabit ocellos.

Y débese parecer su diligencia a la del león, que se pinta por guarda delante las puertas de los Príncipes, y a la de los gallos puestos sobre las torres, y así dijo Alciato:

Instantis quod signa canens det gallus eui,
et revocet famulas ad nova pensa manus:
turribus in sacris effingitur, aerea mentem
ad superos pelvis quod revocet vigilem,
est leo: sed custos oculis quia dormit apertis:
templorum idcirco ponitur ante fores.

Doctamente se dijo, que cuando duermen los pastores, andan descarriadas las ovejas; que cuando se rinden al sueño los ojos, se hallan sujetos a mil infortunios y desgracias los otros miembros. No habló ligeramente Heráclito cuando dijo, que el hombre por los ojos, y los ojos por el mundo, habían sido fabricados: siendo necesario tanto al súbdito, cuanto al Prelado, tener buena vista en todas las acciones desta vida. Al Prelado toca, alimentar su rebaño con la doctrina: y en especial con la palabra de Dios, según el precepto repetido por Cristo tres veces a San Pedro:

Apacienta mis ovejas;

y según el de San Pablo a Timoteo:

Predica la palabra de Dios, insta importuna, y oportunamente arguye, ruega, reprehende con toda paciencia y doctrina.

A los Prelados, que no hacen esto, se amenaza en Jeremías deste modo:

¡Ay de aquellos pastores que desamparan las ovejas de mi pasto! Por tanto dice esto el Señor de Israel a los pastores que apacientan su Pueblo:

> *Vosotros desperdiciastes mi rebaño, apartástesle de vos, y no le visitastes. Advertid que yo visitaré la malicia de vuestro proceder*.

Y en Ezequiel, con más rigurosas palabras se les dice:

> *¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿No es propio de los ganaderos, repastar los rebaños? Vosotros os comíades la leche, y de su lana os hacíades vestidos; matábades la res más gorda; y por ningún caso apacentábades la manada. No consolidastes lo rompido, ni sanates lo que se hallaba enfermo. No reducistes lo humilde y desechado, ni buscastes lo que se había perdido, sino que imperábades con rigor, y potencia*.

San Gerónimo expone en dos palabras lo que ha de tener un Prelado:

> *Tanta* (dice) *debe ser la bondad y virtud del Obispo o cualquier otro superior, que su voluntad, que sus muestras, que todas sus obras sean insignes y notables*.

San Bernardo lo advierte así:

> *Considerad que debéis ser antes padres que señores. Poned cuidado en ser más amados que temidos. Y si alguna vez conviniere usar la severidad, sea paternal, no tiránica. Suspended el castigo, entre en su lugar la reprehensión; abunde el pecho de blandura, no os hinche la prelacía.*

Débense acordar (según la autoridad de arriba) que son comparados y tenidos por soles de la tierra, por luces ardientes sobre candeleros, por ciudad situada sobre alto monte en la perspectiva de todos; que son la viña frutífera, por quien las vides cobren vigor, las lámparas encendidas del templo de Salomón, conveniéndolos ser perfetos en todas virtudes; fogosos en la caridad, constantes en la paciencia, templados en los afectos, cumplidos en sabiduría, discretos en benignidad, modestos en clemencia, ricos de piedad, adornados de ciencia, espléndidos por humildad, dotados de continencia y devoción. Advierta bien el Prelado la notable sentencia de Inocencio Papa:

> *Luego* (dice) *que el ambicioso es promovido a la dignidad, se ensoberbece y hace jatancioso. No procura aprovechar sino gloriarse de regir. Júzgase más bueno por verse más superior; pero la perfeción consiste en la virtud, no en el puesto. No se humana con los amigos primeros; muestra desconocer los más conocidos; menosprecia los antiguos compañeros, vuelve el rostro, levanta la cerviz, hace ostentación; habla de negocios*

grandes; medita cosas sublimes. Nada disimula; recréase con mandar, indígnase con obedecer, soberbio, y arrojadizo, vanaglorioso y arrogante.

Séneca enseña al Prelado, lo que debe hacer, antes que mande y rija a los otros diciendo:

Componga primero sus afectos, menosprecie los deleites, enfrene la saña, deseche la avaricia y aparte de su ánimo los demás defetos: y comience a mandar cuando él dejare de obedecer a dos señores tan abominables, como son el vicio y torpeza.

Mas ¿qué podrá decir el súbdito, cuando vea que el Prelado enredado en todos yerros, y ahogado en ambiciones, da de mano a la devoción, desampara los divinos oficios, olvida la observancia, huye el rigor de la religión, desprecia las órdenes, no estima los capítulos, y aborrece las reformas? ¿Qué dirá, si ve que es el primero en darse a regalos, en estar perezoso en la cama, en vagar por los claustros, en pasear las calles, y en acudir aseglariado a negociar con el mundo? ¿Qué podrá decir, cuando descubra que no tiene orden en los pasatiempos, que no reprime los deseos, que no enfrena la avaricia, ni en cosa alguna le remuerde la conciencia? ¿Qué consecuencia podrá sacar el súbdito que valga para reformarse, cuando el Prelado usurpa lo del monasterio, defrauda lo de la religión, se aplica lo que es de todos, hace contratos de propria autoridad, fabrica según su capricho, gasta y derrama a su placer, convida a éste, presenta a aquél; todo lo consume, todo lo disipa, triunfa y se alegra? ¿Qué dirá, si sobre todo es rústico con los súbditos, importuno en los avisos, grave en las correcciones, y enfadoso en las visitas? ¿De qué no será notado, si acorta el vestido, si disminuye la comida, si niega las breves licencias para cosas justas, y si tiene sólo él ampla facultad de entrar y salir, dejando a los otros en molesta clausura?

Por otra parte pinta Eusebio al buen súbdito y religioso en esta forma:

Debe ser el verdadero religioso despreciador de ociosidad, apetecedor de trabajo, paciente en los oprobrios, impaciente en las honras, pobre cuanto a dinero; rico cuanto a conciencia; humilde en sentir de sí, soberbio en aborrecer vicios.

Debe tener siempre en la memoria, que le toca honrar y temer a su Prelado como a lugarteniente de Dios: que por eso dice S. Agustín:

Venerad sumamente a vuestro superior.

Léese haber florecido mucho la República de los Siconios, mientras su sacro Colegio llamado Pastoforo, y el Sumo Sacerdote Carmio fue respetado; mas cuando por la insolencia de los súbditos se menospreció feneció su felicidad. Mientras los Atenienses veneraron su Arquierosino, Eleoubátides, Buzigue, y los otros Magistrados, creció grandemente el estado de su República: mas cuando a contemplación de Protágoras, Diágoras, y otros Filósofos introdujeron la falsa opinión de no haber Dios, y el menosprecio de los sagrados ministros, entonces se fue perdiendo el decoro y autoridad de la República. Desde el tiempo de Numa varón religioso, parece que se fue aumentando por instantes la República Romana; mas después que Clodio violó el templo de la diosa Bona y tuvo tan poco respeto a sus ministros, pareció comenzase la ruina y destruición de aquel estado, antes tan feliz y glorioso. Debe pues el buen súbdito obedecer de buena gana a su Prelado, acudiendo con puntualidad a ejecutar sus órdenes, por mandarlo así Nuestro Señor que dice en San Mateo:

Observad y haced todo lo que os dijeren y ordenaren.

También dice S. Pablo:

Obedeced a vuestros Prelados, aunque no sean buenos.

Debría asimismo el buen súbdito rogar de contino a Dios por su Prelado, a imitación de los Apóstoles, que rogaban a Dios por San Pedro mientras estaba en la cárcel: por eso en los Actos Apostólicos se halla escrito, que rogaba la Iglesia por él incesablemente. Esta oración pedía S. Pablo a los Tesalonicenses, cuando les escribió:

Hermanos rogad por nosotros.

Por el consiguiente debría tener buena opinión de su Prelado, acordándose de lo que el mismo San Pablo decía a los Corintios:

Hagan juicio de nosotros los hombres, como de ministros de Jesucristo, y dispensadores de los misterios de Dios.

Tampoco debe murmurar dél, por observar el precepto del mismo San Pablo:

Y no murmuréis, como algunos que murmuraron y fueron muertos de las serpientes.

En fin al buen súbdito pertenece ser humilde, agradable, modesto, obediente, templado, continente, misericordioso, caritativo, estudioso, y devoto; no soberbio, vanaglorioso, altivo, ocioso,

porfiado, indevoto y temerario: porque cuando el súbdito se halla en la forma referida, contendiendo una bestia con otra, parece el monasterio antes herrería de Vulcano que casa de religión: supuesto, amenaza el Prelado, el súbdito grita, el uno se embravece, el otro se altera; éste injuria, aquél ultraja, oyéndose del uno villanías, y del otro vituperios.

Los Predicadores de la palabra de Dios presiden en el ministerio más principal que hay en la Iglesia, según se colige de los Sacros Cánones. Llamolos S. Gregorio por su excelencia, Profetas, fundado en el lugar de Jeremías:

Prophetae tui viderunt tibi falsa:

porque los mismos pronuncian las cosas venideras, esto es, la gloria a los buenos, y la pena a los malos. También los llama Ángeles, por ser Nuncios de Dios, según el Profeta:

Annuntiaverunt opera Dei, etc.

Y aquellos siete Ángeles que en el Apocalipsi cantan con las siete trompetas, significan los mismos Predicadores en los siete estados de la Iglesia, comprehendidos en las palabras de su predicación, como en aquel lugar expone con agudeza Hugo Cardenal. Son asimismo ilustres, en razón de ser su oficio Apostólico, y ordenado por Cristo, cuando dijo:

Id y predicad el Evangelio por todo el universo a toda criatura.

Antes (para su mayor dignidad y grandeza) fue oficio del mismo Cristo Redentor Nuestro, que le ejerció en el mundo con la gravedad y perfeción que convenía al sujeto y ministerio. Para predicar éstos dignamente, han menester tres cosas principales, caridad ardiente, vida ejemplar, y ciencia de muchas cosas bien fundada. Queriendo apuntar estas tres, dijo Cristo Nuestro Bien en favor de San Juan Baptista luz de los predicadores:

Era aquél candela encendida y luciente.

Donde se llama candela, por el conocimiento de la divina ley que tenía infusa. Y por eso:

Tu palabra es luz de mis pasos.

Encendida, por su singular caridad, luciente, por su honesta conversación; en que cumplió el precepto de Cristo:

Sic luceat lux vestra, etc.

Debe pues el predicador predicar sobre todo por caridad, no por remuneración. Mas no por eso quiero negar deje de ser digno de premio cualquier obrero: porque también San Pablo protesta,

no se impida la boca del buey trabajador.

Lo mismo San Gerónimo cuando dice:

Es género de condenación, negar lo necesario a los varones Apostólicos y predicadores:

verdad que también confirma el Derecho Canónico. Por el consiguiente ha de predicar, sólo por hacer fruto en las almas, no por deseo de opinión. Así (según San Gregorio) debe el que profesare espíritu, poner particular cuidado, en no desvanecerse con lo que rectamente dijere. Y añade el mismo santo, que aunque se deba guardar de no hacer sermón nacido de arrogancia y vanagloria; si movido de buena intención mientras predica, le acometiere algún desvanecimiento, no debe desamparar lo que tiene entre manos; porque como está escrito:

Nunca siembra el que repara en vientos.

Y tráese el ejemplo de San Bernardo, que tentado de vanagloria mientras predicaba, dijo en su corazón:

No lo comencé por ti, ni por ti lo dejaré.

Y así con justa causa decía el Profeta al Señor:

Inspirad a vuestro siervo palabras nacidas de vuestro temor.

Y el Apóstol S. Pablo:

El que se gloria, glóriese en el Señor.

No es bueno, no es aprobado, el que se ensalza a sí propio, sino aquel a quien Dios hace virtuoso y bueno. Con todo eso, dada la primera gloria a Dios puede el Predicador apetecer la gloria que suele acompañar a la virtud. Así Marco Tulio dijo:

No se debe seguir lo bueno por ocasión de ser alabado: mas si a lo bien hecho se sigue loa dóblase la voluntad para apetecerlo y continuarlo.

Y anduvo acertado Ovidio cuando celebró la gloria que nace de la virtud, con estos versos:

Excitat auditor studium laudataque virtus
crescit, et immensum gloria calcar habet.

Y añadió el mismo Tulio:

El honor alimenta las artes; y la opinión y gloria son causa de encenderse en los estudios.

Y aunque el Predicador no haga fruto, no se debe entristecer, ni perder de ánimo; que como dice el Apóstol, recebirá el premio según el trabajo. Debe asimismo ser ejemplar en la conversación tocando el dicho del Ecclesiástico:

Pareció sol resplandeciente en el templo de Dios.

Simaco Papa dice:

Sólo aquel ejerce dignamente el oficio de amonestador, que con sus acciones virtuosas condena las faltas ajenas, descubriendo el amor que le mueve con la sinceridad de su plática.

Y como dice S. Juan Crisóstomo:

Viviendo bien, y hablando bien, instruyes al pueblo cómo deba vivir: mas enseñando bien, y viviendo mal, adviertes a Dios en qué forma te deba castigar.

Y S. Gregorio dice:

Es fuerza se menosprecie la predicación de aquel, cuya vida se tiene en poco.

Mas el Real Profeta al Predicador que hace lo contrario de lo que predica, recita las siguientes palabras del Señor, ásperas por estremo:

Dijo Dios al pecador: ¿Por qué haces ostentación de mi justicia, y tomas mi palabra en tu boca? Tú aborreciste la enseñanza y virtud, y prevaricaste mis documentos: fuiste a medias con el ladrón y adúltero: tu boca abundó de malicias, y tu lengua predicaba indecencias.

Y el Apóstol dice:

Tú que enseñando a otros no te enseñas a ti: tú que en el púlpito abominas el robo y después le sigues.

Y Nuestro Señor los arguye con aspereza en el Evangelio diciendo:

Decid generación de víboras ¿cómo podéis hablar bien, si sois malos?

Y de nuevo dice:

Hipócrita quita primero la viga de tus ojos, y después quitarás la paja de los tu prójimo.

De aquí es haber difinido Catón sabiamente al Orador, diciendo ser varón bueno y platico en decir y obrar. Marco Tulio dijo, era la cabeza y principio de la oratoria enseñar lo mismo que se obraba.

Así que es necesario sea el Predicador de buena vida, de verdadera y no aparente virtud, como son los hipócritas, de quien nos aparta el Señor cuando dice:

> *Guardaos de los falsos Profetas, que bien a vos con vestiduras de ovejas, y dentro son lobos robadores: por los frutos los conoceréis.*

Gregorio Nacianceno dice a semejante propósito:

> *Conviene limpiarse a sí antes de limpiar a otros, hacerse primero sabio, y luego comunicar su sabiduría a los demás: volverse luz para comunicar resplandores: llegarse a Dios para hacer que otros se lleguen.*

También se requiere en el predicador ciencia bien fundada y casi universal, por eso dice S. Pedro:

> *Prevenios para dar cuenta a cualquier Potentado, de la fe y esperanza que asiste en vosotros.*

Y por esta causa exhorta S. Pablo a Timoteo, que atienda a la lección, exhortación y dotrina. En figura desto partió Nuestro Señor primero los cinco panes, que significan los cinco libros de la ley Mosaica, y después los dio a los Apóstoles para que los distribuyesen entre la turba. Toca al mismo el conocimiento de la Teología Escolástica, y dotrina escritural de los santos Padres, y saber las constituciones de los Sumos Pontífices, las determinaciones de los Sacros Concilios, la Filosofía, Lógica, Retórica, y Poética. Porque cuanto más fuere instruido, y ejercitado en las ciencias y artes liberales, en el conocimiento universal de las cosas del mundo, y en especial de los vicios del pueblo; tanto más parecerá en el púlpito hábil y consumado. Su materia propia y principal es la sagrada Escritura (como dice San Antonino) y si tal vez quisiere introducir para prueba de conclusiones escriturales, los Doctores Étnicos, Históricos, y Filósofos Gentiles, no se debe tachar del todo (dice el mismo santo) porque también el Apóstol en sus epístolas y predicaciones, se sirvió de tales cosas. Y Clemente Papa dice en semejante ocasión:

> *Después que el predicador hubiere recibido de las divinas letras, la forma y regla de la caridad y verdad, no será absurdo valerse también de aquella erudición común, y liberales estudios, que por ventura habrá aprendido en la puericia, para confirmación de la verdad; mas de tal modo que la siga siempre, y se aparte de todo aquello que fuere falso y fingido.*

Mas querer precisamente llegar el sermón de Filosofía, de Astrología, y de otras ciencias semejantes, es cosa del todo indigna, porque la esclava no se debe anteponer a la Reina, de quien está escrito:

> *Asistió la Reina a tu mano derecha, con un vestido recamado de oro, cercada de variedad y hermosura*.

A este propósito dice San Agustín:

> *Lo que de verdad hubieren dicho la Sibila, Orfeo, y otros Poetas, y Filósofos, podrá servir para convencer la vanidad de los paganos; mas no para abrazar su autoridad*.

Por tanto Gregorio (como se halla en el Decreto) reprehende a cierto Obispo, que predicaba al pueblo la Gramática, concluyendo, con que no se admiten, ni caben bien en una boca, las alabanzas de Cristo y las de Júpiter. Donde la Glosa dice, recitaba el tal Obispo las fábulas de los Poetas, y las moralizaba. Esto no conviene, como tampoco que se prediquen cosas apócrifas, y no auténticas. Y así Santo Tomás en cierta Epístola arguyó con modestia, a uno que había predicado que la estrella aparecida a los Magos, tenía forma de un niño pequeño, y que la Virgen meditaba siete veces cada día la Pasión de Cristo, no faltando infinitas cosas que decir en la Escritura, sin divertirse con fábulas inciertas y no conocidas. Débese guardar el predicador principalmente de decir cosas falsas en el sermón, y en particular en las cosas tocantes a la Fe, y pertenecientes a los vicios, y a las virtudes, por no hacer sospechoso todo su sermón, y dar ocasión de que le juzguen por ignorante y malicioso. También se debe guardar grandemente de la blandura en las cosas que merecen severa reprehensión. Debe asimismo huir mucho de la jatancia, y ostentación, por no hacerse digno de menosprecio con los doctos, y bien entendidos; porque éstos al instante perciben el valor del sujeto, y reconocen hace junta de cosas, para que sirva sólo de aparencia, y no de mostrar que sabe con fundamento. El buen predicador no ha de reprehender sin modestia a las personas supremas, por no provocar el pueblo a escándalo y alboroto, porque de aquel acto antes procedería daño que provecho. No debe amar las competencias con los otros predicadores; porque siempre de tales contiendas nacen cismas entre los oyentes, y sirve sólo de turbar la paz popular. Procure no ser demasiado largo, no enfade con la prolijidad. También la exquisita brevedad (dice San Gerónimo) destronca y mal logra el deseo de los curiosos. Deseche la demasiada velocidad en el decir, así como la tardanza: porque según Séneca,

La pronunciación debe ser compuesta como la vida, donde ninguna cosa se halla bien ordenada con precipitación.

Es también reprehensible la copia de infinitas alegaciones, y la de muchas divisiones; porque ni el oyente puede encomendar lo que escuchar a la memoria, ni el mismo predicador puede huir la nota de ostentación. Es necesario evitar las palabras ociosas y vanas, por no parecer ligero. San Gerónimo dice:

Buen predicador es que el que provoca al pueblo antes a tristeza que a risa.

No ha de predicar siempre la misma materia en todas partes, sino sujeto diverso a diversos, midiéndose con la diversidad de las condiciones, costumbres, y estados. A este propósito dice San Gerónimo del Apóstol:

Éste a imitación de médico perito, no quiere sanar con un colirio los ojos de todos, sino que va curando las heridas de cada Iglesia particular.

En suma, al mismo pertenece no predicar a idiotas, y simples cosas sutiles; no proponer a doctos cosas vulgares, no engrandecer las cosas ligeras como algunos, no inducir desesperación en los pecadores con la ira de Dios, ni tampoco hacerlos confiados con la misericordia, no predicarles cosas nuevas, y caprichos de su cabeza; no ser abundante en su sentido para exponer la sagrada Escritura; argüir los defetos públicos como conviene, celebrar las verdades, según el lugar y el tiempo: y en todas las cosas procurar el fruto de las almas, teniendo sólo esto por blanco principal. Las partes sobre todo que desean Cicerón, y Quintiliano en un famoso orador, se requieren también en el predicador; esto es, naturaleza, arte, imitación, ejercicio, y memoria. Naturaleza, porque como dice Horacio:

Tu nihil invita facies, dicesve, Minerva.

Es bien verdad que no ha de perder el ánimo; aunque al parecer no la tenga. Porque no hay cosa en la aparencia tan difícil, a quien no deje de vencer el estudio y continuación. Y si la picaza, si el papagayo y otros pájaros aprenden a hablar; ¿por qué no aprenderá el hombre, teniéndolo proprio por naturaleza, ayudándolo la divina gracia, y el estudio con su continuo ejercicio? Demóstenes nos sirve de ejemplo, pues con ejercicio emendó, y reformó su lengua, que era en el pronunciar algunas cosas tartamuda, gruesa y repugnante. Requiérese el arte: porque si bien dice Séneca,

no deleiten sino aprovechen nuestras palabras;

si bien en S. Mateo maldijo Nuestro Señor la higuera que tenía hojas y no fruto: si bien San Pablo escribe:

> *Mi palabra, mi predicación no tiene puestas sus fuerzas en la persuasión de la humana sabiduría, sino en la demostración de espíritu y virtud*:

y poco después añade:

> *Nosotros no disponemos las cosas con el espíritu deste mundo, sino con el de Dios, para que sepamos lo que el mismo Señor nos concedió; y esto no lo expresamos con las doctas palabras de la humana sabiduría, sino con la doctrina del espíritu*, etc.,

si bien digo se opone todo esto en razón de que no debe el Predicador darse todo a las flores de la elocuencia, y dejar por el deleite del auditorio el provecho de las almas: ninguno negará se requiere en el sermón singular artificio; y así si se mira bien, tal fue el del mismo Apóstol. Así lo afirma S. Gerónimo escribiendo a Pamaquio y Océano sobre su ilustre y preclara arte en el predicar, donde dice:

> *Trataré del Apóstol Pablo, a quien todas las veces que leo, no me parece oír palabras sino truenos. Leed sus epístolas, y en particular las que envío a los Romanos, a los Gálatas, a los Efesios: todo está puesto en contienda, en sus alegaciones descubriréis cuánto se aprovecha del Testamento Viejo. ¡Qué artificioso! ¡Qué prudente! ¡Con qué disimulación procede! Parecen sus palabras simples, y casi como de hombre inocente y rústico, que ignora hacer y evitar asechanzas: pero en cualquiera parte que las miréis, rayos son: insiste en la causa: cumple en todo lo que toca: vuelve el rostro para esperar: finge fuga para oprimir*.

Y aunque S. Pablo no quiso confesar de sí estas circunstancias, antes como vaso de sabiduría y humildad quería edificar a los Corintios, y confirmarlos con su divina doctrina, mostrándoles que enseñaba más con el espíritu, que con la palabra; y más con la caridad de Dios vivificadora, que con la ciencia del mundo persuasoria: deseo saber, ¿qué arte no muestra el mismo en aquella defensa que hace de Festo, y del Rey Agripa; cuando procuraban los Judíos fuese condenado? ¿Por cuántos caminos procura captar la benevolencia de los jueces? ¿Con cuánta prudencia, agrado y modestia se defiende de todos? ¿Qué colores, qué artificios no usa? ¿Qué argumentos no trae para prueba de su inocencia? ¿Qué arte le falta en sus descargos? Así quien no poseyere un artificioso decir, ¿qué espera conseguir de bueno? ¿Qué cosa sin él persuadirá al auditorio, que no resulte en enfado del uno, y en menosprecio del otro? ¿Qué exordio, qué narración, qué

confirmación, qué confutación, qué conclusión, qué epílogo podrá hacer que sea bueno? ¿Quién podrá jamás aplicar el oído a sujeto tan incapaz, que no comienza bien, que prosigue mal y que peor desata y concluye?

La imitación asimismo es necesaria en el predicador, porque imitando a los varones de ingenio, y acomodándose a su modo, se hace también él ingenioso y singular. Importa sobre todo el ejercicio para la pronunciación, con quien podrá adquirir aplauso, mover a tristeza, a lágrimas, a admiración, a benevolencia, a odio, a espanto, según lo que se ofreciere. Ésta es aquella por quien preguntado tres veces Demóstenes, qué cosa más esencial se requería en el orador, respondió otras tres que la pronunciación. Con ésta movió Cicerón tanto el ánimo de César, que queriendo condenar a Ligario, quedó por la fuerza del decir el ardor de su ira tan templado, que tuvo piedad de su enemigo, concediendo a él la vida, y a Cicerón la palma de haber vencido su enojo. Con ésta Egesio Cirenaico (admirable orador) persuadió, y puso delante tan vivamente las miserias humanas, que provocó la voluntad de muchos a desear la muerte. Con ésta fue tan único Pisistrato en Atenas, que no obstante tuviese por contrario a Solón (varón tan insigne) fue elegido a la suma dignidad del Imperio, mediante el ímpetu del decir que con eminencia resplandeció en él. Con ésta el severo Catón fue llamado en Roma el Romano Demóstenes; pudiendo su elocuencia, lo que quiso con el pueblo. Y si el que predica tuviere tal memoria, que con facilidad discurra por el espacioso campo de la Escritura; y de las otras ciencias (siempre a propósito) no perdiendo uno de muchos lugares, no faltando apenas en una sílaba, no olvidando casi un punto, entonces se llamará con justa razón predicador famoso; porque la acción del movimiento, la fuerza, y energía, de las palabras, la gravedad en los periodos, la copia de las cosas, la abundancia de los conceptos, la facilidad de los discursos, la bondad de la dotrina, el sonoro metal de la voz, la suavidad de la lengua, el espíritu en la acción, la alteza del sujeto, el orden de la materia, el adorno gracioso, la forma apacible, la ingeniosa invención, el exceso de la memoria, la facilidad en exponer, la reprehensión levantada, el blando amonestar, el amenazar terrible, el confutar severo, el instruir fácil, el enseñar dócil, el deleitar agradable, el comover afectuoso, el fervor sumamente inflamado, hacen cumplido y perfeto a un predicador, para que sea semejante a un padre Lobo Capuchino Español, a un Fr. Francisco de Castroverde Agustino, a un Fr. Sebastián de Bricianos

Francisco, a un Don Francisco Terrones Obispo de León, a un Gerónimo Florencia de la compañía de Jesús, a un Fray Plácido de Tosantos Benito, a un Fr. Alonso de Cabrera Dominico, a un Fr. Gregorio de Pedrosa Gerónimo, a un Fr. Francisco Tamayo Mínimo, a un Fr. Hortensio Paravisino Trinitario, a un Fr. Cristóbal Duarte; a un Fr. Francisco de Jesús Jodar Carmelitas, a un Fr. Diego de Jesús Salablanca del mismo orden, Descalzo, a un Fr. Angel Manrique Cisterciense, a un Fr. Ambrosio Machín Mercenario, y a otros muchos antiguos modernos, gloria de sus religiones, y luces de elocuencia y doctrina.

Anotación sobre el III discurso.

Hablan doctamente de la religión Agustín Esteuco en el lib. 10 *de Perenni Philosophia*: donde al cap. 3 declara cuál sea la verdadera religión, y en el cap. 12 de qué partes consta. En el capítulo 2 trata de los grados de la religión, y en el cap. 1 del mal que se sigue cuando el mundo disminuye, o quita las fuerzas de la misma, y Juan Francisco Pico Mirandulano lib. 1 de *Praenotione*, hablando deste sujeto, en el 9 y 10 cap. muestra de dónde se derive el nombre de religión, cuál sea la verdadera, y qué objeto el suyo.

Muchas cosas tocantes a la religión, apunta Iamblico en su libro de los misterios, y mucho más Lactancio Firmiano en un libro entero que hace de religión. Gallarda difinición de las religiones trae Alberto Magno, en el libro de la Naturaleza y origen del alma, al tratado 2. Y así en el 5 de la Ética, al tratado 3, capítulo 3. Celio Rodigino, lib. 5 de sus antiguas lecciones, c. 39, declara, de dónde hayan procedido todas las falsas y supersticiosas religiones, poniendo sus fundamentos en la Astrología. Cuanto a los Prelados, subditos, y religiosos véase el oratorio de religiosos del Obispo Don Antonio de Guevara, que trata por estremo dellos. Del gobierno temporal: léase a Navarro sobre el cap. Ne dicatis, el cual es totalmente contrario a las prelaturas perpetuas de algunos religiosos.

De las ceremonias civiles, hay una cumplida anotación en Julio Barbarana en la primera parte de su oficina, al tit. 9, y de la misma habla Alejandro de Alejandro, en el 2 de sus días Geniales, cap. 19. De las que se llaman Ceremonias sagradas, trata en la anotación de *Ritibus sacris*, el Barbarana. De las Ceremonias de la Misa, hizo una junta Juan Garecio Misagense confesor: y asimismo Miguel Timoteo Gatiense.

De las órdenes de las religiones, léase a Juan Lucido, y el Catálogo del Casaneo: fuera de lo que se saca del suplemento de las Crónicas de San Antonio, de Vicencio Balvacense, de Rafael Volaterrano, y de otros muchos.

A las órdenes de caballeros, se añadió de nuevo otra de S. Francisco, instituida por Sixto V. Del orden Ecuestre, acerca de los Romanos, trata Alejandro de Alejandro, lib. 2 de sus días Geniales, capitu. 29, y Juan Rufino en el de sus antigüedades Romanas al cap. 17.

Cuanto a los predicadores, quien quisiere notar cosas curiosas, y más dilatadas, lea las Retóricas Ecclesiásticas del Cardenal Valerio, y de Fr. Luis de Granada, junto con la obra de Fr. Lucas Valón, que todos enseñan copiosamente las partes que debe tener. Puédese ver asimismo el tratado de Panigarola. Mas sobre todo, no se aparte el predicador de la Retórica de Guillelmo Parisiense, cuyas famosas obras tiene el olvido indignamente sepultadas.

De los Gramáticos, y Maestros de muchas obras. Discurso IV.

MUCHOS procediendo con rigor contra los Gramáticos, así antiguos como modernos, quisieron (fundados en su parecer) menoscabar sus humildes principios, y tiernos fundamentos, respeto de que ocupándose en menudencias de letras, sílabas, dicciones, y cosas semejantes, parece se hacían indignos de alabanza, y de toda especie de honor.

A esto se junta lo que refiere Suetonio, haber sido los Gramáticos, tiempos atrás, menospreciados, y tenidos en poca consideración. No advirtieron éstos, ser muchas cosas cuanto más pequeñas, tanto más raras, y que las personas de entendimiento las juzgan de más estima. ¿Hay cosa más pequeña (dice el Beroaldo) que el carbunclo, cosa más limitada que el diamante; o más breve y mínima que el jacinto? Y con todo eso no hay piedra que les iguale en precio y valor. Escribe Homero haber sido Tideo de pequeña estatura, mas de grande ánimo y terribles fuerzas. Por eso Virgilio dijo:

Utilior Tideus, qui si quid credis Homero,
ingenio pugnax, corpore parvus erat.

Y Papino dijo con no menos verdad que agudeza:

Maior in exiguo regnabat corpore virtus.

En los Proverbios se dice, ser cuatro cosas en la tierra mínimas, que muestran ser de mayor cordura que las otras. La hormiga que prepara de las mieses su manjar; la liebre que pone su cama en la tierra; la langosta que va en tropas, sin Rey ni cabeza, y la tarántula que anda con las manos, y habita en palacios de Reyes. No conviene según esto hacer burla de los Gramáticos, aunque sus fundamentos sean débiles; porque contienen en sí una máquina por estremo alta y sublime. Quintiliano dijo:

> *Ninguno pues haga poca estimación de la Gramática como de cosa pequeña, porque en lo interior contiene sutileza de muchas cosas buenas, no sólo para adelgazar los ingenios de los muchachos, sino también para ejercitarlos en altísima erudición y ciencia*.

Y Cornelio Nepos,

El Gramático (dice) *es el que con que agudeza, diligencia y ciencia sabe hablar y escribir*.

¿Fue por ventura poco trabajo el de la invención, aunque breve de los caracteres, pudiéndose con tan pequeño número de letras, explicar la infinidad de los conceptos humanos? Pregunto, ¿que invidioso habrá que no celebre sumamente a Dionisio Licinio Romano, que mereció por haber sido inventor de las sílabas Latinas, le dedicasen estatua en Campidolio? ¿Qué es la Gramática, sino una ciencia, que abierta se abren todas las demás; y estando cerrada, lo están también las otras? Según Isidoro, y Francisco Patricio, ¿no es el fundamento de todas las ciencias y artes liberales? ¿Por qué ordenaron los antiguos Romanos públicos estipendios y salarios a los Gramáticos, haciendo por su causa un edicto, para que enseñasen hasta en las esquinas de las calles, sino por darles el merecido premio? ¿Por qué con tanto cuidado se eligen preceptores de Gramática que sean eminentes en letras, y virtuosos en costumbres, sino a fin de honrarlos? ¿Por qué forma Quintiliano aquellas ínclitas alabanzas de la Gramática, afirmando ser necesaria a los muchachos, agradable a los mayores, dulce compañera de secretos; y la que en todo género de estudios tiene más de trabajo que de ostentación, sino por la misma razón de ensalzar a los que la profesan? ¿Por qué está escrito en los Cánones (según las palabras de San Gerónimo) que puede bien la doctrina de los Gramáticos aprovechar a la vida, como se tome en buen uso; sino por darle título de profesión saludable? ¿Por qué la constituye Ludovico Vivaldo primera entre todas las ciencias, por orden de necesidad, sino por imprimir su grandeza en los ánimos de todos sus estudiosos? ¿Quintiliano no la intitula Ciencia de bien hablar? ¿No la acompaña con la Poesía? ¿No la hace amiga de la Historia, y de la Música en la composición de metros y rimas? ¿No la conforma con la Astrología en las descripciones Poéticas de los ortos y ocasos? ¿No la hace familiar de la Filosofía que en versos Griegos trató Empédocles, y en Latinos Varrón, y Lucrecio? ¿Cuán loado es Prometeo, que fue entre los Griegos el primer inventor de tanta sabiduría? ¿Cuánto lo fue Crates Milota, a quien envió Átalo al Senado de Roma (entre la segunda y tercera guerra Africana) porque llevase tan precioso don a la primera ciudad y Reina del mundo? ¿Cuán celebrados son el Comendador Griego, Juan Latino, el Maestro Francisco Sánchez de las Brozas, el Maestro Martínez Portugués, Ludovico Dolce, Pedro Bembo, Julio Camilo, y otros que con eminencia florecieron en el arte de hablar? ¿Cuán

encarecido es aquel gran Carlo, que halló la Gramática Tudesca, y puso nombres nuevos a los meses, y a los vientos? ¿Cuán loados fueron sus insignes profesores, como Aristarco Alejandrino, que compuso más de mil tomos, y Didimo que escribió más de cuatro mil, Valerio Catón, que enseñó en Roma con tanto aplauso gobernando Sila, Verrio Flaco Maestro de los sobrinos de Augusto, que mereció una estatua, por la benignidad del modo de su enseñanza, Cayo Meliso Espoletino, a quien por su ingenio dio libertad Mecenas, Nicia que adquirió la gracia de Pompeo, y Cicerón? No se nombran sin alabanza aquellas prudentes amas, y madres que siguieron el precepto de Crisipo, enseñando a sus niños el arte de bien hablar, como Cornelia madre de los Gracos, maestra de cuanta elocuencia resplandeció en ellos; Aurelia madre de César; Atia madre de Augusto; Istrina que enseñó la lengua Griega a Silo hijo de Arifite Rey de Scitia. No pierden su debida loa los Maestros o ayos, que con acciones compuestas, y costumbres políticas enseñaron a los niños; como Crasicio, que crió al hijo de Marco Antonio; Fileta Coo, que tuvo a cargo a Ptolomeo Filadelfo, Volcacio que crió a Octavio Augusto, Cenodoro Efesio, que crió los hijos del primer Ptolomeo, sin otros muchos. Merecen pues sumo honor los Gramáticos, porque tratan de explicar cuanto tenemos en el ánimo con palabras propias, como Elio Meliso, que enseña escribir con apuntación, como Nicanor Alejandrino, a dictar cartas, como Asinio Capitón a versificar, como Enio el Gramático, a buscar los verdaderos epítetos de las cosas, como Telefo Pergamense, a componer historias; como Apiano Alejandrino, Herodiano y Apolodoro Ateniense a hacer oraciones; como Elio Preconio a leer y a exponer; como Lucio Cicilio Epirota Asinio Polión, Heraclión Egipcio: y otros que enseñan letras, sílabas, nombres, pronombres, verbos, oraciones, preposiciones, adverbios, interjeciones, conjunciones, tiempos, casos, figuras, puntos, y cosas deste género.

Por otra parte no se qué decir de ciertos Gramaticones, que en cualquier conversación altercan con notable porfía, sobre si la Y y la Z se escriben sólo en las dicciones Griegas, o también en las Latinas; si el alma de Aristóteles se escribe *Endelechia* por *Delta*, o *Entelechia* por *Tau*, si la H es letra o nota de aspiración, si la X es necesaria o no, habiéndose dicho antiguamente con C y S *lecs*, *pacs*, como lo certifica Quintiliano: si la R merece ser admitida en el consistorio de las letras, por forzosa, si el nombre de Ulises se ha de escribir con X, o con dos SS, si son tres partes las de la oración, nombre, verbo, y conjunciones,

como quieren Aristóteles y Teodeto; o cuatro como juzgan los Estoicos, separando los artículos de las conjunciones, o muchas otras añadidas después: como preposiciones, nombres apelativos, pronombres, participios, adverbios, interjeciones, según Aristarco, y Palemón: si los pronombres son quince, según Prisciano, o más, como sienten Diómedes y Foca: si las letras se doblan, como *in causa*, con dos *ss*, y en *religio* con dos *ll*, o si se pronuncia con una sola, con otras molestas contiendas de acentos, de puntos, de ortografía, de pronunciación, de letras, y figuras, etimología, analogías, preceptos, reglas, declinaciones, modo de significar, mutaciones de casos, variedad de tiempos, de personas, de números, de varios impedimientos, y órdenes de construir. Por manera que con razón han sido despreciados estos insípidos contrastes por Luciano que hizo burla de la diferencia entre la s y la t consonantes; y por Andrés Salernitano, que describió con clara elocuencia la guerra Gramatical. Así se notan muchos dellos por demasiado importunos en muchas cosas, como Mesala que escribió de cada letra singular un libro; el Beroaldo que quiso notar a Servio de cosas mínimas y bajas; Lucilio que tachó a Beccio por haber usado voces Sabinas y otras; Asinio Polión que reprehendió a Livio, por la mezcla del hablar Paduano; Palemón que procedió contra Marco Varrón por cosas ligerísimas, Quintilio que mordió a Séneca, por haber con flacas sentencias interrumpido a menudo la gravedad de las palabras; Lorenzo Vala, que a ninguno de sus antecesores perdona. Demás, se hallaron muchos Gramáticos enfadosos por sus malas calidades, como Domiciano intratable humorista, que fue Preceptor en Roma; Orbilio, que lo fue en Benevento en tiempo de Cicerón, hombre insufrible en leer y enseñar; Renio Palemón, que se gloriaba de que habían nacido con él las letras, y de que junto con él habían de morir; Leónidas ayo de Alejandro, de quien refiere Diógenes Babilónico, haber llenado de vicios el ánimo de aquel señor mientras era niño, y el otro a quien Crates Filósofo dio de cachetes, en razón de que había enseñado ignorancia en lugar de ciencia. ¿Qué diré de las malas lenguas de algunos que notan a Platón de desordenado; a Virgilio de que desolló a Teócrito y a Homero, a Marco Tulio de haber hablado con número confuso, a Salustio de demasiado afectado, a Terencio de haber mendigando sus comedias de Labeón, y Cipión; a Macrobio de ingrato y vergonzoso ingenio; a Plinio de mentiroso; y a Ovidio de haberse agradado mucho de sí? ¿Qué diré de la temeridad con que algunos entran en juntas, donde quieren ostentar con sentencias

aprendidas de memoria, y con versos a fin de parecer Poetas: vendiéndose sobre todos por Teólogos Escriturarios, y entendiendo el sentido al revés, por ceñirse demasiado con la letra? ¿Qué diré de la prosopopeya que gastan, teniéndose por ídolos de la Gramática, cuando recitan a Peroto Cantalicio; a Dispauterio, a Agustín Dato, a Prisciano, a Juan David, a Britano, a Adám Traiectense, y a otros dogmatizantes: si bien apenas saben tal vez el *Ianua sum rudibus* del Donato? Por eso Cantalicio arguyó agudamente a Branquita Pedante, diciendo:

Dum legit in Cathedra sapiens Branchita Poetas,
allegat semper pro Cicerone Phocam.

¿Qué diré de la necia y loca gravedad pedantesca, qué del cuidado de estar siempre con su entonación, tan presumidos y tiesos, que parecen Cicerones en las Cátedras, qué del leer afectadamente, del vagar por la clase con pasos sosegados y tendidos, y del poner miedo a los muchachos con abultada voz, qué de las persuasivas para que sigan las pisadas del Prisciano, o Antonio, qué de las desórdenes que muchas veces se causan por sus defetos, qué de las negligencias en el enseñar, qué de la avaricia en pretender siempre crecimientos de salarios? ¿Qué de la simplicidad de algunos particulares, como del Pedante de Bolonia, que queriendo dar nueva de que en su tierra había muchos bandoleros, y que corría peligro no matasen algún día al Gobernador de aquella ciudad, dijo: *Yo vereor que por la copia destos exules, un día no sea necato el Antistite*? ¿Qué del que encaminando una carta a Padua, por poner en la plaza del vino, a la especiería de la Luna, escribió: *En la ciudad Antenórea, en el foro de Baco, a la Aramotería de la diosa Triforme*? ¿Qué del otro que injuriando a una Cortesana dijo: *Esta Lupa Romuela tiene siempre el ojo a los locales, ni jamás se ve con la risa Citérea, hasta que en su casa se ve omninamente saturata de su inglubie*? ¿Qué diré de aquel que saludando a un Figón, comenzó con *Ave Pincerna deifico: salve maestro de condimentos lautísimos;* Dii te adiuvent*, sagrario de todos los férculos opíparos*? ¿Qué del que preguntando a un viandante por el camino de Roma, dijo: *Dime delegante viator,¿cuál es el itínere Germano de pervenir a la ciudad de Rómulo*? Y en fin ¿qué diré de aquel bachillerito, que deseando una vez se desayunasen con guindas ciertos amigos suyos, dijo airosamente: *Ea mis señores* cito cito, guindiculae ad sunt*; tomen* ad decapitandam choleram*: porque pretendo scindirla simul con vuesas mercedes*? Estos disparates y latines corrompidos solicitan muchas veces menosprecio general contra todos los que se apropian el título

de Gramáticos, provocando risa y gusto en los que consideran su afectada acción y lenguaje viciado.

Mas esto aparte; dos géneros de Gramática, ponen Amonio sobre Porfirio; y Simplicio sobre la Física. El uno dice:

> *Ocúpase la Gramática en la noticia de las más cosas que tratan los Poetas, y otros Escritores*.

El otro;

> *Gramática es saber la confusión de las mismas veinte y tres letras.*

Alberto Magno, expone sea el oficio de la Gramática, considerar y advertir la variación de voces, en la forma que se han de entender, y en particular, si son simples o compuestas, procurando explicar la significación de cualquiera dellas, y por qué razón es antes una que otra.

Fue su autor cierto *Teuth* según Platón. Divídese (según Dionisio y Taurisco) en artificial, histórica, y propia. La artificial es aquella en que se dan reglas de elementos, letras, partes, oraciones, y ortografía. La histórica es condenada, y juzgada por instable, tratando de las cosas humanas, de las divinas, de las heroicas, de las personas, de los lugares; y de otras cosas. La propia es la que se ocupa entre Historiadores y Poetas: tocando a los Gramáticos saber el antiguo y moderno modo de escribir.

Últimamente dice en su alabanza el agudo Ángelo Policiano:

> *Las partes del Gramático consisten en revolver y declarar todo género de Escritores, Poetas, Históricos, Oradores, Filósofos, Médicos, y Legistas. Nuestro siglo poco docto, en la antigüedad redujo estos profesores a corta esfera: mas tanta fue su autoridad entre los antiguos, que ellos solamente fueron censores y jueces de todas las obras, por cuya causa los llamaban también Críticos*.

Anotación sobre el IV discurso.

Por lo que toca a los diptongos antiguos que llegan a siete, se podrá ver la nota de Ángelo Policiano en sus Misceláneas capítulo cuarenta y tres, y en su Panepistemón una distinción de la Gramática curiosa, y más difusa que la de arriba. Cuanto a la enseñanza de los maestros, véase la primera epístola de Celio Calcañino, escrita a Bartolomé Richio libro doce. A este propósito pone muchas cosas Plutarco en el libro, *de institutione puerorum*: y lo mismo Marco Varrón en el tratado *de Pueris educandis*. Para este intento introduce Plauto en la comedia

de los Béquidos a Lido Pedante, porque refiera la antigua institución de los Griegos acerca de los muchachos, coligiéndose no pequeño fruto para la instrución de los mismos. Las guerras, o pleitos de los Gramáticos por ciertas menudencias, se sacan de muchos autores: mas una gresca particular, tocante a los verbos, *Invenio, et Reperio*, se lee en Alejandro de Alejandro, libro primero de sus Días geniales. Manlio propone lo que se debe enseñar a los estudiosos de Gramática en aquellos versos:

Ut rudibus pueris monstratur litera primum
per faciem nomenque suum, componitur usus;
tunc coniuncta suis formatur syllaba nodis,
his verbis structura venit per verba ligandi;
tunc rerum vires, atque artis traditur usus:
perque pedes proprios nascentia carmina surgunt,
singulaque in summa prodest didicisse priora.

De los Doctores de Leyes, o Jurisconsultos. Discurso V.

LAS leyes tuvieron varios autores. Sin la divina, que fue dada por Dios, y escrita por Moisén a los Hebreos, se lee haber Cecrope instituido leyes humanas para los Egipcios. Foroneo fue el primero que las ordenó a los Griegos, según Isidoro, si bien se dice las había dado antes Ceres a los hombres, según el parecer de Pomponio Leto, y de Virgilio que dice:

Prima dedit leges; Cereris sunt omnia munus.

Mercurio Trimegisto las dio a los Egipcios: después Dracón, y Solón a los Atenienses; Licurgo a los Lacedemonios: y fue Palamedes el primero que hizo leyes Militares para juzgar los ejércitos. Cuenta Valerio Máximo, haber sido Minos quien las instituyó a los Cretenses; Filolao, a los Tebanos según Volterrano: Apolo, a los Arcades según Marco Tulio: Zoroastes, según Celio, a los Batrianos, Platón a los Magnesios según el mismo: Decaulión a los Delfos, según Ovidio, de quien dice:

Non illo melior quisquam, et amantior aequi
vir fuit, etc.

Saturno a los Italos, según Virgilio en aquellos versos:

Et genus indocile ac dispersum montibus altis
composuit, legesque dedit, Latiumque vocari
maluit.

Otros autores quieren las diesen los Magos a los Persas; los Druidas a los Galos; Seleuco a los Locresios; Hipodamo a los Milesios; los Gimnosofistas a los Indios del Oriente; Belos a los Caldeos; Eaco a Egina; Fidón a los Corintios; Zamolsio a los Scitas; Carondas y Faleas a los Cartagineses; Rómulo y Numa a los Romanos; atribuyendo casi todos (para su mayor crédito) el origen de las mismas a los dioses. De modo, que Zoroastes dijo haberlas recebido de Oromaso; Trimegisto de Mercurio; Carondas de Saturno; Dracón y Solón de Minerva; Zamolsio de Vesta; Platón de Apolo; Minos de Júpiter; Numa Pompilio de la Ninfa Egeria. Por eso fueron las leyes tan ilustradas en la genealogía. Aunque todos éstos (como

dice Marsilio Ficino) fueron imitando a Moisén, que verdaderamente recibió las leyes por la mano de Dios; no así ellos; si bien con luz particular que el mismo Dios les comunicó, informaron a los pueblos de leyes sabias y prudentes, cuanto la humana ciencia puede permitir. Platón dijo al descubierto, que no podían ser las leyes constituidas sin la luz de Dios. Y el mismo en su Protágoras afirma, proceder todas las artes humanas de Prometeo; esto es de la humana providencia; mas que la ley venía solamente de Júpiter, traída por Mercurio; esto es de Dios, por medio del Ángel. Lo mismo dijo Demóstenes en aquella sentencia:

Toda ley es invención y don de Dios.

Y Marco Tulio apuntó, ser la ley una razón recta y ilustrada por el cielo. Esto mismo certifican los Emperadores en el Código: y en los sagrados Cánones se halla escrito ser las leyes promulgadas divinamente por las bocas de los príncipes. También confirma esto aquel lugar de los Proverbios:

Por mí reinan los Reyes, y los legisladores determinan las cosas justas.

Y no sin misterio dice Marsilio Ficino, haber sido atribuidas en especial las leyes de Minos a Júpiter; las de Licurgo a Apolo; las de Solón a Palas: porque tocaron en esto las tres personas, y sus atributos que por Fe confesamos los Cristianos; esto es, la potencia entendida por Júpiter supremo entre los dioses; la sabiduría a quien alude Palas, y la bondad significada por Apolo: la cual es tan grande y dilatada, que

Solem suum oriri facit super bonos et malos.

En favor de las leyes hablan todos los Autores doctos, y en especial Aristóteles, diciendo ser las leyes la vida y alma de las ciudades, porque así como un cuerpo no puede vivir sin ella; así las ciudades no se pueden conservar sin leyes: antes como dice Macrobio, ni aun una pequeña comunidad puede permanecer sin las mismas. Y en la Política dice el Filósofo:

Así como el mejor de los animales, es el hombre regido con ley; así el peor de todos es el mismo separado de leyes, y justicia.

Y en el libro de los secretos muestra ser la destruición de las leyes, ruina de las ciudades diciendo, que la invidia engendra murmuración, la murmuración el aborrecimiento, el aborrecimiento la ira, la ira la repugnancia, la repugnancia la enemistad, la enemistad

la guerra, la guerra la quiebra de las leyes, y la quiebra de leyes la ruina de las Repúblicas. Así dijo Jenofonte, ser conveniente la ley a cualquier estado, no sólo por ser útil y provechosa, sino necesaria al gobierno del alma y del cuerpo. Por eso el satírico Juvenal viendo la poca observancia de las leyes de su tiempo, exhortó a los hombres a lo contrario cuando dijo:

Repisce quid leges, quid ius, quid curia mandet.

De aquí procede haber sido tan celebrado Avicena por su Comentador Averroes, porque mezcló el estudio de las leyes, con el de la Filosofía: y así los primeros que inventaron leyes fueron puestos en el número de los dioses, para recompensarles el servicio hecho al mundo. De Licurgo dijo Apolo (acerca de Eusebio) que no sabía si se debía poner en el número de los hombres, o en el de los dioses. Nino dedicó a Belo una estatua, como a sagrada deidad. Virgilio constituye a Minos juez del infierno en aquel verso:

Quaesitorque Minos, culpas et crimina discit.

Solón fue llamado por los Atenienses Júpiter, por el gran provecho que causó con las leyes. Apis legislador de los Egipcios, fue por esta causa nombrado, Serapis, casi como el mayor de los dioses: y por la misma, hicieron sacrificio a Platón todos los Magos que estaban en Atenas. Por el consiguiente fue juzgado, que tenían todos éstos no sé qué de divinidad, por haber con las leyes ordenado a los pueblos, y dádoles reglas y preceptos de vivir honesta y justamente. Marco Tulio, con elegante encomio celebró la ley diciendo: ser el vínculo de la ciudad, el fundamento de la libertad, la fuente de la justicia, entendimiento, ánimo, consejo, y sentencia; y que como nuestros cuerpos no pueden estar bien sin entendimiento, así la ciudad se halla defectuosa sin ley. Y a la verdad, ¿quién enfrena los pueblos desenfrenados sino las leyes? ¿Quién sino las mismas raporta la loca y desbaratada juventud? ¿Quién sino ellas reprimen los rebeldes y sediciosos? ¿Quién castiga los ladrones? ¿Quién detiene los homicidios? ¿Quién quita las disensiones, quién prohíbe los escándalos, quién veda los ruidos? ¿Quién ofrece verdadera quietud a todos, sino la ley y el derecho? ¿De qué manera se apartan los males, de qué forma se introducen los bienes, sino por su medio? ¿Cómo se puede acudir a los monasterios, socorrer a los afligidos, ayudar a los desamparados, defender a los pupilos, conservar a los huérfanos, amparar a las viudas, librar a los opresos, asegurar a los tímidos, y dar lo que es suyo a cada uno, sino por las leyes? ¿Qué serían los

Reinos, y los Imperios sin ley, sino albergues de salteadores, cuevas de ladrones, sillas de robos, habitaciones de asechanzas y traiciones, donde la Fe y la justicia, serían por todas partes tiranizadas? Con el imperio de las leyes se observan los decretos de los padres, la justicia halla lugar, la razón no se turba, la innocencia está segura entre los malos, la osadía de los atrevidos es atropellada, pónese freno al poder de los soberbios, es reconocida la humildad de los pobres, es abrazada la caridad, es favorecida la virtud y estímase sumamente el honor. Ésta es el ornamento de todos los Reinos el singular presidio de todos los estados, el privilegio de la fidelidad, la prerrogativa de la seguridad, la salud de los dominios, la vida de las Repúblicas. Ésta es la paz de los súbditos, la defensa de los míseros, la humanidad de la plebe, el alimento de las gentes, el gozo de los hombres, el cuidado de los descaecidos, la templanza del aire, la serenidad del mar, la fecundidad de la tierra, y la bienaventuranza del cielo. Por eso dice Aristóteles en su alabanza:

> *La justicia del que gobierna es más provechosa al súbdito, que la fertilidad al labrador, más dulce al pobre que el consuelo, más suave al hijo que la herencia del mayorazgo.*

Mas por llegar a lo más particular, las leyes Civiles o Imperiales, de quien ahora es nuestro intento discurrir, tuvieron origen (según el parecer de todos) en esta forma: Rómulo fue el primero que dio leyes a los Romanos, las cuales fueron llamadas Curiatas. Dio tras él Numa Pompilio las leyes de las religiones, instituyendo el culto de los ídolos con mayor cuidado y observancia que antes había. Después Tulio Hostilio aumentó las leyes Romanas; luego Anicio Marcio, tras él Tarquino Prisco, después Tulio Servilio, y Tarquino Superbo: cuyas leyes fueron escritas en los libros por Sexto Papinio, y por esto se llamó la razón Papiniana. Mas desechados los Reyes, se vinieron a perder éstas, sin que se hiciese más caso de su tenor, y el pueblo Romano estuvo veinte años rigiéndose antes por costumbres que por leyes. Al fin sucedió el enviar diez Embajadores a Atenas de Esparta, a efeto de recebir las leyes de Solón; mas los Griegos no se las quisieron conceder hasta juzgar a los Romanos dignos dellas. Por tanto enviados Embajadores a Roma, en una disputa (notada por el Glosador Acursio sobre el Digesto) que hubo por señas entre el Sabio Legado y un loco de Roma; alzó el Griego un dedo en alto, entendiendo por él deberse venerar un solo Dios. El loco pensando quisiese en aquella forma sacarle un ojo, apuntó con dos dedos, como queriendo decir que con aquéllos le sacaría ambos los suyos: por lo

cual entendió el Sabio quisiese denotar el misterio de la Santísima Trinidad. Tras esto abrió el Legado la mano, significando ser todas las cosas patentes a Dios; y el loco creyendo le quería dar un bofetón, cerró el puño como denotando que se vengaría con un cachete. Pareció al Sabio mostrarse en aquello encerrar Dios en sí todas las cosas; y así (mediante tal suceso) fueron juzgados los Romanos dignos de las leyes de los Griegos; y habiéndoselas dado, fueron registradas en diez tablas de bronce. A éstas por cartas añadieron los diez Embajadores después otras dos; de manera que fueron por accidente llamadas las leyes de las doce tablas. Es bien verdad que Ulderico Zasio, y el Budeo en sus anotaciones dicen, ser ésta una fábula ridiculosa que inventó Acursio; y que no fueron diez, sino tres los Legados que fueron a Grecia, no obstante los nombre Isidoro diez, esto es, Apio Claudio, Tito Gemicio, Publio Sexto, Lucio Vetulio, Gayo Julio, Aulio Manlio, Publio Sulpicio, Publio Curio, Tito Romulio, y Spurio Postumio. Conseguidas estas leyes, dice Pomponio, se comenzó a desear la interpretación de los hombres prudentes, cuyas respuestas fueron comúnmente llamadas ley Civil; siendo en el mismo tiempo compuestas en el palacio formas para las acciones de la ley, a quien llaman *Legis actiones*, o *Legitimae actiones*. Después por la discordia de los plebeyos, que se retiraron al Aventino, y se formaron leyes, tuvieron origen los Plebiscitos (esto es razón de la plebe) que fueron colocados en lugar de leyes. Tras esto por la difícil congregación de los ciudadanos, y de la plebe, fue cometido al Senado el cuidado de la República: y de aquí nació aquella razón de ley que se llama *Senatus consultum*. En los mismos tiempos guardaban Derecho, y juzgaban los Magistrados y Pretores, proponiendo los Edictos, que fueron llamados *Edicta praetorum*, o *Ius honararium*, derivado de la honra que se debía al Pretor. Finalmente transferida potestad en uno solo, nació la especie de ley que es dicha principal constitución, o Plácito del Príncipe.

Pues entre los primeros que procuraron reducir estas leyes esparcidas, en un volumen, fueron Gneo Pompeo, y Gayo César; mas siendo uno y otro ocupados en las guerras civiles, y acometidos de improvisa muerte, no les pudieron aplicar la perfeción que deseaban. En tiempo de Constantino César fueron añadidas a éstas otras nueve leyes: puede ser que por haber sido juzgadas las primeras imperfetas, y faltas en alguna parte. Otras muchas hicieron los sucesores a quien (como dice Isidoro) por estar sin orden, y confusamente mezcladas, redujo Teodosio el menor que en un Codex, o volumen, que por él

fue llamado Teodosiano; hasta que Justiniano Emperador vistos los Códigos antiguos, esto es, el Gregoriano, el Hermogeniano (a cuya semejanza fue compuesto el Teodosiano) y las constituciones extravagantes, derivadas de los sucesores de Teodosio, dio el cargo de recogerlas a diez hombres de valor, que fueron Leoncio, Focas, Basilides, Tomaso, Triboniano, Constantino, Teófilo, Dioscoro, y Prenestino. Éstos recopilaron aquel volumen de leyes llamado el Código de Justiniano, así dicho *a cogendo*, según Azón, porque por el imperio de las leyes es fuerza obedecer. Acabose (como nota el Jurisconsulto Cacialupo) el año tercero del Imperio de Justiniano, en el Consulado de Decio, en los años de nuestra salud 649. Y en el mismo año a los nueve de Abril fue confirmado por él.

Después deseó el mismo recoger en uno los muchos volúmenes de las respuestas de los prudentes Jurisconsultos, que tuvieron antiquísimo origen, y que en especial contienen los dichos de Ulpiano, de Gayo, de Scévola, de Galo, y de Papiniano. Éstas estaban confusamente recogidas en el libro de las Pandectas antiguas, llamadas así de Pan, que quiere decir Totum, y de Come, que suena Capio, como que en sí lo comprehendían casi todo, conteniendo dos mil libros, que otro tiempo estuvieron en Pisa; aunque Paulo Florentino, y Cacialupo dijeron haberse hallado en su tiempo en Florencia. Fueron pues cometidas a seis hombres ilustres, Triboniano, Constantino, Teófilo, Doroteo, Atolino, y Terastino; para que juntos con otros once Abogados de las partes Orientales, conviene a saber, Esteban, Mena, Prosdócimo, Eutalino, Timoteo, Leónido, Leoncio, Plutón, Jacobo, Constantino, y Juan, recogiesen los casi inmensos volúmenes de la Jurisprudencia antigua, y los redujesen en un compendio. Hízose así; y fue por él aprobado el año octavo de su Imperio, y tercero de su Consulado, corriendo los años del Señor 654. Constó de cincuenta libros, y llamose Digesto; porque digiere todas las disputas de las leyes. Dividiose en tres partes: en Digesto viejo, dicho así, porque trata de las cosas que tuvieron origen principalmente de la ley natural, como son casi todos los contratos, que fueron introducidos por el derecho de las gentes, derivado de la razón natural, y así se suele cubrir de blanco, para significar la misma sinceridad y pureza natural; en el Infortiato nombrado en esta forma, o porque estén las leyes más fuertes, hallándose tratada en él la materia de últimas voluntades, que son sutiles, o por el vocablo Caldeo, Infortia, que suena disposición, porque se hallan dispuestas allí las últimas disposiciones: y suélese cubrir de negro, por tratar de

cosas tristes, como lo son las causas hereditarias: y en fin en el volumen que es llamado Digesto nuevo; porque tras la ley vieja de las doce tablas, explica y contiene los nuevos edictos de los Pretores, y suele cubrirse de colorado, por tratar de materias criminales, como acusaciones, homicidios, hurtos, parricidios, sacrilegios, y de las penas de sangre debidas a tales delitos. Publicados estos dos libros, dio cuidado a Triboniano, Teófilo, y Doroteo de componer algunas instituciones para la juventud, haciendo mezclar con ellas lo que el mismo Emperador había emendado por sus particulares instituciones; y éstas son llamadas vulgarmente, La Instituta de Justiniano, que se suele cubrir parte de blanco, y parte de verde, por ser sacada parte de los Digestos, y parte del Código, a quien es costumbre cubrir de verde, siendo como un verde prado, mezclado de materias civiles, criminales, y mistas. Hizo después recopilasen Triboniano, Doroteo, Mena, Constantino y Juan, un nuevo Código, respeto de algunas constituciones hechas por él mismo a quien hizo llamar el Código de Justiniano de Repetita praeelectione: porque acerca de los antiguos (como nota Ulpiano en los libros escritos a Sabino) cuando después de la primera edición se hacía la segunda; la misma la segunda era llamada Repetita praeelectio. Y esto sucedió el año diez de su Imperio, y quinto de su Consulado, corriendo los años de nuestra salud 656. Hizo también Justiniano una protesta, que si acaso en lo por venir hiciese algunas constituciones, las pondría todas en un libro, llamado de las Novelas, que comúnmente es tenido por el libro de las Auténticas, glosado por Acursio, y comentado por Jacobo de Belviso, por Bártulo y Ángelo; si bien Hirnerio, y el Placentino, niegan ser este libro de Justiniano, por no se llamar el de Novelas constituciones, según su protesta. Y tanto más que se halló uno llamado así, el cual abraza las mismas Constituciones que contienen las Auténticas, de quien hace mención la Glosa. Por otra parte el Comentador Alberico de Rosate quiere (según refiere Rafael Fulgosio) fuese sacado de aquél como de demasiado largo y prolijo el libro de las Auténticas, más compendioso y breve. Afirma Odofredo, ser hecho este libro sólo de nueve colaciones. Después Federico Menor hizo se añadiese en Bolonia por autoridad Imperial el libro de los Feudos, todas las constituciones de Federico Mayor, las del mismo Menor, y algunas leyes del Emperador Conrado, y ésta fue llamada la Décima colación. Al fin se añadió la undécima por causa de dos constituciones de Enrique VII. El primero libro pues de las leyes Civiles son los Digestos sacados de las Pandectas. El segundo es el

Código dividido nueve libros, que tratan de Iure privato, y en otros tres que tratan de Iure público; los cuales están puestos en el libro tercero de leyes llamado Volumen. Éste contiene primero las instituciones Imperiales, después estos tres últimos libros del Código (que no suelen leerse en las escuelas) tras ellos las nueve colaciones, luego los usos de los feudos, llamada la Décima. Y finalmente algunas constituciones extravagantes, dichas la Undécima colación; de cuya varia junta fue el mismo llamado Volumen; y se suele cubrir parte de verde, parte de rojo, conteniendo una parte del Código, y algunas determinaciones penales contra los transgresores. En fin las leyes comprehendidas en los nueve libros del Código, son segun la cuenta de Cacialupo 3608, el Digesto viejo contiene 2928, el Inforciato 2124, el Digesto Nuevo 2983, los tres libros del Código, mezclados en el libro del Volumen 954, que suman todas 12709. Déstas es tanta la gloria, y tanto el honor, que por todas partes son encarecidas y celebradas, diciendo Tulio:

> *Los que juzgan deberse menospreciar el Derecho, no sólo ofenden y niegan los vínculos de los juicios, sino también los de la vida y provecho común*:

respeto de que todo el cuerpo de la ley Civil, es como una torre triangular (dice Baldo) armada de tres fortísimos preceptos, que son vivir honestamente, no hacer daño, y dar a cada uno lo suyo. Por eso Crisipo Estoico dijo, ser el Derecho una ciencia de lo justo y de lo injusto; y Celso que era un arte de lo justo y de lo bueno. Papiniano Jurisconsulto le llamó un común precepto, un consulto de hombres prudentes, un freno de facinerosos, una coluna de la República, y una parte necesaria para el vivir humano. Su nobleza se comprehende por varios caminos; lo primero, por el fin que como dice Cicerón, fue hallado para la salud de los ciudadanos, para la seguridad de las ciudades, y para el sosiego, y felicidad de todas las gentes. Lo segundo, por el efeto; porque hace sean sus profesores no sólo ricos; sino también respetados de todos, y puestos en los principales gobiernos de las ciudades, provincias y reinos. Tienen asimismo ciento y treinta privilegios en su favor, de quien hace mención Alejandro en los Digestos; Ludovico Boloñino sobre la Auténtica, y el Cardenal Florentino llamado Zavarela, sobre la cuarta de las Clementinas. Lo tercero, por el objeto, porque la ley informa el alma, que lo es suyo de costumbres honestas y santas, como contra los Médicos, alega Andreas Barbacia, varón famoso en letras. Lo cuarto, por el sujeto, teniendo por suyo el de la justicia, de quien dijo

Aristóteles ser una virtud que resplandece como la estrella Diana. Lo quinto, por la virtud, porque nos vuelve obedientes y sujetos, según el verso del Psalmo:

Etenim benedictionem dabit legislator; ibunt de virtute in virtutem.

Ella sola ilustra todo el mundo, enseñando el modo de regir y gobernar. Por eso en los Cánones son llamados los Doctores rayos del sol. Sin esto es el Legista noble, por las insignias del Doctorado, que son la borla de quien (según Lucas de Pena) está adornado el Almirante del Reino de Sicilia; el anillo que se le da en señal de que verdaderamente se junta con la ciencia; la pretina dorada, para denotar que se ciñe de perfeción; la toga viril en muestra de que quiere vivir quietamente. Mas entre tantas alabanzas y honras, se hallan también algunos menoscabos; porque cuanto a las leyes, no las abrazaron todos, como se vee en los Franceses, que jamás las admitieron (según dice la Glosa) sino en cuanto se fundaban en razón: y aun la misma razón lo pide así, porque no basta lo diga la ley como nota Baldo. Los Españoles en vez de gobernar con leyes Imperiales, ordenaron tal vez en sus Reinos, fuese condenado a muerte el que las alegase, como refiere Oldraldo. Otras veces prohibieron el poder tener libros de leyes, como cuenta Juan López Jurisconsulto. Y si bien se glorian los Legistas de haber tenido insignes Letrados, así antiguos como modernos; poniendo en el Catálogo un Guarnerio (a quien Odofredo llama luz de las leyes) un Búlgaro; un Martín Placentino; un Juan Azón; un Acursio; un Rogerio, que compuso la primer Suma; un Hofredo Beneventano su discípulo; un Juan Bosiano Cremonés, Sumador de las Pandectas; un Lotario; un Jacobo de Balduino; un Odofredo; un Guillelmo de Durante, llamado el Especulador; un Jacobo de Belviso; un Dino de Mugello; un Jacobo de Arena; un Cino de Pistoia; un Bartolomé Butrigario; un Nicolás de Matareli; un Gaspar Calderino; un Reinerio de Forli; un Lapo de Castellón; un Bártulo de Sassoferrato; un Ángelo de Perusia, un Francisco de los Albergotes; un Baldo Perusino; un Francisco Tigrino; un Ricardo de Saliceto; un Pedro de Ancarrano; un Antonio de Butrio; un Juan de Ímola; un Paulo de Castro; un Ludovico Pontano; un Nelo de San Geminiano; un Jacobo Albaroto de Padua; un Nepote de Monte Albano; un Cristóforo Porcio; un Aretino. Y de los más modernos, un Decio; un Jasón; un Bossio; un Zavarela; un Curte; un Alciato; un Presidente Covarrubias; un Obispo Don Francisco Sarmiento; un Luis de Molina; un Juan García; un Menchaca; un Arias Pinelo; un Acosta; un Burgos de Paz; un Juan de

Sahagún; un Gabriel Enríquez; un Menoquio; un Rebufo; un Mantica; un Folerio; un Riminaldo; un Tiraquelo; un Bertazolo; un Espino; un Feliciano de Solís; un Pedro Barbosa; un Luis Velázquez de Avendaño: si bien digo se glorian destos, y otros infinitos profesores desta ciencia, es con todo eso mayor el número de los indoctos, de los que apenas tienen ánimo para luchar con un Parágrafo, o para acometer a dos Glosas. Dejó lo que toca a los Abogados, pues se sabe que si cercenan las bolsas a los pobres; la degüellan del todo a los ricos, oprimiendo la fuerza del justo, con el parecer más debilitado, y encareciendo sumamente la mercaduría de sus palabras, y el subsidio de sus lenguas. Dejo sus descuidos en la defensa de las causas, su flojedad en los estudios, su traspalar en las informaciones, haciéndose de contino engazadores de lo ajeno. Dejo la violencia de los Textos y Glosas; paso por adulterar del verdadero sentido, por fijar su intento donde desean valiéndose no pocas veces de alegaciones falsas, y de mentirosas alusiones. Dejó la dilación de los pleitos, y la molestia de las partes, porque siendo este mal sin algún remedio, me quiero contentar por ahora con haber apuntado el golpe a los pies, reservando para mejor ocasión, la herida de la cabeza.

Anotación sobre el V discurso.

En favor de las leyes hace Julio Barbarana una curiosa anotación en la 3 par. de su Oficina, que para esta materia será no poco provechosa. Juan Baptista Bernardo pone muchas cosas tocantes a las leyes, en su Seminario de Filosofía: y así quien tuviere aquel libro, tendrá campo bien dilatado para discurrir en tal sujeto. Celio Rodiginio encarece mucho las leyes en el libro diez de sus antiguas lecciones, cap. 19. Lo mismo Celio Calcañino en una de sus Epístolas, escrita a Mateo Macino. Quien quisiere entender en especial las excesivas alabanzas desta facultad, no se aparte de la oración del referido autor, registrada en el Catálogo de sus obras. Los nombres de los Legistas se hallan por extenso en el Catálogo del Mantua.

De los Formadores de Calendarios. Discurso VI.

DISCURRIRÉ succintamente en la materia de Calendarios, por ser hoy sus reglas tan notorias, en razón de los Breviarios Romanos, y otros oficios, que hay pocas personas en quien se pueda desear semejante noticia.

Los formadores del Calendario han de haber cuanto a lo primero, qué cosa sea tiempo que (según Aristóteles) es el número del movimiento del supremo cuerpo celeste, que llamamos primer móvil, con cuyo movimiento es arrebatado el sol de Oriente a Occidente; y de nuevo de Occidente a Oriente, donde cumple un día natural. No deben ignorar sus partes, que son muchas, como el año, que contiene doce meses, o 52 semanas y un día, o 365 días, y 6 horas casi. El mes, que contiene cuatro semanas poco más; la semana que tiene 7 días, el día que tiene 24 horas; el cuadrante que contiene 6 horas, la hora que se divide en 60 minutos; el minuto (según el parecer de los Astrónomos) en 60 segundos, el segundo en sesenta terceros, y en esta forma se puede proceder en infinito por la división sexagenaria: si bien otros tras la hora ponen el punto, que contiene diez momentos, tras el punto el momento que contiene doce onzas, tras el momento la onza, que contiene 47 átomos, y tras los átomos, el átomo indivisible. También han de saber, que el año es de tres suertes: Solar, Lunar, y Magno. El año Solar o Romano, que es llamado año natural, es el espacio de tiempo en que el sol da vuelta a los doce signos del Zodíaco, y torna al punto de donde partió; que se hace (según el cómputo del Rey Don Alonso) en 365 días, cinco horas, 49 minutos, y casi 16 segundos. El año Lunar es el espacio de tiempo, en que la Luna con su proprio movimiento, según su curso igual, cerca todo el Zodíaco. Acábase (conforme el mismo) en 27 días, siete horas, minutos 44, y casi cinco segundos. O es el año Lunar el espacio de tiempo que se interpone entre la una y otra conjunción de la Luna con el Sol, y éste contiene veinte y nueve días, doce horas, cuarenta y cuatro minutos, y tres segundos. O el año Lunar, es el espacio de doce lunaciones, en el año común, y trece en el embolismal, y tal año de doce Lunas, contiene 354 días. Por manera que el año Solar común viene a exceder a éste en once días casi. Mas el año Embolismal contiene 384 días, y así excede el año Solar en diez y nueve días. Algunos dicen haber revelado Dios a Moisén tal año; mas en nuestro

Calendario se sigue el año Solar y no otros. El año Magno es el Platónico, que se cumple en cuarenta y nueve mil años Romanos, o según otros en treinta y seis mil. Llámase otro año Discreto, que es el espacio de tiempo, que cada Planeta en particular gasta en rodear todo el Zodíaco. Finalmente hay otro llamado Emergente, que es (fuera del año usual y común) cuando por algún caso notable se computa el tiempo subsecuente, así como los Griegos computaron el tiempo de la primera Olimpiada, y los Cristianos desde el primer Domingo de la Encarnación. Asimismo es de saber, que el año del Bisiesto consta de 366 días, añadiéndose uno al año común, que es de 365, y que este año común se divide en cuatro tiempos: Primavera, Estío, Otoño, Invierno. La primera cuarta es llamada cálida, húmeda, vernal, pueril y sanguina; y significa la primera edad, que es la pueril, según el cómputo de los Matemáticos, hasta los veinte y un años cumplidos; donde la sangre toma vigor. La segunda cuarta es llamada cálida, seca, estiva, colérica, y juvenil; porque significa la juventud que comienza desde el principio de los veinte y dos hasta el cuarenta y uno, donde la cólera se disminuye. La tercia cuarta, es llamada frígida, seca, Autumnal y melancólica, y significa la edad, que es desde el principio de los cuarenta y dos años, hasta los sesenta, donde se aumenta la melancolía. La última cuarta se dice, frígida, húmeda, hiemal, flemática, senil, y deflectiva, y significa la estrema vejez, que es desde los sesenta hasta la muerte.

La Primavera pues, y el Otoño, tienen principio cuando el Sol comienza a dar vuelta por el Círculo Equinocial; lo cual sucede dos veces al año; esto es, en nuestros tiempos a los veinte de Marzo, donde comienza la Primavera, y a los veinte y tres de Setiembre, donde tiene principio el Otoño. Mas el Estío y el Invierno comienzan, luego que el Sol toca los puntos de los trópicos; y esto sucede a los veinte y dos de Junio, y a los veinte y dos de Deciembre: y aquellos puntos del Zodíaco, son llamados Solsticios, uno Estivo, y otro Brumal. Mas en qué señales sucedan los Solsticios, y los Equinocios advierten los siguientes versos:

Solstitia efficiunt duo, Cancer cum Capricorno;
sed noctes aequant Aries, et Libra diebus.

Es necesario asimismo saber que se celebran en estas cuatro partes del año, los ayunos llamados Cuatro Témporas, mostrando el siguiente verso cuándo vienen.

Post pen, cru, lu, ce, fiunt, ieunia tria.

Declárase así que por Estío después de la Pascua de Pentecostés el primer Miércoles es uno destos ayunos: por Otoño la cuarta Feria después de Santa Cruz de Setiembre: por Invierno, la cuarta Feria después de Santa Lucía que es Diciembre: por Verano la cuarta Feria después de Ceniza. Hanse de saber también los días en que se cierran las velaciones que sucede desde el Adviento hasta la Epifanía; desde la Septuagésima hasta el Domingo de Cuasimodo; desde los tres días de las Letanías, hasta tres días después de la Pascua de Espíritu Santo. Tampoco debe ignorar en qué días no es conveniente pedir acceso conyugal, como tres días antes de la sagrada Comunión; en tiempo de la preñez, si hay peligro de aborto, y al tiempo de la purificación después del parto. Es menester saber las fiestas, y vigilias de precepto, si bien se halla todo con facilidad en los Breviarios y oficios Romanos, donde se les pone particulares señales. Demás conviene saber los días Caniculares, llamados así de una estrella (por usar las palabras de Arato) a quien en llegando el Sol, se doblan los calores, y por eso muchas veces es tan dañosa como perro que rabia. Estos días se alcanzan por aquellos versos de los Astrónomos:

Incipiunt Iulii pridie idus Caniculares,
et pridie nonas Septembris fine resultant.

Aunque hoy tendrán alguna diferencia semejantes versos, respeto del aumento de los diez días, hecho por el Calendario Romano. Y así comienzan ahora a veinte y seis de Julio, y salen a veinticinco de Agosto. No puede ser sino acertado, saber los años de la Creación del mundo hasta Cristo Nuestro Señor, que según Nahasón Rabino, son 3707, según las Crónicas vulgares de los Hebreos 3760, según San Gerónimo y Beda 3952, según Juan Pico Mirandulano 3958, según Juan Lucido 3960, según el Abad Uspergense 3962, según Teófilo Adautolico 3974, según Carlo Bobilio 3989, según Josefo hijo de Matatías 4003, según Odiatón Astrónomo 4320, según Epifanio Obispo de Salamina 5029, según Paulo Orosio 5409, según Filón Hebreo 5195, según Isidoro Hispalense 5196, según Eusebio 5199, según Juan Nauclero 5201, según Albumasar Astrólogo 5328, según San Agustín 5353, según Iornando 5500, según Suidas 5800, según Lactancio 5800, según Filastrio Obispo de Bresa 5801, y según el Rey Don Alonso el Sabio 6984. No es menos necesario saber los accidentes de la Luna con el Sol. El primer día pues de la Luna (que es cuando se junta con el Sol) se llama conjunción, Coito, Novilunio, Interlunio, Primación, Congreso, Silente, Luna intermestre, o intermestrio. El primer día que empieza a mostrarse, o según otros, cuando llega al

sextil del Sol, se llama Cornígera, y aún no semillena. El séptimo se llama semillena, o media. El undécimo, hinchada o gibosa. La decimaquinta es plenilunio; que es lo mismo que llena. Por manera, que cuando la Luna está en aumento, se vuelve cornígera, media, gibosa, o hinchada, y llena: mas cuando mengua, muda su orden hasta que se vuelve a la conjunción. Entre nosotros, la Luna comúnmente toma nombre del mes donde acaba según el verso:

In quo completur, mensi Lunario detur.

Mas cuando dos Lunas rematan en un mes, la primera se dirá embolismal; y la otra que termina al fin del mes subsecuente, se deputará o aplicará al siguiente, y se llamará Luna del mismo, respeto de no ser la conjunción de la Luna con el Sol de aquel mes en que la misma viene celebrada, sino del siguiente; como por ejemplo: Haciéndose la conjunción en Enero, la Luna no será de Enero, sino de Febrero; y la que se hace en Febrero se refiere a Marzo: y así de las otras, como dice el referido verso. Conviene tener noticia, que la semana es llamada Hebdomada, o Sábbatum, y contiene siete días derivados (según los Gentiles) de los siete Planetas. El primero del Sol Príncipe de todos los Astros; el segundo de la Luna; el tercero de Marte; el cuarto de Mercurio, el quinto de Júpiter; el sexto, de Venus; el séptimo de Saturno. Y todos éstos son entre los Hebreos dependientes del Sábado, llamando al Domingo, *prima Sabbati*; al Lunes, *secunda Sabbati*; y así de los demás hasta el Sábado, a quien simplemente laman *Sabbatum*. Mas la Iglesia Cristiana llama al primero, *Dominica*; al Lunes, *secunda Feria*; al Martes, *tertia Feria*; y así de los demás hasta el Sábado. Debe entender, que el día se divide en natural de veinticuatro horas, y artificial de doce, que es desde que sale el sol, hasta que se pone; llamándose noche todo lo demás. Que las partes del día son tres, Mañana, Mediodía y Tarde. Y que la noche se divide en siete, en Vespero, Crepúsculo, Conticinio, Intempesto, Galicinio, Matutino, y Dilúculo, o Aurora. Vespero es luego que tramonta el sol; Crepúsculo, o Lubricán, es entre si anochece o no; Conticinio a tres horas o cuatro de la noche, cuando todos callan; Intempesto a la medianoche; Galicinio cuando canta el gallo; Matutino un poco antes de amanecer; Aurora un poco antes que salga el sol. Y así después comienza el día, que conforme la variedad de naciones tiene varios principios como lo afirma Juan Paduano: porque según los Romanos, comienza en punto de medianoche, hasta la otra media; según los Egipcios, Italianos, y Bohemios, desde que se pone el sol al otro ocaso; según los Babilonios, Persianos, Griegos y

Noruegos, desde el nacimiento del sol; según los Atenienses, los Árabes, Teutónicos y otros desde el mediodía; según siente nuestro vulgo desde la primera hora del Sol hasta la tarde. Este día es variamente imitado en muchas ocasiones; porque cuanto a la celebración de los Divinos Oficios, comienza desde Vísperas; cuanto a la observancia de las treguas, del nacer del sol; cuanto al ayuno y al comer carne, desde el punto de medianoche, como manifiesta el Glosador. Mas según la Iglesia, el día comienza desde medianoche, porque la luz del mundo, que es Jesucristo Nuestro Bien, nos vino a alumbrar en tal hora. Destos días algunos son nombrados de las Calendas; otros de los Idus, y otros de las Nonas. El primer día pues de cualquier mes se dice Kalendas; luego se siguen las Nonas, después los Idus: y cuantas Nonas y cuantos Idus tenga cada mes, lo muestran los siguientes versos:

Sex nonas Maius, October, Iulius et Mars;
quatuor ad reliqui, tenet Idus quilibet octo.

Pasados los Idus, se torna a decir Kalendas debajo el nombre del siguiente mes, como se vee por un ejemplo sacado de Agustín Dato en esta forma. El primer día de Marzo se llama Kalendas Martii: el segundo Sexto nonas Martii: El tercero Quinto nonas; el cuarto, Cuarto nonas: el quinto Tertio Nonas: el Sexto no Secundo Nonas, sino Pridie Nonas; y así los Idus, y las kalendas: al Séptimo día Nonis Martii; al Octavo, Octavo Idus Martii: al nono, Séptimo Idus Martii; al décimo, Sexto Idus, hasta el decimocuarto, que se dice Pridie Idus Martii, y el decimoquinto, Idibus Martii, el decimosexto, sexto décimo Kalendas Aprilis, porque se toma el mes siguiente: el decimoséptimo, séptimo décimo kalendas Aprilis: el décimo octavo, quinto décimo Kalendas Aprilis: el decimonono, cuarto décimo Kalendas Aprilis: el vigésimo, tercio décimo kalendas Aprilis: el vigesimoprimo, duodécimo kalendas Aprilis. Y así por su orden disminuyendo hasta los treinta y uno, que es el último donde se dice Pridie Aprilis, y esta regla se observa en todos según lo advertido. Es de saber también, que el día tiene varios nombres, según diversos efetos. Algunos se llaman días de Estrella, porque en tales días son los hombres excluidos del navegar. Otros se llamando Preliarios, porque en tales suelen los Reyes mover guerras, como el Turco por San Jorge; otros Intercalares, o Bisiestos, que son los que exceden a los doce meses del año; otros Solsticiales, que son cuando el Sol está en Trópico de Cancro, o Capricornio, en que crecen y menguan los días y las noches: otros Equinociales, cuando el Sol está en el Círculo

Equinocial: otros Caniculares, cuando la Canícula habita debajo los rayos Solares; otros Fastos, cuando hay tribunales; otros Nefastos, cuando están cerrados; otros Festos, cuando no se trabaja; otros Feriales, o Profertos, cuando se trabaja; otros Intercisios, esto es, deputados a Dios las mañanas, y lo restante del día a varios oficios; otros Comiciales, en que el pueblo Romano se congregaba a crear los Magistrados. Los días Egipciacos; son infelices, de quien cada mes tiene dos, y dícense Egipciacos, porque en aquellos días hirió Dios a Egipto con diez plagas. Son malos por el efeto: supuesto según la opinión de algunos (aunque el negocio tiene poco de sinceridad) los que enferman en tales días, apenas escapan, siendo (por sus malas constelaciones) juzgado por cosa infeliz el comenzar alguna empresa en ellos. Es menester saber entre otras cosas, cuándo venga el año Bisiesto. Apréndese por esta regla: Pártense por cuatro los años del Señor, si salen justos, entonces es Bisiesto, y no lo es si sobra uno, dos, o tres: porque sobrando uno, es primero después del Bisiesto, si dos, segundo después del Bisiesto; y así de los demás.

Mas por no dejar alguna ocasión de yerro, Quirio Fortunaciano en sus reglas dice, que por cada cómputo que se haga no sobrando alguno, es de advertir ser tal cómputo el día del Bisiesto; esto es, si se va computando por el diez y nueve: y ninguno sobra, será el diez y nueve el del Bisiesto; si por el quince, es el quince; si por el sesto; entonces es el séptimo. Y Juan Paduano añade, que si el año fuere bisextil, se crece un día al año: mas en qué lugar del Calendario se deba poner tal día de más, se contiene en los siguientes versos:

Bisextum sextae Martis tenuere Calendae,
posteriori die celebrantur Festa Matthiae.

Esto es, que en la letra donde se dice *sexto Kalendas Martii*, se debe poner el día del Bisiesto, y sobreseer dos días sobre aquél, y la fiesta de San Matías, que se debía celebrar en tal día, se celebra el siguiente. Demás conviene saber el ciclo Solar, juntamente con la letra Dominical, que todo se conoce por las siguientes advertencias, según Juan Lucido. A cualquier día de los de la semana (divididos conforme el número de los siete Planetas en el Calendario Romano) se señala una letra del abecedario, comenzando de la A hasta la G, y la letra que sirve al día del Domingo se llama letra Dominical, o Solar: y se muda todos los años, por dos respetos, como dice Juan Estoflerino en su Calendario. El primero, porque el año común Solar contiene 365 días a quien dividiendo por siete, se hallarán cincuenta y dos semanas y un día, siendo pues los caracteres de los días siete como *A*,

b, *c*, *d*, *e*, *f*, *g*, con que más veces replicados cumplimos, y numeramos las referidas semanas; al último nos queda un día, por cuya ocasión en el Calendario Romano se pone la letra A en el principio del año, esto es en las Calendas de Enero, y la misma A es puesta al fin del año, conviene a saber en el postrero de Diciembre: por eso es necesario se mude la letra Dominical acabado el año, y así queda manifiesto numerarse tales letras con orden retrógrado. El segundo respeto de tal mudanza procede del año del Bisiesto; porque el año Solar de Julio César consta de 365 días y seis horas, que sumadas cuatro años continuos hacen un día; porque seis multiplicados por cuatro, hacen veinte y cuatro; y el mismo día a los veinte y cuatro de Febrero, donde se dice Sexto Kalendas Martii, en la fiesta de San Matías, es intercalar en la letra corriente, en tal día replicada; y por el consiguiente se muda la letra Dominical, y de aquí tiene origen el Ciclo Solar, que es el espacio de veinte y ocho años Solares; y Ciclo en Griego, suena en Latín, *Orbis*, o *Circulus*, y Solar: no porque el Sol en tal espacio de tiempo acabe su curso, rodeando todo su orbe; sino porque en espacio de veinte y ocho años, vuelven a sus debidos principios todas las variedades que pueden nacer de las letras Dominicales, y del bisiesto: y la razón (como dice Juan Lucido) es porque siendo los días de la semana siete, y sucediendo el bisiesto sólo en el cuarto año; si por el cuatro se multiplicaren siete, saldrá el número de veinte y ocho años, en cuyo tiempo todas las mudanzas, y variedades vuelven a su primera forma. Pues si se quisiere hallar *Quotus sit*, esto es cuánto sea el Ciclo Solar, añádanse nueve a los años del Señor, y después pártase el número recogido por veinte y ocho; y si no queda nada, tómese el número último del Ciclo Solar, esto es el veinte y ocho por número del Ciclo, o Quoto Solar; mas si queda alguno, el propio muestra el número del mismo Ciclo; y tal operación se explica por los siguientes versos:

Annis adde novem Domini partire per octo
viginti, Cyclus sic tibi notus erit.

Del Ciclo del Sol nace después la letra Dominical facilísima de hallar en Breviarios, y otros autores que tratan desto.

Es asimismo conveniente saber la Indición, el Áureo número o Ciclo Lunar; la Epacta, el Novilunio, y el modo de hallar cuántos días tiene la Luna con otras muchas particularidades. Cuanto a lo primero, Indición es un espacio de quince años, y a cualquier año se atribuye algún número de la Indición de uno hasta quince por orden, y después se replica también desde principio.

Para hallar la indición, se observa que se toman los años de la Encarnación de Cristo Nuestro Señor, y se les añaden tres; y éstos se parten por quince, y el que queda es el número de la Indición: y si no queda nada, entonces la Indición son quince. El Áureo número que es llamado Ciclo Lunar, o Círculo Decemnovenal, que consta de diez y nueve, es el que se pone en el Calendario, y en cada mes muestra la primera Luna que es el Novilunio, y es dicho Ciclo Decemnovenal, porque señalando a cada año un número, se estiende hasta los diez y nueve años, y después vuelve a su principio: y déste fue el inventor (según Juan Paduano) Metón Ateniense, hijo de Pausanias. Pues queriendo hallar el Áureo número a los años de Cristo que se ofrecen antes, añádese la unidad, y divídanse éstos por diez y nueve, y lo que queda, se tiene por Áureo número; o Quoto Cicli Decemnovelais: y si nada queda; entonces se toma todo el cumplimiento del círculo, esto es el número diez y nueve. Hallado ya el Áureo número de aquel año, si se añade uno, nace luego el Áureo número del año siguiente; y así añadiendo uno de nuevo, resulta cada año el Áureo número hasta los diez y nueve años; que acabado, se vuelve de nuevo al uno. La Epacta es un número de once días, porque en el año común Solar, la Luna hace doce conjunciones con el Sol, y sobran once días de la decimatercia Luna: y estos once son la Epacta que viene a ser un número variable concedido al año para hallar todos los días, cuántos tiene la Luna. El orden de la Epacta, y en qué modo se halle el Plenilunio, la Pascua y fiestas movibles, se puede ver con tanta facilidad por los Calendarios nuevos, que he juzgado superfluo el ponerlo aquí. Para mayor conocimiento de los Calendarios se debe saber, que los Romanos, o Latinos (según Juan Estoflerino) publicaron tres Calendarios en diversos tiempos, y lo prueba por autoridad de Macrobio y Solino. El primero publicó Rómulo, que cumplió el año con 304 días, según los referidos autores, y no escribió en su Calendario sino diez meses. Por eso dice Macrobio haber sido el año estable, sólo acerca de los Egipcios, y haber variado mucho entre las otras gentes. Los Arcades (según Juan Lucido) le hacían de tres meses; los Acarnanos de seis; los Griegos de 354 días; los Romanos al tiempo de Rómulo de 304, y Ovidio hace mención de Rómulo, formador del Calendario, cuando dice:

Tempora digeret cum conditor urbis in anno
constituit menses quinque bis esse suo.

Y dedicó el año a Marte su padre. El segundo Calendario fue instituido por Numa Pompilio, hallando que no se igualaba bien con

el año Solar el año de Rómulo, sino que le faltaban dos meses, y le añadió cincuenta días, creyendo igualarlo al curso de la Luna. Por eso dijo Ovidio:

At Numa nec Ianum, nec avitas praeterit umbras.
Mensibus antiquis addidit ille duos.

Y con qué razón hiciese esto, manifiesta Juan Lucido. El tercero Calendario fue ordenado por Cayo Julio César Dictador, reduciéndolo al verdadero curso del Sol, por ver corto el de Numa, y ser él eminente en la Astronomía, como afirma Julio Firmico; y quieren Apiano y Macrobio aprendiese César la verdadera cantidad del año, cuando fue a Alejandría de Egipto. Por manera que le redujo a 365 días, añadiendo diez a la observancia antigua, y reformando el año de la confusión, de 444 días, que son quince meses, por causa de la intercalación de los Egipcios, que en cada ocho años restituían noventa días al nuevo año: y César quitado el mes intercalar, que se interponía todos los años entre los meses, quiso se añadiese cada cuatro años un día al mes de Febrero, que se llamase Bisiesto, y hizo el año de doce meses como ahora le tenemos. El último Calendario fue computado por obra del Pontífice Gregorio Decimotercio, corregido y reformado según el curso solar. Mas quien quisiere entender más cosas déstas, vea a Juan Paduano; a Juan Estoflerino; al Cardenal Cusano; a Francisco Maurolicio; a Juan Lucido; a Josefo Cerlino, y a otros muchos que trataron de la reformación del año, y del nuevo Calendario.

Anotación sobre el VI discurso

Una docta y curiosa anotación acerca de los siete días de la semana, tocante a la intelligencia de los Calendarios, hace Juan Baptista Egnacio: mas Juan Tomás Frigio escribe clara y copiosamente esta materia en el libro catorce intitulado de Theorica Solis, y en el quince de *Phergia Lunae*. El uso del año en particular acerca de diversas gentes trata por extenso Alejandro de Alejandro, libro 3 de sus días Geniales, capítulo 24, donde curiosamente discurre de varias especies de años.

De los Cirujanos. Discurso VII.

LA Cirugía ilustre y célebre, por su antigüedad como prueba Cornelio Celso, tuvo (según algunos) su primer origen de Apis Rey de los Egipcios, o (como quiere Clemente Alejandrino) de uno más antiguo que él, llamado Mizray, hijo de Cam, nieto de Noé. Mas dícese haber sido el primero que escribió la medicina de las llagas Esculapio, Filósofo Griego, varón de gran doctrina en aquellos tiempos. Después sucedieron Pitágoras, Empédocles, Parménides, Demócrito, Quirón, Peón, y otros casi infinitos, de cuyos escritos y nombres, apenas quedó memoria entre nosotros. Cuenta Plinio haber sido el primero que la ejército en Roma, Arcagato de la Morea, afirmando que por la gran crueldad que usaba en cortar sin piedad brazos, piernas, y otros miembros (fuera de adquirir nombre de Verdugo) fue tan aborrecido de todos que de común consentimiento le apedrearon, y arrastraron por Roma, y desde entonces se abominó tanto el arte de Cirugía, que públicamente fue desterrada de la ciudad, y estuvieron los Romanos, no pocos años sin querer comportar Cirujanos dentro de sus muros. Este vocablo Cirugía, es derivado de *Chir* en Griego, que quiere decir mano, y *Ergia* que importa operación manual, porque la Cirugía no es otra cosa que operación medicinal con el medio de la mano en la carne, en el nervio, o hueso de los pacientes: y es llamada por los Médicos el tercer instrumento de la Medicina, siendo el primero la Dieta; el segundo, la poción, o bebida; el tercero, la Cirugía, como aprueba Galeno, y Damasceno. Las especies de la Cirugía (según Juan Nicio) son dos, una que enseña a obrar en los miembros blandos, o mediocres, otra que enseña a obrar en los miembros duros. Son los miembros blandos, o mediocres, carne, nervio, panículo, y otros así; los duros son hueso, y cartilágines: y en todos éstos se debe obrar con mano cuerda como enseña el Cirujano Juan de Vico. Ha de ser entre otras condiciones, mancebo; o cuando mucho de edad varonil, porque tenga la mano diestra y eficaz. Debe ser también apacible en la conversación; porque la gracia y donaire de su hablar le haga más grato al paciente; con que no sólo puede consolarle, sino infundirle casi una viva esperanza de breve salud; induciéndole con dulce persuasión a dejarse poner la mano, y a tomar sus medicamentos, que es sobremanera importante para la vida de cualquier paciente. Sobre

todo se requieren en él la fidelidad y buen aviso; porque si el Cirujano es discreto y fiel (fuera de que adquiere buen nombre en general) es llamado de todos con gana, porque la vida que es tan querida, y de tanto precio, que ningún tesoro llega a su comparación, no se fía sino de personas que tengan fidelidad y discreción. No trato de que la mano sea prompta y gallarda, sin temblor; no de que la vista sea perfeta, el ánimo osado y varonil; no de que su terneza sea inútil y dañosa; no de que a menudo acuda a los lugares de los práticos Cirujanos, donde note sus curas y pruebas, y las encomiende a la memoria para aprovecharse en las ocasiones dellas respeto de que Celso y Aliaf enseñan pertenecer esto al Cirujano como cosa principal: sino digo que debe poner su ingenio, estudio, y cuidado en seguir la doctrina de los que han sido más famosos, y más raros en esta profesión, desechando de sí la ignorancia de muchos modernos: porque no es de poco momento para el hombre depender su vida de la ignorancia de una mano. Debe ser asimismo ingenioso, porque ingenio ayuda al arte, y la naturaleza a la operación. Su proprio oficio es apartar en los cuerpos lo unido, unir lo apartado, sacar lo superfluo, conservar sin dolor, y prohibir la putrefacción que se hace, descarnando, consolidando, mortificando, mundificando, encarnando, dividiendo, acomodando, cortando con la obra del fuego, con la incisión de la vena, con cauterio, con poner estopas en las heridas, con cubrirlas, y fajarlas, porque el aire no entre y las dañe, con los acostumbrados defensivos, y remedios eficaces; y en fin con la oposición de todos los remedios oportunos, notorios a todos los expertos Cirujanos. Sus instrumentos son, navajas, sierras, lancetas, tijeras, agujas, tenazas, atraedor, torculado, tienta, gamaut, cinta, espátula, tenacillas acanaladas, dentadas, y serradas, cajeta con sus casillas, trépano, raspador, cauterio, y otros instrumentos que notan y ponen Julio Pólux, y Andrés de la Cruz, con que atienden a raer, alegrar, raspar, levantar, tentar, trepanar, cauterizar, dar fuego, meter hilas, y mechas, coser, emplastar, untar, y sangrar. Mas entre los remedios comunes usan de ordinario el ungüento egipciaco en forma sólida, el basilicón, el magistral con zumo de llantén, el de alcanfor en forma líquida; el apostólico, el mixto, el de minio, los cerotes capitales, los cerotes de aquilón magistral, los de hisopo, los de Betónica, aceite bendito, de huevo, de hipericón, de almendras dulces o amargas, de laurel rosado, violado, de ruda, de enebro, de trementina, de linaza. Por simples la mirra, bolarmenio, incienso, aloes, sangre de drago, alumbre de roca, miel rosada, y semejantes.

Por aguas, las de indivia, las de lúpulos, las de borraja, de ajenjos, de fumus terrae, la agua ardiente, la de lengua de buey, y la de escabiosa. Por electuarios, el diacatolicón, diapruno, el eletuario de Mesué, el diacimino, el diacasia. Por píldoras las agregativas, las comunes, las doradas, las fétidas, las de hiera compuestas, las de turbit, de ruibarbo, de hermodátiles, de liquiricia. Por jarabes los rosados, acetosos, violados, y otros así. Por injundias las de gallina, la de oso, la de ganso, la de ánade, la de puerco: fuera de que ponen en obra varias medicinas, confecciones, grasos, lavatorios, ayudas, supositorios, ventosas, y otros remedios, por ser inumerables los males que pasan por sus manos. A éstos toca el cuidado de todas las postemas, frías, calientes, o coléricas; la enfermedad de cáncer, la de cualquier fuego, las risipelas, postillas, lamparones, flemones, hinchazones, quemaduras, carbuncos, vejigas, agallas, fístolas, ardores, comezones, tiña, pelona, encordios, verrugas, roturas, quebraduras, llagas, heridas, bubas, y cosas deste género. Sin los muchos eminentes que en Cirugía tuvo la antigüedad, fueron famosos en tiempos más modernos Francisco Vitigado; Juan Andrés de los Grandes; Juan Francisco de Burán; Francisco del Castillo; Lelio Rama; Juan Baptista Régulo; Francisco de Atimis; Tomás de Terranova; Cristóbal de Montemayor; el Doctor Quijal; el Doctor Ollés. Mas con qué modo particular se curen las heridas de arcabuz, las de flechas, las de corte, las de cabeza, de pecho, de vientre y otras; véase el Diario Empírico de Craso que lo manifiesta bien. De fístolas particulares, a Vido Vidio Florentino en los Comentarios sobre los libros de Hipócrates de Fistulis et vulneribus. De la Cirugía en general a Lanfranco; a Juan Fragoso, a Juan de Vico; a Francisco Díaz, y a otros muchos; en cuya materia juzgo ser por estremo importantes las tablas que recogió Horacio Moro Médico Florentino. Entre los antiguos y famosos Cirujanos es nombrado Quirón, de quien es derivado el nombre de Quironea vulnera, entendiéndose de las heridas dificultosas. No se atribuye menor gloria a Macaón, que fue quien sanó la herida de Filótetes hijo de Peante, herido por Hércules con una flecha teñida en la sangre de la Hidra. Así hablándose de la cura singular de algún insigne Cirujano, nació el proverbio, De cura Macaonia, según Juan Baptista Pío. Verdad es, que no ha sido menor la opinión de Critóbolo en la Cirugía, por la prueba admirable de haber sacado del ojo de Felipo Macedón una saeta, sin fealdad de boca, según Curtio y Plinio.

De los formadores de pronósticos, almanaques, reportorios y lunarios. Discurso VIII.

DEBAJO el nombre de Pronósticos, he de comprehender todas las obras y discursos que se publican con títulos de Lunarios, Reportorios, y Almanaques; alegando con qué razón o método, ciencia, o forma se suelen hacer por los que profesan tal ejercicio; protestando ante todas cosas, debe el lector dar escaso crédito a materia tan dudosa como la presente, no respeto de la ciencia, sino de la incertidumbre de sus instrumentos y profesores, por la mayor parte imperitos.

Llamarase pues con razón científico en esta facultad, el que queriendo formar algún Pronóstico, supiere los signos Setentrionales, Boreales y Árticos, que son Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo: y los Meridionales, Australes y Antárticos, que son Libra, Scorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario, Piscis con sus caracteres acostumbrados. También el orden de las Planetas superiores, inferiores y medios con sus caracteres usados, que son, Saturno, Júpiter, Marte, Sol, Venus, Mercurio, Luna. Asimismo los aspectos de las Planetas señalados diversamente, como la conjunción con una O y una vírgula, ó; el Sextil o exágono con una estrella de seis lados, ✶; el cuadrado o Tetrágono con una figura cuadrada, □; el Trigono, o Trino con un triángulo, △; el opuesto o diámetro con dos O O sin vírgula, ☍; y así los signos masculinos y femininos, móviles, fijos y comunes: los de la larga y breve ascensión; los ígneos, los térreos, los aéreos, los ácueos; los planetas fortunados o infortunados, benévolos o dañosos, con las horas de los planetas claras y distintas. Deberase al fin título de Astrólogo al que supiere que en la hora de Saturno es bueno comprar hierro, estaño, plomo, y toda suerte de metales, piedras, paños negros, comenzar a labrar huertos, y a imaginar ardides contra enemigos; mas que entonces no se debe sangrar, ni tomar medicinas, ni hablar con pescadores ni cazadores de volatería; ni dar principio a murallas, ni hacer amistades, ni cortar vestido, ni vestirse de nuevo, ni ir a hablar con amigos. Al que sabe que en la hora de Júpiter es bueno cambiar plata, y tratar en todos negocios; comprar paños azules y colorados; hacer puentes; edificar Iglesias, comenzar viajes los señores; navegar; purgarse, sangrarse; tratar

paces; comprar caballos y armas; urdir telas; arar campos, y sembrar: y al fin hacer toda cosa. Al que alcanzare que en la hora de Marte es a propósito comprar armas y caballos; armar galeras; comenzar caminos enderezados a guerra, así por tierra como por mar; comprar paños rojos, que no es bueno enemistarse, hacer amistades, ni contratar, si bien es favorable a todas las cosas pertenecientes a los artífices, a los cocineros y horneros. Que en la hora del Sol es a propósito comprar cosas de oro labradas; hablar con señores y grandes ministros; partir a algún oficio; comenzar viajes militares; dar principio a guerras, y comprar paños amarillos; y que es contraria para purgarse, sangrarse, tratar de casarse, o hacer amistad. Que en la hora de Venus es acertado comprar piedras preciosas, anillos de oro, y joyas de mujer, casarse, comprar caballos blancos, vestidos blancos, purgarse, sangrarse, hablar a Reinas, a nobles mujeres. Que en la hora de Mercurio, es bueno comprar toda pintura, escritura, grano, mijo, panizo; vestidos de varias colores, seda, algodón, comenzar obras de seda, casarse, hacer amistad con mujeres, purgarse, sangrarse, hacer viajes por negocios, comprar armas, vestidos de varias suertes y colores, y urdir telas. Que en la hora de la Luna, es bueno comprar miel, aceite, higos, castañas, nueces, almendras, lino, cáñamo, grano, carne, puercos, y todo animal de carnicería; hacer fraudes, urdir engaños, tejer traiciones, y hacer toda cosa de ingenio: mas no comenzar cosas que hayan de ser estables. No dejaré asimismo de loarle, si entiende bien de la Luna, esto es, si sabe que cuando crece en luz se muestra sólo hasta la medianoche; cuando descrece, parece desde la medianoche hasta la mañana; si está llena, luce toda la noche: y entonces se dice estar en oposición con el Sol; si es nueva falta en su resplandor, y no se ve por estar en conjunción con el Sol, ni por la mayor parte en tres noches. La primera del defeto; la segunda después de la conjunción; y la tercera de la inovación, viéndose en el plenilunio casi lo mismo, en el lleno, y en la última del tercer cuadrado. Si sabe las diversas configuraciones que recibe de la luz del Sol, descritas por Juan Damasceno. La primera, que es la conjunción con el Sol, estando en la misma parte que él. La segunda, que es su nacimiento cuando está distante del Sol quince grados. La tercera, que es llamada exoriente, cuando aparece. La cuarta, que es dicha Meonida, o Cornígera, que sucede dos veces; la primera creciendo y la segunda menguando, cuando está distante sesenta grados. La quinta, demediada, que es también otras dos; cuando dista del Sol 90 grados. La sexta, gibada, o gibosa, cuando dista 120 grados. La

séptima, perfeta, cuando dista 180 grados. Fuera desto merece estima, si supiere discurrir del orto del Sol todos los días del año.

Hallarase esta computación hecha al meridiano de Madrid, 40 grados 26 minutos de altura, por Francisco Suárez de Argüello, que fue quien primero cómputo Efemérides en España, grandemente copiosas, por haberlas hecho generales, formando las casas racionales desde Esfera recta a sesenta grados de altura, cosa no vista hasta su tiempo, eligiendo en materia de movimientos tal medio, con modo tan exacto, que es el más verdadero que se halla.

También será digno de opinión, si alcanzare el entrar del Sol cada mes en cualquier signo de los doce del Zodíaco: como que por Marzo a 20 entra en Aries, por Abril en Tauro, a 21; por Mayo en Géminis, a 21; por Junio en Cancro, a 21; por Julio en León, a 22; por Agosto en Virgo, a 22; por Setiembre en Libra, a 22; por Otubre en Escorpión, a 22; por Noviembre en Sagitario, a 22; por Diciembre en Capricornio, a 22; por Enero en Acuario, a 21; por Febrero en Piscis, a 20. Si sabe con esto las fiestas movibles, el Ciclo Solar y Lunar, el Áureo número, la Epacta, la Indición, la letra Dominical, los tiempos en que se prohíben velaciones, y cosas semejantes, de que se trató bien a la larga en el discurso de los formadores de Calendarios. No será juzgado por insuficiente, cuando señale bien los cuatro tiempos del año, según los Astrólogos, que son la Primavera a 20 de Marzo, el Estío a 21 de Junio, el Otoño a 22 de Setiembre, el Invierno a 21 de Diciembre. Dará de sí bastante muestra, si con prudencia hablare de la triplicidad de los signos, y mostrare que cuando la primera triplicidad, esto es Aries, o León, o Sagitario, que son signos ígneos, está cualquiera en el ascendente, es bueno manejar todas las obras de metal, hacer pasaje por agua; correr caballos, enviar embajadas, buscar tesoros, limpiar fosos, y cosas tales. Que en la segunda triplicidad, que es Tauro, Virgo, Capricornio, signos térreos, estando cualquiera en el ascendente, es bueno comenzar todas las obras tocantes a la tierra, arar, comprar heredades, y casas, medir, cortar madera, y edificar. Que en la tercera triplicidad, Géminis, Libra, y Acuario, que son signos aéreos, estando cualquiera en el ascendente, es a propósito hacer cosas pertenecientes al aire, como poner árboles a naves, y a galeras, acomodar entenas, hacer viajes por mar, cazar pájaros, y cosas así. Que en la cuarta triplicidad, como Cancro, Escorpión, y Piscis, que son ácueos, hallándose en el ascendente cualquiera, es bueno pescar, bañarse, ir al molino, enderezar los cursos del agua, y hacer todo lo a ella perteneciente. Si sabe hallar por reglas de

Astrología el señor de la hora, las significaciones de las mansiones de la Luna, tocantes a las acciones humanas, de quien tratan bien largo Juan Paduano, y Juan Baptista Ruperto: como cuando la Luna está en la primera mansión, que comienza a los 20 grados de Aries, y dura hasta los 3 de Tauro, es bueno hacer viajes, y tomar medicinas en particular relajativas. En la segunda que principia desde los 3 grados de Tauro, hasta los 16 del mismo, es bueno tratar en mercadurías, hacer caminos por agua, y entrar en compañías. En la tercera que comienza desde los diez y seis, y dura hasta los 29 de Tauro, es malo hacer viajes, navegar, entrar en compañías; mas bueno comprar bestias domadas. En la cuarta que comienza desde los veinte y nueve grados de Tauro, y acaba en 10 y minutos 52 de Géminis, es bueno para sembrar, y malo para casarse y embarcarse. En la 5, que desde 10 grados, y minutos 52 de Géminis sigue hasta 23 grados, es bueno para poner los niños a aprender, para casarse, para hacer viajes, y purgarse. En la sexta, que termina hasta 6 grados de Cancro, es bueno comenzar guerras, pleitos y cuestiones. En la 7, que acaba a los 20 grados de Cancro es bueno arar, sembrar, disponer la tierra, vestirse de nuevo; mas no comenzar viajes por agua. En la 8, que concluye hasta los 2 grados de León, es bueno purgarse, y hacer viajes por agua. En la 9, que dura hasta los 15 grados de León, se tiene dificultad en todas las acciones, si no es en revolver y mudar trigo, que es cosa por estremo buena. En la 10, que dura hasta 28 grados, es bueno contraer matrimonio, fabricar murallas, y disponer la tierra; mas no hacer viajes. En la 11, que dura hasta 11 grados de Virgo, es bueno ingerir, y plantar; mas no recibir purgas, ni dar libertad a esclavos. En la 12, que dura hasta 23 del mismo signo, es bueno también para ingerir y plantar, y para tratar casamientos; mas no para navegar. En la 13, que termina hasta 6 grados de Libra, son buenas todas las cosas que se han dicho en la 12, salvo el hacer viajes, y sobre todo a propósito para pedir favores y gracias a señores. En la 14, que dura hasta 19 grados de Libra, se puede curar, sembrar, plantar, y casarse con viuda; mas no hacer viajes. En la 15, que dura hasta 22 grados de Escorpio, se pueden minar pozos, vaciarlos, mondarlos, hacer fosos de todas suertes y cuevas, mas no viajes. En la 16, que dura hasta 15 grados, no es bueno hacer viajes, ni contratos, o conciertos de alguna suerte, ni vestirse de negro, ni purgarse. En la 17, que dura hasta 28 grados del mismo signo, se pueden edificar fortalezas y casas, comprar y tomar oficios. En la 18, que dura hasta 10 grados de Sagitario, es bueno hacer todo lo apuntado en la 17,

salvo matrimonios, y navegaciones. En la 19, que procede hasta los 19 grados del mismo signo, es favorable a los pleitos, diferencias, guerras, y viajes; mas no por mar ni por ríos. En la 20, que dura hasta 6 grados de Capricornio, es bueno comprar bestias; mas no ir a caza, ni casarse. En la 21, que va hasta 19 grados, se puede edificar, sembrar, comprar tierras, hablar con Príncipes y señores; mas es cosa infeliz tratar de matrimonio. En la 22, que termina en 2 de Acuario, se pueden hacer viajes, purgarse, y vestirse de nuevo. En la 23, que dura hasta quince grados de Acuario, no es bueno hacer depósitos; mas lo es para purgarse y caminar. En la 24, que dura hasta los 28 del mismo signo, es bueno hacer todas las cosas de guerra, tomar medicinas; mas no hacer viajes, ni plantar, ni ingerir. En la 25, que dura hasta 10 grados de Piscis, es bueno hacer las cosas de la guerra, y viajes hacia el Mediodía y Occidente, y edificar. En la 26, que va hasta 23 grados del mismo signo, es bueno para purgarse, y dañoso en todo lo demás. En la 27, que dura hasta 6 grados de Aries, se puede sembrar, contratar, hacer pactos, y casarse; mas no hacer depósitos, ni prestar dineros. En la 28, que va hasta los 19 grados del mismo signo, es bueno hacer cualquiera de las cosas dichas, salvo hacer viajes por agua. Débese advertir también en estas mansiones, los aspectos de los Planetas con la Luna; que ayudan y desayudan mucho, según su oposición: porque si la Luna tuviere aspecto de Saturno, será bueno sembrar, no contratar; si con Marte, no faltarán discordias, pleitos, trabajos, y herejías; si con Júpiter, las cosas correrán benignas y propicias; si con el Sol siendo el aspecto de la Luna cuadrado o sea opuesto, habrá turbaciones, o molestias de señor, si con Venus, irán creciendo los deleites, y placeres mujeriles; si con Mercurio, se atenderá con priesa a tráfagos y negocios. Demás debe el tal saber hallar los grados del Sol y de la Luna, y el ascendente en cualquier hora, o por Efemérides o por otra vía. Ha de tener de memoria las significaciones de la Luna, tocantes a la salud del cuerpo, por los movimientos que hace en los signos del Zodíaco, de quien escribe con agudeza Juan Baptista Ruperto. Lo mismo sucederá tratando de los aspectos de los Planetas con la Luna, respeto de las acciones del hombre, y de la naturaleza de los signos celestes por ocasión de las medicinas. También será el mismo tenido por buen Astrólogo, si supiere la propiedad de las estrellas fijas, la naturaleza universal de los signos; como que Aries es de naturaleza cálida y seca, si bien en la primera faz es húmedo, por hallarse en él ciertas estrellas fijas de naturaleza Lunar; en la segunda, cálido mucho, y significa mortaldad,

sequedad, truenos, y tempestades: en la tercera lluvia o vientos por las estrellas fijas puestas allí de la naturaleza de la Luna. En la tercera de Tauro (en que están las Pléyades estrellas fijas) se hacen vientos, terremotos, nubes, y lluvias. La primera faz de Géminis, es fría y húmeda, y la última por estremo húmeda, y corruptiva. La última de Cancro hace el aire cálido, lleno de nubes, y causa terremotos. Todo el signo de León hace gran calor, y principalmente su faz última. Así la última parte de Virgo, en la parte Setentrional es de peligroso calor: mas la parte Meridional es muy húmeda, engendra truenos, y es de naturaleza de Saturno. Todo el signo de Libra es de templada naturaleza. Todo el signo de Escorpión, es húmedo corrumpente: y así vemos que las aguas del Otoño corrompen todos los frutos. Todo el signo de Sagitario produce vientos, turba el aire, y su faz última es húmeda; su parte Meridional obra lo que su última faz, mas la parte Setentrional es cálida. Todo el signo de Capricornio es húmedo; principalmente su parte Meridional. Todo el signo de Acuario es frío y acuoso. El signo de Piscis ventoso y frío; y en especial sus partes medias engendran granizo por la naturaleza de Saturno. Será tenido por docto el tal Astrólogo, si supiere que los signos mudan naturaleza por ocasión del movimiento de la circunferencia; porque los que son cálidos se hacen fríos, y los húmedos se hacen secos, teniendo sobre todo en la memoria los aforismos de los Astrólogos para los tiempos; como cuando un Planeta sale de un signo, y entra en otro, en general se sigue mudanza de tiempo, y principalmente cuando alguno de dos inferiores se muda de un signo en otro: que ocasiona lluvias. Naturalmente los buenos aspectos de los Planetas considerados en sí, serenan el aire, obrando al contrario los malos. Las mansiones de la Luna tienen poder para mudar el aire, y producir efectos futuros, según el aspecto que tendrá con uno o con otro Planeta, conforme la regla de Alquindo. Los Planetas cálidos, son el Sol y Marte, los fríos, Saturno y Venus; los que causan lluvias, Venus, Mercurio y Luna: los que producen truenos, Saturno, Marte, y Mercurio. Las conjunciones, oposiciones, y cuartas del Sol, y de la Luna, disponen el aire diversamente; y así se dan varias reglas para hallar las mutaciones del aire, y del tiempo, de quien habla excelentemente Baptista Ruperto, y otros autores así Latinos como vulgares. Por manera, que con tales observaciones se puede pronosticar, hacer Lunarios, Almanaques, Reportorios, cálculos, juicios, y cosas semejantes. Si bien (como ya se dijo) es menester, dar corto crédito a esta ciencia, siendo por estremo instable, tanto mas publicando sus profesores infinitos dislates.

Pronostican pues por no mentir que el año siguiente será de 365 días, que comenzará a primero de Enero, y tendrá doce meses, según lo común; cincuenta y dos semanas, según el cálculo del Rey Don Alonso. Que los Planetas discurrirán según su costumbre: que habrá vientos, lluvias, y serenidad en diversos tiempos: que se atenderá a bailes, a músicas, a estudios, a labranzas, a cultivar, a sembrar, a recoger en su sazón: que habrá preñeces, partos, dolores en ellos, y mortaldades comunes, como de ordinario acontece. Que los señores mandarán, y los súbditos obedecerán. Que los soldados amarán guerras, los mercaderes tráfagos, los usureros ganancias. Que los adulterios andarán validos entre sensuales, las ambiciones entre soberbios, los homicidios entre valientes, el juego entre ociosos, las faltas entre oficiales, las tretas entre Cortesanas, los engaños entre alcagüetas, los embelecos entre habladores, las ignorancias entre ricos, los robos entre ladrones, y las ternezas entre lindos. Con semejantes géneros de pronósticos dan palos de ciego muchos Astrólogos modernos; falsos en proposiciones, mentirosos en palabras, y menguados en sus juicios. Mas dejando lo particular, porque en esto *Iubeat Plato quiescere*; últimamente se debe saber, que el Pontífice Sixto Quinto renovó la bula contra los Astrólogos para reprimir la estrema osadía desta profesión demasiado licenciosa en anunciar cosas venideras.

De los profesores de empresas y emblemas. Discurso IX.

DESCRIBEN los que con diligencia trataron la materia de empresas (como entre otros Francisco Caburazo) ser composición de cuerpo pintado, y mote, para apuntar alguna particular proposición del hombre: y por esta difinición se distingue ésta, de las notas Jeroglíficos, y de las armas de los linajes, que ambas reciben solamente los cuerpos; y también de los símbolos, o emblemas, porque aunque se hallen los mismos bien cercanos a la empresa (teniendo pintura y palabras concedidas y encaminadas a un intento) difieren con todo eso en la intención y en el modo, porque cuanto a la intención, es el símbolo, sólo un precepto moral, no determinado a una sola persona, sino perteneciente a todas con igualdad. Mas la empresa muestra sólo la determinada proposición que el tal emprende, de quien tiene en el ánimo firme y estable resolución. Y cuanto al modo, el símbolo puede componer como una historia, según se echa de ver en el de la diosa Isis, en que intervienen el asno, el que le guía, la efigie de la diosa, y una turba de hombres que la reverencian. Demás el emblema se vale de cuerpos humanos; mas la empresa huye de la muchedumbre, juntamente con la composición de las figuras humanas. En suma, el emblema saca de un particular un precepto universal; mas la empresa se encamina siempre a un particular, y antes apunta que explica cumplidamente, no dejando el símbolo cosa que decir para declaración de los cuerpos pintados. En esta materia fue felicísimo Alciato, según el parecer de todos los Doctos. La empresa pues fue hallada para el fin principal de significar, apuntando alguna ilustre y virtuosa proposición del ánimo, tocante a cosa hecha, o a la que se debe hacer, encomendando por su medio a la memoria las operaciones dignas y singulares. De manera que (según cierto autor moderno) la podremos difinir, ser expresión de un señalado pensamiento, puesto en un símil con galana pintura, y viveza de mote; que porque determina la significación de la figura, y la contrae a determinado sentido, le llaman alma de la empresa. Los preceptos generales consisten en tener sólo un concepto, y en que sus palabras sean de buen original, o compuestas de manera, que no puedan subsistir, ni significar el concepto del

autor, sin la figura; y de aquí se conoce la imperfección de las empresas, en que el mote significa cumplidamente por sí, sin la ayuda de la figura que por eso viene a quedar puesta de más. Alejandro Farra trae por ejemplo, la de Mucio Colona, cuyo mote era, *Forcia facere, et pati, Romanum est*; el cual es juzgado por demasiado expresivo de sí. Lo propio se requiere en las figuras, o (por hablar según el uso común) en el cuerpo de las empresas que no explican el concepto del autor; de modo que el mote sea superfluo, porque de otra suerte, se incurriría en tres yerros: el primero, que no habría diferencia entre estas figuras, y los Jeroglíficos, que de su naturaleza son significativos. El segundo, que las palabras estarían puestas de más. El tercero, porque las mismas palabras (que son el alma de la empresa) tendrían sólo oficio de servir a la figura, sin más operación que mostrar la naturaleza de la cosa que representa. Lo cual no es menos digno de vituperar que la vida de aquel, cuya alma falta del resplandor intelectual, queda toda sumergida en los sentidos corporales. En tales defetos dice el referido autor haber incurrido Paulo Jovio (primer escritor desta materia, y juzgado de todos por maestro de las empresas) como se conoce en el *Venena Pello* del Albiano; y en el *Inclinata resurgit* del Duque de Urbino. Fuera desto es menester huir la intricada, y confusa multitud de figuras, palabras y conceptos, como se dijo, siendo más noble la unidad que la muchedumbre. Las mismas figuras deben tener el propio significado derivado de la naturaleza de aquel cuerpo, natural, o artificial, animado, o inanimado, que se representa por tal figura: y por eso diverso del que se saca después de la junta que se hace de la misma figura, con las palabras en la formación de la empresa: así como es diversa la forma propia del cuerpo de la que después le da el alma: y esta calidad debe ser notable, y con facilidad intelligible. Por esta razón son juzgadas defectuosas las empresas, cuyas figuras tienen significaciones, tan ocultas, que apenas las entienden y conocen personas doctas. Los cuerpos pueden ser de tres suertes, fabulosos, históricos, y naturales; si bien todos quieren ser conocidos sin ayuda exterior de palabras, de colores, ni otras figuras; como la efigie humana se conoce cumplidamente sin otra inscripción o título. Todos los cuerpos fabulosos o históricos pueden tener figuras de hombre, o dioses, según el Prometeo del Cardenal de Ferrara, o el de algún antiguo, que haya hecho alguna cosa memorable; como el juramento de Mucio Scévola; la defensa de la puente de Horacio; o si por denotar divino y no esperado soccorro en peligrosa empresa, se

pintase, Valerio Corvino con el cuervo sobre la cabeza. Los cuerpos naturales no pueden tener figura humana, sino monstruosa. Y la razón es, porque dándose a la figura el mote por perfeción, se podrá dar a cualquiera, sino al hombre que es de figura perfetísima. Deben demás desto elegirse todos los cuerpos nobles, honestos, y tales, que no muevan en los que los miran desprecio o risa en vez de admiración, como fue el Amor arcabucero del Duque de Milán (si bien el Rusceli favorece cuanto puede tal empresa) la de la escopeta, y otras así del mismo Duque. También los motes deben ser breves y agudos, y que tengan un cierto agrado, donaire y concordancia con la figura, tomándose todos de los lugares Tópicos, como de la comparación, del símil, del contrario, de la proporción; de la alusión, de las translaciones, de la prosopopeya, de la adición, de los proverbios, del equívoco con replicación, y de otros semejantes que apunta el Caburazo y el Farra en sus tratados de empresas, a quien remito a sus aficionados, y a ver otras diversas, pintadas y no pintadas en los libros del Rusceli, y Paulo Jovio, que ponen muchas ilustres, a cuya semejanza se pueden formar no pocas, siendo este ejercicio de personas inteligentes, y de espíritu elevado.

Anotación sobre el IX discurso.

Sin los referidos libros de empresas, se puede ver el de Scipión Barbagala que trata desta materia modernamente, dando con algunos dichos suyos ocasión a la Academia de Treviso, para ventilar con deleite curioso, la sutil cuestión de si el cuerpo fabuloso se debe convenientemente usar por empresa. Puédense ver también las empresas espirituales del Maestro Juan Francisco de Villaba, autor aunque moderno, no poco ingenioso y erudito.

De los Escribanos, y Notarios. Discurso X.

EL oficio y profesión de los Escribanos, es cosa digna y honrosa en sí, como se colige del Código, y como afirma Guillielmo de Rovilla Doctor Francés, alegando aquella insigne sentencia del Eclesiastés:

> *In manu Dei potestas hominis est, et super faciem scribae imponet honorem.*

Porque el Escribano es ministro público, y el oficio del Juez, no se podría ejercer cómodamente sin su persona. Los Legistas los llaman (según Juan de Platea, y Orlandino) con diferentes vocablos, como Notarios de notar civiles acciones; Tabeliones, porque antiguamente se solía escribir en ciertas tablas de madera; Scriniarios, por ser costumbre poner sus instrumentos dentro de ciertos escriños. Librarios de libra, porque su oficio consiste en ajustar, y pesar los negocios que pasan por sus manos justa y fielmente; y Scribas de su contino escribir. Otros los llaman Protocolos, otros siervos públicos. Encomiéndalos Ulderico Zasio, sin otros Doctores, cuando se hallasen en ellos las condiciones debidas a semejante ministerio, que no es de poco momento y consideración, si con cuidado se mira. Deben ser constituidos por autoridad Pontificia, Imperial, o Real, inmediata, o derivada de los mismos; libres, y no siervos, legítimos, y no bastardos, no elegidos por ignorancia, obligados por juramento; como dice Agustín de Ancona. Así según Hostiense han de jurar para el cumplimiento de su fiel ejecución que harán las escrituras, como personas Reales sin falsedad; que tendrán secretas las cosas que les serán cometidas; que no harán escritura (sabiéndolo) sobre contrato usurario; que irán voluntarios a hacer cualquier escritura; que serán fieles con los que se fían dellos: y finalmente que harán su oficio con buena conciencia, desechada toda sospecha de aborrecimiento y parcialidad, cohecho, temor, o afecto particular. A éstos pertenecen todos los contratos en común, las ventas, las compras, los arrendamientos, obligaciones, pactos, renunciaciones, ratificaciones, condenaciones, denunciaciones, aprecios, legados, fideicomisos, testamentos, codicilos, empadronamientos, donaciones, citaciones, fianzas, provanzas, apelaciones, y escrituras de toda suerte; para cuya validación, se requieren muchas condiciones y circunstancias (como

dice Guillielmo) esto es, la invocación del nombre del Señor, el año del mismo, la indicción, el día del mes, el nombre del Papa, del Rey, o Señor de aquel estado, el lugar general y especial donde se hace el instrumento, los testigos, el nombre del Notario, o Escribano, cúyo hijo es, dónde ha nacido, y con qué autoridad ejerce semejante oficio; y últimamente su signo, salvo donde no se usa, como en Narbona: siendo esto del signo y nombre tan necesario, que el que le muda cae en nota de falsario como se apunta en el Código, y según notan Baldo, y Lanfranco, de Oriano. Mas quien quisiere saber más requisitos de Escribanos, lea el libro intitulado *Formularium Instrumentorum*, y el tratado de *Instituendis Notariis*, juntamente con el Espejo del arte de los Notarios de León Espeloneo. Y cuanto a los Escribanos de España, a Monterroso, Ribera, y Pena.

No se puede negar ser los diestros Escribanos así civiles como criminales, de grande alivio para cualquier juez; supuesto ponen delante con notable velocidad los puntos más esenciales de los pleitos, haciendo relación de lo más importante dellos. Para esto conviene se hallen instruidos en la variedad de fórmulas, poseyendo, fuera de la práctica, singular expresiva, buena memoria, copia de elegantes palabras, y noticia de los más términos jurídicos. Muchos de semejantes requisitos y capacidad, tuvo y tiene hoy nuestra España en sus ciudades, Audiencias, y Chancillerías; mas lleva a todas ventaja Madrid, ínclita Corte del Monarca Felipe III. Allí entre otros son únicos en lo civil Miguel Moreno; Bartolomé Gallo, Pedro de Munguía, y Felipe de Escobar. En lo criminal, Juan Enrique, Juan de Mendiola, y Juan de Piña. En formar escrituras legales, con todas sus circunstancias, son asimismo raros Juan de Santillana, Gaspar Testa, y Gonzalo Fernández, sin otros casi infinitos, a cuya experta habilidad se debe toda estimación. Tienen los desta facultad en general una presunción contra sí muy de temer: porque como nota San Antonino, tal vez (si bien por la mayor parte son todos sutiles y hábiles en toda montea y cetrería) de ignorancia hacen instrumentos necios, confusos, inválidos, y defetuosos; respeto de no tener las debidas solenidades, y por eso quedan las personas damnificadas: resultando pleitos de consideración, con manifiesto daño de las partes. Tal vez también de propósito y sabiéndolo, hacen falsas escrituras, como en los contratos de compras, o pagas, y en los testamentos, manchando sus conciencias con falsedades; y juntamente las de los testigos, cuyos dichos reciben a su modo por su interés. Tal vez ocultan escrituras útiles y necesarias, a instancia

ajena, por aprovechar a uno, y dañar a otro, pasando por este estrecho de ordinario los legados, y mandas de causas pías. Tal vez conocen ser un contrato violento, y hecho con extorsión, como en las renunciaciones que se hacen cuando entran algunos en religión, o en las capitulaciones matrimoniales violentas, o en testamentos, habiendo perdido los que los hacen, el uso de razón, y no pudiendo legítimamente testar; mas con todo, como hallen su provecho, no reparan en cosa; antes sin consideración dicen, ser llamados y rogados, y estar el testador en su entero juicio.

Mas toda murmuración aparte, la más principal de muchas virtudes que resplandecen en los Escribanos destos tiempos, es la excesiva caridad con que casi todos ejercen su oficio. Con ésta amparan güérfanos, pupilos, y viudas. Con ésta no son astutos, sutiles, ni cavilosos. Con ésta desechan calumnias, engaños, y cohechos. Con ésta no hay entre ellos escritura que salga inválida, ni despacho que deje de ser breve. Pues no permita el cielo ose mi lengua indignar tan buenos árbitros de haciendas, honras y vidas; tan diestros ministros de todo bueno o mal suceso. Publíquese desde hoy por inculpable cualquier Interrogatorio, en cuya celeridad reside como en su esfera, el más peligroso naufragio. Queden libres de mi pluma los que con las suyas a tantos oprimen. Hallen amparo y favor en todos, los que a tantos desfavorecen. Sea sumamente celebrada tan santa congregación, tan ejemplar república, que teniendo por deidad al interés, por sagrado a la mentira, y por refugio a la dilación, viene a ser la de más ancha conciencia, y la de peores pensamientos, palabras, y obras.

De los Matemáticos en general. Discurso XI.

PITÁGORAS y otros (según Celio) afirmaron no se podía llegar sin las disciplinas Matemáticas (menos que con gran dificultad) al colmo de la perfeta Filosofía, y a la suma verdad, que con ansia tan desigual busca el hombre: por ser las mismas como grados para las cosas más altas, y un camino fácil para subir por aquella escalera de perfeción, a quien todos procuran llegar lo más presto que pueden. Son llamadas en Griego Matemáticas, que en Latín (según Isidoro) suenan ciencias doctrinales. Y conviéneles este nombre, como dice Anatolio, porque pudiéndose aprender casi todas las otras facultades por sí; sólo las Matemáticas han menester maestro que las declare; y que cortando espinas, facilite los caminos, que en aparencia y en efeto son tan dificultosos. Escribe Marco Tulio, ocuparse los Matemáticos en cosas escuras, con arte oculta y sutil. De aquí es haber Platón atendido con mucho cuidado a las mismas. Lo proprio Alberto Magno, y Boecio Severino: porque todos conocieron cuánto por su respeto se elevaba el ingenio del hombre, y cuánta agudeza causaban a sus profesores. De Arístipo Socrático se lee, que roto en las playas de Rodas por naufragio, viendo florecer las Matemáticas en aquella isla, se volvió a los compañeros de su fortuna diciéndoles:

> *No dudéis, oh fieles amigos, que hemos llegado a una tierra, donde se conoce el entendimiento: y el ingenio del hombre.*

Alcinoo Platónico, decía estar el que se hallaba falto de las Matemáticas, más desnudo que Libérides, y más pobre que Cindo. Porque como afirma Platón, son importantes para el conocimiento de las cosas naturales, y para el de todo lo demás. Y en su *República* las juzga sobre todo necesarias para el ejercicio militar. Destas ciencias dijo Albumasar haber carecido los antiguos casi hasta el tiempo de Aristóteles. Después fue juzgado Euclides, por parecer de todos, superior en ellas. En especie son cuatro, Arismética, Geometría, Música, y Astrología, a quien Aristóteles llama especulativas. Su objecto es considerar la cantidad en abstracto que es por el entendimiento separado de la materia, como las líneas, la superficie, los ángulos, los números, y otras cantidades; tratando de ciencias que están en el primer grado de certeza, según el Príncipe de los Peripatéticos en más lugares. Con todo algunos (dice Aulo Gelio)

procediendo con el modo del vulgo, dieron nombre de Matemáticos a los Caldeos, o a ciertos supersticiosos adivinos como Quiromantes, Piromantes, y otros. Amonio y Platón, las dividen, diciendo ser todas de dos géneros, unas tratadas del vulgo; esto es, prácticas, y otras de los Filósofos, conviene a saber, contemplativas. Siriano sobre la Física, declara sus excelencias, apuntando ser la doctrina Matemática cierta prevención para ver en las imágines la realidad del ejemplar. Describe asimismo su valor Juan Gramático, explicando importar mucho su introducción, para contemplar las divinas substancias. Temestio afirma, carecer de luz, y no haber entrado en el zaguán de la Filosofía natural, el que ignorare su noticia, y el aumento de los números y tiempo. Su principio aplica Aristóteles a las partes de Egipto, donde primero las hallaron ciertos sacerdotes. Comprueba lo mismo Alejandro Afrodiseo, añadiendo requerir su ejercicio particular ocio. Afirma Averroes carecer de todo error; salvo, si no se le llegase el de la materia; respeto de manifestar el entendimiento sus diferencias, como el sentido las de lo que sabe por acto. Publica Amonio su sujeto, explicando tratar aquellas cosas, de quien parte se hallan conjuntas a la materia, parte separadas de la misma. Dice Juan Gramático, no ocuparse el profesor desta facultad acerca de todas formas, sino sólo de aquellas que se pueden separar de la materia. Su necesidad propone Francisco Patricio, concluyendo deben aprenderlas los mancebos, por ser de torpe y flojo ingenio ignorar lo que es necesario a cualquier hora. Su provecho refiere Proclo; suponiendo que no sólo abren camino para la Filosofía, sino que también preparan la inteligencia para la aprehensión Teológica: y añade, que Platón enseñó admirables sentencias de los dioses, en virtud de las formas Matemáticas, concluyendo ser en particular necesarias para todo género de políticas. A su consideración llama Alcino un preludio para la contemplación de lo divino. Y el Cardenal Bejaríón, les da título de imágines de las cosas inteligibles, como sombras de las naturales, por cuya causa las juzga utilísimas. Finalmente Celio Rodiginio en el libro cuarto de sus antiguas lecciones al capítu. 30, describe curiosa, y dilatadamente sus muchas alabanzas.

De los Abogados, Procuradores, Protectores, Solicitadores, y pleiteantes. Discurso XII.

EL nombre de Procurador con el de Abogado, es tomado comúnmente por una misma cosa según las leyes y Dotores: y Guillelmo Especulador confirma la verdad deste dicho, a quien se llega también el libro del Digesto, que trata de varios, y extraordinarios conocimientos. Mas hablando propia y estrechamente difieren en muchos modos, como dice Jasón sobre el mismo paso de Guillelmo, donde concluye, signifique una misma cosa el Procurador, y Solicitador de causas, mas que el Abogado es quien habla delante del juez, defendiendo sólo por sí, con ciencia, elocuencia, y razón, las causas jurídicas. Por eso afirma el mismo Doctor, que estando en el rigor de los vocablos, este nombre Procurador denota ocupación inferior a la del Abogado: porque la suya importa dignidad y honor; de modo que como persona de respeto, no puede ejercer el oficio de Procurador, según la opinión de Bártulo. Llaman las leyes a los Abogados en señal de honra *Honoratos*, como se puede ver en muchas partes del Derecho. Su salario es dicho también Honorario; porque lo reciben por honor de la defensa ajena. En otra parte son comparados a insignes y valerosos soldados, que pelean osadamente con la lengua en favor déste, o aquél como se infiere del Código. Fuera desto, son llamados Sacerdotes en el Digesto; por ventura, porque no tienen menor cuidado de sus clientes, que los sacerdotes de las almas que les están cometidas. Cuando Ascanio Pediano difine, qué fuese Abogado en tiempo de los romanos, dice era un Jurisconsulto que ministraba al protector (llamado en Latín *Patronus*) la razón, o la ley. O el que tomaba a su cargo la defensa del litigante. De donde se ve la diferencia que había entonces entre el Abogado, y el Protector. Y Carolo Sigonio dice haber Rómulo constituido los Patricios Protectores, o Patronos de la plebe, y otros defensores, llamados de la misma plebe Plebeyos, dándoles el cuidado y cargo de sacar de sus albergues a los mismos Patricios, y de acompañarlos hasta el Senado, volviéndolos de allí a sus casas con debida reverencia y honor. En esta conformidad fueron constituidos los Protectores de las Colonias,

y los de los compañeros del pueblo Romano, de quien hace mención Dionisio Halicarnaseo, y Cicerón, diciendo, haber molestado Antonio grandemente a los de Puzol, porque eligieron a Casio y Bruto por sus Protectores. Suetonio en la vida de Augusto dice, que estaban los Boloneses antiguamente debajo la protección de los Antonios. Lo mismo se observa hoy en la corte de Roma, que se toman los Cardenales por Protectores, a quien son encomendados los Príncipes, las ciudades y religiones de la santa Iglesia, en que deben ejercer su oficio con fee, amor y diligencia, observando siempre, que donde se trata del interés general de sus encomendados, no se anteponga el de algún particular con manifiesta deshonra y ruina del bien público: porque de otra suerte serían destruidores en vez de protectores. Pompeo Gramático tratando de la significación de las palabras, atribuye el nombre de Abogado a todos los que en algún modo obran y trabajan en la acción de las causas. Y Marco Tulio afirma ser lo mismo Abogados, Patronos y Oradores, de quien escribe Asconio, que antes de la guerra civil se tomaban raras veces más de cuatro; pero después de la misma, algo antes de la ley Julia, se llegó al número de doce, por tratar las causas con mayor majestad y grandeza. También en nuestros tiempos se observa el tomar muchos en causas importantes. El oficio de los Abogados no sólo es honesto en sí, útil y necesario para los clientes, sino también meritorio para los que le ejercen, cuando ayudan, según el consejo de Alberico con justo interés. Por eso Hostiense antepone la vida de los buenos Abogados a la de muchos Religiosos. Y Roderico atribuye tan grande honor a los Abogados, que dice, perecería sin duda la justicia, si faltase quien alegase en derecho. Son también honrados todos en general, por haber tenido el Señor del mundo no sólo nombre de Abogado (diciendo San Juan dél:

> *Tenemos Abogado acerca del Padre, y éste es Jesucristo*,

y Beda:

> *El hijo, para que cumpliese con la forma de hombre, ruega al Padre por nosotros, porque es Abogado*),

sino también por haber abogado en efeto, tomando la protección de la Madalena contra el Fariseo, y de la misma contra Marta; y contra los Judíos que murmuraban de la mujer adultera; y de los discípulos contra los Escribas. Hubo asimismo Abogados de grandísimo valor y santidad, como San Ambrosio que lo fue once años en Roma; San Germano Obispo Parisiense; San Lipardo hermano del beato

Leonardo; el beato Ibón de Bretaña, y otros muchos de aquella edad. Considerando todas las naciones en todos tiempos su importancia y dignidad, los tuvieron en suma veneración, no sólo mandándolos sentar, y cubrir en los más supremos Tribunales, sino también fiando dellos los Emperadores, Reyes, y Príncipes las causas más importantes a su honor y hacienda. Es menester para mayor decoro, que vaya el Abogado vestido lucida, y honrosamente según su grado, porque sea tanto más estimado del juez y de todos. Así se lee de Demóstenes, que antes de adquirir nombre de famoso Orador, traía vestidos de sumo precio; cosa que no observó tanto cuando le hubo conseguido. Si fuese buena presencia, sería doblado su honor y estima, juzgando todos la gallardía del cuerpo por merecedora de cualquier respeto. Por eso algunos Dotores dicen haber sido Papiniano agudísimo Jurisconsulto, alabado por Justiniano (en el proemio de los Digestos) de belleza corporal. Tuvo ésta en tanta consideración Alejandro, que habiendo una Señora rica, pero fea, dado palabra a un pobre hermoso, y habiéndose después arrepentido por la desigualdad de haberes, dijo ser su nobleza y riqueza bien compensada con la belleza del pobre. Conviene mucho a los mismos poner los ojos en sus pleiteantes, darles consejo, persuadir su bien, no esconderles la verdad, defenderlos en las causas honestas, consultarse en las dudas con personas doctas, no prometer la vitoria antes de tiempo; ser diligentes en la defensa; no tener puesta la mira sólo en el premio, sino en la justicia, en la equidad, en la razón; y proceder benignamente con los Abogados de la parte contraria, alabándolos mucho; no conferir con ellos el derecho de sus partes; no ser traidores a las mismas, no hacer ruido en la sala, no decir injurias, ni mentiras sino procurar vencer con la verdad, con la ley, con los testigos fieles, con alegaciones eficaces, y con fuertes argumentos; proceder asimismo con los jueces reverencialmente, saludarlos con modestia, estar con respeto en su presencia, hablar con prudencia, y cordura, dejar aparte adulaciones, aplacar la ira de los mismos, pronunciar con osadía las razones de los suyos, refutar con valor las de los adversarios; oír con humildad y paciencia lo que dicen, y finalmente con los movimientos, con las acciones, voz y rostro, mostrar gravedad, discreción y policía para captar su benevolencia en beneficio de sus partes. Hállanse adornados de semejantes requisitos casi inumerables sujetos de varias provincias y naciones. Particularmente España ha gozado y goza de muchos valientes causídicos, como entre otros, de un Pedro Barbosa, Asensio López,

Lorenzo Polo, Arévalo Sedeño, Juan Alonso Suárez, Luis de Molina, Gilimón de la Mota, Gonzalo de Berrio, Don Diego de Contreras, Don Francisco, y Don Antonio de la Cueva; Don Alonso de Vargas, Don Juan de Hoces, Luis Casanate, Cristóbal de Anguiano, Marcial González, Pelaez de Mieres, Tello Fernández y otros. Era prohibido a los Romanos, por una ley llamada Cintia, el recibir salario, o cualesquier dones por la Abogacía; mas fue después moderada por los ruegos de Apio Claudio, porque los mancebos, perdida la esperanza del premio, no obrasen con negligencia. Antes desto fue Antifón Ranutio el primero que siendo Abogado acetó paga por su Clientela (según Francisco Patricio) cuyo ejemplo siguieron después los Oradores Griegos y Latinos, hasta reducirse a tal punto que si hoy no se untan sus manos, y si no se hace concierto de darles mucho más de lo justo no tratan de hacer virtud.

Dejo aparte otros aun más indignos, que venden a subido precio las cosas que no tienen ser, como los silencios: porque así como pocos hablan sin ser pagados, así pocos callan sin premio; a ejemplo de Demóstenes, que habiendo preguntado a Aristodemo, autor de fábulas, cuánto quería por representar, y respondiendo que un talento;

yo (dijo Demóstenes) *he recibido muchos más por callar*.

Supuesto es tan dañosa la lengua de los Abogados, que si no se ata con dones es imposible dejar de ofender. Por otra parte embelecan con sus persuasiones a los atónitos litigantes, desvaneciéndolos con la cierta esperanza de vencer el pleito. En todo profesan largas, y particularmente luego que entran en el juego litigioso, hallan negativas, suspensiones, probanzas, y tan grandes dilaciones, que inducen desesperación en los miserables interesados. El Docto Alano exclama en razón desto así:

Fomentan las causas engañando las partes, revelan no pocas veces los fundamentos a los adversarios; aunque el derecho sea tuerto le sustentan con inútiles palabras por parecer agudos, y no litigiosos como son. Hablando desentonados, discurren con desvanecimiento, enredan lo fácil, gastan muchos días sobre menudencias, procuran conseguir términos superfluos, huyendo las sentencias de los jueces, todo con grave daño de los pleiteantes, y crecido provecho suyo. Porque dure la dolencia, hacen apelar en vano, corriendo el dinero al paso que se dilata, y corriendo con tanto estremo, que jamás cesa el curso, hasta que el litigante para en el hospital, donde se canta el Réquiem sobre su hacienda tragada, y disipada del todo. Tal vez informan de cosas sofistas, y tal hacen peticiones

cavilosas, induciendo a que las partes hagan dar juramentos falsos, con riesgo de las almas de unos y otros. Hácense también de rogar mucho para salir de casa, para escuchar menudamente las circunstancias del hecho, para abrir la boca cuando es menester; faltando muchas veces a la debida diligencia.

En suma hoy los más Abogados y Procuradores caen igualmente en estas faltas, siendo el más defetuoso, el mayor tracista, y enredador, juzgado por más valiente y para más; atrayendo a sí por tal camino la caterva de los negocios. Sigonio hablando de los malos Causídicos, pinta sus vicios agudamente, diciendo ser en recibir dones, Arpías; en hablar por sus partes estatuas; en contrastar, irracionales; en entender, piedras; maderos en distinguir; Mongibelos en quemarlo todo; en blandura, Diamantes; en amistad, Pardos; en burlas, Osos; en engaños Zorras; en soberbias, Toros; y en consumir las partes Minotauros. Estos son los que retardan las causas, los que siempre añaden, los que impiden el fin; los que se enfadan por poco; los que advertidos se olvidan; los que compran los pleitos de los imposibilitados; los que venden las intercesiones; los que dictan pareceres al revés, y los que hacen pleitear en vano; cuyos oídos se deleitan sólo con el son del oro, en quien fijan los ojos de Argos; las manos de Briareo; las uñas de Esfinges. Son cuanto a perjuros Laomedontes; cuanto a engaños, Ulises; cuanto a traiciones, Turcos; cuanto a infidelidades, Sinones; y cuanto a crueldades, Scitas. Por manera que la horrenda bestia del vicio ve en sus frentes su monstruoso simulacro

Mas ¿qué diré de los míseros litigantes que gastan sus haciendas y vidas en seguir los consejos déstos? ¿Qué es pleitear, sino dar materia al corazón para suspiros, a los ojos para llantos, a la lengua para lamentos, a la imaginación para tristezas, a los pies para perpetuas inquietudes, a todos los miembros para trabajos, y a la bolsa para vaciarse de contino? ¿Qué alegrías, qué consuelos tiene un litigante, sino volverse de rico pobre; de alegre, triste: de libre, siervo; de liberal, avaro; y de pacífico, inquieto? ¿Cómo no desesperará viendo salirle de la bolsa tanto dinero cada día?, porque si el Abogado quiere diez escudos, el Procurador vocea por seis, el Solicitador por cuatro, sin el Juez, Escribano, Escribientes, Alguacil, Portero, y otros: que quieren todo lo que se les antoja. En fin, todos se conciertan para morderle, y aun tragarle como novillo entre cantidad de alanos. Dicen algunos ser los pleiteantes grandes pecadores; mas consta lo contrario por la aparencia exterior: porque no descubren errar en el pecado de

la soberbia, caminando por las calles pensativos, y con los ojos bajos, como humildes, menos en el pecado de avaricia, porque demasiado gastan, sin reservar tal vez un real para su casa: tampoco en el pecado de la pereza, porque jamás están en reposo, antes afanan de contino dando vueltas, ya a la casa del Abogado, ya a la del Solicitador, ya a los tribunales. No en el pecado de la Gula, porque no les sobra con que poder hacer plato; ni en el de sensualidad, porque los trabajos del ánimo hacen perder el apetito carnal. En suma si se hallasen libres de la ira, y de la envidia, serían santos: mas caen por ambas en grandísimas impaciencias; murmuran de la parte, dicen mal del juez, blasfeman de los Abogados, Escribanos, y Solicitadores, abominan de los Alguaciles, injurian a los Porteros, y hablan con indecencia de las leyes, y sus Expositores. Mas toda palabra, toda acción, y todo motivo de la parte contraria les revuelve, y emponzoña el corazón; todas sus máquinas consisten en hacer notar las rebeldías, en dar término a la parte, en alegar autores; en negar la demanda; en recebirla a prueba, en examinar testigos, en ordenar el proceso, en informar la relación, en informar en derecho, en recusar al juez, en suplicar para nueva vista, en apelar de la sentencia, en vender raíces y muebles, en perder los pasos, en gastar sin provecho, y en atormentarse en vano. Las diez plagas Egipcias fueron arroyos de sangre, ranas, tábanos, moscas, langostas, tinieblas, peste, tempestad, lepra, y muerte de mayorazgos; y las plagas de los pleiteantes son aun más que éstas, y dejar a los primogénitos sin cosa con que puedan vivir; ir solos como leprosos, recibir la inevitable tempestad en los campos, en las rentas, y en las bolsas; ser aborrecidos como apestados, y quedar sepultados en tinieblas, y escuridad, por estar desnudos de todo bien, sin la verdadera sangre, que es la hacienda, derramada y perdida en contrastes, riéndose y burlandose todos dellos. Así, quién los compara a los dos hermanos Euristine y Procle, de quien escribe Herodoto, haber litigado entre sí mientras vivieron, dejando a sus herederos el mayorazgo de sus pleitos: quién los compara a la vieja llamada Ptolemai, de quien hace mención Diogeniano, que en su vida jamás dejó de pleitear: quién a Hipérbolo aquel tan litigioso, de quien se deriva el proverbio;

Ultra Hyperbolum,

cuando se habla de estremos cavilosos: quién a Parno, que por una barquilla que perdió, movió pleito a todos, naciendo el Adagio:

Disceptatore ob Parni scaphulam;

cuando se trata de quien quiere litigar sobre menudencias. Mas por lo que toca al elegir buen defensor, puede pasar por proverbio, que quien quisiere perder el cuerpo, póngase en las manos de un Médico idiota; quien cuerpo y alma, en las de malos religiosos; y quien cuerpo, alma, y hacienda, en las de los Abogados de mala fama. En suma, se suele decir comúnmente, valer más mala conveniencia que buena sentencia.

De los Alquimistas. Discurso XIII.

ES tan seguida la escuela de la Alquimia de todo género de personas por todas las provincias del mundo, y son tantas las razones que traen en defensa del arte, que tal vez despertaron en mí, fantasía de defenderla a capa y espada. Mas la infeliz salida que hicieron todos los que intentaron esta prueba, me corta toda la pujanza a la mitad de la carrera, y me quita toda la vivacidad de espíritu que se me ofrece en su defensa; pintándome el arte falsa; los profesores miserables; los instrumentos inútiles; los gastos perdidos; los trabajos vanos; los deseos ciegos; las esperanzas engañosas y mentirosas las promesas. Por eso atónito con los ejemplos de tantos, que instigados de su insaciable deseo, consumieron en esto la hacienda, la fama, y el juicio; por ningún camino sé formar sus alabanzas, antes quedo mudo, sin poder adquirir la voz perdida, sino por medio del oro potable, que con milagrosa virtud (tan predicada y encarecida de los mismos) da vida a los muertos, y hace creer a los incautos tan locos efetos. Con todo diré, aunque con tropezosa lengua, alguna parte de las honras atribuidas a esta profesión, por no parecer tan cobarde, que deje de atreverme a encarecerla con muchas razones que pelean en su favor; atendiendo después a contradecir a los miserables que teñidos de pez, untados de aceite, cocidos en humo, abrasados del fuego, y muertos de tanto velar, pierden el tiempo, y la obra en la infeliz escuela de Gilgilides y Morieno; preceptores mucho más sabios que ellos discípulos cuerdos.

Todos los que osaron discurrir contra este ejercicio, teniendo ser la Alquimia en Arábigo, o *Chimia* en Griego, una arte ridiculosa, casi no saben traer otra razón, o fundamento, sino el alegado por Tomás Erasto en su libro de Metales, esto es, no poder por algún modo hacer el arte, la forma, ni poderse mudar una especie en otra de su género próximo por vía de naturaleza, o por medio de arte. Este fundamento es menos fuerte y fijo entre los Alquimistas, que su Azogue, o Mercurio volador: porque conceden, no poder sólo el arte, considerado en sí, causar la forma, antes tienen en esta parte la misma opinión del referido, mas dicen que puede muy bien el arte fundada sobre la naturaleza, introducir la forma, como sucede en la Alquimia, donde se asegundan con tanta prudencia y destreza los principios naturales, que hallan la forma deseada. Y no son de contrario parecer

en las especies perfetas, y esencialmente entre sí diferentes, como es, el hombre; el Oso, el León que no se pueden transformar unos en otros, mas afirman, que se pueden transformar entre sí las especies imperfetas, criadas por la naturaleza, que sólo difieren según lo más y menos. Deste género son los impuros metales, que pueden ser transformados con arte, reduciéndose a más perfeción que antes tenían. Egidio Romano, en un quodlibeto suyo peleó con la escuela de los Alquimistas, valiéndose de que la naturaleza procede siempre con algunos principios ciertos, fijos, y determinados en sus operaciones, entre los cuales pone la causa eficiente, la causa material, y el lugar: donde por ejemplo dice entre otras cosas, que el caballo se engendra del caballo, como de causa eficiente, y de la sangre menstruada de la yegua, como de causa material, en el vientre de la misma, como en lugar determinado. Así quiere, se hayan de engendrar los metales sólo en las entrañas de la tierra, y no por arte, dentro de crisoles. Mas los Alquimistas hacen poco caso de la razón de Egidio, porque dicen que así como se engendran las moscas, abejas, y ranas (imperfetas criaturas) donde se halla la materia dispuesta y preparada, sin más consideración de un lugar que de otro; así los metales imperfetos se pueden engendrar, y producir como intervenga la materia, y el calor que los concuece, y la frialdad que los une y recoge. Esto parece quisiese también declarar Aristóteles, mientras hablando de algunas concocciones, dijo; no importar nada, se hiciesen las mismas en vasos naturales, o artificiales, como interviniese la misma causa de producirlas. Por otra parte afirma Averroes, engañarse los Químicos con pensar pueda el arte hacer lo que la naturaleza, siendo muy diversas las causas de una y otra. Esta razón es débil para los Alquimistas, porque prueban que hacen lo mismo en especie las causas diversas, como si todas obraran por naturaleza, dando por símil el movimiento, la luz, y el fuego, que son cosas diferentes por especie y naturaleza; y con todo eso producen fuego de la misma especie, sacándose de diversas especies, como de piedras, de palos, de hierros, y de otras cosas diferentes entre sí. Fuera de que persuaden su razón con el fundamento de Aristóteles en el 7 de la Metaph., donde dice, que de las cosas que se hacen por arte, tales contienen en sí el principio natural, por quien pueden moverse al fin entendido del arte, como la Medicina, y la Agricultura, en que el arte es de gran provecho y ayuda a la naturaleza: y tales se hacen sólo por el arte, como las casas y todos los edificios. Pues si naturaleza y arte introducen la salud, no obstante sean diversas las causas de su

introdución, ¿por qué de la misma manera no se podrá producir con arte y naturaleza juntas la plata y el oro, aunque entre sí sean causas diferentes la misma naturaleza y el arte? De aquí procede el tomar Pedro Bono Médico Ferrarés, tan particular protección de la Alquimia, por ver tan flojas razones como traen los que la vituperan con todas sus fuerzas. Así pareció quedar dudoso en su propio parecer el alegado Averroes, cuando dice que se pueden aprender y hallar muchas artes que están ocultas hasta ahora, porque se ignoran sus causas. Y cuenta solamente entre éstas el arte Química por ejemplo del dudoso pensamiento que tuvo de la misma: y así arguyendo una vez contra Algacel, que sustentaba poderse transmutar la alquimia en la sustancia de los metales: concluyó que

Veritatem docere diuturna experiencia, temporisque longitudo poterit.

Y que la alquimia sea verdadera, parece se confirma por la autoridad de Plinio, que escribe haber hecho Cayo Emperador oro excelente de su compostura; si bien no de igual peso con el bueno y perfeto. Suidas se muestra asimismo desta opinión, mientras refiere, haber Diocleciano Emperador hecho quemar todos los libros de Alquimia, que trataban de hacer oro y plata; porque los Príncipes de Egipto de su tiempo enriquecidos con tal arte, no moviesen guerra al Imperio Romano. Y Juan Fernelio Ambiano Filósofo y Médico afirma, ser verdadera el arte Química; y haber hecho él mismo oro perfeto con ella, declarando también el modo que se debe tener para obrarlo. No callaré que Julio Fírmico Astrólogo excelente, que ha que pasó 1200 años en tiempo de Constantino, dice a Mauricio Loliano, que la Luna en la nona casa del Horóscopo, en la nocturna Genitura, en la casa de Saturno engendra al hombre inclinado a la ciencia de la Alquimia, infiriendo que los mismos cielos conjurados para el bien del nacido, quieren darle la plata (entendida de los Alquimistas por la Luna) si con tal ciencia se la supiere granjear. Los Indios llamaron (como afirma Juan Pico Mirandulano) a la ciencia Química, disciplina celeste y divina. Y Baldo Jurisconsulto (si no miente Alejandro Farra en su Sócrates) la llamó invención de agudo y Filosófico entendimiento. Por eso también Juan Andrea en las Adiciones al Especulador encomienda los Alquimistas, por hacer con el magisterio de su arte, de un bajo y vil metal, otro tan raro, y precioso. Panormitano afirma, se puede hacer naturalmente por la influencia de las estrellas, con yerbas y piedras (en que hay grandísima virtud) que una suerte de metal se convierta en otro más precioso, siendo todos los metales de una sola especie, y derivados de un mismo principio, que es el azufre,

y azogue. Juan Fernelio Ambiano, hablando de la piedra Filosofal, confirma la transmutación metálica de los Alquimistas, y enseña en qué modo se hace el Elixir divino, concluyendo de su potencia, que si todo el mar fuese mercurio, le convertiría en plata. Fuera de que parece lo admite también la razón natural; porque si vemos que con el arte fundada sobre naturaleza se engendran animales sensibles, como escorpiones, lagartijas, y otros, por fuerza de corrupción, ¿quién negará se pueda hacer lo mismo en los Metales mucho más imperfetos que estos animales? Si la simiente del Ocimo (como afirma Marcial) sembrada más veces se transforma en Serpelo; si la arena del río Belo (distante de Ptolemaida solos dos estadios) tiene fuerza natural (como dice Josefo) para transformar en vidrio todos los metales que toca, ¿por qué por fuerza de Alquimia, que obra conforme a naturaleza, no podrá un metal transmutarse en otro? Finalmente ¿no está de su parte la autoridad de Arnaldo, que blasona haber formado con el artificio del Alquimia barras de oro excelente? La Alquimia pues muestra por varias pruebas ser arte no menos verdadera que milagrosa. Así se ven discurrir desta profesión tantos libros, y tantos autores, como Rosino, Alquindo, Morieno, Gilgilides, Jever, Pitágoras, Raimundo, Arnaldo, Avicena, Alberto Magno, Aristóteles, el Panteo, el Augurelo, las enigmas de Arisleo, la turba de los Filósofos, el libro de las tres palabras, los secretos de Cálido, hijo de Iacio, la alegoría de Merlín *de secreto lapidis*; Racaidito *de materia lapidis, Semita Semitae, correctio fatuorum*, y *Aurora consurgens*, con otros muchos impresos y manuscriptos.

Con todo eso el fin desta escuela viene a ser para sus profesores por estremo mísero y calamitoso. Óyase la vida del Alquimista: Muestra en lo exterior alimentarse de humo, de calor, de sudor; y en lo interior de esperanzas, promesas y vanidades. Su bolsa parece hecha de piel de Camaleón; porque sólo se llena de aire. Por tanto no es maravilla si el Papa Juan XXII (en su extravagante contra los Alquimistas) los llama pobres y miserables, diciendo:

Prometen las riquezas que no consiguen los pobres Alquimistas.

Demetrio Falereo tratándolos de imprudentes y desdichados, dice:

Fuéseles lo que debían tomar; perdieron lo que poseían.

No se pueden contar los trabajos, las vigilias, las compras, las ventas, las prendas, los empréstidos, los gastos desordenados, y las miserias y calamidades en que paran, cuando cansados de tantas pruebas, y vanas experiencias, se ven con las manos vacías, reducidos a la última

perdición de hacienda ajena y propia; dando voces con aquel verbo del Psalmo:

Ad nihilum redactus sum, quia nescivi.

Consúmense los desventurados en buscar recetas, libros y secretos, afanando por percebir la congelación del Mercurio con el Napelo, con la Horra, con la Cicuta, con la Lunaria mayor, con la urina, con el excremento del muchacho bermejo lambicado, con los polvos de Aloes, con la infusión de Opio, con el Arsénico, con el Salitre, o Sal gema, con el graso del sapo: y al fin aquel loco volador de un salto, y como por arte de Nigromancia deja en un punto los crisoles vacíos, quedando los licores bullendo, y los artífices rechinando de rabia. ¡Oh escuela perdularia, tienda sin juicio y oficina más llena de locura que de sabiduría! Aquí se enseña desperdiciar los bienes, perder los años, fatigar la vida, privarse de la fama, adquirir nombre plebeyo, nombre de engañar las personas, de hacer moneda falsa, por quien se pruebe tal vez algún lazo de oro, que con la vil operación del verdugo apriete la garganta, como apretó la del Bragadino en Baviera. Aquí se aprende la práctica vil del Rosiano y Rosino, de Turba, Alfidio, y Juanicio, dada solamente en figuras, caracteres, líneas, metáforas, puntos, profecías, similitudes, síncopas y enigmas, a quien sería imposible interpretar Edipo, o Esfinge. Aquí se aprende la Gramática insulsa de nombres extravagantes, para hacer enloquecer a cualquiera, inventada por el Panteo, nombrando a la virtud transmutativa, polvo, piedra, tierra, ungüento, cabo de cuerno, elixir, quintaesencia, con otros infinitos deste género; llamando al arte Alquimia, Quimia, Calcimia, Calcecumia, Voarchaumena, Voarchadumena. A los sujetos del arte, ánima y cuerpo, denso y raro, formas y materias, fijos y volátines, duros y blandos, puros y mistos, ocultos y descubiertos. A los modos que usa la facultad humos de Antimonios, Arsénicos, Calcantes, Ferretos de España, Litargirios, Marquesitas, Metalinas, Talcos, Magnetos, Celaminas. A los aceites de lino, de nitro, de azufre, de enebro. A las tierras tintas de Cálidonia, de Tutia, de Sargala. A los zumos de yerbas de Iavora, Peonia, Cardosanto, Martegón. A diversas sales Alcalí, Sal piedra, Sal gema, Salitre, Salcatino, Sal elebroth, Sal Indiano. A los orines, de hombre, de asno, de buey; de mujer con regla, sin otras locuras, que sería demasiado largo si las refiriese. Aquí se aprende a conocer el cuerpo de los sales con nombres de malos espíritus, siendo llamados Bahurath, Borace, Coágulo, Chomeristón, Hilepinguedo, Elebroth, tierra potencial, vidro de Faraón, Tincar, materia prima del arte. Aquí

se aprende a conocer el azogue (principio desta disciplina) con nombres estrañísimos de Ecato, de Azoth, de corazón de Saturno, de Éufrate, Favonio, Flegma, Mercuria, Occidente, blanco de huevo, unción, y otros mil epítetos disparatados. Aquí se aprende decir a los metales purgados, incólumes, sanos, remotos, calcinados, separados, dispuestos, secos, sin otros así. Aquí se aprende llamar a la perfeta plata Calcinación, melancolía, encineración, nigredo, Luna fémina; Buey, Gallina, hipóstasis, con tantos atributos, tan remotos que dejarían atónitos a Diómedes, al Prisciano, y al Calepino, si hubieran de poner en sus obras tales nombres. Aquí se aprende un arte de lambicar el juicio, por hallar tantos coágulos, elecciones, mudaciones, mixtiones, corrupciones, alteraciones, sublimaciones, aumentaciones, diminuciones, defecaciones, infrigidaciones; con un rompimiento de cabeza entre bacías, alambiques, y baños, entre crisoles, y hornillos. Aquí se aprende un caos de cosas que buscar, como, saquetes, piezas, camisas, cedazos, morteros, fuelles, horquillas, muelles, ollas de vidrio, de barro; fuegos, parrillas, copellas, cadinos; y sobre todo dineros y más dineros, que son siempre los primeros a salir de la bolsa, y los últimos a volver a casa. Finalmente después de tantas fatigas y sudores, es menester que cualquier Alquimista se encoja de hombros, y viendo perdida su obra, diga aquellas palabras:

Infixus sum, infixus sum in limo profundi, et non est substancia.

Por tanto es suavísima cosa loar la Alquimia de Raimundo, y Arnaldo; con la de Jever, mas no meterse en seguirla, porque según el proverbio

Paucis est adire Corinthum.

Anotación sobre el XIII discurso.

Entre todos los que defendieron la Alquimia, no es inferior Juan Licinio, cuyos argumentos, y razones recita brevemente Gerónimo Cardano en el libro 10 de *Varietate*, cap. 1, donde hablando de las cosas Químicas, nota algunas particularidades para sus aficionados, dignas de memoria. Pero Tomás Erasto, después de haber contado (en el libro de los metales) todos sus fundamentos (que en ninguna otra parte se leen tan dilatados) quita la esperanza de poder enriquecer con esta profesión; refutando todas las razones que se traen para su defensa. Con todo eso, se puede ver por estenso el tesoro de la Filosofía, que es libro de Alquimia, la Luz de las luces de Arnaldo de Villanova, el espejo Químico del Bacón; Eferario Mónaco;

el Correctorio de Ricardo Anglo; el Tauladano, sin otros alegados en el discurso antecedente, de quien se podrá sacar lo más importante. Yo por lo que a mí toca, quedo ambiguo; sin osar contradecir, ni aprobar del todo tal arte. Años ha se publicó un libro de Juan Francisco Pico Mirandulano, de *Auro conficiendo*, que o suyo o ajeno, habla desta materia doctamente.

De los Académicos. Discurso XIV.

EL nombre de Academia, se derivó antiguamente de un lugar umbroso, y silvestre, distante mil pasos de la ciudad de Atenas; que fue nombrado ansí por un varón insigne, llamado Academo; de cuyo lugar hace mención Diógenes Laercio en la vida de Platón; naciendo aquí aquel divino Filósofo. De modo que su escuela tomó nombre de Academia, y sus secuaces fueron llamados Platónicos, y juntamente Académicos, si bien era el Liceo la escuela superior, y la Academia, la inferior, que tocó a Speusipo, como a heredero de la verdadera disciplina de Platón, quedando el Liceo a los dicípulos de Aristóteles, que del pasearse por la escuela fueron llamados Peripatéticos. Desta ilustre y famosa Academia nació querer Marco Tulio Platónico llamar con el mismo nombre una granja suya, adornada de portales bellísimos, y de una selva florida poco distante del Lago Averno, y de Puzol, donde compuso las cuestiones Académicas.

Derívase de aquí el llamarse Academias las famosas escuelas de nuestros tiempos; y en especial las que son ilustradas por los Príncipes, de quien son favorecidas, teniendo por bien ser escritos en el catálogo de los claros Académicos desta edad. Es entre todas las Academias célebre la de los Confiados de Pavía, por la copia de hombres ilustres que se hallan en ella; la antigua de los Declarados en Sena; la de los Elevados en Ferrara (donde intervinieron Celio Calcañino, y Bartolomé Ferrino, varones de consideración) la de los Filarotos, de quien fue Alberto Lelio, Alfonso Calcañino, Galeazo Gonzaga, Hércules Bentivolio, el Conde Hércules Estense Tasón; el Conde Tomás Calcañino, y otros valerosos sujetos en todas profesiones. Así los Académicos Inflamados en Padua; los Unidos en Venecia, y otros en Florencia, en Bolonia, en Perusia, y en las más ciudades de Italia. En estas Academias se trata comunamente la música, y las letras con que los caballeros amaestran los ánimos en todo género de ilustre, y loable acción. Y así en ellas se atiende a las agudas empresas que declaran los concetos del ánimo, observándose los capítulos de honor, que hacen ejecutar los Príncipes, o Cónsules de las mismas, con suma loa de sus Principados. Son tanto más nobles estos Académicos, cuanto más ilustres por sangre, por loable vida, y por insignes ciencias, hallándose ricos y copiosos de valor;

como en su tiempo lo fueron el Bembo, el Ariosto, el Molza, el Varqui, el Trisino, el Ptolomei, el Bezano, el Tasso, el Pico, el Capelo, el Cintio, y otros modernos sin número, que ilustran sus Academias, no sólo con dichos, sino con raras obras que dejaron impresas. Convienen pues a los tales las verdaderas muestras de nobleza, la ingeniosa profesión de letras y buenas costumbres; la entereza de la fama; la reputación de la vida; la agudeza de ingenio, con que puedan honrar a sus Academias, y no las Academias a ellos. Discurre muy bien el Varqui, en una oración sobre los oficios Académicos; donde desea los Bedeles obedientes; los mensajeros solícitos; los proveedores pláticos y discretos; los Presidentes doctos; los Censores prudentes; fieles los Consejeros; sabios los Cónsules, y los lectores benignos. Siendo tan conocida la agudeza de los ingenios Españoles, felicísimos en todas facultades, sólo podré decir en razón deste discurso, les sería importantísimo, para cultivarse y perficionarse del todo; valerse deste género de juntas o Academias, al modo de Italia; donde concurriendo sujetos insignes, no sólo en letras humanas, sino también en varias ciencias, pudiese cualquiera dar lo que tuviese, y recibir lo que le faltase, siendo dicípulo en una profesión el que en otra fuese maestro. Supuesto quedarían así todos ricos, y las ciencias divididas por la flojedad de los hombres se juntarían en una sola. En esta conformidad descubrieron los años pasados algunos ingenios de Madrid semejantes impulsos; juntándose con este intento en algunas casas de señores, mas no consiguieron el fin. Fue la causa quizá, porque olvidados de lo principal, frecuentaban solamente los versos aplicados a diferentes asumptos. Nacieron de las censuras, fiscalías, y emulaciones, no pocas voces, y diferencias, pasando tan adelante las presunciones, arrogancias, y arrojamientos, que por instantes no sólo ocasionaron menosprecios y demasías, sino también peligrosos enojos, y pendencias, siendo causa de que cesasen tales juntas con toda brevedad.

Anotación sobre el XIV discurso.

Mientras Alejandro de Alejandro en el 3 libro de sus Días Geniales, al cap. 9, hace mención de las escuelas de Atenas, las reduce al número de tres, Liceo, Gipnosargia, y Academia. Fray Gabriel Buratelo, lib. 6 de *Hominis faelicitate*, comparando los Académicos antiguos y modernos dice diferenciarse éstos de aquéllos, en que sería más fácil contar las arenas del mar, que conciliar sus opiniones y sentencias.

De los Arisméticos, o Computistas, o Maestros de contar. Discurso XV.

LA disciplina de los números (hallada por los Árabes según Jorge Purbaquio en su Algoritmo) es llamada por los Griegos *Arithmetica*, respeto de llamar al número *Arithmos*. Tratola primero, según Isidoro, Pitágoras, siendo después ampliada por Nicómaco, hasta que Apuleyo y Boecio entre los Latinos, escribieron más que todos. En esta ciencia salió tan insigne Pitágoras, que por ella se elevó al conocimiento de las cosas celestes. Francisco Patricio la llama necesaria para casi todas artes, siendo menester, o contar con los dedos, o escribir en papel los números y las razones que sirven al uso cotidiano, así en los oficios mecánicos, como en las ciencias intelectuales, que posee el hombre, Iodoco Clictoveo sobre la Arismética de Juan Fabro, antepone la Arismética a todas las disciplinas matemáticas, por ser la que abre camino para la Música, para la Geometría, y las demás. Esta es a quien llama Platón, principal y sumamente divina, entre todas las artes liberales, y ciencias contemplativas. Por eso preguntado, por qué fuese el hombre animal sapientísimo, se dice haber respondido que por saber contar: de cuya sentencia Platónica hace también mención Aristóteles su dicípulo. Pitágoras decía, correr la naturaleza de los números por todas las cosas, y que su conocimiento es la verdadera Sabiduría, que asiste en todas las bellezas primas, divinas, incorruptibles, y siempre existentes; por cuya participación vienen a ser bellas todas las cosas. De aquí procedió, entender el mismo por la unidad a Dios Óptimo Máximo, Sabiduría increada, y eterna. También por la misma unidad entendieron lo propio Jenófanes, Parmenes, Sócrates, y Platón, que fueron después dél. Por eso escribe San Dionisio Areopágita, que en la unidad se halla todo número, y que ella lo comprehende únicamente todo, y que los números son conjuntos en la unidad. Iamblico escribe haber puesto Mercurio en los Comentarios de las cosas divinas la unidad delante de todo lo que es. Así Atenágoras Filósofo Ateniense en la Apología, que por la Cristiana religión escribió a Antonino y Cómodo, Emperadores, prueba ser Dios uno, con la autoridad de Lisides, y Obsides Pitagóricos; uno de quien, que es Lisides, difine ser Dios el número inefable: y Obsides afirma, ser el

exceso con que el número máximo sobrepuja al número vecino menor, que viene a ser el uno; porque el máximo número es el 10, que tiene vecino al nueve sobrepujado dél uno, que es el exceso entre el 9 y el 10. Y porque se comprehenda de todo el valor de la Arismética, dice Boecio, constar todas las cosas de números, porque

Deus omnia fecit in numero, pondere, et mesura,

como está escrito en la Sabiduría. Por eso no es maravilla, si dicen tal vez los Pitagóricos, ser hechas todas las cosas de números, como refiere Aristóteles. En señal desto Macrobio apunta, estar las almas acompañadas con los cuerpos, con una cierta y determinada razón de números. Proclo cuenta a este propósito, haber señalado los Pitagóricos cuatro razones de números. La primera vocal, que se halla en la Música, y en los versos de los Poetas. La segunda natural, que se ve en la composición de las cosas. La tercera racional, que reside en el alma y en sus partes. La cuarta divina, que se halla en Dios y en los Ángeles. Muchos hablaron de los números particulares, dignos de consideración, como Pselo, que dice, ser en la Arismética el Monade, o uno, por no tener división, señal de paz y concordia, y símbolo de amistad y piedad. Aristóteles apunta, ser el uno principio de toda cosa: y en otro lugar refiere el uno a Dios; como también lo hace San Dionisio Areopágita; porque Dios es uno, como se lee en la Escritura Sagrada. Y desta unidad pone muchas cosas el Divino Cipriano. Demás desto decía Pitágoras, significar el uno identidad, y el dos diversidad. Así Alcmeón Crotoniate (que vivió en los tiempos de Pitágoras) llamó al dos muchas cosas, que reducidas a la contrariedad y oposición, denotan el pleito de Empédocles, referido por Aristóteles. Asimismo Zarata preceptor de Pitágoras llamó al uno padre y madre de dos, porque uno y dos hacen tres; número primero compuesto, que significa la Trinidad Santísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y los mismos con la facundia de la divina esencia, producen el Tetracti, o cuaternidad; a quien los Pitagóricos llama fuente de la perpetua y siempre emanente naturaleza; la cual simbólicamente contiene y representa el nombre de Dios inefable, cuadrilateral, revelado en los sagrados libros de Moisén. Sin esto, el uno fue llamado por los Poetas antiguos Zeva, nombre atribuido a Júpiter, y el dos Hera, referido a Juno, significando Júpiter la forma, y Juno la materia, a que aludió Homero, cuando dijo:

Hera Junón desde la silla de oro,
puso la vista en Jove, que sentado

estaba en las riberas del río Ida.

El número de tres es poderosísimo. Cuanto a lo primero Dios es trino en personas, y uno en esencia. Cristo oró tres veces al Padre en el huerto. Tres cosas perficionan el Universo (según Trimegisto) la conveniencia de las cosas; la debida ejecución, y la debida distribución. Los Magos de la Persia constituyen tres principios sobre el mundo, Oromasím, Mitrín, y Ataminín; esto es, Dios, la mente, y el alma. Orfeo dijo, ser todo distribuido en tres partes; que son, principio, medio y fin: Aristóteles, contenerse toda cosa debajo del número ternario. Y deste mismo número escribe a Ausonio un libro entero, a quien intitula Grifo. El cuarto es número tocante al alma, como muestra Arquitas Tarentino, constituyendo con largos y altísimos discursos cuatro términos pertenecientes a la humana perfeción. El primero, la divina sabiduría, que asiste en las primeras Ideas, y hace en los entendimientos lo mismo que el sol en el mundo, el ojo en el cuerpo, y la mente en el alma. El segundo, la orgánica disposición, y la mental capacidad del hombre, y captitud de la misma divina sabiduría. El tercero, la aprehensión de la propia; la comparación entre la sabiduría humana y la divina; y la comunicación desta y de aquella naturaleza; y el último la redución del alma a la divina unidad. El número cinco dedicado a Vulcano sinifica la bondad; y así cumplidas las obras del quinto día, dijo Moisen:

Vidit Deus quod esset bonum.

El sexto denota perfeción de bondad. Por tanto acabados los seis días de la creación, dijo,

Et erant valde bona.

El séptimo es número infinito inmortal, símbolo de la vitoria y del mismo Dios, como dice Filón Hebreo. El octavo es el primer número cúbico, que nace de dos, reflejo y multiplicado en sí mismo, y significa bienaventuranza. El nono es número Angélico. El décimo es la absolutísima Idea de toda perfeción. Los números pues están llenos de fuerza y misterios, a quien atribuyen Boecio y Temistio tanta virtud, que juzgan no se poder derechamente filosofar sin ellos. Por eso dijo Abenzoar Babilónico, que quien sabe bien contar, conoce rectamente todas las cosas. Algunos atribuyen más al número impar que al par, como Orígenes, Francisco Jorge, Galeno, Hipócrates, diciendo, ser los números impares más vehementes para toda cosa. Esto se muestra en las calenturas con la observación de los días: y

quizá corre lo mismo en la toma de píldoras, que siempre se dan impares. También lo dice Virgilio en el lugar alegado. Platón y Macrobio dicen ser el número impar varón, y por eso más eficaz, y el par hembra. Vegecio escribe, deberse acomodar de tal manera la anchura de los fosos que sean dispares; aunque Marco Lutia Médico excelentísimo contradice con muchas razones tales cosas, atribuyendo la fuerza no a los números, sino a la eficacia de la naturaleza en los días decretorios, y así en lo demás. Cuanto a mí, no sé qué decir de los Cabalistas, supuesto por vía de números recogen tan admirables virtudes en los divinos nombres, que afirmo ser de eficaz virtud; mas no conformo con ellos en que nazca de los mismos números: si bien el Rabino Hatzados la atribuye expresamente a los propios. Mas dejada tal arte, excluido el discurso que en este libro trata della, como materia peligrosa y poco necesaria, es de notar contaban los antiguos por vía de dedos y de los artejos de la mano, según Beda; refiriendo Plinio, haber sido contados los anales Consulares antes del uso de las letras con clavos o brochas. Y el mismo afirma, señalaban los pueblos de Tracia los días felices y los infelices con piedras blancas y negras, en vez de números. Pedro Gregorio Tolosano dice asimismo contaban con las cifras Arábigas, como también hoy se puede ver en nuestros tiempos. Ahora se cuenta con notas Latinas, halladas para semejante fin. Desta profesión trataron Boecio, Pselo, Diofante Griego, Marciano Capela, Isidoro, Juan Fabro, Oroncio, Bután, Juan Esqueubelio, Juan de Muris (que pone en compendio la Arismética de Boecio) Juan de Lineris, Prodóscimo Patavino, Bernardo Salinaco, Andalo de Nigro Ginovés, Juan de Moya, sin otros casi infinitos. Para muestra de la Arismética digo en breve, se divide en práctica y especulativa, en conociente o agente; la conociente es dividida en otras dos partes, según la diversidad del número. La primera es llamada número simple; la otra número diverso. En el número simple se hallan trece divisiones; la primera es del mismo número junto con la cuenta y sus caracteres; que son 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, a quien los antiguos llamaban Dígito. La segunda las decenas, esto es, 10, 20, 30, 40, 50, 60, 70, 80, 90, que se solían decir Articulares, continuando así hasta llegar a millones de millones.

La otra división del número llamado diverso, contiene debajo de sí las diversidades, y las otras maneras de números, dividiéndose en tres partes. La primera se llama para sí. La segunda para otro; y la tercera de más.

Hecha la que es llamada para sí, se parte en número propio con dos divisiones, esto es, el par, y el dispar; y con el par igual y par desigual, interviene el desigualmente par, el diminuto, el de sobra, y el perfeto; siendo los tres primeros los que llamaron los antiguos Arisméticos, *pariter, perpariter, et impariter par*. Con el dispar entra el uno, que es incompuesto; el dos es compuesto; el tres de ambas las dos naturalezas, según los dos respetos. El número Geometrio, es el Lineario; el Superficial, el Circular, el Triangular, el Cuadrado, Congruo e Incongruo, el Sólido, el Cubo, el Pentagonal, el Sexagonal, el Septagonal, el Octagonal, el Nonagonal, y los otros. En los números para otro, se halla la proporción que se parte en primera y segunda. La primera, contiene la proporción; y la proporcionalidad común, y propia. De la propia, la Racional y la Irracional. De la Irracional, la Ecualidad, y la Inecualidad: de la Inecualidad, la Mayor, y Menor. Esta Mayor está partida en simple y compuesta: la simple, dividida en Múltiplex, Sobreparticular, y sobrepartiente. En la Múltiplex se halla el doblado, el Triplo, el Cuádruplo, el Quíntuplo, y los demás. En la Sobreparticular, se halla parte Alícuota, y no Alícuota, la Sexquialtera, Sexquitercia, Sexquicuarta, Sexquiquinta, etc. En la Sobrepartiente se halla la Sobrebipartiente, la Sobretripartiente, Sobrecuatripartiente, con las demás casi en infinito. La compuesta se divide en dos miembros; el uno es llamado Múltiplex Sobreparticular, y contiene la doblada Sexquialtera, la doblada Sexquitercia, la triplo Sexquialtera, y el resto en infinito. El otro se dice, Múltiplex Sobrepartiente, y contiene la doblada Sobrepartiente; la doblada Sobretipartiente; la Tripla Sobretripartiente y las demás; corriendo todo esto en la proporción de la Inecualidad mayor. La otra, que es llamada la Menor, tiene las mismas divisiones que la mayor, con sola esta diferencia, que a todas se añade esta particula Sobre; y se dice Sobremúltiplex, Sobredoblado, Sobretriplo y así Sobreparticular, Sobrepartiente, etc. Fuera déstas, se hallan otras seis especies de proporcionalidad, que no están unidas con las primeras; y por eso las dividí arriba en dos. La segunda manera contiene en sí seis modos de proporcionalidad, esto es la Conversa, la permutada, la Conjunta, la Disjunta, la Alrevés, la Igual. Síguese la división tercera del número diverso, llamado con muchos modos. Ésta contiene en sí números sanos y quebrados, y después las raíces Cuadradas, Cúbicas, Relatas, Pérnicas; y otras sin nombre y sin fin. Fuera desto hay reglas, como la de Tres, la de Cambios, la de Compañía, la de Cinco; las reglas de Elcataino, con la posición simple, y doble: y la regla del más y menos

de los simples y dobles. Después la prática de Álgebra y de Almuzabala, donde se ven los seis Binomios, por sus seis Recisos, los Trinomios, y Multinomios, perteneciendo todas estas cosas a la Arismética Especulativa. Tras ellas sucede la Activa, o Agente, que toca a los Computistas, en que se halla el Numerar, el Sumar, el Restar, el Multiplicar (con sus modos, a Castillo, a Coluna, por Cruz y por Cuadrado) el Partir, y sus maneras, la progresión Continua, o no Continua, Proporcional, Múltiplex o particular. También el tomar parte, reducir a parte, el hallar las raíces; y al último la prueba y sus géneros; la de siete, la de nueve, la de once; y del multiplicar el partidor contra el producido, de que trata elegantísimamente el Purbaquio en su Algoritmo, Michael Estifelo, Francisco Maurolico, Juan de Mudena en su tratado de *Minutiis Phisicis*: pero más por extenso los modernos, como Pedro Burgo, Fray Lucas Burgo, Leonardo Pitani, Nicolás Tartalia, Francisco Baligai, Francisco Feliciano, Juan de Moya, Rojas, Ortega, sin otros. Con esta profesión camina el tener libro simple y doblado, como hacen los Mercaderes, con los Acuerdos, Ventas, y compras: y así el enseñar la cuenta simple como hacen los Maestros de Contar, de quien se halla cantidad por todas partes. Con todo no es tan digna de alabanza la Arismética, que no haya dicho Platón della haberla mostrado el demonio. Licurgo que dio leyes a los Lacedemonios, quiso fuese desterrada de la República como vergonzosa, alegando requerir la misma un trabajo vano. Sin esto aparta a los hombres de útiles, y honestas ocupaciones, contendiendo infinitas veces con grande ahínco sobre cosas de ningún valor, de que procede aquella obstinada guerra de los Arisméticos, cuál número se deba poner delante el par, o el impar: cuál sea más perfeto, el 3, el 6, o el 10, y cuál se diga igualmente par. Acerca de cuya difinición quieren haya dado Euclides en grandísimo error, naciendo también de aquí tantas suertes de supersticiones fundadas en números. No hablo de la Tetracti Pitagórica, puesta entre los divinos secretos, si bien falsa y fingidamente, ni de las cosas de Magia, donde se procede casi siempre con números; porque los entendidos alcanzan ya cuán dañosa sea en esta parte la Arismética. Mas para que cesen todas las fraudes, es menester imitar al bravo Arismético Anfístides, de quien refiere Suidas, que sólo sabía contar hasta cinco. Y esto baste, así en pro como en contra de los Arisméticos.

Anotación sobre el XV discurso.

Describiendo Amonio sobre Porfirio la Arismética, dice ser conocimiento de cantidad dividida. Juan Gramático en el libro 1 de la Física dice preceder la Arismética a todas las ciencias matemáticas. Platón en el Diálogo 2 de República, engrandece la dificultad desta ciencia, afirmando ser de mayor trabajo para quien la aprende y trata, que las demás ciencias. El mismo celebra el provecho desta disciplina en el Diálogo de la República, donde dice, es fuerza sea participante de todas ciencias y artes, y de nuevo propone ser egregia, y provechosa de muchas maneras, cuando se sigue en razón de conocer, no de contratar; y luego advierte ser los Arisméticos agudos, y hábiles para las demás disciplinas. Proclo lib. 1 sobre Euclides apunta ser tres las partes de la Arismética, de líneas, de planos, y de números sólidos. Ángelo Policiano las pone con más extensión en su Panespistemón. Sus secretos se pueden ver en el 5 libro de los de Juan Jacobo Vuequero. El origen de la Arismética se atribuye a los Sidonios, según Celio Rodiginio en el 10 libro de sus antiguas lecciones, cap. 34. Y quien quisiere ver la excelencia de los números de la Arismética, vea muchos capítulos del mismo autor lib. 12, lleno de cosas tocantes a ella.

De los Médicos. Discurso XVI.

MUCHOS movidos de rabia, y trasportados de ciego furor, aguzaron lenguas y dientes, contra la doctísima escuela de los Médicos, juzgando deba dañar a todos la ignorancia de algunos. Juntan para este efeto las sentencias que en parte se mostraron adversas a la Medicina. Así proponen que Sócrates (acerca de Platón) no permitió los Médicos en las ciudades: que Porcio Catón (en Plinio) veda su entrada en Roma, llamándolos no sólo inútiles, sino también dañosos: que los Arcades antiguamente usaban sólo por medicina la leche cogida por Primavera, y en especial la de vaca: que los Lacedemonios, Egipcios, y Portugueses (según Herodoto y Estrabón) evitaban los Médicos; y los que se hallaban enfermos, eran llevados a las plazas, para que los que hubiesen pasado por semejantes dolencias, ya sanos, aconsejasen a otros los remedios que habían experimentado en sí: que Adriano Emperador solía decir, ser la turba de los Médicos quien mataba al Príncipe; y que el doctísimo Ausonio atribuye la salud de los enfermos más a la suerte que al Médico. Con estas, y semejantes alegaciones contradicen a los profesores de la Medicina, a los que apenas se dignan responder a tan frívolas objeciones, por ser claro, tocan algunas antes lo particular que lo general: y otras implicando contradición, vienen a condenar la Medicina con el mismo uso de los medicamentos. Según esto, la verdad cierta y estable es, que así la ciencia como sus estudiosos, son merecedores de honras singulares por diferentes razones de las que alegan sus contrarios. Entre casi infinitas que se pudieran traer, se cuenta por principal haber sido la Medicina criada por el Altísimo, siendo la Divina Majestad quien instituyó las honras para los Médicos, no los oprobrios que les aplican lenguas tan venenosas. Los Griegos (entre quien se estimó primero mucho) atribuyen su origen al divino Apolo; y por ventura no con temeridad, por haber sido el primero que halló el uso de las yerbas, y el que puso en sublime trono la profesión que antes se hallaba desvalida y menospreciada. Salió Esculapio su hijo tan claro y famoso en esta ciencia, que algunos le llamaron su inventor; adquiriendo por su excelencia en aquellos tiempos divinas honras.

Quieren algunos (según Plinio) fuese quien primero la halló Quirón Centauro hijo de Saturno y de Filira, y Preceptor de Aquiles,

por el gran conocimiento que tuvo de muchas plantas y yerbas. Otros dicen, deberse a los Egipcios su origen; por aplicarles Homero el uso de los medicamentos. Mas Sorano Efesio con breves palabras atribuye el origen a Apolo; la amplificación a Esculapio, y la perfeción a Hipócrates. Su valor se descubre por muchas vías; bien que la principal, por tener por objeto las causas de las cosas naturales, especuladas por los Médicos, y dirigidas al fin que pide el arte. Y en este particular es tan amiga y familiar de la Física, que se puede con razón llamar ciencia. Confirma este parecer Erófilo, cuando difiniéndola, apunta ser la Medicina ciencia de cosas saludables, dañosas, y indiferentes. O según Hipócrates, ciencia de añadir lo que falta, y quitar lo que sobra.

Propongo pues ser la Medicina ciencia utilísima, anteponiéndose la vida con entera salud a todas las cosas deste mundo. Si no pregunto, ¿de qué sirven los imperios, las riquezas, los regalos, las comodidades, y placeres al enfermo, al que está de contino en la cama, sin poderse mover? ¿Qué paz, que contento, qué alegría es la suya, estando en perpetuo tormento? ¿Qué suerte de quietud, qué especie de reposo puede tener, si acaso no es curado por la divina mano del Médico, que le restituye felizmente en su entera salud? ¿No es ésta aquella diciplina, que causa a los enfermos y tristes alegres consuelos y esperanzas, la que desecha el enfado y molestia de la imaginación? ¿Quién sino ella mitiga los dolores, enfrena las angustias, pone fin a las quejas, cierra los pasos a la muerte, restaura el triste corazón, y produce el deleite del ánimo? ¿Cómo lograran su felicidad Epicuro, Arístipo, Sófocles, y Aristoxeno, que la tenían puesta en el placer del ánimo y del cuerpo? ¿Cómo no será infeliz y desventurado en todo el que vive opreso de míseros accidentes? Y ¿cómo no será mundanamente feliz mil veces aquel a quien la Medicina concediere una vida suave, y un estado hasta la muerte alegre y tranquilo? Dichoso tesoro es el de la salud que ofrece el Médico, antepuesto por cualquier Príncipe a infinitas riquezas, guardadas por siglos en sus tesorerías; ni se puede apreciar con cosa equivalente, sobrepujando la vida a todos los bienes exteriores que la fortuna y el mundo pueden dar.

Está fundada la Medicina sobre la Lógica, por el discurso racional; sobre la Retórica, por la dulce persuasiva del Médico para la toma de bebidas, a quien aborresce la misma naturaleza; sobre la Arismética, por el contar las horas y los movimientos de las fiebres, que vienen al enfermo; sobre la Música, escribiendo Teofrasto, que con ella se sana

la Ceática, y la gota, según Marco Varrón. Sobre la Geometría, midiendo el pulso de los pacientes, como hacen todos. Sobre la Astrología, teniendo consideración a la luz y a los tiempos buenos o malos de sangrar y purgar. Hasta con la Teología tiene particular familiaridad; porque el Médico está obligado a traer a la memoria del enfermo, que se una con Dios, habiéndose estatuido así por el Sacro Concilio. Mas porque entre los Médicos se hallan los Empíricos fundados sólo en la experiencia de los remedios, los Metodicos que sólo insisten en la sustancia de las enfermedades, sin alguna consideración de lugar, de región, de tiempo, de edad, de naturaleza y fuerzas, de habito, de costumbre, de causa; los Dogmáticos y Racionales, que no desprecian las experiencias, sino que añaden la razón a las mismas, a estos últimos pertenecen las verdaderas honras, por haber ilustrado la Medicina, y reducídola a tal perfeción, que casi no se puede desear más en ella. Fue de la Empírica inventor Esculapio (según San Isidoro, Plinio, y Acrón Agrigentino) la cual fue después seguida por Filón Coo, por Serapión Alejandrino, por los dos Apolonios Antioquenos, padre y hijo, por Glaucio, por Menodoto, por Sexto, por Fraclides Tarentino, y por una caterva de Latinos, entre quien se cuenta Marco Catón, Gneo Valgio, Pomponio Leto, Casio Felice, Aruncio, Cornelio Celso, Plinio, y otros muchos. De la Metódica fue autor Apolo, como dice S. Isidoro, y según otros Temisón Laodiceo. Y así Galeno en muchos lugares, le llama inventor de la comunidad. Tras él siguió Tesalo Traliano, que con rabia arquíloca (como dice Varrón) mordió en tiempo de Nerón, la opinión de los Médicos sus antecesores, siendo tan arrogante, que puso en su sepulcro (edificado en la vía Apia) el título de haber quedado vencedor de todos ellos. Déstos fueron sucesores Mnasia, Dionisio Proclo, y Antípatro; mas fueron discordes en la misma secta, Olimpiaco Milesio, Menómaco Afrodiseo, y Sorano Efesio. De la racional, y dogmática fue después sin alguna controversia autor Hipócrates Coo, Príncipe de los Médicos, a quien siguieron Diocles Caristio, Praxágoras Coo, Crisipo, Erófilo Calcedonio, Heresistrato Quioda, Mnesteo Ateneo, Asclepíades Bitinio, Prusías, y mucho tiempo Galeno, que siguiendo sólo al mismo, revocó toda el Arte de la Medicina al cognocimiento de las causas, a la noticia de las señales, a la calidad de las cosas, y a los diversos hábitos y grados de los cuerpos. A ésta recorren todos los Médicos de nuestra edad, aprobando la doctrina de Hipócrates y Galeno, como más verdadera y más real, no obstante tengan los Árabes Averroes y Avicena

particulares secuaces de sus proposiciones, como es costumbre de ordinario en todas ciencias. Añaden gloria a la Medicina los profesores della, que por su rara excelencia merecieron que los escritores los pusiesen en el Catálogo de los doctos. Sin los referidos celebra Suidas a Aristógenes Tasio, que floreció en tiempo de Antígono Rey de Macedonia: Plinio a Crino Masiliense, que dejó cien sextercios después de su muerte, edificando los muros de su patria con la ganancia de su facultad: Baptista Pío a Macaón, hijo de Escada: Herodoto a Ocularío: Celio a Filón por sus Fármacos divinos. Tampoco puedo pasar en silencio algunos famosos más modernos, como el Cardano, el Paterno, Luis de Ribera, Francisco Valesio, Zamudio de Alfaro, Olivares, Fernando de Mena, Juan Bravo, Juan Alonso, Pedro García, Juan Gómez de Senabria, Luis de Mercado, Juan de Almazán de la Cerda, Pablo de Salinas, Francisco y Diego de Herrera, Medrano, Tomás Rodríguez de Vega, sin otros muchos, Protomédicos los más; y del pulso de la Majestad de Don Felipe Tercero Rey de las Españas. Éstos pues colocaron la Medicina en nuestros tiempos en la más alta parte del templo del honor, preparándole silla tan eminente, que no fue puesta la minerva de Fidias en lugar tan sublime y elevado.

La Medicina se divide en natural, conservativa, causal, judicial, y remedial, que entre los Griegos fueron llamadas Fisiológica, Ixiena, Etiológica, Simiótica, y Terapéutica. En la primera, se contienen los elementos, los temperamentos, los humores, las partes del cuerpo, las facultades, las acciones, y los espíritus. En la segunda la consideración del aire, de la comida, de la bebida, del movimiento y reposo, del dormir y velar, de la plenitud, y evacuación; y de las perturbaciones del ánimo. En la tercera, se comprehenden las causas interiores, y exteriores: y también las concausas; las enfermedades y los símptomas. En la cuarta, las señales en general; los Crisis diversos, los Decretorios, los Índices intercidentes, los Indicios por la urina, por los excrementos, por el escupir; y en especial por los pulsos. En la quinta, la Dieta, el Medicamento, la Cirugía: y debajo el Medicamento, dar en especial medicinas por la boca, Gargarismos, Colirios, poner refrigerantes, echar ayudas, y cosas deste género. Tienen los Médicos infinitos medios para curar los males, que todos nacen de la descompostura de los cuatro humores de los cuerpos, esto es, Sangre, Cólera, Melancólica, y Flegma: por eso sus libros están llenos de remedios contra todas las enfermedades que se pueden nombrar, como el Psalmo, la epilepsia, la Pleuritis, la

Emicránea, la Cefalea, la Virtígine, la Scotomía, la Letargia, el Flemón, la Síncope, el Sabet, la Manía, el Catarro, la Postema, la Hepática, la Perlesía, la Estranguría, la Disentería, la Pasioncólica, la Peste, el Cáncer, y el fuego de San Antón, accidentes cuyos remedios toca a los Médicos buscar; y así a este fin revuelven Textos, Comentos, Tratados, Aforismos, Pronósticos, y libros de regimientos; sin los introductorios medicinales; para que se hallen Fármacos, Antídotos, Casias, Jarabes, Píldoras, Purgas, Dietas, Bebidas, Confecciones, Ungüentos, Unciones, Colirios, Socrocios, Electuarios, Trociscos, Emplastos, Píctimas, Ventosas, Fomentos, Flebotomías, Decocciones, Distilaciones, Violebos, Gargarismos, Pastilos, Sahumerios y Supositorios. Gran parte destos medicamentos van a granos, a escrúpulos, a dragmas, a onzas, a Cuadrantes, a Libras, a Medias libras, con su Recipe delante, y un ana detrás, que siempre han sido perpetuos amigos y compañeros.

Es cosa lastimosísima ver por experiencia tan crecido el número de los indoctos desta facultad. Al paso que son largos sus deseos cuanto a enfermedades, son cortos sus estudios para sus remedios. Siempre ociosos paseantes, pasan de falso a pesar de las repúblicas. Porque si se considera bien, todos los profesores de otras ciencias y artes dan cuenta de su capacidad. Lee, o predica el Teólogo; aboga, o escribe el Legista; obra el Matemático; descubre el Pintor su habilidad, hasta el Sastre, Zapatero, y otros deste jaez, manifiestan su talento con sus operaciones. Sólo la sufficiencia del Médico consiste en fe; porque o sane o muera el paciente, nadie le toma cuenta de su ministerio. De aquí nació exclamar Platón diciendo:

Sólo al Médico es lícito matar sin pena.

¿Cuántos en esta conformidad, con crédito de capa, gorra, guantes y anillo, ignoran recitar tres píldoras? ¿Cuántos se precian de Galenos, que apenas entienden al Matiolo? ¿En cuántas casas solícita llanto su ignorancia, por hacer pruebas idiotas en ajenas vidas? Es cierto que los rostros homicidas, las manos crueles, y los efetos bárbaros, dan indicios claros de que no son piadosos Médicos de males, sino fieros ministros de muertes. Bien se puede presumir de semejantes, que con facilidad desearán los accidentes, y que venidos, los aumentarán y prolongarán cuanto pudieren, por su injusta ganancia. ¿Qué diremos de las purgas que a veces dan inconsideradamente, de las que corriendo por las tripas como truenos, traen los pacientes a tal estado que con perpetuo flujo evacúan los intestinos? Y en este comedio los

exploradores de bolsas cruzar calles, y ¡a ellos!, asidos siempre al vulgar brocárdico:

Tres jarabes y una purga, venga premio y ¡anda mula!

Lo peor es, que juzgo por irremediable los excesos de tantos Escuerzos, de tantos Basiliscos, que con el tacto y vista hacen perecer a tantos. Mas concluyo con decir, es justo sean los doctos, que casi dan vida a los muertos, tenidos por oráculos de sabiduría, debiéndoseles altos epítetos de honor, por ser los compañeros de Esculapio, los favorecidos de Apolo y los Secretarios de Melampo.

Anotación sobre el XVI discurso.

Declarando Francisco Patricio en el libro 2 de República c. 3, la intención de la Medicina Física, dice haber sido Apis Rey de los Egipcios su primero inventor, que por esta causa fue puesto en el número de los dioses; y que fue Esculapio el primero que escribió della. Marsilio Ficino lib. de *Vita caelitus comparanda*, apunta haber tenido principio de los Vaticinios. Hallose (según Platón en el I diálogo de República) para oprimir las demasías del cuerpo. Divídela en tres partes Patricio lib. 2 de Rep., una que consiste en regla; otra en medicamentos, y la última en la operación de la mano. Manifiesta Platón en su Georgia, qué cosa sea diciendo:

El arte Medical considera la naturaleza y causa de lo que cura, para poder dar razón de su ministerio.

Apunta Alejandro Afrodiseo (en el lib. de *Sensu, et sensato*) ser sus principios los que de la naturaleza escribieron los Filósofos, que se deben poner debajo de la Filosofía como debajo de tutor. Dice Alberto Magno, lib. I de las Éticas, ser su fin la salud. Declara su officio Antonio Nata, explicando ser de buenos Médicos poner grande cuidado en que sanen los enfermos, quieran o no. De varias cosas tocantes a la Medicina, hace una anotación bien dilatada Julio Barbarana en la tercera parte de su Oficina. Asimismo se puede ver a Tilesio, moderno inventor de muchas proposiciones Físicas, y también a Paracelso.

De los Canonistas, Intérpretes de Concilios, y Sumistas. Discurso XVII.

SIENDO común sentencia de Jurisconsulto (como se colige del proemio del Digesto) que queriendo tratar de alguna ciencia, se comience lo primero por su institución y origen, para que se proceda con mayor claridad, digo ser la ley Canónica, santa, y provechosa; y que sólo de Dios, como de padre de las lumbres, pudo tener principio, de quien como de fuente se deriva todo bien, y procede toda sabiduría, y el don más perfeto y escogido. Si San Augustín dice haber sido dada por Dios la ley de los Emperadores y Reyes; ¿cuánto más ésta que fue sin otros medios, publicada por la misma palabra de Dios, y de su encarnada sabiduría; siendo después declarada por sus fieles ministros, y acomodada para las occurrencias humanas? Algunos (hablando más en particular) son de parecer haya tenido principio en el Paraíso de los deleites, en la ley que impuso Dios a Adán, sobre el fruto del árbol de la ciencia de bien y mal; donde interviene la forma del juicio del Señor, tocante a la ciencia Canónica. Otros dicen, haber tenido origen en el Paraíso Celestial en el divino querer que manifestó el Señor a los Ángeles sobre la futura encarnación de su hijo, gustando de que unánimes siguiesen su voluntad; por manera que cediendo una parte, hizo la otra temeraria resistencia. Otros afirman derivarse de los Cánones de la antigua ley Mosaica, que trataban del orden judiciario como en el Levítico, Números, y Deuteronomio, donde se discurre en especial, de muchas reglas, y observancias judiciales. Otros son de parecer, tuviesen principio en tiempo de Constantino Emperador; cuando los santos padres de la primitiva Iglesia (dando fin a tantas persecuciones) comenzaron a respirar, y juntarse, celebrando sagrados Concilios, en que según la variedad de los negocios ocurrentes, publicaron diversas constituciones. Otros distinguiendo, concluyen haber tenido principio esta ciencia, y la de los Sagrados Concilios de la antigua ley, mas su perfección de la nueva. Y que se comenzasen a usar los Concilios en el viejo testamento, parece en el libro de los Números, cap. 16, donde se lee, eran llamados por sus nombres al tiempo del Concilio, los más principales de la Sinagoga. Asimismo en muchos lugares del Evangelio está escrito que hacían muchos Concilios, y

Congregaciones, los Escribas, los Fariseos, y sus Pontífices, para determinar sus dudas. Y Cristo en San Mateo, confirmó los Concilios cuando dijo:

> *Ubi fuerint, duo vel tres congregati in nomine meo, ibi in medio eorum sum.*

Así que tomando los Apóstoles la autoridad y la forma de tales palabras, juntaron en diversos tiempos siete Concilios. El primero fue sobre la elección del Apóstol que debía suplir el lugar de Judas, donde San Pedro como cabeza hizo el Parlamento. El segundo fue sobre la elección de los siete Diáconos que debían suceder en lugar de las santas viudas que servían a las mesas de los dicípulos de Cristo. El tercero se juntó para enviar a Samaria a San Pedro y San Juan como más aptos, a fin de que recibiesen los de aquella provincia el Espíritu Santo. El cuarto fue celebrado sobre la destruición de las legales ceremonias. El quinto fue, cuando San Pablo en la ciudad de Mileto convocó los mas sabios y principales de la Iglesia de Éfeso, para hacerles una plática tocante al gobierno de su Iglesia. El sexto, se hizo en Jerusalén, para quitar la sospecha que contra el mismo San Pablo habían concebido algunos: por lo cual fue concluido, se purificase. El sétimo (como declara el Pontífice Clemente Primero, y León Primero) fue en la división de los Apóstoles; cuando habiéndose de esparcir por el mundo, compusieron el Símbolo Apostólico; y (según algunos) determinaron cuarenta y ocho Cánones, que se nombran en el principio de los generales Concilios. Mas después de varias opiniones en esta materia, se concluye, haber sido ordenados ochenta y cinco Cánones por los Apóstoles, y por Pontífices Mártires, hasta el tiempo de Silvestre Papa, como se trata en las distinciones de los Decretos. De modo, que aún después de los Apóstoles (antes del tiempo de Constantino) fueron celebrados otros muchos Concilios, como en tiempo del Pontífice Víctor, uno en Éfeso, otro en Roma: y el tercero en Cesárea de Palestina, sobre diversas costumbres de la Iglesia, según se contiene en la Historia Eclesiástica. Después en tiempo de Cornelio, y Dionisio Pontífices, fueron ordenados otros, como se lee en la referida historia. Finalmente se dice en las distinciones del Decreto, haberse congregado en Roma un solene Concilio. Los Cánones comenzaron después de los universales Concilios, en tiempo del mismo Constantino; porque según lo universal de las autoridades, por la paz general de la Iglesia (seguida debajo de su Imperio) cobró fuerzas el Cristianismo, haciéndose a menudo Concilios universales, en que intervenían santos Pontífices, donde se

daban en consultos y epístolas decretadas, muchas reglas a varias naciones, para vivir bien; y se formaban nuevas constituciones para Eclesiásticos y seglares, por casos que sucedían en sus Sínodos. Por eso así en materia de Sacramentos pertenecientes a nuestra Fe, como en la de Cristianas costumbres, y en la de morales y virtuosas observancias, fueron determinadas muchas leyes Canónicas, que se sacaron parte del Viejo, parte del nuevo Testamento, y de las Apostólicas tradiciones. Mas hallándose todos estos Cánones, Decretos, Decretales, Epístolas, Dogmas, Mandatos, Tradiciones de Apóstoles, Autoridades de santos Padres, y otras muchas instituciones escuras y confusas por su variedad y muchedumbre, Graciano monje (hermano de Pedro Lombardo y de Pedro Comestor) para común provecho de los estudiosos, lo recogió todo en un tomo; a quien nombró la Concordia de los confusos y varios Cánones; añadiendo algunas notables sentencias de las divinas leyes. Y aunque antes hubo otros que recogieron los diversos Cánones y constituciones, como Isidoro, el primero, y tras él, Ivón Carnotense, y Hugón Catalán, que redujo en compendio la obra de Ivón, Fulgencio Cartaginés, que hizo una ingeniosa abreviación de los decretos de los santos Padres, y finalmente Brocardo Obispo Bormacense, que los redujo en volumen; con todo eso nuestro Graciano compuso con más facilidad el libro de los sacros decretos, juntando diversos Concilios, Determinaciones de santos Padres, y muchas Epístolas o instituciones Canónicas de Pontífices Romanos, sin otras cosas que le parecieron más necesarias para la decisión de los pleitos y gobierno de la Cristiana República; recogidas tal vez de las leyes civiles, y tal de varios Doctores santos. Fuera déste hay también las Epístolas decretales, el libro sexto, las Clementinas, y las Constituciones extravagantes; de cuyos libros hizo Gregorio Papa IX el de las Decretales año de 1221, parte de otras Canónicas Instituciones, Concilios y Epístolas decretales, y parte de las suyas; a quien por su orden el maestro San Raimundo su Capellán dividió en cinco libros. Habiendo pasado años, en el de 1298 fue hecho por el Pontífice Bonifacio VIII el nuevo cumplimiento del libro sexto, con otros casos añadidos por suplemento de los primeros libros Decretales. Después el año 1311 fue ordenado en el Concilio de Viena, el libro de las Constituciones del Papa Clemente V, tomando el nombre del mismo autor, y fue publicado y concluido por Juan Papa XXII, respeto de no le haber podido acabar el mismo Clemente, por ser atajado de muerte improvisa. Mas todas las Pontificias y Extravagantes constituciones,

que fueron compuestas después de las Decretales de Gregorio IX, no tienen alguna autoridad; salvo las que después del Sexto fueron determinadas como se concluye en el Proemio del mismo lib. 6 y en su final Glosa. Y aunque por lo que toca al modo de alegar hayan hablado muchos autores con extensión, como Haloader que escribió un libro de abreviaturas Canónicas; con todo tocaré alguna cosa; advirtiendo que de las tres principales partes de los libros de los Decretos, la primera se alega por distinciones y por capítulos, o por señales, llamados parágrafos: la segunda se cita por causas y cuestiones: y de las primeras se trae sólo el número, callándose las mismas causas, mas las cuestiones se alegan con su número, como por ejemplo, 1, q. 2, quiere decir en la primera causa, a la segunda cuestión. Mas si se alegan las distinciones de abajo, que en la misma segunda parte a las causas treinta y tres están traspuestas, se dice el título y la distinción; como de *Poenitencia distinct*. 1, esto es en el título de Penitencia a la distinción primera, y lo mismo es en las otras distinciones que allí se siguen. Finalmente la tercera parte que contiene cinco distinciones se describe en el mismo modo que se ha dicho. Demás, los cinco libros de las Decretales se alegan primero por sus títulos y tal vez se halla junto con ellos *Extra* que significa hallarse aquellos títulos fuera del libro sexto.

Hay en todos estos libros Decretales, sus capítulos, parágrafos, y versículos, y en el alegar, se nota la señal del capítulo y muchas veces se pronuncia (dejado el capítulo) sólo la primera palabra del mismo; como por ejemplo, *De Sponsalibus*, *Dilectus*. Y refiriéndose algún capítulo de un mismo título que se halle arriba o abajo donde es la alegación, se escribe, *supra*, o *infra*, *codetitulo*; y también sin decirse el título. Al fin cuanto a los otros libros Canónicos, Sexto, Clementinas, y Estravagantes, se alegan en el referido modo fuera de que se exprimen junto con los títulos, y capítulos también los nombres de los mismos libros; y en las Clementinas se suele poner el número en vez de capítulo como, *Clementina 1, de Iudiciis*, o *Clementina Quoniam, de vita et honestate clericorum*, que quiere decir, al primer cap. de las Clementinas, título de los Juicios, o al capítulo que comienza *Quoniam*, de las mismas Clementinas, en el título de la vida y honestidad de los clérigos. Esta profesión acreditaron muchos varones insignes en letras y famosos en virtud, que con sus obras crecieron sus resplandores, como Domínico de San Geminiano, Inocencio Papa, Alano, Juan de Ímola, Juan Andrea, Juan Mónaco Cardenal, Hugón, Cencelino, Guillelmo de Monte Lauduno,

Francisco Zavarela, Juan de Torquemada, excelente y singular declarador del Decreto, y asimismo el Archidiácono, el Cardenal Alejandrino, llamado Prepósito. A éstos siguen Nicolás Abad, llamado Panormitano, Baldo, Antonio de Butrio, Felino, Felipe Decio, Andrés Barbacia, Rafael Fulgosio, el Corseto, Guidón, Guillelmo Durando, llamado el Especulador, Lapo de Castellón, Juan Calderino, Odofredo, Gofredo, Juan Antonio de San Jorge, Oldraldo, Pedro de Ancarrano, Domínico de San Jorge, Tancredo, Dino, el Gomecio, el Hostiense, Enrique Bobio, y otros que hicieron Exposiciones, Glosas, y adiciones a los textos originales de los Cánones, y a sus abreviaturas. Juan Diácono Español sumó el Decreto de Graciano; Juan Baptista Cacialupo, las Decretales de Gregorio, y Marco Antonio Cuco, autor de las Instituciones Canónicas. De muchas Sumas que se hallan como la Rosella, la Pacífica, la Raimundina, la Pisanela, la Astense, la Antonina, la de San Bernardino, la de Pedro Casbelo, la de Rainero, la Gaetana, la Armila, la Tabiena, la Silvestrina, la Angélica, la de Jacobo Cavices, la de Sabonarola, la Monaldina, y otras; me parece sean más a propósito para hallar con más facilidad, y presteza, las materias que se contienen esparcidas en las fuentes de los Cánones, y sus Doctores, que para detenerse en ellas; y antes explican los casos de conciencia, que las materias de los juicios, o cualquiera otra comprehendida en el Derecho Canónico. Mas sobre todo sirven por excelencia en esto Navarro, Medina, y Toledo, sin otros modernos. Para la particular intelligencia de los Cánones, es necesario haber oído por lo menos las instituciones de Justiniano, conteniendo también esta ciencia (fuera de sus propios términos) muchos vocablos de las Leyes Civiles. Conviene asimismo haber pasado los ojos por Fabro, por Cristóbal Porcio, por Jasón y Aretino, o por otro cualquier intérprete desta facultad. Particularmente se debe haber oído el título de las acciones, y el de la significación de las palabras, y cosas de uno y otro Derecho, y el de las reglas de una y otra facultad: a Decio en las Civiles, a Dino y Juan Andrea en las Canónicas, que discurren acerca del conocimiento de las mismas reglas, con particular cuidado y doctrina. Destas primeras lecciones se vendrá a tomar la prática de los términos desta ciencia, cuyo conocimiento es una de las partes más necesarias del estudio legal. Los más útiles Doctores sobre los Decretos, son juzgados, Juan de Torquemada, el Archidiácono, y el Prepósito. Sobre los cinco libros de las Decretales, el Panormitano, Antonio de Butrio, Felino, Decio, Inocencio, Juan Andrea, Hostiense, el Archidiácono, Pedro de

Ancarrano, Pedro Morosini Cardenal; y el Gomecio. Sobre el Sexto, es muy a propósito Domínico de S. Geminiano, y Felipe Franco. Sobre las Clementinas, Juan Andrea, el Zavarela, Ímola, y el Especulador; que todos de la Teórica y Práctica de una y otra facultad, dan particular conocimiento. También sirve de mucho el Vocabulario de ambos Derechos; el Diccionario del Bertachino, el del Corseto, el de Alberico, y el más moderno del Cardenal Tusco. No son menos provechosas el Colectáneo, y Suma del Hostiense, que con breve modo declaran todas las materias Canónicas. Asimismo ayuda mucho el haber estudiado en las Sagradas letras, y también en los principios de Teología; en especial las materias que pertenecen a la Fe; y Sacramentos de la Iglesia, sacando esta noticia de la Suma de Alejandro de Ales, de San Buenaventura, de Santo Tomás, de Ricardo sobre el cuarto de las sentencias, de Scoto y de Dionisio Cartusiano. La utilidad desta ciencia es fácil de colegir, pues ordena con equidad no sólo los humanos negocios exteriores, sino también en los interiores afectos y efetos, procurándonos la unión con Dios, la paz con el prójimo, y al fin la bienaventuranza. Ella nos da la forma para volvernos hijos de Dios, para reglar nuestra vida conforme la de Cristo, para enderezar y ordenar todos los estados; el Virginal, el Vidual, y el Conyugal: para observar la justicia universal, particular, distributiva, y comutativa, para introducir una loable Monarquía de la Iglesia Cristiana; una manera de justos contratos; una observancia de lo provechoso y honesto; una custodia de los divinos y humanos preceptos; una unidad de todos vicios; un seguimiento de todas virtudes. Ella propone perfeta orden a cualquier estado, aconseja a los buenos, corrige a los malos, y castiga con severidad a los contumaces; siendo enemiga de obstinados, de herejes, y de infieles. Es la misma el bien ordenado escuadrón, la roca diamantina, y el fortísimo baluarte, que es defendido de mil escudos, y de toda fuerte armadura, como se muestra en Esaías Profeta, en los Cantares que Salomón, y en el libro de los Decretos. Ella nos da particular favor para declarar y concluir la inmensa copia de varias cuestiones que resultan sin cesar, de ocurrentes negocios, sin quien quedarían dudosas y confusas. Antes no sólo es tenida esta ciencia por útil, sino por necesaria, por ministrar la paz y la justicia, causas de que no se pierda el mundo; porque anulada la regla de la equidad Cristiana, ¿qué restaba en siglo tan perverso, sino una estrema impiedad? ¿Qué serían los Imperios, sino tiranías; qué los Reinos, sino cuadrillas de ladrones; y qué la vida del hombre, sino un abominable monstruo de vicios? Si queremos

mirar la dignidad desta ciencia, para que nos incite y anime a su estudio; ¿que ley de Ptolomeo para los Egipcios, de Solón para los Atenienses, de Licurgo para los Lacedemonios; ni de Numa Pompilio para los Romanos, se dio jamás con tanta antigüedad como ésta? Tuvo su principio del Paraíso; su medio, de la ley Mosaica, su fin y perfeta forma de la Evangélica. Vemos pues que trae su origen del principio del mundo, que el dador fue el mismo Dios; que el fin fue para reducir la criatura a su Criador, que la materia son divinos preceptos, sentencias de Profetas, palabras de Cristo Nuestro Bien, y un amaestramiento del Espíritu Santo, siendo compañera de la Teología y Filosofía Moral. Por eso Gregorio dice ser hechas estas sagradas leyes para que viva el hombre honestamente, para que no ofenda a otro, y para que dé a cualquiera lo que le toca: en cuyas palabras, se contienen expresamente las tres órdenes de la Moral Filosofía. Mas quien quisiere ver más dilatadamente las loables condiciones desta ciencia, lea el cumplido discurso de Fr. Antonio Pagani Veneciano: y quien más a la larga quisiere discurrir en materia de Sacros Concilios, no se aparte de Juan de Torquemada, Doctor famosísimo Burgalés, que trae acerca desta facultad sutiles dudas y motivos: y véase en especial la Suma de los Sacrosantos Concilios que compuso Fray Bartolomé de Carranza, importante mucho en tal doctrina, según el parecer de todos sus profesores.

Anotación sobre el XVII discurso.

Sirven comunamente para tener en la memoria de derecho Canónico, las tablas o introduciones del mismo Derecho que sacó a luz Julio César Tinto. En materia de los Concilios, véase el tratado de Jacobo Naclanto Obispo de Chiozza, que trata, *An decreta, actaque generalis Concilii exigant necessario confirmationem Papae*, donde pone cosas muy agudas a este propósito, y así el tit. 13 del compendio de las disputas, sobre los errores modernos que compuso Juan Buderio, impreso en París: y algunas breves anotaciones de Don Rafael de Coma Canónigo Reglar Lateranense de la potestad del Concilio, recogidas en un libro que intituló *Maleus baereticorum*.

De los Nobles.
Discurso XVIII.

DESCRIBIENDO Iodoco Clitoveo la nobleza, dijo, ser una excelencia de linaje. Bártulo la llamó calidad de honor que confiere el Príncipe, o la ley en la persona benemérita. Boecio la difine, por cierta alabanza de sus antecesores, derivada de los claros merecimientos de su virtud. Landolfo y Bono de Cortil, afirman ser una dignidad de progenie, que nace del resplandor de abuelos, y viene continuada en los hijos legítimos. Comunamente entre los Legistas se toma por cierta preeminencia, con que se diferencia alguno de la plebe. Es bien verdad que este vocablo Noble, se toma muchas veces en mala parte: por eso S. Gerónimo escribe de Helvidio hereje, haberse hecho noble en su maldad; tratándole como a persona famosa en depravadas costumbres. Aulo Gelio llama a Laida Corintia (que por un solo acceso pidió a Demóstenes diez mil numos) Noble ramera. Tito Livio, hablando del estrago de Canas dice:

Hízose noble aquel lugar con el destrozo Romano,

poniendo aquella nobleza por nombre de fama, adquirida con la mortandad de tanta gente. También, Noble, se acomoda (como nota Budeo) a la significación de Gentilhombre; supuesto, entre las naciones (en particular entre Venecianos) quien es Gentilhombre es también Noble; bien que muchas veces gustan de ser llamados antes Nobles, que Gentilhombre, sino en Francia, que es al contrario: aunque en efeto son lo mismo: porque (como dicen Cicerón, y Boecio) Gentilhombre era llamado entre Romanos, el que era de calificado nombre, por haber nacido de personas ilustres, entre quien ninguno de sus mayores había servido, sino conservándose siempre en su propia familia, como antiguamente en Roma los Brutos, los Cipiones, los Marcelos; y en estos tiempos los Ursinos, Colonas, Farneses, y Sabélicos: en España, los Manríques, Toledos, Mendozas, Guevaras: en Francia, los Valois, Borbones, y Tramoyas.

Bártulo divide la Nobleza en tres especies. A la primera llama teológica o sobrenatural; a la segunda natural, y a la última política. La teológica o sea sobrenatural, es conferida al hombre por el supremo Príncipe del mundo, mientras se halla en estado de virtud, con el medio de su gracia, que hace grata la persona a su Divina

Majestad. Y esto denotan las palabras del libro de los Reyes que dicen:

> *Ensalzaré y glorificaré al que me honrare, y los que me despreciaren serán bajos y plebeyos*.

Y añade Bártulo, no poderse conocer tales nobles, sino por revelación, estando escrito:

> *Ignora el hombre si es digno de odio o amor*.

Esta dotrina saca el mismo de S. Buenaventura y Santo Tomás a quien alega. Y Bono de Cortil trae también al Maestro de las sentencias en el segundo, a semejante propósito. La otra nobleza llamada Natural, se puede considerar (según Bártulo) en dos modos: el primero, como conveniente a irracionales, que son llamados Nobles según la bondad de las operaciones, porque en la misma especie de pájaros, se verán unos nobles y otros no; como ejemplifica Bártulo en el Halcón, que uno es llamado Noble, y doméstico, y otros silvestre y villano, afirmando lo mismo Jacobino de S. Jorge. En el segundo modo se considera la nobleza natural, según cae en los hombres; y entonces esta voz Natural se debe entender indistinta por razón natural: y désta trata el Filósofo, diciendo;

> *Solamente la virtud y la materia determinan y diferencian el siervo y libre, el noble y plebeyo*.

Y esto no se debe entender de toda virtud, sino de la que conviene a los que son aptos para imperar, o estar sujetos, como en otra parte advierte el mismo Filósofo. Y tomada en este modo la nobleza viene a ser sólo un acto electivo, que consiste en el medio acerca de las cosas pertenecientes al ser superior a los otros. La tercera Nobleza llamada Política, o Civil, es la que arriba fue difinida, ser una honrada calidad, que proviene del Príncipe, por quien es uno preferido al vulgo. Panormitano divide la nobleza en dos especies, en la de linaje, y en la de ánimo, en que viene a quedar muy corto, viéndose claramente que no las comprehende todas: y así parece poca mejor esto Felino, diciendo ser la Nobleza de tres suertes. La primera llamada de estirpe y sangre. La segunda de virtud, a quien abrazan los Estoicos y el Filósofo en más lugares. La tercera mista de una y otra; y ésta creo es la más verdadera y perfeta. Platón la divide en cuatro especies diciendo ser la primera sacada de abuelos que hayan sido justos y honrados. La segunda también de abuelos, que hayan sido Príncipes y señores. La tercera asimismo de los propios abuelos, que hayan por

vía de letras o armas causado a la patria honrosos triunfos. La cuarta de los que por propia virtud son famosos y claros; de quien hablando San Juan Crisóstomo dice:

> *Aquel será claro, sublime y noble perfetamente, que más aborreciere servir a los vicios, y ser sobrepujado dellos*,

concluyendo, ser esta nobleza excelentísima sobre las otras. Aristóteles la divide de otra manera, aunque apunta también cuatro especies, porque dice, llamarse una de Riquezas; otra de Linaje; otra de Virtud, y la última de Ciencia, sin prohibir se llame uno noble por el resplandor de la patria: si bien esta nobleza es de poco momento acerca de todos. Por eso habiéndose opuesto Serisio a Temístocles, con decir era Ateniense, y así más glorioso por el nombre de la patria que por su valor, se dice haber respondido:

> *Aunque tú hubieras nacido en Atenas no pudieras ser claro, ni yo tenido por plebeyo, aunque fuera Sirisio*.

Dándole una vez en rostro a Anacarsis con que era Scita, refiere Diógenes Laercio, que respondió,

> *A mí que soy bueno no me daña la patria; tú sí que ofendes a la tuya*.

La que se saca sin ésta, de los mayores que hayan sido personas virtuosas, es loable y digna de respeto: mas no por eso deben sus herederos gloriarse y desvanecerse con ella; porque (como dice Boecio) la loa de sus predecesores es un bien ajeno, que hace claros a sus dueños, mas no a sus herederos, si no son sus semejantes: porque es más digno sin duda, ser uno por sí famoso, que por sus antepasados. Y en esta conformidad decía Cicerón contra Salustio:

> *Yo con mi virtud hice ventaja a mis mayores: tú eres oprobrio y afrenta de los tuyos*.

Y Mario (en Salustio) dijo en su oración,

> *Mi nobleza comenzó de mi virtud*.

De aquí es haber dicho Séneca, producir nobleza la elevación de ánimo, no el palacio lleno de vanas imágines. Con todo Baptista Mantuano confiesa ser grande alivio para la virtud el haber nacido de claros progenitores. Así fue movido Alejandro por el valor de Filipo su padre; Scipión el menor, por el mayor; Octaviano, por Julio César, y Pirro, por su padre Aquiles. Por tanto dijo Cicerón:

Admirable herencia y superior al más rico patrimonio es para los hijos dejarles los padres la memoria de su virtud y hazañas.

Con que concuerda aquel dicho de Platón, que

La gloria de los Padres es para los que engendraron un tesoro grandioso y preclaro.

Por eso Valerio Máximo refiere, hubo una singular costumbre acerca de los antiguos, en cuyos convites al son de lira cantaban los más ancianos las obras egregias y famosas, para incitar a los mancebos a su invitación, y a seguir (cobrando ánimo) las pisadas de los varones ilustres y claros por virtud. Desto procedió haber llorado Alejandro sobre la tumba de Aquiles, codiciando más la gloria de aquel famoso Capitán, que las alabanzas de Homero, ínclita trompeta de su nombre. César viendo la imagen del mancebo Alejandro, se dolió con gran sentimiento entre sí de no haber obrado el otro tanto en tal edad. Temístocles Ateniense dijo, no haberle dejado dormir y reposar los trofeos de Milcíades. Leonardo Aretino en un opúsculo de los actos de sus tiempos confiesa, que mirando desde el lecho la imagen del Petrarca, se encendió de admirable deseo por adquirir las disciplinas humanas. En esta conformidad Eneas incita al hijo Ascanio para que con su ejemplo siga la virtud, diciendo:

De mí aprende la virtud,
y el verdadero trabajo,
Eneas tu padre que incite,
y sea Héctor tu dechado.

Asimismo en el libro de los Macabeos aquel glorioso Matatías, defensor de las Paternas leyes, propuso a sus hijos en su muerte el ejemplo de sus antiguos, diciendo:

Sed, oh hijos, defensores de la ley, y dad vuestras almas por el testamento de vuestros padres. Ni olvidéis las obras de vuestros progenitores hechas entre su generación, y recibiréis crecida gloria, y nombre eterno.

Esta Nobleza pues de estirpe y sangre confiere tanta dignidad en los herederos, que si hubiese dos iguales de ciencia, y oficio, el que es Noble, es preferido al que no lo es, como se prueba en el Digesto; y así Juan de Platea es de parecer que en la eleción de los ministros se deba tener particular consideración sobre la Nobleza; porque un noble debe con razón ser antepuesto a cualquier plebeyo, según quieren las leyes; y esto se confirma en especial con ejemplos de la Escritura, supuesto se lee haber elegido Moisén de los Tribus de Israel

para jueces, los más sabios y más nobles que había entre ellos: y en el libro de los Reyes es llamado Samuel Noble, por la dignidad de la Profecía. En el Eclesiástico es encarecido sumamente un Rey que sea Noble, y llamado su Reino bienaventurado. En los Actos Apostólicos está escrito que con la predicación de San Pablo se convirtió al Señor grande muchedumbre de Gentiles, y no pocas nobles mujeres. También Aristóteles ensalza mucho la Nobleza, y tras algunas alabanzas, dice últimamente ser ella sola la reverenciada de todos: porque es cosa puesta en razón, que de los mejores nazcan los mejores. Así es notable aquel dicho de Séneca:

> *Esto tiene propio un ánimo generoso, que siempre se incita para seguir cosas honestas: porque a ninguno de levantado ingenio deleitan las humildes y torpes*;

cosa que expresó doctamente el referido Fausto en aquel dístico;

> *Si la rusticidad fuera tu madre,*
> *no tuviera tu alma tal nobleza*.

Diré (por satisfacer a los curiosos) de cuántas partes se saque la Nobleza, que no será menos agradable que útil para muchos que hablan en tal materia confusamente. Cuanto a lo primero se colige (como se dijo) de la gloria de los antecesores; porque como está escrito:

> *La gloria del hombre procede de la honra de quien le engendró: y la afrenta del hijo nace de carecer el padre de honor*,

apuntándose en los Proverbios ser los padres el blasón de los hijos. Por eso los Legistas son discordes en esta parte; porque algunos como Bártulo, Jacobo Albaroto, y Juan de Platea tienen no ser uno Noble por la progenie materna, aunque hubiese estatuto en contrario. Por otra parte Filipo Decio, Roque de Curte, y Bono de Cortil, contrastan la opinión de Bártulo, y de sus secuaces. Mas quien quisiere ver más cosas acerca desta Nobleza, derivada de predecesores, no deje al Cépola de *Imperatore militum eligendo*. Segundariamente la Nobleza proviene de la propia sabiduría, estando escrito, ser el saber el más nobles de los Nobles. Y en los Proverbios se concluye ser mejor la Sabiduría que todas las riquezas. El Eclesiástico la aventaja a las armas militares: cuya estimación describe doctamente Juan de Monteleón. Lo tercero se saca de la Ciencia, diciéndose en el Código volver el mérito del derecho Civil nobilísimo a su profesor. De aquí es ser llamado Ulpiano Noble y Clarísimo. Y el Doctor Felino con

Ángelo de Perusia siguiendo el dicho de Casiodoro en la nona epístola; y de Roderico en su Spéculo de vita, lib. 1, tiene, hacer las letras solas noble a quien las sigue: aunque Bártulo, Cino de Pistoia, y Alejandro, parece tengan, no sea Noble un puro profesor de leyes, si no es acompañado de título, o algún otro digno oficio: por eso la ciencia confiere la Nobleza del ánimo, y el grado otra que es llamada Política y Civil. Sin esto la Nobleza se causa de administrar justicia en los Tribunales; porque los jueces son nobles, como dice Bártulo. Afirman también todos los Legistas, causarse la Nobleza por el grado de doctor, como Alejandro, Felino, Aretino, y Jacobo Bonaudís, y otros en sus comentos y glosas. Demás se tiene ocasionarse la nobleza por cualquiera virtud indiferente. Porque como dice Baldo:

Noble será cualquiera que estuviere adornado de virtud:

y Hostiense concluye con que no el linaje, sino la virtud ennoblece al hombre. Lucas de Pena defendiendo la Nobleza, apuntó, no ser otra cosa que un hábito y operación de virtud en el varón. Asimismo es causada la Nobleza de cualquiera dignidad. Por eso dice Bártulo, ser lo mismo Dignidad que Nobleza. Tiene Jacobo de Arena, sea plebeyo cualquiera que carece de Dignidad: y que deja de serlo el que está puesto en ella, probando su opinión con un singular texto. Y cuanto uno posee mayor dignidad, como de Presidente, de Señor de tierras, Conde, Marques, Duque, Príncipe, Rey y Emperador, tanto es juzgado por más noble. Tal vez se causa también la Nobleza de la común opinión que de alguno se tiene: y de los Nobles es infinito el número; mas no lo son verdaderos, aunque sean tenidos por tales, como dice Lucas de Pena, porque no hay cosa más necia, que llamar a uno bienaventurado con la voz del vulgo, como dice Marco Tulio, respeto de ser semejantes opiniones por la mayor parte erróneas y falsas. Es bien verdad tiene la fama universal eficacia para probar ser uno Noble, según Baldo y Filipo Decio. Fuera desto se saca la Nobleza de los privilegios y de los indultos de los Príncipes, según Baldo, y de la patria, como tienen Jacobo Rebufo, Juan de Platea, y Ludovico Romano. Llámase asimismo Noble el que está al lado del Príncipe, sirviéndole en officio y honroso, según Ángelo Aretino, Felino, Jasón, y otros. También se tiene por Nobleza la notoria de tiempo tan atrás, que no halla memoria de su principio, sirviendo esta antigüedad de testimonio, como juzgan Barbacia, Alejandro, Filipo Decio, y Andrés de Isernia. De aquí es, ser grandemente encomendada la Nobleza de antigüedad, según Aristóteles, que dice, ser un cierto resplandor honroso de los mayores. También se causa

por los matrimonios contraídos con mujeres Nobles, como consta por un texto del Derecho. Asimismo de poseer un linaje riquezas antiquísimas, como se halla en los Digestos, donde son equiparadas las grandes riquezas y la honra. Y es la razón, porque las riquezas cubren la vileza, como asimismo se vee en el Digesto: y Casiodoro dice:

En tanto es uno más noble, en cuanto fuere más virtuoso, y se tratare con mayor ostentación de riquezas.

A cuyo propósito apunta Bono de Cortil hallarse sin ellas casi muerta la Nobleza: si bien diciendo S. Ambrosio, haber llegado tan adelante la costumbre y admiración de los hombres, que sólo juzgan digno de honor al rico; parece que en vez de favorecer contradice el abuso de la honra que se hace a los haberes. Y esto confirman aquellos versos de Ovidio:

En precio el precio se halla;
da el oro amigos y grados,
sólo el pobre en toda parte
yace vil y despreciado.

La adopción causa asimismo Nobleza; porque como dice Reinaldo Galo, un hijo adoptivo se hace noble mediante la Nobleza del padre: aunque no faltan muchos Legistas de pareceres contrarios, a cuyas cuestiones remito los que las quisieren ver. También se causa del Clericato, como tiene Juan Glosador. Sobre todo (como arriba se dijo) es la virtud quien determina esta Nobleza; diciendo Aristóteles:

El que fuere mejor será el más noble y generoso:

y Marco Tulio contra Salustio:

Es cosa mucho más noble (dice) *resplandecer yo por mis costumbres, que por la opinión de mis mayores, para que sea a mis sucesores notable principio y ejemplo de virtud*.

Plutarco refiere, que siendo Ifícrates hijo de un cocinero, le dio Hermodio en rostro con su bajeza, a quien respondió:

Mi nobleza comienza de mí; la tuya tuvo fin en tu persona.

Celio refiere, solía decir Licurgo a sus ciudadanos, no consistir su gloria en la genealogía de Hércules, de quien decendían, sino en el hacer obras gloriosas y acciones señoriles. Los Romanos tuvieron tres géneros de Nobleza: Senatoria, Ecuestre, y Popular. Hoy hay diversas costumbres entre las naciones en razón de su Nobleza. Los Españoles

tienen por primer grado suyo el ser caballeros, y sustentarse de sus rentas dentro o fuera de las ciudades con aparato y adorno. Los Napolitanos la fundan en la antigüedad de sus Segios, o sillas; en ruar sobre caballos; en entrar en torneos; que llevar tras sí tropa de pajes, en el fausto exterior de un lucido acompañamiento. Esto mismo hacen los Milaneses. Los nobles Venecianos son del todo sus contrarios, por tener humor de ir solos, y vestidos de ropas largas y bonetes redondos. Tienen sola una Góndola o Barco en cierto lugar, que dentro del agua se cierra. Ejercitan la mercancía, que fue menospreciada por los antiguos Senadores Romanos, sin quererla admitir jamás. Los Ginoveses son casi semejantes a los Venecianos. Los Romanos modernos atienden a la grandeza de las Cortes, ocupándose en caza, en milicia, y en gozar las dignidades y oficios que se distribuyen en su ciudad. Los Alemanes de más humano ingenio atienden a cortejar sus príncipes, y los más feroces habitan en sus caserías y castillos, como también algunos señores de Italia. Los Franceses huyen las ciudades, y residen en sus villas, gozando sus haciendas, y gastándolas en caballos y en armas, con desprecio de la mercancía, juzgando por plebeyos los que habitan en las ciudades, a quien llaman Burgueses. Los Ingleses siguen a los Franceses en vivir fuera de las ciudades; mas ocúpanse en corsos y ejercicios de mercancía por mar. Los Teucros y Sármatas piensan consistir la Nobleza en las armas. Los Egipcios y los Sirios nobles son inclinados a la milicia, a quien aplican los primeros honores; y quizá de la misma nació la Nobleza, que tuvo origen de la sangre, y muerte de los enemigos, aprobada con premios públicos, y honrada con publicas insignias. De aquí es haber nacido entre los Romanos tantas suertes de Coronas Cívicas, Murales, Obsidionales, y Navales, tantos dones militares, brazaletes, astas, bandas, cadenas, anillos, imágenes, y estatuas, con que se honraban los primeros principios de la Nobleza. Y de aquí es haberse instituido tantas órdenes de caballería y sus encomiendas, sólo para premio del valor. Entre los Cartagineses se daban al soldado tantos anillos, cuantas eran las batallas en que se había hallado. Los Españoles levantaban tantos Obeliscos en torno al sepulcro del difunto soldado, cuantos enemigos había muerto. Entre los Scitas podían beber en públicos convites en una copa que traían alrededor, solamente los que habían muerto por lo menos un enemigo. Los Macedonios tenían ley de que anduviese ceñido con un cabestro (señal de vituperio, y falta de Nobleza) quien no hubiese muerto contrario. En los pueblos de Alemania ninguno se podía

casar, si primero no traía la cabeza de algún enemigo. En suma, se ve casi por todas las historias, haber sido la milicia, la fuente de que se ha derivado el sangriento arroyo de semejante Nobleza. Mas muchos (y entre otros Casaneo) sustentan conferir la milicia, calificada Nobleza; aunque no proceda esto en sólo la milicia, sino cuando viene acompañada con alguna honrosa dignidad y militar oficio. Casi toda la Nobleza se derivó de personas plebeyas en su principio. Diralo Rómulo, que nacido de una Vestal incestuosa, y criado por una ramera; llegó al Reino por medio del homicidio de su hermano. El Taborlán ocupó tantos Reinos, siendo en su principio un simple pastor o porquerizo. Agatocles Tirano de Sicilia fue (según Ausonio) hijo de un ollero. Telefante que primero hacía carros, fue eligido Rey de los Lidios. El padre de Valentiniano Emperador fue torcedor de cuerdas. Mauricio Capodoce, de sirviente, ocupó el Imperio, tras Tiberio Segundo. Juan Cimisce, llegó a ser Emperador de Preceptor de Gramática. Primislao Rey de Bohemia, fue en su principio pobre vaquero. Hiperbol, hijo de Quernides, hizo linternas o candiles, y después vino a ser Príncipe de Atenas. Bonoso Emperador fue (según Flavio Vopisco) hijo de un pedante. Justino que imperó antes de Justiniano, fue porquerizo primero que Emperador: sin otros infinitos deste género que nombrara, si lo permitiera la brevedad que profeso. Mas ¿qué podremos decir de muchos Caballeros desta edad? ¡Qué brutos tan sin provecho, qué incapaces, qué hinchados, qué soberbios, qué escandalosos! ¡Con cuánta facilidad degeneran, qué pródigos en vicios, qué avaros en virtudes! Lastima grandemente ver cuán escasa corre la cosecha de sujetos valerosos. Paréceles lo tienen todo adquirido con la sangre heredada: mas engáñanse sin duda; porque la verdadera nobleza se adquiere mientras se vive, no mientras se nace. Ignoran que aunque la nobleza heredada por antigüedad parezca ser natural, ninguna puede hallarse sin virtud; y sin que obligue a imitación.

Anotación sobre el XVIII discurso.

Para discurrir cumplidamente sobre la nobleza, se puede ver la anotación de Julio Barbarana en la tercera parte de su Oficina, en la palabra *Nobilitas*. Celio Rodiginio, lib. 11 de sus antiguas lecciones, escribe un ingenioso capítulo de *Nobilitate, et de innobilitate*. Y entre otros se podrá leer el Gentilhombre de Mucio, libro no poco agudo. También el Espejo de la verdadera Política y Nobleza de Pedro Calefato Jurisconsulto.

De las Bulas.
Discurso XIX.

ESTABAN en tanta estimación las bulas antiguas en tiempo de los Romanos (como escribe Macrobio, y pondera Carolo Sigonio) que sus muchachos eran juzgados por ínfimos, si no traían la Toga Pretexta, y una Bula en el pecho, que era la señal de ser hijos de nobles y Patricios; a diferencia de los plebeyos. Refiere también Asconio Pediano, traer los que triunfaban sobre el carro por insignia una Bula que llamaban Áurea; como por claro testimonio de la virtud y valor que había mostrado en la guerra contra los enemigos. Y así las Bulas se usaron en todos tiempos, y acerca de todas naciones, sólo para testificar por las mismas lo que quisieron declarar Príncipes o Repúblicas. Mas en nuestros tiempos son las Bulas aquellas letras Pontificias en que se concede algún beneficio o indulgencia o exempción, o usufrutos, regresos, y privilegios: o las con que se deroga, o se inhibe, o se fulmina excomunión, o se pone entredicho, como se puede ver en el Bulario que anda impreso. Conócense por verdaderas y reales (según nota Panormitano) cuando se considera el modo del dictar, las firmas y rasgos acostumbrados, los puntos que se suelen hacer; el sello cabal por todas partes; la verdadera latinidad: y ajustando escritura con escritura, mirar si el pergamino está raído, o limpio, o si (por ejemplo) los Obispos y Cardenales son llamados Hermanos, y los inferiores hijos: y en fin, si tienen todas las condiciones de las Bulas, y la forma con que se suelen despachar en la Corte Romana: porque no las teniendo, quedan sus falsarios descomulgados por la Iglesia. Valen comunamente tanto cuanto suena la letra; y si hay algo dudoso, se debe recorrer al Pontífice a quien sólo toca la declaración de su mente. Las de los Emperadores son llamadas antes Patentes, Edictos, y Privilegios, que Bulas, no obstante tengan también éstas su forma particular, y acostumbrados sellos por quien se conocen.

Es virtuosa profesión la de las Bulas, y se reduce a los Cánones, teniendo el mismo objeto y fin, casi en todo, como los Decretos de los Sumos Pontífices registrados por Gracián. Y el que se aplica a esta noticia, sabe muchas cosas que llegan a sus oídos a modo de nuevas. Mas hoy se frecuenta poco tal estudio, por la demasiada pereza de ingenios, inclinados antes a placeres que a sagradas letras. Y si bien los Teólogos gastan algún tiempo en Concilios, y mucho en estudios

Escolásticos, no por eso deja de ser la ocupación de las Bulas merecedora de toda estimación; por contener moralidades Cristianas, píos monitorios, consejos saludables, y santas determinaciones, tanto más dignas de ser veneradas, cuanto menos atendidas de los que tienen más obligación de saberlas.

Anotación sobre el XIX discurso.

De la Bula que los Pretéxtatos traían en el pecho en tiempo de los Romanos, y de su causa, trata sucintamente Alejandro de Alejandro, lib. 2 de sus días Geniales, cap. 19. Y en el lib. 5, cap. 18, pone la forma de la misma Bula; y cómo la dejaban colgada en una fiesta solene ya pasada la puericia en memoria de los Lares. También declara en el mismo lib. 2, haber Tarquino Prisco adornado a su hijo con la primera Bula, por quien fue usada entre los Romanos. De la Bula hace también una anotación Julio Barbarana, 1 parte de su Oficina, tit. 24, in verbo Bula.

De los profesores de secretos. Discurso XX.

EL secreto (como dice Cardano) es una cosa escura y velada, cuya razón deja de ser notoria a todos, reteniendo en sí algunos seminarios de invención, con que facilitan los especulativos el camino de hallar cuanto desean. Divide este autor el secreto en tres géneros: al uno llama incógnito aunque después haya de salir a luz; al otro conocido de pocos, y así de grande estima: al tercero conocido de muchos mas sin evidente causa. Dice más, consistir algunos secretos en sola contemplación, deleitando solamente la ciencia, como saber las cosas ocultas de Dios, y la sustancia de los cielos. Otros están puestos en la contemplación, mas pueden reducirse a otra útilmente, como las virtudes de piedras y plantas. Otros consisten en la operación solamente, como la separación de los metales, las distilaciones, y el hacer colores. Algunos son llamados grandes secretos, como el del curar peste. Algunos medianos, como el del quitar la cuartana. Otros tienen nombre de perfetos, porque siempre ofrecen el efeto deseado. Unos se verifican más veces, y otros menos, como los que curan el mal de piedra, que raras veces sanan al paciente, respeto de los muchos impedimentos que le molestan. Algunos son de grande gasto; algunos de mediano, algunos casi de ninguno. Otros constan de cosas que se hallan en todas partes, y otros de las que con dificultad se pueden haber. Algunos nacen de las acciones, como de hacer que suene por sí un instrumento; y algunos de aparencias, como de tropelías. Son todos los secretos tanto más dignos de estima, cuanto más perfetos, más breves y fáciles. Esta facilidad consiste en tres puntos: en tomar pocas cosas, en hacer poco gasto, y en obrar presto. El modo de hallar varios secretos pende primero de la especulación del entendimiento, bien cursado en cosas escuras y profundas; de la intención de las mismas, con reducir un símil a otro; siendo menester para todo buena fortuna porque tal vez suceden acaso particulares milagrosos. Quiere Cardano, que quien se pone a inquirir los secretos, observe tres cosas. La primera, que experimente muchos particulares diversos entre sí, si bien todos enderezados a un fin, como podrecer o corromper muchos animales, y yerbas entre estiércol de caballo, y ver si desto se puede sacar algún notable compuesto. La segunda, saber las cosas que pueden aprovechar, que son comúnmente seis: la generación, como fomentar

en la tierra; la preparación, como en el enjerto; la putrefación, como en el estiércol; la separación, como en el fuego; la purgación: y en último lugar, la operación de las manos, con que las cosas se pulen y juntan. La tercera, que sepa a qué fin quiere le sirvan, como para medicina del cuerpo, para la del ánimo, para ornamento, para ganancia, para mostrar que sabe, o para engañar; cosa aborrecida de virtuosos. Las condiciones de los buenos secretos son; que sean ciertos, que traigan provecho, que no ofendan la conciencia, que sean de cosas vendibles con facilidad; que no sean de larga espera; que no intervenga trabajo intolerable, y finalmente que consistan en ejercicio propio de hombre noble. Otras muchas cosas dice el Cardano, tocantes a secretos, dignos más de un largo tratado, que de un limitado discurso como éste. Los secretos de los supersticiosos, son como el que pone Plinio, queriendo los Magos, que para sanar de la cuartana, se junte y ate el estiércol de Gata con uña de Buho, y para que no vuelva, no se quite hasta el seteno. También el otro casi creído del vulgo, que comiendo uno nueve días continuos liebre, venga a quedar por estremo gracioso. Y aquel que atándose en un brazo el diente de la parte derecha del hocico de la Hiena, todos los tiros que dispara quien le trae, van a dar en el blanco destinado. Asimismo, que los que traen dentro del zapato la lengua de la misma Hiena, estorban los ladridos de los perros; y que los pelos de su hocico, llegados a los labios de mujer, tienen virtud para hacer que ame. Añade Plinio (hablando siempre de oídas) y en trae encima la estrema parte de la tripa mayor del propio animal, está seguro de injusticia de Príncipes y Magistrados, y tiene feliz suceso en demandas, juicios y pleitos. También, que un pedazo de su calavera atada al brazo izquierdo tiene tanta fuerza para las cosas de amor, que si alguno mira sola una vez a alguna mujer, es luego seguido della. Pero la más disparatada de todas es, que hecho ceniza el pie izquierdo del Camaleón, juntamente con la yerba llamada del mismo nombre, y haciendo ungüento de ambos, se forman pellas, que puestas en un vaso de madera hacer caminar invisible al que las lleva. Demás, que mezclando los intestinos, y estiércol del mismo (si bien este animal no come cosa alguna) con orina de Jimia, aplaca el aborrecimiento de todo mortal enemigo, deteniéndose también con la cola del propio animal las corrientes de los ríos, y la furia de las aguas. De tales secretos vanos, y dignos de risa, está lleno el libro de Beleno, autor antiquísimo. Asimismo con el nombre de Hérmetes, se halla otro tratado sobre el caminar invisible, donde con ungüento de hormiga

quiere el referido autor hacer ver sobre los orbes, y esconder la propia forma a los ojos de cualquiera, con la junta de algunos caracteres diabólicos. Mas todos éstos son padres de embelecos, y más mentirosos que ellos los Alquimistas, y Distiladores, que prometen cosas exquisitas, hallándose siempre en la salida algún impedimento o falta. Esto baste, para que los lectores estén advertidos en no dejarse engañar tan fácilmente, porque de la Oficina destos secretos y sus profesores, sale más humo que sustancia.

Anotación sobre el XX discurso.

En la profesión de los secretos trabajaron Plinio, Alberto Magno, Rogerio Vacón, Gerónimo Cardano, Juan Baptista Porta, Don Alejo Piamontés, Cornelio Agripa, Gerónimo Rusceli, Isabel Cortés (cuyo nombre se tiene por falsificado juntamente con el de Don Alejo) el Fioravante, Antonio Mizaldo, Levinio Lemnio, el Paracelso, Jacobo Vuequero, y otros, entre quien se recitan muchos que tienen más de superstición que de verdad.

De los Simplicistas y Herbolarios. Discurso XXII.

REFIEREN antiguos autores haber sido Orfeo el primero que escribió con diligencia de las yerbas, de quien tuvo origen la utilísima profesión de los Herbolarios. Tras él sucedió Museo insigne autor, y de allí a mucho Pomponio, liberto de Pompeo, que tradujo en lengua Latina los libros de Mitrídates de la naturaleza de las yerbas. Hubo otros después que trataron por extenso dellas, como Plinio, Serapión, Teofrasto, Galeno, Dioscórides, Avicena y otros. Mas pareciendo haber fenecido en cierto modo este conocimiento de yerbas y simples, hallándose los trabajos de Griegos, Latinos, y Árabes, sepultados del todo, resucitaron por los modernos dándoles vida las obras de Ruelio Amato Portugués, las de Hermolao Bárbaro, de Brasabola, de Adamo, de Leonicelo, y Matiolo, que aprendiendo infinitas cosas de Lucas Guino Senés, Príncipe (sin contradición) en la ciencia de los simples, comentó con gran loa suya la obra de Dioscórides, famoso en esta disciplina. Luis Anguilara discurrió también en compendio sobre este género de cosas curiosas. De las yerbas y simples que nacen en la India de Oriente, escribió por estremo bien García de Horta Lusitano. Las que produce la parte Occidental (llamada hoy Mundo nuevo) teje en historia tan útil como curiosa, el Doctor Monardis: y porque se cuentan muchos simples antes entre plantas que entre yerbas, será a propósito para su particular conocimiento ver a Andrés Cisalpino que escribió diez y seis libros ingeniosos, a a Juan Belón, y a Juan Monhemo que compusieron sobre la misma materia tratados exquisitos y raros. Es de notar en nuestro intento, que atribuye Homero (según Plinio) la gloria de las yerbas a Egipto; y así hablando Diódoro Siculo de lo mismo dice:

> *Dejando se apaciente el ganado por la tierra inculta, halla tal abundancia de yerba, que las ovejas paren dos veces al año, y en él rinden otras dos los blancos vellones*.

Esquilo (también en Plinio) loa y encomienda mucho la virtud de las yerbas que produce Italia. Ovidio, celebra las del río Arcis, y las de Epiro. De las venenosas abunda el monte Cáucaso, y la Scitia, según Claudiano. También son copiosas dellas las islas de Iberia y Colcos

según Horacio. Hállanse también en el Ponto y Tesalia, grandísima cantidad, según Virgilio y Tibulo.

No es menos notable lo que Plinio escribe de algunos que hallaron yerbas particulares, como Hércules la Heracleón; Mercurio, la Moli; Melampo, el Melampodión; Teucro, el Teucrión; el Rey Gencio, la Genciana; Lisímaco, la Lisimaquia; el Rey Juba, el Euforbio; los Traces, la Isquemón; los Betones la Betónica; Servilio Demócrate la Ibérida, que es el mastuerzo; las golondrinas, la Celidonia; los perros, la Canaria y así de otros. Deben advertir los Herbolarios la singular diferencia de todas yerbas. Éstas dividen en naturales, en remotas, y en inciertas, por no estar aún bien conocidas. Las naturales o propias son silvestres, o domésticas; y las silvestres de tierra o agua, salada, o dulce. Las de agua salada o marítima, son las ovas, la coralina, el coral blanco, negro, y rojo; el tripolio, la briónica, o nueza blanca, el oleandro; y deste género serán también las yerbas que nascen en los escollos, o riberas del mar, como el hinojo marino, el camaleón negro y blanco, las adormideras, el alipo, el eringio marino, el beleño amarillo, la yerbamora, el titimalo, y el dendroides; que son especies de titimalo; en Castilla, lechetrezna, y también el peplio. Las yerbas de agua dulce corriente, son el gorgo, el gorgolestro, osío, cresción, balsamita, o berros, el erino, la farfara, o uña de asno. Las de lagunas, como la ninfea blanca y negra, el potamogeto, la colocasia o haba Egipcia, arroz, heliotropio menor, hidropiper, y trébol acuático. Las de pantanos, como el junco, mazasorda, cola de caballo, juncia, espadaña, esparganio, acelga silvestre, milefolio, scordio; acederas, esfondilio, y lenticularía. Y así las de lugares húmedos, de márgenes de fosos, y riberas de ríos, como el batraquio, o yerba bellida, el apio, la lisimaquia, la celidonia menor, la verbena, quinquefolio, llantén, galega, estrella, culantrillo de pozo, potenciana, y provenza. O las de lugares secos, o cascajos, como el vítice, o agnocasto, heliocrisio, o amaranto, amelo y botrí, corriendo todas éstas debajo la división de las acuáticas. Las de tierras silvestres, se dividen en raíces y yerbas que se van agarrando a malezas, árboles o espinos; o se tienden por el suelo en otras que producen flores y frutos; en las de breñas; de valles, de campos, de montes, de riscos, de bosques, y cultura. Entre las raíces de yerbas se comprehenden, las criadillas de tierra, el Agárico de Galeno y Dioscórides, llamado hongo; los hongos, o jetas, marrubios, y otros deste género, entre quien se pueden contar las plantas bulbosas; la cebolla albarrana, el pancracio, el ajo, y puerro silvestre; las doroncias, la angélica (delicadísima raíz) los gamones y

espinacas silvestres. Entre las yerbas que se agarran, se contienen la vid blanca, o nueza; la calabaza silvestre, los fasoles Turquescos, la cuscuta, cabellos, o flores del tomillo, el tamaro, o balsamina, vid negra, la madreselva, la smilace, o zarza, la corregüela, o altabaquillo, los lúpulos, y otras. Entre las yerbas que nacen sobre otras, o sobre árboles, se comprehenden el epitimo, el epitimbro, el epistebe, el visco, el musco o vello de encinas, el polipodio, la líquena o pulmonaria. Entre las yerbas espinosas, se contienen la espina real, la cicerbita, sonco, o sarralla, el acanto silvestre, el rusco, la taragoncia, el cardo corredor, el azafrán morisco, la sabina, el cardón, el cardo mayor y menor, el cardo santo, el cardo de santa María, la carlina o camaleón blanco, y otras. Las remotas se tienen en consideración, o por la raíz, o por el tronco, o por los frutos o zumos. Por la raíz, como la galanga, el acoro, cardamomo, o grano del Paraíso, la espiga nardo, el nardo montano, el ruipóntico, el ruibarbo Indiano, el dauco Crético, el ben, o avellana Indiana, el turbit, la China, la surnaga de África, y otras así. Por el tronco, el cinamomo, el cálamo, la cañafístola. Por los frutos y zumos, como el higo, el cubebas, el cardomomo, el opoponaco, el glaucio, el galbano, el amoníaco, el estoraque, y otros.

Hay otras forasteras, que no por sola la raíz, ni por sólo el fruto o zumo, sino por otros particulares traen de remotas tierras, como el jengibre, el dictamo de Creta y el falso, el apio rizo, el ajenjio serifio, el santónico el Póntico, el onite, el panaz Ascrepio, el perejil Macedónico, el verbasco Etiópico, el tauro Alejandrino, los cantuesos estranjeros, el esquinanto, y el asafétida, que es goma. Entre las yerbas inciertas, y no conocidas de nosotros, ponen el bubo, la otona o clavel de India, el telefio, el poterio, el acantio, o yerba gigántea, el sisón o chiribía, el falangio, el epimedio, el papavero espúmeo, el tripolio, la poligola, la británica, el circio, el solatro, o yerbamora, el crisógono, y otras sin número. Mas porque se ponen muchos simples entre las plantas, es menester que el buen simplicista tenga general noticia y conocimiento de todas las plantas y árboles que se puedan nombrar. Divídense los árboles en silvestres siempre verdes, como el abeto, tarai, pino, enebro, aliso, ecio, yerba de víbora, el acebo, la murta, la yedra y otros. O en silvestres sin hojas, como la higuera y vid campesina, el serval, roble, encina, haya, salce, nogal, fresno, olmo, plátano, álamo blanco, sauco, cañas, espina blanca, las maguillas, el crespino, el rosal silvestre. O en domésticos siempre verdes, como oliva, palma, laurel, cedros, limones, naranjos, ciprés,

higuera, y terebinto. O en domésticos deshojados, como la vid, el manzano, el pero, el moral, el durazno, el arberquigo, el ciruelo, el cerezo, el avellano, el almendro, el castaño, el fístico, o alfosigo. O en árboles forasteros como el ébano, mirabolanos, casia, nuez moscada, nuez de India, nuez vómito, el sicomoro, la benaga, la licópside, y todas las especies de ortigas. Entre las yerbas que se estienden por la tierra, se comprehenden, la grama, la rubia, panaz heracleta, yerba estrella silvestre, la mandrágora, falaride, glaucio, poligano, escolopendria o doradilla, lengua de buey, helecho, dictamo, coloquintida, emionite, paroniquia y arianto. Entre las yerbas que producen flores o frutos, se comprehenden el orégano, el ligustro o alfena, la espinaca silvestre, el siler montano, el cimino, o comino, el apio de monte, o pantano, el esmirnio silvestre, o apio Macedónico, la ferola, o cañaheja, el serapino, el heliocrisio, la cicuta, el mil hojas, la cicutaria, y otras.

Entre las yerbas pedregosas, se comprehenden el romero, la salsifrasia, la parietaria, la siempreviva, el culantrillo de pozo, la escolopendría, la raíz Rodia, y otros. Las yerbas que nacen alrededor de las ciudades, en murallas y cercas, son el verbasco, o gordolobo, la malva, el malvalisco, la ortiga, la celidonia, el eboro sauco pequeño, la blataria, la bursa pastoris, el moronio, la aristoloquia, la espuela de Caballero, la agrimonia, el beleño, la bardana, el cohombro silvestre, el cardoncillo, la dragontea, la Betónica, el mastranzo, el basilisco silvestre, la ruda, la artemisa, el geranio o pico de cigüeña, el pie de palomino, la manzanilla, la yerbamora mayor o menor, el espárrago silvestre, de quien muchas están puestas arriba. Entre las yerbas del campo pongo la grama, las fresas, el trébol, el dauco, el lirio silvestre, la consolida, la eufragia, el barbaso, la estrella de Atenas, la centáurea, la serpentaria, el meliloto, la agrimonia, el brótano macho, la mir, o tamariz, la oreja de ratón, sin otras. Entre las yerbas de monte pongo la centaura mayor, la mandrágora, la genciana, el panaz heracleo, la rubia menor, el mazerón, el eléboro, la ruda silvestre, la polemonia, y otras. Las yerbas de bosque son la bonifacia, el helecho, la dragontea, la pulmonaria, el centón, la valeriana, el polipodio la bacara, las violetas, y otras en gran número. Las yerbas de cultura, que se ven por los campos y por las viñas, son el culantro, el jacinto, la ruda, la manzanilla, las adormideras, el clinopodio, el feno Griego o alholnas, la avena silvestre, o Jolio, la exula redonda, el fumus terrae, el hinojo. Las yerbas domésticas, o son de campo, o son de huerta. Las de campo, o son de comer, o no; las de comer, como el

trigo, la cebada, el centeno, el arroz, la espalta, el mijo, el panizo, las habas, los fasoles, los altramuces, los garbanzos, las lentejas, y cosas tales. Las que no se comen son el lino, cáñamo, algodón, y otras. Entre las yerbas de huerta se hallan los nabos, rábanos, cenorias, chiribías, espinacas, cebollas, ajos, puerros, berzas, y toda la república verduleril; la mayorana, la violeta, el jacinto; el jazmín, cohombros, melones, cardos, alcachofas, mostaza, y otras que se hallarán en Matiolo.

No han faltado singulares escritores, que por celebrar la profesión de herbolarios y simplicistas, loaron con particulares tratados la virtud de las yerbas, como Temisón Médico que compuso un libro en alabanza del llanten: Juba; que con particular volumen celebró el Euforbio: Erasistrato, que escribió singularmente sobre la lisimaquia, Icesio Médico, que alabó en una obra la yerba llamada Anonis: Hesíodo y Museo engrandecieron la yerba Polión. Fania Físico ilustró con un libro la ortiga: Asclepíades celebró la manzanilla. Dioscórides ensalza sobremanera la artemisa, llamándola muchos madre de las yerbas. Homero tuvo por loable la yerba moli, a quien, como dije, halló Mercurio. Plinio encomienda mucho una a quien llama Dodecateón, que bebida en agua dice, sana todas las enfermedades: y asimismo la malva silvestre, cuya virtud refieren algunos ser tanta, que si alguno bebiese media copa de su zumo, se hallaría lejos de toda suerte de enfermedad. Crisipo en un volumen particular escribió las alabanzas de las coles; de quien (como refiere Catón) usaron los Romanos casi seiscientos años en lugar de medicina. Baptista Fulgoso encomienda por estremo una yerba que tiene las raíces de color de sangre, y luce de noche; nace en Judea cerca de la ciudad de Maquerún, en el valle llamado Bravo; y cura las personas lisiadas de espíritus. Marción Griego escribió particulares alabanzas del rosal. Diocle encarece en un libro la excelencia del nabo, sin otros que en diversas obras trataron con curiosidad de otras yerbas. Últimamente lo que se puede decir del arte del herbolario y simplicista es, ser muy necesaria y útil para todos: porque ella tiene en sí no poco de la ciencia medicinal, y se hacen con su virtud, pruebas que tal vez dejan admirados a los propios médicos; si bien contrarios, y opuestos por la mayor parte a los desta profesión. Conviene a los mismos sobre todo saber los lugares donde nacen los simples, rigiéndose por lo que hemos dicho. Demás han menester conocer en qué tiempo están las yerbas en su mayor virtud, y entonces recogerlas y guardarlas, para ponerse servir dellas en tiempos que no se hallen sobre la tierra. Rige

y fomenta las yerbas la virtud de los Planetas, según los Astrólogos. Así el heliotropio está sujeto al sol, causa de que se coja cuando está en León; porque entonces tiene mayor virtud. La Luna predomina a la Lunaria; Marte a la Esquila, y así en otras. Por eso conviene saber cuándo los Planetas dominan, y en qué signo se hallan, porque las cosas superiores gobiernan las inferiores. Sobre todo ha menester el simplicista conocer la virtud y calidad de todos los simples, como el cardo santo, la carlina, la agrimonia, la coralina, todas milagrosas contra lombrices: la laureola, la soldanela, el tártago, los saucos, y el eléboro, que tomadas por la boca provocan vómito: las rosas, el sen, el rabárbaro, el aloes, la escamonea, la coloquíntida, y el turbit, que hacen evacuar, la zarzaparrilla, el leño santo, la china, que hacen sudar aquí bebe su decocción: el hipericón, el milefolio, el cardo santo, la betónica, sueldan las heridas, puestas encima dellas: la celidonia, el hinojo y ruda, sanan los ojos de toda enfermedad: la genciana y carlina quitan los dolores del cuerpo: la yerbabuena es a propósito para el estómago, y contra la cuartana: la laureola, sana la sarna: y así discurriendo por todas las suertes de yerbas. Quien quisiere saber más, lea las referidas obras; y también las de Francisco Calzolari Veronés, con la de Próspero Borguericio, sin las de otros modernos, que trataron por extenso desta facultad.

Anotación sobre el XXII discurso.

Quien quisiere ver un breve y curioso tratado de las yerbas, lea el libro 29 de Juan Tomás Frigio, intitulado de *Herbis Botanologia*. Mas para su cumplido conocimiento, no es menester apartarse de los que en el antecedente discurso están puestos: y fuera de los alegados, véase sobre las yerbas y plantas Leonardo Fucsio, y Dodoneo.

De los Geómetras, Medidores, o Alarifes, y pesadores. Discurso XXIII.

ERA tenida en tanto entre los antiguos esta facultad, que en las escuelas de Platón se lee estaba sobre las puertas aquel precepto,

No entre el que ignorare la Geometría.

Ésta (según afirma Alfarabio) nació entre los Egipcios por la confusión del Nilo, que inundando tal vez con grandísimo desorden su terreno, les puso en necesidad de dividir los términos, y de señalar los confines, por vía de esta ciencia, a quien Filón Hebreo llamó Princesa y madre de todas las disciplinas; Celio, principio, y basa de todas las ciencias Matemáticas; y Francisco Patricio, ayuda y socorro de todas artes. De aquí es escribir Platón, levantar la geometría el ánimo a la verdad; preparar el conocimiento a la Filosofía, y aprovechar mucho al arte militar, para poner el Real, para ocupar puestos, para recoger y dividir las tropas, y para las máquinas que los Capitanes y soldados suelen usar en la guerra. Marsilio Ficino enseña ser la proporción geométrica, necesaria para la justicia distributiva, y para todos los actos que comúnmente intervienen en una República. Quintiliano tiene por opinión, ser necesaria, y provechosa a todas edades; a los muchachos para avivar sus ingenios, y a los demás para que aprendan los números y formas. Juan Ludovico Vivaldo la ensalza tanto, que osa decir ser por estremo conveniente para cualquier Teólogo, sucediendo muchas veces en la Escritura, hacerse mención de sus medidas, como en Esaías:

Él sólo midió las aguas con su diestra; él pesó los cielos con su palma; él ajustó con tres dedos la máquina de la tierra, etc.

Y de nuevo:

Mi mano fundó la tierra y mi diestra midió los cielos.

Y en la Sabiduría:

Todo lo dispuso Dios con número, peso, y medida.

Es aprobada por las leyes Civiles, como se vee en el Código, y Lucas de Pena Jurisconsulto es de opinión se puedan apremiar los

hombres a aprenderla, siendo provechosa en todas cosas, y de mucha consideración, así para ricos como para pobres artífices. Esta ciencia tiene más loa que las otras tres, comprehendidas en el número de Matemáticas, porque habiendo grandes contiendas entre las sectas de casi todas las disciplinas, todos los geómetras en toda parte concuerdan en uno, ni jamás sobre la facultad se halla entre ellos algún debate, porque aunque disputan de los puntos, de las líneas y de las superficies, si se pueden dividir o no; en lo demás concuerdan, ni difieren en dotrina o preceptos; antes se esfuerzan para exceder el uno al otro, con nuevas y más sutiles invenciones. Con todo eso ningún geómetra halló hasta ahora la verdadera cuadratura del círculo, que es lo mismo que dar una línea recta, de igual valor a otra circular propuesta: aunque Arquímedes Siracusano pensase haber hallado tales puntos; y lo mismo muchos después dél, hasta estos tiempos, como Juan de Monterregio, Nicolás Cusano, Oroncio Fineo, y Josefo Escalígero, que compusieron libros y tratados de la cuadratura del círculo. Mas en cierto modo se alentaron todos en vano, no obstante parezca hayan dicho cosas semejantes a la verdad, respeto de ser tal su ambición, que jamás se aquietan con los preceptos dados en esta materia. Viniendo a sus alabanzas, es cierto habría sido sin esta ciencia, engañosa la Arquitectura, la Matemática en todo ciega, y muerta la Cosmografía: porque la Arquitectura traza con ella todas las plantas de los edificios, y las reparte según el arbitrio del Arquitecto, poniéndolas en dibujo, mirando lo grueso de las murallas, la latitud, y alteza de las puertas y ventanas, la circunferencia del edificio, la proporción de las cornisas, la distancia de los cubiertos, y otras cosas necesarias. También el Matemático no podría sin ella medir la altura, las circunferencias de las materias, la dependencia de los montes, la caída de las aguas, el medir por paralelos, y otras cosas diversas pertenecientes a la misma. No podría sin ésta el Cosmógrafo tantear el mar, menos la circunferencia de muchas islas; ni enderezar las lineaciones en las cartas de navegar, ni medir la tierra, ni dividir las regiones; y en suma no podría hacer algunas de las vistosas divisiones que hoy se descubren, en especial en las tablas que tan bién delineó Ptolomeo.

Síguese pues ser la Geometría, maestra de casi todas artes, sirviendo con sus medidas a Matemáticos, Arquitectos, diestros en armas, Cosmógrafos, artífices, metalarios, carpinteros, pintores, escultores, agricultores, soldados, y otras gentes. A ésta dan crecido honor todos sus famosos profesores como los que hubo en todos

tiempos. Entre todos fue sin duda el primero Arquímedes Siracusano, de quien se lee haber formado con tanto magisterio un cielo de vidrio, que en él se comprehendían clarísimamente los movimientos de todos los Planetas, y las revoluciones de todas las esferas celestes. Arquitas Tarentino formó después con razones geométricas una paloma de madera con tal maestría, que se levantaba por sí en alto, y volaba. Y el mismo (según Diógenes) fue el primer Expositor de las Matemáticas, hallando el cubo geométrico. Dicearco Siculo, oyente de Aristóteles (según Plinio) fue tras éste quien tuvo cuidado de medir los más altos montes de la tierra, con que halló que en el monte Pelión de altura 1250 pasos con la razón del perpendículo. Después Eudoxio Nidio (que fue el primero que escribió razones de Geometría) enseñó las demostraciones difíciles por el sentido, y ejemplos de instrumentos, siendo reprehendido por Platón, respeto de haber quitado la gravedad y dignidad a la Geometría, escureciendo por aquel camino la Teórica. De Dionisio nobilísimo Geómetra recita el fabuloso Plinio, haber hallado sus parientes en su sepulcro una carta escrita en su nombre a los del mundo, donde contaba, haber llegado desde la sepultura al más bajo centro de la tierra, y haberla hallado cuanto a medida de 42000 estadios. Léense también los nombres de otros muchos Geómetras antiguos, como Scilace Cariandeno, Euclides, Hipia, Eleo, Eratóstenes, Proclo, Teón, Nicéforo, Isacio, Boeto, Teodoro Cireneo, Leodamonte Tasio, Eupompo Macedón. Y entre modernos Francisco Sansovino, Nicolás de Cortivo, Federico Comendino, Cristóbal Clavio, David Origano, Antonio Magino, Ticobrahe, Guido Baldo, Pedro Nuñez, Juan Baptista Labaña, Julián y Julio César, padre y hijo, Ferrosino, el Doctor Juan Arias de Loyola, Diego Pérez de Mesa, Gerónimo Muñoz, Gabriel de Santana, el Doctor Zamora, sin otros.

Por ser esta facultad tan virtuosa y de tanto ingenio la siguen pocos. Conociendo su importancia se lee por orden de su Majestad públicamente en Madrid. Tiene hoy su cátedra con salario de ochocientos ducados el Doctor Juan Cedillo Díaz, versadísimo en Matemáticas. Sucedió al insigne Andrés García de Céspedes, grande inquiridor desta ciencia, sobre que compuso no pocos volúmenes; si bien imprimió solos dos; uno de instrumentos Geométricos, y otro de navegación. Entre los Caballeros, que inclinados a este estudio le abrazan con agudeza y cuidado, haciéndose cada día más eminentes en él, son los Don Franciscos Garnicas, padre y hijo, sujetos en quien se cifra toda virtud; supuesto, entre otras muchas partes y dotes, que

los hacen amables, la comodidad de hacienda que suele a menudo distraer los ánimos, y estragar las costumbres, sirve en ambos ejemplarmente de crecer resplandores a su lustre natural, con admiración y loa de cuantos los conocen. Geometría suena tan sólo medida de la tierra, supuesto no consiste tal arte en otra cosa, que en las puras dimensiones, halladas (según Plinio) por Filón Argivo, o (según Aulo Gelio) por Palamedes; así como la Arismética trata también de números solamente. La misma pues considera los lineamientos, las formas, los espacios, las grandezas, los cuerpos, las medidas, los pesos, los ingenios de órganos, y de instrumentos artificiosos de Arquitectura o guerra; como arietes, testudines, cunículos, catapultas, escorpiones, exostras, sambucas, escalas, torreones movibles, helípoles, galeras, puentes, puertos, carretas de ruedas, guindaletas, grúas, y otros instrumentos de levantar. Sin éstos, todas las cosas que son compuestas de peso, agua, espíritu, nervios, o cuerdas, como relojes, molinos, instrumentos para dar placer y maravilla como son las bolas que saltan de por sí, y el otro animal (de quien dice Policiano) que mientras era cortado en la mesa, bebía y representaba los movimientos, y hablaba como si estuviera vivo. Con semejante maestría, dice Mercurio haber hecho los Egipcios simulacros de dioses, a fin de que caminasen y formasen voz distinta. O la Geometría consta en particular (según opinión de Herón) de líneas rectas, o curvas, a quien añadió Polonio la mista, y se parte en conocedora y agente. Pertenece a la conocedora el punto y línea con sus diversidades, como línea curva, flexible, recta, y de las rectas, la perpendicular, la plana, las paralelas; después el ángulo con sus especies, como Curvilinio, Rectilinio. Y el de los rectilínios, el recto, el agudo, él obtuso y misto. Item la superficie y sus maneras, como no plana y plana; y con la plana, la curvilínea, la cuadrilátera, como el cuadrado, cuadrángulo, rombo, romboide, paralelogramos, y trapecios. Tras ésta, la figura con sus diversas calidades, como el círculo, y junto la circunferencia el centro, el diámetro, el semicírculo: y del semicírculo, la porción menor o mayor, y el sector, el triángulo con sus diversidades; que como se sabe, fueron llamados por los antiguos, Equilátero, Isóceles, Escaleno, Ortogonio, Ambligonio, Oxigonio: y tras esto el multilátero con sus varias maneras, como el pentágono, exágono, eptágono, octágono, nonágono, y decágono etc. Y después el cuerpo sólido, como el cubo, paralelepípedo, el prisma con sus diferencias: y aquí entra la pirámide, y sus formas, triangular, cuadrangular, pentagonal, con otras así: el cono, el celindro, la esfera

y esferoide. De las figuras hace larga mención Galeno, y más dilatada Euclides, Marciano Capela, Arquímedes, y Eutoquio Ascalonita en sus Comentos sobre el mismo Euclides, Juan Vegelino Hialpotonense, Carlo Bobilio, Sebastián Serlio y otros. A las figuras pertenecen las formas de los campos, y sus divisiones, de quien trata Eginio, Julio Frontino, Macometo Bagdedino; con Agenio Urbico, y Comendino sus comentadores. Mas a la otra especie llamada Agente, tocan los instrumentos divididos en absolutos, medidas, y pesos. Con los absolutos está la vara del geómetra, la sexta, la escuadra, el arquipéndola, el plomo, la regla, el estil, y para la dimensión de los intervalos, se obra el astrolabio, el ánulo astronómico, el radio astronómico, o el báculo; la vara o medida, por quien son llamados medidores, o alarifes, de cuyos instrumentos nacen tres especies de medidas: la primera, llamada Altimetría que mide las alturas: la segunda, Planimetría, que mide la longitud y latitud: la tercera, Esterometría, que mide longitud, latitud y profundidad.

Del astrolabio, de sus partes y uso, se hallan casi infinitos autores, pero los más insignes son Estoflerino, Rodulfo Batingio Frisio, Juan de Rojas, Jacobo Quebelio en la declaración del astrolabio. De los anillos fabricados a semejanza de esfera plana, como astrolabio, escribieron Beusardo, Gema Frisio, Juan Briander, Boneto Hebreo, Brucardo Mitobio, Oroncio Fineo, Juan de Monterregio. Del radio astronómico, compuso un libro Gema Frisio. De la vara, que fue un instrumento de diez pies, con que se medía entre los Griegos, y Romanos, no sé quién trate en particular, por ser instrumento algo bajo, basta que Cicerón llama al medidor en Latín *Decempedator*: haciendo mención de la vara Varrón y Columela. Los Hebreos usaron al instrumento llamándole Rana, que suena en Latín *Arundo*, como se saca de Ezequiel. En vez désta tuvieron los Persas el Funículo llamado *Chebel* por los Hebreos, como se colige del Psalmo,

Divisit illis terran in funiculo distributionis.

Con los Geómetras se numeran ansimismo todos los medidores y pesadores, porque de la geometría nacen todas las especies de medidas y pesos, de quien trataron exprofeso muchos autores antiguos y modernos, como Diódoro Siculo (si bien no se halla su libro de los pesos Griegos) Galeno en un librillo de los pesos de licores que se ponen dentro de los Medicamentos; Bolusio Meciano insigne Jurisconsulto, Renio Fanio, Prisciano Cesariense, Hermolao Bárbaro Veneciano, Ángelo Policiano, Budeo, Alciato, Jorge Vala, Roberto Cenal, Leonardo Porto Vicentino, sin los que la trataron de

paso, como Marco Varrón, Plinio, Columela, Marco Catón, y Herodoto. Escriben largo Isidoro, Celso, Ateneo, Julio Barbarana, Esconer, Pedro Gregorio, Juan Ravisio y otros, de cuyas obras se puede recoger el verdadero conocimiento de todas medidas y pesos así de Romanos como de Griegos. Mas cuanto a pesos, acostumbramos llamar ahora las cantidades comunes grano, escrúpulo, carácter, dragma, media onza, una onza, dos onzas, hasta diez y seis, de una libra hasta veinte y cinco, que hacen una arroba, y de allí hasta cien libras, que hacen un quintal; y según diversas Provincias, otros géneros de pesos. Los instrumentos son balanzas, con sus partes, como el trabuquillo, la lengüeta, el marco, libras, onzas, escrúpulos, etc., o romanas con sus cadenas, garfio, plomada, cuarterones, y libras, por menudo, o en grueso. Dejo ahora los pesos Áticos, Corintios, Lacoónicos, Egineos, Euboicos, Hipoyátricos, de quien trata Jorge Agrícola. No quiero nombrar las minas, los óbolos, semióbolos, hereolos, scriptolos. sextercios, talentos, y otros pesos, remitiendo el lector a las obras perfetas de los referidos autores. Las medidas son de dos especies, o distersas, o cápitas. Las distersas son la milla, estadio, acto, mínimo, cuadrado, duplicado. Tras éstos el nivel para saber conducir las aguas, el varal, la caña, el paso, el brazo, el codo, el pie, el palmo, la cuarta, el pecho, la onza, el dedo, la media onza, el cuadrante, dragma, escrúpulo, óbolo, medio óbolo, silecua, punto, minuto, y momento. Mas las medidas cápite son de granos, o licor: por las de granos entiendo las de sal, harina, ceniza, y otras no líquidas como cahíz, carga, media carga, hanega, media, celemín y el medio, etc. Las de licor son cuba, cántaro, azumbre, media, cuartillo y medio cuartillo y otras. Dejo las medidas, así Latinas como Griegas, de onzas, dedos, palmos, pies, spitamos, pasos geométricos, cúbitos, cálamos, pérticas, pletros, climos, atos, cuadrados, estadios, millas, dólicos, deucos, parasangos, esqueños, y estahímos: también las de metreras, ciatos, cotil, sextarios, quínices, coes, urnas, buartarios, acetábulos; sin otras, porque se hallan por extenso en los referidos autores, con las alegaciones de los que antes trataron desto: a quien se añade el Ruscelo que en el principio de sus anotaciones sobre Ptolomeo, habla de las medidas para medir la tierra, y de todos se puede recoger lo más importante, sin demasiada fatiga, respeto de estar bien ordenados aunque no fáciles en la explicación de tantas medidas como refieren.

Anotación sobre el XXIII discurso.

Proclo manifiesta el origen de la Geometría sobre el 2 libro de Euclides c. 4, mientras dice, que tuvo la Geometría origen del medir los campos, y que se halló primero entre los Egipcios por las inundaciones del Nilo. Fue Tales el primero que la trujo a Grecia. La opinión de la misma declara Bejarión Cardenal en el Calumniador de Platón donde dice:

Ninguno se puede llamar docto sin el conocimiento de la Geometría.

Así Francisco Patricio en el 2 de Regno, capit. 14, afirma ser ésta más conveniente a los Reyes y Príncipes, que la Arismética. Eustacio declara su objeto en el 6 de la Ética, capit. 8, afirmando ejercitarse la Geometría y Astrología, acerca de la grandeza, si bien en diferente modo, como la Arismética, y Música acerca de los números. Desta disciplina dice algunas curiosidades Ángelo Policiano en su Panepistemón, que se pueden ver, como también Vuequero, de secretos Geométricos, sin muchas cosas dignas de ser notadas, que pone Celio Rodiginio; lib. 4 del Patricio moderno, para declaración de infinitas proposiciones desta ciencia.

De los Teólogos en universal, y en particular de escolásticos, y Escriturarios, de intérpretes, Expositores, Comentadores, o Glosadores de la Sagrada Escritura, y otros libros.
Discurso XXIV.

NO discurriré aquí de la Teología de los Fenicios, que creyó ser principio de todas las cosas el aire tenebroso y espiritual; o aquel caos confuso y falto de luz, pensando naciesen los hombres de un viento llamado Colpia, y de una llama dicha Baau, con otras mil torpes fábulas que vanamente mezcla Tauto, y junto con él Filón Biblio, Epides, Fercides, y Zoroastes Mago, para mostrar la antigüedad de los misterios Fenicios, a quien dan en sus obras sumo crédito. No hablaré de la Teología de los Egipcios, que cuentan haber sido primero los hombres producidos en Egipto, así por la templanza del cielo, como por el Nilo, favorable a tal produción, afirmando haber sido los dioses hombres mortales, que mediante la virtud consiguieron la inmortalidad; por lo que consagraron víctimas a la antigua Isis junto con Osiris, Tifón, y Dionisio, según declara Orfeo en sus misterios. Tampoco trataré de la Teología de los Griegos, que aplicó toda cosa a Cadmo hijo de Agenor, de quien quiere tuviesen origen y genealogía sus dioses y diosas, con mil estrañas fantasías de Ninfas, Musas, Baco, Sileno, Alcmena, Hércules, Euristea, Esculapio, y Apolo. Menos apuntaré la de los Atlánticos, que cuentan haber sido su primer Rey Celio, a quien atribuyen cuarenta y cinco hijos, parte de quien dicen haber parido Opis castísima mujer; y también dos hijas Basilia y Cibeles, por otro nombre llamada Pandora, con otras infinitas vanidades ridiculosas. Menos diré la de los Frigios, que aplican su antigüedad a Meonio autor de muchos dioses, delirando sobre Atides, Marsia, Hiperio, Maya, Ceres, Vesta, Saturno, Atlante, todos bien referidos por Evemero Histórico, por Homero, por Hesíodo, y por Orfeo, más fabulosos que misteriosos en sus invenciones.

Tendré en silencio los ocultos misterios de los Gentiles tan celebrados por el mismo Orfeo, y por Heráclito, contra quien como locos errores arguye Clemente Alejandrino, Lactancio Firmiano en muchos lugares, y Eusebio Cesariense; hasta el divino Platón entre los mismos Gentiles los reprobó doctamente llamando fabulosas las genealogías de los dioses, a quien dieron tanto crédito los antiguos. Y Dionisio Halicarnaseo refiriendo los hechos de Rómulo, cuenta haber tenido el mismo, por cosas inútiles, indignas, y fabulosas, las que los antiguos soñaron de los dioses, como (por ejemplo) que a Celio cortasen sus hijos los genitales, que Saturno matase su progenie, que Júpiter desterrase al padre en el Reino Tartáreo; que Dionisio como embriagado bacanal, anduviese desnudo con los pámpanos en la frente; que Proserpina aullase dentro de las ondas Estigias; que Neptuno se quejase por amor de las Nereidas, y otras cosas a esta traza, no menos indignas de oír, que de relatar. Pasaré sin tocar los yerros de los Arcades, entre quien era castigado con muerte quien osase nombrar a su dios Demorgón. Por eso Lucano introduce a Erigón hechicera, dando voces que estaba abierta la boca del Infierno, para tragar al que temerariamente le nombrase. De mejor gana callaré los errores de los Atenienses, que adoraron a cierto Egeo, desesperado que se despeñó en la mar; y Edipo, que mató injustamente a su padre Layo. Los de los Asirios, que adoraron a Adonis, torpe hijo de Mirra, peor que él, pues se aficionó de su mismo padre. Los de los Asiáticos, que adoraron a Medea Maga, homicida del hermano, sacrílega y adúltera, que por invidia hizo con bruto incendio morir a Creusa. Los de los Babilonios, que adoraron la estatua de Belo, a quien ponían tantos manjares cada día, cuantos bastaran para mil hombres. Los de Busírides, pueblos de la Libia, que adoraron por dios a Busiris, a quien sacrificaban todos los peregrinos y viandantes que pasaban por su región. Los de Chipre, que adoraron por dios a la deshonesta Venus, madre de todas las sensualidades y vicios. Los de los Indios del Reino de Bahar que adoraron (según Marcio Veneto) al Buey. Los de Mauritanos que (según Pomponio Mela) tuvieron por dioses a los Faunos, y los Sátiros, que dice Rabano, ser ciertos hombrecillos con nariz corva, y cuernos en la frente como cabras. Los de Romanos antiguos, cuyas deidades fueron Flora meretriz, Proteo monstruo, la Fiebre, el Esterquilino, Príapo, la Vitula, Bubona, Cloacina, y hasta el dios Momo, que era el peor que se fingía haber entre los dioses. Dejo finalmente aparte los errores cometidos; como los Délficos que adoraron al lobo; los Samios a la

oveja; los Argivos, a la sierpe; los Tenedios, a la vaca preñada; los Alanos, al dragón; los Egipcios, al áspid, al cocodrilo, al ajo, y a la cebolla; los Tebanos, a la comadreja; los Ambracios, a la leona; los Sirios, a la paloma; los Romanos, al ganso; los Tasilos, a la cigüeña; los Lacedemonios, que dedicaron templo al dios Arroz, y al dios Temor, los Insulanos de Siene que veneraron algunos peces, llamados Fares: los de la Isla Meotis que adoraron a otros llamados Oxiringos; los de Cádiz que tuvieron por dios a la vejez corporal, y últimamente los Trogloditas (según Plinio) que adoraron por dios a las tortugas marinas.

Hablaré pues sólo de la Cristiana Teología honesta, santa, religiosa, devota, fiel, que por todas partes espira verdad y vida en todos sus secuaces y cultores. Es ésta moralmente significada en el Génesis, por aquella fuente que subía desde la tierra deleitosa, y regaba la universal superficie de la misma; porque todo el universo estuvo y está lleno de la suavidad y dulzura de la vida de Cristo, según el dicho del Profeta:

> *Por todos los términos de la tierra se oyó y esparció el sonido de sus palabras*,

habiéndola abrazado todas las partes del mundo, y los pueblos más fieros, y más idólatras: cuanto más los que tenían en sí alguna centella de culto divino y religioso. En los Cantares viene asimilada a los dulces pechos, mejores que el vino; y olorosos como preciosos ungüentos; siendo al gusto interior admirablemente sabrosa, y despidiendo por toda parte fragancias de singular devoción; por manera que se vuelve amable y cara a todos los fervorosos de su amor. En los Proverbios se ensalza por la felicidad, y vida del Cristiano, exclamando con aquellas palabras:

> *El que me hallare conseguirá vida, y sacará salud del Señor*.

Lo mismo Cristo en San Juan, diciendo:

> *Quien cree en los ríos, de su vientre brotarán aguas vivas*.

Y San Augustín sobre aquel verso del Psalmo: *Bórrense del libro de los vivientes*, etc. dice con claridad ser la noticia de Dios el libro de la vida que predestinó para la gloria, etc. Por eso el Dante entendió (no sin consideración misteriosa) nuestra Teología por aquella Beatriz que de esfera en esfera le llevó hasta el trono de Dios, como muestra en aquellos versos, cuyo principio es:

> *Aquí vi mi querida tan alegre*.

La dignidad y grandeza particular desta sagrada y divina Teología se descubre de muchas partes; como de su origen, de su pureza, y certeza, del fruto, del fin, de la materia, del objeto, y de su principal sujeto. Del origen; porque ella le tiene de la luz divina, produciendo (como dicen los Teólogos) la Teología sólo objeto sobrenatural, sin que la pueda recibir potencia, que deje de estar ilustrada sobrenaturalmente. De la pureza y certeza, porque las otras ciencias abundan de mil yerros, insertos y mezclados en sus proposiciones; mas esta soberana facultad tiene sus principios certísimos. Estos son los Artículos de la Fe, fundados sobre la luz divina y natural, que es sobre la Sabiduría increada, que no puede errar, por ser Dios suma verdad, y enseñar todas sus cosas con la misma. Y el Profeta dice, ser la verdad el principio de sus palabras, estando las otras ciencias apoyadas sobre la luz de la razón natural, que se puede engañar fácilmente, como afirma el Angélico Doctor. Del fruto, porque ella sola suple el oficio de las otras ciencias; supuesto enseña agudamente por medio de la Lógica el mejor y más cierto modo de discurrir; por la Física, las causas de las cosas, y sus verdaderas causalidades; por la Medicina, los remedios del alma, que son sumamente saludables, y de diferente importancia que los del cuerpo; por la Ley, los Mandamientos de Dios, en cuyo tenor consiste toda la perfeción del hombre; por la Ética, cuál sea el sumo bien, y el que con todas veras debe seguir el Cristiano; por la Política, cuál es el mejor gobierno, y regimiento de sí mismo. Y en suma, esta sola enseña lo que se debe creer, apetecer, elegir, huir, seguir, comenzar, y cumplir. Ella es la verdadera luz de todas nuestras acciones, y así está escrito en el Psalmo:

Tu palabra sirve de luz a mis pasos y caminos.

Y en el Canonical de San Pedro:

Tenéis (se dice) *palabras verdaderas y proféticas, a quien será bien atendáis, pues os servirán como de lumbre resplandeciente entre tinieblas*.

Ella nos encamina brevemente a la verdad y a nuestro fin, que es Dios. De aquí es llamar San Gerónimo (exponiendo aquel paso del Eclesiastés al 10:

Será perdición de los necios su fatiga; *porque no supieron llegarse a la ciudad*)

necios y locos a muchos Filósofos, como Platón, Aristóteles, y Parménides, por no haber con sus ciencias humanas puesto la mira en este último blanco. Asimismo se descubre su grandeza del fin, que es sólo la bienaventuranza, a quien se enderezan todas las acciones desta sagrada ciencia. De la materia del objeto, por ocuparse en cosas que por su alteza exceden la capacidad del hombre; y por eso es llamada Reina, y siervas las otras ciencias, diciendo el Profeta con profundísimo sentido:

> *Sentose la Reina a tu diestra con vestido recamado de oro, ceñida de variedad*.

Finalmente de su principal sujeto, que es Dios, en cuanto Dios, *et sub ratione deitates suae*, según los más verdaderos y sólidos Teólogos: aunque Alberto Magno quiera sea Dios en cuanto revelación; Egidio, en cuanto Glorificador; Varrón en cuanto bueno; Enrique de Gandavo, en cuanto infinito; San Buenaventura, que sea Cristo, en cuanto contiene dos naturalezas; Hugo de Santo Victore, Cristo, en cuanto sin otra consideración de contener estas dos naturalezas, que de no contenerlas; el Linconiense, Cristo en cuanto uno de tres especies de unidad, como de la hipostática, de la mística, y de la esencial, atendiendo la esencial a la unidad con el Padre, y con el Espíritu Santo en una esencia: la mística la unidad del mismo con la Iglesia; la hipostática la unidad de las dos naturalezas en un supuesto. También nuestra sagrada Teología es dignísima y famosísima por el autor que la enseña: porque así como son más dignas cuanto a Gramática la del Prisciano; cuanto a poesía entre Latinos la de Virgilio, y entre Griegos la de Homero; cuanto a Filosofía la de Aristóteles; cuanto a Matemáticas, las de Euclides; cuanto a Cosmografía, la de Ptolomeo, cuanto a Medicina, la de Hipócrates; así la más digna Teología es la que enseñó Cristo; porque en él (como dice San Pablo) están y se hallan todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios. Por eso dijo a los Apóstoles en San Lucas:

> *Yo os daré lengua y sabiduría, a quien no podrán resistir todos vuestros adversarios*.

Finalmente adquiere esta sagrada ciencia perfeción de dignidad por los famosos que la siguen; como son Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, Confesores, y Vírgenes; habiendo tenido con ella todos los hombres santos un vínculo indisoluble.

La misma se halla dividida en escolástica y escritural. La escolástica es la que con fuertes argumentos, con razones

demonstrativas, con cuestiones sutiles, con acuerdos silogismos, y con invencibles pruebas disputa contra infieles y herejes todas las proposiciones más importantes de nuestra Fe; como, de la Trinidad, de la omnipotencia de Dios, de su sabiduría, presciencia, de predestinación, del libre albedrío, de la gracia, de la justificación del pecado, de los méritos, de las penas, del lugar del Purgatorio, de los Sacramentos, de los artículos de la Fe, y otros tales. Sobre ésta escribieron muchas obras infinitos Doctores de la Iglesia, como el Maestro de las sentencias, que fue el primero en describirla en cuatro libros, Alejandro de Ales, Enrique de Gandavo, Santo Tomás de Aquino, Alberto Magno, el sutilísimo Scoto, Ricardo de Mediavilla, el Divino San Buenaventura, Hugo de Santo Víctor, Pedro Aureolo, Ocán, Egidio Romano, Durando, Gaetano, Capreolo, Guilielmo Parisiense, Juan Bacon, Nicolao Gorrán, Juan Niober, Guilielmo Pepino, Agustín de Ancona, Alano Rupense, y Dionisio Cartusiano. Así como España se ha mostrado siempre fecunda madre de valerosos soldados y Capitanes, que con las armas defendieron la Iglesia y Religión Católica; así también de doctísimos varones, cuyas plumas eruditas fueron en todo tiempo sus fortísimos baluartes; tales son las de Osio, Osorio, Arias Montano, Torquemada, Pinto, Barradas Maldonado, Toledo, Ribera, Del Río, Pineda, Cervantes, Gomesio, Viegas, Morales, Acosta, Martínez, Stunica, Vázquez, Salmerón, León de Castro, Osorio Junior, Sánchez, Suárez, Prado, Alcázar, Villalpando, sin otros muchos Doctores excelentísimos así positivos como escolásticos.

La Teología escritural, que consiste en la pura interpretación y exposición de la misma Escritura, según sus cuatro sentidos principales, literal, moral, tropológico, y anagógico, viene a ser diferente en parte de la escolástica. Désta trataré al presente según sus principios, porque (como dice San Ambrosio) se han de buscar los de todas las cosas, para que se pueda poseer mejor su noticia. Su conocimiento pues procedió de la inspiración y revelación divina, hecha por Dios en la ley antigua, mientras dijo a Moisén:

Parte, que yo te hablaré al oído, y te enseñaré lo que hubieres de decir.

O en Jeremías:

No ves cómo aplique mis palabras a tu boca, etc.

Y en la nueva ley dada por Cristo a todos los hombres; según está escrito en San Mateo:

> *Ninguno conoció al hijo sino el Padre, ni al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se le quisiere revelar*.

También se derivó de la tradición de los Apóstoles, de los santos Padres, y Doctores Eclesiásticos, que consta haber escrito sus obras por inspiración del Espíritu Santo. De aquí procede afirmar San Pablo:

> *El Evangelio que yo predico no nace de mí como de hombre, ni de hombre le recebí ni aprendí, sino por revelación de Jesucristo*.

Esta es la que ahora se llama Biblia, dividida en testamento viejo y nuevo, que suena libro del Señor (en cuanto contiene sólo los volúmenes del antiguo testamento) o libro de Vida. Por eso denota palabra de Dios, o precepto suyo, según el Psalmista; o testamento a imitación del que se halla cerrado y débil, mientras vive el testador; porque así la ley antigua (según Lactancio) estuvo enferma, respeto de que a ninguno llevó jamás a la perfeción, como dice San Pablo: y fue cerrada por las profecías y figuras que apenas se entendían antes de la muerte de Cristo, causa de que las expusiese él mismo a los dos discípulos, que iban a Emaus. O significa instrumento, según San Augustín, porque por ella (como pondera Juan Driedón) es instruido cualquiera sobre lo que ha de creer, saber y obrar. Y porque es auténtica, estando autorizada con escritores dignos de toda prueba, y señalada con fidedignos testimonios, bien segura de falsedad por toda parte. O ley divina, o justificación, o testimonio, o juicio, como se entiende en los Psalmos diversas veces. O canon, o regla, siendo dechado del vivir Cristiano; y debiéndose probar los documentos de la Fe y vida Cristiana (según Carbayalo) en la piedra de toque de la escritura. El gran Teólogo Hugo de Santo Víctor describe la Escritura, diciendo, ser el libro de la Vida de origen eterno, de esencia incorpórea, de escritura indeleble, de aspecto deseable, de doctrina fácil, de ciencia dulce, y de profundidad incomprehensible. Juan Driedón la difine estrechamente, diciendo, ser sólo palabra del Espíritu Santo, pronunciada por boca de los Profetas, y Apóstoles, que por común consentimiento de toda la Iglesia le sucedieron en el número y orden recebido del sacro canon. Y San Agustín hablando de Cristo:

> *Él* (dice) *que primero por Profetas, después por sí mismo, y al fin por los Apóstoles, habló cuanto le pareció bastar, ordenó la Escritura, llamada canónica de soberana autoridad*.

Ésta se diferencia en todo de los libros profanos, y Gentílicos: así dijo San Isidoro:

> *Bien que los libros de los Gentiles en lo exterior abundan de elocuencia; por dedentro están vacíos de sabiduría y virtud.*

Mas la razones sagradas aunque en lo exterior parecen broncas, en lo interior resplandecen de sabios misterios. Y en esta conformidad dijo antes el Apóstol:

> *Tenemos admirable tesoro en vasos de tierra.*

La misma está toda llena de virtud y eficacia, como se puede conocer, parte de su verdadero uso, que consiste tanto en su propio sentido y entendimiento racional (como dice San Gerónimo) cuanto en el ejercicio o perfección de la voluntad, a quien mirando San Pablo, afirmó:

> *No se justificarían en la presencia de Dios los que oyesen la ley sino los que obrasen*;

parte de los efetos inumerables que produce, entre quien referiré algunos: Como el derivarse de la misma la noticia de la divina voluntad, que causa el temor; el temor la reverencia; la reverencia el amor; el amor el aborrecimiento del peccado; el aborrecimiento del pecado la contrición; la contrición la penitencia; la penitencia la remisión de los pecados; la remisión de los pecados la consolación; la consolación, la tranquilidad de conciencia, y la tranquilidad de conciencia la esperanza de la vida eterna, que no confunde, sino que salva, como dice San Pablo. Parte de los provechos que resultan della, porque como divinamente inspirada (según dice el mismo San Pablo a Timoteo) es útil para enseñar las proposiciones divinas, y para contrastar las falsas, para corregir los vicios, instruyendo al hombre en el camino de la perfeción. Ésta es por estremo infalible, y cierta, como se prueba por la dignidad del autor, que fue el Espíritu Santo: por la antigüedad, porque no se halla escritura más antigua que la comprehendida en las memorias del antiguo Testamento; el cumplimiento infalible de todas las cosas que en la misma fueron en todos tiempos profetizadas, como dice San Augustín: por consentimiento unánime no sólo de los Escritores, sino de su dotrina, siempre constante, y en todo conforme, según el mismo; por la integridad de sus escritores, según Ricardo; por la igualdad y conveniencia, o racionabilidad, como dicen los Teólogos, no habiendo cosas más conformes a la razón que amar primero a Dios como a

supremo bien, y después al prójimo como a nosotros, en cuyos dos preceptos consiste toda la ley. Por la inconveniencia de los errores, que contra ella soñaron infieles, y herejes; por el martirio y persecución de tantos que sufrieron infinitos tormentos y penas, sólo por la Fe que en la sagrada Escritura se contiene: por las Profecías que claramente se ven cumplidas: por la virtud y potencia de los milagros con que la doctrina Cristiana ha sido confirmada en mil modos: por la autoridad de la Iglesia Católica tantas veces combatida, y jamás derribada; cuya autoridad es tan grande que dice S. Augustín, no daría crédito al evangelio, si no le moviese la autoridad de la Iglesia: por lo que certifican adversarios, o a lo menos ajenos, como Josef Hebreo, que da amplísimo testimonio de Cristo: las Sibilas que anunciaron particularmente muchas cosas suyas: hasta Mahoma, que dice en un capítulo del Alcorán:

> *A ninguno de los hijos de Adán dejó de tocar Satanás, si no es a Cristo y a María.*

Platón Filósofo Gentil apunta en la Epiménide ser divinísima la palabra de Dios, por quien son hechas todas las cosas, afirmando lo mismo en la epístola de Dionisio. Refiere Ético Filósofo, haber sido hallada en el sepulcro de Platón una lámina de oro sobre su pecho, donde estaba escrito:

> *Creo en Jesucristo, que ha de nacer de una Virgen, que ha de padecer por el género humano, y ha de resucitar al tercero día.*

Mercurio Trimegisto (según San Augustín) confiesa notablemente la verdad de la religión Cristiana. Plotino (como refiere Eusebio) certifica, ser el Hijo engendrado del Padre eterno, como lo confesamos los Cristianos. Numenio Filósofo anuncia casi la venida de Cristo en su libro sexto de Bono. Calcidio Filósofo confiesa la venerable y santa historia de la estrella de los Magos en la venida de Dios a la tierra. Albumasar sapientísimo Astrólogo y Filósofo (según la interpretación de Hermano) dice las palabras siguientes muy conformes a nuestra Fe:

> *Ascendió en la primera faz de Virgo una doncella llamada en lengua Pérsica sedios Derzama, a quien interpretan los Árabes Cenedefa, que entre nosotros suena Virgen limpia, la cual tiene un niño en la mano, y le da leche, llamando al niño Jesús.*

Tiberio Emperador quiso (según Suetonio) poner a Cristo en el número de los dioses. Adriano le erigió templos, según Julio

Capitolino. Severo en su sagrario hacía todas las mañanas oración delante de una estatua suya. Apolo (según Lactancio) consultado de la calidad de Cristo, respondió, era sabio sobre todos, y poderoso hacedor de milagros. Finalmente esta ciencia escriptural es certísima por su perseverancia; porque

Nec Iota unum, aut unus apex praeteribit alege, donec omnia fiant,

como está escrito en San Mateo. Es tan digna de recomendación, que ninguna más, comprehendiendo en sí dignidad grandísima, autoridad inmensa, admirable provecho, y elocuencia maravillosa. De la dignidad escribe el Psalmista:

Las palabras del Señor palabras castas; plata examinada en fuego, siete veces purgada de tierra.

Y en otro lugar:

Mucho más deseables que el oro y piedras preciosas, y mucho más dulces que la miel y el panal.

De su autoridad está también escrito en los Psalmos:

Todos tus mandamientos son verdad.

Y San Augustín:

Oh Señor, verdadera es esta tu Escritura, porque tú que eres fuente de toda verdad, la publicaste.

De su provecho está escrito en los Psalmos,

El bien sobre millones de oro y plata es para mí, oh Señor, la ley de tu boca. Ella es la luz de mis pasos y caminos, etc. *La declaración de tus siervos ilustra y da entendimiento a los mínimos. Abundan de toda paz los que aman tu ley, y se hallan libres de cualquier escándalo.*

Y San Gerónimo:

La palabra de Dios es copiosísima de todos deleites. Todo lo que pudieres desear hallarás en la palabra divina.

De su elocuencia hablan con extensión S. Agustín, y Santes Pagnino. Mas quien quisiere saber cosas más dilatadas desta ciencia escritural, no se aparte del mismo Santes Pagnino, de los opúsculos de S. Buenaventura, de las tablas de Pedro Aureolo, de las de Jorge Edero, y Miguel de Medina. Expónenla sus intérpretes lícitamente; porque (como escribe San Pablo) el Señor demás de sus Apóstoles, Profetas y Evangelistas, señaló también Doctores, para que interpretasen sus

sagrados libros. Y esto con mucha razón, siendo tan necesaria la interpretación de la Escritura, así por su vario sentido en parábolas, en figuras, en enigmas, y en tropos, de quien está llena (según dice Epifanio) como por huir las herejías, causa principal de que se introdujesen semejantes exposiciones, como certifican San Agustín, y Vicencio Lirinense. La Escritura tiene, según los Doctores, dos significaciones; una de las palabras; o propias, como cuando se toman en el mismo modo que suenan; por ejemplo, el pan por el que se come, y no por el pan de Gracia, o por el santísimo Sacramento; o translatas, como si el referido pan se tomase en otra significación que de pan real. La otra es de las cosas que se muestran por palabras figuradas, como en aquel paso de San Juan: *Ego sum vitis*, etc., no sólo en aquellos nombres de vid, labrador y sarmientos, sino en las mismas cosas se contienen significaciones misteriosas y raras. Varios Autores apuntan variamente los géneros de interpretaciones, porque San Gerónimo señala tres, la primera historial; la segunda tropológica, y la última espiritual. Hugo de Santo Víctor pone otras tres, diciendo,

> *En el refectorio de la Sagrada Escritura se hallan tres mesas, Historial, Mística y Moral*.

La primera (prosigue el mismo) conviene a los simples: la segunda a los doctos; la tercera a entrambos. La primera ministra manjar grueso, la segunda más delicado, la tercera más dulce. La primera contiene el sabor de los ejemplos, la segunda el de los misterios, la tercera el de las costumbres. La primera alimenta con milagros; la segunda, con figuras; la tercera con palabras. San Agustín pone cuatro, Historial, cuando se dice haber sucedido la cosa divina o humanamente; Alegórica, cuando se entienden los dichos figuradamente; Anagógica, cuando se muestra la conveniencia del nuevo y viejo Testamento; Etiológica, cuando se muestra por qué causa una cosa es dicha, o hecha, como cuando Cristo en San Mateo, prohibió el repudio de la mujer (excepto en el adulterio) exponiendo la causa, porque tal libelo se concedió a los Judíos, como:

> *Moisés os le permitió por la dureza de vuestro corazón*.

Otros proponen seis; Literal, cuando se procede con leer algún paso asido a la fuerza de la letra, concordando las escrituras, y según el orden de las palabras, exponiendo una letra por otra, sacando algún sentido por etimologías, por propiedades, por razón de vocablos, y cosas así: Moral, cuando se aplica lo escrito a lo particular del alma, y

obras de la justicia: Tropológica, cuando por diversas figuras se adaptan las palabras a los secretos de la Iglesia: Anagógica, cuando se aplica todo a los misterios de la gloria de Dios, y a la contemplación de la vida celestial: Típica, cuando se refieren las cosas a las mudanzas del tiempo, y Reinos, y a las restituciones de los siglos, en que fueron excelentes Cirilo, Metodio, y entre modernos, Fray Gerónimo Sabonarola: Física, o natural, cuando las fuerzas y virtudes de todo el universo sensible, de toda la naturaleza, y de la fábrica mundana, se buscan dentro de las sagradas letras, y en éste fue excelente el Rabino Simeón; y Benjoaquín, que escribió un gran volumen sobre el Levítico, en que examinando la naturaleza de todas las cosas, muestra agudamente como Moisén según la conveniencia del mundo tríplice, y la naturaleza de las cosas, ordenó el Arca, el Tabernáculo, los vasos, los vestidos, las ceremonias, los sacrificios, y los otros ministerios para aplacar a Dios, y para purificar al hombre, imagen de todo esto.

Estos pues son los seis famosos sentidos de las Sagradas letras, cuyos autores son llamados Teólogos, debajo el nombre de Comentadores, Intérpretes, y Expositores. Deste género fueron Dionisio, Orígenes, Policarpo, Eusebio, Tertuliano, Ireneo, Nacianceno, Basilio, Crisóstomo, Atanasio, Damasceno, Lactancio, Hilario, Cipriano, Gerónimo, Agustino, Gregorio, Rufino, León, Casiano, Bernardo, Anselmo, y otros infinitos de memoria ilustre y famosa. Mas quien quisiere ver más por menudo la dotrina destas interpretaciones, y sentidos de la Escritura, y en especial el uso de las alegorías, acuda a Laurencio de Villavicencio, y a la Biblioteca de Fray Sixto.

A éstos perteneció, y pertenece el interpretar la Sagrada Escritura contra la opinión del hereje que supone sea lícito a cada uno exponerla a su modo, teniendo lo contrario San Agustín cuando dice:

> *¿Quien mediocremente entendido no alcanzará deberse desear la interpretación de las sagradas letras de los que profesan ser Doctores en ella?*

y en el Eclesiástico está escrito:

> *No se te olvide la narración de los ancianos, que ellos aprendieron de sus padres, y de los mismos debes tú aprender todo sentido, y dar respuesta en tiempo de necesidad.*

También pertenece a la misma Iglesia Católica, porque (según San Agustín) con la razón que es creída de nosotros, cuando dice ser ésta,

o aquélla escritura divina; con la misma conviene creerla, cuando dijere ser éste, o aquél sentido verdadero, y propio de la Sagrada Escritura. Sin esto dice Orígenes, deberse creer solamente aquella verdad, que en nada discordare, y se apartare de la Eclesiástica tradición. Y San Agustín,

> *En la interpretación* (dice) *de la Sagrada Escritura, aunque no se pueda decir cosa que no sea muy buena; con todo se ha de elegir lo que frecuenta y sigue toda la Iglesia, o casi toda*.

Quien quisiere saber mejor las reglas de interpretarla, lea el libro de Regulis del Ticoni, que escribió contra Donatistas. San Agustín en el libro segundo de Doctrina Cristiana, Juan de Hofmeistero, Francisco Ruiz, Santes Pagnino en el libro de las alegorías, Jorge Edero en la segunda parte de sus Economías. También toca a la Iglesia declarar la Biblia, porque la Escritura divina (como dice San Juan Crisóstomo) ninguna cosa trata acaso, o con temeridad, sino toda sílaba, todo punto suyo tiene oculto en sí un tesoro. Mas en razón de sus intérpretes se ha de notar en especial dos sentencias, una de Clemente que dice:

> *Si bien se hallan muchas palabras en las divinas letras que se pueden traer al sentido que cualquiera libremente presumiere; no conviene se haga, porque el extrínseco y literal no se adultere y haga ajeno y estraño; ni basta confirmarle con cualquier autoridad de la Escritura, sino sacar de la misma el sentido verdadero*.

La otra del Concilio Tridentino, donde se determina, que

> *Ninguno fiado en su capacidad sobre cosas de fe y costumbres, pertenecientes a la edificación de la Doctrina Cristiana, tuerza, violente, o traiga a su modo la Sagrada Escritura; ni la ose interpretar contra lo que tuvo y tiene la Santa Madre Iglesia, a quien toca juzgar del verdadero sentido de las divinas letras, ni contra el común parecer de los Padres; aunque semejante interpretación haya de salir jamás en público. Los que a esto contravinieren, sean declarados por los ordinarios, y castigados con las penas que estableció el Pontífice Juan*.

Finalmente, los que en general hacen el oficio de Comentadores, o Expositores, deben guardarse sumamente, no tocar en la letra de los autores, no adulterar los textos, no pasar por mayor por su verdadera intención, no hacer que digan lo que jamás tuvieron en el pensamiento; no morder en sus glosas los Escritores que comentan; no pasar la letra de un punto; no evitar cualquier estudio por hallar la verdadera etimología y propiedad de vocablos, porque huyendo

estos estremos viciosos, harán muchas veces sobre un texto de plomo, un comento de oro. Particularmente, es de advertir sobre la Escritura, que se tienen diversos métodos para exponerla, y declararla, porque se puede transportar, como hicieron San Gerónimo, Agustín Obispo Nebiense, Santes Pagnino; y los setenta y dos Intérpretes, Águila, Simaco, Teodoción, Isidoro Mónaco, y otros, que distinguieron los Códigos, y ejemplares, quien en tetraple, quien en exaple, quien en octaple, como declara bien Fray Sixto. O se puede usar el método estigmático, o puntuario, con quien tiene semejanza la prosódica exposición de la divina Escritura entre los Griegos; o el método silábico, como son las Concordancias de la Biblia, recogidas por Hugo Cardenal, y por Conrado Albestadio Monje; o la partición de los capítulos de la Sagrada Escritura, o el Compendio, y Epítome, seguido en la Biblia de Aurelio, Casiodoro, y Ricardo de Santo Víctor; o el método exceptorio, seguido por Melitón Obispo, por Cipriano, Beda, Eusebio, Taciano Alejandrino, y Amonio; o la Exposición Notoríaca, declarada por Epifanio, Estratónico, Suídas, Isidoro: o la Profética, en que fueron excelentes Gerónimo, Melitón Sardo, Metodio mártir, Joaquín Abad, Proclo Arzobispo de Constantinopla, y Fr. Gerónimo Sabonarola: o la paráfrasis, seguida por Gregorio Neocesariense Obispo entre Griegos; Onchelo, Ionata, y Josef entre Hebreos, que parafrasearon todo el Testamento viejo; y por Francisco Titelmán, y Reinerio Snoygodamo entre Latinos: o el Método Léxico, o Vocabulario seguido por San Gerónimo, por Santes Pagnino, por Pedro Bercorio, Marco Ulmense, Andrés Placo, Francisco Jiménez sobre San Pablo, y en otro modo por Claudio Villardo, y Héctor Pinto, sobre Esaías, y Ezequiel: o la anotación seguida por Bernardino Guadalo, Nicolás Cineno, Francisco Maronio, y Apolinar, entre Griegos: por Hugo de San Víctor, y por Anselmo Obispo de León, entre Latinos: o las glosas, y postilas seguidas por Hugón Carnotense, y Nicolao de Lira: o los comentos seguidos por S. Gerónimo: o el método Sciográfico, seguido por Beda, Pedro Apiano, Mateo Aureogalo, Gerónimo, Eusebio, Alberto Durerio, que dio a luz el tipo de la torre Babilónica, y por Juan Boteón, que publicó el tipo del arca de Noé, por Bugardo, por Iludolfo Suchen, Rodolfo Langión: o la Exposición tabellaria, o colunar, o la enarración distinta en Homilía y declaración, seguida por San Juan Crisóstomo, Gregorio, Anselmo, Beda, y otros: o la colación, seguida por Juan Casiano, Zacarías Obispo, Jacobo Sadoleto, Salonio Obispo de Viena, y por Juan Gerson: o la meditación seguida por S. Bernardo, San Agustín, y otros: o el

método Poético, seguido por Apolinar Senior, por Gregorio Nacianceno, Iubenco Presbítero, Arato Diácono, Eulalio Obispo de Cinópoli, y Vileramo Obispo: o el método Epistolar, seguido por Isidoro Peluciota, por San Gerónimo, San Agustín, San Ambrosio, y Cipriano: o el método inquisitorio, en quien se aventajó sobre todos San Agustín: o el método Colectáneo, dividido en Rapsodia, dicho también Estrónica Silegma, y Abreviación, seguida de Procopio Gazeo, de Euquerio Obispo de León, de Isidoro Hispalense, de Ecumenio, Teodoro, Beda, Tomás de Aquino, y Luis, Obispo de Verona, y también de Domínico Nano Albense: de Eudoxia, mujer de Teodosio Emperador, y de Proba Falconio, mujer de Adelfo Procónsul de Teofilato de Aymón, y Ruperto Abad: o el método de Coacervación, seguido por Guillelmo Pepino, por Paterio Secretario de San Gregorio, por Claudio Casinato Abad, por Alalpo monje, Guarnerio Parisiense, Alonso Tostado, Tomás Asselbach: o la exposición Temática, seguida de Filón, y Gregorio Niseno: o el método Escolástico, seguido de Prudencio, de Musio, de Juliano, de Euquerio, en un modo, y de diversos en otros: o el método llamado Pandesia, seguido de San Agustín sobre los tres primeros capítulos del Génesis. De todos estos métodos se pueden ver los ejemplos claros en el libro tercero de la Biblioteca en la primera parte.

Anotación sobre el XXIV discurso.

Cuanto a la Teología de los antiguos, quiere Marsilio Ficino en el 4 libro de la Teología Platónica en el capítulo 2, sea derivada de Zoroastes; y en el libro 17, capítulo 1, pone los nombres de todos los Teólogos antiguos, que fueron Zoroastes, Mercurio, Trimegisto, Orfeo, Aglaofremo, Pitágoras, y Platón. La unión que tiene nuestra Teología con la de los antiguos declara Agustín Steuco en los libros de *Perenni Philosophia*, en más lugares. Qué cosa sea la Teología Parisiense, manifiesta Juan Pico Mirandulano, libro 1 de *Studio Philosophiae*, capite 3, diciendo, ser sólo una mezcla, que resulta de ciencias divinas, y razones naturales. De la Teología Egipcia quiere Estéfano Convencio en el libro de *Ascensu mentis in Deum*, compusiese Aristóteles un libro, y de la misma dice algunas curiosidades Pedro Crinito, libro 16 de Honesta disciplina, capítulo 20.

De los Filósofos en general, y en particular de los Físicos, Éticos, o Morales, Económicos, Políticos, Consejeros, Secretarios, y Metafísicos. Discurso XXV.

DICE el doctísimo Isidoro ser la Filosofía ciencia probable de cosas divinas y humanas en cuanto es al hombre posible. En otro lugar declarando la Etimología deste nombre Filósofo insinúa, interpretarse por el que ama el incomparable tesoro de la sabiduría a quien Marco Tulio llama invención de los dioses y Platón un bien tan grande, que ninguno mayor fue concedido por el cielo a los hombres, por ser ley de vida, camino de virtud, huida de vicios, dechado de acciones humanas, luz de nuestras operaciones, maestra de costumbres, orden de íntimos pensamientos, regla de entendimiento, espía de cosas elementales; y finalmente la que contempla los soberanos cielos, y la que (como dice el Platónico Apuleyo) vuelve al hombre cercano a Dios; antes (hablando con más conveniencia y propiedad) le hace un dios terreno. Si no pregunto, ¿qué se puede comparar con esta sagrada ciencia? Cuanto a lo primero, nos abre todos los secretos de naturaleza, nos enseña a vivir moralmente, disipa los errores, y tinieblas del entendimiento; junta, y une las diferencias, y discordias públicas, instituye los gobiernos con singular orden; rige las ciudades con moderada justicia, administra derechos con admirable sabiduría, da cumplido conocimiento del primer motor, declara las inteligencias asistentes a las esferas celestiales, y discurre con fundada razón sobre todo. A todo provee, reglándolo todo cuidadosamente, de modo, que hace verificar con certeza la sentencia Socrática, fundada en ser santísima cosa, o que los Filósofos dominasen, o que los señores filosofasen. Éstos son aquellos a quien Platón en tantas partes honra con el título de religiosos y santos; y a quien Pitágoras llama *Sofi*, que se interpreta Sabidores: porque como dice Tulio,

> *¿Hay cosa más deseable, mejor ni más digna que la sabiduría, por quien los hombres son llamados Filósofos?*

Por tanto el que lo es verdaderamente (según San Agustín) se cree ser perfeto amador del gran Dios que es aquella suma sabiduría por quien fueron hechas, y ordenadas todas las cosas del mundo. El nombre de Filósofo es santo, como se colige de Cicerón, y Séneca que dice a Lucilo:

> *La Filosofía es cosa santa, y no se puede menospreciar, porque hasta los pésimos la honran*.

¿No fueron los Filósofos los que con sus buenos documentos ilustraron el mundo, los que desterraron los errores del ciego y confuso entendimiento, los que alumbraron con la doctrina este caos tenebroso y escuro, los que purificaron las fantasmas del alma indeterminables y gruesas, y los que ahuyentaron la noche de la ignorancia, con su ciencia resplandeciente y luminosa? ¿Qué maravilla pues que en todo tiempo los estimase el mundo? Por eso Plinio ensalza con razón a Sócrates Filósofo Griego, por haber sido vendida una oración suya hecha en favor de un hombre principal, en veinte talentos, que serían de nuestra moneda doce mil escudos. De Pompeo se lee, que habiendo llegado a Atenas (después de la guerra de Mitrídates) fue a visitar a Posidonio Filósofo, que a la sazón se hallaba en la cama enfermo, y no sólo le honró con su visita, sino que llegando la puerta de su casa, no quiso entrasen dentro los Litores, ni otra de las insignias Imperiales, pareciéndole debiesen obedecer todos los Imperios a la virtud y ciencia. De Dionisio, tirano de Siracusa, se halla escrito haber ido a recibir a Platón llamado por él, a quien llevó consigo en una carroza. El Rey Mitrídates tuvo en tanta estima la Filosofía del mismo Platón, que queriendo erigirle una estatua célebre, dedicándola a su memoria, buscó a Silón, famoso artífice, porque resultase en su mayor honra y reputación. A Faleria (discípulo de Teofrasto) hicieron los Atenienses poner la estatua en trecientas partes de la ciudad. No fue pequeña gloria la de Aristóteles, por quien dijo el Rey Filipo alegrarse sumamente, no tanto con el nacimiento de su hijo Alejandro, cuanto con que fuese en tiempo que pudiese ser su maestro y preceptor tal Filósofo; por cuyo amor restauró Alejandro a Stagirita su patria, dándole por el libro que compuso de los animales (según Ateneo) ochocientos talentos, que valen de nuestra moneda 480000 escudos. En la guerra de Egipto hecha por Octaviano Augusto contra Marco Antonio, decía, haber dejado de asolar a Alejandría, por haberla edificado Alejandro, y por amor de Arrio Filósofo. Trajano Emperador honró sólo por sus letras tanto a Dión, que le hacía entrar por el camino en su propio carro: y

del mismo modo le metió por Roma, cuando ceñido de trofeos entró triunfando, teniéndose en aquellos tiempos por gran honra, y gloria particular fijar en los estudios las imágenes y retratos de los más excelentes Filósofos. Fuera desto se lee, haber sido tan estimado Pitágoras, que le honraron como a semidios los Crotoniatos y Melapontinos; haciendo un templo de su misma casa. Y como cuenta Cicerón, tuvo acerca de todos tanta autoridad, que sola su opinión valía por verdad: y cuando se alegaba su dicho, bastaba sólo decir *Ipse dixit*. La filosofía es el mejor remedio de nuestras adversidades y desventuras. Así preguntado Dionisio (mientras era desterrado y excluido del Reino) de qué le había servido Platón y su filosofía, se dice haber respondido sabiamente que de poder sufrir con facilidad la mudanza de tan gran fortuna. Este es el medicamento de la enfermedad del ánimo; por eso diciendo uno a Arístipo (casi por hacer burla) que siempre los Filósofos frecuentaban las puertas de los ricos, respondió:

También los Médicos frecuentan las de los enfermos.

Si bien otros dicen, haber respondido, que los Filósofos conocen su necesidad; y que si los ricos conociesen así la suya, frecuentarían mucho más las puertas de los Sabios. Su gloria pende también de haber sido seguida por tantos estudiosos, que con varias sectas la cortejaron, como los Pitagóricos, que (según Isidoro) fueron los primeros Filósofos del mundo: los Platónicos, Epicuros, Estoicos, Académicos, Peripatéticos, Gimnosofistas y Cínicos: aunque estos últimos mancharon mucho con su imprudencia el sagrado nombre de la filosofía. Ésta (según algunos) tuvo principio por los Bárbaros: de quien pasó a los Griegos; si bien se dice, haber sido entre Persas los Magos sus primeros sabios; entre Babilónicos y Asirios los Caldeos; entre Indios los Gimnosofistas, de cuya secta fue Buda Príncipe según San Gerónimo; entre Galos los Druidas; entre Fenicios Oco; entre Tracios, los Samolcios y Orfeo; entre Líbicos, Atlante, que todos (según Laercio) alcanzaron títulos de sabios, no obstante afirme, haber tenido la filosofía origen de los Griegos; porque entre ellos fueron los primeros sabios Museo y Lino, según Eusebio comenzó de los Hebreos, como casi todas las otras disciplinas.

La filosofía se divide variamente, como ponderan Simplicio, Juan Gramático, y Eusebio Cesariense, conforme la dotrina de Platón y de Ático. Son con todo eso estos Filósofos reprehensibles en muchas cosas. Por eso Platón los llama corruptela de los hombres, por las sutiles sofisterías en quien tal vez estudian. Eusebio los condena por

la repugnancia de opiniones y sentencias. Lactancio Firmiano propone deshacer una secta a otra, por establecerse a sí y a sus cosas. Otros llaman fabulosa a la Filosofía, por haberla profesado los Poetas, como Prometeo, Lino, Museo, Orfeo y Homero. Esto prueba Plutarco ser así, con manifiestos indicios; porque todas las sectas de los Filósofos tuvieron principio de Homero. Aristóteles confiesa haber sido naturalmente estudioso de fábulas, atribuyéndoles Ateneo la inclinación de decir mal. Traese también el ejemplo del Socrático Esquines, que mordió a Critóbolo hijo de Critón, por la austeridad y rigor de la vida que tenía. Y en la Aspasia, llama necio a Hipónico hijo de Calia, intitulando adúlteras y engañosas a todas las mujeres de Jonia. Calia se ríe de Protágoras y Anaxágoras Sofistas. Antístenes nota a Alcibíades de vinolento, y sumamente sensual, por haberse echado con madre, hermana y hija, según usanza de persas: Arquelao desenvaina mil oprobrios contra Gorgias: Arístipo es mordacísimo en general, abundando en esta forma todos desta costumbre Zoila.

Entre los Filósofos se ofrecen primeramente los Físicos, que disputan de los principios de naturaleza y cosas naturales. Naturaleza (según Aristóteles) es un principio de movimiento en la cosa en que se halla; si bien Galeno la describe más en universal, diciendo, ser una mente adornada de admirable virtud, que cerca y revuelve toda cosa. Donde al descubierto toma por Dios la misma naturaleza. Mas Lucrecio distinguiéndola afirma, tener la naturaleza de las cosas su nacimiento de la mente Divina, siendo ésta la que Plotino divide en simple y compuesta, en activa y pasiva. Baste por ahora decir, que considera el Físico los principios naturales; como hace Aristóteles en el primero de la Física; las causas naturales, como en el segundo; el movimiento, y el infinito como en el tercero; el lugar vacío y el tiempo como en el cuarto; la especie del movimiento, como en el quinto; el tiempo que mide el movimiento, como en el sexto y séptimo; el primer motor, como en el octavo. El mismo Físico considera la materia llamada por los Griegos *Hyle*, y por los Hebreos *Chomer*, que es un fundamento, y un crecimiento de la cosa que nace della. Asimismo la forma, a quien los Griegos dicen *Endelechia*, y los Hebreos *Thoal*. También la privación, a quien dice el Filósofo principio por accidente, la generación, y corrupción de las cosas, la naturaleza de los cielos, del alma, de los animales, de los metales, y de todas las cosas mistas; la naturaleza de los elementos, y de las cosas engendradas por ellos, perficionándose todo con el Filosófico conocimiento. En esta parte fueron excelentes entre Griegos,

Simplicio, Temistio, Alejandro Afrodiseo, Porfirio, Boecio Siriano, Pselo, Amonio, Filópono, y otros: entre Árabes, Avicena, Algacel, y Averroes: entre Latinos, Santo Tomás, Scoto, Egidio, Alberto Magno, Burleo, el Sessa, el Vicomercato, y otros modernos.

Los Filósofos naturales o Físicos, discordaron mucho entre sí, y en especial sobre tres cosas principales, que son en los principios naturales, la proposición del mundo, y en el discurrir del alma. El pleito consiste en lo que toca a los mismos principios naturales, sobre que está fundada tal ciencia; porque Tales Milesio juzgó haber sido todas las cosas hechas de las aguas. Anaximandro, su oyente y sucesor en la Escuela, dijo ser infinitos los principios de las cosas. Anaxímenes su discípulo, afirmó ser el aire infinito principio de todo. Hiparco, y Heraclio Efesio, dijeron ser el fuego; y a estos dos se llega en cierto modo Arquelao Ateniense. Anaxágoras Clazomeno puso infinitos principios a manera de partecillas confusas, como Átomos, si bien reducidos a orden por la mente de Dios. Jenófanes dijo ser el uno toda cosa, y que éste no se movía; Parménides puso por principio al calor y al frío; Leucipo, Diódoro, y Demócrito al lleno y al vacío; Pitágoras Samio quiso fuese el número principio de las cosas, a quien se llega Alcmeón Crotoniate. Empédocles Agrigentino propuso al pleito, a la amistad, y a los cuatro elementos por principios; Epicuro, los Átomos, y el vacío; Platón y Sócrates a Dios, las Ideas, y la materia; Zenón a Dios, la materia y los elementos; Aristóteles, la materia apetitiva de la forma por privación; los Filósofos de los Hebreos, la materia, forma, y espíritu: de manera que

Quod capita tot sententiae.

Cuanto al mundo, fueron también varios, porque Tales dijo haber un mundo, y que éste era hechura de Dios. Empédocles puso otro, mas dijo ser una pequeña parte del universo. Demócrito y Epicuro al contrario, esto es haber infinitos, a quien sigue Metrodoro su discípulo, afirmando ser inumerables, por ser sin numero sus causas, y que no es menos locura tener en lo universal que haya sólo un mundo, que nacer sola una espiga en un campo. Anaxágoras hizo llorar a Alejandro con tantos mundos como suponía, conociendo su pequeña gloria de que hubiese en tan largo tiempo adquirido con armas apenas la mitad de uno. Mas Clemente Alejandrino es de parecer, se entendiesen por mundos, muchas Islas del mar remotas, no apartándose quizá mucho de muchos sutiles Filósofos, que propusieron gran número de mundos. Aristóteles, Cicerón, Averroes, y Jenófanes hablando de la duración del mundo, dijeron que no se

corrompería jamás, porque (como dice Censorino) no pudiéndose percebir quién fuese primero engendrado, el huevo, o el pájaro, ni siendo posible nacer huevo sin pájaro, o pájaro sin huevo, creyeron fuese este mundo, y el principio y fin de toda cosa, engendrado con perpetua revolución. Pitágoras, y los Estoicos dijeron que se había de corromper por su naturaleza. Y esta opinión siguieron Tales, Hierocles, Avicena, Algacel. Alcmeón, y Filón Hebreo. Platón dijo haberle fabricado Dios según su ejemplo, y que jamás había de tener fin. Epicuro al contrario, que se había de acabar. Demócrito dijo, se había engendrado una vez, y una vez había de perecer para no volverse a hacer jamás. Empédocles, y Heráclito Efesio afirmaron, engendrarse y corromperse no sola una vez sido siempre.

Queriendo entender de los mismos alguna cosa tocante al alma, se hallarán mucho más discordes; porque Crate Mago dice no haber alma, sino moverse los cuerpos por sí. Otros tuvieron ser el alma un cuerpo sutilísimo esparcido, y sembrado por el cuerpo material, por cuya causa dijeron algunos tener calidad de fuego. Fueron desta opinión Hiparco, y Leucipo, con quien en cierto modo concuerdan los Stoicos, diciendo ser el alma un espíritu ardiente. Demócrito, espíritu movible y encendido, mezclado en los átomos. Otros Aire, como Anaxímenes, Anaxágoras, Diógenes Cínico y Critia, a quien se llega Varrón, que dice ser aire; mas concebido en la boca, reconcentrado en el pulmón, templado en el corazón, y esparcido por el cuerpo. Algunos quisieron fuese de agua, como Hipia: otros de tierra como Hesíodo, y Pronópides, con quien casi concuerdan Anaximandro y Tales, ambos ciudadanos Milesios. Algunos quieren sea espíritu misto de fuego y aire, como Boeto, y Epicuro. Algunos de tierra y agua, como Jenofonte: algunos de tierra y fuego, como Parménides. Algunos espíritu sutil, esparcido por el cuerpo, como Hipócrates Médico. Algunos carne con ejercicio de sentidos, como Asceplíades. Algunos conexión de cuatro elementos, como Zenón Scítico, y Diarceo. Por eso dijeron Cleante, Antípatro, y Posidonio, ser calor en complexión caliente, a quien sigue Galeno. Heráclito Póntíco afirmó que el alma era luz. Critolao Peripatético, la llamó Quintaesencia, y Jenócrates, número que se mueve por sí. Dicen los Egipcios, ser cierta fuerza que pasa en todos los cuerpos. Los Caldeos la tienen por una virtud sin forma determinada, que recibe en sí todas las estrañas: mas todos concuerdan en que sea cierta fuerza ágil para moverse, o cierta armonía sublime de las partes del cuerpo, si bien dependiente de la naturaleza del mismo cuerpo. Esta opinión sigue en especial

Aristóteles, llamando al Alma *Endelechia*, que es perfeción de cuerpo natural, orgánico, que tiene vida en potencia, cuya perfeción le da principio de entender, sentir, y moverse. Otros dijeron que era cierta sustancia divina, toda individua, y toda presente en todo el cuerpo, y en cada parte; de tal manera producida por el autor, incorpóreo, que pende la misma de sola la virtud del agente. Desta opinión fueron Zoroastes, Hérmetes, Orfeo, Aglofemo, Pitágoras, Eumenio, Amonio, Plutarco, Porfirio, Timeo, Locro, y el divino Platón, que dice, ser una esencia que se mueve a sí propia, llena de entendimiento. Cicerón y Séneca dijeron, no poderse saber qué cosa sea. Con no menor dislate varían entre sí sobre la habitación de la misma: porque Hipócrates con Hierofilo la ponen en los ventrículos del celebro; Demócrito en todo el cuerpo; Erasistrato entre las membranas epicránides; Estratón en el espacio de entre las cejas; Epicuro en todo el pecho: Diógenes en el ventrículo arteriado del corazón; los Estoicos y Crisipio en todo el corazón, y en el espacio que hay en su contorno; Empédocles en la sangre; Platón, Aristóteles, y otros más nobles Filósofos en todo el cuerpo. De la duración del alma dicen Demócrito y Epicuro que muere junto con el cuerpo. Pitágoras y Platón afirman su inmortalidad; y que saliendo del cuerpo, vuela a la naturaleza de su género. Los Estoicos, siguiendo camino del medio, dicen, que si en esta vida se hallare el alma postrada, y no se levantare con algunos dotes, muere cuando el cuerpo; mas si se hubiere adornado de virtudes heroicas, creen que acompañe la misma las naturalezas que duran, penetrando las más altas habitaciones y estancias. Aristóteles por común opinión de los Filósofos está dudoso sobre esto, si bien parece inclinar mucho a la parte que tiene ser mortal, por ser atraída de la potencia de la materia. Alejandro Afrodiseo la tiene al descubierto por mortal. Platón la hace inmortal, y lo mismo nuestros Teólogos. Averroes alega tener cualquier hombre su propia alma, aunque mortal, sin negar que sea eterna la mente humana. De donde se conoce un enredo de opiniones, y un laberinto de sentencias, por estremo escuro. Dejo otras infinitas locuras que dijeron los físicos acerca de muchas cosas particulares: como Pirión Eliense, que negó en todo la generación; Zenón Estoico el movimiento, Eurípides (gran secuaz de Anaxágoras) y Arquelao Físico, que dijeron haber nacido los hombres como las yerbas, siendo tan dignos de risa como los Poetas, que dieron también a entender haber nacido de dientes de serpientes sembrados. Pitágoras introdujo la transmigración de las almas. Luciferiano y Apolinar Obispo de Laodicea dijeron como

herejes, engendrarse un alma de otra, como el cuerpo del cuerpo; contra quien disputa gallardamente San Gerónimo. Tratando del terremoto, dijo Anaxágoras ser aire; Empédocles fuego; Demócrito y Tales, agua, Aristóteles, Teofrasto, y Alberto Magno viento, o vapor debajo de tierra; Posidonio, Metrodoro, Calístenes, Hiparco, Séneca, y otros, divididos en diversas parcialidades, dijeron, buscarse en vano la causa deste efeto. Por eso los antiguos Romanos cuando sentían temblar la tierra, o cuando venía nueva semejante, mandaban sacrificar, mas no publicaban a cuál dios; ignorando por cuál deidad o fuerza temblase la tierra. Hay otras infinitas cosas fantásticas en la misma filosofía natural, como la Haecceidad de Scoto, el acto entitativo del mismo, las Ideas Platónicas; la unidad del entendimiento de Averroes; los tres elementos del Cardano, y tanta variedad de materias, que nacen de las gruesas fantasías de algunos Físicos, para cuya especulación remito a sus tratados particulares, por no ser propia destos discursos.

Síguense los Filósofos Morales o Éticos, que tratan de la composición de las costumbres loables y honestas, y de las virtudes del ánimo que son como un camino abierto para nuestra felicidad; mas no la misma felicidad, como dice S. Gregorio Nacianceno. Aquí es de notar, haber sido el sumo bien de los antiguos, colocado diversamente, porque algunos le pusieron en el placer, como Epicuro, Arístipo, Gnido, Eudoxo, Filoseno, y los Cirenaicos. Otros juntaron lo honesto con lo deleitoso, como Dinomaco, y Calisón. Otros en las cosas superiores de la naturaleza, como Carneades, y Gerónimo Rodiano. Otros en el aumento, como Diódoro. Otros en la fortuna, como Teofrasto. Aristóteles en la fortuna junta con los primeros genios y con las virtudes. Herilo Filósofo, Alcidamo, y muchos Socráticos creyeron fuese la ciencia el sumo bien. Los pueblos Tiberinos vecinos de los Calibes (de quien hicieron mención Apolonio y Pomponio) tuvieron por suma felicidad la sensualidad y la risa. Platón y Plotino pusieron el sumo bien del hombre en la unión. Biantes Brianeo en la sabiduría: Bión y Borístenes en la prudencia: Tales Milesio en la unión de ambas; Pitaco Mitilene en hacer bien; Cicerón en hallarse libre de todos cuidados, y otros (como los vivientes de hoy) en el honor, en la potencia, ocio, riqueza, salud, y en cosas así. Tales fueron Periandro Corintio, Licotón, y aquellos, de quien dijo el Psalmista;

Cuyas bocas hablaron vanidades; y cuyas diestras obraron toda maldad.

Mas entre tantas opiniones (cuyo número recogido por Marco Varrón según S. Agustín, llegó a ser de docientos y ochenta) no se vee alguna más llegada a la verdad, que la de Pitágoras, Sócrates, Aristones, Empédocles, Demócrito, Zenón, Cleante, Ecator, Posidonio, Dionisio Babilónico, Antístenes, y de todos los Estoicos que pusieron el sumo bien en la virtud moral. A esta opinión se llega en cierto modo la escuela de nuestros Teólogos, que disputan de la conexión de las virtudes, fundando sobre ellas no poca parte de la felicidad; mas quieren sea la justicia en la que deban concordar todas según Ambrosio, Lactancio y Macrobio, siguiendo a Platón en su República. Algunos dicen, ser ésta una templanza, que pone modo a todas las cosas. Otros la piedad, como quiere Platón. Otros la caridad, sin quien no se hace algún fruto en las otras virtudes, como tiene S. Pablo. Por lo menos de lo apuntado se colige ser las virtudes un medio perfetísimo para la humana felicidad. Débese advertir a nuestro propósito, ser dos las partes principales del ánima, como dice Francisco Filelfo; una es común a nosotros con Dios, con que entendemos: otra común a nosotros con los animales, con que apetecemos y deseamos: y de ambas habla por estremo Aristóteles. Aquí se engendran dos especies de virtudes, que son las intelectuales y las morales. Por la intelectual o racional discurrimos lo que se debe seguir, y lo que se debe huir; y esta virtud consiste en el consultar con prudencia, como advierte Cicerón; y concluyo con decir, se puede llamar semejante virtud recta razón. Mas la virtud moral está puesta en las calidades del alma apetitiva, porque en ella reinan las costumbres, según Plutarco. Las virtudes intelectuales son sabiduría, ciencia, prudencia, y las que se refieren a las mismas. Las morales liberalidad, templanza, justicia, fortaleza, y sus adherentes, de quien trató Aristóteles, Eustracio, Alejandro Picolomini, y Martín Teólogo, que sobre ellas disputó heroicamente. La virtud intelectual procede de la doctrina, mas la moral del hábito y uso. Por eso aprendiendo uno desde tiernos años a hacer bien, y habituándose en virtuosas acciones, tiene andada la mayor parte del camino, para ser sumamente virtuoso. Así dice Platón, hacer la buena enseñanza y buena educación buenos ingenios. Y en otra parte afirma, ser el principio de la virtud la buena crianza. Esto declaró por estremo Licurgo a los Lacedemonios (según Plutarco) mientras quiriendo advertirles, cuánto valiese la buena costumbre en la virtud, mostró dos perros nacidos de un mismo parto; de quien el uno por estar bien enseñado, corrió tras una liebre, y el otro voló a la olla. Refiere

Jenofonte, hallarse entre los dichos de Sócrates que siendo preguntado qué olor debía tener un viejo, respondió, que el de bondad: y después instado, para que dijese en qué lugar se vendía tal confeción, pronunció, que en la comunicación de los buenos, y en el evitar la conversación de los malos. Caronda mandó a los Turios por ley, se guardasen en todas maneras de la costumbre del vicio; sobre que puso graves penas, como refiere Diódoro Siculo. Mas la primera ley (después de la invocación del divino favor) para adquirir la virtud, es huir de los vicios, y conversar con los buenos. La segunda seguir los estudios, que encaminan el hombre a la bondad. La tercera evitar los dichos y hechos sensuales. La cuarta anteponer lo honesto a lo provechoso. La quinta convertir los bienes que Dios da en buen uso. La sexta no hacer a otro lo que no se quiere para sí; y la séptima se comprehende en aquel precepto Pitagórico,

Ne quid nimis:

porque la virtud está en medios, y no en estremos. Con todo eso tienen también algún contrapeso estos Filósofos morales, viéndose correr entre diversos las cosas de las costumbres diversamente; antes tal vez muy al contrario. Así sucede tenerse por virtud ahora lo que otro tiempo fue vicio. Lo que juzgamos justo, tienen otros por injusto; según las opiniones o leyes del tiempo, lugar, estado y hombres. Entre los Atenienses era lícito casarse con su cuñada, siendo tenido esto entre Romanos por cosa indignísima. Entre los Griegos no era vergüenza salir al teatro, y representar; mas los Latinos y Romanos juzgaron estas cosas por infames, viles, y sumamente apartadas de la honestidad. No rehusaban los Romanos llevar consigo las mujeres a los convites, y hacerles conversar en público, no usándose esto por ningún modo en Grecia, salvo si el banquete no era entre deudos, y aun allí estaban con mucho secreto. Los de Chipre tenían poca cuenta de sus mujeres, y los Romanos como celosos cuidaron siempre mucho de su honestidad. Hoy se hallan varias opiniones en materia de trajes. Quién viste una manera; quién de otra; si bien en este particular siempre se diferencian las naciones, sacando cada día no pocas novedades. Quién condena el atraimiento de las galas exteriores, y quién le loa mucho. No falta quien vitupera el afeite de las mujeres, y sus tocados, siendo por otra parte infinitos los que se agradan desto, ensalzando este cuidado con muchas alabanzas. Mas lo peor es, que entre tantas sectas que trataron de costumbres, como la Académica, la Cirenaica, la Eliaca, la Megárica, la Clínica, la Eroítica, la Estoica, la

Peripatética; hubo algunas que defendieron al descubierto diferentes vicios, que por no ofender los oídos del Lector, dejo de nombrar.

Los Económicos son los que atienden al cuidado y gobierno de la propia casa, por quien se hacen hábiles para la administración política. Por eso escribe San Pablo:

El que no sabe gobernar su casa, qué diligencia pondrá en la Iglesia de Dios?

Y estas dos suertes de gobiernos difieren entre sí sólo en razón de muchedumbre; porque en lo demás son casi iguales, como afirma Jenofonte. Es la Económica pues una disciplina perteneciente al recto y digno gobierno de la familia propia o ajena, tomada a su cargo, conforme dice Aristóteles, Jenofonte y Platón. La misma (según Aristóteles) se divide en Económica de hombre, y en la de mujer, perteneciendo al uno el adquirir, y a la otra el conservar. Esta disciplina doméstica y familiar se subdivide en cuatro especies, en económica de marido y mujer, paterna, señoril, y adquisitiva. Cuanto a la primera es de notar haber sido dada la mujer al hombre, como por favor o ayuda semejante a él, como está escrito en el Génesis, donde fue hecha su compañera, mandándose allí al varón se llegase a su hembra, dejados padre y madre. Esta compañía cuando conforma en voluntades, suele ser muy buena, no obstante sea la mujer animal imperfeto, y necesitado de un estrecho gobierno: porque si se ofende, salta; si se aprieta, desliza; si se apremia, pica; si se perdona, o se disimula, adquiere imperio; pero inducida por el hombre a la sabiduría (lo más que es posible) mantiene y conserva la casa quieta y copiosa. Por eso está escrito en los Proverbios:

La sabia mujer edifica su casa, la imprudente destruye la edificada.

Así que el hombre debe procurar principalmente mujer cuerda y honrada, si pretende tener familia a su modo. Platón desea al varón de treinta y cinco años, y a la mujer de veinte, para que sea su generación gallarda y robusta. Jenofonte es también de parecer, se busque para el matrimonio mujer honrada, aunque déstas no hay muchas, exclamando el Sabio:

¿Quién hallará mujer fuerte?

y si ésta no se halla, se debe escoger la menos imprudente que sea posible, recibiéndola como de la mano de Dios; séase la que se fuere, y acordándose de aquel sentencioso proverbio:

Atiende a roer el hueso que te cupo en suerte.

Las leyes del varón para gobernar la mujer, son acordarse habérsela dado Dios por compañera, que no la humille demasiado, ni la tenga en demasiada grandeza, porque al fin es compuesta del lado del hombre, como para secretaria de su corazón, y no de la cabeza o pies, como para superiora, o para vil esclava: que uno y otro observe la fe conyugal: que él sea un ejemplo y espejo de vivir para ella: que sobrelleve sus faltas cuando son de poco momento, y no la amenace con ira, poniéndole miedo y terror, como hacen algunos; porque semejante temor le hace conocer antes por tirano que por marido: que el hombre haga y diga en su presencia, cosas que la adviertan para en ausencia: que observe siempre con la mujer tres cosas, que no le dé cuenta del dinero que tiene, que procure satisfacer sus deseos en lo posible, y que le oculte sus secretos, y los negocios que no fueren caseros. Catón añade otras leyes diciendo:

> *Téngate la mujer temor: no la dejes domesticar demasiado con las vecinas, acetándolas en su casa, o visitándolas en las suyas, y no permitas vaya a convites*.

Plutarco advierte no sea de diferente religión que el marido, para que puedan vivir en paz y caridad. Cuanto a la madre de familia advierte en particular Aristóteles, que mande a todos, salvo al marido: que no admita visitas sin su licencia: que no descubra los secretos de casa: que use de gasto, vestido, y aparato conveniente a su estado: que enseñe a los hijos prudentemente: que no los deje ir vagando: que no permita se aparten della, que les vede palabras deshonestas, y cantares escandalosos: que no se mezcle en los negocios de la República: que jamás esté ociosa, ni sufra lo estén, hijas, o criadas, porque el ocio es el fomento de todos vicios: que no sea revoltosa con las vecinas, no amiga de saber curiosidades, ni maldiciente, ni de mala condición, ni dada a la gula, ni desaliñada en el vestir, ni con demasía adornada y lasciva, porque el espectáculo que es para otro hermoso, es miserable tal vez para el marido: que se despoje del propio albedrío y voluntad, procurando ser obediente a la del marido, a quien tenga siempre en el corazón, ojos y lengua. Ríase cuando él se riere; compadézcase de sus afanes, no como aduladora, sino como amiga y compañera, querida como la propia vida del marido.

La Económica señoril consiste (según Aristóteles) en que el señor no deje ensoberbecer al criado, ni menos le aniquile. Tres cosas en especial conviene use con los sirvientes, darles bien de comer, castigarlos templadamente, y hacerlos trabajar con moderación:

Panis et disciplina et opus servo,

se halla escrito en el Eclesiastés. Advierta también el señor, en no poner dos criados sobre un mismo ministerio, porque de ordinario se descuida uno con otro, y tienen poca paz. Por eso se dice, que quien pone uno le tiene entero, quien dos tiene medio; y quien tres, a ninguno. Pertenece asimismo al señor, premiar a los buenos, castigar a los malos, vestirlos bien según su posible, no defraudarles el salario, no usar crueldades con ellos, no injuriarlos, no agravarlos demasiado, acordándose de que son hombres como él; curarlos en las enfermedades, no echarlos sin porqué de casa, como Amalequitas que se lamentaba, de que le hubiese desamparado su amo. Y los esclavos enfermos (como refiere Dión Casio) se volvían libres por una ley de Claudiano Emperador después de haber cobrado la salud, caso que los hubiesen desamparado los dueños en sus enfermedades. Las leyes de los criados son; que sean obedientes a los amos, que sean de buen contentar, que tengan largas orejas, que si por suerte vieren airado al señor, vuelvan las espaldas, que tengan alas para ejecutar lo que se les debe mandar, y que carezcan de uñas, porque escusen robos.

La Económica de los padres con los hijos consiste en que el padre con su mismo ejemplo, y con el espejo de otros; instruya al hijo, como enseña Plutarco; que le castigue cuando errare, porque (como está escrito en los Proverbios):

Aborrece al hijo quien le perdona.

Que no le dé poder sobre sí, porque es mejor mandar y ser rogado del mismo que rogar. No conviene aniquilar los hijos demasiado, ni tampoco hacerles atrevidos con caricias; sino guardar en todo una medianía, edificándoles con buenos documentos, y con virtuosas amonestaciones, con paterna caridad. Es menester enviarlos a la escuela, a la Iglesia y a lugares nobles y de virtud, enseñándoles temor filial, modestia, templanza, diligencia, honestidad, reverencia, y policía como conviene: y finalmente tener sobre ellos un imperio paterno, no tiránico, como era el de los Persas, que (según Aristóteles) usaban de los propios hijos como de esclavos. A los hijos pertenece, como discurre Jenofonte, obedecer a los padres; no darlos enojo, sufrir sus iras, y sus injurias, tener respeto, y obediencia a sus canas; ser observantes de lo bueno que vieren en ellos, acudirles en cuanto pudieren, por reconocimiento de los beneficios recibidos. No como muchos que se les muestran por estremo ingratos y crueles en toda ocasión.

Cuanto a la Económica adquisitiva, se debe suponer, que el no ir adelante es un volver atrás; el no ganar, es un verdadero perder. Mas los modos de adquirir son casi infinitos, por ser inumerables las artes mecánicas, y otros ejercicios gananciosos. Platón apunta dos modos de granjear, uno llamado Comutación, que consiste en tres cosas; en dones, en ventas, y en premio: otro Mancipación, dividido comúnmente en operación de manos, y en granjeo de animales. La ganancia principalmente consiste en las mercancías, artes y letras, cuando se enseñan por justa paga; y así Pródico Sabio, jamás enseñó de balde; antes tenía siempre en la boca las palabras de Epicarmo:

Manus manum lavat:

y las de Sócrates:

Dans aliquid, aliquid accipe.

Mas esto baste cuanto a los Económicos.

Síguense los Políticos. Política en Aristóteles es un legítimo gobierno de ciudad, de estado o Reino, en que uno manda, y otro obedece. Isócrates afirma, ser la Política alma de la ciudad, que tiene tanta fuerza y virtud, cuanta posee en un cuerpo la prudencia o el entendimiento, tratando la misma de toda cosa, como de comunicar todos los bienes, y de prohibir todos los males. Jenofonte llama a la Política, ciencia Real, o ciencia de Príncipe: no habiendo otra diferencia entre la administración de una ciudad, o la de un Reino, que gobernarse en el uno más gentes, y menos en la otra; habiendo nacido los Reinos de los gobiernos de las ciudades. Así los Atenienses administrando su patria, se usurparon el Reino, como refiere Heráclides. Rómulo de la administración de su ciudad dio principio al Reino Romano, según Livio y Plutarco. Deioce (según Herodoto) del gobierno de algunas ciudades vino al Reino de los Medos tan poderoso y rico. Tres son los géneros de Política, según Platón, Aristóteles, Isócrates, y Esquines. Cuando gobierna uno, cuando gobiernan pocos, esto es los más aprobados; y cuando muchos, que es el pueblo. Mas Diógenes Laercio afirma, haber dividido Platón la Política en cinco especies, explicando las referidas tres más copiosamente, y poniendo una popular; otra de los más suficientes, la tercera de pocos; la cuarta Real; la quinta Tiránica: mas la tercera hace una especie con la segunda, y la Tiránica más la tercera hace una especie con la segunda, y la Tiránica se reduce a la Política de uno. Polibio pone seis; la primera llama Monarquía, pendiente del consentimiento y voluntad de los pueblos sujetos. De la Monarquía

nace el Reino, de quien ocupado con violencia, o regido con injusticia, se deriva la Tiranía; la cual destruida, se sigue la Aristocracia, que es el gobierno de los más entendidos. Esto tal vez se muda por su naturaleza en Oligarquía, que es administración de pocos; mas cuando la muchedumbre injustamente opresa, incitada de furor, determina vengar los agravios recebidos, y forma la Democracia, que es la administración del pueblo, de cuyos excesos, y de usar insolencia en vez de justicia, emana la Oclocacia, que es el insolente imperio popular. Entre las tres principales Políticas, se trata aquella cuestión demasiado ambigua, esto es cuál sea la mejor de todas, corroborando los que sustentan ser más excelente la Monarquía, o el Reino, su opinión con muchas autoridades y razones, sacadas de diversos: porque Platón, Aristóteles, y Apolonio son desta parte; y a quien se llegan entre los nuestros Cipriano, Gerónimo, Antonio, Egidio Romano, Bártulo, el Cardenal Florentino, y otros. De aquí es haber dicho Homero (como recita Emilio) no poderse regir bien la República con el Imperio de muchos, concluyendo Aristóteles, no ser buena la muchedumbre de Príncipes. Darío (en Herodoto) en una consulta del gobierno del estado Persiano, con una elegante oración persuadió ser mejor el gobierno de uno, que el de muchos; por cuya causa fue dellos después elegido Rey. Los Legistas son asimismo deste parecer, aprobado con un singular texto; donde la glosa en particular pone esta razón:

Con más negligencia se despachan los negocios por las manos de muchos.

El Arzobispo Florentino trae en favor de su parte, representar el gobierno de uno el orden de naturaleza, por quien toda muchedumbre se reduce a un gobernador principal, como todas las cosas movibles a un primer móvil, que es el cielo. Por eso vemos haber en el universo un solo Dios, criador y gobernador de todo; entre las estrellas un sol; entre las abejas un Rey; en el ganado un pastor: entre las grullas, un Capitán: y San Gerónimo alega ser mejor tener miedo a uno, de quien más bien que de muchos se puede asegurar el súbdito. Hay otras mil razones en que se funda esta parcialidad, a quien por la brevedad dejaré de referir. Los modos deste gobierno Real pueden ser cinco, según Aristóteles, y Juan Fabro Estapulense. El primero, cuando se da a uno (por su excelente virtud, y por la grandeza de los beneficios hechos al público) la suma importancia de todos los negocios. El segundo, cuando uno no tiene dominio sobre todos; sino sólo perpetua autoridad en las cosas militares. El tercero cuando, según las leyes y costumbres de la patria,

impera uno con el consentimiento de todos gustando estar a su obediencia. El cuarto, cuando en negocios urgentes se elige quien en forma de señor ejerza el imperio, mientras dura su comisión, como era el dictador Romano. El quinto, cuando se recibe la potestad de todas las cosas públicas, y uno las rige y gobierna a su modo.

Los que alaban la Aristocracia (que suena gobierno de los más suficientes) dicen no haber medio más a propósito para gobernar las cosas grandes, que las consultas de muchos mejores, que convengan en uno, y que ninguno sabe todo lo que conviene, siendo este oficio sólo de Dios. Esta opinión sigue Solón, Licurgo, Demóstenes, Tulio, y casi todos los antiguos legisladores. Ésta loan mucho Francisco Patricio, y Filipo Beroaldo, alegando a Plauto que dice:

El solo no sabe lo que basta;

y principalmente el lugar de la Escritura que exclama:

¡Ay del hombre solo, que si cae, no tiene de quién ser ayudado!

Aristóteles dice:

Mejores son dos que uno.

Y Homero:

Dos valen más para todas cosas.

Por eso Agamenón (acerca dél mismo) deseaba tener a su lado diez Consejeros como Néstor. En tal conformidad exhortaba Megobiza se redujese el gobierno de Persia a esta Política, llamada Aristocracia. Del gobierno de los más dignos constituye Aristóteles cuatro géneros: el primero cuando absolutamente los mejores gobiernan con virtud la República, y este es el propio modo tocante a los más buenos: el segundo cuando se ordenan en la ciudad magistrados, no sólo de virtuosos, sino también de ricos: el tercero cuando se tiene respeto a las riquezas, a la virtud y al pueblo: el cuarto cuando la República es regida por la potencia de pocos: y los tres últimos modos, son menos propios que el primero. Los que adelantan la República de los pueblos, que es la Democracia, la llamaron Isonomía, esto es, igualdad de razón; porque aquí todas las cosas se refieren en común, y todos los consejos se sacan más ciertos de la muchedumbre, en quien sin duda se hallan: y así se suele decir:

voz de pueblo, voz de Dios.

Por eso es necesario tener por justo y bueno todo lo que ordena el consentimiento común.

En suma dicen, ser este gobierno más seguro que el de los pocos mejores, porque no está sujeto a sedición y discordia como el suyo, sucediendo entre nobles por la ambición, diferencias y pleitos de suma importancia. Sin esto, en el gobierno popular asiste toda igualdad y libertad; no oprimida de la tiranía de algún particular, hallándose allí iguales los grados de honras, sin ser uno mayor que otro; antes cada uno y toda la muchedumbre manda a veces, y a veces es mandada. Esta Política loaron sobre las otras Otán Persa, Éufrate, y Dión Siracusano: y hoy con esta Democracia se ven florecer Venecianos, y Suizarios. Asimismo la República de Atenas, que en su tiempo señoreó poderosamente, gobernaba sólo con la Democracia, siendo hechas todas las cosas por el pueblo y acerca del pueblo. Los Romanos que probaron todos los modos de gobiernos, adquirieron grandísimas partes del Imperio debajo la Democrate popular, y jamás estuvieron peor como cuando gobernador Reyes, nobles y Emperadores, debajo de quien se perdió toda su grandeza. A esta Democracia se llega también Francisco Patricio, y con él otros infinitos. Cinco maneras son las deste popular gobierno puestas por Aristóteles; la primera, cuando según el dominio de la ley gobiernan igualmente pobres y ricos: la segunda cuando hay ley, que quien posee tanto, sea hábil para los Magistrados, y si no sea inhábil: la tercera, cuando todos los ciudadanos como sean idóneos, reciben los Magistrados: la cuarta cuando dominando la ley, son todos cumplidamente hábiles: la quinta cuando todos pueden recebir los Magistrados, no dominando la ley, sino imperando la multitud; y entonces el estado popular se ve manifiestamente reducido a tiranía, pudiendo más los decretos del pueblo que las leyes, y reinando las cabezas plebeyas, a quien los Griegos llamaron Demagogos, y Sócrates Fusios. A los Magistrados elegidos pertenece ser sabios y temerosos de Dios, de vida inculpable, causa de ir vestidos de blanco entre Romanos (según Livio) los que pedían los Magistrados. Deben ser continentes, no sólo de manos, sino también de ojos, como amonestan Sófocles y Tulio. No promovidos por dineros, porque según Alejandro Severo (en Elio Lampridio) es necesario venda quien compra cargos, lo pendiente de su administración. Asimismo deben ser justos en la distribución de premios y penas, doctos en las leyes comunes, y en las de la patria, considerados en los gobiernos, mirados, y prudentes en sus operaciones. A los Príncipes toca ser piadosos y temerosos de Dios; porque

Cor Regis in manu Dei.

Y no es digno de nombre Real (dice Angelgono) el que desprecia regir a sí y a otros según los Mandamientos de Dios. Deben ser sabios porque según está escrito; el que lo fuere será fortaleza de su pueblo. Plutarco da la forma de un suave gobierno a los Príncipes diciendo, deben ser tratables con el pueblo, graves en conversación, abstinentes en sensualidad, templados en deseos, cuerdos en consultar, ponderados en resolver, justos en determinar, amigos de lo honesto, deseosos de lo justo, amorosos en perdonar, no ásperos, no severos, no tiranos, como son muchos. Mas quien quisiere ver otras circunstancias, lea el discurso de los Príncipes, Señores, y Tiranos. Es de advertir, que no se puede con tanta facilidad juzgar, cuál de las tres Políticas sea mejor, teniendo cada una sus defensores y secuaces; porque los Reyes (a quien es lícito hacer toda cosa sin pena) poquísimas veces señorean a propósito, ni reinan casi jamás, sin rumor de guerras. Y muchos siendo buenos antes de reinar, se vuelven insolentes, adquirida la posesión; como se ve en Saúl, y en otros muchos que usaron mal de su poder contra los súbditos, agravándolos sin término. Y cuando los más poderosos tienen el dominio de la República, vive en ellos la ira, odio, y emulación, por quien rarísimas veces reinan juntos de conformidad, antes con parcialidades, con alteraciones, y guerras civiles se van destruyendo entre sí. Infinitos son los que juzgan el gobierno del pueblo por el peor. Apolonio lo disuadió con muchas razones a Vespasiano. Cicerón escribe a Plancio, no haber en el vulgo razón, consejo, ni prudencia: y el Poeta explica:

Scinditur incertum studia in contraria vulgus.

Otán Persa dice, no hallarse cosa más insolente, ni más loca que la muchedumbre popular, que sin entender con flema, corre sin consejo a ejecutar las empresas como despeñada corriente. Demóstenes llama al vulgo mala bestia. Platón bestia con muchas cabezas, y Falarias escribiendo a Egesipo dice:

Todo pueblo es temerario, alunado, y para poco, promptísimo en mudar opinión, desleal, incierto, feroz, traidor, engañoso, útil sólo en la voz, fácil para ira y adulación.

Aristóteles juzga ser pésimo el gobierno popular por ser la plebe basa fundamental de errores, maestra de malos usos, y entero colmo de todos males. No se puede doblar con razones, ni autoridades; porque las unas no entiende y refuta las otras. Es duro y obstinado en las persuasiones; sus costumbres son siempre inconstantes; desea cosas

nuevas, aborrece las presentes; no se puede enfrenar con dotrina de sabios, con enseñanza de ancianos, con autoridad de tribunales, ni con majestad de Príncipes, sin dar jamás oído a los prudentes, como claro se colige de Sócrates, en la opinión de los dioses; en Paulo Emilio, que disuadía la batalla de Canas, en Magio Campano, que aconsejaba no se admitiese Aníbal dentro de Cartago, por ser demasiado sedicioso. De modo que padecen todos los estados, dañosas y peligrosas excepciones.

Por sello del gobierno político, se pueden poner Consejeros, y Secretarios. Consejo es una bien pensada razón de lo que se debe hacer, un buen aviso que se toma sobre cosas dudosas. No mira el fin que deseamos, sino lo que nos puede guiar a él más presto. Por eso viene a ser consultación diferente de la voluntad, porque ésta consiste acerca del fin, y aquélla en las cosas que le anteceden. Es favor, y ayuda necesaria en todos los actos humanos, alma del gobierno, y fundamento sobre que se sustentan las Repúblicas. Es luz de lo que se duda, maestro de lo que se hace, defensa de los peligros, destierro de los trabajos, compañero de la prudencia, guía de la sabiduría, medianero de la paz, y padre de todo descanso. Así como la falta de Consejeros fue en todas edades perdición de Reyes y Reinos; así la copia dellos causó siempre su feliz aumento y conservación. Entre muchas propiedades del Consejo es la más principal, que sea bien examinado, considerando lo que se debe advertir.

Este oficio es propio de la prudencia, que como guía y madre de todas virtud, y derecha razón de las cosas agibles, trata siempre de buscar medios convenientes al fin deseado. Toca a los Consejeros estar libres de pasión y afición, ser resueltos, y no sumisivos; porque el temor jamás aconsejó bien, y la servidumbre oprime las potencias del alma. También les pertenece ser maduros en sus consultas, por ser la priesa y aceleración madrastra del buen consejo. Séneca dice:

Tarda en deliberar y obra presto.

Pertenéceles asimismo sin la suficiencia natural, la experiencia, y noticia de muchos negocios, y el ser versados en historias; porque fuera de ser la práctica y ciencia compañeras en el gobierno, los que no saben más de lo que vieron, son como niños, según Valerio Máximo, que afirma deberse consultar con varones experimentados y doctos, de quien conviene inquirir las últimas resoluciones. Por eso el valeroso Nicia (según Plutarco) afirmaba no haber errado jamás cosa hecha por consejo de otro, dado prudentemente. Cuádrales mucho el secreto, con quien tienen buen suceso las amistades, y se conservan

las vidas: por eso se dijo ser de no menor artificio el silencio que la elocuencia. En esta conformidad apunta Vegecio, no hallarse consejos tan a propósito como los que ignorare el adversario. Débense dar estos tales, particularmente en los aprietos, según San Gregorio que dice:

> *Dar consejo al ignorante es calidad; darle al sabio, ostentación; darle en tiempo de necesidad sabiduría.*

Es justo los dé quien obra en la forma que aconseja. Así escribe San Ambrosio:

> *Debe el Consejero ser tal, que pueda servir de espejo y dechado a otros, dando todo buen ejemplo con sus obras en dotrina, en integridad y gravedad: porque así venga a ser toda palabra suya irreprehensible y saludable, todo consejo provechoso, toda acción honesta, y toda sentencia venerable.*

En que se comprehenden admirablemente las calidades de un buen Consejero.

Síguense los Secretarios, nombre compuesto de Secreto y Erario, o sea de Silenciaro (según la jurisprudencia) por el secreto que debe cuarta; parte más necesaria en los negocios graves. Tienen éstos no sé qué de divino en la participación de los conceptos, siendo como ministros del entendimiento, exprimiendo el hombre con la lengua los tesoros de la imaginación. Su oficio es la acción más útil y necesaria de la vida; y así en esta parte vienen a ser en sabiduría y prudencia superiores a todo género de personas. Alcanzaron en todas edades grande estimación y honras. Fíanse dellos los Reinos y las materias de estado, que son las más principales del mundo. En fin el Secretario es depósito de los secretos del Príncipe, que por su medio tiene buena determinación, buen consejo, buen fin, y sus negocios buen estado. Porque si bien no puede forzar el libre albedrío de su señor; por lo menos con sus razones exhorta, y obliga a hacer buena elección. Advierte los peligros, representa las dificultades, abrevia las dilaciones, previene los daños, y pone a la vista el provecho y comodidad. En particular, consigue por él su intento la Simetría, o justa medida en todas las partes del cuerpo político, distribuida según los grados y merecimientos, cosa tan necesaria para la conservación de Estados y Monarquías. Tenían Secretarios todos los antiguos Magistrados de Roma; y eran Historiadores en aquellos tiempos, llamando a Eumenes Príncipe de todos ellos. Es propia suya la fidelidad, madre de la hidalguía y nobleza; estando la verdad de

las cosas debajo de su fe. Fíase el señor de un Secretario, como del mayor amigo; acción que descubre grandes muestras de amor, y así viene a ser su más familiar y allegado. Débese eligir virtuoso, discreto, y entendido, consistiendo esta discreción en ser tan moderado en hablar como prompto en oír. Hace en él la falta de estudio daño notable, que podría emendar con la conversación de los doctos. Convendría fuese noble, porque casi siempre la baja sangre desanima grandemente en las más arduas resoluciones. En suma le toca tener particular prudencia, admirable prevención, singular juicio, universal ingenio, destreza de palabras; ornamento y doctrina, gravedad de acciones, decoro de elocuencia, buena intención, honestísimo fin, inmaculada conciencia, y vida irreprehensible.

En último lugar, vienen los Metafísicos, que consideran las formas separadas, y levantan el pensamiento a las cosas espirituales, no contentándose con detenerse en las de naturaleza. Por eso Avicena dice ser el postrer blanco del Metafísico, el conocimiento del altísimo Dios, y de las inteligencias espirituales; porque el alma no puede quietarse en las cosas naturales y visibles, sin subir al conocimiento de la primera causa, que carece de principio y fin. De aquí nacieron aquellas infinitas, y entre sí tan contrarias opiniones de los dioses, no menos impías que ignorantes; porque Diágoras Milesio y Teodoro Cirenaico dijeron no haber Dios; Epicuro afirmó haberle, mas que no tenía cuidado de las cosas inferiores; Pitágoras propuso no poderse saber si le había; Anaximandro entendió que nacían los dioses, y morían de allí a mucho tiempo; Jenócrates dijo haber ocho. Fue de opinión Arístenes hubiese muchos populares, mas uno natural, grande artífice de todo. Hablando también de la Divina esencia, quién dijo una cosa y quién otra. Tales Milesio tuvo ser Dios una mente que hizo toda cosa de agua. Cleante y Anaxímenes dijeron ser el aire. Crisipo la llamó fuerza natural llena de razón, o necesidad divina. Zenón una ley divina y natural. Anaxágoras, una mente infinita movible por sí. Pitágoras, un ánimo que atiende y pasa por la naturaleza de todas las cosas, de quien todo recibe vida. Alcmeón Crotoniate llamó Dioses al Sol, Luna, y Estrellas. Quiso Jenófanes fuese Dios lo que tiene ser. Parménides hizo a Dios un cierto circulo lleno de luz, a quien llamó Estéfano, que es corona. Dejo las varias opiniones de los Metafísicos sobre las Ideas, sobre los corpóreos, sobre los átomos; el *hyle*, la materia, la forma, la eternidad, el hado, el trascendente, la introdución de las formas, de la materia, del cielo, de las inteligencias. Dejo si las estrellas son hechas de elementos, o

quintaesencia, todo lo cual se halla en los libros de Aristóteles: y últimamente en una obra de Teodoro Angelucio, que discurre sobre esto con agudeza. El sujeto pues Metafísico, es sólo el Ente en universal: y así Aristóteles se afana mucho sobre el universal principio de todo, a quien pertenece la consideración de las cosas abstractas universales, como de los diez predicamentos, de los seis trascendentes, de la potencia, del necesario, del contingente, del dependente, del independente, del finito, del infinito, y de tales cosas, siendo sobre todo la suma verdad el objeto de todas sus especulaciones. Con todo eso no son tales estos ni aquellos Filósofos, que no padezcan todos juntos muchas, y muy graves excepciones; porque San Gerónimo los llama Patriarcas de los herejes, primogénitos de Egipto, y candados de damasco. Estos son los que adulteraron la sagrada Teología en gran parte, y los que la redujeron (según Juan Gerson) a locuacidad sofística, llena de fábulas; y a Matemáticas colmadas de quimeras: si bien algunos santos varones con causa, y casi con necesidad fueron forzados a probar las cosas sagradas con razones, y argumentos formales de Filosofía. Los Romanos echaron no pocas veces los Filósofos fuera de su ciudad, como corrompedores de la virtud; y por este mismo respeto fueron en tiempo de Domiciano desterrados de toda Italia. Los Mesineses y Lacedemonios no los admitieron jamás. Hubo también estatuto del Rey Antíoco contra los mancebos que osasen aprender la Filosofía, y contra los padres que se lo concediesen; y no sólo fueron condenados, y desechados por los Emperadores y Reyes: mas también reprobados con libros de hombres doctísimos; en cuyo número se halla Timeón, que escribió una obra llamada Silos, en vituperio de los Filósofos. Aristófanes, que compuso contra ellos cierta comedia con título de Nieblas. Dión Perusio, que escribió una elocuente oración en su contra, sin otra de Aristides no menos elegante contra Platón. Y Hortensio Romano émulo de Cicerón persiguió con fuertes razones la Filosofía.

Anotación sobre el XXV discurso.

Quien deseare ver una suma y junta de lo que toca a la Filosofía, lea el seminario de toda la Filosofía, así Aristotélica como Platónica, de Juan Baptista Bernardo, y el Panepistemón de Ángelo Policiano. También es a propósito el libro tercero de la Física de Tomás Frigio, y la tabla de las obras de Celio Calcañino en la palabra Filosofía, y Celio Rodiginio en el libro 4 de sus antiguas leciones, capítulo 30. Sus

alabanzas se traen en el libro 9, cap. 14, y en el lib. 16, capítulo 7, donde dice delgadamente de la misma muchas cosas. Acerca de los Económicos, no se olvide el Pontano en los libros de obediencia, junto con Jacobo Fabro Stapulense. En particular sobre la materia de Consejo y Consejeros se podrá ver el docto y utilísimo tratado de Bartolomé Felipe Portugués, como asimismo en materia de Secretarios, saldrá presto a luz otro no menos erudito que elegante de Don Lorenzo Vanderhamen.

De los Oradores. Discurso XXVI.

LOS que nosotros acostumbramos llamar Oradores, entre los Romanos antiguos (según Festo) fueron llamados Actores de causas, de quien refiere Plinio haber siempre tres en la noble familia de los Curiones. Según los géneros del decir hubo en todos tiempos excelentes Oradores. Así (como pondera Macrobio) el copioso decir fue propio de Cicerón; el breve de Salustio; el seco y árido de Frontón; el florido de Plinio Segundo, y Simaco su contemporáneo. Los estilos son dispares, porque uno es maduro, y grave, como el que se atribuye a Craso; otro ardiente y encendido como el de Antonio; otro agudo y magnífico como el de Homero en Ulises: otro sutil, como el de Menelao: otro moderado y sabio como el de Néstor. Por manera que resultó a los Oradores gloria y honor del estilo que siguieron en la variedad de sus oraciones. Cuentan Rutilio y Polibio, haber aquellos tres Oradores, Carneades Académico, Diógenes Stoico, y Critolao Peripatético, que Atenas envió a Roma, causado notable admiración al pueblo y Senado, cada cual en su género: porque Carneades usó un decir violento y veloz sobremanera; Critolao oró con habla firme y grave; mostrándose Diógenes templado y modesto. Muchas son las partes que se requieren en un perfeto y absoluto Orador, como el que describe Marco Tulio. Mas de selva tan grande, me parece suficiente tocar ahora sólo las más necesarias. Marco Catón (cuya sentencia siguen Cicerón, Isidoro, y Quintiliano) dice del Orador, ser un hombre de buenas costumbres, bien instruido y experto en el decir, porque la bondad de la vida debe corresponder a la aparencia exterior de las palabras, para que con más facilidad defienda las causas, y procure el provecho y bien de la República, con justicia y equidad. Dice Cicerón en muchos lugares de sus epístolas, nacer la facultad del decir de las fuentes más íntimas y ocultas de la sabiduría; porque el sabio Orador conocerá, cómo se imprima lo justo, cómo se persuada lo honesto, cómo se haga creíble lo verdadero, cómo se dé a entender lo recto, cómo se despierte un ánimo fuerte, cómo se vuelva un alma generosa, cómo se incline un corazón a misericordia, cómo se provoque uno a liberalidad, cómo se estampe un sello de prudencia y amor en el pecho del oyente. Al mismo pertenece celebrar la constancia de Mucio; la paciencia de Atilio Régulo; la grandeza de César; la generosidad de Pompeo; la

continencia de Cipión; la magnanimidad de Fabricio; la fortaleza de Horacio; la prudencia de Catón, y la gloria de Augusto. Así Lucio Craso afirma, ser propio del orador cuanto se puede decir de bueno en lo justo, honesto, virtuoso y verdadero. Es necesario al mismo el conocimiento de la Filosofía, según Tulio, que certifica, no sólo estar obligado a la escuela de los Retóricos; sino también a los espaciosos portales de la Academia; porque no saliera de aquel torrente de elocuencia tanta copia de cosas, si no hubiera entrado en los riquísimos confines de la Filosofía. Demóstenes (claro orador de la Grecia) fue oyente de Platón; y el famoso Pericles se crió debajo la doctrina de Praxágoras Filósofo de su tiempo. Cuádrale asimismo la noticia del Derecho Civil, debiendo el orador tratar inumerables causas, que entran puntos de leyes, y que se deciden sólo con el parecer de los sabios Jurisconsultos. Por eso se lee, haber sido Marco Catón tan docto en el Derecho, como fundado en la ciencia del decir. Scévola y Servio Sulpicio tuvieron junto con la doctrina Civil una admirable fecundia. No conviene menos al orador el conocimiento de las historias, debiendo ejemplificar muchas veces con las consecuencias de cosas pasadas, y dar a entender las modernas con las antiguas, en que parecerá tanto más ingenioso, cuanto más universal se mostrare con la copia de Historias que pudiere recitar a propósito. También en razón del conocimiento general que en la Oratoria se requiere, está claro discurrirá tanto más bien en las causas, cuanto más hubiere leído y estudiado, y cuanto más fuere ejercitado en las artes y disciplinas: y tanto más admirable se mostrará, cuanto más descubriere poseer una noticia general distinta y clara de todo lo que debe pasar por sus manos. Entre otras cosas conviene al mismo copia de facundas palabras y figuras, ingeniosa invención, admirable orden, memoria tenaz, claridad de voz; graciosa y agradable: y sobre todo acción, movimiento, prestancia y osadía de ánimo, que no se corte por temor, ni se retarde más de lo conveniente; con que vendrá a ser famoso.

Será asimismo de mucha importancia para el orador, si desde muchacho estuviere ejercitado en recitar oraciones, como se lee de Demóstenes, de Licinio Calvo, de Polión y César, que de doce años defendió a Avia en juicio con elegantísima oración; porque no tome de golpe sobre sí peso demasiado grave, que (según Marco Tulio) en esta forma se facilita el ingenio habituado de atrás.

Ha de ser prontísimo para la defensa y ofensa, defendiendo con igual agudeza en pro y contra, como hacían Catón, Hortensio,

Lúculo, Sulpicio y Cicerón. En suma se requieren en ellos las condiciones que se apuntaron en los Abogados, y teniéndolas, deben ser puestos en el número de perfetos oradores, como fue Esquines Ateniense, Arístides, Alejandro Efesio, Carisio, Céfalo, Cinea, Cleomaco Magnesio, Demades, Serapión Alejandrino, Domicio Africano, Epícrates, Nicóstrates Macedón, Ferécides Siro, Onésimo Ciprio, Filostrato Senior, Teopompo Gnidio, Teodoro Gadareo, los dos Carbones Romanos, los dos Mesalas, Montano Narbonés, Metelo Macedónico, Julio Africano, Democar, Dexipo, Casio Severo, Clodio Sabino, Plocio Galo, Marcelo Pergameno. Mas sobre todos las cuatro luces de elocuencia dos Griegos, y dos Romanos: Isócrates, y Demóstenes, Hortensio y Cicerón. Con las partes referidas serán semejantes a un Pericles, llamado Olimpo, por parecer despedía rayos y truenos cuando oraba; a Lucio Craso fuente de policía y gravedad; a Cayo Cota sincerísimo en el decir; a Lisia tan sentencioso, y a Platón tan elegante; a Gorgias, que fue llamado Júpiter por la grandeza y majestad de su estilo; a Hipia, que (según Tulio) llevaba en la lengua la vida y la muerte de aquel, por quien o contra quien hablaba; a Carneades, que en el certamen de Olimpia se glorió de no haber materia en el mundo, sobre que no osase hablar con elegancia; a Cinea Embajador de Pirro, de quien él mismo confesaba rendirse muchas más ciudades a su elocuencia que a sus armas: y finalmente a un Tulio, a quien llama el Beroaldo trompeta de elocuencia, aplicándole aquellos tres nombres particulares de *Polistor*, *Filosofotatos*, y *Poligrafotatos*, que significan universal en ciencias, doctísimo en filosofía, y elegantísimo escritor en todas cosas. Dél dice Cátulo, exceder singularmente con su elegancia a todos los sucesores de Rómulo que hubo y habrá en siglos venideros. Lucano le intitula autor máximo de la elocución Romana: lo mismo Silio y Marcial, anteponiendo su elocuencia a los laureles y triunfos de los Emperadores. Plinio le llama luz de doctrina; César padre de las letras Latinas, y Apolonio único imitador de la elocuencia Griega, habiendo la diosa de la Persuasión (llamada en Griego *Pitón*, y en Latin *Suada*) hecho asiento en aquella lengua de oro. Vengan pues todos los Oradores del mundo a tomar della toda arte y fuerza de decir: vengan a oír la copia de Platón, la dulzura de Isócrates, el fervor de César; el ímpetu de Graco, la suavidad de Livio, la santidad de Calvo, el orden de Hortensio, y la gravedad de Catón.

Mas sobre todo, estudie el Orador en hacerse bien elocuente, procurando, como hacía Pericles, no decir palabra, que pueda

molestar ajenos oídos. A esta elocuencia llama Marco Tulio la primera de todas artes, y la sabia gobernadora que rige las cosas divinas y humanas. Cornelio Tácito dice ser espada y escudo, porque como escudo repara los golpes de los adversarios, y como espada hiere con acusaciones a los malos que menosprecian la justicia. Ésta es aquella de quien dice Francisco Patricio, ser la medicina del ánimo, la que con razones de Filosofía postra los que se elevan demasiado en vicios, y la que levanta los derribados, haciendo fuertes a los flojos. Por eso Eurípides decía acabar sola ella lo que muchas veces no pudo el hierro militar. Esta es la que con velado misterio es significada por el oro, que mandó Nuestro Señor quitasen los Hebreos de las manos Egipcias, siendo con escondida figura denotada en la miel que mandó Dios se le ofreciese por primicia. A ésta llamó San Gerónimo utilísima para los mortales. Esta fue (en la Cantiga) por la esposa asimilada al panal que distila dulzura. A ésta llamó Enio vencedora de los ánimos humanos. Por ésta (según Homero) mereció Anfión la cítara de Mercurio. Por ésta (según Lactancio) fue llamado Orfeo hijo de Apolo, y de Calíope. Por ésta llevaron las Musas a Galo sobre el monte Parnaso. Para gloria désta dice Aristóteles, ser los hombres elocuentes el ornamento de Reyes y Emperadores: y Platón llama a la elocuencia, decoro de la República. Ésta hizo illustrar a Demóstenes con aquel epigrama,

Si el Cielo te diera igual,
fuerza al cuerpo que a la lengua,
de las armas Macedonas
segura se hallara Grecia.

Ésta dio (según Valerio Máximo) el Imperio a Pisístrato, no obstante fuese Sólon conocido por principal amador de la patria. Ésta hizo llamar San Gerónimo a Tito Livio leche de elocuencia, atrayendo la fama de su facundia algunos nobles desde los últimos confines de España con deseo de verle. Ésta obró en favor de Marco Antonio (según Plutarco) quedasen los soldados del Triunvirato como atónitos, no osando tocarle mientras duró la plática. Por ésta San Pablo se mostró tan admirable en el Areópago a Dionisio. Por ésta pareció Santa Catalina tan maravillosa a Magencio. Mas quiero poner fin, con la copiosa recomendación de Marco Tulio que dice:

El estudio de la elocuencia alimenta la juventud, recrea la ancianidad, perficiona la próspera fortuna, sirve en la adversa de consuelo y sagrado;

deleita dentro de casa, no impide fuera: pasa la noche con nosotros, síguenos por el campo, y nos acompaña en toda peregrinación.

Anotación sobre el XXVI discurso.

Pedro Victorio nota algunas cosas pertenecientes al Orador, en el libro veinte y uno de sus varias lecciones, capítulo diez y seis. Asimismo Sturmio, y Daniel Bárbaro, dicen no pocas utilísimas en su Retórica: fuera de las que se sacan de tantos que escribieron otras, como Juan Jacobo Vuequero, que entabló toda la de Cicerón, de Aristóteles, Quintiliano, Hermógenes, y de todos los más dignos autores.

Del arte de escribir de las Cifras, Jeroglíficos, Ortografía, y Correctores. Discurso XXVII.

PIENSO haber probado en el discurso de los profesores de lenguas, el uso antiquísimo de las letras, pues según Josefo, fue Adán el primero que escribió, porque la comunicación no se perdiera entre los hombres. Así ahora, sólo será necesario mostrar en qué escribieron nuestros mayores, para perficionar semejante materia, no menos curiosa que útil, advirtiendo ser la pluma cierta diferencia que puso la Naturaleza entre la prudencia y la ignorancia. Es cosa clara haber carecido los hombres en aquellos primeros tiempos del papel, que ya reducido a perfición sobra en diversas partes; mas entonces por su falta se servían de las hojas de palmas por quien dura hasta hoy llamarse hojas las de los libros. Virgilio apunta haber escrito la Sibila Cumea sus libros en las referidas hojas diciendo:

Fata canit foliisque notas et nomina mandat
quaecunque in foliis descripsit carmina virgo.

Dite Cretense, que se halló en la destruición de Troya, escribió seis tomos de aquella guerra con letras Fenicias, en ciertas hojas de árbol como de yedra, que llaman *Tilia* en Latín, y muriendo quiso fuesen sepultados con él. Mas después en el año trece del Imperio de Nerón por un terremoto que hubo, se abrió la sepultura, y hallados aquellos libros, fueron llevados al mismo Emperador, y por su orden conservados, como afirma Quinto Septimio en la Vida de Dite. Flavio Vopisco en la Vida de Aureliano dice, haber ordenado Adriano Emperador fuesen escritos sus actos en libros de tela de lino bruñida, y tinta con cierto color. También se escribió en cortezas de árboles, especialmente en las que con más facilidad se quitan, como las de plátano, fresno, y olmo. Eran éstas aquellas telillas que están entre lo interior del tronco y lo áspero de afuera: de quien formaban libros, juntando artificialmente una con otra; y porque éste en Latín se dice *liber*, se llamaron libros los que se componen; si bien ya no se usa tal materia. Tras esto se escribió en hojas de plomo sutilísimas, de quien hacían tomos personas particulares. Refiere Dión Casio, que debiendo Hircio y Octavio escribir a Décimo Bruto no se rindiese a Marco

Antonio, sino que esperase dellos el perdón, se lo enviaron a decir en láminas de plomo, por estremo sutiles, y dobladas como carta misiva. Partenio y Andriseo recitan haber entregado Dioneto a los Milesios una letra escrita y doblada en una lámina de plomo. Los Partos (según Plinio) tuvieron uso de tejer en los vestidos las letras. Asimismo escribieron los antiguos en ciertas tablillas enceradas muy lisas, en que hacían letras con sutiles palillos llamados estilos, quedando de aquí la costumbre del decir tiene buen estilo, quien escribe y dicta bien, tomando el nombre del instrumento: y según Homero se ejercitó el uso destas tablillas antes de la guerra Troyana.

Es de advertir no escribían los mismos, pluma, sino con una pequeña caña o cálamo, como hoy usan algunos; y esta escritura se formaba en cierta manera de papel, que se hacía de unos árboles pequeños, llamados Papiros, casi como juncos, que se engendran en las lagunas del Nilo, y según Plinio los hay también en Asiria, junto al Éufrates. Este árbol tenía ciertas hojas pequeñas entre la corteza y tronco, que quitadas sutilmente con puntas de agujas, y cubiertas de harina, mezclada con otras cosas, quedaban para poderse escribir en ellas: y porque el nombre de tal junco se llamaba papel, cobró tal nombre el de ahora, que se hace en los molinos de pedazos de lienzo, para cuya bondad se considera la sutileza, la densidad, la blancura y policía. El primer origen destos Papiros antiguos afirma Marco Varrón, haber sido en tiempo de Alejandro Magno, cuando se fundó Alejandría. Plinio le da más antiguo, por los libros deste mismo Papiro, que Gneo Tarentino halló de cierta herencia suya. Fueron ellos de Numa Pompilio Rey de Romanos, estaban en una caja que tenía en depósito sus huesos, siendo cierto haber sido mucho más antiguo Numa que Alejandro. El nombre de carta se dice haber tenido principio de una ciudad cerca de Tiro, llamada Carta. Es de notar (sin los referidos remedios) haber antes que se hallase el papel antigua costumbre de escribir en pergamino hecho de pellejo de oveja, de quien trata Herodoto. Su primer uso atribuye Varrón a los de Pérgamo, de quien era Rey Eumenes. Con todo Josefo da más antigüedad a los pergaminos; alegando estar escritos en pieles con mucha curiosidad, los libros Hebreos enviados por Eleazaro al Rey Ptolomeo, para los setenta y dos Intérpretes: y esto fue muy antes de Eumenes. Isidoro quiere tuviese principio el uso del papel en Menfis de Egipto: de quien constituye varias especies, como (según Plinio) la Augusta Real, en honor de Octaviano Augusto; la Líbana, en honor de la provincia de Libia; la Hierática, llamada así, porque servía sólo

para libros sagrados; la Teónica de un lugar de Alejandría donde se hacía; la Sáltica de una ciudad llamada Salo; la Corneliana, formada primero por Cornelio Galo Prefeto en Egipto; y Emporítica que es la de trapos.

Los que escribían fueron (según Carolo Sigonio) puestos por los Romanos en el número de Aparitores, que eran los que se hallaban prontos al servicio de los Magistrados, siendo su calidad antes de ingenuos que de libertinos. Tales fueron Gneo Fabio antiguo Scriba de los Pontífices, y Cicereo que lo fue de Cipión: si bien se lee de Cicerón, haber tenido por Scriba a Marco Tulio su liberto. Festo describiendo, cuáles fuesen los antiguos Scribas, dice:

Fueron los que escribían en tablas las razones públicas;

de modo que hacían lo que ahora los Escribanos. Marco Tulio afirma, haber sido de consideración tal oficio, por darse entero crédito a sus escrituras. Y en otra parte muestra, que ofrecían y ministraban los mismos las leyes a los Magistrados, siendo dueños de las resoluciones; mientras dice:

Conozco ser tal la ignorancia de los Magistrados, que no saben más de lo que quieren los Aparitores.

Escribe Probo, haber estado los Escribanos en mayor estima en Grecia, que en Roma, donde eran puros mercenarios; haciendo entre los Griegos su oficio con más reputación: si bien podían entre los Romanos subir a mayores grados, según Cicerón, que hace mención de uno, que habiendo sido Scriba en la dictadura de Sila, fue en la de César Pretor Urbano. Festo dice, que entre todos los Escribanos el de menor autoridad y estima fue el Naval. San Epifanio afirma, llamarse entre los Hebreos Scribas los expositores de la Sagrada Escritura, y que de la misma cobraron semejante nombre. Y San Agustín refiere, no ser lícito entre los Hebreos escribir letras santas (esto es libros de la sagrada Escritura) sino solamente a los Scribas, como a profesores de mayor sabiduría que los otros. Los instrumentos de escribir son papel vario en nombre y bondad, pluma, tintero, tinta, salvadera, regla, falsa regla, plomo, y el cuchillo de tajar, cuyo artificio se aprende en el libro que compuso Don Agustín de Sena, Monge Certosino, donde enseña a hacer toda suerte de letra, tinta y tajar plumas por excelencia. Para aprender el estilo de escribir cartas, que son vivas imágines del entendimiento, se hallan no pocos formularios en Romance y en Latín. Puédese seguir el modo de Francisco Negrón en su tratado de modo Epistolandi, y el de Libanio Sofista, traducido por

Póntico Seburio, que pone varias especies de cartas. Merece loa el saber escribir bien: si bien hoy es tenido lo contrario entre señores por grandeza. Escríbese en varias maneras de letras, como Hebraica, Griega, Latina, Arábiga, Tudesca, o Canceleresca, Mercantil, y otras, con sus abreviaturas y cifras; de quien se deriva el arte de cifrar, hallada (según Eusebio) por Tiro liberto de Cicerón. Refiere Aulo Gelio, solía Cayo César escribir a Cayo Opio y a Balbo Cornelio (teniéndolo concertado así) algunas cartas, en que se hallaban interpuestas algunas letras, que ocultamente daban el sentido a cualquier parte. Isidoro dice, haber Bruto escrito en semejante forma. Probo Gramático hizo un curioso comento de la oculta significación de semejantes letras, declarando por extenso un modo secreto que tenían los Lacedemonios, escribiendo en las guerras a sus Emperadores, porque no fuesen entendidas las cartas, si acaso eran cogidas por los enemigos. Esta suerte de cifrar llama el mismo *Scutum loricatum*; refiriendo de Asdrúbal Cartaginés, escribía en tablillas de madera, y las cubría con cera, que raída por quien recebía la carta, leía lo escrito en ella. Cuenta asimismo un gracioso modo de cifrar de cierto bárbaro llamado Hístico, que hallándose en Persia con el Rey Darío, escribió a Aristágoras algunas cosas ocultas con igual artificio: Tomó un esclavo que padecía de los ojos, y rapándole la cabeza como para curarle, sajó o escribió en lo raído lo que quiso. Después tuvo secreto en su casa al paciente, hasta que le crecieron los cabellos, y enviándole al fin a Aristágoras, mandó, le dijese de su parte no más de que le hiciese rapar la cabeza: por cuyo ardid descubrió el otro la invención del amigo, sabiendo lo que le deseaba decir. Hállanse otras mil trazas, para que las letras no sean descubiertas, cuanto más entendidas, materia que podrán inquirir los ingeniosos en los ejemplos que ponen Vegecio, Juan Baptista Porta, y Jacobo Vuequero. Mas volviendo a las cifras, Isidoro pone algunas palabras de Augusto a su hijo deste tenor:

> *Ofreciéndose por instantes haber de escribir uno a otro cosas que conviene estén ocultas para los demás, tengamos entre nosotros ciertas notas, con quien cuando queramos explicar algunas cosas, en lugar de la A pongamos la B, por la B la C, volviendo desde la Z a las AA*.

Destas cifras escribió modernamente Juan Baptista Velasco con muchos ejemplos particulares poco comunes; mas por estar impresas, serían entendidas cuando ocurriese la necesidad de usarlas. Por eso es juzgado por mucho mejor el fingir, y hallar nuevos modos de su cabeza, para no ser entendido sino de los correspondientes. Aquí

entran asimismo las escrituras que se hacen con aguas de cedro y leche de higuera, y también el escribir sin tinta, papel ni pluma, como se puede ver en los autores citados. Tras las cifras se siguen los Jeroglíficos, que tuvieron origen de las notas Egipcias, a quien llaman letras sagradas; o sea de figuras de animales, con que aquella nación significaba simbólicamente los más nobles y sutiles secretos del entendimiento. No hay duda sino que por la larga conversación tenida con los antiguos padres Hebreos (mientras habitaron en aquella región, hasta que los sacó Moisén de servidumbre) aprendieron los Egipcios muchas cosas suyas que después encomendaron a la memoria, usurpándolas como propias. Esto muestran claramente los escritos de Mercurio Trimegisto, por la mucha conformidad que tienen con los de Moisén, fomentando este supuesto las voces tan venerables que trae a la memoria Iamblico en el libro de los misterios Egipcios, que son *Ictón, Ameph, et Amún*, derivadas sin duda de la lengua santa, con que se declara haber querido los Egipcios imitar la altísima sabiduría de los Hebreos, describiendo en estas notas la secreta Filosofía de tantos misterios comprehendidos en ellas y por ellas. Destos Jeroglíficos hace mención Filón Hebreo, hablando de Moisén en esta forma:

> *Así aprendió de los Maestros Egipcios los números, la Geometría, toda la música, la Rítmica, la Armónica, la Métrica, y también la oculta filosofía, descripta con caracteres, a quien ellos llaman Jeroglíficos, esto es, con notas y figuras de animales, reverenciados entre ellos como cosas divinas*.

Clemente Alejandrino escribe, haber dado Moisén (según la costumbre desta doctrina Jeroglífica) muchos preceptos de la vida moral debajo de símbolos místicos, y tropos de animales, como aquéllos:

> *Neque porco, neque aquila, neque corvo vescendum*.

Tal arte (según Cornelio Tácito) fue hallada, para que las cosas santas y venerables no fuesen profanadas de la vulgar intelligencia: y afirma Iamblico, haber hallado Mercurio con los mismos Jeroglíficos la Deífica y Anagógica vía para las divinas instituciones, a quien siguiendo Bithi sabio Egipcio (después de haberla hallado escondida en los secretos de la ciudad de Siore) la enseñó al Rey Amón, con la noticia de aquel gran nombre que discurre generalmente, señalado por los Egipcios con el ojo, con la vara, con el escudo y con la serpiente. Las cuales cuatro letras se refieren al nombre inefable de

Dios; porque Cirilo enseña haber sido el ojo símbolo de Divinidad entre los antiguos. La vara se atribuye por Homero a Palas, que denota la sabiduría de Dios: el escudo exágono significa el cuerpo sólido, y por eso es símbolo del universo perfeto, hecho por el sumo Artífice en los seis días de la creación, denotando la serpiente la prudencia del eterno Dios. Por eso en el Evangelio nos persuadió la misma Verdad a ser en prudencia semejantes a las serpientes. La dignidad desta simbólica escritura de notas Egipcias pone Plotino en el libro de la belleza intelligible, así:

> *Paréceme no haber usado los sabios de Egipto, cuando quisieron significar algunos misterios, los caracteres de letras, proposiciones, imitaciones, pronunciaciones, y otras reglas, sino haber puesto en su lugar con perfeta sabiduría, o con natural instinto del entendimiento; las imágines singulares de cualquiera cosa, y que pintándolas hayan misteriosamente denotado razón o conceto particular*.

Magno Iamblico escribe tener necesidad los Jeroglíficos de divina sabiduría que los declare, porque los Egipcios imitando la naturaleza del universo, y la Arquitectura de los dioses, abren con simbólicas señales ciertas imágines de las místicas ocultas, y escuras inteligencias. De aquí es querer (aunque fabulosamente) los profesores de Jeroglíficos que Heraisco, gran maestro desta arte, con sólo mirar las mismas figuras, quedase opreso de divino furor. Pierio que compuso un singular volumen, dice ser el hablar o escribir en Jeroglífico un explicar misteriosa y simbólicamente la naturaleza de divinas y humanas cosas. Por eso podemos decir, ser las parábolas de la Escritura casi verdaderos Jeroglíficos que descubren varios y diversos misterios sagrados; ocultos así porque tengan más estimación. En esta conformidad hallamos la historia Evangélica llena de semillas, de viñas, de sarmientos, de palomas, de torres, de serpientes, de sal, de luz, de trigo, de pájaros, y de otras semejantes palabras misteriosas, cuyo sentido alegórico y místico escribió Santes Pagnino Obispo de Luca en un volumen. Destos Jeroglíficos parece se deleitasen también los Scitas, entre quien su Rey Idantura, amenazando (como escribe Ferécides Siro) al Rey Darío, con que si no le obedecía, destruiría, pasando el Istro, toda su región, en lugar de respuesta en carta, se la envió en los Jeroglíficos de un topo, de una rana, de un pájaro, de un dardo, y de un arado: y dudándose de la significación destas cosas, interpretó Orontopagas Tribuno de los soldados, que ellos habían de venir a dar el Imperio a Darío, conjeturando del topo la habitación de la tierra; de la rana, la del

agua; del pájaro la del aire, del dardo las armas, y del arado los campos. Mas Xipodres interpretando al revés, dijo, que si como pájaros no volaban, si como topos no se escondían debajo de la tierra, o como ranas debajo del agua, no podrían evitar sus saetas: y que o engrasarían sus campos quedando muertos, o serían puestos al arado debajo del yugo, que era lo mismo que esclavos. Son algunos de parecer pasase el uso de los Jeroglíficos a los Egipcios, desde los pueblos de Etiopía; porque también éstos solían explicar sus conceptos con varias figuras de animales y plantas, según la propia naturaleza de cada uno. Otros juzgaron ser los Jeroglíficos invención de los antiguos Magos de Persia, poniendo los tales todas cosas inferiores debajo de los Arquetipos, o imágenes, que están en la mente divina, de quien como de interna palabra de Dios deciende la virtud del hablar. Con todo ninguna destas opiniones parece sea verisímil, respeto de que los Etíopes no tuvieron jamás fama de poseer alguna sabiduría: y la Magia (como afirma Mercurio Trimegisto) fue hallada en Egipto. Fuera desto, confirma Cornelio Tácito haber explicado los Egipcios primeramente con figuras de animales el sentido de su entendimiento. Amiano Marcelino hablando del obelisco Egipcio, escribe haber la antigua autoridad de la misterial sabiduría crecido reputación a infinitas notas de formas Jeroglíficas, que tenía el mismo esculpidas alrededor. Mas no por eso era permitido a todos los de Egipto el uso desta nobilísima ciencia, sino sólo a los sacerdotes, y a los que (según Suidas) eran llamados *Hierogrammati*, que significa escritores; a muchos de quien era concedido el profetizar, y adivinar lo futuro. El fin de los Jeroglíficos era representar con la naturaleza de la cosa pintada el intento del escritor. Por tanto (como dice Diódoro Siculo) la figura del gavilán significaba entre los mismos la operación hecha en un instante. El Cocodrilo la dañosa sensualidad; por esto cuentan los Magos que parte de su quijada derecha asida al brazo derecho, incita a la misma. Por el León, entendieron la fortaleza: por el Cinocéfalo devoto de la Luna, la adoración y la religión: por la rueda del Pavón la instabilidad de las riquezas, y pompas humanas: por el lodo (según Iamblico) daban a entender toda cosa corporal: por la Serpiente que se muerde la cola, significaron el año y el curso del tiempo: por la Mosca la imprudencia: por la Hormiga la providencia: por el Cielo pintado la disciplina, o arte: por la forma del Pelícano las asechanzas: por la Cigüeña el amor al padre: por la Hiena manchada la inconstancia del hombre: por el Águila un envidiado de todos: por el

Camello el perezoso: por la forma de la Abeja el Rey, según Pedro Crinito: por la figura del Buey la tierra: por la perdiz, los hombres indignos, según Celio: por el ojo la guarda, según Diódoro: y así cuanto a las demás cosas. Desto discurrió con abundancia Queremón, Heraisco, Hepie, Horo Apolonio, Pierio, Baptista Pío, el Téxtor, Alejandro Farra, que dice en particular muchas cosas curiosas del Jeroglífico de la paloma; Celio Calcañino, Juan Goropio, Becano y otros.

Suelen también los escritores buscar con diligencia los títulos que se deben dar así en vulgar, como en Latín a este o aquel personaje: y así servirá para los Latinos el tratado de Carlo Memnichem, y el librillo de Josefo Rosacio, y para las abreviaturas de las letras Romanas (materia perteneciente a los mismos) es de provecho la obra de Huberto Goltzio singular en esta profesión.

Síguense tras éstos los Ortógrafos, diferentísimos entre sí en razón de su facultad. Ortografía en Griego, se interpreta en Latín, según Isidoro, Recta escritura: porque sola esta disciplina nos enseña a escribir como se debe. Por ejemplo; Si se escribe *Ad* con D, cuando es preposición, o con *t*, cuando es conjunción: así *equus*, si se pone con *e*, cuando es animal, o con diptongo cuando es justo. Y a este propósito serían casi infinitos los ejemplos. Basta que a los Ortógrafos toca escribir justamente los nombres, los verbos, y todos los términos de la lengua así Latina como vulgar; y así Griega como Hebrea. Sobre todo es menester saber los Diptongos, de quien Guarino Veronés y Apuleyo compusieron en Latín particulares libros. Asimismo les pertenece el modo de puntuar, de quien escribió Gasparino Bergamasco, y Prisciano Cesariense, que discurrió sobre los acentos, declarando cuál sea el grave, el agudo, el circunflejo, el largo, el breve, el aspirado, el apóstrafo, la vírgula, recta, yacente y convexa; el paréntesis, los puntos, copulativos, abreviativos, interrogativos, suspensivos, conclusivos, o puntos firmes; cosas que de ordinario profesan los Gramáticos, si bien necesarias a todos. Entre los modernos escribió Juan Furnio de Ortografía copiosamente.

Suceden los Correctores, cuyo ejercicio se estiende a tanta generalidad, que ofreciera dificultad no poca, a quien dilatadamente quisiera tratar de todo. Consiste en especial en el hablar defetuoso, y en la buena Ortografía, a quien Suetonio llama forma y verdadera razón de escribir, instituida por los Gramáticos. Porque *Orthos* en Griego, según Isidoro, significa recta, y *Graphia* escritura. Y porque a menudo sucede cometerse algún error en lo que se escribe, como en

letras, puntos, dicciones, y locución, es propio del Censor corregirle: si bien muchas veces de muy curiosos, o impertinentes mancan los sujetos, las razones, los ejemplos, las metáforas, con todas las figuras, y modos usados comúnmente en las obras; materia que ella sola requiera un crecido volumen si se hubiera de tratar como se debe. Viniendo pues a las hablas imperfectas, se pone cuidado en los barbarismos, solecismos, Acirología, Cacofonía, Pleonasmos, Perisología, Sintomía, Macrología, Tautología, Eclipsis, Tapinosis, Cacocelón, Cacosintetón, y Anfibología; que según los más curiosos se juzgan viciosas, principalmente en prosa. Cométense los barbarismos en la corrupción de palabra, letra, o sílaba; en pronunciarla breve o larga. Deste género fue el de Tenea Placentino (acerca de Quintiliano) que dio ocasión al Romano Hortensio de corregirle justamente por haber pronunciado *Percula* en lugar de *pergula*; si bien se puede entender lo dijese así por graciosidad según su agradable y jocosa naturaleza. Mas ya se volvieron los modernos tanto maestros desta facultad, que en latín y en romance no habrá quien esté seguro de sus censuras: excediendo al antiguo Cátulo, que en versos Latinos hizo burla de Arrio, porque debiendo pronunciar *Commoda* sin la H (nota de aspiración) la ponía tras la C. Para los vicios siguientes pondré ejemplos en Latín, Castellano y Toscano.

Cométese el Solecismo, cuando leyéndose una cosa se confunde la cláusula, y se echan a perder las palabras, el orden, la elegancia, y las reglas del hablar en cualquier lengua. Por eso Isidoro en el referido lugar, llama al solecismo viciosa composición de palabras; y así apunta Quintiliano, que

soloecismi vitium non est in sensu, sed in complexu.

En la Acirología se incurre cuando se habla impropriamente; como si se dijese: Estas orejas lo vieron, y estos ojos lo oyeron, siendo todo al contrario: si bien tal vez estas hablas impropias, vienen a ser en los Poetas gracia, y decoro, siéndoles concedido por figura, lo que a los escritores de prosa es vedado del todo. Así Virgilio dijo con energía,

Excissum Euboicae latus ingens rupis in antrum.

Donde impropiamente dio el lado que es propio del hombre al monte, como el Dante, cuando dijo:

Y aquella a quien el sabio baña el lado,

entendiendo de Cesena. Cacofonía, o Cecefatón, se hace comenzándose la palabra siguiente en el modo que acaba la última sílaba, como aquel lugar de Virgilio,

Tres adeo incerti per caeca caligine soles
erramus pelago totidemque sine sidere noctes.

Y en otra parte,

Et dorica castra.

Donde en tales palabras escandiéndose el verso, se halla este error en *caeca caligine*, y en *dorica castra*. Pleonasmos, es superfluidad de palabra, como, He tocado con estas manos; he caminado con estos pies. Mas el Petrarca tomó licencia para usarla por figura en aquellos versos,

Donde si bien tal vez suelo quejarme
como el que está ofendido, es duro freno
para mí lo que vi con estos ojos.

Perisología, es un poner palabras superfluas, como si se dijese, viva del Rey, no muera; no siendo otra cosa el no morir que vivir, y el vivir, que no morir. Parece haberla usado el Petrarca en aquel verso,

Muévese el viejecillo cano y blanco.

Donde cano y blanco es todo uno, porque no puede estar cano sin estar blanco. Es bien verdad, que alguna vez causa gracioso ornamento en las Rimas, como en aquellos versos del mismo que comienzan,

Dulces iras, dulcísimos desdenes,
dulces paces, y alegres
flores, felices bien nacidas yerbas.

Donde las iras, y los desdenes son una misma cosa. También difieren en poco o nada, felices, bien nacidas yerbas y alegres flores: mas con todo eso se ven puestos con gracia todos juntos. La Sintomía es asimismo notada por vicio, si bien tal vez se vuelve en la pronunciación graciosa y varia. Cométese cuando loando, o vituperando, se acumulan muchos nombres que importan lo mismo, como si se dijese en alabanza: Fulano es cortés, da de buena gana, es liberal, lo que tiene no es suyo. O al contrario; Fulano es avaro, es miserable, es estrecho y tenaz; que son todos sinónomos. La Macrología se hace cuando es más larga de lo justo la descripción de las cosas. Algunos la notan en Virgilio en aquellos versos,

Postea vix summo spargebat lumine terras
orta dies, cum primo alto se gurgite tollunt
solis equi, lucemque elatis naribus efflant.

Donde con tantas palabras no quiso el Poeta mostrar, sino el aparecer de la Aurora. En este número entra también la Tautología diferente de la Sintomía, en que si bien en ésta las palabras significan la misma cosa, están por sí, y no como dependientes; mas en aquélla están como correspondientes a las otras, y casi como parte del todo. Por ejemplo, si se dijese: Yo el propio mismo; yo el mismo solo, aquel mismo yo. La Eclipsis (que es defecto) suele suceder toda las veces que en la cláusula falta el verbo principal: como dicen algunos haber intervenido en el primer Soneto del Petrarca, y en los versos del mismo que son,

La humilde fiera, un corazón de tigre,
que en vista humana, y forma de Angel viene.

Donde en el primer verso falta el verbo, *tiene*; porque de otra manera se hallaría defectuosa la construcción. La Tapinosis se hace, cuando a una cosa grande se dan palabras bajas, como alega Isidoro en aquel lugar de Virgilio, libro primero de su Eneida:

Apparent rari Nantes in gurgite vasto.

Donde al espacioso y dilatado mar, dio nombre de estrecho. Desto es también notado el Petrarca, en el verso que dice:

Que llegara hasta Roma tal sonido.

Porque siendo el sonido rumor de cosa pequeña, no pareció cosa conveniente, se hubiese de oír en Roma desde la Provenza, siendo menester hubiese sido mayor que los terremotos; si bien se conceden a los Poetas muchas destas licencias. Esta figura tendría lugar cuando para manifestar una gran lluvia, se dijese, llora el cielo; y para un gran viento, que Eolo suspira. También se corrige la figura Cacocelón, que es contraria de la referida, y tiene lugar cuando una cosa baja se dice con alto y resonante estilo; y cuando se hace un principio tan alto, que es imposible proseguirle: como Horacio en su arte Poética, cuenta de aquel que comenzó:

Fortunam Priami cantabo, et nobile bellum.

Donde bajó luego el estilo en lugar de crecerle, y realzarle. Cacosintetón es habla impropia, y se usa cuando se da una calidad

inconveniente a la misma; como nota Isidoro, con el ejemplo de Virgilio en aquel lugar,

Versaque iuvencum
terga fatigamus hasta.

Allí el soberbio Remo para mostrar que era armígera la gente Latina, decía, que arando la tierra, para picar los bueyes, en vez de aguijada usaba el asta, que es la pica, o cualquier otra arma de aquel género. Al último pertenece a los Correctores notar las anfibologías, que son hablas dudosas, como fue la del oráculo de Apolo a Pirro,

Aio te AEacida romanos vincere posse,

y la otra poco diferente désta que dijo:

Ibis, redibis, non morieris in bello.

Donde manifiestamente se conoce los sentidos opuestos que se pueden dar a estas palabras anfibológicas y dudosas. No es menos digna de corrección en prosa la figura Aferes, solo permitida a los Poetas; en que se quita una letra, o sílaba a la palabra; por eso dijo el Petrarca:

El deseo largué que agora enfreno.

Poniendo largué por alargué. También se reprehende la Epéntasis, que es cuando en medio de la palabra se añade letra, o sílaba, como en aquel verso también del Petrarca:

Spesso l'un contrario l'altro accense.

Donde la N está puesta de más: y Ovidio dijo:

Septemque triones,

por Septentriones, añadiendo aquella sílaba, *que* en medio: y a César arguyó Octavio en una Epístola (como escribe Quintiliano) por haber dicho *Callidum*; y no *Caldum*, juzgando superflua la l, si bien los autores doctos no siguieron después su parecer. Emiendan por el consiguiente la Síncopa, que es quitar de en medio de la palabra alguna letra, o sílaba, como Virgilio en aquel verso.

Manet alta mente repostum.

Usando *repostum* en lugar de *repositum*. Y el Petrarca dijo:

Gia non fostu nudrita in piume al rezzo.

Poniendo *fostu* en lugar de *fusti tu*. Así el Apócope que destronca en el fin letra, o sílaba, como en aquel verso de Dante,

T'hanno monstrato i serafi, e chrerubi.

Usando *Serafi*, y *Cherubi*, en lugar de *Serafini* y *Cherubini*. También corrigen los vocablos demasiado antiguos, como Festo Pompeo reprehende con razón las palabras *Antigerio* y *Toper*, que usaron los antiguos en lugar de *Valde* y de *Cito*. Nestor Dionisio Novarés hace un Catálogo grande de vocablos antiguos, desechados por los modernos. Asimismo es propio suyo corregir la antigua Ortografía, como fue corregido (según Rafael Regio) el escribir de Claudio César, que quería usar la letra F al revés, en esta forma …, en lugar de la letra V, diciendo *servus, et vulgus*, asi *Ser⅁us, et ⅁ulgus*. Corrigen también la moderna invención del Trisino, y Tolomei que quisieron poner el uso el Omicrón y Omega Griegas en lengua vulgar. Condenan sin esto justamente a los antiguos que usaban tal vez (como refiere Quintiliano) la B en lugar de la F, la B por H, la T por D, la O por V, y la E por I, diciendo *Bruges* por *Fruges*, *Belena* por *Helena*; *Alexanter* y *Casantra*, en lugar de *Alexander*, y *Casandra*; *Ecoba*, y *Notrix*, en lugar de *Ecuba* y *Nutrix*: *Menerva*, y *Magester*, por *Minerva*, y *Magister*. Algunos pleitean sobre quitar su jurisdición a la K, dándola solamente a la palabra *kalendas*. Otros crecen la S, y la ponen en *caussa*, en *cassus* y en *divissio*, diciendo haberlo escrito en esta forma Virgilio de su mano. Así quién lo quiere de una manera y quién de otra, como ya quedó explicado en el discurso de los Gramáticos. En suma se corrigen también los puntos que necesariamente entran en la oración, como las comas, o medios puntos, los puntos firmes, los doblados, interrogantes, paréntesis, y acentos; ocupándose los Correctores en estas menudencias, con particular provecho de los lectores. Mas no por eso dejaron, y dejan de mezclar muchos vicios en estas cosas, usando por instantes de negligencia en las emprentas, supuesto escriben ignorantemente al revés de lo que debrían, condenando con imprudencia el error ajeno en que incurren los mismos.

Anotación sobre el XXVII discurso

Pedro Victorio en el libro diez y seis de sus varias lecciones, capítulo quinto, pone algunas cosas dignas de anotación sobre la costumbre que tuvieron los Antiguos en el modo de escribir. El mismo nota qué sea escribir en agua y viento en el libro 9, capítulo 13. Asimismo Felipe Beroaldo en sus Anotaciones contra Servio, apunta a este propósito algunas curiosidades. También el Cardano, lib. 13 de *Rerum*

varietate trata difusamente de los que escriben, de los que tajan plumas, y de los que notan cartas. Entre modernos se tiene por célebre Camilo Bonadie Placentino. De los Jeroglíficos propone algunos notables Celio Rodiginio, lib. 16 de sus antiguas lecciones, capitu. 25. Menos se deben olvidar Baptista Egnacio en sus Racemaciones, y Pedro Crinito en el libro 7 de honesta disciplina, capitu. 2, y en el lib. 20, cap. 4. De los profesores de cifras escribe el Beroaldo por extenso en las Anotaciones contra Servio, con ocasión de cierto paso de una epístola de Cicerón *ad Atticum*; y mucho más Vuequero en el libro de sus secretos. Para la facultad de Correctores servirá por estremo toda la suma que precede al Diccionario de Fray Juan de Génova: sin la regla del Prisciano en Latín. Cuanto a la Ortografía Castellana, se hallan diferentes opiniones; particularmente sobre las letras vocales y consonantes: mas comúnmente se sigue la de las Imprentas de Madrid; como entre otras la de Luis Sánchez, donde asiste por corrector Gonzalo de Ayala, sujeto no menos culto que ingenioso.

De los Lógicos y Sofistas. Discurso XXIX.

POCOS fueron los que osaron tachar aquella parte de Lógica, que enseña con sólidas demonstraciones a probar lo que el hombre amador de verdad, inquiere con tanto cuidado; así como al contrario, han sido infinitos los que con bastante razón vituperaron la importuna escuela de los Sofistas, que suelen disputar antes con palabras desentonadas, y llenas de ambición, que con alguna manera de verdad, y modestia. Los primeros son por estremo estimados, respeto de la dignidad de la ciencia célebre y famosa entre autores antiguos y modernos. Por tanto S. Agustín loándola dijo, ser arte de artes, y ciencia de ciencias, la cual abierta se abren todas, y cerrada, se cierran las demás, con quien concurren todas, y sin quien ninguna.

Con cuyas palabras concuerdan las del Comentador Averroes, que llama a la Lógica, principio y modo de saber todas las ciencias. Servio Sulpicio, engrandeciendo sus alabanzas, la llamó superior a todas las artes, ofreciendo sola ésta una luz clarísima para todas las cosas que pueden ser aprendidas, y enseñando (como dice Cicerón) a distribuir toda la materia en partes, y a explicar difiniendo todo lo que está escondido; y declarando con su interpretación las cosas escuras y dudosas. Sin esto, nos da una regla cierta y firme para distinguir (según Boecio) las cosas verdaderas de las falsas. Por eso apunta Isidoro ser facultad hallada para discernir las causas de las cosas. Difiniéndola Santo Tomás dijo, ser ciencia racional que dirige y muestra el acto de la razón. Alberto Magno declarando su valor pondera, ser la que libra de las fantasmas que parecen y no son. De aquí es haber (según Averroes) caído muchos de los antiguos en manifiestos errores, sólo por no poseer esta ciencia. Platón (como refiere San Agustín) la hizo también parte o especie de Filosofía para su mayor grandeza dividiendo toda la Filosofía en tres partes, Moral, Natural, y Racional, que declaró ser la Lógica. Mas el agudísimo Teólogo Antonio, parece trata más por extenso de su nobleza, y grandiosidad con el tema de aquellas palabras del Eclesiástico:

> *Yo sola rodeé el orbe del cielo, y penetré la profundidad del abismo; anduve por las ondas del mar, y asistí en toda la tierra.*

Donde le atribuye una celeste capacidad, pudiendo por su medio silogizar sobre cualquier problema, y le aplica una superior nobleza, declarando (por autoridad de Aristóteles) ser una ciencia hallada sólo para saber; aunque no poco difícil, por tratar de los Entes y Abstractos, esto es, de las segundas intenciones añadidas a las primeras, como quiere en especial Avicena. A esta disciplina llaman muchos ciencia, como Escoto; otros modo de ciencia, o instrumento de saber; y es la que el antiguo dialéctico asimiló al puño cerrado, porque procediendo sucinta y brevemente arguye, confuta, prueba, difine, distingue, y responde a las materias y sujetos que se tratan. Y claramente se descubre en toda parte su valor por hallar sola ella la esencial difinición de cada cosa; si bien Aristóteles pone por ignotas las últimas diferencias verdaderas. Ella imita la mano, que por deleitosos prados va escogiendo las flores entre espinas y malezas. Ella enseña a reducir en capítulos universales todos los entes, y a unir debajo de diez predicamentos, cuantas cosas caben en esta máquina del mundo. Ella sola para mostrar el verdadero modo de difinir en todas cosas (reducido debajo de aquellos capítulos) halla géneros, especies, diferencias, propios, y accidentes, a quien llamaron predicables, que distinguiendo un particular de otro, declaran su universal difinición. Ella enseña en los libros de la Perihermenia, los varios modos de explicar lo concebido en la mente, afirmando, o negando. Ella manifiesta los varios modos de argüir y probar. Por ella se aprende a enunciar afirmativa o negativamente, en los utilísimos libros de los Priores. Ella nos propone todos los modos probables de argumentar en toda suerte de materia en los libros Tópicos. Ella advierte la verdadera demostración de las cosas hallando las causas universales; y enunciaciones, por quien se alcanza la perfeta y esencial verdad de lo que se inquiere. Ella en particular, descubre en los libros de los Elencos, las tretas ocultas, los anzuelos y reglas de los Sofistas, que fundan, como engañosos Griegos en el caballo Troyano, toda la fuerza de sus argumentos, en los ardides y asechanzas de palabras anfibológicas, y en razones que traen consigo no poca diversidad de sentidos. Déstos llevan la palma (entre los antiguos) Antíoco, Eutidemo, Cleantes, Crisipo, Gorgias Leontino (padre de la misma arte) Protágoras Abderita, Filargo, Dión Prusio, y Aspasio Ravenate, oyente de Pausanias, hallándose entre modernos otra escuela mucho más numerosa. Verdaderos Lógicos son Boecio, Amonio, Porfirio, Simplicio, Boeto, Aspasio, S. Tomás, Scoto, Cayetano, Egidio Romano, Burleo, Baldovino, Antonio Andrea, Jorge

Trapesuncio con sus Intérpretes; el Neomago, Látomo, Juan Ricio, Cesareo, Jabelo, Francisco Toledo, Fr. Domingo de Soto, Villalpando, y otros.

Son pues los Sofistas, excluidos justamente en la República de Platón, como demasiado hinchados y soberbios. Averroes los desprecia, como a destruidores de los principios y de la Sabiduría. San Agustín nos enseña a huir dellos, diciendo nos debemos guardar de aquellas cierta sensualidad de contender; y de aquella loca y pueril ostentación Sofistica, fundada en engañar con asechanzas. Urbano Papa condena grandemente semejantes contiendas de Sofistas, alegando no agradar a Dios, ni servir a la sinceridad de nuestra Fe. San Gerónimo a este propósito dice:

> *¿No se echa de ver que acometen los Sofistas con sola la vanidad del sentido, y escuridad de la mente, atormentándose con la Dialéctica días y noches?*

Muchos son pues los vicios déstos, que redujeron la verdadera ciencia sólo a un exceso de ruido y voces; y tanto más, que se contrasta por momentos sobre la vanidad de una palabrilla, y se gastan días en averiguar, si el término es señal de oración, o señal de historia; si *sum es est*, es sólo perfeto verbo, o si hay quien sin él forme perfeta oración; si el nominativo, o recto hace oración verdadera o falsa; si el nombre significa naturalmente con Platón, o *ad placitum* con Aristóteles. Dejaré en silencio tantos tratados de apelaciones, suposiciones, obligaciones, moralidades, indisolubles, consecuencias, reduplicativas, exclusivas, formalidades, restricciones, ampliaciones, distribuciones, inherencias, particularizaciones, instancias, sin otras mil fantasías en que pierden de contino tiempo y juicio. No diré cómo en las escuelas se hinchan y ensoberbecen, cuando sutilmente concluyen que

> *Anglia est terra, pannus est de Anglia, ergo pannus est de terra.*

No apuntaré la osadía con que entran en las disputas, creyendo de sí poder concluir a todo el mundo, comprobar que

> *Omne quod videtur* (según Protágoras) *est, sed videtur quod tua conclusio sit falsa, ergo est falsa.*

Callaré la priesa con que huyen cuando se ven reducidos a paso estrecho, porque a la verdad en ésta parte no son diferentes del combatir de los Partos; que (como dice Apiano Alejandrino) pelean huyendo, retirándose a modo de culebras entre las espinas de sus

escuros términos. Olvidaré los asaltos que acometen en las engañosas preguntas, con que o convencen al que de improviso responde, o le hacen poner colorado de vergüenza por no saber dar aquella viva respuesta que pide su importuna proposición. Callaré sobre todo que hacen perder los sentidos con las sutilezas de Oliveros, de Hentísbero, de Alejandro Sermoneta, Strodo, Ocham, Muzagata, Flandria, Paulo Pergulense, Buridano, Marsilio, Simón Lendenare, Bernardo Torno, Mesino, Ángelo de Fosambruno, y otros semejantes. Lector sólo te quiero advertir que huyas dellos, porque si los sigues, sacarás la cabeza tan llena de figuras y equipolencias, que volviendo de las escuelas, te podrías transformar de racional equipolente en un caballo. Mas de la Dialéctica, o Lógica, dice muchas cosas Juan Baptista Bernardo en su seminario de Filosofía, en la palabra Lógica; como de los Sofistas en la de Sofista. Asimismo trata de los Dialécticos Celio Rodiginio, lib. 4 de sus antiguas lecciones, cap. 30.

De los Retóricos. Discurso XXX.

QUINTILIANO y Bartolomé Cabalcante atribuyen el origen de la Retórica, principalmente a naturaleza, como a quien enseña la aptitud y promptitud para bien hablar, habiendo sido ampliada, y crecida por la observancia y ejercicio de los hombres curiosos de varias naciones; por cuyo estudio fue después reducida y puesta en arte. Por eso quizá dijo Marco Tulio, haber tenido la Retórica su primer principio entre los que fundaron ciudades, y formaron leyes; por ser necesario abundasen de elocuencia tales hombres, y que se hallasen bien instruidos en el arte de persuadir. Mas por tratar de su principio algo en particular, digo se lee en autores auténticos, que tras la muerte de algunos tiranos de Sicilia (ya vuelto su gobierno libre y popular) tratándose muchas causas en los Tribunales, Corace, y Tisia Sicilianos, fueron los primeros que compusieron y escribieron los preceptos de la Retórica. Aristóteles nombra tras sus primeros inventores, a Trasímaco Calcedonense, y a Teodoro Bizancio por maestros de tal profesión, que desde su principio floreció admirablemente en Atenas, de donde pasándose a Roma, consiguió el principado de mayor nombre en tiempo del primer Orador, que fue Marco Tulio. Según Diódoro fue hallada por Mercurio; y así dijo Horacio:

Mercuri facunde nepos Atlantis.

Sobre ésta escribieron casi los hombres más célebres del mundo, como Empédocles, y Gorgias Leontino su discípulo, Pródico Quío, Protágoras Abderités (que la enseñó a Evatio por 10000 denarios) Hipia Elio, Alcidamante Eleates, Antífones (que fue el que primero escribió oraciones) y Polícrates; si bien Cicerón niega haberse hallado antes de Pericles cosa que tuviese ornato de Orador. Fue después con el tiempo maestro de la misma Isócrates; de envidia de cuya gloria compuso Aristóteles los libros de su Retórica, diciendo,

Turpe est Isocratem dicere, et Aristotelem tacere.

En aquel mismo tiempo escribió Teodecto, después Teofrasto discípulo de Aristóteles, Milesio, oyente de Isócrates; Hermágoras que fue seguido de muchos, y tras él Ateneo. Luego escribieron Apolonio Molón, Cecilio, Dionisio Halicarnaseo, Apolodoro

Pergameno, Herodes Ático, y Eudemo. El primero de los Romanos que escribió algunas de sus menudencias, fue Marco Catón a quien sucedieron Marco Antonio (abuelo del Triunviro) Marco Tulio, Cornificio, Estertino, Galión, Celso, Lena, Cipriano Cabalcante, Tracleo, Cristóbal Barcicio, Fortunaciano, Virginio, Plinio, Rutilio, y Asinio Polión. De los Españoles, Quintiliano, Antonio de Nebrija, Alonso Matamoros, Cebrián Juárez, Andrés Sempere, Laurencio Palmireno, Pedro Juan Nuñez, Federico Ceriol, Mártir de Segura, Alonso de Torres, Vicencio Blay, Francisco Sánchez Brocense, Arias Montano, Fray Luis de Granada, Juan de Santiago, Bartolomé Bravo, Juan de Guzmán, Diego de Pérez, Luis Vives, Juan de Malla, Francisco de Escobar, Juan Pérez, Sebastián Foxio, Cerda, Juan Perpiñán, Pedro Fuentidueña, Gerónimo Osorio, Juan Bonifacio, y otros.

Según Marco Tulio es la Retórica razón de decir, o sumo estudio de elocuencia. Según Quintiliano, ciencia de bien hablar, o fuerza grandísima de persuadir. Según Máximo Tirio, oración pronunciadora de los pensamientos del ánimo. Según Aristóteles, facultad de ver y tocar lo que sea apto y acomodado para persuadir en cualquier cosa. Según Hermógenes, fuerza artificiosa de persuadir con razón en todo negocio Civil y Político; y según Patrocles, fuerza de hallar cuanto por vía de oración se pueda persuadir. Acerca de la misma hablaron variamente los Autores, llamándola unos arte (como Cicerón) que la nombra artificiosa elocuencia: y Quintiliano que la pone entre las artes prácticas. Mas no fue desta opinión Lisias, mostrando hacen los bárbaros naturalmente las narrativas, las pruebas, las confutaciones, los epílogos, sin comprehensión de algún artificio. Otros la nombran Ciencia, como Cleantes, que divide la Filosofía en Dialéctica y Oratoria, en Moral y Civil, en Física y natural. Por eso Zenón Estoico las juntó de tal manera, que asimiló la Dialéctica al puño cerrado, como escuro; y la Retórica a la palma de la mano, como clara y patente. Platón (a quien siguió Junio) atribuye a la Filosofía tres oficios, moderación de orar, que pertenece a la Lógica y Retórica; moderación de entendimiento, que toca a la Física, y moderación de afecto, que es propia de la Ética. Esto aprueba también Craso, que con el mismo sentido divide la Filosofía en tres partes; en escuridad de naturaleza, en sutileza de decir, y en vida o costumbres: y dejando las dos aparte, afirma, pertenecer solamente la del medio al Orador. Otros creciendo su dignidad, la llaman virtud,

como Craso (acerca de Tulio) afirmando ser la elocuencia una de las más sublimes virtudes. Y Mnesarco dice:

Poseída la ciencia de hablar bien, se alcanzarán las otras fácilmente.

Otros la llamaron uso de hablar, como Critolao: o arte de engañar como Ateneo, a quien parece sigue Cornelio Celso, cuando apunta:

Orator simile tantum veri petit: non enim bona conscientia, sed victoria litigantis est praemium.

Cuyo fin (según Crisipo) es saber decir bien: según Hermágoras, decir curiosamente para persuadir; y según Hermógenes, no el persuadir simplemente, sino el usar métodos persuasibles al intento del Orador. Supuesto (según el mismo) así como el Médico no perderá el nombre porque deje de sanar el enfermo, si pone en obra acomodados y convenientes medicamentos; ni tampoco dejará un Filósofo de serlo, porque deje de imprimir en los ánimos juveniles buenas costumbres; así también un Orador, si bien no consiga su fin, no dejará de ser Retórico, como ponga en uso el arte y estudio necesario para persuadir. Esto se hace (dice el Cabalcante) con la habla elocuente y compuesta, para hacer creíbles al oyente sus concetos, explicando con ingeniosa destreza los pensamientos del ánimo, y acomodando las acciones a las palabras, y las palabras a las acciones, con el modo más agradable que sea posible.

Ésta pues acusa los culpados, hace condenar los reos, escucha a los pupilos; acude con protección a las viudas; socorre a los lugares píos; administra justicia; mueve a misericordia: siendo también necesario para la vida Política saber persuadir cosas contrarias, como ser una cosa misma útil y dañosa, injusta y honesta, defendiendo y explicando ingeniosamente una y otra parte. ¿Quién enfrenó la rebelión de Catalina, sino la elocuencia de Marco Tulio? ¿Quién defendió a Atenas de las armas de Filipo, sino la facundia de Demóstenes? ¿Quién hizo que Cartago se viese sujeta a Roma, sino el eficaz decir de Catón? ¿Quién persuade la paz, disuade la guerra; contradice lo malo; propone y sustenta lo honesto, y condena lo injusto, sino esta utilísima facultad de persuadir? ¿De dónde nace su reputación sino de aquella fuerza divina mezclada en palabras, acción, voz, y semblante? ¡Oh poderosa, oh eficacísima elocuencia! ¡Cuántas diferencias concertaste! ¡A cuántas discordias pusiste paz! ¡Cuántos aborrecimientos mitigaste con tu poder! ¡Cuántos corazones de ponzoñosas víboras volvió tu vigor en mansos corderos! ¡Cuántas furias infernales hiciste agradables palomas! ¡Oh cara, oh suave, y mil

veces santa y bendita! ¿Por qué los Estoicos te nombraron sabiduría, sino porque con prudencia discurres, y con el discurso riges, y con el gobierno ejercitas en la sabiduría a tus amantes? ¿Por qué te señaló Homero por maestra de Aquiles, sino por ser tú la guía de los muchachos, el refugio de los mancebos, y el báculo admirable de los ancianos? ¿Por qué deseaba Platón fuesen los hombres elocuentes gobernadores de las ciudades, como lo fueron Sólón y Licurgo, sino por ser tú conocida por rectora del mundo, por regla de los pueblos, y por ejemplo de todos? ¿Porque recebiste remuneración con dorada estatua en Delfos, en aquel raro sujeto de elocuencia Gorgias Leontino, sino porque el oro, las perlas y más preciosas joyas, no son cosas comparables con tu precio y valor? ¿Por qué causa dijo el Sabio:

Cor sapientis erudiet os eius, et labiis eius addet gratiam;

sino por ser tú la valida de las gracias, y depender todos los favores, más de ti que de otra parte? ¿Por qué el Señor dio al Sacerdote Aarón cifra de elocuencia, por compañero a Moisén, impedido de la lengua, sino porque tú le adquirieses la gracia del obstinado Faraón? En suma es admitida en el consistorio de la Iglesia, donde te celebra el Sabio con aquella sentencia,

Qui sapiens est corde, appellabitur Prudens, et qui dulcis eloquio, maiorem praecipiet.

También te antepuso Homero a la miel en la lengua de Néstor: y a no ser tú tan provechosa para nuestra Iglesia, creo no celebrara tanto S. Gerónimo el hablar de Esaías por tan elegante en su lengua, que afirma no haber podido explicar en la Latina la inmensa facundia y elocuencia de aquel Profeta. Y si las palabras de David no se hallaran con tan grande artificio, y tan fuera de modo llenas de Retórica, no hubiera convidado con ellas diciendo:

Audite coeli quae loquor: Audias terra verba oris mei.

Pregunto; ¿por qué San Gerónimo alaba a Gregorio Nacianceno, sino principalmente por su elocuencia? ¿Por qué llama al elocuentísimo Hilario, estrella, luz de la Iglesia, y piedra preciosa? ¿Por qué ensalza en Lactancio la gran fuerza del decir, y la abundante copia de las palabras, llamándole río de elocuencia Ciceroniana? ¿Por qué llora la muerte de su querido Nepociano (dulcísimo cisne por la elocuencia y por el canto) si esta famosa virtud no se viera adornada de tanta estima? ¿Es por ventura mejor oír los importunos cuervos, que los suaves ruiseñores, que con acentos deleitosos discantan el feliz estado

de la Primavera? ¿De dónde nació haber sido intitulado San Crisóstomo boca de oro? ¿Por quién sino por ésta deseó S. Agustín sumamente haber podido oír en voz la predicación de S. Pablo, tan elocuente y grave, que el pueblo de Atenas le quiso honrar como a Mercurio? La materia pues, o sujeto de la Retórica (según Gorgias en Platón) es la oración elegante y bien compuesta. Según Marco Tulio es cualquier cosa que se proponga al Orador para decir sobre ella con adorno y copia. Según Hermágoras tiene por sujeto las causas y cuestiones, y según Hermógenes y Quintiliano, a quien siguen muchos, las causas Civiles en particular, que consisten acerca del género Demonstrativo, Deliberativo, y Judicial, de quien se sacan todas las especies, o partes que apunta la Retórica. La misma advierte ser las partes de Oratoria, Invención, Disposición, Elocución, Memoria, y Pronunciación. También enseña que la oración se hace de la cuestión, que la cuestión se divide en finita y en infinita; que de la cuestión, se forma la causa; que las causas son de tres especies, Demonstrativas, Deliberativas, y Judiciales; que las especies de las causas son cuatro; Honesta, Dudosa, menos que Honesta, y Humilde; que la primera contienda de las causas se llama Estado; que el Estado tiene tres géneros, uno de conjetura, otro de difinición, y el último de calidad. Ésta enseña en la Oración el Exordio, que tiene dos partes, Principio y Insinuación, con que se hace benévolo, dócil, y atento el auditorio; considerando no sea común, vulgar, comutable, largo, separado, translato, y contra los preceptos. Ésta propone la Narración de tres formas, Fabulosa, Histórica, y Civil, debiendo ser clara, breve; ilustre, y probable. Ésta enseña a conformar con varios argumentos los discordes, a consultar el derecho ajeno con varias pruebas, amplificando sus dichos. Ésta advierte la peroración, haciendo un breve epílogo de las cosas antecedentes. Por ésta enseñamos, deleitamos, y movemos, y esto principalmente con la elocución; o natural, con palabras simples; o conversa y mudada con palabras conjuntas y translatas; como son los Tropos, y figuras, así de palabras como de conceptos, que los Latinos llaman sentencias. Ésta nos muestra en cuántos modos se perturban los afectos, y con qué razones y discursos (aplicando las acciones del cuerpo) se persuadan los oyentes, según nuestro intento. Esta es la milagrosa y divina ciencia que indigna los ánimos, que enternece los corazones; que hace deshacer las almas de amor, que ablanda los pechos endurecidos, que sosiega los movimientos impetuosos, que consuela, que restaura, que recrea las débiles esperanzas, que enfrena las bocas de los oyentes, y

pone cadenas a sus ánimos, deseos, voluntades, pensamientos y apetitos. Tras todo esto, Isócrates en Platón, prueba por otra parte con firmes razones, no ser la misma Retórica arte ni ciencia, sino cierta astucia, que ni es famosa, justa, ni honesta, sino vergonzosa y servil adulación. A ésta desecharon del todo los Lacedemonios, que decían nacer el hablar de los hombres buenos, no del arte sino del corazón. Los antiguos romanos introdujeron en sus ciudades muy tarde a los Retóricos; y entre ellos fueron sumamente sospechosos por las mentiras y adulaciones que pronunciaban por instantes. Así Arquidamo dice de Pericles Sofista (según Enapio) que si bien le había vencido en batalla; parecía en su elocuencia, hablando de aquella guerra, antes vencedor que vencido. Plinio dice de Carneades, que cuando argumentaba, se podía conocer con dificultad la verdad, respeto de haber dicho un día muchas cosas en alabanza de la justicia, y otro haber orado con no menor doctrina y facundia contra la misma. Por eso dijo Eurípides, tenía no sé qué de tiranía el saber decir muchas cosas. Esquiles afirma ser el más peligroso mal de todos, la habla bien ordenada. Catón Censorino, por cuatro veces que fue acusado, acusó él setenta a otros a quien desfavoreció con su elocuencia. Los Casios, los Brutos, los Gracios con su Retórica movieron en sus tiempos infinitos alborotos. Catón Uticense provocando a César con una oración; le hizo destruir la libertad Romana. Cicerón con su elocuencia provocó a Antonio para los daños de la República; y al fin para su muerte. Por manera que también la Retórica es dañosa y de peligro. Así Marco Catón persuadió a los Romanos, no oyesen en público a los tres Oradores Atenienses, Carneades, Critolao, y Diógenes, porque no les persuadiesen a un tiempo cosas injustas, y justas. Los Romanos (como dice Suetonio) desterraron dos veces los Retóricos de su ciudad, como a perniciosos. Los Atenienses les prohibieron ir a juicio, como destruidores de la justicia, haciendo cortar la cabeza a Timágoras, por la adulación que usó con el Rey Darío. Los Lacedemonios echaron de sí a Tesifonte que se había alabado de poder hablar todo un día sobre cualquier cosa con elocuencia.

Mas quien quisiere oír otras cosas de Retórica, lea a Gerónimo Capidoro, a Marco Fabio Vitorino, a Estoveo, a Vector Pisani, a Gerónimo Mascher Mantuano, a Marino Berciquemo, a Juan Rivio, Julio Celio, Julio Severiano, Marciano Capela, Celio Calcañino, Cipriano, sin otros. De sus alabanzas dice no pocas agudezas Pedro Victorio en el libro 14 de sus varias lecciones, capi. 11. Juntamente se

podrá ver el Seminario de la Filosofía del Bernardo, en las palabras, Elocuencia y Retórica. También se pueden ver, Demetrio Falerio, Longino, Fortunaciano, Pedro Ramo, Asturmio, Jasón Denores, el Cardenal Valerio, y la Retórica entablada nuevamente por Iacomo Vuequero.

De los que componen libros; y sus Mecenas o Protectores. Discurso XXXII.

ES seguida hoy la costumbre de escribir obras con tanto deseo, que se verifica bien en nuestros tiempos aquel dicho de Salomón, tocante al no tener jamás fin el componer muchos libros. El origen de formarlos se derivó de Anaxágoras según Laercio: según Gelio, de Pisístrato; mas según la verdad, de los Hebreos, o Sacerdotes Egipcios, moviéndose todos, cuanto al fin, respeto de aquellos dos amores que pone S. Agustín: esto es del amor de Dios, cuyo nombre desean que sea santificado y predicado por todo el universo; y del amor del prójimo, a quien desean aprovechar. Para esto es necesario haberse interiormente ilustrado cualquier autor, si es que quiere dar luz a otros. Por eso fue dicho al Profeta,

Fili hominis sta super pedes tuos.

Como si dijera el Espíritu Santo: Quien quisiere enderezar a otros, es menester se enderece primero a sí, limpiándose del amor propio, encaminado a componer y escribir, o por cobrar fama, o por mostrar que se sabe, o por descubrir valor, o particular interés, o ganancia. Los sujetos o son divinos, o profanos, y por eso muy diferentes entre sí; porque los primeros tratan de cosas provechosas a la salud del alma, despertando las dos principales virtudes, Esperanza y Caridad. Hablando San Agustín de las obras tocantes a la Sagrada Escritura dijo:

Propter Fidem, Spem, et Charitatem fovendam omnium Sacrorum, voluminum machinamenta consurgunt

Y este asumpto (según el mismo) resulta en singular provecho. Proponiendo ante todas cosas la providencia de Dios, se debe advertir, cuán importante sea para escribir libros la noticia general de Gramática, Dialéctica, Historia y Arismética; a quien se puede añadir la Jurisprudencia, Medicina, Geometría, y otras ciencias, con la Física o noticia de cosas naturales, cercenando siempre cierta superfluidad de cuestiones del todo inútiles, porque no les suceda lo que dijo Séneca

Necessaria nesciunt quia superflua didicerunt.

Sobre todo les conviene saber Teología, supuesto será para ellos el ramillete de mirra, digno del seno de la Esposa, la regalada y única paloma, y la Reina que está asentada a la diestra de Dios. Los segundos emprenden sujetos meramente curiosos; materias que sólo deleitan al mundo; obras que no alimentan el espíritu; antes se hallan cercadas y vestidas de vanidades, como fundadas sólo en el placer y pasatiempo del ánimo. En la forma de componer observan los primeros de ordinario los dos principales requisitos, que son, dulce y provechoso; por eso se suele alegar aquel brocárdico común de Horacio;

Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci.

Mas ambas cosas se adquieren en varios modos. Lo primero no variando demasiado el Autor, con evitar la importuna muestra de que sabe mucho de toda cosa en un discurso, como Hipia acerca de Platón; porque de aquella gran junta nace confusión, y tal, que no puede el que lee, tener en la memoria las cosas dichas, ni percebir las que se han de decir, haciendo el escritor superfluas digresiones, como acaece bien de ordinario. Deste inconveniente deben huir los Históricos y Poetas, con todos los que toman a su cargo urdir alguna tela varia, siendo menester (por la necesidad del sujeto) pasar de un hilo a otro, para tejerla toda junta. Lo segundo escusará el escritor los vocablos que son demasiado antiguos, y también los que son demasiado comunes, porque vuelven escura y descaecida la oración, corriendo su opinión no poco riesgo. Por tanto es de seguir el parecer de Favorino, que afirma, se debe valer cuanto al decir de palabras presentes; cuanto al vivir de costumbres pasadas.

A esto se añade sea la oración numerosa, acabando los periodos con número cumplido, y sobre todo solicitando conveniente brevedad, no concisa ni falta, como en muchos sucede, causa de volverse escurísimos, según Horacio. Lo tercero no juntando todo lo que a un propósito se podía decir, sino con modestia, dejando algunos fragmentos, para que los otros ejerciten también su ingenio y capacidad, tratando los pasos escuros con claridad de palabras, y guardando en todo cierto modo y medida.

Lo cuarto, es menester tenga el Autor orden, y proceda con sus divisiones claras y distintas lo más que sea posible, porque como dice S. Ambrosio:

Saber uno lo que hace, ignorando la forma con que lo ha de hacer, es de imperfeto conocimiento:

siendo el orden (según Marco Tulio) una compostura de cosas bien acomodadas: y según Baldo, una figura expresa de la sustancia de la cosa. Lo quinto, conviene sea verdadero si escribe historias; si poemas, diga cosas que tengan por lo menos semejanza de verdad; si cosas de ciencias, alegue razones; si artes, traiga experiencias; si Gramática o Retórica, pruebe con autoridades, porque el lector no ama ser engañado, sino leer y entender cosas varias en todo género de escritos, o a lo menos sustentadas como verdaderas. Todos estos particulares se adquieren mediante la sutileza del entendimiento, junto con una diligente fatiga, o fatigosa diligencia. La pureza de espíritu es necesaria; porque así como en una fuente turbia no se ven las imágenes, así en un ánimo sensual no se divisa la sabiduría. Por eso se lee de Carneades, que purgaba el cuerpo con eléboro antes que se pusiese a escribir, para tener los espíritus más limpios y purificados. A este propósito dice Marsilio Ficino, conviene al que se ocupa en ejercicio de letras tener mucho cuidado de la salud corporal: supuesto depende de la misma en gran parte la purificación del ánimo, y la ilustre y clara operación de las potencias. Es necesario asimismo usar de fatigosa diligencia, que se adquiere primeramente con dilación de tiempo, debiendo un sabio Autor engendrar partos perfetos, y no abortivos, como muchos hacen. Esto se consigue con dilación de tiempo competente, en que se recoja para escoger después. Así afirma Quintiliano, no haber hecho la naturaleza cosa grande con celeridad; antes haber propuesto no poca dificultad para cualquier obra insigne. Lo mismo declara Plinio en los elefantes, de quien dice traen diez años los partos en el vientre; si bien Aristóteles tiene que solos dos. Sobre todo deben componer sus obras debajo la corrección y juicio de personas doctas, no fiándose demasiado de su parecer, muchas veces engañoso: porque como los partos del entendimiento son hijos propios, suelen los más feos parecer más hermosos. Es importantísima la varia lección de Autores; de quien se pueden servir en ocasiones a manera de abejas, destroncando las flores melosas de dichos y sentencias, no vistiéndose en todo como la corneja de Horacio de plumas ajenas. De aquí es, referir Aulo Gelio de Platón haber gastado en los libros de Filolao Pitagórico diez mil denarios que le dio Dionisio; y el mismo cuenta, haber comprado Aristóteles en tres talentos Áticos las obras de Speusipo, sólo por estudiar y servirse dellas en ocurrencias.

No es de pasar en silencio el abuso que hoy se tiene de imprimir papelones esterilísimos de todas buenas letras. Muchos (así viejos

vanos como mozos ligeros) faltos de experiencia, ciencia y erudición, escriben y publican sobre temas absurdos librazos inútiles, guarnecidos de paja, y embutidos de borra: cuyos verisímiles son patrañas, cuyos documentos indecencias, y cuyo fin todo mal ejemplo. Dicen ser tales cuentos a propósito para entretener, y hacer perder la ociosidad; agudeza a que responde San Bernardo, cuando apunta:

Pro vitando otio otia sectari ridiculum est.

Alegan éstos bastar para componer cualquier obra acertada sólo el ingenio; y que así los libros sirven de ordinario a los de menos elevación, razón por cierto muy propia de su ignorancia: mas óyase a Ovidio, que dice,

Si no recibe a menudo
la cultura del arado,
abrojos en vez de fruto
rinde el más fecundo campo.

Si bien por castigo les basta el menosprecio y risa que provocan en los doctos, cuando ven, desean apropiarse tan desabridas cigarras la habilidad de sonoros ruiseñores. Con parto niño, según Gregorio Tolosano, nombre niño se adquiere. Sin duda ignoran al paso que presumen, y lo peor es que ignoran lo más esencial:

Turpe est (dice Aristóteles) *ignorare quod omnibus scire convenit.*

El Cielo por su piedad limite tan excesivo número de zánganos, tanta copia de Marsias desvanecidos, que ponen su felicidad y opinión antes en la inútil cantidad, que en la calidad provechosa.

Por otra parte causa crecidos frutos cualquier buen autor con sus obras: en particular, muchas cosas que se olvidarían, en cierto modo se inmortalizan por ellas, teniendo los libros veloces plumas para volar por todas regiones. Sin esto, adquieren los libros eruditos fama y resplandor para sus dueños, y en esta parte valen más que la viva voz, aunque ésta tiene mayor energía, como dice San Gerónimo escribiendo a Paulino. Con las obras se corre por todo en un instante; muda patria un Autor; halla la gente que desea; platica con todos; causa placer, y produce varios efetos en los lectores.

Ocasionan por el consiguiente los libros este bien en los propios autores, que poniéndose a escribir (con la invocación del Espíritu Santo, causa eficiente de los buenos tratados, y quien los dicta y enseña) fuera de perficionarse, se adelgazan a sí mismos, con hallar

muchas cosas en obras de otros, que mezclan en las suyas, haciéndoles parecer famosas en breve tiempo; como sucede en un niño, que por pequeño que sea, si se pone sobre los hombros de un Gigante, parece a otros ojos de inmensa estatura. Asimismo causa en los lectores no poco provecho, porque con ellos desechan el enfado y ocio que molesta por instantes los ánimos, aliviando juntamente los humores melancólicos, que tanto afligen los cuerpos, dando refrigerio al alma, consolando los espíritus interiores, recreando la fantasía, y deleitando admirablemente todas nuestras potencias. Finalmente uno de los más calificados frutos de los libros es, que por los mismos se puede volver el lector virtuoso y santo, leyendo ejemplos de varones justos; oyendo palabras de personas pías; hallando acciones y obras en todo perfetas. Y esto no sólo puede suceder en los lectores, sino como ya se dijo, en el mismo Autor; porque leyendo cosas ajenas, halla un camino abierto para corregirse, y seguir las pisadas de hombres virtuosos. No es maravilla pues, si por las referidas razones se hace tanto caso de los famosos y grandes Autores: y si es tan celebrado un Teofrasto, que escribió trecientos volúmenes; un Crisipo, que escribió setenta; un Servio Sulpicio, que escribió ciento y ochenta libros de Leyes Civiles, un Arteyo Capitán que formó sesenta; un Empédocles, que hizo cuarenta y tres; un Galeno que compuso ciento y treinta; un Paracelso que dejó escritos casi inumerables tomos en facultades varias; un Aristarco dicípulo de Aristófanes Gramático, que compuso más de mil; un Beda que ordenó treinta y seis; un Orígenes, de quien escribe San Gerónimo haber leído seis mil obras suyas; un San Agustín que escribió casi una infinidad, como dice San Isidoro, sin otros así prodigiosos por lo mucho y bueno que escribieron. Si bien soy de parecer haber sido muy pequeños algunos de aquellos volúmenes que llaman libros.

Éstas son las condiciones honrosas que pueden dar nombre a los ilustres y célebres autores, apuntadas brevemente aquí; mas sus vicios comunes, son que a veces eligen sujeto bajísimo, y vilísimo, como Pitágoras, que escribió un volumen de los pulpos; Fania Frisio, que celebró las alabanzas de la ortiga; y Demócrito que escribió un volumen sobre el número Cuatro. A veces le eligen demasiado ridiculoso, como las Burlas del Piovano Arloto, y las del Gonella, o la Macarronea de Merlín; a veces demasiado deshonesto, como son en común las obras del Aretino; a veces demasiado injusto; como Isócrates y Polícrates, que loaron a Busiris Tirano; y Glauco que alabó la injusticia; Favorino que encareció la cuartana, y Hortensio Lando

que hizo aquellas Paradojas, con exquisita sutileza de razones contra la riqueza, la libertad, y otras cosas que naturalmente se desean. A veces demasiado satírico, como Nicolás Franco y su maestro, con el inventor de la Esfera de los Escritores. A veces demasiado impío, como son las obras de los herejes publicadas contra la Santa Iglesia Católica, y justamente prohibidas por el Santo Oficio de la Inquisición. A veces demasiado profano, como es el Alcorán de Mahoma. A veces demasiado falso, como el libro de la vanidad de las ciencias de Cornelio Agripa. A veces demasiado inútil, como el de muchos Romances y Novelas; y así discurriendo de otros infinitos sujetos indignos, y viciosos. Tienen también los autores otro vicio grande, que es loar a menudo sus cosas, y vituperar las ajenas; como Babio y Mevio, que decían mal de las de Virgilio, ensalzando solamente las suyas; y está el mundo tan lleno desta ceguedad, que parece a todos ser Argos en cosas propias, y ajenas, siendo apenas Cíclopes.

Cuanto al modo de componer, no faltan vicios por todas partes. Quién es demasiado escuro, quién demasiado largo, quién demasiado flojo, quién demasiado hinchado y quién demasiado humilde. Muchos pecan en el fin, buscando sólo el aplauso de la plebe, el honor del vulgo, y el útil de la emprenta. En el título caen diversos, llamando Epístolas los volúmenes; Problemas las Homelías; Scolios los Sermones, tomos los tratados, sin otra distinción. Muestran sobre todo en las Dedicatorias cuán aduladores son. Hacen por estremo sabio al ignorante, al plebeyo por nacimiento, semidios en nobleza; y deste modo van apurando el juicio por hallar epítetos inauditos, con que puedan adquirir la gracia de tales Mecenas. Éstos por la mayor parte son los peores del mundo, por ser los más ricos dél, los más ignorantes de todas ciencias; y los que sólo ponen cuidado en manifestar su disolución con juegos, crápulas, y sensualidades, siendo ellos solos aquel escuadrón de quien se dice en el Éxodo:

Sedit populus manducare et bibere, et furrexerunt ludere.

Nace de aquí la poca estimación que hacen de lo que se les dirige; supuesto no tiene lugar la virtud donde reina el vicio. Lo más ridículo viene a ser, que en vez de patrocinio se adquiere con ellos descrédito y menoscabo, por ser los primeros en ostentar con desprecios y censuras, acompañadas de gestos de boca, de hablas afectadas, y brutales acciones. Si el libro contiene versos, llaman al autor coplero, y trovas a las poesías, sin saber distinguir el Soneto del Romance, y así de otras composiciones. Cuanto al premio, es cosa vergonzosa ver

su escaseza; porque si dan, es poco, y eso con molestas dilaciones, y en libranzas casi inciertas. Cuán diferente de lo que usó la antigüedad, donde los Césares, y mayores Príncipes honraban y premiaban pródigamente a los doctos profesores de letras, haciéndoles comer en sus mesas, y llevándolos en sus carros triunfales. El inconveniente dio motivo a que Pedro Aretino, satirizando tan vil abuso como el de hoy, dirigiese un libro a un mono que tenía en su casa, diciendo en la dedicatoria:

> *Bien sé yo Mono mío, harás desta obra que te ofrezco lo mismo que el más ilustre titular. Cuanto a lo primero hallando en ti corta aceptación, la tomarás en la mano; no la entenderás; romperasla, o la dejarás caer detrás de algún cofre, olvidando la obligación que te corre de amparar a su dueño que te inmortalizó con sus escritos.*

De los Exorcistas o Conjuradores. Discurso XXXIII.

SUPUESTA la Verdad Evangélica por fe y experiencia bien notoria y clara, sobre que los cuerpos humanos suelen ser molestados cruelmente de malignos demonios, para lanzarlos fuera, y darles aquel castigo, y pena que merece su pertinencia y malicia contra Dios, y los hombres, se halla el arte y profesión de los Exorcistas que atormentan en varios modos a los mismos espíritus, a quien finalmente hacen salir de aquellos albergues, por ellos temeraria y tiránicamente ocupados, si bien con permisión Divina. Pertenece propiamente al Exorcista la potestad del conjurar, que recibe cuando las órdenes, aunque hizo ver la experiencia, que tal vez algunos hombres justos y devotos, no Sacerdotes, han sanado endemoniados y hechizados, sin Exorcismo formal, sino con la divina oración, y con su palabra. Y esto dice Fray Gerónimo Viadana, lo pueden hacer lícitamente. Mas trae peligro en los seglares temerarios, según el ejemplo que se lee en los Actos Apostólicos donde se halla, que curando San Pablo a muchos que eran atormentados de inmundos espíritus, ciertos hombres a su imitación, intentaron invocar el nombre de Jesús sobre otros; diciendo,

Yo te conjuro por aquel Jesús que predica Pablo,

a quien respondió el espíritu maligno:

Yo he conocido Jesús, y conozco Pablo; mas vosotros ¿quien sois?

Demás fueron acometidos de uno de aquellos demonios, de manera que salieron huyendo de la casa desnudos y mal heridos. Debe el Exorcista o Conjurador, tener cuanto a lo primero, delante los ojos la gloria de Dios, y obrar a este fin. Lo segundo, ver que sean las obras que hiciere (o ya de abstinencia, o ya de cualquier otro ejercicio) para conjurar, refrenativas de la humana sensualidad, con modo conveniente a la virtud, según el rito y costumbre Eclesiástica, o según la doctrina Moral, que por eso dice S. Pablo

Rationabile sit obsequium vestrum.

Lo tercero, que haga tales obras según la costumbre, o estado, o tradición de la Iglesia universal, o a lo menos de alguna Iglesia particular. Lo cuarto, que la obra hecha por algún efeto tenga natural propiedad para producir el mismo. Lo quinto, que no haya peligro de

escándalo, manejando y tocando donde no conviene. Pero más claramente debe el buen Exorcista considerar, no sean las palabras que usa pertenecientes a la invocación tácita, o expresa, de los demonios, y que no estén allí comprehendidos nombres incógnitos, que (según S. Crisóstomo) arguyen siempre alguna superstición. Cuando los antiguos Magos con los nombres Efesios lanzaban espíritus según Plutarco; allí no había fuerza natural, sino un pacto tácito con los demonios, que (como afirma Tácito) fingían ser vencidos, y constreñidos de tales nombres.

Es menester también que no contenga en sí la materia de semejantes palabras alguna falsedad o vanas locuras, como son hablillas de viejas. Menos se pongan allí cosas profanas, ni caracteres escritos, excepto la señal de la Cruz. Tampoco se funde esperanza en el modo de escribirlos, o leerlos, y que en el pronunciar, o recitar tales palabras sagradas, se tenga sólo el intento en su sentido, y la vista en la virtud de Dios, y en la de sus santos, cuyas reliquias se aplican a los atormentados para este fin. Al último, que el efeto que se espera, se deje al beneplácito de la voluntad divina. Y con la observancia destas cosas es lícito exorcizar los espiritados, y ponerles breves al cuello, para que los traigan consigo. Cuanto al modo, se debe primero exorcizar el paciente, y después conjurar al demonio que se parta, bendiciendo y exorcizando todas las cosas que se aplican a los opresos de tan mala bestia, como manjares, bebidas, y cosas así: y buscar con diligencia por la casa si son hechizos, los instrumentos del maleficio. Hallados, se deben quemar, renovándolo todo, y exhortar a los pacientes a la contrición de los pecados, a la Confesión, y a la santísima Comunión. Y prepararse también los mismos como conviene a devotos sacerdotes, huyendo las palabras de donaire, supersticiosas, curiosas y sospechosas para tal obra santa, como advierte bien Juan Nider; y tener en las reliquias la fe que se requiere, y no perderse de ánimo, sin dejar los preceptos de la Iglesia usados para la pertinacia del demonio rebelde. Quien quisiere ver mejor el modo de conjurar, lea el tratado de Silvestre Prieiro, hecho contra estos espíritus malignos. Mas debe notar cualquier Exorcista, que entre las cosas poderosas para lanzar el demonio, se ponen el santo nombre de Jesús, como dice Justino, Orígenes, y Atanasio; la señal de la Cruz, como dice Cipriano y San Juan Crisóstomo; en virtud de aquella sentencia,

> *Ubicunque viderint signum Dominicum, fugiunt quidem daemones, et contremiscunt*:

el agua bendita, como dicen Epifanio y Nicéforo; la santísima Eucaristía, juzgada de todos por un remedio principal: y finalmente todas las oraciones y palabras sagradas. También se lanzan a veces con algunas cosas sensibles y materiales, como yerbas, jarabes, sahumerios, medicinas, siendo benditas en el nombre de la Santísima Trinidad. Y mitíganse las vejaciones que causan en los cuerpos con introducir calidades, y disposiciones contrarias, como prueba bien el Viadana con razones y ejemplos, alegando entre otros aquel de Saúl, donde sonando David el arpa en su presencia, era liberado de la molestia que le daba el espíritu, como se lee en el libro de los Reyes, lo cual atribuye Nicolás de Lira en aquel paso, a la disposición causada por la música en el cuerpo de Saúl, por quien estaba menos sujeto a la operación diabólica. Trae también el ejemplo del Ángel Rafael, que lanzó el demonio del aposento de Sarra (porque no ofendiese a Tobías) con las entrañas de un pez, habiéndole dicho, que poniendo el hígado sobre las brasas, haría el humo huir todo género de demonios. Dice asimismo Guido, haber ciertos demonios, que no pueden sufrir la melodía de la música. Cuenta Josefo haberse hallado en el ejército de Tito cierto hombre que con la piedra de un anillo hacía salir demonios de los cuerpos. Refiere también el mismo que cierto Eleázaro Exorcista, obrando los conjuros de Salomón, hizo partir de su presencia a un demonio, poniendo una raíz de una yerba debajo la nariz del atormentado. En suma tiene Raimundo Lull por asentada conclusión, haber quedado los demonios antes por naturaleza superiores a las cosas sensibles, por su malicia sujetos a sus acciones; y esta opinión favorece también Juan Rupescisa. Paulo Burgense prueba con mucha razones deberse conceder, que no sólo por las cosas sensibles, los afligidos de los demonios puedan con algún alivio sostener aquella vejación, sino también que puedan del todo queda libres dellos. Con estas cosas pues se lanzan lícitamente, no con invocaciones supersticiosas, de quien refiere muchas Nicolao Miresio Médico Alejandrino; ni con los encantos, que según Amiano Marcelino, permitían los Médicos para tal efeto; como también Píndaro afirma sanar Quirón Médico con encantos. Estrabón cuenta ser los encantos entre los Indios poderosos remedios de Medicina. Mas quien quisiere ver cosas más por extenso desta materia de Conjuros lea a Miguel Pselo, al *Malleus maleficarum*, al Viadana, Silvestro Prieiro, Paulo Guirlando, Juan Nider, Tomás Brabantino, y Paulo Burgense; y trata dellos por excelencia Jacobo Vuequero en su libro de secretos.

De las perspectivas. Discurso XXXIV.

LA ciencia Óptica, o perspectiva (casi hermana de la Geometría) pertenece toda a la vista, y como dice Aulo Gelio, sólo da razón de las formas del ver, y de los varios engaños que se causan en la vista. El sujeto desta ciencia son las líneas visuales. Déstas hay dos especies, la una es por quien proceden los rayos rectos; los cuales no se reflejan, ni quiebran, y mediante quien se hace el acto del derecho, o (como dicen los perspectivos) la visión recta. Otra es de las líneas, por quien caminan los rayos que se reflejan o quiebran, y mediante quien se vee oblicuamente. De aquí es, haber nacido dos géneros de perspectiva, según que la misma contiene estas dos partes de líneas visuales. La que considera la primera escuadra fue llamada Óptica, esto es, Perspectiva simplemente; mas la que se tomó por sujeto en el segundo orden, fue en general llamada especulativa, de quien tratamos en un discurso particular. En la Óptica o Perspectiva se consideran seis cosas principales; el ver; la cosa visible; el medio del ver; la especie visible, el rayo visual, y el modo del ver. Cuanto al ver, es cierto procede de los instrumentos orgánicos de los ojos, y de los nervios ópticos que emanan de la cabeza, trayendo consigo una parte purísima de humor secreto hasta los ojos. Por eso Aristóteles vino a decir, atribuirse al agua la vista, que fenece y se seca cuando el húmedo falta, sintiendo lo mismo Hipócrates. Y Galeno afirma, causarse la vista del humor cristalino. Esta vista es una potestad perspectiva, que aprehende los sujetos visibles por su singular propiedad, tocando al ojo (según Macrobio) propiamente el ver; a la razón el juzgar, y a la memoria el acordarse. Este ver es casi el más cierto de todos los sentidos; porque (según Galeno) divisa de lejos todas las cosas pertenecientes a los cuerpos, como el color, la cantidad, la figura, el movimiento, la posición, la distancia o intervalo. Cuanto al acto del ver hay varias opiniones de dónde nazca; porque Demócrito, Epicuro y Lucrecio quieren se cause de las imágines y bultos de las cosas que por sí entran en los ojos; mas esta opinión refuta Macrobio. Hiparco dice, que se ocasiona de la proyección de ambos ojos a la cosa visible, a quien con una cierta palpitación viene casi a tocar, fijándose en la misma tan estrechamente, como si con la mano la tocase. Cree Platón, proceda el ver de la claridad de la luz, derivándose o corriendo de los ojos otra

luz a manera de fuego, llevada por el aire exterior, a quien hacen retroceder los cuerpos visibles que la van a encontrar: y Galeno es del mismo parecer con Platón. Dijeron los Estoicos, ser la causa del ver sólo aquellos rayos que envían los ojos, en las cosas visibles, y juntamente del aire de en medio. Dice Porfirio, no ser ocasión de la vista los rayos, las formas, ni otra cualquier cosa, sino sola el alma que se reconoce visible, y siendo una de todas se conoce a sí misma en todas las cosas que son. Y este parecer sigue en parte Rafael Mirani Hebreo. Los Matemáticos dicen ser tal el modo del ver; pártense los rayos visuales a su circunferencia desde aquel punto del ojo, que es centro de todo su giro o cerco, a manera de líneas rectas, que son producidas del centro de un círculo a su circunferencia; y cuanto más delante van, tanto más se apartan, y todas hacen ángulo en el centro. Estos rayos o proceden siempre por línea recta, hasta que hallan el centro visible; o van primero por la misma línea al espejo, de quien son vueltos a enviar al objeto, hechos reflejos por otra línea recta, y siendo iluminados y alterados por el mismo objeto, traen aquella alteración, que es la imagen del objeto a los ojos, dentro de quien se mira el alma; y viendo aquellas imágenes y aquellos rayos coloridos de las mismas imágines, las aprehenden, las conocen, y dan por las mismas el parecer que deben, obrando en esto en todas sus facultades; y así por eso llaman a los ojos espejos del alma. Porque del modo que mirándonos en el espejo vemos las cosas remotas dél, también el alma mirando en los ojos, conoce las cosas que están fuera dellos. Tiene entre otros Euclides, salga de nuestros ojos cierta virtud, o ciertos espíritus, o algunos rayos luminosos, que proceden derechamente en forma de líneas, que sean producidas del centro de un círculo a su circunferencia, y vayan a encontrar los objetos visibles; y que hallados, los representen a los ojos, forjándose desta suerte el acto del ver: sin que haya otra necesidad de la especie visible, que ponen los Filósofos, quiriendo los mismos, vaya esta especie a encontrar los ojos, que son transparentes, y que difundiéndose en ellos, llegue a su centro o a otra parte, donde es aprehendida del alma; y que se haga así el acto del ver. Convienen casi todos en que el sentido del ver, mediante el aire, vaya a encontrar la cosa colorida, como dice Galeno. Objeto de los ojos es toda cosa visible según Aristóteles; y véase o no se vea, como sea acto nacido para poder ser visto, siempre se llama, según el mismo Aristóteles, su objeto. Éste se vee mediante la luz y el color, según Teofrasto. También es un medio aquel espacio divisible, por quien la especie del

objeto visible es traída a la vista, respeto de haber necesidad de distancia entre el objeto visible, y la superficie del ojo. La especie visible es la similitud o imagen de lo que se ve que representa la cosa vista al sentido; y el rayo visible es una línea recta que se parte del centro de la vista, y va a terminar al centro de la cosa visible. El modo de ver es de tres suertes, o por visión derecha, o por refleja, o por refracta. La visión derecha es, cuando el rayo visual va a la cosa vista en perpendicular, lo cual puede suceder de arriba, de abajo, y de los lados, siendo el ojo el centro, respeto de todos: y por eso es de saber, que con un solo mirar no se puede ver junto en los tres modos, porque la agudeza de la vista no se endereza a más partes a un tiempo, como enseña Vitalión. La vista refleja se hace en los cuerpos delgados, o por naturaleza o por arte, como son los espejos: porque el rayo es a manera de pelota, arrojada contra una pared, que es rebatida del mismo cuerpo sólido, y vuelve hacia su principio, y esta vuelta es llamada reflexión. La visión refracta procede deste modo, que así como todo agente que haya de obrar en materia posible, tanto más esfuerza y aumenta su valor, cuanto más siente resistencia y contrariedad en la materia; así el rayo luminoso la vez que halla el cuerpo díáfano y transparente, a quien debe iluminar, opaco o denso, o no capaz de luz, como agua, vidrio, o semejantes cosas; tanto más aviva y crece su poder, acomodándose para penetrarle más bien con ángulos rectos, o con ángulos cercanos al recto, según siente que ha menester. Por eso se dobla, y declina de aquella línea recta, por quien caminaba, y se endereza por otra que forma un ángulo con la primera; y esta declinación que hace el rayo que su derecho curso, fue llamada Refracción, y al rayo que hace este efeto, llaman los perspectivos Refracto. De todo esto trata con diligencia Juan Pisani. Es de advertir entre otras cosas, que se divide la luz en primera, segunda, y mínima: la primera es como la que alumbra toda la casa: la segunda como la que está en los ángulos della; la mínima es la que subdividiéndose, apenas retiene el acto de luz. Juan Pisani Obispo Cameracense declara los teoremas de la luz, siendo necesario considerar ser el color un movimiento del acto perspícuo según Aristóteles. Mas según Temistio, y Platón, es un resplandor o llama que sale fuera de cada cuerpo, la cual tiene las partes acomodadas al sentido de la vista. Quien quisiere ver muchas cosas de colores, lea al Cardano, y a Antonio Tilesio. La ciencia Perspectiva pues trata de los referidos particulares, enseñando, qué sea luz, sombras, espacios, intervalos, con las causas de las cosas visibles, con la diversidad de

los medios, con las figuraciones de las sombras, y de las luces, y otras cosas semejantes. Aprovecha muchísimo para comprehender la variedad de los cuerpos celestes, la distancia, la grandeza, el movimiento, las revoluciones, y giros de los mismos; y sirve también a la Arquitectura para medir los edificios. Crece tras esto ornato grandísimo al artificio del pintar, y a la fábrica de los espejos, de suerte que sin ella no se pueden reducir a perfección estas artes. Con esta ciencia se hacen también muchas aparencias maravillosas a la vista, las cuales suceden (como dice Vitalión) en dos modos; o según la vista, o según la virtud distintiva del alma. Las falaces se evitan con la observación de ocho cautelas. La primera es, si la cosa visible participa en algo de la luz, porque de otra manera no se ve. La segunda, si hubiere conveniente distancia entre la cosa visible y la vista, según la facultad del ojo; porque las cosas que están demasiado distantes, si bien corren velocísimamente, muestran con todo eso estar quietas, como se echa de ver en el Sol, Luna y Estrellas; y sin esto las cosas cuadradas parecen redondas. La tercera, que la cosa visible se oponga a la vista. La cuarta, que el cuerpo visible tenga tal proporción cuanto tiene su cantidad con el ojo, para que se pueda ver. La quinta, que el cuerpo visto sea en algún modo sólido, porque si es díáfano, no se discernirá; como tampoco si está con un medio de semejante perspicuidad; así como el medio del vidrio que esté rojo, hace parecer roja toda la cosa. La sexta se requiere para una vista cierta y determinada un aire díáfano entre el cuerpo visible y el ojo; porque si es craso, daña a la vista; y la luz debe ser también conveniente, porque a ser demasiada, y en especial en los cuerpos sutiles por la reflexión se ofuscaría la agudeza de la vista, como interviene a quién quiere mirar el Sol con atención particular: y si fuese mínima o ninguna, las sombras quitarían las cosas delante de los ojos. La séptima, es menester en los ojos tiempo conveniente para poder ponderar la cosa vista, porque en un mirar breve no se puede considerar tan bien. La octava y última se requiere una sana disposición en la vista, en quien sucede muchos engaños por la enfermedad a que están sujetos los ojos; supuesto si está ofendido el humor cristalino, se engaña la vista grandemente, como advierte Vitelión. También el humor atrino en los ojos, o el rojo, representa tales colores en las cosas vistas: si en la niña se halla humor craso, las cosas parecen agujereadas: si hay humor negro, parece que se ven manchas: si se pone el dedo en el ángulo del ojo, parece se ven dos cosas: si el ojo se mueve con el dedo, parece que las cosas se mueven.

Con esta misma razón juzgaba falsamente Antifón, ver siempre delante de sí un hombre; lo cual Aristóteles, y Claudiano Celestino refieren a la flaqueza de la vista, y a la reflexión del aire. Y Vitalión relata otras muchas causas tocantes a las falsas aparencias de los ojos, como las fuertes imaginaciones, y las impresiones violentas del ánimo, y la indiscreta virtud visiva como es la de aquellos que imaginan ver muertos, porque no consideran las cosas que tienen delante, sino quedan deslumbrados de las imaginadas. Mas quien quisiere saber toda la ciencia de la Perspectiva perfectamente, lea a Vitelión, Juan Pisani, Rogerio Vacón, Alhacén, y Pomponio Gáurico. En particular todo el libro quinto de Juan Tomás Frigio; y también a Proclo Platónico sobre el primero de Euclides, y el Seminario del Bernardo *in verbo Perspectiva*.

De los Anatomistas. Discurso XXXV.

GALENO encomienda por estremo la profesión Anatomística, utilísima así para Médicos como para Cirujanos, por cuatro causas principales. La primera, porque la variedad, y sitio de los miembros humanos; nos hace ver y conocer la omnipotencia del inmenso Dios. La segunda, porque nos manifiesta las partículas de los mismos miembros, sujetos a diversas enfermedades. La tercera, hace reconocer la disposición de que se debe usar en los cuerpos. La cuarta enseña a curar con sabiduría los males, teniendo práctica de los lugares donde las enfermedades se anidan: y el que ignora la Anatomía (como nota bien Albucasís) mientras obra en los cuerpos, mata o manca a ciegas, porque (por ejemplo) queriendo cortar, por momentos tomará el nervio por la vena, y caerá en gravísimos errores, siendo los tales semejantes a los cocineros, y maestresalas ignorantes, de quien Galeno dice que no cortan la carne a a pelo, sino la trillan, deshilan y desmenuzan: y como es fuerza que un ciego (según Enrico Hermón) yerre a menudo, golpeando en balde mientras procura hender y partir algún madero; así es forzoso cometa el cirujano yerro, y no hallándose como debe instruido en tal arte, procederá como ciego en cortar. Anatomía es una recta división, o partimiento de los miembros del cuerpo humano, llamada así con vocablo Griego, porque (según Juan de Vico) *Ana*, significa recta, y *Tomos*, división; y así recta división. Consiste en dos cosas como dice Guido de Cauliaco; en la ciencia teórica que se aprende por libros, mas con diminución, y en la misma práctica y experiencia, sacada de cadáveres, siendo ésta mucho más patente y manifiesta que la otra, por verse y tocarse con los sentidos lo que los libros tratan confusamente, y certificándose del origen de los músculos, de las venas, y de los nervios, que es uno de los advertimientos que pone Mondino. Quieren los Médicos, y entre otros lo confirma el Docto Juan Fernelio Ambiano, se elija el cadáver de buena proporción, lleno de carne, y de edad firme y sólida, de estatura mediana, incorrupto, entero de toda parte, no muerto por enfermedad, ni por heridas; sino ahogado en horca, o sumergido en agua; y puesto sobre alto banco, que se ande alrededor, en medio del lugar preparado donde se dé principio, asistiendo los Cirujanos y Barberos, con lancetas, tientas, agujas, hierros sutiles, y esponjas. En la Anatomía se hacen cuatro

divisiones principales. La primera, de los miembros nutritivos, siendo los primeros que se corrompen; la segunda de los espiritales; la tercera de los animales; la cuarta de la estremidad de todo lo demás del cuerpo, con que se da fin a la misma.

Hanse de ver en cada miembro (según la opinión del Comentador Alejandrino, y de todos los Anatomistas) nueve cosas en general, que son; composición, sustancia, complexión, cantidad, número, figura, coligancia, acto, y utilidad. Tras esto, se debe notar qué males pueden suceder al mismo, porque el Médico, conociendo, aplicando, y curando; pueda con tal ciencia valerse del remedio oportuno y conveniente. De aquí es haber adquirido Galeno de cuerpos de jimias, de Puercos y otras animales, el entero conocimiento de toda esta facultad, no sólo provechosa para el Médico, sino por estremo necesaria. Mas porque sería imposible declarar las cosas de la Anatomía sin saber por menudo todas las partes que se hallan en un cuerpo humano, con sus nombres distintos, propongo tratarlas breve y compendiosamente, a fin de que se abra camino a los principiantes para recebir con más facilidad las cosas más arduas y principales desta profesión, siguiendo por orden el comenzar desde los cabellos de la cabeza, y rematar en las plantas de los pies, porque no haya cosa que se deje de tratar con cuidado. Dicen pues los Anatomistas ser la primera parte de la cabeza, los cabellos, que a manera de varias flores, brotan de la misma como de cuerpo terrestre; teniendo su raíz en la piel a quien los Latinos llaman *Cutis*. A ésta sucede la carne musculosa, y a la misma aquella membrana, o panículo, o telilla, que ciñe la calavera, a quien los Griegos llaman Pericráneo; y de otro modo *Gengiva mater*, naciendo de la *mater*, por las comisuras de los güesos de la cabeza, y a este pellejuelo sucede el hueso que ciñe los sesos llamados por los Griegos Cráneo; por los antiguos Testa, y por los modernos Crepa; que se divide en muchas partes. A la parte de delante dicen los Latinos *Sinciput*, a la de atrás *Occiput*, y a la de en medio *Vertex*. Debajo la calavera se hallan inmediatamente dos membranas, o telillas, que forman un velo a los sesos, de quien la primera (bien gruesecilla, y más gallarda contra las ocurrencias que se pueden causar de la crepa) es llamada membrana crasa, o dura mater. La segunda más sutil que cubre los sesos, se dice *membrana tenuis*, o *pia mater*, sucediendo después los mismos sesos. Antes que se llegue a ellos, dicen los Anatomistas hallarse tres comisuras en la cabeza. La primera que está en la parte interior del Cráneo llamada *sinciput*, se dice coronal, porque en aquella parte solían traer los

Reyes las Coronas, y las Ninfas las guirnaldas, y a ésta nombra Aliaph prueba de la cabeza. La segunda que está en la parte posterior del cráneo dicha *occiput*, se llama lauda, y se atraviesa detrás de la cabeza, en la forma que se escribe la letra lamba Λ por los Griegos, y en tal parte por un agujero de abajo sale la nuca, que es como un río que deriva de los sesos. La tercera se dice recta, o sagital, porque va derechamente la cabeza adelante desde el medio del hueso coronal, hasta la comisura referida, llamada lauda: y por esta comisura de en medio, o sagital, pasan dos venas que vienen del hígado, entrándose en el cráneo. Desde aquí se va a los sesos, que dicen ser cierta médula dividida en tres ventrículos, de quien el mayor está en la parte de delante; el otro en medio, y el tercero detrás, llamado por su pequeñez *cerebelum*: siendo (según Galeno) el mismo fundamento de la imaginación y de la memoria. Dice también Rasís ser ésta la fuente de los sentidos, y del movimiento voluntario. El ventrículo de delante, y el de atrás, se dividen en dos partes, diestra y siniestra. En el estremo del primer ventrículo se hallan dos sustancias juntas, y trabadas entre sí, por lo cual las llaman los Médicos *nates*. Sirven éstas a tal ventrículo en lugar de cámara, o aposento, debajo de quien se alarga; y así las llamaron los Latinos *Camera* y *fornix*. Estas dos sustancias son una de calidad de gusano, apto a estenderse y a encogerse, y por eso es llamada *Vermis*; la otra es a manera de un anca, de arriba ancha y de abajo estrecha, o como una taza; y así tiene nombre de *Scyphus* o *Pelvis*. El ventrículo de en medio es bien largo y sutil, y tiene el tránsito desde el primero al último, porque se toca con uno y con otro. El tercer ventrículo tiene su lugar en la parte de atrás de la cabeza, y tiene la sustancia más dura que los otros: y así los nervios que proceden dél (mediante la nuca ministra suya) son de más dura naturaleza, y no está enredado en la telilla llamada Pia mater, como los otros dos, siendo su sustancia de delante fuerte, fija y buena, para conservarse por sí, y es de forma piramidal. En el estremo deste ventrículo, esto es, en la parte piramidal, asiste la nuca enredada en dos panículos de los sesos: la cual es médula, y de la misma sustancia que ellos. Demás dicen los referidos, haber siete pares de nervios, que inmediatamente nacen de los sesos, según su largura, y treinta por medio la nuca: y los primeros dos nervios que vienen desde los sesos, son llamados visorios, porque pertenecen a los ojos, y les reparten la facultad del ver, y son encavados y blandos más que los otros, y están juntos, aunque se dividen antes que entren en los mismos ojos. De los otros se dirá en su lugar. En el estremo del

primero y segundo ventrículo (decendiendo abajo) se termina cierto agujero redondo, en medio de quien está otro pequeñito que va al paladar, y la naturaleza para purgar las superfluidades del cerebro (esto es del segundo y último ventrículo) horadó el panículo duro y grueso, que se llama dura mater, y del mismo modo horadó el referido panículo, que está delante de los sesos, debajo del hueso de la frente, para purgar por la nariz las superfluidades del primer ventrículo, y para que por aquel agujero consiga su efeto la virtud del oler: y de cada lado se hallan unos hoyuelos de eminencia redonda bien grande, criados para sustento de las venas, y de las arterias, y en el ínfimo hoyuelo (junto al horado) se hallan pedazos de carne grandes, eminentes y redondos, para sustentar las venas y las arterias, que suben desde la redecilla (dicha admirable) hasta los referidos ventrículos. Esta redecilla admirable circuye el cerebro, y tiene forma de red compuesta de ventas pulsativas y arterias. En la parte posterior del cerebro se halla una médula de una espina, a quien llaman los Médicos *Spina medullae*, que envía fuera sesenta y dos nervios. Éstos discurren por aquella parte que está debajo del *Sinciput*, vacía de pelos, llamada frente. A los lados désta ponen las sienes, que los Latinos llaman *tempora*, porque por las mismas se conoce el tiempo, y los años que tienen los animales, y éstas constituyen dos huesos que están puestos en ambas partes de las orejas, y respeto de parecer piedras, son llamados, *Ossa petrosa*, o *lapidea*. En las sienes están dos comisuras que se dicen las mendosas, por estar llenas de rayas. Donde acaba la frente comienzan los sobrecejos, adornados de pelos eminentes: de allí se siguen los ojos guarnecidos de párpados con sus pestañas inferiores y superiores. La compostura de los ojos es de siete túnicas y tres humores. Desde la parte delantera del celebro se estienden dos nervios cóncavos, que partidos desde el mismo cerebro se juntan algo uno con otro, casi en cruz: y en aquel lugar ambos así juntos se sirven de una sola concavidad, según Guilielmo de Plasencia, o antes de dos, según el Mondino, quedando a cada uno su cóncavo; mas después al salir se apartan del cráneo, y se enredan en dos paníclos del cerebro, nombrados ópticos o visorios, como se dijo arriba. Cualquiera destos nervios salidos del cráneo vienen a su ojo, donde engendra un panículo grueso y duro, que bárbaramente se llama Sclirótico, y en Latín la *Dura*: tras quien se sigue otro panículo llamado *Túnica secundaria*, por ser la que viene tras la primera. Y éste contiene en sí los humores vítreo y cristalino del ojo, y nace de la membrana sutil o

tenue. Síguese por orden la tercera túnica llamada *retina*, por parecerse a una red. Ésta encierra en sí la mitad del humor cristalino. Después se engendra otra que se llama *aranea*, por ser a manera de red de araña, en quien cabe la otra mitad del humor cristalino. Sucede la *úvea* llamada así, por ser en vista y disposición semejante a un pellejo de uva. En medio désta se halla una agujero llamado *pupilla* o niña, que se ensancha y recoge, según es necesario, y esto se hace con el humor cristalino, perficionando la virtud visiva. También la referida túnica cierra en sí todo el humor blanco, para defender y conservar el humor cristalino de que tiene necesidad. Viene tras esto la *córnea*, que no deja salir el humor blanco por el agujero de la *úvea*, la cual nace del panículo llamado Sclirótico, y es dicha *córnea*, por ser semejante al cuerno, en lo transparente. En fin se llega a la séptima llamada conjuntiva, porque con el perfeto panículo, hecho a este fin grueso y duro, junta y liga por estremo bien todo el ojo, salvo la niña; y tiene esta túnica su principio en el panículo, esto es, en el pericráneo. De aquí se echa de ver cuánto aprovecha la incisión de la vena sobre la frente para evacuar las materias que vienen de la cabeza y del celebro a los ojos; por la calidad del referido panículo, que está compuesto de nervios, de venas, y arterias. Vienen demás desto derechamente a los ojos por el agujero del cráneo ciertos nervios del segundo par de los del celebro, que causan a los mismos el sentido, y el movimiento, de manera que sienten maravillosamente las cosas dañosas. Destas túnicas nacidas juntamente nacen siete orbes, o círculos que concurren en la parte, dicha, *iris*, y *corna*, que es aquel lugar, donde el blanco se copula y junta a la niña. El primer círculo es de la túnica conjuntiva, el otro de la dura, o sclirótica; estos tres son duros, el cuarto es de la segundaria, el quinto de la úvea; el sexto de la aranea; el séptimo de la retina; y estos cuatro son blandos. Los humores de los ojos son tres: el primero es el vítreo, llamado así; por ser semejante al vidrio: el segundo glacial, o cristalino; porque es concreto, a manera de yelo o cristal: el tercero ácueo, porque tiene semejanza con el agua. Mas en el estremo de las quijadas de ambas partes de arriba, y en el estremo de las sienes están asidas las orejas, fundadas sobre hueso petroso, duro, y horadado, que es de los huesos que tocan a las mendosas. En las orejas hay un agujero por quien se oye; y alrededor déste, y del estremo de las quijadas, nace una ternilla, para redondear las orejas, de cuya raíz se forman alrededor venas, arterias, hilos, panículos, y ligaduras. La parte más baja de la oreja, que es crasa, se llama fibra, y la parte suprema pinna.

En la parte que se sigue, a diestra y a siniestra del cuello se hallan detrás de las orejas algunas venas que claramente se ve nacen del hígado; debajo de quien hay arterias venidas del corazón, que subiendo a la cabeza por vía de las comisuras, pasan a los sesos, y estas arterias luego que han beneficiado el cerebro, y sus panículos, decienden a las orejas, y de allí por la vía de los riñones envían a los testículos cierto licor que hace formar la simiente; y de aquí tienen algunos que impida la generación el cortar del todo las referidas venas debajo de las orejas. La más eminente parte del rostro es la nariz, cuyas partes (situadas de acá y de allá bien acomodadas para dar y recibir aire) son dichas en Latín *nares*, y las partes esteriores que se mueven son llamadas *pinulae*, o *alae*; y la parte interior ternillosa que divide la nariz se dice *interseptum*. Entre la nariz de una y otra parte, están los carrillos, hechos en forma de una manzana colorada en las personas modestas y vergonzosas. Síguese la boca que se divide en un labio de arriba, peloso, y otro más abajo también peloso. Dentro de la boca hay dos quijadas donde están encajados los dientes; sin las encías que les sirven de encaje. Éstos son comúnmente treinta y dos, y a veces veinte y ocho, porque, cada quijada tiene diez y seis o catorce: de quien los primeros ocho, porque cortan el manjar en la parte delantera, son dichos incisorios. A cuatro llaman colmillos caninos, porque tienen semejanza con los de los perros, los veinte que están entre arriba y abajo son llamados molares porque desmenuzan y muelen la comida, como las muelas el trigo; y así su oficio se dice primera digestión. La quijada de arriba cubre sus lados con un cierto panículo que viene por delante la frente, llamado Pericráneo; y del mismo modo la inferior, que es compuesta de dos huesos, y se va a cerrar en la punta de la barba. La lengua que es de complexión esponjosa, y carnosa, es hecha de nervios, y sus hilos de músculos, de venas, de arterias, y ligamentos, cuya raíz está plantada en el hueso de la lauda, y atada con los ligamentos. Debajo de la lengua se divisan dos venas, cuyas incisión es muy provechosa para los males de garganta. Tiene la misma nueve músculos que vienen desde el hueso de la lauda, y comisura sagital. Están también debajo la lengua ciertos pedazos de carne, glandulosos, a quien los Latinos llaman *tonsillae*, y los Bárbaros *amygdalae*, en quien hay dos sutiles agujeros que purgan la saliva, a manera de colador. La parte superior de la boca es llamada paladar, y a la interior y llaman los Latinos *fauces*. El canal de dentro que desde los gargueros llega hasta el pulmón, es llamado por los Latinos *aspera arteria*, y su principio o cabeza *guttur*,

compuesto de tres ternillas. A este garguero fue por la parte de arriba inserta cierta partecilla esponjosa y rara, que nace de la raíz de la lengua, a quien los Latinos nombraron, ligula, y los vulgares gallillo. En la estrema parte carnosa de la boca y paladar, está puesta otra partícula, llamada gurgur, en cuyo estremo hay dos vías, o caños; por uno de quien se conduce el manjar y bebida al estómago, y se llama por los Latinos gula, por los Árabes, mem, y por otros esófago, compuesto de dos túnicas y de hilos; una de quien (que es la interior) es muy nervosa, y confina con el paladar. La otra que es la exterior, viene a ser otro tanto carnosa, y musculosa, hallándose asida con la piel sutil del estómago. Por la otra vía llamada tráquea, hecha de anillos ternillosos, ligados uno sobre otro, se envía el aire al pulmón. El caño de la garganta está puesto por detrás sobre cinco spondilios del cuello, que descendiendo abajo, van a horadar el diafragma. Destas dos vías pues es principio el gargamello, con un cierto espacio dónde están dos con nombre de amigdalae, o agallas por ambas partes nerviosas y carnosas, puestas como dice Avicena, para que ayuden a enviar abajo el manjar, para tragar la bebida y admitir el aire vecino a la epiglote, miembro que está sobre la tráquea, como por cubierta; para que mientras se recibe el manjar y se bebe, no pase fuera sino sólo el aire. Por tanto si acaso se desliza otra cosa, se sigue al instante por primer mal una tos, que suele molestar no poco. En el uno y otro lado del caño de la garganta, están ciertas venas gruesas instrumentales, llamadas las guidejias, debajo de quien se hallan también situadas arterias grandes, cuya incisión es muy dudosa, por tener vecindad y parentela con el hígado y con el corazón. Síguense casi en el mismo sitio del cuello las dos cervices hechas una a mano derecha, y otra a mano izquierda, cuyos fundamentos están puestos en los huesos de la cabeza, y por eso son de naturaleza de ligamento, que descendiendo hacia abajo de uno y de otro lado del hilo del espinazo, van hasta el remate dél. Todo aquel espacio que hay entre las costillas de la parte de delante, se dice por los Latinos *thorax*, y su remate más alto y eminente, es dicho por los Bárbaros paletilla, y lo que está más abajo, se dice *septum transversum*. Las costillas de uno y otro lado, casi en todos los animales son veinte y cuatro. Las siete primeras y más largas, tienen nombre de verdaderas, y legítimas. Las otras de abajo más estrechas (cinco por lado, que no llegan al pecho) de bastardas y mentirosas; y acaban en la parte que llaman *septum transversum*. En medio de las costillas en la parte de delante, está el hueso del pecho, llamado en Latín *thorax*, en cuyo fin asiste cierta

ternilla con su piel, y carne musculosa, que por tener forma de espada, es dicha *mucronata cartilago*, o escudo de la boca del estómago. Contiene siete huesos, que todos en su estremo tienen ternilla, y en la parte de arriba del mismo hay uno en quien se detiene la horquilla de la garganta, y tiene por abajo hacia la boca del estómago, la ternilla muy sutil; y así está sobre semejante artificio del estómago. Los músculos del pecho (según Avicena) son diez y ocho, de quien unos sirven al cuello, otros al diafragma; éstos a las costillas, aquéllos al espinazo; algunos a los hombros y a las espaldas, y otros solamente al pecho. Asidas al pecho están las tetas, que son miembros compuestos de carne rara, débil, esponjosa, y glandulosa; en quien calan muchos nervios del celebro; y muchos suben también desde el hígado, sin las arterias que se comunican desde el corazón. El estremo de las mismas, es llamado en Latín, *Papilla*: y aquel círculo negro que rodea el pezón se dice *fux*, en Griego. La parte que está detrás del *thorax*, o pecho, es llamada por los Latinos *dorsum*, que es lomo. Los spondilios son huesos horadados, de quien por ser muchos se forma el hilo del espinazo, y por los agujeros déstos, pasa la nuca. Tienen en sí los spondilios varios pedazos que se cuelgan junto con los ligamentos, hasta tanto que llegan a las partes últimas de la espina. De los lados de cada espondilio salen nervios que van a dar a la diestra y siniestra parte del cuerpo. Las partes del espinazo son cuatro, como prueba Galeno. La primera el cuello; la segunda los espondilios; la tercera los lomos; la cuarta y última el hueso sacro. De los hombros, o espaldas penden de acá y allá brazos. El codo es llamado en Latín *cubitus* o *ulna*, que comienza de arriba y viene hasta el medio. Tiene dos huesos dentro: uno mayor, y otro menor. Del codo abajo hasta la mano se llama braquial. Después de aquél está el espacio del pulso, llamado por los Griegos *Metacarpion*, y por los Latinos *Pecten*; y así buscando los Médicos el movimiento del pulso, llaman a su toque, *manum mittere in carpum*. La parte interior de la mano junto al dedo grueso, y al *index*, es llamada palma; la de en medio cóncava, es dicha bola. El dedo grueso es llamado *polex*, el otro *index*; el de en medio, *medius*; el otro *medicinalis*, o *anularis*, y el último *minimus*. La membrana, o tela, o panículo, que penetra dentro del pecho y ciñe las costillas, se llama *subcingens*, o *pleura*; y es muy sensible y sujeto a postema. Déste nacen otras dos, que de ambas partes toman el pecho en medio, y son llamadas intercipientes: mas los Médicos Árabes las llaman el *mediastino*, que es una tela o panículo que separa el pecho por lo largo, y así viene a dividir el

pulmón por medio, y se liga a los espondilios del espinazo, suspendiendo el mismo pulmón.

La membrana, o tela, que a manera de vaina, cubre el corazón, se dice en Griego *pericardion*, y en Latín, *involucrum*, o *capsula cordis*. El corazón, cuanto a la forma es como una piña, cuanto a la carne, duro y musculoso: está en medio del pecho como Rey de todos los miembros, sin declinar más a una que a otra parte, según opinión de Galeno; si bien Rasís dice, que parece se inclina más hacia la parte siniestra del cuerpo, en que se apoya; y por eso en aquella se siente batir más que en la derecha, por las arterias que tienen origen de allí. Demás quiere el referido Rasís, tenga dos grandes ventrículos, uno a la diestra, otro a la siniestra, entre quien esta otro algo más arriba, a modo de cajita, rodeada de panículos nerviosos, a quien llama, el tercer ventrículo. En el ventrículo derecho hay dos agujeros, de quien uno es hecho para las venas que nacen del hígado, el otro es aquel de la vena, que va desde el ventrículo al pulmón, y dícese arterial. Sobre el hueso de donde nace la referida vena, están puestos tres panículos o películas. Asimismo en el siniestro ventrículo se halla una arteria sola de una túnica, a quien algunos llaman venal o venosa, que envía sangre sutil al pulmón; el cual la atrae y se alimenta della. También por añadidura tiene el corazón dos pedazos a manera de orejas, o aletas, una a mano derecha, y otro a mano izquierda, llamadas *auriculae cordis*. De su ventrículo siniestro nace una arteria grande, que es origen de todas las otras, llamada por los Médicos arteria magna, o aorta. Cuanto al pulmón, es por dentro miembro de flaca sustancia, todo esponjoso, ligado al panículo mediastino, que cubre el corazón, porque no sea molestado de los huesos del pecho, y es conjunto al corazón con cinco fibras. En la concavidad del pecho, donde rematan las costillas bastardas, o mendosas, hay cierto músculo grande y redondo que los Griegos llaman *diaphragma*, y los Latinos *septum transversum*, y Plinio en particular, *praecordia*, que comienza desde el principio del mismo pecho, como dice Rasís. Tras el pecho se sigue el vientre de la parte de delante, que tiene atrás los huesos de cinco spondilios, piel y carne musculosa; y comienza desde la parte inferior del mismo pecho procediendo hasta las partes vergonzosas. Su cubierta (así como también lo es de todas las partes del cuerpo) es la piel llamada por los Latinos *cutis*. A su última superficie llaman los mismos *summa cuticula*. El vientre se toma en dos modos, que es por el estómago, y por la estancia donde reposan los miembros nutritivos, comenzando el estómago por delante el

estremo de la misma boca: por detrás deciende por el cuello sobre los spondilios del mismo, hasta que viene a horadar el diafragma, sobre quien está ligado, junto con ciertos paníclos; dilatándose y declinando después algo hacia la parte siniestra; por quien la boca del estómago pende siempre a tal parte. El fondo está a la diestra: es hecho a manera de una calabaza redonda, con cuello largo en la parte de arriba. Alárgase después hacia bajo otro cuello, que se junta con el duodeno intestino; llamándose por eso el principio de los intestinos, o el portenario. También se estiende algo el estómago hacia el espinazo, y se liga con los spondilios y con las entrañas, mediante los firmes ligamentos, a quien se arrima gallardamente. Sin esto tiene (según Rasís) tres túnicas, una de hilos urdidos a lo largo, la otra de hilos tejidos a lo ancho; la tercera de hilos puestos de cada lado en través; si bien Aliaph tiene, sean solamente dos. Al cóncavo que está en medio del vientre llaman los Latinos *umbilicus*, y a la pielecilla que está en su contorno *Anus*, que es vieja; porque cuando está arrugada es señal de vejez. Hállase inferior a la piel del vientre de la parte de delante una membrana carnosa que los Latinos llaman *Abdomen* y *sumen*, y los Árabes Mirach, que está compuesta de cuatro cosas, piel, graso, panículo carnoso, y músculos, que nacen del corazón, y todas cuatro se pueden dividir una de otra. Tras los músculos del Mirach, que son ocho, se sigue (también delante) una membrana semejante a una tela de araña larga, a quien los Griegos dicen Peritoneo, y los Árabes *Siphac*, que viene a ser un panículo muy duro; y deciende desde el espinazo hacia abajo, donde se traba el estómago, rematando debajo del vientre. Removido el peritoneo, ocurre luego un cierto cuerpo, que llaman los Latinos *omentum*, y los Bárbaros cirbo o red, que es una tela hecha de dos túnicas sutiles y densas o fijas de diversas arterias y venas, y no poco graso. Este omento o cirbo es seguido de los intestinos, que son seis, de quien los tres superiores son muy sutiles, y los tres inferiores (situados desde el ombligo abajo) se llaman los gruesos, por tener dos túnicas, y la más interior viscosa, a modo de muro calcinado. El primero de los sutiles, que se arrima a la boca inferior del estómago, se llama portero, o duodeno, por ser largo doce dedos. El segundo se dice ayuno, por estar siempre vacío, y estos dos intestinos son derechos, y se esparcen a lo largo del cuerpo. El tercero se dice el involuto, por tener muchas vueltas, y la cantidad déste es igual a la del portero. El cuarto se llama monóculo, bien largo y capaz, que tiene sólo un agujero a manera de bolsa, llamándose monóculo, por lo tener más de un ojo y una boca por donde sale lo

que entra, y su lugar es en el lado derecho. El quinto es llamado colo, que también está en lado derecho, y se estiende por lo ancho del vientre, hasta que llega al siniestro. El sexto y último intestino tiene nombre de recto, o longanon, y su oficio es recoger dentro de su capacidad, y juntar el excremento de los intestinos, procediendo como la vejiga con la orina. En el estremo deste intestino está el agujero por donde se echa fuera lo superfluo del cuerpo, sobre quien está un músculo, que veda la salida al excremento hasta que de veras viene gana de expelerle. Hállanse también en el estremo del mismo agujero cinco venas puestas allí, para poder evacuar la sangre gruesa y malencólica; y por eso son llamadas almorranales, esto es, venas de almorranas. Aquella parte de en medio situada entre los intestinos, que liga los mismos al lomo, es llamada mesereon, que es un miembro compuesto de cuerdas, panículos y ligamentos, ordenado para ligar convenientemente los intestinos; y es de sustancia crasa, habiendo en el mismo algunas venas, a quien los Médicos llaman *meseraicae*. Fuera del mesenterio (en su hueco) hay cierto cuerpo glanduloso, casi todo de carne, que llena el espacio vacío entre el bazo, el ventrículo y el hígado. El hígado está en el derecho lado, debajo las costillas superiores de la parte de atrás, y es un miembro carnoso, mas de tan tierna sustancia, como si fuese sangre deshecha. Tiene cuando más cinco pénulas o fibras, para que ciña el estómago; si bien alguna vez se halla sin ellas, a veces con dos, a veces con cuatro. Es cóncavo de dentro, y giboso. De fuera de su cóncavo nace un caño pequeño llamado puerta del hígado, que para en la vejiga de la hiel, de quien está pendiente. Aquel caño es una vena engendrada por su interior de naturaleza espermática, dividiéndose ésta en más partes; y así nacen otras siete o ocho, que también se subdividen casi en infinito, las cuales esparciéndose en más lugares, tienen nombre de meseraicas. Asimismo de la giba del hígado sale una vena de las más gruesas del cuerpo, llamada cava o quilo, que con sus ramos va a encontrarse con las otras, y atrae fuera toda la sangre que se engendra del hígado. La hiel está sobre el hígado, y tiene dos poros o meatos; uno envía al cóncavo del hígado, y otro divide en más ramos, que van a la vuelta de los intestinos superiores, y al fondo del estómago. El bazo (a quien los Latinos llaman *splen* o *lien*) es de forma larga, y está asido en la parte izquierda del vientre. Este miembro se traba por un lado con el estómago, y por otro con las costillas mendosas. Salen dél dos meatos, de quien uno se estiende a la boca del estómago, y el otro pasa al cóncavo del hígado. Los riñones, llamados *Renes*, están

puestos de una y otra parte de los spondilios junto al hígado. El derecho está algo más alto, y de allí nacen algunos meatos, llamados atractorias, o venas emulgentes. Uno dellos se estiende hasta la vena grande situada en la giba del hígado; y el otro se va calando hasta la vejiga, con quien se junta. Aquí se forman ciertos meatos llamados urítides, o urinarios. Del Siphac panículo se engendran los vasos seminarios, llamados en Griego Dídimos, que van a cubrir los testículos con piel muy sutil, por cuyo medio pasan las venas y las arterias a los propios testículos, alimentándolos, y dándoles simiente. Por los mismos dídimos suben desde los testículos dos ramos de venas, que se llaman los vasos de la esperma, por quien se envía la misma desde los testículos al caño. Los testículos se tienen por miembros principales, como tan necesarios a la generación. Son glandulosos, de carne blanca, de forma redonda, muy sensibles por la coligancia y afinidad que tienen con las partes nervosas; y cada uno está cubierto de dos membranas; una sutil y otra más fuerte. Sobre éstas y sobre todos los interiores está un miembro arrugado, a quien los Latinos llaman *Scrotum*. El miembro viril (dicho en Latín *Colus* y *penis*) tiene su estremidad llamada *Glandis* por los Latinos, y un pellejito con que está cubierta llamado *Praeputium*. Es miembro musculoso y nervoso, compuesto de muchos ligamentos, lleno de venas y arterias, y sobremanera cavernoso; y así por sus cavernosidades (que se llenan de viento engendrado en las venas pulsativas) se sigue el enderezarse, llamándose tal acto Priapismo. La vejiga es el receptáculo de la orina: está entre el agujero del sieso, y la vejiga compuesta de dos túnicas. En el principio del cuello de la vejiga se hallan algunos músculos, que aprietan el mismo cuello, y vedan a la orina el salir, hasta que del todo viene gana de expelerla. La matriz de la mujer se halla situada entre la vejiga y el intestino recto, alta hacia arriba, a manera de otra vejiga. Es por estremo nervosa, y contiene en sí dos ventrículos. También tiene por añadidura otros dos, que se llaman los cuernos de la matriz, detrás de quien están los testículos más anchos que los del hombre, mas no tan largos, por donde viene la esperma, que sale fuera por la vía de la matriz.

Hay por el consiguiente en la propia matriz un cuello, que hace salir hacia fuera la natura de la hembra, en quien es lo mismo que la verga en el hombre. En las doncellas el agujero de la natura es estrecho y rugoso, y en tales rugas se hallan cinco venas que se rompen cuando pierden su virginidad, ensanchándose, y dándo de sí

las mismas rugas. En medio de la madre se vee cierta membrana, que tiene forma de red, donde asisten aquellas venas, llamándola los Griegos *Himen*, y los Latinos *Interseptum virginale*, y en la boca estrema de la madre se halla cierta carne relevada, que se dice *Nimpha* en Latín. Es por curiosidad de advertir, cuando la mujer ha concebido, se engendran de la simiente tres membranas, que sirven de cercar la madre; cuya boca en la preñez se cierra por su respeto de tal suerte, que apenas la podría penetrar una punta de aguja: mas venida la hora del parto (o antes, si por desgracia sucede malparir) se abre de manera, que puede salir fuera la criatura; soberano misterio, y obra digna de aquel grande Artífice Dios, para conservación de los hombres.

Síguense tras esto los muslos, o *Crura*, que se rematan en la rodilla, siendo todo aquel espacio esterior llamado por los Latinos *Foemur*. La carne que cubre la rodilla se dice Rotada, o Patela. El hueso menor de la pierna se llama en latín *Sura*; el mayor *Tibia*; las canillas *Maleoli*; o *claviculae tibiae*; llegando finalmente a los pies, que tienen el talón detrás, los dedos delante, y la planta debajo. Los Anatomistas explican en general lo que en particular es más dificultoso. Dicen de los miembros, ser algunos compuestos, como el rostro, las manos, el corazón, el hígado, y otros semejantes; de quien unos son principales, como el cerebro, el corazón, el hígado y los testículos; otros segundarios, como la nariz, las orejas, el cuello, los brazos, los muslos, las piernas; otros simples, como el nervio, la ternilla, el hueso, la vena, la arteria, el panículo, el ligamento, las cuerdas, la piel y carne, a quien se pueden añadir las uñas, los pelos, y el graso; si bien los dos primeros son antes superfluidad que otra cosa. La carne se divide en simple, glandulosa y musculosa. La simple se tiene sólo en la cabeza del miembro, y en las encías, la glandulosa, o ñudosa en las tetas, en los emuntorios, y en los testículos. La musculosa por todas las partes del cuerpo que se mueven, o que pueden moverse. La glandulosa es un velo de la carne tejido de hilos, de nervios, de venas, y menudas arterias; y es de dos especies, una encubre los miembros exteriores; otra (llamada panículo) cubre los interiores como las telillas de los sesos, de las costillas, y otros huesos. La vena es un receptáculo donde está la sangre que nace del hígado. La arteria es asimismo el vaso de la sangre espiritual; nace del corazón: y si bien no parecen diferentes (no hallándose casi por todo el cuerpo arteria sin vena, por la unión grande que tienen entre sí) con todo eso en algunos lugares se ve la

una apartada de la arteria, como en el manifiesto de los brazos; y en la redecilla admirable. El nervio es un miembro simple, a quien pertenece (como dice Avicena) poner el sentido y movimiento en las partes del cuerpo. Músculo, o lacerto, es un miembro compuesto de nervios, de ligamentos, y de sus hilos; bien lleno de carne, y cubierto de panículo, derivado de *mus*, palabra Latina, que significa ratón, a cuya semejanza es hecho.

Son los huesos, miembros más duros que los otros, y privados de sentido, si no es las muelas y dientes. La cuerda nace, o deciende del músculo, y participa de la naturaleza de los nervios, siendo media entre el ligamento y el nervio. Los ligamentos son en dos maneras; unos tienen origen de las cuerdas, y otros de los huesos. La ternilla es casi de naturaleza de hueso; si bien es más blanda, hecha para suplir donde él falta. Es de advertir, ser los huesos del cuerpo humano según Avicena, docientos cuarenta y ocho, sin los llamados sisaminos; y el de la lauda, donde se funda la lengua. Los de la cabeza son según el Árabe Rasís, treinta y seis, sin los dientes. Seis dellos forman la calavera, siendo llamados propios de la cabeza. Síguese después uno que es el fundamento y basa de los referidos seis. Hay tras éstos otro grande, que está detrás, debajo del cráneo, puesto entre el mismo cráneo, y la quijada superior, llamado Alguatedi: y aquí se siguen catorce, todos fundados en la quijada superior, y otros tantos en la inferior. Treinta son los que componen el espinazo. Debajo del cuello hay dos que comúnmente se llaman horquillas. Los del pecho son siete: y los de las costillas doce por parte. Dos los de los brazos, llamados *adiutorios*, de quien el uno entra en los vasillos de las espaldas; el diestro en la diestra, y el siniestro en la siniestra. En el codo está una ruedecilla, a manera de las que ayudan a subir agua en cisternas. Desde los codos a la muñeca de la mano, que se llama rasceta, asisten dos huesos llamados *focilos*; el menor de quien está en la parte superior del brazo, y el mayor en la inferior. La rasceta de cualquier mano contiene ocho huesos sin médula dentro. Tras esto se sigue el *pecten*, hecho de cuatro huesos que se traban y unen con fuertes ligamentos a los de la *rasceta*; y así los del *pecten*, o empeine, se juntan con los de los dedos; y en cada dedo se hallan tres huesos. Por eso vienen a ser los huesos de cualquier brazo treinta; habiendo quince en cinco dedos. Los huesos del muslo de la pierna y del pie son (según el Mondino) en todos veinte y ocho. En la rodilla se halla en particular uno redondo y ternilloso, llamado el ojo, o ruedecilla. En el talón hay uno, a quien dicen navecilla, que por abajo se junta

con otro dicho en Arábigo *Achib*. La rasceta del pie está compuesta de tres huesos, el *pecten*, o empeine de cinco: todos los dedos (como se dijo) de tres, excepto el pulgar formado de dos. Los músculos del cuerpo humano son quinientos y treinta y uno, según Avicena: mas Rasís (con la autoridad de Galeno) cuenta solos cuatrocientos y veinte y nueve. Los de la cabeza y cuello son veinte y tres: los del rostro cuarenta y cinco: nueve los de la lengua: los de la garganta y epiglote treinta y dos. Para mover cualquier espalda concurren siete, y de cada parte hay catorce. En los adiutorios hay ocho, esto es cuatro por adiutorio. En cada brazo diez y ocho, y tantos en cada mano. El pecho tiene ciento y siete. El espinazo cuarenta y ocho: el vientre ocho. Los testículos cuatro; y otros tantos hacen enderezar el miembro; uno hay en el cuello de la vejiga; cuatro en el agujero del asiento. En las nalgas veinte y cinco; en los muslos veinte y cinco; y en las costillas veinte: en las piernas veinte y ocho; y veinte y dos sobre el pie. De los nervios hay siete pares que nacen inmediatamente del celebro, y treinta pares (con uno sin compañero) que vienen a ser cabezas en diversas partes del cuerpo, para cuyo entero conocimiento se puede ver al Mondino, al Valverde, Andrés Vesalio, Juan Driando, Jacobo Carpi, Mateo Curcio Pavés, y otros Anatomistas excelentes; que con curiosidad tratan deste ejercicio. Mas quien quisiere saber más en particular las enfermedades del celebro, no se aparte de Jasón Pratense en el propio volumen de *Cerebri morbis*, y de la práctica de Guaynerio Pavés, con la de Valasco de Taranta. De las túnicas, humores, y enfermedades de los ojos trata largamente Marco de Gradi, Quinto Sereno, y Celso. Sobre todos examina esto por estremo bien, Francisco Piamontés. Los males de los intestinos trata por excelencia Gerónimo Gaboncino. Los dolores de los pies son declarados por Vital del Forno en un libro de diversos remedios. De las venas en particular trata muy bien Martín Rolando en el libro de *Phlebothomía*, y otros infinitos que examinan cada parte desta máquina corpórea, a fin de que nada se desee para mantenerla y conservarla lo mejor que sea posible. Mas acerca desta materia pone muchas cosas dignas de anotación Pedro Crinito en el 13 de honesta disciplina, capit. 7. Trátala más por extenso Tomás Frigio en el libro 36. Véase también el *Sintaxis* de Pedro Gregorio Tolosano, que discurre por estremo bien de las partes del cuerpo.

De los Cosmógrafos, Geógrafos, Corógrafos y Topógrafos. Discurso XXXVI.

EL calificado sujeto de los Geógrafos o Cosmógrafos, como arduo, escabroso de suyo, ha hecho por la variedad de los Escritores antiguos, y por la diferente observación de muchos modernos, sudar a infinitos hombres en tal profesión por estremo expertos, y versados; mientras quisieron con resolución declarar la situación de la tierra con todos los modos, órdenes, sitios, medidas, distancias, calidades, y condiciones que se requieren en su cumplida, y perfeta descripción. Cansáronse acerca desto Homero (a quien llama Hiparco el primer inteligente desta facultad) Anaximandro, Ecateo, Demócrito, Eudoxo, Dicearco, Hipia, Bión, Jenofonte Lampsaceno, Verón, Timeo, Eratóstenes, Polibio, Posidonio, Dionisio, Estrabón, Solino, Pomponio Mela, Mario Tirio, Ptolomeo, sin otros infinitos antiguos.

Son pues Geógrafos, los que imitan según Claudio Ptolomeo, la traza, y situación de toda la tierra conocida: notando en llanos, y en montes, los países y las ciudades, no con su propia forma, como se ve en las pinturas; sino con algunos puntos pequeños, redondos o cuadrados: y así es ésta antes una imitación del dibujo, que un verdadero señalar el sitio. Son muy diferentes los Geógrafos de los Corógrafos; porque éstos pintan propiamente, y señalan la forma y figura de algunas provincias, y ciudades particulares, como por ejemplo; si se delinease el contorno de Roma, Nápoles, o Madrid. Fuera de que los Corógrafos atienden más a las calidades de los lugares, representando sus verdaderas figuras y semejanzas; al contrario de los Geógrafos que cuidan más de la cantidad, describiendo las medidas, los sitios, y proporción de las distancias, en orden y correspondencia a los círculos del cielo. Los Corógrafos tienen necesidad del dibujo y pintura, mas los Geógrafos no; pudiendo los mismos mostrar con letras menudas y líneas el sitio y figura de toda la tierra, como lo hacen: mas importales mucho saber Matemáticas que les sirven para considerar la grandeza de la tierra, el sitio y disposición que tiene con el cielo que la rodea, debajo de qué paralelos de la Esfera esté puesto cualquier lugar suyo, y otras cosas semejantes. Llámanse Corógrafos por significar en Griego, *Coros*,

lugar, y *Grafo*, Scribo. Por tanto Corografía, es lo mismo que descripción de algún lugar; esto es de provincia, ciudad o tierra. Acerca de Ptolomeo, es una cosa este nombre y el de Topografía, que hablando propiamente, señala un lugar particular. Deste género fue Gerónimo Riguetín, Topógrafo insigne con la pluma. Éste dibujó habrá años, la isla Tremiti, y después la ciudad de Turín. Tienen algunos sea la Topografía una descripción en palabras, como la que hace cualquier poeta, del sitio, forma y calidad de algún lugar. De los referidos Corógrafos no se vee hoy alguno, Griego ni Latino que sea antiguo, por haber delineado los antiguos con grandísima dificultad. Hoy si bien se inventó el modo de imprimir descripciones, así en madera como en lámina, se hallan con todo muchas de las más excelentes defectuosas y faltas, como las que se ven estampadas por Rafael de Urbino, por Micael Ángel, por Tiziano, por Durerio, por Ludovico Vicentino, y otros. Una descripción de la Francia que hizo Oroncio, es por estremo apacible, aunque más ingeniosa la que en nueve tablas mandó hacer el Rey Francisco Primero, con la obra y diligencia de todos los Matemáticos de su Reino, y en especial de Jolibeto Lemosino, sabio mucho en esta profesión. Asimismo es agradable la Grecia del Sofiano, el Piamonte de Jacobo Castaldo, la Toscana del Belarmato en madera y lámina, la Inglaterra en lámina, hecha por la universidad de los Ingleses, la España que hizo hacer Don Diego, el distrito Romano de forma pequeña, la Tierra santa abierta en madera, las dos Sicilias en lámina; y finalmente aquella Europa grande en madera, que hasta ahora es juzgada por la mejor; si bien hay otra muy labrada en lámina, según las cartas de marear. Entre estos delineantes dice el Rusceli ser excelentísimo Julio Sanuto, noble Veneciano, también perfeto escultor; el Taisnerio, Curcio Gonzaga, y en Treviso, Bartolomé Galvano insigne en trazas de fortalezas. En el describir, o sea delinear (hablando generalmente) intervienen burilar, barrenar, pulir, hacer figuras, y cornisas, en redondo, a rostro, a cargas derechas, a destroncadas, o a medios rostros; y así los frisos, los follajes, o Tartarejos, Indianos, Brutescos, Arábigos, o Moriscos, las rosas, los florines, los festones, las cabriolas, y sus basas pequeñas; los pedestales, cuadrados, redondos, simples, doblados, o encadenados: y así el esforzado, la perspectiva, la majestad, y todo el relieve, el medio relieve, y el relieve bajo. Los Geógrafos (porque toquemos alguna cosa dellos) son llamados de *Geo*, que en Griego quiere decir tierra, y de *Grapho*, que es como se dijo arriba, *Scribo*. De modo, que tanto suena Geografía, cuanto

descripción de la tierra; esto es, deste agregado de la tierra, de las aguas, del aire, que es diputado para habitación de las criaturas terrenas. Los Geógrafos y Cosmógrafos son casi una misma cosa; si bien algunos tomando largamente este nombre *Cosmos*, que significa mundo, quieren sean los Cosmógrafos los que describen toda la máquina del universo, junta con el globo de los cielos, como hace Jasón Denores; y los Geógrafos solamente los que describen esta nuestra tierra habitable. Otros guiados del propio y estrecho significado de la palabra *Cosmos*, que propiamente significa ornamento, quieren sean los Cosmógrafos los que (sin cuidar de la particular cantidad, medida, o distancias de los lugares) cuentan y describen las naturalezas y propiedades de las provincias, las costumbres, los pueblos, las cosas notables sucedidas de tiempo en tiempo; como parece haga Solino, Diódoro Siculo, y otros muchos, quiriendo sean Geógrafos los que tratan de la tierra y del mundo, sólo en lo tocante a la disposición, medidas y sitio. Mas en fin se vee no estar algunos dellos han ceñido destas condiciones, que no pase a los términos del compañero; y así será mejor juzgarlos una misma cosa, por tratar, como hacen, de lo mismo de común consentimiento. Tomando pues el nombre de Geografía y Cosmografía en un mismo significado; digo se puede modernamente dividir la tierra con gran comodidad y conveniencia en seis partes principales, por haber sido casi distribuida en esta manera por la naturaleza. La primera es llamada Libia o África; la segunda Europa; la tercera Asia, con las islas y provincias a cada una vecinas y pertenecientes, así con las que conocieron los antiguos, como con las otras que fueron halladas y conocidas por los modernos; porque se sabe (como prueba bien Rusceli) no haber tenido Ptolomeo noticia de toda la superficie o circunferencia de la tierra, sino de sola una cuarta parte y diez y seis grados antes de la Equinocial. La cuarta es de las Indias Occidentales, no conocida por los antiguos, llamada América. La quinta es la más Setentrional ya descubierta, mas aún no bien conocida; a ésta podremos llamar Grotlandia, de una Isla. La sexta es la Austral, ya descubierta, mas no conocida ni nombrada hasta ahora. Por lo que toca a la esterior superficie de la tierra, la misma naturaleza la dividió en cinco zonas o regiones. Una está sujeta derechamente a los rayos solares; y por eso se llama Tórrida, la cual confina con el trópico de Cancro, y con el de Capricornio. Dos están en las estremidades, lejísimas de los rayos del Sol, y por eso frías: la una de quien es terminada por el paralelo Ártico, y la otra por el Antártico; y dos

están puestas entre la Tórrida y las Frígidas, y por eso templadas, ceñidas, la una del círculo Austral, y del Trópico de Capricornio; la otra del círculo Setentrional, y del Trópico de Cancro: pero todas habitables, como conoció la experiencia de las últimas navegaciones. Los antiguos Geógrafos no tuvieron entero ni particular conocimiento de toda esta superficie de la tierra, ignorando desde Meroe, más adelante al Mediodía; y de Borístenes, más adelante al Setentrión, y de las islas Fortunadas más adelante hacia Occidente, y de Catigara, más allá hacia el Oriente: y así sólo dejaron memoria de la parte que descubrieron y buscaron, dividiéndola en doce meridianos diferentes en el Equinocial por quince grados; esto es, por el espacio de una hora perfeta. También la dividieron en siete climas o regiones, entendiendo por cualquier clima, tanto espacio (en torno a la tierra predominada de la Equinocial hacia el polo Setentrional) cuanto sea bastante a variar el mayor día del año por media hora. Por tanto en el primer clima para Meroe, será el mayor de trece horas. En el segundo para Siene, el de trece y media. En el tercero para Alejandría, de catorce. En el cuarto para Rodas, de catorce y media. En el quinto para Roma, el de quince horas. En el sexto para el Ponto, el de quince y media. En el séptimo para Borístenes, de diez y seis horas. Por eso Marciano Capela (más sabio en esto que Ptolomeo, que Alfragano, que Julio Firmico, que Albumasar, que Hermano, Aliabén, y otros que ponen siete climas) ha puesto con razón el octavo; esto es, para los Rifeos por serles a ellos incógnita aquella parte setentrional que ya para nosotros está patente. Otros añadieron también el nono, aplicándole a los de Dania. Es de notar, que de la otra parte se hallan contrapuestos a Meroe, Siene, Alejandría, Rodas, y a los demás, otros tantos climas.

La tierra es de figura redonda, como prueba Ptolomeo; mas no del todo igual, respeto de la eminencia de montes y profundidad de valles sino a semejanza de una naranja, que si bien tiene la superficie con alguna desigualdad se representa a primera vista casi del todo igualmente redonda, haciendo con el agua un mismo globo. Dejando pues aparte la opinión de Eratóstenes, que quiere tenga la tierra de circuito docientos y cincuenta y dos mil estadios, la de Ptolomeo, que la hace de ciento y ochenta mil; la de Dionisodoro, que le da de circuito docientos y cincuenta y cinco mil, a quien añade Plinio siete mil, circuye, según prueban los modernos, treinta y un mil y quinientas millas: su latitud es de diez mil y veinte y dos millas casi: su cuerpo del centro hasta nosotros cinco mil y once millas.

Dividida pues la tierra en la seis partes referidas, discurriré primero del Asia por ser la mayor.

[De Asia.]

Asia (llamada así de Asia hija de Océano y de Tetis, mujer de Jafeto) tiene sus términos y confines de más partes. Cuanto a lo primero, su confín hacia Poniente, que la divide de África, es una línea del Promontorio Samonio, hasta el mar Rojo; y de allí procediendo por el golfo del mismo mar, hasta los mares de la Isla de San Lorenzo, dejando la misma isla en África. El confín hacia Levante que la divide de Europa, es una línea estendida desde el Promontorio Samonio de la isla de Candía por el mar Egeo, y desde allí continuando por el Helesponto, por Propóntide, por el Bósforo Tracio, por el Ponto Euxino, por el Bósforo Cimérico, por la laguna Meotis, por la boca y fuente del río Tanáis. Su confín hacia el polo Antártico, que la divide de la tierra Australísima, es una línea que comienza desde la isla de San Lorenzo, procediendo adelante por el mar de Maquián, hasta llegar a las islas Malucas. Su confín hacia Levante, que la divide de América, es una línea del mar de las islas Malucas, procediendo hacia el Setentrión por el golfo Quinán, y por el estrecho de Anián hasta el mar Setentrionalísimo. Su confín hacia el Setentrión que la divide de la Grotlandia; es una línea tirada del fin del antecedente, continuando en derecho hacia el Poniente por el Océano Scítico, hasta el mar Drobasaf; donde acaba la línea, que divide la Europa de la Grotlandia. Es por tres partes ceñida del Océano, que del Oriente se dice Eó; del Mediodía Índico, del Setentrión Scitio, y tiene en sí el monte Tauro, que la divide casi por medio, y se estiende de Oriente a Occidente, dejando una parte que mira al norte, y otra al mediodía. Viene a ser tan largo como toda Asia; esto es, de cinco mil y seiscientas y veinte y cinco millas; y en muchos lugares ancho trecientas y sesenta y cinco. Toma según las varias provincias varios nombres, como de Caucasio, de Hircano y de Sinaí. La Asia tiene de anchura (según el común cómputo) dos mil y quinientas y treinta y ocho millas, comenzando desde la boca del Canapo, hasta la de Ponto. Mas hoy los modernos la señalan casi toda diversamente. Según Ptolomeo se divide en cuarenta y ocho provincias principales, que son las que se siguen.

El Ponto
Bitinia
La propia Asia
Licia
Galacia, en quien está
La Isaria
La Panfilia, en quien está
La Pisidia
Capadocia
Armenia Menor
Cilicia
Sarmatia
Cólquidos
Iberia
Albania
Armenia Mayor
Isla de Chipre
Siria
Fenicia
Scitia del monte Imao
Sérica
Aria
Paropinásides
Brangiana
Palestina Judea
Arabia Pétrea
Arabia Desierta
Mesopotamia
Babilonia
Asiria
Paflagonia
Media
Susiana
Persia
Partia
Caramania desierta
Arabia Feliz
Caramania
Hircania
Margiana
Batriana
Sogdianos
Sacios
Aracesia
Gedrosia
India dentro del Gange
India fuera del Gange
Isla Trapobana

El Ponto y la Bitinia que, según Solino, fue primero llamada Brebicia, después Midonia, y al fin Bursia, provincia de la Natolia o Turquía (llamada en esta forma por los modernos) es asimismo Asia menor, y confina hacia Occidente con la boca del Ponto, con el Bósforo Tracio, y con una parte del Propóntide, que son mares. Hacia Setentrión, con una parte del mar Euxino; hacia Mediodía con la región que propiamente se llama Asia, y hoy Natolia; hacia Oriente con la Galacia. En la primera parte tiene por ciudades principales a Calcedonia, Nicomedia (a quien los Turcos llaman Nicordia, y los marineros Cormidia) a Pamia, Nicea, y Prusas, junto al monte Olimpo, cabeza del Imperio Asiático. Vense también Acrita y Posidio promontorios, y la laguna Ascania. En la segunda parte está Heráclea ciudad principal, Cabo de Schili promontorio, y los ríos Psile, Calpa, Ippio, y Partenio. En la última parte está Citori ciudad, y dos montes principales, Orminio, y Olimpo. Entre la tierra están Libisa (donde

murió Aníbal) Prusas, Patanio, Cesárea, o Osmiralia y Nicea. Las Islas cercanas a esta región, son las Cianeas, la Tinca, llamada Dafnusia, y por Plinio, Apolonia, y las islas del Escollo llamado Eritneo.

El Asia propia, parte termino hacia Setentrión con la Bitinia; hacia Occidente con una parte de la Propóntide, con Helesponto, y con el mar Egeo, Icario, y Mirtóo: por Mediodía con el golfo de Rodas, y con la Licia, Panfilia, y Galacia: hacia Oriente también con la Licia de una parte. Divídese en más provincias pequeñas. Contiene la Misia menor, que está de la parte del Helesponto, donde tiene principio el monte Tauro; hallándose allí Cicico, y Lampsaco ciudades; Brazo de San Jorge, donde están la puente de Jerjes, el Estrecho de Galípoli, las bocas de los ríos Simoente y Janto, y el promontorio Nigeo, llamado cabo de Genízaros. Contiene también la Frigia menor, junto al mar Egeo, dicha Troada, hoy Epíteta, o Frigia Helespontina, donde está Troya, o Ilión, distando el nuevo del viejo, según Estrabón, treinta estadios: y también está aquí el promontorio llamado Cabo de Santa María. Abraza asimismo la Frigia grande, donde están Antandro, Apolonia, Trayanópoli, Pérgamo, Natolia (ciudad principal de Turcos antes de poseer a Constantinopla) Apamia, Eumenia, Gerápoli, Tiberiópoli, Juliópoli ciudades, y el río Caico. Contiene por el consiguiente la Caria, hacia el golfo Mirtóo, donde están, Eraqueo, Mileto, Trípoli, metrópoli de Caria, Laodicea; y sobre el río Lico, Antíoquía; junto a Menandro río, Afrodisea, Magnesia, Nápoles, Stratónica, Apolonia ciudades: y el promontorio Idisa. En la provincia de Dórides está Gnido ciudad, y Halicarnaso. En Lidia y Meonia está, Gerone, Cesárea, Tratira, Egara (a quien Cornelio Tácito llamada Egeata) Sardi, y Filadelfia. Sus islas circunvecinas hacia Helesponto, son Tenedos, isla y ciudad en el mar Egeo, llamado hoy mar del Archipiélago, Lesbo Eólica, hoy llamada Metelín, de Mitilene ciudad; con Pirra, y Argeno, Promontorios. En el mar Icario (hoy mar de Nicario) están Nicaria isla, Quío isla, y ciudad, Mindo, Posidio, Samo isla y ciudad, llamada en otro tiempo Ciparisa. En el mar Mirtóo (hoy mar de Mandria) Arcesina, Begial, Minia, Astipalea, o Estampalia, isla y ciudad; y una de las que son llamadas Cíclades. En el mar Rodiano y Carpacio, Sima isla, y Cóo isla y ciudad; Carpanto isla (hoy llamada Escarpanto) que tiene a Posidio ciudad; y a Toancio y Efalcio Promontorios. Al último, la isla de Rodas, que tiene a Rodas ciudad, y a Fran Promontorio, con Onagnato, llamado Cabo Stadia; puerto Malfeta, y la boca del río Calbio. Los montes más célebres de Asia,

son Ida (famoso por el juicio de Paris) Cimeo, Tinno (donde está Teno ciudad) Branquidas y Timolo.

La Licia hoy llamada Briquia, confina por Setentrión y Occidente con Asia; por Oriente, con parte de Panfilia; por Mediodía, con el mar de Licia, donde están Caria, Telmeso, Olimpo, y Quilidonia ciudades: los ríos son Janto, y Limiro, y Cabo de Calidonia promontorio. Las ciudades, tierra adentro, alrededor del monte Cragante, son Solima, Janto, y otras. Junto al monte Masiteto, se halla Rodiópoli, Limira, y Milíades. Esta Provincia contiene otras en sí, donde está Nisa ciudad, y una parte de Carbalia, donde se halla Eneanda. Sus islas son tres, Másima, Megisto, y Dolicuste, con cinco escollos de Quelidonia.

La Galacia, llamada por los Galos Galogérica (a cuyos pueblos escribió San Pablo, donde está la Isauria, sexta provincia) tiene por confín hacia Occidente la Bitinia, y una parte de Asia; hacia Mediodía, la Panfilia; hacia Oriente, una parte de Capadocia; hacia Setentrión, una parte de Ponto. Hay en ella Citoro y Trípoli, ciudades. Los montes principales, son Olisa, Dídimo, y el monte llamado Sepulcro de los Selenos. Habitan las partes Orientales de la misma los de Paflagonia, donde tierra adentro están Germanópoli, Pompeyópoli, y Claudiópoli. Contiene también una parte de Licaonia, donde está Tetradio ciudad, y Laodicea Bucriata: y de la parte Occidental una parte de Pisidia, donde están Nápoles y Apolonia, ciudades. Hacia Levante está Isauria provincia, con Isaura ciudad. Al Mediodía están los pueblos Oróndicos, con Mixtio y Papa ciudades.

La Panfilia (llamada también Mesopia, y hoy más en común Satalia; donde está asimismo la Pisidia, octava provincia de Asia) confina por Occidente con la Licia; y con una parte de Asia, por Setentrión con Galacia; por Oriente con Cilicia, y con una parte de Capadocia; por Mediodía con el mar Panfilio, donde se halla Satalia ciudad Real, y Magide; y tierra adentro, Perga, con Eurimodonte río. La Cilicia Áspera es provincia menor, donde está Coracenseo ciudad. La Frigia es otra que contiene Antioquia, o Cesárea (según Plinio) y Seleucia. La Pisidia (a quien los Turcos llamada hoy Saudia) es otra donde está Talbonda ciudad. Otra la Garbalia, donde está Uranópoli. Las islas vecinas a la Panfilia son Crambusa, y Alebusa.

La Capadocia termina hacia Oriente, con la Galacia y parte de Panfilia; por Mediodía con la Cilicia, y con parte de la Siria; por Oriente con la Armenia Mayor junto al Éufrates; por Setentrión con el mar Euxino. Riberas déste está el río Irio. Desde el mar de Galacia

hasta el contorno de la llanura Fanagoria, está Temiscira, y el promontorio de Hércules. Desde el mar Polemoníaco están la ciudad de Hermonasa, el río Termodantes, y Cabo de S. Tomas; y vecinos al mar de Capadocia, junto a Sindón, están Trapisonda y Trípoli. Los montes famosos que ciñen a Capadocia, son Argeo (de donde corre el río Mela) Antitauro, y Escordisco. Tiene también otras ciudades tierra adentro, como Sebastópoli, Amasia (patria de Estrabón) Sebastia, y la Nueva Cesárea. Divídese en más gobiernos, donde están otras muchas ciudades no iguales en nombre a éstas.

La Armenia Menor, llamada otras veces Leucosiria (según Procopio) esto es Soria Blanca, tiene sus habitadores Cristianos mas no concuerdan con la Iglesia Romana. Hay entre ellos un Papa que llaman Católico, y en su lengua se dice Anduole. Su parte más Setentrional se llama Orbalinesa, debajo della hay una llamada Etulana, que tiene por inferior a Orsena. Posee algunas ciudades a lo largo del Éufrates, como Ismara y Dalanda: y más adentro hacia las montañas, Nicópoli, Domana, y otras. Divídese también la misma en muchas Preturas, que tiene una es llamada Ravena, que tiene muchas ciudades, y en particular Claudiópoli y Juliópoli.

La Cilicia, llamada hoy Caramania, confina por Poniente con Panfilia; por Levante, con una parte de Siria; por Setentrión, con una parte de Capadocia, que está junto al monte Tauro; por Mediodía, con el valle de Cilicia, y con el golfo Ísico. Desde la provincia de Selentide cerca del mar, está Antioqueta, y tierra adentro Diocesárea, Filadelfia y Seleucia Áspera. En Cetide cerca del mar se hallan Afrodisia y Arsio, Serpedón y Cefirio promontorios: y tierra adentro Olbasa. Desde Pisidia en Cilicia cerca del mar están Augusta y Pompeyópoli ciudades, con Píramo río. En la Canitide está Gerópoli; en la Motide Lamo; en la Briélica Augusta; en la propia Cilicia (tierra adentro) Tarso, Cesárea, Nicópoli, Epifanía y las puertas Amánicas.

La Sarmacia (hoy dicha Moscovia) tiene por confines por Levante la Scitia, y parte del mar Caspio; por Mediodía parte del mar Euxino, las Cólquides, la Iberia, y la Albania; por Poniente la Sarmacia de Europa, la laguna Meotis, y el Bósforo Cimérico; por Setentrión la tierra incógnita. Desta provincia quieren los escriptores fuesen las Amazonas, belicosas mujeres. Aquí está el monte Cáucaso, los montes Hiperbóreos, las colunas de Alejandro, y el palacio Real de Mitrídates, Cimerio Promontorio, y el golfo Carcético. En ella se comprehende una parte de Cólquides con el monte Coraz: asimismo la Iberia (donde están las puertas Sarmáticas) y el monte Cáucaso.

También la Albania, que termina en el mar Hircano, donde está la boca de Soana río. Uno de su ríos principales es la Volga o Valda, llamado por los Tártaros Edel, y su nacimiento no procede de los montes Hiperbóreos, como dicen algunos, sino de las llanuras y lagunas de Moscovia, como escribe Jovio y Matías de Micovio. Junto a la tierra Incógnita habitan en Sarmacia los Sármatas Hiperbóreos con otros pueblos: y por todas partes nombra Ptolomeo varias naciones de escuro nombre; si no son los Sarracenos, las Amazonas, los Ceraunios, y los Aqueos. Las ciudades son Paniarda, Azaria, Tirambe, Fanagoria, y Corocondama con otras muchas.

Colcos, o la Cólquides, está comprehendida hoy en la Provincia de los Tártaros, llamada Romania, y sus pueblos se llaman Mangrelios: es celebradísima por la fábula de Medea, hija del Rey de Colcos, que huyó siguiendo a Jasón. Termina hacia el Setentrión con la Sarmacia referida; hacia Occidente también con la misma; por mediodía con el golfo de Capadocia, y con una parte de Armenia Mayor; por Levante con la Iberia; por Occidente tiene a Sebastópoli, Nápoli, y Teápoli ciudades, con los ríos Ippo y Cianeo Los Lazos y los Manrales son pueblos desta región, donde se hallan Medeso y Madia ciudades.

La Iberia llamada hoy Gorgiana, habitada de Cristianos (diferente de la Iberia de Europa, que es España) confina por Setentrión con una parte de Sarmacia; por Occidente con Cólquides; por Oriente con la Albania. En ella se haya Artemisa ciudad con otras de poco nombre.

La Albania hoy Zuiría, que está debajo el Imperio del gran Can Emperador de Tártaros (en quien Pompeo el Magno venció a Mitrídates, diferente de la Albania de Europa, llamada Epiro) termina, por Setentrión con la Sarmacia; por Oriente con Iberia; por Mediodía con la Armenia grande; por Occidente con el mar Hircano, que es desta parte hasta el río Soana. Son aquí memorables las puertas Albanas sobre los montes. Asimismo tienen algún nombre los ríos Soana, Albano, Casio, y Cábala. Las ciudades son Talbe, Gelda, Albana, y otras poco nombradas, y junto a la Albania hay dos islas llamadas Palustres.

La Armenia mayor, hoy Turcomania, sujeta al Emperador de los Turcos, confina por Setentrión con parte de Cólquides, de Iberia y de Albania, y del río Scirro; por Poniente con la Capadocia; por Levante con el mar Hircano; por Mediodía con la Mesopotamia, con el río Tigris, y con parte de la Asiría. Los montes principales son Mósquico, Pariadre, Górdico, y Antitauro. Los ríos son Arage, Sirro, Éufrates, y

Tigris: las lagunas son tres, Trespite, Lienite, y Arecisa. Sus regiones, son Catarcene, Osarena, Motena, Coltena, Soducena, Sibicena, Sagapena, sin otras. En la misma están Tigrano, y Górides, ciudades bien nombradas, junto con Zoriga.

La isla de Chipre confina por Occidente con el mar de Panfilia, y desta parte están Acamante, Cefirio, y Drepano, promontorios, con Pafo la nueva (hoy Bafo) y Pafo la vieja: por Mediodía con el mar Egipcio, y con el de Soria. Y desta parte están, Frurio, Curia, Dari, y Troni, promontorios. Troni se dice Cabo de Gruta, y es también ciudad; los ríos, son Tecio, y Lico: las ciudades, Curio (por otro nombre Limiso) Amatunte, y Cicio. Por Oriente termina con el mar de Soria, donde está el río Pedio, Elea promontorio, y Salamina, ciudad nombrada, hoy Famagusta. Por Setentrión termina con el estrecho de Cilicia, donde están Promio, y Calinusa promontorios; el río Lapita, y Lapita ciudad; con Carpasia, Afrodisio, Queronia, Macaria y Arsión. Tierra adentro están Quitro, Trimeto, y Tamaso, ciudades. Las islas que se hallan cerca della, se llaman Clides, y Carpasias. Hoy la ciudad de Nicosia es la principal, dominada por el Turco.

La Asiria, o Soria, confina por Setentrión con la Cilicia, y con parte de Capadocia; hacia Occidente con el mar Soriano; por Mediodía, con la Palestina, o Judea, y con la Arabia Pétrea; por Oriente con la Arabia Desierta, junto al Éufrates; y hacia Mesopotamia con el Éufrates; por la parte de Setentrión tiene por ciudades a Alejandría, Seleucia, Pietra, Heráclea, Laodicea (llamada Ramata por los Hebreos, hoy Lique por los Sorianos) Gabala, dicha en Hebreo Gebol, y hoy Gibel; y río Orontes, donde está ahora el puerto de San Simeón. Tierra adentro (también hacia el Setentrión en la región Comagena, o Eufratisia) se halla Alapo, junto al monte Tauro y al Éufrates, Comagene patria de Luciano. De la región Casiótides es Antioquia puesta sobre río Orontes; por los Hebreos llamada Reblata, cuyos moradores fueron por la doctrina de San Pedro, los primeros que se llamaron Cristianos. De la Cirrística región, que es Hierápoli, y Heráclea. Las otras regiones, como Apamenes, Calcídica, Calebóntide, Laodicina, tienen también sus ciudades particulares; mas no tan famosas. Los montes célebres de Soria, son Pierio, Caso, Líbano, Antilíbano, Alsaramo, junto a la Arabia Desierta; y también Hipo, junto a la Judea. Los ríos insignes, son Crisola, que pasa por Damasco, y aquella parte del río Jordán, que va hacia el lago Genesareth, que es lo mismo que el lago de Tiberiades; siendo

Tiberiades un castillo junto al mismo lago. En aquella parte que se llama Soria Caba, están Heliópoli (nombrada Ávila por Lisanio) Damasco, Antioquia, Albida, Gerasa, Scitópoli, Zadez, Galaat, Esebón, y Filadelfia; que era ciudad de los Amonitas, llamada Rabath. En Palmirina región están Palmira, edificada por Salomón (llamada por los Hebreos, Tamor, que después tuvo nombre de Adrianópoli) Ateya, y otras, De la provincia Batanea, o Getsuri (de quien el Tribu de Manases ocupó sesenta castillos) son Gerra, y Adrama, ciudades. Las islas vecinas a la Soria, son Tortosa, y Tiro; conjunta con Tierra firme, hoy llamada el Sur.

La Fenicia comprehendida en la Soria, hacia el mar Soriano, tiene a Tortosa, Trípoli, Gibeleto, Baruti, Sidón (llamada antes Sichén, y hoy Saito) Tiro (a quien los Hebreos dicen Sur) Tolomaida, y Dora; que en tiempo de los Macabeos fue poderosísima, hoy llamada Castell Peregrino. Tiene por promontorios, a Cabo Pagro, y Ecdipa; por montes, el Carmelo; por ríos, Adónides y Leonte. Tierra adentro tiene por ciudades, Arca, Gabala, Cesárea de Pania, llamada hoy Cesárea de Filipo.

La Palestina, dicha también Judea y Menor Soria, termina desde la Arabia Pétrea en Ostro; hasta el monte Líbano en Tramontana: desde los montes de Galaat y Amón (llamados por Ptolomeo *Hippus*) hacia Levante; y con el mar Mediterráneo hacia Poniente. Esta parte no es más de dos jornadas ancha, y cinco larga; aunque se atravesase desde Bersabé (que es su término Austral) hasta dentro del monte Líbano: y con todo eso en esta tierra que es ceñida de escollos, y montes, excepto la Galilea, y el valle del río Jordán, se contaron muchas veces (por suma providencia de Dios) cuatro millones de hombres. Por Poniente hacia el mar Mediterráneo se halla Cesárea Stratónica, llamada Flavia, Acarón, y Cesárea de Palestina, Apolonia, dicha otro tiempo Asor; Jope, que se nombró Jafet, y hoy se llama Zafo, Azoto, Ascalona, llamada Gad en Hebreo, después Agripina, y hoy Escalona. Tiene por ríos, Corseo, y el Jordán, que divide la Judea. Está cercada del lago de Sodoma, hoy llamado Mar Muerto; donde no se hunde cualquier cosa que se eche dentro, y es por estremo hediondo. Produce un betun que quema, a quien los Griegos llaman Asfalto: y por eso tiene el mismo lago nombre de Asfaltite. Tierra adentro en la región de Galilea se hallan Safet, Cafarnaúm, y Julia llamada Betsaida en Hebreo; y el lago Tiberiades. En Samaria, Nápoles (dicha en otro tiempo Sichén, y hoy Neftalín) y Tena, que se nombró Tapua, y hoy Tecua. En Judea de la parte Occidental del Jordán están Ramáh,

llamada por los Hebreos Gaza, o Gazara, Jamnia, Lida (que se nombró Dióspoli) Antípatra (en Hebreo Asur, y hoy Asioch) Dotaim, Sebaste, llamada también Samaria, Betaca, junto con Emaus (que también fue llamado Nicópoli) y Jerosolima, que se llama Helia Capitolia, Jerusalén; y por los Turcos, Cods, Baric, Tamata, Engadí ciudad de las Palmas y Hebrón. De la parte de Oriente del río Jordán están Socot, Coronaim, y Carat. En la Idumea, que es toda la parte Occidental del Jordán, está Bersabé, y esta era el término de la tierra de Promisión; después Ceila, Eleusa, Gibelím, y Massa. Junto al lago muerto estaba la ciudad de Jericó, donde ahora apenas se veen las señales. Betlén, y Nazaret, si bien tan famosas por el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, son ahora pequeños lugares. Sichén o Napolosa, y Sebasta se hallan ya arruinados.

La Arabia Pétrea dicha así de Petra ciudad, y no por ser pedregosa (a quien los Turcos llaman Barab, y Estrabón Nabatea) confina por Occidente con parte de Egipto, por Setentrión, con Palestina, y con parte de la Soria. Por Mediodía con la parte interior del mar Arábigo, o Mar Rojo, o Eritre, o Suf, con la parte que está a lo largo del golfo Heropolite, y con el golfo Elanite: por Oriente con la Arabia Feliz y la Desierta. Aquí se hallan los montes llamados Negros, inclinados casi a la Judea, y por la parte Occidental de tales montes, a lo largo de Egipto, está la región Sarracena, y allí el monte Sinaí, llamado hoy de S. Catalina, y por los Hebreos Sur. Debajo deste monte está la región Muniquiate, llamada Medina Talbi, donde está el sepulcro de Mahoma, siendo sus ciudades Bostra, Medavia y Petra. En la misma Arabia vivieron los Ismaelitas, Agarenos, Amonitas, y Moabitas.

La Arabia Desierta, llamada así por ser arenosa, montuosa y no habitada sino de Sarracenos que viven siempre en la campaña sobre carros, confina por Setentrión con parte de la Mesopotamia: por Occidente con parte de la Soria, de la Judea, y de la Arabia Pétrea: por Oriente con Babilonia, y con parte del golfo Pérsico: por Mediodía con la Arabia Feliz. Junto al Éufrates están Albira, y Calap ciudades. Junto al golfo Pérsico están Amea, y Adicara. Tierra adentro Tauba, y Zagmarde. Sus pueblos son muchos, entre quien los Martinos, Caucabenos, Catanios, y otros.

La Mesopotamia, en Hebreo Aram Neharot (esto es, Soria de los ríos, en Griego Mesopotamia, por estar en medio del río Tigris y Éufrates, y hoy llamada Diarbech) termina por Setentrión con la Armenia mayor: por Occidente con el Éufrates junto a la Soria: por Oriente con el Tigris junto a la Siria: por Mediodía con el resto de

Éufrates, cerca de la Arabia Desierta, y de Babilonia hasta la junta del río Tigris. Cerca de Éufrates se halla Nicéfori ciudad con otras. Allí se divide aquel río en dos brazos, uno va a Babilonia, y otro a Seleucia. En este paraje está Seleucia ciudad, y tras ella Pamia, debajo de quien se mezcla del río Basílico con el Tigris. Cerca del Tigris está Singara ciudad. Sus regiones son diversas, como Antemusia, Calcítides, Acabene, y otras. Sus montes principales, el Masto y Singara. Los ríos más célebres el Éufrates, el Tigris, Cabora, y Sahocora.

La Babilonia (cuyos pueblos fueron llamados propiamente Caldeos, y en nuestros tiempos son parte Nestorianos, parte Mahometanos) termina por Setentrión con la Mesopotamia: por Occidente con la Arabia Desierta: por Oriente con la Susiana; por Mediodía con el golfo Pérsico. Corren por ella los ríos Basílico, Baarsares, y Éufrates, que pasa por Babilonia; hoy Babil, mas ya destruida. Esta ciudad fue otro tiempo tan grande, que tenía de circuito diez y seis leguas, y por sus muros se paseaban los coches. Los Sarracenos la llamaron Baldac, por eso el Petrarca la nombró así. Aquí Nembrot quiso edificar la gran torre. Junto a la parte del Tigris se halla Bilbi ciudad, con otras. Entre las bocas del mismo Tigris están Idacara, y Amea. Cerca del río Baarsares está Barsita, y junto a los lagos Orcoa Patria de Abrahán, llamada por los Caldeos Hur.

La Asiria, Asur en Hebreo, y hoy de aquellos pueblos llamada Acimia, está comprehendida en la provincia de Soria, y termina por Setentrión con la Armenia mayor cerca del río Nifates; por Occidente con la Mesopotamia; por Mediodía con la Susiana; por Oriente con la Media; en cuya parte se halla el monte Cabora. Cerca del Tigris está Marda ciudad, y Nino dicha Mesul, que es la ciudad de Nínive, donde predicó Jonás, ya destruida en gran parte. En medio se halla Apolonia, Gomorra, y otras. Sus naciones son diversas, como los Garameos, los Adiabenos, y otros. Los ríos más nombrados, Tigris, Leuco, Lico y Cairo.

La Paflagonia esta puesta por Ptolomeo en la Galacia; y así se puede ver arriba en la misma provincia quinta de Asia.

La Media llamada hoy Serván, que está debajo el Imperio del Sofí, confina por Setentrión con parte del mar Hircano, donde se halla (cerca del río Arages) Cirópoli ciudad, valle de Cadusios, los altares Sabeos, los ríos Cambises, Ciro y Mardo, y el lago Marchán. Por Occidente confina con la Armenia mayor, y con la Asiria, siendo las partes Occidentales poseidas por los Caspios, debajo de quien está Marciana, los Cadusios, y otras gentes. Por Levante termina con la

Hircania y con la Partia, donde se halla el monte Zasio, y la provincia Coromitrene. El Mediodía habitan los Sélicos y otros pueblos. Los montes principales de la Media son Zagro, Orontes, Jasonio, Parcotio. Las ciudades tierra adentro son Arsisaca, Heráclea, Morunda, y otras muchas. Es tierra esterilísima, y viven de pan de almendras, haciendo para beber vino de algunas raíces de yerbas. Ecbatana es la Corte de los Medos.

La Susiana hoy Zaget Ismael, nombrada así por el río Suso, o por Susa ciudad grande del Rey Asuero, termina por Setentrión con la Asiria; por Occidente con la Babilonia a lo largo del río Tigris hasta el mar; por Oriente con la Persia; por Mediodía con la parte del golfo Pérsico. Sus ríos son Euleo, Moseo, y Oroátides. Hay un golfo con nombre de Pelodes. Tiene una llanura llamada Era, con muchas provincias, como Caracene, Cabanina, y otras. Las ciudades de Susiana junto al Tigris tras los altares de Hércules, son Agra, Asia, y tierra adentro Susa y Baldac donde está el Pontífice de aquellos pueblos, llamado por ellos Califo o Califa, o Calife. Junto a Susiana está la isla Tasiana.

La Persia termina por Setentrión con la Media; por Occidente con la Susiana; por Oriente con la Caramania; por Mediodía con parte del golfo Pérsico, que es desde las bocas del río Ruatides hasta Bangrada. Tras las bocas del mismo río se halla Quersoneso promontorio, y el río Bangrada. Las Ciudades principales son Toaces, Omara, Persépoli, llamada Siras, que en otro tiempo fue arruinada por Alejandro. Sus islas convecinas son Tabiana, Socta y Arasia de Alejandro. Tiene muchos pueblos, entre quien están los Hipófagos. La tierra es fértilísima, y el cielo templado más que otro de Asia. Dícese dél por cosa notable, que pasando por aquellas llanuras el río Arages, hace nacer por donde baña grandísima copia de vistosas flores de toda suerte. Es provincia muy habitada, puesta en llano, mas casi ceñida por todas partes de altísimos montes, entre quien ampara sus espaldas el monte Cáucaso, que se estiende hasta el Mar Rojo. Hoy el Reino de Persia se forma de la Asiria, Susiana, Media, Partia, Caramania, Hircania y Mesopotamia. En tiempo de Ptolomeo eran provincias distintas, y hoy Tauris es la ciudad Real del Imperio del gran Sofí, que domina toda la Persia, guerreando con el gran Turco, respeto de tenerle por hereje en la ley de Mahoma: mas con todo eso Siras es la ciudad principal y Corte de Persia.

La Partia llamada hoy Persia, es estéril mucho, y casi toda montuosa. Siempre los Partos fueron gente fiera, y enemigos del

pueblo Romano. En su principio estuvieron debajo el Imperio de los Macedones; mas después rebelándose, eligieron Rey a uno, que fue llamado Arsaces, de quien después tomaron el nombre todos los que le sucedieron, como de Faraón los Faraones de Egipto. Ésta confina por Setentrión con la Media, y con la Hircania; por Oriente con Aria; por Mediodía con la Caramania desierta. Sus ciudades son Apamia, Tastac y Aspa, donde están las puertas Caspias. Sus regiones la Conminsina. Partiena, Coroana, Arricena y Tabiena.

La Caramania Desierta (hoy desierto de Dulcinda) termina por Occidente con el Reino de Persia, cerca del río Bagadra, que está junto al monte Parcuatro: por Setentrión, con la Partia; por Oriente con la Arabia; por Mediodía con el resto de la Caramania. Sus pueblos son los Isáticos, los Ganandopinos, y Modamásticos.

La Arabia Feliz, que se llama así, por ser verdaderamente felicísima de cielo y sitio, produce la mirra, la canela, el cálamo aromático, el aloes, el incienso, y otros olores. En ella (según está escrito) nace y vive el Fenix, si le hay, de quien se dice, que demás de la rara belleza de su cuerpo, vive quinientos años, renovándose y renaciendo después por sí entre preciosos olores. Es asimismo no menos copiosa de oro y piedras preciosas. Hállase en ésta la región de los Sabeos hoy Meca, donde en Melada ciudad se guarda el arca del impío Mahoma, a quien adornan los Turcos. Está la Arabia cerrada como en medio del golfo Pérsico y del Arábico, o mar Rojo, que le hacen como Península. Hállanse cerca algunas islas, de quien en una llamada Escoira, dicen haber Cristianos, que tienen su Arzobispo. Termina por Setentrión con la Arabia Pétrea, con la Desierta, y con la parte Setentrional del Golfo Pérsico; por Occidente, con el golfo Arábigo; por Oriente, con parte del golfo Pérsico, y con el mar que hay desde su boca hasta el Promontorio Siagro. De la parte marítima se halla Quersoneso promontorio, y Elanites ciudad, con otros pueblos diversos. Tiene por ciudades Adén fortísima y de mucho trato, Tebas, Egista, Sana, y Mefat, donde el falso Mahoma compuso el Alcorán, año de 624. Asimismo Nasco, Baraba, Nagara, Sabauda, Mesa, Safara, Arcamenes, Menambe, Are, y Sabe, todas de mucha población. En la misma se halla la fuente Stigia. Tiene muchos pueblos, entre quien los más nombrados son los Comepescados, los Eteos, Cenitos, Sarracenos, Nabateos, Sabeos, Nafemanos, Magetos, Catabenos, y los Ratinos. Los montes más célebres son los Dídimos, los Negros, los Maricios, y el monte Scala. Los ríos más famosos Becio, Ormán, y Lar. Sus islas convecinas cerca del golfo Arábigo son

muchas, mas entre otras la de Sorates; en el Mar Rojo, dos de Agatocles, y seis de Coconago patria de Dioscórides; en el golfo Pérsico Taro, y Tilo, con otras, y cerca el golfo Sacatile, las siete islas de Cenobio, donde estaba Serapis y su templo.

La Caramania (hoy Turquestán) tiene todos sus pueblos Mahometanos, que se sustentan sólo de peces que cuecen sobre las piedras al calor del Sol, y termina por Setentrión con la Caramania Desierta; por levante, con la Gedrosia cerca de los montes de Persia; hacia Occidente con parte de la Persia y con parte del golfo Pérsico, llamado también Carmánico, donde está Armuza ciudad, y los ríos Darat y Arapo, con Capela y Armozo promontorios. Por Mediodía confina con el mar Índico. Sus ciudades son Sarmanes Metrópoli, Alejandría, Sabides (hoy Besenegal) con su Rey llamado Narsinga poderosísimo, y Tisa, y Cantape. Sus ríos son Saro, Idriaco, y Samidoco; los montes el de Semíramis, Stróngilo, y Tondo. Los Promontorios, Bagia y Alabagio. Los pueblos más nombrados los Pacecamellos, y los Sosotos. Las Islas vecinas en el golfo Pérsico, Sacdeana, y Borrata; y en el mar de la India Pala, Carmina, y Liba.

La Hircania es por aquellos pueblos llamada Casán, cerca de quien se hallaba el Reino de las Amazonas; y así sojuzgada la misma por Alejandro, Telestre Reina le vino a visitar allí para hacerse preñada dél. Ésta confina por Setentrión con el mar Hircano hasta las bocas del río Oso, o mar de la sal: hacia Occidente con parte de la Media, hasta el monte Oro: por Mediodía, con la Partia: por Levante, con la Drangiana. Tiene por ciudades a Hircania Metrópoli, Sorba, Casape y otras. Los Astabenos son los más nombrados pueblos de la misma. Tiene cercana la Isla Calca, copiosa de crueles tigres; por lo que Dido contra Eneas dijo en Virgilio:

Hircanaque adnorunt ubera tigres.

La Margiana termina por Occidente con la Hircania; por Setentrión con parte de la Scitia; por Mediodía con parte de la Media; por Oriente con la Batriana. Corre por esta provincia el famoso río Margo. Sus pueblos son los Masagetas; sus ciudades Arata, Jasonio, Rea, y Alejandría Margiana, a quien edificó Alejandro Magno, por la maravilla que le causaron las vides de aquella tierra tan gruesas, que los hombres no las podían abrazar, siendo los racimos tan grandes, que hacía cada uno dos varas de cerco. Esta ciudad fue después llamada Seleucia, de Seleuco.

La Batriana termina por Occidente con la Margiana, por Setentrión y Levante con lo largo del río Oso; por Mediodía con una

parte de Aria, y con los Paropanisados. Corren por la misma los ríos Oso, Zariaspe y Oco. Sus pueblos más nombrados son los Marbeos. Cerca del río Oso tiene por Ciudades a Catacarta, Carispa, y otras; y junto a los otros ríos Batra Regia, y Comara.

Los Sogdianos (hoy Corasinos) terminan por Occidente con la Scitia, por la parte del río Oso, cerca de la Batriana y Margiana: por Setentrión también con parte de la Scitia, cerca del río Iasartes: por Oriente con los Sacios: por Levante y Mediodía, con la Batriana, cerca del río Oso, y los montes Cáucasos. Los más célebres ríos son Iasartes, Oso, Dimo, y Bascates. Las ciudades principales, Osiana, Maraca, Alejandría, y Drespa Metrópoli. Sus pueblos son los Augalos tras los montes Sogdios, con otros muchos.

Los Sacios confinan por Occidente con los Sogdianos; por Setentrión y Oriente, con la Scitia; por Mediodía con el monte Imao. Esta región era de los Nomalios, que carecían de casas, habitando en cuevas. Son los Sacios como los Gitanos, andando de contino vagando con sus familias por bosques y campañas. Plinio comprehende debajo los Scitas, no sólo a éstos, sino también a los Sogdianos, y Margianos. Escribe tenian por costumbre adquirir combatiendo la mujer que deseaban, y quien perdía, se iba a esconder en alguna caverna, donde pasaba siempre su vida. Entre los Sacios está la montaña y selva de Comedios, y la torre llamada de piedra.

Las Scitias son dos, la una dentro del monte Imao, llamada Scitia Occidental, la otra fuera con nombre de Oriental: es poblacho sin cultura, o policía, no tienen lugares habitados, sino caminan como fieras por campañas y bosques, robando, salteando, y comiendo carne humana, como brutos cruelísimos: y alguno dellos (a quien los Griegos llamaron *Avios*, esto es sin violencia, por ser algo menos bestiales contra los hombres) viven de carne de caballos cruda, de pescados, y otras cosas así, habitando en la parte más hacia fuera. Plinio escribe hallarse entre ellos los pueblos Arismaspos, que tienen sólo un ojo en medio de la frente. Moran asimismo allí los Pueblos Alanos, por estremo crueles; hoy todos aquellos pueblos de Scitia se comprehenden debajo el nombre general de Tártaros, y están sujetos al gran Can de Tartaria. La Scitia pues dentro del monte Imao termina por Occidente con la Sarmacia del Asia; por Setentrión con la tierra incógnita; por Oriente con el monte Imao; por Mediodía con los Sacios, Sogdianos, y Margiana. Quieren muchos comprehenda el Reino de Catay, que es del gran Can, estas Scitias, donde Nicolao Veneto escribe hallarse la ciudad Gambalesquia; mas el Sabélico pone

al Catay entre la Gedrosia y el río Indo. Sus ríos son Rimo, Iasartes, Oso, y Daico. Los montes, los Hiperbóreos más Orientales, los Alanos, Rimnacos, Aspasios, y otros. Tienen Asabota ciudad cerca las bocas del río Oso. Sus pueblos son varios, y sólo los Alanos, y Agatirsos, tienen algún nombre. Mas la Scitia fuera del monte Imao termina por Occidente con la Scitia interior, y con los Sacios; por Setentrión con la tierra incógnita; por Oriente con la Sérica; por Mediodía con parte de la India de allá del río Ganges. Entre sus pueblos están los Comecaballos, y otros muchos. Son sus ciudades Ausacia, Caurana, y Seta, hallándose en la misma la fuente del río Icardo.

La Sérica hoy Cambalú (donde está la silla del Gran Can de Tartaria, y donde dicen haberse hallado primeramente el modo de hacer seda, de quien tomó el nombre) confina por el Occidente con la Scitia fuera del monte Imao; por Setentrión y Oriente con la tierra incógnita; por Mediodía con la India de allá del Ganges, y también con los Chinos. Tiene por montes los Anibios, Ausacios, Asmireicos, Séricos, y otros. Los ríos son Icorda y Bautes. Las partes Setentrionales, son habitadas por los Antropófagos que comen hombres; y a y otros muchos pueblos de poco nombre. Son sus ciudades Dana, Asmírea, Seuca, Paliana, Solano, Sera Metrópoli; y otras.

El Aria confina por Setentrión con la Caramania desierta; por Mediodía con la Drangiana; por Oriente con los Paropanisadios. Tiene diversos pueblos de escuro nombre, como los Casirotos, Parudios, y otros. Son sus ciudades Aria, Alejandría en Ari, Sarmagna, y otras muchas. Estiéndese el río Aria por la misma. Esta provincia es hoy llamada el Reino de Turquestán.

Los Paropanisadios, que es asimismo una parte del Reino de Turquestán, sujeta al gran Can, confina por Setentrión con Aria; por Occidente con la Batriana; por Levante con parte de la India, acerca del río Aso; por Mediodía con la Caracosia. Sus ciudades son Parsia y otras junto con el río Dorgamanes.

La Drangiana, parte de la Tartaria, y parte del Reino llamado hoy Guzarat, confina por Setentrión con Aria; por Oriente con Aracosia; por Mediodía con parte de la Gedrosia. Corre por la misma un río, que es ramo del Arabio. Sus ciudades son Ruda, Sarsiaria, y otras.

La Aracosia parte también de Tartaria, y del mismo Guzarat (a quien Pomponio Mela llamó Ariana) confina por Occidente con la Drangiana; por Setentrión con los Paropanisadios: por Oriente con

parte de la India, por Mediodía con parte de la Gedrosia. Está en la misma el lago Aracote. Son sus ciudades Alejandría, Foclides, Arbata, y otras.

La Gedrosia hoy llamada Reino de Tarsa (cuyos habitadores son todos Cristianos) confina por Occidente con la Caramania; por Setentrión con la Drangiana y Aracosia; por Oriente con parte de la India cerca del río Indo; por Mediodía con parte del mar Índico. Tiene por ciudades Rapara, Biamba, o Cambaya, que es cabeza de todo aquel Reino. Su río es Arábico; los montes Arbicios, y Barcios. Hay también otras ciudades, como Badara, Musarna, Oscarna, Omiza, con otros pueblos apenas conocidos. Sus islas circunvecinas son Astea, y Codames.

Dicen ser toda la India provincia tan grande, que ella sola viene a ser la tercera parte de todo el mundo, llamada así de Indo, río grandísimo que la baña. Es tierra fértil de especería, oro, plata, hierro, y otros metales; mas la que está dentro del río Ganges, termina por Occidente con los Paropanisadios, con la Aracosia, y con la Gedrosia; por Setentrión con el monte Imao, con los Sogdianos, y Sacios; por Levante con el río Ganges; por Mediodía y Poniente con el mar Indiano. En las partes marítimas está puerto naval, y Bardasima ciudad en el golfo de Barigacetri, Camanes, que es Calicut, hoy por el valor de los Portugueses, plaza de la especería de todo el mundo. De los Diones es Cotiara Metrópoli, Bambala y Camiara, ciudad y promontorio. En el golfo Gangético; Pacura ciudad. Sus ríos Lindo, Dosarón, y Adamantes. Los montes más nombrados los Apócocos, el monte Sardónico, y el Vitigio. Los ríos que desde el monte Imao corren hasta el Indo, son Suastro, Vidraspo, y otros. De la región Pandora es Bucéfala ciudad. De los pueblos Caspíreos es Cragausa Metrópoli. De los Dáticos es Margara ciudad. De Prasiaces región, son Sambalaca, y Zanagora ciudades. Del Indioscitia es Banagora ciudad. De los Siranos es Cosa, ciudad donde nace el diamante. De los Abisatros es Sagira Metrópoli. De los Mandrales son Astagora y Paligrota. De los Bracmanes es Bracme. De los Canagos, es Dosara ciudad. De los Gangáridos es Gange ciudad. Entre Binda y Pseudostomo ríos, está Hipocura, y Mondogala. De los hombres Cosarios es Musopale Metrópoli. Entre Pseudostomo y Bario está Purata, donde se halla el Berillo y Aloes. De los Carios tierra adentro, es Mendela, Tangara y Mondura. De la ribera de los Sóricos, son Tenagora y Ortura. Las islas cercanas, Canti, y Barace en el golfo Cólquico, Melcigérides, y otras. Tiene infinitos y varios pueblos, con

ciudades particulares, ríos y montes. Mas los pueblos Gimnosofistas son los más célebres: en lo demás véase a Ptolomeo.

La India fuera del río Ganges (hoy tierra de los Mucinos, India Menor) confina por Oriente con el río Ganges; por Setentrión con la Scitia y Sericana; por Oriente con los Sianes; por Mediodía con el mar Índico y con parte del mar Prasodes. En el golfo Gangético (tras la boca del Ganges, llamada Antíboli) se halla Pentápoli y Baracura, con el río Latameda. De la región Árgira, es Sambra ciudad. De los Bisnigetos Antropófagos, es Berabé ciudad, con su promontorio, y el río Sipa. De la Áurea Quersoneso, es Tacela, hoy Malaca, conquistada por los Portugueses. Con los ríos Crisoana, y Palanda. De la tierra de Corsalos (hoy reino de Peso) es Pagrasa ciudad, con el río Sobana, y el golfo grande (hoy llamado mar del Sur) y Bolenga Metrópoli, hoy Pego, ciudad tan noble y rica como cualquiera de Levante. Y aquí también están los montes Damasos. En la región Scirradia nace el mejor malobrato, yerba olorosa que llaman Folio Indiano. Más allá de la región Argéntea están los pueblos que tienen más oro que los Basiangetos. En la región Calcítides hay grandísima copia de cobre. La región de los Ladrones produce muchos tigres y elefantes, teniendo hombres de tan dura piel, que no se puede pasar con las flechas; y cerca dellos está Trilingo ciudad, donde los cuervos y papagayos son blancos. Las islas desta parte son Bazagata, donde hay gran abundancia de conchas; y otras tres islas llamadas Sindes, de los Antropófagos; y cinco de las Barusas, donde están los que comen carne humana, y la isla de Javadio fertilísima de oro, con su ciudad Metrópoli, llamada Argéntea. Sin estas islas hay otras diez donde se dice ser detenidas las naves de la piedra imán que hay en aquellos lugares, agarrando los clavos dellas; y así las encadenan con trabas de madera. Tiene casi infinitos pueblos, montes, ciudades, ríos, promontorios, y puertos, de quien no hablo por ser de escuro nombre. Cerca desta región están los pueblos Sianes, que son las provincias de Marbos, y Chambas debajo el Imperio del Gran Can de Tartaria. Éstos confinan por Oriente y Mediodía con la tierra incógnita, hoy gran China, cuyo Rey dicen ser el mayor del mundo, como quien entre otras muchas grandezas habita en un palacio ceñido de siete murallas, con guarda continua de diez mil hombres. Entre estos Sianes está también la Áurea Quersoneso, que llaman el Reino de Malaca: y en el golfo de Sián habitan los Etíopes Antropófagos, donde está el río Cotiara y Catagara, puerto de mar. Algunos modernos ponen aquí el Reino de Malabar. Entre los Sianes

están los Comepeces; y las ciudades desta región tierra adentro son Aspitra, Sagara, y Tine Metrópoli.

La isla Trapobana, hoy Samotra o Sumatra, o Salice, se halla sujeta al Imperio de cuatro Reyes. Está contrapuesta a Acori promontorio de la India. Sus habitadores se llaman comunamente Salos, cubiertos de cabellos de mujeres. Nace entre ellos arroz, miel, jengibre, berilo, jacintos, y metales de toda suerte, con tigres y elefantes. Sus montes notables son los Gábibos, y Malea. Sus ríos Fasis, Ganges, Soano, Azano, Baraz, y otros. Los promontorios Ogaliba, el de Júpiter, y el de los pájaros. Sus ciudades, Gogena, Sindocaida, Dana (ciudad dedicada a la Luna) Comana, y otras muchas. Sus pueblos los Nagadibos, los Nagiros y otros. Delante de la Trapobana hay una muchedumbre de islas que dicen ser mil y trecientas y setenta y ocho, entre quien se halla Bangalia, Balaca, Zaba, Egidio, Canacia y otras. De las ballenas deste contorno se dice ser tan monstruosas. que tragan una nave, y que matan con el aliento, por ser en estremo venenoso.

De África, o Libia

La Libia o África, derivada de Afer, uno de los decendientes de Abrahán, según Josefo Hebreo; o sea de África mujer que fue de Libio, hoy en general se llama Berbería, y todos sus pueblos se nombran Moros. Su confín hacia el polo Antártico, que la divide de la tierra conocida Australísima, es una línea desde los mares de la Isla de San Lorenzo, procediendo derechamente hacía Poniente, por el Cabo de Buena Esperanza, hasta el Meridiano de las Islas Fortunadas. Su confín hacia Poniente que la divide de la América, es el mismo Meridiano, prosiguiendo hacia Setentrión hasta aquel punto donde remata el término que divide la Europa de la misma, contrapuesto a las colunas de Hércules. Confina hacia Setentrión con el mar Mediterráneo. Hacia Levante con la parte más Occidental del Asia, que discurre desde el promontorio Samonio hacia Mediodía, por el mar Rojo. Divídese en once provincias que son:

Mauritania Tingitana	Egipto superior llamado Tebaide
Mauritania Cesariense	Libia interior
Numidia o África menor	Etiopía debajo del Egipto

Cirene o Pentápoli	Etiopía más adentro, o más Austral
Marmárica	Libia propia
Egipto inferior	

Las dos Mauritanias confinan por Oriente con la África menor; por Mediodía con la Libia interior hacia la Getulia; por Poniente con el Océano Occidental; por Setentrión con el Estrecho de Gibraltar, con el mar Ibérico, y el Sardo. En la Mauritania Tingitana está el monte Atlante, que ahora llaman Hidavacal, y ella se dice hoy el Reino de Fez, y el de Marruecos; entre quien y la España está el mar, y las Canarias o Fortunadas.

La Cesariense es llamada el Reino de Tremecén. En Tingitana están los ríos Cilia, Valón, Malva, y otros. Los promontorios son Cabo de Esparto, Cabo Guer, el de Febo y Olivastro. Las ciudades Cala, Mesa, Suburo, Arcila (ya de Portugueses) Fez Corte del Reino, Marruecos Corte y otras. Los montes son Diuro, Foca, y los dos Atlantes mayor y menor, y en ésta se hallan diversos pueblos. En la Cesariense están los ríos Sega, Cartena, Sabo, y Sisari. Los montes Durdo, Zalaco, Bireno, Balba, y Gaya. Los Promontorios Apolo, Mega. Las ciudades marítimas Siga, Orán (poseida por España) Julia Cesárea llamada Argel (que primero se llamó Fol ciudad Regia de Juba Rey, mas después a honor de Julio César fue llamada la Cesárea) Bugía, y otras. Tierra adentro está Tremecén, Mezana, y otras muchas. Hállase también una isla vecina a Argel con una ciudad.

La Numidia o África menor termina por la parte Occidental con la Mauritania Cesariense; por Setentrión con el mar Africano; por Oriente cerca del golfo, dentro de la Sirte; por Mediodía con la región Cirenaica. Tiene por ríos Rubricato y Tritón, en que están las lagunas llamadas Tritonias. Sus promontorios son Treto, cabo de Bona, de Hipo, de Apolo, y de Zudeca. En el golfo de Numidia están Ipón Real llamada Bona Constantina, Bugía Real, llamada Tabraca, Ítaca, o Útica, llamada Biserta, Túnez, la Goleta (ya destruida por los Turcos) Timisa y Cartago destruida. Allí están las dos Sirtes famosas mayor y menor, llamadas los Bajíos de Berbería. Cerca de la menor se halla Edasta ciudad, Trípoli de Berbería (llamada otro tiempo Nápoles) y Lepti grande. Junto a la Sirte mayor está la villa de Filena debajo de quien se hallan los altares Filenos. Son de la nueva Numidia, Estiga colonia, Aspuca, y Bula. Los montes nombrados son Júpiter, Ticibio, Audo, y otros. Las lagunas Sisara, Hiponite, y Pala. Las Islas

convecinas los Cerbes, Gamelara, Beit, Lampedosa, Limosa, Pantolaria y Malta.

La región Cirenaica, o Pentápoli termina por Occidente con la Sirte mayor; por Setentrión con el mar de Libia; por Oriente con parte de la Marmárica; por Mediodía con los desiertos de Libia; por Setentrión se halla Deprama y Cerfirio promontorios, con la famosa ciudad de Pentápoli, llamada así por otras cinco insignes ciudades que abraza; esto es Berenice, Arsión, Ptolemaida, Apolonia y Cirene. Por Mediodía están los montes llamados las Arenas de Hércules, y el monte Becólico con la laguna que los poetas llaman Letes, por nacer del río Latos. Las islas comarcanas son Mirmetra, y Lea, o isla de Venus.

La Marmárica llamada hoy Barca, a quien Ptolomeo juntó con Egipto, confina por Occidente con la región Cirenaica; por Setentrión con el mar de Egipto; por Oriente con parte de la Judea; por Mediodía con la Libia interior. Tiene por promontorios Cetonio y Ardanes, y hoy es casi toda desierta desde Trípol de Berbería hasta Alejandría de Egipto, llamando aquel desierto Barca. En éste está el reino de Nubia, y muchas más lagunas que en otra parte del mundo, entre quien la de Sirbón, la de la Fuente del Sol, la de Licomedes; y el lago de Merides. La gran Quersoneso es ciudad desta provincia. Sus montes Asifo, Aspido, y otros.

La Libia propia describe Ptolomeo junto con la Marmárica. En la misma está Paretonio ciudad, Piti promontorio, con Leucaspio y Glauco.

El Egipto está dividido en dos partes, en superior y en inferior; la inferior que está cerca del mar Océano, es rodeada del Nilo que la cierra en forma triangular. Así algunos ponen esta región en el número de las islas, por estar alrededor ceñida de agua del Nilo, y en esta parte se hallaba la ciudad de Babilonia y la de Tanes. El Egipto superior fue llamado también Tebaica, por estar en el mismo la famosísima ciudad de Tebas que tenía cien puertas, saliendo por cualquier della docientos hombres con sus carros y caballos como nota Homero en el nono de la Ilíada. En esta ciudad solían habitar los Reyes de Egipto llamados Ptolomeos. La estancia de los Faraones fue Menfis que es hoy Cairo, y al último en Alejandría. En el Egipto inferior está la ciudad de Alejandría tan celebrada por patria de Ptolomeo insigne Cosmógrafo, siendo plaza de las mercancías de todo Levante. Las ciudades que en Egipto tienen ahora más nombre son El Cairo, Alejandría, Damiata, Roseto, Ptolemaida, Dióspoli la

grande, y Berenice. Llaman hoy en aquella lengua al Egipto, Elchibith: y los Hebreos le dicen Metzraín, y es todo poseído de Turcos. Ptolomeo le junta con la Marmárica; y así por Occidente confina con Cirene; por Setentrión con el mar de Egipto; por Oriente con parte de la Judea, y con parte del mar Arábigo; por Mediodía con la Libia interior. Sus regiones son muchas, como la Menfites, donde está Menfis; Arabia Afrodites, donde están Babilonia y Heliópolis; Antinoetes, en que está la ciudad de Antinóo, Anteópolis con la ciudad de Anteo. Es el Nilo su río principal: las islas comarcanas que están en el mar de Egipto, son Edón, los tres Escollos, llamados Tendarios, Enesipa, las dos Dídimas, y Faro. En el mar Arábico están Sapirenes, Afrodites, y la isla de Agatón.

La Libia interior confina por Setentrión con las dos Mauritanias y con Cirene; por Levante con la Marmárica y parte de Etiopía que está debajo del Egipto: por Mediodía con la Etiopía, en quien se halla la región Agisimba; por Occidente con su mar. Tiene por ríos a Ciniso, Rionegro, y Bagradas. Los promontorios son Caboblanco, Cataro, y otros. Los montes, Mandro, Carro de los Dioses, y el que se llama Valle Garamántica. Sus lagunas las Colonidas, Clonio y Nigrito. Los pueblos principales los Garamantas, los Gétulos negros, y los Pirreos. Las ciudades principales Nigira, Garama, Gira, con otras. Las islas vecinas, la de Juno, llamada Autola la inaccesible, las Canarias, o Fortunadas.

La Etiopía debajo del Egipto confina por Setentrión con parte de la Libia interior, y lo mismo por Occidente: por Mediodía con la Etiopía interior; por Oriente con el mar de Arabia y Berbería, y con el mar Rojo. Sus montes son el de los Sátiros, Elefante, y otros. Los promontorios el de Ceres, el de los Áspides, el de Saturno, el de Serapión, el de Altar de Amor, y otros. Sus ciudades Ptolomaida de las fieras, Arsinoe, Aromato, Malao, Mosilo, Opón, Esina, Rapta, Meroes, Asume Corte, y otras muchas. Las islas convecinas Altar de Palas, la de Mirón, las Colonítides, la de los Magos, la de los Pájaros, la de Baco, y Antibaco, la de Pan, la de Diódoro, de Isis, Acantina, Macaria, o Fortunada, y otras.

La Etiopía interior confina por Setentrión con Rapto promontorio, por Occidente con el mar Océano; por Mediodía con la tierra incógnita; por Oriente con el mar Barbárico que se llama Aspro; por el gran calor. Hállase allí Praso promontorio, y cercana la isla Menutia. Habitan en esta región los Etíopes Antropófagos. Sus montes célebres

son Dauquio, Iones, Cifa, Bardito, y el monte de la Luna; y asimismo está allí la región Agisimba.

De la Europa.

La Europa llamada así de Europa hija de Agenor, Rey de Fenicia, y mujer de Júpiter Rey de Candía, tiene por confín hacia Levante una línea estendida que la divide de la Asia, desde el promontorio Samonio de la isla de Candía; continuándose por el mar Egeo hasta la laguna Meotis, y hasta el río Tanáis llega hasta el mar Drobasaf; por Mediodía es una línea que la divide del África, tomada desde el promontorio Samonio por el mar Mediterráneo hasta el Estrecho de Gibraltar. Su confín hacia el Poniente es el Meridiano de las islas Canarias. Desde aquel punto donde termina la línea que la divide del África, discurriendo por el Océano de España y de las islas Británicas, hasta el mar Setentrional Helado, y por el referido Meridiano, es dividida de la América, su confín hacia Setentrión que la divide de la Grotlandia, es una línea que comienza en aquel punto del Meridiano de las Canarias, donde termina el confín que la divide de la América, continuando hacia Poniente hasta el mar Drobasaf, donde remata el término Oriental que la divide de la Asia. Su longitud es de la extremidad de España hasta Constantinopla, dos mil y setecientas y cincuenta millas, y de ancho poco menos, según los modernos. Las provincias de Europa son treinta y cinco, esto es:

Hibernia, o Irlanda	Córcega isla
Albión, o Inglaterra	Cerdeña isla
Tule, o Tile	Sicilia isla
España Bética	Sarmacia de Europa
España Lusitania	Táurica Quersoneso
España Tarraconense	Yacigos Metanastos
Francia Aquitania	Dacia
Francia Lugdunense	Misia superior
Francia Bélgica	Misia inferior
Francia Narbonense	Tracia de Grecia
Germania grande	Macedonia de Grecia
Retia	Quersoneso de Grecia
Nórica	Epiro de Grecia
Panonia superior	Acaya de Grecia

Panonia inferior	Peloponeso de Grecia
Liburnia	Creta isla de Grecia
Iliria o Dalmacia	Euboea isla de Grecia
Italia	

La Hibernia o Irlanda, isla de Bretaña o Inglaterra, es bañada por el lado Setentrional del Océano Hiperbórico: por el lado Occidental del mar suyo; por el Oriental del Océano llamado Hibérnico; por Mediodía del Océano Vergivio. Está puesta esta isla entre Inglaterra y España, y se estiende a lo largo docientas y sesenta millas, siendo de ancho ciento, y de forma casi oval. Tiene hoy cincuenta Obispados; y la mayor parte de la misma está debajo del Reino de Inglaterra, y lo demás se gobierna por diversos señores y Príncipes. Sus ríos principales son, Suiro, Boando y Sineo. Los promontorios Cabo Stat, y Cabo Versoda. Las ciudades Estanforda, Arglas, Baforda, Dibilín ciudad principal, Nagnata ciudad famosa. Tierra adentro están Tors, Ganaforda, y Ambrostom. Sus regiones son Leginia, Hultonia, Conatia, Momonia con Irlanda silvestre. Están sobre la Hibernia cinco islas llamadas Hébrides: y por la parte Oriental Bra, Man, Lister, y Ragrin, todas islas. La Hibernia es templadísima de aire, y no nace en ella yerba, o animal venenoso. Fueron los Hibernios convertidos a la Iglesia Romana por San Patricio.

Albión, o Inglaterra por el lado Setentrional es herida del mar Océano llamado Deucalidonio o mar Calender; por Occidente del Océano Hibérnico, y del Vergivio; por Mediodía del Océano Británico; por Oriente del Océano Germánico. Es de notar ser Bretaña, según Ptolomeo, nombre común de Inglaterra, de Hibernia, o Irlanda, y islas Orcadas, y Tile; mas casi todos los Latinos tomaron a Bretaña por Inglaterra. Esta isla tiene de circuito mil y setecientas millas, según los modernos, con veinte y dos Obispados, y treinta y nueve Condados. Gobiérnanse los Ingleses por sus leyes y estatutos. Sus ríos principales son el Támesis, Babrina, y Umbro, que es el mayor de todos. Es copiosa de oro, plata, y otros metales, y en especial de estaño finísimo. Eslo también de lanas, carne, trigo, y todo género de legumbres. Sus promontorios son Cabo Hortona, Cabo de San Miguel, de Abrot, de San Andrés, de Spirón, y otros. Junto a Rent promontorio está Cantuaria, o Canterbur, ciudad famosa. En los confines de Escocia está Berbic, castillo fortísimo del Rey de Inglaterra. Esta isla contiene también la Escocia, donde se halla una piedra que arde como carbón, y que casi es como especie de la piedra

Gagates, tan celebrada de los antiguos. Viven los Escoceses debajo de las leyes Imperiales. Su principal ciudad es Edimburgo. La Escocia por Levante es dividida de Inglaterra por Tueda, y hacia Poniente por Solve río. Demás se divide en la siguiente regiones, Nonscier, Quente, Locabria, Catenia, Rosia, Queledonia, Cornualla, Argadia, Morabia, Nortumbria, Nortvualia, Vestmerlanda, Devonia, Berqueria, Sulsocia, Soutvalia, Cubria, Butania, Estravernia, Soteolanda, Galeovida, Atolia, Marnia, Angusia, Tifa, Lardonia, Vualia. Las ciudades principales son Londres Corte, Vincestria, Gloucestre, Povestena, Doncastro, Neuburg, Neucaste, Dorceste, Hilchestre, y otras muchas. Las islas en contorno son Ocite y Dumna, con otras treinta llamadas Orcadas, y la mayor de todas Netlandia, en que está la ciudad Episcopal llamada Orcada. Sin éstas se hallan Teno, Sepei, y Vuith, en que están dos castillos Galbork, y Neuport.

Tule o Thile, hoy llamada Islanda es aquella que casi de todos hasta ahora fue tenida por la última parte de nuestro mundo: nómbrala así Virgilio cuando dice:

Tibi serviat ultima Thile.

Si bien algunos escriben no sea esta Thile Islanda, sino otra isla llamada Thule, en el mar Helado, a quién se va en un día desde estotra, como escribe Plinio della. Nombra a esta regiones Berghem, Vestrabord, Iochel, Roch, Ostrabord, Helgfial, Vallen.

España Bética (según Estrabón Turdetania) llamada así del río Betis (hoy Guadalquivir) que la atraviesa por medio, se dice ahora Andalucía. Por Occidente, y Setentrión parte término con la Lusitania o Portugal; y con parte de la España Tarraconense; por Mediodía con el mar Océano; y por Oriente con el Baleárico. Divídese en Andalucía, Reino de Granada, Estremadura, y Alcudia. Sus ríos son Guadiana, Guadalquivir, Guadalete, Rioverde, Genil, y otros. Sus promontorios, Cabo de Gata, y Puerto Berger. Sus ciudades Gibraltar (donde está el Estrecho de su nombre) Granada, Córdoba, Ecija, Sevilla, Málaga, Antequera, Guadix, Úbeda, Baeza, Jaén, Jerez, Ronda, Marbella, y otras muchas. Sus montes, Sierramorena, y Sierranevada, cerca de quien está Cádiz ciudad y península.

La España Lusitania hoy Portugal, dicha así del puerto que tomaron en aquella provincia los Normandos Galos, habrá poco más de setecientos años, mientras andaban en corso, tiene por vecino al Reino de Galicia, según Ptolomeo llamado desta suerte, del tránsito que por ella hicieron los Galos en tiempo de Carlo Magno; o sea de los antiguos pueblos Galaicios que la habitaron. Su lado Austral se

une con la Bética, el Setentrional con el río Duero. En esta parte está el Porto con su ciudad; por Levante se junta con la Tarraconense: por Occidente con el Océano Occidental. Tiene Portugal por ríos Setúbal, Tajo, Mondego, Miño, y Guadiana. Son sus promontorios Cabo de Piqueles, Cabo de san Vicente. Sus ciudades Lisboa Corte, Coimbra Universidad, Alcántara, Évora, Braga, Lamego, Viseo, Miranda, Portalegre, Guarda, Elvas, Braganza, y otras. Junto a Lusitania está la isla Londrobi, o Barrinigas. Los promontorios de Galicia son el de Bayona, de Viana, y Finisterrae. Sus ciudades Santiago, Coruña, Betanzos, Pontevedra, Ribadeo, Lugo, Orense, Tuy, y otras.

La España Tarraconense que contiene Asturias, Vizcaya, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, el Reino de Murcia, de Valencia, y el de Toledo; la Cataluña, Aragón Reino; la Navarra Reino, y la Guipúzcoa, parte término por Occidente con el Océano Occidental; por Oriente con los montes Perineos; por Mediodía y Levante con la Lusitania y Bética. Junto al remate de la Bética se halla Cartagena, Tarragona y Barcelona; con el río Ebro; los promontorios, Cabo de Palos, y Lunario. Tiene Asturias por ciudades Astorga, Oviedo, y otras. En Vizcaya llamada Cantabria, se hayan Vitoria, Laredo, San Sebastián, Fuenterrabía, Miranda, Orduña, y otras. En el Reino de Toledo, cuyos pueblos eran llamados Carpetanos, Toledo, Madrid, Alcalá, Cuenca, Sigüenza, Talavera, Ciudad Real, y otras. En el Reino de Murcia, cuyos pueblos fueron llamados Basticanos, Murcia, Cartagena y Lorca. En el Reino de Valencia, cuyos pueblos se llamaban Contestanos, están Valencia, Monvedro, Játiva, Origüela, Alicante, sin otras. En el Reino de Aragón, Zaragoza cabeza de Reino, Monzón, Jaca, Huesca, Calatayud, Tortosa, Albarracín, Teruel, con otras. En el Reino de Navarra, Pamplona, Alfaro, Tudela, Estella, Roncesvalles. En Cataluña, Barcelona, Lérida, Perpiñán, Tarragona, Colibre, Rosas, Girona, Urgel. En Castilla la Vieja se hallan Burgos, Valladolid, Salamanca, Medina del Campo, Segovia, Zamora, Toro, Avila, Cuéllar, Palencia, Santander, Logroño, Nájera, Santo Domingo de la Calzada, Medina de Rioseco, Soria, Osma, Sigüenza. En el Reino de León, están León, Ponferrada, Mansilla. Las islas circunvecinas son los escollos Treleucos, las islas de Bayona que son diez: las diez Pitiusas: las dos Baleares, Mallorca y Menorca, con Ibiza.

¿Es posible ose pasar por la jurisdición de tan noble señora, por los límites de tan ilustre Reina, sin algún aparato de salva, o tributo de cortesía? ¡Salve pues Emperatriz de poderosos Reinos, en cuyo dilatado y remoto dominio nace y muere el Sol! ¡Salve España, patria

felicísima, región dichosa, y grandemente favorecida del cielo; envidiada siempre, y jamás envidiosa de otras naciones! ¡Oh, quién pudiera evitar la excepción, en que de ser tu hijo puedo incurrir, para celebrar de propósito tus soberanas excelencias! Tu fértil sitio, como participante de templado y alegre clima, goza de todo lo mejor y más estimado en el mundo. Son sabrosísimos y sanos tus ganados y frutos, delgadas tus aguas, preciosas tus sedas, linos y lanas; ricas tus minas de plata, oro, hierro y azogue, y fecundísimos tus mares de regalados peces. Sobre todo perfeta tu piedad, Fe y Religión, de quien eres sin cesar acérrima defensora contra la pravedad herética y fuerzas infieles; y así tan temida por tus armas, como buscada y servida por tus riquezas. Abundaste en todos tiempos de santísimos varones, de constantes Mártires, de admirables Vírgenes, de heroicos Capitanes, de valientes soldados, y de sujetos insignes en varias ciencias y artes. En ti parece animan las almas superiormente. ¡Qué ingeniosos, gallardos y fuertes son tus hombres! ¡Qué briosas, gentiles y bizarras tus mujeres! ¡Qué prontas en agudezas; qué singulares en hermosuras; qué atractivas; qué amorosas y suaves en movimientos y acciones! Mas perdona madre querida, si corto aquí el hilo de tus debidas alabanzas, que me aguarda la forzosa descripción de las demás provincias. Tiempo vendrá en que mis deseos casi infinitos, se vuelvan lenguas, para celebrar con todas tus triunfos, tus glorias y trofeos.

La Galia o Celtogalia es derivada de Gala, palabra Griega, que quiere decir leche, por ser aquellos pueblos blanquísimos, o porque tras el Diluvio, como traídos de las aguas, viniesen a habitar en aquella parte; porque *Galat* en lengua Asiría quiere decir ondeado o traído de las aguas: o por Galato hijo de Hércules, que se detuvo en Borgoña, y la llamó Galacia, abreviándose después en Galia. Fue llamada Francia 400 años después de Cristo Nuestro Señor, cuando por las varias Repúblicas de la Galia fueron elegidos por Reyes los primeros de la Franconia, nación Tudesca, con quien los Galos habían hecho guerra novecientos años, capitulando con ellos, no sucediesen las hembras; y quedando concluido que se llamase en lo por venir Francia la Galia; si bien por la gloria de su renombre contra los conciertos y órdenes, conservaron el mismo nombre de Galia hasta Carlo Magno. Hay en la misma ríos por estremo navegables, como Loere, Sena, Sona, Ródano, y Garona; en quien entran otros. Contiene (como dice el Rusceli) doce Obispados, noventa y seis Condados, y un millón de Abadías y Parroquias. César en sus Comentarios divide

la Francia en tres partes, Aquitania, Céltica, y Bélgica; las cuales fueron comprehendidas también debajo el nombre de Galia Comata; llamada así por el cuidado que ponían aquellos pueblos en criar los cabellos. Distingue la Aquitania de la Céltica con el río Garona; la Céltica de la Bélgica con la Secuana, la Bélgica de la Germánica con el Reno. Mas Ptolomeo la divide en cuatro partes principales, Aquitania, Lugdunes, Bélgica, y Narbones, llamada otro tiempo Galia Bracata, por ciertas calzas que traían entonces, como ahora los Tudescos. Mas hoy gran parte de la Galia antigua se encierra en la Germania inferior, o Alemania Baja que es Flandes, Anonia, y Brabantia.

Fuera desto dividieron los antiguos la Galia en dos partes, Transalpina, y Cisalpina; que también fue llamada Togata, por el uso de las Togas que traían aquellos pueblos, como hacían los Romanos (hoy se llama Lombardia) y se estendía hasta el río Rubicón, que es entre Cesena, y Rimini.

La Aquitania termina por Occidente con el Océano Aquitánico; por Setentrión y Oriente con la Galia Lugdunense; por Mediodía con una parte de los Pirineos y Narbona. Sus pueblos Pictavesios poseen a Limoges, y a Poictiers ciudad. Los Chantones tienen a Chaintes; los Tarbelios a Narbona; los Cadurcesios a Cahors; los Limónicos a Limoges; los Avernios a Nivers; los Rutenes a Rodes, y otros pueblos poseen otras. Aquí se hallan los ríos Ligiro, Carentelo, y Garona. Sus promontorios son Cabo de Santa María puerto, y Iaso.

La Galia Lugdunense termina por Setentrión y por Oriente con la Aquitania: por Occidente con el Océano: por Mediodía la baña el Océano Británico: Están en ésta los montes de Gebena con los ríos Erio y Secuana, y el promontorio Cabo de S. Mateo; Neomago ciudad, Julia Bona, Vanes, Leondul, Baieus, Anger, en la Andegavia: Orliens entre los Aurelianenses, Vandome, y Nantes; entre los Senones, Sen: Lutecia, o París Corte entre los Parisienses: junto a la Secuana, Nemours; entre los Varicasios, Lugduno, o León, es su ciudad principal. En esta provincia se contiene la Normandía, donde está Saéz y Baieus.

La Galia Bélgica termina con Oriente con el río Reno, junto a la gran Germania; por Mediodía con la Narbones; por Occidente junto a la Lugndunense; por Setentrión cerca del Océano Británico. Muchos ponen en la misma a Flandes, puesta por otros en la Germania, Picardía, Brabantia, Geldria, Lotaringia, Zelandia, donde están las islas Tirche, y otras, Borgoña, los Esguízaros, y los Grisones. Sus ríos

son Mosa, Tabrides, y Reno, con los montes de S. Gotardo. En Picardía están Arrás, Cambrai, Calés, Amiens, y Boloña ciudad. Entre los Berobacienses está Beabois; entre los Ambianos Cambrai, entre los Morinos Terovaine. Entre los Brabantinos Flamencos, Amberes, Bruselas, Gante, Brujas, Malinas, Cleves, Lovaina, y otras. Entre los Gueldresios Iuliac: entre Tornacesios Tornai: entre los Aulencios Roán: entre los Romanduos Lucemburg ciudad: entre los Remenses Rems: entre los Metenses Vuesterich, y Metz: entre los Lotaringios Nans. En Holanda están Aquisgrán, Amsterdam, Roterdam; y entre los Colonesios se halla Maguncia; entre Vormacios, Vormacia y Argentina. De los Rauricios es Basilia; entre Borgoñes, Langres, Borbón, y Escalón. Junto al Reno entre Esguízaros, Constancia, Maguncia, y Spira. Y la tierra adentro, Bisanzón, y Friburgh, y debajo de los mismos entre Sequanos está Asemburg.

La Galia Narbonense hacia Oriente toca las partes Occidentales de los Alpes, y confina con la Aquitania, por Mediodía toca el monte Perineo, la Bélgica, y la Lugdunense. Aquí se halla el templo de Venus, los ríos Vero, Lero, y Ródano, las Fosas Marianas, o agua muerta, y los ríos Arari, Isaro, y Durenza con Monpelier ciudad. Sus provincias son la Provenza, la Saboya, Lenguadoc, el Delfinado y la Gascuña. En Lenguadoc están Narbona, Nimes, Tolosa. En el Delfinado, Guiena y Aviñón, con otras muchas de todas partes que por brevedad dejo de nombrar. En Gascuña, Burdeos, y Montalbán. Las Islas vecinas son Ágata, Blascón, las cinco llamadas Estecades, y Lirón isla. En la Saboya está Ginebra con su lago. En la Provenza, Digne, Arlés, Asais, Marsella, Antibo, Frejús, y Niza.

La Germania grande hoy llamada Alemania, termina por Oriente con los Yacigos Metanastos, y con la Sarmacia de Europa, por Mediodía con la Retia, Nórica, y las dos Panonias; por Occidente con el Reno, y con la Galia Bélgica; por Setentrión con el Océano Germánico. Son los Germanos decendientes de Jover, nieto de Noé o Jano. Fueron llamados Germanos, esto es, hermanos de los Galos, porque en las guerras que tuvieron los Galos, se juntaron éstos con ellos, y se pusieron en una misma condición de fortuna. Antiguamente fueron llamados Teutones, y en Italia se nombraron después Tudescos. Llamáronse Alemanes del lago Lemano. Está llena esta Provincia de gente valerosa casi infinita, rica de todas cosas, abundante de curiosos ingenios, y por estremo copiosa de muchas nobles ciudades. Abraza hoy según muchos, la Austria, la Hungría, la Baviera, la Suevia, la Bohemia, Helsia región, el Ducado de

Vuitemberg, Frisgaudia, Dacia Península (llamada otro tiempo Címbrica Quersoneso) Dania, que contiene en sí la isla de Sealandia, o Escolandia, Sajonia, Pomerania Ducado, Misnia Provincia, Slesia: el Ducado Opolense, el Ducado de Teschens, Moravia, Turingia, Frigia, Suecia, Slesia (a Polonia vicina), Vratislavia, y Polonia. Los ríos son Reno, Danubio, Visurgio, Draveno, Albis, y otros muchos. Las selvas son, la de Bohemia, la de Turingora, la selva Negra, la Hircinia. En Frisia hay Gronger ciudad; en el clima Setentrional, Brandemburg, y otras en el clima debajo déste, Vuitemberg, y Malburg: en el clima más abajo Heidemburg, del Conde Palatino, y Noremburg. En Turingia; Esfordia, Praga ciudad Real de Bohemia, Vratislavia cabeza de Slesia; Olmuz corte de Moravia; Cracovia Corte de Polonia, Viena Corte en Austria. Sus montes son los Anubios, y otros muchos. Las islas cercanas a la Germania, son las tres dichas Sajonias: y sobre la Címbrica Quersoneso, las llamadas Alocias, y de la parte Oriental de la Quersoneso, otras tres llamadas Escandias, donde una en particular, se dice Escandia. Mas la que Pomponio Mela llama Cadanonia, y Plinio Escandinavia, y nosotros Escandia; no es isla, sino Península; de donde los Godos tuvieron su origen, y se divide en Suecia, Gotia y Noruega Reinos. En Suecia se halla una ciudad grande puesta en agua como Venecia. En Gotia hay una de las mejores fortalezas del mundo, llamada Calmar. Entre los mismos están los Ostrogodos y Visigodos.

La Retia, que hoy contiene la Suevia, y una parte de la Vindelicia (que hoy se llama Retia segunda, y está comprehendida en la provincia de Baviera) por el lado Occidental confina con el monte Adula; por Setentrión con el Danubio; por Oriente con el río Eno; por Mediodía con los Alpes, que desde allí se estienden sobre la Italia. Tiene por ríos el Danubio y Lico. Hállase Socra monte en la misma. Las ciudades son Pfulendorf y Stulingen con otras. El Danubio divide la Retia de la Vindelicia, en que está puesta Ratisbona, Augusta, Melingh y Espurch.

La Nórica hoy comprehendida en la Baviera confina por Occidente con el río Eno; por Setentrión con el Danubio; por Mediodía con una parte de la Panonia superior; por Oriente con el monte Cetro. En la misma está Mura río, el lago Kense con Lintz, Novestat, y Pernau ciudades: y entre la Nórica y la Italia está puesta Carintia Región.

La Panonia superior, que quieren algunos sea hoy el Archiducado de Austria, termina por Poniente con el monte Cetro, y con el monte

Carabanca; por Mediodía con parte de la Istria y de la Iliria; por Setentrión con el Danubio, y con la Nórica; por Levante con la Panonia inferior. En esta provincia ponen muchos a Viena de Austria, Posovia y Vespín con otras ciudades.

La Panonia inferior, que hoy es Hungría (puesta arriba en la Germania grande) termina por Occidente con la Panonia superior; por Mediodía con parte de la Iliria; por Levante y Setentrión con el Danubio. Sus ríos Narabón, Saba, y el Danubio. Entre las ciudades se hallan Buda, Belgrado, Seghedín, y otras muchas. En la Hungría está también la Croacia, comprehendida debajo el nombre de Esclavonia.

La Iliria o Dalmacia termina por Setentrión con la una y otra Panonia; por Occidente con la Istria; por Oriente con la Misnia superior, junto a los montes Sardónicos; por Mediodía con parte de la Macedonia. Es su longitud desde el río Laisa cuatrocientas y ochenta millas. Su latitud desde el mar hasta los montes de Croacia, que hace ciento y veinte millas. Tiene por ríos Tarsia, Narenta, Chercha, y Drilón. Las ciudades Zarra, Segna, Sebenico, Spalatro, Regusa, Cátaro, Budoa, Dulcino, Estridonia (donde nació San Gerónimo) Nadim, Scutari, Durazo, y Croya. Las islas vecinas son Lisa, isla y ciudad, Buya isla, y Trau ciudad, Liesena, Curzola, y Meleda.

La Liburnia es contenida en la Dalmacia, cuyas ciudades son Cemineo, Odria, Narona, Scutari, y otras. Las islas vecinas Querso, Osaro, Pago, Vegia, Labraza, y Escordona. La Stiria, la Croacia, y el Condado de Zara se llama hoy Liburnia.

La Italia llamada Hesperia, Lazio, Ausonia, Enotria, y Saturnia (en quien escribe Igino que hubo setecientas ciudades, y el Blondo en su tiempo docientas y sesenta y cuatro) termina por la parte Occidental con los montes Alpes, según la línea que se estiende desde el monte Adula hasta el río Varo; y asimismo con la ribera del mar Tirreno; desde Nápoles hasta Leucopietra promontorio; por Setentrión, con los montes del Alpe, debajo de la Retia; y con Peno, Ocra, y Carusadio, montes que están debajo la Nórica. Confina también con la ribera del mar Adriático, que se dilata desde el Tallamento río del Friuli hasta el monte Gargano, y hasta Otranto; por Mediodía con la ribera del mar Adriático, desde el mismo río hasta los confines de la Iliria; y también con el mar Ligústico y Tirreno; esto es, desde la boca del río Varo hasta Nápoles, y de Leucopietra hasta las marinas de Otranto. Divídese comúnmente en deciocho provincias principales, que son Piamonte, Ribera de Génova, Toscana, en que están Linugiana y Marema, Ducado de Espoleti, donde se halla la Sabina

Campaña de Roma, Patrimonio de S. Pedro; Tierra de Labor, junto con el Principado, Basílicata, Calabria, Grecia Magna, Tierra de Otranto; Tierra de Bari, Pulla, con la Capitanata, Abruzo, Marca de Ancona, Umbría, Romaña de acá, y de allá del Po, Lombardia, también de acá y de allá del Po, Marca Trevisana, Friuli con Carnia y Istria. En el Piamonte se hallan por ciudades Turín, Berceli, Aste, Pinarol, Saluzo Marquesado, Casal de Monferrato, y otras muchas. Tiene por ríos Sesia y Po. En la Ribera de Génova se halla Génova, Porto Venere, la Especie, Saona, y Levania río. En la Toscana están Fiésole, Florencia, Siena, Pisa, Pistoia, Luca, Arezo, Chiusi, Cortona, Pienza, Borga, Montealcino, Volterra, Bolsena lago; Livorno y Telamón puertos; Pomblín; también tras el mar Tirreno, Luna, Lunigiana, junto a Sarzana: mas hoy destruida; Civitavieja puerto, Hércules, Orbitelo. De la provincia del Patrimonio es cabeza Viterbo. En el Ducado de Spoleto están Todi, Espoleto, Fulino, Aspele, Narni; y en la Sabina de los Sabinos está Norcia; en Campaña están Roma, Tívoli, Anani, Veletri, Aquino, Palestrina, Frascati, Traiecto, y Fundi. En Tierra de Labor están Venafro, Sesa, Carinola, Avelino, Trepérgole y Tiano. En el Principado está Ausidena, Tribeto, y Benevento. En la Basílicata se hallan Laorina, y Grópoli; en Calabria la Alta están Cosencia y Bivona; en Calabria la Baja (llamada en otro tiempo la magna Grecia) están Altamura, y Siliano: en Tierra de Otranto, Rutiliano, y Lece: en Tierra de Bari, Bari con el río Aufidio: en la Pulla Nocera, Cidonia, Manfredonia, Siponto, con el monte Gargano, o monte Santángel, Térmole, y el Guasto: en Abruzo, Civitá de Pena, Civitá de Cheti, el Águila, Téramo, Ortona, Pescara, Sulmona, Francavila. En la Marca de Ancona, Ancona, Senigala, Fano, Pésaro, Fermo, Ascoli, Nuestra Señora de Loreto, Requenati, Tolentino, Marcerata. En la Umbría Citá de Castelo, Ugubio, Gesi, Perusia, Asís, Camerino, y Nocera. En la Romaña llamada otro tiempo Galia Togata, Flaminia, y Emilia, se hallan Rezo, Módena, Boloña, Ferrara, Ímola, Faenza, Forli, Cesena, Ravena, Cervia, Rimini, Bertinoro, Comaco, Lugo y Bañacaballo principales villas desta región. La Lombardia contiene Pavía, Milán, Novara, Como, Cremona, Bresa, Mantua, Verona, Bérgamo, Crema, Lodi, Parma, Plasencia, si bien muchas déstas están en diversas opiniones acerca de los Escritores, como también las hay sobre la Romaña, y de otros lugares. En la Marca Trevisana, o en la Provincia de Venecia, se comprehenden Venecia, Treviso, Padua, Vicencia, Cividal de Beluno, Ceneda, Altino, y Torcelo. En el Friuli, y en particular en la Carnia, están Concordia, y

Aquileya. En Istria están Trieste, Parenzo, y Pola. Sus ríos más celebrados son el Po, Tesino, Ada, Adige, Arno, Tibre, Brenta, Mincio, Olio, Taro, Segio, Cile, Fiumesino, Tronto, Libenza, Tallamento, Nadisón, y otros. Los montes más famosos, el Apenino, el Gargano, el Visubio. Entre los lagos, el lago mayor, el de Como, el de Garda, o de Benaco, el de Perusia, o Trasímene, y el de Bolseno. Los puertos principales son Civitavieja, S. Esteban, Corneto, Nápoles, Ancona, Génova, Sapri, Taranto, Otranto, Brindis, Chioza; Malamoco, Venecia, Murano, y Pola.

Las islas del Mar Ligústico son la Gorgona, Caprara, Elba, Portolongón. Las del Mar Tirreno, la Pianosa, Ponza, Palmarida, Prócida, Bentelién, Isquia, Capri, y Galas, o Cirenusas. En el mar Jonio están cinco islas llamadas Diomedeas, o Nuestra Señora de Tremiti.

La isla de Cirno, o Córcega, ceñida por Occidente y Setentrión del mar Ligústico; por Mediodía, del mar que se halla entre la misma, y la Cerdeña, tiene por promontorios a Cabo Revelar, Graniaco y otros. Sus ríos son Alteria, Circidio, Tiraco, Pitano, y otros. Sus ciudades Calvi, Centuria, Regela, Ayazo, Hebio, Marano, y otras. Córcega es hoy de Genoveses.

La isla de Cerdeña está rodeada por Oriente del mar Tirreno: por Mediodía, del Africano: por Occidente del Cardeo: por Setentrión, del mar que pasa por entre la misma, y la Córcega. Sus promontorios: Garditano, Hermeo, y los Paquios con otros. Sus ríos Temis, Cacro, Tirso, Epro, y Sedrio. Los puertos, Olibiano, Porto de Hércules, Bieas, Colcio, y Ninfeo. Las ciudades Tarra, Santa Reparata, Nora, Juliola, Cardos, Valeria, Oristán, Sacer, y Callar. Tiene de longitud ciento y cuarenta millas, de anchura cuarenta. Las islas que están alrededor son Fitón, Elba, Ninfea, Hercúlea, Diabate, Geraco, Piombaria, Ficaria, Hermea.

La Sicilia tiene de circuito docientas millas. Escriben haber sido otro tiempo conjunta con la Calabria, y que por un terremoto se dividiese, interponiéndose aquel mar que es de mil y quinientos pasos, llamado el Faro de Micina. Es abundantísima de trigo, valerosa en armas, y en letras insigne. Cíñenla por Occidente y Setentrión el mar Tirreno; por Mediodía el Africano: por Oriente el Adriático. Sus promontorios Peloro, Cabo del Faro, Falacrio, Tauro, Cabo de S. Todaro, Paquino, o Cabo Pasaro, Ulísea, cabo Razi, Tazir, Argeno y Lilibeo. Sus montes son Etna, o Mongibelo, Cratas, o Monte Mirigel junto a Palermo. Sus ciudades Palermo Corte, Mecina, Trapani,

Agrigento ciudad de trato, Zaragoza, Megara, y otras. Las Islas vecinas son Didima, Panaria, Alícuo, Vulcano, Lipari isla y ciudad, Vulcaneto, Strómboli, Ústica, los Poecelos, Levanso, Fabañanas, Maretamo, Pantalarea, y Eolia: en esta están los Escollos de Scila y Caribdis.

La Sarmacia de Europa se divide en más provincias, que son Colonia (si bien según otros fue puesta arriba en la Germanía grande) Rusia, Prusia, Lituania, Livonia, Podolia y Moscovia: por Setentrión termina con el Océano Sarmático; y con el golfo llamado Benédico; por Occidente con el río Vístola, y con los montes Sarmaticos; por Mediodía con los Yacigos Metanastos; por Oriente con el Istmo, con el lago Bice, y con un lado de la laguna Meotis. Son sus ríos Pasaria, Pregel, Memel, Borístenes, Tanáis, Ipanes, y Ester, que es río de la Rusia. Los montes son Crapac, Bondino, Alauno, los Amadocos, Venedios y Rifeos. Las islas comarcanas Alopecia y Tanáis: mas la Sarmacia de Europa es hoy por la mayor parte la Polonia moderna, porque debajo el Reino de Polonia está la Prusia, Lituania y Livonia. En Moscovia está Mosco río, y Moscúa ciudad con Otoseria, y otras. Es dominada por Rey Cristiano, que tiene debajo de sí grandes Príncipes, y buena parte de los Tártaros. Es tierra llana, por estremo fría, con muchas selvas, lagunas y ríos. En esta parte sólo se puede conservar el cerezo, porque todas las otras plantas se yelan. En Prusia está Vistola río, y Estraborgo ciudad, con Hispetga y Burgo Santa María. En Masovia Ducado está Burgh río, y Prosencia ciudad con Versovia. El Lituania se halla Depena río, y Denuberg ciudad, con Krisborg, y la selva Hircinia. En Livonia están Riga, Lormen, y Segefeli ciudades; mas las Rusias son tres Roja, Blanca y Negra.

La Táurica Quersoneso, hoy llamada Tartaria menor, Gazania, o Precopita, es señoreada de los Tártaros, gente semejante a Turcos, según escribe Paulo Jovio. Hállanse en la misma Corace, Paternio, y Ninfeo promontorios con el río Istriano. Sus ciudades son Pompeyópoli, Famagoria del Bósforo Cimerio, Heraclea de la laguna Meotis, Cimerio, Tabaria, y Tarona, la tierra adentro. Por Oriente tiene al Bósforo Cimérico, la laguna Meotis, y el río Tanáis por confines: por mediodía el mar Póntico con parte de la Misia inferior: de Dacia, y de los Yacigos Metanastos; por Poniente los montes Sarmáticos: por Setentrión el golfo Benédico, y la Nova Zembla.

Los Yacigos Metanastos (llamados también hoy así) son dominados, parte de los Húngaros, y parte de los Válacos; confinan por Setentrión con parte de Sarmacia; por Mediodía con los montes

Sármatos hasta el monte Cárpato; por Occidente con parte de la Germania. Sus ciudades son Tartárea, Germano, Candano, y otras.

La Dacia, parte de Transilvania y de Valaquia (esto es aquella que se estiende ultra el Danubio hasta el Euxino) confina por Setentrión con la Sarmacia de Europa: por Occidente con los Yacigos Metanastos junto al río Tebisco: por Mediodía con el Danubio; por Oriente con el río Geraso. Sus ríos son Geraso, Aluta, Tibisco, Istro y Rabón. Las ciudades Alsio, Ruconio, Pretoria Augusta, Zarmicetusa Corte, llamada ahora Cron, Clesemburg, y otras muchas. Y adviértase ser esta Dacia muy larga, y diversa de la que es Címbrica Quersoneso, a quien también hoy llaman Dacia mas corruptamente debiéndose decir Dania.

La Misia superior (dentro de cuyos confines se contiene la Bosina, la Valaquia, la Bulgaria, y la Rusia, ahora poseida de Turcos) por Occidente confina con la Dalmacia; por el Mediodía con la Macedonia; por Oriente con parte de la Tracia, y con parte de la Misia inferior; por Setentrión con una parte del Danubio. Los lugares que son más cercanos a la Macedonia, son habitados por los Dardanos, y aquí describe el Volterrano la Rascia y la Serbia. Los ríos son Mosco y Danubio: las ciudades habitadas por los Dardanos Ulpiano Arribamcio, y Escupi: cerca del Danubio están Timaco y Orrea.

La Misia inferior, a quien Sabélico llama Sagoria, de quien una parte es hoy llamada Bulgaria, y otra Serbia, termina por Occidente con Ciabro río, y con el Danubio; por Mediodía con parte de la Tracia; por Setentrión con la vuelta del río Tira; por Oriente con el Ponto Euxino, llamado hoy mar Mayor. Sus ríos son Danubio, Borístenes, Geraso, Ciabro y Tira. Los promontorios el Sacro, y Ptero, y Tireste. Las ciudades Dinogecia, Tirista, Quilia, Niconio, Tira, y otras. Las Islas vecinas Borístenes, Alba, y la isla de Aquiles.

La Grecia contiene en sí la Tracia, la Macedonia, Quersoneso, Epiro, Acaya, Peloponeso, la isla de Creta, y la Euboea, con otras islas alrededor, de quien ha tratado en dibujo y libro Nicolás Sofiano varón docto. Mas la Tracia es hoy nombrada Romanía, donde está Constantinopla, y la ciudades principales del Imperio del Turco. Fue llamada primero Scitón y Perea: y Eurípides la intitula casa de Marte. Termina por Setentrión con la Misia inferior: por Occidente con la Misia superior, y con parte de Macedonia: por Mediodía con otra parte de Macedonia hasta el Archipiélago: por Oriente con la Propóntide, o mar de Constantinopla, o con la boca del Ponto llamado Bósforo Tracio, o Estrecho de Constantinopla. Los ríos de

Tracia son Neso, Mariza, Ebro, y la Mella. Los montes Hemo, llamado Cadena del mundo. Los promontorios Cabo de Tineas y los Filios. Las ciudades Constantinopla, Nicópoli, Filópoli, Andrinópoli, Paternópoli, Heraclea, con otras. Las islas vecinas son Perconeso en la Propóntide; en el mar Egeo, Telasia isla y ciudad, Samotrace isla y ciudad, llamada Samo, Dardania, Lesbo y Leucosia.

La Macedonia otro tiempo tan célebre, se halla hoy toda en poder de Turcos, y tiene sus ciudades casi todas asoladas. Por Oriente termina con el mar Jonio: por Mediodía con Epiro: por Occidente con parte de Tracia, y con los golfos del mar Egeo: por Setentrión con la Dalmacia, Misia superior y Tracia. Sus ríos son Bayusa, Cilabro, Peneo, y otros. Los promontorios, Nifeo, Magnesia, Posidio, y otros. Los montes Ato, Olimpo, Otrio, Osa, Pelio y otros de menos nombre. Las provincias son Calcidia, donde está Panomo puerto y ciudad con Egea; Edonide, donde está Grisópoli; Anfastide, donde está Tadino y Salonique, y en el golfo Sirgitrio está Estratónica, llamada después Adrianópoli; Pitiode, donde está Tebas; Migdonia, donde está Apolonia y Antigonia: Pelasgia, cuyos pueblos fueron después llamados Argivos y Dánaes, donde están Aleria y Larisa; Tesalia, donde está Lamina: y entre los Taulancios se halla Dura y la Belona. Sus islas vecinas son en el mar Jonio, Saxo; en el mar Egeo (hoy Archipiélago, Lemno, llamada ya Stalímene, en que se hallan ahora dos ciudades, Sato Isla y ciudad, Prepareto isla y ciudad, Scópulo y Sciro isla y ciudad.

La Quersoneso termina por Setentrión con la Propóntide: por Occidente con el golfo Melano, donde está la ciudad Cardia: por Mediodía con el mar Egeo, donde está la ciudad Eleo: por Oriente con el Helesponto. Sus ciudades son Sila, Caliópoli, Sest, y Oritea.

La Epiro está sujeta al Imperio del Turco. Sus ciudades, según escribe Marino Barlecio, se hallan todas asoladas por los Godos y Galogrecios. Hoy se llama Albania, y aquí reinó el Rey Pirro. Confina por Setentrión con la Macedonia: por Oriente con la Acaya: por Occidente con los Acrocreáunos (hoy llamados Quiméricos de la ribera del mar Jonio) por Mediodía con el mar Adriático, hasta el río Aqueloo; sus promontorios Posidio, Acio, y Leuca. Los ríos Aqueloo y Aqueronte. Los Puertos Palormo, Santicuarenta, Casopo, y otros. Las ciudades Norico de Caonia, Nicópoli en el golfo Ambracio, o la Prevesa; la tierra adentro Antigonia, y Onfalio. Las islas vecinas Córtica (hoy Corfú) donde está Cabo blanco promontorio, y Falacro. Sus ciudades, Corfú, y Santa María de Casopo, que fue llamada

Casiope. Quieren algunos, fuese la isla de Feacios tan celebrada de Homero en la Odisea, donde estaban aquellos famosos huertos del Rey Alcinoo. Hallase también la Cefalenia, hoy Cefalonia, Isla y ciudad, donde está San Sidro promontorio, y Cabo Tracono; y también Paxo isla, sin las que se llaman Equinadas, Ítaca isla y ciudad, Zacinto isla y ciudad, hoy llamada Zante.

La Acaya, que es hoy propiamente la Grecia, tiene por confines hacia Occidente a Epiro: por Setentrión la Macedonia: por Oriente el mar Egeo: por Mediodía el mar Adriático. Los ríos son Aqueloo, Ismeno, Cefiso, y otros. Los promontorios, Etolio y Cinosura. Los montes Parnaso, Helicono, Corace, Imeto, y otros. Las provincias son Fócides, donde está Anticirra, Delfos y Pitia; Boecia, donde se hallan Creusa, Antébanes, Tebas, y Tisbe; Megárides donde está Megara; Ática donde está Atenas, Maratona, Muniquia puerto, y Pireo; Etolia que es el Ducado de Acarnania, donde están Calcides y Calidonia; Dorides, donde están Erinco y Lilea; Locre donde se hallan Anfisa y Lepanto. Las islas cercanas son Iera, Cea, Ío, Policandro, Negroponte, Terasia, Delio, Rena, Micón, y las Cicladas (hoy islas del Archipiélago) Andro isla y ciudad, Tenos isla y ciudad, Naso isla y ciudad, Paro isla y ciudad.

El Peloponeso hoy Morea, comprehendió otro tiempo los Lacedemonios, Siconios, Eliesios, Micenios, Argivos, Pilios, Mesenios, y Arcades, pueblos por estremo ilustres. Confina por Setentrión con el golfo de Corinto, hoy de Lepanto, y con el Istmo: por Occidente y Mediodía con el mar Adriático: por Levante con el mar de Candía. Sus ríos son Asopo, Alfeo, Paniso, Eurota, Peneo, Inaco. Los montes Minoe, Cronio, Stinfale y otros. Los promontorios, Cabo Mallo, Acrite, Cabo de Modón, Ciparisio, y otros. Sus puertos Erineo, Squeno, y Bucéfalo. Las provincias, Corintia, donde está Corinto y Policastro; Acaya propia, en que están Égira y Patrá, donde fue martirizado San Andrés; Mesenia donde están Ciparisa, Modón, y Corón; Laconia o Lacedemonia, donde están Malvasía y Esapo; Argia, donde está hoy Nápoles de Romanía; y Argos Élide, donde se hallan Élide y Olimpia; Siconia donde está Foica; Arcadia donde están Antigonio y Megalípoli. Las islas vecinas son Strofales, o Plotes, receptáculo de las Arpías, Salamina, llamada Pitiusa, Egina o Legiena, isla y ciudad; Citara isla y ciudad, con otras de poco nombre.

La Isla de Creta, hoy Candía, fue por Homero llamada Ecatómpoli; esto es de cien ciudades, por otras tantas que tenía; hoy es de la República de Venecia: por Occidente confina con el mar

Adriático: por Setentrión con el mar Cretense: por Mediodía con el mar de Libia: por Oriente con el mar Carpático. Son sus ríos Mesalia, Elecia, y Leteo. Sus Promontorios Cabo Salomón, Cefirio, Deprano, Cabo Espada, y otros. Los montes Ideo y Dite. Las ciudades, Candía, Cartina, Fenice, Cambrusia, la Cania, Artacina Cisamo, Ginosa, Palocastro, Ierápoli y otras. Las islas vecinas Claudio, isla y ciudad, Letoa, Sandea, Sicandro, Melo isla y ciudad, hoy Millo.

La isla Euboea es hoy Negroponte; donde está Ceno promontorio, Cabo Mantelo, Capareo, o Cabo de Oro, con el río Badoro, y las ciudades Calcides (nombradas por la muerte de Aristóteles) Negroponte, y Caristo. Las islas vecinas son Iera y Cea.

De la América.

Atribúyese el descubrimiento del Nuevo mundo a Cristóbal Colón Ginovés, año de mil y cuatrocientos y noventa y dos: y de una parte a Vespusio Américo Florentino, de otra a Magallanes: si bien Francisco Sansovino aplica la primer noticia a Marco Paulo Veneciano, llamado el Millón, que halló nuevas tierras antes que Colón; mas no dio el mundo el crédito que se debía a su relación. Tiénese por cosa muy cierta haber sido el primer descubridor de la América Ruy Falero Portugués, que habiendo derrotado de su derecho camino, aportó a esta provincia, donde reconociendo lo que había, dio la vuelta a la isla de la Madera, y muriendo allí, dejó a Colón las descripciones de aquella navegación; basa fundamental de lo que después se edificó.

Dícese que las Indias o Mundo Nuevo, comprehende de orilla conocida de siete a ocho mil leguas, y no se sabe hasta ahora el fin que a Tramontana tiene. La primera tierra que descubrió Colón, fue la isla de Guanahaní, que está entre la isla Española y la Florida.

La América particularmente, cuarta parte de la tierra descubierta y conocida por los modernos, se divide por el Estrecho de San Miguel en dos partes; la una de las cuales, que está desde el estrecho al Norte, se llama América Setentrional; la otra que es desde el Estrecho hasta el de Magallanes, se llama América Meridional, o Pirú.

La América Setentrional tiene doce provincias, Nicaragua, Guatimala, México, Florida, Jalisco, la Nueva Galicia, Nueva Francia, Bacallaos, la Canadá, la Cébola, Quivira, la Isla Española, la Isla de Cuba. La América Meridional llamada Pirú, con tiene otras siete provincias, Castilla de Oro, Paria, Quito, Brasil, Chile, Río de la Plata,

Charcas, en quien se hallan muchas ciudades, puertos, montes, ríos, lagos, y promontorios, según se puede ver en Pedro Mejía, Marco Polo, Ludovico Bertema, y otros que tratan del Mundo Nuevo. Mas para una breve declaración basta al Lector entender que pasando el monte Imao de Tartaria, se hallan Mongal y Chambaló. Y pasando a las Indias por esta vía, se halla de la parte de arriba el Reino de Tangut, y el Reino de Mangí; y en la parte más Occidental, la tierra del Labrador: y descendiendo más, la tierra de Bacallaos, la de Norimberga, y otras muchas provincias. Por tanto pasando a la India inferior, se halla Castilla del Oro, Santa Marta, Venezuela, Paria, Nueva Andalucía, Brasil, Amazonas, Quito: y volviendo atrás al Istmo, Nicaragua.

[De la Australia.]

La quinta y sexta parte de la tierra Setentrionalísima y Australísima descubiertas, mas aún no conocidas, no se sabe en cuáles, ni en cuántas provincias están compartidas, por no haberse hecho hasta ahora dellas alguna descripción. La Australísima fue a descubrir por orden del Rey Don Felipe Tercero el Capitán Pedro Fernández de Quirós Portugués. Este tan largo viaje tomó tierra en una espaciosa bahía; a quien dio nombre de San Felipe y Santiago, por haber llegado allí el mismo día, año de mil y seiscientos y seis; y al Puerto que está en ella, de la Vera Cruz, y a toda la parte allí descubierta, la Australia del Espíritu Santo. Costeáronse entonces según las relaciones, más de ochocientas leguas de longitud, con grande número de islas adyacentes. Dícese abundan de oro, plata, perlas, especerías, y hombres de todos colores. Promete lo descubierto muy gran cantidad de tierra por su parte interior.

En fin al Geógrafo, o Cosmógrafo pertenece la referida descripción de la tierra, y asimismo el conocimiento de climas, paralelos, y medidas Geográficas, de que tratan Budeo, Glareano, Tomás Frigio, Leonardo de Puerto Vicentino y otros autores. Sin esto, las Zonas y Polos, tratados por Albategni en el libro de la Ciencia de las estrellas; los círculos declarados por Ariel Bicardo, los Trópicos, los Coluros, las Intersecaciones, la Esfera, los instrumentos, como el Gnormor, Radio, Astrolabio, Cuadrante y otras cosas.

Al último, para llegar a la perfeción desta ciencia, es menester leer los autores que tratan della, como Alejandrino de Situ orbis, y los

Comentarios de Ptolomeo, Polemón Eládico que escribió del origen de las ciudades; Scilace Cariandeno, que escribió el sitio y las medidas del mar fuera de las colunas de Hércules; Dionisio Africano que trató de la Geografía con versos exámetros, que Prisciano volvió después en Latín, Dionisodoro, Cleomedes, Oroncio, Alfragano, Sconer en su opúsculo de Geografía; Pedro Apiano en su libro primero de la Cosmografía; Gema Frisio, Copérnico, Josefo Anania, Francisco Mauro Licio, Jacobo Castaldo Piamontés, y otros. Con esta ciencia se entenderán los Mapas publicados, como el que hizo hacer Paulo II, y los impresos por Balbasar; y tantas cartas particulares, que no tratan sino del compartimiento de la tierra, poseyendo el cumplido conocimiento de la misma.

Anotación sobre el XXXVI discurso.

De la Geografía y Corografía se puede ver todo el libro 22 y 23 de Juan Tomás Frigio, que trata esto por extenso; y así las descripciones Corográficas del Cardano, al cap. 60, y el Sintaxis de Pedro Gregorio Tolosano; asimismo a Gerardo Mercator, que corrigió las tablas de Ptolomeo, y delineó el mundo, y en especial a Europa, con tanta loa, que es llamado el segundo Ptolomeo. También a Abrahám Ortelio, que hizo el Teatro de las ciudades.

De los Históricos. Discurso XXXVIII.

SIN duda es cosa difícil entre la mucha variedad de Escritores, saber de quién fuese hallada Historia la primera vez. Declara Macrobio, estar todas las cosas (antes de la venida de Saturno a Italia) en cierto modo ocultas y confusas; mas que tras la unión hecha por el mismo del pueblo rústico se comenzaron a notar los hechos de los hombres hasta allí pasados en silencio; defeto de aquella bárbara edad. De aquí es haberse puesto en Roma en la más alta parte del templo de Saturno, los Tritones con las trompetas en las manos, monstrando las cosas escondidas en la tierra, para significar, hallarse todo olvidado antes de llegar Saturno, tras quien quedó todo claro, manifiesto y patente con la observación: mas no por eso le propone por primer inventor de historia. Refiere Plinio, haber sido Cadmo Milesio el primer Historiador: y si bien Josefo en sus antigüedades Judaicas confirma esta proposición, diciendo, haber sido el primero que escribiese acerca de los Griegos; en otra parte, parece atribuye a los antiguos Sacerdotes Egipcios el origen de la historica narración. Eusebio le aplica antes a Moisén que a otros; según tiene también Francisco Balduino. Laercio quiere fuese el primer Filósofo que compusiese historias de las cosas Griegas Jenofonte hijo de Grilo, y oyente de Sócrates. Suidas es de parecer, fuese Filisto Naucratita, o Siracusano, el primer Orador, y juntamente Histórico. Tienen otros fuese Abrahán quien primero narrase la historia de la creación del mundo, y de las cosas siguientes hasta su tiempo, y que después quedasen por Moisén insertas en sus escritos. Otros sienten dejasen los hijos de Set esculpidas en dos colunas de mármol la historia de aquellos primeros, que fueron antes del diluvio. Otros, que Noé después del diluvio, al pie del monte Górdico en Armenia, notase en un tomo las cosas sucedidas hasta entonces. Otros, que la historia comenzase en tiempo de Nino Rey de Babilonia, ochocientos años antes de la guerra Troyana. Sebastián Fogio, y Antonio Viperano (si bien modernos) tienen con razón fuese la memoria de las cosas hechas en aquellos primeros siglos, procediendo por tradición, y que los padres las referiesen a los hijos, y por ventura se notase con alguna señal, como con estatuas, pirámides, o Jeroglíficos, hasta que fueron halladas las letras y caracteres entre diversas naciones; comenzando entonces a escribirse las historias de tiempo en tiempo, y

que esta fuese la institución, y origen de la historia escrita. Desto dice Fogio ser argumento, que aun acerca de los Indios Occidentales, pocos años antes conquistados por los Españoles, mientras vencieron al Rey Motezuma, aquellos pueblos cediendo a los nuestros (casi por un cierto hado) tras muchas resistencias hechas por ellos, dijeron quererse sujetar al Imperio del Rey de Castilla, por hallarse un antiguo oráculo recebido de sus mayores, y entre todos esparcido y divulgado, sobre que aquella región debía un tiempo obedecer a gente estraña, y conducida por mar a sus riberas.

La historia pues, según Marco Tulio, es un hecho, o una cosa seguida, mas muy remota y apartada de la memoria de nuestra edad, en que se comprehende la diferencia que hay entre ésta y la ficción fabulosa, que no ha tenido suceso verdadero ni real en algún modo. Y lo mismo casi repite en otra parte, donde exponiendo qué cosa sea narración, pone claramente ser la historia parte de la misma. Mas los referidos Fogio y Viperano difinen, ser una narración verdadera, adornada de alguna cosa hecha o dicha, para imprimir firmemente la noticia della en las memorias de los hombres. Derívase acerca de los Griegos (como dice Isidoro) de *Apotu* historia; esto es, del ver o conocer, discurriendo por lugares y tierras: porque antiguamente sólo escribía historia quien se hubiese hallado presente, y hubiese visto las cosas que ponía en escrito, respeto de aprenderse mejor lo que se vee, que lo que se oye. Por eso definió Verrio Flaco ser la historia una narración de cosas hechas por medio de quien las hubiese visto: y así la toman Aulo Gelio, Luciano Samosatense, y Aristóteles. En este modo se gloria Plinio de escribir su historia natural, y Teofrasto la de las plantas observada por él mismo. Mas Estrabón tiene lo contrario, afirmando, sea también historia la narración de cosas verdaderas; si bien no vistas por el autor. Y esto siguen también Polibio, y Josefo. Sujeto suyo (como dice Francisco Robertelo) son los hombres, no en cuanto se mueven, o espiran, o discurren, porque en esta forma tocan a los Filósofos; sino en cuanto tratan y hablan de públicos negocios, o particulares acciones, pero famosas, singulares, y no comunes. Su fin (según el mismo) es referir las cosas hechas, para aprovechar a otros: si bien Luciano hace mención sólo del provecho como de su propio fin. Su utilidad es grandísima, así por testimonio de muchos autores, como por razones evidentes que muestran el fruto que se saca della. Cuanto a lo primero dejó Cicerón escrito a este propósito, ser el no alcanzar algo de las cosas sucedidas antes que se naciese, un ser siempre muchacho; y al contrario, conocer las hazañas de los

antiguos, y tener noticia de los ejemplos memorables, por estremo provechoso, digno, loable, y casi divino. Y en otro lugar:

> *De tal suerte* (dice) *aprovecha a los mozos la noticia de las Historias, que por su causa parece vivieron desde muchos siglos atrás*.

Diódoro Siculo refiriendo su provecho dice, ser cosa admirable hacer nuestra vida mejor con faltas de otros, y saber con escarmientos ajenos lo que se debe huir o apetecer. Por eso Demetrio Falerio amonestaba muchas veces al Rey Ptolomeo, leyese los libros que tratan de Regno; porque las cosas de que los amigos temen, y no osan declarar a los Príncipes, se hallan con evidencia dentro de sus volúmenes. El mismo Marco Tulio dice, ser la historia un testimonio de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, y mensajera de la antigüedad. Y así dijo Pausanias, se debe sacar della la memoria de las cosas antiguas, y no de Coros de Cómicos, o Trágicos. Polibio dice ser el conocimiento de la Historia una verdadera institución, y preparación para los actos políticos, y una ilustre maestra para sufrir con paciencia todas las mudanzas de la fortuna: porque como dice el Poeta,

> *Foelix quem faciunt aliena pericula cautum.*

Sus provechos principales se sacan de David Citereo, de Cristóbal Pezelio, de Simón Grineo, de Antonio Ricobono, de Sebastián Fogio, y de Antonio Viperano; sin otros muchos modernos que discurren, y advierten poner la historia delante los ojos ilustres ejemplos de la soberana Sabiduría, gobernadora de Imperios y Reinos, y las acciones loables de la vida particular, para reglarnos rectamente. De manera que en especial aprovechan sumamente las Historias a los Gobernadores de Repúblicas; sacando de los actos injustos las ruinas que nacen, y cuánto fruto cause en ellas la justicia y prudencia: abriendo también los ojos a los privados con las mudanzas de ajena fortuna, y con casos horrendos, sucedidos a poderosos y soberbios. En fin, aprenden por la adversidad de otros a regirse a sí, y a encaminar su vida compuesta y sabiamente. La Historia da forma a la vida política, edifica la espiritual, ilustra la doctrina de la escritura, aprovecha para conocer las antigüedades Eclesiásticas; ayuda a la prudencia humana, aumenta la sabiduría, adornada la elocuencia, amplifica la práctica, y ofrece admirable favor a todas ciencias. Gran parte de la Teología consiste en las historias de Nuevo y Viejo Testamento: el Derecho Civil en los Edictos de Pretores, en las respuestas de los prudentes, en las constituciones de Príncipes

Romanos; que son historiales. La Medicina en la historia de las plantas, de simples, de minerales, y cosas más veces esperimentadas; la Física en la historia de los animales: la Moral en los ejemplos de virtud que sacamos de los Historiadores. La Gramática por vía de Historia expone, cuáles sean los dioses Tutelares, qué cosas los Lupercos, Poticios, Flaminos, Salios, Feciales, Dunviros, Ediles, Cuestores, y Erarios, con otras cosas que sin ella podríamos entender mal. Los poetas van imitando la verdad historial en sus fábulas: por eso dijo Horacio,

Ficta voluptatis causa sint proxima veris.

El Ricobono muestra con más razones tener el Poeta suma necesidad de la Historia. Los Oradores engrandecen a cada paso sus pruebas con ella: y finalmente todas las disciplinas reciben fomento, y no pequeño favor de la misma. Ésta inflama los ánimos a la virtud, y los aparta de los vicios; da vida a virtuosos, sepulta indignos, premia con sacros honores beneméritos, oprime con vituperios a depravados, enriquece de fama y esplendor a doctos, y pone en perpetuas tinieblas a ignorantes. Ésta encomienda la religión para con Dios, la piedad para con los padres, y la caridad para con todos: loa la justicia y la igualdad; levanta la honestidad; ensalza la prudencia; sublima la virtud, y enoblece lo que es digno de ser ilustrado. Ésta deleita las imaginaciones, aun de los bárbaros, consuela los afligidos, conforta los desesperados, alivia los oprimidos, da osadía a los cobardes, enseña a los idiotas, y a todos igualmente incita a obras heroicas. Scipión leyendo la Pedia de Ciro, se inflamó de ardiente deseo por hacerse igual suyo. César leyendo las hazañas de Alejandro ardió de honrosa envidia de su virtud y valor: Selín Gran Turco, de la historia de César traducida en su lengua por su orden, fue instigado grandemente para imitar la valentía y excelencia de aquel varón. Carlos Quinto Emperador, de la Historia de Felipe de Comines (donde están escritas las guerras de Ludovico II Rey de Francia) se encendió con admirable deseo de seguir sus pisadas. La misma a manera de pintura muestra las imágenes de los antiguos, y como otra escultura las imprime en nuestros pensamientos: y más que una y otra nos manifiesta los ánimos interiores, las costumbres, las acciones, las inclinaciones, y operaciones de los mismos; nos declara las novedades; nos manifiesta los sucesos; nos cuenta los tiempos; nos refiere las órdenes de estados; nos pone delante admirablemente todos los géneros de antigüedad; y (lo que el Vives juzga por grandísima gloria de la Historia) nos descubre la genealogía de

nuestros mayores: que sin ella no podríamos conocer, o saber con tanta facilidad. En suma, son verdaderamente admirables, y maravillosos los frutos de la Historia. Satisface a los curiosos como dice Plutarco, ofrece saludables documentos a cada uno según Livio; hace a las personas cautas, y advertidas, como nota Polibio; vuelve del todo a los hombres expertos y pláticos, según Diódoro Siculo; da el debido resplandor a las personas gloriosas, como advierte Herodoto. Por ella se distinguen los malos de los buenos; los justos de los injustos; los viles de los osados; los flacos de los fuertes; los varios de los constantes; y los viciosos de los virtuosos. En ella se manifiesta la verdad de los sucesos, el infortunio de los casos, el valor en las empresas, la sagacidad en los hechos y la sabiduría en las acciones. De la misma aprenden todos a regir y gobernarse. Ella sutiliza el entendimiento, aumenta el discurso, ennoblece la memoria, deleita la fantasía, consuela al lector, recrea al oyente, y da alegría y dolor según las cosas que cuenta a diversos fines. Por la Historia fue visitado Tito Livio de caballeros forasteros, hasta de las partes remotas de España, viniendo sólo a verle a Roma. Los Romanos erigieron una estatua a Josefo sólo por sus libros; Antípatro Hieropolitano fue carísimo a Severo; Clitarco a Alejandro; Dextro a Teodosio; Helánico de Mitilene a Aminta Rey de Macedonia; Eratóstenes a Ptolomeo Evergete; Gerónimo Rodio a Demetrio Poliorcete: y lo que es más admirable, por la Historia de los animales recibió Aristóteles ochocientos talentos, dados por la mano del liberal Alejandro. Las leyes, y observaciones de la Historia tratan el Ricobono, el Fogio, el Sambuco, y otros muchos cumplidamente. Donde entre los primeros preceptos se pone, haya de ser verdadera, antes la luz de la verdad, diferente en esto de la Poesía, que por alimentar con deleite los ánimos, mezcla las cosas falsas con las verdaderas: por eso dijo Horacio.

Pictoribus atque Poetis,
quidlibet audiendi semper fuit aequa potestas.

De aquí es haber sido notado Diódoro Siculo, porque en sus primeros seis libros abrazo las fabulosas hazañas de los antiguos antes de la guerra Troyana: y júzgase Alejandro Magno por hombre egregio por haber arrojado en un río la historia de Aristóbolo, en que decía muchas mentiras dél (si bien honrosas) en la contienda que tuvo con Poro Rey de los Indios. Prudentemente dijo Tucídides, pensaba dejar a los venideros una Historia durable y perpetua, por la verdad que contenía; viendo la de Herodoto llena de fábulas y

mentiras; como la de Teopompo, juzgada por tal de Dionisio Halicarnaseo. Segundariamente es propio de la Historia huir la adulación, y ser libre en argüir como se debe los Magistrados crueles, y tiranos, de cuya falta nota el Ricobono a Valerio Máximo; porque dedicando su obra a Tiberio César (llamado de todos por escarnio Biberio Merón, respeto de la vinolencia) es invocado dél como nombre divino. Puédese también poner a su lado Cayo Veleyo, porque en el contar las hazañas de Augusto, y de Tiberio, cae por instantes en el mismo vicio. Menos debe el Historiador decir por odio mal de alguno, como Zosimo Gazeo, que encendido de impiedad contra la Cristiana religión, arguyó sin medida los príncipes Romanos que comenzaban a entrar en ella. El otro precepto es, que observe el Historiador el orden de los tiempos, describiendo claramente las tierras y regiones; y así como en la primera circunstancia vienen reprehendidos Patérculo, Justino, Lampridio, Trebelio Polión, Flavio Vopisco, Elio Spartiano, Julio Capitolino, Volcacio Galicano, como flojos en la disposición; así en la segunda viene loado sumamente Apiano en esta parte diligente, y cuidadoso. Observan también los doctos Históricos el contar con cuidado los consejos, los actos, los sucesos, los casos, las razones, la causa de los hechos, la fama, el nombre, la vida y naturaleza de las personas. Así Sempronio Aselio mirando esta ley, dijo:

> *Parece no nos debemos contentar con narrar las cosas sucedidas, sino también con mostrar la razón y el consejo con que fueron hechas*.

En este género es encarecido por admirable Dionisio Halicarnaseo. Tampoco es de menospreciar Salustio, que exprime la inclinación y vida de los singulares, como de Catilina, César, y Catón, en la comparación de entrambos. Sin esto se desea en la Historia un estilo elegante, no afectado, ni demasiado sucinto, antes corriente, y sincero: en cuya parte faltan al parecer del Ricobono muchos Históricos pasados. El de Cornelio Tácito causa con su gravedad aspereza; el de Plinio es escabroso; el de Suetonio ligero, y tiene más de Gramático que de Histórico; el de Lucio Floro en los Epítomes de Livio es conciso; tenue el de Patérculo, de Julio Capitolino, Elio Lampridio, Trebelio Polión, Flavio Vopisco, Elio Spartiano, Volcacio Galicano: el de Sexto Rufo corrupto; el de Eutropio contrario a la elegancia; el de Amiano Marcelino duro, y sin ornato; el de Procopio casi natural; el de Acatio confuso, y los de Iornando, Paulo Diácono, y Blondo, tenidos por Bárbaros. Añádase a estos preceptos, sea la Historia breve, de manera que no deje de poner las cosas necesarias,

ni diga más de lo que fuere menester. De aquí es desagradar Tucídides, y Salustio a Trogo Pompeo, porque usan oraciones demasiado largas. Livio fue notado por el Príncipe Cayo de hablador como de otros lo fueron también Plutarco, y Dión Asiático. Plinio Junior, Apiano, y Paulo Diácono, son tratados como mancos y defectuosos: y así también Lampridio, Elio Spartiano, Trebelio Polión, Volcacio Galicano, Flavio Vopisco, que son breves, y largos donde no es menester. Es necesario asimismo, sea distinta y clara, y sobre todo no descuidada en las cosas dignas de memoria, de cuyo vicio es notado Diódoro Siculo en las Romanas, y otros en sus historias. Al último por parecer de Fogio, debe el buen Histórico tener prudencia en decir, y en callar, moderación de afectos en juzgar; fortaleza, y libertad de ánimo en declarar su parecer; igualdad en contar los hechos de diversos; juicio en conocer las cosas dignas de alabanza y reprehensión; docto en la antigüedad; instruido de ejemplos; lleno de sentencias y dichos; prático del mundo, versado en públicos negocios; inquiridor de hechos ocultos; inteligente de cosas de guerra; ejercitado en manejos importantes; varón grave, entero, severo, sabio, político, prompto, diligente, agudo, estudioso, y adornado de varias virtudes. Lo demás se puede sacar de diversos Escritores que trabajaron grandemente por ilustrar el método Historial, como Juan Pontano, Francisco Patricio, Francisco Balduino, Francisco Robertelo, Huberto Folieta, Luis Cabrera de Córdoba, y otros.

Las Historias universales (para recoger en uno los Catálogos de Bodino, y Zuingero) se sacan de Moisén, Beroso, Filón, Herodoto, Teopompo, Trogo, Pompeo, Polibio, Diódoro Siculo, Éforo Cumeo, Helanido, Ecateo, Dionisio Milesio, Marco Catón, Nicolás Damasceno, Freculfo, Paulo Orosio, Dextro hijo de Paciano, Trajano Patricio, Zonaras, Esiquión, Adón Vienés, Próspero Reginio, Eustaquio, Epifanio, Pelagio, Luitpandro Papiense, Otón Obispo, Hermano, Vincencio Belbacense, Antonino Arzobispo, Donato Boso, Marco Antonio Sabélico, Filipo Bergomense, Paulo Jovio. Y entre los vulgares Tracanota, Bugati, Guicardino, y otros. Las que hablan de Geografía se sacan de Estrabón, Pomponio Mela, Pausanias Cesariense, Rafael Volaterrano, y otros. Los que hablan de cosas diversas son los libros de Ateneo, Eliano, Zetzes, Leonico, Solino, Valerio Máximo, Plinio, y Suidas. Las que tratan de Gentiles y Paganos, escriben Ireneo, Clemente Alejandrino, Arnobio, Lactancio Firmiano, Paulo Orosio, Lilio Giraldo, y Juan Caulis. Las Ecclesiásticas se veen en el Nuevo y Viejo Testamento, en Justino

Mártir, Tertuliano, Ireneo, Orígenes, Eusebio, Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, Casiodoro, Genadio, Evagrio, Nicéforo, Gerónimo, Marcelino Conde, Juan Guillermo, Juan Esleidán. Las particulares pertenecientes a los Judíos, se hallan en la Biblia, en Josefo Hebreo, Egesipo, Justo Tiberiense, y Esipo hijo de Corión. Las Historias de los Asirios, Persianos, y Medos, se sacan de Metástenes Persiano, Ceresia Griego, Jenofonte, Agatarco, Menón, Critón Periota, Dionisio Milesio, Egesipo, y Procopio. Las Egipcias de Felistis Naucratita. Las Líbicas y Carias de Janto hijo de Candaulo, León Alabandeo, y Apolonio Afrodiseo. Las Troyanas de Daretes Frigio, y Dite Cretense. Las Griegas de Carón Lampsaceno, Damástenes, Tucídides, Filocro Ateniense, Melisandro, Jenofonte, Palefato Abideno, Demócrates, Marsias, Critón Periota, Querilo Samo, Plegón Traliano, Timeo Siculo, León Alabandeo, Zenón Rodio, Polemón Eládico, y Teopompo Quío. Las Romanas de Lucio Hostacilio, Quinto Fabio Pintor, Polibio Megalapolitano, Veleyo Paterculo, Tito Livio, Julio César, Salustio, Asinio Polión, Dionisio Halicarnaseo, Dión Casio, Cifilo Patriarca, Lucio Floro, Sexto Rufo, Cornelio Tácito, Apiano Alejandrino, Amiano Marcelino, Próspero Aquitanio, Eutropio, Paulo Diácono, y Flavio Blondo. Las Italianas en común de Timeo Tauromenités, Marco Antonio Sabélico, Pedro Bembo, Flavio Blondo, Bernardo, Pancracio Justiniano, Gaspar Contarino, Andrés Mocenigo, León Aretino, Ambrosio Nolano, Bernardino Corio, Gaudencio Merula, Juan Baptista Ronacosa, Platina, Marco Antonio Miguel de Bérgamo, Francisco Guicardino, Juan Pontano, Pandolfo Colenucio, Micael Cocinio, Galeazo Capela, y otros. Las Sicilianas de Filisto, Critón Periota, y Josefo Constanzo. Las Constantinopolitanas, de Procopio, Nicéforo, y Niceta. Las Españolas de Aselio Sempronio, Francisco Tarrafa, Arzobispo Don Rodrigo, Antonio de Nebrija, Juan Bracelo, Carlo Verardo, Damián de Goes, Zorita, Ambrosio de Morales, Garibay, Juan de Mariana, Florián Docampo, y otros. Las Francesas, de Julio César, Apiano, Guillelmo Paradino, Gregorio Turonense, Anonio Monje, Roberto Fosardo, Enguerrano Mosterleto, Filipe de Comines, Juan Tritemio, Roberto Gaguino, Nicolás Gilio, Paulo Emilio Veronés, Juan Ferroneo, Juan Tileo, Huberto Leonardo, Boqueto, Herman Conde, Beiselo, y Jacobo Meyero. Las Alemanas, de Cornelio Tácito, Beato Renano, Ulderico Mucio, Francisco Ireneo, Jacobo Vinflingo, Juan Aventino, Jorge Noviomago, Lamberto Hortensio, Juan Stumfio, Volfango Lacio, Ricardo Bartolino, Alberto Crancio, Vitiquindo Saxón, Sebastián Borselinero. Las Húngaras en

particular de Juan Tucotio, Melchior Soitero, y Antonio Bonfine Ascolano. Las de Polacos de Martín Cronero y Felipe Calímaco. Las de Esclavonia, de Hermaldo Prete. Las de Dánaos, Suecios o Godos, de Alberto Crancio, Olao Magno, Saxón Gramático, Procopio, Agaquia Smirneo, Dacio Siconio, Apolinar; Iornando, Aurelio Casiodoro, y Leonardo Aretino. Las de Longobardos, de Paulo Diácono. Las de Bohemia, de Eneas Silvio, y Juan Drubrabio. Las de Ingleses, de Gil de Britano, Jorge Gilio, Póntico Vitrubio Trevisano, Polidoro Virgilio, Beda, Galfrido Arturo, Hétor Boecio, y Nicolás Tribeto. Las de Sarracenos, de León Áfrico, Hermano Dalmatino, Roberto Mónaco, Guilielmo Arzobispo de Tiro. Las de Turcos, de Andrés Cambino, Guilielmo Postelo, Leónico Calcondila, Cristóbal Rierio, Martín Barlacio, Paulo Jovio, Enrico Penia, Francisco Sansovino. Las de Árabes, de Corano, o Furcano. Las de Tártaros y Moscovitas, de Haytono Armenio, Paulo Veneto, Matías Miqueo, y Paulo Jovio. Las de Etiopía, de Francisco Alberese. Las del mundo nuevo, de Aloisio Cadamusto, Cristóbal Colón, Alberto Vespusio, Américo Vespusio, Acosta, Ludovico Romano, Gonzalo Fernández, Mafeo, Román, y otros. Las de hombres ilustres, de Teseo Histórico, Acusilao Argivo, Eumero Mesenio, Carón Cartaginés, Cornelio Nepote, Filón Herenio, Damofilo Sofista, Plutarco, Genario, Gerónimo, Isidoro, Rafael Volaterrano, Paulo Jovio, Francisco Petrarca y Sedeño. Las de Mujeres ilustres de Carón Cartaginés, Filipo Bergomense, y Juan Bocacio. Las de los Pontífices, de Ptolomeo de Luca, Dámaso, Anastasio, Guido Ravenate, Sigiberto Mónaco, Hugo, Sicardo Cremonés, Gorfredo de Viterbo, Martín Carsulano, Landolfo Carnotense, Sozomeno, Gervasio, Ricobalbo, Platina, Illescas, Babia. Las de Emperadores, de Julio Cordo, Elio Espartiano, Tranquilo, Gurgulio Marcial, Pomponio Leto, Asinio Polión, Flavio Vopisco, Baptista Egnacio, Pedro Mejía, y otros. Las de Filósofos en particular de Diógenes Laercio. Las Pontificales son Misceláneas de todas cosas; pienso no les cuadra bien el título.

Finalmente la historia es tan celebrada por Marco Tulio, que dice se hallarían sepultados sin fama una infinidad de hombres, si no fuese por ella. Y escribiendo a Lucio Floro, afirma, tener un deseo increíble de que sus escritos se ilustren y eterrnicen. Plinio Orador escribiendo a Cornelio Tácito, pide le inmortalice en sus historias. En esta conformidad vemos, haber sido en los siglos pasados y presentes muy provechosos al mundo los Históricos. Así fueron todos acariciados y favorecidos de Príncipes, que dan honroso

entretenimiento a la profesión de historia, por quien más que por otros medios vienen a ser ilustrados.

Divídese la Historia por Aulo Gelio en dos especies; la una llaman los Griegos Efemérides, y los Latinos Diario, que es una narración (o sea descripción) día por día de cuantos sucesos quiere explicar un autor, como hace Constancio Felice, que trata de las cosas sucedidas día por día, en todos los del año. Del uso de tales Efemérides tratan Oroncio, Mizaldo, Francisco Zaizosio, el Pontano, Cleomedes, y otros. La otra se dice Corónica, o Anales, que es un contar las cosas pasadas, según que sucedieron año por año; de cuya especie hablando Tulio dijo:

Erat Romana historia nil aliud, nisi Annalium confectio;

donde añade, haber tocado al Pontífice Máximo hasta el tiempo de Publio Mucio el cuidado destos Anales, para encomendar a la memoria los gloriosos hechos de sus antecesores. Cornelio Tácito haciendo mención de los mismos, dice:

Aquellos Anales podían referir libremente las guerras grandes, los cercos de ciudades, y los Reyes desbaratados y presos; o si algunas veces trataban de las cosas de Roma, contaban las diferencias de los Cónsules y de los Tribunos, las leyes Agrarias, y las contiendas del pueblo y de los Grandes.

Así Flavio Vopisco cuenta, no haber durado siempre esta potestad acerca de los Pontífices.

Añádese a estas dos especies la tercera que se llama historia simple, esto es, sin particular y precisa determinación de tiempos, supuesto se dice, ser la historia (por parecer de Isidoro) de aquellas cosas que en los tiempos del Historiador se han podido ver: mas los Anales de cosas por muchos siglos antes sucedidas. Por eso Salustio viene contado entre los Históricos, y San Gerónimo y Eusebio entre Coronistas y escritores de Anales. Entre estas tres especies pone Isidoro la cuarta, como es la de los Calendarios, que disponen mes por mes las cosas. La más aprobada especie (según Juan María de Tolosa) es aquella donde se observa el curso de los años, siendo cosa demasiada falaz la de los meses, y mucho más la de los días, la cual si saliese verdadera, por este particular y distinto conocimiento, debría ser más estimada que otra cualquiera. Ésta sigue Eusebio, Filón Hebreo, San Gerónimo, Próspero Aquitánico, Palmerio Florentino, Palmerio Pisano, Beda, Helmando, Marciano Fuldense, Scoto, Honorio, Sigiberto Galo, Abad Uspergense, Juan Nauclero, Aquiles Gasaro, Juan Carión, Gaspar Peucero, Enrique Bulingero, Juan

Funcoyo Bruteno, Juan Lucido, Genebrardo Francés; y de los más modernos Gerónimo Bardi Florentino, y Honofrio Pambinio. Estos Coronistas son los que describen años, meses, lustros, olimpiadas, indicciones, horas, jubileos, siglos, edades, Monarquías, Dinastías, Reinos, Pontificados, Imperios, genealogías, Obispados, scismas, herejías, Concilios, religiones, persecuciones de mártires, tablas de tiempos, y cosas tales. El año (según Isidoro) se dice casi *ab Annulo*, siendo como un círculo por causa de revolución. Así dijo Virgilio:

Atque in se sua per vestigia volvitur annus.

Por eso los Egipcios (como dice Horo Apolo) pintaba al año debajo la forma de un dragón, que por sí mismo se comía la cola, recogiéndose alrededor. Este año fue diversamente constituido por diversos pueblos con diferente cuenta: porque los Romanos en tiempo de Rómulo le tuvieron de diez meses; en tiempo de Numa de doce; los Arcades (según Floro) de solos tres: los Egipcios según Plinio de seis; mas Beda dice que de cuatro, y Jenofonte, que a veces de uno, a veces de dos; y también de cuatro, usando tal vez el año solar. Los Iberios le tuvieron de cuatro meses, y también de doce: los Arcananos de seis: los Lavinios de trece: los Hebreos de doce conjunciones Lunares, según refiere de todos Alejandro de Alejandro. Comenzaban los Hebreos antiguos este año desde la conjunción del sol y luna más vecina al Equinocio Vernal: los que sucedieron, siguieron el mismo estilo en escribir historias; mas en los contratos quién anticipó está conjunción del sol y luna, y quién la pospuso a la referida inmediatamente, como escriben el Rabino Eleazaro, y Beutero. Entre Cristianos algunos le comienzan desde la Natividad del Señor, otros desde el día de su concepción; y acerca de los Galos era costumbre en las cartas, y escrituras públicas, empezarle el día de Pascua, como refiere el mismo Beutero. Los Rabinos de los Hebreos quieren se comience desde la Creación del mundo: mas en eso difieren entre sí mucho: porque el Rabino Elicer es de opinión, fuese criado el mundo en el mes de Tisri, que es Setiembre, en que los frutos se hallan maduros. Otros a los veinte y cinco de Marzo, llamado Elul, como se halla escrito en el libro intitulado Sefer Lematzat moledot: y en el tratado de las Noemenías. Por eso dijo Nuestro Señor hablando del mes de Marzo;

Tendréis este mes por primero entre los demás del año.

Virgilio parece sentir esto en aquellos versos:

Non alios prima crescentis origine mundi

Illuxisse dies, aliumve habuisse tenorem
Crediderim: ver illud erat, ver magnos agebat
orbis, et hybernis parcebant flatibus euri;
cum primum lucem pecudes hausere, virumque
ferrea progenie duris caput extulit arvis.

Así Ovidio.

Dic age frigoribus, quare novus incipit annus,
qui melius per ver incipiendus erat?

Con la primera opinión concuerda Crusio. Nuna Pompilio comenzó su año, como dice Juan Paduano, del Solsticio Hiemal, porque entonces comienza a ascender el Sol: el mismo Ovidio,

Bruma novi prima est, veterisque novissima Solis
principium capiunt Phoebus, et annus, et idem.

Según los Egipcios, Griegos, Persas; y todos los pueblos Orientales, comenzaba desde el Equinocio del Otoño, esto es de la conjunción de los Luminares más vecina a él, fuese anterior, o posterior. Entre los Árabes (como refieren Julio Firmico, y Paulo Obispo de Fosambruno), se comienza mientras el Sol está en León. Acerca de los Alejandrinos a veinte y nueve de Agosto. Entre los romanos, desde el primero de Enero: aunque más en particular por Abril, en que fue edificada Roma, lo que juzga Juan Lucido haber sido por Primavera a veinte del mismo mes, a las cuatro de la tarde y cincuenta minutos. Entre los Astrólogos comienza cuando el Sol entra en el signo de Aries, que es por Marzo, respeto de que en tal mes, a los diez y ocho en día de Domingo se tiene fuese criado el mundo. Los meses entre los Coronistas son de tres suertes; Solares, que son aquel espacio de tiempo que tarda el Sol en ceñir un signo del Zodíaco; Lunares, que son el espacio de tiempo en que la Luna partiéndose del Sol, hecho su círculo, se une de nuevo con él, y este se llama año Lunar por la mayor parte: Comunes, que son aquellos meses que constituye el Calendario; y en este modo son diversos los mismos meses, según la diversidad de las naciones, de quien tratan Albategni, y Teodoro Gaza. Los meses comunes son los que Cómodo Cesar (según Herodiano) lleno de soberbia, quiso intitular de su nombre, dejados los antiguos. Éstos tienen varios nombres entre Hebreos, supuesto llaman al mes que entre nosotros es Marzo, Nisan; a los quince de quien celebran la Pascua, por siete días continuos, que contaban desde el Ocaso del Sol, en el día catorce, en que se comía el cordero con los panes ácimos, y lechugas agrestes. Decíase Fases, y

solenidad de ácimos. En el segundo que es Abril; y entre ellos Yhar como se saca del libro 3 de los Reyes, no se celebraba alguna fiesta principal. El sexto día de Mayo llamado en Hebreo, Sivam, es grandemente festivo por la memoria de la ley dada. Llámase Pentecostés, o fiesta de siete semanas, porque siempre se celebra en el día cincuenta, después de siete semanas. A Junio llaman Themus, en cuyo décimo octavo día se observa por ellos el ayuno de la quiebra de las tablas de la Ley, que es cuando Moisés descendió del monte Sinaí, y las rompió; hallando que idolatraba el pueblo con la adoración del becerro. Síguese Julio llamado Hau, en cuyo nono día se observa el ayuno de la destruición de Jerusalén: y en éste fue la primera vez abrasado el templo por Nabucodonosor Rey de los Caldeos, siendo después destruido por Tito. Así que cuando en Josefo se halla haber sido quemado el templo en el décimo día de Agosto; en el Hebreo se lee haber sucedido a los nueve del mes de Hau, que corresponde a nuestro Agosto, día en que antes había sido abrasado por los Caldeos. El sexto mes que es Agosto, era llamado por ellos Helul; y en él no se hacía alguna fiesta principal. El sétimo que es Setiembre, correspondiente a Octubre, es llamado Tisri; siendo su primer día célebre, por la fiesta de las trompetas, en memoria de haber quedado libre Isac de la imolación. Por eso en tal día sonaban con los cuernos de ovejas; porque el carnero sacrificado por él entre espinas se hallaba adornado de tal armazón, como está escrito en el Génesis. El décimo día era el de la Expiación, por estremo célebre, en memoria de que Dios les perdonó el pecado cometido por la adoración del Becerro. A quince se hacía la fiesta de la Scenofegia, o la de los tabernáculos, que se continuaba por siete días en memoria de la divina protección para con ellos, mientras habitaron en los Tabernáculos del desierto. El primer día es celebradísimo, y el séptimo de los Tabernáculos, que viene a ser a veinte y uno del mes, llámase la fiesta de los Ramos, o Ramada, en memoria de la toma de Jericó, ciudad primera por ellos sojuzgada, y destruida. A los veinte y dos del mismo se celebra la fiesta de la Congregación, o Colecta, en que se juntaban dineros para los sacrificios. Sin estas fiestas legales celebran los Hebreos en el tercero día deste mes el ayuno de Goliat, escrito en Jeremías. El octavo, que es Octubre, es llamado Marcasuan, en que no se celebra fiesta principal. El noveno que es Noviembre, se dice Casteo; y en él no se hacía alguna fiesta legal; sólo a los veinticinco se celebran las fiestas de los Encenios, instituida después de la ley dada en memoria de la Dedicación del altar, restaurado en tiempo de Judas Macabeo,

después de la contaminación hecha por el Rey Antíoco. Es bien verdad que en tiempo de Cristo correspondían estos 20 y 5 días a los 20 y 5 de Deciembre. Por eso se lee en S. Juan,

Facta sunt Encenia in Hierosolymis, et Hyems erat.

El décimo que es Deciembre, es llamado Tebet: no se halla en él fiesta principal, sino a los diez; en que observaban los mismos el ayuno, por el día que Nabucodonosor cercó la primera vez a Jerusalén. El onceno que es Enero, es dicho Sebet, en que no se celebraba fiesta principal. El último que es Hebrero, es llamado Adar, como se saca del libro de Ester, en cuyo decimotercio día se celebraba el ayuno de Ester, a quien los Hebreos dicen Ayuno de suerte, o urna; porque en tal día por los ruegos de Ester fue ahorcado Amán, junto con sus hijos, y otros sus enemigos, llegando a ser los muertos setenta y cinco mil; y el día catorce cesaron de la mortandad, siendo tal constitución entre ellos solenísima, por este respeto.

Los Lustros entre los Romanos (según Isidoro) fueron espacio de cinco años cumplidos. La Olimpiada se llamó así por los juegos Olímpicos que cada cinco años se celebraban en Élide a honor de Júpiter. La primer Olimpiada (según Juan Paduano) tuvo principio en los años setecientos y setenta y cuatro, antes de la Natividad de Cristo, en tiempo de Joatán Rey de Judá, en los años de la Creación del mundo (según Juan Lucido) tres mil y ciento y ochenta y seis.

La Indición contenía quince años. Instituyéronla los Romanos por causa de las pagas de los tributos; conociendo ser cosa difícil se pagasen cada año, habiendo de venir de tierras tan remotas. En el primer quinquenio se ofrecía hierro para fabricar armas: en el segundo plata para sueldos militares: en el tercero oro para los simulacros de los dioses; comenzando la Indición a los veinte y cuatro de Setiembre. Su primer origen fue el año tercero antes de la Natividad de Cristo, en la Olimpiada ciento y noventa y cuatro. Mas los años de las Indiciones según el cómputo de los Pontífices Romanos, toman su principio desde la Natividad del Señor. La Era, según el Rey Don Alonso, es un tiempo dignísimo de memoria, comenzado desde la edad de algún Rey o Príncipe famoso, como la Era de Cristo; y es aquel principio de quien los Astrólogos comienzan sus computaciones. Débese notar que antiguamente en Castilla (según Pedro Mejía) se ponía en las escrituras para notar el tiempo la Era de César, como ahora la de Cristo; observándose lo mismo en Historias y Corónicas. Derívase este vocablo de *Herous*, que quiere decir, Señor: y así Era, según Antonio de Nebrija, denota Señorío,

Monarquía, o Reino. También el Rey Don Alonso llama Era a los principios de Reinos, como el de Filipo, de Alejandro, y de Nabucodonosor. Otros escriben *Aera* con diptongo, y quien venga *ab AEre*, como derivada del censo o tributo que se comenzó a pagar a Octaviano; siendo deste parecer Isidoro y Calepino en la dicción *Aera*; y sigue a estos autores Alonso Venero en su Enquiridión. En España fue muy antiguo el hacer cuenta por Eras; y refieren las Corónicas, haberse usado siempre, hasta que el Rey Don Juan el primero, que perdió la batalla de Aljubarrota en el quinto año de su Reinado, mandó expresamente no se pusiese de allí adelante en escrituras ni historias la Era de César, sino el Nacimiento de Cristo: y esto fue en el año del Señor de mil y trecientos y ochenta y tres, y de la Era de César, mil y cuatrocientos y veinte y uno. El Jubileo se interpreta año de remisión, y es palabra Hebraica, y número (según Isidoro) tejido de siete semanas de años; esto es de cuarenta y nueve, en que se sonaban las trompetas, y volviéndose a todos la antigua posesión, se absolvían las deudas, y se confirmaban las libertades. La edad, si bien la hacen algunos de un año, algunos de siete, otros de ciento, se toma propiamente en dos modos, o por la edad del hombre, o por la del mundo. Las edades del hombre son siete, Infancia, que comienza desde el principio de la vida, y dura hasta el cuarto año: Puericia, que dura hasta los catorce: Adolescencia, que remata en los veinticuatro, Juventud, que tiene por fin el cuarenta y uno: Virilidad, que llega hasta los cincuenta y seis: Vejez, que termina en los sesenta y ocho, y Decrepitud, que se dilata hasta la muerte. En la primera (según los Astrólogos) domina la Luna; en la segunda Mercurio; en la tercera Venus; en la cuarta el sol; en la quinta Marte; en la sexta Júpiter, y en la séptima Saturno. Las edades del mundo son también siete según Juan Lucido. La primera de Adán hasta Noé de años mil y seiscientos y cincuenta y seis. La segunda desde Noé hasta Abrahán de años docientos y noventa y dos. La tercera desde Abrahán hasta la ley dada por Moisén, de años quinientos y cinco. La cuarta desde la ley de Moisén hasta el principio del templo de Salomón de años cuatrocientos y ochenta. La quinta desde el principio del mismo templo hasta su destruición de años 440. La sexta desde su destruición, hasta el nacimiento de Cristo de años quinientos y ochenta y siete. Por manera, que desde la creación del mundo hasta la Natividad de Cristo se recogen tres mil y novecientos y sesenta y ocho años menos tres meses. La séptima edad es desde la Natividad de Cristo hasta el fin del mundo. Del curso destas edades escribió

entre los nuestros Juliano Africano, y en tiempo de Aurelio Antonio, Eusebio, Gerónimo, Péctor Turenense, Metodio Obispo, Genadio, Isidoro, y otros. El siglo (según algunos) es un espacio de treinta años, como es el curso de Saturno: según otros de ciento, y según otros de mil. Las Monarquías son cuatro; la de Caldeos o Asirios, llamada Reino Babilónico; de quien tratan Veroso, Metástenes Persiano, y Manetón Egipcio. La de los Persas y Medos unida, que prosigue Diódoro, Cetesia, Metástenes, Filón, y otros. La de Alejandro Magno, y de los Reyes siguientes, que escriben muchos autores; y finalmente la Monarquía Romana, de que tratan diversos. Las Dinastías son aquel espacio de tiempo que ocurrió en el Imperio deste y de otro Rey de Egipto, mientras uno señoreó siete años; otro ocho o diez; y así de mano en mano: y estas Dinastías duraron trecientos y cincuenta y nueve años. Los Reinos son el espacio que reinó este Príncipe o el otro en varios Reinos, como los Reyes de Egipto en Alejandría; los de España, los de Francia, los de Siconios, de Argivos, Atenienses, Troyanos, Romanos, Etruscos, Corintios, Lacedemonios, Libios, Macedones, Israelitas. Los Imperios se entienden de los Emperadores que hubo desde Cayo Julio César hasta Matías que es hoy. Los Pontificados desde San Pedro hasta Paulo V. Las Genealogías como la de Cristo, que ponen los Evangelistas, sobre que discurre Juan Lucido largamente, y la de antiguos dioses que pone el Bocacio. Los Obispados son como los de Jerusalén, de Antioquía, de Alejandría de Egipto, puestos por Juan Lucido. Las scismas y herejías son como las que recita San Agustín, Isidoro, Platina, y Fray Alonso de Castro. Los Concilios se trataron en un discurso particular, como también las Religiones. Las persecuciones de la Iglesia son como las diez principales que pone Eusebio en la historia Eclesiástica. La primera en el Imperio de Nerón. La segunda en el de Domiciano. La tercera en el de Trajano. La cuarta en el de Antonino Vero. La quinta en el de Severo. La sexta en el de Máximo. La séptima en el de Decio. La octava en el de Galo y Valeriano. La nona en el de Aureliano. La décima en el de Diocleciano. Las tablas de los tiempos son las que ponen Eusebio, Juan Lucido, Gerónimo Bardi, sin otros. Y esto baste cuanto a los Coronistas. No faltan fuera desto censuras contra los Históricos, según sucede en todas profesiones: como por ejemplo, que ponen en sus historias hombres indignos del todo de algún nombre, como Trogo que puso a Pausanias Macedón, que mató a Filipo: y Aulo Gelio y Solino a Eróstrato, que abrasó el templo de Diana Efesia; sólo

por hacerse célebre; si bien fue prohibido con asperísimas leyes, que ninguno trujese a la memoria tal hombre en voz ni en escrito. Son asimismo argüidos por demasiado discordes entre sí, supuesto, tratando de un mismo negocio, dicen cosas tan varias, que es imposible deje de mentir alguno: y esto acaece muchas veces, por no haberse hallado presentes en los lugares donde pasaron los sucesos, recogiendo de diversos relaciones no verdaderas. Así Estrabón reprehende a Eratóstenes, Metodoro, y Patrocles Geógrafo. Hállanse otros que vieron parte de las cosas como por tránsito, mendigando debajo protestos de votos, y quieren escribir historias con demasiada osadía, como las de Onosicrito, y Aristóbolo de la India. Otros, con ocasión de lo que se dice, hacen ostentación con mentiras, poniendo en olvido las verdades. Y deste vicio es reprehendido Herodoto por Diódoro Siculo, Trevelio por Liberiano y Vopisco, Cornelio Tácito por Tertuliano y Orosio. Asimismo se deben poner en esta escuadra Danudes y Filóstrato. Hay otros que mezclan lo verdadero con lo fabuloso, como son Gnidio, Cetesia, Ecateo, sin muchos Historiadores antiguos. Otros con novedades ridículas dieron a entender, que vieron provincias incógnitas, y lugares inaccesibles, contando las fábulas de los Arimaspos, de los Grifos, Pigmeos, Grullas, Cinocéfalos, Astromorios, Hipopodios, Fanisios, y Trogloditas, entre quien se puede contar Éforo, que dice tener los Íberos sola una ciudad, olvidado de que habitan tan gran parte de la España: Esteban Griego, que dijo, eran los Francos pueblos de la Italia, y que Viena era una ciudad de Galilea: y Arriano Griego, que afirma estar poco lejos del mar Jonio las habitaciones de los Alemanes. Escribe asimismo Estrabón con expresa mentira, nacer el Istro, que es el Danubio, poco lejos del mar Adriático: y Herodoto dice, que se deriva el mismo del Hespero cerca de los Celtas, que son últimos pueblos de Europa, y que entra en la Scitia. Afirma Estrabón, que el Lapo y Visurgo ríos fenecen en Hamaso, ignorando, que Lapo entra en el Reno, y Visurgo desagua en el Océano. Plinio pone, que fenece el río Mosa en el Océano, encorporándose con el Reno. Quiere asimismo Sabelio, se deriven los Alanos de los Alemanes, y los Húngaros de los Hunos, y que los Godos y Getas sean Scitas, y confunde los Dánaos con los Dacios, poniendo el monte de S. Otilia en Baviera, hallándose cerca de Argentina. Volterrano por el consiguiente confunde la Austerana y la Austria; los Avarios con los Sabarios; y dice haber hecho Plinio mención de los Vernesios Esguízaros, que tuvieron gran tiempo después origen de Bertoldo Duque de Zaringe. Conrado Celta cree

sean una misma cosa los Dacios y los Flamencos; afirmando hallarse en Sarmacia y Polonia los montes Rifeos; y pone, que el ámbar es goma que nace de un árbol. Otros de miedo no osan tocar los vicios de los Príncipes, por tiranos que sean. Otros adulando a los señores, fingen su origen antiquísimo con declaradas mentiras, como las de Unibaldo Bárbaro, que escribiendo la Historia de los Francos, imagina, fuese la Scitia Sicambria, Príamo mozo, y otros nombres de lugares y Reyes jamás tocados por otro Historiador, sin faltar modernos, que escriben decendencias desde Adán hasta estos tiempos por línea recta, dando centenares de abuelos con nombres imaginados, y casi diabólicos. Desta mezcla es también Vitilchindo, afirmando, haber venido de Macedonia los Sajones primeros habitadores de la Germania, y los deriva de Alejandro Magno. Otros escriben historias puramente fabulosas, como las de los Reales de Francia, de Morgana, Falerina, Magalona, Meleusina, Amadís, Florando, Tirante, Florisel, Canamor, Arturo, Lancerote, y Tristán. Dejo las dentelladas que se dan unos a otros, menoscabándose por instantes así con indecentes palabras, como con oposiciones extravagantes, causa de no estar seguro Herodoto de Argesilao; Helanico de Éforo: Éforo de Timeo; Josefo de Egesipo; porque cualquiera procura hacerse valiente, mostrando ser él solo el docto y verdadero.

Lo que no puedo sufrir es la demasiada estimación y caso que se hace entre Cristianos de las historias Gentílicas, como en especial de Cornelio Tácito, habiendo tanta diferencia destos a aquellos tiempos en gobierno y costumbres. Imperaban entonces los Césares tiránicamente. Ardía a Roma en vicios. Eran abominables las opresiones; atrocísimas las muertes, torpes los espectáculos, y nefandos los excesos. Reinaban las crápulas, vinolencias y sensualidades, y en fin por todas partes campeaban solamente desórdenes, envidias, acusaciones, odios, rancores, venenos, destrozos, y cosas así. *Sed corsum haec?* Pregunto ¿de qué sirve hoy la remembranza de tantas y tan asquerosas maldades? Paréceme se me da en los ojos con *Opposita iuxtase opposita* etc. Como si se dijese, para que sirvan aquellas calamidades y miserias, de aborrecer semejantes vidas, de escarmentar en ansias ajenas, y de no incurrir en tales absurdos. Respuesta por cierto verdadera en parte, mas en todo frágil, y no poco diversa del loable estilo que para nuestro bien escogió nuestra Madre la Santa Iglesia Católica, prudentísima Rectora del mundo, como ilustrada y regida por el Espíritu Santo. Ésta nos

representa todos los días la virtud, constancia y santidad de sus justos, para que con su recordación los imitemos y sigamos. Díganme pues ¿a qué propósito tanta impresión de Cornelios en Romance, tanta ostentación de Gentilidad, sino al de estragar ignorantes, y hacer que como inclinados a lo peor, lisonjeen los hombres a sus apetitos con depravados ejemplos de antecesores? Según esto condeno así antiguos como modernos Historiadores, que con afectado estudio, y cuidadosa distinción encarecen los vicios y faltas de quien escriben; supuesto, no es digno de decirse todo lo que corre a la lengua y pluma. Antes conviene eligir cosas que enseñen y encaminen a la perfeción, no incidentes que estorben y divertan los ánimos.

Mas volviendo a mi propósito digo, que en razón de los Históricos discurre por extenso Beroaldo en sus Anotaciones contra Servio. Dicen algunas cosas Policiano en su Lamia; Juan Baptista Bernardo en su Seminario; y el Barbarana en la 3 part. de su oficina. Entre los Historiadores antiguos se cuentan Marsilio Lestio, que trató de *origine Italiae, et Turrenorum*: también Porcio Catón de *origine Gentium, et urbium Italiccarum*: Arquíloco Griego de *temporibus*, Metástenes Persa de *iudicio temporum, et annalium Persarum*: Filón Hebreo de *Temporibus*: Cayo Sempronio de *divisione Italiae*: Quinto Fabio Pintor de *Aureo Seculo*: Beroso Babilónico, y Manetón Egipcio.

De los Astrónomos y Astrólogos. Discurso XXXIX.

LA Astronomía (según Isidoro y otros) parece sea no poco diferente de la Astrología, supuesto trata la misma casi como en teórica, del mundo en universal, de las esferas, y orbes en particular, del sitio, movimiento, y curso de los mismos, de las Estrellas fijas, Aspectos, Teórica de Planetas, Eclipses, Eje, Polos, Cardines, Climas, Hemisferios, diversos círculos, Ecéntricos, Concéntricos, Epiciclos, Estaciones, Retrocesiones, Accesos, Recesos, Raptos, y varios movimientos; con otras cosas pertenecientes a los Cielos y sus Astros; explicando por qué se llamen así los términos desta facultad. Mas la Astrología (hablo de la que se dice natural) pone en práctica y en ejecución los cursos de Cielos y Estrellas, y Estaciones de tiempos, haciendo natural juicio de futuros sucesos; siendo diferente de aquel género de Astrología Judiciaria supersticiosa, que siguen los Matemáticos, en que se describe el nacimiento de los hombres, y sus costumbres, de quien se discurrirá al fin déste, declarando qué suerte de verdad o falsedad se halle en ella, con remitirnos siempre al mejor juicio; y en particular a lo que determina la Santa Iglesia Romana, y Doctores Católicos.

Hablando pues de la Astronomía, y junto de la Astrología natural, que son como hermanas, unidas y abrazadas entre sí, está claro ser ésta, y aquélla; o una tomada por otra; digna de toda estimación. Cuanto a lo primero la encomiendan muchos autores gravísimos, escribiendo Isidoro haber sido los antiguos Egipcios inventores de la Astronomía; si bien los Caldeos fueron los primeros que enseñaron la Astrología en práctica, y también la observancia de los nacimientos. Por eso (según Josefo Hebreo) la aprendieron los mismos de Abrahán, habiéndose (como tiene el mismo) derivado de los hijos de Set, nietos de Adán. Afirman los Griegos haber hallado Atlante esta ciencia; y así fingieron después los Poetas sustentase a Olimpo con las espaldas. Plinio atribuye la invención a Belo, aunque en otra parte a los Fenicios. Escribe Luciano, haber sido los Etíopes los primeros que enseñaron esta facultad, y que de los mismos la aprendieron los Egipcios, si bien con imperfeción. De aquí es atribuir Diódoro Siculo tanta inteligencia de la misma a los Babilónicos y Caldeos; haciendo lo mismo Filón Hebreo. Mas séase quien se fuere el inventor, esta ciencia da por lo menos muestras de ser insigne y célebre, por la

copia de autores famosos que la siguieron; como entre los antiguos Anaximandro Milesio, discípulo de Tales, que fabricó la Esfera, y notó la conversión del Sol, y los Equinocios; Eudoxo Gnidio, nobilísimo Astrólogo, que escribió en versos desta ciencia singularmente; Conón Egipcio, que dejó escritos della siete volúmenes ingeniosos, por quien mereció ser loado de Virgilio en aquellos versos bucólicos:

In medio duo signa Conon, et quis fuit alter?
descripsit radio totum qui gentibus orbem.

Julio Higinio familiarísimo de Quintiliano, que escribió seis libros de los signos celestes; Hiparco Niceo que trató de las estrellas fijas, y del movimiento de la Luna contra Platón; y que (según Plinio) halló los instrumentos Matemáticos; Maneto Egipcio, que dejó escritos en versos los efetos de las Estrellas, como refiere Celio; Cayo Manilio Antioqueno, que hizo Poemas Latinos de la Astrología; Publio Nigidio Fígulo sabio Astrólogo, a quien loa Lucano, cuando dice:

At Figulus cui cura deos, secretaque mundi
nosse fuit, quem non stellarum AEgyptia Memphis.
AEquaret visu, numerisque moventibus Astra.

Cleostrato que halló primero los signos del cielo; Endimión que fue el inventor de la naturaleza de la Luna; causa de que fingiesen después los Poetas haberse enamorado la misma dél; Necepso Rey de Egipcios, a quien Julio Firmico llama Justísimo Emperador y máximo Astrólogo, Arato, Tales Milesio, Teón Alejandrino, Enopides Quío, Arquita, Horo, Apolonio Tianeo, Ptolomeo, Egipcio, que igualó a todos los antiguos en las ciencias, ilustrando los instrumentos que halló Hiparco. Demás se ponen en este Catálogo Timocar, Leptino, Proclo, Menelao, Trasibulo, Doroquio, Alfarabio, Azarquel, Tebit, Andruzagar, Uvelio, Albumasar, Albumeter, Albategni, Mesebala, Egimondo, Betón, Almanzor, Zael, Alquindo, Alboalí, Alí Heben Rodoam, Abrahán, Abenezra, Omar Tiberino; y entre más modernos, el Rey don Alonso, Pedro de Aliaco, Guido Bonato, Sacrobosco, Pedro de Abano, Juan Linerio, Francisco Esculanio, Purbaquio, Moterregio, Blanquino, Lucio Belancio, Stoflerino, Juan Sconer, Cipriano Leovicio, Francisco Soizosio, Francisco Iuntino, Juan Stadio, Gerardo Cremonés, Jacobo Médico hijo de Maestro Isac, Marco Calvo, Maestre Juan de Sicilia, Juan Denaco, Juan Laureaco, Juan Garceo, y otros muchos sumamente doctos así en Astrología, como en Astronomía. Es por el consiguiente la Astrología digna de

recomendación, por la aprobación de hombres doctísimos en otras profesiones que la aprobaron. Aristóteles (según Juan Baptista Avioso excelente Matemático) muestra tener el cielo verdadera acción en estas cosas inferiores, por causa del movimiento, de la luz y de su influencia; sintiendo en otra parte ser todas las virtudes inferiores gobernadas por las configuraciones superiores; y en otra, causarse las generaciones, y corrupciones por acceso y receso del sol en el círculo oblicuo. En los Problemas (como alega Iuntino) reduce la convulsión de los instantes a los movimientos de la Luna: mas particularmente en el proemio de la Política, queriendo mostrar la utilidad de la Filosofía, trae el ejemplo de Tales Milesio; que siendo notado de pobre, mostró despreciaba voluntariamente las riquezas, recibiendo gozo con sólo saber pronosticar de qué manera podría en breve hacerse rico, como le sucedió; porque reconociendo una venidera penuria de aceitunas, reservando mucho aceite, cuando llegó la falta, lo vendió en tanto, que se hizo en un instante rico. De aquí se saca ser la Astrología parte de la Filosofía natural, y utilísima para cualquiera que la poseyere con fundamento. Apruébala asimismo Averroes, por descubrir ser uno de los que atribuyen las primeras cuatro calidades a la acción de los cuerpos superiores, loando grandemente a los antiguos, que dijeron dar algunos de los cuerpos celestes el cálido y seco: algunos el cálido y húmedo: algunos el frío y seco: algunos el frío y húmedo: y así ser las cuatro primeras calidades comunes a los cuerpos celestes. En otra parte confirma tener las Estrellas no sólo la comunicación, sino las proprias acciones sobre cada cosa en su género, como Saturno, que tiene su propria acción en las plantas y minerales, pudiéndose decir lo mismo en las otras Estrellas. Platón afirma, no hacerse nada en este mundo inferior, que deje de tener su nacimiento de celeste causa. Galeno apunta ser toda sustancia corpórea animada, conjunta a los Planetas y Estrellas del Zodíaco, para tomar sus influencias. Damasceno confiesa, suceder los defetos y enfermedades por la variación y mudanza de las Estrellas. Por tanto dijo Alberto Magno aquella insigne sentencia:

> *Dios Criador del cielo y tierra instituyó el cielo sobre los elementos, para que con su movimiento engendrase, corrompiese y conservase todas las cosas*.

Boecio parece decir también lo mismo en aquellas palabras:

> *Dios por sí solo dispone todas las cosas; mas para perficionar las obras dispensa las inferiores por las superiores*.

Santo Tomás de Aquino tiene, gobierne Dios todas las cosas inferiores por las criaturas superiores; esto es, por las segundas causas, y que de la virtud de los cielos reciban aquéllas sus formas y especies. El Suesano entre modernos Filósofos, aprueba la Astrología, habiendo en más lugares hablado loablemente della, y en especial en los libros de sus erudiciones. Pereto Mantuano varón de no poca autoridad, tratando de los prodigios y de sus efetos, los atribuye todos a la diversa posición de las Estrellas, trayendo el ejemplo de aquel niño que pone Abenragel Astrólogo, que en espacio de venticuatro horas habló, pronunció su muerte, y declaró había nacido sólo para manifestar al padre la ruina de su estado. Mas el alto conocimiento de las Estrellas fue por Ovidio elegantemente exaltado en aquellos versos:

Foelices animae, quibus haec cognoscere primum,
inque domos superas scandere cura fuit.
Non venus et vinum sublimia pectora fregit,
officiumque fori, militiaeve labor.

Tocó también esto Virgilio diciendo:

Foelix qui potuit rerum cognoscere causas,
atque metus omnes, et inexorabile fatum
subiecit pedibus.

Escribiendo San Gerónimo a Paulino, afirma, ser utilísima para los hombres la ciencia de los Médicos y Astrónomos. Dionisio Areopagita fue grandísimo inquiridor de la Astronomía, y así por su medio conoció el eclipse milagroso y sobrenatural de la pasión de Cristo, viendo se hacía en el plenilunio, de suerte que exclamó en Atenas:

O padece el Dios de la naturaleza, o se disuelve toda la máquina del mundo.

Cristo Nuestro Señor viene a comprobar la Astrología, cuando en San Mateo dice a los Fariseos y Saduceos:

Facto vespere dicitis, Serenum erit; rubicumdum est enim coelum: Et mane: Hodie tempestas; rutilat enim triste coelum.

El Abad Panormitano la admite por ciencia lícita y verdadera. Santo Tomás concluye diciendo, ser los cuerpos celestes causa de toda alteración y movimiento en este mundo inferior. Scoto es de opinión que tengan las Estrellas acción en elementos, en mistos, en cosas animadas, inanimadas y sensitivas. Sin esto quiere Hipócrates sea el

Médico versado en la Astrología, llamando al que la ignorare ciego y de corta capacidad. Hiparco dice también, ser el Médico sin la Astrología como el ojo que no está en potencia para obrar. Esto confirman Apolonio, y Albumasar, que llama a la ciencia de los Astros principio de medicina. A este propósito apunta Hipócrates, ser la Astrología, si se considera en razón de las cosas superiores, no pequeña parte de la medicina. Hérmetes dice, conviene al médico de necesidad saber y considerar la calidad de las Estrellas y sus operaciones, para que tenga noticia de varias enfermedades y de los días críticos; porque sin duda es alterable la misma naturaleza según los aspectos y conjunciones de los cuerpos superiores. Ludovico Vivaldo certifica, convenir a un Teólogo saber Astrología, por hallarse a cada paso en la sagrada Escritura cosas de los cielos, del curso del Sol, Luna y Estrellas. Y de aquí es, haber hecho Pedro Aliaco Cardenal Cameracense la concordancia de la Astronomía con la Sagrada Teología. Para crecer las honras desta ciencia, propongo junto con Belancio haber sido seguida de inumerables personas doctísimas antiguas y modernas. Entre los últimos se hallan Juan Marliano, Paulo Florentino famoso Matemático, Marsilio Ficino, y Ángelo Policiano, que tuvo por instantes comercio con hombres insignes en esta ciencia. Ensálzanla también Baptista Alberto, Francisco Nino Senés, que la expone; y Luquino su discípulo que la declara, sin otros muchos de quien es favorecida y abrazada. Su provecho es bien notorio. Descubre los tiempos de plantar, sembrar, y contar: rastrea abundancias, o carestías, lluvias, vientos, tempestades, terremotos, pestilencias, mortandades de animales, y cosas así; causa de que Hesíodo Poeta cantase aquellos versos.

Una post decimam foelix incidere vites,
et tempestivam segeti supponere falcem,
tertia post decimam plantantibus optima surgit.

Virgilio hablando de la naturaleza de los Planetas dijo:

Atque haec ut certis possimus discere signis,
aestusque pluviasque et agentes frigora ventos,
ipse pater statuit, quid menstrua Luna moveret,
Sol quoque et exoriens, et cum se condit in undas
signa dabit, solem certissima signa sequentur.

También Francisco Patricio enseña ser la Astrología provechosa en toda República por causa de la agricultura, que expone doctamente a sus profesores. Por eso el referido Hesíodo escribió:

Pleiados est subigenda seges Athlantidis ortu,
haec autem sese estella condente serendum est.

Columela enseña, observarse cualquier día con razón Astronómica así para provecho de las cosas del campo, como para huir muchos peligros, de quien nos hacen cautos los doctos desta disciplina en sus pronósticos.

En suma, la Astrología natural como verdadera, es ciencia utilísima, y necesaria sumamente para la vida humana; mas no por eso dejan de hallarse muchos errores en los autores de la misma, sin infinitas repugnancias que la hacen sospechosa, dándola casi una engañosa estimación, como sucede en todas las ciencias; por manera que Plinio considerada la inconstancia de sus autores, oso decir públicamente ser tal arte de poca consideración. Cuanto a lo primero, acerca de sus principios defieren entre sí Indios, Caldeos, Egipcios, Judíos, Griegos, Árabes, Latinos, y juntamente antiguos y modernos. Platón, Proclo, Aristóteles, Averroes, y casi todos los Astrólogos antes del Rey Don Alonso, pusieron solamente ocho Esferas. Hermes, y algunos Babilónicos pusieron nueve, a cuya opinión se llegan Azarquel Moro, Thebit, Maestre Isac, Alpetrago, y Alberto Magno. Todos los Astrólogos modernos ponen la décima Esfera. El Rey Don Alonso a veces siguió el parecer de Maestre Isac llamado Bazán, teniendo sean nueve; mas cuatro años después que publicó sus tablas, siguiendo la opinión de Albubasén, del Moro, y Albategni, se volvió a las ocho. También Maestro Abrahán Abenezra, Leví, y Abrahán Zacuto, son de parecer no haya alguna Esfera movible sobre la octava. Acerca del movimiento de la misma octava, donde están las Estrellas fijas, combaten asimismo grandemente. Los Caldeos y Egipcios afirman moverse la misma sólo en un modo, llegándose a éstos Alpetrago, y entre modernos Alejandro Aquilino. Los Astrólogos desde Hiparco hasta nuestros tiempos, dicen se revuelve diversamente. Los Judíos Talmudistas, y Tebit le atribuyen doblado movimiento; esto es, el suyo proprio, y el otro de la nona Esfera. Azarquel y Juan de Monterregio, le aplican sólo el de trepidación. Los Astrólogos más modernos le dan movimiento de tres suertes, el uno proprio llamado de trepidación, que se viene a cumplir en siete mil años: otro de giración de la nona Esfera, cuya revolución no se acaba en menos de cuarenta y nueve mil años; el tercero de la décima Esfera, que llamamos movimiento del primer móvil, o movimiento rapto, o diurno, que vuelve cada día a su principio en término de un día natural. Tampoco concuerdan en la medida del movimiento de la

octava Esfera, y de las Estrellas fijas: supuesto dice Ptolomeo, moverse las tales un grado en cien años. Albategni tiene se haga en sesenta y seis años Egipcios, a quien siguen Leví, juntamente con Zacuto, y el Rey Don Alonso el Sabio, en la corrección de sus tablas. Azarquel Árabe afirma se mueven un grado en sesenta y cinco años; Hiparco en setenta y ocho; Josué, Moisén, Abenezra, y Ben Rodoam en setenta; Juan de Monterregio en ochenta.

Menos se ajustan en el movimiento del cielo cristalino, o nona Esfera. Porque cuanto a lo primero es de parecer Alpetrago, haya aún ahora en los Cielos varios movimientos ignorados de los hombres. Tampoco fue hasta ahora conocido el movimiento de Marte, de que se lamenta Juan de Monterregio en cierta carta escrita a Blanquino. Guillelmo de S. Clodoaldo Astrólogo famoso, escribió habrá trecientos años el error deste movimiento, sin que alguno de los que sucedieron tras él le supiese corregir. Lo que más ha parecido imposible, es hallar la verdadera entrada del Sol en los puntos Equinociales, como lo prueba Leví con muchísimas razones. Cuanto al movimiento del Sol, y medida del año, son también por estremo varios Hiparco, Ptolomeo, Maestro Leví, Albategni, Abenezra, y el Rey Don Alonso. De las imágines del Cielo, y de la consideración de las Estrellas fijas, juzgan de un modo los Indianos, y de otro los Caldeos; de uno los Hebreos, y de otro los Árabes. No son menos diferentes en el orden de los Planetas. Algunos con Platón ponen la Esfera del Sol después de la Luna. Los Egipcios ponen el Sol entre la Luna, y Mercurio. Aristarco Samio le puso inmovible en medio del mundo; y cercándole con Mercurio y Venus, puso sobre Venus el orbe Magno, que abrazaba la tierra con los elementos, y la Luna juntamente. Tal error renovó Copérnico, que por esta locura es juzgado de Francisco Maurolico por digno de reprehensión. Arquímedes, y los Caldeos ponen al Sol en el cuarto orden. Metrodoro Quío, Anaximandro y Crates, dicen ser el Sol el último de todos después de la Luna. Entre éstas mezclan otras Estrellas errantes, y luego las fijas; que todas cree Jenócrates moverse en la misma superficie. Mas ya que juntamos las diferencias, y contrariedades de los Astrólogos, es menester añadir lo que dice Andrés Sumario, grandísimo Matemático, hablando del movimiento de las Estrellas en esta forma:

> *Ignoro si se pueden saber los movimientos de las Estrellas; mas sé bien con certeza que hasta ahora no están sabidos.*

Dando por razón suceder esto por el engaño de los instrumentos de que se sirven los Astrólogos, para la medida, por no poderse hacer alguno (según Enrique Maquiliense) tan perfeto, que deje de ser defectuoso por algún camino. Refiere a este propósito Abrahán Judío el ejemplo de dos Astrolabios, formados con suma diligencia por dos hermanos célebres en esta profesión, para observar la altura del Sol en la entrada de Aries; los cuales en vez de mostrar lo mismo fueron diferentes en dos minutos. También el referido Enrique cuenta haber visto otros dos en París, que hicieron una prueba mucho más distante, por haber intervenido la diferencia de cuarenta y dos minutos. Y León Hebreo, según Pico, habiendo imaginado un nuevo, y sutil instrumento de Matemática, llegado con él a la prueba para observar algunos Planetas, dice haber hallado discrepaba uno de otro dos grados, aplicando toda la culpa desto al aire: con que concluyen los adversarios de la Astrología, tener en sí poco de verdadero y cierto. A esta ciencia finalmente pertenece tratar de los orbes, de las Esferas, Ejes, Polos, o Cardines, de quien tratan Proclo, y Cleomedes en el primer libro de los Círculos mayores y menores, explicados por Macrobio. De las Estrellas errantes y fijas: escriben Albategni, y Alfragano, cuyo número conocieron los Sabios ser de mil y noventa y ocho, habiendo tratado de las primeras con diligencia Alejandro Picolomoni, Jorge Purbaquio, Erasmo Osubaldo, Filipo Imiseno, Blanquino, Prugnero, Lucas Gaurico, Taisnerio y otros. Asimismo de los signos celestes, de quien discurre Galeoto Marcio, y el Postelo, declarando, por qué causa los llamen los Astrólogos con nombre de los movimientos celestes, de los sitios, de los orbes, de sus cursos, de las materias, de las formas, de las antegradaciones y retrocesiones, de las Estrellas, de las Conjunciones de los Planetas, de los Aspectos, de las Figuras, y de otras cosas poco convenientes a un breve discurso como éste.

Tres son los principios de la Astrología, el Zodíaco; los Planetas, y las doce casas del cielo. El Zodíaco consta de doce signos, tratados ya en el discurso de los Pronósticos y Lunarios. Estos se dividen en móviles, fijos, comunes; y en cuatro triplicidades, que son aéreos, ácueos, térreos, ígneos. En los Planetas se consideran cinco cosas; casas, exaltaciones, naturalezas, calidades, y aspectos, de cuyos fundamentos se saca aquella Astrología Judiciaria, de que al presente discurriré, pareciéndome será materia bien recebida de los curiosos que la desean ver tratada con alguna particularidad.

Es menester advertir (según declara Pedro de Aliaco, y tras él Francisco Iuntino) haber sido tres las opiniones de los Astrólogos; una de medio, y dos verdaderamente estremas. La primera estrema fue la de los Stoicos y herejes Priscilianistas, que pensaron obraban los cielos en nosotros de necesidad (como refieren San Agustín y Santo Tomás) diciendo, no se podía huir lo que venía de arriba, nombrando hado a esta virtud celeste. Y en esta opinión convinieron (como escribe Cicerón) Demócrito, Heráclito, Empédocles, Austides, y otros muchos Filósofos. Entre Astrólogos Frenecio, Sentirión, y Posidonio. Entre Poetas Lucano, que dice:

Praecepsagit omnia fatum;

Séneca:

Regitur fatis mortale genus ;

Ovidio:

Ratio fatum vincere nulla valet;

Juvenal:

Plus etenim fati valet hora benigni,
quam si nos Veneris commendet epistola Marti.

Y creció tanto este error entre Gentiles, y en especial entre Babilónicos y Caldeos, que (como refiere Filón Hebreo) ofrecieron sacrificios y encienso a las intelligencias que mueven los cuerpos celestes, y en todas sus operaciones observaron el curso de las Estrellas; como si de sólo ellas dependiese la vida y salud del hombre. Por eso amenaza Dios en Esaías Profeta a estos consultores de Estrellas, que sin acudir a Él siguen la vanidad y locura desta opinión en todo falsa, impía y errónea, como quien nos priva de la libertad del libre albedrío, constituyendo a Dios no voluntario, sino natural agente.

La segunda opinión estrema es la de aquellos que niegan, poder las estrellas cosa alguna en nosotros; sino que Dios por sí mismo lo rija todo sin comunicar por algún modo su gobierno a las segundas causas. Esta opinión reprueba Santo Tomás, mostrando, que si bien Dios cuanto al orden dispone toda cosa por sí, cuanto a la ejecución rige los cuerpos inferiores por medio de los superiores. Scoto tiene, obren las Estrellas por naturaleza en nuestros cuerpos, inclinando el alma a bien o a mal. También San Agustín dice:

Non usque quo absurde dici potest ad solas corporum differentias aflatus quosdam valere sidereos.

Damasceno afirmaba, constituir unos y otros Planetas diversos complexiones, hábitos y disposiciones en nosotros. Lo mismo confirman San Dionisio Areopagita, San Buenaventura, y Juan Bacón. Por tanto se puede afirmar por verdadero (dice Santo Tomás) lo que pone Ptolomeo en el Centiloquio, Aforismo 38:

> *Cuando Mercurio en el nacimiento de alguno estuviere en alguna de las casas de Saturno, y él se hallare fuerte en su ser, da capacidad para entender de raíz las cosas*.

Pueden también las Estrellas ser por accidente causa de nuestra buena y mala voluntad; porque cuando el sentido está bien organizado, la voluntad se dobla, y se inclina a regir bien: mas cuando el mismo está desordenado, procede malamente en sus operaciones, respeto de tal inclinación. Por eso hacen los Astrólogos las conjeturas de buenas o malas costumbres, y de infortunios o prosperidades; y así Santo Tomás dice:

> *Por la mayor parte aciertan los Astrólogos en lo que toca a juzgar las costumbres de los hombres, porque son pocos los que resisten al sentido*.

Y en otra parte;

> *Aunque Dios mueva nuestra voluntad, el Ángel la ilustre, y el cielo la incline a obrar bien o mal; con todo eso cuando alguno fuere dichoso, se dirá cuanto a Dios bien regido; cuanto al Ángel bien guardado; cuanto al cielo bien nacido*.

Por manera, que si alguno pudiese saber la virtud de los signos, y de las Estrellas puestas en ellos, conocería con certeza cuánta fuese la influencia del cielo, y se podría pronosticar de toda la vida del nacido: si bien ninguna de aquellas cosas impone necesidad, pudiéndose en más modos impedir por Dios y por los hombres; porque

> *Sapiens dominabitur Astris*,

como afirma Ptolomeo.

La tercera opinión de en medio es la de los mas sabios, que tienen, obren los cuerpos celestes en nosotros contra la vía segunda; mas no por necesidad contra la primera. Ahora con esta distinción se responde generalmente a los calumniadores de la Astrología Judiciaria; declarando ser reprobada la que impone necesidad en las cosas. En esta conformidad dice la Glosa de un decreto:

> *No se reprueba aquella Astrología que deja de imponer necesidad en los cuerpos superiores*.

Así concede la Iglesia la que dice inclinar las Estrellas; mas no necesitar. También se afirma, ser reprobada la Astrología Judiciaria, cuanto a una investigación superflua y supersticiosa. Por eso dice San Agustín:

> *Olvidose ya entre Católicos la Astronomía; porque en tanto que con demasiada curiosidad se ocupaban en ella, atendían menos a las cosas que importaban más para la salud de las almas*.

Y caían por su ocasión muchas veces los hombres en idolatría, creyendo ser necesitadas las criaturas de los cuerpos celestes, no siendo verdadero, como refiende Bartolomé Sibila. Mas porque Pico Mirandulano (si acaso aquel tratado contra los Astrólogos no es de Fray Gerónimo Sabonarola, como algunos tienen) se alargo, y no poco contra la Judiciaria, hiriendo y maltratando junto con otros a los Astrologantes deste género, iré tocando algunas objeciones, que éste con muchos secuaces apuntó contra ellos, y pondré las respuestas del Belancio, y de Fray Miguel de Pietrasanta, para que los aficionados puedan deleitarse con la sutileza de unos, y prontitud de otros; sin dejar de añadir otras cosas, sólo con intento de que la verdad se descubra y manifieste mejor.

Dicen cuanto a lo primero, ser vana esta Astrología; por haberla menospreciado los más insignes Filósofos del mundo; como Platón, Aristóteles, Demócrito, Epicuro, Séneca, y otros. Este fundamento reprueba Belancio con decir, que tampoco escribieron de Música, de Perspectiva o Geometría, y no por eso se puede concluir, sean tales ciencias vanas. Fuera de que arriba se discurrió haber atendido a ella muchos graves Filósofos. Traen segundariamente contra los Astrólogos Judiciarios, la autoridad de Esaías Profeta:

> *Estén agora contigo, y dente salud los agoreros del cielo, que contemplaban las Estrellas, y computaban los meses, para anunciarte lo futuro: ves que se han vuelto casi como arista, el fuego los abrasó; y no librarán sus almas del Infierno*.

Y más adelante:

> *Esta sabiduría y ciencia tuya te engaño. Vendrá sobre ti todo mal, sin saber su principio. Precipitarán sobre ti calamidades, a quien no podrás poner límite*.

Donde parece condena Esaías al descubierto estos adivinos. Mas responden los adversarios, proceder esta autoridad contra la falsa opinión de los Stoicos, Babilónicos y Caldeos, que ponen el hado: y esta es respuesta de Belancio, de Iuntino, de la Suma Armila y de Santo Tomás, que para concluirlos mejor convienen en que yerran grandemente los Astrólogos, si quieren poner alguna necesidad de hado; si piensan proveer a todas las cosas de los orbes, si entienden conocer las particulares diferencias de las cosas que anteveen; si no quieren sujetar, y cometer todo lo que muestra el cielo a la divina voluntad; si creen no suceder algunos casos por divino querer, fuera de todo el orden de los cielos: así que contra estos tales procede la autoridad de Esaías. Lo tercero muestran ser incierta la ciencia Astrológica, por autoridad de Ptolomeo en el primero de los Apotelesmos, donde se dice:

> *La Astrología antes se ocupa sobre cosas verisímiles, que en determinar con verdad alguna dellas.*

A cuya autoridad responde Belancio, haber tenido Ptolomeo en aquel lugar, ser universal el conocimiento del Astrólogo; y por eso imperfeto: y aunque se conozcan muchos particulares, se tiene dellos conocimiento en universal; como sucede en todas facultades: y afirma, sería cosa por estremo necia lo entendiese Ptolomeo de otra suerte; supuesto, muestra claro en los Aforismos, rastrearse con esta ciencia cosas humanas y divinas. Lo cuarto por autoridad de Alí, afirma Pico también, ser nada eficaz, antes frívola aquella parte de Astrología, llamada Elecciones. Esto reprueba Belancio en todas maneras, teniéndolo por pura falsedad, puesto que en el comento sobre el sexto Aforismo dice todo lo contrario. Lo quinto, porque los Astrólogos dicen, que si un afortunado se llega al que es infeliz, participa el uno de la calidad del otro; según la potestad de las figuras, y su predominio; y así puede ser dispuesto a diversas calidades el enfermo del Médico, el esclavo del señor, y el hijo del padre. Por esta razón se burla Belancio de Pico, alegando a Santo Tomás en su defensa, que dice:

> *La Imán atrae el hierro por la virtud de los cuerpos celestes, y las piedras y yerbas tienen otras fuerzas ocultas; así no es de impedimiento, que también algún hombre tenga por el influjo del cuerpo celeste alguna eficacia en algunas obras, que otro no tiene; como el Médico en sanar; el labrador en plantar, y el soldado en pelear.*

De aquí es añadir el proprio, verse cada día Médicos excelentes, que raras veces sanan enfermos; y otros no tanto, que los curan divinamente. Niega asimismo que de los cuerpos inferiores, se saquen las propriedades celestes, que no se pueden atribuir a los elementos; y Belancio dice lo contrario, por autoridad de Scoto que afirma, engendrarse en algunas regiones los metales por medio de los influjos, porque la tierra no causa estas diversidades. Dice asimismo S. Tomás, ser cosa manifiesta conseguir también los cuerpos animados fuerza, y eficacia de los cuerpos celestes, sin las que alcanzan de los elementos para las calidades activas y pasivas que, no hay duda, sino que están sujetas a las constelaciones celestes. Mas sin Mirandulano hay otros muchos que arguyen contra los Astrólogos, probando, no poder tener los mismos noticia del celeste influjo, porque aún no está formada la revolución del cielo que se hace en treinta y seis mil años, de quien apenas hemos discurrido una pequeña parte. A cuya objección responden los Teólogos, que se puede tener noticia por la ciencia infusa en nuestro primer padre Adán, dejada por sucesión a sus decendientes; y esto basta. Puédese también responder con Ricardo de Montepulciano clarísimo Matemático, negando tal movimiento de la nona Esfera, como lo niega él en cierto tratado suyo; donde responde a las razones traídas en contrario; o concediéndolo, dice hacerse la generación, y alteración de las cosas inferiores, sólo por el movimiento de los Planetas, y de los luminares debajo del Zodíaco, de cuyos movimientos se ha hecho muchas veces esperiencia, y que el movimiento de la nona Esfera confiere poco a éste, por causa de su tardanza. Algunos alegan asimismo esta razón, que nacerán dos gemelos, a veces no semejantes de cuerpo, ni en lo demás: como Procles, y Crístenes Rey de Lacedemonia, que fueron de un vientre, y con todo eso la vida del primero fue más breve, y mucho más gloriosa. El segundo ejemplo que alegan, es de Jacob y Esaú, que fueron de cuerpo, y ánimo por estremo diferentes; y así parece no se pueda hacer juicio que valga de tales cosas por vía de Astrología. Y porque los Matemáticos suelen responder ser la constelación momentánea, debajo de quien nace uno, por cuya causa naciendo éste tras aquél con intervalo, es menester decir, sean diversas las constellaciones; se opone S. Agustín diciendo, que si esto fuese así, se seguirá haber de tener un hombre diversas constelaciones, cosa que redundaría en no pequeño inconveniente; porque nunca el parto viene de una vez, sino sucesivamente, según las partes; y así cada una tendría su constelación. A esto responden

los mismos hacerse toda la impresión celeste en todo cuerpo humano, luego que sale el nacido, en brevísimo espacio de tiempo, y por eso varían en un momento las inclinaciones entre dos que nacen. Es bien verdad que Jacob y Esaú hicieron sus operaciones mayormente diversas, por causa de las libres voluntades del cielo. Al argumento de San Gregorio, que en una ciudad a una misma hora nacerá un hijo de un Rey, y otro de un labrador debajo del mismo Ascendente del cielo; y con todo con el discurso del tiempo, el hijo del Rey sucederá en el Reino, y el del aldeano labrará la tierra, y será pobre, y jornalero: responden, no haberse observado jamás que nazcan dos en el mismo punto preciso de hora: y si por ventura acaeciese esto en diversas regiones, tendrán el cielo variamente puesto por la diversidad de los Horizontes, y Meridianos. Mas aun cuando se concediese, se dice hacerles diversos los padres naturales, y las voluntades, según que uno es más o menos afortunado. Fuera de que los Astrólogos no tienen ser el cielo del todo causa de nuestras dichas, o infortunios, sino conforme la sujeta materia, que según su disposición recibe más, o menos el influjo celeste. Esta misma respuesta se da a Marco Tulio, cuando dice que más personas pudieron nacer en un mismo tiempo, debajo de las mismas constelaciones de Homero, de Africano, y de Alejandro: y con todo eso jamás se han visto otros Alejandros, otros Africanos, ni Homeros. Y cuando el depravado Calvino (robando el mismo argumento de Marco Tulio) pregunta si en una sola batalla (como sucede muchas veces) mueren setenta mil personas, como intervino en la de Canas, si es menester señalar un Horóscopo solo, y una sola constelación a estos muertos todos en una ocasión, pareciendo ser esto cosa ridícula; responden, que por particular constelación pueden todos concurrir en una muerte violenta, pudiéndose ocasionar la misma del cielo en diversos modos; y también puede ser una general constelación que tenga virtud de mover guerras, y así mueren por las mismas, teniendo mayor afinidad unos que otros con tal constelación. A los que dicen saber solo Dios lo venidero; responde Santo Tomás, saber solo Dios las cosas futuras con noticia cierta, y determinada de todas ellas; mas que los hombres pueden tener universal conocimiento, y no bien distinto. Hállanse también fuera déstos algunos que contrastan la Astrología, arguyendo primero por la autoridad de Esaías que dice:

Anunciad las cosas venideras, y sabremos que sois dioses;

a quien se responde, ser sólo Dios el que puede saber las cosas futuras, que tocan a la libertad humana: por tanto Scoto dice no podrá

el Antecristo saber los pensamientos y apetencias del hombre en tal hora. Mas Zael (siguiendo la superstición de los Astrólogos del tiempo de Esaías) quiere conocer por la ciencia de las interrogaciones, si un convidado comerá en el convite de un plato, o más; lo que manifiestamente se reprueba por falso. Traen sin éstas otra autoridad de Esaías, que afirma:

> *Ego primus, et ego novissimus, et absque me non est Deus, quis similis mei vocet, et annuntiet, et ordinem exponat, ex quo constitui nihil populum antiquum quae ventura sunt annuntiet eis*.

A cuyo lugar se responde, prohibir Dios allí solamente la Astrología divinatoria supersticiosa. A la otra autoridad del libro de los Reyes, que los hijos de Israel fueron castigados, porque se ocupaban en adivinaciones; se responde atendían a ellas por encantos, y agüeros del todo vedados. A la autoridad de Jeremías:

> *Iuxta vias gentium nolite discere, a signis coeli nolite metuere, quae timent gentes*;

se responde, se prohíbe aquí el temor del cielo en aquellas cosas que miran la voluntad del hombre, como dice Santo Tomás: mas Mesalac quería saber con certeza por vía de Astrología, si uno había de ser Rey, o no. A la autoridad del Eclesiastés:

> *Grande es la aflicción del hombre, porque ignora lo pasado, y no tiene quien le anuncie lo futuro*;

se responde; tratarse allí contra los que se llaman Astrólogos, y quieren saber por vía de supersticiones, si una mujer es doncella, o no; si ha parido, o no. Éstas sigue Zael en su libro de las interrogaciones. Asimismo se contradice el yerro del referido autor, que quiere por vía de interrogaciones conocer si un hombre ha de engendrar en tal mujer, o no. A las otras del Eclesiastés, donde está escrito,

> *Si ignora el hombre lo que pasó antes que naciese, ¿quien le podrá juzgar lo que está por venir?*

se responde ser locos aquellos Astrólogos que quieren conocer todos los particulares, como fue Zael, puesto que según Ptolomeo, el Astrólogo se debe abstener de pronosticar cosas singulares, constando la ciencia (según el Filósofo) de las cosas universales, y no de los individuos, porque sólo los inspirados de Dios anuncian las cosas particulares. Por eso dice Ptolomeo:

A te et ab stellis est scientia,

casi infiriendo se requiera esta luz particular de Dios. A la sentencia de San Pablo,

Dies observatis, menses tempora, et annos, timeo ne forte sine causa laboraverim in vobis:

se responde, reprueba el Apóstol la observación de los tiempos acerca de tomarse, o recibirse los sacramentos, y hacerse las oraciones; superstición que reinaba por ventura en los Gálatas: porque también Alí Abenragel quiso se diesen la Circuncisión y el Baptismo mientras la Luna estuviese elevada sobre Venus, como se vee en la parte séptima de su Suma, c. 33. A la autoridad de Job,

Nunquid nosti ordinem coeli, aut rationem eius pones in terra?

se responde, concluye tal autoridad no poder alcanzar perfetamente la Astrología judiciaria, cosa que se concede. Al lugar del Concilio Anquiritano, donde dice

Qui divinationes expectant, et morem gentilium sequuntur, sub regula quinquennii iaceant:

se responde prohibirse allí no la Astrología Judiciaria, sino el adivinar por vía de Nigromancia, Geomancia, Hidromancia, Piromancia, y semejantes. Al del Concilio de Martino Papa, donde están escritas las siguientes palabras restrigadas en el Decreto en la causa veinte y seis,

No es lícito a los Cristianos seguir la tradición de los Gentiles, y observar, ni respetar los elementos, los cursos de Estrellas y Luna, ni el vano engaño de los signos en razón de labrar casas, de mieses, de plantar árboles, o casarse:

se responde con la glosa de aquel lugar, esto es,

Illi reprobantur, qui credunt necessitatem superioribus, unde non est dicendum quod superiora sint causae rerum, licet sint signa rerum.

Al lugar en que en Alejandro III manda sea impuesta penitencia de un año a un clérigo que por recuperar cierto hurto de la Iglesia, había simplemente mirado en el Astrolabio; se responde haber sido condenado tal clérigo, porque dio crédito a la falsa doctrina que defiende Zael en su libro de las interrogaciones; esto es, que por tal ciencia se pueda saber si un ladrón es doméstico, o forastero. A los lugares de las leyes Civiles, donde está escrito ser lícito aprender, y ejercer la Geometría; mas no el arte Matemática por ser condenable, y del todo vedada: y de nuevo en el mismo lugar, que ninguno pena de

la vida ose consultar agorero o Matemático; se responde, no entenderse allí Matemáticos por Astrólogos divinatorios, sino los magos, o hechiceros. A la autoridad de S. Gerónimo registrada en el Decreto, causa veinte y seis, donde llama superstición,

Observare auguria, requirere cursus stellarum, et eventus ex his rimari,

se dice, reprueba en aquel lugar S. Gerónimo la Astrología divinatoria, que excede los términos de la ciencia, la cual es enseñada por Abrahán Abenezra, queriendo se sepa por la ciencia de las interrogaciones si una cosa hurtada se recuperará, y si volverá un esclavo fugitivo. Al argumento fundado en el dicho de S. Basilio, donde afirma ser la misma arte ocupadísima vanidad; se responde entenderse de la Astrología demasiado curiosa y llena de locuras Geománticas. Al otro fundado en dos autoridades de San Gerónimo, donde hablando de los Astrólogos dice,

Hi sunt qui elevantur adversus scientiam Dei, et omne quod geritur in seculo, fictum sibi scientiam pollicentes, referunt ad opus stellarum, et occubitus mathematicorum sequentes errores.

La otra sobre Esaías;

Hi sunt qui vulgo appellantur Matematici, et ex astrorum cursu, lapsuque siderum res humanas regi arbitrantur, et cum salutem aliis promittant, sua ignorant supplicia,

se responde, contradice San Gerónimo en la primera autoridad a los Matemáticos que tienen estar sujeta al cielo la humana voluntad: y en la segunda se opone contra los Astrólogos que quitan la libertad del albedrío, haciendo por estremo mal. Al lugar de San Agustín, donde hace una invectiva contra el que eligió una hora precisa para juntarse con la mujer, se responde, procede rectamente habiendo habido algunos que creyeron (errando) obre el cielo necesariamente en las costumbres del nacido. Por eso tiene lo opuesto Ptolomeo. A la otra autoridad del mismo santo en que dice:

Nihil tam contra Christianos, quam si arti Matematicae adhibeant curam, haec enim inimica dignoscitur legi Dei,

se responde, habla San Agustín de los que por ganancia dicen cosas que no se pueden saber por los hombres, contra el precepto de Ptolomeo. A la otra del mismo, sobre aquellas palabras,

Ego sum vitas,

donde dice:

¡A cuántos oh buen Dios engañaron los Matemáticos, los cuales por la mayor parte prometiéndose ganancias hallaron daños!

se responde también en el referido modo. Finalmente a la del mismo, donde dice:

Genethliaci appellat sunt propter natalitiorum considerationes, etc.

y a la que se halla registrada en el cuarto libro de las confesiones con estas palabras:

No dejaban de consultar aquellos Planetarios, a quien dicen Matemáticos, y a quien excluye y condena la Cristiana piedad:

se responde, reprueba en aquellos y otros lugares San Agustín los falsos Astrólogos, que creen obrar los cielos necesariamente en los actos y costumbres de los hombres. Al paso de S. Ambrosio, cuyo tenor es,

Algunos intentaron explicar las calidades de los nacimientos; que es, cuál sea cualquier nacido, siendo esto no sólo vano sino inútil para los que lo inquieren y buscan,

y después añade:

Fueron los Apóstoles redimidos y congregados de entre pecadores, no por la hora de su nacimiento, habiendo sido santificados sólo por la venida de Cristo,

se responde, habla San Ambrosio contra los que afirmaban producirse los actos humanos necesariamente del cielo; y también la entrada del Paraíso. Por tanto añade en el mismo lugar:

El ladrón condenado a cruz no por el beneficio de su natividad, sino por la confesión de la Fe paso a los gozos del Paraíso. A Jonás precipitó en la mar, no la fuerza de su nacimiento, sino la transgresión del divino precepto,

con cuya sentencia conforma Ptolomeo mientras dice:

Non cogitemus ea quae accidunt ex coelo esse necessaria, ut quae sunt a Deo.

Demás arguyen algunos así contra la Astrología, Albumasar dice haber significado la conjunción de dos infortunios, el nacimiento de Mahoma; y otra que después significó su muerte, proposición que casi excede los términos de Astrología. Sin esto afirma, haber significado otra conjunción la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, lo que parece sea herético. A lo que se responde, haber hablado

Albumasar osadamente, y haber pasado los términos contra la doctrina de Ptolomeo, que no quiere venga el Astrólogo a lo que es tan particular. Otros arguyen a los Astrólogos, respeto de juzgar por las imágines del cielo que fingieron los hombres, como confiesa Albumasar. Respóndese, que aunque las hayan fingido los hombres, los efetos de las Estrellas en tales figuras imaginadas son probados con la experiencia, como dice él mismo, y Santo Tomás. Fuera desto afirman, decir Hermes que si alguno tuviere a Mercurio en el sexto lugar de su nacimiento, se convertirá de una fee en otra, que es cosa vana, no pudiéndose conocer por la posición del cielo; infiriéndose de aquí, ser también vana la Astrología. A esto se responde, no poder saber el Astrólogo realmente cosa alguna con certeza en las que conciernen a la voluntad del hombre, como dice Ptolomeo. Y la sexta casa (según Alcabicio) es de servidumbre y enfermedad, y no inclina a religión, como la nona. Demás se arguye en ésta forma: los tiempos de los verdaderos conocimientos son raras veces iguales, como afirma Pedro de Aliaco, diciendo:

Raro concordant coniunctiones mediae et verae, nisi quando Planeta est in auge, vel in opposito augis sui epicicli.

A que se responde, no debe el Astrólogo hacer juicio asertivo, porque sus juicios median entre lo necesario y lo posible, como dice Ptolomeo. Parece pues quede en pie la defensa de la Astrología Judiciaria, habiéndose respondido a todas las objecciones y argumentos más fuertes de sus adversarios, en testimonio de que se traen muchos Pronósticos que salieron verdaderos, como el de Spurina, que recita Plutarco; el cual advirtiendo a César se guardase de los Idus de Marzo, habiendo llegado éstos sin daño del mismo, y quedando por eso como burlado de Astrólogo, dijo el propio.

At venerunt illi quidem, sed tamen no praeterierunt.

Y así sucedió, que en tal día le mato Bruto en el Senado. Fuera desto anunció Asclatarión Matemático a Domiciano, había de ser muerto, de que ofendido y escandalizado el Emperador, preguntó de qué género de muerte había él de acabar: y respondiendo, que en breve había de ser mordido y despedazado de perros, Domiciano para mostrar la locura del Astrólogo, le hizo matar, y enterrar con diligencia: mas con todo eso fue por un caso improviso descubierto y despedazado de perros, quedando el mismo Emperador de allí a poco muerto; según había pronosticado el Astrólogo. Valerio Máximo refiere, que habiéndose pronosticado a Esquilo debía morir de un

golpe, que desde alto había de caer sobre su cabeza, huyendo cuanto podía los techos, un día que se hallaba en el campo, una águila dejó caer sobre ella una tortuga, de que murió. Los Caldeos pronosticaron a Agripina madre de Nerón (según Suetonio) había de suceder su hijo en el Imperio Romano, mas que la había de matar; sucediendo así uno y otro. De Silerico Matemático se halla escrito, haber anunciado a Otón, debía imperar tras Nerón breve tiempo, saliendo verdad. De Sula Matemático cuenta Téxtor, que preguntado por Calígula del modo de su muerte, dijo seria con violencia, y acertó. Elio Matemático predijo el Imperio a Adriano, pasando de la misma manera. Plinio refiere de Anaxágoras, que adivinó había de caer en la Olimpiada 78 una piedra desde el cielo, y cayó junto al río Egeo. En otro lugar dice, haber dedicado los Atenienses a Beroso una estatua con lengua de oro por sus verdaderos pronósticos. Plutarco en la vida de Alcibíades, y de Pirro, dice de Mesón, que hallándose en la milicia, y anteviendo había de perder su parte (como sucedió) se fingió loco, y de aquella manera alcanzó licencia, conservando su vida. Mas ¿qué diré de Augusto, que habiendo oído de Teógenes Astrólogo, le prometía su genitura el Imperio Romano, le dio tanto crédito, que divulgó tal juicio, y estampó luego una moneda con el signo de Capricornio, debajo de quien había nacido? Bien se descubre pues con tantos ejemplos la verdad de la Astrología Judiciaria. Así es ella la que inquiere los grados del ascendente ignoto por la Trutina de Hérmetes, que declaran Albubater y Leopoldo, o por la regla Animodar, que exponen Omar Tiberino, Antonio Montelono, Sconer, y Guido Bonato: o por la regla de los ascendentes buenos o malos de la persona nacida, que explican Cipriano Leovicio, Juan Stadio, y Valentino Nabot. La misma declara conjunciones, aspectos, disposiciones de estrellas fijas, figuras de nacimientos, accidentes de Planetas en los signos del Zodíaco, direcciones de casas, y sus tablas; y en fin todos los juicios de cosas universales.

Por otra parte se hallan hoy ciertos Astrólogos, que procuran cobrar reputación con el vulgo, probando lo que dicen con la variedad de tantos pronósticos y reportorios, como publican con expresa mentira de sus dichos, si bien observan en esta parte admirable cautela; poniendo en las manos de las gentes Lunarios como las respuestas de Apolo, tan escuras, y dudosas por una parte, que ni la Esfinge ni Edipo las sabrían desatar: y por otra parte comunes, que pueden en un instante aplicarse a muchos Príncipes, a diversas naciones, y a un mismo tiempo a infinitas cosas. Ni es gran

trabajo el emprender estas adivinaciones, supuesto entre tantas estrellas como hay en el cielo, es necesario haya algunas que prometan bien, y otras mal. Por eso pueden muy bien decir, que tendrán algunos vida, honras, riquezas, grandezas, vitorias, salud, hijos, amigos, matrimonios, Prelacías, Magistrados; y otros muerte, desesperaciones, calamidades, destierros, enfermedades, desgracias y miserias. San Ambrosio pone el ejemplo de un Astrólogo de su tiempo, que prometió cierta lluvia que sumamente deseada para el día de la Neomenía, y no vino, hasta que finalmente se alcanzó por los ruegos de la Iglesia. El Pico pone otro que en Bolonia (madre de los Astrólogos) dijo, había de llover grandemente cierto día señalado, habiendo sido el más sereno que jamás se vio. También apunta por singular el ejemplo de Gerónimo Manfredo único Astrólogo, que pronosticó a Pino Ordelafo, Príncipe de Forli, en aquel año que él murió, una vida larguísima; sin conocer tampoco su fatal muerte: porque el proprio año en que sucedió, había prometido decir cosas notables, y maravillosas del año siguiente. El mismo engaño refiere haberle sucedido a Pedro Atendolo, mancebo ingenioso, por la falacia destos vanos y por estremo engañosos adivinos. Así Cicerón se burla de los Astrólogos deste género que pronosticaron a Craso, a César, y a Pompeo, morirían en sus propios lechos, en la patria, en felicidad, y viejos; sucediendo todo al revés. Por manera que no es maravilla si Eudoxo oyente de Platón, varón doctísimo en Astrología, y Príncipe de los Astrólogos (según Tulio) dejó escritas las siguientes palabras:

> *Caldaeis in praedictione, et in notatione cuiusque vitae ex natal die credendum minime est*:

y Panecio Stoico nombra a Arquelao, y a Casandro, grandes Astrólogos de su edad; los cuales en las otras partes de Astrología fueron excelentes, mas no quisieron usar esta Judiciaria, ni enredarse con ella: Diógenes Stoico concedió bien, que pudiesen pronosticar alguna cosa de las naturales inclinaciones, y de la aptitud natural por vía de su ciencia; mas no los ingenios, las costumbres, los ánimos, la forma del cuerpo, las acciones de la vida; los casos y sucesos humanos. Así es de notar, ser supersticioso el querer juzgar de los actos y advenimientos con firme certeza por vía de constelaciones, como dice San Antonino: porque quita la libertad del albedrío, y las Estrellas no tienen ningún influjo sobre nuestras almas derechamente para mover la voluntad, o entendimiento del hombre, si bien los Planetas y las Estrellas constituyen diversas complexiones, disposiciones, y hábitos en los cuerpos donde predominan, de la

calidad de cuyas complexiones son incitados en las potencias sensitivas (fijadas a los órganos del cuerpo) diversos movimientos de pasiones, inclinaciones a varios vicios, y pecados, en cuyo modo se dice ser inclinado el hombre por las Estrellas a pecar: no obstante puedan tales inclinaciones derivarse también de otras causas, como de la mala guarda de sí mismo, o por la depravada costumbre que se convierte en naturaleza, o por alguna diabólica sugestión. Por tanto Halicarnaseo, Arquelao, Eudoxo, Casandro, Horquiliace, con gran número de modernos, confiesan, no poderse hallar cosa cierta en la ciencia de los juicios, así por otras infinitas causas operantes fuera del cielo, como por la libertad del alma del hombre, y por la buena inclinación del mismo, por cuyo medio puede impedir los influjos celestes, que inclinan, mas no fuerzan, como dicen los referidos autores. También por causa de las reglas de los juicios, que conteniendo en sí manifiesta oposición, como prueba Pico Mirandulano, no pueden dar los Astrólogos alguna certeza de adivinar; y así no es maravilla si Suetonio Tranquilo refiere haber mandado Tiberio se echasen fuera de Roma los Astrólogos, aunque después revocase el edito, prometiendo emendarse con dejar semejante facultad. Tampoco es de admirar refiera Cornelio Tácito, haberlos desterrado dos veces Vitelio Emperador, trayendo a la memoria el pecho o alcabala que en Alejandría pagaban estos Astrólogos, llamado *Blaceminón*, que suena locura; supuesto consiste toda su ganancia en una locura ingeniosa, si es que no la queremos llamar engaño, acudiendo a ellos solamente hombres menguados, y faltos de juicio natural, porque si la vida del hombre, sucesos, y suerte, se causara necesariamente de las Estrellas, no fuera menester tomar nosotros algún cuidado, sino dejarles el cargo a ellas, y sería superfluo plantar horcas para ladrones, maldecir la crueldad de los tiranos, y bendecir la virtud de los hombres justos, sino en todas cosas volverse contra las Estrellas, acometiéndolas a espada y capa con oprobrios. Por eso son ridículos los antiguos y modernos Poetas, que desfogando sus locos amores, llaman por instantes a las Estrellas impías y crueles, riguroso al destino, y acervo a su hado, infiriendo, se hallen todas las Estrellas conjuradas para su ruina. Mas sobre todo es de argüir la temeridad de algunos peores que infieles y herejes, que quieren, dependa, y se reconozca de las Estrellas el don de la profecía; la fuerza de las religiones, los secretos de la conciencia; el imperio sobre los demonios; la virtud de los milagros; el poder de los ruegos, y el estado de la vida futura. Por esta causa quizá dice

Lactancio, haber sido la Astrología invención de demonios. Últimamente por dar a este punto entero cumplimiento, pasan con todos los menosprecios del mundo aquellos Astrólogos que pronostican a otros lo venidero, sin saber anunciar para sí lo presente, como el Astrólogo a quien Tomás Moro hizo un Epigrama, porque adivinaba las cosas de otros, ignorando le agraviaba públicamente su deshonesta mujer. Asimismo se burla Marulo Poeta de cierto Belioto Astrólogo que no conoció el veneno que se le dio en una copa, diciendo.

Dum cavet Astrologus perituris sydera nautis,
dum sibi Boletis non cavet, ipse ponit.

De la Astronomía dice algunas cosas Ángelo Policiano en su Panepistemón, junto con Juan Tomás Frigio, libro 9, y Pedro Gregorio en su Sintaxi.

De los Músicos, así Cantores, como Tañedores, y en particular de los Pífaros. Discurso XL.

MUCHOS son los que indignamente vituperan la honrosa disciplina de la Música, alegando no sólo infinidad de ejemplos, sino de autoridades célebres, para que sus palabras adquieran entero crédito. Mas esta vez yo espero confutarlas con redoblada copia de más famosos autores, porque siquiera me queden los Músicos en alguna obligación. Dicen pues los que sienten mal de la Música, haberse hallado hombres inteligentes y sabios, que no sólo la excluyeron, sino que claramente la vituperaron. Refiere Plutarco, que entendiendo Filipo había cantado Alejandro su hijo suavemente en cierto lugar, le reprehendió diciendo:

> *¿No te avergüenzas de saber cantar bien? bástale a un Príncipe tener ocio para oír cuando otros cantan*.

También se lee del mismo Alejandro, que cantando otra vez, le rompió la cítara Antígono su Ayo, añadiendo:

> *Ya es tu edad más conveniente para reinar, que para cantar*.

Alcibíades Ateniense asimismo despreció de tal manera el Canto, y la música, que acostumbró llamarla cosa indigna de persona libre. De los Romanos refieren todas las historias que la tuvieron en sumo desprecio, dándola de mano en especial Scipión Emiliano, y Catón, como profesión ajena de las buenas costumbres Romanas. Por tanto cuenta Suetonio en la vida de Nerón, haber venido el mismo en poquísima estima y reputación acerca de todos, por ser en estremo dado a la Música; y particularmente no avergonzándose de salir al teatro, tocando, y cantando en él; contra quien escribió Juvenal aquellos versos,

> *Haec opera; atque haec sunt generosi Pincipis artes*
> *gaudentis foedo peregrina ad pulpida saltu*.

Los Reyes de Persia y Media ponían los Músicos entre los truhanes, haciendo poca estima de tales profesores. Los Egipcios también (según Isidoro) no querían que aprendiesen los mancebos la

Música, juzgando, volviese la misma sus ánimos demasiado tiernos, y afeminados. Por eso Polibio Megalopolitano (según Éforo, y Ateneo) dijo haber sido hallada la Música sólo para daño y fraude de los hombres. Esto dieron a entender claramente las mujeres de los Siconios, persiguiendo tan fieramente a Orfeo, con decir hechizaba y corrompía con la Música los ánimos de los varones. Homero introduce al famoso Héctor llamando vil en las armas a Paris, como quien había adquirido el amor de Elena con el canto lascivo.

San Gerónimo advierte no se oyan en la Iglesia músicos de teatros. Gregorio Pontífice en esta conformidad dice:

> *Así por el presente decreto ordeno, y mando, no deban cantar en esta sede los ministros del santo altar*, etc.

Pero más en particular se muestran éstos contra la Música Orgánica, y juntamente Rítmica, valida y acetada no poco de ingeniosos y sabios oídos; alegando referir Plutarco la poca estima que hizo della el generoso Rey Pirro pues siendo loado en un convite por excelente cierto Músico, mostró no hacer cuenta de tal plática, y mudando discurso, respondió le parecía Polipercontes un señalado Capitan. Antístenes Filósofo, habiendo oído nombrar a Ismenio por único sonador de flauta, o pífaro, dijo, era sin duda un vicioso; porque a ser hombre honesto no hubiera atendido tanto a tal profesión. Refieren también, que tocando Palas cierta vez una Zampoña, y viendo su sombra en la laguna Tritonia, se juzgó tan contrahecha, que por despecho rompió, y arrojó el instrumento. De la misma manera quebró Alcibíades una destas Zampoñas, traída por Antigénides, que era el mejor tañedor de aquel tiempo, avergonzándose de tocarla, por la fealdad que causaba a su bello rostro. Válense también de que S. Gerónimo escribiendo a Leta Matrona, y enseñándola el modo de criar a su hija en buenas costumbres dice:

> *Surda sit ad organa; thybia, lyra, cithara, ad quid factae sint, nesciat.*

Estas y semejantes razones tienen de su parte los contrarios de la Música: mas se responde, ser todas frívolas, y de ninguna eficacia. Cuanto a lo primero Filipo Rey de Macedonia, no reprehendió a su hijo Alejandro, porque se deleitase de la Música, ni por esta precisa causa le rompió Antígono la Cítara, sino porque se daba mucho a ella, por cuyo respeto se desviaba de las cosas más importantes del Reino; debiéndose la Música usar sólo por pasatiempo, y no gastar en ella la mitad, y más del tiempo, como hacen muchos; y esta fue por ventura la ocasión que no la abrazase Alcibíades, por tener el ánimo

encendido, y atento a cosas más gloriosas, y elevadas, acordándose de dicho de Solón, que debía el Príncipe especialmente estar ocupado en la contemplación de acciones grandes. Y si los Romanos la despreciaron, procedió de ser por naturaleza belicosos, y de costumbres antes severas que blandas; y esto ocasionó que la condenasen en Nerón, como desigual en esta parte a las costumbres Romanas: y también porque el mismo con notable indignidad la usaba, hasta en los públicos teatros, en presencia de la plebe con intento de conseguir gloria, mínima en comparación de la que por virtud de las armas habían adquirido los Césares antecesores suyos. Si los Persianos, Medos, Egipcios, y las mujeres de los Siconios persiguieron la Música, y Polibio la detesto, como a demasiado lasciva, sucedió por ser la Música un arte que se puede usar, así en bien como en mal; y por ventura, porque en aquellos tiempos la usaban sus profesores para incitar los ánimos humanos a sólo sensualidades. Y así con alguna razón pudieron vituperar los tales, no la propia facultad, sino sus profesores. Demás, que se podría responder, no ser justo perturben la gloria de la Música, ilustre por mil ejemplos, las consecuencias de hombres bárbaros, que ignoraron qué cosa fuese virtud. Ni la reprehensión hecha por Héctor a Paris quita la honra y estimación que se le debe: porque no le reprehende por el son, sino por el canto lascivo, y porque siendo Capitán Troyano, quisiere adquirir antes el amor de su dama con la voz sonora, que con las armas en la mano, más conformes y convenientes al mismo; aunque el famoso Héctor (como se puede decir también) procede en aquel lugar, como quien es: porque siendo todo inclinado al furor de Marte, reprehende en otros la blandura del ánimo, contraría a su naturaleza. A la autoridad de San Gerónimo se dice no prohíbe, ni condena la Música en la Iglesia, sino aquel modo de canto particular que usaban los antiguos Trágicos en los teatros, tomando sujetos a su modo. Y el Pontífice Gregorio entiende (como dice la glosa de aquel decreto) prohibir a los ministros Diáconos preparados para cantar el santo Evangelio, el ocuparse en otra suerte de canto fuera del altar. Sin esto por lo que toca a los músicos, el Rey Pirro habló como guerrero, cuando sin condenar al Tañedor, antepuso en su respuesta a Pelipercontes Capitán; y Antístenes trató a Ismenio quizá como a vicioso, por hallarse en su tiempo la Música corrompida de tal manera, que no tocaban en ella sino puras lascivias; y así condenó la parte que era digna de vituperio. Y si Palas y Alcibíades aborrecieron el son de la zampoña, fue por ser de instrumento tal,

que disminuía en gran parte la belleza y decoro de sus rostros. Finalmente al paso de San Gerónimo se responde, que allí reprehende el son de cosas mundanas con afectada y suma delectación; supuesto se debe usar sólo (también según Anacarsis) por recreación y alivio del ánimo: porque recreado con tal deleite, esté más pronto y despierto para las obras gloriosas. Mas oyan ahora los Zoilos del concento armónico por cuántas partes viene a ser ilustre y señoril esta disciplina de la música. Cuanto a su origen es nobilísima, y por estremo señalada. Beroaldo y Horacio Flaco le atribuyen un principio divino, diciendo:

> *Cuius origo coelestis memoratur, ipsiusque ratione mundum esse compositum, Pythagorici vulgaverunt.*

Y no sin razón o fundamento; porque los cielos (según Cicerón y Macrobio) se mueven armónicamente. Y Platón señala a todos una Sirena, como por intelligencia, o asistente; porque *Siren* en Griego significa armonía. Y esto tienen Marsilio Ficino, Calcidio Platónico, Ángelo Policiano, y Poncio Tiardeo. También afirman los estoicos, haberse hecho el mundo con artificio armónico y musical. Por eso dijo Pselo contener la Música toda cosa, por no haber alguna hecha sin ella, y sin Geometría. Asimismo Iamblico, Porfirio, Calcidio, Próculo, y Siriano afirman (según Francisco Georgio) no haber hallado la naturaleza para producir la máquina del mundo cosa más antigua, que la armonía. Por eso Timágenes dijo, era la misma antiquísima sobre todos los estudios de las letras. Diversos Autores aplican su origen a diversos sujetos. Plinio cree la hallase Anfión tenido por hijo de Júpiter, y Antiopía; así dice el poeta:

> *Yo canto aquello que Anfión solía*
> *cantar, llamando al pasto su rebaño*;

y Stacio:

> *Diré cómo Anfión llevó los montes*
> *a los muros de Tebas con su canto.*

Los Griegos (según Eusebio) atribuyen a Dionisio el principio de la misma; mas él quiere fuesen Ceto y Anfión hermanos (que vivieron en tiempo de Cadmo) los verdaderos inventores de tal arte. Solino tiene, trujese la Música su primer origen de Candía. Polibio hace sus inventores a los de Arcadia. Diódoro atribuye a Mercurio el ser primero, y en hallar las voces de la armonía Filostrato y Gregorio Giraldo concuerdan con Diódoro en hacer inventor a Mercurio.

Camaleón Póntico (según Ateneo) juzga, derivarse su antigüedad del canto de los pájaros. Mas Isidoro afirma (por opinión de otros) haber sido Pitágoras el primero que la hallase por el son de los martillos, y por el herir de las cuerdas estendidas. Con todo eso Moisés hace inventor a Jubal, diciendo:

Ipse fuit pater canentium cithara et organo.

Y sus notas cantables halló (según quieren todos en general) Guidón de Arezo, hombre por causa desta invención, digno de inmensa estima, y de infinito honor. Hallada pues esta excelente disciplina, fue casi de todo el mundo abrazada. Los Arcades (según el mismo Ateneo) tenían por ley aprenderla desde niños, para cantar los himnos ordenados en honra de sus falsos dioses, obligándose a las leyes que acerca desto formaron Timoteo, y Filoseno Músicos; por juzgar cosa indigna el no saber cantar. Entre todos los antiguos (dice Filocoro) hubo costumbre de cantar, mientras sacrificaban a Baco y Apolo. Por eso Arquíloco escribió estas palabras.

Sic Regis dionisii pulchrum cantum Dithyrambicum incipere novi vini fulmine mentem percussus.

Entre los Griegos fue honrada la Música con todas veras; por lo que Temístocles Ateniense (según Tulio) fue juzgado persona indocta, por haber en un convite rehusado la lira y el canto. Por otra parte fue loado Epaminundas Tebano, por ser tan versado en uno y otro. De aquí es referir Quintiliano un proverbio célebre entre Griegos, que era hallarse los indoctos lejos de las Gracias y Musas. Licurgo Autor de durísimas leyes tuvo, haber dado la naturaleza la Música al hombre, para que con más facilidad sufriese las fatigas humanas; y así la puso todo lo posible en gracia de los Lacedemonios. ¿Qué diré de los autores illustres, que maravillosamente la celebraron? Platón (según Quintiliano) la juzgó ciencia necesaria al hombre político. Homero dice de Aquiles, que cantaba en Música las alabanzas y méritos de los ilustres varones, poniendo de Femio lo siguientes versos que tradujo Natalis Comes:

Plurima norat enim hic oblectamenta virorum
facta, deumque hominumque canit quae plurima cantor.

Esta costumbre dice Dión haber observado asimismo los Bárbaros. Damón Ateniense afirma en honor de la Música, deleitarse las almas liberales y buenas con cantar alabanzas: mas las injustas y malas estar

acostumbradas a obrar todo lo contrario: siendo la melodía mortal enemiga de los malos afectos y pasiones.

Aristóteles dijo hallarse la Música colocada entre las disciplinas ilustres, que solían aprender los muchachos de aquella antigüedad. Esta verdad manifiesta también la autoridad de Aristófanes (en Quintiliano) que muestra haber sido antiquísima constitución de aquellos primeros tiempos. Por tanto Menandro cómico muy antiguo, introduce un viejo, que dice haber dado grande salario a los Cantores, porque le enseñasen a un muchacho hijo suyo. El Beroaldo loando en una oración la Música, dice:

Musica adeo delectabilis est, ut eius dulcedine cuncta capiantur.

El elegante Filostrato hablando de la Música, dice los siguientes maravillosos efetos:

Quita la tristeza a los tristes; crece al alegre la alegría; enciende más al amante; eleva para internarse más en las cosas superiores; enseña y aclara el sentido; lleva dulcemente donde quiere el ánimo del oyente, deleitando el alma.

Teófilo Citaredo también en su alabanza apunta:

Permaneciente y gran tesoro es la Música; da ser a las costumbres, compone y mitiga los ardores de la ira.

Quintiliano tratando bien copiosamente de su estimación, dijo estas dignas palabras:

¿Quien ignora ser en aquellos antiguos tiempos la Música no sólo seguida y estudiada, sino también venerada con tanto estremo, que fueron juzgados sus profesores por adivinos y sabios?

El doctísimo Isidoro afirma asimismo, no poderse hallar alguna disciplina perfeta sin la Música. El Astrólogo Ptolomeo refiere (para su mayor decoro) aplacaban los antiguos sus deidades con Canto y Música. Y en fin con la de Ángeles quiso nacer Cristo, y con la de Hosanna ser recebido el Domingo de Ramos. En las sagradas letras somos por momentos incitados a la Música, diciendo el Profeta:

Cantate Domino canticum novum.

Y en otra parte:

Psallite Domino in cithara et voce Psalmi:

conociendo se celebra en el cielo con Música el triunfo de la gloria de Dios, dejando el mismo señalados tonos con que se habían de cantar

y entonar todos los Psalmos, perdiéndose por el descuido de los hombres el conocimiento de aquella Música. En grande alabanza suya resulta también, que viese San Juan en su Apocalipsi aquellos animales que cantaban un nuevo Cántico al Señor. Ni es menos digno que diga el Sabio en el Eclesiástico:

Vinum et Musica, laetificant cor:

cosas que acompañan muy bien los Músicos destos tiempos. Sus milagrosos efetos se descubrieron cuando Pitágoras Filósofo (según Tulio y Boecio) enfrenó la locura de un mancebo lunático y furioso, sólo con la mudanza de la voz, y dulzura de su instrumento. Y Damón obró lo mismo, como testifica Galeno. De Peón Médico se lee haber sanado con la Música a un enfermo, que se hallaba desahuciado de salud y vida. Asclepíades escribe, causaba mucho provecho a los frenéticos el cantar y sonar dulcemente. Teofrasto y Aulo Gelio afirman sosegar la Música el dolor de la ceática y gota. De Empédocles se cuenta, que habiendo sido un huésped suyo injuriado de otro; y por eso inflamado de grandísima ira, le hizo pasar el enojo con la suavidad del canto. Refiere Boecio haber sanado Ismenio Tebano a muchos que tenían dolores en los muslos con la melodía. Timoteo Músico (según Plutarco y Dión) encendía a su albedrío con el canto Frigio el ánimo de Alejandro de tal manera, que belicoso y fiero corría a tomar las armas. Cuenta el mismo Plutarco de la hermosa Lamia haber lisonjeado con la suavidad del canto los oídos del Rey Demetrio de tal suerte, que no podía sentir cosa más dulce, que la suavidad de su voz. Y en otra parte dice haber Tales Milesio quitado la peste de Candía sólo con el medio desta armonía divina. Cuenta los Poetas de Arión Lesbio, que habiendo descubierto una conjura contra sí de ciertos marineros, se arrojó por miedo al mar, habiendo antes tocado con la Cítara, y cantado después algunos versos; de cuya dulzura atraído un delfín le recibió sobre sus espaldas, y le llevó a Licaonia antes que llegasen los compañeros con la nave: en memoria de cuyo caso le fue levantada una estatua con un Epigrama en Griego, que vuelto en Latín por Rafael Volterrano dice:

Cernis amatorem qui rexit Ariona Delphin
a Siculo subiens pondera grato mari, etc.

Ovidio hace mención dél diciendo:

Ille sedet, Citaramque tenet pretiumque vehendi
cantat, et aequoreas carmine mulcet aquas.

Es casi increíble lo que cuenta Plinio de Crisógono Músico, que en el bajel enderezaba con tal arte las manos de los navegantes, que la voz que conformaban al mover de los remos con el canto acomodado por el mismo, causaba a los circunstantes una dulzura maravillosa: y de Terprando Lesbio dice, haber aplacado muchas veces con la dulce melodía de su voz, los ánimos de los Espartanos, sumergidos en discordias. Paso en silencio autores antiguos desta egregia disciplina; pues sin otros, hubo un Laso Herminio, que tienen algunos haber sido el primero que compusiese sobre la Música; un Aristoxeno Tarencio, llamado según Plinio, el Músico, por la singular noticia de tal arte: el otro Aristoxeno Griego, que fue entre los de su patria el primer inventor de las razones Músicas, y de los instrumentos de sonar; un Teón, un Alipio, Gaudencio, Isacio, Apuleyo, y Boecio doctísimos Comentadores de la misma. Dejo sus tantos modernos Maestros, como Adriano, Cipriano, Iaqueto, Iusquino, Orlando, Constante, Porta, Alejandro Strigio, Mateo Asola, Cerlino diestro teórico y prático, Enrique Glariano, Franchino Gasoro, Fabro Stapulense, Emanuel Brienio, Juan Tintor, Herman Finquio, Mateo Romero, y Felipe Rugero Flamencos. Entre Españoles, Cristóbal de Morales, el Abad Salinas, Juan Navarro, Francisco Guerrero, Periañez, Zaballos, Rodrigo Ordóñez, Vivanco, Juan de Esquivel, Vicente Espinel, sin otros muchos.

Mas acerca del son en particular; ¿qué gloria, qué alabanza no se le puede atribuir? Cuánto lo primero Quintiliano afirma, haberse dedicado los Romanos en los convites con los sones, siendo tan severos en lo demás, y así dice.

> *Sed veterum quoque Romanorum epulis fidias, ac tibias adhibere moris fuit*.

Entre los Griegos era tenido el son en tanta estima y reputación, que fue por universal consentimiento en un convite preferido Cimón a Temístocles, sólo por haber cantado dulcemente con la lira: y añade Marciano, que publicaban al son de lira muchas ciudades de la Grecia sus leyes y decretos. Tucídides refiere asimismo usaban en las guerras los Lacedemonios sones de Cítaras, y Liras, como ahora los de trompetas, y atambores; animándose con ellas en las batallas. Y esto mismo apunta Aulo Gelio de los Candiotas. Mas a este propósito es memorable el ejemplo de los Lacedemonios, cuando en la jornada que hicieron contra los Mesenios, habiendo vuelto ya las espaldas al valor de los enemigos, Tirteo mudando el son con la flauta infundió tanta alegría en su parte, que embistiendo animosamente al enemigo,

casi de vencidos fueron al improviso vencedores. Herodoto grave Histórico refiere, usaba Haliates Rey de Lidia conducir en su ejército tañedores de Cítaras y Flautas.

De las Amazonas antiguas se lee movían al son de Zampoña las armas para combatir. Afirma Teopompo acostumbraban los pueblos Getios, tocar Cítara cuando en alguna Embajada se hacía paz. Hasta el gran Poeta Homero en el principio de la Ilíada introduce a los dioses tocando, mientras dice:

Formosam Citharam manibus tenebat Apollo
Musarum voces variantes haeque canebant.

También Virgilio introduce tocando a Iopas Citaredo, famoso con la Cítara; y a Eneas con su compañía, que le está oyendo, así dice:

Cithara crinitus Iopas
personat aurata docuit quae maximus Atlas.

Sócrates Filósofo, tan severo y grave, aprendió en edad de sesenta años a tocar Cítara, o Lira. Quirón Maestro de Aquiles, le enseñó la Música entre las primeras disciplinas, queriendo el sabio Preceptor se hallasen a menudo ocupadas en el son, manos que habían de derramar tanta sangre Troyana; quizá para templarlas con él. De Cayo Graco cuenta Marco Tulio, tenía cuando oraba al pueblo un esclavo escondido detrás, que con el son de una flauta le iba apuntando la voz para que la formase más dulce y graciosa. Homero introduce a Democo tocando en el convite del Rey Alcinoo, y juntamente adquiriendo nombre de célebre Músico. ¿Cuántos ha habido que por tañedores se hicieron en el mundo ilustres, y célebres? A Filamón ensalza Ovidio en aquellos versos:

Nascitur e Phoebo (namque est enixa gemellos)
Carmine vocali clarus citharaque Philamon.

Marciano Capela, celebra a Orfeo, Anfión, y Arión; en esta forma:

Nam Orphaeus, Amphion, Arionque doctissimi, aurata omnes testudine consonantes, flexanimum pariter reddidere concentum.

Apolo es celebrado por Valerio Flaco mientras dice:

Musarum chorus, et citharae pulsator Apollo.

También son nombrados Dorceo entre Tracios; Hiparco, y Rufino entre Griegos; Eunomio entre Locresios, mereciendo una estatua que tenía una Cítara en la mano, sobre quien estaba sentada una Cigarra, habiéndole sucedido que en el contraste que tuvo con Aristóteles

Músico real, se rompió a su Cítara una cuerda, y fue suplido el son por una Cigarra que acaso se detuvo sobre ella. En tiempos modernos son celebrados por buenos tañedores de varios instrumentos. Melchior Neidsiler Tudesco, Valentino Gref Valcfart de Panonia, el Bindela Trevisano, Matías Romano, Julio César Barbeta, Francisco de Milán, Andrés de Viola, Gerónimo Udene, Ascanio de Bolonia, Claudio de Correzo, Vicencio Balaver. Entre Españoles; de órgano Antonio Cabezón, Diego del Castillo, Silvestre, Bernardo Clavijo, Peraza, Bosque, Baltasar de Hermosilla y otros: de Corneta, Juan de Peraza, Juan Baptista de Medina, Morales, y otros. De Vigüela, el Abad Maluenda, el Licenciado Baltasar de Torres, Fuenllana y Enríquez. De Guitarra, Vicente Espinel (autor de las sonadas y cantar de sala) Benavente, Palomares, Juan Blas, sin otros en varios géneros de instrumentos.

Mas cuanto a los Pífaros en particular, Plinio dice haber sido Mercurio su primer inventor: Diódoro, y Eusebio le atribuyen a Marsias, otros a Apolo, y dicen tenía su imagen (que estaba en Delo) en la diestra el arco, en la siniestra las Gracias, cada una de quien llevaba un instrumento de Música, una la Lira, otra el Pífaro y la de en medio la Flauta. Los Pífaros se hicieron desde principio (según Polidoro Virgilio) de canillas de grullas, y de cañas, con que Tocenio Dardano ordenó se tocase. Cuenta Vicencio Cartari, se celebraba en Roma a los trece de Junio en honor de Minerva, la fiesta llamada los Quincuatro menores que duraba solos tres días, y era fiesta propia de Músicos de Tibias, andando como en máscara sonando por la ciudad; y después se juntaban todos en el templo de Minerva (que entonces estaba abierto) casi como reconociendo della el arte y su provecho. Dice más, haber sido tan grande el número de Pífaros, y haber llegado a tanta estima y reputación, que tuvieron privilegio de congregarse en el templo de Júpiter, para hacer banquetes y fiestas. El son (hablando en universal) tiene efetos milagrosos y divinos. Alegra, y sosiega los ánimos de tal manera, que parecen absortos en el gozo y placeres del Paraíso: por eso le hizo Homero compañero de los convites, diciendo:

Convivii Citharam quam dii fecere sodalem.

Mitiga todas las pasiones de la ira y enojo que oprimen el ánimo, y el corazón: y así Clinia Pitagórico (según Camaleón Póntico) cuando estaba iracundo, tomaba la Cítara, y preguntado que hacía tocando, respondía, *Mitigor*. De Pitágoras dice Quintiliano, haber con el son de la flauta mitigado más veces la desenfrenada licencia de algunos, que

movidos de ardiente sensualidad querían ultrajar la casa de una casta y honestísima mujer. Horacio afirma, haber con la Lira movido Anfión los hombres silvestres y fieros, para que se volviesen benignos, afables y humanos. Recita Beroaldo haber Asclepíades sanado los sordos con el son de las trompetas. Jenócrates con el órgano libraba los Hidropicos. Escribe Estrabón recibir deleite los Elefantes, con el son del Atambor. Los Cisnes se suspenden con la Cítara; las ovejas y corderos reciben alegría con la Zampoña, y Caramillo, y los ciervos se dejan coger con el son de la Flauta. Al último toda la Música se halla con perfección en las capillas de Pontífices, Reyes, Duques, y Prelados, donde acude la florida tropa de cuantos nobles y diestros Músicos se hallan. Aquí se oye la perfeta Eufonía, que es la dulzura y suavidad de la voz; aquí el son; aquí el canto; aquí el arsís; aquí el Tersis, que son el principio y fin de la voz elevada. Aquí se oye la armónica modulación de las voces concordantes, donde se engendra la verdadera Sinfonía, que es un temperamento del grave y del agudo con los sones acordes. Mas queriendo dar alguna noticia particular de la misma Música es de notar acerca de sus modos, que Polimestres y Sacadas Argivo, antiquísimos autores, dan particular loa al Frigio, al Dórico y Lidio. Safo Lesbia al Mixolidio, de quien la misma fue inventora; o como dicen otros. Tersandro, o Pitoclides Trompeta, o Lamprocles Ateniense, como afirma Lisias. Con todo Porfirio no aprueba el Frigio, antes le intitula Barbárico, porque sólo es acomodado para incitar a batallas y furores. Algunos le llaman Báquico, como furibundo, impetuoso y turbado; con cuya armonía se lee haber sido concitados a las armas muchas veces los Lacedemonios y Cretenses: y un mancebo Taurominitano (como dice Boecio) provocado deste canto Frigio, corrió a quemar la casa, donde estaba escondida una ramera. Platón vitupera también el Lidio, como agudo y lamentable; siendo el Dórico preferido del mismo, y de Ateneo a todos los otros como magnífico, grave y modesto; partes por quien le tuvieron en suma veneración en tiempos antiguos los Cretenses, Lacedemonios, y Arcades, leyéndose del Rey Agamenón, que estando para ir a la guerra Troyana, dejó en casa un Músico Dórico, para que con el pie espondeo conservase en honestidad y castidad a su mujer, que jamás pudo ser corrompida de Egisto, hasta que el mismo mató al Músico con cruel engaño. Otros condenaban también el Mixolidio como demasiado melancólico, y sólo acomodado para tragedias: otros (como Lucio Apuleyo) añaden el Hiastio y el Eolio: otros el Jónico,

como Heráclides Póntico: otros el Hipermixolidio, como Ptolomeo: otros el Hipodomio, el Hipofrigio, y el Hipolidio: y otros como Marciano, según la doctrina de Aristoxeno, forman quince en todos, singulares en su género. Esta ciencia comprehende (hablando en sus términos) todas las consonancias, y primero el aire, el tono con sus variedades, el semitono mayor y menor, y juntamente el Diesis; después el unísono, el ditono, semiditono, tritono, diatesarón, diapente, exacordo mayor y menor, cuyas consonancias son llamadas de los modernos tercera mayor y menor; quinta, sexta mayor y menor: y dícense consonancias simples, tras quien se siguen las compuestas, que es la octava llamada Diapasón; la décima, la duodécima, la decimatercera, la decimaquinta, y otras en infinito, si en infinito pudiesen proceder la voz y el son. Síguense los tres géneros con que se teje y traba todo canto; esto es, el Díatónico, el Cromático, y el Enarmónico, que se ha perdido ya. Después el Contrapunto, y luego el Modo, el Tiempo, y la Prolación con sus maneras. Tras esto la voz del canto, del Tenor, del Bajo, del Contralto; del Contrabajo, y el Canto Firme; el Figurado, las Síncopas, las Pausas, la Señal, Contraseñal, y el cantar con el Son, con las voces de más suertes; Sineces, Diastematices, Unísones, Consones, Episones, Emelos, Egmelios: y las notas con su valor, que es Máxima, Longa, Breve, Semibreve, Mínima, Semínima, Corchea, Semicorchea y Puntos: y así las notas Llenas, Vacías, en ligadura, Cuadradas, Oblicuas, Ascendentes, Descendentes, Perfetas, Alteradas, Imperfetas, de quien está llena toda la Música. Los instrumentos que se usan en la Orgánica y Rítmica armonía son Órgano, Claviórgano, Clavicímbano, Realejo, Címbalo, Clavicordio, Monacordio, Arpa, Vihuela, Laúd, Discante, Guitarra, Cítara, Tiorba, Vihuela de arco, Chirimías, Cornetas, Flautas, Dulzainas, Sacabuches, Orlos, Bajones, Clarines, Trompetas, Cornamutas, Rabel, Zampoña, Pito, y otros puestos por varios autores en sus libros.

Mas entre tantas alabanzas y honras se puede aplicar alguna mengua a los Músicos, sobre ser muchos dellos tan fantásticos y caprichosos, que jamás se puede saber cuándo tengan humor de cantar, y se hacen tal vez tanto de rogar, que cansan con su obstinación desvanecida, y después cuando comienzan, nunca acaban. Así dijo Horacio bien a propósito tratando dellos:

Omnibus hoc vitium est Cantoribus inter amicos,
ut nunquam inducant animum cantare rogati,
iniussi nunquam desistant, etc.

Sin esto, fueron los más de los Músicos antiguos, tan amigos del vino como del canto, si bien tuvieron alguna razón, por ser el mejor ministro de la alegría, de quien se deriva la Música; aunque sería justo usar dél templadamente en toda ocasión. Así decía Anacarsis, no hallarse en la Scitia músicos ni trompetas, porque carece de viñas. Otro vicio principal suyo es, que por momentos se deleitan en cantar antes lascivos Madrigales, y Romances ridículos, que motetes de Iglesia, y cosas espirituales, que les podrían causar la salud del alma, y el perfeto y cumplido contento del corazón; por tanto son semejantes al antiguo Gnesipo, inventor de vanos cantares entre los Griegos, como dice Ateneo, imitando a Safo, Anacreonte, y Sapadoro, en corromper los labios Latinos, con deshonestos amores, dando indicio de la sensualidad que reina en ellos.

En suma, pone muchas cosas pertenecientes a los Músicos Celio Rodiginio, lib. 3 de sus antiguas lecciones, cap. 25, 26, 27, 28, y 29. También el Bernardo en su seminario en la palabra Música; Pedro Gregorio Tolosano en sus Sintaxis; Ángelo Policiano en su Panepistemón. Pedro Crinito trata de los Sonadores en el lib. 12, ca. 12, de honesta disciplina. Y de uno y otro Juan Tomás Frigio, lib. 7. De la Música práctica se puede ver a Otomaro Luscinio, a Pedro Aroón, Juan María Lanfranco, Iaquete Berchen, Iusquino, Juan Frosquio, Hocheglem Maestro de Iusquino, y Abusnois, famoso entre otros.

De los Sepultureros, Funerales y Colgadores de Iglesias. Discurso XLI.

LLÁMANSE en Latín los Sepultureros *Vespiliones*; y Marcial hace mención de Diaulo, por estremo diestro y pratico en el ejercicio de enterrar muertos. Sepultábanse entre Romanos los difuntos en las ciudades, y en las proprias casas; mas fuese poco a poco perdiendo esta costumbre. Después fue vedada por leyes públicas, mandando se enterrasen fuera de la ciudad: sólo a tal premática no estaban sujetos los Emperadores, ni las vírgines Vestales, porque unos y otras podrían ser enterrados en la ciudad. Hízose respeto de que el mal olor no engendrase corrupción en el aire, y se siguiesen della a los vivos mortíferas enfermedades; o porque estuviesen los hombres más promptos para defender las ciudades, y sus confines, sin sufrir se acercasen tanto los enemigos, que pudiesen violar las memorias y sepulcros de sus antecesores. Así se ponían en los campos junto a los caminos públicos, y más frecuentados, para que todos los que pasasen por allí, fuesen incitados a hacer obras dignas y famosas con la memoria de hombres gloriosos, puestos en aquella parte, siendo estos lugares guardados por los antiguos con mucha religión. Las leyes de Solón daban pena no leve a quien hubiese violado, o corrompido la sepulturas de los muertos, que en los primeros tiempos se hallaban puestas sobre los montes en especial, cuando eran de hombres ilustres. De aquí fue después introducido el uso de las Pirámides, y el poner las Colunas sobre los Sepulcros como hacían los antiguos. Propone Plinio por no antigua costumbre entre Romanos, la de quemar los muertos, siendo el primero que la observó Lucio Sila; y esto hizo por no pagar la pena del talión, habiendo hecho desenterrar el cadáver de Cayo Mario su enemigo: por tanto dudó no sucediese otro día lo mismo al suyo. Por lo que toca al oficio de Enterrador, sólo se puede apuntar ser algo vil, respeto de la calidad; mas por estremo caritativo y religioso, cuando se hace con el debido modo, y como conviene. Con esta forma piadosa ejercitó Tobías este menester, y muchos hombres y mujeres de la primitiva Iglesia, dando sepultura a los cuerpos de los Mártires con suma caridad y amor.

Cuanto a los Funerales y Obsequias, se halla haber sido Numa Pompilio entre Romanos su primer instituidor, eligiendo un Pontífice para que tuviese cuidado desta observancia. El primer honor que se solía hacer en las obsequias de varones ilustres, era loallos con una oración funeral, siendo el primero que oró Valerio Publícola en la muerte de Bruto. Lo segundo, hacer los juegos Gladiatorios, habiendo sido Marco y Decio hijos de Junio Bruto, los primeros que los introdujeron en honra de su difunto padre. Lo tercero, un convite sumptuosísimo. Lo cuarto, repartían carne entre la plebe. También usaban algunas veces tras las obsequias derramar sobre la sepultura varias flores, y olores, como hizo el pueblo Romano a Scipión: y los que no podían sobrellevar el gasto, hacían de partes de noche llevasen los Vespiliones, o Sepultureros, los Cadáveres vestidos de blanco a la sepultura, y el más cercano pariente le cerraba los ojos: después abrían el aposento, y dejaban entrar toda la familia, y vecindad, y tres dellos le llamaban tres veces en voz alta, luego le lavaban con agua caliente, y el heredero barría la casa con ciertas escobas deputadas para sólo eso, poniendo sobre la puerta ramos de ciprés; y si el muerto era de autoridad, convidaba uno los ciudadanos a sus obsequias, y las mujeres del muerto se adornaban de blancos vestidos. Platón refiere, llevarse en su patria en las obsequias hábitos blancos, sin llanto o sollozo alguno; y dos coros, uno de quince muchachos, y otro de quince muchachas, asistían alrededor del ataúd, hasta que los sacerdotes recíprocamente loaban al difunto, y todo el día cantaban su felicidad. Seguíanse después los muchachos cantando himnos, y tras ellos las muchachas, acompañadas de algunas viejas. Con todo eso fue muy confusa entre los Gentiles la costumbre de enterrar; porque Servio refiere, conservarse cualquier muerto entre los Romanos en su propia casa ocho días, y al último se abrasaba, y el noveno se sepultaban sus cenizas, teniendo de aquí origen los días Novendiales, celebrados antiguamente en honra de los difuntos. El mismo autor testifica, iba el pueblo delante en los entierros de Reyes, y nobilísimas personas, con hachas encendidas a honra suya. Por eso dice Virgilio en la muerte de Palante:

Era la vía luciente por las hachas.

Persio cuenta las siguientes cosas en las obsequias,

La trompa, las candelas, y el Cadáver
puesto en alto lecho aquí se mira.

Algunos de los antiguos añadían a las trompetas los Pífaros, y Tímpanos a fin de que oyendo tal son, sintiesen menos pena los que lloraban los muertos; y así lo dice Alejandro Afrodiseo. Cuando se despedían del difunto, le saludaban con mucho afecto; por eso Virgilio escribe de Palante aquel verso:

Fata vocant: salve aeternum mihi maxime Pallas,
aeternumque vale,

Cicerón refiere, embalsamaban los Persas los Cadáveres con cera, para que se conservasen más largo tiempo en la sepultura. Cuenta el mismo, no haber jamás los Magos sepultado algún difunto de los suyos, si primero no había sido mordido de las fieras. Los Hircanos crían perros aposta para hacerles tragar las carnes de sus muertos. Los Trogloditas ataban la cabeza del Cadáver con los pies, y le llevaban así alrededor con risa, y fiesta, y después le sepultaban sin hacer diferencia de un lugar a otro. Los Sabeos arrojaban dentro del estiércol, hasta los cuerpos de los Reyes. Los Otófagos (según Celio) echaban los cuerpos de sus difuntos en la mar. Los Mesagetas se comían a sus muertos, pareciéndoles más decente sepultura el vientre del hombre que el de los gusanos. Los Esendonscitas de Asia acostumbraban cantar en la muerte de padre y madre, y despedazar sus cuerpos con los dientes, comiéndolos mezclados con carne de oveja. Los Egipcios luego que moría uno, le sacaban los sesos por la nariz con un hierro, llenando aquel vacío con olores, después le cortaban el vientre con una piedra de punta aguda, y sacadas las entrañas, le llenaban de olores molidos, y ungiéndole después con goma, le envolvían en una sábana, y los parientes hecha una imagen de hombre de madera, metían el cuerpo en ella. Los Scitas enterraban con el muerto los que en vida le habían sido más caros. Quien quisiere ver por extenso las estrañas ceremonias de los antiguos, lea a Celio, a Téxtor, y a Silio Itálico. Basta que el sepultar y hacer exequias a los muertos, fue inventado por Hércules según Téxtor. Mas la Sagrada Escritura lo contradice, leyéndose muchas obsequias hechas por diversas personas antes que naciese Hércules. Finalmente en los Funerales se consideran el cadáver, las andas, el ataúd, la cubierta, las luces, las cofradías, la clerecía, el enterrador, el cerrar los ojos al muerto, llorarle, lavarle, vestirle, ponerle en las andas, llevarle en hombros, cantarle, incensarle, y meterle en la sepultura. Después volver a casa del difunto, enlutarse, condolerse, celebrar novenarios, trigésimos, y aniversarios, hacer adornar el sepulcro de epitafios, y

otras cosas así; de que se puede notar lo más importante en Polidoro Virgilio.

Suceden en último lugar los que cuelgan, y adornan las Iglesias para fiestas y solenidades principales, o los monumentos en la semana Santa, según la costumbre de la Iglesia Católica, donde se ponen en obra Rasos, Damascos, y varias colgaduras junto con cuadros, hiedras, laurel, ciprés, enebro, y otros adornos a este modo, que tienen tanto más de espléndido cuanto están mejor preparados, distintos, más ricamente, y con mayor artificio, y novedad de invención.

De algunas cosas tocantes a los funerales trata Celio Calcañino en el tratado *Colectanea vetustas*: Celio Rodiginio, li. 9, cap. 43, 44, y 45, de sus antiguas lecciones: y en el lib. II, cap. 59, Pedro Vitorio, lib. 3 de sus varias lecciones, cap. 12, y en el 2, cap. 7, y en el 9, cap. 14, y en el 10, cap. 20. También Beroaldo en sus Anotaciones contra Servio. Por el consiguiente Alejandro de Alejandro, lib. 12 de sus días Geniales, ca. 2, y 7. Y sobre todos, Lelio Giraldo que compuso un libro doctísimo de *Vario sepeliendi ritu*.

De los Mensajeros, Nuncios, Correos, Postillones, y Estafetas. Discurso XLII.

A los que ahora tienen tantos nombres llamaban los antiguos propiamente, Tabelarios, por no escribirse en aquel tiempo casi en otra cosa que en tablas enceradas: lo que declara Marco Tulio cuando dice;

Statilio reconoció su mano, firma y signo, y fueron recitadas las tabelas.

Así cuando con su propio escrito se ponía demanda a uno, se decía, que

tabellis obsignatis secum agebatur;

y esto testifica el mismo Cicerón diciendo:

Tu quidem tabellis obsignatis agis mecum.

De aquí pues fueron llamados Tabelarios las Estafetas o Postillones, como manifiesta el mismo Tulio, escribiendo a Terencia con estas palabras:

Nos quotidie tabellarios expectamus.

Bien es verdad, que el mensajero, y el nuncio, son algo más comunes, pudiendo los mismos llevar nuevas a boca, y por escrito, como entendió Virgilio, cuando dijo en aquellos versos:

Et nuntius ibis
pelide genitori.

El oficio déstos es caminar a pie, o correr la posta a caballo, llevando cartas, pliegos, escrituras, dineros, y cosas así, sirviendo a Príncipes, señores, caballeros, mercaderes, y a cualquiera que los despacha. Padecen intollerable fatiga en los viajes, corriendo peligros de bandoleros, de ladrones, de ríos, de puentes rotos, de fortunas, de atolladeros, de calores, de yelos, nieves, y vientos; sin otras mil adversidades que les impiden muchas veces los viajes, con quiebra de los mercaderes, y con espresa ruina de los que esperan avisos, y resoluciones de importancia. Entre los que padecen mucho es el precacho de Nápoles, hallándose aquel camino pocas veces seguro de forajidos. Los Postillones tienen principal cuidado de las postas, que

son más y menos, según la cantidad de los tráfagos. En tiempo de las guerras, y pestes, padecen los Estafetas su mayor enfermedad, por recibir por todas partes enfadosos encuentros, y molestos estorbos, que les hacen perder tiempo, siendo tal vez detenidos con pérdida de los dineros, y cartas que llevan consigo. Son también muchas veces burlados de los dueños de las Postas que les dan ciertos matalotes inútiles, de trote perpetuo, y tan flacos, y deshechos, que es lástima verlos: por manera que es fuerza dejarlos a la mitad del camino en algún barranco desnarigados, y sin orejas como señales representativas de su flaqueza; y culpa de quien los dio. Tampoco los señores Correos, se hallan faltos de vicios y defetos; porque sin la infidelidad que reina en muchos, en abrir cartas ajenas, en descubrir sus sellos, en revelar secretos, son también inventores de mil embelecos, rompiendo las maletas, y fingiendo haber sido desvalijados en pasos peligrosos. Plinio celebra a Filípides Correo velocísimo, que en dos días corrió a pie ciento y cuarenta y cinco millas, desde Atenas a Lacedemonia. También allí exalta por milagroso a cierto Anistes, y a otro Filónides Correos de Alejandro Magno, que corrieron en un día desde Sición a Élide, que hay ciento y cincuenta millas. Añadiendo en aquel lugar otro milagro; y es que siendo Cónsules Fonteyo y Vipsanio, un muchacho de nueve años llamado Ata, corrió desde cerca de mediodía hasta la noche setenta y cinco millas. En lo demás es la gente desta profesión casi toda vilísima, blasfema, y que de contino se sujeta al vino, sin llegar alguno jamás a viejo, muriendo todos molidos en lo mejor de su edad.

De los Danzantes, Bailarines, y todas suertes de tripudiantes y corredores. Discurso XLIII.

QUIEREN algunos, enseñase el arte de Danzar la primera vez (hablando universalmente) una mujer llamada Timeles, de quien habla Marcial en aquel verso:

Qua Thimelem spectas deri soremque Latinum.

Dice Isidoro, que Marco Varrón refiere, derivarse los saltadores de Arcades Salio, a quien trujo Eneas consigo a Italia, siendo el primero que enseñase a danzar. Mas porque esta palabra es tan general, que comprehende toda suerte de bailes, así antiguos como modernos, entrando en ellos los tripudios, y fiestas que hacía la gente loca del mundo a honra del antiguo Baco, se dirá deste sujeto en particular y en universal, por no dejar cosa que le pertenezca.

Este artificioso ejercicio de danzar consiste todo en cierta diligencia y regla de acciones ordenadas, y pasos medidos al son de Arpa, Vihuela, Laúd, y otros instrumentos. Algunos dijeron haberse derivado las primeras danzas de los cursos de Estrellas y Planetas, y casi de una cierta mudanza orgánica de las cosas celestes. Otros las apropian a los sátiros, afirmando haber vencido Baco con tal arte a los Toscanos, a los Indios y Lidios, pueblos belicosísimos. De aquí finalmente fue reducida esta disciplina a religión, dándola los Coribantes en Frigia, y la diosa Rea la hizo observar a los Curetos en Creta: y en Delo no se cumplían sacrificios, donde también no se hiciesen danzas, ni jamás sin ellas fueron celebradas fiestas, o ceremonias. Los Bracmanes, pueblos de la India vueltos al Sol, le honraban mirándole, y danzando desde la mañana hasta la noche. La danza fue puesta en las ceremonias de los sacrificios acerca de los Etíopes, Egipcios, y Scitas, como aquella que había sido ordenada por Orfeo, y Museo, insignes danzantes. Los Tracios armados danzaban al son de Zampoña. Los Romanos tenían los Sacerdotes Salios que danzaban en honor de Marte, con tanta envidia unos de otros, que Macrobio escribe, haberse gloriado Apio Claudio (uno de su número) de llevar ventaja a todos sus colegas en el danzar, no obstante fuese anciano. Los Lacedemonios más valerosos que todos los otros Griegos, habiendo aprendido a danzar de Cástor y Pólux, usaban

hacer toda cosa danzando. En Tesalia fue tan honroso este ejercicio, que los pueblos, cabezas, y presidentes de los otros, eran honrados con el nombre de Danzantes. Sócrates (a quien el oráculo de Apolo juzgó por el más sabio de todos los hombres) con ser ya viejo, no se avergonzó de aprender tal arte, antes le ensalzó con grandísimas alabanzas, contándole entre las disciplinas graves, como testifica Jenofonte en el libro de sus hechos. Platón llama a la danza agradable, y alegre don de los dioses; y llama persona ruda a quien carece de su inteligencia y conocimiento. Camaleón Griego dice que la llamaba Aristófanes un espectáculo honrosísimo. Lampridio cuenta de los Partos, hacían sus fiestas al son de Flautas, Zampoñas, y Tímpanos, danzando numerosamente como hoy se usa entre nosotros. Refiere también Livio, que acerca de los Romanos en los juegos scénicos las vírgenes nueve a nueve en tres coros danzaban cantando. Ateneo nota asimismo danzar no sólo en los convites los amigos del Rey Antíoco (llamado el Magno) sino también el Rey mismo. Y refiere de Polipercontes (si bien era viejo, y no inferior a cualquier otro en milicia y grandeza) tener por costumbre bailar después de haber bebido. El Duri cuenta no ser lícito entre los Indios se rinda al vino su Rey, como lo es entre los Persas; mas que esto le era permitido el día que hacían sacrificio al Sol; y así a la usanza Persiana bailaba y danzaba a su placer. Ateneo afirma haber aprendido Sófocles esta profesión danzando una vez en Salamina desnudo alrededor de un trofeo al son de Lira. Hermipo escribe, haberse deleitado Teofrasto desto grandemente. Dice Camaleón ser Esquilo el primero que halló los Coros y las varias mudanzas del danzar. Por tanto le pone Aristófanes en una Tragedia diciendo:

Choris figuras ipse fecit.

Aristocles dejó escrito haber hallado Telestes discípulo de Esquiles nueve modos de danzar, siendo célebre maestro. Píndaro Tebano excelentísimo Poeta nombra por danzador a Apolo en aquel verso:

Saltator Rex splendoris, pharetrataeque Apollo.

Y Eumelo junto con Artino Corintio, llama también danzante a Júpiter.

Saltabat medius divum pater atque virorum.

Esta es la causa de ser contadas por los antiguos tantas suertes de danzar, según van refiriendo Cratino, Cefisodoro, Aristófanes, como

las Pírricas, las Orsitas usadas por los Cretense; las Epicredias y las Matripias. Marsia nombra el Tripudio Macedónico. Ateneo las Florcades, las Jónicas, las Termaustras, Lacónicas, Trecenias, Mantinias, y otras. Menipo Cenicón una a quien llama el incendio del mundo. Esquilo habla de la Escopeumate. Hipágoras hace mención de las Telesias, que son tripudios militares. Aristocles pone las Siccinas, y lo mismo Scamón. Aristóxeno declara las Cidaras entre los Arcades; la Emelia entre los Griegos; el Aleter entre los Siconios; y estos tales autores dividieron las danzas de la poesía Scénica en tres especies, Cómica, Trágica, y Satírica. También la de la Lírica en otras tres especies, que son Pírrica, Gimnopédica, Hiporquemática. Julio Pólux hace mención de las danzas llamadas Morsasa, Scopia, Sima, y Cibistesio. Flavio Vopisco recita, que cantaban sus soldados danzando cierta canción en honra suya, habiendo muerto muchos enemigos con su propia mano. Usáronse después la Gallarda, la Pavana, el Canario, la danza del Hacha, la Morisca, Matachín, Imperial, Torneo, Pie de Gibao, sin otros de menos cuenta y calidad. Cuando los Romanos florecieron en prudencia y autoridad, no sólo rehusaron todas las suertes de danzas, mas las tuvieron por cosa infame y vergonzosa, como escribe Macrobio. Por eso Salustio da en rostro a Sempronia con que bailaba y cantaba con mayor maestría que era conveniente a mujer de bien. Asimismo fue juzgado por grandísima vergüenza en Gavinio (que había sido Cónsul) y en Marco Celio tener demasiada noticia de danzar. Marco Catón notó en Lucio Murena por vicio estremo el haber lanzado en Asia, y cuando Cicerón oró por él, no tuvo osadía de defender esto como cosa loable, sino negó de todo haberlo hecho. Xifilino escribe de Nerón, que aunque era acción fea y vergonzosa danzar públicamente en el Teatro, forzó a los nobles varones y matronas a que danzasen mezclados: y él hizo lo mismo en el propio Teatro en la presencia del pueblo. Dión cuenta haber quitado Claudio César a las mujeres danzar en la Orquestra. Y en otra parte dice haber desterrado Tiberio César de Roma a los danzantes como dañosos sumamente para la ciudad. Suetonio apunta haber echado Domiciano del Senado a un Danzador, respeto de enfadarle sobremanera tal suerte de hombres. Emilio Probo en la vida de Epaminundas recita, que así como la Música y Bailes fueron entre los Griegos tenidos en sumo honor; así al contrario fueron por estremo diversos de las costumbres Romanas, y esto con gran razón; porque según Justino, las danzas y bailes son solamente instrumentos de lujuria; diciendo también Ovidio:

Enervant animos citarae, cantusque lyraeque
et vox, et nervis brachia nota suis.

De aquí Amiano Marcelino se lamenta y querella de las costumbres de su tiempo, donde dice, que sólo se encontraban hombres bailando y danzando por todas partes: cosa que si hubiera visto Teócrito poeta, los hubiera celebrado con aquel verso suyo:

Vos vero capellae nolite saltare,
ne forte in vos hircus incurrat.

Horacio amonestando a Estria fuese casta, formó aquellos versos:

Prima nocte domum claude, nec in vias
sub cantu quaerulae despice tibiae,
et te saepe vocanti
duram difficilis mane.

Porque verdaderamente es el bailar y danzar una de las mayores locuras que puede hacer el hombre. Por tanto Antonio Panormitano entre los dichos de Alfonso Rey de Aragón cuenta, que viendo un día a una moza danzando y bailando con mucha indecencia, vuelto a los suyos, dijo:

Esperad que de aquí a poco pronosticará la Sibila tratándola de loca,

porque la Sibila no daba respuesta, si no es estando opresa de furor. Es necesario pues sea el danzar la cabeza de todos los vicios, y no se podrían decir fácilmente los males que sacan de aquí vista y oído. Dánzase con actos desordenados, y con desabrido rumor de pies a muchos sones, a incitadoras canciones, y a torpes versos, con indecentes tocamientos. En suma es un ejercicio hallado por el demonio para injuria de la Divinidad, cuando el pueblo de Israel fabricó en el desierto el becerro; a quien después de haber sacrificado, comenzaron a beber y a comer, y levantándose de allí alegres, cantaban y danzaban en rueda. Y esto baste cuanto a las danzas y bailes en que en tiempos antiguos se mostró famoso Andrón Cataneo, Cleofanto Tebano, Bolbo y Zenón Cretense gratísimo al rey Artajerjes, según Teofrasto, Cratino, Galia, y Cetesia. También Alejandro en la epístola escribió a Filoseno, hizo mención de Teodoro y Crisipo insignes lanzadores de su edad.

Hay otro modo de agilidad muy usado en nuestro tiempo de Charlatanes, que es el ejercicio de saltar y voltear, con que admirablemente se ejercita el cuerpo, haciéndose ligero, diestro, fuerte y gallardo, cuanto se puede decir. Éste trae consigo tanta

vanidad como los primeros, siendo seguido y frecuentado de personas bajas. En voltear florecieron en nuestros tiempos, y van floreciendo cada día muchos, como el Mancino de Bolonia, el Moreto, Alonso Español, Batistón de Padua, Iuntino, y Grillo Sicilianos, sin otros muchos que se deleitan en dar placer al pueblo con saltos prodigiosos y mortales. Sus especies son muchas bien entendidas de los que las profesan, añadiendo cada día nuevas maneras, que por evitar prolijidad dejaré de poner aquí.

Tras éstos suceden los corredores, que tienen origen antiquísimo; porque en los juegos obsequiales celebrados en Sicilia por Eneas al sepulcro del padre Anquises, corrieron en el estadio Eurialo, Niso, Diore, Salio, Pavón, Helimo, y Panope. También entre los juegos Genicios Romanos se usaba correr, y lo mismo en los Olímpicos. De Camila Reina de los Voscos escribe Virgilio los siguientes versos:

Illa vel intactae segetis per summa volaret
gramina, nec teneras cursu laesisset aristas.

De Atlanta cazadora de Arcadia, que contendió con Hipomenes en la carrera, dijo Ovidio:

Dum talia secum
exigit Hippomenes cursu volat alite virgo.

Del valeroso Aquiles agilísimo en la carrera escribe Cátulo:

Qui per saepe vago victor certamine cursus,
flammea pervertet celeris vestigia cervae.

De Ofelte Piloto también velocísimo dice Sidonio:

Qui vigor in pedibus frustra tibi natus Ophelte,
Sicaniam tribuit palmam, plantasque superbas.

Refiere Iuba ser los Trogloditas por estremo veloces, y ágiles. Saxón Gramático cuenta de cierto Araldo, corría el palio en competencia con los caballos quedando vencedor. Celio refiere, corría Ificlo hijo de Filaces con maravillosa presteza sobre las espigas sin ofenderlas; y Demarato sobre las ondas del mar; lo que atribuye también Higinio a Orienes hijo de Neptuno, todos encarecimientos poéticos. Curcio dice, que Filipo, hermano de Lisímaco, armado de coraza, corría tras el Rey docientos estadios. Son asimismo los Indios por estremo ligeros, pues muchos dellos alcanzan por curso a los Ciervos. Y esto baste acerca de tales materias.

Cuanto a los Corredores, véase a Pedro Vitorio, lib. 23, cap. 17, y Alejandro de Alejandro, lib. 2, cap. 21, y a Celio Rodiginio, lib. 3, cap. 5.

En el sujeto de los Danzantes véase al mismo Rodiginio, lib. 3, cap. 3, y 4.

De los Herreros en general; y en particular de Cerrajeros, Caldereros, Cuchilleros, Armeros, Freneros; de oficiales de Estaño, hoja de Lata, Peltre, Linternas, Candiles, Fuelles, Agujas, y Herradores. Discurso XLIV.

ALEGAN los antiguos autores varias cosas, cuanto al origen del arte del Herrero, discordando así en esto, como en todo lo demás. Porque Plinio la atribuye a los Cíclopes: y de aquí es haber fingido los Poetas fabricar aquellos tres fieros artífices Esteropes, Brontes, y Piragmones, compañeros de Vulcano, los rayos de Júpiter. Clemente Alejandrino la aplica a los Panonios. Estrabón la reconoce de los pueblos Telquinos, diciendo, haber sido los primeros que hicieron la Cimitarra a Saturno. Diódoro, ya a los Ideos Dactilos, ya a Vulcano. Josefo Hebreo (y antes que él la Sagrada Escritura) hace su autor a Tubalcaín, diciéndose en el Génesis:

Ipse fuit maleator, et faber in cuncta opera aeris, et ferri.

Sus calidades, condiciones, y particularidades, parte por parte se descubren de las varias especies en que se divide; supuesto son los herreros los que se fatigan sumamente, manejando pesos graves, y estando al rostro del fuego derechos de contino por no poder ablandar la dureza del hierro, sino con el medio de calentarle bien y recocerle: en cuyo lugar (según Vanucio) se ejercita y mueve estrañamente la persona, ya con grandes y gruesas tenazas, metiendo el hierro en el corazón del fuego; ya sacándole para verle, y para echar encima arena o tierra; ya poniendo nuevos carbones, ya bañando, y restringiendo el fuego, y ya limpiándolo: y al fin con fuertes mazos y pesados martillos batiéndole, y estirándole de tal manera, que jamás los míseros obreros participan de algún sosiego, sino que llegada la noche en que de la trabajosa, y larga jornada (que para ellos comienza al canto del gallo) quedan tan cansados, que sin acordarse de cenar se adormecen, dando algún breve descanso a su

grave fatiga; mas al fin es menester despertar de nuevo, y hacer lo que los principales maestros les ordenan. Sus obras son Áncoras, Rejas, Balcones, Cadenas, Artillería de hierro, Picos, Azadas, Barras, sin otras casi infinitas herramientas, consistiendo todo en pulir, en escaldar bien el hierro, y purificarle con paciencia. Trabajando en hierro, y en acero juntamente, es necesario saber soldar lo que se hace, con azofar fino, echándole encima arena, o tierra que funda, para que en el bullirlo defienda del fuego, tanto que reconcentre dentro la fuerza del calor. También conviene entender los diversos humores de aguas o aceites, y saber los colores que el hierro muestra resfriándose, como el blanco llamado de Plata, el amarillo de Oro, el azulado, o morado, llamado Violeta, y finalmente el ceniciento; y matarle más y menos según los temples. Conviene también saber la parte, que se ha de templar, y disponerla, esto es, tocarla con jabón, o con la punta de algún cuerno de cabrón, mientras está caliente, para que se descubra más bien, cuándo está a punto el término de su color. Ni es menos necesario saber el temple de las limas, dando con hollín, con punta de cuerno, con uña de buey, vidrio molido, y sal común; deshecho todo con vinagre, bañando la lima en tal mistura, y así untada, encenderla por estremo bien; después en un instante sumergirla en vinagre, en orinas, o agua fría. También conviene saber soldar la rotura de una sierra, o espada, tomando un poco de plata baja, vidrio molido, o borraj, abrazando el lugar de la rotura con unas tenazas ardiendo, teniéndola tan estrecha, que la soldadura se dilate y se incorpore. Asimismo es menester saber labrar el hierro, cuando ha tomado color de metal, sin dejarse regir del martillo a caliente, ni a frío. Para esto se hace bullir, y poner encima ceniza de cáscaras de huevos, o cáscaras de caracoles, o polvos de cal viva. No es pequeño artificio el ablandarlo como plomo, untándolo con aceite de almendras amargas, cubriéndolo con cera mezclada que asa fétida, y algo de sal alcalí, y ciñéndolo con estiércol de caballo, y vidrio molido, y metiéndolo en fuego de carbón bien encendido por espacio de una noche. Tampoco es menor secreto endurecerle, templándolo en zumo de rábano, o en el rocío que se halla sobre las hojas de los garbanzales. También es menester saberlo encavar con agua fuerte hecha con sal amoníaco, solimán, cardenillo, y agallas con vinagre. Las acciones déstos son comúnmente madrugar, poner carbón en la hornaza, acomodar el hierro; menear los fuelles, recocerlo, batirlo, soldarlo, bañarlo, tirarlo, darle forma, templarle, labrarle, limarle, pulirle, y cosas así; aunque muchas veces los tales, o no hacen

incorporar bien el hierro, y acero, o le queman, o le labran tan duro que se rompe sin poderse soldar: o ignoran los secretos principales, y sólo trabajan a bulto, y en grueso, como Herreros de aldea. Sus instrumentos son yunques, tenazas, muelles, hornaza, dornajo, cepo para el yunque con sus maneras, esto es, los pies, el cuerno, el agujero, la vigornia, martillos de varias suertes, limas grandes y chicas, barrenos, bruñidor, rascador, arquillo de horadar sin otros géneros.

A los Cerrajeros pertenece en particular hacer cerraduras para arcas, puertas, escritorios y otras; llaves ordinarias, maestras, en triángulo, escudos, fijas, bisagras, cantoneras, candados, armellas, cerrojos, atriles, pasadores, picaportes, tirantes, falebas, braseros, tornillos, manillas y otros. Entre los instrumentos entran limas, vigornias, tenazas, parahúso, o taladro, trincaesquinas, y barrenas. De los mejores cerrajeros que hay hoy en Madrid con título del Rey, son Domingo Sierra, y Miguel Hernández. Son los oficiales de cerraduras muchas veces dañosos por enseñar el modo de abrir de noche tiendas con ganzúas, o llaves contrahechas.

Los Caldereros son los que por fuerza del martillo sacan de la masa del cobre todas sus obras en el principio, medio, y fin. Los pedazos son desacomodados, y desagradables en el manejo, y si se labra a la hornaza con el fuego, se hace, o por refinarlo, o por componerlo en masa para tirarlo de nuevo caliente, a golpes de pesado mazo; o por recocer las vasijas, para poderlas estirar, y labrar en frío, en que a menudo ocurre servirse de varias suertes de martillos, para estirar la labor a lo largo, o restringirla con el modo del batir, golpeándola ya por de dentro, ya por de fuera, y reduciéndola a la gracia y garbo posible. Este metal obrado por los artífices es dulce, y flexible, y al martillo tenaz, y ríndese con cierta nervosidad, cuando es fino, y sin mezcla de olor de estaño, o cualquier otro metal. Échase de ver quién es curioso maestro en hacer las labores de un pedazo justo, igual, sutil por todas partes, y bien proporcionado, sin muchos golpes desordenados de martillo. Sueldan los mismos con plata baja, o cobre quemado, o borraj, y las más de las veces con estaño y plomo mezclados, y pez griega. Úsase en los vasos de cobre, para que no causen mal sabor, ni olor a las vituallas, bañar su concavidad con una cubierta de estaño. Para esto hacen cocer un poco de sal y vinagre, y vanla esparciendo dentro; después se funde algo de estaño con la cuarta parte de plomo mezclado con algo de polvo de pez griega, y con un fregador de

estopa atado a la punta de un hierro, se va fregando por todas partes fuera y dentro; embarnizando los vasos de manera que parecen de plata bruñida. Tienen éstos diversos instrumentos acomodados para varios menesteres que por no enfadar dejo de poner. Hállanse en sus tiendas vasos de cobre de muchas suertes, como calderos, peroles, pailas, calentadores, ollas, bacías, jarros, y cosas así. Entre los antiguos fue célebre en el arte de cobre Mamurio: por tanto acerca de Propercio, Vertuno blasona, de que haya sido labrado por su mano el simulacro suyo.

Los Peltreros labran en estaño o peltre compuesto de plomo y estaño. Hacen platos, escudillas, jarros, saleros, frascos, bacías, y cosas tales. Labran a rueda con un hierro algo torcido, torneando el peltre, haciendo molduras en él, y reduciéndolo a perfeción.

Corren casi parejas con éstos los artífices de fuelles, menester, según Estrabón, hallado por Anacarsis Scita. También difieren poco los Linterneros, o maestros de candiles; arte según Clemente, hallada por los Egipcios. Euforión recita haber hecho poner Dionisio el mozo, tirano de Sicilia, en la ciudad de los Tarentinos un candil tan admirable, que tenía tantas mechas cuantos días el año. Timáquidas Rodio nombra Fanos a tales candiles, derivándose de aquí los que hoy llaman Fanales. Éstos fabrican linternas grandes para portales de Palacios, para dormitorios de religiosos, y para otras partes, sin las pequeñas que sirven de noche contra la escuridad. En este arte son excelentes los Bresanos que inventaron aquella suerte de linternas que cierran y descubren la luz cuando se quiere, si bien hoy son prohibidas en algunas partes. En Bresa y en Milán se hacen aquellas grandes linternas que sirven a los puertos, como las que se ven en Micina, Génova, Malta, y otras partes, para mostrar a los navegantes el viaje que han de hacer queriendo llegar a los mismos puertos.

Los Armeros son los que labran en general todas las armas de defensa y ofensa, como morriones, y celadas, llamadas en Latín *Galeae*, o *Cassidae*: por eso dice Virgilio,

Terribilem cristis galeam flammasque vomentem,

y Propercio,

Aurea cui postquam nudavit cassiada frontem.

y los petos y espaldares, llamados *Thoraces*, por Plinio. Las corazas a quien Vitrubio nombra *Loricae*. Las grebas dichas por Apuleyo *Ocreae*. Las armaduras en general, batidas, y embarnizadas diversamente, los yelmos, coseletes, brazales, manoplas, guantes de presa, gola, tarjas,

escudos de varias maneras, como el *Ancyles* corto, y sin ángulos, hallado en tiempo de Numa Pompilio; el Parma, que fue común a los de a pie; el Cetra propio de los Iberios y Africanos, por eso dijo Lucano:

Illic pugnaces commovit Iberia caetras.

El pitafato a manera de Luna propio de las Amazonas: por lo que Silio llama Peltíferas a las astas, o lanzas largas que entre los Macedones fueron primero dichas *Sarisae*. Y así llama Curcio *Sarisoforos* a los soldados Macedones de Alejandro. Las picas, lanzones, alabardas, partesanas, saetas de varias suertes, como las catapultas, los siginos, los ancilos, los esparos, y otras tales. Estos armeros son hoy excelentes en Bresa, y en Milán sobre todas las ciudades de Italia. Entre los antiguos pone Plinio por insignes a Ceseo Petrense, y a Helicón Caristio.

Los cuchilleros son los que en especial labran cuchillos, tijeras, navajas, con todas las herramientas de estuches, como hacía el padre de Demóstenes, de quien afirma Téxtor haber sido cuchillero. La excelencia déstos se vee hoy particularmente en Cremona, en Bresa, en Milán, Barcelona, Guadalajara, Valladolid, y otras partes, donde se fabrican cuchillos y tijeras de bonísimo temple. Los Tudescos, y Ginoveses valen comúnmente poco, si bien tienen aparencia de buenos.

Síguense los oficiales de Agujas de quien se dice haber sido los Frigios primeros inventores. Los maestros dellas más excelentes que se hallan en Italia son los Lancianesos, y después los Milaneses, siendo sin duda las de España las mejores de cuantas hay. Varias son sus especies, como cada uno sabe. Hácense en muchas partes pocas perfetas por el descuido, o ignorancia de sus artífices, y por no darlas el temple con la diligencia que se requiere.

Los Freneros labran frenos, a quien Marcial llama Capristos en aquel verso,

Paret purpureis aper capristis,

estribos, espuelas, y bocados de infinitas especies, de quien hay compuesto un libro entero, tratándose más a lo largo en el discurso de los caballos.

Suceden los Herradores, o Albéitares, a quien Juan de Platea llama Médicos de caballos; su arte se dice Veterinaria, y trata en universal de la medicina y cura de los animales, y en especial de los caballos. Dícese haber sido Quirón Centauro su inventor ilustrándola

después Columela, Catón, Varrón, Pelagonio, Vegecio, y Jenofón, nobilísimos escritores. Virgilio trató particularmente della en el libro tercero de las Geórgicas. A estos Albéitares llama el Casaneo Magnones, o Hipococios, diciendo San Antonino, tener éstos por costumbre curar las pasiones, y enfermedades de jumentos, mulos, y caballos; añadiendo ser su arte lícita, como se obre con cuidado, y conciencia. Muchas son las enfermedades de las bestias, entre otras, Torozón que les da de cuatro maneras, Sarna de otras cuatro, Lamparones, Albarazos, Aguaduras, Infosuras, Desainaduras, Resfriamientos, Pasmos de dos géneros, Punturas de nervios, sin otras muchas; y sus remedios, y curas que ponen en sus tratados, Francisco la Reina, Pedro López de Zamora, la Recopilación de los cuatro Griegos, y Lorenzo Rufo. Suelen sobre todo los Herradores entremeterse con los Potros, asistiendo en sus ventas, y en las de mulas, y asnos, por entender comúnmente destos animales; aunque muchas veces son peores que Gitanos, haciendo ventas y trueques con engaño y malicia, gastando grande almacén de palabras superfluas. El Herrador se pinta con las tenazas, martillo, clavos, yunque, y otros hierros de diversas suertes. Sus acciones son, atar el animal, ponerle en el potro, sangrarle, despalmarle, castrarle, herrarle, rebatirle, cargarle, romperle la paletilla, y curarle de todo mal que tenga. Es ejercicio útil, y no afrentoso. El Rey Don Alonso de Aragón asalarió en su tiempo con gran sueldo dos expertísimos Doctores de Medicina para caballos, y también para perros; mandándoles inquiriesen con gran cuidado, cuáles remedios, y qué modo de curar fuese más a propósito para todas las enfermedades de las bestias, y así obedeciéndole, compusieron un libro destas cosas muy curioso. Lo mismo hizo en tiempos más modernos Juan Ruelio Parisiense, hombre docto en Medicina, habiendo recogido de antiquísimos autores (como Absirco, Hierocles, Teomenestes, Pelagonio, Anatolio, Tiberio, Arquedamo, Hipócrates, Emeterio Africano y Emilio Español) un singular volumen sobre las enfermedades de los caballos de mucha importancia para sus profesores. Otro compuso en vulgar en tiempos más modernos Federico Grisón, por estremo a propósito para los Albéitares donde se comprehenden todos los remedios de sesenta enfermedades que pueden ocurrir al caballo. La cura destos males se dice haberse derivado de los mismos animales, por haber enseñado la experiencia a muchos cuáles sean las cosas que les curan de sus indisposiciones, como Plinio, que muestra purgarse el Ibis, pájaro Egipcio, con el pico,

ablandado con cierta agua. Los ciervos usan el díctamo para sacarse las saetas con que les hirieron los cazadores. La golondrina se vale de la celidonia para la vista. La comadreja del hinojo para la ceguera. El dragón de la lechuga silvestre contra el hastío. La Pantera del pardalianche contra el acónito; los osos de las hormigas contra las mandrágoras; las palomas, mirlas, y perdices de la hoja del laurel; la grulla del junco palustre, o espadaña. Y refiere Basilio el Magno, curarse la osa herida por sí misma con el verbasco. La tortuga se sirve de órgano contra el veneno de la víbora. Las zorras curan sus enfermedades con las lágrimas de larice, o arce, árbol; y otros con otras yerbas que por no ser deste lugar dejo. Muchos secretos útiles para los artífices se pueden notar en el lib. 10, y lib. 16, cap. 5, de los secretos de Vuequero.

De los Olleros. Discurso XLV.

ENTRE todas las regiones que tengan tierra apropiada al arte de los Alfaareros, encomiendan mucho los autores a Corinto, ciudad de Grecia; y la primera, según Téxtor, que halló la hermosura, y variedad de los vasos; y así a los aficionados de los mismos llamaron los Escritores Corintiarios, según Suetonio en la vida de Augusto. También Cuma ciudad de Campania fue antiguamente insigne en formar vasos de tierra, como parece testifica Tibulo en aquel verso:

Fictaque Cumana lubrica terra rota.

Otros loan la isla de Samo, y Sagunto, por razón de la materia acomodada para semejante ministerio: por tanto dijo Marcial,

Ficta Saguntino cymbia mala luto.

Plinio por este respeto alaba a Arezo y a Surrento en Italia: en Asia a Pérgamo, y en Grecia a la isla de Coo: si bien hoy en Italia parece pertenezca toda la gloria a Faenza en la Romaña, que hace los platos, y toda suerte de vasijas, por estremo curiosas y blancas. El primer autor deste ejercicio fue (según Plinio) Corebo Ateniense, o Dibutárides Siconio. Algunos dicen haberle hallando en Samo Hidoco, Recto, y Teodoro. Otros que la enseñaron en Italia Euquirapo y Eugramo pintores, con Demarato yerno de Tarquino Prisco. La rueda en particular para hacer los vasos de tierra halló, según Éforo y Laercio, Anacarsis Scita, Filósofo antiquísimo. Diódoro aplica su origen a Talao hijo de la hermana de Dédalo. Otros la atribuyen a Hiperbio Corintio. El arte en sí es poco limpia y noble; aunque política, y acomodada para todos; porque casi toda la comida se guisa en vasijas de tierra, de que se ven adornadas casi las más cocinas. Para obrar como se debe en esta ocupación se requiere sólo el conocimiento de la tierra acomodada más a un vaso que a otro: como por ejemplo, la tierra que para hacer ollas, quiere ser correosa, y densa, no sería buena para platos y escudillas; porque al cocer las obras, ni quedan lisas, ni pulidas como sería necesario: y así la tierra de que se hacen los platos, no es buena para hacer ollas, porque puesta al fuego, salta. En especial la de las ollas se toma así húmeda, como se halla, y sobre una tabla firme se bate con vergas de hierro,

hasta que se vuelva perfeta y refinada; de modo que se pueda labrar. Hecha y perficionada la olla sobre la rueda, la desase el Maestro de allí con un hilo de alambre; poniéndola sobre cierta tabla donde se seque; y en hallándola un poco enjuta le hace el asa, y la pega de la parte que quiere, después la deja secar del todo. Tras esto la cuece de la primera cocedura, luego la vedria y vuelve a cocer hasta dejalla en perfección. Mas los platos y escudillas se hacen de otra manera, porque es menester tener la greda seca, molerla, y pasarla por cedazo como harina, amasándola muy bien. Con ésta se forman los vasos, y en estando enjutos; si se quieren hacer blanquear, se les da una capa de tez blanca, y se dejan secar. Para que salgan de colores, conviene cocerlos estando enjutos, y después pintarlos, dándoles el barniz con que se hacen lustrosos. El modo que se tiene para hacer esto, declara Vanucio por estremo. Las colores para pintar estos vasos han de ser minerales, porque puedan resistir al fuego; sin perder un punto de su vivacidad, respeto de que los de yerbas como el Índico, Laca, y otros así, vienen a quemarse y consumirse. Es menester sea el fuego de leña dulce, que haga llama clara, para que no tiña las colores. Asimismo cuando una tierra fuese demasiado correosa, de manera que las obras se hendiesen al Sol, sería el remedio aplicar dentro la arena de montaña, que se pone en el vidrio cuando se hace, respeto de conservarse la greda con la misma, sin temer nada. Entre la variedad de vasos antiguos se hace mención de las ánforas, de quien hablando Marcial dijo:

Amphora non meruit tam pretiosa mori:

de los Cadinos, que es un género de vasos a quien nombra Ovidio en aquel verso,

Promit fumoso condita vina cado;

de las ollas y tazas en Latín (según Nonio) dichas *Craterae*: de las orzas llamadas por San Gerónimo *Leciti*; de las tinajas que antiguamente se llamaban Hidrias; y de los barreños a quien Lucrecio nombra en Latín *Scaphia*. Hácense finalmente jarros, búcaros, cántaros, pucheros, saleros, aguamaniles, ajufainas, y cosas así. Las mejores son las que vienen de la China con nombre de porcelanas; y los búcaros de más estima, los de Estremoz, tierra de Portugal; los de Badajoz, que son colorados con chinas blancas; y los Zamoranos que son plateados, ásperos, y por estremo frescos. Cuanto al vidriado, es bueno el de Pisa, y Talavera de la Reina. Finalmente, porque los deste arte no tienen otros defectos, si no es vender tal vez las vasijas mal

cocidas, mal bañadas, y quizá rotas, los dejo pasar sin su cortapisa. Muchas cosas pertenecientes a los Olleros, o Alfaareros se pueden notar en Rodiginio, lib. 14, ca. 60, de sus antiguas lecciones. Y también algunas en Policiano en su Panepistemón.

De los Profesores de lenguas; y en particular de Intérpretes, Traductores y Comentadores de toda suerte. Discurso XLVI.

QUERIENDO tratar en este discurso brevemente de las lenguas, es necesario saber en especial el origen de los caracteres, y su intención, respeto de haber sido escritas con éstos tantos y tan varios idiomas como tiene el mundo. Las letras pues (a quien Lucrecio llama elementos de que se compone la voz, cuando dice,

Quin etiam passim nostris in versibus ipsis
multa elementa vides, multa communia verbis.

y los Romanos según Tertuliano, elementos, o principios de la pronunciación de la voz) se derivaron, como dice Josefo, de Adám, o si no de sus cercanos nietos, afirmando, haber los hijos de Set hecho dos colunas, una de piedra, y otra de ladrillo, en que dejaron escritas, y esculpidas todas las artes, testificando haber visto una déstas en Siria. Por manera que su origen depende según el mismo de aquellos tiempos, mas no dice el género de tales caracteres. Plinio es de opinión fuesen Asirios los inventores; otros tienen que los Egipcios: y otros (como Eupolemo histórico) quien fuese Moisén el inventor de los caracteres que se usaban entonces, y que los Fenicios los tomasen después de los Hebreos, renovando algo, de que hace mención Clemente y Cirilo Alejandrino. Con Eupolemo tienen lo mismo Atabano autor Gentil, y Crinito, que afirma en ciertos versos haber sido Moisén el primero que dio caracteres a los Judíos; siendo también Canimio de semejante parecer; esto es, haberse derivado los caracteres de los Hebreos y Caldeos. Diódoro tiene, hallase Mercurio los caracteres en Egipto. Filón Hebreo varón de autoridad juzga los intentase Abrahán. Isidoro, Eusebio, San Agustín, y Justino Mártir se llegan a la opinión de Josefo, siendo claro que hubo Caracteres antes de Moisén: supuesto se halla escrito en la sagrada Escritura, haber el mismo aprendido en Egipto todas sus artes y sabiduría: y esto se pudiera hacer mal sin primero tener letras; aunque se sabe tenían imágenes con que se entendían. Véese también que alega Judas Apóstol el libro de Enoc, que fue antes de Moisén. Y aunque es

verdad que hay entre los Doctores gran contienda sobre este libro; con todo eso le admiten por verdadero Orígenes y Tertuliano. Mas San Agustín afirma no hallarse en el Canon de los Hebreos, y San Gerónimo le tiene por apócrifo. Juan Ananio de Viterbo es de la misma opinión con Tertuliano y Orígenes. Algunos tienen en particular fuese Radamanto el inventor de los Caracteres Asirios. Otros (como Isidoro) tienen que hallase los Egipcios Isis Reina, hija de Inaco, mas que los sacerdotes los tuvieron de una suerte, y el vulgo de otra. El mismo Isidoro tiene hallasen los Fenicios los Caracteres Griegos y alega a Lucano, que dice:

Phoenices primi magni si creditur, ausi
mansuram rudibus vocem signare figuris.

Por esto los capítulos de los libros se suelen señalar (dice el mismo) con el color Fenicio, en señal de haber sido ellos los inventores de los Caracteres, hasta que Cadmo (y esto no según Isidoro) hijo de Agenor les dio nuevos caracteres, que si no miente Plinio, fueron deciséis; a quien Palamedes en la guerra Troyana añadió cuatro, y otros tantos tras él, Simónides Médico; aunque Aristóteles diga fuesen los antiguos diez y ocho, siendo después añadidos dos por Epicarmo. Mas Antíclides apunta haber sido el autor un cierto Menón quince años antes de Foroneo antiquísimo Rey de Grecia. Epígenes, y Beroso lo atribuyen a los Babilonios. Algunos dicen (como Isidoro y Plinio) haber hallado Nicostrato (por sobrenombre Carmenta) diez y nueve Caracteres Latinos, hasta que un cierto Silvio Maestro de juegos halló la S, la R, y la Q, que son antes aspiraciones que letras; siendo después en tiempo de San Agustín tomadas de los Griegos la X, y la Z. El origen de los Caracteres de los Getas se atribuye a Galfila. El de los Egipcios a Isis, o a Mercurio, como quiere Diódoro Siculo. San Gerónimo en el prólogo del libro de los Reyes cuenta, haber hallado Esdras Canciller y Doctor de la ley, cuando la escribió, nueve caracteres de letras que usaron los Judíos desde su tiempo hasta los nuestros, teniendo las voces y nombres de cualquiera dellos significación de alguna cosa, como nota Panfilio exponiendo sus misterios. Tras la invención de los Caracteres se hallaron las sílabas, en que se notan el número, el tiempo, el espíritu y el tono. De las sílabas se derivaron las dicciones, de las dicciones las oraciones, consistiendo en toda la oración el lenguaje de las personas. Sin duda es grande la excelencia de articular la voz; porque si nos exceden en grandeza los elefantes; en ferocidad los leones; en fortaleza los toros; en providencia las hormigas; por lo

menos en la lengua sobrepujamos a todos los animales del mundo. Y si es por estremo celebrado el pájaro, que dijo a Psicato, *Salve*: el cuervo de quien oyó Augusto, *Salve Caesar*: y aquella corneja que sobre la cumbre del monte Tarpeyo, no pudiendo decir, *Bene est*, dijo, *Bene erit*; si Plinio encarece los ruiseñores por dóciles en una y otra lengua, ¿qué alabanza no se deberá a la oración más perfeta, más siguiente, más natural, y acompañada de tal manera con la razón, que la una es defetuosa sin la otra? De aquí es llamar los Griegos *Logos* a los dos, respeto de hallarse ligadas con nudo tan particular. Sin esto, por la inteligencia de las lenguas pueden los hombres conversar con todos, negociar, y hacer beneficio a muchos que no las entienden con interpretárselas; procediendo de aquí los intérpretes que sirven comúnmente a los Reyes y Príncipes en las Cortes, para entender las embajadas que les vienen de muchas partes remotas. Cicerón muestra haber sido los intérpretes del número de los Aparitores (que eran los que se hallaban prontos al servicio de los Magistrados) mientras escribiendo a Termo dice:

> *Se pro Cos. in Sicilia in longa apparitione singularem, et prope incridibilem interpretis sui Marsilii fidem cognovisse.*

Y en una oración declara el oficio de los intérpretes, diciendo:

> *A. Valentinus est in Sicilia interpres, quo iste interprete non ad lingua Graecam, sed ad furta, et flagitia uti solebat.*

También sirven admirablemente para traducir, de donde se derivan los Traductores, que según S. Gerónimo vuelven o palabra por palabra, o sólo el sentido. Tal profesión siguieron el mismo San Gerónimo, Santes Pagnino, Aquila, Simaco, Teodoción, Agustino Obispo Nebiense, Edardo Leo, Félix Pratense, Francisco Jiménez, Eusebio Cesariense, Isiquio Mónaco, Gerónimo Leopolitano, Guilielmo Abad, Jacobo Arzobispo de Génova, Juan Rey de Aragón, Juan Dietembergio, Juan Equio, Juan López de Zúñiga, Juan Pocano, Juan Quincoarbóreo, Jospeh Treverino, Luciano Mártir, Michael Adán, Orígenes, Patrófilo Scitopolitano, Pedro Sutor, Roberto Olivetano, Simón Latumeo, Sofronio, Vulfia Obispo, y otros muchos.

Para el acierto de las traduciones sería menester heredase el Traductor (siendo posible) hasta las ideas y espíritu del Autor que se traduce. Sobre todo se ha de poner cuidado en la elección de palabras, buscando las frases propias, que tengan mayor energía y parentesco con las estrañas; porque la alteza y énfasi de los concetos no se deslustre, y pierda mucho de su decoro. Pocos supieron acudir

a esta obligación; supuesto les pareció cumplían sólo con darse a entender de cualquier modo que fuese. Así por este descuido (no sé si diga incapacidad) sacaron a luz traduciones tan flojas por una parte, y por otra tan duras, que es imposible dejarlas de poner debajo los pies, con particular menoscabo de sus dueños. Testigos desta verdad pueden ser los desfigurados Ariosto, Tasso y Virgilio, que con ser dechados de erudición y elegancia, y por eso tan queridos de todos, los desconocemos, y abominamos por la mala interpretación que se hizo dellos. Mas cuando los Traductores son fieles, diligentes, claros, y doctos en las lenguas de quien traducen, adquieren singular honra y reputación. Demás son los profesores de lenguas semejantes a los Ángeles, que tienen noticia y conocimiento de todas, ofreciendo los mismos a Dios las oraciones y ruegos de los fieles, según lo tiene la Iglesia: y siendo dados por custodias y guardas a tantas provincias y varios pueblos, como siente la sagrada Teología con la autoridad de la escritura. Fuera de que los mismos hablan entre sí con lenguas comunes, según certifica San Pablo, cuando dice;

Quid si linguis Angelorum loquar?

De quien no discurro más adelante, por no ser este lugar para disputar tales materias. Son por el consiguiente semejantes a los santos, de quien se presume entiendan también en el cielo todas lenguas. Asimismo vemos que habiendo de venir el Espíritu Santo al mundo, enviado del Padre en nombre del Hijo, para enseñar a los apóstoles toda cosa, según aquella promesa,

Paracletus quem mittet Pater in nomine meo vobis, ille vos docebit omnia;

vino en forma de lengua de fuego. Por tanto afirma San Lucas, que ya venido, los propios Apóstoles

Variis linguis loquebantur magnalia Dei.

Cristo en San Mateo y en San Marcos hablando de los que creen, dijo:

Linguis loquentur novis.

San Pablo asimismo pone entre los dones del Espíritu Santo los géneros de las lenguas, igualándolas al don de la profecía: y da gracias a Dios de que pudiese hablar con más lenguas, exhortando al último, no se prohíba a ninguno hablar en diferentes idiomas. Sábese también, que cuando Dios quiso confundir el mundo, hizo en tiempo de Nembrot aquella admirable división de lenguas. Mas esto aparte; es de ver la grandeza del conocimiento de las lenguas en todas las

profesiones. Cuanto a lo primero en la Teología se hallaron llenos dellas los santos Apóstoles, Teólogos principales. Orígenes aquel gran varón tuvo grandísimo conocimiento de la lengua Hebrea: San Gerónimo supo por estremo bien la Latina, la Griega, la Hebrea, y Caldea. Sin esto Clemente Pontífice hizo un decreto, que no sólo en públicas escuelas, sino también en Colegios se reciban maestros, que en especial enseñen las tres lenguas principales, Latina, Griega, y Hebrea. San Agustín certifica haber menester los latinos para la inteligencia de la Escritura la noticia de dos lenguas, Griega y Hebraica. El mismo en otro lugar se lamenta de no haber estudiado en su juventud la lengua Hebrea, que le podía ser de mucho provecho para la interpretación de la Escritura. Cristo Señor Nuestro en su santo título de tres lenguas puesto en la Cruz, viene expresamente a consagrar el estudio de las mismas. Éste es necesario y útil para los Legistas, siendo el Código de Justiniano lleno de tantas palabras Griegas, que pensaron muchos hubiese sido antes escrito en Griego que en Latín. Aulo Gelio alaba a Labeón Antistio antiguo Jurisconsulto, por el conocimiento de las lenguas. Todos celebran a Budeo, Ángelo Policiano, Alciato, y a otros Legistas doctísimos en lenguas. Los Médicos tienen también no poca necesidad dellas, habiendo escrito de Medicina primero los Hebreos Isac, Rabín Leví, y otros: luego los Árabes Avicena y Averroes; cuya asperísima lengua confiesa Pico Mirandulano haber aprendido en término de un mes. Tras éstos los Griegos Hipócrates y Galeno, cuya versión vulgata de Griego ser escurísima, y por ventura discorde del mismo Galeno, afirman Nicolás Leoniceno, y Guilielmo Cepo Médico del Rey de Francia, Tomás Linacro del Rey de Bretaña, y Juan Ruelio, todos varones doctísimos, y sumamente versados en lenguas. Eusebio atribuye la Filosofía antes que a Pitágoras, que a Platón, y a Aristóteles, a los Hebreos distintos en Fariseos, profesores de Dialética; en Saduceos estudiosos de Física, y en Eseos, de ciencias Morales. En las Matemáticas se ven por instantes nombres Griegos. En la Geometría, Música, y Aritmética, sólo se encuentran vocablos Griegos. Dice Aulo Gelio, y lo aprueba Lucrecio, ser tanta la pobreza de la lengua Latina, que no se puede tal vez explicar con muchas palabras lo que la Griega expone con sola una. Por manera que es menester confesar sea grandemente necesario el conocimiento de las lenguas. Mas lo que no se puede sufrir es se precie de águila en la estraña quien en la materna apenas puede ser ganso. Léese de Marco Catón haber aprendido casi anciano las letras Griegas, y lo mismo se

dice de Bembo. Fabio Quintiliano juzga deberse leer entre los principales escritores de Oratoria a Homero, y otros Griegos. Horacio afirma, sacarse de los Griegos la poética elocuencia. Enio Poeta fue llamado hombre de tres corazones, por haber tenido noticia de tres lenguas. Mitrídates Rey de Ponto es muy encarecido, porque la tuvo de ventidós, todas de naciones sujetas a él. Paula Romana mujer santísima supo la Latina, Griega y Hebrea de tal manera, que cantaba los Psalmos en Hebreo, siendo tan escuro. Pico Mirandulano en edad tan verde tuvo conocimiento de la Latina, Griega, Hebraica, Caldea, y juntamente Arábica. Agustín Estebo fue casi semejante a éste. Juan Capnión, Daniel Bombergo, Vilibaldo Pirqueimero, y Gerónimo Leandro poseyeron por estremo bien las lenguas; como alegra Pedro Moselano. Mas sobre todos Teseo Ambrosio Conde Palatino mostró en aquella obra suya intitulada *Introductio ad Chaldaicam linguam, Syriacam, atque Armeniam, et alias decem linguas*, un maravilloso conocimiento de las lenguas, poniendo cerca de cuarenta Abecedarios de varios Idiomas. Guilielmo Postelo publicó también un libro de doce lenguas con sus diversos caracteres. Lo mismo Juan Baptista Palatino en aquella obra intitulada *Libro nuevo para aprender a escribir todas suertes de letras*. Mas para recitar alguna cosa de sus diferencias así por mayor (remitiendo los lectores a las obras de los referidos, para que puedan quedar más enterados) es de notar ser veintidós los Caracteres Caldeos, llamados también Siriacos, usados por la Iglesia Antioquena Patriarcal; siendo seis las vocales, como son las de los Hebreos, y las de los Samaritanos, que difieren mucho entre sí en los Caracteres. Las vocales de los Árabes, Púnicos, Turcos, Persas, Tártaros, y otros Mahometanos (que usan un solo Alfabeto) son siete, esto es, Aliph, He, Ha, Aín, Vau, Ho, Ie. las Latinas son cinco; las Griegas siete. Los Jacobitas, y Cofititos, que habitan en torno al Egipto tienen diez. Los Macedonios y Dálmatos (ahora Búlgaros) y los Serbianos, tienen también diez. Los Indianos cinco, como refiere Juan Potken en su Silabario. Los Armenios usan cinco, aunque en el sonido las van variando mucho. Las consonantes Caldaicas, son diez y seis, como lo son las Samaritanas y Hebreas. Las de los Púnicos, Árabes, Persas, Turcos, y otros Mahometanos son veinte y dos; las Latinas diez y seis; las Griegas diez y siete; las de los Indios veinte; las de los Cofititos veinte, y Jacobitas venticuatro, y otras tantas las de los Macedones, Dálmatos y Serbianos. Mas quien quisiere saber los Abecedarios de los Caldeos, Samaritanos, Asirios, Fenicios, Hebreos, Árabes, Púnicos, Persas, Turcos, Latinos, Griegos, Jacobitas, Cofititos,

Macedones, Misios, Búlgaros, Serbianos, Rusios, Ilíricos, Indios, Armenios, Vándalos, lea el Alfabeto de Virgilio Filósofo, y el de Apolonio Tianeo. Para el conocimiento de Jeroglíficos, de los Babilónicos, Eritreos, Sarracenos, Egipcios, Godos, Íberos, Georgianos, Etruscos, véase la obra del referido Teseo Ambrosio Pavés, consumadísimo en estas cosas.

De las lenguas en particular escribieron muchos, como de la Latina Marco Varrón, Nonio Marcelo, Aulo Gelio, Prisciano, Guarino, Diómedes, Aldo Manucio. De la Hebraica, el Rabino Helia, Santes Pagnino, Marco Marino Bresano. De la Griega Emanuel Crisolora, Francisco Vergara, Bolzanio, Constantín Lascaro, Teodoro Gaza. De la Toscana, el Bembo, Julio Camilo, el Rusceli, el Dolce, el Trisino, el Fortunio. De la Tudesca, Iodoco Eiman. De la Española, el Doctor don Sebastián de Covarrubias, sin otros muchos que en cada una inventaron mil reglas, y observaciones particulares, acerca de las letras, sílabas, nombres, puntos, artículos, adverbios, conjunciones, y pronunciaciones, de quien hace Gregorio Tolosano una censura particular, poniendo que los Parisienses pronuncian S por R, y al contrario: asimismo *an*, por *em*, y dos *ii* por una, como *tibii*, por *tibi*. Los Gascones la S por la V, y al revés. Los Germanos la T por S, y la P por B, y al contrario, y Me, por M, como *Somenus*, por *Somnus*. Así también la T por C, como *Pettus*, por *Pectus*, la F por V, como *Fulnus*, por *Vulnus*. Los Batavos la I por la G. Los Britanos dos Ll por G, como *Llaver*, por *Glaver*. Los Franceses una L por dos, dejando la G, como *Dinus*, por *Dignus*. Los Gascones dejan la P, diciendo *Ise*, por *Ipse*, y así de otros.

Mas para la profesión de las lenguas léanse algunas cosas curiosas en Pedro Crinito, lib. 3 de honesta discipli., cap. 3, y asimismo en el libro 17, cap. 1; véase a Cardano, lib. 17 de *Rerum varietate,* capit. 95, y a Celio Calcañino, folio 119, 270 y 452. Y para los Traductores es a propósito Pedro Vitorio en el tercero de sus varias lecciones, capítulo 11, y en el libro 22, capítulo 14.

De los Destiladores. Discurso XLVII.

CURIOSA, y útil por estremo es el arte de la Destilación, y por antigüedad no menos loable que honrosa, por la adherencia de muchos grandes personajes que recibieron deleite con su ocupación. Hállase haber hecho Rasís y Albucasís, bien antiguos autores, dignísima memoria della. Hermolao Bárbaro le aplica antigüedad de seiscientos años, movido de una arca que fue hallada debajo de tierra, en el territorio de Este, en que estaban por defuera algunas letras dedicadas a Plutón, y dentro vasos de destilar; evidentes señales, y expresos argumentos de ser esta profesión en las pasadas edades célebre y estimada. Raimundo Lull le atribuye antigüedad no poco grande, mientras afirma haber poseído su noticia y conocimiento Hipócrates Médico antiquísimo. Esto se saca (apunta el propio) de aquellas palabras suyas en el libro de los Pronósticos, donde dice, ser necesario al Médico, saber si se halla en las enfermedades algo de divino, o celestial; lo cual expone del conocimiento de la quintaesencia de alguna cosa, acomodada a la cura de los males que pretende sanar. Si bien Galeno siendo de contrario parecer, interpreta aquel paso de la noticia del aire que nos rodea, que es de Dios, y se deriva propiamente de su divina Majestad. Jacobo Antonio Cortuso es de parecer hayan tenido noticia de la quintaesencia Galeno, Aristóteles, Hipócrates, y Platón; movido del libro de Hipócrates de natura humana, y de los Comentos de Galeno sobre el mismo, donde en el Comento treinta y ocho, dice volverse la tierra apurada más dura y sólida que el mismo diamante. Aristóteles Príncipe de los Filósofos, mostró (particularmente en los Meteoros) tener gusto, y conocimiento desta profesión, mientras escribiendo del mar dijo, volverse al instante agua el vino, y todos los humores, cuando mudados en vapor, consisten de nuevo en húmedo. Albucasís Médico singular, dice haberse preciado mucho de tal arte los Reyes de Abarac, y declara el modo con que de las rosas lambicaban, y sacaban el agua, que ahora es ya tan común. De Roberto Rey de Nápoles se lee, haber tenido con su ejercicio particular deleite, y agradable comercio. Lo mismo se cuenta de Odoardo Rey de Inglaterra, de Cosme de Médicis gran Duque de Toscana, de Hércules, y Alfonso Duques de Ferrara, y del Rey de Francia Francisco el II. Juan Tomás Frigio añade a éstos el Rey de Dania:

Leonardo Fioravante pone a Antonio Altobique Arzobispo de Florencia, junto con Gerónimo Rusceli, sin tantos antiguos, como Geber, Hortulano, Rusino, Raimundo, Filipo Ustadio, Morieno, Arnaldo de Villanova, Cristóbal Parisiense, Turba, Gilgilide, y otros. Sábese también haberse deleitado sumamente con tal arte los pueblos Orientales, porque de los ramos rotos y destroncados de la palma, o nuez de especie destilan un licor que se llama Sura en la forma que se hace el agua ardiente.

Es de saber ser la destilación una educción por vía de calor de la parte más húmeda, y licor ácueo, y una conversión del mismo por la frialdad del aire en agua pura. Los Árabes antiguos la llamaron con más largo vocablo Sublimación, por ascender los vapores en alto, si bien con impropiedad, porque en la sublimación los vapores no se resuelven en agua, sino antes se vuelven más purificados y limpios, y se llegan a los vasos, y a sus cubiertas. Mas destilación es solamente la que se resuelve en agua: y así parece tomase Juan Baptista Montano la sublimación por la destilación diciendo, ser la sublimación una separación del húmedo y cálido. Los instrumentos y artificios de destilar son hornazas, bacías, alambiques, recipientes, stortas, orinales, fieltros, pelicanos, alquitaras, circulatorios de Hérmetes, crisoles, y cosas semejantes; con que se destilan cuantos aceites, aguas, y licores se pueden hallar. Aquí parece se burla el arte con la naturaleza, antes (como decía Zenón) la misma naturaleza camina artificiosamente, y se ven tales milagros que apenas parecen creíbles, como de cosas aridísimas, de maderos, de piedras, y de metales, destilarse humores, y engendrarse flores, prados, montañas, grutas, lagos, riberas, ríos, fuentes, árboles, frutos, verduras curiosas, y deleitables a la vista. Con esta arte divina se concilian las cosas entre sí estremamente enemigas. Por ejemplo se vee que el Calcanto, dañoso por su naturaleza al estómago, como provocativo de vómito según Galeno, vuelto en aceite destilado, le aprovecha, ayuda, y corrobora, sirviendo de alentar el apetito enfermo, de evacuar la putrefación de los humores, y de mostrarse en toda parte su admirable fautor. Con ésta se hacen infinitos géneros de maravillosa agua ardiente; y con ésta también aquellos aceites compuestos de pez, azúcar, miel, resina, cera, lírice, pino, y cedro, que con facilidad sobrepujan la fuerza del fuego, con ser tan espirituoso y activo. Por tanto parece sea casi falso aquel dicho de Hipócrates, en razón de que

Quae ignis non sanat, ea incurabilia putare oportere:

excediendo estos aceites en la cura de las llagas, y úlceras afistoladas a la virtud del mismo fuego. Con ésta se hace el elixir tan cordial, inventado solamente por los Destilladores, que en cierto modo fortalece, alarga la vida, y casi como nueva Fénix hace al hombre admirable. Así concluye por estremo bien Tomás Erasto diciendo que

Vix absoluta est ars Medica sine destilatoria:

porque si no fuese por las aguas destiladas, por los licores, aceites, y otras materias que en los vasos de vidrio, de plata, y oro se destilan, no sé cómo podrían los Médicos introducir cómodamente la deseada salud en los cuerpos humanos. Evonimo dice de la Quintaesencia, hacerse de árboles, frutos, flores, hojas, semillas, piedras, carnes, y todos metales. Con todo eso algunos Destiladores hacen tal vez cosas indignas del arte, y contrarias a la honrosa ocupación que profesan. En particular hay pocos que dejen que usurparse el oficio de Médico, resumiendo tanto de algunas experiencias hechas acaso, que sin tener cuenta de reglas, o aforismos medicinales, van por las casas curando a muchos, aplicándoles de ordinario remedios contrarios, causa de que los llamen destruidores en vez de Destiladores, por destruir los cuerpos con unciones cálidas y excesivas, como sucede a quien se fía de su ignorancia. Entre los destiladores de Madrid, tienen particular nombre de hábiles y curiosos, Valerio Forte, y Antonio de Espinosa, que suele poner su mesa al pie de la torre de Santa Cruz. Acerca de los Destiladores véase al Cardano de *Rerum varietate*, libro décimo, capitu. 50.

De las Fábulas, y de los que hacen burlas, y contrahacen a otros. Discurso XLVIII.

DESCRIBIENDO Baltasar Castellón las burlas, dice ser engaños amigables de cosas que no ofenden, o a lo menos poco. Éstas consisten así en decir, como en hacer, si bien las del decir, se llaman más propriamente donaires, o novelas. Hablando Platón de las fábulas, las llamó cosas falsas, no obstante pudiesen ser verdaderas, en quien primero que en cosas doctas se deben amaestrar los muchachos. Mas Eusebio Cesariense, declarando cuáles fábulas se hayan de enseñar a los mismos dice:

> *Quare non quascumque fabulas, sed probatas ac utiles a matribus atque nutricubus tenellis pueris infundantur*:

como las de Esopo que son morales, y las de Marco Marulo, y otras así. A este propósito cuenta el Bocacio en ciertos discursos suyos, tras la genealogía de los dioses, solía Jacobo Sanseverino Conde de Tricario contar, que siendo Roberto hijo del Rey Carlo (después Rey de Jerusalén, y de Sicilia) de ingenio frío, y tardo, oyendo las Fábulas de Esopo, las comenzó a leer, viniendo desde allí al altísimo conocimiento de la Filosofía. Estas Burlas o Fábulas, son de dos suertes como dice Cabalcante, la una consiste en contar cosas agradables, verdaderas, o fingidas, en que se requiere grande artificio, debiéndose explicar bien, y poner delante los ojos las acciones verisímiles, las costumbres, las condiciones, y todas las calidades de las personas, como conviene a la narración. Sin esto es menester tengan algo de agudeza, como son los donaires en que consiste la risa. La otra pende de la graciosidad con que se imita, o contrahace alguna acción en que fue excelente Craso Orador, sin otros muchos que hubo después. Estos tales saben con gran destreza acomodar las palabras, la voz, y movimientos del cuerpo, para imitar del todo las costumbres de la persona, donde pasando el término corren peligro de truhanes; mas haciéndolo con destreza son llamados personas agudas, y bien entendidas. Así es necesario tener grandísima prudencia y mucho respeto al lugar y tiempo con quien se habla; sin incurrir en la bufonería, como hace la mayor parte déstos. Tampoco se han de decir palabras malsonantes y

descompuestas, ni hacer actos menos que honestos, ni torcer demasiado el rostro; ni estirar el cuello, ni doblar el cuerpo sin moderación. En esta parte de la imitación se ha de evitar también la reprehensión demasiado rigurosa y mordaz: porque tiene mucho de perjudicial. Débense recitar los defetos mediocres, como los simples descuidos, o algunas afectaciones estremas, o alguna grande y bien compuesta mentira: como se cuenta haber sido la de aquel villano, que lamentándose delante de un Corregidor de que le había sido robado un asno, dijo para encarecerle, que parecía con su albarda un Marco Tulio. O la del Médico Amalteo, que sucedió en Conillano, donde teniendo los villanos de aquella aldea opinión de que el Médico no fuese experto, si por la orina no adivinase el mal del enfermo, y sucediendo caer cierto labrador de un carro de cuatro ruedas, se rompió el muslo; por lo que su hermano llevó la orina a Amalteo, que por suerte había entendido aquel mismo día el caso, y adivinando haber caído de un carro de dos ruedas fue por el simple labrador tenido por hombre de pocas letras, y se lo dijo en la cara. Por tanto echándolo de ver el Médico le preguntó si había traído toda la orina; y respondiendo que no, respeto de haberse caído una poca en la tierra al tiempo del orinar; dijo:

> *Ahora verás ignorante si adiviné bien; supuesto en aquella parte de orina que cayó, se quedaron las otras dos ruedas, que por este respeto no he hallado aquí dentro*.

Asimismo se debe huir la demasiada afectación. La fábula describe Prisciano en esta forma:

> *Fabula est oratio ficta verisimili dispositione, imaginem exhibens veritatis*.

A cuyo propósito dice San Ambrosio:

> *Fabula etsi vim veritatis non habeat; tamen rationem habet, ut iuxta eam possit veritas manifestari*.

Y San Agustín apunta que

> *Apud autores secularium literatum, ut apud Horatium mus loquitur muri, et mustella vulpeculae, ut per narrationem fictam ad id quo agitur, vera referatur oratio*.

Distingue Paulo Suardo las fábulas comúnmente en cuatro especies. La primera en todo ajena de verdad, y es llamada Apólogo, como cuando introducimos hablando a las bestias, y de tales fue autor Esopo. La segunda es una ficción, o fabulosa narración, a quien

muchos llaman figura, que en la superficie mezcla algunas veces lo fabuloso con lo verdadero, como si se dijese: *A Licaón rey de Arcadia convirtió Júpiter en lobo, por haber puesto en la mesa miembros humanos cocidos, para que sirviesen de manjar; por lo que espantado se huyó a las selvas*; siendo la verdad, que Licaón fue echado del Reino por Lisania noble señor de Arcadia, que fue después llamado Júpiter; y fue menester que anduviese de contino fugitivo por varias partes y selvas. De aquí es haber dicho Lactancio:

> *Officium poetae in eo est, ut ea quae gesta sunt vere, in aliquas species obliquis figurationibus cum decore aliquo conversa traducantur*.

La tercera es la parábola, que tiene más de historia que la fábula, como cuando describe Homero a Ulises ligado al árbol de la nave, por no ser atraído del canto de las sirenas. La cuarta no retiene en sí alguna verdad, siendo pura invención, llamada patraña o conseja. Está claro el provecho de las fábulas; pues Menenio Agripa (según Bocacio) aplacó y concertó con los Senadores la plebe Romana retirada en el monte Aventino, valiéndose sólo de una fábula. En las burlas el obrar al revés de lo que se espera, induce mucha risa, y ellas son tanto más loadas, y juzgadas por buenas, cuanto tienen más de ingenio y modestia: porque quien se quiere burlar sin respeto, ofende y hace que nazcan de tal desorden discordias y grandes enemistades. Las burlas son de dos géneros; el uno cuando se engaña ingeniosamente con diestro modo y agrado, como el que da por confites los que no lo son; o tienen dentro alguna cosa ridícula; el otro cuando se tiende una red, y se muestra como algo de cebo, de manera que el hombre corre a engañarse por sí. Hay sin éstos diversos modos de engaños, que cada uno puede inventar, pudiéndose juntar no pocos de las novelas del Bocacio, del Cintio, del Straparola, del Hortensio Lando, del Gonela, del Meliolo, de Poncio Siciliano, de Mariano y Serafino excelentes burladores notados en *el Cortesano*. Débese sobre todo advertir no excedan las burlas la modestia y límite, y que no sean, como se dijo, demasiado deshonestas ni atrevidas; y en especial estando en conversación de mujeres, donde principalmente debe tener toda honestidad su lugar y albergue.

Acerca de las Fábulas se pueden notar varias cosas en Pedro Vitorio en sus libros de *Varia lección*, fol. 2, 22, 38, 39, 90, 96, 99, 160, 197, y también en las racemaciones de Egnacio, y en Celio Rodiginio, lib. 10 de sus antiguas lecciones, c. 7. Véase al Magio de *Ridiculis*, y a otros.

De los Plateros, Orífices y Lapidarios en común. Discurso XLIX.

SIGUIERON muchos personajes y Príncipes en varios tiempos el arte de Platero, oríficia y lapidaria, no sólo ingeniosa en sí, y llena de curiosidad sino por estremo necesaria para la conservación de Reinos y Repúblicas. Porque si las riquezas son su verdadero vigor y ornato; de cuantas rinden las Indias, y otras partes sólo permanecen siglos las joyas, la plata y oro labrado. De aquí es estimarse en tanto, y conservarse con tan particular cuidado estas preseas preciosas, que los Reyes tienen sólo para su custodia criados con nombres de sus Guardajoyas. Así obrándose tal arte lisamente viene a ser tan gloriosa, que con razón conviene loarla, y darle el exceso de títulos debidos a todas las profesiones. Cuanto a lo primero causa gran placer, y deleite por el ornamento que ofrece a todos; fabricando cadenas, sortijas, botones, arracadas, manillas, cintillos, apretadores, y otras joyas y curiosidades que adornan cualesquier personas admirablemente, y mucho más las de las mujeres, en toda cosa por su naturaleza más graciosas y agradables que los hombres. Es también ilustre y pomposa, por la variedad de los vasos de plata y oro que forman sus artífices, considerando se hallan los palacios de Príncipes y Señores bastecidos de infinidad de cosas, que sólo tienen origen y dependencia de los Plateros. ¿Quién fabrica los cálices, cruces, patenas, candeleros, vinajeras de oro y plata, inecensarios, y relicarios? ¿Quién hace las tazas, las cucharas, horquillas, platos, saleros, bacías, fuentes, aguamaniles, jarros, y cosas semejantes? ¿Quién se ocupa en el ministerio de joyas y piedras sino ellos? Es fuera desto ocupación ingeniosísima, por verse en ella tan sutil artificio, tantos adornos, y labores de suma belleza y variedad. Mas queriendo explicar generalmente algo del arte, digo le pertenece en primer lugar saber conocer el oro y plata con la piedra de toque (en que según los Poetas, fue convertido Bato, revelador de los hurtos de Mercurio) y el fundir metales dentro de los crisoles. Demás le toca afinar y ensayar, y sobre todo apartar el oro de la plata, y formar todas suertes de labores. Para la perfeción desto es necesario sea el platero, no sólo gran dibujante, sino que lo sepa disponer en cera y plomo, purificándolo y reparándolo, a fin de que se pueda labrar,

esmaltar y retocar. Sin esto es menester sepan soldar el oro y plata, blanquecer y dar color a una y otro; bruñirlos, tener conocimiento general de todas las piedras, ligar, dorar, dibujar, y sincelar. Con agua fuerte dividen la plata del oro, poniéndola dentro de un balanzón de cobre, en cuyo fondo se queda la misma plata. El oro labrado se funde en el crisol, con que se vuelve finísimo, y se suele echar dentro algo de solimán para adulcirle más. El conocimiento de las piedras consiste en ciencia y experiencia. Conócense a la vista, al tacto, a la dureza, al buen color, a la limpieza, y en otros varios modos. Según San Isidoro parece fuese Prometeo el inventor del arte, habiendo sido el primero que trujo anillo con piedra dentro, si bien el suyo fue de hierro. Plinio a este propósito (como alega el Blondo) cuenta haber habido en su tiempo costumbre de que los anillos de hierro se enviasen por el esposo a la esposa, quizá para significar la firmeza de la fe que debía haber entre ellos. Mas que los anillos así de plata, como de oro, se usasen entre Romanos, muestra Livio, refiriendo haber Aníbal en la vitoria que tuvo en Canas contra ellos, hecho recoger tres hanegas de los que tenían los muertos. Macrobio escribe, no traían los antiguos sortijas por ornamento, sino sólo para señalar alguna cosa; y así usó Maximino las manillas de su mujer, según Julio Capitolino. Este autor afirma no ser lícito entonces traer más que un solo anillo, teniéndose por cosa infame llevar más. Por eso Graco contra Mebio dijo:

> *Considerad Quirites la siniestra déste, y conoceréis quien es, pues como mujer traer adornados los dedos con anillos*.

Craso fue hallado en la guerra de los Partos con dos en un dedo; mas por ventura se podía escusar, como rico, y poderoso. Dice Isidoro haberse abstenido muchos Romanos (por gravedad) de traer anillos, concediendo solos dos a sus esposas. Hubo también tiempo en que sola la orden de los caballeros (como dice Macrobio) usaba anillos para diferenciarse de la plebe, y Patricios. Los libres solos (como afirma el mismo Isidoro) usaron los de oro; los de plata los Libertinos; y tal vez los esclavos los de hierro: donde distingue también tres suertes de anillos, llamando Ángulo al que tiene piedra dentro; Samocratio al que tiene el capitel de hierro, y lo demás de oro: y Tineo al que era liso, hallado primero en Bitinia, llamada antes Tinea. A este propósito cuenta Apión Gramático, usarse traer la sortijas en aquel dedo de la siniestra que está cercano al mínimo, por haber allí una vena, que se deriva del corazón, casi como que tal dedo se halle trabado y junto con el que es señor de todos los miembros. Ateyo

Capitón tiene, ser aquella mano y dedo los más oficiosos; causa de que úsase poner allí el anillo. Mas aparte esta digresión, vuelvo a decir conviene sean los Plateros buenos dibujantes, respeto de ser el dibujo la llave de todas artes; que sepan labrar bien de martillo, tallar, limar, y poseer también ciertos secretos del arte que son miembros de la alquimia, como para adulcir el oro, cuando se hallase agrio y crudo, para colorirle, cuando tuviese falta de color; para soldar, esmaltar, nielar, blanquecer, y dorar. Sobre todo debe tener buen conocimiento en probar, partir, afinar, cimentar; y será mejor artífice quien más supiere desto. Tres cosas en suma son muy estimadas en esta profesión, tallar, hacer figuras, y relieves, y tirar bien de martillo un vaso de oro, o plata, que sea de un pedazo sólido, y de buen garbo, y engastar juntamente con buena gracia una piedra en un anillo, o en otra parte. Para adulcir el oro, cuando por algún olor de plomo, o cualquier otra cosa, no se rigiese bien a los golpes del martillo, se funde en un crisol, echándole cantidad de solimán bastante, hasta que dé muestras de tener gastada aquella maleza: y estando ya hecha la obra, se le da su color, untándola con cardenillo, mezclado con almojatre, destemplado con orina, o con vinagre. Asimismo, cuando la plata está cruda y agria, se adulce con almojatre. Purifícase la piel de encima, y blanquécese con un cocimiento de rasuras, y algo de piedra lumbre. Sus instrumentos son la forja, fuelles, grandes y chicos, varios tases y vigornetas, diferentes martillos, como la maceta, el grueso y mediano, el de planar, clavar, poner en fondo, restringir, y otros; tenazas, muelles de muchas formas, bruselas, alicates, tijeras gruesas, medianas, y pequeñas; limas, medias cañas, redondas, cuchillas, triángulas, cuadradas, limatones, sin otras, cinceles de varios modos, buriles, parahúsos, hileras para tirar redondo, cuadrado, o estrellado; puente de esmaltar, cargador, asperones, chapas de hierro, muflas, veneras, esmaltes de diversos colores, borraj, y borrajera, piedras de toque, y puntas de oro de todas ligas; gratas, soldador, fustes, betunes, hilo de hierro de arambre, rillera, moldes de vaciar, gibia, y arena de amoldar.

Sus acciones son, labrar a caliente y frío, blanquecer plata, lustrar oro, dorar, esmaltar, limar, pulir, soldar, bruñir, y hacer anillos con sus partes, etc. Las piedras preciosas según Isidoro y Plinio, tuvieron su principio de las peñas del monte Cáucaso. Refieren las fábulas poéticas, haber sido Prometeo el primero que engastó en un anillo de hierro algunos fragmentos de aquel monte, dando con ponérsele en el

dedo, un débil principio al arte del Orífice. Nacen según Plinio y Claudiano, en la isla Trapobana y río Idaspe, piedras excelentes. Silio afirma, ser ricos, y copiosos dellas los pueblos Garamantas Orientales. Séneca en su Hércules refiere, engendrarse en el mar Rojo muchas de varias colores. Entre los ríos que producen piedras preciosas, pone Plinio el Araje y Ganges. En especial dice abundar por estremo la India de perlas Margaritas; como también la Trapobana, el Perimula, promontorio en la Arabia, junto al seno Pérsico, la isla Calcandro, del mar Océano, y Tilo isla de Arabia. Cornelio Tácito atribuye a Bretaña, no sólo gran copia de perlas, sino también de oro y plata. Divídense las piedras en verdaderas, en semejantes y fingidas. Las verdaderas propiamente no sufren lima, y resplandecen fuera de modo, siendo raras, y pequeñas, como el diamante. Las semejantes son las que no resplandecen tanto, y consienten lima, como Turquesas, rubíes, crisólicas, topacios, esmeraldas y otras. Las fingidas son las que se hacen con artificio, a semejanza de las verdaderas; usando en su composición cristal, vidrio, tártaro, sal común, clara de güevo, y varios colores, como declara Juan Baptista Porta. Estas falsas se destinguen de las verdaderas por vía del tacto, del viso, de la lima, y de la sustancia; porque las verdaderas son más pesadas que el vidrio, y más frías al tacto; y cuanto al viso son más resplandecientes, llenan mejor la vista, y no se ofuscan a la luz del candil, como hace el vidrio: y cuanto a la sustancia, son más ligeras y vivaces. Plinio dice, hacerse la prueba déstas en más modos: primero con el peso, después considerada la materia, respeto de que en las contrahechas se ven ciertas manchas en el fondo; y en la superficie son cerradas; en los pelos, no hay firmeza de resplandor, porque falta antes que llegue a los ojos. No dejan con todo de tener las verdaderas algunos defetos, como también las semejantes, así en el color, como en el cuerpo. Los vicios en el color son una sombra tenue, una nubecilla blanca, y un humo escuro. Los defetos en el cuerpo consisten en ser escabrosas en la superficie, en tener ciertos pelos incorporados que impiden la perfeción de la labor. Entre las piedras viene a ser encomendado mucho aquel Sardónico de Polícrates tirano, que fue puesto en Roma en el templo de la Concordia, como cosa rara, y singular. También la Ágata del Rey Pirro, en que estaban esculpidas las nueve Musas, y el Dios Apolo con la Lira en la mano. Asimismo la excelente esmeralda que compró Ismenia Coraulde. Cuéntase de Giges Rey de los Lidios haber tenido una piedra dentro de un anillo de tanta fuerza y virtud, que

volviéndola hacia sí, divisaba a quien quería sin ser él visto. De Nerón César se refiere que vía dentro de una preciosísima esmeralda todos los combates de los Gladiatores. El Casaneo afirma (Dios se lo perdone) haberse hallado en su patria sobre una pirámide, un carbunclo tan luminoso, que de noche daba luz a toda la ciudad. A todos parece sea el diamante la más preciosa piedra. El segundo lugar se concede a la margarita de la India, y Arabia; y el tercero a la esmeralda; si bien acerca del precio de las piedras es cosa difícil dar sentencia determinada, agradando todas diversamente. Ponen otra división Plinio, Isidoro, Alberto Magno, y otros escritores cuanto a su color, llamándolas Blanqueantes, Negregueantes, Azulinas, Rojeantes, sin las que amarillean, y hacen cambiantes verdes. Las que blanquean son las perlas margaritas; entre quien se tienen por mejores las más cándidas, el coral blanco, la piedra asterite, la galatite, que nace en el río Nilo, y Aqueloo; la salonite que nace en Persia, la cimeria, la piedra del sol, el ojo hermoso, el calcedonio, el ojo de gato, el cristal, el diamante, el berilo, el crisoberilo, la iris, la sarda, y otras. Las que negreguean son la ágata (hallada en Sicilia la primera vez) la egitila, la medea, beyentana, baripto, dionisia, pirites, ámbar negro, magnesia, hematites, siderites. Debajo de las azules se comprehenden, zafiro, cerauro, otalmo, y turquesa. Entre las que rojean se ponen el rubí, rubaza, espinela, balax, granates, amatiste rojo, alabandino, jacinto, cornerina, piedra de golondrina, la del lobo cerval, la epistrite. Entre las que amarillean se cuentan, el topacio, el suetino, mitrites, aromatites, piedra de lobo cerval amarilla, por haber otra azul, y lapislázuli. Entre las piedras verdes entran la esmeralda, crisólica, diaspro que es jaspe verde, la prasma, crisopacio, meloquites, eliotropio. Entre las piedras de colores mistos, se contiene el diaspro, sardonio, sarda, cornerina, balanites, ópala, ostracites, celidonia, ágata, diamón, amantino, pancro, silenite, pantero, gagatrónica, jaspes y otras inumerables, de quien no quiero componer mayor catálogo, porque Plinio, Isidoro, Alberto Magno, Dioscórides, Julio Solino y Galeno trataron dellas bien por extenso. Fuera de que muchos modernos hablaron con tanta abundancia que puede bien bastar, como Levino Lemnio y otros: Francisco Rueo Doctor de Medicina compuso dos libros particulares, en especial de las que hace mención S. Juan en el Apocalipsi: Morbodeo Galo escribió de sus formas, naturalezas, y virtudes; a quien se añadió algunos escritos de Alardo Emstelredamo, y de Pistorio Vilingense. Sin éstos compuso un libro Guilielmo Escribonio, y otro Juan de Mandevil. Tratolo también

Cardano doctísimamente, a quien remitimos los curiosos inquiridores de la naturaleza, fuerza, colores, y eficacia de las piedras preciosas, haciendo saber en el ínter que entre los antiguos lapidarios son contados Pirgóteles, de quien solamente quiso ser Alejandro Magno esculpido en una piedra. Tras él fueron famosos Apolonides, y Cronio. En tiempos más modernos fue célebre en Venecia Paulo Ricio, y antes que él fue celebrado por Teseo Ambrosio Caradosa excelentísimo lapidario, que esculpió las imágenes de los Doctores de la Iglesia, añadiendo otros vistosos ornamentos en aquel diamante singular, que en veinte y dos mil y quinientos ducados compró Julio Segundo, adornando ahora el pecho del Sumo Pontífice mientras celebra de Pontifical. Fue también el mismo el que sembró la tiara Pontificia de rarísimas joyas. No quiero dejar de poner aquí, si bien importe poco a la profesión de las piedras, que acerca de su virtud hubo siempre varios y diversos pareceres, porque Alejandro Peripatético defendió, dependía su virtud sólo de los elementos: otros siguiendo la opinión de Fernelio, tuvieron procediese de toda sustancia suya. Los Platónicos la atribuyeron a sus Ideas. Los Filósofos de la India a las Estrellas y a las imágenes del cielo. Avicena y sus secuaces con nuevas quimeras a la imaginación prodigiosa de superiores inteligencias. Finalmente Alberto Magno, postrando todas las opiniones déstos, sustentó, nacía toda su virtud de una propia naturaleza oculta, que Dios esparció en ellas, para admiración del mundo, como también lo hizo en los animales, y plantas. Y esto se ha dicho para satisfacer a muchos curiosos que pudieran preguntar la causa de tan grande virtud y fuerza, como en ellas se conoce. En lo que toca a su adorno y pulimento no discurriré con más extensión, por tener parte más necesidad de prática experta, que de teórica discursiva.

Véase en razón de Plateros a Pedro Gregorio en su Sintaxis, libro 30, capítulo 17. Jorge Agrícola entre otros hace un tratado particular de las joyas. Puédese ver también lo que dice Celio Rodiginio, libro 1 de sus antiguas lecciones, capit. 9, junto con lo que aplica Vuequero en su libro de *Secretis*, fol. 561, y el Cardano libro de *Rerum varietate*, fol. 123.

De los que tratan en Lino, o Cáñamo; de los que hacen Cuerdas, Rastrilladores, Urdidores, Tejedores, Algodoneros, y Toqueros. Discurso L.

CON grande fatiga, y copia de sudor se llega desde el pequeño grano de lino, al cumplimiento deste arte: porque (según Columela) se requiere cuanto a lo primero un terreno graso, y de moderado humor, donde se siembra el lino; después se espera a que crezca, encaminándolo con notable cuidado, hasta reducirlo a mazos, de quien a golpes se saca la simiente, llevándose a los ríos para que se podrezca. Tiéndese tras esto al sol para que se seque; y destribuido en pequeños manojos, se vuelve a golpear de nuevo, dejándolo de forma que se pueda rastrillar una y más veces, sacando la estopa, y quedando el lino limpio de toda inmundicia, adelgazado como se requiere para ser obrado. Casi el mismo trabajo se pone en el cáñamo, de quien dice Plinio haber primero nacido en las selvas, con la hoja muy negra y áspera. Entre todos los linos sutiles es encarecido sumamente el de Egipto, y así dijo Silio,

Et Pelusiaco filum componere lino.

Afirma Plinio ser poco durable, aunque mucha ganancia, y refiere ser de cuatro suertes, Tanítico, Pelósico, Bático, y Tentírtico, nombres de las tierras donde nacen. También encomienda mucho el lino blanquísimo de Faenza, el de Retovino, el de Setabi; el de Tarragona; el de Galicia, llamado Zoélico, y el de Cuma en tierra de Laboro. Ausonio encarece por maravillosa la tela Persiana en aquellos versos:

Laudes Achemenias Orientis gloria telas;
molle aurum palliis Graetia texe tuis.

Apunta Plinio el mismo lugar, hacerse en Asia linos de Ginestras, por estremo bueno para redes de pescar, teniendo las mismas diez días continos en agua para que se podrezcan. Dice más hacerse en la Etiopía, y en la India linos de Melos, y en Arabia de calabazas nacidas en los árboles. Mas la exorbitancia mayor es referir haber visto el mismo manteles hechos de cierto lino, que echados en el fuego

perdieron las manchas, quedando sin alguna lesión, y más blancos que si se hubieran metido en colada. Y afirma en suma nacer éste en los desiertos de la India, donde se halla raras veces, tejiéndose con dificultad, por ser corto. Añade ser de color rojo, y volverse con el fuego luciente; igualando el que se halla al precio de las perlas más finas. Los Griegos (según el propio) le llaman Asbestino, por ser inextinguible. Escribe Anaxilao, que si un árbol se envuelve con una pieza déste, se corta sin sentir los golpes. Tras el referido, sucede en la estimación el Bisino, que nace en la Morea, junto a la ciudad de Elipara. Valió otro tiempo un gambo (dice Plinio) cuatro denarios, como si fuera de oro. Este menester aunque útil y necesario para los hombres, es juzgado por humilde, respeto de no ser limpio, teniendo siempre los que le ejercitan los vestidos llenos de aristas y motas. Su origen atribuye Plinio a Aragne virgen Lidia. Mas Polidoro es de parecer, hayan sido sus antiguos inventores los Hebreos.

Derívanse deste ejercicio los torcedores de jarcias y todos sus instrumentos; que por fáciles dejo, con su variedad de cuerdas delgadas, gruesas, sogas, gumenas, y otras tales.

Con los primeros se acompañan también los tejedores, que según Plinio tuvieron su origen en la isla de Coo, de Pánfila mujer de Plates, que fue la primera que inventó en el mundo el tejer, si bien a esto se puede dar el crédito que a las otras cosas, que con demasiada osadía refiere este autor. Tuvo aquella antigua edad muchas personas insignes en tal ocupación, como Foloes Cretense mujer de grande inteligencia; por cuyo respeto vino a ser celebrada de Virgilio. También lo fue Penélope, cuya tela se llamó Penelopeya, y Icariotes, por ser hija de Ícaro, según Ovidio. Valerio Flaco introduce a Leda madre de Cástor y Pólux atendiendo a hilar; virtud más seguida en aquellos que en estos tiempos, donde sólo reina la ociosidad. Claudiano escribe de Tetis:

Ipsa manu Chlamydes ostro texebas et auro.

Sosías encomienda a Gliceria Terenciana con aquellas palabras:

Primum haec pudica vitam parce ac duriter
agebat, lana ac tela victum quaeritans.

En Homero halla Mercurio tejiendo a la Ninfa Calipso, hija de Atlante: y Circe en Virgilio es hallada por Ulises entretenida en la misma ocupación.

Andrómaca mujer de Héctor urdía la tela, cuando (según Homero) oyó desde la torre los lamentos y gritos por la muerte del

marido. Ovidio hace por estremo entendida en telas a Minerva y Aragne su competidora.

Entre los tejedores se comprehenden los Urdidores con sus dientes, cajetas, cañones, espoladora, espuelas y espolones, junto con el telar, el peine, canillas, ovillos de urdiembre, lanzadera, armadura, rodajas, sin otros muchos instrumentos y jarcias. Las telas que se tejen, o son de lino, o cáñamo, o algodón hilado, o lana, o cambray, o púrpura tejida con oro y seda, de quien, según Plinio, fue el primer inventor Átalo Rey de Pérgamo en Asia; o pintadas con varios colores, como según Blondo usaron los Babilonios; o listadas, como las Alejandrinas, llamadas Polimites. Plinio entre otras loa grandemente las de algodón Asirias, y Propercio las de Arabia, diciendo:

Nec si quae Arabia lucet bombyce puella.

De aquí vienen los algodoneros, cuyos instrumentos son arco, cuerda, y varas de batir. Llámase el algodón en Latín *Gossipium*; y sácase de un tronco en lo más remoto de Egipto. También algunos le llaman lino Silino, como nota Luis Dominico sobre Plinio. Debajo déste se comprehenden el bocací, fustán, y varios velos, de quien trata copiosamente el Baisio. Requiérese no poco ingenio y discurso en los tejedores, por serles necesario saber muchas particularidades, que ignoradas redundarían en gran daño de su ejercicio. La primera pues que les conviene, es conocer la calidad de todas suertes de hilados, de quien quieren tejer telas, sabiendo si son gruesos o sutiles, y si son o muy torcidos o muy flojos, para advertir en cuál suerte de peines se hayan de meter; derivándose de aquí los que los hacen de boj, marfil o ébano, así para cabellos (comprehendidos también en este discurso) como para telas y linos. Destos últimos entendió Virgilio cuando dijo:

Arguto coniux percurrit pectine telas.

De los primeros Ovidio en aquel verso:

Saepe Citheriaco deducit pectine crines.

Conviene también al tejedor saber urdir las telas que ha de tejer. Hácese dentro de una caja que tiene veinte casillas. En cada una se mete un ovillo de hilado, y así de ordinario se urden las telas de a veinte hilos por vez; conviene saberla tirar después sobre el arrollador, para que vaya igual de una y otra parte. También es a propósito saber meter los peines, porque en algunos va un hilo por diente; en otros dos, y en otros tres, según es el hilado grueso o

sutiles. Tejése con industria, porque la tela no salga o muy apretada, o muy floja, sino de mediana calidad. Hay grandísima diferencia de un tejido a otro, porque los paños de lana, terciopelos, rasos, damascos, brocados, cendales, toallas, y otros géneros, de telas, difieren entre sí, y quien sabe tejer una, ignora muchas veces tejer otra. Finalmente es necesario sepan los mismos ajustar los telares, para que no esté uno más alto que otro, o más adelante, o más atrás, sino de todo justo; y esto se hace, o con las medidas, o con llenar de agua el canal dél, y ver si pende más de una parte, que de otra. Es menester no ignoren los Tejedores de sedas darles el agua, para que parezcan de más cuerpo. Hácese con goma de ciruelo o Arábica, deshecha en agua clara: estiéndese la tela entre dos arrolladores; báñase con una esponja su revés; después se revuelve y dobla, quedando tiesa y lustrosa. De semejantes telares salen las telas tupidas o claras, gruesas, o sutiles, altas o bajas, y de otras suertes. Sus nombres son diferentes y propios de cada provincia. Si las telas son de seda, se halla entre ellas el terciopelo alto o bajo de dos o tres o cuatro pelos, damasco a ondas, o sin ellas, raso o medio raso, tabí alto, o bajo, sencillo o doblado, ormesí, tafetán doble, cendalí, dobletes de seda, y tocas que hacen para las mujeres los Toqueros llamados en Latín *Flammarii*, junto con lo demás que se teje, como franjas, pasamanos, y cosas así. Los defetos de los Tejedores se manifiestan, cuando las telas no están obradas como se debe y así es superfluo expresarlos en este discurso.

Véanse algunas cosas pertenecientes a los que labran lino en Celio Calcañino, folio 229, y de los Tejedores a Pedro Vitorio, folio 70.

De los Bordadores
Discurso LI.

LOS Bordadores (según Catón) son llamados en Latín *Plumarii*, o según Plinio, *Frigiones*, porque el arte de bordar fue hallado como dice el mismo, por los Frigios; y así el recamo es también llamado *Opus frigium*: con todo eso Pirro y Alciato Legistas llaman a éstos Barbacarios, por hacer los mismos aquellos vestidos, a quien Apuleyo nombra Bárbaros y Babilonicos. Toda el arte se incluye en recamador, bastidores, varias agujas, tijeras, dedales, y garzotas; en el cortar, en las brocas; en enhebrar y labrar con dibujo mil variedades, que enseñan los libros, como el de Alejandro Paganino de los recamos, y mucho más la práctica del mismo.

En el bordado se obran cañutillos de diversos nombres, lantejuelas, plata y oro hilado, perlas y otras piedras preciosas. Bórdanse guarniciones, follajes, brutescos, historiado y Romano. Es de notar por cosa admirable se labra con una aguja pequeña perfetísimamente un rostro, mezclando en él cincuenta géneros de sedas, todas de una color, y cada una diferente. Aventájase en esto a la pintura, por ser más natural encarnación la de la seda, que la de las colores térreas. Requiérese en esta labor particular advertencia, porque en cayendo la puntada, no se quita; diferente del pintor que está siempre emendando lo que hace. El Rey Don Felipe II de gloriosa memoria se mostró aficionadísimo al bordado. Agradó asimismo a muchas Emperatrices y Princesas, en especial a las Reinas Doña Isabel, y Doña Margarita que Dios tiene. Gozan sus artífices de grandes esenciones. No pagan pecho ni alcabala, ni en tiempo de alojamientos les pueden echar soldados. Es arte limpísima, y por muchos respetos digna de no pocas honras y alabanzas. Fueron en ella únicos Covarrubias y Rosales, bordadores de la Santa Iglesia de Toledo. Sin éstos, Juan del Castillo, y Juan Pérez, que trazaron y bordaron los mejores ornamentos del Escurial. También merecen ser nombrados por insignes Luis de Rosicler, Felices de Vega, Ochandiano, Gabriel Pérez, y Francisco Gil. Acompañan al recamo todos los que labran de aguja variedad de labores, como de cadeneta, de punto en aire, y otras que sacan de la pintura, y dibujo. Esta ocupación es más de ornamento que de comodidad, y más de mujeres que de hombres. Por eso Acursio escribe, ser propio suyo tejer, hilar, coser, bordar y hacer botones. En el recamo encomienda

especialmente Virgilio a la Reina Dido, en el libro cuarto de su *Eneida*. Asimismo encarece Claudiano a la Reina Serena, mujer de Stelicón en aquel Epigrama.

> *Et medium te Zona liget variata colorum*
> *floribus, et castae manibus sudata Serenae*.

Nótese que a propósito de los Bordadores, dice Catón en el libro de *Leberis educandis*:

> *Nulla quae non discit pingere, potest bene iudicare, quid sit bene pictum plumario, aut textore in pulvinaribus plagiis*.

De los pastores de diversos ganados. Discurso LII.

ES demasiado manifiesto, haber tenido el pasto en general su principio de Adán, sabiéndose de sus hijos pusieron cuidado en guardar, y curar los rebaños, según acostumbraban todos en aquella primera edad. Por eso se lee haber atendido a esto el gran padre Abrahám, Isac, Jacob, Esaú, y Moisén que guardó el ganado de su suegro. Asimismo fue después tan estimada esta ocupación, que la siguieron hombres raros, y famosos de varias naciones: porque las familias Romanas de los Junios, Bublucios, Statilos, Tauros, Pomponios, Vitulos, Vitelios, Porcios, Anios, y Caprios, tomaron el nombre del ejercicio pastoral a que se aplicaron los primeros de aquellos linajes. Rómulo y Remo fundadores de Roma fueron pastores, y pastor fue Spartaco, que puso tan gran terror a la potencia Romana. Pastores eran (según Luciano) París, y Anquises padre de Eneas, y según los Poetas, pastores Endimión, Polifemo, y Argos, a quien por vigilante aplicaron cien ojos. Entre los que llamaron dioses (como dice Fornuto) Apolo guío los ganados de Admeto Rey de Tesalia, y Mercurio inventor de la zampoña fue Príncipe de los Pastores con Dafni su hijo, Pan, y Proteo. De Mesa Rey de Moab se lee haber sido pastor, y lo mismo de Ciro Rey de los Persas, a quien crió Mitrídates pastor. Fuelo asimismo Giges, que por beneficio de cierto anillo llegó a ser Rey: y aquel Sofí que alcanzó el Reino de los Turcos, atendió al pasto desde pequeño. Por eso Filón Hebreo afirma, ser el arte pastoral casi como un preludio para el Reino. Porque así como los ingenios belicosos se ejercitan antes en la caza que en la guerra; así los Reyes que han de regir los hombres, se adiestran primero en el manso gobierno de los ganados. Pastor fue el Rey David, eligido según el corazón del Señor. Su antecesor Saúl fue sacado del ejercicio pastoral para el Reino. Entre los antiquísimos Griegos toda persona noble era pastor. ¿Por qué fueron llamados unos Poliarnos, otros Polimelios, y otros Polibucios, dice Beroaldo, sino por la muchedumbre de corderos, ovejas, y bueyes? ¿Por qué causa la Italia fue llamada con este nombre, sino por ocasión de las terneras, a quien los antiguos Griegos llaman *Italae*? ¿Por qué uno, y otro Bósforo el Cimerio, y el Tracio, el mar Egeo, Argos, y el Hipio fueron llamados con estos nombres, sino por el pasto de bueyes, cabras, y caballos? ¿Por qué Numidia Provincia de África tuvo tal nombre, sino por los

pastos? Y ¿por qué tantas veces Cristo nuestro Señor, se apropia y atribuye el nombre de Pastor, sino por tener tal arte en sí notable dignidad, y grandeza? Cuanto a lo primero es de grandísima ciencia, porque le pertenece la noticia de las generaciones de los animales, el modo de hacerlos nacer, y criar; y entender de qué suerte de pastos se deben alimentar: como las ovejas que se sustentan mejor en las praderías donde se halla grama, pimpinela, sanguinaria, trébol, pie de gallo, y otras suertes de yerbas saludables. También cuando las mismas se sienten agravadas de cierta enfermedad del hígado, el pastor que tuviere perfeto conocimiento desta profesión las ha de guiar a las montañas donde nace el citrac, y el culantrillo de pozo, que son ambas yerbas a propósito para este mal. Es menester asimismo defiendan los pastores al ganado del rocío, por serle grandemente dañoso. Demás, es necesario al buen pastor saber ordeñar las ovejas, y cuajar la leche. Sin esto, conviene sepa hacer requesón, manteca, y queso, cuya arte entendió por estremo Zoroastes, supuesto refiere Plinio dél, haber vivido en el desierto veinte años con el sustento de un queso tan bien templado, que jamás sintió las molestias de la vejez. El mismo encomienda allí el queso Romano, el de Osima en la Marca, el de Luna en Etruria, el de Liguria, y el de Bitinia. Marcial celebra mucho el de Vesta lugar junto a Roma en aquellos versos.

Si sine fruge voles ientacula sumere, frugi
haec tibi Vestina de grege massa venit.

Mas quien quisiere ver las alabanzas de diferentes quesos, y lacticinios lea el tratado de Pantaleón Médico de Confluencia que encarece grandemente los quesos Florentinos, y Placentinos, de quien dice exceden en bondad a los Parmesanos, Milaneses, Paveses, Navarreses, y Piamonteses. Son también buenos los Saoneses, Bresanos, y Avernianos: los de Bría en Francia, los de Mallorca, los de Peñafiel, Pinto, Páramos de Burgos, Alcudia, y Badajoz, y no menos lo son los de la Selva en el Principado de Catalunya, y los del valle de Capsir Condado de Cerdanya. Los queseros reciben no pequeña honra de Lucas de Pena, que describe los varios provechos del queso, alegando ciertos versos notados por el Archidiácono, que por la brevedad dejo aparte. Es también acertado sepa el pastor segar la yerba, para pacer los animales el invierno, cuando por causa del yelo, y nieves no se pueden sustentar en el campo. Asimismo es propio suyo criar los perros para guarda del rebaño. El arte pastoral es la que ayuda a casi todas las otras del mundo. Ministra al artífice cuernos y

huesos para hacer cabos de cuchillos, tinteros y otras cosas, cueros al zapatero para zapatos, botas, y coletos; al pellejeros pieles con que aforrar vestidos; al músico tripas para hacer cuerdas; al agujetero pieles para hacer agujetas; a los batidores de oro las tripas de los bueyes, para hacer formas en que se bate el oro y plata; al mercader lana; a todos en general carne; a los escritores piel sutil para pergamino; y en suma es tan útil y acomodada, que los antiguos (como refiere Plinio) llamaban a las haciendas con nombre de peculio, y pecunia; vocablo que deciende del ganado, y arte pastoral, llamado en Latín *Pecus*. En el número de los pastores entran los cabreros. De la industria de las cabras puede bastar lo que escribió Muciano *de vista* y fue que encontrándose dos cabras en un puente estrechísimo, donde no podían revolverse, siendo asimismo tan largo que no podían volver atrás, escogieron por remedio el postrarse una en el mismo sitio en que estaba, pasando la otra por encima de su lomo. Compreháendense también entre los pastores los vaqueros; como fueron Titerno, que contendió en fuerzas con Milón Crotoniate; Filecio vaquero de Ulises; Primislao que de vaquero vino a ser Rey de Bohemia; y el Taborlán, que desta ocupación llegó al Imperio de los Scitas. No es poco honroso para sus profesores este ejercicio; supuesto fue el buey adorado en Egipto: habiendo los Romanos antiguos desterrado a uno por haber muerto a un buey, como refiere Vicencio Cartari, casi como que hubiese muerto a un labrador suyo, y a un carísimo compañero de sus fatigas. Entran también aquí los porquerizos, entre quien se cuenta por notable aquel Sibotes, que introdujo en su patria a Ulises, sin que alguno le conociese; como también Ación Navio agorero clarísimo, que (como escribe Cicerón) fue porquerizo. Los ornatos pastoriles, son montera, pellico, y antiparras, entre los instrumentos el cayado, zurrón, caldero, encellas, cuajo, tijeras, y cosas deste género. Son sus acciones esquilmar el ganado, almagrarle, soltarle del aprisco, curarle la roña, guiarle al pasto, y llevar consigo todo lo necesario, de que suele servir un pollino.

En razón de Porquerizos, véase a Celio Calcañino en la palabra, *Sus*, que cita muchos lugares, donde trata cosas pertenecientes a este menester. Cuanto a los Vaqueros léase a Celio Rodiginio, libro 10, capitulo 47, de sus antiguas lecciones, y también a Juan Jacobo Vuequero, folio 269, en su libro de secretos.

De los arrieros de varias bestias, y mozos de caballos. Discurso LIII.

SI bien parecerá cosa estraña, y aun casi ridícula querer celebrar ciertos oficios, a quien todo el mundo juzga por viles, y apenas dignos de ser nombrados, cuanto más de ser puestos en las eternas memorias de los escritos, como son los del título deste discurso, y otros tales; con todo ninguno negará argüir sin duda mayor capacidad engrandecer las cosas mínimas y humildes por naturaleza, que dilatar las mayores. Yo pues al presente pretendo alabar los arrieros, y mozos de caballos, por ser guardas de animales nobles; y por hacer lo que los mismos señores, que cuando tienen en la caballeriza caballos de precio, la visitan a menudo, y gustan de tocar los animales con las propias manos, ordenando sean gobernados con limpieza y solicitud. Cuanto a su estimación se lee en Plinio, haber sido Bucéfalo tan querido de Alejandro, que después de muerto, le hizo obsequias honrosas, y adornó con su nombre una ciudad. Léese también del mismo, que habiéndole visto en el rebaño Filónico, de tan raras partes, se aficionó tanto dél, que no dudó de comprarle por diez y seis talentos, precio por estremo caro. Insigne fue asimismo el de César Dictador, que según dicen, tuvo los pies delanteros casi semejantes a los del hombre. Éste no permitió jamás le subiese otro que su amo; y muriendo, fue puesto delante del templo de Venus. Augusto erigió también un sepulcro a su caballo siendo honrado con un agudo Epigrama de Germánico César. De los Scitas y Persas se sabe, aman tanto sus caballos, que ponen toda industria, y cuidado en sus jaeces, y en enseñarlos a estruendos de batallas. Admirable fue el caballo del Cid Ruy Díez llamado Babieca, con quien venció grandes batallas, despedazando tanto con los pies, como su invicto dueño con la espada. De los Agrigentinos se lee, haber edificado sepulcros para sus caballos tan soberbios, que eran ilustrados y ennoblecidos alrededor con muchas Pirámides. Homero celebra a Cilaro, caballo de Cástor; y Ovidio al Pegaso. Y si a Poetas se ha de dar crédito, famosos fueron Bayardo, Frontino, Brilladoro, y Rabicano, a quien encarecen Ariosto, y Boyardo. Tan estimado es el caballo, que los Pegasos le quisieron tener por insignia. Mas dejando aparte otras muchas cosas que se verán en el discurso de los

Picadores, el oficio de los mozos de caballos consiste en barrer caballerizas, limpiar pesebres, y acudir a todo lo necesario al regalo y limpieza de los mismos caballos. En tiempo de los Romanos veneraban los tales a Hipona, diosa de los caballos, teniendo su simulacro en las caballerizas.

Los mulateros, o arrieros (llamados en Latín *Muliones*) fueron ennoblecidos porque Bentidio Baso Placentino que (según Aulo Gelio) atendió en sus primeros años a gobernar mulos, siendo después por sus obras señaladas Tribuno, Pretor, y Cónsul Romano, y el primero que triunfó de los Partos en Roma; mas esta elección desagradó tanto al pueblo, que por todas las calles de la ciudad se hallaban escritos estos versos a manera de Pasquinada.

Concurrite omnes Augures, et Aruspices,
portentum inusitatum conflatum est recens,
nam mulos qui fricabat, Consul factus est.

En lo demás tienen poco honor, salvo que su ocupación pone la mira en animal por estremo noble y honroso. Séneca muestra haberle traído los antiguos en sus carrozas: y Lampridio escribe haber usado Cómodo Emperador coches con mulas, y mulateros, ataviados ricamente, con todos sus aderezos de plata. Dice Plinio ser los mulos de ánimo indómito; mas generoso. Por eso afirma haberse vendido tal vez una mula por cuarenta mil numos. Léese en las divinas letras haber peleado Absalón en las batallas sobre un mulo. Los defetos de arrieros son tan sin número como los de los mozos de caballos; porque lo menos es rendirse al vino, y ser malhablados supuesto tienen por uso jurar de contino, y cometer otros excesos que por no ofender los oídos del lector pasaré en silencio. Éstos se dividen en arrieros de mulos y asnos. Los de asnos tienen un no sé qué de más nobleza. Cuanto a lo primero, por haberse ofrecido jumentos en los sacrificios antiguos a Príapo, a Baco, y a la diosa Vesta. Así mientras se celebraban por Junio las fiestas solenes désta, estaban los asnos en ocio, ni por aquel tiempo llevaban el pan por las calles, como era costumbre el resto del año; y hacíaseles esta honra, que los llevaban por la ciudad con ciertas guirnaldas de pan en la cabeza, teniendo en el cuello una rosca a manera de joyel. Fueron también los asnos sacrificados a Marte en la región de Caramania, que confina con la India, careciendo los mismos de caballos que sacrificar; como dando a entender tiene el asno el primero lugar tras el caballo; por tanto los usaban aquellos pueblos para pelear en lugar de caballos, siéndoles tal vez de tanto provecho, que pudo más el rebuzno déstos, que la

ferocidad de aquéllos. Hállase escrito a este propósito, que moviendo Darío guerra a los Scitas, llevó consigo un grande número de asnos, que sólo con los rebuznos pusieron en huida los caballos enemigos. Léese también en las antiguas letras, haber sido el asno en precio para andar en él, hallándose en el Génesis, que puso Abrahán en orden su asno para subir al monte, en que había de sacrificar a su hijo. Saúl iba a buscar los asnos al tiempo que le dispuso Dios para el Reino de Israel. Cuando la hermana Abigaíl fue a buscar a David para reconciliarle con Nabal su marido, se apunta en el libro de los Reyes, haber ido en semejante animal. Asa hija de Calef y esposa de Otoniel, iba encima de un asno, cuando pidió a su padre los campos Australes, como se lee en el libro de los Jueces. La Sunamite seguía a Eliseo sobre un asno, para hacer resucitase a su hijo. Los santos Profetas caminaban humildísimamente sobre asnos. Mefiboset hijo del Rey Saúl no se avergonzó de caminar en un asno. Hasta los Astrólogos le ponen en el cielo: supuesto se hallan dos estrellas en el signo de Cancro, llamadas los asnillos, y otras tres nebulosas, que son dichas sus pesebres. Dicen los Doctores Hebreos Cabalistas ser este animal un admirable ejemplo de fortaleza, de paciencia, y clemencia; que su influjo se deriva de Sefirod, y que viene a ser llamado Ogma, que es sabiduría; porque sus condiciones son muy necesarias al discípulo que la quiere aprender: supuesto se sustenta con poco gasto, se contenta de toda cosa, es gran sufridor de hambre, fatiga y palos, siendo pacientísimo en toda persecución. Es de simple y pobre espíritu, de modo que apenas sabe discernir entre lechugas y cardos. Es de corazón inocente, limpio, y sin cólera, y tiene paz con todos los animales; por tanto en galardón desta bondad no tiene piojos: enferma raras veces, y muere más tarde que otra cualquier bestia. Dice Aristóteles, que sólo él entre todos los animales no tiene hiel; y así es tan manso y tan benigno, como se vee. Sin esto es animal provechoso por todas partes. El asno (según Columela) hace por sí muchas obras y todas menesterosas, porque tal vez rompe la tierra con el arado, tal vez le hacen tirar las carretas, sirve de llevar el trigo a los molinos, y de volverle hecho harina, de acarrear leña, y casi de todo lo necesario al hombre. Dice Dioscórides, que comiendo en ayunas su hígado, sana muchos males. Plinio afirma ser buena la leche de pollina contra todo veneno, quitando el dolor de la gota. Escribe Suetonio se lavaba Pompea mujer de Nerón el rostro con la misma leche, para hacerle más luciente y hermoso. Los Flamencos en los banquetes hechos por gran fiesta dan carne de asnillo, como

cuenta Pedro Mejía. Fue Mecenas el primero que en los convites usó la carne de asno, que después se quitó con mayor advertencia. De sus pellejos se hacen atambores de guerra, siendo tan ilustre, que no desdeñó una casa célebre de Roma tomar el apellido de Asinios. San Agustín dice ser el asno figura y tipo de la nueva religión de los Cristianos, nombrados por eso asnos antiguamente. Entre Romanos (según Tertuliano) eran llamados los mismos por afrenta arrieros de asnos. Entre las riquezas de Job se ponen por gran cosa quinientas jumentas. La Arcadia, el país de la Umbría, de la Marca, de la Pulla, y la ciudad de Andrón en Tesalia tienen fama por su gran copia. Afirma Varrón por grande excelencia del asno, haber sido en su tiempo vendido uno por setenta sextercios, que según Budeo y otros, montan mil y quinientos ducados. Vense sin esto no pocas maravillas de asnos. Valerio Máximo cuenta haber huido Cayo Mario el furor de Sila con el consejo y guía de un asno. En la Sagrada Escritura se lee, haber hablado con voz humana la borrica de Balám. Una quijada de asno dio milagrosamente a beber al sediento Sansón, y con la misma mató no pocos Filisteos. Un asno (según Porfirio) fue oyente de la Sabiduría de Amonio. Gran privilegio fue el del asno, mandando Dios en el testamento Viejo, fuese muerto en sacrificio todo primogénito, perdonando sólo a los asnos, y a los hombres, y concediendo que el hombre se librase por precio, y el asno se trocase con una oveja. Y si las fábulas tienen lugar, Apuleyo Megarés no fuera admitido a los misterios de la diosa Isis, si no se hubiera convertido en asno de oro. Mas al fin tras todas estas alabanzas el asno es asno, en insulsez, flojedad y torpeza.

De los arrieros de asnos se verán algunas cosas en Pedro Crinito, lib. 1 de honesta discipl., c. 9, en Vuequero, de secretis, fol. 295, y en Celio Calcañino, fol. 236. De los arrieros de mulas se vea al mismo Crinito, fol. 303, y a Celio Calcañino folio 28, y 360.

De los Sastres
Discurso LIV.

SÍGUENSE los magníficos Sastres, gremio de tanta cuenta, tan verdadero y virtuoso cuanto sabe el mundo. Quisiera para tratar como se debe deste oficio, poseer crecido caudal de letras, y elocuencia, por representar con vivas colores y desusado énfasi su calidad, valor y decoro, junto con las autoridades que se suelen alegar en su pro, y contra. Para esto pondré primero las objeciones de quien se pretende nazca su mengua; y en último lugar las razones que se ofrecieren, para que siquiera el arte consiga alguna alabanza, cuando no los profesores suyos, que degeneran de lo que deben ser.

Caparicio y Botangano antiquísimos autores, son principalmente los que en mostrar su mal intencionada agudeza contra los sastres, parece quisieron usurpar la natural condición de Pasquín y Marfodio mordacísimos Romanos. Proponen pues los dos entre otras cosas; si la virtud es nombre genérico, que incluye y encierra debajo de sí todos los hábitos que dicen alguna perfeción, debe ser juzgado el sastre por estremo virtuoso, como quien se habitúa desde pequeño a cosas humildes, y a ministerios, si no honrosos, por lo menos necesarios para el humano comercio. Casi todos los Maestros pasaron por las nobles clases de aprendiz y mesero, estado más ínfimo que el del más sarnoso pupilo de escuela de escribir. ¿Qué calamidades no persiguen a un aprendíz? Conviértese por instantes en moza cuanto a mandados, fregado, y vestido. Recibe golpes, oye malas palabras; come por tasa, duerme en asqueroso lecho, siempre sucio y roto, siendo tan veloz sirviente de todos, cuanto mal pagado. De crianza no hay que tratar, porque fuera de no haber quien se la enseñe, anda de continuo tan necesitado de tiempo, que le falta para poderla aprender. Considérese pues qué habilidad será la deste muchacho con tantas ocasiones de entorpecerle, aunque naturalmente hubiera nacido agudo. Tras los cinco o seis años, ya cumplido el plazo de la escritura, pasa a la dignidad de mesero, en virtud de quien se le dan veinte o mas reales de partido al mes, sin la comida y cama, con que pueda vestir, calzar, y acudir a otras jarcias.

Mas ¿de qué sirve tanta dilación? Llega con presteza a oficial, y buscando su remedio, convida con su habilidad a los menesterosos della, eligiendo en Madrid por puesto, el de entre la horca y sombrerería, sitio a veces bien acomodado para su desesperación. Al

paso que corren priesas hace crecer los provechos, porque fuera de que el pendón es tan necesario en él como el vivir, y por antigua obligación no menos debido a los mauleros, que el cuerpo a la tierra, suele doblarse el interés cotidiano, con notable desabrimiento de quien le busca; aunque la presente necesidad hace se sobrelleven y disimulen sus demasías. Su proceder es del todo perdido. Cursa sin cesar tabernas y bodegas, a quien por mas honra llama Estados. Mientras come, murmura con otros de los maestros, y de la miseria del mundo en hacer obras, atufándolos, y volviéndolos tan valientes el demasiado licor, que al salir si no titubeasen las colunas, sacarían los cinco contra ejércitos enteros. Dejo aparte los vicios de juegos y sensualidad, por ser en él tan comunes como el respirar en un vivo. Mas quierole sacar, que es justo de tan mala vida, y de tan mugrientas posadas; y darle por esposa y compañera una Juana, María, o Isabel Pérez, Hernández, o Martínez, criadita de alguna señora de quien escapó con pocas preseas y muchos deseos de matrimonio, llamado entre las tales Remedio. Cátate ya maestro a mi Alonso, porque se supone se hubiese examinado antes de consumar, respeto de que sin tal título no fuera justo dar consentimiento doncella entreverada de plebeya y noble. Por lo menos ya goza mi susodicho de mejor olla y cama, y de mayor limpieza en casa y persona. Da luego la mí señora en aprender ojales, y en hacer soguillas, y tal vez se arremete a las camas de algún herreruelo, supliendo con su larga intención, y corta prática más de dos ayudantes impertinentes. Finalmente ya tenemos en la República un sastre más, un nuevo cosario en el mar de la Corte, que con las breves armas de una medida, vara, tijeras, aguja, y dedal, osa saltear y embestir las más poderosas haciendas.

Pregunto Reyes míos, sastres de mi alma, ¿no son éstos los trances y grados por donde suben a la suprema dignidad de su profesión? si por cierto: bien saben que trato verdad. Pues ahora vengamos a cuentas, y díganme los mayores quién son en el mundo para despreciar a los mínimos, para mirar con gruesa vista a los que tienen menos caudal, y quizá más suficiencia. Si tuvieron unos mismos principios, si son de un propio metal, ¿de qué sirve la hinchazón? ¿Para qué consienten los tiente el demonio a ellos con caballería y galas, y a sus mujeres con dones y joyas? ¿Olvidan por ventura el contino Vos de los señores, y el menosprecio con que en general son nombrados? ¿Tan bien proceden, tánta verdad tratan, tánto agrado profesan, tan convenibles son? ¿No supone su oficio servidumbre

hasta para con rameras y esclavos? Juzguen pues por sus acciones su calidad, verán cuán fácilmente da en tierra la estatua de su soberbia y entonación.

Hasta aquí Caparicio y Botangano, a quien es es justo responder, alegando en favor y defensa destos miserables lo que se sigue. Cuanto a lo primero causándose de la antigüedad de las cosas muchas veces su nobleza, es fuerza se diga ser nobilísima el arte de los sastres, por ser tan antigua como usada desde el principio del mundo. Los primeros pues que se lee haberla puesto en uso fueron Adán y Eva tras el pecado cometido: porque viéndose desnudos, tuvieron vergüenza en la presencia de Dios; y así luego con una vestidura de hojas de higuera cubrieron aquellos miembros, que la misma naturaleza inocente y virgen sentía ver tan despojados y desnudos. Sobre todo parece quisiese el Señor ennoblecer tal arte, haciendo a los mismos ciertas túnicas, o antiparas de pieles:

> *Fecit quoue Dominus Deus* (se dice en el Génesis) *Adae et uxori eius tunica pelliceas, et induit eos.*

También la favoreció cuando mandó a Moisén hiciese a los santos sacerdotes los paños menores de lino, con que cubriesen las partes menos honestas. Fuera desto la infinidad de otros científicos y artífices, que para su proprio servicio, y el ajeno usaron esta profesión, crece (si bien se considera) no poco su estima, reputación y loa.

Los antiguos Frigios como primeros inventores (según Plinio) de coser vestidos con aguja, se ocuparon mucho en este ejercicio. Y Átalo Rey de Persia atendió a él con grande cuidado, siendo inventor de las primeras guarniciones de oro. Quintiliano cuenta haber sido Helio Hipia Sofista, tan buen sastre como Filósofo. El poeta Horacio celebra a Alfeno por sastre bien entendido de aquellos tiempos. La necesidad deste oficio ocasiona también no pequeño honor a los que le siguen. Por eso está escrito en el Eclesiástico ser lo más forzoso para conservar la vida del hombre, el agua, pan, y el vestido, que encubre la deshonestidad. Acerca de los Legistas son equivalentes entre sí la comida, el reposo, y el vestido. Y así como los vestidos son necesarios al cuerpo para defensa del frío; así también son de ornamento y dignidad para el hombre, según Marco Tulio. Ponen pues los sastres decoro y belleza a todos, mas en especial reciben las mujeres por sus galas y atavíos singular adorno, pompa y majestad. Por esta razón se lee en Macrobio, haber loado César el ornato de Julia su hija el día que con vestido severo y grave (en emienda del pasado, en que se

había mostrado demasiado lasciva) se puso en su presencia, diciendo el Emperador:

¡Oh cuánto es más decente este traje en la hija de Agusto!

En esta conformidad se lee en las sagradas letras haber persuadido Noemí santa a Ruth se adornase de ropas honestas, para que en aquella forma adquiriese la gracia de Boos, y le granjease por marido. Valerio Máximo cuenta a este propósito, haber permitido los Romanos usasen sus mujeres la púrpura y oro, a fin de que se mostrasen más hermosas y gallardas con tan preciosos vestidos. La fatiga del arte aumenta asimismo su decoro, porque fuera de estar llena de variedad, trae consigo diversidad notable en el ornato y guarniciones; cosa que nunca tiene fin, ni en cierto modo se puede aprender del todo jamás, por las novedades que se introducen cada día. Los principios del arte son puntear, cortar guarnición de cualquier género, diminuir una vara de seda; saberla tantear y cuartear para el mismo fin. Luego trazar el terciopelo, y hacer de una o media dos arpones, para que parezca y haga labor. Tras esto saber acabar un vestido de cualquier suerte que sea. Trazar un calzón, y ropilla de mucho o poco paño, o seda, de modo que no se pierda nada; un jubón largueado, cuya seda haga tres labores, arponeada, atravesada, y a la larga, un coleto aventanado, y una ropilla, señalándola, y largueándola en arpón, a la larga, y al través. Perficionar jubón, ropa, y basquiña, bohemio, manteo de vuelta, o Francés con su corpiño, saya entera de manga redonda, de punta y de media, dándole el garbo y gracia que se requiere; monjil entero para viuda, o trenzado; capa y ropilla de Letrado, capa y ropilla de galán, vaquero largueado, balandrán con alas y capilla, y un gabán. Toca por consiguiente al sastre curiosar las galas de un juego de cañas, marlota y capellar, con los demás aderezos. Asimismo una garnacha de Oidor, una ropa de levantar, o Romana, loba entera, o media, o sangrada, sotana y manteo de clérigo, dos suertes de mantos de Comendador y de mujer; una bandera y estandarte, una cama de camino y de respeto, un vestido de Obispo, casulla y capa de coro, sin otras muchas cosas cuyos nombres excluye la brevedad.

Ha de tener un buen sastre no poco de Geómetra, con que pueda saber puntualmente el tanteo y lo necesario para todo género de vestidos. Requiérese en él sobre todo, así prudente paciencia y discreción para saberse acomodar a diferentes gustos y caprichos, como sutil conocimiento y juicio, para contentar a todos, desde el Pontífice, Emperador, Reyes y Príncipes, hasta los estados más

ínfimos. Pertenece al mismo no ignorar cuantas suertes de trajes se hallan; y en fin se podrá llamar sumamente versado en su profesión, si tuviere noticia de los vestidos que uso la antigüedad. Sus principales vestiduras fueron la Ábola, coveniente a los Reyes: por eso Suetonio escribe haber Calígula dado con una vara a cierto Pompeo, porque no siendo persona de reputación entró en un espectáculo con la púrpurea Ábola: el Clámide vestido militar, por quien dijo Plauto,

Militi opus est Chlamyde, Machera, et Petaso:

el Crocotón, a quien Festo llama propio de nobles y ricas matronas: el Paludamento, que según Plinio, se vestía el Emperador cuando iba a la guerra: el Peplo, que Lactancio Firmiano dijo ser una como ropa, con que se cubrían los simulacros de los antiguos dioses: la Pretexta que usaban los Romanos, según Pompeo Festo: la Toga, que como dice Livio, recibían los mancebos en Campidolio, depuesta la pretexta pueril, llamando por eso Virgilio a los Romanos gente togata, cuando dice:

Romanos rerum dominos gentemque togatam.

Sin otra infinidad de vestidos generales y particulares, como la Áulea de los Britanos; el Strigio de los Españoles; la Tiara de los Persas; el Miotón de los Armenios; la Casiaca de los Griegos; la Riza de los Traces; las Mastrugas de los Sardos; el Corteo de los Masilienses; el Bardo de los Galos; el palio de los Filósofos, según Gelio; las Pénulas de los plebeyos según Ulpiano; la Difterea de los pastores, según Herodoto, con otras muchas suertes que se hallan en los libros.

Demás consiguen los Sastres particular honra del precio de los vestidos que hacen tal vez, y del uso dellos. Antístenes Sibarita hizo una singular vestidura, en que estaban pintadas las efigies de varios dioses, que casi como por milagro se colgaba de tantos en tantos años en el templo de Juno, siendo en aquel tiempo, comprada por los Atenienses en grandísima suma. Cuenta Plinio haber tenido Lolia Paulina una vestidura adornada de tantas joyas, que fue estimada en cuatrocientos sextercios, cantidad crecida en aquella edad. Refiere Valerio Máximo tener Silifón una ropa, que habiéndola dado a Darío Rey de Persia, recibió en cambio y remuneración della toda la isla de Samo. Saxón Gramático escribe haber tenido Frontón otra tan admirable, que obligaba mientras se la vían puesta a que ningún enemigo le hiriese, por más indignado, que se hallase. Profésase hoy en España este arte con notable curiosidad; porque aunque en

tiempos pasados hubo grandes oficiales, nunca llegó a la perfección que ahora tiene el mundo de vestir, supuesto se ha ido tomando lo más a propósito de todo. Fúndase esta verdad en estar al presente los ingenios más sutiles, adelgazándolos de contino tantas inventivas nuevas. De aquí nace poner en práctica todo cuanto se les pide a uso de España, Francia, Alemania, Italia, y otras naciones. Los de Madrid particularmente son los que más noticia tienen de todos los vestidos de la Corte, como los que se hacen para saraos y fiestas de Palacio, máscaras, juegos de cañas, justas y torneos. Sirven éstos de examinar y enseñar a los de otros Reinos, reformando trajes al uso moderno y mejor. Pudiérame alargar en referir muchas particularidades, que se requieren para ser uno buen sastre: mas profesando en todo brevedad, sólo diré, debe ser sujeto virtuoso, y bien nacido, por tratar con Príncipes, sin haber para él puerta cerrada a todas horas, por cuya causa es menester sea hombre de confianza. Asimismo es justo sea limpio y aseado, circunstancia forzosa para andar más que otros oficiales cerca de los señores. Es necesario sea liberal y diligente para la puntualidad, y sobre todo no torpe, porque no se canse el dueño del vestido en darle a entender el cómo le quiere, y porque pueda advertir con presteza al oficial las dificultades que se ofrecieren; partes y requisitos que se hallan en pocos.

Finalmente los sastres Españoles atendieron con tanto cuidado y desvelo a la reducción de los vestidos, que casi podemos decir se les debe cuanto de bueno y curioso se halla en ellos. Porque aunque se dan nombres de estranjeros a algunos trajes, son obras propias de los nuestros, no siendo apenas conocidos entre aquellas naciones. Por ejemplo: recién venida a España la Reina Doña Isabel pidió una basquiña con unos corpiños justos, para que le sirviese de manteo: y hecho como deseaba, se quedó con nombre de Francés, por ser la Reina Francesa: y así de otras cosas, como bohemios, y ropas Romanas. Y si bien las sayas enteras con mangas redondas son muy antiguas se ordenaron en nuestros tiempos las de punta, como más galanas, de mayor bizarría, y más capaces para forros ricos. Inventaron también otras mangas largas que llaman de Casaca, para danzar, sin las que se dicen cotas para los saraos, que son basquiñas con faldas como sayas, poniéndose ropas con ellas. Usan las damas asimismo de poco a esta parte gabanes bravos para de camino, aforrados en felpa. Hállanse en razón de vestidos dos libros impresos; uno de Juan Alcega, que salió año de 1589 y otro de Francisco Burges, publicado en el de seiscientos y catorce, y aprobado por orden del

Consejo Real por los examinadores de Madrid*, a cuyas obras remito a quien más por extenso quisiere saber esta materia.

* La ed. de Perpìñan 1630 insertó aquí: Sin estos se halla otro de Baltazar Sagobia, natural de la fidelissima Villa de Perpiñán impresso año de 1617.

De los labradores, y en particular del ejercicio de atender a las abejas. Discurso LV.

ES tan saludable, tan alegre y gustoso el comercio del campo, y tan inmemorial el origen de la Agricultura, que cuando no tuviese más estimación y gloria que la de la antigüedad, bastaría para hacerla por estremo célebre, y famosa. Vemos haber sido la primera operación que hizo el primer hombre cultivar la tierra, ararla, plantarla, sembrarla, y fatigarse, y sudar en la misma. Dice Josefo, fue Caín hijo de Adán, el primero que halló el modo de arar, y poner los confines, propio principio de la Agricultura. Cicerón y Virgilio atribuyen su origen a Ceres, y lo mismo Ovidio en aquellos versos:

Ceres primero con el corvo arado
al hombre dio los frutos de la tierra.

Tiene Justino haber sido el primero Triptolemo, quien la introdujese en Grecia, y Asia. Mas Diódoro, y con él Tibulo dan la gloria de su invención a Osiris, llamado también Dionisio. La Agricultura (dice Aristóteles) con el medio de sus fatigas y sudores, atiende más a la ganancia que al honor, siguiendo arte de tanto provecho como fatiga. Y aunque parece no merezcan los labradores alguna alabanza, ni honra, por cierto lugar del derecho, donde Jacobo Rebufo tiene no deberse elegir Cónsules los Agricultores, y cavadores de viñas, habiendo copia de otros hombres sabios de gobierno; con todo es digna la Agricultura de loa no pequeña, por sentencia de graves autores que la illustraron justamente. Marco Tulio la ensalza, y encomienda con aquellas palabras:

> *De todas las cosas que rinden ganancia viene a ser la Agricultura la mejor, la más fecunda, más dulce, y digna de cualquier hombre libre.*

Y en otra parte apunta:

> *Así que nuestros mayores de una débil y mínima República nos la dejaron floreciente y grande. Cultivaban con diligencia sus campos, y no apetecían con ansia los ajenos.*

Y más abajo:

Esta nuestra vida que tú llamas silvestre, es maestra de templanza, diligencia, y justicia.

Y Columela lamentándose de los labradores de su tiempo, dice proceder su malicia de entregar la labranza a los peores criados, del modo que se entrega al ministro de justicia el condenado a muerte, siendo cosa que la trataron los mejores de nuestros antepasados. Así Blondo trae el ejemplo de Quinto Cincinato, que fue llamado a la Dictadura desde la labranza, y de nuevo depuesto el manejo de los negocios, volvió al arado. Estas mismas pisadas siguieron Cayo Fabricio, Cayo Mario, Curio Dentato, Porcio Catón, Serano, y otros muchos que dejando los Magistrados, y desamparado los oficios públicos, se retiraron a las caserías, gozando de mejor gana los deleites de la aldea, que las honras de la ciudad. De aquí es decir Plinio:

Cultivaban los campos las manos de los mismos que triunfaban.

De forma que parece fuese lícito decir, que ufana la tierra por ser abierta con hierro laureado, rendía más abundante fruto. Sábese también no haberse avergonzado los Emperadores Romanos, y los poderosos Reyes de labrar campos, de tratar semillas, y de ingerir árboles. Para esto se retiró depuesto el Imperio Diocleciano, y Átalo dejado el gobierno del Reino. También Ciro, poderoso Rey de Persia se solía gloriar mucho de un huerto cultivado por su mano, y de los árboles que había plantado, y puesto por orden. De Abdolomín se lee, haber sido electo al Reino de los Tirios, y que le fueron llevadas las insignias Reales, cuando cultivaba un campo, sucediendo lo mismo a Bamba Rey Godo en España. De aquí vinieron los nombres de aquellos famosos linajes Romanos, Fabios, Léntulos, Cicerones, Pisanos, llamados así de la muchedumbre y copia de semejantes legumbres. Los Junios, Statilos, Bubulcios, Tauros, Vitelios, Porcios, Annios, tuvieron origen (según el más común parecer) de los primeros labradores. Los principales de las Cortes, habitaron antiguamente en las caserías casi por profesión; por tanto se verifica el verso del escritor de las Elegías.

Centum illi prato saepe erat.

Añádase dice el Beroaldo, que de los labradores se sacaban soldados admirables, y se eligían valientes tirones, que son bisoños, entre la juventud rústica; porque sin duda son mucho más firmes, robustos, y fuertes los cuerpos, que con ardiente sol, y con sudores continuos se van corroborando, que los que entre sombras deleitosas están

lascivamente sumergidos en las ciudades. Quizá procede de aquí haber edificado los Romanos y Griegos fuera de las ciudades Templos a Esculapio dios de la Medicina; porque creían con certeza, ser más sanos los albergues campestres, que los ciudadanos. Tan grande fue el cuidado del campo acerca de los Romanos, que en los días de las Nonas visitaban las cosas urbanas, y los otros siete atendían al ejercicio rústico. Quizá también tuvieron de aquí origen las ferias y mercados, que en general se suelen hacer sólo para la comodidad de los labradores. También siendo la ganancia de mercaderes infeliz, y poco segura; la de usureros vergonzosa, y no poco infame; la de artífices no muy limpia, sólo la de Agricultura parece sea más estable, más honesta, y menos envidiosa. Por eso Aristóteles la llamó principalísima profesión, y muy conforme a la naturaleza. El antiguo Catón la nombraba vid estremamente fructífera. Tremelio Scrofa dio a los prados el primado de la bondad, siendo por los antiguos llamados *Parados*, casi como preparados para el provecho y ganancia de sus dueños. Y los ricos eran llamados *Locupletes, quasi loci pleni, id est, agri*. Hasta la misma pecunia, y el peculio tomaron, como se dijo, el nombre de las ovejas, que en Latín suena *Pecus*. Con todo eso hay muchos autores célebres, que dicen haber sido hecha la moneda, o pecunia de *Pecus*; porque con la oveja fueron sellados la primera vez los dineros por Servio Tulio Rey de Romanos. Entre las memorias de los Griegos se halla haber acuñado Teseo moneda con la efigie de un buey, para provocar con él a los Atenienses a las cosas del campo. De aquí es haberse dicho la moneda de cien numos *Hecatomboon*, y a las de diez *Decaboon*, por hallarse esculpido el buey en ella. Sin esto afirman muchos escritores ser la vida de los rústicos más dichosa y afortunada que la de los ciudadanos, como explica Virgilio en aquellos versos:

O fortunatos nimium sua si bona norint
agricolas, quibus ipsa procul discordibus armis
fundit humo victum facilem iustissima tellus.

Y Horacio:

Beatus ille qui procul negotiis,
ut prisca gens mortalium
paterna rura bobus exercet suis
solutus omni foenore.

Lucrecio hablando de la vida rústica dice:

Tum loca, tum sermo, tum dulcis esse Cachinni

consueverant, agrestis enim tum musa vigebat.

El mismo llama a los ocios de los labradores Día; que suena según Beroaldo generosos. A este propósito llamó el Délfico Apolo en Arcadia a Aglao Sofidio felicísimo, porque atendía a cultivar una pequeña heredad de cuya cosecha vivía, sin sacar fuera della en su vida el pie. Otros la atribuyeron varias alabanzas; como Varrón, que dice haberse derivado la larga vida de los hombres del fruto de la agricultura rígida y áspera, siendo propio de los deleites acortarla, y disminuirla. Francisco Patricio la llama disciplina de varón excelente, y arte de honestísima ganancia, y fuera desto necesaria para el sustento humano, según el dicho de los Proverbios:

Qui operatur terram suam, repletur panibus.

Aristóteles dice, haber sido esta especie de adquisición ministrada al mundo por la naturaleza. Acerca de los antiguos dice Catón, se tenía por oprobrio expreso no cultivar bien los campos, y un hombre honrado era llamado por ellos Colono, para significar la grande estima en que estaba esta profesión. A ella atendió Adán desde su principio, y también Abel, Caín, Esaú, Noé, plantador de la primera viña; Saúl Rey, Zacarías Profeta, y Ocías célebre por tantas vitorias. Finalmente Cristo Nuestro Señor llama al Padre Eterno en el Evangelio, labrador, diciendo:

Ego sum vitis vera, et Pater meus agricola est.

Y en otro lugar dice del mismo en Parábola:

Homo erat Pater familias qui plantavit vineam.

Los privilegios casi infinitos de los labradores muestran también el honor de la Agricultura. A los mismos viene atribuida la quietud y paciencia; y así en caso dudoso, es la profesión en su favor de que no sean autores de pendencias ni discordias, según el Legista Alberico, que llama santa y pía a la rusticidad, cuyo título le dan también los Cánones. Son asimismo exemptos de milicia; por eso en tiempo de sementeras y cosechas no pueden ser violentados por causa del daño público, según la sentencia de Juan de Monteleón. Y si el labrador vendiese su hacienda a personas prohibidas, no pierde por eso el precio; perdonándose de ordinario a la rusticidad simple, y juntamente miserable. Los bueyes, el arado, y otras cosas así pertenecientes a labranza, son exemptas de ejecución y prenda, como quieren las leyes. Los otros privilegios recitan por extenso Lucas de Penna, y Juan de Platea. Diódoro Siculo refiere tenían los Indios por

costumbre en la guerra no hacer algún daño a los labradores, porque pudiesen los ejércitos de ambas partes recebir alimento; consistiendo en aquel siglo el fin de la vitoria en el honor, y no en la vida de los hombres. Con semejante manera parece tratase (como se lee en Jeremías) Nabuzardán príncipe de la milicia del Rey Nabucodonosor a los labradores de Judea; supuesto, habiendo prendido al Rey Sedequías, cegádole, despedazado sus hijos, saqueada la ciudad, y robado el templo; sólo perdonó y usó de misericordia con los labradores, por la común utilidad. Platón es de parecer, se pusiesen los hombres desde el principio por sólo beneficio de Dios, a esta trabajosa Agricultura. Mas Filón Judío, y Jenofonte, la llaman arte de las artes, y ama de todas las gentes: y Varrón no sólo la llama arte, sino ciencia, como la que enseña lo que se ha de sembrar en cada lugar, y qué modo se ha de tener para adquirir el fruto de la tierra que puede llevar. Mas quien quisiere tener mayor noticia de la dignidad de la Agricultura, lea el tratado de Alberto Lolio, que discurre cumplidamente. Sus principios (según Enio) son los mismos que los del mundo, esto es, aire, agua, tierra, y Sol. Sus preceptos (según Paladio) se contienen en pocas palabras: Que son cultivar bien los campos, tener prudencia acerca de las sementeras, y plantas, tener posibilidad de gastar, y voluntad de hacer. Columela quiere conozca el buen Agricultor la calidad del lugar para sembrar dentro cosas a propósito; por ejemplo, si el territorio es cálido, frío, húmedo, seco, o templado, será bueno para trigo, habas, lino, bosque, viñas, y cosas así: y procediendo sumariamente, acerca de la Agricultura se hallan los libros de Gerón, de Átalo Filometore, de Arquelao Rey, de Jenofonte, de Marco Catón, de Magón Capitón, de Apiano Poeta, de Tremelio Scrofa, de Cornelio Celso, de Juan Grecino, de Giulfino, de Marco Varrón, de Plinio, de Columela, de Virgilio, de Pedro Crescencio, de Paladio, de Conrado Heresbaquio, de Galo Bresciano, de Juan María Bonardo, y de otros muchos, que distinguen parte por parte cuanto se debe observar en la agricultura, donde las obras de Galo, y las de Paladio son suficientes para instruir a cualquiera en todos los preceptos de la misma.

Ésta se divide especialmente en personas, en lugares rústicos, en instrumentos, y en acciones. Debajo el nombre de labradores se comprehenden también hortelano, jardinero, cavador, el que ara, el que siembra, el que poda, el que vendimia, y trasiega. En el terreno están comprehendidos los prados, los campos, las posesiones, los jardines, las huertas, las viñas, cercados, y otras cosas. Los

instrumentos, o son para la tierra, o para sus frutos, o para los árboles, o para llevar cosas. Los de labrar son arado, azadón, pala, azada, piqueta, azadilla, escardador, dental, aguijada, y otros. Los instrumentos para los frutos de la tierra, son guadaña, hoz, trillo, camizo, vieldo, horca, pala, rastrillo, y otros. Los instrumentos para los árboles, son podadera, podón, cuchillo, hacheta, y otros. Los que se usan para llevar cosas, son carros de varias suertes, y cabalgaduras. Las acciones del labrador, o consisten en las personas como labrar la tierra, amaestrar la juventud, luchar, y tirar la barra; o en el terreno, como cavar, arar, segar, surcar, y plantar. De los huertos se trata en el discurso de los hortelanos. Para los árboles se nota en particular, cómo el labrador siembra, cómo cava, cómo hace fosos, cómo los planta, o sin raíz, o con raíz, a orden: cómo los ingiere; cómo los encesta, cómo planta viñas, cómo las poda, o arrima a los árboles, o palos. Fatígase singularmente en torno al vino, vendimiando la uva, y haciendo della arrope, pasas, y mostaza; sin lo que se gasta en vino; de quien se forman blanco, rubio, tinto, clarete, y otros muchos géneros: hace vinagre, trasiega el vino, lo cuela, le da color, sin otras muchas diligencias. Acerca de los frutos atiende a batirlos, menearlos, recogerlos, o sea del árbol, o sea de la tierra, verdes; acerbos, o maduros. De las aceitunas hace aceite: de las abejas saca miel de quien dependen sus profesores, a cuyo propósito apunta Plinio muchas cosas, declarando el orden natural de las mismas, como de no salir a sus operaciones antes de florecer las habas, habiendo estado hasta entonces ocultas: cómo componen primero los dujos, que son sus cestos, donde comienzan a labrar sin intermisión, cómo van embarrando la colmena con zumo de olmo, de caña, de goma, y otros árboles amargos, contra la golosina de algunos animalejos: sabiendo las mismas que han de parir cosa tan deseable al apetito; cómo se alimentan allá dentro de la flor de Sandalac, o Cerinto; cómo para el parto de la cera todas las flores son a propósito, excepto la romaza; cómo adivinan los vientos, y lluvias venideras; cómo se gobiernan a modo de República siguiendo a un Gobernador; cómo allá dentro tienen repartidos los oficios con admirable policía; cómo son limpias, diligentes, y laboriosas. De cuántas suertes se hallan, esto es, en el Ponto de las blancas, que hacen dos veces al mes la miel: otras melifican en los árboles: y otras debajo de la tierra. Cuántas cosas les dañen, como los malos olores, las avispas, la moscarda, las arañas, las golondrinas, los muchuelos, los picorrelinchos, y cosas tales. En cuántas enfermedades incurran, como en el clerón, blapsigonia, y

otras muchas; cómo se alegran con el son de las bacías; cómo fueron grandísimos amantes suyos Hilisco Tasio, y Aristómaco Solense, que escribieron dellas amplos tratados: cómo se preparan las colmenas, y sus agujeros: cómo se suena mientras se junta la enjambre; cómo se unte la misma colmena, cómo se recojan las propias; cómo se maten las abejas, de quien abundó tanto Hibla junto con Himeto; por lo que de Hibla dijo Ovidio:

Quot lepores in Atho, tot apes pascuntur in Hibla.

Y de Himeto Marcial,

Pascat et Hibla meas, pascat Hymetus apes,

cómo éstas fabriquen la miel, que es sumamente buena en Sicilia, en Chipre, en la región Ática, en Calidna Isla, en la región de los Sabeos, en las Islas de Canaria, en el valle de Cerrato de España, y la de Salsas en el condado de Rosellón, y en otros muchos lugares: cómo al último se saque la cera, entre quien es notorio ser mejor la de Levante. Ángelo Policiano alaba la del monte Hibla diciendo:

Gaudebat calamos hybleis iungere caeris.

La misma se tiempla y acomoda diversamente, como la blanca con el calor del Sol, según los dos modos que pone Juan Angelicano, siendo menester para hacerla de otros colores diversos ingredientes.

Por otra parte son muchos los labradores destos tiempos de más humilde condición que cualquier plebeyo: porque éste reposa siquiera el Domingo, y el otro es forzado muchas veces a sudar, y trabajar también la fiesta, en torno al trigo, y legumbres, si no quiere perder en una hora, cuanto ganó en un año. Tras esto parece, sea el tal maldito de Dios, porque sin la maldición general, que por el pecado de Adán recibió la tierra, hereda otras particulares, probando por instantes la ira de los tiempos, particularmente en las lluvias, que tal vez le anegan la casa, en las avenidas de los ríos, que la ahogan, en las tempestades que le apedrean trigo, y uva, en las guerras que le destruyen, en las penurias que le deshacen, en el sequío que le deseca, en el frío que le ofende, en el calor que le aniquila, y hasta en los pequeños mosquitos, y gusanillos de la tierra que le atormentan. El villano es sucio cuanto se pueda decir, siempre sudado, siempre lleno de polvo, mudando apenas camisa el Domingo. Es de ordinario porque para todas cosas. Cuanto al ir a caballo, se halla ser verdadero aquel dicho:

El villano no tiene espuelas, y si las tiene, es sola una, y si tiene dos, no son iguales, y si son iguales, no son suyas, y si suyas, no tienen correas, y si tienen correas, son de cordel.

Son también los villanos por estremo groseros, y descorteses en sus conversaciones, hablando siempre con lenguaje tosco. Précianse de astutos como raposos, de maliciosos como mala cosa, siendo cualquiera buey en discurso, asno en juicio, mulo en entendimiento, y villano en proceder, que es cuanto se puede decir.

De los Agricultores habla en muchos lugares Pedro Vitorio en sus libros de varias lecciones, y en especial a fol. 68, 80, y 85, y también Ángelo Policiano en su Panemistemón. Lo mismo Pedro Crinito, lib. 4 de honesta disciplina, cap. 2, y Juan Tomás Frigio, fol. 871, donde trata algunas cosas pertenecientes al menester de las abejas a fol. 937. Es de ver también Juan Jacobo Vuequero, fol. 376, y Celio Calcañino, fol. 281.

De los Tutores.
Discurso LVI.

HACEN profesión los Tutores de tener el amparo y tutela de pupilos y viudas, como personas dignas de toda defensa, y necesitadas de protección. Así dice Marco Tulio era cometida la tutela por utilidad y beneficio de los que eran encomendados a su cuidado, como también el patrocino de la República a sus procuradores. Por eso afirmaron los antiguos Jurisconsultos, ser la tutela un poder muy cumplido, dado a algunos por las leyes civiles, para que defiendan a los que por sí no pueden defenderse, o a los que respeto de sus pocos años, o fuerzas intelectuales, son inhábiles del todo para parecer en juicio. Tutores son también los que dan a los menores para administración de sus cosas, hasta que llegan a la edad jurídica en que la puedan hacer por sí. Esta tutela (según Carolo Sigonio) se derivó de la ley de las doce tablas; si bien, o por costumbre, o por otra razón se observó antes dar tutores a los inhábiles, por juicio, o edad. Por eso se lee en los anales de Tito Livio, y de Dionisio, haber dejado Marcio Rey de Romanos a Lucio Tarquino por tutor de sus hijos. De aquí es haber dicho Cayo Jurisconsulto:

> *Es permitido por la ley de las doce tablas a los padres, señalar en su testamento tutores a sus hijos, como estén en su potestad*:

afirmando lo mismo Paulo Legista. Añaden todos los Doctores, que si el padre por suerte no dejase tutor, la misma ley se le da, supuesto manda sirva en este ministerio el pariente más cercano, como heredero, siendo este tal llamado entre los Legistas legítimo tutor. Y así Ulpiano tratando deste mismo género dijo:

> *Las legítimas tutelas se concedieron por la ley de las doce tablas a los parientes más cercanos y cosanguíneos*.

Replicando de nuevo:

> *Ninguno sino la ley de las doce tablas da legítimos tutores*.

Mas si acaso no se halla el heredero que es legítimo tutor, entonces le señala el juez, a quien por ley fue cometido el darle, como el Pretor Urbano, y los Cónsules. Por tanto es notoria en Tulio aquella voz de Verres Pretor:

Pupillos et pupillas certissimam esse praedam Praetoribus.

Y Julio Capitolino refiere haber sido Marco Antonio Emperador el primero que crease Pretor tutelar, para que con mayor diligencia y cuidado se tratase de los tutores; habiendo sido antes elegidos por los Cónsules Romanos. Pertenece también al derecho de la tutela, la perpetua defensa de las mujeres; cosa que entendió Cicerón así, cuando dijo, haber sido declarado por los mayores hallarse en potestad de los tutores las mujeres, por la falta de consejo. Marco Catón (en Livio) acerca de la Oración de la ley Opia, dice:

No permitieron nuestros mayores hiciesen las mujeres cosa pública, o particular sin tutor.

Ulpiano refiere haberse establecido por la ley Atilia, que a las mujeres, y pupilos les señalase tutores el Pretor, y la mayor parte de los Tribunos: lo que viene a confirmar Tito Livio mientras recita la historia de Hispala Libertina, con las dichas palabras. No es justo acomular sobre esto más sentencias de Doctores, porque no parezca, quiera ventilar punto por punto las materias de los Legistas, bastando esto poco a los que deste oficio no tienen tanto conocimiento, el cual si se administra con fidelidad, justicia, amor, y diligencia, no hay duda sino que resulta en grande alabanza de quien le ejerce; así como al contrario se tiene por expreso vituperio, y suma injuria engañar los tutores a sus pupilos, damnificándolos en su hacienda, o gobernándosela con poca prudencia, o negándoles impíamente, o dilatándosela demasiado, o encubriendo los derechos del patrimonio, o cargando gastos excesivos, o robando sus bienes; o finalmente pleiteándoselos en los tribunales contra toda razón. Donde se descubre la malicia de los tutores, la impiedad, la injusticia, y poca fidelidad que hoy reina en muchos, con perpetua querella de los que se hallan opresos y agravados dellos.

De los Cazadores de fieras, Cetrería, y Pescadores. Discurso LVII.

DE la caza de fieras se dice haber sido inventores los Tebanos, nación famosa por engaños, latrocinios, y juramentos falsos; afrentosa por muertes de padres, y por juntas deshonestas entre parientes. Pasaron de aquí las reglas deste ejercicio a los Frigios, gente no menos impúdica que loca, y vana. Por eso fue tenida en poco de los Atenienses y Lacedemonios, pueblos más prudentes y graves. Con todo se lee para mayor antigüedad suya, haber atendido a ella desde principios del mundo, Caín, Lamec, Nembrot, Ismael, y Esaú, todos por testimonio de las Sagradas letras, robustos cazadores. Esta profesión es de muchas partes notada así de vana fatiga, como de estudio inútil, de placer infeliz, cruel, y trágico, propio de hombres pésimos; porque en el Viejo testamento no se lee la siguiesen sino Ismaelitas, Idumeos, y otras gentes que no conocieron a Dios.

Hasta en las historias de los paganos no se halló fuese cazador algún hombre santo, sabio, ni filósofo. Mas sí bien muchos pastores, y algunos pescadores. Y San Gerónimo (cuyo dicho se alega en el cap. Esaú, distinctión 86) dice:

> *No hallamos en las Sagradas letras algún cazador que fuese santo, pescadores sí.*

Sentencia que expone Juan de Torquemada entenderse del viejo Testamento, por causa de la historia de Eustaquio, y Huberto, santos cazadores. San Agustín dice, ser esta ocupación la peor de todas. El Concilio Elibilitano y el de Orliens la prohibieron, y condenaron en los clérigos. En los sacros Cánones no tan sólo es vedado a los cazadores el poder ascender a Órdenes sacros, sino que también se suspende el grado del Sacerdocio que hubiesen conseguido. Désta procede la tiranía de los señores, por usurparse los animales que por su naturaleza son libres; y que según derecho debrían ser de quien los cazase. Por esta causa suelen ser echados los labradores de sus haciendas, quitándoles sus campos. Ciérranse los bosques y pastos, por aumentar el de varia salvagina, con que engordan y reciben placer los nobles a quien sólo es lícito comerla, castigando gravemente a los que sin su licencia la matan. Valerio Máximo nota

de Domicio, Pretor Romano en Sicilia, que hizo crucificar a un pastor, porque había cazado un jabalí, no obstante le hubiese presentado al mismo. Por eso Juan de Platea, y Guilielmo Benedicto famosos legistas, tienen con razón prohibirse a los labradores la caza porque este ejercicio no les impida cultivar los campos, que resulta en beneficio público. Y quizá por este respeto es prohibida en Francia y otras partes la caza a personas bajas, que se deben ocupar en oficios más provechosos. Luis segundo (como refiere Gaguino) en el principio de su reinado prohibió toda costumbre de caza, como también en muchas partes usan otros Príncipes, reservando para sí ciertos distritos particulares; lo cual si sea justo, o no, declara Armila, no menos libre que claramente. Sin esto, dan grande nota a la caza los daños que se hacen a los campos, selvas, frutos de viñas, nuevas plantas, y sembrados: también los gastos superfluos de tantas suertes de perros que se crían para tan revoltoso ejercicio. Por eso los cazadores consumen la hacienda, viniendo a manera de Anteón a ser despedazados de sus perros. Piérdese muchísimo tiempo, y se incurre muchas veces en peligro de muerte, como por instantes sucedió al Emperador Adriano, según Dión. Sobre todo está por estremo mal este ejercicio a las mujeres, por ser evidente ocasión de retirarse a obras lascivas, como se fabuliza de Dido y Eneas en Virgilio; y de Dafnes y Leucipo en Partenio. Los Reyes Persianos (según Jenofonte) la tuvieron en grande estima, como verdadera imitación de las cosas de la guerra, porque la caza contiene en sí no poco de batalla, mientras la fiera es acometida de los perros, que derraman su sangre, despedazan sus carnes, siendo al fin llevada como en triunfo, con son de bocinas, ladridos de perros, y acompañada de la multitud de cazadores. Mitrídates entre otros Reyes de Ponto le fue tan inclinado, que estuvo siete años en la campaña, sin posar jamás debajo de algún techo, atendiendo sólo a cazar fieras. El Emperador Domiciano la siguió con grande ardor. A Helimo y Panope compañeros de Acestes Rey de Sicilia describe Virgilio por insignes cazadores, en aquellos versos.

Tunc duo Tinacrii iuvenes Helimus, Panopesque
assueti sylvis comites seniores Acestes.

A Céfalo marido de Procris celebra Ovidio por muy inclinado a la caza, diciendo:

Clarus erat Cephalus sylvis, multaeque per herbam
conciderant illo percutiente ferae.

A Hipólito hijo de Teseo pone Séneca en número de cazadores, y en libros de poesía son celebrados Endimión por Valerio Flaco, Adonis por Ovidio: y las cazadoras antiguas Procris, Atlanta, Calisto, hija de Licaón Rey de Arcadia, Diana, Aretusa, Animón hija de Dánao, Hipe hija de Quirón Centauro. Son también loados los perros de caza, como Vertago en Marcial, de quien dice:

Non sibi, sed domino venatur Vertagus acer,
illaesum leporem qui tibi dente feret.

Melampo perro de Acteón por Ovidio; Volante por Stroza Pater, que apunta,

Ille pedum cursu praestans, animoque volante,
occubuit trocibus pestis acerba feris.

Licisca por Paladio Sorano en aquel verso:

Non lepus, intrepidum timido fugat ore Liciscam.

Julio Pólux en especial exhorta a Cómodo Emperador a la caza, como a estudio heroico, útil al cuerpo, deleitoso al ánimo y sobre todo incitador de brío y gallardía militar. En Homero se describen los mancebos ocupados en la caza, por ocasión de hacerse más sanos, más robustos, y sufridores de más fatigas, siendo verdadero lo que dice Horacio:

Manet sub Iove frigido
venator tenerae coniugis immemor.

Filón Hebreo (sin Marco Tulio) afirma ser la caza un camino antes un verdadero principio de la milicia. A ésta atendió tal vez por deleite y recreo de ánimo Marco Antonio, como escribe Julio Capitolino. También la siguió Alejandro Severo, según Lampridio. Orión (según Partenio) aseguró la isla Derice de las fieras, mediante la grande y continua caza que les dio. Por eso se dice en los Cantares,

Capite vulpes parvulas, quae demoliuntur vineas.

Siendo necesario perseguir con la caza algunos animales, como zorras, puercos jabalines, lobos, y otros que sólo se ocupan en hacer mal: y a este fin mató Meleagro el jabalí que destrozaba la Calidonia.

Para la caza déstos, que es la más costosa montería de cuantas se hallan, conviene tener tres géneros de perros ventores, acusadores y lebreles. El Ventor puesto el hocico en la huella del jabalí (que la noche pasada estuvo en el valle en busca de su pasto, que es el zumillo) momentalmente corre donde se halla retirado. Al instante

que llama, acuden los acusadores, por cuyos ladridos se embreña y penetra hasta lo último de su estancia, temiendo así él como los perros, que por este respeto no le acometen. Suéltanse luego los lebreles bien armados con petorales y lomos hasta las ingles. En este combate hay varios sucesos por la variedad de la defensa del animal, hasta que se viene a hacer presa. Entonces la canalla de acusadores que ladraba de lejos, embiste, y le muerde por barriga y piernas. Llega luego el señor de la montería, y muy seguro le mata con puñal, o cualquier otro instrumento de herir, siendo dificultoso hacer desasir las presas. Conseguida esta vitoria, se celebra con banquete y brindis. Son las armas que intervienen en ésta venablos, lanzas, ballestas, arcabuces y dardos. Hay también otras monterías, como en particular la de ojeo. Hácese en lo cerrado de los bosques, y en lo raso por donde han de pasar huyendo. Es la mejor deste género la que se ejerce en Santofimia lugar del Marqués de la Guardia. Allí con el ojeo de los montes cercanos, la dehesa de enmedio libre de estorbos, se cubre de caza. Tiénese por ley entre los cazadores deste distrito comer con una coroza de papel en la cabeza quien dejó de ensangrentar lanza. Entra en último lugar la caza de animales más débiles, como ciervos, gamos, y corzos. Son éstos tímidos por estremo, y así embazando dejan de acometer a cualquier impedimiento que se les ofrezca a la vista. Para esto se ponen estacas y paramentos a toda la campaña de estado y medio de hombre, donde llegados por no embestir al lienzo, son alcanzados y muertos de cazadores y canes. Suele llevar el dueño de la montería tiendas suficientes para formar un pueblo, capellán que diga Misa, tableros de tablas y ajedrez, naipes, y hombres de buena conversación. Hállase su despensa más bien proveida que si estuviera en la Corte: supuesto parten al alba, por una parte los cazadores de azor, de podenco y palomeros para perdices y palomas: por otra el de galgos para liebres: y por otra el de perros y hurón para conejos. Por el consiguiente se suele llevar un buey grande y manso con ballestero de arcabuz largo, trayendo el que le guía, cuando vuelve a la hora del comer, grandísima cantidad de avutardas, grullas, lavancos, cercetas, cortezas, asisones, gangas, y otros. Quien quisiere ver esta materia más por extenso, lea a Conrado Heresbaquio *de veniatone*, y a Jacobo Fobilous, que escribió no mal en lengua Francesa.

Los que cazan pájaros en particular, tienen obligación a Ulises, por ser el primero que tras la ruina de Troya trujo a Grecia pájaros armados, y amaestrados a la caza, para que causasen consolación y

placer a los que sentían los daños de los parientes muertos. Con todo no quiso se ocupase Telémaco su hijo en esto. Cázanse las aves o con redes, o con liga, o con otros pájaros. A las redes pertenecen anillos, cuerdas, armadura, y otros instrumentos a propósito para pájaros grandes o chicos juntos con el reclamo y perro de muestra. Por otra parte se pone en obra liga, cañones, muchuelo, y cosas así. Y últimamente intervienen los pájaros de diversos géneros y nombres con todos sus aderezos y diligencias que con ellos se hacen. Déstos trata el Belón Francés en el segundo libro de *avibus*.

Ofrécense honrosamente en último lugar los pescadores, cuyo ejercicio fue en otro tiempo tan estimado entre los Romanos, que a manera de semilla en la tierra, se sembraban en el mar de Italia los peces forasteros, trayéndolos de lejas tierras. Fuera desto edificaron pesqueras con gastos increíbles, llenas de variedad de peces: de quien finalmente muchas familias Romanas tomaron sus apellidos, como Licinios, Murenas, Sergios, y Horacios. Por eso Marco Tulio llamó a Lucio Filipo y Hortensio Piscinarios, como derivados de Pesqueras. Plinio cuenta a este propósito haber sido Sergio Horata el primero que halló vivares de ostras, y después Licinio Murena otras pescas. Marco Varrón escribe haber vendido Catón Uticense (a quien dejó heredero Lúculo) una infinidad de peces en su pesquera. Léese de Cayo Hircio inventor de los vivares de lampreas, que en las cenas triunfales de César Dictador dio a peso seis mil. Vedio Polión fue tan curioso de pesqueras, que solía matar y hacer cebo de peces a sus siervos, porque se volviesen más delicados. Hortensio Orador tuvo también cuidado de los vivares, y amó con tanto estremo una lamprea, que habiéndosele muerto, la lloró muchos días. Antonia mujer de Druso quiso tanto a otra, que la adornó con las perlas que traía en las orejas, enloqueciéndola su amor. Entre los pescadores antiguos pone Stacio a Diti, y Silio a Hirminio. Léese solía pescar Augusto con anzuelo: y Suetonio escribe haber pescado Nerón con una red de oro, y con las cuerdas tejidas de púrpura y croco. Por ser sumamente perjudicial el encandilar así peces como aves, y en particular perdices, se halla prohibido por las leyes con penas grandes uno y otro género de caza y pesca. Cuando el pescado de toda suerte acude a las angosturas de lagunas y esteros, se suele poner el pescador en la boca, por quien el mismo pescado entra del mar al estero, y del estero sale al mar, con un haz de cañas largas al hombro, que sirve de ver él, y de encandilar los peces; de tal manera, que los va cogiendo y apañando (así lo llaman ellos) como si fueran

piedras, o cualquier otra cosa insensible, siendo por este camino dueño de cuanto se halla.

De la pesca escribieron entre los antiguos Celio Argivo, Numenio Heraclioto, Pancracio Arcadio, Posidonio Corinto, Opiano Sílice, Seleuco hijo de Tarseo, y Leónida Bizancio, según Ateneo. Ejercítase con nasas, con redes, anzuelos, rastrillos, cañas, esparabeles y pasta. Puédense notar algunas cosas de cazadores en Celio Rodiginio, lib. 14, c. 20, de sus antiguas lecciones, y lo mismo en Vuequero, de secretis, fo. 397, como también de cazadores de pájaros y pescadores a folio 345, y 336. De los cazadores asimismo en Juan Tomás Frigio, fol. 1097, y de los Pescadores, 1073, y de los mismos en Pedro Vitorio, fol. 210, y 217. De la caza compuso un libro Jenofonte, fuera de lo que trata en la Ciropedia.

De los Profesores de Memoria. Discurso LVIII.

EL arte de la memoria artificiosa (que así la llama Cicerón) fue según parecer de muchos, hallada primera vez en los caracteres de Simónides Melitón, siendo después con singular fatiga reducida a perfección por Metrodoro Ceptio. Es común opinión, no poder por sí consistir la misma memoria natural, la cual muchas veces viene a ser interrumpida por imágenes y figuras monstruosas que la enredan de tal suerte, y ciñen la cabeza con tal desvanecimiento y frenesí, que intricada con infinitas cosas, no sabe en qué resolverse, y de qué se haya de acordar; si de las cosas principales a que debe atender; si de las diversas imágenes fabricadas por ellas. Es notable cosa ver que entre los sentidos interiores del hombre, sea la memoria el más raro, y excelente, y el tesoro, y guarda de todos. Por eso Marco Tulio dijo ser un expreso documento de la inmortalidad del alma, y divinidad, en el hombre. Plinio la llama un necesario bien de la vida; y Plutarco *antistrofón* de divinidad, que suena equivalente de virtud a la divinidad, por hacer lo pasado presente; y ser como un archivo de todo lo que aprehendemos, entendemos, y vemos. Afranio noble autor dijo por encarecerla, era hija suya la Sabiduría. Los Filósofos la distinguen en dos partes; a la una llaman aprehensiva, y a la otra retentiva, porque la una aprehende, y la otra retiene. Aristóteles dice, ser los agudos de ingenio prestos en aprender, y débiles en retener: y al contrario los tardos, que con dificultad perciben y aprehenden, lo sustentan más. Por tanto dice Plutarco, suceder en los hombres, como en los vasos de estrecha boca, que siendo muy dificultosos de llenar, se hallan en menor peligro de derramarse, cuadrando este símil a la variedad de los dos referidos. Santo Tomás pone el ejemplo de la impresión que se hace en metal y en cera para uno y otro. De los muchachos dice particularmente Avicena, que si bien tienen ingenio tierno, encomiendan mucho a la memoria, por hallarse con el ánimo reposado, y sin carga de pensamientos, causa de que se detengan en sus memorias las cosas con más eficacia. Mas Santo Tomás da otra razón diciendo suelen quedar más firmes las cosas que causan mayor movimiento en el hombre; y porque a los muchachos parecen las más, nuevas y grandes, es causa de que se les queden más firmes, y fijas.

Esta memoria es la que ponen los Oradores por una de las principales partes de la Oratoria.

> *En vano* (dice Quintiliano) *seremos enseñados, si se nos olvidare lo que aprendiéremos*.

Y el mismo quiere sea ejercitada tal potencia, por aumentarla y crecerla el uso admirablemente, volviéndose de natural artificial. La artificial es, la que siendo ofrecida por Simónides a Temístocles Ateniense, respondió (como nota Tulio) que acetara de mejor gana el arte de olvido, que el de memoria, porque de muchas cosas se acordaba que no quisiera, sin poder olvidar las que le daban pesadumbre. Quintiliano hace burla de Metrodoro, en razón de haberse gloriado cuanto a memoria, más del arte que de la naturaleza. En esta Corte reside un Irlandés, llamado Juan Batera, notable cuanto a memoria artificial por cuyo medio toma al improviso grandísima cantidad de nombres escuros y difíciles, recitándolos desde el principio al fin, o al revés, sin errar en alguno. Con todo eso parece arguya semejante artificio antes confusión que provecho, y así le siguen pocos. Désta escribió Cicerón en la Retórica nueva, Quintiliano en las Instituciones, y entre los más modernos Francisco Petrarca, Mateo Veronés, Pedro Ravenate, Hermano Busquio, y Fray Cosme Roselio, que compuso un libro, a quien intitula *Thesaurus artificiosae memoriae*. Tengo por cosa asentada, ayude grandemente el arte a la naturaleza, recibiendo también perfeción della según Aristóteles: y sin duda aprovecha mucho a la memoria el artificio, cuando los lugares no son inumerables, y las figuras infinitas. Los lugares dice el Roselio, son comunes, o particulares; los comunes, o son Homogéneos, como cualquier elemento, o cielo donde no están estrellas; o Heterogéneos, como un cuerpo humano, una casa, o una ciudad; y todos éstos pueden ser grandes, o mediocres, o grandísimos y amplísimos. Los lugares particulares son las partes déstos, como un muro, una mano de hombre, una plaza de ciudad: y déstos pende casi toda la memoria artificial de las cosas que están depositadas en ellos. Por eso Marco Tulio llamó a la memoria Tesoro de toda cosa, siendo muy acomodadas para la misma las figuras a propósito, y los alfabetos de diversos caracteres que proponen sus profesores. Mas sobre todo el orden con que procede la ciencia, y el conocimiento es quien admirablemente amplifica la memoria, siendo la confusión su enemiga por naturaleza y estremamente contraria a su tenacidad. Resuelvo en fin, sea por estremo bueno para la memoria, fabricar un

orden, como el que describe el Roselio, y que éste se pueda mejorar con el juicio y ciencia; formando cosas más breves. En confirmación desto dice Platón, ser la memoria madre de las Musas, y que en ella imprimen con facilidad, como el sello en la cera, todas las cosas que se veen, oyen y piensan. Y en el Fedón concluye ser de doctos saber retener la ciencia aprendida y no perderla. La memoria dice Quintiliano, es ayudada mucho de la intención de la mente para con las cosas, y de la continua imaginación acerca dellas: por eso el uso de los escritos (según Platón) es contrario a la memoria, porque se nos quedan menos fijas las cosas que tenemos guardadas en los libros. Cuán ayudada sea con el estudio la memoria natural muestra el ejemplo de Temístocles, que en un año supo hablar la lengua Persiana perfetamente; el de Mitrídates, que poseía 22 lenguas, y respondía a 22 naciones diferentes, de quien era señor. Asimismo Craso en Asia aprendió cinco lenguas de la Grecia, de tal manera, que mantenía derecho en todas. Ciro tuvo en la memoria los nombres de todos sus soldados. Teodoto al improviso recitó inumerables versos, oídos a otro. Cinea Embajador de Pirro, enviado a Roma en un día encomendó a la memoria los nombres de todos los Senadores, de quien dio relación a su dueño, diciendo, parecerle haber visto tantos Reyes en sus tronos. Julio César (según Plinio) a un mismo tiempo daba audiencia, leía y dictaba. Hortensio Romano recitaba sus oraciones palabra por palabra, según las escribía. Refiérense admirables cosas de Carneades en Grecia, de Elio Adriano, de Porcio Ladrón, de Scipión, y de otros muchos. Hállase en Madrid al presente un mancebo grandemente memorioso. Llámase Luis Remírez de Arellano, hijo de nobles padres, y natural de Villaescusa de Haro. Éste toma de memoria una comedia entera de tres veces que la oye, sin discrepar un punto en traza y versos. Aplica el primer día a la disposición; el segundo a la variedad de la composición; y el tercero a la puntualidad de las coplas. Deste modo encomienda a la memoria las comedias que quiere. En particular tomó así la Dama Boba, el Príncipe Perfeto, y la Arcadia, sin otras. Estando yo oyendo la del Galán de la Membrilla que representaba Sánchez, comenzó este autor a cortar el argumento y a interrumpir el razonado, tan al descubierto, que obligó le preguntasen de qué procedía semejante aceleración y truncamiento; y respondió públicamente, que de estar delante (y señalole) quien en tres días tomaba de memoria cualquier comedia, y que de temor no le usurpase aquélla, la recitaba tan mal. Alborotose con esto el teatro, y pidieron todos hiciese pausa, y en fin hasta que se

salió dél Luis Remírez, no hubo remedio de que se pasase adelante. Mas quien quisiere ver mayor copia de ejemplos, lea a Juan Camertés sobre el c. 7 de Solino: y sobre la memoria a Celio Rodiginio, li. 11, c. 8, y li. 6, c. 15, de sus antiguas lecciones. Hállanse también varias cosas en Celio Calcañino, como se pueden ver en la tabla de sus obras; y en Pedro Crinito li. 1, c. 6 de honesta disciplina.

De los Cortesanos, y Damas de Corte. Discurso LIX.

SI fuesen tales los Cortesanos de hoy, cuales se mostraron a la Reina de Oriente los de la casa de Salomón, ordenada con grandísima sabiduría, podrían renovar justamente la admiración que entonces causaron aquéllos a la misma. Y que fuesen tales debrían procurar los Príncipes: pues como dice Ángelo Perusino, por eso se alega tener ellos todas leyes, y Filosofía en el archivo de su pecho, respeto de asistir en sus Cortes los más notables sujetos en cualquiera facultad, siendo éstos su más propio decoro, y su más digno ornamento. Así leemos haberse alegrado grandemente el Rey Antíoco, varón de ánimo generoso, por haber enseñado al valeroso Aníbal el lugar que daba en su gracia y Corte a hombres insignes, haciendo oyese al gran Filósofo Formión, versado en cualquier doctrina, y consumado sobre todos los de su edad. Teodosio Magno emperador, preguntado una vez qué cosa debía hacer un Príncipe para salir virtuoso y bueno, respondió, que siempre debía hallarse en compañía de sabios. Esto escribe Lampridio haber observado con todo cuidado el esclarecido Filósofo y Emperador Marco Aurelio. El mismo respeto movió a Creso Rey de los Lidios (según Don Antonio de Guevara Obispo de Mondoñedo) a buscar con tanto cuidado, con tantas cartas y mensajes a Anacarso Filósofo, para que asistiese en su corte. Con igual intento Dionisio Siracusano pidió con maravillosa instancia a los Lidios le enviasen al ínclito Platón, para mostrar al mundo, que si algún defeto o vicio escurecía el resplandor de su casa, el precio y estimación de los hombres virtuosos desminuía y quitaba las sombras escuras de su Corte. Sábese de los Reyes de Egipto haber solicitado con presentes (por medio de sus Embajadores) a Menandro poeta, para que viniese a su Corte. Por esta razón refiere Julio Capitolino haber sido tan estimado Frontino Filósofo en la Corte del Emperador Antonino, donde era el más valido que se hallaba acerca de aquel príncipe. Lo mismo cuenta Suidas de Dión Prúsico Sofista con Trajano; Celio de Junio Rústico con Marco Antonio, y de Eurípides con Arquelao Rey de Macedonia; Cornelio Tácito de Salero Baso, famoso poeta con Vespasiano; Amiano Marcelino de Temístocles desterrado, con el Rey de los Persas; el Volterrano de Juan de Monterregio con Matías Rey de Panonia, y de Francisco Petrarca con Roberto Rey de Sicilia. El

Pontano celebra la Corte del Papa Nicolao Quinto, y de Alfonso Rey de Nápoles, que tuvo cerca de sí (entre el copioso número de otros muchos insignes varones) a Pogio Florentino, y a Antonio Panormitano. El Obispo Don Antonio de Guevara da a los cortesanos muchos prudentes consejos; sobre todo que no manifiesten jamás al Señor todo lo que piensan, ni muestren todo lo que tienen, ni tomen todo lo que desean, ni digan todo lo que saben, ni hagan todo lo que pueden, ni emprendan negociar por sí o por otros fuera de tiempo, ni se descubran parciales en aconsejar; que favorezcan sólo a beneméritos, que profesen amistad con virtuosos; y en suma, que no tengan menos cuidado de la conciencia, que de la honra del mundo. Quiere sean modestos en casa ajena, sin trabar con los dueños alguna porfía, acomodándose discretamente a las fuerzas posibles de los que les dan alojamiento; que se mantengan bienquistos con todos, obligando con caricias y cortesías, mandando a los criados no se atrevan a hacer insolencias a imitación de los de Falaris tirano. Tiene por vicio estremo en el cortesano maltratar el albergue en que aloja, romper puertas o paredes, hacer ruido en su cuarto, poner los ojos en las amas o criadas. Plutarco a este propósito dice había ley entre los Licaonos, que mandaba cortar la lengua al huésped que hablase con el ama de casa, y quitarle la vida, si hubiese pasado más adelante. Refiérese de un Camarero del Emperador Aureliano, que perdió una mano, por haberle visto su señor desde una ventana tirar de una manga de la ropa a la dueña de la casa en que alojaba: no obstante jurase uno y otro haber sucedido burlándose. Debe el buen Cortesano adquirir crédito y reputación acerca de su Príncipe, y procurar con todo su esfuerzo su gracia, pareciéndose al Griego Alcomidas, que avisado de que tenía muchos enemigos en Atenas; respondió le pesaba mucho; mas que como el Rey Filipo su señor le tuviese en el número de sus buenos criados, no reparaba en que toda la Grecia le quisiese mal. Y si bien Platón dice ser tres cosas casi imposibles, el ser Rey, y reinar con aceptación; combatir, y vencer en la guerra, y servir y ser favorecido, por estar en mano de la mudable fortuna, con todo eso debe quien sirve poner en obra todos medios para adquirir la gracia y voluntad del Príncipe. Procure el sabio y virtuoso evitar y aborrecer la plática de Cortesanos descontentos; porque corre peligro de que en su compañía y conversación no se hable temerariamente de la flojedad del señor; de la injusticia; de los favores; de las pasiones del Consejo; de las parcialidades de palacio; de las pocas provisiones de la guerra, y de la perdición de la República, ocasiones que le

pueden hacer acusar, sucediéndole lo que a Lucio Turbón, a quien mató Adriano Emperador, junto con otros muchos, por haber hablado con demasiada libertad de su persona, y ministros. Débese poner grande esfuerzo en imitar las virtudes y afectos del Príncipe, siguiendo la parte que le deleita, sea música, caza, pesca, volatería, torneo, o cualquier otra cosa. Porque los señores se disponen muchas veces a tener amor a los criados, sólo por verlos conformes a sus inclinaciones, como Aureliano que se aficionó de Torcuato, entendiendo no quería gustar vino blanco, sabiendo que el Emperador no lo bebía. Séneca entre sus graves consejos para adquirir la gracia de los Príncipes, dio por principal a Lucilo, les hiciese muchos servicios, y les dijese pocas palabras; porque al fin los habladores son conocidos, y tenidos por lo que son. Cuanto a lo que toca a la crianza, así de saludes, como de cortesías y reverencias, de hablar, de jugar, de motejar, de conversar, deben ser muy expertos, y disciplinados, aprendiendo del truhán de Severo Emperador, que junto con la graciosidad acompañaba según el tiempo, los actos de sabiduría. En las visitas debe el Cortesano ser discreto y político; en los convites modesto, templado y prudente; en el vestir honroso; en el gastar magnánimo; en la conversación con las mujeres bien criado; amoroso y cortés con todos los de la Corte; conocedor de los ministros Reales; su acariciador; diligente en los negocios; humano con todos; humilde por naturaleza, como lo fue Agatocles antes que fuese Rey de Sicilia; y también después, porque siempre se conoció por hijo de un ollero. Ha de estar sujeto del todo a su señor; porque no le suceda lo que a Panonio favorecido de Alcménides Rey de la Grecia, que según Plutarco, por contender con él sobre una chaza mientras jugaba a la pelota, mereció le fuese cortada la cabeza en el mismo lugar de la porfía. Débese acordar el cuerdo Cortesano de que han estado sujetos a tales desgracias muchos favorecidos de Corte, quién por una cosa, y quién por otra; como Alejandro que mató a Cratero su gran favorecido; Pirro a Fausto su Secretario; el Emperador Britilio a Cincinato su grandísimo amigo; Domiciano a Rufo su Camarero; Adriano a Ampronáco su único privado; Diocleciano a Patricio, tan querido suyo, que siempre le llamaba amigo, y compañero; el Gran Turco a Abraén Bajá; Enrico Rey de Inglaterra a Tomás Moro, sin otros que hicieron lo mismo. Demás son necesarias a un Cortesano, continencia, verdad, lealtad, fe, constancia y paciencia sobre todo. Por eso el doctísimo Celio quiso llamar a su

libro *de vita Aulica*, tratado de paciencia; y cuadra al Cortesano aquel sabio dicho de Epícteto Stoico;

Abstine, et patere:

porque con estos dos virtuosos efetos se vuelve valiente, y para mucho. Mas débese engastar como diamante, y tener metido en caja de oro el Cortesano que hoy se hallare sin ser ambicioso, y adulador, haciendo como otro Arístipo en confirmar el bien y mal de Dionisio tirano, por conformarse y seguir en todo con disimulación la voluntad del Príncipe. Mas esto aparte, pregunto, ¿qué Cortesano se halla que deje de ser mercadante de su lengua y pasos, y que no haga al principio exteriormente del buen amigo, y compañero con todos, por adquirir crédito en la Corte? ¿Quién hay que deje de ser malicioso, y sofístico maquinador de engaños, de calumnias, y embustes, para derribar a éste, y a arruinar al otro, y que no sea lascivo en vestidos, afectado en acciones, delicado en persona, ocioso; vano, jugador, mentiroso, deshonesto, blasfemo, glotón, y poseedor de toda la escuadra de vicios, que le aplican Policrano, Lando, y Juan Valente? ¿Acaso habrá quien defienda, no se pueda decir ser hoy las Cortes solamente colegios de hombres depravados, juntas de zorras maliciosas, teatros de figuras pésimas, y refugios de deshonestas ocupaciones? No sin causa dice Don Antonio de Guevara, fue puesto este nombre de Corte a las ciudades, y casas de los Príncipes, donde todas las cosas son cortas, y breves sino las maldades, que son perpetuas, aparejándose cuando alguno entra en ella, la serpiente contra Nasica, el Filisteo contra David, el Minotauro contra Teseo, Medusa contra Perseo, Circe contra Ulises, el Jabalí contra Menalao, la monstruosa laguna contra Corebo, Medea contra Meleagro: porque toda la tropa de los vicios se junta y une a fin de hacerle un excelente vicioso. Las envidias, los odios, murmuraciones, malos oficios, pasiones, enojos, injurias, ultrajes, venganzas, y vituperios, todos albergan en la corte. Allí la soberbia se ensalza, sublímase la altivez, vuela el desvanecimiento, no tiene freno el robo, anda suelta la sensualidad, la deslealtad no es corregida, banquetea la glotonería, blasona la ira, campea la envidia, manteniendo allí todos los defetos un lecho vergonzoso, y perpetuo. Allí los estupros, los adulterios, y todo género de torpeza, son juegos, y entretenimientos de Cortesanos y ricos. Allí se hallan todas las virtudes en un perpetuo naufragio, y opresas todas las buenas costumbres. Allí se hace burla de los sinceros, persíguense los justos; son favorecidos los descarados y atrevidos: ampáranse lisonjeros, murmuradores, soplones, espías,

calumniadores, inventores de males, sembradores de chismes; y otra generación de bergantes, cuya vida está toda ceñida y cubierta de vergüenza, y confusión. Aquí parece se haya recogido, como en un cuerpo, toda la brutalidad del mundo, descubriéndose en los Cortesanos una soberbia semejante a la del caballo, una crueldad de tigre, una rapacidad de lobo, una obstinación de mulo, una astucia de raposa, una variedad de pardo, una mordacidad de perro, un arrojamiento de cabrón, una ignorancia de carnero, una grosería de asno, y una chocarrería de mona. Aquí se hallan los furiosos centauros, las peligrosas quimeras, los sátiros locos, las sucias arpías, las maliciosas sirenas, las Scilas con dos formas, las monstruosas Medusas, los varios Proteos, los horrendos avestruces, los golosos grifos, los terribles dragones, y cuantos estraños, y espantosos monstruos crió contra su voluntad la naturaleza. Allí está toda calidad de virtud sujeta a verdugos y tiranos. Allí se halla toda corrupción de costumbres, todo mal, y desgracia. Allí asiste de contino la perpetua carestía de las cosas, y creciendo demasiadamente su precio, cobran fuerzas los deleites de la gula, que consumen las más poderosas haciendas. Añádense a tantos males la libertad que se pierde en las Cortes, la inquietud de deseos ambiciosos, los gastos intolerables, las vanas esperanzas, las fatigas, y continuas penas, por salir con su intento; la descomodidad de posadas, y de todo servicio, las asechanzas que se tienden unos a otros, los malos galardones, antes las ciertas ingratitudes, de señores que ensalzan al juglar, al ignorante, al tercero, y postran al docto, al letrado, y virtuoso. Mas si los estados de los hombres, así nobles como plebeyos padecen en la Corte tan particulares defetos, que para nombrarlos todos sería menester tejer una selva de epítetos bestiales; tampoco faltan en las mujeres de Corte semejantes vicios, profesando de contino soberbias, galas, delicadezas, y afeites, el ocio enemigo de toda virtud, comedias, bailes, cantares deshonestos, de quien aprenden dañosas costumbres, como vanidades, insolencias, arrogancias, importunidades, demasías, contradiciones, obstinaciones, venganzas, astucias, malicias, arrojamientos, y sensualidades. Fuera de lo que se les pega de las ancianas Celestinas, que amaestran a las Mozas Melibeas en todos resabios, y les sirven por dechado en toda especie de maldad, enseñándolas a enrizarse, afeitarse, perfumarse, desvanecerse, enredar, y encantar a sus amantes; siendo como dice S. Gerónimo contra Joviniano, la arte familiar de las mujeres solamente engaños, embelecos, hechicerías, y

vanidades; y todas estas cosas lleva tras sí la Corte, miseria, infelicidad, y evidente desventura de los que la siguen, y aman.

De las cosas tocantes a los Cortesanos se podrá ver algo en el libro de la Civil conversación del Guazo, en el *Cortesano* del Castellón, y en las cartas del Obispo Don Antonio de Guevara.

De los Herejes, y del santo Tribunal de la Inquisición. Discurso LX.

DEBIDO era a tal materia grande espacio de tiempo, no para discurrir sobre ella, que para confundir a los herejes, no son los discursos a propósito, sino para disputar con los temerarios defensores de proposiciones opuestas a nuestra Santa Iglesia Romana, Católica, y Apostólica, a su pesar cabeza de todas las Iglesias, Reina de los juicios Eclesiásticos, y en particular de las herejías, sobre que tiene poder para fundar condenaciones, y procesos convenientes, a fin de truncar las cabezas de aquella hidra, que siempre con nuevos pimpollos brota, ya de un lado, ya de otro. Dejadas pues aparte las alegaciones que en favor se podrían traer de tantas sentencias escriturales, de tantas determinaciones de Concilios, hechos contra ellos, de tantas opiniones de Padres, opuestas a sus dichos, de tantos ejemplos que se han visto de la extirpación de sus herejías, y del ver de contino a esta anciana robusta de la Iglesia Romana, más moza, y con más vigor contra sus insultos y osadías; sólo iré apuntando del modo que a manera de un Anteo valeroso cobra de los encuentros y golpes, mayor poder, y cada hora se alienta y restaura más, sin que tantos gigantes pasados la pudiesen jamás mover; ni según su mala intención oprimir, ni menoscabar, antes con singular ardimiento, con único tesón, con valiente resistencia, con los rayos de las sentencias, de las Leyes, de los Cánones, de los Decretos, de la potestad espiritual, y temporal, quebrantó la insolente soberbia destos temerarios Lapitas, destos nuevos Geriones, destos monstruosos Briareos, destos hijos de Titán arrogantes y altivos. Por otra parte discurriré de cosas que serán a propósito para su corrección, y para que si quisieren, aceten saludable dotrina; no obstante esté cierto ser la suya condición de diamante, que no se rinde a gravísimo golpe de martillo. Sería justo supiesen los herejes, no ignoran los Católicos su naturaleza y profesión: supuesto, por tantas, y tan antiguas experiencias vinieron en sumo conocimiento de la malicia y maldad que reinaba en ellos. Éstos pues no obstante los debría confundir el caos de sus mismas opiniones, van en forma de grama estendiéndose por la tierra, mientras se mezclan con simples para atraellos a errores, habiendo hallado dificultad grandísima en

pervertir los sabios, que conocen ya los varios modos de su proceder. Para conseguir su intento, dan sombra a la malicia con algún color de santidad, pronunciando algunas palabras ejemplares, y loando las obras de caridad; adquiriendo por este camino crédito entre ignorantes. De Juliano Obispo Celanense refiere Genadio, que con rebozo de piedad (favoreciendo a muchos pobres en tiempo de hambre) indujo hasta los ricos a su herejía. O echando por otro camino, se llegan a hombres malos, disolutos, y amigos de sensualidades; de quien se hacen compañeros, mediante la participación de los mismos vicios, y alentándose desde allí, toman más larga licencia para cometer torpezas escandalosas y abominables. Por eso (imitando al pérfido Mahoma) persuaden una vida libre y anchurosa, en nada diferente de la irracional; o con la novedad de la doctrina procuran agradar al vulgo, mitigando la pena de los pecados, disminuyendo el valor de las obras, creciendo demasiado la virtud de la Fe, dando en algún abuso, para hacer una mina a los Sacramentos, y dogmas de la Santa Iglesia. Esto advirtió San Pablo a Timoteo diciendo:

O Timotheo depositum custodi, devitans prophanas vocum novitates.

Lo mismo dice Eneas Silvio de Juan Hus Heresiarca de Bohemia, apuntando dél amaba siempre las opiniones peregrinas y nuevas; o con descarada libertad muerden el honor del Pontificado, y del Sacro Colegio de los Cardenales, y Obispos: y susurrando como zánganos contra el coro de las Religiones, tratan de creer lo que les viene a la fantasía, y lo que les dicta el capricho de sus cascos, que de contino corre en su perdición a vela y remo; o al derramar las primeras centellas heréticas, impacientes por las correcciones de hombres doctos, van incurriendo en peores yerros que los primeros; por hacer se verifique en ellos el dicho de San Pablo:

Mali hominis, et seductores proficiunt in peius.

Para esto se hacen fuertes con los favores de los Príncipes fautores suyos, con libelos de diversas calumnias y locuras, sembradas por el mundo, con llamar a nuevos Concilios (adonde no van después) con ofertas de disputas universales, en que al fin quedan confusos, y concluidos como insensatos y torpes. Tenemos claro ejemplo en el depravado Lutero, que si bien fue primero advertido por algunos varones prudentes y sabios, corregido por Enrique Rey de Inglaterra, y amonestado por el Pontífice León X, como soberbio león comenzó a bramar, despertando con la voz algunas bestias de Alemañia, que

junto con él, volvieron aquella célebre, y gloriosa provincia selva de prodigiosas fieras. Sabemos ya ser su naturaleza pertinaz en defender sus perversos dogmas indignos de sustentación; maliciosa en interpretar la sagrada Escriptura al revés, inicua en alegar los Padres truncadamente, como Arríanos, que hacían fuerza en los dichos de Dionisio Obispo Alejandrino, para aterrar la Divinidad de Cristo. Los Pelagios que usurpando con temeridad algunos pasos del glorioso Crisóstomo y Agustino, contradecían el pecado original, y el favor de la divina gracia. Y habrá como quinientos años que Bertamo clérigo, y Berengario Diácono, torciendo los dichos de San Agustín y San Ambrosio, intentaron quitar el santísimo Sacramento del altar. ¿No es ya notorio el engaño con que pervierten los sentidos, y corrompen los textos? ¿Ignórase acaso cuántas palabras añadieron, cuántas de las antiguas quitaron, cuántas glosas malvadas mezclaron, cuánto mancharon de la Sagrada Escritura y Doctores, fingiendo una y otra falsedad en los mismos, y atribuyendo a sus escritos lo que jamás pensaron? Aquel infame Ecolampadio ¿no divulgó un volumen contra la santísima Eucaristía, con nombre de Beltrán clérigo, y con título *de corpore et sanguine Christi*? Por otra parte Carlos Tadio igualmente perverso, ¿no publicó un libro contra los cultores de las imágines, con esta inscripción: *Carolus Magnus de cultu imaginum*, enviándole a la sexta Sínodo, congregada en Oriente? De nuevo Calvino hermano de Behemoth, y primo de Leviatán, ¿no imprimió otro de la Trinidad con nombre de Alcuino clérigo maestro del mismo Carlo? ¿No transformaron con el mismo modo el libro de Enrique Bulingero contra la Iglesia visible en el libro del divino Atanasio *de vera et pura Ecclesia*? También ¿no prevaricaron el opúsculo de Bucero contra los méritos de las buenas obras, con otro a quien dieron tal título: *Ioannis Episcopi Rosis de misericordia Dei*? ¿No atribuyeron con semejante engaño los sermones de Bernardino Oquino apóstata y hereje, a Tomás Justinopolitano de la orden de los predicadores? Y con mayor y más pestilencial osadía ¿no embistieron los trabajos de los Padres Ortodoxos, usurpándose cierta tiránica potestad sobre los escritos de los antiguos, para juzgar, censurar, repudiar, truncar, remover, borrar, y quitar lo que agrada a su depravado gusto? Demás ¿no ensuciaron toda cosa, y escurecieron en todo la verdad con tantas prefaciones, argumentos, coronides, apéndices, corolarios, sumarios, glosematas, anotaciones, escolios, castigaciones, observaciones, censuras, antídotos y otras invenciones llenas de imprudentísima temeridad? Sin esto es de admirar ver con

cuánta maldad se atreven a los libros de la sagrada Escritura, negándolos en todo o en parte. Por manera que tuvo grandísima razón Orígenes de querellarse en una epístola a los amigos Alejandrinos, sobre que derramasen los impiísimos detractores de su fama, muchas disputas contra la Fe de la Iglesia, escritas con el título de su nombre. Asimismo se dolió juntamente el Pontífice León (escribiendo a Marciano Augusto) de que los herejes depravasen sus epístolas, para tomar de allí ocasión de hacerle participante de la herejía de Nestorio. Lo que más antiguamente hizo San Pablo escribiendo así a los Tesalonicenses:

> *Rogamus vos, ne terreamini ex epistola tanquam per nos missa; nemo enim vos secudat ullo modo.*

¿No son estos pérfidos los usurpadores de los bienes Ecclesiásticos, los homicidas de las almas Católicas, los destruidores de Imperios y Reinos, los movedores de guerras, los incentivos de discordias, los rayos y borrascas de la paz universal del mundo? ¡Oh cuán bien dijo Juan Baptista Piña hablando de la religión, que sólo con hallarse debilitada, quedan los hombres despojados de la humanidad, y llenos de fiereza! Desátanse las amistades de los ciudadanos; arruínanse los Magistrados, y se restringen en corto lugar las grandezas de los Príncipes, desvaneciéndose como humo. Y el Obispo Guidichón en una epístola al Senado de Luca, muestra con varias razones, proceder de las herejías a las ciudades todos los daños posibles. Mas si bien intentan oprimirnos; si bien magnifican sus fuerzas temporales; si bien muestran estimar poco el Pontificado, el Imperio, el Rey Católico Monarca de tantos Reinos, el Rey Cristianísimo, las fuerzas Venecianas, las de tantos Príncipes de Italia; si bien predicen por inexhaustos sus tesoros, sus ejércitos por inexpugnables, por indómitas sus gentes, sus ánimos por obstinados, sus proezas por terribles; pregunto ¿queda por eso la Iglesia desamparada, o medrosa? ¿Hállase su vigor destruido o menoscabado? ¿Acaso está aniquilada su virtud? ¿Faltan por suerte hijos legítimos que la defiendan contra los bastardos? ¿Por dicha perdiose aquel valor que siempre asistió en ella como natural por divina gracia? En tiempo de los Apóstoles ¿no hubo aquél Simón Mago, pésimo hereje, que hizo su esfuerzo por derribar con su pestífera doctrina aquella nueva planta? ¿No le sucedió Menandro, casi como rama de aquel tronco, que predicó de sí, haber sido enviado del cielo por soberana virtud de Dios? ¿No vinieron después Himeneo y Fileto, que publicaron locamente ser ya cumplida la resurrección de los muertos? ¿A éstos

no sucedió Cerinto, que afirmó los deleites de la sensualidad en el futuro siglo? Deseo saber ¿qué hicieron todos contra la Iglesia en virtud de Cristo invencible, y en todos tiempos gloriosa y triunfante? En otro siglo, cuando los mártires ilustraron con su sangre las mejillas desta purísima Esposa, ¿no hubo un Valentino, sectador más de las fábulas de Hesiodoro, que de la doctrina Apostólica; aquel que afirmó inauditos, y nuevos principios, pronunciando salir treinta cielos, y treinta siglos de treinta dioses? ¿No le siguió Marción Póntico, que soñó vanas deidades, una de quien decía haber formado el testamento Viejo, y otra el Nuevo? ¿No fue Taciano por las mismas pisadas? Pues ¿qué hicieron al fin todos contra la excelente Militante Iglesia? Cuando Constantino dio paz a los Católicos, y cuando las cervices de los Príncipes se comenzaron a postrar a Cristo, Arrio con malvado furor ¿no conturbó la Iglesia, y creció tanto la llama Arriana, que por testimonio de San Gerónimo

Quasi totus terrarum orbis ingemuit se Arrianum esse?

de cuya raíz pestífera (para que se verificase el dicho de Esaías,

De radice colubri egreditur Regulus)

¿no nacieron Aerio, Aecio, y Eunomio, que vomitaron contra el Espíritu Santo impías blasfemias? Después ¿no se manifestó Pelagio Británon por perpetuo enemigo de la divina gracia? ¿Tras él Nestorio que trató de dividir la persona de Cristo en dos, luego Eutiquio, y Dióscoro, que señalaron una sola naturaleza? Mas al cabo querría se me dijese, ¿qué fruto sacaron éstos de tan depravados dogmas contra la Iglesia? ¿No quedó más viva cuando pensaron sepultarla más? Viose en otro tiempo despuntar un Macario Antioqueno, que perturbando el mundo, halló franca posesión en muchos lugares, inducidos por él: mas ¿qué obró contra esta soberana señora? ¿No quedó en pie? ¿Derribola acaso? Antes siempre más triunfante resistió el furor de las ondas, y como fuerte roca se mostró invictísima contra las borrascas que procuraron sumergirla; porque

Portae inferi non praevalebunt adversus eam.

Vese en tiempos más modernos saltar en campaña aquel Lutero, aquel monstruo Alemán, más horrible que Medusa; de quien se podría decir con verdad (si fuese lícito a un Cristiano tratar de fábulas) que así como los Poetas dijeron, haberse trasladado en Euforbo el alma de Pitágoras; así la de Lutero en las de casi todos los herejes, con sus errores: porque cuanto a la libre violación de los

votos, se transformó en Torre Lupino; cuanto al igualar todos los Sacerdotes a los Obispos, en Aerio: cuanto al negar la obediencia a los superiores, en los Begardos, y Beguinos; cuanto al negar la intercesión de los santos, en Vigilancio, y Eustacio, condenado en el Concilio Gangrense; cuanto al quitar los sufragios en los Vualdensios, Albigensios, Griegos, y Armenios; cuanto al menospreciar las excomuniones, y ceremonias de la Iglesia, en Husita, y en Vuitclef; cuanto al menoscabar las obras, ensalzando la fe en Eumonio; cuanto al hacer burla de la mendiguez tomada voluntariamente por Cristo, en Desiderio Longobardo, y Guilielmo de Santo Amor; cuanto al perseguir la primacía de San Pedro, y de sus sucesores, en Marsilio Paduano, y en Juan Vuitclef: y sola esta bestia desbocada en nuestros tiempos corrió sin freno en la preciosa viña del Señor para oprimirla, verificándose en él (cuanto a la intención, y algunos efetos) el dicho del Profeta;

Exterminavit eam aper de silva, et singularis ferus depastus est eam;

saliendo fuera del yermo, y de los bosques como feroz jabalí a robar, y saltear, en compañía de infinita caterva de protervos que le ayudaron a hacer todo mal; como Felipe Melanctón, Conrado Pelícano, Fabricio Capitón, Osiandro, Martín Bucero, sin otros muchos. Y para hacer mayor daño a la Iglesia, asomó por otra parte aquel terrible Elefante Carlos Tadio, dividido de Lutero. Por otra Zuinglio apartado de los dos; y por otra aquel monstruoso Ecolampadio, con la vil secta de Anabaptistas, y Hugonotes, que hicieron, y hacen lo posible por pasar los fosos del fuerte de la Fe; mas inútilmente, porque los Católicos hicieron siempre valerosa resistencia; y en especial debajo el estandarte del Católico, y Cristianísimo Felipe Segundo, que Dios tiene, Rey de las Españas, y de las Indias, a cuya virtud debe mucho la Sancta Iglesia, por haber sustentado de contino gruesos ejércitos en su defensa y amparo, extirpando sus enemigos, contra quien consiguió siempre gloriosísimos triunfos y vitorias. Por manera que es verdadero con el ejemplo de tantas herejías postradas, y de tantos herejes oprimidos, el dicho del Psalmo

Adiuvat eum Deus vultu suo,

y el del Evangelio:

In medio eius estat, non commoveatur.

Mas quien quisiere ver más por extenso los ímpetus, y acometimientos destas fieras contra nuestra Sancta Iglesia Católica Romana, y los obstáculos, resistencias, y victorias recebidas dellos en varios tiempos, lea la obra de *Heraesibus* de Isidoro Obispo de León, la de Tertuliano, la de Filastro Obispo de Bresa, la de Epifanio Ciprio, la de San Agustín, con el Catálogo de Isidoro; la de Guido Perpiñán, Obispo Elnense, el Catálogo de los herejes, que compuso Fray Bernardo de Lucemburg; y la de Fray Alonso de Castro, que escribió doctísimamente contra todas las herejías antiguas, y modernas: donde se podrán notar los argumentos, y razones que se traen contra los mismos: si bien para confundir a muchos en particular, se hallan otros varones insignes, como Equio, Juan Buderio, Mucio Justinopolitano, el Cardenal Belarmino, y otros que hacen varias suertes en estos irracionales. Para enfrenar su insolencia y pravedad, se instituyó la Santa Inquisición, Oficio digno de ser ejercitado con suma diligencia y amor, para que las almas que salen fuera del derecho camino vengan a enderezarse, con la paterna corrección que reciben. Por eso le favorecieron muchos Sumos Pontífices (según fray Jorge Udine) con muchos privilegios, como con que los mismos Inquisidores puedan predicar cuando les agradare; poner silencio a los Predicadores; conferir indulgencias por veinte o cuarenta días; invocar el brazo seglar contra los herejes, y proceder libremente contra ellos y sus fautores, absolviendo de irregularidades, y censuras a quien cayere en ellas, con otros muchos indultos declarados por las bulas de Inocencio, Urbano, Alejandro, Clemente, Nicolás, Bonifacio, y Pío Pontífices, parte anotadas por el referido autor, y parte por otros: entre quien hay otra de Inocencio VIII que les da facultad contra las brujas, y encantadores: sin las concesiones hechas por Federico Emperador al mismo Santo Oficio. Toca también a los Inquisidores citar los reos, examinarlos, interrogarlos, prenderlos, atormentarlos, formar el proceso, dar el descargo, oír las respuestas, pronunciar las sentencias, donde inquiriendo contra los mismos si tienen necesidad de purgación, se le han de dar, determinando ellos la cantidad; si de retractación también; si de libre absolución, lo mismo; quemándolos, si perseveraren en su obstinación. Quien quisiere ver la potestad que tiene este Santo Tribunal, y con qué modo debe proceder en las causas, qué suficiencia deben tener, y de qué virtudes estar adornados sus ministros, lea a San Antonino, y la obra que se intitula *Opus iudiciale*, que lo declara todo singularmente. Ni olvide la teórica y práctica de Zanchino de Rímini, famoso

Jurisconsulto; el tratado de Francisco Obispo Esquilacense, y el referido fray Jorge de Udine, que todos hablan en esta materia bien por extenso. Acerca de los herejes véase a Pedro Crinito, libro 16, capítulo 4, de Honesta disciplina. También las tablas de Guillelmo Guindano, modernamente impresas, con el libro del Inquisidor Páramo.

De los Vidrieros, y de los que hacen Antojos, y Vidrieras. Discurso LXI.

EL origen del vidrio (según Plinio) se deriva de la arena del río Belo, que tiene su principio en la Fenicia parte de la Asiría, cerca de Tolomaida. Quiere el mismo fuese en su magisterio famosa sobre todas Sidón, y afirma haberse hallado en tiempo de Tiberio Emperador, temple de vidrio tan firme y estable, que resistía al martillo; mas que su oficina se destruyó, por conservar el precio y estimación de la plata, oro; y cobre, metales tan importantes. Algunos (según este autor) afirman sea el vidrio de la India el más perfeto, por hacerse de cristal roto, y menudamente dividido. Mas hoy el cristalino de Murán, lugar ameno junto a Venecia, excede a los más del mundo, en perfección y bondad; parte por lo salobre del agua muy proporcionada a los labores deste género; parte por carecer de polvo que pueda hacer daño a las obras; parte por la comodidad de la leña forastera que hace clarísima la llama, y porque no se usa en otros lugares hacerse el sal de la piedra llamada soda, como se hace en el mismo Murán; causa de formarse allí bellísimos cristales. El arte procede en sus operaciones desta suerte: Para hacer el cristal, se muele primero la soda, o piedra, y se hace lejía. Dejándose aclarar después, se pone a hervir en ciertas calderas grandes, hasta que se deseque lo que está dentro, que se llama sal de soda, y esta ceniza soda se hace de cierta hierba Ugnea, o Felce, siendo peor la de Felce, porque hace el vidrio amarillo, y fácil de quebrar. Traese tal ceniza de Soria, o Francia; siendo mejor que todas las de Levante. Tómase pues parte de la referida sal, y con ella ciertas piedras del río, de las que echan fuego. Déstas molidas en polvo sutilísimo se toman dos partes, y una de sal, y un poco de manganés, a discreción del maestro, y mezclándose todo bien, se pone dentro de un horno de reverberación, dándole tanto fuego, que se deshaga, y se vuelva todo un pedazo. Déjase tras esto resfríar, y luego se saca fuera, y a semejante mezcla llaman los maestros Frita. Ya convertida en forma de vidrio, se pone en unos vasos que están dentro del horno, donde se labran las obras que se pretenden hacer. Allí se refina a fuerza de fuego, labrándose después con nombre de cristal. Mas los vidrios comunes se forman con Soda, Manganés, y cierta arena blanca fluxible; haciéndose de tal

masa todo género de vasos. En las operaciones del vidrio concurre el horno, la hornaza de reverberación, sus poyatillas, la boca, sus troneras, las cañas de hierro, formas, bolsillas, y tijeras, los muelles, con otras muchas cosas. Pónese el agua sobre las cenizas; sácase el vidrio de las bacías, apriétase sobre el mármol soplando, revuélvese sobre la cabeza, córtase, y fórmase, labrándole a follajes, a perfiles, a esmalte, a oro, a colores, y a pinturas. Tírase en hilos, y hácense dél perlas, diamantes, rubíes, y otras piedras falsas, poniéndose al último en el resfriador. Mas cuando particularmente se quieren hacer vidrios blancos de esmalte, se añade calcina de estaño, llamada Laticinio, de que se labran diversas obras sobre los vasos de cristal; y así también se puede teñir de diversos colores con los metales calcinados. El hierro da color colorado; el estaño blanco; el cobre verde; el plomo de esmeraldas; y estas son las diversas colores de que se hacen filetes para labrar los vasos de cristal, formándose también botones, piedras de anillos, rosarios, cadenas, y otros mil juguetes. Está hoy en Murán y Barcelona tan en su punto este ejercicio, que no hay cosa imaginable, que no se obre con vidrio, y con cristal; habiéndose hecho hasta escritorios, y castillos, con torres, bastiones, artillería, y murallas. Entre las especies de vidrios pone Isidoro una piedra, a quien junto con Plinio llama Osiana, que algunas veces se halla verde, otras negra; y otras luciente y clara: ésta nace en Italia, en la India, y en la parte Occidental de España, según refieren muchos. De las obras del vidrio trata con diligencia el Cardano lib. 5 *de subtilitate*, y en el 10 de *rerum varietate*, junto con Vuequero en sus secretos, fol. 532. Suelen los que hacen antojos seguir también a los vidrieros, y concuerdan en uno, como hace la flor con la yerba; porque los antojos llamados en Latín *Conspeciliae* (de quien hace mención Plauto en aquellas palabras,

Conspicillo uti necesse est)

tienen su origen de los vidrieros. En Francia se hacen perfetos, y también en Venecia. Óbranse con instrumentos de hierro, llanos, redondos para antojos de cincuenta y sesenta años, y los mismos hacen para de menos años, labrados a dos partes. Los otros hierros redondos, mas realzados de una parte, y encavados de otra, hacen la vista de cuarenta o cincuenta; y también dos grados de vista débil. Los hierros de noventa, más encavados, y relevados, de fuera hacen vista de tres grados, y también vista de treinta y menos. Los hierros de filete, hacen vista corta de seis grados por defuera, mas por dedentro de cien años; y con otros hierros se hacen muchas diferencias de antojos, para más, y menos edad. El vidrio más fácil

para labrarse, y que hace más vistas, es sin duda el Tudesco; el segundo el de Murán: luego el de Barcelona; pero el más duro de labor es el cristal de montaña. Requiérese la arena roja de Vicencia, las formas de hierros encavadas, y llanas, las de madera, la pez de España con aceite común para asir los antojos.

Los que hacen vidrieras, se derivan también de los vidrieros llamados en Latín *Vitriarii*, voz que usa Lampridio. Pone en obran los mismos para ellas ciertas hojas de vidrio, plomo, hilos de alambre, con ciertos telares, y barretas de hierro por enmedio, cuya obra es provechosa por la luz que da: supuesto entra por sus vidrieras más claridad que por las de papel, y lienzo, que usan los menos ricos. Tómase tal vez la vidriera por ventura del alma, como la aplicó Tulio, diciendo:

Eae partes quasi fenestrae sunt animi:

y en esta significación la tomó Sócrates en aquel notable deseo que tuvo, de que nuestros ánimos fuesen tan claros, que por ellos, como por vidrieras se viesen las imaginaciones y pensamientos, requisito bien importante contra los dobleces destos tiempos.

De los Mercaderes, Cambios, Usureros, Buhoneros, y Almacenes. Discurso LXII.

LA profesión de los Mercaderes fue hallada (según Plinio) por los Africanos, o por Líbero. Aunque Josefo Hebreo certifica hubo en tiempo de Noé uso de comprar, y vender; y de la sagrada Escritura se saca ser antigua tal costumbre por la venta de Josef, hecha por sus hermanos a los Ismaelitas. Debe por muchas partes con justa razón ser alabada, y encarecida, por haber sido siempre tenida por necesaria para el uso, y provecho de las Repúblicas y ciudades. Así Platón instituyendo un buen gobierno de ciudad, dijo eran los mercaderes en ella sumamente necesarios. Esto confirma también Blondo, escribiendo haber sido la compañía de los Mercaderes acomodada, y provechosa para la ciudad de Roma. Lo mismo afirma Livio, refiriendo que mientras los Scipiones padecían en España carestía de trigo, y otras cosas, tres compañías de diez y nueve mercaderes ayudaron a la República, en aquel tiempo reducida a gran peligro y necesidad. De aquí es loar Cicerón a su padre que fue Mercader, y de provecho para su patria. En otra parte encomienda los Bitinios, como útiles grandemente para los Romanos; y hablando de la mercaduría, dice ser baja la de corto caudal, no la de grueso, que se ocupa en traer de lejas partes cosas ricas para provecho común. Sobre todo será loable, si se contentare de moderada y lícita ganancia, y si su dueño no desamparare totalmente el recreo de la agricultura. Polidoro Virgilio dice ser muy acomodada para trabar compañía con Bárbaros, y amistad con Reyes. Por tanto no se desdeñaron muchos hombres ilustres, y sabios de ejercerla, como (según Plutarco) Tales, Hipócrates, y Sólon. Todos los autores más auténticos la juzgaron de mucho provecho para la vida particular; acomodada para la conservación de la República, y dispuesta para hacer ricas las propias casas; si bien tal vez ejerciéndola, intervienen peligros, y casos adversos. Según esto se dice haber dicho Lacón a un Mercader que se jataba de haber surcado con grande ganancia todos los términos marítimos:

> *Cesa de gloriarte, oh infeliz y mísero Mercader, porque corres peligro de perder en un instante toda la hacienda que juntaste en muchos años con grandísimas fatigas.*

En alabanza désta trataron Agustín Dato, Francisco Patricio, Bartolomé Cépola afirmando este último ser nobles también entre Venecianos los Mercaderes; como lo son en Génova, Milán, Florencia, Luca, y otros lugares. Es bien verdad que sustenta Baldo perder los nobles su nativa nobleza, intrincándose en la mercaduría. Por eso hubo ley (según Blondo) entre Romanos, que los Senadores no se ocupasen demasiado en negocios mercantiles. Mas Bartolomé Cépola, y Antonio de Butrio ponen esto en disputa, y contienden sobre si el dícho de Baldo sea verdadero, o no. Esta profesión cuanto a lo demás es aguda, prevenida, sutil, ingeniosa, y de trabajo. Requiérese para ella grandísima memoria, entendimiento, y noticia de varias cosas, como de todas suertes de monedas que se gastan en diversas provincias, y de las en que se gana, o pierde, con la prática de los cambios, que se hacen de un lugar a otro. Asimismo qué cosas tienen buena salida en este, o en otro lugar. Los paños de Venecia, cariseas de Flandes, estaños, cobres, vidrios, papel, arcas, espejos, y otras muchas mercaderías Venecianas son de buen empleo para las partes de Levante; como Corfú, Zante, Cefalonia, Candía, Constantinopla, Nápoles de Romania, Alejandría de Egipto, en el Mar mayor, y en toda la Soria. Al contrario, las mercadurías, y drogas de aquellas tierras, tienen buena salida en Italia, Francia, Alemania, Flandes, Inglaterra, Berbería, Córcega, Cerdeña, y otros lugares. También conviene saber de qué parte se sacan particulares empleos. Hallándose para esto muchos libros que lo declaran. De Levante para Venecia, como del Mar mayor, se sacan cueros de buey, y de ovejas en cantidad, caviaro, aceitunas, aceite, arenques, y otros muchos géneros de pescados. En Baruti se cargan sedas, jengibre, canela, nuez moscada, pimienta, casia, rabárbaro, tafetanes dobles, camelotes, y otras cosas. En toda la Soria, cordobanes, cera, sedas, miel, tapetes, garbanzos, dátiles, y pescados salados. En Chipre, trigo, sal, algodón. En Candía, malvasía, vinos, quesos, cueros, y vinagre. En el Zante, vinos, naranjas, limones, aceitunas, aceite, lana, pieles, y pasas en cantidad. En Sicilia trigo, vino, eso, atún, sal, lana, y seda. En Pulla, trigo, habas, aceites, garbanzos, vinos, aceitunas, naranjas, y limones. En la Marca de Ancona, y Romaña, trigo, vino, aceite, sal, queso, lino, cáñamo, rubia, peces salados, y frutas de todas suertes. En Istria, bonísimos vinos, corderos, cabritos, y todos frutos. En el Friuli, vinos muchos y buenos, harina, legumbres, y frutos de todas maneras. En Polonia, grande cantidad de martas, y otros forros de grandísima importancia. En Flandes, gran copia de tapicerías, paños finos,

cariseas, estaños, países, telas, y peces salados. En Alemania latones labrados, estaños, cuchillos, alfileres, cascabeles y una infinidad de diversas mercadurías, como telas, flautas, y cosas así. En Francia, lanas finas, telas, toallas, y cantidad de libros de todas ciencias. En España, atún, anchovas, arenques, sedas, vinos, lanas, paños, aceitunas, miel, y otras muchas cosas buenas con perfección. En Berbería, cueros crudos de bueyes, y castrados, telas de lino, y algodón, pasas, dátiles, higos, y cosas así. En Cerdeña, bizcocho, queso, lana, pieles, caballos, vinos. En Córcega, quesos, y mucho vino para Roma. En las Indias, palosanto, ébano, zarzaparrilla, canela, perlas, plata, oro, y gran copia de olores. Sin esto, conviene tenga el Mercader buena inteligencia de los pesos, y medidas; porque éstas se mudan según las provincias, y ganaría poco si ignorase en qué consiste su diferencia. También es necesario entender bien la calidad de las mercadurías, y saber cómo han de ser las buenas. Por ejemplo, podrase seguramente comprar la seda que tenga algo de crudo, y que por lo interior carezca de baba; que no esté asida una con otra, sino cada hilo de por sí. Asimismo serán buenos los cordobanes que fueren pastosos, y hicieren ruido al apretarlos. La casia quiere ser larga, la corteza lisa, y el meollo grueso. El rabarbo ha de pesar, y tener dentro cierto amarillo, que al parecer blanquee algo. La canela quiere ser con medianía gruesa, y sutil, suave de olor, dulce de sabor, y que pique un poco. En el almizcle se requiere, olor agudo, negro color, y que moliéndolo, se vuelva amarillejo. Los clavos frescos y pastosos, de olor suave, y no demasiado negros; y a esta traza todas las demás mercaderías. Con el conocimiento destas cosas podrá el Mercader ganar mucho, y por ventura enriquecer presto, teniendo a Dios de su parte, que muchas veces permite pierdan en un instante, lo que con mucho trabajo han adquirido en largo tiempo.

Fijando la lista en lo más vivo, y considerando bien la fuerza desta profesión, la veo por todas partes perdida, y arruinada, por comprehenderse en ella mil defetos, y vicios. Cuanto a lo primero, no hay Mercader que con palabrillas melifluas no procure clavar al que más se fía dél tratando de hacer creer con mil juramentos fingidos la bondad de que carece su mercaduría. Por eso dice Horacio:

Multa fidem promissa levant, ubi plenius aequo
laudat venales qui vult extrudere merces.

Contra cuyos engaños nos da el moral Poeta aquel documento:

Noli tu quaedam referenti credere semper,

exigua est tribuenda fides, qui multa loquuntur.

Mas Andrés Faustelino a propósito de los juramentos mercantiles dice por estremo bien en aquellos versos.

Periurato suo postponit numina lucro
mercator Stygiis non nisi dignus aquis.

Por la ley de las doce tablas se puso pena al callar en la venta de las cosas: y por la ley Aquilia, es constreñido el que vende, a decir todos los defetos de la cosa vendida. Fuera de que en el foro de conciencia, que es el principal, se sabe la obligación que se tiene de advertirlos. Bien es verdad (decía cierto tratante) que no juntaría jamás hacienda quien tuviese miedo del demonio; supuesto se enriquece mal sin engaño. Así casi todos los Mercaderes se valen continuamente de fraudes en las ventas de lanas, lienzos, sedas, paños, telas, joyas, especierías, trigo, cera, aceite, vino, caballos, y cosas así. Estos son los que roban, y destruyen el mundo con mercadurías falsificadas, corrompidas, y apestadas. Estos son los que ponen carestía en las provincias, y ciudades, ocultando las vituallas, porque cobren precio más subido. Éstos intrican y desuellan a los ciudadanos, con cédulas, y escrituras de obligaciones, dando partidas y mohatras dañosísimas, con excesivos intereses, y usuras; testigos los señores, y la puerta de Guadalajara de Madrid. Éstos tragan los bienes de los particulares aumentando injustamente los suyos. Éstos (trato ahora de los Cambios) dan palo de ciego a la pobre gente, que les fía sus dineros, dejándolos perdidos con sus astutas quiebras; haciendo gritar a un millón de viudas, y pupilos empobrecidos por su causa. Éstos (vuelvo a los Mercaderes) espían, y revelan a los Príncipes los consejos de las ciudades, y rumores de la patria con expresas traiciones. Por eso ordenaron los Cartagineses estuviesen las tiendas de los tratantes muy separadas, sin permitir fuesen éstas, ni los dueños comunes con ellos, dándoles libertad sólo para ir a la plaza, mas no al tarazanal, ni a otros lugares secretos de la ciudad. Los Griegos por ningún modo querían mercaderes en sus ciudades, sino a fin de que se hallasen los ciudadanos libres de la sospecha del peligro, les ordenaban un mercado de las cosas vendibles fuera de los arrabales. Otras muchas naciones no quisieron admitir entre sí mercaderes, por tenerlos por corrompedores de costumbres, con las novedades que de contino introducen. Los Epidauresios (hoy Raguseos) viendo (según Plutarco) se hacían ruines sus ciudadanos, por la plática que tenían con los Esclavones, dudando, que corrompiéndose las costumbres de sus

compatriotas, por la conversación de los forasteros, se levantarían cosas nuevas en la ciudad, eligieron un hombre grave y sabio entre todos, que fuese a Esclavonia, y comprase lo necesario para los suyos. Platón asimismo vitupera en parte los mercaderes, y por esto instituyó, que no fuesen introducidos en la ciudad los deleites de naciones estrañas; que ningún ciudadano menor de cuarenta años fuese peregrinando, y que los forasteros fuesen enviados a sus casas, porque no se aprendiese dellos todo género de corruptela. También Aristóteles propone se debe poner todo cuidado en que las ciudades no sean corrompidas de las cosas de fuera. Y aunque reconozca por necesarios a los mercaderes, no quiere sean puestos en el número de los ciudadanos; antes los vitupera, afirmando, se deleitan de mentiras y embelecos; de inquietar las plazas; de levantar tumultos, y sembrar discordias. Últimamente el oficio déstos consiste en comprar en grueso, o en menudo, en hacer viajes, en arrendar, en hacer compañías, en vender caro, o a buen precio, de contado, o fiado: en comprar desembolsando el dinero, o con crédito, y en otras cosas así. A sus libros llaman de cuenta, cuaderno, de caja, inventario, y manual.

Son también compañeros de los mercaderes los cambios y usureros, a quien Budeo llama en Latín *Argentarii*; porque (según Carolo Sigonio) estos tales hacían ganancias, o con la permutación del dinero, o con expresa usura. Y la permutación con que se procuraba ganar, fue por los Griegos llamada *Colybus*, cuya voz aprobó Marco Tulio, diciendo así de Celio:

Vide quaeso, ne qua lacuna sit in auro, sed est in colybo detrimentum:

entendiendo también Plauto por los Argentarios los cambios y usureros, cuando dijo:

Sub veteribus ibi sunt qui dant, quique recipiunt foenore:

significando por la palabra *veteribus* los bancos antiguos, que (según refiere Dionisio Halicarnaseo) fueron fundados en el Foro desde Tarquinio Prisco. Y de aquellas tiendas o bancos hace mención Tito Livio en la guerra de los Samnites, de Cartago, y de otras partes. De aquí es llamar Cicerón al dinero de los bancos *AEs circumforaneum*, por hallarse los mismos fabricados en Roma desde muy atrás. Quintiliano junto con el propio Tulio, viene a publicar se hacían las almonedas delante las tiendas de los cambios, declarando haber sido tal ocupación poco honrosa entre Romanos. Esto muestran también las palabras de Suetonio, que refiere haber dado en rostro Marco

Antonio a Octaviano, con que hubiese sido Cambio su abuelo, y que Casio por injuriarle y avergonzalle, le llamó hijo de Numulario. Y por ventura (como dice Carolo Sigonio) nació el oprobrio de que los que ejercitaban el banco, atendían también a las usuras; por cuyo género de injustísima ganancia los hombres (según marco Tulio) incurrían en aborrecimiento de todos. Fuera de que el injusto interés de las usuras fue muchas veces prohibido con gran número de leyes, como refiere Cornelio Tácito. Para comprobación desto se cuenta, que siendo una vez preguntado el anciano Catón, qué parecer fuese el suyo acerca de la usura; respondió no hacer diferencia entre ella y el homicidio. El mismo Pretor de Sicilia en testimonio del odio que tenía a tal profesión, echó fuera de aquella isla a todos los usureros. Marcó Catón muestra con no menos claridad cuánto aborreciesen los Romanos la usura con aquellas palabras;

Pareció a nuestros mayores, y así lo ordenaron por ley, se condenasen los ladrones en dos, mas los usureros en cuatro doblado.

Cicerón recita, que queriendo los Salaminos cometer usura, no pudieron, por vedarlo y prohibirlo expresamente la ley Gavinia. Blondo afirma, haber prohibido a los Senadores Romanos Alejandro Severo no diesen a usura, sino que sólo se contentasen con recebir alguna cosa en don, siendo el primero que redujo la usura a tres por ciento, no habiéndose tenido antes tan estrecha cuenta della. La ley de las doce tablas la vedó con gravísimas penas. En muchos lugares de la antigua ley se lee haber sido expresamente prohibida a los Hebreos; y así está escrito en el Deuteronomio:

Non foeneraberis fratri tuo;

en el Éxodo:

Nec usura oprimes eum;

en el Levítico;

Nec accipias usuram ab eo;

en Nehemías:

Usuras ne singulis a fratribus exigatis vestris;

y el Profeta como voz del divino Oráculo exclama,

No pueda habitar en el Tabernáculo del Señor el que diere a usura.

S. Ambrosio la llama un verdadero robo: David una boca de abismo, diciendo de los usureros:

Qui devorans plebem meam sicut escam panis.

San Juan Crisóstomo compara la moneda del usurero a la mordedura de un áspid; porque así como ésta parece mientras mata, que adormece con deleite; así aquélla causa al principio aparente provecho y comodidad; mas al cabo traga y destruye. De aquí es haber detestado sumamente la usura todos los pueblos del mundo. Cuenta Cornelio Tácito haberla tenido siempre los Germanos por cosa aborrecible. Jamás los Indios la admitieron entre sí. Los Scitas (según Justino) no sólo excluían las usuras; sino también despreciaban la plata y oro, tan estimado de otras naciones. Los Atenienses fueron tan enemigos de los usureros, que hecho un fuego grandísimo en cierta plaza o lonja, quemaron un día todas sus escrituras; por lo que exclamó Argesilao, no haber visto jamás fuego más claro, o más resplandeciente que aquél. Los Lacedemonios tuvieron la usura por cosa abominable. Por eso Licurgo su legislador instituyó se comprase toda cosa con permutación y compensación de mercadurías, desterrando de su República el nefando uso de la moneda. Léese de Lucio Lúculo haber sido loado de todos, y celebrado con divinos honores, porque echó de la provincia de Asia todos los usureros. Por el Derecho Canónico y Civil son notados de infamia los tales. Y si acaeciese que un hermano en perjuicio de otro instituyese heredero a un usurero, podría por la ley invalidar semejante testamento, que por la infamia es nulo, como tienen los Legistas. Dicen los sagrados Dotores (para mayor abominación de las usuras) que el usurero ofende comúnmente a todas las criaturas. Cuanto a lo primero vende el tiempo, que es común, a todas las horas, y hace injuria a todos los Santos del cielo, porque cuenta en las usuras también sus fiestas, sin excluir hasta los días de Pascua. Y añaden no merecer el usurero le sea cantado en la muerte el *Requiem aeternam*, como se hace a otros: porque no habiendo dejado él jamás sosegar a sus deudores en esta vida, es indigno de oír el nombre de quietud en la otra. Mas quien quisiere ver más cosas de los usureros, lea el sermón sesenta de fray Miguel de Milán, y los tratados de antiguos y modernos Sumistas. Basta que el banco cuanto a su oficio da y toma a cambio; hace letras, o las accepta; nota partidas de créditos, y deudas, y cosas tales. Por manera que unos y otros tienen de contino en la boca la sentencia del Eclesiástico,

Pecuniae obediunt omnia;

juzgando el dinero por su deidad, de quien escribió Horacio:

Onmis enim res divina, humanaque pulchris
divitiis parent, quas qui construxerit ille,
clarus erit, fortis, iustus, sapiens, etiam Rex,
et quicquid volet.

Tras éstos vienen los Buhoneros mercaderes de menos cantía, y algo necesarios en las ciudades, por la gran copia de cosas que suelen vender, como lienzos, botones, agujas, dedales, peines, cascabeles, cuchillos, cintas, sin otras menudencias así. Son artífices de grandísima ganancia, y si no fuese que mucha gente sigue este trato, como el de la lencería de fardos, no hay duda, sino que ganarían mucho, por causa de las varias cosas que venden. El Buhonero descubre su ingenio en traer a la patria la variedad de cosas nuevas que se usan en otras Provincias. Esta verdad confirman los de Venecia y Milán, llenos de infinitas curiosidades.

Suceden en último lugar los Almacenes, en que se hallan diversas vituallas, como harina, vino, aceite, y cosas tales. A los que los tienen llamaron en Latín *Tabernarii*; respeto de ser llamado *taberna* el almacén. Por eso escribe Nonio Marcelo, que

Tabernae non tantum vinariae sunt, sed et omnes quae sunt popularis usus.

Éstos son mercaderes gruesos, y causan a sí, y a otros no pequeño provecho, por sacarse de sus almacenes, o fondigos, muchas cosas tocantes al vestido y sustento de la gente. Al fin concurren con los Mercaderes en los defetos y vicios, por ser de su misma especie.

Puédense notar muchas cosas pertenecientes a los Mercaderes en el 11 libro de las antiguas lecciones de Rodiginio, c. 56, también en las obras de Calcañino, *In verbo mercatura*: y asimismo en Pedro Vitorio, fol. 204.

De los Molineros, Panaderos, Ahechadores, y Maestros de Harneros, de Cribas, y Cedazos. Discurso LXIII.

EL arte de los Molineros, se atribuye cuanto a su primer origen comúnmente a Ceres. Por manera que cuando careciese de otra cualquier preeminencia, sola ésta sería bastante para dar nobleza a sus profesores; por haber decendido de quien fue tenida por diosa; aunque el satírico Juvenal los nombra en mala parte en aquel verso:

Segnipedes, dignique molam servare nepotes.

Es ocupación utilísima, antes necesaria para la conservación de la vida: porque no se podría sustentar bien el hombre sin el pan que procede de la harina. Cuanto a la dignidad se puede decir poco más en su favor, y si se hallasen razones con que poner este ejercicio en las nubes, yo serviría de tan buena gana a los Molineros, como hago a los de otras profesiones, así porque tuviesen ocasión para hacer buena harina para todos, como porque no desperdiciasen lo ajeno, sin maquilar los costales. Mas de cualquier manera se apuntará alguna cosa, porque no queden desconsolados del todo. Entre tantos molinos diferentes como se ven, de brazo, de viento, de mulas, y los comúnmente fabricados sobre todas las aguas, no se halla alguno que deje de ser edificado con grandísimo artificio, por las ruedas, instrumentos y máquinas con que andan alrededor, descubriéndose una ingeniosa arquitectura de basas, colunas, escaleras, ruedas, dientes, cercos, linternas, alas, velas, canales, palas, rodeznos, álabas, tarabillas, tramoyas, y batanes. Mas todo importa poco en consideración de tantas miserias, como están asidas al arte y a sus profesores. El infeliz Molinero, demás de gastar todo el día en hacer acarrear trigo y harina, se rompe la cabeza con las escodas, por hallar muela que sea a su propósito, y al último, aunque envíe por ella a Andrón (ciudad de Tesalia, donde se labran perfetas) gasta sus dineros sin fruto, hallándola toda rota, y llena de mil defetos, contrarios a lo que desea. Así dos horas después de haberla puesto en obra, maldice el punto en que hizo tal compra; porque o no muele

igual, o no toma bien el grano, o enharina demasiado, o el fondo no está bien llano y liso, o la boca es demasiado ancha, o no es acomodada con orden conveniente, y muchas veces se vuelve al través. Fuera desto requiere tal arte una asistencia tan continua, que verdaderamente se padece notable trabajo, no pudiendo los molineros falta de allí un punto, para acomodar los perpendículos, la palamenta, las ruedas, quitar y dar agua, cebar la tramoya, alzar los muelles, volverlos, y hacer otras cosas semejantes. Demás intervienen de ordinario tantos gastos, que pocos molineros dejan de parar en el hospital, porque o gotea el techo del molino, o hace daño el canal, o el agua no corre, o se rompe la pesquera, o la creciente se los lleva, o se despedaza una rueda, o se pudre el maderaje, sintiéndose por momentos ya una, ya otra ruina. Asimismo arriendan tan caro, que no pueden llegar con toda su ganancia al cumplimiento de la paga. Por el consiguiente pasan por otra calamidad, y es, que por el gran ruido que todo el día y la noche hacen los molinos, se vuelven sordos, y tontos, teniendo siempre tan particular retintín en las orejas, que por dondequiera que van, llevan dentro dellas la impresión de sus molinos. Por otra parte en lo mejor del dormir, o acabados de cenar es forzoso acudan a lo que es menester, incitados de aquel importuno son, que priva de toda quietud y reposo al ánimo y cuerpo. Participan también por las aguas vecinas, y muchas veces corrompidas, de humedades de cabeza, y dolores de cuerpo, muriendo tal vez el primer año que comienzan a trabajar en los molinos, por la corrupción que tiene consigo el lugar. Dejo la perpetua música de las ranas que los aturde, y la inseparable compañía de los ratonazos y lirones, con otras casi infinitas miserias, que los acompañan a todas horas. Es asimismo propio suyo tener los pies llenos de sudor, el rostro como corteza de queso, la nariz llena de humor, y el vestido atestado de harina y polvo. Mas los vicios sobrepujan en gran manera a las miserias; porque no se halla ejercicio donde todos sean tan bien acogidos y entrampados como en el del molino. Allí se da cruel manotada, y se desuella con navaja agudísima, sin excepción de personas; porque entran Clérigos, frailes, monjas, caballeros, señores, plebeyos, ricos, y pobres de toda suerte: todos son engañados y robados de los molineros; si bien dicen tener cierta razón en su favor; y es, que siendo la harina tenaz por su naturaleza, sin querer, se les ase no sólo en el rostro, sino también en las manos. Entre otras cosas no guardan jamás fiesta; porque muelen así el Domingo como el Sábado, sin hacer más escrúpulo de conciencia, que si tomasen un

celemín por un cuartillo; para lo cual tienen tan gruesa la vista, y tan pesadas las manos, que por momentos se engañan, mas nunca en su daño.

El ejercicio de los Panaderos viene a ser particularmente ennoblecido por la persona de Plauto, que compuso sus Comedias, sirviendo en este menester. Fue el primero que le halló Pilunno hermano de Esterquilinio, por eso adorado antiguamente de los Panaderos.

Mas el oficio de los Criberos, derivado (según algunos) de los antiguos Hebreos, consiste en hacer de una piel un harnero, o criba, con que se limpia y escoge el trigo. No tiene más nobleza que la de su provecho. Deste metal son los Cedaceros, arte hallada en España y Francia, según Plinio; si bien se atribuye a Egipto el origen de los de Papiro y Junco. Pueden ser encomendados sólo por la vía del útil, que causan a los panaderos en todo tiempo. Y porque acerca destos oficios se puede decir poco, por ser sujetos débiles, pasaré de buena gana a otros: advirtiendo que fue antiguamente el molino de mano castigo de los malos siervos, por eso se lee en el Andria de Terencio haber amenazado Simón con el molino a Dabo, que era bellaco, y de mala inclinación.

De los Mayordomos, o Fatores. Discurso LXIV.

LLAMARON los Antiguos a los Fatores modernos que hoy se llaman Mayordomos, con tres vocablos bien notorios y comunes: con el de *Institores* en Latín, que (según Ulpiano) fue dicho *ab Insistendo*, por asistir los mismos con gran cuidado a los negocios ajenos. Y déstos hizo mención Tito Livio en aquellas palabras:

Urbi frequentandae multitudo institorum, opificumque retenta;

con el de *negotiatores*, que importa lo mismo: y por eso Labeón,

Negotiatores servi videntur propositi sunt negotii exercendi causa;

y al último con el de *Procuratores*, ocasión de que dijese el mismo Ulpiano:

Procurator est qui aliena negotia mandato domini administrat.

En esta ocupación se encomienda la fidelidad, diligencia, solicitud, prática, prudencia, experiencia, promptitud, caridad, bondad, y cortesía. Por tanto sería digno de perpetua alabanza el sujeto que admitiere la virtud, sin querer imitar a los más, que transformados en asnos, como Apuleyo, destierran de sí perpetuamente las buenas obras; y tienen por solene gloria ser llamados ignorantes y flojos en todos sus actos. Del número de los virtuosos fue Cayo Terencio Varrón, que de solo Fator llegó al grado de Cónsul, según Livio; aunque infeliz en la batalla de Canas contra Aníbal. Al oficio pues destos Mayordomos toca notar, y escribir en el libro las rentas y gastos de los dueños, en que suele correr mucha ignorancia de su parte, por ser tan malos contadores, que apenas saben salir de un ciento, o millar. Comprando escogen las más veces lo peor por gastar poco, y aplicar para sí todo lo mejor, siendo en los gastos de banquetes más sisadores que Judas; sustentando con tales robos, galas, regalos, y rameras. Su cuidado consiste en destruir la hacienda de su señores, encajando en la cuenta lo que no gastan. Ponen en su provecho todo su estudio, siendo el cuaderno de sus robos, el Homero que tenía Alejandro debajo la cabecera; la Eneida de Virgilio en que estudiaba Augusto; el Poema de Apiano que leía Antonio hijo de Severo; los Comentarios de Plinio el mozo, tan caros a Largo Licinio; el Tertuliano que de contino manejaba Cipriano; la Pedia de

Ciro tan familiar de Scipión; el Filolao Pitagórico de tanto gusto para Platón; el Speusipo que Aristóteles tenía en tanta estima; el Cornelio Tácito con cuya dulzura se elevaba Tácito Emperador. Mas los nuestros mueren de deleite contando los cuartos, distinguiendo los reales, dividiendo los ducados, y sobre todo, poniendo delante de sus ojos los doblones. En esto se vee cuánta diligencia reina en ellos; cuánta solicitud para rematar cuentas; cuánta industria, y prática para reformar pólizas, y ajustar créditos; cuánta sagacidad en deshacer yerros; y cuánta memoria en señalar distintamente los gastos. Por estas obras santas, por estas acciones virtuosas son honrados de los amos muchas veces, dándoles epítetos de fieles y diligentes. Mas no por esos son Fatores, sino robadores, compañeros de los cocineros por la prática, hermanos de los mozos por la especulativa, que aman la sustancia en sí, y el accidente en otros; que desprecian la cantidad, que multiplican el nada; que por fin principal de todo daño convierten lo ajeno en propio, haciendo consecuencias de brutos en todas las obras de caridad. Finalmente los buenos Mayordomos, o Fatores, que puesta aparte la avaricia, y desterrada la propiedad, se hacen honor en sus manejos, y administraciones, merecen no pocas alabanzas, y más si fuesen amorosos, fieles, y solícitos. Cuanto al Mayordomo de cualquier señor (que parece suena mayor de la casa) se advierte, debe ser respetado y obedecido de todos, como la misma persona del dueño, y como el padre de sus hijos. Tócale como a Lugartiniente suyo la superioridad sobre los otros de la casa: particularmente poner orden y regla a los demás criados, y señalarles el modo de servir en lo que tienen a su cargo. Por manera que todos le reconocen y obedecen, sino el Secretario, que por su dignidad es separado de los otros oficios. Toca al Mayordomo saber del Veedor lo que gasta el Despensero en el gasto ordinario, informándose del precio de todo. En fin es propio suyo tener en paz los criados, evitando no haya entre ellos riñas, ni diferencias.

Nótese que los malos Mayordomos, o Fatores, pecan en todos los diez predicamentos. En la sustancia, por ser ésta la primera que roban y disipan: en la cantidad, porque jamás dejan saber al Señor la renta que tiene, ni el gasto preciso de cada día: en la calidad, porque la vianda corrompida es el perfume de su ignorancia: en la relación, porque son correlativos de irracionales en todas sus acciones: en el lugar, porque las casas de sus amigas, son las más veces albergue de sus robos: en el sitio, porque entre la despensa y la cocina está situada su perpetua residencia: en el hábito, porque se visten de piel de

jumento en Invierno y Verano: en el tiempo, porque el vicio les quita todos los cuidados: en la acción, porque el usar estrañezas y villanías, es muy propio suyo: en la pasión, porque padecen defetos contrarios a los actos de gentileza, y cortesía.

De los corredores de toda suerte: y en particular de los Casamenteros, y padres de mozos, y mozas. Discurso LXV.

LOS que nosotros llamamos ahora Corredores de oreja o Cambios, se dijeron antiguamente *Proxenetae*, según Marcial, y San Antonino, que los distinguen en más especies; porque a la verdad esta profesión traidora está dividida como Hidra Lernea en más cabezas; hallándose casi en todos los negocios del mundo, corredores, y mediadores diferentes. Son los de más enredos los que se ocupan en trabacuentas mercantiles, como de compras, ventas, empréstitos, cambios, usuras, y contratos ilícitos; siendo tan propios déstos los juramentos falsos, los engaños y malicias; como el robar de Gitanos, y cosarios. En los contratos ponen en las manos las peores pagas que hay, o personas falidas, de quien jamás se puede cobrar. En las mercadurías presentan una muestra por estremo buena, y de allí a poco truecan las cartas con tal destreza, que apenas se puede echar de ver. Son por estremo interesables, y en fin los hombres de más malas conciencias que se hallan; sello de cuantos vicios y faltas hay en el mundo, pues por su causa se cometen infinitas usuras, y mohatras perniciosísimas. Mas no dan ventaja a éstos los Corredores de matrimonios, y quizá son más dañosos que los primeros. Porque haciendo que se junte un hombre con una mala mujer, hacen que caiga en una casa la peste, y el fuego. Para conseguir su fin, persuaden se tome por hermosa la fea; por graciosa la fría; por laboriosa la holgazana; por diligente la torpe; por humilde la soberbia; por bien acostumbrada la rústica; por rica la pobre; por honesta la libre: y sobre todo por cuerda la loca y desvanecida. Buscan a los padres, júntanse con los hermanos, y así arriman por todas partes las espuelas al caballo, hasta que hacen despeñar al incauto mancebo, que en vano a voces se llama después a engaño. Tampoco son de mejor suerte los que acomodan para servir mozos, y mozas: porque las corredurías desta especie contienen por ventura más engaños y malicias que las primeras. Meten en casa ajena por un real, un ladrón, que a la primera noche carga con lo que hay, y marcha; o encaminan un punto de plomo, o un ignorante falto de

toda crianza y suficiencia, o un enfadoso y bestial, que hace perder el juicio con ser torpe y tardón. Asimismo con su medio se cae en la trampa de las mozas; porque la introducida, o está preñada, y viene a despedir la carga en la casa donde entra, o carece de camisa, o saya, y se vienen a rehacer con la hacienda ajena; tocando al amo, si es simple, y necia, desbastarla, sufrirla, y sobrellevar todas sus impertinencias y defetos. Lo más donoso viene a ser las preguntas que hacen, y los partidos que sacan antes. Proponen si hay muchas escaleras, si hay niños, si se da ración, si se ha de masar, si se ha de ir al río, viniendo finalmente todo a parar en reducir el estado de su servicio, a querer estar sentada en un estado, donde la sirva la señora que la recibe. Es bien verdad que para castigo de sus muchas faltas, se fundó ha poco, por traza del Dotor Cristóbal Pérez de Herrera (docto en su facultad, y celador del bien público) cierto recogimiento, con nombre de Galera, a que se condenan las delincuentes, y vagabundas, dándoles en ella la vida conforme a sus merecimientos. En este lugar se disciplinan los cuerpos, y se humillan sus bríos, haciéndolas trabajar para sustentarse; sin que todo esto sea bastante para dejar de ser malas, las que andan en el siglo. Semejantes preseas suelen venir por mano de tan mala correduría, como son padres y madres de mozos y mozas, gente por estremo vil, y que de contino persuaden todo mal a sus ahijados, aconsejándoles poca duración y asistencia, si acaso no se hallan más que a su gusto: y todo esto causa el granillo de los dos reales con que se les acude las veces que reinciden en las salidas de las casas. Mas de los Casamenteros se puede notar algo en Pedro Vitorio, fol. 18, 19, y 461.

De los Jugadores en universal, y particular. Discurso LXVI.

EL juego, a quien difine Torcato Tasso por una contienda de fortuna entre dos, o más, se inventó (según Anacarsis Scita) por deleite y entretenimiento de los ánimos cansados, y opresos de severos cuidados, y cosas graves; siendo menester recrearse algo, y restaurarse con algún pequeño pasatiempo, sea particular, o público. Cicerón muestra haber sido los juegos públicos ordenados por la alegría popular, diciendo:

> *Ludi publici, qui sine curriculo, et sine corporum certatione fiunt popularem laetitiam, cantu et fidibus, et tibiis augent, et modulantur.*

Y el mismo llama justísima aquella ley que determina la magnificencia de los juegos, loando sumamente a Lucio Otón del orden ecuestre, que los restituyó a la muchedumbre deseosa de verlos. Por eso en más lugares del Derecho Civil vienen a ser permitidos los honestos, que atienden al fin que hemos dicho. De aquí es hallarse en las historias antiguas, no haberse abstenido muchos hombres ilustres y graves, de algunos juegos bajos, por aliviar con su pasatiempo la molestia de los altos pensamientos y cuidados que tenían. Hércules domador de monstruos, hijo de Júpiter y Alcmena, jugó algunas veces (según los Poetas) con los muchachos por la referida ocasión. Alcibíades halló tal vez a Sócrates jugando con Lamprocles niño. Argesilao corría sobre una caña, como hacen los muchachos en compañía de un hijo suyo, a lo que aludió Horacio en aquel verso:

> *Ludere par impar equitare in arundine longa.*

Arquita Tarentino se acomodaba tal vez a jugar con sus criados por recreación: y Rafael Volaterano escribe de Cosme de Médicis, que siendo padre de la Patria, y anciano ya; jugaba a menudo con los nietos por entretenerse. Cuatro suertes de juegos hubo en Grecia más celebrados, y principales: Olímpicos, Pitios, Istmos, y Nemeos, en que se constituían a los vencedores grandes honras y premios, y se hacían en honor de Pelope, de Apolo, de Arquemoro hijo de Licurgo, y de Palemón. Si bien algunos (como Stacio) afirman, celebrarse los

Olímpicos, y los Istmos en honor de Júpiter, y Neptuno. Platón hace mención de algunos que llaman Panatenios, hechos en Atenas en honor de Minerva. Otros refieren los de Aeaco celebrados junto a Egina; los Maratonios instituidos por ocasión del Minotauro que mató Teseo; y los Heracles ordenados en Tebas. Los Romanos tuvieron millares de juegos públicos, y particulares, aunque más propiamente se podían llamar espectáculos. Fueron inventados para recrear los ciudadanos, para encenderlos al desprecio de heridas y muertes, y para incitarlos al amor de alabanza, y deseo de vitoria. Por tanto cuenta Jenofonte de Ciro proponía estas contiendas y espectáculos con grandes premios, para ejercitar la virtud de los hombres, y también para aplacar la ira de sus deidades. Asistían a estos juegos varios jueces nombrados diversamente (según dicen Budeo y Pausanias) como Críticos, Decáprotos, Brabeutos, Mastígonos, Rapduquios, y Agonotetes. Y ninguno (según Valerio Máximo) podía estar en los juegos sentado. Los Seculares instituidos por Valerio Plubícola en honor de Apolo y Diana, se hacían cada cien años, gritando el trompeta:

Venid a ver los juegos que ninguno de los mortales vio, ni volverá a ver.

Los Scénicos se hacían en los teatros ordenados por causa de una peste. Los Juvenales inmundos y sucios inventó (según Tácito) Nerón. Los Lupercos instituyó Rómulo con el sacrificio de un perro, según Plutarco. Hacíanse también otros, como los Honorarios dedicados (según Pontano) al padre Líbero; los Táuricos ofrecidos a los dioses del infierno; los Consuales consagrados a Neptuno Ecuestre por el robo de las Sabinas, en que coronaban a los caballos y a los asnos; los Plebeyos o Circenses ordenados por Ceres, después de haber echado los Reyes; los Apolinarios instituidos por el Oráculo con algunos versos que se cantaban para conseguir vitoria, ofreciéndose cabras y bueyes a Latona; los Compitales ofrecidos (según Plinio) a los Lares domésticos; los Capitolios instituidos (según Livio) por la recuperación del Campidolio. los Paniquidios, que se celebraban a Diana de noche, según Plutarco; los Táuricos que ejercitaban los Caballeros de Tesalia; los Floriales hechos por las rameras desnudas en honor de Flora, y otros muchos, que por brevedad los dejo de poner. Entre los juegos particulares se hallan acerca de los antiguos el de las Caleselas, cuyos maestros se llamaban Pantominos, que instituyó (según Herodoto) el Rey Ciro, por ocasión de los pueblos de Lidia, a quien venció y sojuzgó. Del juego del tirar palo, o piedra, o otra cualquier cosa hace mención Plutarco. Del juego

de los muchachos de Esparta celebrado todos los años, en que con grande alegría sufrían azotes y palos hasta morir, da noticia Plutarco en sus Apophtegmas. Del juego de los jueces se acordó Elio Espartiano en la vida de Severo Emperador. Marcial apunta el juego de la cajuela. Homero el de las chapillas. Heliogábalo (como escribe Lampridio) inventó el de las artes convivales. El del trompo o peonza es puesto por Virgilio y Homero. Platón hace mención de aquel cuando se quita uno la silla de debajo, y se hace caer de espaldas al improviso. El de caminar sobre la maroma nota Juvenal en la Sátira catorce. El de la corregüela pone el Pontano en el libro de Aspiración. El de los castillejos con las nueces refiere Suetonio en la vida de Augusto. El del amor, a quien los antiguos llamaron par, impar, pone Platón en sus Lisides. El del toque o palmada fue juego de los Italos, y en especial de los pastores, a quien Cicerón llama *Micare digitis*: y así Nemeciano dice:

Digito iactare Micantes.

Apolonio en sus Argonáuticos describe a Cupido entretenido al juego del nada, llamado en Latín *Astragalus*. Volterrano cuenta atender a tal juego los Alemanes y Traspadanos. El de la pelota de viento y esotra fue invención (según Herodoto) de los pueblos Lidios, o (según Hipaso) de los Lacedemonios; o (según Juba Maurusio) de cierto Fenestio Triba; o (según Plinio) de cierto Pitón; o (según Agali Gramático) de Nausica; o (según Dicearco) de los Siconios: y dél hace mención Horacio en la Poética, y Homero en la Odisea:

Illi pilam dextra missurus ad astra reflectit
Terga retro, rususque, ad magnum prominus ictum
consurgens, terram procumbit pronus ad imam.

Dicen muchos haber sido la juventud Feacia la primera que jugó a la pelota. En este juego celebra Ateneo a Demóteles, hermano de Teógnides Quío; a Querófanes, a Ctesibio Filósofo Calcidense, y a los Cortesanos del Rey Antíoco. Deste en particular escribió antiguamente Timócrates Lacónico, y Galeno en un libro intitulado del ejercicio de la pelota. Atribúyese el origen del ajedrez a Palamedes en la guerra Troyana, o a los Egipcios, según Iodoco Damauderio; el Vida illustró esté juego, escribiendo aquel curioso tratado con nombre de Escáquida. La invención de los dados se aplica también a Palamedes. Escribieron sus preceptos Diódoro Megalopolitano, y Teodoseno, junto con Claudio Emperador, como cuenta Suetonio en su vida, referiendo haberse deleitado con él

estremamente Domiciano. El Garimberto afirma lo propio del Rey Enrico de Inglaterra. Con todo eso fue prohibido por las leyes Romanas, y así dice Horacio:

Seu mavis vetita legibus
Alea.

Cicerón escribe, haber sido condenado por este juego cierto Lentículo que jugaba con Antonio. Cobilón Lacedemonio, enviado por Embajador a Corinto para hacer liga, hallando los más principales, y más ancianos, jugando a los dados, se partió sin tratar el negocio, diciendo no quería manchar la gloria de los Espartanos, con la infamia de que se dijese se habían unido con jugadores. Este juego fue otro tiempo tenido en tanto vituperio entre hombres graves, que el Rey de los Partos envió al Rey Demetrio dados de oro, para darle en rostro con su ligereza. A los pretensores de Penélope describe Homero ociosos, y jugando delante de su puerta. En este de Dados escribe Fania había sido invencible cierto León Mitileno, como también es celebrado por Filetero, Hiperides Retor. Nuestros juegos de ahora se dividen en pueriles, y de hombres. Los primeros son, peonza, castillejo, trompico, el bote, de alfileres, pares o nones, medio celemín, la onda, el salta tú, el pasabarbado, la puente, la gallina ciega, y otros. Los otros son santomocarro, los ladrones, los cautivos, guardarropa, el marro, velorto, chueca, las preguntas, la morra, la oca, el palillo, los Reyes: los naipes con que se juega a primera, cientos, y quínolas; al quince, al treinta, a la flor, capadillo, tenderete, bazas, triunfo, vueltos, polla, reinado, barciga, parar, pintillas, cartera, al rentoy, al cuco, matacán, y otros. Con la pelota se juega a la larga, a la cuerda, en la escalera, con la mano, con la pala, o raqueta, o con el brazal el balón. Juégase también al mallo, al castillo con la bala de plomo; al descarga el asno, las tablas reales, a las damas, y ganapierde, a las arenillas, y al último al ajedrez, obrando el Rey, la dama, los arfiles, los roques, los caballos, y peones. Finalmente el libro del *Material atronado* descubre galanamente los juegos de las vigilias Seneses, que si agradaren se podrán ver en su tratado.

Léase acerca de los jugadores a Celio Rodiginio, lib. 10 de sus antiguas lecciones, cap. 9, Celio Calcañino, fol. 287, 292, y 294, y Alejandro de Alejandro, lib. 3, c. 21. de sus Días geniales, y a Pedro Crinito, lib. 17, c. 3, y lib. 24, c. 14, de honesta disciplina.

De los Mineristas, Metaleros, Fundidores en universal; y en particular de los Fundidores de Artillería, y Campanas. Discurso LXVII.

QUERIENDO los diligentes investigadores de los minerales, mostrar en la forma que se hallan las minas en los montes, lo dieron a entender (como dice Vanucio) con la semejanza de un gran árbol. Fíngenle todo ramoso, plantado en medio de la basa de un monte, de cuya principal raíz y tronco se derivan diversos ramos: alguno grueso, y alguno sutil. Concluyen, que con el tiempo engroseciéndose más, van de contino creciendo. Este símile aplican a las minas, diciendo que las minas se hallan situadas en medio de los montes, y van convirtiendo las materias dispuestas y propincuas en su naturaleza, hasta que llegan las puntas a la estremidad del monte, y hasta que con clara apariencia se descubren, enviando fuera en vez de ramas y flores, fumosidades azules, o verdes, o Marquesitas, o cualesquier otras composiciones de tinturas; con que se conjetura ser tal monte mineral, y según las demostraciones que hacen de más, y menos, ser más rico, o más pobre de metal. Para hallarlas se notan principalmente los indicios aparentes, haciéndose preguntas a los pastores, o a otras gentes antiguas de aquellas tierras. Inquiriéndose los riscos, y laderas, las aberturas, y quiebras de piedras, y lomas, o las altas cumbres de los montes. Notan en especial, si la alteza mira al Mediodía, y la raíz al Norte; porque los metales de tal aspecto se alegra mucho. Búscanse por el consiguiente los lechos, o corrientes y arenas de los ríos. Ni se olvidan las ruinas de sus cavernas, entre quien se hallan tal vez Marquesitas, con filetes de ponderosa materia; pedacillos de minerales, o cualesquier otras tinturas metálicas, generales indicios de minas. Sin esto, serán asimismo minerales todos aquellos montes y lugares, donde se viere manar gran copia de aguas crudas, y que tengan (aunque claras) algún sabor ametalado. De aquí es notar Juan Tomás Frigio, ser todos los metales de mal sabor, como el cobre que es amarguísimo, el hierro algo amargo, el plomo ingrato, teniendo sólo la plata, y el oro, sabor dulce y agradable; y que mudan

calidad con la estación, hallándose sus aguas templadas de Invierno, y de Verano por estremo frías. Hase de dar tanto mayor crédito, cuanto más se vieren los aspectos de aquellos montes broncos, y silvestres, sin tierra, y yerbas, o árboles encima; y si acaso con ellos, que carezcan de su verde, y se muestren como descaecidos, y agostados. Si bien tal vez se hallan las minas en montes que tienen yerbas, y árboles fructíferos; aunque por la mayor parte, más cantidad en los pelados. Destos otros montes se puede dar poca razón; salvo mirar en la superficie de la tierra, en lo alto o bajo, donde tal vez la mina se muestra a la vista descubiertamente. Algunos loan por buena señal ciertos residuos de las aguas, hechos donde se detienen. Éstas algunos días reposadas, y recocidas de los rayos del Sol, muestran en sí varias tinturas de sustancias minerales. Otros procuran certificarse haciendo bullir, y evaporar tales aguas en el fuego, probando con el gusto aquellas terrosidades gruesas, que quedan como escoria en el fondo. Mas es de notar, que los montes que tienen minas, suelen evaporar alguna exhalación, o fumosidad; aunque puede suceder no ser evaporable, por la buena calidad de la mina; o si lo es, que lo sea en poca cantidad; o por ser el monte grande, y ella hallarse situada en lo más bajo; o quizá porque entre la superficie y la mina, hay alguna piedra densa, y resistente, que no deja pasar a la luz de la superficie superior. Así tal vez se pueden criar allí yerbas y plantas, no siento agostadas por los cálidos y venenosos vapores de los minerales. Por tanto Vanucio afirma haber visto sobre montes de minerales gruesos castaños, campos cultivados, y grandísimos bosques de hayas. Demás, se ha de considerar en todas las minas halladas, o por señal de piedra, tierra, o arena, el peso que tienen; porque cuanto fuere mayor, mostrará tanta más perfición, y buena mezcla de sustancias; y también mayor cantidad de mineral. Conviene hacer el ensayo, certificándose qué metal sea, y qué cantidad tenga, qué compañía, cuál sea su pureza, qué malicia contenga, antes que se haga ninguna costa: y hecho el cálculo así del provecho, como del gasto, se puede comenzar a cavar. Hácese tal ensayo por medio de las fusiones, cavando una cantidad de lo más limpio del mineral, y poniéndolo al fuego de fusión, sin compañía, para ver si se funde fácilmente. No fundiéndose por sí, se debe considerar de dónde proceda; porque a veces viene de la piedra que tiene en sí, conteniendo tanta sequedad y terrestridad, que no se puede entender sino por el camino de violentos fuegos, cuyos medios ordinarios no saliendo, es menester tratar de molificar tal materia con

la compañía de cosas fusibles, como vidrio molido, plomo, o corteza de hierro, borraj, salitre, y cosas tales. Suelen las minas agras y silvestres para evaporarlas, tostarse con el fuego, matarse con el agua, después molerse, y al fin lavarse, para que queden más purgadas de todo excremento. Déstas preparadas en esta forma se hace el primer ensayo con el Mercurio; y no saliendo, se ponen con el plomo en el crisol, o copela para fundirlas, pesando el mineral con la balanza, como ordena y enseña el referido Vanucio. Mas en todas las minas se requiere particular experiencia de todos los metales, para que en esta primera preparación importantísima, se distingan las buenas de las malas, y se vea cuál es piedra, y cuál minero, con romper, cortar, encender, matar, y lavar más veces el mismo mineral, para fundirle bien, y hacer en particular lo que enseña el Autor, en razón del ensayo perfeto de las minas. Por manera, que hallado como se desea, se puede comenzar a cavar, notando sea el sitio acomodado, y de fácil entrada para los obreros, y de menos gasto, y más brevedad de tiempo que sea posible. La elección del lugar debe ser cerca de donde se cava, haciendo en él chozas a propósito para los que trabajan y asisten, y también para soldar las herramientas que se gastaren, o para hacer otras nuevas siendo menester. Suélese bendecir el monte de la mina por los Sacerdotes, y baptizarla, y dedicarla a la Natividad de Cristo, a Nuestra Señora, o a otro cualquier Santo. Así se da principio, comenzando siempre de la basa y raíz del monte. Para salir con su intento hacen que la cava caminando por línea recta atraviese el filón de la mina, por el más breve y seguro camino que se muestre, advirtiendo, no cortar las piedras desmoronadas, y tiernas, porque son peligrosas, y amenazan ruina; y acaece de raro hallarse allí minerales, o si acaso se hallan, armarlos por lo menos con arcos de muralla, y con puntales de madera, porque no hagan daño. Es necesario para las minas tener cerca copia de madera, de aguas, de vituallas, de carbón, y que sobre todo haya buen aire, porque la gente no muera. Las personas prácticas en los minerales se dividen (hablando en sus propios términos) en Sineros, Canopos, Gotomanes, Ensayadores, Partidores, Separadores, y Afinadores. En el lugar se hallan las cabañas dispuestas con sus partes para el ministerio de las minas, y para guardar los instrumentos que intervienen en tal labor, como mazas grandes, picos, puntales, azadones, badiles, cuñas, cestones, sacos, carretas, y otros muchos. En las minas intervienen todas estas acciones: búscanse, cávanse, asegúranse, hácense respiraderos, llévase al lugar de la fábrica, rómpese, sepárase, lávase,

acompáñase, fúndese, arrímasele carbón, y a soplo de fuelles, de brazo o agua, se le da fuego, tapando particularmente el agujero. Sácase de la fusión, quítase de la copela; échase en la fosa; cuélase, y aquí se verá la escoria, y la masa de metal, estendiéndose con el mazo, y formándose varillas, cuadretes, y planchas. Hácese después el ensayo de los metales, por ver si se tiene al martillo, y a la copela; fúndese, refúndese, afínase, témplase con acero Damasquino, Acimino, Caromano, o Bresano, y otros. Tras afinarlo se hace bronce, y latón; aquí interviene la Cadmia hecha del arte, y la Panfolige, el Spondio. el Difriges, y flor de cobre quemado. Después afinar la reguera, la plata, el oro; cimentarlo, con ligar los metales de buena o baja liga. Mas porque los minerales se dividen en piedras, medios minerales y metales, conviene advertir que las piedras (hablo ahora de las más comunes) son el alabastro, el mármol blanco, que se distingue en Pario, Ofites, Samio, Árabe, Ligidino, Quernite, Nasio, Armenio, Numidio, Luculeo, Caristio, Tibertino, Istriano, y otros muchos todos blancos. Entre las piedras negras, la de toque, de aguzar, de fuego, la imán y otras. Entre las demás colores el Pórfido, el serpentino, el misto, el mármol de Carrara, el Pirites, el Lacedemonio, el molar, la hematites, todas piedras duras. Y entre las blandas la pómiz, la especular negra y blanca, la sacófago, Asio, Frigio, y otras semejantes. De las piedras preciosas se trató en el discurso de los Lapidarios. Los medios minerales son azufre, sal común con todas sus especies, como sal gema, sal nático, sal rádico, salitre, sal hermoníaco, sal piedra, el atramento blanco, el negro, bermellón, cardenillo, vitriolo, marquesita dorada, plateada, de plomo, de hierro, záfora, manganés, gelamina, vidrio, lapislázuli, alumbre, arsénico, antimonio, oropimente, electro natural, y el solimán. Entre los metales se ponen azogue, plomo, estaño, cobre, plata, oro, y hierro, de quien trata Vanucio admirablemente, como también de medios metales, y de muchas piedras. Los curiosos de minas discurren de la generación de los metales variamente, mostrando hacerse (según Aristóteles) de una exhalación húmeda debajo la tierra crasa y pegajosa; y que aquéllos se traban y juntan mediante el frío. Desta misma opinión es Teofrasto con todos los Peripatéticos y Académicos. Platón y Lancinio piensan engendrarse de humor craso, y así los llaman aguas fusibles. De aquí es hallarse la razón, porque sean resplandecientes, que viene a ser, por nacer de la pura, lúcida, y simple humedad, como nota el Cardano. Mas los Alquimistas dicen ser la materia propincua de los metales, el azogue,

y azufre; esto es, lo más craso de la tierra mineral; el uno como agente que es el azufre, y el otro como paciente. Esto siente Avicena; lo mismo Geber, Raimundo Lull, y el Autor del libro llamado *Correctio Fatuorum*. Tal vez lo atribuyen todo al azogue. Mas la opinión déstos contradice Jorge Agrícola, y Gaspar Contarino. Alberto Magno señala por materia cierta parte ácuea, viscosa, incorporada, a quien llama líquido húmedo: opinión que alude y consiente la de Aristóteles, que escribe ser el agua viscosa intrínsecamente única materia de todas las cosas líquidas. A la opinión de los Alquimistas se llega entre modernos Juan Tomás Frigio, que señalando la causa de los metales, dice ser la eficiente la fuerza de la luz celestial, la formal venir de la pureza o impureza del azogue, la material ser el azogue y el azufre. Éstos afirman ser los más puros metales los que tienen menos mistura de tierra, como el oro y la plata, que son también de más peso, junto con el plomo. Y concluyen con que el oro viene a ser el más noble de todos, como prueba Mafeo Vegio en aquella su elegantísima disputa de la excelencia del Sol, de la tierra, y del oro. Describen sus virtudes Juan Ludovico Vivaldo, y Guilielmo Benedicto. Esta excelencia nota Píndaro en aquellos versos:

Optima quidem est aqua, at
aurum velut ardens ignis noctu
excellit superbe inter superbas divitias.

Hállase en las arenas del Po junto a Plasencia, en Ada y Tesino, en el Tajo de España, en el Hebro de Tracia, en el Pactolo de Asia, en el Ganges de la India (a quien la Escritura llama Fisón) en el Orizo río de los Batrianos. Tiene mucho el Pirú y Tierrafirme, también Islesia, Bohemia, la Hungría, el Reno, la Aspa, Austria, y Portugal, como escriben Plinio, Aristóteles, Vanucio, y otros. Amiano Marcelino refiere haber una vez llovido oro en la isla Ofiusa, llamada antes Pelasgia: y los Alquimistas afirman sacarse el mismo de los metales imperfectos. A esto mira aquel paso de Esdras;

Parvum pulverem unde aurum fit.

Y el ramo de oro puesto por Virgilio; y las manzanas de las Hespérides (de quien hablan Ovidio y Hesíodo) y el Vellocino de Jasón, cuyas fábulas aplican Hesiquio y Suidas a la Alquimia, que trata de la transmutación áurea. Désta tratan por extenso el testamento y codicilo de Raimundo Lull, los Colectáneos de la Alquimia de Juan Lancino, la práctica de Juan Angélico Diácono, la obra de Hortulano, Juan Crisipo de *Arte metallica*, Morieno Romano

de *Transmutatione metallorum*, Tomás de *Metallis*, Alberto Magno, Agustín Panteo, Avicena de *Tinctura metallorum*, la escala de los Filósofos, la práctica de la piedra Filosófica atribuida a Aristóteles; una obra de Geber; otra de Hérmetes, el Rosario de Arnaldo, Roberto Valense de *Antiquitate et veritate artis Chimicae*: un libro llamado *Clangor buccinae*; otro intitulado *Semita semitae*; otro llamado *Lumem novum*; otro que se dice *Correctio Fatuorum*; una carta sobre la Alquimia del Rey de Nápoles; un compendio de las tinturas de Raimundo Lull; un volumen llamado *Opus mulierum*; otro con nombre de *Ludus puerorum*; sin otros muchos manuscriptos, que tratan así de la trasmutación del oro, como de la plata; de quien se hallan minas en Sajonia, según Jorge Agrícola; en Isquia, en Vicentina, en la Carnia, en Alemania, en Sbozo, en Plaiper, en Insprug, en Alla, en Arotimberg, en Criático, junto a los Heduos, en la Nueva España y Perú con exceso, y en otros muchos lugares, según Vanucio, y otros. Sácase el cobre de Italia, y de Alemania, donde hay también abundancia de plomo, como en Andalucía. De estaño en Flandes, en Bohemia, en Baviera, y en Inglaterra, que es el mejor, y más perfeto. De hierro en la Elba isla de Toscana, en Valcamónica, en Rosellón, y sobre todo en Vizcaya. De mucho azogue en el Archiducado de Austria, en España, y en otros lugares. Y esto baste cuanto a este particular, porque hablo en discurso, y no en forma de tratar la materia largamente.

De la fundición en universal se dice haber sido Reco y Teodoro los primeros que fundieron metales, haciendo dellos simulacros a los dioses. Su antigüedad (según Plinio) se colige del gran Coloso del Sol fabricado en Rodas por Caretes Lindio, dicípulo de Lisipo, del Apolo de cobre tan maravilloso, puesto en la Biblioteca de Augusto, de Júpiter Capitolino, máquina que hizo Spurio Corvilio, tras la vitoria de los Samnites, y de la estatua de Mercurio hecha en Albernia de Francia por Cenodoro, tan monstruosa, que era de cuatrocientos pies. Hácense tales fundiciones con buen ingenio y discurso del operante en más modos: como en la hornaza sumamente activa, que se llama de Reverbero, con otras suertes en que intervienen varios instrumentos, con todas las advertencias, y particularidades que pone Vanucio. Para el arte de la fundición, es menester saber obrar bien el martillo grueso, y otros, junto con escoplos, limas, y todo lo demás a propósito para pulir, y quitar la tierra, y otro cualquier excremento que cobra la fundición; y para poder terminar curiosamente la obra. Requiérese también el saber hacer paredes para formar hornos, y

canales proporcionados siendo sobre todo necesario, entenderse bien de las formas. Déstas conviene tener particular noticia, como de cuáles han de salir los encavados; de cuáles los llenos. En fin concluyo con decir, consiste toda esta arte en tres acciones principales; en saber hacer las formas; en fundir, y disponer las materias de los metales; y en hacer bien la composición, y compañías, según la forma que se quiere hacer. Para las formas en general es menester buscar tierra que se rija bien al fuego, que esté dispuesta para recebir bien los metales, que vuelva la fundición limpia, que no disminuya, ni reviente con hendiduras al recocer. Para esto importa mucho hacer experiencia de las tierras, que comúnmente han de ser ni muy crasas, ni muy áridas. Han de tener grano sutil, que puestas sobre la labor se sequen fácilmente sin quiebras: que después de secas sean tenaces, y sobre todo, que resistan bien al fuego. Hállanse en diversas cavas, en campos labrados (aunque no muy trabajados, ni estercolados) en los hornos donde se hacen tejas, en los vallados de los ríos, y en lugares semejantes. Esta tierra se dispone en la forma que la preparan los olleros para hacer jarros, templándola (siendo menester) con borra de paños, con ceniza de colada, arena, agua salada, limaduras de hierro bien sutiles, ladrillo molido, estiércol de caballo, de asno, de mulo, o buey seco, y cosas así: teniendo el Arquetipo de mármol, o bronce, cobre, madera, cera, yeso, o azufre, se forma dentro, y después derretida la materia, se echa con gran diligencia, usando aquellas particulares observaciones que pone Vanucio en el lib. 6 de Pirotecnia; donde declara excelentemente tales cosas. Cuanto a la fundición en general, son sus instrumentos la hornaza de fundir, de evaporación, de reverbero, la bacía, el cestón, el atizador, las puertecillas, esportillo, canal, espina, fregador, copelas, crisoles, muelles, y otros. Las acciones son batir la greda, acompañar en ella la borra, o cualquier otra cosa; hacer las formas en muchos modos, el arquetipo, el macho, secarlo, poner la cera, cubrirla, hacer el llenador, los respiraderos, derretir la cera, y aquí estará el vacío, el alma, y el lleno. Si fuere de pedazos, juntarla, cubrirla de estaño, poniendo encima piezas, atarlas, hacer la fosa, asentar, y fijar bien las formas; hacer la copa de la fundición, el canal, y la figura de tierra; cortar alrededor, ajustarla de cera, cubrirla de greda, o hacer la figura de estopa, o cualquier otra cosa. Con pequeñas fundiciones se hacen bacías, jarros, copas, pomas, morillos, velones, tenazas, candeleros, campanillas, cascabeles, cuchares, broches, hebilletas, dedales, figuras, follajes, y cosas así.

Los Bombarderos, o maestros de Artillería, de quien en especial quiero tratar ahora, tuvieron su origen de Alemania, habiendo sido hallado el instrumento del arcabuz (según Cornazano, y Polidoro Virgilio) por un Tudesco, batiendo acaso un pedernal junto a un mortero lleno de polvos de azufre, y cubierto con una piedra, donde cayendo una centella, levantó en alto la misma piedra. Amaestrado deste suceso, se imagino después el cañón del arcabuz, cuya invención apenas tiene de antigüedad trecientos años. Cree Vanucio se causó la artillería del efeto de la pólvora, habiéndose variado, y diferenciado después las formas, según la voluntad y variedad de los ingenios que las hicieron; con formarse ya gruesas como bombardas, ya pequeñas como ligeros arcabuces, y entre estos estremos se introdujeron varias suertes: cuál larga con pequeña bala, para llegar con el golpe lejos; cuál corta con grande, para batir de más cerca. Al fin se han hecho, chicas, grandes, y cortas, conforme agradaron a los maestros, sin observaciones de particulares medidas, sólo en el cuerpo se halla regla experimentada, porque al paso que fuere la pieza más gruesa de bronce, tanto más segura será: y queriendo tire más fuerte, y mejor, se puede cargar con más y mejor pólvora, que la artillería común; aunque ésta es de menos gasto, y más fácil de llevar. Véese también por experiencia que cuanto una pieza es más larga de cañón, cargada de una misma bala, y pólvora, tanto más lejos tira, que la otra. En aquellos principios, los grandes tiros que usaron los antiguos, fueron llamados bombardas, los menos gruesos, aunque más largos, basiliscos, los otros pasavolantes; los más pequeños espingardas, y cerbatanas; los menores, mosquetes y arcabuces. Mas los modernos dividen estos instrumentos en cañones doblados, y medios cañones, de varia cantidad y medida, disparando con ellos según su capacidad. Hácense también cañones más sutiles, y que llevan mayor bala, con que no se tira hierro, sino piedra, y no sirven para batir muralla, sino para tirar a caballería, o infantería. En todos los géneros de artillería que tienen forma de cañones, usan hacer las cámaras; y en el formarlas hay gran diferencia entre uno y otro maestro; respeto de querer mostrar todos que las fabrican con más primor. Hoy se hacen también culebrinas, que con facilidad se cargan, y llevan, y tiran balas de hierro, gastando poca pólvora, por lo que son muy estimadas. Comúnmente se hacen de ocho a nueve brazas de largo por cada pieza. A ésta no se le hace cámara como a los cañones, recibiendo bala de treinta libras. En vez de antiguas espingardas, cerbatanas, echacuervos, y semejantes, se hacen sacres,

falcones, y falconetes, que todos tiran hierro, como el sacre doce libras, el falcón seis, el falconete tres o cuatro. Lábranse tras esto, esmeriles, y mosquetes muy a propósito para tirar a menudo; porque gastan poca pólvora, y son más fáciles en el manejo, tirando balas de hierro o plomo. A éstos se siguen los arcabuces, que hoy se hacen de muchos géneros y medidas, con sus cajas, cuerdas, frascos, y balas comunes. No trato de los morteretes, porque entre modernos tienen corta estimación. En la artillería se considera el modo de hacer las formas, y sus modelos, según la observación que pone Vanucio: también el alma, sin quien no se podría formar el vacío de dentro, donde se carga la pólvora: asimismo las culatas con todos los demás requisitos que intervienen en ella. Débese formar la artillería con todas las advertencias que pone el mismo Vanucio. Hechas las piezas, y ya perficionadas con los instrumentos diputados para ello, se consideran sus partes, como el vacío, la cámara, la boca, lo de fuera, los ornamentos, la culata, y lo demás. Para conducirlas, se advierten el carro, y sus partes, como el lecho, los timones, las ligaduras, las ruedas, y otras. Después el plantarlas, cargarlas, y ponerles tacos, y balas, ajustarlas con la mira, tirar derecho, o por través, o largo, o corto, darles lado, hacer baterías con ellas, y semejantes condiciones. La pólvora se hace de salitre y carbón, y debe universalmente tener tres partes; ser compuesta de cosas sin terrestridad gruesa, ser sutilmente molida junto con los materiales bien encorporados: y carecer en estremo de toda humedad. Para la de artillería se toman tres partes de salitre refinado, dos de carbón de sauce, y una de azufre, y moliéndolo todo sutilmente se incorpora, después se engrana, y enjuga. Para la de arcabuz se toman diez partes de salitre, y una de carbón, y varillas de nogal mondadas, con otras de azufre, haciéndose como se dijo arriba. Algunos para que salga más fina, ponen trece partes de salitre, dos de carbón, y una y media de azufre. Toda el arte escribe Vanucio, poniendo el modo de cargar piezas, y el de hacer tiren justamente. Así explicándolo más bien con palabras, y figuras el mismo autor, dejaré de proseguir, por no parecer usurpador de sus fatigas; fuera de que tal libro es necesario para los que quieren entender semejante ejercicio.

En el formar campanas intervienen muchas consideraciones. Cuanto a lo primero, se debe notar haberse introducido el uso de ellas en la Iglesia, no sin inspiración del espíritu Santo. Porque en el testamento viejo mandaba Dios se hiciesen trompetas de metal que fuesen tocadas por los Sacerdotes, para convocar el pueblo a los

divinos oficios. Y Cristo nuestro Señor, hablando de su venida el día del juicio, dice entre otras cosas:

Enviará a los Ángeles con las trompetas a convocar los electos.

Por manera que con este ejemplo habiendo crecido el pueblo Cristiano grandemente fueron necesarios los instrumentos para llamarle, y juntarle a los divinos oficios, que todos los días se celebran en las Iglesias. Lo segundo se debe advertir, que S. Paulino (contemporáneo de S. Agustín, y S. Gerónimo, a quien los mismos escribieron muchas cartas) fue el primero que introdujo campanas en su Iglesia y Obispado, a cuya imitación se comenzaron a usar después por toda la Cristiandad. Lo tercero, no se debe ignorar que los demonios que van por el aire huyen de su sonido, y le aborrecen como cosa bendita, baptizada, instituida, y hallada para el culto del verdadero Dios, y que al contrario despierta el espíritu, y devoción del Cristiano, refrescándole la memoria de las oraciones y sacrificios que se deben hacer en la presencia del Señor. Tienen también otra propiedad provechosa los sonidos de las campanas, y es que hacen más raro el aire, deshacen las nubes, y resisten a los truenos y tempestades, que cesan con el continuo sonar de las mismas: sin negar ser de mayor eficacia, y virtud, las devotas oraciones de los fieles que se hacen en aquellos peligros. Con todo eso lo dicho es cosa natural: porque con los gritos de un grueso ejército sucede romperse el aire de manera, que no se puede sustentar sin caer en la tierra un pájaro que pase volando por allí. Al último es de notar, se hacen las campanas con cierta regla, a quien los prácticos del arte llaman escala campanaria, con que comenzando desde las pequeñas de diez libras de peso, se va creciendo por grados hasta el de muchas arrobas. Para hacer esto, toman por guía y fundamento, la orla de la campana que quieren formar, que se debe hacer gruesa más que en otro lugar, por haber de recebir allí más golpes. Luego se dibuja en la tierra, o sobre una tabla llana, la campana alta y ancha, con todas sus partes, y con las fuerzas de la medida de la escala, y con el buen discurso, y arte del dibujo, se procura formar con la mayor policía y hermosura que pueda ser. Considérase también la causa del sonido, que pende mucho de la forma del vaso, en que difieren mucho entre sí los maestros, viéndose en ciertas Abadías, y otras Iglesias antiguas, algunas que tienen más forma de canastas, o calabazas largas y sutiles, que de campanas. Mas porque el referido Vanucio pone con toda diligencia la materia, las formas, los dibujos, el peso, la cantidad, el artificio para moverlas, y hacerlas sonar, junto con el modo de

soldarlas, cuando están rotas, remitiré al Lector al libro sexto, y capítulo diez de su Pirotecnia. Las partes de la campana son el badajo, el anzuelo, el cielo, las asas, la orla, lo de fuera, como el ornamento, la corona, el cepo, y la cigüeña. Los maestros han de trabajar en formar estas partes con la mayor proporción que fuere posible. De las mismas penden las cuerdas para repicar de fiesta, de difuntos, de simple, de semiduplex, de solene, y de nublo: con que se pone fin a esta profesión tan grata a los Cristianos, cuanto aborrecible a los Turcos. Por tanto dice el Doctor Mareta Senés, que si los Turcos vinieran a Sena, los echaran a son de campanas, por hallarse en aquella ciudad grandísima copia; señal de la devoción que siempre tuvieron los Seneses a las Iglesias, siendo inclinados por naturaleza al culto divino. Funestos suelen ser muchas veces los fines de los comprehendidos en este discurso. Los desinios de mineristas, y metalarios, grandemente avaros y curiosos, salen muchas veces inútiles, gastando vanamente hacienda y tiempo en semejante ocupación. Los que atienden a fundiciones, se vuelven a menudo falsarios de moneda, por quien vienen a parar en cenizas. Los fundidores se queman los dedos, y corren grandísimo peligro en rostro y ojos, al reventar de crisoles, y hornillos. Los Bombarderos, o maestros de artillería, se matan muchas veces; si se descuidan en dar cargas justas a las bombardas, y en apartarse al disparar.

Los campaneros funden de ordinario las campanas dos o tres veces sin provecho. Mas de los profesores de metales, véase al Cardano, de *Rerum varietate*, fol. 15, y a Vuequero en el libro de Secretos, fol. 446, y Juan Tomás Frigio, lib. 26.

De los hornos de Cal, Ladrillo, y Yeso. Discurso LXVIII.

DIJERON los Poetas Gentiles haber sido Vulcano el inventor de los hornos, como también atribuyen al mismo el origen del fuego. Por tanto se pueden gloriar los Horneros, de que su oficina se haya derivado de aquel que fabricó la saetas a Júpiter. Para su plática se nota brevemente, que en cuanto a la Cal se hace una hoya, que tenga forma oval, y tanta capacidad, que el vacío reciba la cantidad que se quisiere fabricar. Acostúmbrase hacerla comúnmente alta seis brazas, y ancha tres. Ésta se llena de piedras, acomodándose primero debajo dellas, otras que por cuerpo y naturaleza resistan más al fuego: y vanse poniendo y haciendo fuertes, no sólo para que sufran el peso que han de sostener por entonces; sino también para que la misma hoya no se encale demasiado presto: o para que por la exhalación de la humedad siendo estrecha de boca, no venga por suerte a reventar, y destruir cuanto tiene dentro. Por esto es menester encinerarla, y cocerla bien, dando a tales piedras crecido y durable fuego. Tras esto conviene continuar el fuego por el cebadero, con buena leña, y bien seca, según la cantidad de las piedras, y según los tiempos, y calidad de la leña; y asistir continuando hasta que las mismas vengan a quedar por estremo esponjosas, y encendidas. Hase de tener cuidado en que no tenga por donde respirar, y humear tal lugar, ni menos negreguear; porque cuando se vieren estas señales, ya la cal estará en su punto. Las mejores piedras para ella son las que con facilidad se cuecen, y cocidas se deshacen todas con agua, porque éstas hacen presa más presto. En las partes de Sena son las mejores el Albanazo, el Tebertino, y la piedra colombina blanca como mármol. La prática desta obra consiste en hacer una masa de greda, advirtiendo no tenga dentro piedrecillas, o palillos. Apriétanse bien las formas hechas a modo de una cajilla de madera, estrujando hasta que se forman los ladrillos, poniendo sobre el banco donde se allanan arena enjuta, porque la tierra que es blanda no se pegue. Hechos así, se ponen después en el aire al Sol, donde se secan bien: luego se acomodan en un horno semejante al de cal. Mas hay diferencia en que si el otro es redondo, este es de forma cuadrada, y más alto que ancho en que se hacen dos bocas para el fuego, y en cada una dellas su arquillo: por dedentro se les fabrica su bovedilla de ladrillos crudos, para que rija el peso de los otros que le ponen encima; y acomodados

en esta forma, se les da el fuego continuamente, según la cantidad de los labores que están enhornados, o hasta tanto que esté bien encendido por todas partes, y hecho de color claro, porque entonces podrá cesar el fuego, no tocándolos hasta que estén bien resfriados, porque de otra manera no se podrían manejar sin romperse. Dice Plinio hacerse bonísimos ladrillos por Primavera, porque en medio del Verano hacen quiebras. Éstos son de tres suertes; el Olidoro que usamos, largo pie y medio, y uno de ancho: el Tetradoro, y el Pentadoro; porque los antiguos Griegos llamaban al palmo *oro*. Toman pues el nombre de cuatro o cinco palmos, según son. En Pitán ciudad de Asia, y en Masia se hacen, dice Plinio, ladrillos que cuando secos, están como agallas en el agua, por ser de tierra que es como pómez, la cual pudiéndose emplastar, es utilísima. El yeso se hace de una piedra blanca amortecida, y tal vez algo parda, a quien basta que el fuego caliente, sin encenderla demasiado, para que evaporice algo de azufre, y humedad que tiene, a fin que se pueda golpear después; porque sin tal sequedad el yeso no se podría apretar, ni endurecer, como se hace. Estas piedras se cuecen en un hornillo con cierto fuego, y muélense en polvo, y después se pasa por cedazo sola aquella cantidad que se quiere obrar, o para hacer pared, o para formar alguna cosa al instante, porque en estando duro, para ninguna cosa es bueno, salvo para los pintores, que moliéndolo sutilmente le acompañan con la cola, enyesando las labores sobre que quieren pintar. El Corio pone cierto caso sucedido a un yesero, que haciendo cal y ladrillo tuvo con Bernabé Vizconde suerte bien diversa que otros, porque siendo aquél de naturaleza bestial con todos, sólo con éste fue cortés, habiendo gustado de oírle decir mal de su persona, supuesto habló desconocido un buen rato con él. Así lo llevó a Milán donde le acarició grandemente, quedando con todo eso el hombre por lo sucedido muy tímido, y receloso, por reconocer al fin que era el Duque aquel de quien había dicho mal.

De los yeseros se puede ver lo que escribe Vanucio en su Pirotecnia, donde declara bien este oficio.

De los pobres mendigantes. Discurso LXIX.

HÁLLANSE algunos, que no tanto constreñidos de pobreza y miseria, cuanto de holgazana ociosidad, desamparadas las artes, siguen vida poltrona, que juzgan por quietud y felicidad mendigar de contino el sustento, teniendo tal ejercicio por el más dulce y bienaventurado que se pueda hallar en el mundo. En esta conformidad juzgan por sumamente apacible el batir los dientes, el gritar por las calles; el temblar de miembros; el caminar con muletas; y el ir de rodillas por tierra. A los profesores de tal vida llama comúnmente el vulgo vagabundos. Es bien verdad que la pobreza mundana sufrida con mal corazón, ocasiona en parte esta bribonería: porque como dice Hesíodo y Alceo, no hay cosa más dañosa o molesta al ánimo, que la pobreza. Por eso dijo Catón tenía la misma grandísima fuerza, para que el hombre de bien se aplicase a mal: porque siendo su compañera la hambre, según el dicho del Poeta:

Et mala suada fames, et turpis egestas.

Y otros infinitos males que con excelencia escribe Natalis Comes en una elegía, que comienza:

Improba pauperies nocuit mortalibus una
plus superis cunctis, saeva, gravisque dea.

No la pudiendo muchos sufrir y sobrellevar, eligen andar mendigando por las puertas, a fin de que su torpeza reciba alivio y refrigerio de las pías limosnas de los ricos. La pereza apoderada de sus huesos, es principalísima causa de no poderse desasir desta ociosidad; supuesto consiguen con poca fatiga artificiosamente, no sólo para sustentar la vida, sino también para dársela buena, con el medio de infinitos placeres deshonestos. Por eso Marcial arguye a Telesino de haber proveído a su pobreza por medio de torpes tercerías en aquellos versos:

Cum coleret purus pauper Thelesinus amicos,
errabat gelida sordidus in togula.
Obscaenos postquam caepit curare Cynaedos,
argentum, mensas, praedia solus emit.

Así no es maravilla si desagradando tanto esta flojedad al Sabio, dijo:

Usque quo piger dormis?

Y en otro lugar volviendo su habla al perezoso, apunta;

Vade ad formicam, o piger, et considera vias eius.

Porque con la fatiga del propio cuerpo, o con la del ánimo se ha de buscar el sustento, sin hacerse injustos pedigüeños por las calles. De aquí es haber sido echados los mendigos por la ley Mosaica, diciendo un texto del Deuteronomio:

Et omnino indigens et mendicus non erit inter vos.

Lo mismo en la Evangélica, donde escribiendo san Pablo a Timoteo, dice:

Qui non laborat, non manducat.

A cuyo propósito dijo Menandro Poeta:

Pauperes pigros non nutriat secordia.

En las leyes Imperiales manda Constantino, que siendo hallado algunos déstos, a quien no obligase suma pobreza, o pura necesidad de miembros mutilados, sino sólo por poltronería, sea preso y puesto en servidumbre conveniente a la vileza que ejercita. A este fin ordenó Amases Rey de Egipto por edicto público, que ninguno en todo su Imperio estuviese ocioso, ni usase vivir mendigando, con pena de que el hombre que no quisiese trabajar, o aprender algún arte, fuese azotado en público: y después desterrado de su Reino. Y para que este orden tuviese ejecución, mandó en todo su estado, debiesen parecer a primero día de cualquier año nuevo delante sus Gobernadores todos sus vasallos, para dar cuenta de lo que hubiesen hecho en el pasado; y de qué habían vivido. Y al que no mostraba su cédula y registro, mandaba tal ordenanza se le quitase la vida, o por lo menos desamparase la ciudad. Por eso fue justísimo el Magistrado Burges en Flandes (como refiere Iodoco Damauderio) en hacer azotar públicamente al vagabundo que estaba a la puerta de cierto templo pidiendo limosna, por haberse descubierto ser fingidas las manchas de la lepra exterior, que mostraba con ridículo artificio. También fue justísima pena, y al delito conveniente la que mandó dar el gran Duque Cosme, armando casi en un día sus galeras, con la presa de semejantes vagabundos, que en grande abundancia iban derramados por todas las ciudades de su Estado. Con gran razón asimismo fue

desterrado de Venecia Zulfino Bribón, habiendo sido descubierto en Nuestra Señora de San Samuel por un grandísimo bellaco. Vicencio de Lay natural de Conillano obró de una vez tres milagros, haciendo caminar con un palo a un tullido; hablar a un mudo, y oír sus amenazas, a uno que fingía ser sordo. Génova entre otras ciudades de Italia, no consiente dentro de sus muros semejantes mendigos. La bergantesca condición déstos consiste sólo en engañar al mundo, y con oculto entendimiento triunfar y banquetear a costa ajena. Para efetuar este depravado designio (sin otras astucias y malicias) inventaron entre ellos un lenguaje no entendido, sino de los que son de aquella secta y marca. Así con la comodidad de vocablos incógnitos, y desusada jerigonza tratan cosas tocantes a la perdición de su vida, y al cometer varios excesos. Con solene malicia se pintan tullidos algunos, en la forma que acerca de Plutarco hizo Aristoxitón, por no ser en la milicia de Foción Ateniense: y como en la ciudad de Treviso bufonescamente pareció un día uno delante del Gobernador Soranzo, fingiéndose tullido de las piernas y pies, de tal manera, que con grande risa de los que le conocían por sano, fue declarado por del todo inútil para el ejercicio de las armas. Otros se muestran lisiados de tal suerte, que muchos engañados de la vista exterior de las llagas (compuestas artificiosamente con liga, harina, sangre podrida, y cosas así) no sólo tienen compasión dellos, sino que con larga mano socorren sus aparentes necesidades. No es menester descubrir en esta parte sus fingimientos y bellaquerías, por tenerlas ya conocidas todo el mundo. Algunos fingen hidropesía, habiéndose con arte hinchado la barriga, a quien hacen volver a su ser cuando les agrada. Otros hacen papeles de ciegos con guía de algún muchacho, y tal vez de perro. Otros tuercen los pies y piernas con arte maravillosa. Quién se representa tiñoso, llenándose la cabeza rapada de sutilísimas vejigas, de sesos y sangraza, cubiertos con harina. Algunos se valen con llagas al parecer canceradas, haciendo salir dellas falsa podre. Otros con notable disimulo imitan los endemoniados, fingen temblores, echan babas y espuma, muerden la gente, hinchan la garganta, y dan gritos. Otros se muestran locos, corren por la ciudad desnudos; saltan por las plazas; ríen estremadamente, dicen deshonestidades, pidiendo cuartos, con cuya solenidad se adquieren el sustento. Otros se visten de clérigo, y sin tener órdenes sacros, piden con título de pobres sacerdotes, eligiendo los puestos de más concurso, para poder sacar más, siendo cargo de conciencia que la justicia Eclesiástica o seglar no los castigue rigurosamente. Otros publican haber estado cautivos, y

haber escapado de manos de Turcos, y con una cadena al pie, y un nervio de buey en la mano, haciéndole estallir, gritando *Ylalá, ylalá, Mahumet Rusolala*, se hacen campo en la plaza, parando en fin en encomendarse a las bolsas de los circunstantes. Otros se hacen soldados desvalijados, mostrando las carnes desnudas, rotas las camisas, con las narices o las orejas quitadas por la justicia, y trayendo el brazo al cuello, y una mano fajada, se ponen delante, pidiendo limosna, y diciendo venir de la guerra. Otros peregrinan con bordones, con sombreros, con veneras, y todo lo demás de tal hábito, y hablando en Latín, muestran bulas y patentes de Obispos falsificadas, diciendo van por ocasión de voto a Roma, a Loreto, a Santiago de Galicia, o al santo Sepulcro, llevando muchas veces compañeras consigo, y siendo no pocas espías deste o aquel Príncipe; por cuya orden inquieren los secretos de las Provincias y ciudades, para referírselos. Otros se visten a lo señor, llevando detrás compañeros en forma de criados, y debajo de mentirosos vestidos, se publican, quién Príncipe, quién Marques, quién Conde, quién Cardenal; como fue el que se quiso apoderar de la isla de Tremeti; o como el que en Portugal fingió persona y bulas. Otro se hace señor de lugares, como el que en san Marino, y en Cesarino se fingió el señor Polo Emilio Martinengo, siendo banqueteado por tal causa muchos días del mesonero. Otro da a entender ser Príncipe de ciudades, como en que en Ferrara con nombre de Príncipe de Esparta engañó la Cuaresma a todos los Predicadores de aquella ciudad, haciendo recoger una gran limosna, que después no consiguió, por ser al fin descubierto. Tal se publica descendiente de algún ilustrísimo; como el que se hizo don Fernando Farnesio, engañando en confesión a un Predicador. Y el que en Génova se fingió de la sangre de Constantino Emperador, y mostrando privilegios Imperiales, atrajo a sí no pocos mentecatos, eligiéndolos Condes Palatinos, Marqueses de Brandemburg, caballeros de espuela de oro, con Cruces que dieron que reír a muchos, y que llorar a ellos, por la gran cantidad de escudos que les costó, comprar de aquel engañador tan honrosa mercaduría. Su última maldad es estar casi siempre amancebados, a costa de los maravedises que allegan, comiendo lo mejor que pueden hallar, bebiendo gran cantidad, y no de lo más barato, jugando entre sí, jurando, y blasfemando. En suma es esta gente perniciosísima en la República, por estar adornada de vicios, de engaños, y de todo mal ejemplo. Así la justicia debría hacer diligente examen de sus vidas, dándoles conveniente castigo. Porque desta manera cesaría tanto

vagabundo, y no usurparían los indignos las limosnas de los verdaderos pobres, tan agradable a Dios, y tan eficaz, y poderosa para abrir las puertas del cielo, como lo advierte por estremo bien el Dotor Cristóbal Pérez de Herrera en el medio que dio, para que éstos se recogiesen y obligasen a trabajar. Mas sobre las burlas de semejantes, véase a Celio Rodiginio, lib. 13, cap. 40.

De los duelos y desafíos por carteles y padrinos de campo. Discurso LXX.

EL origen del Duelo (según Ateneo) se derivó de los antiguos, diciendo el mismo, pone Hermipo en el lib. I de los Legisladores, haber sido los Mantineos los primeros inventores de combatir cuerpo a cuerpo, siendo el autor Demónates su ciudadano; y que después los Cirenenses dieron en seguir sus pisadas. Aristófanes muestra también ser tal batalla de costumbre antigua, hablando de la Monarquía de los hijos de Edipo, cuyo nombre en Griego significa desafío. Alciato escritor más moderno, dice haber sido el duelo invención del demonio, a fin de poner mal, y sembrar guerra entre los hombres. Hácele por sentencia de Homero muy antiguo, introduciendo ya a Menelao con Paris, cuerpo a cuerpo, en presencia de uno y otro ejército; ya a Eneas con Diómedes; ya a Héctor con Ajax, cuyo género de combate imitando Virgilio, acabó su obra con la muerte de Turno, dada por Eneas. Otros señalan su origen desde el tiempo de los primeros Reyes Hebreos, leyéndose en la sagrada Escritura, en el Imperio de Saúl, aquel glorioso desafío entre David y Goliat Gigante. Mas Antonio Masa juzgando no haber sido duelos los tales, distingue los combates singulares en más suertes, según la variedad de las causas de que proceden. Hay pues algunos que se derivan de causa pública, en que puede consistir utilidad y deleite: utilidad como cuando dos, o más hombres de ejércitos contrarios combaten, o por probarse, o por común concierto, como se hace entre públicos enemigos; y estas peleas son legítimas, como fue la de David con Goliat: deleite como las refriegas de los Gladiatores, usadas en los espectáculos públicos de la antigüedad, y de las que después fueron llamadas torneos. Hállanse ya estas dos prohibidas: la de Gladiatores por una ley de Constantino Emperador, y primero por otra de Honorio, de quien hace mención Nicéforo; y la de los torneos por el Concilio Lateranense. Otros proceden de causa particular, o por mostrar su gallardía a manera de fabulosos bienandantes, como hizo Sordelo Mantuano, que habiendo en Italia vencido a veinte y cinco caballeros, se fue a París de Francia, y en sólo un día venció otros tres. Y Manuel de Silva, que desafiando en África cuantos valientes había, mató siete, llevando sus cabezas a la patria: y aquel

notable ejemplo de Suero Español, que con caballo y armas se puso a guardar cierta puente de Asturias, por donde se iba a Santiago de Galicia, a semejanza de otro Rodamonte, siendo forzoso a quien quería pasar rendirse, y llamarse vencido, con darle alguna cosa por señal, como espada, o guante, o si no le convenía prevenirse para combatir con él, a pie, o a caballo. Así muchos caballeros de Francia, Alemania, Inglaterra, acudieron a aquella parte atraídos de la gloria del mundo, quedando vencidos por el referido Suero. O nace de ira, y aborrecimiento interior, por quien se traban los caballeros, como hicieron Héctor y Aquiles; así por conservación de su honra, como por vengar las injurias de uno y otro. También procede, o por prueba de inocencia, o por manifestación de verdad, según la pésima introdución de los Reyes Longobardos que restringieron tales desafíos a diez y ocho casos, reduciéndolos después Federico Emperador a cuatro, y Felipo Rey de Francia a solos tres. Aprobó Frotón Rey de Dania este género de bestialidad, con hacer ley que se determinase todo pleito con las armas: por manera que puesta la división de las contiendas singulares, concluye no merecer alguno de los referidos nombre de duelo, de la forma que se acostumbraba en Italia. El desafío o duelo, pues (según Legistas) es un combate particular a fin de probar alguna verdad, de suerte que quien vence se entiende haber probado. Según Fausto es una pelea voluntaria entre dos, por cuyo medio el uno entiende probar con las armas, y propio valor (sin ser impedidos) en el espacio de un día, ser benemérito, indigno de injuria, y de ser menospreciado, procurando el otro probar lo contrario. Según el Masa es batalla de ciertos hombres despreciadores de todas leyes, con pretexto de conservar, y recuperar el honor, siendo en efeto intentada por vanagloria, o por apetito de venganza, o enemistad. Así enviándose carteles de una a otra parte, pelean después en un día, y lugar determinado; reservando al provocado la elección de las armas. El Masa, contrario a la opinión de Fausto, y a la de todos los que ponen el desafío en cosas de honor (como el Mucio, el Posevino, el Girardi, el Piña y el Susio) afirma ser el duelo tan antiguo, como le hacen muchos, por haber tenido principio después de echados los Longobardos, en tiempo que Italia fue opresa de varios señores, o tiranos. Tampoco el mismo Masa pone por desafío las batallas singulares de Lucio Cicinio Dentato, que provocado ocho veces en presencia de ambos ejércitos, quedó siempre vencedor. Ni la de Tito Manlio, que por haber quitado al enemigo muerto un ornamento del cuello, que los Latinos llaman

Torques, adquirió el glorioso nombre de Torcato. Ni aquella del Rey Pirro, que hirió malamente a Pantaco Capitán del Rey Demetrio, de quien había sido desafiado: ni la de Emilio General de la Caballería Romana, con un hermano del Capitán de los Samnites: ni la de Sifaces en medio de la batalla con Masinisa Rey de Numidia: ni la de Alejandro Macedón con Poro Rey de los Indios: ni la de Escanderbey a caballo con los Persas Laya, y Tampra: ni la de Roes rey de Dacia que venció combatiendo a Iudingo Rey de los Sajones: ni a otras semejantes, a quien el mismo llama batallas singulares, y no desafíos en la forma que los toman los escritores. En suma, es este autor tan contrario a las leyes de honor que otros pusieron en tal materia, que al descubierto se ríe, y hace burla dellas. Asimismo la mayor parte de los doctos conoció por cosa clara, haber prevalecido por expresa injuria de todas las leyes el abuso del desafío esparcido por el mundo como mala semilla. Verdad es que Nicolao de Lira tiene ser lícito cuando el juez le ofrece al acusado, sin querer con otro medio (haciendo constar su innocencia) librarle de muerte. Guillelmo por el consiguiente sustenta sea justo por defensa de las cosas temporales, procediendo del juez a cuyo arbitrio se concede, y reserva. Con todo eso casi toda la escuela de los doctos exclama, sea tal duelo cosa inicua, y sobre todo indígna de admitirse en cualquier modo que se ofrezca, o se acete. Alano junto con Raimundo, Hostiense, Gotfredo, y Santo Tomás sustentan, sea éste sin alguna excepción ilícito siempre, llamando a tal costumbre manifiesto abuso de los hombres. Con esta opinión concuerda la ley natural; esto es, cierto instinto, derivado de una natural inteligencia llamada equidad. Asimismo la ley divina en aquel precepto, *Non tentabis Dominum Deum tuum*: y en el otro, *Non occides*, prohibe todo peligro expreso de espontánea muerte. También se ajusta con ella el Derecho Civil en el Código de *Gladiatoribus*, y asimismo la ley Canónica, 2, quaest. 5, por Decreto del Pontífice Nicolao. Mas finalmente el Concilio de Trento detesta de tal manera el uso del desafío, o duelo, que descomulga a todos los Príncipes, y Señores que dieren campo franco a semejantes, y les priva de todo dominio, y jurisdición sobre las tierras habidas por la Iglesia, declarando volver sus deudos a directos señores. Demás, descomulga todos los que entran en el desafío, y confiscándoles todos los bienes temporales, los declara infames perpetuamente, llamando homicidas a ellos, y a sus Padrinos. En suma, añade excomunión contra todos los que aconsejan, persuaden, y miran este género de pelea. Mas ¿qué mucho si hasta los mismos Bárbaros (entre quien tenía tan antiguas

raíces el uso del duelo judicial) dicen mal dél, y le aborrecen sumamente? Rotaro Rey de los Longobardos llama impía tal costumbre, diciendo della, parecerle muy estraño, haya de perder el hombre, todo lo que tiene en un solo combate, añadiendo las siguientes palabras:

> *Nosotros estamos inciertos de los juicios de Dios*; *y hemos oído haber muchos perdido la causa, no obstante la tuviesen justa; mas por la costumbre de nuestra gente, no podemos vedar esta ley impía*.

Y Federico Emperador dice:

> *La Monomaquia* (que se llama vulgarmente Duelo) *fuera de algunos casos, queremos sea desterrada perpetuamente de entre los varones de nuestra jurisdición, por no se poder decir sea tanto verdadera prueba, cuanto una cierta adivinación discordante de la misma naturaleza, y apartada de la ley común, y de la razón y equidad*.

Lo mismo afirma el Pontífice Innocencio III, refiriendo que acusados de hurto ciertos Spoletinos, fueron constreñidos a ponerse en desafío, donde vencidos, los Cónsules de Spoleto confiscaron sus bienes; mas poco después hallado el hurto en poder de otro, fue descubierto claramente que eran los vencidos del todo inocentes. Las razones manifiestan también ser el desafío cierto abuso patente, porque si el buen nombre y fama no se puede tener, ni adquirir, sino por libre y voluntario juicio de los buenos, no podrá la necia opinión del vulgo militar hacer de modo que el vencer en duelo sea loa y virtud de un soldado, juzgándolo de otra manera todos los sabios Teólogos, Legistas, y buenos ciudadanos. Si el Posevino osa afirmar puede ser justamente recusado en razón de duelo, un impío, y blasfemo, hallándose sin honra por ley divina; con la misma razón podemos decir deberse recusar todas las leyes instituidas en favor del duelo, y tenerle por obra infame siendo contrario a la ley divina. Y si bien semejante vitoria parece crezca honra al vencedor, no es bastante para quitar tal vez la mala opinión de los circunstantes que juzgan, haber vencido aquél por más fuerza corporal, que por equidad y razón sobre la cosa, por quien se contiende, pudiendo suceder que venza, quien tiene de su parte toda injusticia. Mas quien quisiere por extenso entender las razones contra el duelo, vea el tratado de Masa a mi parecer en esta materia curioso, experto, y versado. Aquellos pues que admitieron el desafío, con sus leyes de honor, como Fausto, Posevino, Juan de Liñano, Paris de Puteo, Jacobo del Castillo, el Dotor Darío, Isernia, Albaroto, Aflicto, Juan de Anania, Federico de Sena,

Bartolomé Cepola, el Decio, Cotereo, Ferreto, Tiraquelo, y otros, aunque discordantes en algunas cosas, en otras esenciales concuerdan; declarando sus requisitos casi de una misma manera. Quieren sea en las diferencias de la honra el Actor quien funde la calumnia, y cuando la tal no se pueda probar por derecho, esté obligado por deuda de honor a recorrer a las armas para mantener su dicho. Así militarmente se llama también provocador, pedidor, requiridor, desafiador, ofensor, y mantenedor. Y asiste sin alguna ventaja, perdiendo la elección de las armas, del juez, y del lugar; y no pueden provocar por parecer déstos, los notados de infamia, las mujeres, los muchachos, los viejos impotentes, los religiosos, los viles, y mecánicos, dándose este cargo sólo a caballeros, y soldados; si bien entre éstos hay alguno de opinión que también pueda provocar un labrador, como tenga virtud y sea valeroso. Por tanto tachan algunos en Pirro hijo de Aquiles, mancebo poderoso, y gallardo, y que habiéndole el Anciano Príamo (según Virgilio) con brazo impotente arrojado un dardo, por vengar al hijo muerto delante de sus ojos, se indujese a herirle de tal manera, que le despojase de la vida. Al contrario se engrandece el acto de cortés de Bradamante acerca del Ariosto, que teniendo tantas razones para matar al anciano Atlante, su principal perturbador, luego que consideró las canas de la barba, y de la cabeza, y el venerable aspecto del Nigromante, piadosa retiró la mano, contentándose con llevarle consigo prisionero. Quieren también éstos que el reo, provocado, desafiado, o sustentante, si bien no es actor de la injuria, pueda ser provocador del duelo; y que en tal caso quede con todas las ventajas, de armas, juez, y lugar. Y cuanto es más reo de la injuria, y del duelo, viene tanto más que el actor a ser favorecido, por ser traído casi con fuerza al juicio militar. Por la constitución de Federico Emperador toca al mismo la elección de las armas ofensivas, y defensivas, de juez, campo, y tiempo. Cuanto al señalar otro por sí (a quien llaman *campión*) concuerdan pueda darse, y recebirse, cuando de la parte del actor y reo, haya legítimo impedimento para no poder combatir por sí. Y debe ofrecerse tal, que no le pueda recusar el adversario por alguna indignidad suya. Cuanto a los Padrinos, llamados en Latín *Patroni*, de quien hace mención Homero (constituyendo en el desafío de Paris y Menalao; déste a Ulises, y del otro a Héctor) son de común parecer, les toque decir, y sustentar el derecho de sus principales, y delante del señor del campo, hacer excepciones, protestaciones, quitar las dificultades y dudas que nacen, y toda suerte de cosas que son provechosas a la

causa, y sus principales. A ellos pertenece el proceder con advertencia en todo, sin dar crédito a cualquier mínimo particular, donde haya interés de honor. Deben mirar sean iguales las armas, así en ofensa, como en defensa, sin engaño, sin diferente maestría, no alteradas, no impeditivas, no enclavadas con clavos de plomo, o estaño, no yelmos por dentro bruñidos que quiten la vista; si los cordones de seda con que se liga el bacinete, tienen alambre debajo de la seda; si los guantes al cerrar el puño echan las puntas fuera; si los arzones, y cojines de los caballos son más altos: y en suma advertir que no tenga ventaja alguna de las partes. Por tanto se deben elegir los que son de buena opinión y fama; pláticos en el menester de las armas, de estrema integridad, de suma fidelidad, y lealtad, y sobre todo afortunados. También han de considerar los padrinos, sea llano el estacado, y si se echa de ver alguna ventaja o engaño, no la deben consentir en daño de su principal, ni acetar armas perjudiciales, contradiciendo de contino, y protestando animosamente. Y de cualquier acto que se haga, hacer rogar, y que den fe los escribanos que tendrán allí por todo buen respeto, estando a dar, o admitir los capítulos, todo lo posible advertidos. Cuanto al juez, o señor del campo, dicen unidamente han de hacer ambas partes elección concorde, de quien les pueda asegurar, sin que sea sospechoso, o parcial; antes por naturaleza, y profesión tal, que determine justamente la vitoria, y el premio a quien le mereciere. Y cuando el adversario huye, o no responde, o se muestra caviloso, o no elige, o no aprueba, o no resuelve, o no aceta jueces, o no propone a otros, o se esconde; se da la sentencia contra él, y por vía de manifiesto se hace publicar todo, contando el hecho entera y lealmente, con aprobación y parecer de los más sabios caballeros, y de los más entendidos Príncipes que atienden a tales cosas de honor. Son infinitas las circunstancias acerca de la elección del campo, en que intervienen comúnmente infinitos puntillos. Daba el provocante al otro la elección de las armas, que por equidad se elegían de soldado, y caballero, no desusadas, no aventajadas, no alteradas, no de peso demasiado, no de oculto engaño, sino descubiertas, cortadoras, agudas, y de calidad no recusable, si bien extraordinarias. Por eso era de advertir fuesen iguales, así ofensivas como defensivas, no habiéndose de vencer con su doblez y engaño, sino sólo con valor y virtud. Llevábanse avisos con qué armas se había de entrar en el estacado, con qué caballos, y sus aderezos. Finalmente se enviaban de ambas partes los confidentes, para que las armas aceptadas y vistas,

no se pudiesen mover, alterar, falsificar, desclavar, mudar, quitar, crecer, disminuir, y otras cosas así. Es verdad (dicen los mismos) que con el rigor de las leyes civiles podía llevar el provocado toda arma no acostumbrada, aventajada, impeditiva, con toda falsa maestría, y engaño, como tiene el Legista Juan Baptista Mainoldo alegando a Paris de Puteo: de cuya opinión son asimismo el Fausto, y Andrés Alciato. Allí se vengan las demasías dificultosas de probar; las ofensas hechas con traición, y mal modo, habiéndose primero o compensado, o redoblado, o contradicho las injurias ya rebatidas, con sus modos acostumbrados, dándose el campo a todo tránsito, o a guerra acabada, que es lo mismo, para ver las querellas necesarias donde intervenía la mácula del propio honor, haciéndose delante manifiestos, rogados, y respuestas convenientes para los ultrajes dignos de venganza, y declarándose si merecían ponerse en desafío, como las de Mandricardo con Rugero, que finge Ariosto sobre el Águila blanca, y como los tres lirios que traen Inglaterra y Francia, sobre que disputa el Casaneo. También desafiaban por guantes, o en presencia del juez, o por padrinos, o por otro modo enviándose los carteles, que sobre todo eran breves, modestos, prudentes, claros, afirmativos, resueltos, y concluyentes; para que el adversario no tuviese ocasión de cavilar por alguna parte, o contender de palabra en vez de hechos. No se usaban razones impertinentes en la causa: no se intentaban más acciones de una vez: poníase sobre todo en público con sus solenidades la data del lugar, mes, día, y año, con declarar qué escribano era rogado, las firmas de los testigos dignos de fe, y el nombre del actor. Presentábanse al adversario por públicos ministros, o por otras personas, y se admitían con protesta de saber lo que contenían para responder lo conveniente a su honor, o se enviaban las escrituras a las principales Cortes de Caballería, como hizo el Conde Martel Embajador de Urbino en Venecia en la causa que tuvo con Luis Gonzaga, haciendo fijar carteles en las colunas. Entendíase tener salvoconduto los adversarios de las partes, en presentándose los carteles, a que se respondía de infinitas maneras, según son ellos de infinitos modos, de quien Fausto en especial pone varios ejemplos. Al último se presentaba en el campo el actor, esperando a su adversario hasta la hora determinada, haciendo los padrinos los autos convenientes. Dábanse pregones por orden de los Reyes de armas, o personas señaladas, para que pena de la vida, ninguno en dichos, en hechos, ni en cualquier otro modo, forma, color, o señal favoreciese, advirtiese, o mostrase ventaja, de una en contra de otra parte. Tocado

el último son, y dada la señal de la batalla, entraban en el estacado, donde aspiraba cada cual a la vitoria con todos los medios honrosos, poniéndose delante, más la gloria de caballería, que el rigor de las leyes. En suma se vencía allí honrosamente mostrando esfuerzo, y valor, sin perder el campo, ni volver el rostro al enemigo, con que se adquiría la sentencia de bravo y valeroso caballero, con el premio del honor, y de las armas de su adversario, vencido y postrado. Y esto se entendía así por todas las veces que no se había hecho antes concierto, o por vía de paz, de satisfación, o misericordia, pidiendo perdón el vencido al vencedor. Estas son las leyes de la honra del mundo, a quien dan semejante nombre los mal considerados: con que se da fin a la inicua materia del duelo, puesto aquí por curiosidad, y ya en nuestros tiempos reducido como merece su total ruina: pues casi en ninguna Provincia o ciudad es admitido, ni tiene lugar. Mas acerca de su tenor véase sin otros a Cayetano, 2. 2, q. 95.

De las rameras, y de sus secuaces en parte.
Discurso LXXI.

EL origen desta aborrecible profesión se atribuye a Venus, por quien pareció digna de ser puesta en el número de las falsas diosas. Esta experimentada en todo género de lascivia, enseñó complaciesen las mujeres de Chipre por dineros. De aquí pues nació el abuso de aquella isla (según Justino) donde sus manchas se ponían en público antes de las bodas, delante del templo en parte marítima, para juntar su dote, y pagar a la misma Venus el tributo de su castidad. Fue creciendo semejante depravación tan fuera de modo, que halló lugar no sólo en muchos particulares, sino también en pueblos enteros, que dedicaban sus hijas y mujeres a las casas públicas, roto el freno de vergüenza y honor. Así los Babilonios (según Herodoto) ordenaban a sus hijas fuesen rameras, para restaurar por aquel camino las rentas disipadas por otro. Erístones Tesalo en confirmación desto, consumidos sus haberes, observó tan infame costumbre, poniendo a ganancia a Metra su hija sumamente interesable. Ésta me parece fuese la causa de que juzgado Solón por el oráculo de Apolo por uno de los siete Sabios de la Grecia (como testifican Menandro, y Filemón) erigiese un sumptuoso templo a la diosa de los amores, llamándole Venus Pandemi, que fue fabricado solamente para las mujeres gananciosas. El mismo ordenó los públicos lugares deshonestos (según Nicandro Colofonio) concediendo en sus leyes muchas exempciones a las tales, con grande indignidad de su nombre, célebre y famoso por otras cosas. En este dislate insensato cayeron también los Efesios, como dice Evaltes, porque a Venus amiga dedicaron un templo de la misma manera y condición. Allí a los veinte y dos de Abril iban todas las mujeres públicas, y ofrecían a la torpe deidad por sagrados dones, incienso, guirnaldas de rosas, olorosas yerbas, el mirto, y sobre todo la yerbabuena. Alexio Poeta dice haberle también edificado un grandioso templo las amigas de Pericles que le siguieron en el cerco de Samo; sólo con lo adquirido en el inter que estuvo opresa la ciudad. Sin esto escribe Clemente Heracleotes haberse tenido éstas en tanta reputación y reverencia acerca de los Griegos, que se ordenó por ley entre los Corintios se encargase a muchas rameras, cuando

sobre cosas importantes se hubiese de rogar a Venus, asistiesen en los sacrificios orando devotamente a la diosa por la salud común. Por tanto refiere Teopompo, haber tenido las mismas cuidado de suplicar a Venus por la felicidad de Grecia, cuando Jerjes Rey Persiano movió contra ella el ejército. Así el Corintio Jenofonte habiendo de ir a los combates olímpicos, pensó hacer un voto santo, con prometer a la misma Venus, le traería si volvía vencedor una tropa de rameras, para que atendiesen a su culto sacrílego. Lo peor es, que aquel gran Filósofo juzgado por tan sabio, no tuvo por vergüenza (como escribe Orígenes) honrarlas con sumos honores, sacrificando a Hermita su amiga, en la forma que a Ceres Eleusina. Infinitos son los nombrados por los autores, que con toda especie de loa ensalzaron la grandeza de las cortesanas. Pericles (según Aristófanes) por amor de Aspasia (habiendo los Megareses robado sus doncellas) movió la guerra del Peloponeso. Alejandro Magno (si se cree a Clitarco) abrasó a instancia de la hermosa Taide los Imperiales templos de Persépoli. Menandro, Poeta insigne, celebró la misma, a quien después Propercio llamó Menandrea. Sófocles, ardiendo por Teorides, ruega a la Diosa Venus, con sollozos y suspiros, facilite su amor diciendo,

O nutrix Iuvenum exaudi, mihi da Theoridem.

Posidipo encendido por Rodope Dórica, ilustra su gracia y belleza con aquel Epigrama que comienza:

Dorica te capitis ornarunt mollia vincla
et late unguentum pallia quae redolent.

Praxíteles preso de los amorosos lazos de Frina, formó la estatua de Cupido, esculpiendo en la basa los siguientes versos, en muestra de su encendido amor:

Praxiteles pinxit, prius est quem passus amorem
deprompsit proprio pectore archetypum.

Clearco refiere de Giges Rey de los Lidios, haber dedicado a su amiga difunta, tras los llantos y sollozos funerales, un sepulcro tan eminente, que casi podía ser visto de todas las partes de Lidia. Pregunto, ¿quién de los más insignes en letras y armas no engrandeció el nombre de las rameras? O ¿quieén por su causa no quedó desposeído de juicio, prudencia, y entendimiento? Salomón que fue tan sabio, ¿no perdió el discurso entre la muchedumbre de semejantes? Sansón tan fuerte, ¿no perdió los ojos corporales, y los del entendimiento por una ramera? ¿No se conoce la inadvertencia de

Sócrates en el amor de Aspasia, la locura de Platón en el de Estela, la imprudencia de Aristóteles en el de Herpílides, el desalumbramiento de Isócrates orador en el de Metanira? Hállanse, si se mira bien, casi todos los Filósofos de más consideración haber sido triunfos de rameras. Aristóteles de Lampride, Arístipo de Laida; Stilbón de Glicera, Nicostrato de Anticira, Epicuro de Leoncia, Pitágoras de Pirandra, y Calidena. Míranse los oradores antiguos enloquecidos por su amor: Esteban por Nicareta, Lisia por Lagides, Stratocles por Lamenes, Alcidamantes por Nayades, Hiperides por Mirina, y Demóstenes por Laida. Vense los Poetas perdidos por su belleza, Eubolo por Clepsidra; Antímaco por Clipseide; Menandro por Fania; Orfeo por Eurídice; Museo por Antíope; Homero por Penélope; Alceo por Safo; Anacreonte por Licinia; Cátulo por Lesbia; Ovidio por Corina; Licinio por Nerea; Tibulo por Delia, y Propercio por Cintia. Hállanse los antiguos Héroes presos y captivos déstas, Perseo de Andrómeda; Paris de Elena; Teseo de Ariadna; Aquiles de Briseida; Píramo de Tisbe; Hércules de Deyanira; Pirro de Tígrides; Alcibíades de Timandra; y Tiriandro de Melisa. Descúbrense los grandes Reyes y Emperadores del todos ciegos por las mismas. Ciro Rey de Persia por Focaides; Ptolomeo Filopatro por Agatoclea, Demetrio por Lamia; Antígono por Dama; Seleuco por Nisa; Filipo Rey de Macedonia por Filina; Dionisio Tirano por Nanie; Pompeo por Flora, Alejandro Emperador por Taide, y el Romano Marco Antonio por Cleopatra. Mas ¿dónde dejo los que tuvieron tanta cantidad déstas a su voluntad? Ptolomeo Filadelfo ¿no tuvo a Didima, Bilístiques, Estratónica, Mircio, Eleusina, Clinio, sin otras muchas? Ferécrates ¿no llamó a Alcibíades varón de todas mujeres? Curión (según Plutarco) ¿no dio a César semejante título? ¿No se lee en Idomeneo que Temístocles Ateniense hacía tirar la carroza de cuatro rameras desnudas, llamadas Sátira, Nanio, Sción, y Lamia? Y de Nino Rey de Egipto ¿no escribe Cetesia hallarse de contino ocupado con un crecido número de eunucos y mancebas? Tiberio César (como nota Tranquilo) ¿no tenía en un lugar secreto rebaño dellas para su placer? Surina Rey de los Partos (según Plutarco) ¿no llevaba en el ejército tras sí docientas? Teseo (según Hesíodo) ¿no tuvo a Elena, Ariadna, Hipólita, Edipe, y Egla, sin la caterva de otras? Tirsites (en Homero) ¿no reprehende a Agamenón, por tener un serrallo para su comodidad y deleite? Sardanápalo (como escribe Sabélico) ¿no hizo del propio Palacio un torpe lugar, no se vistió de ramera, no usó espejos delante y detrás por fines torpes? Hércules (según Herodoto)

¿no gozó cincuenta en siete días? Gordiano (como cuenta Julio Capitolino) ¿no tuvo ventidós a su voluntad? Cómodo (según Lampridio) ¿no se enloquecía de contino con trecientas? De Próculo Emperador (como él mismo se alaba en una carta a Meciano) ¿no concibieron cien mujeres Sármatas en pocos días? Heliogábalo sobre todos (como refiere Lampridio) ¿no fue por estremo sensual, habiendo ordenado en su casa lugares públicos para amigos, allegados y siervos, haciéndoles espléndidos banquetes? Otras veces ¿no compró malas mujeres a sumo precio, como en particular la que le costó muchas libras de plata? ¿No fue sumamente perdido con ellas, no las festejó a menudo en teatros, y anfiteatros? Otras veces ¿no les hizo en Palacio oraciones militares, llamándolas sus Comilitones? Y tras esto como si de veras las mismas hubieran sido soldados, ¿no hizo se les diese por paga a cada una tres escudos? ¿No publico algunas órdenes amatorias, hallando nuevos modos y figuras de placeres deshonestos? Sin esto ¿no les concedió muchas esenciones, y privilegios y salarios del público tesoro, ordenando lo mismo para las matronas Romanas, que entrasen en la profana secta tan engrandecida por él? Hasta los fabulosos dioses de la Antigüedad fueron presa de las mismas. Pregunto ¿no siguió Júpiter a Europa, Marte a Venus, a quien Vulcano cogió en la red con él, Plutón a Aminta, Apolo a Dafne, Baco a Ariadna; Hércules a Iole; Cástor a Febe; Neptuno a Tiro; Pan a Siringa? Mas ¿por qué no traigo a la memoria tantos ingeniosos autores singularmente devotos suyos en verso y prosa? ¿No celebró Aristófanes el nombre de Salauca; Anaxandro el de Lagisca; Gorgias el de Eufrosia; Antístenes el de Sínope y Apua? Pericles en una oración ¿no defendió a Prinea de la muerte, mostrando a los Jueces el hermoso pecho, para moverlos a piedad, como hizo? Céfalo Orador ¿no enlazo a Lagides, y Alcidamantes a Nayade? Fuera de que Menandro, Apolodoro, Amonio, Calímaco, Filotes, Calistrato, Cátulo, Propercio, Ovidio, Horacio, y Marcial escribieron de muchas de gran nombre, cosas no menos vergonzosas para ellos, que honrosas para las mismas. Entre cuyos hombres insignes se puede con razón contar Safo Poetisa, que celebró en versos las llamas amorosas que sufrió por Faón su particular amigo; y la famosa Leoncia dama de Metrodoro, que defendió las mujeres contra Teofrasto. De haber sido tan seguidas las hembras deste género en todas edades y provincias del mundo, se recrecieron infinitos daños particulares y comunes. Aníbal perdió los triunfos de sus vitorias en los deleites y lascivias de Capua; César

manchó su gloria en Alejandría por una mujer, Demetrio en Grecia, y Antonio en Egipto; Hércules desamparando sus invictas empresas, hiló por la Reina de los Lidios; Aquiles dejó de combatir por Briseida; Ulises fue detenido por Circe, en sus obras heroicas; el Rey Midas sirvió a sus mancebas en el ministerio de tejer, menospreciando el gobierno del Reino, Alcibíades adquirió la muerte por Timandra; Claudio por Virginia; Cómodo por Marcia; Pirro por Hermión, y por Anaxarte se ahorcó Ifis. La guerra de Asia tuvo principio por Elena; la de los Samios por Aspasia; la de Frigia por Hipodamia; la de los Centauros por Deyanira; la de Egipto por Cleopatra. En suma todos los grandes males vinieron por malas mujeres. Mas ¿qué cosa de bueno podrá suceder por ellas, hallándose llenas de infinitos errores, engaños, y vicios? Es cosa de peso intolerable querer descubrir en particular sus artes y malicias, contando con qué modo, agrado, palabras, caricias, ñudos, lazos, recreos, lisonjas, atraimientos, abrazos, acogidas, actos, costumbres, fingimientos, suspiros, sollozos, y dilación de placer, procuren enlazar y coger a los incautos, haciéndose diestramente dueños de sus albedríos, por ser ellas demasiado astutas, y ellos por estremo simples. Pregunto, ¿a qué efeto fueron inventadas por ellas dulces risas, piadosas lágrimas, palabras suaves, y regaladas promesas, sino para conquistar las almas, de forma, que estando fuera de sí, digan o escriban ser tales risas de Venus, tales lágrimas de Dido por Eneas; aquellos llantos de Eco por Narciso; aquellas palabras de Palas enamorada, y aquéllas promesas que hizo Juno a Paris? ¿De dónde nacen cantos, sones, bailes, fiestas, banquetes y pasatiempos, sino de aquel intento de adquirir el aplauso, comercio y concurso de la turba infeliz de amantes, que robados de aquellas astutas voces, y atraídos de semejantes sones, enloquecidos con tales movimientos, juegos y fiestas, sumergidos en aquellos convites, y muertos en medio de aquellos placeres, quedan prisioneros y esclavos de su engañoso y blando amor? Con este mismo fin adornan los lechos de camas y pabellones de colchas de seda, de sábanas de holanda, de almohadas labradas, las mesas de tapetes, las salas de sillas de terciopelo, de plata los aparadores, de pinturas lascivas las paredes, los bufetes de ramilletes, y toda cosa de olorosos perfumes. Sólo por esta ocasión se ponen a las ventanas, y fijando la vista en quien pasa por su calle, hacen señas, llaman, ruegan. De aquí nace el escribir billetes, despachando correos de amor con diversos mensajes, ya tristes, ya alegres, ya piadosos, ya esquivos, ya de un tenor, ya de otro. Destos

manejos se derivan meriendas, cenas, baños, danzas, y bailes. De aquí es cuidar por estremo de hacerse hermosas, con tantos afeites y mudas, que empobrecen las tiendas de albayalde, de solimán, de alumbre, de azúcar, de flor de cristal, de borraj refinado. Danse lustre al rostro con vinagre destilado, con aguas de habas, y de boñiga de buey, refrescan la tez, ablandan la carne con aguas de almendras de pérsigo, y con zumo de limón; consérvanla con rosas, con vino, con piedralumbre, lávanse la cabeza, entúbianse, enrízanse el cabello, y llénanle de cintas de diversos colores, haciendo otros varios embelecos y monerías, sólo para agradar, atraer, y pelar. Aquí para adquirir con mayor artificio y fuerza, se ven las aguas olorosas, los sahumerios, sin otras composiciones suaves. Aquí se veen las cajillas, vasos, ampollas, salerillas, pucheritos, y cáscaras de huevo llenos de mil emplastos preparados para tales obras. En los artificios son singulares, porque para chupar suavemente la sustancia de los galanes, tienen de contino unas viejas aduladoras y pedigüeñas, que ofrecen sus tercerías, y disponen las cosas conforme la intención de las amas, hasta hacer den en las trampas los boquirrubios donde dejen el pellejo. Jamás allí han de faltar risas y otros géneros de sacaliñas y regalos, acompañándolo todo con un fingimiento de notable afición, con que enloquecen los pretensores, entre quien reparten las horas de los días y de las noches, con tanta industria, que suelen tener parte en la señora diez o doce, sin saber uno de otro. Tienen particular cuidado en su atavío, y así jamás les falta el buen vestido, la buena joya, la sortija de precio, la buena cadena, las arracadas, collarejos, gargantillas y apretadores: medias de buena seda, y color con vistosas ligas, zapatillas acaireladas, y tal vez de olor, chapines Valencianos de ataujía con anchas virillas de plata, junto con la curiosidad de todo lo demás interior, con manteos, cariseas, y cosas así. Con esta mercaduría engalanadas se ponen en perspectiva a la puerta o ventana, de forma que parecen otras Jezabeles. Ni esto basta, supuesto para mayor delicadez y regalo gastan de contino guantes de olor, regalillos de felpa, de martas, abanicos, siendo parte de adorno, el perrillo en los brazos, la gatilla a los pies, el mico, o papagayo a la ventana, respirando por todas partes estrema lascivia. Tal vez enferma porque la visiten; fíngese achacosa, porque la consuelen; muéstrase tímida, porque la acaricien; hácese medio difunta, porque suspiren por ella. Lo más donoso es ver con cuánta facilidad imitan el trato y lenguaje señoril, con cuánta entonación hablan, con cuánta industria forman las palabras; con

cuánta lascivia ordenan las acciones, con cuánta destreza duermen; con cuánto artificio velan; ya ríen, ya lloran, ya cantan, ya se entristecen, ya se quejan, ya se desdeñan, ya con los ojos relampaguean, y arrojan rayos sobre los corazones amantes. Aquí se mira tal vez un silencio profundo, una vista fija, una muda imaginación, un vacilar de juicio fantástico, un levantarse del estrado, un cerrar las ventanas, y un esconderse dentro de las celosías. Pues ¿qué si corre el negocio por vía de despecho? tócase al arma, comiénzanse desdenes, engéndranse iras, fórmanse amenazas, requiérense rufianes, aparéjanse palos, previénense chirlos, trámanse muertes: todas abominables obras suyas. No se habla más de caricias, intervienen airados apartamientos, cobran fuerza los enojos, cesan los mensajes, faltan los presentes, huyen las dádivas, pídense los billetes y retratos, y con furor y locura camina todo a fuego y a sangre, jurando y perjurando de no hacer jamás paz: Marte y Belona corren por todas partes; crecen las rabias por puntos; ya no hay más sonetos, ni lisonjeros romances; esconde Apolo la lira; retiráse Euterpe; auséntanse Cupido y Venus: sólo Arquíloco se deja ver, y sólo Pasquín triunfa en medio las plazas: síguese la sátira, descúbrense los defetos, y manifestándose entonces de veras los males, se cuentan engaños, malicias, traiciones, sacaliñas, pesos falsos, hechos ya con uno, ya con otro, pérdidas de hacienda, y vida; el riesgo del honor, el consumir el alma, el tormento, el trabajo, el martirio, los celos, y la inmensa inquietud que procede dellos. El mismo Pasquín se pone a contar las soberbias en el grave proceder, en el querer concurrir con las señoras en los vestidos, en las joyas, en las criadas, en el aparato, y coches: las iras en el desdeñar por poco, en el desfogar con palabras, con amenazas, con turbación de semblante, con alteración de ánimo, con mala intención de pensamiento. Las invidias por la belleza, gracia, agradables acciones, destreza, riquezas, ganancia, y nombre de las de su oficio. La gula en los dulces, y en toda suerte de golosina; la flojedad y pereza en el aposento, en la cama, al fuego, al fresco, en los estrados de día y de noche; y a todas horas las encendidas lujurias, las deshonestidades desenfrenadas, las señales, los movimientos indignos, con actos, palabras, obras, y efetos. Por lo que son comparadas a la vil Filene de quien dijo mal Filócrates, a una Celia, de cuya grande deshonestidad escribe Marcial:

Das Cattis, das Germanis, das Celia Dacis,
nec Cilicum spernis, Capadocumque toros.

A una Mesalina que (según Plinio) sobrepujó a las de mayor sensualidad, diciendo Juvenal della:

Et lassata viris nondum satiata recessit.

A una torpe Safo; a una Semíramis, que enamorada de un caballo tuvo acceso con él; a una Pasife que se dejó conocer por un toro, como escribe Propercio. Cuéntanse finalmente las inmensas avaricias en pedir, en quitar, en querer, en robar, en molestar, en importunar de contino a sus amantes sobre vestidos, joyas, muebles, y cosas así, con que se anteponen a Rodope Egipcia, que se gloria (en Herodoto) de haber fabricado con el abuso de su belleza una soberbia Pirámide: a Frine que se alaba (en Calistrato) de haber despojado a Praxíteles de la tabla de su excelente Cupido, y de haber hecho ofertas de ceñir a Tebas de muro, si se contentaban los Tebanos de poner esta inscripción,

Quos Alexander everterat, Phrine amica excitavit.

A Timandra que blasona (en Plutarco) de haber eregido a su amigo Alcibíades un Real sepulcro con los dineros de su ganancia. A la bella Dama que se loa en Heráclides Lembo de haber empobrecido a Antígono de todos sus bienes. A la graciosa Lamia, que en Plutarco se apunta haber rendido de tal manera el alma del Rey Demetrio que la daba cuanto tenía. A la pomposa Flora que (acerca de Plinio) se encarece por haber complacido sólo a Emperadores, a Reyes, Príncipes, Cónsules, y Cuestores, habiendo dejado con su ganancia rico al pueblo Romano. En suma la sátira se estiende cuanto puede acerca de sus impaciencias, y divulga las imperfecciones contra sus amantes, los lamentos que hacen, las querellas que forman, los despechos que engendran, la rabia que les consume, el furor precipitoso que les hace correr a toda suerte de ofensa, y venganza, los gritos que esparcen, las furias en que incurren, contando sus temeridades, osadías, atrevimientos, presunciones, altiveces, y orgullos. Suena la trompeta de sus ignominias, y encarece las discordias que nacen de su comunicación, las contiendas, amenazas, injurias, muertes, y tantos robos hechos a los padres por su causa, tantos juegos, tantas blasfemias, tantas palabras escandalosas, tantas disoluciones y deshonestidades. Conviene pues huir dellas, por muchas razones, y en particular por estar llenas de defetos, y no sacarse al fin de su trato sino peligros, calamidades, miserias, y enfermedades contagiosas, como bubas, pelona, dolores, y cosas así: valiéndose para esto del consejo de Ovidio, que dice:

Ad mea decepti iuvenes praecepta venite,
quos ferus ex omni parte fefellit amor.

Hállanse muchas cosas acerca destas mujeres en Celio Rodiginio, lib. 5, c. 19, y lib. 2, c. 79, y en Pedro Crinito, lib. 5, c. 2, lib. 9, c. 8, Pedro Vitorio, fol. 458, 227, y 102.

De los alcahuetes. Discurso LXXII.

TENIENDO tanta amistad, y tan estrecho parentesco entre sí el arte de las rameras, y el de los alcahuetes, que con razón se puede decir se hallan atados con el nudo Gordiano, es cosa justa y conveniente suceda al discurso pasado el presente, en que procuraré describir las partes de tan depravados medianeros, para que en las ocasiones se puedan evitar sus malicias y maldades, conocidos en alguna manera los sujetos. Así dando principio al hablar desta profesión por estremo aguda, sutil, y advertida, digo que sin duda la antepongo al arte de las malas mujeres, porque désta, como de maestra, se aprende cuanto de engaño y malicias se halla en las tales, sacándose de su escuela todas las burlas, y embelecos de que se valen. Por tanto las discípulas amaestradas sabiamente, ponen asechanzas a descuidados, haciendo con varios golpes de astucias queden asidos los pajarillos incautos a la liga de sus palabras. Fue si bien indignamente muy favorecida esta ocupación de los antiguos Romanos, por tanto se lee en Pedro Crinito haberse esculpido en el templo de Venus en dos tablas las leyes de tercería en esta forma:

> *Que las licencias de ver, hablar, saludar, silbar, entremeterse, rogar, y persuadir, sean concedidas perpetuamente a los hombres de día, ni haya persona que por ningún modo les impida y perturbe las comodidades de la casa, del agujero, del huerto, del postigo, del techo, de la calle, de las ventanas; que se observe la fe; que se den consejos; que se preste todo favor; y de noche* (así decía la segunda tabla) *con los acostumbrados motes, y conciertos, con las contraseñas dadas se pueda ir, y sin más tocar a la puerta, y quitado todo miedo, perdido todo temor, apartada toda sospecha, se entre en las casas, sirviéndose del tiempo, orden, y ocasión según fuere menester*.

Quien leyere las historias, descubrirá haber reverenciado la alcahuetería los más y mejores de los antiguos, inclinándose al cetro, y lisonja desta falsa amiga de los corazones humanos. Escribe Egesipo haber sido Paulina matrona tan casta, cuanto sincera engañada por los sacerdotes de la diosa Isis, introduciendo con ella a un mancebo, en cambio del dios Anube, por cierto inaudito medio. Cuenta Plutarco de Clodio Romano, que introducido en el templo de la diosa Bona, en traje femenil por vía de alcahuetismo, se juntó

deshonestamente con Pompea, mujer de César, que por esto la repudió justamente. Glóriase Arístipo Filósofo (acerca de Ateneo) haber sido solo, quien entre todos los amantes de la Laida Corintia, la poseyó sin ser poseído della, sólo por servirse tal hembra de la autoridad del Filósofo, para traer con su medio la tropa de estudiantes a su casa. No trato de Nerón, de Cómodo, de Heliogábalo, de quien escribe Lampridio haber observado no menos la amistad de alcahuetes que de rameras, estudiando por su medio en toda suerte de corruptela. Tampoco digo las cosas que apuntan sobre esta materia los poetas en razón de los antiguos dioses, porque Mercurio tiene título de nuncio, y su mensajero universal, y bien a propósito, por ser famoso hablador para declarar sus embajadas. A Momo hacen portero de los mismos, por ser su particular alcahuete en toda ocasión. A Venus y Cupido a la deidad destos amores, respeto de nacer dellos todas las alcahueterías en las cosas lascivas y amorosas. Por esta causa fingen volver Júpiter a Juno su mujer muchas veces celosa por medio de los alcahuetes; Marte guarnecer la frente a Vulcano; Pan con sus Sátiros, Faunos, y Silvanos seguir las Ninfas de Diana; Océano buscar el amor de Tetis, de Glauco, de Milicerta, y poner Príapo asechanzas con todos medios a una y otra ninfa. Es poderosísimo tal arte para combatir toda persona, por constante que sea; porque no hay viuda tan sabia y prudente, casada tan cuerda y advertida, doncella tan estable, propósito tan firme, intención tan fuerte, conciencia tan dura, que no padezca por sus ardides si no patente movimiento, a lo menos debajo de tierra minas tan maliciosas, que vienen a dejar la roca arruinada y destruida. Pregunto, ¿qué fortaleza hay, aunque sea de diamante, que pueda estar sin moverse a su escoda? ¿Qué presidio aprovechará, qué provisión podrá bastar, qué orden habrá bueno, qué centinelas serán a propósito contra sus invenciones y engaños? No se puede hallar quien la iguale, cuanto más quien la sobrepuje o venza por algún camino, ni por fuerza descubierta, ni por estratagemas secretas, ni por consejos ocultos, ni por sutileza de invenciones, ni por medios doblados, ni por modos maliciosos; supuesto alcanza sola ella cuanto saben todos los doctos y artistas del mundo. Menos entiende de persuasión un Retórico que un alcahuete, supuesto loa éste con excelencia, exagera con admiración; aconseja con destreza; persuade y disuade maravillosamente, adorna sus hablas; ajusta sus cosas; da color a sus razones; engrandece sus pensamientos; confuta los dichos contrarios; aniquila el ajeno parecer; ensalza el suyo, y con palabras,

con novelas, con motes, donaires, y diversas invenciones hace creer cuanto quiere. Espanta las mozuelas con el terror de los valientes; alegra con las promesas; hace entristecer con las malas nuevas, y reír con las buenas, transformándose a su albedrío, ya en amor, ya en aborrecimiento. Compone las palabras con notable adorno, con el semblante las imprime, con la gravedad les da fe, con colores las viste, y con hipocresía les adquiere una devoción singular; naciendo de aquí hacerse señor del ánimo, dueño de la imaginación, y Rey de la voluntad de cada uno: porque sintiendo el modo de decir, el orden de relatar, el estilo del discurrir, la gracia del pronunciar, las figuras de las palabras, la invención de las cosas, el método escogido, el medio obrado, y el deseado fin; todo se le rinde, haciéndose por elección su secuaz y dependente. Imita al Gramático en escribir cartas amorosas, tan bien dispuestas y apuntadas, que causan admiración con dictar y explicar curiosamente sus pensamientos. Halla nuevos modos de escribir, nuevas cifras, enigmas y secretos, para que las cartas no sean entendidas, sino por quien fuere su participante: escriben con zumo de cebolla, con leche de higuera, con agro de cidra o limón, con agua de alumbre, y se muestra al fuego. Forman caracteres con albayalde destemplado con goma, y se interponen a la luz; destilan reluciénganos, y escriben con aquél tan ocultamente cuanto se pueda decir. Muéstrase un poeta en escribir los casos acerbos con piedad de palabras, los hechos alegres con gozo de corazón, en representar los desafíos de amor; las cazas de los Sátiros con las Ninfas, las pescas lascivas de Neptuno y Neroe con Doris y Anfitrite. Es todo heroico, cuando habla de lides amorosas; todo lírico describiendo los deleites de Venus; todo satírico acordando desdenes y enojos; todo cómico fingiendo alegría; todo trágico proponiendo desesperaciones. Tiene por sujeto las fábulas como el poeta; los versos por medio; los amores por objeto; el canto por instrumento, y la posesión de las rameras por principal fin de toda cosa. Anda siempre armado de varios versos para quien va buscando ocasiones. Ayúdanle las Musas a cantar algún caso agradable y nuevo, las Gracias a colorirle porque se crea; Apolo a dar resplandor al conceto; Mercurio a adornarle de palabras; Palas a recitarle con sabiduría, y Venus a imprimirle dulcemente en el circunstante pecho. Llévase como al descuido dentro del seno un soneto, un romance, una docena de redondillas, una canción de verso, y estilo grave que habla con facundia, con tropos elegantes, con figuras elocuentes, y con palabras limadas y tersas. Muestra el papel a la señora, tal vez con letras de

oro, con galanes caracteres: léese con dulzura, pronúnciase con suavidad, descúbrese la invención, manifiéstase el sentido, y declárase el fin del poeta. Alégrase la celebrada, llénase de gozo, y el alcahuete salta de contento, por haber por medio de un soneto o romance adquirido el corazón de señora tan hermosa y cumplida. Sírvese de la historia por otras partes admirablemente, valiéndose de las astucias que usaron varios amantes, para hacerse poseedores de sus armadas. Como Amón que se hizo enfermo, porque le visitase Tamar; Dalida que lloró porque le revelase Sansón el secreto de la fuerza; Aquiles que vistiéndose de doncella, engañó y gozó a Deilamia; Eneas que por medio de la caza se halló con Dido en la cueva, Cleopatra que por vía de magnificencia convidó a Antonio a su amor; Circe que con encantos atrajo al sabio Ulises a su afición. Pues ¿qué si se entran por los libros de caballerías, contando los tristes sucesos de Lancerote, de Tristán, de Amadís de Gaula, de Esplandián, del caballero de la Cruz? No hay duda sino que enternece sumamente los corazones femeniles, devotos por estremo de alegres fruslerías y novelas. En fin no hay mujer de cualquier estado o edad que sea, por más que profese perfecta castidad, que deje de encenderse con semejantes historias, inclinándose con tales ejemplos de amor, a la disposición y gusto de sus amantes. Un alcahuete relata las ingeniosas cartas de Fílides a Demofonte, de Hero a Leandro; las dulces respuestas, las ofertas suaves. No calla la fábula de Olimpia, la de Genebra, la de Isabela: halla las novelas del Bocacio, de Cintio o Cervantes, recita las locuras de Roldán, los amores de Reynaldo, los desdenes de Angélica, la afición de Rugero y Bradamante, combatiendo con estos dislates lascivos la virtud de las mujeres casadas, la castidad de las doncellas, y la preciosa honestidad de las viudas, que bien a menudo vienen a quedar violadas con tales razonamientos. Usa el alcahuete muchas veces Lógica, para confutar las razones de las mujeres, muéstrales lo falso por lo verdadero; importuna con argumentos; responde con objecciones, insta con nuevos silogismos: y al fin concluye con que a tal hora se abra la puerta, y cosas así. Habla del término, dándole de dos o tres días, descubre el nombre, muestra el verbo que es correr, y procura cumplir el intento: compone una oración, que Pedro está abrasado de su amor: constituye la proposición de su ardiente deseo; hace una hipótesis, si ella quiere; forma una gentil figura del amante acerca de remover la contradición de la persona amada; acomodar las diferencias, convertir los ánimos en uno, subalternar ésta con aquél, y

aquél con ésta, haciéndoles equipolentes. De allí forma el sujeto de la mujer, el preciado del hombre, la cópula de ambos, la materia es apta, la forma es justa, la figura es buena, el medio término está pronto, el modo en orden, con que se hace una perfeta conclusión de juntarse: y porque el negocio dure, se cumple con toda puntual demostración. Procura un alcahuete agradar con la Arismética: con ella granjea voluntades, y adquiere créditos, contando escudos, cuyo sonido ablanda piedras. De la Geometría saca el modo de fabricar escalas para arrimar a paredes y ventanas, sabiendo decir qué distancia haya desde la tierra al balcón, o con cuánto se podrá llegar adonde duerme la señora. Con la música deleita los oídos, dispone el ánimo a toda lascivia, destruye las costumbres, pervierte la honestidad, inflama las almas, mientras se cantan amores, ternezas y requiebros. De la pintura y escultura se vale para convidar la vista a la sensualidad, con la imitación de retratos y simulacros, que tienen en sí no menor fuerza que la presencia de las cosas: a que alude la fábula de Pigmaleón por estremo encendido del amor de una estatua, como si fuera una hermosa dama; el mancebo Ateniense, de quien dice Celio haber enloquecido por el bello simulacro de la Fortuna, llegando a tanto dislate, que no la pudiendo conseguir con sumo interés, se mató delante della: sin el otro llamado Alquidas, que (según Plinio) estupró la estatua de Venus, obra del grande escultor Praxíteles. También Terencio en el Eunuco introduce un mancebo inflamado, por haber visto una tabla, donde estaba pintado Júpiter, que descendiendo en lluvia de oro, se mezclaba con Dánae. No hay duda sino que son incentivos de grande sensualidad las deas pintadas desnudas delante de Paris, las Ninfas que se lavan mirándolas los Faunos de parte escondida, los solaces de Diana en el frío Eurota, los robos de Elena, las Lucrecias desnudas, las Nereidas en la mar tan lascivas, sin otras cosas semejantes de mal ejemplo, según declaró la preciada imagen de Cupido, que formó Praxíteles, de quien dijo Crates Cínico era un claro depósito de la destemplanza de los Griegos. En suma un alcahuete es tan sutil en sus cosas, tan astuto en las invenciones, tan sagaz y advertido en las observaciones, tan malicioso y bellaco, que según las ocasiones se transforma variamente como un Proteo, varía colores como un camaleón, sólo por conseguir su intento. Aboga tal vez, por adquirir beneplácito de quien desea conquistar, consulta sobre grandes dotes prometidos, para dejar con tal añagaza presos los albedríos: juzga por tribunal, y favorece la parte a que se inclina. Vuélvese Filósofo, especulando la naturaleza

de las mujeres, sus deseos, apetitos y deleites. Tórnase Médico, prometiendo a las doncellas soldar lo quebrado al tiempo de sus bodas, apretar los pechos porque no crezcan, procurar la dispersión del parto, si se ofreciere; poner impedimento, para que no se conciba, y con achaque de visitar en las enfermedades, se introduce en amistad tan estrecha y peligrosa para su honor, como testifica el Ejemplo de Eudemo y Vecio Valenciano, de quien uno so color de visita alcanzó a Libia, mujer de Druso; y otro a Mesalina, que lo era de Claudio. Las promesas del Alquimista son propias de todo alcahuete, porque cada uno promete plata, dineros, y oro en grandísima copia, como consienta la doncella, como la casada se doble, y la viuda condecienda, ofreciendo no faltarán jamás escudos, cadenas, sortijas, y cosas deste jaez. Es el oro quien abre la puerta, quien quita los candados, quien arranca las cerraduras, quien rompe las paredes de la femenil castidad. Por eso dijo Ovidio:

Aurea sunt vere haec saecula, plurimum auro
venit honos; auro conciliatur amor.

Ni hay para el alcahuete medio tan poderoso, como que el pretensor tenga qué gastar, porque no hay roca tan fuerte, como dijo Filipo Rey de Macedonia, que no se pueda conquistar, como pase por su puerta un jumento cargado de oro. Vístese también el alcahuete de Astrólogo y adevino, y hace del Quiromante, del Geomante, del Agorero, del Soñador, del Fisionomista, para adquirir con estos engaños el amor de las mozuelas. Trata de pronosticarles por las manos sus futuros matrimonios, los hijos que han de tener, si serán varones, o hembras, con el movimiento de los pies derecho, o siniestro; cuántos amantes han tenido, cuántos tendrán, cuánto han de durar; anúncianles felicidades, riquezas y honores, interpretándoles los sueños en buena parte, diciéndoles sus inclinaciones, y haciéndoles tocar con la mano tal vez alguna cosa, mediante la fe que adquieren, llegan a poseer su gracia. Sobre todo enseñan las alcahuetas supersticiones, encantos y hechicerías. Por esto Canidia, Sagana, Veya, y Folia acerca de Horacio, y Panfilia en Apuleyo aprietan a sus amantes con encantos. En la tragedia de Calisto, Celestina alcahueta inflama con tales cosas a Melibea. Por el consiguiente se añaden los somníferos y bebidas amatorias, que por virtud diabólica, permitiéndolo Dios, introducen tal vez el deseado efeto, y tal vez singular daño en la vida. Por tanto se lee haber muerto Lúculo con tal engaño; y Lucrecio (según Stacio) perdió el entendimiento. Finalmente el alcahuete prevale con las mujeres por

medio de infinitas artes mecánicas, mostrándoles labores finas, hilos delgados de varias suertes, telas, tocas, sedas, recamos, bolsas, guantes, y cosas así; con cuyas niñerías atraen con facilidad las doncellas, domesticándose tanto, que se llega a efetuar su designio. Tiene sin esto práctica con las lavanderas, y vase al río donde las habla. Sírvese de las criadas, por cuyo medio presenta lo que le parece; pone en obra toda persona, para que le haga mensajes, sirviendo de instrumento hasta las mendigantes que tocan a las puertas, con achaque de pedir limosna. Válense al último estos tales por último refugio de la hipocresía, con que de fuera parecen santos con los Rosarios en la mano, con los Paternostres gruesos, con el susurro de palabras devotas, con el hacerse del escrupuloso, con esparcir santimonia por toda parte, con vestir a lo beato de frailesco o pardo, siendo por dedentro demonios, serpientes, arpías, corrompedores de buenas costumbres, sembradores de pecados, seductores de almas, homicidas de cuerpos, extirpadores de todo bien, promotores de todo mal; entre quien se cuenta un Crobilo que mantenía en su casa dos perversas alcahuetas, ambas ruina de toda joventud. Por lo que en Paulo Manucio se derivó aquel proverbio,

Crobyli iugum:

un Cinaro que (acerca de Timeo) prometió consagrar a Venus todo lo que sacaba de las tercerías: un Silón insigne alcahuete en Cátulo: una Sinopis Trecisa que llevó el arte desde Egina a Atenas, según Teopompo; una Dipsa famosa en esta maldad, de quien Ovidio escribe:

Est quaedam (quicumque volet cognoscere Laenam,
Audiat) est quaedam nomine Dipsas anus.

Por tanto, queden en universal advertidas las mujeres honestas para guardarse con destreza desta maldita generación, siendo por estremo mañosas en contrastar, y evitar sus diligencias, porque para las conquistas de su castidad no tienen bombarda más eficaz, ni violencia más fuerte que la del alcahuetismo; que con palabras, promesas, ocultas asechanzas, artes, y malicias, cavan poco a poco la tierra, hasta que cae la fortaleza del precioso honor. Acerca deste sujeto indigno, vituperoso, infame, vil, y merecedor de perpetua exclusión se puede ver a Pedro Crinito, lib. 11 de honesta disciplina, c. 8.

De los abridores de sellos, y de los Signáculos, o Registros Discurso LXXIII.

EL artificio de hacer sellos no fue cosa moderna, fuera de que en las historias antiguas se lee haber usado Octaviano Augusto en su sello la Esfinge, Mecenas las Ranas: Lucio Papirio Cursor el Pegaso, Marco Tulio el Garbanzo, y Vespasiano las Gorgonas. Son llamados en Latín los que abren sellos *Signarii*, y así los nombra el Digesto en el título de *Tabulis exhibendis*. El arte es honrosa de sí, porque se deriva de los plateros, que las más de las veces son los que fabrican sellos de latón, plata, y oro, con labores de armas, de empresas, y nombres: abriendo sutilmente así letras como otras señales. En general florece este ejercicio en las cortes, tocando a sus maestros contentar a hombres fantásticos, que quieren poner sus bizarrías en los sellos, como en el que hizo abrir en uno a Cupido encadenado, denotando por esto la libre posesión de su amor. Otro hizo dibujar a Cupido sacándose una espina del pie, por estar enamorado de una doncella llamada Rosa, cuya interpretación podrá juzgar quien quisiere. Asimismo el que quiso grabasen una ostra de perlas, por estar encendido en una que se llamaba Perla: sin tener fin las invenciones así extravagantes, y dignas de risa, como cuerdas, y graves, siendo de todas secretarios los abridores de sellos. Los defetos son demasiado notorios, como cuando salen sentidos, o adulterados con plata baja, si se forman della; o mal encavados. Mas viniendo a los signáculos (que son las cintas con que se registran los libros) digo ser arte antigua, hallándose el uso dellos en muchos lugares de la Biblia, y en especial en el Apocalipsi. Esta invención tiene mucho del natural; porque cualquiera por hallar con comodidad las cosas de los libros confusas, y repetidas en varios lugares, obra de buena gana los registros: y por ventura las insignias y bandas de los soldados se tomaron dellos, o ellos de las otras, respeto de que entre la muchedumbre de cosas es necesario distinguir en alguna manera para tener mejor orden. Esta labor hacen las monjas en Italia por estremo bien. Mas en España toca de ordinario a los cordoneros, por los botoncillos, y guarniciones que tienen arriba, y bajo. Nótese finalmente haber sido sello por estremo curioso, el de Mahomet Bajá, que tenía un gusano de seda con una hoja de moral en la boca, por

estar encendido de una mora su esclava, de quien significaba recebir vida, como el gusano de la hoja.

De los Reyes de armas, o Araldos. Discurso LXXIV.

LOS que profesan dividir las insignias, y escudos, llaman comúnmente Reyes de armas. Éstos ponen la mira sólo en pintar cosas que contengan algo de heroicia y grandiosidad, teniendo por infamia y vergüenza traer en las armas, bestias, ternera, oveja, cordero, capón, gallina, ganso, o alguno destos animales, que por servidumbre, o uso son necesarios a los hombres; y al contrario por cosa honrosa, las bestias crueles, y fieras rapantes, con otras pinturas que descubren en sí un no sé qué de ánimo invicto, y generoso. A este fin Cayo Mario, que fue siete veces Cónsul, dedicó (según Plinio) a las legiones Romanas el Águila; también tomada por cesar en la ocasión, que volando por medio de sus escuadras mató, para su feliz agüero, dos cuervos que le daban molestia, trayéndola siempre de allí adelante los siguientes Emperadores. Esta misma era la insignia del Rey Antíoco, teniendo demás un dragón entre las uñas. Los Frigios eligieron al puerco, bestia dañosa; los Egipcios al buey por animal fortísimo; los Armenios al carnero; los Corintos al Pegaso; los Italos al caballo; los Asiáticos a tres sierpes; los Africanos al elefante; los Milesios al León; a quien también los Leoneses de España, los Francos viejos, Sajonios, y Venecianos. Los Atenienses pusieron al mochuelo; los Argivos al ratón; el Peloponeso a la tortuga; los Suevos al oso, los Godos a la osa; los Alanos al gato animal rapante, y engañoso; los Flamencos al toro; los Aquitanios al leopardo; los Seneses a la loba; los Napolitanos al asno con las cestas; los Scitas traen por grandeza un rayo; los Persianos el arco; los Cilicios una cabeza armada; los Traces un Marte; los Fenicios un Hércules; los Coralos dos ruedas. Entre particulares Agamenón (según Pausanias) usó traer en el escudo una cabeza de un león con estas palabras:

Este es el terror de los hombres, y quien le lleva es Agamenón.

Antíoco tuvo el león con el Caduceo, Teseo al buey, Seleuco al toro, Cayo Mario dos bueyes en el escudo; Pompeo Magno un león con una espada empuñada; Atila un azor coronado, sin otras cosas a esta traza. De aquí es haberse elegido los de Europa a imitación de los antiguos, las armas, y escudos con alguna figura que significase y representase cosas de ánimo elevado, como los Ursinos que eligieron

al oso con el reloj en la mano; los Coloneses la coluna coronada; los Vizcontes la serpiente; los Esforzas un león que tiene en la mano un ramo de melocotón; los de la Robere la encina; los Cardonas los cardos; los Espineles las espinas; los Figueroas cinco hojas de higuera; los Fajardos las ortigas, los Mendozas las cadenas y corazones, y otros muchos que tuvieron noble cuidado de explicar en lo exterior sus altos caprichos. Por esta elevación y grandeza los Romanos antiguos, a quien salvaron los gansos que velaron en el Capitolio contra los Francos, dudaron (no obstante tanto beneficio recebido) si los traerían por armas, respeto de ser aves viles. Recita el Casaneo haber sido las armas del valeroso Héctor dos leones de oro que se miraban el uno al otro en campo rojo; las de Josué tres papagayos verdes en campo de oro; las de Judas Macabeo un dragón rojo en campo de plata; las de Alejandro Magno un Rey que estaba sentado en un trono Real en campo azul; las del Rey Arturo fueron en campo azul tres coronas de oro. Fue lícito siempre (según Bártulo) formarse las armas cada uno por sí, si bien algunos usaron recebirlas de mano de algún gran Príncipe, en memoria de la fidelidad, o algún gran servicio hecho; afirmando los Legistas ser esto de mucha más reputación, de mayor preeminencia, y de más señalados privilegios que si él mismo se las compusiera. No es vedado usar las armas de otro, cuando no se haga por injuria, o cuando verisímilmente no puedan causar escándalo, y rencilla: en que deben estar advertidos los Gobernadores, y jueces de los lugares y provincias. Mas quien quisiere ver más por extenso estas conclusiones junto con otras, lea el Catálago del Casaneo en la primera parte, con que por ventura quedará enteramente satisfecho, y entenderá también muchas cosas de las libreas, que constan de más colores: como era el cidari, o diadema de los Reyes Persianos, que era una faja blanca listada de rojo, para mostrar la igualdad de aquel Imperio, porque lo blanco es símbolo de clemencia, y lo colorado de rigor. Son estimados hoy por más nobles los que ponen en los escudos espadas, dagas, alabardas, hachetas, arcabuces, torres, rocas, máquinas, fuegos, y otros instrumentos de muerte: porque muestran puntualmente hallarse el ánimo interior envuelto sólo en las cosas de ruina y destruición. Así explican estas imágines y figuras, la crueldad, el robo, la violencia, la temeridad y fiereza, que tienen concebida dentro, en lugar de virtud, y de generosa nobleza. Juzgan también éstos por locura, astrologar, y filosofar de contino en torno a semejantes cosas, mientras con desatinados pensamientos aplican el color negro a Saturno, atribuyéndole por eso la perseverancia, el

silencio, y paciencia. O quieren signifique el azul celos, según la opinión de muchos, dándolos por dueño a Júpiter. O consagrando lo amarillo al Sol, haciéndole significar deseo, y alegría, por el precio de su metal, y por su luciente resplandor. O publican signifique lo rojo venganza, atribuyéndole al señorío de Marte. O acomodan lo encarnado a Venus, y también lo verde, queriendo signifiquen amor, y esperanza. O apropian lo blanco a la Luna, diciendo publica pureza, y sinceridad de ánimo. O aplican todos los otros colores mezclados a Mercurio, y quieren que así como es vago, y vario, así denoten en él variedad de entendimiento y pensamientos. Con todo, estos Reyes de Armas, o Araldos; llamados así (según Eneas Silvio) de Héroes, que eran soldados veteranos (supuesto sólo los tales lo podían ser; por eso *Heral* en Tudesco, significa viejo en las armas, o soldado veterano) fueron muy privilegiados por los antiguos, de tal manera que se lee haberlos honrado Baco, ya sojuzgada la India, con estas palabras:

> *Yo os libro hoy de las fatigas de la guerra, y quiero seáis llamados soldados veteranos, y héroes: vuestro oficio consistirá en servir a la República, en vituperar los malos, en loar los buenos; y de los otros cargos quedaréis libres. En todo lugar y parte donde llegáredes, os darán los Reyes sustento, y vestidos, y seréis honrados entre todos. Los Príncipes os presentarán dones, y os darán sus vestidos; vuestras palabras tendran fe, y vosotros huiréis de las mentiras, juzgaréis a los traidores, y pronunciaréis por infames a los que dijeren mal de las mujeres. Estará en vuestra libertad ir por toda tierra, y en toda parte tendréis seguridad, y habitación. Si hubiere alguno que con palabras o hechos os injuriare, será castigado con las armas*.

Alejandro Magno de allí a mucho tiempo añadió a los primeros privilegios déstos, pudiesen traer oro, púrpura, vestidos, y hábitos morados, y sobre ellos las armas, y insignias Reales en todo lugar donde se hallasen. Quiso también, que si alguno los injuriase, o hiriese, se le confiscasen los bienes, y cortase la cabeza; y esto escribe Tucídides, Herodoto, Didimo, Megástenes, y Jenofonte. La tercera vez Octaviano Augusto, después que hubo fundado la monarquía Romana, los honró con esta ley:

> *Cualquiera que tú seas, que por diez años hayas militado con sueldo, como tengas cuarenta años, o caballero, o peón que hayas sido, quiero que de aquí adelante quedes libre de la milicia, con nombre de soldado veterano. No se atreva nadie a echarte de la ciudad, de la plaza del templo, ni albergue. Ninguno ose atribuirte defeto, ponerte cargo, ni*

pedirte dineros. Si en alguna cosa hubieres errado, tocará sólo al César castigarte: si alguno te injuriare, se le corte la cabeza;

con otras mil exempciones, privilegios, dignidades, y favores. Últimamente fue Carlo Magno el que engrandeció el nombre de los Araldos, o Reyes de Armas, después que habiendo vencido los Sajonios, y Longobardos fue llamado con nombre de César y de Augusto. Ni sólo confirmó los privilegios de Octaviano, sino que también se los aumento sumamente, declarando ofender la Majestad Imperial cualquiera que les hiciese agravio o ultraje. En España toca a los Reyes de armas hallarse en los actos públicos, como son juramentos de Príncipes. Asisten en los torneos y justas Reales, notando todo lo que interviene allí, como libreas, mantenedores, jueces, padrinos, lanzas que se corren, picas que se juegan, golpes de espada, y otras cosas. En los saraos, llaman, y declaran a quien se han de dar los premios. Quien quisiere ver sus preeminencias, y privilegios derivados de varios Emperadores, lea los tratados de Lucas de Pena, que los pone todos.

De los mozos de silla
Discurso LXXV.

MUCHAS ocupaciones en lo aparente parecen viles, y bajas, que miradas con sus circunstancias, se descubren por honrosas, y de tal estimación, que no deben causar vergüenza a quien las ejercita. Entre éstas podría ser por ventura encarecida la de los mozos de silla, que se acostumbran en varias partes a beneficio común. Para mostrar desto alguna razón propongo ante todas cosas haber usado el llevar las sillas personas políticas y honradas: supuesto entre soldados se usó en las vitorias de los Capitanes llevarlos en sillas, como en triunfo; porque el valor militar recibiese el premio debido por la vitoria de los enemigos. Por tanto se lee en muchos autores, de Alejandro, de César, de Pompeo, de Marco Antonio, y otros, haber sido honrosamente acompañados de los soldados en semejante forma. En muchas Universidades se usa también hoy llevar en sillas a los Catedráticos, acompañados de escuadras de Estudiantes, que haciendo subir el *víctor* hasta las nubes, los pasean por las ciudades; costumbre que ha parecido a todos digna de ser seguida, por tener mucho de policía y nobleza. Casi alude a esto, que cuando algún Dotor de Leyes, o Medecina, viene en la muerte acompañado en la sepultura, se ve ser llevadas las andas ceñidas de Códigos y Digestos, o Hipócrates y Galenos sobre hombros de los Dotores de su profesión, en honra del difunto, y en señal del triunfo, que viviendo adquirió con sus virtuosas acciones. También (según Fernando López) en las Indias Orientales se acostumbra llevar a las personas grandes en sillas por causa de honor. Así luego que llegó Vasco de Gama Capitán General del Rey don Manuel, a la ciudad de Calicut para exponer su embajada a la persona Real, fue llevado desde su posada en una destas sillas con suma reputación. Tal uso parece sea por el consiguiente muy antiguo; supuesto en la vida de Nerón atribuye Suetonio al mismo, se hiciese llevar en público en la silla de la madre, ceñido por cada lado de doce o más criados que le sustentaban: y por eso (como escribe el Blondo) juzgó Domiciano Emperador cosa digna y puesta en razón, quitar a las cantoneras de Roma, el ser llevadas en sillas, como acostumbraban las señoras. Mas para mayor honor deste ejercicio se uso en la Iglesia Romana desde los tiempos antiguos, llevar al Sumo Pontífice en silla, siendo universalmente juzgado por cosa gloriosa, y entre todas

naciones por especial veneración. Fuera de que llevar en silla, es cosa acomodada para personas cansadas, o enfermas. Por eso Aulo Gelio hablando del scimpodio (suerte de silla muy usada en Grecia) dice a este propósito:

> *Offendimus Frontonem Cornelium in scimpodio Graeciensi cubantem, cum pedes graviter aegrotaret*.

La silla es por el consiguiente de suyo noble, y digna de todo respeto. Así Homero pinta a Júpiter en la silla de oro. La Escritura celebra el trono de Salomón por cosa de inmensa majestad: y el Anguilara, en la contienda de Ajax y Ulises sobre las armas de Aquiles, pinta al Emperador de los Griegos en una silla sublime y gloriosa, haciéndole corona en torno los más nobles Héroes del ejército Aqueo. Por manera que los mozos de sillas no son tan bajos como algunos piensan en razón de su oficio; bien es verdad, que usándole por ganancia se les puede aplicar limitado honor. Mas si en esta parte no son loables, lo serán por lo menos en que se descubren hombres terribles, y de ánimo indómito, concurriendo con el famoso Atlante que (según Poetas) sustentaba a Olimpo con las espaldas, y con Júpiter que en forma de toro llevó a Europa, hija de Agenor.

Cuéntase de cierto mozo de silla una graciosa burla, y fue que un ganapán con buen traje se hizo llevar dél en silla cerca de media legua, y finalmente queriéndose apear dijo, no tenía dineros con que pagarle; mas que en cierta taberna donde se había ocupado dos años llevando cueros, le habían quedado a deber doce maravedís, y que por la primer posta le ofrecía la mitad de tal deuda: por manera, que el mozo de silla visto había perdido su trabajo, por último remedio le dejó caer en un pozo que estaba cerca, desembarazándose en un instante de tan ruin carga.

De los Perfumadores Discurso LXXVI.

FRECUENTARON los Atenienses tanto los ungüentos y perfumes (según Hiparco y Menandro) que aunque en Atenas se vendían a precio excesivo, no supieron abstenerse jamás del uso dellos, por el regalo y vicio que predominaba en los hombres y mujeres de aquella ciudad, gloriosa por otros particulares. Refiere Alexio Poeta Griego de los Sardianos haber sido sobremanera estudiosos de ungüentos, y olores, y poco diferentes de los Atenienses, por tener como los otros el ánimo tierno y afeminado, vendiéndose entre ellos tal mercaduría a precio carísimo. En Posidonio se lee entraban en los convites Reales de Siria (cuando las coronas se distribuían entre los convidados) algunos Babilonios con pequeñas redomas de aguas olorosas, y bañaban con alegría sus frentes, observando la ceremonia y uso de los olores, por cosa muy señalada. Quizá por esto escribe Minorides Griego, haber tenido los antiguos costumbre de ungir la cabeza en medio de los convites, pasando entre todos en ciega vanidad por loable costumbre. Con esta mira Sófocles Poeta introduce a Venus hablando a los Cretenses después de haberse perfumado y hermoseado toda. Homero tratando de Juno, la describe toda llena de lascivia con perfumes y ungüentos, mientras dice;

Ambrosia primum praedulci corpore sordes
abluit, inde cutem niveam, peploque perunxit
divino.

Por eso el arte de los Perfumadores (hoy propio de los guanteros) sería según el uso antiguo muy estimado, cuando no se atravesase otro obstáculo que le prívase del concedido honor. No se lee quién fuese el primer inventor de ungüentos. Plinio dice no usarse en tiempo de los Troyanos: mas Josefo contradice esto, escribiendo que Jacob (según Eusebio) fue muchos años antes que la guerra Troyana, y envió a Josef su hijo (entonces Presidente de Faraón) entre otros presentes también ungüentos. El mismo Plinio y Solino cuenta, que Alejandro, entradas las trincheas de Darío, entre las otras cosas del Rey, halló un escritorio de ungüentos que se juzgaron por bienes ricos, honestos, y loables. Mas Herodoto escribe haber usado los Persianos antes que Darío los ungüentos; porque Cambises hijo de

Ciro envió al Rey de los Etíopes los Embajadores Macrobios con dones grandísimos, en quien se hallaba un vaso de alabastro con ungüento. Quiere Plinio sea la invención de los ungüentos propio de los Persas; y parece tenga Horacio lo mismo en aquel verso:

Persicos odi puer apparatus.

Mas no saben referir quién fuese en Italia el primero que inventase tal profesión; sólo se colige de muchas historias haber estado Roma trecientos años sin el uso de ungüentos, y perfumes. Mas luego que en ella comenzó a faltar el ejercicio de las armas, se introdujeron vicios y lascivias. Por eso Tito Livio, Macrobio, Salustio, y Marco Tulio, no cesan de lamentarse y maldecir las vitorias y conquistas de los Romanos hechas en Asia: porque si los Persas y Medos fueron sojuzgados con sus armas; al contrario ellos los dejaron vencidos con vicios y delicadezas, adquiriendo entera posesión en la ínclita ciudad donde jamás se había admitido. Poner anillos de oro en los dedos, cargar de especería las viandas, enfriar el vino con la nieve, y traer olores y perfumes sobre sí, dice Cicerón, enviaron los Asiáticos por presentes a Roma en recompensa y venganza de las ciudades conquistadas, y de la sangre de los mismos derramada en tantas batallas y rencuentros como hubo entre una y otra gente. Así mayor daño sin duda recibió Roma de Asia, que Asia de Roma; porque las tierras que los Romanos adquirieron en Asia, luego se perdieron; mas los vicios que Asia envió a Roma, nunca salieron della. Es de ver ahora, si bien varios autores estimaron tanto los perfumes y olores, que los han celebrado por deleitosos, y provechosos al cuerpo, como Alexio que testifica conceder los buenos olores gran parte de salud al celebro; Alceo que cuenta por alegre y suave cosa haberse ungido el pecho con preciosos ungüentos; y Galeno que dice ser el olor deleitable conveniente al celebro, como es lo dulce amigo de la naturaleza; con todo eso el usarlos con demasía, no sólo es digno de vituperio, sino de manifiesta contradición; como tienen todos los hombres prudentes y sabios. Escribe Ateneo haber desterrado de su ciudad los cuerdos Lacedemonios, todos los perfumadores en universal; fuera de que Solón instituyó en sus leyes no se pudiesen vender ungüentos ni perfumes. El año de la fundación de Roma trecientos y veinte asimismo el Senado Romano prohibió a las mujeres beber vino, y que ningún hombre osase comprar algalia, almizcle, ámbar, ni otros olores, pareciéndole corrían parejas estas dos cosas, para corromper hombres y mujeres. A este propósito cuenta Suetonio, que hallándose Vespasiano Emperador con la pluma

en la mano para firmar una merced hecha a un caballero Romano su familiar, echando de ver despedía de sí suavísimo olor, arrojó al punto la pluma con grande ira, y rompiendo el papel, se volvió al infeliz, diciéndole estas palabras:

> *Yo revoco la merced que te hice: porque te juro por los dioses inmortales, quisiera olieras antes a cebollas o ajos, que a esos ungüentos femeniles.*

Refiere Aulo Gelio, que contendiéndose en el Senado de Roma sobre de cuál de los dos Capitanes propuestos se pudiese hacer elección para enviar a la guerra de Hungría, tocando hablar a Catón Censorino, dijo:

> *Destos dos que habéis nombrado yo quito el voto a Paulo, no obstante sea mi pariente, porque sin haber jamás salido con heridas de la guerra, le veo caminar por Roma todo oloroso y perfumado.*

A este fin se lee, que Licurgo en las leyes que dio a los Lacedemonios, mandó so gravísimas penas, no osase alguno vender ni comprar cosas de olor, ni ungüentos preciosos, salvo si no fuese para ofrecerlos a los templos, o para medecinas de enfermos. Ruciar camisa o pañizuelo con agua de olor, o traer unos guantes de ámbar, puede pasar sin nota: mas gastar cantidad de escudos en esto, es sin duda cosa vana, vergonzosa, y usada de vilísimos hombres. Plinio cuenta se ungía Nerón hasta los talones y plantas de los pies con preciosos ungüentos: y que Cayo se lavaba desde los pies hasta la cabeza con aguas olorosas. De Heliogábalo dice Lampridio no haberse contentado de ungirse las partes que la vergüenza estorba nombrar con ungüentos de valía inestimable, sino con doblado vicio yacer desnudo entre rosas, lirios, amarantos, violetas, y flores de toda suerte. Por otra parte afirma Julio César haber los fortísimos Belgas entre otras cosas aborrecido sumamente estos perfumes, como cosas de ánimo afeminado y tierno. Léese (acerca de Plinio) haber hecho Publio Licinio Craso un edicto en razón de que no se pudiesen vender tales perfumes. Con todo eso vuelvo a decir que se pueden usar honestamente, con que será tal arte muy provechosa, antes muy necesaria para las vidas. No diré a este propósito haber usado Safo poetisa (según Ateneo) perfumarse con suavísimos olores; ni que Parrasio illustre pintor la haya imitado, sin dejar por eso de vivir virtuosamente: menos que Homero escriba haberse ungido el cadáver de Héctor por personas grandes, con precioso aceite de Rosas; mas sólo diré leerse en el Evangelio haber ungido María con nardo precioso los preciosísimos pies del Señor, y haber llevado la misma

los ungüentos preciosos al Sepulcro, para dar con estos medios evidentes señales de su fervor. Con que se viene a probar ser el uso de tal arte admitido. No obstante falsifiquen los perfumadores bien a menudo por varios caminos y maneras almizcles, ámbares, algalias, y todos géneros de olores y perfumes, cometiendo por momentos manifiestos engaños y robos. Está puesta en crédito esta ocupación por causa de la preciosidad de tantos ungüentos como se hallaron, que apenas los pueden contar inumerables autores. Propercio loa mucho el crocino de Rodas, o Cilicia en aquellos versos:

Sit mensae ratio, voxque inter pocula currat,
et crocino nares murrheus ungat onyx.

El moleatro de fragantísimo olor es celebrado por Horacio. El nardo a quien Pontano llama Árabe, y Gerónimo Baldo Asirio, es encomendado por Lucrecio diciendo:

Et nardi florem nectar qui naribus alat.

Otros tuvieron en grandísima estimación el narciso, el nicerobino, el amaricino, el pardalio, el mirabolano, el melino, el ciprioto, el telino, el cinamomo, la mirra, el bálsamo, y el amomo, recibiendo de tales composiciones y misturas honor y fama Lisboa, Nápoles, Capua, Tarso, Chipre, Coo, Atenas, Sidón, Alejandría, Pérgamo, Siria, Egipto, y otras partes. Mas acerca desta ocupación son de notar algunas cosas en Alejandro de Alejandro, fol. 134.

De los Relojeros
Discurso LXXVII.

EL primer inventor de los Relojes entre Griegos (según Plinio) fue Anaxímenes Milesio dicípulo de Anaximandro y Tales, siendo quien primero enseñó a los Lacedemonios aquella suerte de reloj, que los Griegos llaman *Sciotericon*, instrumento que por vía de sombras solares muestra las horas. Llegaron éstos mucho más tarde a Roma, refiriendo el mismo haberse visto en aquella ciudad los relojes doce años antes que Pirro guerrease contra los Romanos en tiempo de Lucio Papirio Cursor: queriendo Marco Varrón fuesen vistos en público la primera vez en tiempo de Marco Valerio Mesala, y de la guerra Cartaginés, en los años de la fundación de Roma cuatrocientos y setenta y uno. Así es cosa clara, no haber tenido los antiguos reloj, como ahora nosotros: por eso llamaban al suyo *Solarium*, porque sólo en el sol miraban y consideraban la razón de las horas, teniendo cierto instrumento distinto con debida proporción de líneas, y con un báculo de madera o cobre opuesto al sol, que con la sombra mostraba las horas, como declara el Blondo. Éste dice asimismo, se servían de ciertas Clepsidras, o vasos de bronce, de agua, o arena (según otros) por cuyo medio notaban el curso de las horas. Por tanto se lee muchas veces en Plinio orador, y en Cornelio Tácito, haber sido ordenado, se orase por espacio de tres o cuatro Clepsidras. Y que tales relojes usasen los mismos, muestra la autoridad de Tulio que apunta:

> *Aut cum solarium, vel descriptum, aut ex aqua contemplare, intelligitur declarari horas arte, non casu*.

De todas las suertes de relojes de sol trata menudamente Oroncio Fineo, y el moderno Juan Paduano Veronés, que compuso un libro particular de la composicion, y uso de muchas formas de relojes solares. Mas Rafael Mirami Hebreo, en cierto discursillo suyo enseña un admirable modo de hacer relojes por vía de espejos que muestren las horas en lugar donde no llegue rayo de sol. Para los relojes solares sirven los autores citados, que discurren por extenso, y podrán ser de algún provecho a los artífices dellos, mas de poco a quien no tuviere su prática, por ser la teórica en tal materia difícil de percibir, y de dar a entender. Del reloj movible trata el Cardano doctamente. Queriendo yo tocar alguna cosa más en particular, digo en general contienen los

relojes en sí, horas, medias, cuartos, y minutos. El reloj de Italia (según Juan Paduano) comienza a contar las horas desde el Ocaso del sol. El Español, Francés, y Alemán, desde mediodía, a medianoche. Mas para entenderse de relojes, conviene tener noticia de los ángulos horarios, de los arcos Horizontales (que los Árabes llaman *Acimut*) de los verticales, del diurno, de la ascensión recta, de la oblicua, de las declinaciones, y distancias, de la longitud, y latitud del sol; de los días naturales, y artificiales (de quien se trata en el discurso de los Coronistas) de las distancias, de las horas, de los grados, de las horas Equinociales, Antemeridianas, Postmeridianas, Inecuales, Occidentales: del Horóscopo, del Nemon, o estilo, de la mira de las líneas rectas, y perpendiculares, de la línea del Horizonte, de la Meridiana, de la del Estilo, o mira del Nadir, que es el punto opuesto a la Eclíptica del Cenit, o Vertex, que es el punto en el cielo derechamente eminente a nuestra cabeza; del seno recto, oblicuo, y reverso; de la superficie meridional, de la sombra versa, y recta; y de cosas tales necesarias en materia de relojes. Éstos comúnmente, son de sol, con su Nemon, o estilo de mira, o son de agua con su caja (de quien trató Tesibio) o son de arena también con la caja; o son de ruedas con sus partes, esto es las ruedas con los polos, roquetes, dientes, y otras cosas con sus nombres, como la serpa, la maestra, pesas, cuerdas, volante, peso, caja, martillo, campana, rayo, números, mano, despertador, y todos los demás que intervienen. Esta ocupación es por estremo honrosa y útil, por la gran comodidad de la ciencia de la hora, y de los tiempos para sus ejercicios. Ilustrola Juan Carlos Reinaldi insigne sobre todos los desta facultad. Reloj admirable fue el que envió Fernandino Emperador (como escribe el Bugato) al Gran Turco Solimán, supuesto tenía todos los movimientos de las Esferas, fabricados con tan maravilloso ingenio y artificio, que así la obra, como el autor, se mostraron monstruosos al mundo. Entre los vicios que tienen estos profesores, se puede poner por particular, el excesivo precio que piden por limpiar un reloj. Sobre todo gastando ripio en muchas palabras en razón de otros; afirman haberlos ajustado, aderezado las ruedas, puesto el ostensor en su punto, acomodado el tiempo, enderezado muchos hierrecillos, quitádoles el orín; y en suma con tenerlos en su poder meses, muestran haber mezclado dentro grande operación. Tras esto, apenas los entregan a sus dueños, cuando es menester volverlos a su tienda, respeto de lo mal que los aderezan. Últimamente sobre los relojes se pueden ver algunas cosas en Pedro Vitorio, a fol. 384.

De los Picadores, Domadores de caballos, Caballerizos, Silleros, y Corredores de palio a caballo. Discurso LXXVIII.

SON tan dóciles los caballos, y tan aptos para aprender cuanto les enseñan los Picadores que según Plinio, en una ciudad del Reino de Nápoles que se llamó Sibari, no sólo los hombres del ejército, sino también sus caballos estaban acostumbrados casi como a danzar al son de la Sinfonía. Y comunicoles la naturaleza (por decirlo así) tanto de inteligencia natural, que hacen cosas conformes a la humana razón, conociendo casi por presagio las batallas, llorando por los amos muertos, entendiendo las voces, hablas, señas, y movimientos de sus señores, siguiendo las pisadas de los mismos, y defendiendo sus vidas en las ocasiones. De aquí es contar Felisto Griego del caballo de Dionisio Tirano, que habiendo sido dejado un día en un atolladero todo envuelto en el lodo, cuando se vio libre y desembarazado, siguió hasta casa las pisadas del ingrato dueño, casi con juicio natural. Filarco refiere del caballo de Antíoco, que habiendo sido muerto su amo en la guerra, mientras el vitorioso ocupaba la silla, el animal procedió tan desenfrenadamente que le echó en el suelo, hiriéndole, y atropellándole con los pies, hasta matarle míseramente. Caretes Lindio celebra el Bucéfalo de Alejandro, no tanto porque costó doce talentos, ni por ser fuera de modo gallardo, y feroz, cuanto porque armado para entrar en la batalla no consentía subiese en su silla otro que su generoso dueño. Tranquilo en la misma forma engrandece el hermoso caballo de Julio César, que tenía las uñas hendidas, y distinctas, a manera de dedos humanos, no sufriendo tampoco dejarse subir sino del mismo César. Plinio cuenta de cierto caballo de Nicomedes Rey de Bitinia, que amó con tanto afecto a su señor, que viéndole muerto rehusó el sustento con cierto instinto natural, hasta que siempre tristísimo y doliente se dejó consumir del todo. Virgilio exalta admirablemente a Etón, caballo de Palante hijo de Evandro, de quien dice haber llorado de pena en las obsequias funerales de su señor, apuntando en aquellos versos:

Post bellator equus positis insignibus Aeton

it lachrimans, guttisque humectat grandibus ora.

Y Silio ensalza grandemente a Peloro y Cireo caballos dóciles, y que entendían las voces y señales de sus dueños, mientras dice del uno:

At docilis fraeni, et melior parere Pelorus,
nonnumquam effusum sinuabat devius axem ;

y del otro:

Percussus vocibus altis
spectantium Cireus fertur sublime per auras.

Desta natural docilidad que mostraron estas bestias, por estremo amigas del hombre, se derivó el arte de los Picadores, o Caballerizos, que principalmente consiste en el amaestramiento de los caballos, para hacerlos obedientes, y sujetos a los movimientos de sus amos. Tal profesión halló (según los poetas) Belerofonte hijo de Glauco Rey, en tiempo que sobre el gran caballo Pegaso venció aquella indómita y monstruosa quimera. Mas Diódoro tiene fuese Neptuno el primero que domase caballos, y enseñase el modo de ir en ellos; no obstante fuéselos Peletronios Lapitas los inventores de los frenos y de las vueltas, y los primeros en Tesalia, que en las guerras usaron caballos armados, como hoy se acostumbran. Los Númidas entre otros (según Apiano) guerrearon en caballos sin silla. Al ejercicio déstos pertenece conocer la calidad de los caballos que tienen conformidad con los elementos, de que unos participan más que otros, como el que participare más de la tierra, será melancólico, pesado y vil; tendrá el pellejo morcillo, cervato, o meloso, y de semejantes colores variados; el que más del agua, será flemático, tardo y débil; su color será blanco: el que más del aire, será sanguíneo, alegre, así, de templado movimiento, y será bayo; el que más del fuego, será colérico, saltador, ligero, raras veces de mucho nervio, y suele ser de color gris, semejante a la llama o al carbón encendido. Mas cuando con la debida proporción participare de todos, será perfeto. A tal arte conviene asimismo entenderse bien del pellejo del caballo. Entre todos son los más templados, de más valor, y que tienen más robusta y gentil naturaleza, el bayo, el castaño, el rucio rodado, el señalado sobre negro, y también el gris metalino, o alazán tostado. Los que se llegan más a éstos retienen siempre en sí más perfección, como el bayo claro o escuro (no de los falsos o engañosos con los ojos al través y encarnizados) el gris a manera de carbón encendido, y no de llama, el blanco mosqueado negro, el rubio plateado con las estremidades negras; esto es las puntas de las orejas, cola, y piernas, siendo mucho

mejor si tuviere lista desde el crin hasta la cola. Es de notar serán entre los malos pellejos algo mejores los que tuvieren las últimas partes negras: y hablando en general (según la experiencia) no hay pelo tan excelente, que pueda ser en todo perfeto, si no se halla en él alguna señal de adustión, teniendo por lo menos negros los lugares de abajo. Conviene asimismo a la perfección deste ejercicio tener entera noticia de las buenas y malas señales de los caballos, como el calzado de la mano de la lanza que suele ser de buen manejo y sentido, aunque tal vez desastrado: el calzado del pie derecho se dice Arcelio; y si bien en sus obras parece excelente, con todo eso en batallas sale a menudo soberbio, vicioso y desdichado. El calzado de blanco el pie del estribo será de buen corazón, gran corredor. El calzado de las dos manos con alguno de los dos pies blanco, será desastrado y poco feliz. El calzado sólo de dos pies con estrella en la frente es de valía: mas cuando sin la estrella tuviese blanca la mano izquierda o la derecha, aunque es señal de precio, no sería de tanto valor. El calzado de cuatro será caballo sincero, y de buena fantasía; mas raras veces de mucha fuerza. El calzado de la mano de la lanza y pie derecho se dice trabado peligroso, y así digno de poca estima. El calzado de la mano de la rienda, y mano del estribo, se llama trastabado, y será mortalísmo, y fácil al caer. Con éstos correrá casi parejas el calzado de la mano de la lanza y pie del estribo. El calzado de las partes de abajo, que denota buena señal, si demás tuviere la estrella blanca, o la cinta que le decienda de la frente por el rostro, sin tocarle las cejas, y sin llegarle al hocico, será de estrema bondad. Y si el caballo sin ser calzado tuviese estas señales, sería de buen corazón y lealtad. El calzado de las partes de abajo amenaza mal efeto, aunque tenga la estrella o lista en el rostro, y será maligno. El calzado que tiene la estrella en la frente, que no le hace lista, ni tiene otra sobre el hocico, será desastrado, y de mala boca. Y si algunas destas señales de bueno o mal efeto estuviese con algunas manchas negras afina en mal o en bien aquel caballo en el ser que se halla. El caballo mosqueado blanco por todo el cuerpo suele ser muy excelente: mas si fuese mosqueado en los ijares, hacia las ancas, o en el cuello hacia la espalda, sería de mala señal, y se llamaría atabanado. El blanco mosqueado negro será diestro y ligero, y lo mismo mosqueado rojo, si bien es mejor el negro. El de pelo rucio que tiene sólo algunas mosquillas rojas, será soberbio y desbocado. El de pelo turbio y bisojo será las más veces falso. El caballo que tiene blanco el negro de los ojos, no ve tan bien cuando camina con frío, y por donde hay nieve: el

que tiene señal blanca se suele mostrar no libre en el caminar, y con facilidad cae: si tiene sólo el remolino será afortunado; y aunque tenga cualquier otra mala señal, como posea ésta, resistirá a cualquier influjo maligno. Con todo eso cuando estuviese el remolino en la espalda, o junto a los ijares, o corazón, o donde se le pudiesen ver con los ojos, es señal infeliz, y opuesta a la referida. A este menester toca también entenderse cuáles deben ser los miembros del caballo perfeto. Quiere tener los vasos lisos, negros, largos, redondos, secos y encavados: y si acaso fuesen blancos, siendo anchos de cuartillas, mostrarán mayor ligereza. Debe poseer las coronas sobre las uñas pelosas y sutiles, las junturas gruesas; y si tiene copia de pelos detrás de las mismas, denotará fuerza. Han de ser las piernas derechas, los brazos nervosos, con las cañas cortas, justas, iguales, y bien hechas. Asimismo las rodillas gruesas, sin carne, llanas: la espalda larga, ancha, y fornida de carne; ancho y redondo el pecho; el cuello en proporción, grueso hacia el pecho, enarcado en el medio, y sutil junto a la cabeza: las orejas pequeñas y agudas; la frente descarnada y ancha; los ojos negros, alegres y gruesos; las cuencas de los sobrecejos llenas y salidas hacia fuera; las quijadas sutiles, y con poca carne; la nariz hinchada y abierta, que en ella se vea lo bermejo de dentro, para que el anhélito sea más fácil, y ocasión de tenerle mayor. Toda la cabeza quiere ser larga, seca, y que muestre en todo lugar las venas: mas para jinete a la ligera debe ser pequeña, con las mismas referidas partes. Las crines sean largas, espesas, crespas, y repartidas sobre buena mano, porque denotan gallardía y fortaleza. Los lomos redondos, y llanos hacia espinazo, que quiere ser encanalado y doblado: las costillas esparcidas y anchas con poco trecho desde la costilla trasera al ñudo del anca; el vientre largo y ancho, y bastantemente escondido; los ijares llenos, la anca redonda, llana, un poco caída, con una canal en medio, y que tenga grande anchura y travesía de ñudo a ñudo: los jarretes enjutos y estendidos; las corvas dilatadas a manera de ciervo, porque sea veloz, la cola fornida de cerdas crespas, y larga hasta el suelo con su tronco grueso de justa medida, y bien puesta entre las piernas. Entre otras cosas se deben notar en tal arte las calidades del espinazo del caballo, que son cuatro; porque a veces es débil, y hace sentimiento; a veces se encoge, cuando quieren subir en él, y lo mismo hace cuando golpeado, o cuando se quiere manejar, donde se vee la natural flaqueza; a veces está duro, firme, sin hacer movimiento, ni alzarse de lomo, y entonces el caballo es por estremo bueno y fuerte; a veces se inclina al subir y bajar. Mas

aunque el caballo se halle estremamente organizado por la naturaleza, sin el socorro humano, y enseñanza de picadores, no podría ser de tanto provecho, ni tendría en sí tanta valentía. Por eso habiendo el caballo (llamado en Latín *Equus*) tomado el nombre de la igualdad y justicia, es menester sea ajustado por los Caballerizos con proporcionadas medidas diestramente al paso, al trote, al galope, a la carrera, al partir, al parar, a los torneos, a los saltos, al estar justo de cabeza, según la voluntad de quien está encima. Débesele enseñar también el paso elevado, el trote libre, desatado (o sea desempiedracalles) el galope gallardo, la carrera veloz, los saltos recogidos, las corvetas, el manejo seguro y presto. Esta arte enseña asegurar los caballos, quitalles las sombras, llevarlos fácilmente con caricias, y hacerlos llegar donde les agrada, castigándolos cuando son restíos con una vara entre las orejas, y por todo el cuerpo, salvo en los ojos, acompañando en tal tiempo con el castigo la voz terrible, amenazándolos, estrechando o alargando la rienda, o sobrerrienda; y dándoles en la anca, solicitar que troten a galope con cuanta furia se puede, regalándolos, y haciéndoles ir alrededor por aquellos tornos que usan comúnmente los que se ocupan en semejante ministerio. Ésta advierte el ir a caballo con buena apostura y brío, estar justo en la silla, y manejar los caballos con disciplina conveniente, dándoles las vueltas de justa medida, haciéndoles parar con regla, ayudándoles alguna vez, porque no salgan de la señal, poniéndoles falsas riendas cuando es menester, quitándoles la cabezada si fuere necesario, acomodándoles el cañón con las guardas derechas, tocándoles los ijares, y arrimando las espuelas a tiempo, socorriéndoles con los siete modos comunes, voz, lengua, varilla, riendas, muslos, estribo, espuelas, haciéndoles parar cuando conviniere, señalándoles carreras con limitada distancia, adiestrándolos en saltos; y finalmente haciéndolos sosegar, y pasear: como advierten los maestros, y libros que dello hay escritos. Ésta ordena acomodarles todas suertes de frenos, cuyos nombres casi infinitos dejo de poner, por evitar prolijidad, y también porque hay libros dellos. Ésta enseña en breves palabras la regla de conocer los mejores caballos que se dividen en rocín, cuartago, haca, caballo, jinete, bridón, villano, bárbaro, turco, sin otros. Asimismo su movimiento, como trote, sobretrote, portante, galope, carrera, salto, y otros; con todas sus diferencias de pellejos, como se dijo arriba. Ésta envía al frenero, herrador, y sillero, a fin de que provean a los caballos con sus artes de lo que fuere menester. El sillero (ya que en otra parte se trata de los otros dos) se descubre con

sus hierros, nervios, cola, cuerdas, y varas de batir la borra, de quien llenan las sillas: donde se nota sus partes y maneras para poderlas perficionar. De suerte que adornado cumplidamente el caballo, sólo faltará subir en él, y hacerle parecer con la disciplina un velocísimo Cilaro, que fue el caballo de Cástor, un Rebo brioso, que lo fue de Magencio, un Arión que tuvo por dueño a Neptuno; un Iride de Admeto; un Etón de Héctor; un Janto de Aquiles; un Terror que fue caballo de Marte; un Flegón que (según Tomás Radino) lo fue del Sol; un Diteo que lo fue de Plutón (según Claudiano) todos insignes en la carrera, y en otra cualquier acción. En esta forma podrán los corredores obrar cualquiera en el palio; porque será promptísimo al partir, llevará al muchacho con comodidad, hará la carrera cumplidamente, conseguirá el palio (premio de la mejor carrera) como se usa en Roma, Florencia, Mantua, Bolonia, Faenza, y otros muchos lugares de Italia; porque así en esto como en lo demás tendrá la disciplina conveniente para la enseñanza que habrá recebido del picador. Al último se requiere también en un experto Caballerizo saber de cuáles regiones se traen los mejores caballos, como los de Argos que encomienda Horacio; los de Asturias parte de España, que celebra Marcial: y en particular ahora los Andaluces; los de Agrigento ciudad de Sicilia, a quien loa Virgilio; los de Élide ciudad de la Grecia, encarecidos por Propercio; los de Argeo monte de la Capadocia, de quien hace mención Claudiano; los de Scitia, los de Irlanda (llamados Hubinos) los de Túnez, Córcega, Cerdeña, Alemania, Francia, Media, con los del Reino de Nápoles. Entre los antiguos picadores es tenido por insigne el de Darío, llamado por Herodoto Cebar, y Pico. Mas quien quisiere saber más de tal arte, lea las Postillas de Gaspar de Ribera, y el libro de Federico Grisón. De los Picadores trata Celio Rodiginio, lib. 5, cap. 45, de sus antiguas lecciones, y lib. 11, cap. 63. También Pedro Vitorio, fol. 130, 131, y 349. Asimismo el Policiano en sus Misceláneas, y Vuequero en sus secretos, fol. 384. Lo mismo el Cardano, de *rerum varietate*, fol. 244.

De la destreza de las armas, y Luchadores, antiguamente Atletas. Discurso LXXIX.

LOS que entre Romanos enseñaron la destreza de las armas, consiguieron el nombre Latino de *Lanista*. Éstos vendían a los maestros de espectáculos (llamados en Latín *Munerarios*, y en Griego *Agoneteta*) los novicios, o tirones, que habiendo aprendido debajo de su disciplina el ejercicio de las armas, se presentaban osadamente en público, adquiriendo nombre de *Gladiatores*; entre quien pone Plutarco a Marciano, y Horacio a Beyano diciendo:

Beianus armis
Herculis ad postem fixis latet abditus agro,
ne populum extrema toties exoret arena.

También Marco Tulio hace mención de Ersenio, y Pacidiano, como de hombres excelentes en este género. El principal oficio de los maestros de esgrima es enseñar (como advierten Aquiles Marocio, Jacobo Modenés, y otros) a tomar la espada, y a ponerse en buena postura. Tras esto los primeros principios son los compases de los pies, y la pronta y fuerte agilidad en el manejo de la espada, para que el brazo hecho a semejante trabajo, tenga duración y fortaleza, y tire después sin casarse gallardas cuchilladas, tajos, estocadas, y reveses. Toda el arte en general comprehende maestro, dicípulo, espada, daga, broquel, guante, esgrimir en toda suerte de juego, como largo y estrecho, de espada y broquel, de espada y rodela, de espada y capa, de espada y daga, de espada sola, de daga sola, de montante, de media espada, y de alabarda. Después tocar falso con falso, filo derecho con filo derecho, guarda contra guarda, rueda contra rueda, hacer una entrada, dos o más, venir a la presa (de quien pone veinte y dos especies determinadas el referido Aquiles Marocio) y quitar las armas contrarias de la mano. En particular se divide esta profesión en heridas y reparos. Entre las heridas se ponen las cuchilladas con todas sus maneras; después los reveses con todos sus géneros. Entre los reparos se ponen todas las especies dellos. El de entrar a largo paso, a estrecho, reparo alto, bajo, de cabeza, de rostro, de cola larga y ancha, de larga y alta, con otros muchos términos deste jaez, de quien como propios suyos trató entre Italianos Guido Antonio de Lucas

Bolonés. Los más comunes de que usan, aunque groseramente, los Maestros de España, son amagar, desmuñecar, embeber, vaciar, escurrir la espada, combatir, envión, remesar la espada, cornada, quiebro, tropezón, culebrar la espada, tormenta, punta, contrapunta, toque, respuesta, contratiempo, botonazo, garatusa, ganancia, reganancia, remesón, boleo, mandoble, hocicar la espada, tiento, contratiento, tajo largo, tajo hendido, tajo bolado, reparo largo, reparo redondo, puerta de hierro, redoblar, trastocar, y así otros.

Tras los que escribieron en esta facultad obras tenidas entre doctos por de hombres meramente esgrimidores, como fundadas en accidentes varios, y raros contingentes, el Comendador Gerónimo de Carranza natural de Sevilla compuso un libro, con que (por lo que dél se pudo colegir) afrentó a todos los pasados, condenando sus errores por mayor, o a lo menos bajándola pocos particulares. Últimamente don Luis Pacheco de Narváez, natural de Baeza, se señaló tanto en sus escritos, que con singular eminencia pudo comunicar el nombre de ciencia a quien apenas le tenía de arte. Así, compitiéndole como a tal, el conocimiento de la cosa por su causa, y al diestro que la profesare, el de la organización, compostura, y simetría del cuerpo humano (como objecto donde se han de ejecutar las heridas, y tener ultimado fin las tretas) los círculos, cuadrángulos y cuadrados que en él se consideran; las líneas diametrales, colaterales, verticales, dimecientes, diagonales, horizontales, y de la contingencia, y las demás, mediante con que y por donde se ha de obrar, que son rectas, curvas, mistas, fluxuosas, espirales, heliacas, circulares, perpendiculares, infinitas, hipotenusas, y paralelas. Sus dimensiones, longitud, latitud, y profundidad. Los ángulos que en él se hallan, y los que puede formar en sí mismo y fuera de sí, que son rectos, rectilíneos, obtusos, mistos, permanentes, instantáneos, interiores, exteriores, superiores, inferiores, y correspondientes. Las acciones que puede hacer en sí, fuera de sí, y en otro, que son accidental, emanente, inmanente, intrínseca, extrínseca, voluntaria, y necesaria. Y del acto el activo, común, corruptivo, dispositivo, generativo, pasivo, privativo, permanente, instantáneo, particular y misto. Del acometimiento, el perfeto, imperfeto, circular, semicircular, y recto. De los agentes la distinción que dellos se hace en fuerte, flaco, mayor, y menor, mínimo, activo, y pasivo. De los aspectos la oposición, contraposición, igualdad de aspectos iguales, igualdad de contrario aspecto. De la cantidad, la discreta, la continua y proporcional. De la causa, la eficiente, material, formal, final, conexiva, ideal. Y para la

parte práctica de la destreza, la causa libre, sujeta, particular, general, universal, propincua, remota, y instrumental. De la circunferencia, la común (con los ángulos y divisiones que en ella se consideran) la particular y la propia. Del centro en razón Matemática, el del círculo, y en la consideración de la destreza, el accidental, propio, de intervalo común, de particular intervalo, y de la gravedad. Del compás, el geométrico, compuesto, sencillo, simple, recto, curvo, transversal, misto, de trepidación y estraño. De la distancia la proporcionada, común y particular. Del estremo, el de la distancia proporcionada, de longitud, latitud, y profundidad, propincuo, y remoto. Del fin, el de privación absoluta, de particular, de detención, de determinación, perfecto, imperfecto, potencial, y ultimado. De la fuerza la operante, resistente, intensa, extensa, o reservada. De las heridas, la de antes de tiempo, en tiempo, y después de tiempo, que son de primera, y segunda intención, de círculo entero, medio círculo, y cuarta parte dél, por la jurisdición del brazo de la espada, y de perfil, en que entra el tajo, y revés, vertical, diagonal, dimeciente, y medio. De los medios, el común de los combatientes, común de los movimientos, de privación común, de particular, dispositivo, privativo, de proporción, proporcionado, y éste particularizado en propio, apropiado, y transferido. De los movimientos, el natural, violento, accidental, circular, estraño, oblicuo, misto, remiso, cardinal, simple, compuesto, de reducción, de aumento, de diminución, de diversión, de corrupción, generativo, de conclusión, y en vía. De la potencia, la activa, pasiva, propincua, remota, común, particular, general, y universal. De la privación la absoluta, la común, y particular. De la proporción, la de igualdad, de desigualdad, de igualdad mayor, y menor. Del cuadrado, el que se considera en el hombre, y el de la circunferencia. De la superficie, la cóncava, convexa, y plana. Del término, el de dónde, y adónde. De la espada, de las líneas, de los movimientos, de la latitud, y longitud. De las tretas, la general, particular, simple, y compuesta: sin los más comunes medios con que la destreza consigue sus efetos. Estos y otros términos, que por la brevedad dejó de poner, aunque parezcan muchos, sino son forzosos, porque habiendo hecho don Luis (como se dijo) ciencia el arte, ninguna de cuantas hay deja de ser dilatada en sus géneros, proporciones, y especies, porque con ellas se pueda llegar a su perfeto conocimiento. Sé decir, que a no ser tan notoria la modestia de su autor, ofrecía este punto campo bien espacioso para sus muchas alabanzas. Mas por tener certeza de que aunque debidas, y justas, no

las llevara bien, será forzoso detener el raudal de las que se venían a la boca, y pluma, para ser escritas; concluyendo, debe no poco España a este insigne varón hijo suyo, pues le abrió los ojos en cosa tan importante, como es defensa, honor, vida, y hacienda, advirtiéndola de infinitos evidentes errores y engaños, tocantes a la verdadera destreza. Veinte y más años de continuo estudio le cuesta este general beneficio; habiendo leído en Madrid a instancia de hombres nobles y doctos la Filosofía de la misma destreza, que como primer acto en este género, fue oído con singular aplauso; y para verificación de su verdad tomó la espada en este y otros particulares, con casi infinitas personas en el mismo lugar, con la mayor duración, tesón, y paciencia que se vio jamás, haciendo las más destas experiencias en la Corte, donde reside de diez y seis años a esta parte, con admiración de los doctos de todas naciones.

Solían acompañar los esgrimidores, los que luchaban, llamados *Atletae*, o *Pugiles*, o *Palaestridae*, del lugar de la lucha: por lo cual dijo Virgilio:

Pars in gramineis exercent membra palestris.

Al arte déstos nombran los Griegos *Quironomía*, y juzgáronla los antiguos necesaria para los hijos: y así Plauto hablando de su institución dijo:

Ante solem orientem, nisi in palaestram veneras, gymnasii profecto, aut mediocres paenas pendere.

De aquí vinieron entre los Griegos las luchas llamadas Gímnicas, donde los Atletas se ensayaron desnudos. Halló estos juegos la primera vez Licaón en Arcadia. Hubo también costumbre de untarse los tales con aceite encerado, por lo que se decían en Latín los que untaban *Caeromasticae*. Y así Lucano llama a la Palestra *líquida*, diciendo:

Arcados autores citharae liquidaeque palaestrae.

Y Estacio la intitula *untada* en esta forma,

Ante alios erat uncta Pales.

Y con la misma razón la llama Calencio *húmeda*. Tras la unción se llenaban de polvo para poderse abrazar, y tenerse bien estrechos, de dónde nació el Proverbio en Paulo Manucio,

Citra pulveris tactum,

cuando queremos significar alguna cosa, adquirida con facilidad y poco trabajo. Entre los antiguos luchadores es encarecido Argesidamo Locrés, y alabado con un himno de Píndaro. A Milón Crotoniate celebra Ateneo. Ángelo Policiano a Hércules, y a Anteo: Plinio a Patrobio liberto de Nerón, que sólo para este efeto se hacía traer la arena desde el Nilo hasta Roma. Saxón Gramático encarece a Estarcatero; Herodoto a Pirégmenes; y Horacio a Glicón. Néstor particularmente desde pequeño (según Homero) venció a puñadas a Clitomedes; en la lucha a Anceo; en la carrera a Ificlo, y en flechar a Filea, y a Polidoro. Tiene Isidoro mostrasen los osos tal ejercicio; supuesto hacen entre sí notables acciones de lucha, y no poco semejantes a la artificiosa palestra de los hombres. Hoy no se atiende mucho a ella, excepto en la Mancha distrito del Reino de Toledo, donde sus moradores robustos y fuertes, se precian de grandes luchadores, mas no desnudos, ni en palestras. Del modo que se ha de tener en las presas, se hallan libros compuestos en diversas estampas: mas este ejercicio se aprende más con prática que con teórica. Pedro Crinito trata de Atletas, o luchadores en sus libros de varias lecciones, fol. 450. Puédense asimismo ver las anotaciones de Beroaldo.

De la Milicia en universal, y de los Capitanes, y soldados en particular, y de los Minadores. Discurso LXXX.

EL nombre de Soldado, que en latín se dice *Miles* (según Ulpiano Jurisconsulto) se deriva a *multitudine*, o a *malo*, siendo propio suyo combatir para desechar el mal; o a *mille*, según Isidoro, y Marco Varrón, porque en tiempos antiguos la milicia Romana constaba solamente de mil soldados elegidos de tres tribus; o por la figura Antífrasis, a *Mollitie* (según Festo Pompeo) por ser el soldado antes rígido, y áspero de ánimo, y cuerpo, que tierno, y delicado. La Milicia es cosa manifiesta (dice Diódoro) haberse derivado de Marte, que fue el primer maestro de tal ejercicio; por eso los Poetas le llamaron fabulosamente dios de las batallas. Marco Tulio atribuye este honor a la diosa Palas; y afirma haber sido llamada por eso Belona. Concuerdan con Cicerón muchos Poetas: mas Josefo lo siente de otra forma, diciendo haber sido Tubal Caín en la primera edad (antes del Diluvio) el más gallardo hombre de su tiempo, y que con el uso se afinó perfetamente en este menester; donde pone la milicia con mucha más antigüedad que Cicerón, y los Poetas. Aristóteles la hace muy rústica desde su principio, apuntando no combatirse entonces con armas, sino con palos, cachetes, y hondas. Esto tiene Herodoto, y Lucrecio diciendo:

Arma antiqua manus, ungues dentesque fuerunt.

Y Plinio escribe haber combatido antiguamente los Moros con los Egipcios, sólo con astas, y palos; mas poco a poco con la pelea vino a llegar al término que vemos. Afirma el mismo Plinio haber sido los Egipcios los primeros que hallaron lanzas en la guerra: y añade allí haber inventado los Lacedemonios la espada, y celada; siendo quizá éstos los inventores de tal arte. Por tanto Aníbal habiendo de pasar a Italia, buscó en Lacedemonia un Capitán de guerra; no obstante atribuya Herodoto a los Egipcios la invención de la celada y escudo. Dice también haber hallado el Rey Midas la loriga. Otro natural de Etolia halló los dardos. Pentesilea Reina de las Amazonas, inventó combatir con hacha y martillo; Saites hijo de Júpiter usó las flechas, y

saetas: aunque según otros fue Perseo, o Apolo, según Diódoro. Inventaron las hondas (según Vegecio) los moradores de las islas Baleares, hoy Mallorca, y Menorca. Así con el tiempo el ingenio humano obró de forma, que la milicia se redujo al punto en que está hoy. Mas sea quien fuere el inventor de las guerras, por lo menos afirman todos haber sido la ambición, avaricia, y honor del mundo, quien ocasionó los primeros combates de los Príncipes. Entre otros afirman Justino, y Trogo Pompeo, haber sido Nino Rey de los Asirios, el primero que por avaricia de conquistar Reino estraño, salió con ejército de su tierra: y lo mismo quiere Fabio Pictor en el principio de lo poco que tenemos de su historia. Con todo se lee haber sido Vexor Rey de Egipto el primero que combatiese sólo por la gloria del mundo, supuesto salió de su Reino contra Tanais Rey de los Scitas, de quien quedando vitorioso, le dejó en su primer estado, sin quitarle hacienda, ni señorío, contentándose sólo con la gloria y fama de su valor, que adquirió con justo título. Juzgó Aristóteles ser tal arte necesario al mundo. Inútil y vano sería (dice Jenofonte) arar y sembrar los campos, si no hubiese quien después los defendiese de las presas y robos de los hombres, combatiendo, y guerreando. De aquí es haberla tenido Platón por estremo a propósito para evitar las injurias, y ofensas que nos hacen. Hipodamo escribió ser necesarios en una ciudad, labradores, artífices, y soldados. Por eso viene a ser celebrada la milicia con curiosas sentencias de varios autores. Dice Valerio Máximo haber adquirido la misma el Principado de Italia para el Imperio Romano. Diole la Monarquía de muchas ciudades, de grandes Reinos, y de valerosas naciones. Abriole las bocas del Estrecho, y golfos del mar. Facilitole las asperezas de los Alpes, y del monte Tauro. Dilató sus confines desde el Tibre hasta las colunas de Hércules, y fijó los términos desde el mar helado hasta la Etiopía adusta. Glóriase Scipión Africano (acerca de Ennio) de haberse abierto camino para el cielo, con la sangre y muerte de los enemigos: a que consiente Cicerón diciendo, haber subido Hércules a las alturas por la misma vía: por eso en la oración *Pro Murena*, dice obedecer a las armas toda cosa. Muestra el Maquiavelo ser la milicia, quien con eterna loa de sus secuaces llena de gloria el mundo. Polibio encomendando la vitoria, aplicó al que vencía en la guerra una suma ganancia, robando de una vez hombres, mujeres, tesoros, ciudades, y provincias. Esto expresó Aníbal (acerca de Apiano) cuando en una oración hecha a sus soldados para animarles a la vitoria, dijo, no debían esperar por premio el valor de un caballo, el de un anillo, el de

una cadena; sino la felicidad de las riquezas Romanas, que consistían en una vitoria. Dionisio Halicarnaseo hablando de la vitoria de Farsalia, dijo, no haberles quedado a los vencidos seguridad, confianza ni amparo; y por opuesto al vencedor gloria inmensa, eterna fama, amplísimos despojos, inestimables riquezas, y el imperio de todo Oriente: así Alejandro (acerca de Curcio) guerreando contra Darío, después de haber loado, según costumbre militar, a sus soldados, dijo, les prometía sin duda una vitoria tal, que llenaría a Macedonia, y a toda la Grecia de piedras preciosas. Blondo a propósito del honor de la milicia entre Romanos, dice hallarse señaladas catorce gradas más dignas en los espectáculos de los teatros junto a los Cónsules, y Senadores, sólo para los soldados. Ulpiano refiere haber concedido Julio César a los soldados ampla libertad de hacer testamento sólo por honrarlos. Divídese está milicia en terrestre, y naval: y la naval en marítima, y en la de ríos navegables; donde intervienen Generales, y cosarios; a quien pertenece juntar las armadas, ir en corso, elegir parajes, acometer los bajeles, seguirlos, arribarlos, cerrar los pasos, abordarlos, embestirlos, saltar en ellos, robarlos, remolcarlos, quemarlos, echarlos a fondo, y destruir del todo las armadas enemigas. La milicia de tierra comprehende el ejército veterano, bisoño, insignias, compañías, escuadras, tercios, escuadrones; y en ellos la frente, alas, costados, y espaldas. Demás las cabezas de Infantería y Caballería: en la primera se hallan, Atambor, Pífaro, Soldados, Cabos de escuadra, Sargentos, Alféreces, Capitanes, Sargentos Mayores, Gobernadores, Coroneles, Maeses de Campo, Generales de ejércitos de Infantería. En la otra intervienen, General, Lugartiniente, Comisarios, Capitanes de lanzas, Tenientes, caballos ligeros, arcabuceros de a caballo, hombres de armas, estandartes, junto con los Capitanes de artillería. En la Infantería sirven los soldados particulares, con mosquetes, arcabuces, alabardas, partesanas, montantes, picas, lanzas, y según los antiguos con arcos, ballestas, hondas, y bombardas: en la otra, con lanzas, mazas, y estoques. Contiene también muchas personas que no combaten, como Proveedor, Comisario General, Comisarios particulares, Furriel mayor, Furrieles particulares, Tesorero, Pagador, Veedor, Contador, Auditor, Capitán de campaña, gastadores, espías, y vivanderos. Sirven en la misma varios instrumentos de fuegos artificiales, como granadas, lenguas, balas de metal, entre quien arcabuces, mosquetes, culebrinas, pasavolantes; y finalmente otro cualquier género de artillería. Entre las armas defensivas entran

escudo, o rodela, con la embrazadura, y sus cojinillos, pavés, adarga, y broquel. Mas en particular los de a pie suelen usar morrión, casco, gola, jaco, mangas, y guantes de malla, coselete, peto, brazaletes, y manoplas, con sus grebas. El caballo ligero suele obrar la celada, la coraza, y cosas así. El hombre de armas lleva el yelmo, con su espiga, cimera, visera, gorjales, espaldares, brazaletes, guantes, escarcelas, con todo lo demás que les arma hasta los pies, junto con las bardas de los caballos, y otros ornamentos suyos. También pudieran entrar aquí varias, y antiguas máquinas de guerra, como Testudines, Arietes, y otras que por brevedad dejo, remitiendo a Vegecio a quien por extenso lo quisiere ver. Últimamente debajo de instrumentos de milicia, se hallan insignias militares, divisas, bandas, empresas, cimeras, banderas, estandartes, con sus cruces, escalas, bagajes, carros, vituallas, municiones, y cosas tales.

Fuera desto, los lugares de la milicia, o son abiertos, o cerrados. En el lugar abierto se considera el campo, con trincheas, fosos, plaza de armas, cuarteles, y otras partes suyas. En el cerrado se hallan fortalezas, rocas, bestiones, fuertes, torres, murallas, contrafuertes, parapetos, corredores, torreones, baluartes, plataformas, caballeros, terraplenos, plazas de baluartes, casasmatas, respiraderos, vías secretas, rebellines, puertas maestras, puentes levadizas, falsas puertas, fosos, contraescarpas, y cosas semejantes. En la milicia se consideran también las acciones; así de Príncipes, como de soldados. Por eso pertenece a los unos prevenir el ejército, hacer frente, intimar la guerra, comenzarla, hacer tregua, romperla, renovar la guerra, señorearse de los lugares, adquirir lo perdido, acabar la guerra, y hacer la paz. A los otros toca alistarse, recebir sueldo, alojar, dar muestra, marchar, guiar los bagajes, llegar al lugar, acamparse, hacer trincheas, y fosos, estar lejos, o cerca del campo enemigo, y salir a escaramuzar. Para esto les pertenece también prevenir las armas, lucirlas, ponérselas, salir al combate, pelear con arcabuz, o espada; llevar la artillería, plantarla, cargarla, ponerla en mira, dispararla, tirar largo, o corto, batir, hacer cestones, arrojar fuegos artificiales, hacer minas, contraminas, arruinar bestiones, rocas, y baluartes. Véense en la milicia ordenarse los ejércitos, hacer consejo, exhortar los soldados, dar el nombre, acometer, escaramuzar, combatir de lejos, o cerca, a buena guerra, o a guerra mortal; ordenar la batalla con la vanguardia, retraguardia, y las hileras, con mil géneros de escuadrones. Véese después dar socorro, hacer correrías, refrescarse, presentar la batalla, desafiar al contrario, hacer estratagemas,

emboscarse, hacer encamisadas, embestir a los enemigos, tomallos en medio, tomarles los pasos, fingir la huida, esforzar el paso, pasar entre los enemigos, darles la carga, romperlos, quitarles las insignias, herirlos, matarlos, hacer estrago en ellos, prenderlos, despojarlos, ponerlos talla, tenerlos en servidumbre, o prisión, librarlos, conseguir vitorias, triunfos, y estatuas. Al contrario se ven tal vez pedir socorro, esperarle, no tenerle, o llegar tarde, enfermar, padecer falta de alimentos, no poderse mantener, buscar la paz, no poderla conseguir, retirarse, dar el paso, ser acometidos, y rotos, huir a la deshilada, perder los bagajes, perder las insignias, ser heridos, muertos, o presos, pagar tallas, dar rehenes. Y cuando están fuera de alguna ciudad, o fortaleza, se ve poner cerco, y a veces no poder cercar, no poder tomar los lugares, ser rebatidos, muertos, dejar la empresa, o fingir partirse, tornar al improviso, intentar toda estratagema, enviar a pedir el lugar, acetarlo, o a pactos, o a discreción, quitarle el agua, atrinchearse, hacer caballeros, quitarle las defensas, darle batería, minarle, dar asalto, subir sobre los muros, plantar las insignias, tomar el lugar, y llevarlo todo a fuego y a sangre, saqueando la tierra, desmantelándola, y poniéndola en la última ruina. Por otra parte los de dentro procuran bastecerse de vituallas, y municiones, recogerse en la tierra, alzar los puentes, aparejarse a la defensa, defenderse, hacer contraminas, hacer surtidas sobre los enemigos, y ahuyentarlos. En caso adverso están cercados, pierde el agua, fáltanles municiones y vituallas, no pueden defender el puesto, ríndense a pactos, a conciertos, o a discreción, y cosas tales. Esta arte enseña a preparar las armadas, fabricar las rocas, fortificar los castillos, meter socorro, edificar bestiones, vaciar fosos, fabricar máquinas, elegir armas, combatir muros, traer vituallas de secreto, tejer engaños, y poner asechanzas, usar ardides con el enemigo; asimismo a intentar infinitos excesos, de muertes, de incendios, de sacos, de ruinas, de adulterios, de stupros, de robos de doncellas, y de otras semejantes miserias. Finalmente toda esta disciplina parece está ocupada en este daño de los hombres; supuesto atiende por la mayor parte a este fin de adquirir sus profesores nombre de arruinadores del mundo, y valerosos homicidas, transformando los hombres en costumbres de fieras. Por tanto parece sea la guerra sólo un común homicidio, y una perdición de muchos; y los soldados sólo unos matadores pagados para destruición de la República. Con todo eso Platón alabó sumamente tal arte, y mandó la aprendiesen los muchachos, advirtiendo se armasen soldados en creciendo. El Rey Ciro decía no

ser ésta menos necesaria que la Agricultura. Así fueron tan loados aquellos fuertes caballeros Romanos, Scipión, Sila, Mario, César, Pompeo, Marco Antonio, Claudio Marcelo, Quinto Flaminio, Cincinio Dentato, Paulo Emilio, Marco Sergio, Manlio Torcuato, Curcio, Camilo, y otros, con quien van en hilera Alejandro Magno, Pirro Rey de los Epirotas, Aníbal Cartaginés, Seleuco Nicanor, Antíoco Magno, Mitrídates, Demetrio, Cleomenes Capitán de Lacedemonios, Epaminundas Tebano, Timoleón General de Corinto, Ceneo Tesalo, Leónidas Spartano, Foción, Temístocles, y otros Héroes Griegos, y Troyanos, cuyos nombres se saben ya por estar puestos en Homero, Virgilio, y Ovidio. En tiempos más modernos se celebran Arturo Rey de Bretaña, Clodoveo Rey de Francia, el Taborlán Rey de Persia, Carlos Martel hijo del primer Pepino, Carlo Magno, y otros más recientes, como el invicto Emperador Carlos Quinto, Selín Gran Turco, Francisco Rey de Francia, junto con la valerosa escuadra Imperial. Antonio de Leiva, el Marqués del Vasto, el de Pescara, Juan de Médicis, Pedro Strozzi, el Mediquín, don Carlos de Lanoya, el Duque de Alba, el de Parma ínclito Alejandro Farnesio, sin otros muchos de los insignes linajes de España, y de Italia, Vizcondes, Esforzas, Ursinos, Colonas; y poco antes que éstos aquel rayo de la guerra, Gonzalo Fernández de Córdoba, por sobrenombre el Gran Capitán, terror de Franceses, y gloria de Españoles. Dejo de poner aquí el crecido catálogo de otros valerosísimos por la guerra, hijos de la belicosa España, que fueron en todos tiempos como soles de aquel cielo, consiguiendo innumerables triunfos, y vitorias de varias naciones, en especial de Moros, a quien sólo con su valor oprimieron, hasta dejar libre su patria. Así será imposible nombrar tantos Condes Fernán González, tantos Ordoños, tantos Cides, tantos Machucas, tantos Fernandos Corteses, tantos Álvaros de Bazán, tantos don Pedros Enríquez, tantos Franciscos de Almeida, tantos Alfonsos de Alburquerque, tantos Andreas Furtados de Mendoza, sin otros muchos dignísimos de toda alabanza y veneración.

De aquí es (volviendo a nuestro primer intento) haber sido sumamente loados de muchos ilustres escritores los Centuriones, Tribunos, Legados, Cónsules, Dictadores antiguos Romanos, las legiones veteranas, pretorianas, agrestes, urbanas, palatinas; las centurias, cohortes valerosas; las falanges con los soldados que recebían sus ilustres nombres de diversos oficios, como astiarios, triarios, campinenos, ferentarios, sagitarios, balistarios, augustales, draconarios, y otros de semejantes especies. De aquí es también ser

tan loados los buenos Generales de los ejércitos versados en las disciplinas Matemáticas, y en especial en la Arismética, en que como dice Platón, deben ser instruidos singularmente, para poder contar y disponer con orden las escuadras. También en la Geometría para tomar la medida de los lugares; en la Cosmografía para conocer las tierras; en la Astrología para antever lluvias, serenidades, vientos, tempestades; junto con el espacio de las noches, de las tinieblas, y luz noturna. En las Mecánicas principalmente para combatir los lugares de los enemigos. Sobre todo es necesario el conocimiento de las minas, en que fue excelente Pedro Navarro. Fue en Italia su primer inventor Francisco Jorge Senés, famoso ingeniero, y arquitecto, que estaba en Nápoles con gran sueldo cuando guerreaban allí Españoles y Franceses. Estas se hacen en modo que el fuego y el aire que se hallan en la cava, no tengan por donde exhalar. Así es necesario hacerlas apartadas del lugar que se quiere ofender, para que el defensor no pueda salir fuera a impedir, o para que se sienta menos, y no se vea lo que se cava; advirtiendo se hagan tales minas estrechas, y retorcidas, en especial junto al lugar donde se quiere hacer la ruina, cavando hasta hacer un vacío alto cuatro brazas, y dos de ancho, y obrando que el llano del fondo venga todo sobre la entrada de la mina, en cuyo vacío se ponen barriles abiertos por arriba, llenos de buena pólvora, y al pie dellos una mecha de algodón torcida, hecha bullir con vinagre, azufre, y salitre, envuelta y vestida bien de mucha pólvora de artillería, seca al sol; sobre quien asimismo se ha de meter algo de pólvora. Al último se ha de cubrir tal mecha y pólvora con arcaduces de barro, o madera, cerrando muy bien el lugar de la entrada, y atravesando gruesas vigas de encina, o cualquier otro árbol suficiente a resistir la máquina, dando fuego a su tiempo a la pólvora que está junto a la mecha, para que se consiga el efeto, como enseña Vanucio.

Polibio loa en los Capitanes el consultarse con hombres sabios y práticos del arte militar, el silencio de las cosas que se han de hacer; el singular conocimiento así de viajes de mar, como de tierra; la noticia de las oportunidades de los tiempos, y el ejecutar fácilmente las empresas. Añaden Emilio Probo, y César en sus Comentarios, no fiarse demasiado, ni menos desesperar en las dificultades, la diligencia en todas sus acciones; el discurrir con prudencia en todos los peligros; la disposición de los ejércitos; el animar los soldados con palabras y promesas; el rostro alegre y feroz en los casos adversos, el orden señalado del ejército de voces, golpes, y sones de instrumentos,

usando en todo disciplina conveniente; el hacerse amar y temer juntamente de los soldados; el pagarles según la obligación; el premiarlos según lo justo; el acariciarlos en las ocasiones; el instigar los cobardes; el exhortar a los fuertes; el poner ánimo a los viles, y sobre todo el servirse de la fortuna sabiamente. Persuade Nicolás Maquiavelo, que entre el General en la batalla, estando en los ojos de los soldados, como propio objeto para despertar en sus pechos el natural valor. Conviene elegir para cargo tan importante sujeto en todo capaz, afortunado y experto, así en pelear como en regir: supuesto se vuelven tímidos los más valerosos, si los rige caudillo infeliz y cobarde. Apiano Alejandrino describe a Scipión y a Aníbal combatiendo entre el furor de la gente a fuer de soldados, si bien tal vez es mejor obre el Capitán más con el consejo que con la espada. Al buen General pertenece también penetrar y espiar los confines de los contrarios, como dice Polibio y Jenofonte, siendo juzgado por grandísimo daño (dice el Guicardino) ignorar los consejos y secretos del enemigo. Al último se requiere en el mismo una advertida prudencia, una maliciosa malicia, una profunda sciencia, respeto de ser estas tres cosas las que aumentan su gloria, y las que hacen esparcir, y ensalzar su nombre. Por otra parte toca a los soldados el estar criados (como dice Platón) a manera de perros, benignos para con los domésticos, y feroces para con los estraños. Deben asimismo ejercitar los cuerpos, corriendo, saltando, luchando, esgrimiendo, vibrando dardos, arrojando piedras, levantando pesos graves, nadando, caminando, sin estar jamás parados ni ociosos. También les conviene a imitación de la antigüedad el arte de la Palestra, la gladiatoria, la astaria, el ejercicio de las justas, y sobre todo tirar bien de puntería con arcabuz. Tampoco debe ignorar el orden de las batallas; el acudir a tiempo a las banderas; el entender la voz de las trompetas, o el son de los atambores, siendo por estremo importante el conocimiento de las estratagemas enemigas, como dice Polieno. Requiérense en los mismos ante todas cosas la obediencia (como dice Plutarco) la fidelidad para con sus Capitanes, la templanza de hechos enormes, la continencia de vida, el esplendor de ánimo, cortesía, benignidad, y costumbres afables: siendo finalmente sus principales ornamentos la virtud y modestia con palabras y obras. Mas quien quisiere ver con diligencia todas las cosas pertenecientes así a soldados como a Capitanes, esto es en la disciplina universal, el orden de guiar los ejércitos, la elección de los soldados, la disposición de los campos, la instrucción de las escuadras, a la Lacónica, a la Pérsica, a

la Macedónica, a la Dórica: en qué forma ha de marchar, con qué orden pelear, qué géneros de armas se requieren en un ejército, cuántos ejercicios le son convenientes, con qué obediencia se han de mantener los súbditos; cómo se acomete, cómo se retira, cómo se ponen en huida los enemigos, cómo se consiguen las vitorias y triunfos; lea a Herodiano, Vegecio, Higinio, Onoxandro, Frontino, Catón Censorino, Cornelio Celso, Jenofonte, Jenócrates, Modesto, Eliano, y otros antiguos. Y entre más modernos véase a Vulturio, a Jacobo Conde de Porcia, a Justiniano Gloverio, a Guilielmo Belayo, al Cataneo Novarés, al Robertelo sobre Eliano, y a otros muchos que con grande loa trataron de la milicia. Entretanto es bien se contenten los soldados con los honores que les aplica mi pluma, resolviéndose como varones fuertes, a tener paciencia, cuando vieren se ponen también en su catálogo algunos poltrones; tan viles como conejos; tan fugitivos como liebres; tan inútiles como bergantes, vergüenza, deshonor, vituperio, y afrenta de la milicia moderna. Los títulos de muchos son, ladrones, espadachines, matadores, estupradores, rufianes putañeros, adúlteros, sacrílegos, blasfemos, jugadores, y otros así. En ellos no se divisa buen trato, no se halla gentileza, no se conoce bondad, ni se descubre virtud. Los cuerpos son afeminados, las manos lascivas, tiernos los brazos, la disposición y paso mujeril, el rostro sensual, el aspecto venereo, y las guedejas enrizadas con artificio. Por eso ya no rige Marte la guerra, sino los Adonis, los Cupidos, los Ganímedes: no ciñen ya Belona, o Pentesilea la espada, sino Venus amorosa. Esterope, y Brontes huyeron ya de la oficina de Vulcano. Hércules cuando debría combatir, hila en presencia de la Reina de los Lidios: Aquiles se viste de doncella, cuando debría parecer armado; Agamenón se halla en el serrallo de las mujeres, cuando le convendría atender a hechos señalados, y a nobilísimas empresas; y todo sucede por haber pocos que amen el verdadero honor militar, y que por grandeza de ánimo, por generosidad de corazón, y por adquirir fama siga las insignias de la guerra, reducida por falta de amparo, a la más humilde bajeza que se pueda imaginar. Mas porque el discurrir demasiado a la larga contra los soldados ociosos, y negligentes, podría ofender en parte los oídos de los fuertes y belicosos, enseñados a sufrir de mala gana afrentas, me resuelvo a dejarlo aquí. Advirtiendo sólo que de muchas cosas pertenecientes a la milicia habla Pedro Vitorio en los libros de varias lecciones, fol. 129, 136, y 137, Pedro Crinito, lib. 9 de honesta disciplina, cap. 2, Vuequero en su libro de secretos, fol. 634, y 755, Polibio, el

Cabalcante, el Cardenal Polo, el Brancacio, el Ferreti, Patricio sobre el mismo Polibio, Tortalla, y otros.

De los Legados, Embajadores, y Mensajeros. Discurso LXXXI.

TOMARON los antiguos Romanos el nombre de Legado en varios modos (según Carolo Sigonio) y en especial por los que residían en las provincias para manifestar la voluntad del Senado a los pueblos a quien eran destinados, o para ser Consejeros, y Asistentes a los Presidentes de las provincias, como parece entendiese Marco Varrón en aquellas palabras:

> *Legatis qui publice lecti, quorum opera, consilioque uterentur peregre Magistratus, quive nuntii Senatus ac populi essent*.

También Marco Tulio, cuando en la interrogación contra Vatinio les llamó en Latín lo que suena, *Chauces* del Turco,

> *Nuntios pacis, ac belli curatores, interpretes, bellici concilii auctores; muneris Provincialis ministros*;

donde significa una suerte de Legados Senatorios, que eran diez, o cinco: enviados por el Senado para ordenar las provincias, tras de las vitorias de los Emperadores. Fuera de que se señalaban a los Presidentes, como coadjutores en el regimiento de las provincias, especialmente en la administración de cosas de guerra: de quien entendió Apiano Alejandrino, diciendo:

> *Legatos Romani appellant quos Provinciarum rectoribus addunt, ut iis subsidio sint*.

Así lo entendió también César mientras dice:

> *Aliae sunt legati partes, aliae imperatoris, alter omnia agere ad praescriptum, alter libere ad summam rerum consulere debet*.

Tiene Carolo Sigonio por opinión, no fuese menos que de tres el número de tales Legados, y trae a propósito la autoridad de Livio, cuando dice:

> *Decernunt frequentes ut Caius Sulpicius tres ex Senatus nomine Legatos*;

y el ejemplo de Quinto Cicerón, que habiendo ido Pretor al Asia, llevó consigo tres. Con todo piensa el mismo destinase aun más el

Senado, según los respetos, y ocurrencias, como escribe Cicerón, haberle sido aumentado a Bruto y a Casio el número de Legados. Y él mismo siendo Procónsul en Sicilia, tuvo consigo cuatro: y consta haber sido señalados diez a Gneo Pompeo por la ley Gabinia. Cuenta el mismo autor haberse hecho elegir los Presidentes de las Provincias los Legados a su modo. Y esto con razón, por tener en su compañía hombres versados en el arte militar, y no discordes en la administración de las Provincias. Demás refiere, haber sucedido por comunicar los Presidentes parte de su imperio, y potestad a tales Legados, el usar dellos los Fascios, y los Litores, insignias de los Magistrados Romanos, como lo certifica Marco Tulio de Verres, Legado de Dolabela Procónsul, cuando dice:

> *In Achiam sumptu publico, et legationis nomine, cum imperio, et securibus missus est*.

Y que estos Legados fuesen como vicarios de los Presidentes, muestra el mismo Marco Tulio en Gratidio diciendo:

> *Gratidius legatus, ad quem est aditum, actionem se daturum negavit, rei iudicatae stare ostendit placere*.

Y los mismos en confirmación desto eran dejados con el propio imperio y autoridad que tenían los Presidentes, si acaso se partían antes que llegasen sucesores. Por esto Cicerón muestra haber dejado al partir de la Provincia que estaba su cargo por dueño de todo, a un hermano suyo que era legado. Al último, éstos tenían autoridad (como escribe Marco) de mantener razón en los campos, y de castigar los delitos de los soldados, según el modo de la potestad que se les había concedido; con quien conforman hoy no poco los proveedores Venecianos. Sin éstos había otra suerte de legados que se enviaban con embajadas a Reyes extranjeros, a Repúblicas amigas, o enemigas, para tratar negocios de paz, o tregua, o para intimar guerras, o para algunas observaciones de capítulos; o para hacer confederaciones, o para pedir socorro de gente y dinero, o para hacer cumplimientos de amistad y benevolencia; o para otras cosas así. Estas legaciones fueron tal vez menos o más favorecidas, según agradaba al Senado honrar, o agraviar a este, o al otro Rey. Deste género de embajadores escribió Hermolao Bárbaro, varón singularmente docto en todas disciplinas. El mismo modo de los antiguos observan hoy todos los Príncipes modernos, que en la elección de sus Embajadores tienen consideración a enviar las personas más graves, y de mayor reputación, fama, y virtud; y los que poseen mayor riqueza. Ha sido

pues en todos tiempos muy honrado, y favorecido este oficio, y con mucha causa, porque el Embajador es el que representa la persona de su Príncipe; y si él procede como conviene, es al doble estimado, y tenido, usando prudencia en explicar sus embajadas; advertencia en favorecer la parte de su Príncipe; destreza en granjear el beneplácito de los Reyes estraños; sabiduría en adquirir la gracia de la Corte; sutileza en penetrar sus secretos; fe en declararlos a su Príncipe con modo; gravedad en mantener la reputación de su señor; espléndidez a fin de que le tengan por un César; magnanimidad para hacer le juzguen poderoso; mostrándose en toda parte virtuoso, prudente, discursivo, modesto, y apacible. En esta forma podría describir hoy muchos de los Príncipes Cristianos, como del Emperador, del Católico Monarca Filipe Rey de España, de los Reyes de Francia, y Polonia, de la Señoría de Venecia, sin tantos Nuncios de su Santidad, que no tienen envidia a los más famosos Legados que celebran las antiguas historias. Así no hay para qué blasone Eneas de su Ilioneo tan sabio; ni que Pirro se glorie de Cinea tan valeroso; Que Arsace Rey de los Partos se desvanezca por su prudente Agrisis; que Mitrídates se magnifique por su grave Clatis; que Augusto se exalte por Proculeo; Marco Antonio por Turulio; Argesilao por Silo; Trajano por Longino; Cayo por Poncio: porque estos modernos en nada ceden a los referidos en saber poner en ejecución honrada y valerosamente cuanto les toca en ceremonias, cortesías, acciones de caballero, y cuidados de noble, hallando en ellos albergue todas las buenas partes que se pueden imaginar de fama, gloria, y honor. Mas quien quisiera ver con más extensión algo desta materia, lea el Mensajero de Torcuato Tasso, y el de Jenofonte, que discurren por excelencia.

De los Maldicientes. Discurso LXXXII.

Hesíodo afirma que no había de salir la lengua de aquella puerta en que la naturaleza la cerró; porque según Jenócrates,

Dixisse quandoque paenituit, tacuisse nunquam:

No pueden negar los maldicientes, que según Séneca:

Imago animi sermo est, et qualis vir talis oratio.

Mas siendo gente colmada de maldad, jamás saben tener la lengua a freno, olvidándose de aquel antiguo dicho de Plutarco, que

Formicarum et murium est mordere:

y la sentencia más que verdadera de Salustio, que

Omni vitio carere debetis, qui in alterum dicere paratus est,

según el vulgar dicho de Demócrito,

Qui alterum incusat, probri ipsum se intueri oportet.

Deléitanse éstos en parecerse a Osco, de quien escribe Séneca haber nacido sólo para decir mal de todos, o a Momo, de quien dicen los Poetas calumniaba toda cosa, por perfeta que fuese; o al antiguo Zoilo, cuyo rabioso cliente se atrevió al divino Homero, pasando después por costumbre comparar a Zoilo cualquier osado maldiciente: o a Teón tan mordaz, que se derivó dél aquel proverbio de Paulo Manucio,

Dente Teonino rodi:

o a Hiponaz Jambógrafo de lengua tan amarga para decir mal, que nació dél aquel común dicho

Hiponactaeum praeconium.

No consideran el consejo de Pitágoras en razón de que dice Ovidio:

Parcite paucorum crimen diffundere in omnes.

Ni el precepto Socrático acerca de Laercio:

Sepultus sit apud te sermo quem solus audieris:

sino gustan de revelar como Tántalo el secreto de los dioses, y de publicar como la Ninfa Lara los encubiertos amores de Júpiter,

imitando en todo al barbero de Midas. A éstos llama el Sabio necios, diciendo en el Eclesiastés:

In multo sermone invenitur stultitia.

Prolijo sería recitar con cuántos encarecimientos vituperan los autores los maldicientes. Aristóteles dijo tenía el hombre la lengua pequeña en comparación de los otros miembros, habiéndola estrechado la naturaleza, para que como corta se descubriese raras veces. Anaxarco ofreciéndose un día hablar de la lengua con sus discípulos, dijo, nos habían dado no sin misterio dos pies, dos piernas, dos brazos, dos manos, dos orejas, y una sola lengua; queriendo significar, que en ver, oír, y obrar, podemos ser largos cuanto quisiéremos; mas en hablar los más modestos que pudiéremos. Biantes Filósofo decía haber cerrado la naturaleza la lengua con doblada puerta; esto es, con la de los labios, y la de los dientes, para que estuviese segura como en fortaleza, sin mostrarse fuera. Solía decir Solón, era el hablador ciudad sin muro, casa sin puerta, nave sin gobierno, vaso sin cubierta, y caballo sin freno. A lo mismo parece aludiese Teofrasto Eresio diciendo, se debía fiar más de un caballo desenfrenado, que de una lengua descompuesta y desconcertada. Sócrates (según Laercio) decía deberse aprender con cuidado dos cosas, bien hablar, y bien callar. Pitaco Filósofo decía era la lengua hecha a manera de hierro de lanza, mas que era de peor condición, porque la lanza hiere sólo la carne; mas la lengua traspasa el corazón. Siendo preguntado Afronio Filósofo la causa, porque se andaba la mayor parte del tiempo por los montes, poniéndose por instantes a peligro de que las fieras le despedazasen; respondió:

Yo estoy más seguro entre las que tienen sólo por armas ofensivas dientes y uñas, que entre los hombres que poseen manos, pieles, uñas, dientes, y lengua, que es sobre todo.

Plutarco refiere, tenían los de Lidia una ley, que condenaba a reclusión por un año al que tuviese mala lengua, sin dejarlos hablar dentro de aquel tiempo con alguno, sucediendo muchas veces elegir estos tales estar antes tres años en galeras, que medio en tal clausura. Demóstenes Orador fue juzgado por hombre de tan copiosa y aguda lengua cuando quería, que la Grecia temblaba dél. Por eso se juntaron en la plaza un día todos los Atenienses, y ordenaron le fuese dado un grande salario, no porque leyese, sino porque callase. Salustio célebre orador Romano fue odioso a los estraños, y perseguido de sus compañeros, porque jamás abría la boca, o tomaba la pluma para más

que decir mal de unos y de otros. Los Lidios (según Plutarco) tenían una inviolable ley, con que quitaban la vida a los infamadores, y condenaban a galeras a los homicidas: por manera que entre estos bárbaros se tenía por mayor exceso infamar, que matar. Menón Capitán del Rey Darío mientras un soldado llamado Migno mordía libremente un día el honor de Alejandro, le dio con una asta muchos palos, diciendo;

> *Yo no te traigo a la guerra, para que digas mal de Alejandro, sino para que le venzas con las armas.*

De cuyo ejemplo se saca cuán pésimo sea el decir mal, pues hasta el enemigo del que lo es suyo, no le puede sufrir. Acario Filósofo hallándose en un convite, donde jamás habló palabra, preguntado por qué causa callase tanto, respondió, daba la naturaleza el hablar con gracia; mas la sabiduría el saber en qué tiempo se había de hablar. La lengua entre Egipcios fue símbolo de Mercurio, porque siendo aquél sobre las ciencias, querían significar se había de obrar la lengua sabía, y no temerariamente. Con este significado llamó Orfeo en los himnos a Mercurio, pronunciador de la palabra. Los Eseos (secta principal entre Judíos) encomendaban no sin misterio, el silencio a todos los que entraban de nuevo en su escuela. Los Pitagóricos, como refiere san Gerónimo, ordenaban a sus principiantes callasen por cinco años. Los Egipcios (según Platón) pintaban en la escuela una lengua, a quien por medio dividía un cuchillo, queriendo significar fuese apartado de los labios humanos el demasiado hablar. Epiménides Pintor habiendo partido de Rodas para ir al Asia; vuelto después de mucho tiempo, y preguntado dijese algo de lo que había visto en aquella tierra, respondió:

> *Yo anduve dos años por la mar para enseñarme a padecer; diez estuve en Asia para aprender a pintar; seis estudié en Grecia para acostumbrarme a callar; y ¿queréis me ocupe ahora en palabras, y en contaros nuevas?; venid Rodianos si queréis a mi casa para comprar pinturas.*

No se pueden contar los males que nacen desta lengua. Por eso Isopo con su buen juicio debiendo comprar por comisión de su amo la peor carne de la carnicería, tomó la lengua, Ovidio la llama veneno del hombre diciendo:

> *Pectora felle vivent, lingua est suffusa veneno.*

Segundo Filósofo la llamó azote, y castigo de los hombres, aunque es también castigo propio, como decía Quilón Lacedemonio; porque con

el placer que se tiene de decir mal, se siente el disgusto de conseguir el nombre de murmurador y maldiciente: y también a veces es causa de corrección, como intervino a Nicanor, que diciendo mal de Filipo de Macedonia, decía el mismo Rey; no era malo Nicanor, porque le avisaba cuál había de ser. ¿De qué sirve traer a la memoria los daños causados de la lengua? El Rey Antígono ¿no mató a Teócrito Quío por la suma licencia de su mordacidad? Los Lacedemonios ¿no desterraron a Arquíloco por la misma? Dafita Gramático ¿no fue crucificado sobre el monte Toraz, sólo por su pésima lengua contra los Reyes? Anacreonte Ciprio ¿no hizo moler en un mortero de bronce a Anaxarco Filósofo por la gran demasía de su hablar? Alejandro, ¿no condenó a muerte a Calístenes por el atrevimiento de su lengua? Ovidio ¿no pinta a Tántalo condenado por su locuacidad a perpetua sed mientras dice:

Quaerit aquas in aquis, et poma fugacia captat
Tantalus; hoc illi garrula lingua dedit?

Los Triunviros ¿no pusieron a Nevio Poeta en cepos, por su satirizar con la pluma? ¿No vedaron a Timágenes entrar en la casa de Augusto por su lengua venenosa? ¿No fingen los Poetas haber sido mudado el cuervo de blanco en negro por esta ocasión, y por ella convertidas las mujeres en picazas? ¿No se dice que por revelar Bato el hurto a Apolo, fue transformado en piedra? Al último el doctísimo Dante en su Infierno ¿no pone entre otros la turba de Maldicientes, cortados por el demonio con varios golpes de espada? Casi en nuestros tiempos ¿no recibió Aretino mil chirlos y oprobrios por su lengua? y el Franco ¿no fue ahorcado por semejante ocasión?

Este vicio de decir mal unos de otros, aunque es bien antiguo entre todas naciones, parece echó en España raíces más profundas. Aquí los más tienen por importante máxima para adquirir entera opinión de doctos, morder, y condenar a bulto ajenas letras y virtud. Testigo desta verdad pudiera ser particularmente en Madrid, cierto puesto enfrente de San Felipe, donde en varios concursos, y juntas, sólo se trata de supeditar el más ignorante, al más científico, excluyendo la invidia (con solicitar descréditos) debidas estimaciones y alabanzas. Mas de los Maldicientes trata Rodiginio, lib. 8, c. 46, de sus antiguas lecciones. También Pedro Crinito, lib. 3, cap. 1, de honesta disciplina, sin otros

De los Boticarios. Discurso LXXXIII.

UNO de los principales argumentos de honor que tienen de su parte los Boticarios, es ser encomendados por la boca de Dios, como los Médicos, juzgándose no sólo provechosos, mas necesarios al mundo, por hallarse escritos dellos estas palabras:

> *Unguentarius faciet pigmenta suavitatis, et unctiones conficiet sanitatis, et non consummabuntur opera eius. Pax enim Dei super faciem terrae.*

Y en otro lugar compara Dios su preciosa sabiduría a las olorosas composiciones de los Boticarios, diciendo:

> *Sicut cinnamomum et balsamum aromatizans odorem dedi: Quasi myrrha electa dedi suavitatem odoris.*

De donde se saca tener sus cosas no poca amistad y parentesco con las divinas. Concédenseles también entre otros profesores noble lugar; así por ser su arte honrosa, respeto de tener cierta semejanza de ciencia que aprenden de Mesué, de Nicolás, de las Pandectas, y del Matiolo, como por su proceder, supuesto mantiene su reputación con la gravedad condecente a su ejercicio.

En Italia los Boticarios son también especieros, en razón de que será bien advertir, tenían los Reyes de Egipto otras veces el trato déstas, y de las medicinas Orientales, comprándolas de Árabes, Persas, Indios, y otra gente de Asia. El rey Ptolomeo Aulete, padre de Cleopatra (como escribe Estrabón) sacaba de las mismas doce talentos el año, vendiéndolas a Scitas, Alemanes, Franceses, Italianos, Españoles, Griegos, y otros de Europa. Mas habiendo los Romanos conquistado a Egipto, creció mucho más su saca, hasta que su imperio llegó a la última declinación. Entonces comenzaron los Mercaderes a hacer viajes por mar y tierra, a fin de contratar en Cafa, en la Tana, o Tanáis, llevando con gran fatiga, y dificultad, las mercaderías por los ríos Indo, y Oso, y atravesando la Batriana, las conducían a lo largo del mismo Oso sobre camellos, poniéndolas en el mar Caspio, y distribuyéndolas desde allí a diversas tierras, principalmente a Citacra, y al río Volga, donde venían a comprarlas Armenios, Medos, Partos, Persianos, y otros. Desde Citraca las llevaban a Tartaria por la Volga, y de aquel lugar con caballos a Cafa, y otros pueblos cercanos a la Tana. Allí venían los de Europa a

comprarlas; particularmente Venecianos, y Ginoveses. Desde las Indias llegaban también al mar Caspio en Trapisonda, y de allí al mar mayor por río Taso; más deshecho aquel imperio por los Turcos, se deshizo también aquel comercio, comenzándose entonces a traer las especierías por el Éufrates al mar Persiano, y de allí en cargas hasta Damasco, Alepo, Baruqui; y otros puertos. Los Soldanes prosiguieron después este trato por el mar Rojo, y en Alejandría por el Nilo, mas no en tanta copia. Finalmente el Rey de Portugal (habiendo hallado la nueva navegación Vasco de Gama) vino a ser el dueño de las especierías, conduciéndolas a Lisboa, aunque Solimán Rey de Turcos, visto el daño que se le seguía, se esforzó (si bien en vano) a impedírselo con una armada poderosa en el Océano, y con ejército de tierra. Basta que los que tratan en drogas, hacen sus empleos hoy seguramente, y los traen a nuestras tierras. Los Boticarios son llamados ministros de los Médicos, por ser los que recogen los simples; los que hacen jarabes, ungüentos, socrocios, colirios, decocciones, electuarios, violebos, trociscos, serviciales, píldoras, purgas, bebidas, y otras cosas pertenecientes a la medicina, de quien trata tan por estremo bien Mesué, libro del Servitor, el Dispensario de Juan Dubois Boticario Parisiense, el Plateario, las Farmacopeas, Bergomense, y Augustana, el examen de los jarabes de Antonio Musa, y Juan de Sanamandrón. Toda esta arte de botica se divide en instrumentos, medicamentos, y acciones. Los instrumentos son espátula, almirez, vasos, redomas, cajas, medidas, balanzas, botes, y cosas así. Los medicamentos son, o simples, o compuestos; los simples o son de agua, como es el asfalto, la espuma de la sal, el betún, el garo, la murria: o son de tierra, como quía, erétrea, lenia, salmia, sigilata: o son de minerales, como de tucia, azogue, vitriolo, y semejantes: o son de plantas, como raíces, leños, cortezas, licores, hojas, flores, y frutos: o son de cosas de untura, como miel, pez líquida, estoraz, barniz, goma elemí, albayalde: o son de aguas lambicadas, como agua fuerte, agua de vinagre, agua destilada con las calidades destos medicamentos, que son restrictivos, discursivos, purgativos, aparitivos, extenuativos, atractivos, adustivos, molitivos, endurativos, supurativos, glutinativos, lenitivos, y semejantes. Los medicamentos compuestos se dividen en interiores, o exteriores: los interiores son los Antídotos contra cosas mortíferas, como la triaca, el mitrídate, el áureo de Alejandro, y los que se hacen para aplacar el dolor, como el dialíbano, el diarrodón, diaprasión, aromático rosado, manus Christi, dianisión, el letíficans Galeni, y otros tales. También

todas las especies de purgas, como la composición de psilio, de zumo de rosas, de ciruelas damascenas, de maná, el Indo mayor, el diasenés, la hierapicra, y otras. Asimismo todos los azúcares de madera, o fino, o candi, y los confites; después los eligmatos, como el de la scila, el de piña, el de bazo de zorra; luego los violebos, como el violado, rosado, y otros. Tras éstos los zumos medicantes, como el rubés, el de oxiacanta, el diacarón, y diamorón. También las especies de jarabes, como violado, rosado, de ninfea, de adormideras, de oximel simple, de expatorio, de marrubio, de hisopo, de calamenta, de ajenjos, de palomina, y otros. Luego los pastilos de ruibarbo, de mirra, de espodio, de bérberos, de besicaria, de violas, de alcanfor, y de rosas. Tras éstos tantas suertes de píldoras, como de agárico, hermodátiles, euforbio, eupatorio, áureas, de lucis, de hiera, sine quibus, Arábigas, y otras, y así varias decoctiones, polvos, gargarismos, masticatorios, colirios, clisteres, y sufumigaciones. Los medicamentos exteriores son diversos, aceites de lirio, de almendras, de enebro, de nuez moscada, de lariz, de macis, de tártaro, de trementina, de beleño, de lino, de vitriolo, de antimonio, de laurel, violado, rosado, nardino, y otros, sin la caterva de ungüentos que es superfluo nombrar. Después los emplastos, como el diaquilón, meliloto, Apostólico: luego linimentos, cataplasmos, sinepismos, cerotes, dropacios, píctimas, embroquios, y fomentaciones. Al último pertenece a los Boticarios, recoger, secar, separar, guardar, y conservar plantas y yerbas. También exprimir zumos, poner en infusión, hacer decocciones, o semejantes bullimientos, espumar, componer medicinas, y cosas así. Cometen éstos no pocas veces muchos fraudes y engaños, no sólo de apariencia, y artificio, como el de botes, redomas, y cajas, que hallándose vacías, con letras gruesas prometen tener ungüentos, confecciones, o aromas, sino también de malicia, componiendo a menudo medicinas mortales, con ministrar una cosa por otra, o con mezclar en las bebidas ingredientes podridos, y estadízos. Tampoco procuran saber qué sospechas se halla en las drogas; si son falsificadas, mojadas en el agua del mar, corrompidas por vejez, o no cogidas en tiempo y lugar debido; porque de cualquier suerte ponen a riesgo las vidas, como no hagan su negocio. Ni les importa el agárico sea macho, y por eso mortífero; que la coloquíntida esté madura, y por eso peligrosa; que la cañafístola sea vieja, y así de ninguna sustancia; que el rabárbaro tenga carcomida la corteza, y así no purgativa. Por eso debe el buen Boticario ser temeroso de Dios, caritativo, piadoso, humano, afable,

oficioso, blando, y liberal con los pobres, fiel, y pronto en las necesidades y peligros de los enfermos; no jugador, no codicioso, no bebedor, ni distraído, porque destos vicios sólo se pueden seguir dilaciones, yerros, torpezas, y olvidos; cosas que por la mayor parte resultan en mengua de los Médicos, a quien de ordinario se suelen aplicar sus malicias y descuidos. Debe asimismo saber latinidad a suficiencia, no sólo para poder percebir las recetas, que siempre se escriben en ella, sino también para entender algunos autores de Medicina, y símplices, cuyo particular conocimiento le toca, para discernir lo falso de lo verdadero, y lo sincero de lo adulterado. Los más comunes que debe frecuentar, son Dioscórides, Galeno, Mesué, Nicolao Prepósito, Mitepsio, Plinio, Cornelio Celso, etc. De los más modernos Antonio Musa, Valerio Cordo, Anusio, Fesio, Fucsio, García de Horta, Nicolao Monardés, Juan Baptista Silvático, Fernelio, Joberto, Renodeo, Meliquio, Codenvergio, Matiolio, Lonicero, Trago, Loberio, Pena, Dondoneo, Taberna Montano. Quercetano, Juan Jacobo Vuequero, y semejantes. Demás debe tener su oficina por estremo curiosa, situada en lugar saludable, ajena de humedad, polvos, humo, y mal olor. Esta ocupación no es para pobres, supuesto comprará el Boticario facultoso a su tiempo medicamentos buenos y no caros; y si fuere menesteroso, y hubiere de recebir fiado, le darán lo peor, y a más del justo precio. Entre los profesores desta facultad, de quien por su mucha suficiencia y curiosidad es justo se haga mención, se ofrecen Antonio del Espinar Boticario del Rey, Diego de Curtavila, Juan Baptista Salazar Carcedo, y Francisco Vélez de Arciniega, residentes en Madrid, y bien conocidos. Por otra parte aunque Nicolás de Lomigo mostró en un volumen la ignorancia de muchos Boticarios, no se emiendan, pareciéndoles cumplen con hacer recoger en las montañas de Asís, en los Alpes de Florencia, o en el monte Baldo de Verona, el celebro para los locos, la drogantea para los opilados, la centaura para los que escupen sangre, y la mandrágora para los que no pueden dormir. Mas porque yo profeso antes loar que vituperar a cada uno en su arte, remito a los Protomédicos la visita de boticas, para que sus dueños con cuidado ejerciten su oficio, de que resultará al público no poco provecho.

De los Pintores, y Illuminadores. Discurso LXXXIV.

QUERIENDO celebrar con dignas alabanzas el arte singular de la pintura, me parece cuanto a lo primero no se deba callar su antiguo origen. Los Egipcios (según Plinio) se glorian con vana estimación de que entre ellos haya florecido muchos años antes que llegase a Grecia su conocimiento. Quiere el mismo fuese Giges Lidio su primer inventor. Aristóteles atribuye su origen a Pirro pariente de Dédalo. Teofrasto tiene fuese quien le hallase Polignoto. Otros dicen haber sido los Corintios, o los de Scío los primeros que de la sombra del hombre sacaron sus principios. Isidoro afirma ser los Egipcios los que primero dibujaron el cuerpo humano. Apunta Plinio haber hallado Filodes Egipcio, o Cleantes Corintio las líneas de la pintura. Después Cleofanto también Corintio, según Arato, halló los colores; y Apolodoro Ateniense el pincel. Este modo de pintar sin color se ejercitó en aquellos primeros principios por Ardices Corinto, y Teléfanes Siconio. Pintaron (según Plinio) los antiguos con cierto color, que en Latín se llama *Sile*; más Polignoto, y Micón, célebres en tal arte, pintaron con Ático usado de la siguiente edad para los claros, valiéndose para las sombras del Sírico y Lidio. Dice en otra parte haber hecho con solos cuatro colores obras inmortales Apeles, Equión, Melanquio, y Nicómaco. Sírvese hoy la pintura de todos colores por excelencia. Su perfección consiste buena proporción y buenas luces. Intervienen en su ministerio colas, mordiente, barnices, piedras de moler, pinceles gruesos o finos. Sus acciones son moler colores, componerlas, templarlas, o al temple, o al ólio; dar cola, dar una mano o más de yeso, imprimar, pintar a claro o a escuro, lustrar, embarnizar, iluminar, retratar del natural, y otras semejantes. Óbrase en lienzos, sedas, plata, oro, metales, tablas, piedras, y papeles. Fuera de que tiene estrechísimo comercio con la poesía. Por eso dijo Laurencio Vala, tenían parentesco entre sí las artes liberales, como la pintura, escultura, arquitectura, y las demás. Y Sexto Empírico por sentencia de Simónides poeta, dijo ser la pintura una callada poesía, y la poesía una pintura que habla; y puede ser dijese también por eso Plutarco en el Fedo:

Picturae opera tanquam viventia extant;
si quid vero rogaveris, verecumde admodum silent.

Y sin duda es obra de grande ingenio, y de juicio muy elevado concebir en la imaginación las varias especies de animales, y otras cosas, en forma que con el pincel y colores se imprimen de tal manera, que sólo parece les falta el espíritu. Por eso Valerio Marcial hablando de la pintura de una perrilla la celebró como si estuviera viva, diciendo:

Ipsam denique pone cum catella,
aut utramque putabis esse veram;
aut utramque putabis esse pictam.

De aquí es de notar, según Plinio, que en la contienda entre Zeusis y Parrasio, célebres pintores; Zeusis engañó los pájaros con las uvas pintadas; y Parrasio a Zeusis con un velo puesto sobre una figura con tal arte, que parecía verdadero. El mismo dice haber tenido la Scena de los juegos de Claudio Pulcro algunas tejas pintadas tan al natural, que los cuervos engañados se detuvieron en ellas. Cuéntase a este propósito haberse hallado en un patio a cierta ciudad de Flandes una yegua tan bien pintada, que un día puso en tanta furia a un caballo, que en todas maneras se le quiso acercar, disparándole luego que la hubo reconocido una tropa de coces, como echando de ver por natural instinto haberle engañado la pintura. Recita Baltasar Castellón haberse hallado la pintura entre los antiguos sabios de Grecia en tanta estima y reputación, que querían la aprendiesen en las escuelas los muchachos nobles, como cosa honesta y necesaria. En esta conformidad fue recebida en el primer grado de las artes liberales, vedándose después por edicto público enseñar a esclavos. Entre los Romanos (como refiere Plinio) tuvo maravilloso crédito, tomando de la misma su apellido la ilustre casa de los Fabios, por haber sido pintor su antecesor primero, y tan excelente, habiendo pintado las paredes del templo de la Salud, puso en él su nombre, juzgando podía crecer lustre y ornamento a su fama, con dejar tal memoria. A ésta atendió también entre Romanos Pacubio poeta y pintor famoso, y Turpilio Caballero, que pintó milagrosamente con la siniestra mano. Fuera de que Mesala, Marco Valerio Máximo Cónsul, Lucio Scipión, Lucio Hostilio Mancino, Lucio Mumio Acaico, César Dictador, el grande Augusto Tiberio, Claudio Nerón, y otros muchos se deleitaron por estremo con las obras de varios pinceles. La pintura es en sí sumamente real y curiosa. Deleita la vista con la variedad; adelgaza el entendimiento con la sutileza de las cosas pintadas; recrea la memoria con la historia de lo pasado; alimenta el ánimo con la hermosura artificiosa; levanta el deseo a la imitación de las virtudes

ajenas; sirve para encender los mancebos a hechos magnánimos y generosos, es grata a los Príncipes y señores, apacible a los estudiosos, bien recebida de los Letrados, y abrazada de toda suerte de personas virtuosas. No hay provecho que no traiga a los que se aficionan della, porque sirve de saber juzgar de la excelencia de las estatuas antiguas y modernas, de los vasos, edificios, medallas y escultura, y de hacer conocer la belleza de los cuerpos vivos, no sólo en lo delicado de los rostros, sino en los demás miembros, así de los hombres, como de cualquier otro animal. Ella pinta la risa y alegría, el llanto y tristeza. Forma un relieve tan bien, que parece desasido del campo. Retrata las cosas del natural ingeniosamente, acomodándose a las artificiales por excelencia. Hace con curiosidad escorzos, y perspectivas de otro género. Figura un rostro en frontispicio; forma una cara en perfil; fabrica un cuerpo desnudo con todos sus músculos sin algún error: y finalmente descubre en todos con igualdad simetría, proporción, virtud y valor. Así no es maravilla si la tuvieron en tanta consideración los Dóricos, los Corintios, Jónicos, y Romanos. Esta es sagaz imitadora de la naturaleza, formadora de las líneas, maestra de las superficies: la que distingue las luces; la que finge las sombras; la que forma huesos y nervios, la que exprime la carne, la que le da el color, y casi a un mismo tiempo espíritu y vida. Añádese otro artificio singular, que es hacer los miembros que se acortan y disminuyen a proporción de la vista con razón de perspectiva. También por fuerza de líneas, de medidas, de colores, luces y sombras muestra en una superficie de pared (valiéndose de la Geometría) el derecho, el llano, y el lejos más y menos, como le agrada. La misma es la que exprime la graciosa vista de los ojos azules o negros con el resplandor de sus rayos: muestra el color de los cabellos, las vislumbres de las armas, una escura noche, un luminoso día, una tempestad de mar, un relampaguear del cielo, un incendio de ciudad, un combate de ejército, una caza pastoral, una empresa amorosa, una armada marítima, un edificio sumptuoso; y en suma puede mostrar cielo, mar, tierra, montes, selvas, prados, jardines, ríos, ciudades, campañas, y todo lo que quisiere. Sin esto tiene más la pintura, que por medio de la perspectiva engaña la vista, y esparce muchas semejanzas en los ojos de los que miran, variando sitio de una imagen, y en fin llega donde no puede la escultura, porque pinta el fuego, los rayos, el tramontar del sol, el nacer de la aurora, con aquellos reflejos de oro y púrpura, la tarde, las tinieblas, las pasiones del hombre, los sentidos del ánimo, y casi la misma voz, haciendo con

mentirosas medidas ver así las cosas que no son, como las que son. Fuera de que en todas sus obras se entiende, y juzga más de lo que se ve, y aunque el artificio sea grande, con todo eso sobrepuja el ingenio al artificio. Por tanto podremos decir sea la pintura un arte rara, que compuesta de debidas descripciones, lineamientos, y conveniente aplicación, engendra en los circunstantes admiración infinita. Así Aristóteles la persuadió a la juventud, como necesaria para otras muchas cosas. Abrazola el divino Platón aprendiola Tulio, y fue admirablemente favorecida de toda la antigüedad. De aquí es haber sido celebrado Cimón Cleoneo, que halló las imágines oblicuas, que primero distinguió los miembros, y sus artículos, que hizo aparecer las venas, que halló los dobleces de los vestidos; Xemón, que distinguió la hembra del varón; Polignoto que fue el primero que dio principio al abrir de la boca, a mostrar los dientes, y a variar el rostro; Apolodoro Ateniense que primero enseñó a distinguir las bellezas, calificando su pincel sobre los otros, con hacer un sacerdote adorante, y un fulminante Ajax; Parrasio que halló la simetría, las agudezas del rostro, la elegancia de los cabellos, la compostura de la boca, llevando la palma, por común consentimiento de los Pintores en las extremas líneas; Anfión raro en la disposición; Asclepidoro en las medidas; Arístides Tebano, que primero expresó el ánimo, y figuró los sentidos; Apeles que compuso libros de la pintura. Eufrante Istmio que formó volúmenes de la simetría y colores, como lo hizo también Pomponio Gáurico, y más modernamente Alberto Durero pintor excelente; Metrodoro Ateniense que no fue menor Filósofo que pintor, por lo que fue digno de ser enviado a Paulo Emilio, después de la vitoria de Perseo, habiendo el mismo pedido un Filósofo, para que enseñase a sus hijos, y un pintor para que adornase su triunfo. Junto con esto son encarecidos entre los antiguos pintores, Pitias, y Timágoras Calcidense, que contendieron con agudeza sobre la excelencia de la pintura; Zeusis que llegó a tener tanta reputación, y vino a ser tan rico, que daba sus obras (estimadas en excesivo precio) sin interés, como la Alcmena a los Agrigentinos, el Pan a Arquelao; siendo tan insigne, que debiendo formar la imagen de Juno Lacinia para los de Agrigento, mereció ver sus doncellas desnudas, de quien eligió cinco las más bellas, porque con tal dechado saliese perfeta la figura de la diosa; Timantes que sobrepujó a Parrasio en el Ajax, formando la hermosura de Ifigenia que se había de sacrificar, con el padre y la madre, con tal valentía, que lloraban casi naturalmente; Panfilio que no enseñó la pintura por menos de un talento,

pagándosele Apeles, Melancio, y todos los otros discípulos; Protógenes excelente, por quien Apeles navegó hasta Rodas, deseoso de ver sus obras; el mismo Apeles que fue tan raro en la pintura, que Alejandro Magno ordenó con público edicto le pintase sólo él, haciendo en Coo aquella Venus tan admirable, que habiéndola dejado imperfeta, nadie osó intentar la empresa de acabarla, y formando aquel Antígono tan singularmente, que poniéndole de lado, ocultó el ojo de que estaba falto, mostrando la belleza, y quitando con el juicio la diformidad. ¿Qué diré de Timómaco Bizantino, que pintó para César Dictador un Ajax, y una Medea, por precio de ochenta talentos? ¿Qué de Arístides Tebano, de quien el Rey Átalo compró una tablilla por cien talentos? ¿Qué de Ciclia, cuya tabla de Argonautas compró Hortensio orador por ciento y cuarenta y seis talentos? Callo de Eumaro Ateniense, que se atrevió a imitar todas las figuras del mundo. Dejo de nombrar al veloz Nicómaco, que pintó el hermoso robo de Proserpina; y a Nicia, que fue divino en la pintura de las mujeres, y a Cetesíloco que hizo aquel Júpiter tan raro. Paso en silencio la turba de los famosos Pintores que pone Plinio, sin las mujeres que pintaron con tanta excelencia, como Timaretes, hija de Micón, Irene hija de Cratino Pintor, Aristádates hija de Nearco, Marcia hija de Marco Varrón. A estos antiguos se pueden añadir otros casi infinitos modernos insignes en pintura, entre quien Alberto Durero, Micael Ángelo, Rafael de Urbino, Antonio Corezo, el Parmesano Leonardo de Brinche, el Broncino Ticiano, Jacobo Bassán, Federico Zucato, Jacobo Tintoreto, Pablo Veronense, Jacobo de Palma, Iusepe Alpino, Micael Ángelo Caravaquio, los Caraquios, Pelegrín de Bolonia, el Mudo, Bartolomé Carducho, el Canyaso, Eugenio Cages, Francisco de Ribalta, Blas de Padro, Domínico Greco, Vicencio Carducho, Alonso Sánchez, Juan de la Cruz, Felipe Liaño, Martínez el de Valladolid, Juan de Chirinos, el Borraso de la Mancha, Diego Pérez Mejía, Gerónimo Cabrera, Baltasar López, y otros muchos.

La iluminación es también especie de pintura particular: estiéndese comúnmente en pequeñas tablillas, o pergamino, en Agnus, y cosas semejantes, donde sutilmente se pintan varias efigies, con colores purísimos de azul ultramarino, oro, y plata molida: descubriéndose así en la antigua, como en la moderna edad hombres eminentes en esto, como los tres de una misma casa, Baptista, Valerio, y Lelio Pitones, don Julio Clovio, Ambrosio de Salazar, Fr. Julián de la orden de san Gerónimo, y Gerónimo Rodríguez. La misma iluminación es arte antigua, porque hacen mención della Vitrubio, y

Plinio hablando de aquel Júpiter, que los Censores Romanos mandaron fuese iluminado. Donde también refiere hallarse gran copia de bermellón en España, si bien duro, y arenoso: advirtiendo por mejor el que se halla en los campos Cilbanios, más allá de Éfeso. Por manera que en toda cosa son ilustres, y excelentes los Pintores, excepto cuando pintan cosas puramente lascivas, y deshonestas, como tal vez los Faunos acometiendo a las Ninfas, los Sátiros molestando a las Deas, o cuando pintan follajes, o figuras caprichosas en lugares píos, ocupándose sólo en disparates, como Pausas Sicón, que en toda su vida pintó sino muchachos, Fircico que sólo pintaba asnos, y Serapión las scenas de los Comediantes. Mas en razón deste sujeto, se puede notar lo que dice Pedro Vitorio en sus libros de varias lecciones, fol. 62, y 76, Pedro Crinito, lib. 1, c. 11, de honesta disciplina, Rodiginio, lib. 16, c. 23, de sus antiguas lecciones, y Vuequero en sus secretos, fol. 798.

De los criados, pajes, y Esclavos. Discurso LXXXV.

ES la servidumbre en sí odiosa, y se debe tener por el último de todos los males (según Tulio) y por sentencia de Pitágoras debe huir el hombre de la voluntaria; dejando ahora la de vicios, y sensualidades (más miserable que todas) porque no es a mi propósito; sino trato de la que se halla introducida por la ley humana en razón de acomodarse uno por precio a servir, perdiendo la cara libertad tan amada hasta de los brutos. Hállanse muchos de ánimos tan infelices, y tan del excremento de la plebe, que juzgan no poder vivir si no sirven, y si no están sujetos al imperio de quien apenas sabe regirse, y gobernarse a sí, cuanto más a otros. Mas no padece la servidumbre alguna nota, cuando nace de violencia; así como no es de argüir Fedón Socrático que fue siervo de Ceba, a quien como a varón doctísimo dedicó Platón su libro de la inmortalidad del alma. Ni Diógenes Cínico, que dijo a Geniades Corintio su comprador, que sólo lo que sabía hacer, era mandar. Ni Epícteto Filósofo que se predica siervo por sí en aquellos versos:

Servus Epictetus fueram, qui corpore mancus,
pauperie pressus charus eram superis

Ni Esopo Trace que filósofó en la casa de su amo Janto, con grande admiración de todos. Ni Menipo, cuyos doctísimos libros fueron no sin grande honor imitados por Marco Varrón. Ni un Laurea Tulio, un Stacio Cecilio, o un Terencio Áfrico, o Almón Poeta, a quien fue la suerte tan envidiosa, y enemiga, que les hizo padecer yugo de servidumbre; no obstante fuesen aptos para imperar a muchos. Hubo entre los antiguos varias suertes así de siervos voluntarios, como de los comprados. Algunos se dijeron Trapezopeyos, que sólo tenían cuidado de atender a la mesa, aparejar los manteles, dar aguamanos, dar la toalla, traer la comida, servir a la mesa, ponerla, y alzarla. Otros se llamaban Eleatros, cuyo oficio era atender a la cocina, y tratar entre escudillas, y ollas. Otros Hercitos que se ocupaban en las cosas de la granja. Otros Mediastinos, que suena lo que ahora pícaros de cocina. Otros Cafarios, a quien tocaba guardar los vestidos de los que entraban en los baños. Otros Ferriprivacios, que fueron como los esclavos de hoy con grillos al pie. Otros Estabularios, que son los mozos de caballos: otros con el nombre de Acersecomes, o pueros,

que son hoy pajes de caballeros, donde acerca de los Macedonios (según Livio) los muchachos hijos de los Príncipes, destinados al servicio de los Reyes, eran llamados *Pueri Regii*, poniendo Paulo Jurisconsulto este propio significado junto con otros. Estos pajes tienen en sí según la diversa disciplina de los señores diversos hábitos virtuosos; porque son ejercitados en ciencias, en crianza de Corte, en actos de caballeros, y en oficios pertenecientes al servicio de los príncipes, debiendo poseer todas las buenas partes que requiere la pulicía, aunque los vicios de las ciudades en que residen, echan tal vez a perder sus buenas costumbres. Demócrito en Ateneo encomienda generalmente a los siervos por hombres continentes, respeto de manejar por instantes cosas de gula, sin incurrir en ella; más por tener tal costumbre, que por haberla aprendido de Ferécrates, que escribió un libro desto, o por ser obedientes a los insulanos de Coo; entre quien era vedado a los esclavos en los sacrificios de Juno entrar en su templo, ni gustar cosa alguna de sus aparatos. También los Romanos hicieron algún caso dellos, porque en los días Quincuatrios (dedicados a la fiesta de Minerva según Livio) las Matronas Romanas convidaban a sus siervas, casi como reconociendo dellas el provecho, y comodidad que se les seguía de su hilar, tejer, y coser. Y si bien en la fiesta de Matuta (que era una dea loca) no podían entrar la siervas junto con las amas, y si entraban, las echaban fuera a golpes, por la afrenta que la misma había recebido de una; con todo eso otras veces sacrificaban las esclavas con las libres a la diosa Juno, que era además bajo un cabrahigo, por haber recebido el pueblo Romano un singular favor de Tutela, o Títula, o Tiloti, sierva, vengándose de sus enemigos, con una señal que dio la misma puesta sobre una higuera, en razón de que los tales estaban soñolientos, y adormecidos: así por este respeto fue llamada la diosa Juno Caprotina. Los Cretenses concedían a sus esclavos (a quien llamaban Fisormiotes) todas las libertades y privilegios, salvo que no querían participasen de sus escuelas, ni de la profesión de las armas. Al contrario de los Sirios, que se dejaban imperar de sus siervos, ejercitando ellos solos la milicia, y eligiendo de su número un Rey, cuya virtud fuese manifiesta. Ni acerca de los mismos valía el dicho Platónico:

Nil servorum generi credendum, quot enim servi tot hostes;

ni el otro de Jenofonte,

Servi et domini numquam amici:

porque juzgaban por mejor sentencia la de Séneca:

Sic cum inferiori vivas, ut tecum superiore velles vivere.

Destos ejemplos se ha de aprender la cuenta y estima en que los amos han de tener a los criados; porque si bien no les han de permitir lleguen a ser sus dueños, como según Sosícrates lo eran en Sidonia, acerca de los Cretenses (en ciertas fiestas suyas, donde tenían licencia para azotar a los libres) por lo menos se han de tratar humanamente, acordándose del Eclesiástico que dice:

Si est tibi servus fidelis, sit tibi anima tua;

y del dicho del sabio Catón:

Cum fueris servis proprios mercatus in usus,
et servos dicas, homines tamen esse memento.

También Séneca escribiendo a Nerón, le amonestó, que

Cum servis familiariter vivere decet prudentiam tuam, sunt enim servi. Servi sunt? imo homines. Servi sunt? imo contubernales. Servi sunt? imo humiles amici. Servi sunt? imo conservi.

Mas si éstos por ventura son malos, y de dañosa inclinación, deben acordarse los dueños de la sentencia del Sabio, que

Sicut pabulum, virga, et onus, asinum decent, sic et servum panes, castigatio, et opus.

Por otra parte son dignos de grandísima remuneración, los que proceden con los amos fielmente, y con el debido respeto, y cuidado. Por eso será siempre loado aquel Catieno, que (según Plinio) habiéndole instituido su amo por heredero de todos sus bienes, se arrojó en las llamas juntamente con el cadáver del mismo, por morir cuando su señor. Y lo será también aquel Herotes siervo de Marco Antonio, que viéndose (tras la vitoria de Augusto) reducido a término desesperado, se mató por su amor; como el otro Euporio siervo de Cayo Graco, que hizo lo mismo (según Macrobio) sobre el cuerpo de su amo, después de haberle visto míseramente muerto por la plebe. Asimismo Neera, y Carmones, esclavas de Cleopatra, que quisieron acabar su vida con la de su Reina. Estos tales fueron dignos de ser estimados en mucho. Mas hablando de los esclavos de ahora, o son Turcos, o Berberiscos, o Negros; los dos primeros géneros suelen salir infieles, malintencionados, ladrones borrachos, llenos de mil sensualidades, y cometedores de mil delitos. Andan de contino maquinando contra la vida de sus señores; su servicio es sospechoso,

lleno de peligro, y así digno de evitarse. Los Negros son de mejor naturaleza, más fáciles de llevar, y enseñados, de mucho provecho. Muéstranse más leales, y de más amor para con sus dueños; aunque emperrados se han visto cometer grandes excesos. Quieren ser tratados con blandura, sin perdonarles el castigo cuando lo merecieren. Todos los autores se muestran poco favorables a los esclavos; por eso los atropellan en sus escritos. Aristóteles dice no ser éstos parte de ciudad, ni tener que hacer en ella cosa alguna. Los Jurisconsultos concluyen no tener los siervos cabeza, esto es, vecindad, libertad, ni familia, Demás que la servidumbre es semejante a la muerte: por eso los esclavos se juzgan casi muertos, pues sin tener voluntad, se hallan en ajeno poder. No pueden, según otros, ser soldados, alegando haber ido alguna vez a la guerra de pura necesidad, como cuando los Griegos guerreaban contra los Persas a Maratón. Y cuando Clemenes Rey de los Lacedemonios redujo el ejército a 9000 habiéndole quedado por los rencuentros apenas 1500 de los suyos. También cuando los Romanos después de la rota de Aníbal en Canas, dieron sueldo a 8000 esclavos. Eurípides afirma no hallarse peor, ni mayor enemigo que el esclavo. Escribe Demócrito ser el mismo hacienda necesaria, mas no dulce. Plauto pinta su naturaleza, diciendo es tal generación propia para azotes y palos. Luciano alega tienen los esclavos siempre prontos los malos deseos contra sus amos, prevenido el robo, aparejada la fuga, siendo sus dotes arrogancia, flojedad, beodez, murmuración y tardanza. La introducción déstos (según Teopompo, y Ninfodoro) hallaron primero los de la isla de Quío, y en Grecia fue grandísimo el uso dellos. Por eso escribe Timeo haber tenido los Corintios más de 400000 esclavos, y Etesiques refiere en sus historias haberse hecho una lista de los mismos, en que se hallaron 430000. Y cuenta Jenofonte haber tenido sólo Nicio, hijo de Nicerato, más de mil, que alquilaba tal vez para cavar minas, y sacar metales. Aristóteles dejó escrito, poseían los Eginetos más de 40000 esclavos, cuyo número fue sin duda corto, respeto de los que tuvo Roma; supuesto hubo Romano que tuvo 20000. Mas quien quisiere entender más desta materia, lea a Ateneo en el libro de sus Gimnosofistas. Resta ahora tratar más en particular, y con más distinción de los criados que sirven en nuestros tiempos, de los que por cierto sustento y salario renuncian su libre voluntad en la del dueño. Cuanto a lo primero en las casas de los señores, dan diferentes cargos a las personas, de quien se sirven, señalándolos para diversos ministerios. De ordinario en una familia

de título bien concertada se hallan el Mayordomo, a quien toca, como se dijo en otra parte, el gobierno de la casa, y el mandar acuda cada uno con diligencia a lo que tiene a su cargo. A éste obedece y respeta toda la tropa de los otros criados. Los pajes es un metal de gente por la mayor parte descuidada, de poco aliño, y de menos limpieza, procediendo al fin como muchachos, para cuyos descuidos se halló el remedio del azote. Su mesa asistente en el tinelo está de contino muy manchada y estrecha. Póneseles sobre ella comida tan poca, como bien despachada. Suelen ser éstos sumamente traviesos y golosos, haciendo por momentos salva a los platos que llevan desde la cocina a la sala. Hacen esto por no imitar a Tántalo en tener agua y manzanas a la boca, sin poderlas gustar. Vánseles los ojos tras lo que comen sus amos, y les desean hastío en los mejores manjares, por salir mejorados en tercio y quinto. Son águilas en levantar platos, trasponiendo en un punto lo que va en ellos. Sus travesuras son notables, suelen trabar contra sí y contra otros crueles guerras de hachas, desmenuzándolas sobre las cabezas, y a veces con tanto coraje, que ha sido menester atravesarse entre ellos espadas y alabardas. Son ridículas las burlas que se hacen de noche unos a otros, pegándose candelillas en los pies, con que se abrasan zapatos, medias, y hasta la carne, dándose humazos, cosiéndose a tapices, y cosas así. En los aposentos que de contino tienen sucios y asquerosos, suelen correr temerosas borrascas de zapatos con que se golpean, de mantas, de sábanas, en que se envuelven y arrollan, lastimándose sin piedad por instantes. Mas todo lo sufren, por tener hecho el cuero a mil martirios, sin correrse jamás; falta la mayor que puede haber. Son admirables sus cambalaches: quién trueca medias por ligas, jubón por camisa, etc. Sustentan con grande liberalidad infinito número de comedores de a pie quedo, a quien por sus muchas ocupaciones jamás ofenden. Creciendo algunas veces los tales, vienen a ocupar puesto de más consideración, como el de pajes de espada, cuyo grado les hace andar más lucidos, limpios, y aseados. Allí dejan la sarna, con todo género de beninos y rascaduras; arrojándose tal vez desde esta dignidad a tocar su guitarra, cantar su poquito, y a dar su voto en materia de galas. En suma paran en casarse con doncelluelas de casa, quedando como vínculos perpetuados en ella, con la ración de tres reales, y veinte mil maravedís de salario (siempre uno y otro mal pagado) hasta que pasada la juventud, llegan a ser rodrigones, esto es, escuderos que sirven de ir delante de las sillas de sus amas. Merecen mucho por su asistencia, porque jamás desocupan los

escaños del primer recebimiento; siempre deseosos de saber, si sale su señora, y dónde ha de ir, por acudir con puntualidad, sin hacer falta, temiendo no perder la ración. Finalmente estos escuderazos pasan la vida, aunque penosa, holgazana, baldía, y sin género de provecho; porque ni se aplican a la letura, ni cosa que tenga olor de virtud. Sus conversaciones paran en censurar las conversaciones de sus dueños, en tantear sus haberes, en acriminar sus deudas, en formar quejas de contino, sin advertir son el excremento del mundo, y que a no tener el amparo, y sustento de las casas a quien sirven, perecieran como inútiles, sin poder esperar más remedio que el de Dios. Aunque todos en general suelen morir en semejante servidumbre, se hallan algunos a quien los señores ocupan en oficios de sus lugares, con que si escapan de la primera sujeción, suelen pasar el resto de la vida con alguna comodidad.

Síguense los Camareros, que casi son como Secretarios, a quien pertenece dar el vestido al señor, guardar lo que deja, y los demás; y en esta parte se suelen servir de los guardarropas, entregándoles por cuenta lo que tienen a su cargo. Estiéndese su jurisdición a mozos, y pajes de Cámara, ordenando a los últimos el cuidado y asistencia; y a los primeros la ocupación en todo lo que toca a limpieza de ropa blanca. Este cargo de Camarero es de los de más favor y confianza que hay en la casa, andando cerca de la persona del señor della, a quien por ningún caso debe hacer falta. Llega su comisión al cuidado de sacar galas, joyas, y otros vestidos, teniendo por esta ocupación más sueldo, y provechos. Ha de ser cuidadoso en su atavío, y de buena memoria, porque se acuerde dónde tiene lo que se puede ofrecer. Debe tener más respeto a su señor cuando más parte le diere de sí, sin sufrir se diga mal dél en público, ni en secreto. Conviene diga su parecer a su dueño con palabras dulces, con que echará de ver le tiene amor, por recio de condición, y áspero que sea. Siempre se eligen para este ministerio sujetos principales, cuerdos, cortesanos, bien entendidos, de buena presencia; y así contra ellos, sólo se puede decir participan por la mayor parte del humor de sus amos, a quien siguen y lisonjean por tenerlos gratos, y no perder su privanza. Lo que se dijo en el discurso de los Picadores, es propio de los caballerizos, y así sólo se ofrece ahora apuntar, es su oficio honroso, y de mucha diligencia, por asistir al ver limpiar los caballos, y al darles sus piensos, con que se evitaría la merma de las raciones de tan nobles animales, que como no saben hablar, se quejan de ordinario con los ijares, y ancas, adamándose, y disminuyéndose al paso que

crece el interés del infiel mozo, que no trata sino de menoscabarle su porción. Asimismo los Caballerizos deben cuidar de que los aderezos estén muy en orden, y los caballos bien enseñados, y sin vicios; y porque es de creer se esmera cada uno en lo que profesa, se pondrá fin a este discurso por no cansar con referir por extenso las faltas y descuidos que suelen cometer.

Véase sobre esta materia a Celio Rodiginio, libro 13 de sus antiguas lecciones, c. 47, hasta el c. 54, y antes en el libro 10, cap. 20, y 27. De los Esclavos tratan Celio Calcañino, en la palabra *Servi*, Pedro Vitorio, fol. 127, las Misceláneas del Policiano, c. 84, Alejandro de Alejandro, fol. 151.

De los Escultores, o Entalladores en piedra, madera, bronce, cobre, marfil, plata, y oro, y de los Estatuarios, Sinceladores, o Cortapiedras, Aserradores de mármol, Formadores de imágines de yeso, cera, y tierra. Discurso LXXXVI.

DE la invención de las imágines de arcilla, o tierra de vasos, de quien (según Plinio) fue primer autor Dibutades Siconio: o según otros, Ideoco, Reto, y Teodoro en la isla de Samo, y de las imágenes de yeso, de quien fue inventor Lisistrato Siconio, hermano de Lisipo, que primero que todos formó con cera y yeso la imagen del hombre (todo lo cual se llama arte Plástica) nació como de madre el arte de la escultura, maravillosa con justa causa en todos tiempos. En formar imágines de tierra fueron célebres Demófilo, y Gorgaso junto con Posunio, que hizo (según Marco Varrón) algunos peces de tierra, con tanta perfeción, que parecían vivos: y Arquesilao familiar de Lúculo, que forjó a Venus, siendo la primera que eregió, y por quien acabada dio Lúculo seiscientos sextercios: asimismo Turiano por extremo loado en tal arte, por la efigie de Júpiter echa de cierta pasta, siendo por su belleza puesta en el Campidolio. Dice Banucio hacerse tal mistura con harina, cera, albayalde, sebo, goma, pez, cola, jabón, yeso, azufre, ladrillo, y cosas tales. Deleitose en tiempos antiguos Nerón con formar imágines de yeso; y en nuestra edad floreció en las de cera particularmente Martín de Sfriso, Juan Baptista su yerno, sin otros. Tuvo la antigüedad en el entalle muchos eminentes, como en el de la Plata Preto, y Alcón, que entalló una curiosa taza para Eneas. Por eso Virgilio nombrándole dijo:

Nec pocula gratum
Ipsius Alconis Baethique toreuma.

Nombra asimismo al insigne Eurición diciendo:

Quae bonus Eurycion multo caelaverat auro.

Mas sobre todos fue clarísimo Mintor, como dan testimonio el Júpiter Capitolino, y la Diana Efesia que hizo. Así Juvenal escribe dél:

Multus ubique labor rarae sine Mintore mensae.

Plinio encomienda mucho Loedo Stratites, como quien entalló en plata batallas confusas de hombres armados con estraño artificio y labor. Finalmente son casi infinitos los que han sido raros en esta suerte de entalle. Mas si bien Plinio dice, no haberse hallado hasta su tiempo, quien fuese excelente entallador en oro, se lee en el Éxodo, haber sido Besel hijo de Huri, y Oliat hijo de Alquisomec, insignes entalladores en oro, en plata, en cobre, en hierro, en mármol, en madera, y en todo aquello en que se puede entallar. Hubo también muchos en bronce, como Policleto, que formó dél hombres que jugaban a los dados; Ifícrates que hizo a Lena mujer cortesana. Mirón ilustre artífice que labró una Minerva, un Apolo, y un Sátiro, por estremo soberbio, de quien dijo Juvenal:

Et cum Parrhasii tabulis, signisque Mironis.

Hubo asimismo en la escultura de madera doctos artífices como Alcimedonte celebra acerca de Virgilio que dice:

Pocula ponam
Fagina caetalum divini opus Alchemedontis.

También en marfil, como Fidias, que hizo una Minerva de oro, y marfil, de grandeza de veinte y siete cúbitos, o codos, en cuyo escudo abrió la batalla de las Amazonas y Gigantes, y en las plantas la de los Lapitas, y Centauros: dice Quintiliano dél, haber sido más excelente en formar dioses que hombres. Y Marcial escribe de ciertos peces suyos, que para que nadasen, les faltaba sólo el agua. Fue por el consiguiente Pirgóteles único en sincelar joyas, por eso quiso ser Alejandro esculpido en ellas por él. En nuestros tiempos se han visto muchos excelentes, particularmente en el entalle de madera como Gaspar Moránzon, Antonio Mantuano, Bernardino Ferrante, Fr. Juan de Verona, Mariano Francés, Isidro de Córdoba, sin otros. En la escultura de mármoles, sus más bajos artífices son los que cortan; llámanse en Latín *Lapidarii*, o *Latumi*, y consiste su oficio en desbastar con martillo y escoda todo género de piedras, en que no interviene más fatiga que excelencia, siendo menester trabajar todo el día a golpes, volviendo y revolviendo su pesada obra mil veces. Los instrumentos déstos son mazas, picos, martillos de todas suertes, escoplos, trépanos, compás, reglas, cuñas. Síguense los aserradores de

mármoles, cuyo ejercicio aún no había venido a Italia en tiempos de Lúculo, y Marco Escauro, como refiere Plinio, y hácese con sierra, agua, y arena. Loa Plinio esta piedra, y sobre todas la de Etiopía; luego la de la India, que es muy a propósito para pulir cuando está quemada, como lo es también la Tebaica, y la Pómez, que asimismo sirve de esculpir y limar las joyas. Mas queriendo hablar de la escultura con propriedad, y como se debe, digo contienden entre sí casi igualmente la misma y la pintura, como quien nace de una misma fuente, que es del buen dibujo; si bien respeto de la variedad, y de los colores más vivos y artificiosos, intervienen muchas más cosas en ésta que en la otra; aunque la escultura muestra con mayor verdad y realidad todos los miembros formados y medidos, como los hace la naturaleza, con nervios, músculos, y huesos, imitándola con excelencia; y por ser durable más que las pinturas, parece satisfagan más al efecto y fin por quien son hechas; esto es de conservar la memoria de las cosas pasadas por su medio; fuera de que son de mucha mayor fatiga que las pinturas. Los Estatuarios entre los otros son los más dignos escultores que haya, y tienen grande antigüedad, como lo mostró la estatua de Hércules, dedicada por Evandro, y puesta ahora en la plaza de los bueyes en Roma: y aquel Jano Bifronte que consagró Numa Pompilio con los dedos (como dice Plinio) figurados de tal manera, que con la nota de trecientos y sesenta y cinco días del año se mostraba dios del tiempo y del Evo. Désta se vieron los primeros principios en Grecia (según Plinio) en la Olimpiada cincuenta, durando también el Imperio de los Medos, antes que Darío comenzase a reinar en Persia, porque Dipeno y Scilo nacidos en la isla de Creta, fueron (según el mismo) los primeros que esculpieron en mármoles los simulacros de los Ídolos antiguos; si bien atribuye Macrobio el origen de las estatuas a los Pelasgios. Epicado le aplica a Hércules; Diódoro a los Etíopes; Lactancio a Prometeo; otros con más razón a los antiquísimos idólatras. Por eso apunta la Escritura haber robado Raquel las estatuas de los ídolos a su padre Labán: y léese haberse eregido una estatua al antiquísimo Belo por aquellos pueblos tan parciales y devotos a su memoria. Asimismo de Semíramis Reina de Egipto se lee haber hecho esculpir su imagen en una piedra grande diez y siete estadios, que hacen más de dos millas, donde quería viniesen a menudo a reverenciarla, y adorarla cien hombres a manera de sacerdotes, con cantidad de ricas ofrendas. Esto mismo se lee de un riquísimo Egipcio, que habiéndosele muerto un hijo único, por hallar remedio al grave dolor

que le causaba su falta, hizo hacer un bulto que se le representase; y de tal principio se dice haber tenido origen la escultura de las estatuas. Apunta Scipión (según Tulio) hayan sido introducidas las estatuas para ornato de templos y ciudades, y para que a los venideros se mostrasen claras y manifiestas las memorias de religión, mas en las Filípicas afirma haber sido halladas a fin de dar larga vida a los que hubiesen muerto honrosamente por la República. Los mármoles de más estima entre escultores son el Pario blanquísimo, a quien Varrón llama Lignites, que se halla en la isla de Paro, de quien hace mención Horacio en aquellos versos:

Urit me Gliceriae nitor,
splendentis Pario marmore purius.

El Frigio, el Caristio verde, el Lesbio pálido, el Corintio, el Luculeo negro de Quío, de quien se agradó grandemente Lúculo Romano, el Naxio que nace en Chipre; el Tasio jaspeado, el Sieno variado de manchas semejantes al fuego; el Armenio, el Lacedemonio verde, más lindo y precioso que todos y por eso dijo Stacio:

Hinc dura laconum saxa virent.

Los mármoles de Augusto y Tiberio diversamente manchados, el serpentino, el pórfiro, el Numídico, el alabastro que nace en Caramania, y el de la India, que se estima en más; el basaltes de Etiopía semejante al hierro en color; el oniquites que se halla en Arabia; el alambandico purpúreo, el Tebano de África, que tiene color de oro. Mas de los modernos obran en Italia los mármores de Verona, de Istria, de Dalmacia, de Carrara; porque no pueden hacer tan grandes gastos como los Romanos en los de tanta excelencia y precio. Fuera desto no han faltado obras singulares en toda materia, con que se hicieron maravillosos los Escultores antiguos, como aquel Júpiter olímpico tan admirable que hizo Fidias, el simulacro de Diana que formó Arquesilao, la Venus Gnidia, obra de Praxíteles, por quien dijo Quincio Stoa:

Caedat Praxiteles, cuius muliebris imago
procacem impulit ad coitum iuvenem.

Aquel Pitio Apolo, que comenzó en un mármol Teledeo, y acabó Teodoro su hermano, añadiendo otro al primero sin que pareciese más que sola una pieza, y formado de un solo artífice. Aquel Mauseolo de Artemisa que esculpió Timoteo. El Hécate de Metéstrato en Éfeso tan luciente, que turbaba los ojos de quien le miraba. La

estatua de Lisia de un pedazo, donde se hallaba esculpido un carro de Apolo, y una Diana. La Leona de mármol con tantos Cupidos a los lados, que hizo Arquesilao. A éstas se añaden las obras de Policleto, Eufranor, Mirón, Alcímenes, y Lisipo de quien sólo el grande Alejandro quiso ser esculpido, y así dijo Horacio:

Edicto cavit, ne quis se praeter Apellem
pingeret, aut alius Lisippo duceret aera.

Por el consiguiente hubo tan gloriosos Estatuarios, o Escultores en bronce, madera, marfil, y plata, como en mármol. Déstos fue Caretes Lindo, que hizo de bronce el admirable Coloso de Rodas de setenta cúbitos de alteza: Zenodoro que formó para Nerón el del Sol de cuatrocientos pies. Y el que esculpió la estatua de Farnaces Rey de Ponto, que fue traída a Roma en el triunfo de Pompeo Magno. Sin éstos hay otros muchos excelentes en toda materia, a quien nombra Plinio en el libro 34. Son por eso tanto más dignos, cuanto se tuvo a las estatuas que ellos hicieron sumo respeto y honor, como se lee de las de los Césares, a quien se tenía tal veneración, que no podía ser preso el que se acogía a ellas. Y en Calidonia ciudad de Grecia era tan respetada la estatua de Minerva, que quien acudía a su sagrado, quedaba libre de cualquier pena que mereciese. Finalmente en nuestros tiempos fueron famosos así en estatuas, como en toda suerte de escultura; Michael Ángelo Bonarrota, Alejandro Vitoria, Bracio de Montelupo, Victorio Iambilo, Francisco Gilo, Antonio Roseli Florentino, y otros. En razón de Estatuarios véase a Pedro Crinito, lib. 2, c. 8, de honesta disciplina, y lib. 3, c. 10, y lib. 5, c. 12, Rodiginio, lib. 16, c. 23 de sus antiguas lecciones, y lib. 15, c. 12.

De los Albañiles, de los que enyesan, o blanquean. Discurso LXXXVII.

EL arte de los albañiles, que en latín se llaman *Caementarii*, o *Structores* (dejando aparte los Arquitectos, de quien hablamos en otra) tuvo principio cuando se halló el fuego según Vitrubio. Comprehendida su comodidad, comenzó entonces la gente a recogerse, y consagrarse en uno, y a tratar entre sí de cuanto habían menester. Por tanto unos comenzaron a formar cabañas de ramos, otros a cavar cuevas debajo de montes, como los Trogloditas; otros a hacer techos de barro y mimbres, a imitación de las golondrinas: y otros más ingeniosos a fabricar paredes con barro y palos; entremetiendo algunas cañas y juncos. Testifica Vitrubio haber tenido su tiempo gran copia de tales habitaciones Francia, España, Lusitania, Aquitania, Frigia, y Egipto. Quiere Plinio fuese Dosio hijo de Gelio el primero que edificase casas de barro, o lodo, como dije, con el ejemplo de las golondrinas. Mas las de ladrillo (según el mismo) tuvieron su origen de Hiperbio, y Eurialo hermanos: si bien tiene Diódoro, fuesen edificadas la primera vez por Hestia hija de Saturno, y Rea. Las tejas para cubrirlas (según Polidoro Virgilio) halló Cinira hijo de Agripa en Chipre. Con todo el referido autor presume hallase Caín y sus succesores toda cosa, constando por la Escritura, y por Josefo, haber sido edificada por ellos la primer ciudad, y en especial las dos colunas célebres de quien una era compuesta de ladrillo. Esta ocupación no sólo es de ornamento, y decoro para el mundo, sino de expresa necesidad, por causa de las habitaciones, y de las cosas que provienen de sus artífices, y obreros. Trabajan éstos en toda suerte de fábrica, donde intervienen piedras, cascotes, y adobes, con barro, cal, y yeso, como en los fundamentos de casas, paredes, puertas, ventanas, aposentos, chimeneas, escaleras, bastiones, torres, Iglesias, capillas, sepulcros, y cosas así. Pertenéceles sobre todo hacer buenos fundamentos, que puedan sustentar las fábricas, poner en escuadra, enderezar las reglas, aplomar los ángulos, escuadrar las esquinas, acomodar las tejas, destemplar la cal, hacer buenos frontispicios, igualar bien las paredes, tener buen juicio en tomar bien las medidas con las plomadas, y gobernarse con prudencia en todas sus operaciones. La suerte de instrumentos necesarios al Albañil son una

escuadra para tantear el lugar, los hilos para hacer las lineaciones, los picos, y azadas para cavar los fundamentos, espuertas para llevar la tierra, badiles para menear la cal, herradas de agua para matarla, pozos para sacarla, reglas para enderezar las paredes, plomadas para enderezar las reglas, martillos para acomodarlas en la pared, llanas para estender la cal, o yeso, y para igualar, y pulir las paredes, compases para repartir, escaleras, o andamios para subir en alto. Consiguen bien conveniente loa por fatigarse en sujetos nobilísimos, como son casas, y palacios, junto con los Arquitectos principales. Mas los sepulcros antiguos y modernos les dan grande ocasión de fama, porque como dice Tulio, siempre se juzgaron los sepulcros sagrados, y llenos de religión. Por eso afirma haber los mayores ordenado estatuas a muchos para memoria de sus hazañas, mas sepulcros a pocos, por importar mucho más la veneración de los mismos, que la suntuosa grandeza de las estatuas. Sus defetos son las comunes negligencias acerca de las fábricas, el poco discurso en el tanteo, y en la obra, el dilatar por ganar; y así muchas veces por penitencia caen de los techos, y paredes matándose, o quedando mancos.

Los que blanquean edificios, a quien en Latín llaman Alciato y Pirro *Albini*, o *Albarii*, o según otros *Cipsarii*, son los que obran el yeso en las paredes, haciendo comúnmente tal oficio los mismos Albañiles. Plinio loa el yeso Tinfético, que se saca de la ciudad de Tinfo, el de Albania, y Fenicia, siendo sobre todos excelente el que se halla en muchas partes de España, en especial lo que se gasta en las dos Castillas, Nueva, y Vieja, quedando en él las paredes tan blancas, como si fueran de leche, o alcorza.

Mas en razón de Albañiles, véase el libro de los Secretos de Vuequero, fol. 591, y Alejandro de Alejandro, fol. 139 y 293.

De las centinelas, Espías, y soplones. Discurso LXXXVIII.

LA vigilancia de las centinelas ha sido de contino procurada sumamente en la milicia, y los Capitanes que hicieron poco caso della, salieron siempre infelizmente en sus cosas; porque las debidas guardas son la vida de las ciudades, de los ejércitos, de las fortalezas, de los puertos, y playas; por eso en los pueblos de Salomón gobernados con tanta sabiduría, se describen las cuidadosas centinelas en aquellas palabras.

Invenerunt me vigiles, et custodes per noctem.

Y en todos cercos, en todas guardas, así modernas como antiguas, se pusieron siempre en lugares importantes varias centinelas, para estorbar con su medio los peligros, estratagemas, y ocultas asechanzas del enemigo. De aquí es haber mostrado Salustio vanos los sucesos de Catilina por las buenas centinelas puestas en la ciudad de Roma,

Et ab incendio intelligebat (dice) *urbem vigiliis munitam.*

Y en otra parte vitupera el poco cuidado de las centinelas con aquellas palabras:

Sed neque more militari vigiliae deducebantur.

También Tito Livio condena los perros, y las guardas Romanas, que durmieron en el ínter que casi los Francos tomaron el Capitolio: y encomienda los gansos que recordaron a los soldados, y sobre todo a Marco Manlio, que fue después llamado Capitolino, por haber defendido aquel lugar. Quien revolviere las historias de todos tiempos, conocerá claramente haberse tomado infinitas ciudades y fortalezas por malas centinelas, no hallándose cosa en el mundo más necesaria para la conservación de los lugares, que la buena guarda, y vigilancia puesta en ellos. Esto Declara Marco Tulio por estremo bien, cuando dice:

Idcirco in hac custodia tanquam in specula collocati sumus, ut populum Romanum vacuum metu nostra vigilia redderemus.

Si bien hablando como Cristianos, la primer custodia viene de Dios; y por eso dijo el Real Profeta:

Nisi Dominus custodierit civitatem frustra vigilat qui custodit eam.

Poníanse antiguamente las centinelas militares de cuatro en cuatro horas; y así se decía la primera, la segunda, la tercera, y la cuarta vigilia. Por tanto Julio César refiere, que cuando entendió de los corredores habían pasado el río tres partes de las escuadras Helvecias; y que la cuarta casi había quedado desta otra parte del río Ararim, saliendo del campo en la tercera vigilia con tres legiones, llegó a tal lugar antes que pasara. Estas centinelas son comunes a todos los soldados indiferentemente, acostumbrándose repartirlos de tiempo en tiempo, para que cada uno lleve parte de su fatiga, y peso particular. Las mismas tienen facultad de matar a quien quisiese pasar sin dar el nombre; y también puede ser muerto cualquiera centinela que se hallase durmiendo. Con esto se echa de ver cuáles sean las buenas centinelas, y cuáles no; porque las unas están siempre atendiendo a la guarda de puertas y murallas, con ojos de Argos, y orejas de lobo; mas las otras sumergidas en el sueño, o rendidas al vino, dejan los lugares en manos de los adversarios, que con dichosas asechanzas, hallando las fortalezas desapercebidas y mal guardadas, entregan a la malicia y rabia de los soldados, naciendo de tal descuido incendios, homicidios, robos, sacos, y estupros. El nombre de espía particularmente significa cierta suerte de personas que van por ejércitos, y ciudades, inquiriendo y explorando con secreto los hechos de los enemigos, para referirlos a los suyos: y aunque tal oficio sea infame, y por eso los tales castigados con muerte de horcas, no dejan de ser necesarios. Mas este nombre brota de sí un ramo con nombre de acusador o refrendario, que en nuestra lengua es lo mismo que soplón; mucho más infame que la espía, por su maldad y vil ocupación: llámanse en latín *Delatores*; de quien escribe Suetonio haber castigado Vespasiano a muchos con graves penas. También Domiciano (según Blondo) les fue tan adverso, que les ordenó excesivos castigos. Así solía decir, que el Príncipe que no castigaba a los refrendarios (esto es a los soplones) era quien los incitaba y daba mayor licencia para ejercitar su vil oficio. Antonio Pío ordenó se quitase la cabeza a los soplones, que no probasen las acusaciones; y si probasen, recebido el premio determinado, se despidiesen como infames. Bien acertado fuera se observara hoy tal costumbre, pues ha llegado a ser tan grande el número de soplones, que en cada calle se hallan no pocos, sirviendo la mayor parte de levantar por cualquier mínimo interés que se les pueda seguir, mil testimonios y delitos que no han pasado por la imaginación. Los humores alborota el tratar de

semejantes bestias, infames y viles, para quien parece se destinaron horcas, galeras, cruzamientos de caras, muertes y palos.

En materia de centinelas es bien advertir que en cuantas ocasiones de guerra se han ofrecido merecieron los Españoles la palma de vigilantes y osados; supuesto fueron ellos los que inventaron las que llaman centinelas perdidas, diligencia sólo fiada de hombres tan por estremo valientes. Muchas veces han ido éstos a reconocer arrastrando y postrado el pecho por suelo, no más que con las armas de una daga, saliendo felizmente a menudo deste género de valentía y fidelidad, aunque por la mayor parte llena de infinito peligro. Asimismo han descubierto en lo que toca a otras centinelas grandísimo cuidado y vigilancia, siendo nación de quien más que otras se puede fiar tal advertencia, por la templanza, vivacidad, prevención, plática y sagacidad de que se halla adornada.

De los justadores, y torneantes de a pie.
Discurso LXXXIX

AUNQUE por derecho Canónico sean prohibidas las justas, y torneos de a caballo, donde interviene manifiesto peligro de la vida; son comúnmente permitidas las que se hacen con armas botas, y sin hierros agudos; sólo por causar solaz a Príncipes, y damas, imitando acciones de valientes, y generosos. Aquí es concedido ejercitar la destreza del cuerpo, la agilidad de los miembros, el valor, y fuerza que tienen para dar honrosa muestra de la singular profesión que hacen de las armas, y caballería. Traen estas justas y torneos su origen, de aquellos juegos gladiatorios que en los teatros ejercitaban los Romanos, y en especial Augusto, Calígula, César, Claudio Nerón, Domiciano, Gordiano, y otros Emperadores poderosos. Algunos dellos eran llamados Retiarios; porque traían debajo del escudo una red para enredar dentro al enemigo; otros Púgiles; otros Secutorios, y combatían ya en honor de Marte, ya de Neptuno, y ya en el de Vulcano, como escribe Francisco Patricio. Éstas florecieron en España, Francia, Inglaterra, y en muchas ciudades famosas de Italia. El cuidado de los guerreros en esta ocupación consiste en mostrarse en la justa, o torneo, lo más vistoso que puede, descubriendo la interior grandeza de su ánimo con la muestra exterior. Hállanse para este efeto armas blancas listadas de oro, sobrevistas noblemente recamadas, caballos ricamente aderezados, pajes con divisas, padrinos excelentes, y práticos; yelmos de acero fino, espadas, y lanzas acostumbradas en tales actos, soberbios penachos y cimeras. Entre otras cosas andan astrologando de contino acerca de las armas, y motes que han de llevar en el escudo, fatigándose por imitar a los antiguos en semejantes muestras. Atiéndese asimismo a los colores, y libreas en que se gasta hacienda y cuidado, para hacerlas más vistosas y agradables, observando tomar colores que tengan en sí más de lo ilustre y noble. Para hacerlos advertidos en toda cosa, nota Bártulo conocerse la excelencia del color con esta regla. Que el blanco, como significador de la luz, se halla en el primer grado de nobleza; y el negro semejante a las tinieblas del infierno. Por lo que vienen a quedar los de enmedio, o más, o menos nobles, según que se llegan al blanco, o al negro, menos, o más.

Atiéndese pues en especial a las colores nobles. Por eso el Cidari, Diadema, y Corona de los Reyes Persianos, era una faja blanca listada de colorado, por ser lo blanco símbolo de clemencia, y lo colorado de rigor. Usan para las colores de las libreas casi muy de contino lo dorado, que es el más noble de todos respeto de lo que representa, que es la luz y rayos del Sol. También significa fe y dominio, y por esto el Salmista llamó a la Fe, oro siete veces refinado. Usan también lo plateado, que significa engaño de amor, porque la plata se suele dorar, o teñir de oro por los Alquimistas, con que se engaña la gente. De aquí es mostrar de noche la Luna juntamente con Venus color plateado. Llevan lo blanco mezclado en los vestidos, porque significa vitoria; por este respeto vio san Juan Evangelista a los santos (que vencieron por la Fe) delante del trono, vestidos de estolas blancas, y la santa Iglesia canta de los Mártires:

Te martyrum candidatus laudat exercitus.

Y en Ovidio se lee, haber mandado su padre a Teseo, que volviendo con vitoria del Minotauro, levantase velas blancas, para significar tal vez inocencia, y pureza. Por tanto en la Transfiguración apareció Cristo con vestiduras blancas como la nieve; y Virgilio vistió de blanco a los castos Sacerdotes. Significa asimismo servidumbre, y dolor; por lo que los siervos que se vendían antiguamente, salían en público con cierto género de zapatos blancos, señal de esclavitud. Plutarco afirma vestían las Matronas viudas de la Grecia vestiduras blancas, para mostrar haber desaparecido su placer; y esta costumbre aún vive entre Franceses, supuesto llaman blanca a la Reina viuda, como destituida de todo su bien. Acerca de otros significa alegría: por eso Luciano cuenta en las solenidades de los espectáculos de Quinquerito Ateniense, no era lícito a alguno el estar presente, si no tenía vestidura blanca. Con semejante color significa también la Iglesia, la alegre fiesta de la Resurreción de Cristo. Asimismo cuando uno se baptiza, determinan los Cánones haberse de vestir de blanco, en alegría de la regeneración. Fuera de que afirma san Ambrosio tener la Iglesia tal costumbre, y por tal la confirma el Catecismo moderno, contra aquel Barbaciano, que escribe haber san Augustín tenido en su baptismo cogulla negra. Por otra parte significó lo blanco privación de gloria, y así se vestían de blanco los soldados tirones, o bisoños, siendo llamados, como apunta Vegecio, Candidatos, en señal que no habían teñido honrosamente las manos en sangre de enemigos: y traían un escudo blanco como papel, sobre quien no estaba escrita alguna cosa, por no haber hecho aún obra digna de

memoria. Tito Livio describe un ejército de Samnites con librea blanca, para mostrar ser nuevos soldados, esto es sin alguna gloria. En las vistosas libreas se sirven también estos torneantes del color azul, que significa pensamiento elevado: por ello la diosa Isis tan estimada de los antiguos, quiso singularizar a sus sacerdotes con los hábitos deste color. El rey Asuero tenía con el mismo intento aderezados sus aposentos de azul. Persio hablando de la vestidura Jacintada, muestra ser este color de hombres que aspiran a cosas grandes. Otros visten morado, que significa desprecio de muerte por amor. Otros de encarnado, que denota franca posesión en materia amorosa: quién escoge el pardo y leonado que significa hallado amor; quién toma lo amarillo, que significa renacida esperanza; en cuyo sentido los Atenienses llamaron a la Aurora Esperanza, porque con su nacimiento (anuncio del día) se renueva toda cosa. Las doncellas Romanas recién casadas, usaban por ornamento del cuerpo un velo llamado Flameo de tal color, para mostrar la esperanza que tenían de hacer fruto, de cuyo ornato habló Virgilio en aquel verso:

Et circumtextum croceo velamen Achoam.

Quién elige lo colorado, o purpúreo, que denota poca seguridad. Por eso el León huye del fuego, porque es rojo, como dicen Plinio y Claudiano. Y Ovidio escribe haber sido espantados los ciervos con las plumas rojas, llamando Horacio a los tiranos Purpúreos, por hallarse la mayor parte llenos de sospechas, y con poca seguridad. Quién abraza el verde escuro, para denotar falta de esperanza. Virgilio con este intento pone velos verdes en el sepulcro de Polidoro. Y donde introduce a Andrómaca sacrificando al muerto marido, dice, estar el sepulcro cubierto de ramas verdes. Las antiguas Matronas castas cubrían en otro tiempo sus carros con tal color (como dice Servio) en señal de no tener ningún contentamiento. El verde solo quiere Alejandro Farra signifique alegría, y lo confirma con no pocas autoridades. Otros siguen el color pardo para significar haber sido engañados, y a este color llaman los Griegos Dóricos Cilón, porque (según Julio Poluce) tiene tal nombre entre ellos el asno. Entre los Egipcios fue tenido tal color por infausto; y por esta causa aborrecieron y menospreciaron sobre todo animal al jumento, tratándole de bestia impura, y endemoniada. Al último, otros escogen lo negro, para significar alguna tristeza, por cuyo entendimiento dijo el Petrarca:

Verás de negro en muertes de maridos

todas vestidas las mujeres Persas.

Entre los Licios antiguos se señalaban los días infaustos con señales negras. Muestra Virgilio sacrificarse a la tempestad, como cosa triste, las bestias negras. Así la Esposa en los Cantares confesó ser bella, mediante la infelicidad, que es causa de la gloria, diciendo:

Nigra sum sed formosa.

Por manera que vestidos de vistosas libreas, los gallardos caballeros corren de una y otra parte de la tela, rompiendo lanzas. Finalmente habiendo por sus honrosas muestras, adquirido en público dignos premios, son acompañados a son de trompetas. Hállanse en muchas partes no pocos buenos torneantes, grandes hombres de a caballo, de admirable apostura, de mucha fuerza, y brío. Y en este género de recreación es premio de sí misma la valentía, y el hacerlo uno mejor que otro.

En el torneo de a pie intervienen armas, plumas, y divisas conformes en colores. Toca al mantenedor poner los precios de la cantidad que quisiere, tener picas y cajas, y la plaza con valla y jueces nombrados. Los aventureros entran calada la visera; ni pueden ser descubiertos, si ellos de su voluntad no quieren, cumpliendo con las condiciones del cartel. De ordinario la mejor entrada de pica de guerra gana premio; las mejores levadas y encaladas de pica corta; los mejores botes y más altos desde la gola arriba, la mejor invención, la mejor letra, y los mejores golpes de espada, y quien se descubriere más airoso. Pierde quien da más abajo de la gola el bote, quien toca con espada o pica la valla; quien da más o menos golpes, quien en la solla cargare los pechos, o espada, o cualquier otra pieza. Si estuviere el Rey en la plaza, ha de ser la entrada por donde se haga acatamiento primero a él, luego a las damas, y al último a los jueces: y si no a los jueces, y luego a las damas.

Debe el que entra terciar la pica con la mano derecha en el hombro diestro, llevando la siniestra en su mismo costado. Ha de mover los pies al compás de pífaro y cajas. En dando la vuelta a la plaza, se ha de ir derecho a la valla, dando sus padrinos la letra a los jueces. Tócale dada la señal, tomar la pica del cuento, y vibrarla airosamente; luego romper las tres en la forma que se apuntó, sin que alguna encarne en brazo o peto. Tras esto se acerca a la valla, y metiendo el derecho pie, y sacando la espada, debe dar sobre la celada cinco golpes, dos de tajo, y tres de revés, enarbolando el brazo derecho, y sacando el diestro pie. Es propio de los Padrinos, alzarles

luego las viseras, y acudir a los jueces por el premio, haciendo las partes del ahijado. Después llevar el premio a la dama con cajas y pífaros, dando vuelta a la plaza hasta tornar a su puesto.

De los Maestros de Ciencias, y costumbres de niños. De los Catredáticos de Escuelas: y sus Estudiantes. Discurso XC.

HAN de ser los buenos maestros lucientes espejos de crianza, gravedad, y buenas costumbres, para que sean el blanco donde los estudiantes tengan de contino puesta la vista. Quintiliano desea en ellos la virtud por requisito principal, diciendo, guardará su loable vida los tiernos ánimos de mil desconciertos; y la gravedad espantará las osadías de los más feroces. Pide asimismo Plutarco en los maestros la bondad de la vida, mientras dice:

> *Inquirendi sunt Praeceptores filiis quorum vita nullis obnoxia sit criminibus, irreprehensis moris, et optimum sit experimentum,*

siendo cosa cierta, y evidente, aprender los muchachos de los maestros todo cuanto obran en la escuela, sobre que no me deja mentir Plutarco, pues afirma, atribuirse comúnmente a los maestros, los delitos de los estudiantes. Así no faltaron muchos que dijeron haber procedido el ingenio depravado de Nerón, de la mala enseñanza de Séneca preceptor suyo. En esta conformidad se lee, que habiendo visto Sócrates a un muchacho mal acostumbrado, y falto de crianza, dijo era menester azotar a su maestro. Diógenes Babilónico refiere, haber Leonidas maestro de Alejandro, llenádole mientras era muchacho de algunos vicios, que no pudieron apartarse dél en la edad viril. Requiérese también en el maestro el ser docto, siendo la ciencia uno de los objetos principales, por quien se envían los niños a la escuela. Por eso cuenta Aulo Gelio, que encomendando Filipo Rey de Macedonia su hijo Alejandro a la disciplina de Aristóteles, dijo, daba infinitas gracias a los dioses, no tanto por el nacimiento de Alejandro, cuanto porque hubiese nacido en tiempo de tan gran Filósofo, que le pudiese instruir con su milagrosa dotrina. Al contrario, un ignorante es por estremo apto para imprimir en la idea de los muchachos cosas torpes, y necias, que jamás se puedan remover, ni apartar dellos. Así fue muy sabio aquel Filósofo, que dijo, eran infelices los que nacián sin habérseles preparado por estremo

bien sus primeros fundamentos. A este propósito afirmaba aquel gran letrado Juan Perusino, haber aprendido desde muchacho de un maestro ignorante algunas niñerías de quien apenas se podía olvidar de edad de sesenta años. Por esta razón san Gerónimo amonesta a los mozos den de mano en la verde edad a las cosas que no son de aprender, siendo dificultoso, olvide la memoria, lo que con tanto gusto aprendió en la inadvertida edad. Cuanto a doctrina y suficiencia, declara con elegancia el Doctor Martín de Fano lo que convenga a un Maestro, que es enseñar las cosas necesarias; no hacerse de rogar para responder a las preguntas de los estudiantes; ser fácil en explicar, agudo en resolver objeciones, paciente en escuchar contradiciones, puesto en razón en sus dichos, sentencioso en sus palabras, elegante en leer, fácil en enseñar, eficaz en pronunciar, fiel en alegar, y útil sobre todo en cualquier razonamiento, o lectura que haga. Por esta causa cuenta Homero haber dado Peleo el cuidado de su hijo al sabio Fenices, para que le fuese guía, así en lo que había de hacer, como en lo que había de decir. También por esto es digna de imitación Eurídice (como dice Plutarco) que si bien era Esclavona, y Bárbara, para poder criar a sus hijos virtuosamente, se dio a los estudios, y a las disciplinas, conociéndose su suficiencia del Epigrama que dedicó a las Musas deste tenor: *Eurídice de Hicópoli*, después de haberse satisfecho (según su deseo) de las buenas letras, consagró este título a las Musas, porque siendo ya madre, y de mucha edad, viendo entraban sus hijos en la juventud, aprendió con mucha fatiga las letras para su enseñanza, y para memoria de su virtud. Y tanto más se debe buscar el docto Preceptor por el provecho, cuanto el que no lo es viene a ser dañoso, por su ignorancia, que jamás se olvida ni deja. Por tanto en la memoria de los escritores se halla acostumbraba Timoteo músico excelentísimo, pedir doblado salario a quien hubiese tenido Preceptor ignorante, alegando había de tener mayor trabajo en quitarle el orín, que en ponerle el oro. Por esta razón debrían los padres, cuando ponen sus hijos a la escuela, señalarles un buen maestro, sin reparar en el interés, como fuesen bien instruidos. Arístipo motejó discretamente a uno de poco sabio, porque habiéndole preguntado cuánto le llevaría por enseñarle un hijo, y respondióle que mil dragmas:

> *Excesivo precio por cierto*, dijo el otro; *supuesto podría con él comprar un esclavo*.

Pues tendrás (respondió Arístipo) *dos a un tiempo; tu hijo, y el que compraras*;

dándole a entender, no habría alguna diferencia entre el hijo malcriado, y el esclavo. Así concluyo, sea el principio, medio, y fin de la enseñanza de los maestros todo honesto, y su erudición legítima, y verdadera. Tampoco deben los maestros ser ásperos con los estudiantes, como Domiciano Gramático, que en Roma fue tenido por intratable; sino débese observar una medianía entre el azote y la blandura. Porque las dulces exhortaciones (como dice el Papa Pío) incitan a los mozos para seguir cosas honestas: y el reñir, con el castigo los enfrena en las ilícitas. Y aunque Crisipo alabe mucho el castigo; y Juvenal diga, haber con el temor del azote aprendido Aquiles a cantar en los partios montes; con todo nos muestran ejemplos infinitos, no haber cosa que más impida el provecho de los muchachos, que aborrecer a los maestros, huyendo por la mayor parte los mismos de la escuela, cuando los hallan con demasía terribles, y severos. De aquí es ausentarse de los padres, esconderse entre los parientes, irse a jugar detrás de las cercas, salirse a los campos, y hacer otras mil locuras, sin tener a manera de vagabundos habitación firme, ni lugar permaneciente, huyendo de las escuelas, más que el demonio de la Cruz, y del rostro del maestro, como de la vista de un áspid. Y porque los pedagogos, que es lo mismo que ayos, tienen cuidado no sólo de encaminar a los muchachos en la compostura exterior, y en las acciones políticas del cuerpo, sino principalmente en las del ánimo, diré brevemente con el parecer de hombres sabios, lo que deben hacer en uno y en otro particular. Conviene pues al ayo enseñarles todos aquellos actos de crianza exterior que pone el Galateo; como estar con modestia, moverse con decoro, reírse con prudencia, mirar con gravedad, sentarse con compostura, escuchar con atención, hablar con virtuoso agrado, caminar airoso, y procurar curiosidad no afectada. En esto se debe considerar el ejemplo del Macedonio Filipo, que habiéndole advertido un esclavo en cierta ocasión que tenía sin decoro, y mal puesta la vestidura Real, le dio libertad, teniéndole por persona bien entendida en materia de crianza. En este particular fueron tan curiosos los Griegos, que publicaron una ley acerca de las acciones, llamada Cironómica, para tratar de la política compostura del cuerpo. Platón encomendó la misma en sus acciones civiles, y Crisipo la honró en sus preceptos. Sobre todo les deben enseñar tengan reverencia a sus mayores; respeto a Religiosos y ancianos, y

obediencia y decoro a sus padres, no excediendo el modo como hacía el Mainardo, que les enseñaba a hincar la rodilla, y besar la mano a cuantos pasaban. Es menester asimismo detestarles el demasiado beber, porque tengan los órganos preparados para el estudio; y vedarles los superfluos pasatiempos (bastando según Platón) recrear tanto el cuerpo que pueda atender a los misterios de la Filosofía. Por eso se lee de Pitágoras, que entendiendo se daba cierto familiar suyo a los deleites, dijo:

Éste no cesa de fabricarse una cárcel importuna para todos tiempos.

Mas por lo que toca a la instrucción del ánimo, profese el cauto Preceptor mantener en humildad al discípulo, porque de su osada presunción nacerían infinitos errores, y por la misma quedaría destruida y arruinada la máquina de sus fatigas. Por tanto dijo bien Temístocles de Diafanto su hijo (criado con demasiada licencia, y regalo) que mandaba a toda Grecia, descurriendo así:

Atenas manda a los Griegos, yo mando a los Atenienses, mi mujer me manda a mi, y a mi mujer manda su regalado hijo.

Sea diligente del maestro en amonestar a los discípulos, riguroso en reprehenderlos, vehemente en ejercitarlos, y prudente en refrenarlos, con la consideración que tenía Isócrates con Éforo, y Teopomopo sus discípulos, de quien decía tener necesidad uno de freno, y otro de espuelas. No debe jamás dejar estén los estudiantes en ocio; porque así como los caballos a quien a menudo manejan y amaestran los Picadores, hacen buena salida debajo de la espuela del señor; y los que se dejan estar por mucho tiempo indómitos, se vuelven duros, bizarros, y fieros: así también los estudiantes enseñados a menudo, y con cuidado, hacen bonísima salida en las letras; y los mal inclinados que están en ocio se vuelven cada día más torpes. Según esto dijo bien aquel de Tesalia, que preguntado cuáles fuesen los más viles y desechados de toda su patria; respondió que los ociosos. Huya el Preceptor que sus discípulos tomen alguna costumbre torcida mientras son niños, porque impresa una vez se retiene siempre; lo que declaró muy bien Licurgo acerca de los Spartanos, con el ejemplo de los perros alegado ya en otra parte. Débense abstener los maestros cuanto sea posible en presencia de los muchachos de palabras deshonestas, y torpes; porque como dijo Demócrito, el habla es puntualmente una sombra de nuestras acciones, imaginando cualquiera sean los hechos hermanos de las palabras. Sobre todo debe un maestro virtuoso enseñar

principalmente a los muchachos, los principios y fundamentos de nuestra santa Fe, y las virtudes pertenecientes a ella; exhortando a las mismas; enviarlos a Vísperas, a la Doctrina Cristiana, y sermones; hacer estén bien compuestos en la Iglesia, con devoción delante del Santísimo Sacramento, y con respeto en presencia de los Religiosos, teniendo en la memoria el ejemplo de Teodosio Emperador, que con ser tan poderoso sometió el cuello a los preceptos de san Ambrosio, haciendo con humildad cuanto le ordenó. Y el de Constantino César, que en el Concilio Niceno no quiso conocer de algunos Obispos, diciendo, no era lícito que fuesen los dioses juzgados de los hombres: y la notable sentencia del Pontífice Clemente:

> *Omnes Principes terrae, et cuncti omnes sacerdotibus obedire, aut capita submittere debent.*

En suma se requieren en un buen maestro todas las calidades que describen Quintiliano, el Papa Pío, Baptista Cacialupo, Martín de Fano, y otros. No que sea ignorante, no de costumbres depravadas, ni falto de discurso, y pulicía. Porque no hay cosa más ridícula, que ver un pedante hinchado con cuatro sílabas en cruz, con tres autoridades de represa, con dos discursos hechos a todas manos, con un Dístico sin gala, queriendo dar olor de Filósofo, y Teólogo en un instante, quedando entrampado, como el pedante de Sanquintín, que haciendo profesión de reírse de todos, cayó graciosamente en el lazo, supuesto mandando a una crianza suya, hiciese una mañana que esperaba convidados cierta cocina elegante, ella instruida de cierto Filósofo su amigo, cortó menudamente todas las obras de Tulio, que el amo tenía, y juntas con las de Quintiliano, Salustio, y Demóstenes Griego, las acomodó en una cazuela elegantemente, acompañando el guisado con huevos y queso. Mas poniéndole después a la mesa, mientras cada uno de los amigos halló en su plato semejante emplasto; y mientras el pedante alzó la voz para amenazarla llamándola sórdida; la misma osadamente respondió,

> *¿Qué sordidez* (que es lo mismo que grosería, o suciedad) *es la que está dentro de ese guisado, si asiste en él toda la elegancia del mundo, según vos me ordenastes?*

Causa que riyesen mucho los convidados, loando después entre sí no poco la invención de la criada, que con traza ingeniosa había dejado burlada la curiosa Retórica, o ignorancia del amo. Mas si en los maestros de escuela se requieren tan buenas calidades, y tanto deben huir las viciosas; ¿qué será en los que leen ciencias en públicas

Universidades? Necesario les será por lo menos tener diferente reputación que los Ayos, o Maestros de Gramática, y según la alteza de su grado poseer méritos más honrosos y sublimes; como ser graves en sus razonamientos, retirados en sus acciones, tratables con los estudiantes, agradables en las respuestas, agudos en las sutilezas, diestros en platicar con sus discípulos, estudiosos y de duración en enseñar, diligentes en leer, sabios en discurrir, elocuentes en hablar, humanos en conversar, modestos en disputar, procurando adquirir la benevolencia de todos los de escuelas. Noten los Catedráticos atentamente la sentencia de san Bernardo:

> *Hay algunos* (dice) *que quieren saber, por saber, y es curiosidad; y otros que quieren saber, porque sepan que saben, y es vanidad; otros que quieren saber, por ganar, y es codicia; otros que quieren saber por edificar, y es caridad*.

Porque este cuarto modo es el que sólo pertenece a los lectores; y aunque sean libros, y doctrinas de Étnicos, juzga Beda deberse leer tales volúmenes, diciendo:

> *Turbat acumen legentium, et deficere cogit qui eos a legendis secularibus libris omnimodo aestimat prohibendos in quibus, si quae utilia sunt, quasi sua sumere licet*.

Y Eugenio Papa instituyó en el Sínodo se buscasen con todo cuidado y diligencia maestros que enseñasen las artes liberales, alegando se vienen sumamente a manifestar en ellas los divinos mandamientos. Están pues obligados a enseñar por edificación y erudición, y no por pompa, como hacen muchos, recitando varias opiniones con argumentos inumerables, sin resolver al fin la verdad. No deben estar pertinaces en defender más a un autor que a otro, ni argüir temerariamente a los insignes. No enseñar cosas vanas en daño de los estudiantes. No tener la boca cerrada cuando fueren desconcertados, no desear en estremo ser acompañados dellos; y en suma mostrar en todo gravedad y modestia condecente. Los estudiantes tienen obligación de sustentar las opiniones verdaderas de sus Catedráticos, defendiéndoles siempre como exhorta Platón en muchos lugares. Conviene a los mismos gran templanza en la comida y bebida, porque como dice S. Gregorio,

> *Dum venter non restringitur, simul cunctae virtutes obruuntur*.

Y S. Gerónimo;

> *Venter pinguis non generat sensum tenuem*.

Han de huir el juego, no el que concede Anacarsis por recreación del ánimo, sino el profano y dañoso a la conciencia. Han de dar mano a la conversación de malas compañías, y huir de las malas pláticas. Han de aborrecer las palabras viciosas; porque como dice Menandro,

Corrumpunt bonos mores colloquia mala.

En ellos se requiere vergüenza, decoro, honestidad, temor, sencillez de ánimo, pureza interior, ser virtuosos y devotos, atender al estudio, seguir la escuela, levantarse a buena hora, repasar las lecciones, tener generosa invidia a los compañeros que se adelantan. Varias son las travesuras de los muchachos, con que hacen desesperar a los padres, gritar a las madres, y enojar a los maestros: mas los cuerdos estudiantes son la verdadera alegría de sus padres, como se entenderá en lo que se sigue deste discurso. A éstos convendría ser sumamente modestos, y de loable vida, considerando el dicho del Sabio, que

In malevolam animam non introibit sapientia:

consejo que entre los primeros dio Guilielmo de Monte Laudano en la primera de las Clementinas, donde se trata de los Maestros. Y el Cardenal Bursiano en el proemio advierte a los estudiantes no fíen en la agudeza de su entendimiento, no en la continuación del estudio, ni en la tenacidad de la memoria, sino que pongan su esperanza en el que es Señor de todas las sciencias. Este mismo consejo les dan Francisco Zavarela, y Gorfredo Gaetano en la referida Clementina. Sería menester se abstuviesen de la sensualidad, por ser las rameras, como dice S. Gerónimo la red del diablo, por quien paran muchos en desastrado fin, como afirma el Cardenal Florentino en el mismo lugar. Sería necesario ocupasen bien el tiempo; no habiendo para los hombres (según Teofrasto) mayor daño que su pérdida. Importaríales hallar Doctores insignes para asistir a sus lecciones, y para aprender siempre dellos alguna cosa de nuevo, sin quererles poner el pie delante. También sería muy a propósito la asistencia y continuación de los mismos en el estudio, considerando el notable dicho de Pomponio Legista, que en edad de setenta años decía no haber tenido otra vida, que la que había adquirido con el estudio. Deben oír sin intermisión la viva voz de los preceptores; porque

Viva vox (como dice S. Gerónimo) *habet quid latentis energiae*.

Y este consejo les da también Laurencio Doctor antiguo, Cencelino, y Paulo de Castro. No debe el estudiante presumir de saber, sino saber en efeto; porque según Temistio Filósofo,

Maxima par; eorum quae scimus, est minima eorum quae ignoramus.

Y Alberto Bresciano decía, que

Pars scientiae est scire quod nescias.

Esto concluye bien Marcial con su acostumbrada agudeza en aquellos dos versos:

Discendi modus est si te nescire videbis,
disce, sed assidue; disce sed vt sapias.

Sobre todo sería menester argumentasen a menudo con los otros, porque la disputa (según Leonardo Aretino) es quien sutiliza el entendimiento, haciéndole llegar donde el estudio, y la letura no alcanzan. Quien quisiere ver estrechamente cuanto se requiere en un estudiante, lea a San Augustín, y a Baptista Cacialupo. Mas hoy casi todos obran al revés de lo que debrían. Ni hay vicio, disolución ni escándalo, donde dejen de entrar, y aunque san Antonino les dé una buena mano; con todo no cuenta la mitad de lo que cometen los estudiantes modernos. Yo con su buena licencia apuntaré algo, procurando huir prolijidad, principalmente en cosas de que en general se tiene noticia. Cuanto a lo primero, tratando de la conciencia, que es la que lo ordena todo, y la que pone en ejecución todas las obras, el que no la tiene ancha es para poco; como si el valerse de lo ajeno con título de insolencia o travesura no fuese pecado. Dejo aparte sus depravadas costumbres, en que se trata poco de Misa, menos de Vísperas, y nada de Sermón. Sus conversaciones son deshonestas, sensuales sus pensamientos y palabras, dando en todo cuanto pueden mal ejemplo. Quédese a un lado esto de ser espadachines, la esgrima; las salidas de noche con espada, broquel, rodela, o montante. Déjese el acudir a casas de las mujercillas, sólo a inquietarlas, a darles ladrillejos, alborotando los barrios, con las resistencias hechas a las justicias, porque viene por la posta a ponerse delante la intolerable soberbia, y la indecible vanagloria que poseen en llegando a entender un ringlón del Latín más fácil. Con estos humos menosprecian a cuantos insignes Dotores hubo y hay en diversas facultades. Con éstos hacen burla de los más entendidos, llamando torpes a los Teólogos, importunos y flojos a los Predicadores, necios a los Legistas, idiotas a los Médicos; recogiendo

en sí toda la ciencia de Platón, y los documentos de todos los otros Filósofos; antes para decirlo mejor, toda la ignorancia y locura del mundo.

La ostentación es propia de muchos, perspectiva con que campean en público. Son en todas sus acciones inmoderados, sus conversaciones son dislates, siempre amigos de censuras y sátiras. Faltarían palabras y tiempo para decir sus descomposturas, maldades y excesos, con que sin aprovechar en lo que profesan, desperdician las haciendas de sus padres, siendo por este camino su dolor, y tormento, pues apenas se pueden valer contra sus juegos, empeños y gastos. Venden para sus caprichos hasta los libros y vestidos. Jamás tienen pensamiento de estudiar. Sólo su cuidado consiste en si llegará el recuero, y en cómo despachará en el aire la provisión que le trae. De abrir libro no se trate, que es gran mengua, y acerca dellos sólo los motilones se aplican a estudiar, haciendo escarnio del que no es avalentado, del que no enamora, y del que no compone su romancito o soneto. En la lición están como tordos, picazas, o papagayos, dando de contino golpes, y haciendo desaforados ruidos, para interrumpir y perturbar al Catredático. En fin son tan distraídos en todo género de indecencia, que juzgan por honra y blasón ser llamados fantásticos, indómitos, y desenfrenados, procurando siempre ser tales. Son pesadísimos en sus burlas: por estremo importunos y obscenos en las matracas y vejámenes, gargajeándose, aporreándose, y haciendo otras mil indecencias. Tiénese por estremo dichoso el que sabe hallar mejor invención de molestias, y el que es más platico en todo género de enfadar. Son inconsiderados, y sumamente atrevidos, pues se estiende su osadía hasta quitar honras ajenas, fijar carteles, y hacer otros semejantes desatinos. Juzgan entre ellos por inútil y para poco, antes por del todo necio y bronco, al que es con todos gentil, modesto, afable, cortes, sabio, estudioso, y de buen discurso. Si por ventura alguno pretende lucir con el sudor de sus trabajos, procuran deshacer, ofuscar, y aniquilar la verdadera gloria que le toca: y esto no por envidia, porque aún no la permite su ignorancia, sino por pésima inclinación de hacer siempre mal. Por esta causa debría tener cuidado el Rector del Estudio, en que se pusiesen de contino trabas (con el rigor del castigo) a estos potros por domar; a estos demonios desenfrenados. Yo quisiera que el remate deste discurso les sirviera de fraterna, y corrección, para que con prompta emienda pudieran desmentir a quien pusiera lengua en ellos. Mas concluyo con el Barges, que decía no darse vacío en la naturaleza, excepto en los

estudiantes, en quien tres cosas se hallan sumamente vacías, el juicio, la bolsa, y la ciencia.

De los Comediantes, y Autores de Comedias. Discurso XCI.

SI bien a los Histriones antiguos (nombre común a Cómicos, y Trágicos) no se dio algún honor, mientras hicieron publica profesión de representar, antes fueron tenidos siempre por personas vilísimas, y dignas de ninguna reputación acerca de todos, siendo por eso vergonzosamente echados de Roma muchas veces (según Suetonio) y excluidos como inhábiles de las honras de los ciudadanos, y soldados (según Cicerón y Tito Livio) con todo no deja de ser atribuida aquella parte de gloria que puede merecer la virtud al particular que fue famoso, y célebre en la acción. De aquí es defender Macrobio de la vileza al ejercicio Histriónico, con el ejemplo de Roscio Amerino, y Esopo, Cómicos tan familiares de Marco Tulio, que defendía sus cosas como dichas singularmente: y esto se ve con notoriedad en la aguda oración donde reprehende al pueblo Romano, por haber hecho ruido mientras recitaba Roscio. Y él mismo usaba contender tal vez, y hacer como parangón, sobre si Roscio con mayor copia de acciones, que él con elegancias de palabras pronunciase alguna sentencia, cosa que puso tanta confianza en el Histrión, que osó publicar un libro en que hizo comparación entre su arte, y la elocuencia. Este Amerino fue tan caro a Lucio Sila, que hubo dél siendo Dictador un admirable anillo de oro: fuera de que recibió del público por instantes cantidad de dineros, sin lo que le daban por paga. Y Esopo ejercitando su profesión vino a ser tan rico, que como cuenta Macrobio, dejó seiscientos sextercios a su hijo (según Plinio tan pródigo, que alguna vez puso en las cenas las margaritas deshechas en vinagre). De Pilades Histrión refiere Dión Casio, haber sido sobremanera grato a Nerva. Coceyo siendo favorecido de la asistencia de Augusto, mientras fingía a Hércules enfurecido, se atrevió a arrojar saetas en medio del pueblo sin hacer mudanza el mismo Emperador. Y de Publio Siro (dice Macrobio) que tras una Comedia en que recitó por estremo bien, le dio César la palma, y fue antepuesto a Laberio caballero Romano, que entrado por su amor en la scena, adquirió gran nombre, y un anillo de quinientos sextercios por su excelencia. Entre los Cómicos célebres, es también puesto el

Griego Nicostrato, que por su singularidad dio ocasión al antiguo Proverbio,

Omnia faciam more Nicostrati.

A Polo Histrión pusieron asimismo los Griegos en sumo grado por la claridad de la voz; por la gracia de la acción, y por el agrado de la habla. Dél se lee, que fingiendo en Atenas la Eletra de Sófocles (que traía en una urna los huesos de Orestes) expresó tan curiosamente la imagen de la cosa, que hizo llorar con grande abundancia a todos los circunstantes. Italía ha tenido algunos Cómicos insignes, como Fabio que se demudaba de colorado en amarillo, y de amarillo en colorado, como le agradaba, dando admiración a los oyentes con el modo y gracia de discurrir. Fue también Isabela ornamento de los teatros, y no menos virtuosa que bella. Dejo aparte la docta Vicencia, la gentil Lidia, y la divina Vitoria, que con admirable discreción hicieron de sí notables Metamorfosis; mereciendo Vitoria en particular ser puesta como un compendio del arte, por tener las acciones proporcionadas, armónicos, y concordes los movimientos, los actos agradables, las palabras dulces, los suspiros astutos, las risas regaladas, el proceder altivo, y generoso; y en toda la persona un perfeto decoro. España ha tenido, y tiene prodigiosos hombres y mujeres en representación; entre otros Cisneros, Gálvez, Morales el divino, Saldaña, Salcedo, Ríos, Villalba, Murillo, Segura, Rentería, Angulo, Solano, Tomás Gutiérrez, Avendaño, Villegas, Mainel, éstos ya difuntos. De los vivos, Pinedo, Sánchez, Melchor de León, Miguel Ramírez, Granados, Cristóbal, Salvador, Olmedo, Cintor, Gerónimo López. De mujeres, Ana de Velasco, Mariana Páez, Mariana Ortiz, Mariana Taca, Gerónima de Salcedo difuntas. De las que hoy viven, Juana de Villalba, Mariflores, Micaela de Luján, Ana Muñoz, Jusepa Vaca, Gerónima de Burgos, Polonia Pérez, María de los Angeles, María de Morales, sin otras que por brevedad no pongo. En esta conformidad se puede decir, ser dignas de toda loa las personas que con honesto proceder se muestran insignes en semejante profesión. Mas los Cómicos profanos que hoy la pervierten, introduciendo en las Comedias deshonestidades y escándalos, no pueden pasar sin manifiesto vituperio. Cuanto a lo primero los autores de Comedias que se usan hoy, ignoran, o muestran ignorar totalmente el arte, rehusando valerse dél, con alegar, serles forzoso medir las trazas de las Comedias, con el gusto moderno del auditorio, a quien, según ellos dicen, enfadarían mucho los argumentos de Platón y Terencio. Así por agradarle (alimentándole con veneno) componen farsas casi

desnudas de documentos, moralidades, y buenos modos de decir: gastando quien las va a oír inútilmente tres o cuatro horas, sin sacar al fin dellas algún aprovechamiento. Y esta es la causa (dice Valerio Máximo) porque la ciudad de Marsella no quiso admitir el comercio de los Histriones, reconociendo cuánto se habían empeorado las obras que recitaban de lo que solían ser. No se acaban de persuadir estos modernos, que para imitar a los antiguos debrían llenar sus escritos de sentencias morales, poniendo delante los ojos aquel loable intento de enseñar el arte de vivir sabiamente, como conviene al buen Cómico, no obstante tenga por fin mover a risa. Mas al contrario descubren los más Poetas Cómicos, ingenio poco sutil, y limitada maestría; siendo lícito a cualquiera elegir el argumento a su gusto, sin regla, o concierto. Así se atreven a escribir farsas, los que apenas saben leer, pudiendo servir de testigos el Sastre de Toledo, el Sayalero de Sevilla, y otros pajecillos, y faranduleros incapaces, y menguados. Resulta deste inconveniente representarse en los teatros Comedias escandalosas con razonados obscenos, y concetos humildísimos, lleno todo de impropiedad, y falto de verisimilitud. Allí se pierde el respeto a los Príncipes, y el decoro a las Reinas, haciéndolas en todo libres, y nada continentes, con notable escándalo de virtuosos oídos. Allí habla sin modestia el lacayo, sin vergüenza la sirviente; con indecencia el anciano, y cosas así. Lo más ridículo viene a ser, que siendo éstos los que de nueve pliegos de coblilla sacan crecido interés, en todas las comedias introducen una figura con nombre de Poeta, en quien de propósito juntan todas las calamidades, y defetos del mundo. Hácenle pobrísimo, sin aliño, mentecato, perseguido; y en fin en todo sujeto provocador de menosprecio y risa: para que conozcan todos de la forma que saben honrar su misma profesión, y a los demás que la siguen.

Mas por concluir, si bien Platón contradice la Poesía imitadora, como dañosa a la República, y Plutarco la juzga vilísima, no faltan hombres célebres que la ilustraron, como Plauto, que según Varrón, compuso sus Comedias en casa de un panadero; Nevio que escribió las de su nombre, mientras estaba en la cárcel; Cecilio, a quien Volcacio atribuye la palma; Terencio puesto entre los principales; Sexto Turpilio, Lucio Afranio, Pacubio Trágico, Lucio Vario, Aneo Séneca, todos Latinos. Entre Griegos, un Menandro; un Alesio; un Aristófanes, Sófocles, Esquilo, y otros casi infinitos Cómicos, y Trágicos. Entre modernos Italianos, un Torcuato Tasso, Juan Baptista Guarini, Hércules Ventibollo, Alejandro Picolomini, Bernardino Pino,

Ludovico Dolce, el Trisino, y Cintio. Entre españoles, un Lope de Rueda; un Velarde, único en el lenguaje antiguo; un famoso Lope de Vega, Tárraga, Aguilar, Miguel Sánchez, Miguel de Cervantes, Mira de Mescua, Luis Vélez, Gaspar de Avila, y otros.

Tuvo la Tragedia su origen (según Donato) de los sacrificios que los antiguos ofrecían al dios Liberio, por ocasión de los frutos de la tierra. Encendíase fuego en los altares, poníase junto a él un cabrito, y el verso que el Coro cantaba al mismo Baco, se llamaba Tragedia; proponiéndose el cabrito por premio del canto de los autores Trágicos. En esta conformidad dijo Horacio:

Por vil cabrito con el verso Trágico
contender quiso.

Y la Tragedia se deriva de *Tragu*, que en griego significa Cabra. Fue Tespis (según Horacio) el que la compuso, y Esquilo el primero que la representó; mas Quintiliano afirma haber sido Esquilo su primer autor. Según Donato fueron Cincio, y Falisco los primeros que enmascarados representaron la Comedia: y Minucio, y Patronio, los primeros representantes Trágicos. Entre los Latinos fue (según Donato) Livio Andrónico el primer autor de Tragedias. La Comedia se dice de *Comacin*, voz Griega, que (según Varrón) significa obrar lascivamente, o *Como*, que quiere decir, comer en compañía; o *Comis*, que suena Burgo, y *Odis*, que quiere decir canto, habiendo tenido principio de los Atenienses, en tiempo que aún no estaban recogidos en ciudad, sino cuando por causa de la ganancia cantaban el verso festivo en las aldeas, y junto a los Trivios. Donato pone varias especies de Comedia, distinguiéndola en Paliata, en Tocata, en Tabernaría, en Atellana, en Mimo, en Rintórica, y en Planipedia; cuyas declaraciones se pueden ver en él. Asimismo la divide en cuatro partes, Prólogo, Protasio, Epítasi, y Catástrofe. La denominación de las Comedias quiere venga de cuatro cosas. Del lugar, como el Andria, del hecho, como el Eunuco; del nombre, como la Hécira; del evento, como Heautontimorumenos. En éstas intervienen el Prólogo, los actos, los intermedios, las scenas, los interlocutores; y en la Tragedia el Prólogo, el Episodio, el Éxito, el Córico, el Cómo, con otras muchas partes de quien trata Jacobo Micilo en sus anotaciones sobre Eurípides, y Horacio Toscanela, en un Compendio de arte Poética: que respeto de hablar por estremo bien de la Tragedia, y Comedia, puede verse. Comúnmente en España se dividieron las Comedias y Tragedias en seis partes, Música, Prólogo o Loa, Entremés, primera, segunda, y tercera

jornada; aunque ya van poco a poco quitando la Loa, o Introito, quedándose sólo con la Música, con el Entremés, y las tres jornadas.

Acerca deste sujeto de Cómicos y Trágicos se puede ver lo que dice Rodiginio, lib. 5, cap. 8, de sus *antiguas lecciones*, y lib. 8, cap. 17. También lo que apunta Pedro Vitorio en los libros de sus varias lecciones, fol. 133, y asimismo el Panepistemón de Ángelo Policiano.

De los formadores de Espectáculos en general, y en especial de los Charlatanes, y Ciegos. Discurso XCII.

ESCRIBIÓ Suetonio Tranquilo no haberse hallado jamás quien en la magnificencia de espectáculos igualase al grande Augusto. Y eran por los Romanos deseados entonces con tanto estremo, que parecía ser aquel Emperador superior con grandes ventajas a sus antecesores, por hacerlos ver al pueblo más espléndidos, y con más frecuentación. De aquí nació la institución de los juegos Scénicos, Seculares, Gladiatorios, Plebeyos, Taurios, Accios, y Dionisios, ejercitados ya por Tarquino Prisco, ya por Julio César, ya por Nerón, ya por Calígula, ya por Domiciano, ya por Gordiano, y ya por otros, como se puede ver en la oficina de Téxtor. Son agradables grandemente a los Españoles los espectáculos de toros. Así entre ellos no se tiene por fiesta principal la en que no se corren, y donde no intervienen lanzadas, rejones, y cañas. Parece sea tal regocijo Gentílico, bestial, y lleno de mil inconvenientes; mas de tal manera se siguen, que sería dislate tratar de su reforma. Los Charlatanes, llamados así por haber tenido su origen de Cereto Castillo de la Umbría, adquirieron con el vulgo tal crédito y aplauso, que tienen mayor concurso que excelentes predicadores, o doctos Catredáticos. Desta profesión hubo también memoria entre los antiguos; supuesto consiguieron algún nombre los que entretenían, o burlaban, llamados en Latín *Gesticulatores*, y en Griego *Chironomi*, dando placer con niñerías, desde la primera simplicidad del mundo. Por eso Juvenal nombra a Batilo solene entretenedor, diciendo:

Chironomon laedam molli saltare Bathyllo.

Blondo dice representaban los Romanos en las scenas juegos de varias cosas, y también de manos. En nuestros tiempos creció de tal manera el número y especie destos charlatanes, que en forma de mala yerba se estendieron por todas las ciudades de Italia, donde se halla cantidad dellos. Toca propiamente a los tales el título de cuajaenredos, porque jamás cesan de engañar con sus aparentes palabras a cuantos llegan a oírlos. Tras arenga que dura más de dos

horas (estudiada de una manera para todas partes) proponen la venta de pelotillas de jabón, de salsa conserva para fortificar encías y dientes, de graso de ternera o cabrito, a quien llaman pomada, de ungüento para sarna, o para quemaduras, y de cosas así. Encaraman su virtud todo lo posible, poniéndoles varios precios, hasta llegar al más ínfimo, en que comienzan a arrojarse los pañizuelos con el dinero atado en ellos. En suma cuanto se puede decir déstos, para, en que es gente perdida, ociosa, vagabunda, de vida desconcertada, de mal ejemplo, engañabobos, habladores de ventaja, que esto suena Charlatanes, y por remate merecedores de una galera. Ponen por mil caminos asechanzas a las bolsas de los embebecidos circunstantes, que de contino dan crédito a sus dislates y fruslerías. El oficio déstos parece quisieron usurpar en España los ciegos, república bien semejante a la de los otros, salvo que su mercaduría termina en reportorios, o coplas, en que se refieren casos monstruosos acontecidos en lejanas partes. En cierto modo deleita grandemente oír la pomposa arenga de un ciego, que subido en una mesa, acompañado, o solo, procura con su guitarra y mala voz captar la benevolencia del auditorio, tras quien propone el caso de las tales coplas, haciendo dellas una sucinta relación, adornada de algunas moralidades, o ejemplos. Finalmente encaja cuando mucho por un cuarto el nuevo volumen de cuatro hojas, dignas de perpetua custodia por los disparates que contienen, con quien como con pítimas se pudieran confortar y alegrar los más tristes corazones. Este es miserable género de hombres, que carecen del más principal sentido de los cinco, cuando menos de los ojos, a quien Séneca llama arcaduces de bienes; Eurípides galanes del alma, Teseo escuderos de la voluntad, Menandro espejos de la memoria, los Griegos Reyes de lo criado; concluyendo todos con que no hay gozo sin vista, y que con ella todos los gustos son tributarios del alma. Éstos pues, que carecen de tan gran bien, y que por su falta se hallan tan imposibilitados para poder adquirir el sustento necesario; no es mucho que por algún camino se le procuren granjear; y más por medio que no es a la República dañoso, salvo cuando publican desaforadas mentiras, como muchas veces sucede: mas como quiera que antes de publicarlas, es fuerza hacerlas ver de los Ordinarios para sacar su licencia, se puede decir no ser culpa suya de semejantes patrañas, sino de los aprobadores, que en esta parte cometen grandes descuidos. Podría crecer el número de los referidos otro género de ciegos Gascones, que al son de un rabel hacen bailar y saltar el perro

que traen amaestrado. También me parecen deste jaez los que llaman Volatines, gente prodigiosa en materia de saltos, por hacerlos de mil maneras, al parecer no con poco peligro; y así tienen algunos nombres de mortales. Fuera desto, andan, y bailan sobre una maroma con el compás de un palo, cosa admirable a la vista; porque junto con esto hacen en parte altísima asidos a la misma cuerda mil acciones de ligereza con tan prodigiosas vueltas y posturas, que dejan atónitos a los circunstantes: aunque por la mayor parte viene a parar este temerario ejercicio en pena y castigo de sus profesores; porque o caen desde la cuerda haciéndose pedazos, o mientras vuelan, vienen a parar en la dureza de alguna pared, donde dejan sembrados los sesos, engañándoles muchas veces la misma cuerda, que torciéndose los hace apartar del preparado colchón, o ropa destinada para su paradero. Suelen traer los mismos consigo para mayor apoyo de su ociosidad, cabras que saltan, enjaezadas a manera de caballos, monas que toman espadas en la mano; llevan, y traen pucheros de agua sobre la cabeza, haciéndolas voltear notablemente. No es razón se olviden otros manejadores de títeres, ministros de particular entendimiento; a quien hacen decir y hacer lo que quieren, metiéndolos en campaña, donde peleando se vencen unos a otros; industrias todas, antes ganzúas generales para las bolsas. Casi se me olvidaban los que acarreando grandes monstruos marinos los depositan en los mesones, donde poniendo carteles convidan a cuantos pasan a ver el prodigioso animal. Mas razón será poner fin a este discurso con advertir, que aunque por razón de Estado Política, permitieron las Repúblicas en todos tiempos semejantes juegos, y entretenimientos, para que el vulgo se divirtiese con ellos, y así se restaurase de sus fatigas, o como ocioso, atraído dellos, dejase de acometer cosas peores; con todo eso sería muy justo limpiar las ciudades de los más déstos, pues no sirven sino de ocupar, y distraer a los que atenderían a sus negocios, si no los tuviesen delante. Fuera de que por la mayor parte los que se ocupan en semejantes niñerías dejan de gastar el tiempo más loablemente, pues andan toda la vida baldíos, y como Gitanos de una tierra en otra.

Acerca de los espectáculos, véanse las Misceláneas del Policiano, cap. 58, y a Pedro Crinito, lib. 12, ca. 7, de Honesta disciplina.

De los Charlatanes, léase el libro de los Secretos de Vuequero, fol. 232, 239, y 314, y a Rodiginio, lib.10, cap. 35.

De los Carpinteros, Torneros, Entalladores de madera, Aserradores, Cortadores, Partidores de leña, Cesteros, Cajeros; y de los que labran en hueso, marfil, y nácar. Discurso XCIII.

LA ingeniosa ocupación de labrar en madera, de quien se saca el nombre de Carpintero (en Latín *Fabrus lignarius*, o *Carpentarius*) trujo su origen del malvado Caín, que fue el primero, según Bernardino de Busto, que edificase ciudades, y casas, donde fue menester interviniese tal arte. Parece fuese ennoblecida por Noé antes del Diluvio; porque en el Génesis se halla escrito haber formado el mismo aquel Arca tan célebre de madera, con sus estancias breadas con betún por dentro y fuera; de donde se comprehende supiese muy bien tal ejercicio. Fue asimismo fabricada el Arca del pacto del tabernáculo del Templo, y otras muchas cosas de una y otra ley. Plinio quiere haya sido la primera vez inventada tal arte por Dédalo, a quien atribuye también la invención de la plomada, del barreno, y de la cola, con que los maderos se juntan, señalando después a Teodoro Samio el primer uso de la escuadra. Este oficio tiene grandísima semejanza con el de Albañil; así por causa del modelo que se requiere en una y otra, como por estenderse a diversas materias como ella. Por tanto son de tal manera hermanadas, que de ambas se puede decir haber nacido aquella antigua cuestión, del cual fue primero el martillo o el mango. A la misma pertenece entender muchas cosas, la primera de quien es saber aguzar los hierros que se obran. Tras esto escuadrar bien un madero, y enderezar una tabla, cuando estuviese torcida. Es necesario por el consiguiente saber usar la regla, el compás, el cartabón, hacer de un cuadrado un redondo, y de un redondo un cuadrado, reduciéndolo a tantas caras, cuantas se quisiere. Deben saber labrar y entender qué cosas sean cornijas de todos géneros, óvalos, pedestrales, frisos; y otras cosas que tiene tal ejercicio. También es necesario tener conocimiento del maderaje que de contino labran; y saber si es seco o verde, poniéndole en la obra de

tal manera, que no se tuerza; y cuando un madero estuviese torcido, saberle enderezar con el fuego. Sobre todo es menester al perfeto oficial el buen dibujo, para que no eche a perder las obras, sino que las reduzga a su fin y perfeción. En cosas gruesas y bajas fue excelente la obra de Soterio carpintero, de quien nació aquel proverbio,

Soterici lecti,

de una obra vil, y nada ambiciosa. También Teléfanes adquirió el sustento, fabricando carros de labradores. Las cosas pertenecientes a la ocupación del carpintero, son compás, sierra, hacha, azuela, cepillos varios, escoplos, formones, martillos, tenazas, piquetas, barrenos, mazos, almagre, cuerda, regla, escuadra, cartabón, plomada, y cosas así. Las acciones son señalar, cortar, escuadrar, acepillar, enderezar, debastar, publique, asentar, encolar, y cosas semejantes.

Entre los carpinteros pueden también ser contados los cortadores de madera, que acerca de Catón son llamados, *Collocatores* en la palabra *collocare*, que significa cortar en el bosque. Así dijo Columela:

Neque arborem ferus collocare permittitur.

A éstos toca tener consideración de los tiempos, que sean a propósito para cortar la madera, y sobre todo de las lunas, porque cortándose en mala no suceda criar carcomas.

Vienen tras éstos los aserradores, cuya arte, según Plinio, halló Dédalo; si bien Ovidio la atribuye a Perdices su sobrino, como también el compás. Diódoro quiere la hallase Talao, hijo de la hermana del mismo Dédalo. Éstos ajustan los maderos con la cuerda, haciéndoles unas rayas coloradas, detrás de quien van aserrando, mientras las vigas gruesas son sostenidas de una llave de madera. Tal ocupación es de gran fatiga, siendo necesario trabajar de contino en refrenar aquellos pesos graves, y acomodar las sierras a quien se gastan los dientes, por la dureza de los nudos que se hallan en los maderos. Fuera de las sierras que se usan comúnmente, hay otras también de agua, de quien se hallan molinos aserradores en varias partes.

Con éstos se pueden asimismo juntar los partidores de leña, que de ordinario son unos troncos, o raíces muy gruesas, a quien llamaron en Latín *Confractores*, o *Conscissores stipitum*. En este ejercicio conviene sudar fuera de modo, obrando aquel mazo pesado con que abren y despedazan los troncos. Éstos no tienen otro artificio, sino

que les conviene meter las cuñas, y dar derecho el golpe, golpeando con el hacha de modo que den dentro, y no se hieran las piernas.

Podría por el consiguiente tener lugar aquí la invención de cubas y pipas que halló (según Laercio) cierto Pseusipo maestro de tal profesión. Éstos se dicen en Latín, según Plinio, *Doliarii*, o según Budeo, *Vietores*, del verbo *vieo*, que significa ligar, o enarcar, porque los mismos ponen los arcos a las cubas y pipas, y las aprietan con ellos, a fin de que el vino no se salga. Sus instrumentos son un cuchillo grande, una maza, un dental, la estopa, y la pez. Sus acciones enarcarlas, cómo dar el fondo, los mimbres, empegarlas, acepillarlas, y ensebarlas.

Parecen superiores a éstos los torneros, llamados en Latín *Vascularii*, de quien entendió Marco Tulio en aquellas palabras:

In regiam vascularios convocari iubet.

El instrumento desta profesión se llama en Latín *Tornus*, y hallole (según Plinio) Teodoro Samio, o según Diódoro, Talao sobrino de Dédalo. Deste instrumento trató Virgilio diciendo:

Lenta quibus torno facilis super addita vitis.

En este ejercicio celebra Plinio a Tericles, que hizo con el torno vasos por estremo curiosos. Son sus instrumentos el torno, la cuerda, formones de muchas suertes, escoplos, y otros con que hacen variedad de molduras y labores. Déstos dependen los que labran en hueso, marfil, y nácar: hombres de nueva invención; si bien Plinio hace mención de Corbilio Polión, que fue el primero que comenzó a aserrar las conchas de las tortugas. Arriano en la navegación del mar Rojo escrita por él, hace a menudo mención de las labores de los galápagos, que se hallaban entre los antiguos, como las de nácar entre nosotros. Éstos suelen fabricar rosarios, cajillas, cabos de cuchillos, de horquillas, cucharas, agnus, y lo obran todo sólo con un arquillo, y cinco, o seis hierros. Aquí entran los Cesteros, o Canasteros, que hacen con mimbres mil géneros de cosas curiosas, y provechosas. Tampoco deben pasar en olvido los Cajeros, cuyo oficio es curioso, y digno de que se haga mención dél, por la comodidad que se sigue de sus obras. Mas acerca de todos estos sujetos se puede ver Pedro Gregorio Tolosano.

De los Arquitectos en universal, Fortificadores de Fuerzas, y maestros de máquinas, o Ingenieros. Discurso XCIV.

EL primero que escribió de Arquitectura (derivada según Diódoro de la diosa Palas, y según Josef de Caín hijo de Adám, o Jubal, hijo de Lamec) se tiene haber sido Agatarco Ateniense, a quien siguieron Demócrito, y Anaxágoras; y tras éstos Silenio, Arquímedes, Aristóteles, Teofrasto, Catón, Varrón, Plinio, Vitrubio, y de los más modernos, León Baptista Alberto, Fray Lucas, Alberto Durero, Marino Blasi Milanés, y Paladio. Difine Vitrubio sea la Arquitectura una arte de bien edificar, debajo de cuyo estandarte están como ministros Carpinteros, Albañiles, y otros tales que sirven al Arquitecto como a superior. León Baptista muestra ser el Arquitecto el ingeniero que discurre, y el fabricador el operario; diciendo

> *Fabricam usus manus exequitur ratiocinatio demonstrat proportiones, et qui cognoscit materiam qua utitur Architectus quadammodo est*.

Esto mismo dice Aristóteles, poniendo así la diferencia entre el Arquitecto, y el Fabricador; que el Arquitecto entiende las cosas que hace; mas el Fabricador no siempre. De aquí es haber dicho Platón, que ningún Arquitecto usa el ministerio de la mano, sino que está sobrestante a quien le usa, declarando expresamente consista la Arquitectura antes en la especulación, que en el ministerio. Así en el Clitifón, dijo lo que se sigue.

> *Ab Architectura duo fiunt, aedificium videlicet, et Architectura; illud quidem opus haec autem doctrina*:

y según el mismo, consta la Arquitectura de la edificación Gnomónica, de la observación, y de la maquinación.

La edificación es de dos especies, por obra pública, o por particular. La obra pública es, o por causa de defensa, o por causa de religión, o por causa de oportunidad. Por causa de defensa, como torres, muros, baluartes, bastiones, reparos, estacados, fosos, puentes, y puertas, de quien trata con diligencia Alberto Durero en un libro suyo. Por causa de religión como Iglesias, torres, campanarios,

capillas, sacristías, de quien trata Vitrubio, León Baptista, y Sebastián Serlión. Por causa de oportunidad, como puertos, portales, plazas, campos, baños, teatros, anfiteatros, y cosas semejantes, en que se tiene consideración así a la firmeza, poniendo bien los fundamentos, y gastando sin avaricia el dinero en buena materia; como al provecho, mirando de dónde soplan los vientos, adónde bate el sol, dónde es mejor aire, que sitio es más agradable: también atendiendo al deleite, considerando de qué parte se satisface mejor la vista; y dónde hace más hermosa perspectiva, de que trata también Vitrubio con curiosidad. Y sobre todo se requiere disposición y simetría en los edificios; porque de aquí se saca la comodidad, la firmeza junto con el deleite. A la arquitectura Gnomónica pertenecen también todos los principios a la Geometría, el cumplido conocimiento de sus medidas, y la razón de las sombras por el estilo de los relojes. Por lo que en esta parte viene a estar aneja con la Astrología, y désta trata el mismo Vitrubio en el lib. 9. En suma seis partes se hacen de la arquitectura, orden, disposición, euritmia, simetría, decoro, y distribución. El orden no es más que una sumaria comprehensión de las cosas que se han de hacer. La disposición es una distinción acomodada a las partes de las cosas que se deben obrar, y es como una idea y figura del edificio, siendo ésta de tres suertes; Genografía, que es un pequeño dibujo de la cosa; Ortografía, que es una imagen derecha de la frente, y de la obra; esto es, un modelo imperfeto. Cenografía que es el cumplido modelo de todos los lados y partes de la fábrica. La euritmia es la gracia y pulicía de la obra. La simetría es la conveniencia y proporción de las partes entre sí. El decoro es el aspecto emendado del edificio. La distribución es una conveniente dispensación acerca de lo que se labra, y a la posibilidad del que edifica; porque en un modo se hacen los edificios de la ciudad, y en otro los del campo; y en una manera las casas de los pobres, y en otra los palacios de los ricos, como de todo trata Vitrubio. Por eso loa Virgilio el insigne templo de Juno con los escalones de bronce, obra de la magnánima Dido. Por ésta se loa el teatro de Marco Emilio Scauro de alteza de trecientas y sesenta colunas, de quien una parte de la scena era de mármol, la de enmedio de vidrio, las colunas de abajo de a cuarenta y ocho pies, entre quien estaban trecientas figuras de bronce, cabiendo en su concavidad (según Plinio) siete mil personas. Asimismo el obelisco de cuarenta cúbitos que hizo Ramisés Rey de Egipto; el de ciento que hizo Nincureo hijo de Sesóstrates. El que fabricó el Rey Senenserto de ciento y veinte pies. Por ésta se

encomienda el laberinto de Dédalo hecho en Creta; el de Egipto, y el de Italia que hizo el Rey Porsena; con el cuarto por estremo admirable, edificado en Lemmo, de quien fueron arquitectos, Zmilo, Rolo, y Teodoro. Por ésta se ensalza el Circo de César de tres estadios de ancho, y uno de alto: el Anfiteatro de Pompeo que cabía cuarenta mil hombres: los muros de Troya, que cercaron cuarenta mil pasos: la puente que hizo Trajano sobre el Danubio, y la que hizo César en el Reno, ambas tan admirables: el Coloso Tarentino hecho por Lisipo, y el del Sol que hizo en Rodas Caretes Lindio, mucho más soberbio: el Simulacro de Júpiter Olimpo hecho por Fidias: los muros de Babilonia hechos de argamasa, de trecientos pies de alteza, y cincuenta de hueco, ordenados por Semíramis: la torre del Faro isla, edificada por Sostrato arquitecto en el Imperio de Ptolomeo: las milagrosas Pirámides de Egipto: el templo de Diana Efesia, en que trabajó toda Asia docientos y veinte años: la Esfingie maravillosa en que puesto el rey Amasis, que tenía el circuito de la cabeza por la frente de ciento y diez pies, y de largueza ciento y cuarenta y tres: el prodigioso templo de Salomón: la efigie de Semíramis en el monte Bagiano en la Media grande diez y siete estadios, que hacen dos millas, y un octavo. La estatua de Nabucodonosor Rey de Asiria, de grandeza de setenta brazas. Ésta es la que hace célebre a Demócrates, que hizo las medidas de Alejandría; a Spíntaro Corintio que edificó el famoso templo de Delfos, a Ctesifonte, que hizo el referido templo de Diana Efesia, a Melágines que hizo el Fano de Minerva Prienense; a Filón de Atenas que hizo aquel famoso Taracenal llamado Pireo; a Hermógenes, que edificó a la Dórica el templo de Juno Magnesia; a Cenodoto que hizo el nobilísimo pavimiento de Pérgamo; a Sugila, que formó el Mauseolo de Artemisa Reina de Caria; a Apolodoro, que hizo el admirable foro de Trajano; y con éstos a Eupalino Megarés, Mandrocles Samio, Nicón padre de Galeno, grandemente versado en la Arquitectura, Valerio Hostiense, sin otros muchos más modernos. Mas para tocar algo mejor el particular de los edificios, es menester advertir, que el edificio en general se entiende por muchos modos; pequeño, o grande; nuevo, o viejo; bien entendido, o mal entendido; sentido, apuntalado, o caído. Contiene principalmente dos divisiones: una llamada maneras de edificar; otra, maneras de edificios. Con las de edificar se halla primero la obra rústica con sus requisitos y diferencias: después la obra Toscana con su cornija, y en ella su óvalo, vertiente, canal, faja, friso, arquitrabe, lista, chapitel Toscano, con lo demás que le pertenece. Asimismo la coluna Toscana con su collarete,

la groseza de arriba, la de abajo, cinta, basa, listas, bastoncillo, y pedestral. De la obra Dórica con sus modelos, la gola derecha, al revés, vertiente, rayos, techumbre, triglifos, chapiteles, canaletes, llanos, lista, metopas, con lo demás que interviene. Síguese la obra Jónica, con todas sus partes fáciles de ver en Vitrubio. Tras ésta la Corintia, asimismo con todo lo que le toca. La obra compuesta de la forma de la Dórica, Jónica, y Corintia. Los edificios se dividen en habitables, o no habitables. Los habitables son divididos en techo, y partes. Debajo del techo ésta la habitación en general, sea cabaña, o casa, palacio pequeño, o grande. Las partes son exteriores, interiores, o comunes. Con las exteriores están los rostros del edificio, derecho, esforzado, redondo, oval, cuadrado, de seis caras, de ocho en cruz, y así varias ventanas y balcones, con los demás ornamentos y comodidades. Con las interiores está el fondo, la planta, el fundamento, las estancias grandes, o pequeñas, terrenas, en cueva, en llano, y la entrada, o pequeña, o grande, con los demás requisitos. Con las comunes están las paredes gruesas, o sutiles, aberturas, nichos, cuneos, cuadrados, puertas grandes, o pequeñas, umbrales, arquitrabes, y cosas así. Con las maneras de edificios no habitables están las Iglesias pequeñas, o grandes, capillas, altares, palomares, termas, aljibes, teatros, anfiteatros, hospitales, portales, scenas, púlpitos, tribunas, circos, hipodromios, pirámides, cortas, perfetas, triangulares, cuadrangulares, pentagonaes, exagonales, obeliscos, pequeños, o grandes, arcos triunfales, trofeos, laberintos, colosos, mauseolos, y cosas tales. Todo esto pertenece a los Arquitectos, o maestros de edificios, que también se llaman ingenieros, o mecánicos (que es lo mismo que Albañiles) si bien un ingeniero, o mecánico, trabaja también fuera de los edificios, como se verá más abajo. Platón dice llamarse mecánico un artífice, respeto de las cosas que se hacen con ingenio, y mano. Por lo que se ve haber poca diferencia entre ingeniero, y mecánico; y no todos los artífices vulgares deben ser llamados propiamente mecánicos, sino sólo los que con el ingenio socorren a las grandes dificultades, para provecho común, como afirma Aristóteles en el principio de las cuestiones mecánicas. No será por ventura fuera de propósito acordar, que mecánico es vocablo honroso, mostrando según Plutarco menester perteneciente a la milicia, y conveniente al hombre de valía, y que sepa con manos, talento, y juicio, poner en ejecución obras maravillosas para singular deleite, y utilidad del vivir humano. Mecánica es voz Griega, significa cosa hecha con artificio, como el mover casi por milagro, y fuera de la

humana pujanza grandísimos pesos con pequeña fuerza, y en general comprehende cualquier instrumento, grua, o cosa semejante hallada con maestría. Sirven las mecánicas a infinitos profesores, ofreciendo a todos grande ayuda, y admirable provecho; porque la Medecina toma della los instrumentos para poner los huesos removidos en su lugar. Por tanto pone Oribaso en el libro de las máquinas, diversos instrumentos tomados de la mecánica, convertidos en el uso de la Medicina, como el Tispastrón de Arquímedes. El arte de navegar reconoce desta ciencia timón, árbol, y vela. Redúcense también a la mecánica los molinos que se mueven con viento, agua, y fuerza. Los carros, los arados, el pesar con las balanzas, sacar agua de pozos con grúas, o bombas. Asimismo la razón de conducir aguas, y hacerlas subir de bajo en alto, y cosas así. Los antiguos llamaron también Mecánicos a los que con soplo, viento, cuerdas, o nervios, hacían ver, y oír efetos milagrosos, como sones diversos, cantos de pájaros, expresiones de voces humanas, relojes artificiosos, esferas celestes, varios instrumentos de alzar pesos grandes, que según Aristóteles, todos se reducen a la leva, al cerco, y a la máquina redonda; que cuanto es mayor, tanto más velozmente se conmueve. También es profesión mecánica el arte de fortificar plazas, y sitios, y el defender, y bastecer toda suerte de fortalezas. Destas cosas trata por extenso Juan Baptista Zanchi, discurriendo de la forma perfecta que deben tener los lugares fuertes. Muestra que ha de ser redonda, y muy capaz, que ha de tener los fosos profundos, los caballeros grandes, y dentro las cortinas con el parapeto espacioso; explicando con brevedad, cómo han de estar las puertas, contraescarpas, baluartes, casamatas, y todo lo que es menester en una ciudad que tenga nombre de fuerte, a cuyo libro pueden recorrer los que quisieren saber esto con más dilación. Es asimismo propio desta ciencia fabricar, y obrar los instrumentos y máquinas de guerra, y los maestros de las tales no difieren de los mecánicos en nada. Destos instrumentos dice Eusebio haber sido inventor Moisén: mas Plutarco afirma haber reducido a perfeción tal arte Arquitas Tarentino, y Dudoso, que hallaron muchos artificios para derribar casas y muros. Según Plinio halló Epeo los Arietes en el cerco de Troya. Mas según Vitrubio fue propia invención de los Atenienses; de quien hablando Pánfilo dijo:

Rumpo fores, mores quatio, demolior arces.

El Escorpión, o ballesta de nuez hallaron los Asirios. Los trabucos, y máquinas arrojadizas usaron primero los de Fenicia, sin saber los

precisos autores de otros instrumentos, como testudines, grafias, vineas, pluteos, músculos, torres ambulatorias, sambucas, telenones, cocleas, máquinas redondas, ballestas, faláricas, trifauces, catafrates, plumbatas, tribales, y semejantes suertes de máquinas antiguas casi todas explicadas por Vitrubio. Tampoco se sabe el nombre del autor de la bombarda hallada en Alemania, a quien Ricardo Bartolino, con nuevo, si bien conveniente epíteto llama *Turrifraga*; queriendo Nicolás Beroaldo sea dicha a *Bombo*, y *ardeo*. Los primeros que la usaron (según Blondo, y Rafael Volaterano) fueron Venecianos contra Genoveses, año de mil y trecientos y ochenta; no obstante parezca esta invención más antigua, puesto que la Corónica de Don Alonso XI Rey de Castilla año mil y trecientos y cuarenta y tres, en la conquista de Algecira se dice tiraban los Moros cercados ciertos truenos con pedazos de hierro, que fue cuarenta años antes de lo que dice el Blondo. Y también mucho tiempo antes en la Corónica del Rey Don Alonso que conquistó a Toledo, escribe Don Pedro Obispo de León, que en una batalla de mar que hubo entre el Rey Moro de Túnez, y el de Sevilla (a quien favorecía el mismo Alfonso) tiraban ciertos golpes de hierro que debían proceder de bombarda, o artillería; si bien no con la perfeción de ahora; y esto sin falta ha más de cuatrocientos años. Hállanse también otras muchas máquinas sin las de guerra de que trata Vitrubio, como ruedas, arpones, sierras, y semejantes que pertenecen a los mecánicos, de quien basta sólo el apuntamiento, tocando a sus maestros su más estendida declaración. De las mecánicas quieren algunos fuese inventor Dédalo Ateniense, que según Plinio fue quien primero halló sierra, plomada, barreno, árbol, entena, velámenes, y lo demás. Nacieron después Eudoxo, y Arquitas Tarentino, ambos insignes ingenieros. Sucedioles Aristóteles que dejó escritas pocas, mas muy agudas cuestiones mecánicas. Luego Demócrito Rey llamado el destruidor de las ciudades, porque fabricaba tales máquinas, que subía con ellas en un instante sobre los muros, y se enseñoreaba dellos. Tras éstos vinieron Euclides, Aristarco, Diofanto, Teodosio, Carpo de Antioquia, Ptolomeo, Sereno, Vitrubio, Nerón, Cetesibio, y sobre todos Arquímedes, Siracusano, dignísimo autor de las Mecánicas: y quien dél quisiere oír maravillas, lea a Plutarco en la vida de Marcelo, y a Livio en el cuarto y quinto libro, década cuarta, donde se hallará haber solo Arquímedes con sus máquinas defendido grandísimo tiempo a Siracusa de las armas Romanas, y que solo halló el modo de tirar por tierra una nave, que con mil instrumentos no se había podido llevar al agua. El mismo en

el cerco de Siracusa arrojaba desde los muros grúas de fortísimas cadenas, y justos contrapesos, con que levantaba en alto la galera, y hacía perecer en la mar toda la gente, dejándola caer a plomo, y con otros instrumentos la aserraba de manera que la hacía despedazar. Entre otras cosas cuenta Juan Zonara haber compuesto ciertos espejos grandes, y cóncavos, según la proporción de la distancia en que se hallaban los Romanos con sus bajeles, y poniéndolos a los rayos del Sol en línea recta, los abrasaba casi milagrosamente. El mismo daño hacía por tierra, matando a los enemigos con diversos ingenios, por lo que fue forzado Marcelo a mudar estilo de guerra, dándose al cerco, y vedando estrechísimamente no entrasen vituallas en aquella ciudad. Esto fue causa de haber llegado después entre Romanos a tanta estimación las máquinas, que procuraban tener de contino hombres desta profesión en sus ejércitos. Así se lee haber sido Magio Cremonés Capitán de los artífices de Pompeo, y Vitrubio Capitán de las ballestas de Augusto. Encomiéndase tanto la ciencia de las mecánicas, que se pretende sea casi el nudo Gordiano atada con la Geometría, y se une con todas las artes principales, con quien tiene verdaderamente estrecho parentesco. Las Mecánicas de tiempo acá ilustraron Federico Comandino, Guidobaldo de los Marqueses, Jordán que escribió de los pesos, León Baptista, el Tartalla, Vitorio Fausto, Jorge Agrícola, y otros muchos. De los Arquitectos dice alguna cosa Policiano en su Panipestemón, fol. 71, como también de los Mecánicos, y el Cardano de *rerum varietate*, fol. 542, tratando asimismo de los Mecánicos, fol. 149, y 632. De los mismos trata Vuequero, fol. 619, 767. De las fortificaciones véase el Cataneo, Gabriel Busca, y el Zucolo que escribe contra ellas.

De las coronas. Discurso XCV.

EL uso de las Coronas llamadas así (según Apión) por traerlas antiguamente los coros en los teatros, parece haya venido de los antiguos. Platón dice aprendieron los muchachos Egipcios (junto con las primeras letras) la doctrina de la computación, haciendo por pasatiempo y juego una distribución de manzanas y coronas a muchos y a pocos con números convenibles. De aquí es escribir Helánico haber en Egipto una ciudad Fluvial, llamada Tindio, donde se hacía el Concilio de los dioses dentro de un sumptuoso templo; y en un tiempo de cierta festividad ponían en la parte superior algunas coronas de flores de melocotón, y vides, para renovar la memoria de que los dioses se habían puesto acá semejantes guirnaldas. Refiere también el mismo Helánico, haber sido electo en el Reino Amasis Rey de Egipto, por ocasión de una corona compuesta de varias suertes de flores simbólicas, que dio a Partémines su antecesor, de quien se agradó tanto, que le hizo Capitán de su ejército, eligiéndole después por Rey los soldados que aborrecían al primero. Con que se viene en cierto modo a manifestar haya comenzado el uso de las Coronas de los Egipcios. Los Poetas le atribuyen a Prometeo, haciéndole inventor de las mismas, cuando libre de las ataduras del monte Cáucaso, por haber revelado a Júpiter debía el hijo de Tetis (por fatal determinación de las Parcas) salir mayor que el padre, se puso en la cabeza una guirnalda en señal de su libertad; por lo que Esquilo aludió a esto, diciendo:

Huic hospiti veteram coronam quae optima
corona causa vinculi Promethaei.

Y de aquí nació por ventura el usarse las coronas en los vencimientos, en la forma que se usaron también en los sacrificios, como cosas sagradas, y convenientes a los dioses. Así en los ejércitos Griegos (según Julio Pólux, Suidas, y Herodoto) había costumbre de que fuese un sacerdote, o adivino (a quien llamaban *Pirforo*) delante de las primeras escuadras, llevando en las manos ramos y coronas de laurel; y éste en razón de guerra no podía ser ofendido de los enemigos. Mas Arístones Ceo Peripatético, y Andrea Tenedio, cuenta de otra suerte su origen. Dicen se hallaron algunos en tiempos antiguos, que habiendo bebido vino con exceso, y sintiéndose agravadas las

cabezas, con esperanzas de aliviarlas, apretaron las sienes con algunas trenzas, y viendo les causaba esto mucho provecho, añadieron poco a poco a tales ataduras el ornamento de las coronas floridas. A este propósito escribe Filónides Médico, solían atarse las cabezas los opresos deste licor con ramos de yedra, planta que tiene virtud de apretar y refrigerar. Por eso hacen muchos autor de las coronas a Baco, a quien dicen pertenecer la yedra, pues se provee con ella a la insanía y furor que causa el vino. Por otra parte Dracón Corcireo hace a Jano su inventor. La misma virtud (según Apolodoro) tienen contra los vapores del vino las coronas de mirto, rosas, y laurel. A éstas llamó en muchos lugares el Petrarca guirnaldas, y otros *Stemmata* (según Ateneo) que fueron de dos suertes; una para la cabeza, y otra para el cuello. Las últimas eran llamadas *collares*, de quien hace mención Alceo, cuando apunta:

Sed circa colla implexa coronas collares imposuit;

y Anacreonte (en Ateneo) dice:

Implexas collares ex loco circa pectora posuerunt.

Todas las coronas pues por su forma circular fueron entre las naciones jeroglíficos de eternidad y vitoria. De aquí es estar escrito en los Salmos:

Posuisti in capite eius coronam de lapide precioso:

A este propósito escribe Sozomeno, que sacrificando una vez el impío Juliano apóstata a los dioses de la gentilidad, fue hallada en las entrañas del animal sacrificado la imagen de la Cruz con una corona encima; por quien espantados los ministros del sacrificio, dijeron significar esto la vitoria y eternidad de la religión Cristiana. Léese también en las fábulas antiguas, haber puesto Baco en el cielo la corona de su mujer Ariadna para perpetua memoria del amor que le tenía. Andrés Tenedio escribe haberlas usado los antiguos en tres modos; esto es, sobre la estremidad de la cabeza, hasta las sienes, y alrededor del cuello: usando también en los sacrificios coronar los vasos, las víctimas, y los mismos sacrificantes, por denotar perfeción las coronas. Así dijo Aristóteles:

Quod nihil mutilatum diis offerre, sed omnia perfecta, ac integra donare consuevimus; plenam vero, et perfectam esse videtur corona.

También dijo Homero:

Crateras pueri stauunt et vina coronant;

sed urbis formam Deus ipse coronat.

Solían asimismo los antiguos dedicar a cualquiera de los dioses guirnaldas particulares, según que a cada uno dellos eran consagradas particulares plantas. Porque como escribe Calímaco, la vid se atribuye a Juno; a Hércules el olmo y olivo silvestre; a Apolo el laurel: a Baco la yedra; a Venus el mirto; la encina a Júpiter. Según Ferécides fue Saturno el primero que se coronó; mas según Diódoro no fue sino Júpiter. Otros dicen haber sido Pandora la primera coronada de las Gracias. También la corona fue símbolo de amor entre los antiguos, según Clearco. Por eso los amantes de ánimo noble las solían traer por señal de que en la belleza sensible adoraban la belleza prima invisible. Fueron antiguamente varias las especies destas coronas, y asimismo los conceptos acerca dellas. La Naucrática que era compuesta de rosas y mirtos, que trujo Anacreonte, fue llamada así (según Policarpo) por haber tenido origen de Naucrates en la Olimpiada veinte y tres. Es símbolo de alegría y regocijo; porque según Plutarco, hubo entre los antiguos costumbre de cantar en los convites con ramos de mirto en la mano. Significa también virtud, porque así como la hermosura de la rosa nace ceñida de espinas; así también la virtud está rodeada de muchos trabajos desta vida. Por el consiguiente puede significar belleza inteligible, siendo el mirto dedicado a Venus, que tiene tal significación. Al último puede denotar el ascenso mental, llamado de los Platónicos rapto y furor divino. De aquí es haber sido Ganímedes muchacho Frigio, símbolo de ánimo elevado, significado por los antiguos con la misma planta, y así estaba en Calcide el Arpagio (donde se finge haber sido robado) lugar lleno de copiosos y bellísimos mirtos. Usábase entre los antiguos otra corona llamada Antinoyo, hecha de ramas de Loto, planta que significa temeridad y deificación. De la misma hace mención Caliseno Rodio, diciendo:

Verum quando memini de Alexandro, novi coronam quandam in hac pulchra civitate Antinoium, quae componitur ex ibi vocato Loto.

Había otra llamada Pileo, hecha de Pámpamos y hojas de vides, que los Lacones (según Pánfilo) acostumbraban poner en la estatua de Juno; y significaba abundancia y buena temperie. La corona Jaque olorosa (según Fileta y Timaquida) fue usada por Siciones. La Helótide (según Seleuco) compuesta de mirto, tuvo veinte brazas de circunferencia, y se traía en torno en la festividad de los Helotos, en señal de publica alegría. Las coronas Tireáticas, o Psilinas escribe

Sosibio haber sido de palma, y usadas de los Espartas, en señal de la vitoria que consiguieron en Tirea. Las Melitotinas, de quien hace mención Alesio, fueron, según Timaquida, de muchas suertes, y sólo usadas de mujeres. Las Hipotímidas, usadas de los Eolios y Jonios, y traídas a la memoria en los escritos de Alceo, y Anacreonte, se hacían de mirto, entre quien se tejían violas, y otras flores, y éstas, según Fileta, usaron también los Lesbios. La corona Cilista, de quien hacen mención Arquipo, Alesio, Cirón, Antífanes, y Eubolo, se componía, según los mismos, de ramos de higuera y rosas: y porque las rosas significan aspereza de vida virtuosa, y la higuera tranquila dulzura, denotaba la corona Cilista para los trabajos de los virtuosos en quietud y tranquilidad de espíritu. La corona Strutio de quien hace mención Ascleplíades, se componía de la yerba llamada así, de quien habla Teofrasto, diciendo, ser el Strutio flor bellísima a los ojos, mas sin ningún olor: y así tal corona era símbolo de amor infructífero de hombre de muchas promesas, mas en efeto de ningún valor. La corona Peto se hacía asimismo de la yerba de su nombre, y della hace mención Teofrasto, diciendo ser de dos suertes; una de quien tiene la flor semejante al jacinto, y la otra descolorida como la blanca, de quien solían adornar los sepulcros. Eubolo nombra la corona Egidio compuesta de varias flores. Xenarco la Gilina no frondosa. Hállanse en el Dionisio de Queremón Trágico las coronas retorcidas usadas por los Alejandrinos, diciéndose allí eran de yedra y narciso: y porque el narciso significa adormecimiento, y la yedra es contra la beodez, pueden significar sea la abstinencia el remedio de la pereza o torpeza. Las coronas Sintemeas son traídas a la memoria en las Cereales de Aristófanes. Andrón Médico hace mención de las Acideas, llamadas así de la planta Acides. La corona Elicrisia nombrada por Alemano y Cratino, significaba, y prometía (según Teofrasto) gloria venidera. Era la Elicrisia semejante al Loto: y Temistágoras Efesio escribe haber adquirido tal nombre de la Ninfa Elicrisis, que fue la que primero cogió su flor. La corona Cosmosándalo (según Clearco y Antífanes) fue antiguo ornamento de la República Spartana. Platón nombró las coronas Hipoglosides, y también las refiere Teodoro en el libro de las lecciones antiguas. Aristófanes hace mención de la corona Istimíaca. Las flores coronarias entre los antiguos eran la viola blanca nombrada por Hicesio, el serpilo, el azafrán, el melisofilo, o militena grato a las abejas, el lirio silvestre, la valeriana (que según Amerio Macedón, nació de Venus, cuando durmió con Vulcano) el narciso, el trifolio mayor, el lirio

colorado y blanco, el ciclamino, la flor de Júpiter, por otro nombre Aliso, el sisimbrio silvestre, el tomillo, el meliloto, el jacinto, el jazmín, el amaranto, el ligustro, y otras mil especies que pone Ateneo. Escribe Teofrasto haber usado tres suertes de coronas los antiguos de flores olorosas, como la viola; o sin olor, como la flor de Júpiter, o con ramos y hojas olorosas, como el serpilo, el brótano, el helenio, y semejantes. Cuenta Filoseno Ditirámbico, que en los convites antiguos en el principio se ceñían la frente de corona en señal de alegría. Esto confirma Eubolo Titeo, cuando dice:

> *Posteaquam senes ingressi sunt, tunc statim in domos divertebantur; corona cito affluit cauta est mensa, simulque masa trita suavis aderat.*

Costumbre que según Nicostrato, tuvieron también los Egipcios. Asimismo entre los Romanos hubo varias suertes de coronas, como triunfal, oval, cívica, mural, naval, castrense, y obsidional, de quien hacen mención Plinio, Aulo Gelio, Blondo, Volterrano, Polidoro Virgilio, y Volfango Lacio. La triunfante era de laurel en su principio, después se hizo de oro, cuyo precio consiguió nombre de oro coronario, y dábase a los Emperadores vitoriosos y triunfantes. La oval se concedía a los Capitanes vitoriosos, y hacíase de mirto. La cívica daban al ciudadano que había librado de muerte a otro. Hacíase primero de madera, después se comenzó a usar de roble, o según otros de castaño, adquiriendo catorce déstas Cincinio Dentato. La mural era de oro, y se daba a quien subía primero al muro de los enemigos, siendo hecha a manera de una almena. Fue Manilio Capitolino el primero a quien se dio, y también la hubieron Cipión, Quinto Trebelio, y Sexto Degicio. Semejante a ésta era la castrense, o campal que se daba al primero que entraba en las trincheas, estacados, o alojamientos contrarios. La naval, que también era de oro, se daba a quien en la guerra naval saltaba primero en las galeras de la armada contraria, siendo hecha como una proa de nave. Désta tuvo una Marco Varrón, concedida por Pompeo en la guerra contra los cosarios, dando Augusto otra a Marco Agripa. La obsidional se daba a quien había librado alguna fuerza o ciudad del cerco, y hacíase de grama, cogida en el mismo lugar librado. Porque como dice Plinio, era señal de vitoria entre los antiguos, que los vencidos ministrasen la yerba de la tierra a los vencedores. De ésta fue adornado Quinto Fabio Máximo, Emilio Cipión, Calfurnio, y el famoso Cincinio Dentato, que alcanzó gran número de todas suertes.

Los que fabrican éstas son llamados en Latín *Coronarios*. Hoy nuestras coronas (que es lo mismo que Rosarios) son de otra suerte,

sirven por instrumentos de orar a Dios, siendo benditas por el Pontífice con muchas indulgencias y gracias, formándose de varias maneras, como huesos, maderas, perfumes, y otras cosas.

De las coronas hablan sin los alegados, Pedro Vitorio en sus libros de varias lecciones, fol. 22, y 253, Beroaldo en el principio de sus anotaciones; Policiano en sus Misceláneas, cap. 52, y Celio Rodiginio, lib. 3, cap. 32.

De los Espaderos. Discurso XCVI.

LA espada singular adorno del hombre, amada compañera, y eficaz instrumento para defensa de honra, vida, y hacienda, obtuvo ejercicio y aplauso en el mundo, luego que el mismo perdió su sencillez y bondad; luego que en lugar de su candidez y virtud, comenzaron a reinar calumnias y vicios. Y aunque debajo deste nombre se comprehendan armas de muchas hechuras, largas, y cortas; anchas, y estrechas; parece fuese en España y Francia, antiquísimo el uso de la ofensiva, y defensiva, que consta de cinco palmos, con que se acostumbraba herir de punta. Por eso dice Vegecio, se deben enseñar los tirones (que son soldados bisoños) a herir antes de estocada, que de cuchillada, por ser de más peligro aquella herida que ésta. Esto apunta también Livio, tratando de los géneros de armas, y heridas Españolas, y Francesas. Entre las naciones se llama propiamente Espadero el que forja, acicala, dora, platea, pavona, o bruñe, guarnece, y perficiona la espada, perteneciéndole todas estas acciones juntas. Solamente los Españoles impacientes, y coléricos, así en esto como en todo lo demás, dividieron en cuatro o cinco partes la operación y fatiga desta arma. La primera toca al forjador, en cuyo ministerio hubo, y hay hoy en nuestra patria los mejores artífices del mundo, como entre otros Sahagún con sus tres hijos, Luis, Juan, y Alonso, Juan de la Horta, Tomás de Ayala, Miguel Cantero, Sebastián Hernández, Ortuño de Aguirre, Juan Martínez, Francisco Ruiz, Gonzalo Simón, Lope Aguado, Adrián Zafra, Maese Domingo, Domingo Rodríguez, Pedro de Orozco, Pedro de Archiga, sin otros Aragoneses, Valencianos, y Mallorquines. El dorado, plateado, y bruñido, tiene también sus oficiales, con nombre de Doradores, a quien pertenece perficionar todo género de herramientas, y guarniciones, como lisas, labradas, de diamantes, jaspeadas, entorchadas, de botones, de grado de trigo, de botones de cordoncillo, sogueado, de ovalillos, y otras muchas de varias labores.

Suceden los que hacen varios puños de plata tirada por estremo curiosos. Luego los Acicaladores; y en último lugar los vaineros llamados espaderos impropiamente: porque aunque en sus tiendas se venden las espadas acabadas, son los que menos parte tienen en su magisterio, como se ve por lo apuntado. Hállanse muchas diferencias

de armas, como montantes, alfanges, cuchillos de monte, estoques de ristre, espadas de mano y media, dos espadas en una, puñales, dagas, y otras. Llámase la misma arma ofensiva y defensiva por la hoja, y guarnición, sin quien no se podría decir espada. Nevio hace mención de los antiguos estoques, o verdugos. La machera (cuchillo grande) trae a la memoria Apuleyo cuando dice:

Comminabatur sese concisurum eum machera frustratim.

El Arpa falcada fue propia de Mercurio, usada también por Perseo, según Lucano. El Acinace según Horacio, fue común a los Partos. La Framea atribuye Juvenal a Marte en aquel verso:

Et Martis frameam, et Tyrrhei spicula vatis.

El Cateya trujeron generalmente los Germanos según Silio. La Cinquea de Venecia, fue en otro tiempo llamada Paraconio, con otros géneros de espadas que se suelen hallar en los libros.

Del uso de los cuellos, y de sus Abridores. Discurso XCVII.

AFIRMAN los que con algún cuidado notan el oficio y ministerio de los vestidos, convenir toda las piezas para el perfeto amparo del hombre. Comenzando pues de los zapatos, dicen ser los que defienden los pies de la aspereza de la tierra, de lodos, frío, y calor. Lo mismo las medias. La camisa, calzoncillos, y escarpines solicitan limpieza; las ligas aprietan; el jubón, ropilla, y valón abrigan, y cubren las partes menos honestas. El sombrero es como escudo contra lluvias, aire, y sol: y finalmente la pretina tiene por oficio ceñir y ajustar. Sólo cuellos, y puños, parece debrían ser del todo excluidos como superfluos, por servir no más que de femenil ornato, y de importuno estorbo para la noble división de cuerpo y cabeza, que es el cuello, y para las ministras más caseras de todo que son las manos. Fundados en esta razón, vemos que de cuantas naciones tiene el mundo, sólo Españoles, Italianos, y algunos Franceses (y éstos con notable diferencia entre sí) usaron cuellos. Y lo que más es, aun en España de muy poco a esta parte, se hallan introducidos, a lo menos con el cuidado y forma que al presente se traen. Así hoy viene a ser ridícula la pequeñez de los que asidos a la camisa trujeron, no sólo nuestros antepasados, sino los más labradores desta edad, como traje tan poco curioso como acomodado. Esto es lo más importante que alegan los que como reformadores de públicos excesos, condenan el abuso prolijo de los cuellos y sus abridores; mas no prueban ni concluyen como desean; y así nada de lo alegado puede servir de obstáculo para reformar semejante costumbre y ocupación. Cuanto a lo primero, es justo se conceda ser viciosos cualesquier estremos, con que será forzoso condenar la exorbitancia de las lechuguillas que años atrás se acostumbraron, viéndose tener algunas de circuito poco menos que ruedas de molino: ocasión de hacer se publicasen prematicas acerca de su reducción, ejecutándose rigurosamente las penas contenidas en ellas. En fin llegó el conocimiento de los curiosos a elegir un medio proporcionado entre aquellos grandazos, y pequeños, que es el que loablemente se sigue ahora, por servir de maravilloso ornato y atavío para el rostro y cuerpo.

No será pues fuera de propósito dar alguna noticia de lo en que consiste la curiosidad deste ejercicio, siquiera para que se reconozca, requiere no poca industria y diligencia. Échase lo primero el almidón bien

desatado, cuando el agua quiere hervir, revolviéndolo siempre a una mano, porque si se vuelve de través, se corta, y queda con menos fuerza. Para quitarlo de la lumbre conviene no se ignore el punto que ha de tener, como si hace correa clara, porque hasta entonces no está cocido. Media hora antes que se quite han de estar los polvos azules en agua, que se deben echar dentro antes que se enfríe, a fin de que se incorporen bien con él. Cuanto a la cantidad, es cierto será la de almidón según los cuellos, y la de polvos según el almidón. Salen más claros si se enjugan al sol; y si es Verano, no se han de soltar hasta que estén casi secos, porque asiente bien el almidón, y por el peligro que corren de romperse si se dejan pegar mucho. De otra manera al tiempo que se quieren abrir, aunque más rucíen, no cala el agua de suerte que se pasen los dobleces, para que el rucío esté todo igual, ni quedan bien asentados almidón y azul, sino hechos planchas, y a trechos tiesos, a trechos flojos. Para secarlos al fuego, conviene darles el almidón un poco más recio y más cocido. Es de mucho provecho (si hay tiempo) ponellos después de almidonados un poco al aire, porque se embebe el almidón, y se incorpora mejor con la tela, y después no se le quita tanto la lumbre. Ya secos, para que se abran con más suavidad, se suelen ruciar, y humedeciendo un paño, se envuelven en él, poniéndolos dentro de una cesta en la forma que se acomodan paños para hacer colada. Apriétanse tras esto muy bien, con que reviven, y se ablandan unos con otros; saliendo mejores si los rucían de parte de noche para el día siguiente. Aplícanse al abrirse los hierros conforme los anchos, supuesto tienen unos más pliegue que otros, y así son menester muchos moldes, de quien se debe tener conocimiento, para emendar las faltas que tuvieren. Hállanse de varias hechuras, como esquinados, redondos, y otros.

Tampoco faltan Aristarcos y Zoilos, contra los abridores de cuellos. Muérdenlos primeramente en razón de que siendo este ejercicio propio de mujeres, y el remedio de muchas necesitadas virtuosas, se hayan usurpado algunos mozalbetes (inútiles por otros caminos) la máquina de cuellos que estaba repartida entre tantas menesterosas. Tal hay que como ballena se traga docientos cada semana, dejando hambrientas las miserables sardinas; inconveniente que con rigor debría remediar la justicia, como lo ha procurado muchas veces, prohibiendo a tales semejante ocupación, y obligarlos a seguir otras, más de hombres que de hembras. Sobre todo notan ser insufrible en algunos déstos, el exceso de galas, y oros con que se adornan, no perdonando a sedas, cadenas, cintillos y sortijas. Así los días festivos, pareciendo por las calles no sólo caballeros, sino señores titulados. En esta conformidad dijo un Francés

eran en España donosos tres géneros de personas, carniceros, zapateros de viejo, y tenderos de aceite y vinagre; pues siendo del metal que todos sabían, llegado el Domingo competían con los señores, así en soberbia, como en vestidos. Mas esto aunque fuera justo se remediara, porque hubiera distinción de grados y personas, con diferenciarlas en los trajes (costumbre y estilo guardado por las demás naciones) parece sea lícito a cualquiera gastar su dinero a su gusto; y más a éstos que casi son esclavos de los demás toda la semana; pasándola con suma fatiga y dolor, sin quedarles otro refrigerio que el engalanarse Domingos y fiestas.

La invención de los cuellos parece que en España se va perdiendo en los tiempos de ahora; por haberse hallado las valonas de ratillo, cosa que cuesta poco, y parece bien.

De los Zapateros. Discurso XCVIII.

QUE el arte de los zapateros inventada por Boecio, según Plinio y Polidoro Virgilio, sea como las otras antiguas, certifican los libros, que muchas veces a propósito hacer mención della, nombrando los zapatos, chinelas, y zuecos que derivan desta profesión. En el libro de Judit (que es bien antiguo) se lee haber tomado la hermosa Judit las cadenas, collares, y arracadas para ornamento del cuerpo, y las sandalias en los pies, que era una suerte de zapatos muy usada entre los Romanos antiguos, según Julio Pólux. Flavio Vopisco nombra los muleos, que eran zapatos de los Reyes Albanos, de color purpúreo, siendo después comunes a los Patricios Romanos en señal de grandeza. De las chinelas que hoy se usan llamadas en Latín *Crepidae*, dice Isidoro haberlas usado los Griegos, manifestándolo también Persio Poeta cuando dice:

Non hic qui in crepidis Graiorum lubere gestit.

Si bien Cicerón en Aulo Gelio las llama *Gálicas*, en aquellas palabras,

cum Gallicis, et lacerna cucurristi:

y de aquí como dice Sempronio Aselio, fueron los zapateros llamados en Latín *Crepidarii*. De los zuecos que en Griego se llaman *Calipodie*, hace mención Suetonio en la vida de Vitelio, donde dice, que por gran favor pidió a Mesalina, le dejase quitar las medias, y que tal vez por amor le besó los zuecos. De los calzados de labradores llamados Carpatina (entre nosotros abarcas) que se hacían de cuero fresco de buey, hace mención Julio Pólux, y también Aristóteles, diciendo, se acostumbraba calzar los Camellos con semejantes zapatos, para que durasen en largos viajes. Asimismo de los Escalfarotes que en Latín se dicen *Sculponeae*, parecen apunten algo Nevio, y Marco Catón, diciendo ser necesario dar todos los años a la familia rusticana buenos escalfarotes, que suena lo mismo que zapatos toscos. Con la antigüedad desta ocupación asiste también la necesidad, porque no sólo es provechoso, sino necesario que el pie se calce y ampare, o con zapato, o con chinela, o con zueco, o con cualquiera otra cosa, a fin de que no se halle sujeto al excesivo frío del invierno, al ardiente calor del estío, y a la humedad de las aguas, a las espinas de la tierra, a las mordeduras de culebras, a la dureza de las piedras, y a todas las

demás cosas que le pueden dañar. En especial es menesterosa a los peregrinos, a los correos de a pie, y a los labradores que aran y cavan, siendo en general de ornamento para todo el mundo: supuesto preserva los pies de inmundicia, adórnalos con la atildada exterior apariencia, supliendo por momentos faltas ajenas. Tal arte consiste principalmente en chinelas, botas, borceguíes, coletos, y zapatos de diferentes hechuras, todo según el capricho de quien lo pide, sirviendo por principal materia cordobanes, badanas, baquetas, y pellejos de bueyes hechos suelas. Los zapateros bien entendidos tienen sus modelos por donde cortan, poniéndolos encima del cuero. Los demás instrumentos son hormas, tranchetes, bojes, hilo, cerotes, cerdas, sacabocados, engrudo, elesnas, guantes, tableros, calzador, brocas, cuñas, y cosas así. Los zapateros de viejo, no tienen tanto en que entender como éstos, porque se ocupan sólo en obras traídas, siendo para los pobres no de poco provecho y comodidad, aunque en lo que es estimación son muy inferiores a los zapateros de obra prima. Éstos sobre todo merecerían alabanza, si tuviesen noticia de los calzados antiguos, como (sin los nombrados arriba) de las Nínfidas, chinelas que usaban las esposas antiguas; de los Perones que eran según Servio, un zapato de villano; de los Coturnos que usaban los trágicos en las scenas; de los Cecasios que eran zapatos de sacerdotes antiguos; de los Embadios calzado por estremo rico, y de muchas otras suertes que ponen Celio, Fabio Vopisco, y Plauto. No son pocos sus defetos, cuanto a lo primero ponen muchas veces en obra mercadería abrasada, que a dos días se abren, cosen mal, dan puntos largos, no ajustan bien al pie las obras, siendo, o estrechas, o anchas: mienten mucho, y sobre todo mantienen siempre los zapatos en precio subido.

De los Barberos. Discurso XCIX.

REFIERE Plinio haber estado Roma sin el arte de la Barbería cuatrocientos cincuenta y cuatro años, en cuyo tiempo jamás sus ciudadanos se hicieron cortar cabello ni barba. Después (por autoridad de Marco Varrón) dice haber sido Publio Ticinio Mena el primero que la trujo desde Sicilia; cuyo servicio y comodidad gustando sus ciudadanos, les fue tan grato, que el Senado confirmó aquella profesión, abrazándola de allí adelante los particulares, de tal manera que Scipión Africano se hacía la barba cada día; siendo también Augusto por estremo amigo de la navaja. Sólo a las mujeres fue prohibida según el mismo Plinio, en particular por un edicto de las doce tablas, porque no se les volviesen duros los pelos de la cara, que llamamos vello. Asimismo fueron contrarias las leyes de Licurgo (según Plutarco) al arte de los barberos: supuesto solía decir crecían mucho más su belleza los que tenían hermoso semblante con el ornamento de los cabellos, y se volvían los que eran feos, y brutos más terribles, y espantosos a los enemigos. Por esta causa Absalón entre los Hebreos se deleitó tanto de traer los cabellos largos, como se lee en el libro de los Reyes. Fueron los pueblos Euboicos también casi enemigos de los barberos según Celio, procediendo de aquí tener costumbre de traer las guedejas largas, y esparcidas por las espaldas; causa de ser llamados por los Griegos comúnmente Opitocome. Al contrario agradó grandemente a Alejandro, según Plutarco, el arte del Barbero, por haber deseado siempre, se hiciesen los Macedones rapar las barbas, dando por razón, que llegando a las manos no podían los enemigos hacer mejor presa que en la barba. Así siguieron esta costumbre, según el mismo autor, los pueblos Abantes, por no dar ocasión a los enemigos, de valerse de semejante comodidad. Mas ignórase la razón porque los pueblos Maquios trujesen rapada la parte interior de la cabeza, y la posterior enguedejada, según Herodoto. Tampoco se alcanza por qué los Anasios, como quiere Strabón, usasen traerlas al revés; y también por qué los Maquios (según otros autores) se rayesen[1] sólo el celebro; sin poderse asimismo descubrir la causa porque los Atenienses (según Plutarco) ordenasen que los mancebos desbaratados luego que se conociese en

[1] Del verbo 'raer', como 'cayesen' de 'caer'.

ellos el primer bozo, ofreciesen las primicias de los cabellos a Apolo Délfico, haciéndose rapar la parte interior de la cabeza. También se ignora, por qué Baco perdida la mujer, se hiciese cortar su cabellera. Sólo se podría responder a todo lo referido, haber tenido varios pueblos diversos institutos ordenados a su modo; y por eso haber seguido sus costumbres. El arte déstos es limpia y curiosa, teniendo por fin y blanco la pulicía del cuerpo, que resulta de lavar y afeitar a las personas que acuden a ellos. Pónese en ejecución con poquísimo gasto, pues bastan para ejercer tal arte, paños, bacías, tijeras, navajas, peines, escobillas, espejos, y las demás herramientas que pertenecen al Barbero para sangrías, sacar muelas, dar puntos, echar ventosas, y cosas así, por quien está la misma subordinada a la Medicina, como dice Bernardino de Busto. Es por estremo deseada en ellos la ligereza de la mano y navaja, porque algunos desuellan, según la tienen pesada. Por la mayor parte son los Barberos músicos, acomodando algo de voz al son; si bien en general cantan mal todos. Profesan curiosidad y limpieza en sus tiendas, teniéndolas adornadas con cuadros, pájaros, festones, y cosas así. Entre sus defetos y cuidados se pone por principal el estar de contino charlando como tordos. Por eso se dice de un Príncipe, que preguntándole un Barbero como quería le hiciese la barba (tras haber hablado mucho mientras le afeitaba la cabeza) respondió: *Callando*. En lo demás hay varias especies dellos, porque unos son mayores que otros, en lo que toca al aparato de la tienda, bacías, y escalfadores de plata, y en tener lejía olorosa, con otras curiosidades deste género. Otros son pobres, torpes y sucios, a cuyo cargo están las escuadras del vulgo, labradores, ganapanes, mozos de caballos, y otros que pagan poco por ir mal afeitados. Mas por lo que toca los Barberos se puede ver a Pedro Vitorio en sus *varias lecciones*, fol. 134, y Alejandro de Alejandro, lib. 5, c. 8, junto con Rodiginio, lib. 2, ca. 24, y lib. 4, c. 23, y lib. 8, c. 12.

De la casa de la moneda, y de sus artífices.
Discurso C.

RESPETO de la estimación que hoy hace el vulgo de aquella sentencia de Horacio,

O cives, cives, quaerenda pecunia primum,
virtus post nummos,

y de los otros versos que se hallan escritos en el tercer libro de las costumbres de los Médicos,

Nummus honoratur, sine nommis nullus amatur;
nummus ubi loquitur, Tullius ipse tacet,

junto con aquel curioso epigrama de Petronio árbitro, que comienza;

Quisquis habet nummos, secura naviget aura,
Fortunamque suo temperet arbitrio,

quiero en alguna manera satisfacer a la gente común, que llama bienaventurados a los ricos de oro y plata. Así pretendo enseñar en este discurso algo de lo que es menester para beneficiar la moneda, describiendo en parte cómo se obra. El que atiende a este ejercicio, y quiere sacar dél todas las mejoras posibles, debe (como nota Vanucio) poner su principal cuidado en el peso. Porque la sustancia de tal arte consiste en cierta cantidad dividida en muchos pedazos de limitada bondad. De modo que si por negligencia sobreabunda en la perfición, se hace daño a sí, sin provecho alguno: y si falta, falta de su obligación, y es notado por persona infame, de que a menudo se recibe gravísimo castigo. Debe advertirse pues al comprar oro y plata bajo o fino, no se oculten los engaños y fraudes que se pueden hacer en sus caracteres, o ligas, con pruebas y toques, penetrando bien cuanto de fino se halla dentro: y así es menester en el cimentar el oro, afinar y partir la plata, tener siempre la balanza y pluma en la mano. Lo mismo se debe hacer con los ministros: primero con los fundidores, después con los que acuñan; procurando a menudo ajustar el peso; porque el peso importa mucho, no usando negligencia en parte alguna, ni fiándose del saber, ni bondad de las manos ajenas. Por eso es conveniente sean los administradores de tales casas de moneda de agudos ingenios, y buenos contadores, por no errar en

daño ajeno o propio. Es importante sobre todo a los ensayadores de semejantes metales, fundirlos, afinarlos y dividirlos uno de otro, procurando no se pierda cosa. Mas viniendo al orden de la práctica, y primero a la del oro, digo, que cimentado y añadido aquel poco de menos fino que se concede, se toma en la cantidad que se quiere, y se funde; y hecha varillas, se estienden muy bien sobre un yunque llano, y se adelgazan todas hasta una cierta igualdad. Después se corta al través de la largueza en pedacillos cuadrados, de forma que pesen algo más de lo que es la moneda que se quiere hacer. Cortados se recuecen, y después se dan al cuñador en una o más veces, perficionándolos hasta quedar del todo en la forma que corren. La moneda de plata, puesta en liga la cantidad que se pretende labrar, procede con los mismos términos que la del oro. Las más ciudades principales de Europa tienen sus casas de moneda, donde se observa casi el mismo estilo en fabricarla. España tiene muchas, mas sobre todas es insigne la de Segovia, por el artificio del agua, con que se labra todo género de moneda. Hase de procurar tener buenos cuños, porque el dinero bien impreso honra al Príncipe, cuyas armas tiene, siendo la moneda mucho más estimada, en particular la de plata y oro; de quien entre los antiguos fue raro el uso, como se puede inferir de los Lacedemonios, que queriendo dorar el simulacro de Apolo Amicleo, buscaron toda la Grecia, sin hallarlo jamás, hasta que fueron constreñidos enviar a Lidia a comprarlo de Creso. Asimismo Dión Tirano de Siracusa, haciendo voto de consagrar una tabla de oro a Apolo Délfico, buscó toda la Grecia, junto con la Italia, sin poderlo hallar jamás sino en poder de Arquíteles Corintio, que lo había juntado poco a poco en espacio de mucho tiempo. Habiendo después los Foceses saqueado el templo de Apolo en Delfos, y traído la presa de Asia, creció tanto la copia del oro, que hacían vasos de lavar y guisar.

El primer cuño que se hizo en Roma para oro, fue (según Plinio) en tiempo de Scipión Africano en el Consulado de Spurio Postumio, y Quinto Marcio. El modo particular de labrar la moneda es bien sabido de los que le profesan; y así parece poco necesario ponerlo aquí por extenso. Lo que se puede advertir es, que en esta materia se debe usar toda diligencia, así para que la moneda salga con la perfección que se desea, como para evitar infinitas fraudes, malicias, y engaños que se podrían cometer entre los que la manejan. Sus instrumentos son varios, y todos de notable ruido, por ordenarse para continuos golpes. Por zozobra deste discurso podrían entrar en él los

monetarios falsos: mas por consistir su malicia en pocas tretas, como en falsificar lo fino y verdadero, la dejaremos pasar, sólo con advertir, se debrían buscar con grandísima vigilancia, y ponerlos con mayor en grandes hogueras, propia pena de su delito. Todas las Provincias están llenas déstos, y nace sin duda de la flojedad y piedad que se usa con ellos. Fuera de que en muchas partes son fomentados y encubiertos de los más ricos y principales, para ir a la parte con los mismos delincuentes.

Cuanto a los géneros de monedas observan todos los Reinos su diversidad. En Castilla ya se saben las corrientes, como doblón de a cuatro, de a dos, escudo, real de a ocho, de a cuatro, de a dos, y sencillo. Moneda de vellón, dos cuartos, uno, y dos maravedís; habiéndose ya perdido el uso de las tarjas, a quien llamaban cuartillos, y el de maravedí, blanca, y cornado. En suma tiene gran fuerza el sujeto deste discurso, todo lo puede, todo lo acaba; y así será necesario al que desease felicidad al tono del mundo, poseer gran cantidad desta jarcia: porque como dice Horacio,

Et genus, et formam regina pecunia donat,
et bene nummatum decorat suadala Venusque.

Por lo menos, la mejor alquimia de todas es de la casa de la moneda; porque allí sin tártaro, sin rejalgar, sin oropimente, sin orina de niño lambicada, sin arsénico cristalino, sin sal gema, sin sal alcalí, sin bronce abrasado, sin jabón raspado, sin vidrio molido, sin estiércol de paloma, sin el de buey y caballo, se halla la plata verdadera, y el oro fino, que hace saltar de alegría a quien le toca. Mas en razón de los administradores y oficiales de moneda, léanse algunas cosas en Pedro Crinito, lib. 17, de honesta disciplina c. 7, y en Alejandro de Alejandro, fol. 208, y 209, Celio Calcañino, fol. 282, 354, y 577, y en Rodiginio, lib. 5, c. 44.

De los Maestros de navíos, Navegantes, Marineros, Pilotos, Barqueros, Galeotes y Cosarios. Discurso CI.

INGENIOSO edificio, y no de menos importancia que fatiga fue siempre juzgado el de los bajeles, que por su variedad, por su admirable fábrica; por la notable forma de los provechos que producen, y por las diversas empresas a que sirven, ilustran con eterna memoria a sus arquitectos dignos de nombre y gloria correspondiente a la grandeza de las máquinas que hacen. Divídense los bajeles en vasos de vela, y en otros que no la usan, como barcas para pasar ríos, esquifes, bateles, y otros. Los de vela son de muchos géneros, como galeras, navíos, saetías, fragatas, bergantines, fustas, galeazas, falúas, y otros géneros desta especie. Mas para dar alguna noticia de los navíos antiguos, es de saber se llamaron generalmente, según Nonio Marcelo, con nombre de *Mioperones*, y Marco Tulio usa el nombre de *Mioperón*, común entonces a todas las fustas, haciendo mención de aquel Diógenes cosario, preso por Alejandro Magno, que preguntado por qué inquietaba el mar, y daba injustamente trabajo a las riberas; respondió:

> *Yo que discurro por él con sola una fusta, soy llamado cosario, mas tú que tienes una gruesa armada, eres llamado Emperador.*

Los bergantines son los que según Budeo antiguamente fueron llamados *Parones*. Las fragatillas se nombraron según César *Catascopiae*, y según Cecilio *Prosumiae*, y según Salustio *Lenúncula*. Los barcos de pesca (según Plauto) se dijeron *Horiae*. Los barquillos más pequeños que (según Plinio) fueron hallados por los Cirenenses, se llamaron *Lembi*. Los que manejan los barcos en pasos de ríos, se dijeron (según Blondo) *Portitores Telonarii*: o según Ascanio Pediano *Portorii*, cuyo oficio fue siempre pasar con presteza los viandantes por justo y determinado precio; impedir el paso a los bandoleros, y a gente sospechosa. Otra suerte de vasos llamados Marsellanas, se dijeron en latín *Damenae*, y se vieron la primera vez en la isla de Samo, habiéndolas inventado (según Plinio) Polícrates, tirano de aquel lugar. Los bateles tuvieron nombre de *Scaphae*, según Vegecio.

Otra especie llamada Lancha, se dijo en Latín *Puris*, según Herodoto: y ésta usaron los Egipcios para llevar sus muertos a la sepulturas. La barca gruesa se dijo *Paselus*, como se colige de Nonio Marcelo. La nave grande, como eran las Asiáticas se dijo *Circerus*, como se saca de Plauto. La galera tuvo varios nombres, conforme las órdenes de remos que se hallaron en ella. De la birreme cuenta Plinio haber sido inventor Damástenes; de la trirreme Amocles Corintio; de la cuadrirreme los Cartagineses; de la de cinco y diez remos Nesictón Salamino; de la de seis órdenes Jenágoras Siracusano; de la de doce Alejandro Magno; de la de quince Ptolomeo Sóter; de la de treinta Demetrio de Antígono; de la de cuarenta Ptolomeo Filadelfo; de la de cincuenta Ptolomeo Filópatro. Los barquillos del río se llamaron *Cymbae*, y con tal nombre llama muchas veces Virgilio la barca de Aqueronte; de quien se derivan los barqueros tan pésimos como él en blasfemias, beodez, y todo género de maldad. Y así en las barcas déstos están congregados como en centro todos los vicios de otros, aprendiéndose allí cuanto de maligno sabe un soldado, de engaños un mercader, de sensualidad un alcahuete, de embelecos un judío, de malicias un estudiante, y de enredos una mala mujer. Usa mucho Italia la navegación de los ríos, y este modo de barqueros. Las góndolas propias de Venecia (sirviendo como de coches) se llamaron *Cingulae*, de quien se derivan los gondoleros, notable canalla, y llena de cuantos defetos tiene el mundo. No faltaron entre los antiguos otras suertes de bajeles navegables, como los llamados Onerarios, de quien hacen mención Polibio y Apiano, sin otros de quien tratan por extenso Julio Pólux, Marcelo Jurisconsulto, el Blondo, Isidoro, Plinio, Aulo Gelio, Nonio Marcelo, y otros muchos.

Los artífices pues de los navíos se derivaron de aquellos antiguos, de quien se reconoce su principio. Léese en Herodoto, haber sido los Focenses los primeros que hallaron las naves largas; si bien Filostéfano (acerca del Plinio, y Diódoro Siculo) atribuye su origen a Jasón; Egesia a Partalo; Cetesia a Samira; Esteban a Semíramis: y Arquímaco a Egeón. Las naves gruesas que cargan mercaderías, halló según Plinio Hipo Tirio. La que se dijo cimba inventaron los Fenicios: el circiro los de Chipre; la escafa los Ilíricos; los lentros los Alemanes, con que navegaban por el Danubio; los Tasios las naves largas cubiertas. La primera nave atribuye Eusebio a los Samotraces, Clemente a Atlante; Plinio a Dánao; otros a Neptuno; otros a Tifi; otros a los Tirios, a cuyo parecer se llega Tibulo en aquel verso,

Prima ratem ventis credidit docta Tyros.

La materia de hacer tales vasos fue siempre varia, porque al principio hallada (según Plinio y Máximo Tirio) el arte de navegar por Neptuno, se comenzaron a surcar las aguas con las zates, nombradas arriba, que eran a modo de barquillos, compuestos de tablas y maderos; y dícese haber hallado éstos los Mistios y Troyanos, cuando movieron la guerra del Helesponto contra los Traces. Otros dicen haberse visto la primera vez de cuero cosido en el Océano Británico, mientras hicieron el viaje a la isla Mictin, donde nace el plomo más purificado que en otro lugar. Plinio cuenta se hacían en el Nilo de cierta madera llamada Papiro, mimbres y cañas. Refiere Herodoto ser los bajeles que van por el río hacia Babilonia, de cuero, y salces hechos por los ganaderos de Armenia, que habitan más arriba de los Asirios. Plinio loa el abeto para materia de bajeles, y añade haberse usado en Egipto y Soria el cedro por falta de abeto. Herodoto dice haberse usado en torno al Nilo un árbol llamado espiña. El mismo Plinio cuenta haberse navegado en las islas alrededor del mar Rojo, con bajeles aderezados superficialmente con conchas de tortuga marina. Afirma por consiguiente haber referido los compañeros de Alejandro Magno, hallarse en la isla de Tile, ciertos árboles tan buenos para hacer bajeles, que sumergidos duran debajo del agua más de docientos años sin corromperse jamás. En nuestra edad es admirable la fábrica de los navíos y galeras, superior sin duda a cuantas tuvo la antigüedad. Por evitar molestia se dejarán de poner aquí por sus propios nombres todas las cosas que intervienen en el magisterio de tales obras, y asimismo en las jarcias dellas, en particular pudiéndose ver en los libros que andan ya escritos desta materia, como Lilio Giraldo, y otros. Tal arte tuvo origen (como dice León Baptista Alberto) cuanto a la fábrica de los bajeles de la semejanza del pez, porque de su lomo sacaron los antiguos arquitectos la quilla de la nave; de la cabeza la proa; de la cola el timón; de las alillas los remos, formando así todo el bajel. Plinio cuenta casi por milagro, que el pez a quien algunos llaman Pompilo, otros Nautilo, en su nadar no es nada diferente del curso de una nave que vaya caminando a todas velas. Cuanto al origen de muchas cosas pertenecientes a los navíos son atribuidas por Plinio a los antiguos, como el de los remos y vela, a Ícaro, o a Eolo, según Diódoro; y el árbol y antenas a Dédalo; del espolón y quilla a Piseo; del áncora a Tirrenos; de todos los instrumentos con que se rige la nao a Tifis; de la observación de las estrellas a los Fenicios; y de las armadas marítimas a Minos.

Al último, queriendo tratar de los marineros y pilotos, y describir las condiciones y calidades que se requieren en ellos, me parece se haya de sacar tal narración de la causa que tuvieron los primeros fabricantes para sulcar el mar; que sólo fue (según Máximo Tirio) el amor del comercio para útil, particular o publico. Por manera que esta ocasión les obligó a buscar curiosamente las Provincias del mundo, sin reparar en las borrascas y temporales que siempre hubo y hay en todos los mares. Y haber sido tal la razón del navegar explica Horacio así:

Impiger extremos currit mercator ad Indos
per mare pauperiem fugiens; per saxa per ignes.

Pasando más adelante, la navegación nos sirve de más cosas. Lo primero de pasar las personas, mercadurías, y haciendas donde se quiere. Lo segundo, de guerrear con los enemigos, usando de las armadas de mar, como en tiempo de Romanos hicieron los cosarios Sexto Pompeo, Cleopatra, y Marco Antonio contra Augusto, Cipión contra los Cartagineses, sin otros muchos. Lo tercero de recreación, supuesto causa entretenimiento navegar en tiempo de bonanza, pudiendo ver con tal comodidad varias tierras. Lo cuarto casi de morir, porque según Biante no se deben notar los que navegan entre vivos, ni entre muertos, hallándose tan cercanos al peligro de la muerte, que apenas distan della dos dedos, como dice Anacarsis Scita. Por eso nota Horacio por notable osadía la del primer inventor del arte de navegar diciendo:

Illi robur et aes triplex
circa pectus erat, qui fragilem truci
commisit pelago ratem.

Hallado el modo de navegar, se distribuyeron los oficios según los bajeles; porque en unos son menester pocos, en otros muchos. En los navíos gruesos intervienen Capitán, Piloto, maestre, contramaestre, guardián, pajes, marineros, timoneros, escribano, pañoleros, y otros. Casi los mismos son necesarios en una galera, añadiendo cómitre, sotacómitre, alguacil, y la chusma de galeotes, buenas boyas, y espalderes, gente toda por estremo vilísima, y que ha menester palos en vez de pan, cadena en lugar de zapatos, y remo en vez de caballo; porque en tal canalla no se descubre nada de bueno, abundando de contino de robos, maldiciones, blasfemias con impaciencias terribles. Así no es maravilla si el cómitre, sotacómitre, y alguacil, marcan por momentos sus espaldas y barrigas, tratándolos aun peor que a

bestias, por ser en cierto modo peor que ellas. Aquí podrían entrar también otras personas que ocupan la galera, o por particular menester, o por defensa, como barbero, capellán, y soldado. Propio de los marineros es armar el bajel, cargarle, alzar áncoras, tirar dentro el esquife, comenzar a navegar, estar al timón, mirar la aguja, orcear, hacerse a la mar, o ir tierra a tierra, hacer escala; y siguiendo su viaje tomar puerto, remolcar, arrojar áncoras; y echando el esquife al mar, descargar la nave, y llevar a tierra la mercaduría. Aquí se encierran todas las diferencias del navegar a remo o vela, con todos los modos que se tienen en ambas vías. Es necesario entienda mucho el sabio Piloto el agua, supuesto no son todas navegables. Algunas son demasiado veloces, y corrientes, y hacen embestir las barcas en tierra con grande peligro. Algunas están llenas de remolinos, y hacen revolver y sumir el bajel que topan, con tanta velocidad, que apenas se puede echar de ver. Algunas están llenas de cieno en que encallan los vasos. Otras son tan ligeras, y delgadas, que apenas sufren el peso de un hombre, como dice Séneca suceder en Etiopía junto al principio del Nilo. Otras son combatidas de ciertas fortunas, y tempestades propias suyas. Damián Goes Portugués refiere haber en Etiopía cierto puerto llamado Aquicuo, que por seis meses, con toda la playa y ribera comarcana es contrastado gravemente de terrible tormenta, gozando por opuesto otros seis meses de maravillosa bonanza. Asimismo conviene conozca el cauto Piloto todos los peligros marítimos, procurando huir dellos lo más que pudiere, como las puntas de Scila y Caribdis en Sicilia, tan enemigas a los navegantes, según los escritores; el Malea Promontorio, o cabo de Licaonia, lleno de escollos, entrando la mar adentro por cincuenta mil pasos, por lo que es peligrosísima aquella navegación, respeto del vario soplar de los vientos; el Cafáreo monte de Euboea altísimo, cuyo mar es impetuoso y formidable por la copia de rocas y vertientes; las dos Sirtes o bajíos de África, terribles para los marineros, por las recíprocas aguas de una y otra. También es menester tenga el buen Piloto no pequeña noticia de muchas cosas del cielo tocantes a la navegación, como de la Equinocial, de las declinaciones del Sol de aquella línea, de la altura y grados del Meridiano, del Círculo del Zodíaco, del Horizonte, de los trópicos de Cancro, y Capricornio, del Polo Ártico, o Setentrional, del Antártico, o Meridional, de la longitud y latitud del cielo y tierra, de los paralelos, hemisferio, cenit y centro. Debe conocer singularmente las estrellas Hiadas lluviosas, el Arturo, y Osas de que tratan Arato, Pedro de Medina, y Pedro García.

También es necesario antever las venideras borrascas por señales, como denotan los Delfines cuando saltan. El brillar de las estrellas mientras el aire está sereno, y escurecerse en un instante, anuncia venidera lluvia. Asimismo la aparición de dos arcos en el cielo, y en especial al mediodía; porque de Occidente denotan truenos y agua ligera, y de Oriente tiempo sereno. La Luna realzada que parece de más días en el cuarto, muestra gran borrasca; y si tiene círculo alrededor serenidad; en el plenilunio limpia y pura denota tiempo sereno; relumbrante claro señala vientos; negra aguas, y cosas así: de quien hablan Plinio, Virgilio, Arato, sin otros muchos. No es menos importante el conocimiento de los mares, de los puertos, escollos, farallones, arrecifes, bajíos, placeles, flujos, y reflujos marinos, de quien tratan Pedro García, y Pedro de Medina, sin lo que dejaron escrito Ptolomeo, Estrabón, Pomponio Mela, Solino, Dionisio, Papa Pío, y otros Geógrafos, acompañando este conocimiento el Itinerario de Antonino, el globo de Oroncio, la carta de navegar, y la aguja, de quien trata por excelencia Levinio Lemnio: y estas cosas últimas son sin duda las más convenientes, y las que mayormente se requieren en un prudente y bien entendido Piloto; siendo así que la piedra Imán, aun en noche tenebrosa, descubre la linea meridiana, que sabida, se viene también a saber el Oriente, Occidente, y Setentrión. Porque siempre que tenemos el lugar derecho de la Tramontana, volvemos el rostro hacia ella, y sabemos por cosa cierta estar a nuestra espalda Mediodía; a la mano derecha Levante, y a izquierda el Poniente. La aguja sirve para hallar la distancia y longitud de los lugares. Mas por hablar destas cosas con más satisfación, claridad y brevedad, digo cuanto a lo primero, que en la carta del navegar se usan las líneas de los vientos, dadas de verde a colorado; como también son verdes y coloradas las puntas de los mismos vientos en la aguja, de que hay muchas en la carta, siendo aquellas donde las líneas vienen a juntarse en forma de estrella, sobre quien se pone después la verdadera aguja cuando es menester. Según los lugares donde se halla la nave y la grandeza de la carta, se ha de ajustar con la de la aguja de tal manera, que la línea de la una se ajuste con las líneas de la otra. En la aguja material se hacen las divisiones de los vientos, de modo que todos comiencen desde el centro de la rosa a la circunferencia, y acaben en punta. Algunos ponen los diez y seis vientos principales del soplo en triángulos mayores y más largos, y las cuartas de en medio hacen algunos menores, y de diferente color. Por manera que vienen a ser un rayo, o triángulo grande, y un pequeño, que en todos son treinta y

dos vientos, Levante, Poniente, Tramontana, Ostro, y estos son los cuatro vientos cardinales, y más principales del mundo. Señálanse en la aguja en esta forma; levante con una +; Tramontana con un triángulo negro todo, o todo colorado, o con la flor de Lis; Poniente con una P, y Ostro con una O. Demás destos cuatro vientos cardinales, tienen otros cuatro colaterales, que se componen de los mismos. El primero que es entre Levante y Tramontana, con nombre de Griego. El segundo entre Levante y Ostro y llámase Siroco. El tercero entre Ostro y Poniente, y llámanle Garbino. El cuarto entre Tramontana y poniente, y dícese Maestro. En la aguja se notan todos con sus primeras letras. Sólo en Garbino por estar ocupada su letra con el Griego, se toma la siguiente que es A. A estos ocho vientos llaman los marineros principales o enteros, naciendo después entre ellos otros ocho, a quien llaman medianos, y toman los nombres de los dos, en cuyo medio se hallan. El primero entre Griego y Tramontana, por lo que se llama Griego Tramontana. El segundo entre Griego y Levante, quedando con tal nombre. El tercero que está entre Siroco y Levante se dice así. El cuarto se llama Ostro Siroco, por estar entre los dos, y lo mismo se ha de entender de los otros cuatro. Éstos se señalan en la aguja con su triángulo, mas no se pone otra letra de su nombre, porque sería confundir la rosa sin propósito, pudiéndose conocer luego de las letras que tienen a los lados cuáles sean, y cómo se han de llamar, y dícense medios vientos, no porque tengan media fuerza en su soplo, y sólo hagan medio viaje, sino porque se describen en medio de los ocho vientos principales. Ahora entre estos diez y seis se ponen otros diez y seis, a quien los marineros llaman cuartas, y éstos están en modo que cada uno de los otros primeros ocho principales, o enteros, viene a tener dos destas cuartas. En esta forma Tramontana está en medio de Maestro y Griego, el medio viento pues entre Tramontana y Maestro, se dirá cuarta de Tramontana hacia Maestro: y el que está entre Tramontana y Maestro, se dirá cuarta de Maestro hacia Tramontana. Así de la otra parte de Tramontana y Griego viento entero, se llamará el uno cuarto de Tramontana hacia Griego, y la otra cuarta Maestro hacia Tramontana: y lo mismo de los demás vientos que se consideran en la aguja. Finalmente en todo el circuito della habrá un viento entero, una cuarta, un medio viento; después otra cuarta, luego otro viento entero: y los nombres de las cuartas se toman del viento entero que les está cerca, y del otro viento entero que no les está cerca inmediatamente. Tampoco destas cuartas se escriben los nombres en

la aguja, pudiendo cada uno formarle al punto que viere entre qué vientos enteros y medios se halla. Para conocer si la aguja camina bien, se miran tres cosas, la primera si la rosa, o estrella está igual, y justa, alzándose de un lado, y bajándose de otro; la segunda, si se mueve moderadamente, que es ni demasiado veloz, ni demasiado tarda; la tercera y más importante es ver si se para siempre de una manera. Sería cosa muy acomodada, si la aguja mostrase las horas, como hacen los relojes pequeñitos con la Imán, que a veces suelen ser justos, porque con las horas se podría ver la experiencia de su bondad. Es de advertir sobre todo, no entre en la aguja polvo ni aire, y que junto a ella no haya otra Imán, ajos, acero, ni diamantes, porque se vee en efeto causarle daño todo esto; fuera de que la hacen parar o revolver con mala regla. La piedra Imán debe ser de la buena, que atraiga bien el hierro, y que le haga dar vueltas ligeramente (aunque esté debajo de la tabla) al paso que anduviere la mano del que meneare la piedra. Sin esto se ha de conservar siempre cubierta, y cebada con limaduras de hierro, y sobre todo al obrarla se ha de tocar el hierro, o rosetilla del aguja, porque primero quiere ser tocada, respeto de tener la misma Imán cabeza y cola, de modo que la una mira al mediodía, y la otra a Tramontana. Así conviene experimentarla primero, y mirar su buena parte, que vuelva justamente a Tramontana. Advertidas estas dos cosas, es de saber, que el Piloto antes que se parta de un lugar, pone la carta y aguja delante, y considera la parte donde se halla, y la donde quiere ir, y cuán distante sea la una de la otra, y en qué altura se halla, el lugar donde se ha de partir, y en cuánta el otro donde va; y últimamente los vientos que le han de llevar a tal parte. Visto esto, considera su navegación, si ha de ser con vientos propios, esto es con los mismos que le muestran carta y aguja, o con otros diferentes. El viento propio lleva la nave derecha; el diferente la hace restar de su viaje, conduciéndola por vía diversa donde quiere ir; por manera que tal lugar viene a responder ya a un viento, ya a otro. Y aquí los marineros tienen sus modos, y reglas de tablas, y números con que se rigen. Esto es cuanto brevemente pude recoger parte de Vicencio Cartari, parte de Ruscelo, y parte de Levinio Lemnio. Con esta noticia pues (que entre modernos es mucho mayor que tuvieron los antiguos) halle el astuto marinero los vientos contrarios, la travesía de las aguas, el dar en seco los bajeles, el perder árbol y velas, el ir a la ventura, el embestir en tierra, el dar en escollos, y cosas así.

Son los cosarios en la mar, los que en la tierra llamamos salteadores de caminos, por robar con sus fustas, haciendas y personas. Entre los antiguos Piratas es muy nombrado Stilcón, que respondió al Rey Demetrio corajosamente, era la causa de cometer en la mar tanto robos y homicidios, la injusta muerte dada por él a su padre, y asimismo su injusto destierro. Lucano refiere los hurtos de Basilio cometidos por la mar mientras dice:

Et Basilium videre ducem nova furta per aequor.

Otros hacen mención de Cleómides que discurrió por el mar veinte y dos años, en tiempo del Rey Ptolomeo; de Quipanda Tebano, en el de Ciro; de Milia en el del primer Dionisio Siracusano, que preso por los Rodios, y conducido a la muerte dijo:

Oh Neptuno Dios y señor del mar, ¿por qué me niegas tu favor en esta hora, si dentro de tus ondas te sacrifiqué quinientos hombres que despedacé con mis propias manos; cuarenta mil que envíe al fondo de las aguas, treinta mil que fenecieron de enfermedad; y veinte mil que murieron peleando mis galeras?

Alcmón cosario en tiempo de Sila y Mario, fue quien cautivó a César, siendo después preso y ahorcado por el mismo. El Tortelio nombra a Cersa, a Icarión, y Cerpalo. Saxón Gramático, a Rotón, Toria, y Verón. En tiempos más modernos han sido nombrados y temidos, Francisco Torrellas Valenciano, Menaldo Guerra, Barbarroja, Caracosa, Dragut, el Recamador, Morat Arráez, Francisco Draque, Tomás Candi, y Ricarte Aquinés. Con las artes referidas procede un marinero práctico, como Tifis Piloto celebrado de Virgilio; como Mnesteo, Sergesto, y Coloanto, que lo fueron de Eneas; como Palinuro patrón de su Capitana; como Canapo que lo fue de la de Menelao; como Ferecles que lo fue de la de Teseo; como Ariómenes que lo fue de Jerjes; como Peloro que rigió la de Aníbal; como Jasón principal argonauta, que navegó a Colcos, robó con Cetis, Tifis, y Calay el Vellocino; que es lo mismo que haberse hecho ricos con gran presteza con los viajes de mar, sabiendo conducir las naves y mercaderías a salvamento, mediante esta instrucción que se requiere generalmente en todos los Pilotos. Éstos ha tenido España por estremo insignes, siendo casi infinito el número que han ido y venido a las Indias Orientales, y Occidentales, descubriendo cada día tierras incógnitas, así firmes, como islas. Acerca de los navegantes léase el Cardano, fol. 135, de rerum varietate, y a Céspedes que escribió de navegación, sin otros.

De los espejos, y sus artífices. Discurso CII.

EL origen de los Espejos (según Rafael Mirami Hebreo) se derivó sólo de los milagrosos efetos, vistos y considerados en ellos, haciendo ver en tantos y tan varios modos, los objetos de las cosas, mostrándose infinitas aparencias oblicuas, de quien se engendra la parte de especulativa, que llaman los Latinos *Specularia*, y los Griegos *Catoptriz*, cuya razón es admirable, pues da la causa de tan bellas aparencias como de contino se ven, por lo que en esta parte no degenera un punto de la Filosofía natural. Es utilísima a la Astrología, para resolver muchas cuestiones en las cosas celestes, como por ejemplo la de las manchas de la Luna, de los Eclipses, y proporción de los rayos. Es también de gran provecho en la Filosofía natural para discurrir acerca de muchas impresiones que se forman en la región del aire, como el Iris, y el calor engendrado de los rayos Solares, y otros muchos efetos sobre que la misma juzga, y discurre con mucha excelencia. Los Teólogos asimismo para explicar varios conceptos se sirven de muchas semejanzas de espejos, y para gravísimos misterios nombra la Sagrada Escritura las visiones aparecidas a los electos de Dios, con nombre equívoco a los espejos, como se vee en aquel verso:

Si quis erit inter vos Propheta Domini in visione apparebo ei.

Donde en la lengua Hebrea aquella palabra que los Latinos traducen *visión*, significa espejo, instrumento que no se debría usar mal, como se hace hoy, pues sólo sirve entre mujeres de medianero para sus afeites, rizos, y desvanecimientos, siendo justo usarle sólo con fin de que mirando su belleza, vayan procurando no mancharla con la fealdad de los vicios. Por eso Sócrates exhortaba se usase mucho el mirarse en espejos, dando por razón, que si el hombre en lo exterior se vee hermoso procurará con todas sus fuerzas mantenerse tal en lo interior, y si es feo, se esforzará a hacerse bello, mediante la virtud que ilustra y hermosea el ánimo. Con este objeto persuadía Avicena a los que tenían torcidas las bocas, a mirarse de contino en el espejo, para que viéndose en tal forma contrechos, atendiesen a enderezarlas, por lo menos con las palabras honestas, y colmadas de sabiduría. Por esta misma razón es grandemente persuadido a los ancianos el uso de los espejos, para que viendo en ellos sus canas, cobren y conserven

dentro pensamientos maduros, y arrepentimientos de todos sus errores juveniles, a que aludió Horacio en aquellos versos:

Insperata tuae cum veniet pluma superbiae,
et quae nunc humeris involitant, deciderint comae,
nunc, et qui color est Puniceae flore prior rosae
mutamus ligurinum, in faciem verterit hispidam,
dices heu (quoties te speculo videbis alterum)
quae mens est hodiae, cur eadem non puero fuit?

Grande asimismo es la comodidad de los espejos, mostrando algunos dellos las cosas ausentes y lejanas: por manera que estando en una cámara o retrete secreto, se puede ver lo que se hace en toda la casa, y también lo de la calle. Así fue maravilloso el que se escribe haber habido en la Goleta encima de una torre donde se vían distintamente todas las naves que venían al puerto. También fueron admirables los de Pitágoras, de tal manera lucientes, y hechos con tal artificio, que descubrían las cosas por estremo lejos. Otra utilidad desta sciencia especularia nos propone Ignacio en el proemio de la especulativa de Euclides traducida por él; y es, que con su medio nos podemos guardar de los males de las hechiceras y brujas, que con los espejos nos hacen ver cosas por el aire, que dan a entender ser demonios, o espíritus familiares solícitos en su servicio. Donde la especulativa nos asegura de sus engaños, enseñándonos su natural causa de tales aparencias, y no depender de espíritus, ni demonios, como en tiempo de los supersticiosos blasonaban algunos que a la especie de la Magia que los Griegos llaman *Catoptromantia*, que tiene su primer fundamento en los espejos, y en sus imágines. Ni causarán poco provecho y placer los mismos espejos junto con las razones de la especularia a los que se deleitan de relojes solares, como se dijo arriba en el discurso de los Relojeros, y en el de la perspectiva. Sirven finalmente de alumbrar los lugares escuros; de volver al revés algunas suertes de sombras de aquel sitio en que están; de medir con la vista alturas, profundidades y distancias, de poner en perspectiva, y de todas las cosas pertenecientes a ella, según que de todo trata por extenso Abrahán Colorni. Ahora el sujeto desta ciencia es la linea visual refleja, que es la por quien procede el rayo visivo, o el luminoso: el cual después que está estendido derecho por algún espacio, o se reflecta, o se quiebra; y destos términos se trató cumplidamente en el discurso de los Ópticos, o perspectiva, hablando dellos con más extensión Vitelión y Halaceno. Ni se debe decir sean los espejos el sujeto de la especularia, supuesto se consideran aquí

sólo en gracia de las líneas reflejas o quebradas por sí mismos, que si lo fueran, debría el especulario considerar también la naturaleza del espejo, la calidad del vidrio de quien se forma, y cosas semejantes, que no se adquieren en la especularia, porque no confiere al progreso del rayo reflejo; y así se dejaron, por pertenecer antes a los artífices de los mismos espejos, que a los especularios. Mas primero que se trate de sus aparencias, es menester notar lo que deben tener los buenos, junto con sus diferencias. Los comunes que se usan (no hablo ahora de los cristales ni antojos, a quien Aristóteles atribuyó el nombre de espejos) deben ser lisos, esto es, densos igualmente en toda la superficie, faltos de poros, y meatos; sensible para que el rayo no sea disgregado, y no pueda doblar. También deben ser pulidos, esto es, libres de aspereza, porque así como los poros por su cavidad impiden la unión de los rayos; así también la aspereza los disgrega. Es menester sean trasparentes, porque sean proporcionados a la luz, de forma que no la echen de sí, sino que se les acerque. Asimismo conviene sean opacos, porque siendo transparentes, y recibiendo en sí la luz, si no tuviesen el opaco que les impide el progreso, podrían fácilmente traspasar de la otra parte, sin hacer reflexión atrás. Por eso se tapan de una parte con alguna cosa, como se vee en los espejos de vidro azogados. Demás deben carecer de todo color, porque si tuviesen alguno, no podrían mostrar las cosas, sino del que retienen en sí. Conviene al último sean tersos, esto es, limpios de todo polvo, aliento de boca, o licor turbio: y sobre todo de la mala calidad de los rayos visuales que salen de los ojos de las mujeres, cuando están con regla. Sus diferencias son tales, que o proceden de la esencia de los espejos, o de la variedad que producen en el acto de la reflexión. Los de la primer división son o naturales, como el agua, o el aire denso, o artificiales, como los de vidrio, de mármol, de cristal, de plata y oro. Los de la segunda diferencia no representan más que el color. Esto sucede, o por que son de pequeña cantidad, respeto al objeto, de modo que no pueden representar una misma parte entera, o representan las figuras enteras y perfetas. Estos son o irregulares, en manera que sus superficies no se pueden reducir a una sola forma, siendo infinitos los tales; o regulares, que son los llanos, esto es, de superficie llena; o esféricos de proporción de esfera; o piramidales, esto es, de figura piramidal con otros deste jaez. Cualquiera déstos es, o convexo, esto es, lúcido de la parte convexa; o lúcido de la parte cava, de quien trata Vitelión, discurriendo de todos Cardano, y Antonio de Porto. Los términos comunes que usan los escritores de la

especularia son los referidos nombres de espejos, los rayos luminosos, la línea incidente, refleja, refracta, ángulos, superficie, centro de espejo, diámetro, y otros así. Fuera desto se causan las aparencias de los rayos luminosos del sol, que reflejos por ciertos espejos, encienden fuego, siendo las fuentes de tales aparencias luz y color. Tratan esta materia por estremo Rafael Mirami, el Cardano, Vitelión, Juan Pisani, Orocio Fineo y otros. Cuanto al arte digo haber sido hallada según algunos, por Praxíteles pintor, y esto por lo que toca a los espejos líquidos, que fue en tiempo del gran Pompeo. Mas de los de hierro, plomo, cristal, vidrio, y otras materias mezcladas, no se saben los inventores, si bien Celio refiere haber hecho en tiempo de Augusto cierto Hostio espejos de tal suerte, que representaban las imágines mucho mayores, de modo que el dedo excedía en grandeza y proporción a la medida del brazo, mas no dice de qué mistura se hiciesen; sólo basta apuntar haber sido éste en su tiempo el primer inventor y autor de tales espejos. Sus variedades son muchas; y así se puede decir no haber estado esta profesión jamás tan en su punto como ahora; porque cuanto a los de cristal son perfectísimos los que se labran en Venecia, como lo son también los de acero de Alemania, sin otros de muchas otras partes. En lo que toca en sus aparencias y varias representaciones, son ya tantas y tales, que lo que la antigüedad tuvo por gran secreto, es ya entre nosotros comunísimo. Paréceme haber enseñado en parte la invención y calidad de los espejos, puesto que naturalmente vemos nuestras imágenes en agua, en aceite, en metales y mármoles lustrosos, y si no con bellos colores, como lo muestra el espejo, por lo menos con la efigie y lineamientos que se descubren en ellos. De aquí es decir Budeo y Blondo haber adornado los antiguos sus casas (como zaguanes y colunas) de diversos mármoles lustrosos, que servían como de espejos. Ovidio en razón del agua lo mostró en la fábula de Narciso, que sobre la fuente vio su hermosa imagen, de quien se enamoró sumamente. Cuanto al arte en sí es realmente ingeniosa, ni se puede decir lo contrario con alguna razón, siendo tanto más admirable, cuanto son más infinitos los efetos que producen a la vista varios espejos. Vemos hacen algunos la cara larga, algunos torcida; otros derecha, otros de llana o redonda, según son los mismos o redondos, o cóncavos, o llanos. Hácense algunos que hacen se vean con los pies arriba los que se miran. Otros muestran las imágenes al revés, y de una sola cosa hacen ver muchas semejanzas. Otros representan las cosas en diversos colores, como es el arco celeste. Otros son fabricados con

tales engaños que hacen parecer grande una cosa pequeña, y al contrario; también las de lejos cerca; las de cerca lejos; las que están debajo de los pies encima, mostrándose a nuestro aspecto en otro sitio. Otros engañan la vista, representando debajo diversas figuras. Finalmente se hallan hoy tantas diferencias dellos, que con dificultad se podrían contar, entre quien hay algunos por estremo maravillosos, respeto de tener tanta fuerza para restringir los rayos del Sol, que abrasarán cualquier cosa que se les ponga delante. De éstos hacen inventor a Prometeo: y de su artificio trató Oroncio Fineo. Dícese (como se apuntó en otra parte) haber Arquímedes quemado con éstos las naves de los enemigos que venían contra su patria. Hácense los espejos de muchas maneras, según que también son ellos diferentes, interviniendo en todos, industria, ingenio, y artificio. El uso dellos es a propósito para el adorno humano, aunque sus artífices no tienen de qué loarse mucho, por ser sus obras tan frágiles como de vidrio; y su honor y gloria toda aparente y sofística, como son las cosas de perspectiva. Sobre esto véase a Rodiginio, lib. 8, c. 35, y en el lib. 1, c. 8. Asimismo el Cardano de rerum varietate, fol. 638, y el libro de los secretos de Vuequero, 539.

De los Jueces y Procuradores generales que llaman de Cortes. Discurso CIII.

EL antiguo filósofo Crisipo, declarando en qué modo se pueda pintar interiormente la hermosa imagen de la justicia, solía formar su retrato tan curioso en lo exterior, que el ánimo casi robado de la divina fuerza, amaba traer impresa interiormente su gentilísima Idea. Era la bella imagen una forma de virgen toda vestida de blanco, su aspecto grave y vehemente, los ojos brillando dulcísimas llamas de fuego, vestida política y honrosamente con traje en todo lo demás grandioso, y bien conforme a su rara hermosura. Todo esto se requiere en un juez que haya de tener por esposa doncella tan preciosa, y delicada. Tócales ser vírgines por la incorrupción; cándidos y puros por la bondad; de aspecto grave y vehemente por la severidad. Deben despedir sus ojos llamas de suave fuego, por la clemencia que ha de ser compañera de la justicia y equidad. Ha de cuidar vestir política y honrosamente, por señal de grandeza y nobleza. Profesar cuerda y rara compostura, en argumento de su rara majestad. Estas pues son las condiciones honrosas que se requieren comúnmente en los jueces que procuran adquirir honra con sus actos y operaciones. Es necesario en un juez tener el ánimo incorrupto, y limpio en todas las cosas que le puedan contaminar; porque no debe corromperse por dineros; ni doblarse por temor; ni pecar por respeto; ni por piedad pervertir en algún modo el orden de la justicia. Por ningún modo debe admitir presentes, porque haciéndolo, fuera de que vendría a quedar el pobre oprimido del rico, aun el mismo juez padecería después mucho en su persona. Por esto dice Isaías:

> *Principes tui infideles socii furum, omnes diligunt munera, sequuntur retributiones pupillorum non iudicant: causa viduae non ingreditur ad illos.*

Y el divino Isidoro afirma, que

> *Pauper dum non habet quod offerat, non solum audiri contemnitur, sed etiam contra iustitiam opprimitur.*

Así está escrito en los Cantares, que

Cito violatur auro iustitia.

Solía decir Filipo Rey de Macedonia (queriendo mostrar la potencia del oro, para corromper los hombres) que cualquier fortaleza por sitio, o por otra cosa inexpugnable, podría ser tomada con facilidad, como pudiese pasar por su puerta un asno cargado de oro. De aquí es haber fingido los Poetas no haber podido jamás Júpiter vencer la castidad de Dánae, hasta que el mismo mudado en lluvia de oro cayó en su seno. De forma que no es maravilla pueda con tanta facilidad pervertir los ánimos de los Jueces, y agraviar a los pobres, como sucede cada día. Cuanto a los presentes comunes, refiere san Antonino un ejemplo curioso de un juez, que habiendo recebido de uno cierto becerro, y por otra parte presentado el contrario a su mujer una vaca, mientras en el tribunal contendiendo las partes, decía el primero,

Digan los becerros si tengo justicia, o no;

respondió el juez,

El becerro no puede ser oído, porque da mayores bramidos la vaca.

De donde se saca cuánto valgan los presentes para alterar los juicios: por eso exclama Isaías contra los jueces de Israel:

Qui iustificatis impius muneribus, et iustitiam iusti aufertis ab ei.

En el Éxodo se advierte bien a los jueces cuando se dice:

Non accipiet munera, quia excaecant oculos sapientiam, et perventunt verba iustorum.

Tampoco se debe doblar el juez por temor, porque la equidad ha de prevalecer contra toda suerte de potencia: y ninguno se ha de espantar, ni los jueces hacer caso de ajenas amenazas. Así está escrito en el Eclesiástico;

Noli quaerere fieri iudex, nisi valeas virtute irrumpere iniquitates, ne forte extimescas faciem potentis, et ponas scandalum in agilitate tua.

Por esta razón en la causa de Nuestro Señor fue injustísimo Pilatos, habiendo tenido miedo de las amenazas de los Hebreos, que dijeron:

Si hunc dimittis, non es amicus Caesaris.

No se ha mover con pasión, juzgando diversamente por odio o amor, porque

Ira viri (dice Santiago) *iustitiam Dei non operatur*;

y Séneca,

Amor iudicium nescit.

Menos debe errar por ignorancia, siéndole necesaria la ciencia para sentenciar. Así dice San Gerónimo sobre Isaías:

Non est omnium recte iudicare, sed eorum qui sunt prudentes.

Lo que se entiende en el mismo modo de jueces seglares, y Eclesiásticos, requiriéndose en todos saber el método que han de tener en juzgar. Por tanto es prohibido en el derecho Canónico a un juez saber de otros lo que debe hablar por sí. Y en otra parte se intima no pueda uno ser juez Eclesiástico, si por lo menos no está medianamente instruido en el Derecho, Y en confirmación desto ningún juez presente en la causa que sea importante y criminal, debe preguntar por otro medio que el suyo, como prueba Lanfranco de Oriano. También Panormitano tiene manifiestamente se pueda poner excepción contra cualquier juez que carezca de ciencia y prática en juzgar. Menos debe pecar por respeto de amistad, o sangre; porque como dice Marco Tulio:

Personam iudicis exuit quisquis amicum inducit.

Y en san Juan son notados los que por causa de algún parentesco tuercen el juicio, en aquellas palabras:

Vos secundum carnem iudicatis.

Si bien comúnmente, según Ángelo de Perusia, y Juan Croto, no puede el juez conocer en la causa de algún pariente suyo, por justa sospecha que se tiene dél: salvo siendo hombre de tan aprobada fidelidad, que sea su sentencia digna de ser admitida y aceptada. No ha de prevaricar el juicio por piedad, porque ésta debe ser justa y no inicua; y así la llama S. Ambrosio misericordia injusta. De aquí nace haber sido juzgado el Emperador Trajano por varón justísimo, respeto de haberse conservado en él igualmente piedad y justicia. El juez ha de ser cándido y puro por la bondad. Así Bártulo afirma ser llamado entre Juristas juez sabio, y hombre de bien aquel, cuya bondad consiste en ser recto, y justo, según el precepto del Deuteronomio:

Quod iustum est iudicate,

y según el Psalmo:

Beati qui custodiunt indicium et iustitiam.

Afirma Isidoro decirse el juez,

Quia ius dicat populo suo.

Y S. Ambrosio sobre el Psalmo, *Beati inmaculati in via*, dice a este propósito, que

Bonus iudex nihil ex arbitrio suo facit, vel ex proposito domestice voluntatis, sed iuxta leges et iura pronuntiat.

Suetonio Tranquilo loa estremamente a Augusto, por haber juzgado siempre conforme a las leyes. De Tito Manlio cuenta el Téxtor, que habiendo sido juez entre los Macedones acusadores, y el hijo acusado, pronunció por justicia la sentencia en esta forma;

Cum probatum sit, Tilanum filium meum pecuniam accepisse, ipsum repudio, et prolem meam indignam iudico.

Ha de tener el juez el aspecto grave y vehemente por la austeridad que se requiere en él, y para que obligue a que todos le tengan el interior y aparente recato y respeto que se requiere. Por tanto está escrito en los decretos,

Ministero severitatis quies nostra adiuvatur.

Y en Marco Tulio:

Ita probanda est mansuetudo, atque clemetia, ut adhibeatur causae severitas, sine qua civitas administrari non potest.

En esta conformidad afirmaba Menandro vencía la saludable severidad a la vana esperanza de la clemencia. De aquí es alabar tanto Virgilio, Claudiano, y Propercio a los antiguos Minos, Eaco, y Radamanto. Han de brillar en sus ojos la llamas de suave fuego por la clemencia que debe ser compañera de la justicia y equidad. Por eso dice S. Gregorio:

Omnis qui iuste iudicat, stateram in manu gestat, et in utroque pensu iustitiam et misericordiam portat; sed per iustitiam reddit peccatis sententiam; sed per misericordiam peccati temperat poenam.

Destas dos virtudes fue loado Augusto, diciendo el Beroaldo:

Summa aequitate, nec minori lenitate ius dixisse laudatur Augustus.

Conviene se parezca el terreno al supremo juez, de quien dice el Profeta Abacuc:

Cum iratus fueris, miesricordiae recordaberis.

Y Casiodoro:

Hae duae res, misericordia et veritas, in omni iudicio Dei coniunctae sunt.

Cuán diferente de lo que se sigue en algunos tribunales, donde se tiene por máxima usar su rigor. Hase de vestir honrosamente en señal de autoridad y nobleza, por ser sin duda el oficio del juez ilustre y noble. Por eso cuenta Valerio Máximo, que habiendo sido Apolo preguntado acerca de los jueces y Magistrados, respondió ignoraba, si debían ser puestos, y colocados en el número de los dioses, o en el de los hombres. Cicerón dice:

Quid praeclarius, digniusque inter mortales excogitari potest quam unum hominem in republica reperiri, qui communi utilitati serviat, qui communia pro suis, sua pro communibus habeat; qui velit, et sciat personam civiatis gerere, dignitatemque sustinere?

Ha de tener finalmente una cuerda compostura, en argumento de la gravedad que se requiere en él. Así Aulo Gelio encomienda la gravedad del hijo de Quinto Fabio Máximo, que siendo Cónsul dijo su padre, se apease del caballo, y le tuviese el respeto conveniente a su grado. Valerio Máximo refiriendo la misma historia, viene a encomendar el mismo caso junto con Aulo Gelio. Estas pues son las partes que adornan a un juez, y le hacen ilustre y digno de respeto. Cuanto a la ciencia, es menester tenga universal noticia de las leyes, así Canónicas, como Civiles: y que sobre todo estudie bien las práticas Civiles, y Criminales, como la de Bernardo Díaz, de Iodoco, de Folerio, de Jacobo de Novelis, y otras así. Mas un mal juez es todo opuesto a lo que hasta aquí se dijo. Sus pensamientos le ciegan, el temor le hiere, la pasión le incita, la ignorancia le oprime, y los respetos le conmueven. Es injusto en juzgar, y moderado en castigar excesos gravísimos. Hállase sin piedad donde es menester usarla: descubre gran falta de nobleza en la apariencia exterior, sujetándose tal vez al vino, y a excesos peores. Es vilísimo, y menospreciado en los actos donde se requiere gravedad. Éste carece de los oídos que tenía Alejandro, uno abierto para el acusador, y el otro para el acusado; infelicísimo abuso, donde del todo se excluye el descargo, y sólo el cargo se exagera y acrimina. Cree con facilidad cuanto se le dice: condena antes que escuche al culpado, contra la ley vieja, de quien habló Nicodemus en S. Lucas:

Nunquid lex nostra iuducat quemquam, nisi prius audierit ab eo quid facias?

Contra la ley de los Romanos, de quien dijo Festo en los Actos Apostólicos:

> *Non est Romanis consuetudo damnare aliquem hominem priusquam is qui accusatur, praesentes habeat accusatores, locumque defendendi accipiat ad abluenda crimina quae ei obiiciuntur.*

Y contra la ley Canónica que puso Melquiades Papa en aquellas palabras:

> *Neminem condemnetis ante verum et iustum iudicium: nulium iudicetis suspicionis arbitrio, sed primum probate, et postea charitativam proferte sentetiam.*

Demás usurpa temerariamente la jurisdición ajena, contra la inhibición de la escritura que dice:

> *Tu quis es qui iuducas alienum servum?*

Sentencia injustamente, examina sin fidelidad, menosprecia las órdenes de razón imprudentemente, y dilata las causas con malicia. Un juez injusto castiga con iniquidad, molesta a los inocentes, desfavorece a los pobres, favorece a los ricos, abraza a los grandes, desecha a los humildes, altérase con los miserables, tiene respeto a los sátrapas, defiende la parte más poderosa; y en suma siempre que se requiere acudir a su obligación, se aparta tanto della, que merece ser desollado vivo como aquel juez de Cambises. Casi los más son ignorantes, sin partes, ni méritos; fáciles en recibir cohechos (causa de enriquecer tan apriesa) difíciles en hacer justicia, soberbios, desapiadados, de malas palabras, y peor intención, caducos en razón de viejos, o inhábiles en razón de mozos.

Síguense los Procuradores de Cortes que envían las ciudades en nombre suyo. Tócales defender, y tener en protección las razones públicas. En Plutarco se lee haber sido Aristóteles creado por los Atenienses para defender en nombre de sus ciudadanos la causa de los Griegos. Según Demóstenes se ordenó por ley, no fuese alguno elegido en tal forma, porque el oficio de Procurador hallado para beneficio común se iba volviendo en ganancia particular del que le ejercitaba.

No es justo pasar con tanta velocidad por materia que tanto importa, de cuyas advertencias (si la potencia intellectual no se halla enferma) se puede sacar crecido aprovechamiento. Ninguno ignora ya el estilo con que se forman Cortes. Llama el Rey a ellas para negocios arduos; y después de haber enviado las ciudades sus

Procuradores (que son dos de sus Regidores, o Veinticuatros, que es lo mismo) se propone la intención de su Majestad en la primera junta, donde asiste la misma persona Real, como soberano señor, y cabeza; y los llamados, como Reino y cuerpo, delante de quien se sientan y cubren. Desde entonces intervienen, y concurren todos los días al despacho de aquella pretensión, y ante otros muchos incidentes, decidiéndose, hasta que los despiden por votos. Dos opiniones altercan en razón de tales hombres. Tiene la primera ser justo se eligiesen para tal procuración varones, cuyos años, virtud, suficiencia, y valor ya los tuviesen opinados. Porque debiéndose depositar en ellos el consentimiento de cualquier ciudad, pareció conveniente, hiciese la misma unánime (excluyendo toda suerte) elección de sujeto ya conocido, y con certeza sabio, prudente, capaz, y acérrimo para cuanto se pudiese ofrecer. La otra pone su fuerza en significar los inconvenientes, revoluciones, y daños que resultarían de no remitir a la suerte acto semejante; en razón de que se supone habría grandes cismas y divisiones entre los ciudadanos, valiéndose particularmente los de más ambición (veneno que suele estar oculto en el corazón del más templado) de grandes medios y negociaciones para conseguir el nombramiento, de quien por lo menos suele resultar provecho y honra. Esto sienten una y otra opinión: mas la verdad es, que cuando el elegido sin suerte, tuviese las partes que se apuntaron, sería su elección acertadísima; porque no sólo se hallaría lejos de toda negociación y parcialidad, sino que convendría al común poner no pequeña fatiga con el mismo para la admisión de tal ministerio, aborrecido sumamente de los buenos por lo que cada uno sabe; aunque según Cicerón hayamos nacido,

Non solum nobis, sed partim patriae, partim parentibus, partim amicis.

Al fin por no acertar en cosa, se sigue lo contrario. Salen pues por suerte tales Procuradores, y así la tengan como proceden. Cuanto a lo primero en aquella junta y mezcla de tan varios caprichos, de tantos inexpertos, y de tan pocos capaces, se ven inumerables indecencias, voces, y desconciertos; por cuyas extravagancias y contiendas fue a propósito prohibirles el entrar con armas, porque de otra manera como bárbaros se hicieran pedazos allá dentro. En suma para todo en convertir lo público en particular, abriendo caminos espaciosos a cualesquier designios, blanco en quien sólo ponen la mira, con grandísimo daño de la Patria, y no poco deshonor suyo. Los ministros que atienden al servicio del Reino, son dos Secretarios, dos Contadores, un Rector, un Agente, sin los Porteros, y otros. Acerca de

los Jueces véase la anotación de Beroaldo, fol. 6, Alejandro de Alejandro, lib. 5, cap. 14, y Rodiginio, lib. 12, cap. 46, 47, 48, 50, 51, 52.

De la seda, y sus artífices. Discurso CIV.

RESPETO de las varias opiniones que se hallan, no se puede puntualmente determinar de quién se haya derivado el origen de la seda. Dicen los Poetas haber sido su autora Venus, a quien Saturno agradecido de cierta tercería, dio en un lienzo la simiente del gusanillo, para que con su obra se vistiese en lo por venir, excediendo en gala a Palas su enemiga. Plinio (dejada esta fábula) junto con el autor del suplemento de las Crónicas, dice haber sido Pánfila la hija de Plates Griego (en tiempo de Salomón) la primera de todas que cogió la seda volátil de los árboles, que es diferente de la nuestra. Comenzola a purgar con peines, quitándole la superfluidad con que se hallaba, hasta ponerla en la rueca, y después sobre el telar, haciendo participante al mundo de obra tan curiosa y bella. Flavio Vopisco cuenta no haber querido jamás Aureliano Emperador, varón prudente, trocar tanta seda con otro tanto oro; tan rara y preciosa era en aquel tiempo. Ésta se peinaba de las hojas de los árboles en la Sera, que es parte de la Scitia, a que alude Virgilio cuando dice:

Velleraque ut foliis depectant tenua Seres.

Plinio hablando de las guirnaldas preciosas que se hacían de sedas de diversos colores, muestra expresamente peinarse de las hojas del Nardo. Estrabón contando la fecundidad de muchos árboles de la India, dice hallarse entre ellos muchos fáciles de doblar, donde nace cierta lana, de quien dice Nearco tejerse vestidos, y afirma haber hecho los Macedones della cantidad de ropas, siendo aquella poco diferente de la seda de por acá. Sin esto afirma Plinio nacer la seda de cierto gusanillo peloso, llamado *Bombix*, que se coge en la isla de Coo, de cipreses, terebintos, fresnos, y encinas; declarando allí el modo que se tiene para sacarla de aquel gusano. Pausanias apunta nacer en la tierra de Sera, cierto gusano dos veces mayor que el escarabajo, pareciéndose en el resto a la araña, hasta en tener ocho pies como ella. Éste crían los Séricos con gran cuidado, haciéndole sus celdillas, así para invierno, como para verano. Teje debajo de los árboles, vive cuatro años con panizo, y al quinto, antes que muera, le ponen una caña verde, de quien se alimenta, y harto en aquella forma, se le rompe el vientre, y se le saca fuera un ovillejo de hilos de seda. Con

todo Corsuzo tiene sea todo esto antes algodón sutil, que seda como la nuestra, producida de la simienza común. El primero que la trajo a Italia por autoridad de Monseñor Vida, fue uno llamado Sero, porque vino de Sera patria suya, sólo a este efeto. Procopio dice haber sido traída a Italia la primera vez en tiempo de Justiniano Emperador; no obstante nombre Lampridio a Heliogábalo por el primero que la trujo a Roma. Ésta se engendra de los que llamamos gusanillos de seda; los cuales no se halla que nazcan de corrupción, como otros gusanos, sino se tiene hayan nacido cuando Dios crió los otros animales de la tierra. Aliméntanse en particular de hojas de moral, y tienen siempre vida consigo, cuando en gusanos, cuando en forma de mariposas, cuando en huevos, cosas verdaderamente maravillosas, como dice Alejandro de Alejandro, contando los milagros de naturaleza. Ellos hacen su simiente, entre quien se tiene por mejor la España. Pónense en calor cuando apuntan las hojas de los morales, mientras tiene la luna por lo menos cinco o seis días de aumento, que suele ser a los quince o veinte de Abril; y la semilla que se guarda, es de advertir se ponga en parte que el sol no la hiera, y que estando en arca, o cualquier otra parte, esté apartada del fuego, porque nacería quince o veinte días antes de lo acostumbrado, siendo el calor amicísimo suyo. Para que nazca se pone dentro del pecho atada en un paño, o entre dos almohadas de pluma calientes al fuego moderadamente. Tras esto nacen negros y pelosos. Entonces se desata y abre el pañuelo, y se pone sobre alguna tabla, no sólo enjuta, sino tibia, y bien cuajada con hojas de moral, para que coman ocho o diez días en algún aposento no húmedo, hasta que se adormezcan. Duermen tres o cuatro días, después despiertan; comen otros ocho, y vuelven a dormir como la primera vez: vuelven a recordar, y comiendo otros ocho días tras el dormir de la tercera vez, vuelven a despertar, y a comer otro tanto, hasta volver a dormir de nuevo, y en levantándose esta cuarta vez, no duermen más, alimentándose por ocho días. Hácense grandes, y lustrosos, y los que han de hacer la seda amarilla muestran su vientre como de oro, y los de blanca de color plateado. Finalmente no quieren comer más, y así conociendo esto quien los gobierna, los pone sobre ramas secas de escobas, sarmientos, castaños, y cosas así, donde hacen los capullos que comúnmente se ven, de quien unos son amarillos, y otros blancos, y de otros colores. Éstos se forman en dos días, o poco más; y los gusanos están dentro quince; después se convierten en mariposas. Basta que hechos los referidos capullos se quitan de la ramas, y se guardan los que son a

propósito para simiente, enhílanse diestramente, y cuélganse en un lugar enjuto. En diez y ocho días salen fuera las mariposas, acompañándose los machos con las hembras, forman los huevos, y después fenecen. Por manera que en menos de dos meses, nacen, crecen, hacen la obra, mudan efigie, renacen, dan fruto, y mueren. Sin esto hay quien luego que son hechos los capullos, los hace secar al Sol uno o más días, y después los van obrando, y sacando dellos seda, más y menos fina, con que se hace la variedad de telas que se ven en el mundo. Pónese grandísimo cuidado, y no pequeño trabajo en labrarla, hilarla, torcerla, separarla, teñirla, tirarla, lustrarla, y acomodarla en los labores para que es buena cada género. Es frecuentado el uso della en tantas cosas, que fuera prolijidad expresarlas aquí por menudo; supuesto, tras tantos terciopelos, damascos, rasos, tafetanes, gorgueranes, tabíes, gurbiones, catalufas, mantos, y velos para mujeres, se hace della, y de oro los brocados, brocatel de dos colores, el brocado rizo, de que hizo Eneas un presente a la Reina Dido, enviándole según fabuliza Virgilio por medio de Cupido celeste mensajero, mientras dice:

Munera praeterea Iliacis erepta ruinis
ferre iubet; palam signis auroque rigentem.

De seda se hacen los bellos recamos, por lo que la misma Reina envió a su amante Eneas una vestidura de seda recamada de oro, como parece por los versos que dicen:

Tyrioque ardebat murice laena,
demissa ex humeris dives quae munera Dido
fecerat, et tenui telas discreverat auro.

La seda ilustra toda cosa, alegra los ojos, consuela la vista, deleita el corazón, conforta el alma, y recrea admirablemente los espíritus interiores; según Avicena, y Serapión. Por eso es puesta por los Médicos en el Diamusco, en la confección de Alquermes, en el jarabe de *pomis corticibus citri*. Con esta divina materia se hacen los lazos para enfermedades de cabeza, los reparos para los ojos ofendidos, y lagrimosos. Cósense con ella las heridas, y se ponen también sobre la dura mater, cuando está herida, como afirma Falopio, y otros, defendiendo el celebro de la putrefación, y confortándole maravillosamente con su presencia. De la propia se hacen ornamentos para divinos oficios. Con ellos van adornados y vestidos los personajes graves, y las hermosas damas, recibiendo todos los que la usan particular decoro, y ornamento.

De los Poetas y Humanistas. Discurso CV.

EL Poeta se deriva no de *Pico*, como dice el Bocacio que significa *Formo*, o *Fingo*, sino de *Poetes* antiquísimo vocablo Griego, que suena en Latín *Exquisita locutio*, porque es propio del Poeta hablar exquisita y raramente. Así con justa causa fue llamado por los Latinos *Vates*, de aquélla fuerza de mente, que dice Marco Varrón se encierra en ellos. Porque según Platón tienen en sí los Poetas cierta deidad, que los mueve y calienta, incitando en los mismos un furor a quien llama divino, a diferencia del que sucede por falta de juicio, que se suele decir locura. Esto propio expresó Cicerón diciendo:

> *Atqui si a sammis hominibus eruditissimisque accepimus caeterarum rerum studia, et doctrina, et praeceptis, et arte constare Poetam, natura ipsa valere, et mentis viribus excitari, et quasi divino quodam spiritu afflari*.

Aristóteles afirma ser la Poesía cosa de ingenio prático, y robado del furor. Orígenes dice ser cierta virtud espiritual que inspira al Poeta, y le llena la mente con divina fuerza y vigor, que es sólo una purgación de ánimo, y una ilustración de imaginativa, como dicen Juan Bocacio, y Andrés Gilio: la cual les hace conocer, y entender todo cuanto han de decir. Désta entendió Ovidio cuando dijo:

> *Est Deus in nobis agitante calescimus illo*.

Y Estacio,

> *Pierius menti calor incidit*.

Por eso justamente dieron los antiguos título de sagrados a los Poetas, por lo que escribió el mismo Ovidio :

> *At sacri vates, et divum cura vocamur* ;

Calpurnio,

> *Ille fuit vates sacer* ;

y Lucano,

> *O sacer et magnus vatum labor*.

Mas Enio con nombre más sublime los llamó santos, como enriquecidos copiosamente del altísimo don de sabiduría. Sobre que

me parece advertir haber sido hallada la Poesía en su principio para loar a Dios, aunque después los hombres la pusieron en uso profano: y esto prueba la Escritura en más lugares como aquel paso de Judit,

> *Incipite Domino in timpanis, psalite Domino in cymbalis, modulamini illi Psalmum novum*;

y en el otro del Profeta:

> *Cantabo Domino, quia bona tribuit mihi, et psalam nomine tuo altissime*.

De que movido S. Augustín, dejó escrito llamarse antiguamente los Poetas Teólogos, por haber cantado divinamente las alabanzas del Señor, y alega a Varrón que divide la Teología en tres partes, en Mística o fabulosa; en Física o natural; en Política, o moral. Y entre los inventores principales destos géneros de Teología, cuenta a Mercurio Trimegisto, después a Orfeo que escribió muchos himnos en alabanza de Dios, tras éste a Museo y Lino, juzgados uno hijo de Apolo, y otro de Mercurio; finalmente a Hesíodo que fue admirablemente notado desta ciencia. Bien es verdad que cuanto a su origen son discordes los escritores entre sí. Veneto Obispo de Puzol grandísimo investigador de Historias, quiere sea más antiguo que Moisén, y que casi hubiese noticia della en tiempo de Nembrot. Mas Leoncio afirma, haya tenido principio entre los Griegos, trayendo la autoridad de su Maestro Barlaán que decía haber florecido Museo antiguo Teólogo y Poeta, en el año tres mil trecientos y ochenta y cinco, en tiempo de Foroneo Rey de los Argivos. Aunque Paulo Perusino da por inventor a Orfeo, que fue en tiempo de Laomedón Rey de los Troyanos, y por eso mucho más moderno. Apenas podré decir una mínima parte de sus loores, supuesto excede la Poesía a todas las ciencias en claridad, y resplandor, como el Sol en luz a las demás estrellas. El Poeta con las enajenaciones de la mente, a él sólo concedidas, es llevado de cuatro géneros de furores que pone el Farra: el primero es Poético, y viene de las Musas: el segundo misterial, y viene de Baco: el tercero es adivinación, y procede de Febo: el cuarto es amor, y se deriva de Venus: porque el mismo canta con las Musas divinamente; halla con Baco (que significa el entendimiento) los altísimos misterios de Dios; anuncia con la luz de la mente, denota por Febo muchas cosas; y ama con Venus la belleza divina, y sobrenatural. Con este furor certifica Hesíodo de sí haberse hecho en brevísimo tiempo de rústico pastorcillo sabio Poeta; y lo mismo muestra Platón de Ione, y Tinico Calcidio. Por eso se cuenta de todos los Poetas antiguos haber sido

incitados, y robados a este furor de Musas particulares, como lo fue de Orfeo Calíope, Museo de Urania, Homero de Clío, Píndaro de Polimnia, Safo de Erato, Tamira de Melpomene, Hesíodo de Tersícore, Virgilio de Talía, Ovidio de Euterpe. Y Demócrito dice en particular de Homero, no ser posible haber compuesto tan admirable Poema sin divina naturaleza inspirada; cuyo arrobamiento dicen los Cabalistas hacerse por medio de espíritus angélicos, como se lee en el libro de la puerta de la luz, teniendo el mismo parecer de los Platónicos, en razón de que las Musas que roban a los Poetas, sean sólo las almas de las esferas celestes. Mas pasando a sus loores, y grandezas, Platón en más lugares los llama Intérpretes de los dioses: y particularmente en el Fedro afirma no ser los nobles Poemas invenciones humanas, sino divinas. Y en el Cratilo, quiere toque sólo a los Poetas poner verdaderos nombres; infiriendo adquieran en sus arrobamientos la verdadera noticia de las cosas. Sócrates los llama Padres, y Capitanes de la Sabiduría, y afirma no deberse introducir en ciudades, himnos, y alabanzas de los dioses, sino por vía de composiciones Poéticas. El docto Estrabón hablando dellos, dice afirmar los antiguos ser la Poesía una Filosofía principal que nos enseña razones de vivir, costumbres, policía, y nuestro verdadero regimiento. Heráclides Póntico muestra estar toda la Poesía llena de Filosofía natural, describiendo los vientos, las tempestades, los ocasos de Planetas, el renovar de tiempos, y cosas así. Demás dice Dión haber sacado de Homero, Zenón y Aristóteles gran parte de la Filosofía de sus libros. Mas esto no es mucho, supuesto dicen algunos Escritores, que si los dioses hablaran, fuera verso lo que dijeran, de que dan el ejemplo del oráculo de Apolo Délfico, que respondía en verso a todos. Lo mismo hacían las Sibilas, escribiendo en verso todas sus adivinaciones. Fue en tiempo de la Gentilidad tan grato el propio a los dioses, que querían antes sus alabanzas en verso, que en prosa, como se puede ver en Píndaro, y Homero, que compusieron himnos a todos: lo que después entre Romanos hicieron Horacio, y otros Poetas, convidando a los muchachos a cantar dulcemente sus loores. No desdeñó nuestro grande y verdadero Dios la compostura del verso. David escribió en ellos sus elegantísimos Psalmos. Y san Gerónimo dice del Psalterio, que,

> *In morem Horatii, et Pindari nunc Iambo currit, nunc Alcavo personat, nunc Saphico tumet, nunc semipede ingreditur.*

Job compuso en verso gran parte de sus aflicciones; Salomón sus libros; y Jeremías sus lamentos, según Josefo, y Orígenes. Dice Casiodoro,

Omnis poetica elocutio a divinis Scripturis sumpsit exordium.

Por eso los Hebreos llamaron al elegante verso de la Escritura *Scirabi*, habiendo entre ellos diez y ocho suertes, de quien trata por extenso Gaspar Havionio Teólogo. En los oficios de la santa Madre Iglesia son recitados los Himnos de S. Ambrosio, y santo Tomás de Aquino. Véese asimismo haber estudiado san Pablo a los Poetas, alegando en la epístola a Tito aquel verso de Parménides:

Cretenses semper mendaces, malae bestiae, et ventres pigri.

Y mientras en el Areópago disputa con los Atenienses, introduce aquel verso de Arato Poeta:

In quo vivimus, movemur, et sumus.

Gregorio Nacianceno disputa en versos del matrimonio, y de la virginidad. Juvénculo, Venancio, Licencio, Sedulio, y Prudencio, compusieron muchas obras sagradas en versos, acceptas, y muy recebidas de la Iglesia universal. Basilio Magno en aquella persuasoria suya a los sobrinos, afirma ser agudos estímulos para la virtud todos los fragmentos de Homero, y de los otros Poetas Griegos. Descúbrense también haber tocado los Poetas las cosas principales de la Fe Cristiana. Virgilio apuntó la persona del Padre en aquel verso:

O Pater omnipotens, rerumque aeterna potestas.

Toca por el consiguiente la creación del mundo, en la forma que la tenemos, diciendo:

Principio coelum, et terras,
lucentemque globum Lunae, Titianaque astra
spiritus iuntus alit.

Ovidio en el primero de los Metamorfóseos distingue el caos en aquel verso:

Hanc Deus et melior litem natura diremit.

Dejo de poner aquí los infinitos lugares de Poetas, que son conformes a la verdad Católica, de quien hace Antonio Mancinelo un epílogo bien dilatado. Mas pasando más adelante, ¿que cosa conviene más a los Predicadores, que el verso, diciendo Cornelio Tácito debe ser el

decoro poético ejercitado del Orador? Teofrasto apunta a este propósito ser la leción de los Poetas de mucho provecho a toda suerte de oratoria. ¿De donde se sacan las curiosas descripciones, las sutiles semejanzas, las adornadas comparaciones, el estilo elocuente, las elegantes figuras y maneras de hablar, sino de los Poetas? ¿Quién refiere más bien las hazañas? ¿Quién pinta mejor un estrago? ¿Quien describe más heroicamente una empresa? ¿Quién mejor imita? ¿Quién mejor da colores, y adorna todas las cosas? ¿No fingieron los antiguos aplacar ellos a los dioses diciendo Horacio,

Carmine dii superi, placantur carmine Manes?

¿No son ellos los que alegran cielo y tierra: escribiendo Lucrecio:

Calliopes requies hominum, divumque voluptas?

¿No son los que cantan doctamente toda cosa para provecho general, según Manilio, que dice:

Omne genus rerum docti cecinere Poetae?

¿No son los que tienen facultad para humillar y ensalzar a los que quieren con sus versos, mientras loan o vituperan las personas a su albedrío? Por lo que persuadía Sócrates se guardase cualquiera de tener indignado un Poeta contra sí, sólo porque con su lengua satírica puede morder como un Arquíloco; picar como un Juvenal, y malsinar como un Marulo. ¿Quién halló (por lo que toca a temerlos) los libelos infamatorios? ¿Quién las sátiras contra particulares? ¿Quién sino ellos renovó la rabia de Lucilo, la estrema licencia de Nevio, y la dañosa mordacidad de Garbilio? ¿De dónde nació ir Minos Rey justísimo a ser juez del infierno, sino de haberle hecho esta afrenta los Poetas Trágicos de Atenas, por amor de su patria, a quien movió guerra? Licofrón no hizo parecer por cierto respeto a Penélope deshonesta, no obstante la loase Homero por tan casta? ¿No quiso Arquíloco con sus versos que Licambes se ahorcase por desesperación? ¿No es Pasquín un Minos en el juzgar a todos; un Cerbero en ladrar generalmente; una Euménides en enfurecerse; un Titán en combatir contra todos; un Demorgogón en tragar la más segura fama, siendo declarado enemigo de los Príncipes y Señores? ¿No es el satírico quien tiene en la lengua la piel de Rabilio y Calímaco, en la boca el ardor del monte Etna, en los ojos los rayos de Júpiter contra los Centauros, en las palabras las saetas y dardos de Belona; en los dichos el mal olor de las Arpías; y en todos sus discursos la amargura de Sulmón contra

Orbeques? Mas al contrario si el Poeta quiere loar, los Planetas le ceden, y las Esferas se le inclinan: y por eso dijo Horacio:

Dignum laude virum Musa vetat mori,
coelo Musa beat.

El Poeta amigo te hace parecer en sabiduría un Atlante; en prudencia un Júpiter; en facundia un Mercurio; en resplandor un Apolo, y en fortaleza un Marte. La lengua del Poeta ilustra tu hermosura, ensalza tu gracia, loa tu donaire, encarece tu discreción, poniéndolo de contino casi todo de su casa. Del Poeta eres llevado al cielo como Europa de Júpiter; puesto como Ariadna entre las Estrellas; colocado como Minerva en la más alta parte del templo del honor. Mientras el Poeta escribe tus alabanzas, cobras las alas del Águila, y el altivo vuelo del Pegaso. ¿Qué más puede desear quien tiene su parte la pluma del Poeta que hace tales milagros, que tiene tal fuerza, que recitando Marón los versos sobre el hijo de Livia llamado Marcelo, a llegar a *Tu Marcellus eris*, fue causa que por suma terneza se desmayase la mísera madre? Tal es su dulzura, que Sófocles es llamado abeja de los Poetas; y por la boca de Stersícoro se dice haber cantado los Ruiseñores. Cuanto a la eficacia Tales Poeta Lírico sanó con versos los Lacedemonios de las heridas de Licurgo, y Tirteo con su verso encendió a los Spartanos sus compatriotas a tal furor de batalla, que pusieron en huida a los Atenienses. Por lo que dice Horacio:

Tirtheusque mares animos in Martia bella
versibus exacuit.

Echose de ver también la infinita fuerza del verso, de que Calisto, Circe, y Medea, con execrables versos convertían los hombres en diversas fieras, y animales; y para mostrar más la de versos prestigiosos dijo Virgilio,

Ducite ab urbe domum, mea carmina ducite Daphin.

¿Qué maravilla pues que el gran Budeo junte tantas cosas en alabanza de los Poetas? ¿Qué mucho que el Beroaldo haga un particular discurso en su loa? ¿Por qué ha de admirar según esto que Francisco Patricio los exalte sobre las Estrellas, que Antonio Becaría Veronés haga una Apología tan grave acerca de su loor y grandeza? No espante pues ver alegados a Homero, y a Virgilio, en los libros de los doctos Jurisconsultos; en los Decretos a Horacio, y a Lucano. Véase en la estimación que siempre estuvieron, pues todos los Señores, y

Principales del mundo han tenido principal cuidado de sus cosas, por eso dice Nasón:

Cum ducum fuerant olim regumque Poetae,
praemiaque antiqui magna tulere chori;
sanctaque maiestas et erat venerabile nomen
vatibus, et large saepe dabantur opes.

De aquí vemos haber sido tan caro Enio a Scipión; Querilo a Alejandro, Virgilio a Augusto, Horacio a Mecenas; Tibulo a Mesala; Papinio y Silio a Domiciano; Menandro a los Reyes de Egipto; Eurípides a Arquelao Rey de Macedonia; Ausonio a Graciano César; Cornelio Galo a Octaviano. Descúbrese su grandeza de muchas partes, y en especial de que Alejandro estimó en más la Ilíada de Homero que los despojos del Rey Darío, perdonando a los Penates de Píndaro mientras destruía a Tebas por amor del Poeta. Octaviano llamó a Virgilio, Platón de los Poetas, y concede el sacrificio de su imagen. Elio Vero llama a Marcial su Virgilio. Acio es tan estimado de Bruto, que le erige templos y monumentos. Plauto se halla con tanto nombre acerca de Epio Estolono, que afirma, se valieran de las Musas sí hablarán Latín. El Petrarca fue laureado en Campidolio a ocho de Abril, año mil y trecientos y cuarenta y uno por el Senado Romano. Quintiano Stoa, por Ludovico XII Rey de Francia. El Fausto es llamado en tiempo del Rey Francisco, Poeta Real. Dejo aparte los insignes Poetas de todas naciones, que sería nunca acabar quererlos nombrar todos aquí. Y sólo diré ser cosa justa reciban honra, y estimación; porque son las colunas de Hércules para los Príncipes; los Atlantes de los Reyes, y Emperadores; los Mercurios, que con sus lenguas hacen llegar hasta el cielo las dignas alabanzas de los Héroes: quien los ilustra en vida, quien los hace epitafios en muerte; y en fin quien los resucita después del olvido a la memoria de los hombres. Y así como los Licaonios se deleitaban sumamente con las fatigas y ejercicios virtuosos, los Tebanos con las tibias, los Cretenses con la caza, los Tesalos con andar a caballo, los Acarnanos con flechar, los Traces con esgrimir, los pueblos marítimos con navegar; así agradó fuera de modo a los Atenienses el versificar. Mas pregunto, ¿qué sujeto más honroso, y entretenimiento de más deleite puede tener un caballero que la Poesía? ¿Quién no vee cuán maravilloso es el Poema Épico o heroico, que primero fue llamado *Pitio*, según Isidoro? ¿Cuán dulce el lírico o mélico, cuyo verso se canta al son de cítara o lira, como se hace en las Odas de Horacio, y en los himnos de Orfeo? ¿Cuán deleitoso el cómico, donde los circunstantes aprenden el

verdadero modo de regirse, y el exquisito conocimiento de las pláticas del mundo? ¿Qué lúgubre y grave el trágico, donde se veen representados soberbiamente los hechos de los hombres ilustres? Quiero desmenuzar esto más para beneficio de los Poetas estudiosos. En el verso heroico fue compuesto (dice Isidoro) el Cántico de Moisén, y también el libro de Job: y así no discurren bien los que atribuyen la invención del verso Exámetro a Acates Milesio, o a Ferécides Siro, como dicen otros. En verso heroico compusieron Lucio Vario, Livio Andrónico, Ennio, Virgilio, Ovidio, Montano, Emilio Marcio, Lucano, Cornelio Severo, Estacio, Claudio, Prudencio, Homero, Licofronte, Museo, el Pontano, el Vida, Camoes, los dos Tassos, padre y hijo, sin otros infinitos de varias naciones. En el Lírico o Mélico escribieron Estersícoro, Tales, Filoseno, Píndaro, Alceo, Anacreonte, Terpandio Lesbio, Aulo Sereno, Cesio Baso, Horacio Flaco, y otros de Romance. En el Cómico Plauto, Terencio, Gneo Nevio, Stacio Cecilio, Licinio Iamblico, Sexto Turpilio, Lucio Afranio, Quinto Trabea, Diódoro, Epícrates, Hermipo, Eubolo, Aristófanes, Menandro, Cratino, Filemón, sin otros vulgares. En el Trágico escriben Sófocles, Eurípides, Querilo, Apolodoro Tarsense, Esquilo, Acio, Atilio. Séneca. En las Elegías se halla con fama Tito Valgio, Albio Tibulo, Cornelio Galo, Sexto Aurelio Propercio, Casio Severo, Glodio Sabino, Paulo Paseno, Melanto, Minerno, Colofonio, Partenio Niceo, y Focílides Milesio. Hállanse con nombre excelente en las sátiras Lúculo, Cayo Rabilio, Arquíloco, y Juvenal. En las epigramas Cátulo, Porcio Licinio, Valerio Edituo, Quinto Cornificio, Elvio Cina, Ticida, Laurea, Domicio, Gneo Getúlico, y Marcial. En las Bucólicas, o pastorales Calpurnio Siculo, Stroza Mantuano, Teócrito, Virgilio, Sanazaro, Garcilaso y Jorge de Montemayor. En los himnos Orfeo, Hesíodo, Museo Tebano, Juvenco, Licencio Africano, y Fausto Galo. En los Epitalamios se halla el Sabio Salomón. En los Trenos Jeremías, y tras él Simónides Poeta. En los Centones Pomponio, Proba, mujer de Adelfo, y Laura Terracina. En las fábulas Livio, Andrónico, y Teodectes. En los Mimos, Gneo Macio, Publio Siro, y Marco Marulo. Estos son los que hacen con sus metros resonar los montes, y las selvas con el armónico sonido de los dactilos, spondeos, Iambos, Troqueos, Pirriquios, Báquicos, Anapestos, Peanios, Antipastos, Coriambos, Jónicos, y de toda la caterva de pies con que se forman versos Exámetros, Pentámetros, y Líricos, con tantas especies. Donde se hace escrutinio de sílabas, de puntos, de títulos, de construcciones, de colisiones, de toda la composición; y sobre todo queriendo

experimentar, si en los Poemas se halla invención de coro, imitación, persuasión, alegorías, estilo, y modo conveniente.

Finalmente, si los versificadores destos tiempos, que tan lejos se hallan de ser Poetas, pudieran con sus torpes ingenios damnificar la Poesía, nunca tan menospreciada y desvalida se había hallado como ahora, respeto de usarse no pocos, o ya de puro viejos caducos, y en toda edad tan ignorantes como presumidos; o ya mozuelos, que sin noticia de letras, todo lo cicatrizan, todo lo tachan, y de todo murmuran, siendo ellos solos sujetos vilísimos, del todo incapaces, y nacidos para risa y entretenimiento de varones doctos.

Los ingenios Españoles merecen toda alabanza y estima, por la agudeza y erudición con que escriben varias poesías en diversos estilos. Algunos siguen de poco a esta parte un nuevo género de composición (al modo de Estacio en las Silvas) fundado en escurecer los concetos con interposiciones de palabras, y ablativos absolutos, sin artículos, aunque cuidadoso en la elegancia de frases y elocuciones. Grandes son las contiendas que causó esta novedad entre los Poetas de España, contradiciéndola por una parte muchos, como contraria a la claridad elegante, y por otra siguiéndola algunos, como exquisita y adornada de Poéticos resplandores. Allá se lo hayan, que como ha algunos días que dejé los versos, no quiero entrar en estas controversias, ni declarar mi parecer en pro o contra. Sólo no podré dejar de apuntar aquí lo que a este propósito escribe un autor moderno en esta forma,

> *Denique dum a multis non intelligeris, nec te ipse intelligis. Nam aliorum prostant opera multis ingenii et eruditionis luminibus illustrata; quae tamen intelliguntur.*

Cuanto a las letras humanas, si bien pienso haber comprehendido parte en el discurso de los Gramáticos; parte en el de los Retóricos, y parte en el de los Historiadores; y últimamente si quedaba alguna cosa en el presente de los Poetas (por ser un compuesto de todos estos cuatro) diré con todo ser forzoso tenga el Humanista entero conocimiento de las materias que tratan aquellos cuatro discursos: y que fuera desto posea por ornato los principios de todas ciencias, y alguna noticia de las artes liberales, para que según las occurrencias pueda sacar de sus fuentes lo que le importare en la forma que lo podrían hacer sus mismos profesores. El verdadero Humanista debe saber muchas lenguas. Tócale entender todo autor, y explicarle bien, siempre que se ofreciere ocasión, o en conversación, o en cátreda.

Siendo justo internarse más en la profundidad de lo que tratamos, será forzoso volviendo algo atrás, recorrer la Gramática, de quien espero se podrá sacar cuanto pareciere convenía para la perfeción del Humanista. Los grandes caudillos pues de la misma hacen su distinción y división en tres partes. A la primera llaman Técnica, o artificial; a la segunda Histórica, y a la tercera Ideitera, o especial. Técnica es la que sólo trata de las letras, su combinación y pronunciación, la concordancia entre los números de las voces hasta hablar concertadamente una lengua. En ésta fueron excelentes entre antiguos Herodiano, Trifón, Apolonio Alejandrino, Julio Pólux, Donato, Scauro, Julio César, Plinio, Elio Antonio, Sánchez el Brocense, Vergara, con otros casi infinitos. La Histórica trata de las mitologías y alegorías de los Poetas, descripciones de Oradores, exposiciones de lugares, montes, ríos, y otras cosas concernientes a esto. Escribieron désta con eminencia Higinio, Palefato, Estéfano, Harpocración, César, y los Españoles ya nombrados. La Idietera, o particular, que es la Crítica, no se contenta con los límites de las de arriba, sino pasa tan adelante, que se entra y se espacia en los sagrarios de la más alta sabiduría, censurando todo género de escritores, reconociendo lo que es legítimo de cada uno, reprobando lo espurio, emendando lo reprobado, y restituyendo a los verdaderos autores lo que es suyo. Corrige asimismo todo género de Poetas, Oradores, Filósofos, Médicos, y Jurisconsultos, sin perdonar descuido por mínimo que sea, reduciendo todo género de letras a su integridad y perfeción. Por esta causa la llamaron Crítica, porque consiste en sutileza de juicio, como se puede colegir del vocablo Griego *Crisis*. Y de la manera que los antiguos romanos repartieron las cuatro partes del año, cada una en otras tres, llamando al Verano Primavera, Verano crecido y caduco; y así también con buen derecho quisieron subiese el Estudioso por sus grados a la cumbre y supremo lugar de la Filosofía. En ésta pues que es facultad propia de Humanista, se mostraron insignes entre Griegos Crates, Aristófanes, Aristarco, sin otros bien conocidos. Entre Romanos Varrón, Sisena, Elio Jurisconsulto, Aldo y Paulo Manucios, Prisciano, etc. Entre españoles el Divino Isidoro, Gerónimo Osorio, Antonio de Nebrisa, Don Antonio de Guevara, Pedro Mejía, el Comendador Griego, Francisco Sánchez Brocense, Antonio de Gobea, Resende, Roa, Nuñez, Berzosa, Agustín, Aquiles Stacio, Chacón, Grial, y los tres Covarrubias, tío y sobrinos, León, Martín del Río, Ceriol, Luis Vives, Juan de Mariana, Céspedes, Juan Luis de la Cerda, Luis Tribaldos de Toledo, Gaspar

Sánchez, sin otros por sus ingenios dignísimos de toda alabanza. Nuestra edad alcanzó también varones estranjeros eminentes en estas letras, como Erasmo, los dos Escalígeros, Casaubono, Lipsio, Grutero Heinsio, Moreto, Vitorio, Sigonio, Merula, Morella, Marcilio, etc.

La estimación que siempre acompañó a los críticos, se podrá ver en que no se tuvo por verso legítimo de Homero el que Aristarco no calificó primero por tal; ni por Comedias de Terencio, sino las que aprobó Caliopio. Y la antigua Tragedia de Aquiles, no se llamó de Aristarco por ser su autor, sino por haberla él emendado y censurado, interponiendo su autoridad.

En suma, según estas reglas, no podrá pasar de falso con nombre de Humanista el ambicioso de opinión que la desea adquirir con decir mucho mal de todos, y sólo mucho bien de sí; o el que pretende lucir con los mal rumiados trabajos de otros. Dicípulos se han visto en nuestros tiempos tan libres y descarados, y tan con estremo imprudentes, que usurpando los sudores de sus maestros, osaron como cornejas, vestirse de ajenas plumas, entregando al tipo, obras que les sirvieron más de afrenta que de honor; por conocerse el verdadero dueño; y ver se quisiese apropiar el fingido lo que era desigual a su caballeroso y superficial talento. Válgame un título Griego de un libro Latino, como me voy engolfando en el piélago de la murmuración: quiero callar no me descalabren con cuatro artificiosas mentiras, aunque si se acordaren de la ley de gracia, olvidaran el rigor de la antigua, que consistía en,

Dens pro dente, et oculus pro oculo.

De los Aprensadores. Discurso CVI.

EL arte del Prensar hallada no ha mucho, para curiosar los vestidos, es ingeniosa, limpia, y aunque al parecer escusable, no de poco provecho para la perfeción de las galas, supuesto se dice en Palacio, no haberlas donde falta el prensado. El primero que la trujo a España, fue un Flamenco que vino la primera vez con el Emperador Carlos Quinto de gloriosa memoria. Ejercitábase entonces imperfetamente, porque se prensaban las sedas como las traían de casa del mercader, sin algún otro beneficio, ni adherente, y así se abrasaban todas, causa por quien tomó el oficio mala fama. Ochenta años después vino a Madrid Sebastián de Ortega, natural de Liévenes: aunque le llamaban el Granadino. Éste comenzó a humedecer las sedas con gomas que hacían dos buenos efetos. Era el uno tomar cuerpo con que se imprimía mejor, y con más facilidad el prensado, durando más. El otro consistía en mitigar el calor que llevaba el hierro para imprimirse, hallando humedad en la seda. Nació la segunda reformación que tuvo es este oficio de Joanes González prensador del Rey, de Pedro de Castro, de Pedro de Zúñiga, y del mismo Ortega, pidiendo en el Real Consejo ordenanzas para que se obrase perfetamente. En fin fueron éstos tan buenos oficiales, que alcanzadas, ordenaron los patrones por regla y compás, con que adquirieron de allí adelante los prensados grande igualdad, ser, y perfeción. Siguiose de aquí poner los otros maestros en sus obradores tanto cuidado y diligencia, que saliendo tan buenos oficiales como los referidos, competían sus obras con las mejores, yéndose siempre continuando así, por el temor de las visitas. La tercera reformación con que parece no quedó más que poder desear en tal arte, tuvo principio de Alonso Díaz de Torres, que con notable curiosidad dibujó crecida copia de hierros, reduciendo labores muy grandes y feas, a menudas, y de tanta gracia, que casi todo lo que al presente se platica en todos los obradores, ha sido inventado y dibujado por él, trayendo a proporción lo que estaba desaproporcionado. En esto hizo ventaja a los demás, con tan buen celo de reformar su oficio, que no sólo se contentó con dibujar los hierros, sino que los abrió él mismo, teniendo en su casa buriles, cinceles, y tornillo, sólo para este fin. Con estas diligencias se halla hoy tan en su punto, que como antes solía estragar, y abrasar las

sedas, ahora les sirve de beneficio. Cuanto a lo primero, las lisas se engrasan trayéndolas sin prensados; mas con ellos, y los efetos que los labores hacen, ni se engrasan, ni consienten doblez, que suele ser causa de que por allí se rocen, y corten más presto. La seda con el templado calor del hierro, toma lustre, y apretándole, aprieta el punto, ocasión de que luzga y dure. Hácense para que resplandezcan como plata bruñida los asientos de los hierros en rizo, y terciopelo (fingiendo fondo en raso mucho más perfeto que el de los telares) unas gomas en que entran la que llaman Arábiga, junto con hieles de vacas, y zumo de limón, haciendo esto particularmente buen efeto a los gorgoranes lisos. Para rasos, tafetanes, y gorgoranes listados, se hacen otras en que entran la misma Arábiga, y vino tinto espumado que le dan más perfeto negro, y aprietan el punto. Lábrase sobre un tablero liso, con unas frisas encima. Sirve la ropa de que al apretar con fuerza el hierro sobre la seda halle suavidad, y no la rompa con la dureza de la tabla. Los defetos consisten en no aplicar las cosas necesarias para que las gomas salgan limpias y suaves. En no tener cuidado cuando se sacan los hierros muy calientes, y se amansan en el agua. Porque entonces huye el fuego por el asta arriba del mismo hierro, y si no se torna a templar segunda vez, pasado algún intervalo con bajar el calor, suele decender estándose haciendo la obra, y abrasarla. Por el consiguiente, echando más calor se asienta el hierro con menos trabajo, y más brevedad; pero va la obra dañada, aunque al presente no se echa de ver.

Los hierros con que se obra son casi infinitos, como arpones, adarguillas, eses de ataduras, de llamas, de tocados, de perillas, veneras, memorias, corazones, romanillos, granadas, cartoncillos de relieves, hojas de oliva, firmezas, torcidos de muchas maneras, ondilla, cuadrillos, lucidos, hojas de parra, plumillas, plumajes, cornetas, grifos, coronas, palmas, tronquillos, cifras, y de los antiguos otros sin número, supuesto de los ya no usados, vi en un obrador más de cuatrocientos ducados.

De los Roperos. Discurso CVII.

ARGUYE esta ocupación general provecho; supuesto causa (sin otros) a muchos forasteros no poca comodidad hallar al improviso vestidos de seda o paño, a todos precios. Derivose de Mercaderes y Sastres, que pusieron toda maestría y curiosidad en las obras que hacían, causa de que sacadas en público incitasen a los que pasaban para comprar lo que no siempre habían menester. Hallando buena salida de lo que tomaban entre manos, fue creciendo el número de Roperos de manera, que se tomó por oficio, señalándoles de ordinario sitios en las calles mejores, y de más concurso, donde lo ejerciesen. Basta que ahora es lucida su arte, y como se apuntó, grandemente útil y acomodada. Por la mayor parte es la gente que trata en esto bien nacida, de buen trato, de bastante caudal y crédito, y sobre todo bien entendida. Venden los vestidos a menor precio de lo que salen hechos en casa: y puédenlo hacer fácilmente por comprar por junto, y en las partes donde los mismos mercaderes todo cuanto interviene en las obras, como paños, sedas, aforros, pasamanos, y cosas así. De forma, que reduciéndose todas las ganancias a una, y teniendo particular cuenta y razón, pueden hacer cualquier conveniencia. Mas la utilidad más considerable viene a ser, ahorrar el que se viste en sus tiendas, los crecidos aprovechamientos de los sastres, que por este camino los pierden sin algún remedio. Así cuando no los hubiera en la República, bastaran los Roperos para cumplir con semejante ministerio, y para escusar a los interesados no pequeña cantidad de dineros. Grandes son las contiendas que corren entre estos dos gremios en razón de su ejercicio. Pretende la Sastrería por instantes derribar, oprimir, y escurecer la Ropería, contra quien opone algunos inconvenientes, no sé si todos fundados en buena intención. Cuanto a lo primero, es cierto se defienden los Roperos gallardamente, logrando por la mayor parte sus intentos. Procuran destruirlos en las visitas, procediendo con tanto rigor, que por un vestido que hallen no tal entre docientos estremados, le declaran luego por perdido, olvidando ser cualquier suma justicia suma injuria. Mas de tales exorbitancias y excesos saben tomar promptas venganzas los ofendidos, reduciéndolos a prisiones, y a otros trances, de que les resulta inquietud y menoscabo, en vez de interés y honor. Suponen los Roperos ser no sólo Sastres examinados como ellos, sino

versadísimos en todos cortes, y policía de trajes, para quien se valen de la Geometría más que sus contrarios, por haber de trazar, y disponer sólo con su arbitrio (como si dijésemos a ojo) vestidos así de hombres como de mujeres, cuya proporción y urbanidad prometen junto con el deleite, y atraimiento, cualquier buena salida. Según la orden acertada de naturaleza conviene rijan los más sabios, y que (particularmente en las artes) dé el inferior razón y cuenta de sus obras, y del orden con que las ejecuta, siendo todo esto enderezado al bien público, y a remediar las fraudes y engaños, que de lo contrario se podrían seguir. Por manera que en esta conformidad es justo haya, como los hay, veedores, y jueces sobre cualesquier oficios. Infiero desto, que así como los Sastres visitan las obras de los Roperos, convendría, fuesen las suertes iguales, y que en ocasión de litigio visitasen los Roperos las de los Sastres, pues son de un mismo metal, y nada inferiores en capacidad y suficiencia. Porque con esta emulación andarían todos alerta, y en las tasaciones de los mismos Sastres habría Cristiandad y conciencia, sin que les quedase la dañosa libertad de tratarse en ellas unos a otros como compadres, paniaguados y amigos, desollando a los feligreses, así por este camino como por otros. Mas aparte materia tan odiosa por semejantes competencias, es cierto alegra y deleita sumamente el jardín y rica variedad de vestidos, con que todos los días, y en especial los de ferias, adornan los Roperos sus tiendas y portales, pareciendo ponen en razón de curiosas galas, límite al más antojadizo deseo

De los Tundidores. Discurso CVIII.

ES grande el beneficio que recibe el paño desta ocupación; supuesto si no se tundiese parecería peor que sayal, y desflocaría un pelo como de bayeta, llenándose de polvo. Fuera de que el mismo se cortaría de modo que quedase raído. Mas tundido como se debe, parece bien, dura más, y no da lugar a este inconveniente. Intervienen en este oficio un escaño de madera, dos varas y media de largo, y ancho una y medía, de suerte que pueda caber encima un tablero de medía vara, y largo tres. Conviene se halle reglado éste por el macho de la tijera que asiente bien. Échase sobre el mismo la ropa necesaria, porque esté blando. Pónese encima un terliz cogido por abajo con unos cordeles, de forma que esté igual y tirante, sin que haga alguna ruga, o lomo. Ha de estar fija, y firme por estremo, clavada la ropa por la cabecera de la entrada con cinco clavos, y con otros tantos en la salida. Luego es menester la tijera que ha de tener una hebillera muy ajustada a la misma, y una pesilla encima de la cantidad que fuere necesario, para que vaya asentada en el tablero, y corte por igual de punta a talón. Antiguamente no se echaba ésta, por saberse menos, y no estar el oficio tan en su punto como ahora. Requiérense cuatro Abetes (dícense así los hierros con que prenden) y una o dos rebotaderas. Después de ruciado, o mojado el paño, se pasa con unas cardas que llaman de imprimir, siguiéndose la tundición tras estas diligencias. Suele tener este tablero una tabla de pies, alta según la estatura del oficial; cuya postura ha de ser un poco quebrado el cuerpo, el brazo derecho asido a la villeta de la tijera, apretada al muslo de manera que vaya firme. El izquierdo debe estar sobre la maneta; y el pulpejo de su mano no por enmedio de la propia, sino a un lado, dando el golpe sobre ella, de suerte que proceda del mismo hombro izquierdo con sutil conocimiento de que vaya a las puntas; guardando en esto el compás de pies, mudándose, y entrando, sin que la tijera pueda hacer movimiento por donde reciba el paño alguna raya gorda, zahondadura o talones, que es la peor obra, advirtiendo con cuidado estas cosas, y lo que conviene a cualquier paño según su calidad, y el estado en que se halla el cardado, o pelivano, de modo que no se baje tanto que se descubra, ni tampoco esté de forma que levante pelo. Al que pudiere sufrir dos tijeras, se le deben dar; una a pospelo, y otra a pelo, guardando en

todo la buena obra, y el beneficio de la ropa. Tiénese advertencia en rebotar lo que es menester, guardando los tercios flacos, por venir muchas veces vacíos, y no alcanzados del cardado. En la raja se vuelve el lomo con los dos pulgares, quebrándosele, y atravesándole con la rebotadera. Túndese sin que intervenga en ella carda, agua, ni otra cosa. Tiene obligación el maestro de avisarlo al oficial, y mirar cómo se hace: porque si se echase a perder correría por su cuenta, y se lo harían pagar, que para eso hay nombrados veeedores del mismo oficio.

Después de tundido bien el paño, se pasa y limpia a carda vuelta con una escobilla. Luego se corchea desde la punta al talón, para que tome lustre, aunque el mejor consiste en ir bien tundido, limpio de rayas, talones, puntas, y zahondaduras. En fin se frisa el envés con un corcho de alcornoque fino, si bien ahora se usan unos de arena; mas sería mayor beneficio del paño que no se frisase; respeto de hacerse sólo por el buen parecer, gustando dello los que no lo entienden. Las bayetas que llaman de Sevilla (no obstante se labran en Inglaterra y Flandes) se aderezan bañándolas primero en un cangilón. Suélense escarfir antes que se mojen, para que salga la tinta que traen, por venir las más teñidas de negrilla, que es tinta falsa; supuesto por valer tan baratas no las pueden teñir como manda la ley, que es con azul y rubia. Pónese después de escurrida sobre el tablero, préndese con sus cuatro abetes, y ocho puntas de punta a talón, a trechos para que esté muy tirante. Luego se le da con una frisadera de arriba abajo. Tras esto se atraviesa, hasta que vea el maestro que está bien arrancada. Tuércese, pónese a enjugar, y enjuta, se vuelve a poner sobre el tablero de la misma suerte, volviéndola a torcer como la otra vez con la frisadera, siendo necesario tener raspado un corcho de alcornoque algo abierto. Sería necesario para que no se deshiciese la frisa, hacer cierta trementina encorporada con huevos, echándole a trechos un poco, de manera que no la manche, ni haga cerotes. En suma se tuerce con el corcho, dándole las vueltas que pareciere convenir. Seis meses estuvieron estas bayetas recién venidas a España, sin que supiese algún oficial este beneficio de mojarlas, hasta que le halló Lucas de Carranza tundidor del Rey.

He querido de propósito tratar esto, para que se vea el magisterio que interviene en cosa que parece tan fácil, y de tan poca consideración. Por otra parte no dejan de ser dañosos los de este oficio; particularmente en razón de entenderse con los mercaderes, en cuyas puertas trabajan, para que les hagan vender los peores paños y

bayetas, contribuyéndoles al paso que engañan a los que se fían de sus palabras, y exageraciones. Mas esto baste.

De los Pellejeros. Discurso CIX.

LOS Pellejeros se hacen fuertes con el ejemplo de hombres grandes y famosos, a quien sirvió su ejercicio. Alegan que Hércules iba (según Poetas) vestido de la piel del León Nemeo; que Elías se cubría en el desierto con la *Zona pellícea*[2]; que los antiguos (según Sidonio) iban adornados de las vestiduras Nébridas (hechas de pieles de ciervos) en los sacrificios de Baco; que los Sardos (según Tulio) traían por vestido delicado las Mastrucas con las muestras de fuera pelosas. Menos se olvidan de lo que dice S. Isidoro, usaban los sacerdotes Gentiles un sombrero sutil hecho de piel de animal sacrificado, mientras inmolaban a sus dioses. Proponen también el argumento de necesidad, supuesto que en invierno los cuerpos humanos para defenderse de yelos, nieves, y ventiscas, han menester vestirse de pieles con que están calientes, y sin quien pueden sufrir mal su rigor. Por eso César escribe acostumbraban los Alemanes traer aquellas vestiduras llamadas *Remones*, aforradas de pieles, por padecer en sus regiones rigurosos fríos. Podranse también gloriar de que el gran Patriarca Jacob cuando recibió la bendición de su padre Isaac, la adquirió mediante las pieles de cabrito en que envolvió prudentemente los brazos para parecerse a Esaú su hermano, hombre velloso. Tampoco será corto fundamento de nobleza haber servido antiquísimamente las pieles de ornamento y decoro en muchas cosas. Así en el Éxodo se lee haber estado el techo del tabernáculo todo cubierto misteriosamente de pieles de cabras. Y en los Números se halla, iba ceñida el Arca del Señor de pieles Jacintinas, por estremo preciosas. Cuando también la Esposa en los Cantares quiso tratar de su belleza, la comparó a las pieles del Rey Salomón, en aquellas palabras:

Nigra sum, sed formosa sicut pellis Salomonis: sicut tabernacula Cedar:

de cuyas autoridades se infiere la nobleza de la pelletería. Mas sobre todo la adorna grandemente las nuevas y maravillosas maneras de pieles halladas en nuestra edad en diversas tierras, como Alemania, Italia, Francia. Juan Ravisio hace mención de las que se traen de Tanaco, castillo que fue de Venecianos: otros cuentan las pieles

[2] Reyes-II,1.8.

preciosas de que abundan Polonia, Rusia, y Moscovia. Antes de adobar los pellejos se llevan al río, donde están tres días: lávanse con unos cuchillos, dóblanse de largo a largo, y échanlos en ciertos baños que tienen hechos con sal, harina, y agua. Suelen estar en este curtido veinte días, y si hace mucho calor, doce o catorce. Después se estienden en el campo, y luego se entregan a los oficiales para que los mojen, y descarnen con unas lunetas de hierro. Últimamente los secan, y dándoles lejía, los ablandan con otro hierro hincado a la pared, a quien llaman reorta. Tras esto les dan con un minero de tierra blanca muchas coces, y vuelven a parallos con la estira. En fin éstos bien sacudidos (quitadas las ijadas, y hechas dos palas de las garras) se hacen ropas de levantar, estufillas, y guantes, sin diferentes labores que se forman de la montería. Son casi infinitos los géneros de pieles que se hallan, como martas, lobos cervales, carniceros, y de Levante; gatos de algalia, monteses, cervales, zorros de Alemania, de España, jinetas, rodadas, y negras, zorros herreros, ardillas almizcleras, buitres, fuinas, turones, nutrias, armiños, conejos blancos y negros, tejones, gamos, venados, liebres blancas y pardas, chinchillas, cabritillas, abortones de terneros, sin otros muchos. Úsanse las pieles en las partes Setentrionales más que en las muestras, por ser menos el frío, habiendo causado a sus tratantes de pocos años acá crecido daño el uso de las felpas, frecuentadas entre señores más que otros aforros.

De los Libreros. Discurso CX.

LA profesión de Librería mereció en todos tiempos ser contada entre las nobles y honrosas, según se puede probar con muchas razones y autoridades. Sin otras trae una eficacísima Polidoro Virgilio, diciendo, ser la comodidad de los libros la que adelgaza los ingenios, y la que abre un camino fácilísimo para todas ciencias y disciplinas, incitando maravillosamente nuestros ánimos a los estudios de las letras dignísimas de toda reverencia y honor. Sácase también la nobleza de los Libreros de la grande estimación en que en todos tiempos tuvieron las librerías Emperadores, Reyes, señores particulares, y hombres doctos de toda suerte. Isidoro refiere haberse deleitado mucho Alejandro Magno en juntar con todas sus fuerzas cantidad de libros, teniendo siempre el ánimo aplicado a la honrosa profesión de letras. El mismo escribe haber juntado el Rey Ptolomeo Filadelfo en la ciudad de Alejandría setenta mil libros, librería notable por dos cosas. La primera, porque aquí fue depositado el Testamento Viejo de los 72 Intérpretes; la otra por el gran número de cuerpos congregados en ella. Mas Aulo Gelio, y Amiano Marcelino, junto con Séneca, le crecen en más diciendo llegó al de setecientos mil, lo que no parecerá increíble a quien considerare las famosas riquezas de los Reyes de Egipto, y los memorables gastos que hicieron en pirámides, obeliscos, templos, edificios, y otras grandezas inestimables, de que cuenta algunas Budeo en las anotaciones de sus Pandectas. Y asimismo Lázaro Baifo en su tratado de las cosas Navales. Escribe Plinio haber hecho Eúmenes Rey de Pérgamo otra en competencia de la referida, donde afirma Plutarco haberse juntado trecientos mil libros. Julio Capitolino refiere otra de Gordiano Emperador, en que juntó sesenta y dos mil volúmenes. El mismo Plinio apunta haber sido el primero que instituyó librería en Roma Asinio Polión, y el primero que condujo gran suma de libros, fue según Isidoro, Paulo Emilio, tras la vitoria que alcanzó de Perseo. Luego Lucio Lúculo riquísimo con la presa de Ponto. Tras esto Julio César, que dio el cargo a Marco Varrón, de hacer una librería famosa entre las otras, habiendo sido todas después (según Paulo Orosio) abrasadas en gran parte por los incendios que muchas veces sucedieron en Roma. Y aunque Domiciano restauró aquel daño, enviando a Egipto por traslados de los libros reservados de los robos de los soldados de

César, cuando siguió allí a Pompeo; con todo eso en tiempo de Cómodo Emperador sucedió el mismo incendio: si bien se emendó (como ya dije) con la diligencia de Gordiano. En Grecia concuerdan todos los autores en decir fue Pisístrato tirano de Atenas, el primero que en la misma ciudad hiciese una publica librería de suma estimación: no obstante afirmase Estrabón (hablando de hombres particulares) haber sido Aristóteles el primero que juntó libros en Grecia, con el socorro y favor de Alejandro. Ateneo pone la librería de Larensio Griego superior a la de Pisístrato, a la de Aristóteles, Euclides, Polícrates, Eurípides, y Nicrócates, celebrándola como cosa singularísima. Entre Cristianos, el primero que procuró igualar a Pisístrato Ateniense en la librería, fue según Isidoro, Panfilio Mártir, cuya vida escribió Eusebio Cesariense. Mas la primera librería que se vio en el mundo (dice Isidoro en el mismo lugar) fue la Biblioteca de los Hebreos, quemada míseramente por los Caldeos, y tras el curso de muchos años reparada por Esdras Scriba, lleno de Espíritu Santo, volviendo a escribir de nuevo los libros del Testamento Viejo, y reduciéndolos al número de 22, según que son 22 las letras del Alfabeto. En tiempos más modernos escribe Filipo Bergomense, haber hecho en Pavía Juan Galeazo Vizconde una famosa librería, por la gran copia de tomos que juntó en ella. Bartolomé Casaneo tiene por memorable la de Luis XII Rey de Francia en Bles; y aquellas dos famosas Parisienses (especialmente en Teología) una en el Colegio Real, y otra en el de S. Víctor. Tiene Italia asimismo algunas famosas, como la Biblioteca Apostólica en Roma; la del Duque de Urbino; la de los Médicis en Florencia; sin otras. España descuidada en tiempos pasados en este género de curiosidad, parece florece hoy más en ella que todas las Provincias de Europa, por poseer infinitas librerías de personas particulares de mucha consideración y precio, sin la Real del Monasterio de S. Lorenzo llamado el Escurial, que viene a ser no menor maravilla que la misma obra. La nobleza de las librerías así antiguas como modernas, se infiere también de hallarse ilustradas con las imágines y estatuas de personas excelentísimas en virtud y letras. Por eso dice Plinio de sí, haber merecido (aún siendo vivo) ver colocada su estatua en la publica librería de Asinio Polión. Marco Tulio escribe a Fabio Galo, le compre estatuas, o retratos para su librería. Plinio Nepote escribiendo a Julio Severo, dice, quería Eremo Severo varón doctísimo poner entre otras, las imágenes de Cornelio, y Tito Anio. En razón desto se vio la librería de Paulo Jovio adornada con retratos de personas insignes. Puédese pues decir ser la profesión

de los libreros por estremo noble, respeto de estar siempre en compañía de personas virtuosas, y doctas, como Teólogos, Médicos, Legistas, Matemáticos, Humanistas, y otros muchos científicos, con cuya conversación y manejo se vuelven muchas veces más agudos, inteligentes, y pláticos, no sólo del arte, sino de las cosas de todo el mundo. Así son raros los lerdos, y en especial en vender su mercadería. También participan de nobleza, por la limpieza y curiosidad que tienen en sí. Adquiere el arte nombre del beneficio universal que produce a todos; porque de los libros se recibe el modo de entender, y saber lo que se quiere, y no sólo nos hacen poseer ciencias y artes, sino cuanto se puede desear de guerra, estado, amor, letras, manejos de papeles, oficios, y otras cosas.

De sus librerías salen diferentes encuadernaciones, como llana de pergamino, dorada de pergamino, a la Italiana verdadera, dorada Breviario, llana de becerro, de Breviario, o Misal, bayo, negro, y otras colores. Breviario de cuatro cortes, dorado, embutido las tablas, matizado de colores, bordadas y matizadas las hojas. Encuadernación de cartones, llana o dorada, libro de coro de Iglesia, de caja y otros. Los instrumentos que intervienen en su magisterio son, plegadera, mazo de hierro, y piedra para batir, telar para coserle con sus clavijas, y aguja larga: reglas para enlomarle con su prensa, ingenio para cortalle, con lengüeta, tornillo, y puerquecilla; sisa para doralle, cabezadas de cordel, y baldrés; varios hierros para labrar tablas y cortes, ruedas y viradores para lo llano, cepillo, gubia, punzón, tijeras, martillo, y otros. Por de buenos colores que se quieran pintar los libreros, no dejan también de padecer sus defetos y vicios. Cuanto a lo primero sin los descuidos en las obras, y costumbre de mentir que ya es hábito en ellos, les atribuyen principalmente los daños que se siguen en la República de libros legos y escandalosos. Porque como quiera que consigan ganancia (blanco en que siempre ponen la mira) no reparan en esparcir por el mundo tan mala semilla. Encárganse con particular ansia de su impresión, comprando a veces a subido precio lo que de balde sería carísimo. Por maravilla admiten libros eruditos y doctos, por ser en su conocimiento, *tanquam asinus ad lyram*. Sólo eligen lo que les puede ser útil, y lo que como dicen se halla guisado para el gusto del vulgo, cuyo talento en cosas de ingenio descubre quilates de plomo pesado y vil. Mas no paso adelante, supuesto son amigos, y no es bien los irrite; siquiera porque no se muestren poco favorables en el despacho deste libro. De los

Libreros tratan el Cardano, de *rerum varietate* fol. 868, y Pedro Vitorio, fol. 469, y 486.

De los Impresores. Discurso CXI.

SI los libros, según san Gerónimo, son verdaderos efigies, y eternas representaciones de los ingenios de sus dueños, deben dar grandísimas gracias sus autores a los que procuraron con su industria mediante las Estampas, tener vivas sus memorias, y manifestar a todo el mundo la excelencia de su entendimiento, mostrado en las obras que escribieron. Y en esta parte viene a ser el Arte de Imprimir ilustre y clara; porque ella sola desencierra los tesoros de erudición, que sin su cuidado se hallaran sepultados en perpetuas tinieblas. De aquí es poseer nosotros por su medio los Filósofos antiguos, Médicos, Poetas, Oradores, Astrólogos, y todas las ciencias, artes, profesiones, y oficios que pertenecen al hombre para ser letrado y virtuoso. Así se puede decir ser la Imprenta quien despertó los espíritus del hombre, que estaban como adormecidos en el sueño de la ignorancia; porque antes de su invención se hallaban en comparación de ahora muy pocos letrados. Esto procedía del intolerable gasto de los libros, supuesto podía sólo estudiar el rico y facultoso, cuya hacienda resistía a tan crecido interés como el de entonces, causa de quedar muchos pobres, mal de su grado ignorantes. Ahora todos pueden aprender, y darse a virtud, por haber cobrado los libros moderados precios, y manifestádose las obras de los antiguos. Con la Estampa pues se deshicieron los encantos, y se supieron las necedades de Anaxágoras, las ignorancias de Heráclito, los dislates de Demócrito, las vanidades de Meliso, los descuidos de Carneades, y la soberbias de todos los Filósofos de aquel tiempo, tal vez no menos arrogantes que locos. Ella sola abrió los ojos a los ciegos, y dio luz a los ignorantes. Ella hizo conocer y distinguir el oro del plomo, la rosa de la espina, el trigo de la paja, dando juntamente noticia del bien y del mal. Ésta es el Arte que da vida a la virtud, que solicita fama a los beneméritos, que mantiene vivos los muertos, que vitupera a los viciosos. Ésta es madre de las honras debidas a sujetos famosos, centro de ingenios sutiles, perpetuo albergue de Senadores, Teólogos, Filósofos, Históricos, Académicos, Doctores, Estudiantes, y de todo lo bueno y loable que se halla en la ciudad. Mas sobre todo se debe inestimable gloria a los primeros inventores desta ingeniosa ocupación. Fue el principal (según Polidoro Virgilio) Juan Cutembergho caballero Alemán, que la ejercitó desde el año mil y

cuatrocientos y cuarenta y dos, o según otros, mil y cuatrocientos y cincuenta y uno, en la ciudad de Maguncia; habiendo hallado también la tinta que usan los Impresores. Por lo que el Beroaldo escribió en loa de Alemania los siguientes versos:

O Germania muneris repertrix,
quo nil utilius dedit vetustas,
libros scribere quae doces premendo.

Después el año de mil y cuatrocientos y cincuenta y ocho, dos hermanos Alemanes (según el Volterrano) o sólo Conrado Tudesco, introdujo tal ejercicio en Italia, y fue el primero que imprimió libros en Roma en casa de los Máximos, siendo los primeros libros que estampase la *Ciudad de Dios* de S. Agustín, y las *Divinas instituciones* de Lactancio Firmiano. Asimismo fue Nicolás Genson Francés en tiempo de Agustín Barbarigo Dux de Venecia, el primero que ilustró aquella República con la Estampa. Tras él hubo después en todo el mundo hombres rarísimos, como Aldo Manucio en la misma Venecia, que restauró la lengua Latina, Francisco Priscianense en Roma, Badio, Frobenio, Paulo Manucio, el Novel Aldo, los Valgrisios, Iuntas, Ciletos, Bertanos, Somascos, Bevilacuas, Moretos, y sobre todo el Plantino. Añádese al valor del Arte haber en Roma favorecido sumamente la Estampa Nicolao Quinto, junto con Bejarión Cardenal Niceno, y Nicolás Cusano Cardenal de S. Pedro. Después León X. En Francia a su imitación el rey Francisco, y el invictísimo Carlos V, en Lovaina: en Heidelberg Ludovico Conde Palatino: en Vuitembergh Federico Duque de Sajonia; en Ingolstad Guillelmo Duque de Baviera: en Maguncia Alberto Arzobispo, y en otros lugares muchos Príncipes y señores. También crecen el honor desta ocupación, el orden junto con los instrumentos que usan sus profesores, de quien por curiosidad quiero dar alguna noticia.

Consta de varios instrumentos y Oficiales, como Fundidor, Componedor, Corrector, Tirador, y Batidor. Toca al primero fundir caracteres, viñetas, que son ciertas flores halladas para ceñir cosas que requieren particular curiosidad, y reglas para dividir y cercar las planas o páginas. Para la fundición se derrite estaño y plomo, todo mezclado en una cuchara de hierro grande, y con otra pequeña se echa el metal en sus moldes de hierro con las matrices de cobre, donde está formada la letra. Quiébrase, pásase por una piedra, y compónese para cortarle el pie, porque estén iguales y derechas, y luego se cuentan, y entregan al Impresor.

Pertenece al Componedor sacar del original lo que ha de componer. Los instrumentos necesarios para semejante ministerio son letras usuales y iniciales, ligaturas y diftongos de diferentes formas y grandezas, aunque de una misma igualdad y altura. Las mayores son caracteres de canto o música, luego gran Canon, menor Peticanon, y respective menores las de Misal, Parangona, Texto, Atanasia, Letura, Breviario, Glosa, Miñona, y Nomparela, con Griego y Hebreo en proporción. Échanse las letras en una caja grande dividida en otras pequeñas, llamándose distribuir el repartirlas en semejantes cajetines. Distribuida la letra, se pone el original, que se debe acomodar en cierto instrumento largo y angosto, con un encaje al pie donde se tiene firme, con nombre de divisorio. Pónese en forma de cruz otro de hierro o palo de una pieza, que desde el principio al fin está cortado por medio, sirviendo de ceñir el original, porque no se caiga, y de ir apuntando con él la materia que se compone, y dícese mordante. Lee el Componedor lo que ha de sacar, y en otro instrumento de una o dos piezas, de palo, metal, o hierro (con cierta concavidad bastante para poner en él las líneas de la medida que se quisieren hacer) se va componiendo y ajustando los renglones iguales todos, llamando espacio al que divide una palabra de otra, y cuadrado al que parte los mismos renglones, siendo uno y otro del propio metal que las letras. Compuesto el renglón, se pone en otro instrumento de madera con unos perfiles en forma de paredes más bajas que la letra por cabecera y lados solamente, que se llama galera, y se pone ladeada la parte inferior, porque no se caiga lo compuesto. Por el pie entra una tabla tan delgada como un cartón, con una parte della que sale fuera de la galera, de cuatro dedos de largo, y dos de ancho en su principio, y al fin de cuatro poco más o menos, y a ésta llaman volandera. Y hecha la página, se ata con una cuerda: sácase la volandera, pónese encima de una tabla igual y lisa, y tirando della, queda la página en la tabla. Compuestas las páginas competentes, según la marca en que va el libro, grandes, o pequeñas, que llenen un pliego por la una parte (sea de a folio, de a cuarto, octavo, diez y seis, treinta y dos, sesenta y cuatro, y otras) se pone en un instrumento de hierro igual, liso y fuerte, hecho de cuatro piezas juntas y unidas, y otra que atraviesa de alto abajo por medio, que ciñe aquellas páginas de que consta la forma, y dícese rama. Ésta tiene ciertas concavidades por los dos lados, y el pie en que encajan de metal, cobre, o hierro, ciertos pedazos que llenan aquellos vacíos, llamándolos porquezuelas. Atraviesa la rama y porquezuela un agujero con roscas dentro por

donde entran ciertos tornillos. Pónense en la parte alta unos palos que llaman cabeceras. El hierro que atraviesa la rama, y las reglas que se le arriman, se dicen cruceros; lo que se pone a los lados, lado, y pie lo que se pone al pie, siendo la obra de a folio; mas si de otra suerte se llaman medianiles, por demediar las páginas y sus divisiones. Después se ponen dos hierros a los pies, y otros dos a los lados, llamando imponer a esto, y al poner las páginas en tal concierto y orden que se puedan leer. Impuesta la forma se aprietan fuertemente los tornillos, dando vueltas con un instrumento de hierro con nombre de llave, que tiene dos como dientes que encajan los tornillos. Llévase tras esto a la Prensa, donde se saca una muestra que llaman prueba; dánsela al Corrector para que corrija las mentiras, y las emiende el Componedor. Estámpase en fin en la Prensa, llamando tirar a semejante operación. La Prensa consta de varios instrumentos, tablado, dos piernas o maderos a propósito, escalera, dos bandas, camprones, cofre, cigüeña, carro con cierta cuerda, manija, una piedra en que asiente la forma con hierros y tornillos a los lados, con nombres de bisagras y cantoneras. De aquí está asido uno que llaman tímpano, encima de quien ponen ciertos paños. Tápase con otro llamado timpanillo cubierto de pergamino. Hállanse en él dos puntas, a quien dicen punturas, para que el papel esté firme. Aquí se pone el pliego, y se prende con unos instrumentos llamados chavetas, de que se ase otro llamado frasqueta, que guarda limpia la obra. Dásele tinta, que consta de aceite de linaza y trementina, sin llevar rejalgar, como pensaron algunos ignorantes. Cuécese y confesiona, recibiendo después el color negro de humo de pez, y el colorado de bermellón. Toca al Tirador el cargo principal de la Prensa; él es quien ajusta para que los renglones salgan a la vuelta (que llaman retiración) en línea como los precedentes que se dicen del blanco. Es propio suyo mirar las concordancias del guión o reclamo, de la signatura, que es la letra que se pone al fin de algunas páginas, como A2, y el reclamo es una palabra última de la página que está junto a aquella signatura, que concuerda con la que se sigue. También es de su obligación mojar el papel, no pudiéndose imprimir seco.

Pertenece al Batidor ser coadjutor del Tirador, como subordinado a él, y hacer las balas, que son ciertos instrumentos a manera de plato con un palo que sale dellas, con que se toman en la mano. Hínchense de lana, cúbrense de baldrés; toman tinta con las mismas, y después de bien repartida (a quien llaman distribuir) se dan a la forma. Es suyo asimismo mezclar la tinta, para que salga negra; lavar las formas

con lejía, para que se limpien, etc. Toca al Corrector corregir las mentiras, señalándolas; comprobar para ver si están bien correctas, mirar las concordancias, folios, y signaturas, con otras cosas advertidas ya en el discurso de los Correctores.

Por evitar molestia al Lector, he dejado de poner otros muchos instrumentos que intervienen en la Imprenta, aunque de menos consideración. Asimismo el artificio con que se hacen las obras de colorado y negro, como son las Horas, Breviarios, y Misales, fáciles de ver a quien entrare en ella.

En suma pudo decir ser tal Arte no sólo ingeniosísima y noble, sino del provecho público y particular que se sabe, y así digna de toda honra y estimación. La fatiga de todos sus Oficiales es increíble, y no menor la de los Autores mientras duran las Impresiones de sus Libros. Entre unos y otros suele haber no pocas diferencias, y voces, nacidas así de las prolijidades de los primeros, como de las remisiones de los últimos: si bien en esta parte están disculpados por ser preciso en ellos cualquier instante de tiempo, para la puntualidad de sus tareas, que suelen ser grandes. Mas al cabo paran todas estas rencillas en mucha conformidad, satisfación, y agradecimiento: con que tendrá fin este volumen, que justamente puede ser intitulado Libro de libros, universal Doctor, y Jardín deleitoso de admirables frutos y flores. Quiera Dios (a quien todo se debe) aproveche a todos, al paso que tuvo su Autor deseo de acertar.

En Perpiñán,
por Luis Roure Librero,
Año M.DC.XXIX.